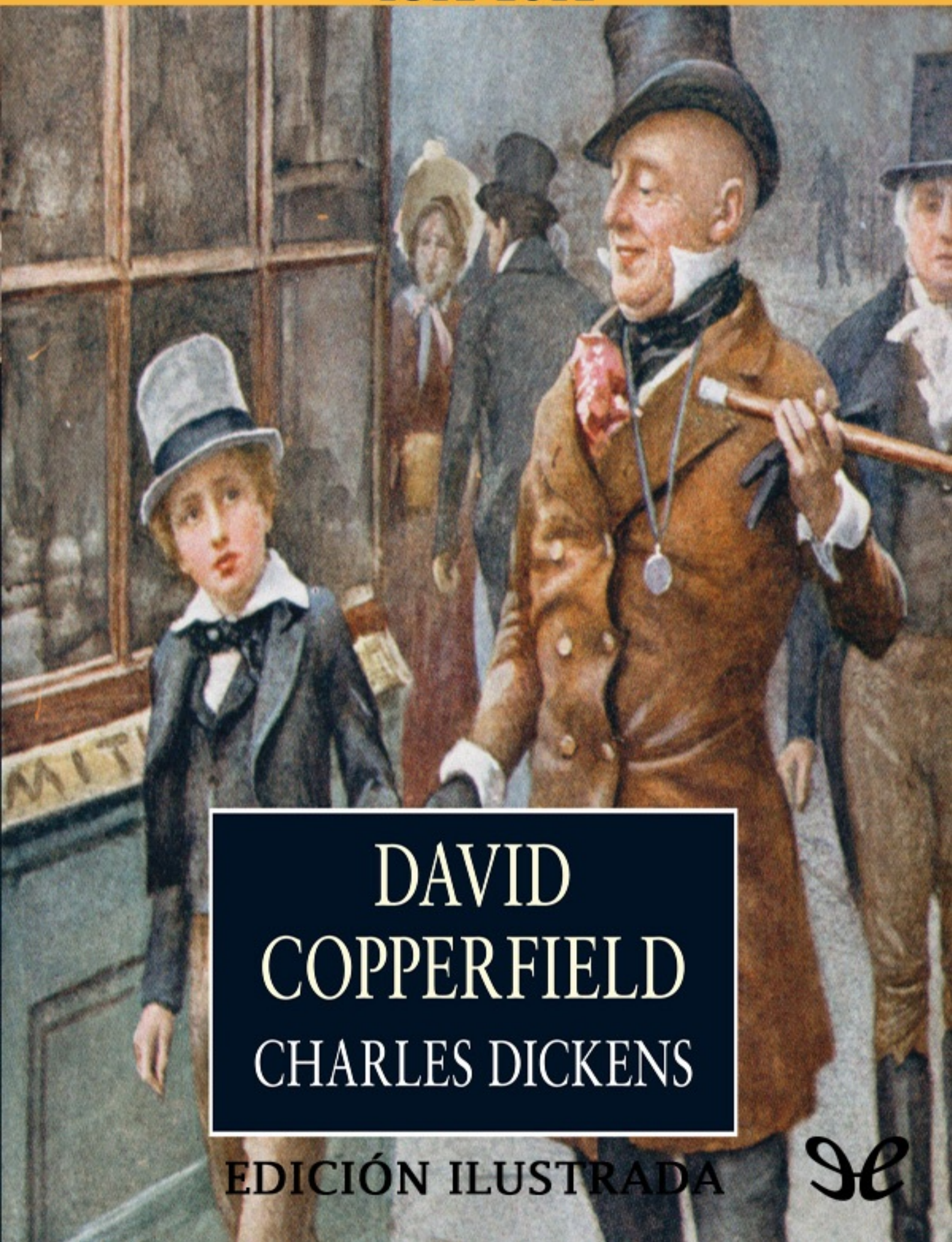


BICENTENARIO DICKENS

1812-2012



DAVID
COPPERFIELD
CHARLES DICKENS

EDICIÓN ILUSTRADA

de

La huella autobiográfica que Charles Dickens (1812-1870) dejó en *David Copperfield*, una de sus obras más importantes, convirtió este libro en el más cercano a su corazón. David, como Dickens, vivió una infancia feliz leyendo y asistiendo a la escuela hasta que su suerte cambió. La transmutación íntima de ambos, protagonista y autor, fue compleja y sutil. Aunque ficción y realidad no siempre coinciden, las desdichas de la niñez, el trabajo en la abogacía, la condición de escritor y varios de los personajes responden a la experiencia personal de su autor. Narrada desde la distancia del adulto, la vida de *David Copperfield* encierra sátira y humor irónico, luto y angustia, pero también mucha alegría y ruido de personas.

Charles Dickens (Portsmouth, 1812 – Gadshill, 1870) ha llegado hasta nosotros como el autor más importante e influyente de la literatura victoriana. Sus obras y su peripecia personal, íntimamente relacionadas, plasmaron no sólo el pulso social de su época, también el terrible estado moral de una sociedad atrapada en la desigualdad y las convenciones. Dickens experimentó la miseria, el éxito popular, la cárcel, el hambre... sólo logró cumplir con el más íntimo de sus anhelos, la libertad, entregándose a la literatura. Aunque muchas de sus obras gozaron de un extraordinario favor popular, baste decir que muchas de ellas fueron publicadas por entregas, en formato folletín; serían las críticas entusiastas de George Gissing y G. K. Chesterton las que encumbrarían a Dickens como el autor más importante de la literatura inglesa del siglo XIX.

Nota al texto

The Personal History, Adventures, Experience and Observation of David Copperfield the Younger, of Blunderstone Rooker y (Which he never meant to be Published on any Account) fue publicado por entregas, con las ilustraciones de H. K. Browne, «Phiz», de mayo de 1849 a noviembre 1850 por Bradbury & Evans (Londres), editores de Dickens desde 1844 hasta 1858. Inmediatamente después de la última entrega apareció en forma de libro, en un volumen, con el título abreviado de *The Personal History of David Copperfield*. En el texto de esta primera edición se basa la presente traducción.



Charles Dickens

David Copperfield

ePub r1.2

Titivillus 11.02.16

Título original: *The Personal History of David Copperfield*

Charles Dickens, 1850 (libro), 1849 (por entregas)

Traducción: Marta Salís

Ilustraciones: H. K. Browne, «Phiz»

Editor digital: Titivillus

Se han aprovechado algunas partes del

epub editado por Mónica en Febrero de 2012

ePub base r1.2





David Copperfield

Prólogo a la edición de 1850

Difícilmente podré distanciarme lo suficiente de este libro, en medio de las emociones que me embargan después de terminarlo, para hablar de él con la frialdad que un encabezamiento tan formal parece exigir. Mi interés por él es tan reciente y tan intenso, y mi ánimo se encuentra tan dividido entre la alegría y la pena —alegría por culminar una larga aspiración, pena por separarme de tantos compañeros— que corro peligro de aburrir al lector, a quien aprecio, con confidencias personales y sentimientos íntimos.

Además, todo lo que podría decir sobre esta historia, con cualquier propósito, he procurado decirlo en ella.

Es posible que al lector le interese muy poco saber con cuánta tristeza se abandona la pluma después de una labor creadora de dos años; o cómo se siente el autor al arrojar una parte de sí mismo en el reino de las sombras, cuando una multitud de criaturas de su imaginación se separan de él para siempre. Y, sin embargo, no tengo nada más que contar; a menos que confiese (lo que quizá sea aún menos relevante) que a nadie podrá parecerle más real esta narración, al leerla, de lo que me ha parecido a mí al escribirla.

Por ese motivo, en lugar de volver la vista atrás, miraré al futuro. No puedo cerrar este volumen de un modo más grato para mí que con una mirada esperanzadora al día en que vuelvan a publicarse mis dos hojas verdes una vez al mes, y con un recuerdo agradecido al sol y a la lluvia que han caído sobre estas páginas de *David Copperfield*, llenándome de felicidad.

Londres, octubre de 1850

Prólogo a la edición de 1867

Tal como señalé en el primer prólogo de este libro, no me resultaba fácil distanciarme lo suficiente, en medio de las emociones que me embargaban después de haberlo terminado, para hablar de él con la frialdad que un encabezamiento tan formal parecía exigir. Mi interés por él era tan reciente y tan intenso, y mi ánimo se encontraba tan dividido entre la alegría y la pena – alegría por culminar una larga aspiración, pena por separarme de tantos compañeros– que corría peligro de aburrir al lector con confidencias personales y sentimientos íntimos.

Además, todo lo que hubiera podido decir sobre esta historia, con cualquier propósito, había procurado decirlo en ella.

Es posible que al lector le interese muy poco saber con cuánta tristeza se abandona la pluma después de una labor creadora de dos años; o cómo se siente el autor al arrojar una parte de sí mismo en el reino de las sombras, cuando una multitud de criaturas de su imaginación se separan de él para siempre. Y, sin embargo, no tenía nada más que contar; a menos que confesara (lo que quizá sea aún menos relevante) que a nadie podría parecerle más real esta narración, al leerla, de lo que me había parecido a mí al escribirla.

Tan ciertas son estas afirmaciones, todavía hoy, que sólo me queda algo nuevo que confiar al lector. De todos mis libros, éste es el que prefiero. Nadie pondrá en duda que soy un padre afectuoso con todos los hijos de mi imaginación, y que ningún otro progenitor puede querer a su familia con tanta ternura. Pero, como muchos padres afectuosos, tengo un hijo favorito en el fondo de mi corazón. Y su nombre es David Copperfield.



Blunderstone - Suffolk

I

Nazco

Si llegaré a ser el héroe de mi propia vida u otro ocupará ese lugar, lo mostrarán estas páginas. Para comenzar por el principio el relato de mi vida, diré que nací (según me contaron y así lo creo) un viernes, a las doce de la noche. Un detalle que no pasó inadvertido fue que el reloj empezase a sonar y yo a llorar al mismo tiempo.

Teniendo en cuenta el día y la hora de mi nacimiento, la partera y algunas comadres de la vecindad, que ya sentían un vivo interés por mí varios meses antes de que tuviéramos ocasión de conocernos personalmente, afirmaron, primero, que mi vida sería desgraciada y, después, que gozaría del privilegio de ver fantasmas y espíritus; estaban convencidas de que ambos dones iban inevitablemente unidos a todos los infortunados niños de uno u otro sexo que nacieran en viernes, a primeras horas de la madrugada.

No hablaré aquí de la primera de esas predicciones, pues nada mejor que mi relato para revelar si ha resultado falsa o no. Con respecto a la segunda, me limitaré a señalar que, a menos que malgastara esa parte de mi herencia cuando era niño, todavía no he sentido su influjo. Pero no lamento en absoluto no haber entrado en posesión de dicho legado; y si alguien se encuentra disfrutando de él en el presente, estaré encantado de que lo conserve.

Nací con un trozo de membrana amniótica en la cabeza, que fue puesta a la venta en los periódicos al módico precio de quince guineas.^[1] Desconozco si las gentes que salían a la mar andaban por entonces escasas de dinero o tenían poca fe y preferían chalecos de corcho; sólo sé que hubo una única oferta de un abogado experto en fletamentos marítimos, el cual propuso pagar dos libras en metálico y el resto en vino de jerez, pero se negó a dar más dinero a cambio de la seguridad de no morir ahogado. Puesto que el jerez de mi propia madre estaba aquellos días a la venta, el anuncio fue retirado sin

reportarnos el menor beneficio. Diez años después mi membrana fue sorteada en nuestra región; se vendieron cincuenta papeletas al precio de media corona, y el ganador debía pagar cinco chelines más. Yo estuve presente en la rifa, y recuerdo que me sentí molesto y confuso al ver cómo se disponía de una parte de mí. La membrana le tocó a una anciana que llevaba una pequeña cesta, de la que sacó a regañadientes los cinco chelines estipulados, en monedas de medio penique; y no sirvió de nada perder el tiempo en explicaciones aritméticas, pues nadie logró convencerla de que le faltaban dos peniques y medio. Y ningún vecino olvidará en mucho tiempo el hecho extraordinario de que la anciana no muriese ahogada sino triunfalmente en su lecho, a los noventa y dos años de edad. Tengo entendido que se vanagloriaba de no haber estado sobre el agua en toda su vida, si exceptuamos cuando pasaba por un puente; y, hasta el final de sus días, mientras tomaba el té (al que era muy aficionada), siguió manifestando su indignación contra la insolencia de los marinos y otras gentes que tenían la osadía de ir deambulando por el mundo. Era inútil tratar de explicarle que, gracias a una práctica tan censurable, podíamos disfrutar de algunos privilegios, entre ellos, quizá, el té. Ella respondía cada vez con mayor vehemencia, convencida de la fuerza de sus argumentos: «¡Nada de rodeos!».

Y para no andarme yo tampoco con rodeos, volveré a mi nacimiento.

Vine al mundo en Blunderstone, Suffolk, o «por ahí», como dicen en Escocia. Fui un hijo póstumo. Los ojos de mi padre llevaban seis meses cerrados a la luz de este mundo cuando se abrieron los míos. Incluso hoy, experimento una rara sensación cuando pienso que jamás me conoció; y todavía más extraño es el borroso recuerdo de las primeras veces que, siendo muy niño, visitaba su lápida blanca en el cementerio, y de la indefinible compasión que sentía por él, tendido allí solo, en medio de la oscuridad de la noche, mientras nuestra salita estaba caliente e iluminada, gracias al fuego de la chimenea y a las velas, y las puertas de nuestro hogar, de un modo que a veces me parecía cruel, cerradas a cal y canto.

Una tía de mi padre y, por consiguiente, tía abuela mía, de la que ya hablaré más adelante, era el miembro más importante de la familia. La señorita Trotwood o señorita Betsey, como mi pobre madre la llamaba cuando se atrevía a nombrar a tan imponente personaje (lo que ocurría en raras ocasiones), había contraído matrimonio con un hombre más joven que ella, y además muy apuesto; pero como dice el viejo refrán, «no es oro todo lo que reluce», pues existían fuertes sospechas de que había maltratado a la señorita

Betsey, e incluso de que, en cierta ocasión, en una discusión por asuntos de dinero, había estado a punto de arrojarla por la ventana de un segundo piso. Semejantes pruebas de incompatibilidad de caracteres indujeron a la señorita Betsey a pagarle para poner tierra de por medio, aceptando una separación amistosa. Él se marchó a la India con el dinero y allí, según la absurda leyenda que circula por nuestra familia, se le vio a lomos de un elefante en compañía de un babuino; aunque yo creo que debía tratarse de un bengalí educado a la inglesa o de una dama de noble cuna del Indostán.^[2] En cualquier caso, diez años después llegaron de la India noticias de su muerte. Nadie supo la impresión que tales nuevas causaron a mi tía; pues, inmediatamente después de la separación, había vuelto a adoptar su apellido de soltera, había comprado una casa de campo en una lejana aldea junto al mar y se había instalado allí en compañía de una criada. Desde entonces, vivía aislada del mundo, en un inflexible retiro.

Tengo entendido que mi padre había sido su sobrino favorito; pero su matrimonio había constituido una terrible afrenta para ella, pues consideraba a mi madre una simple «muñeca de porcelana». No la había visto nunca, pero sabía que aún no había cumplido los veinte años. Desde entonces, mi padre y la señorita Betsey no se habían vuelto a ver. Él doblaba a mi madre en edad y era un hombre de constitución delicada. Murió un año después de la boda y, tal como he señalado, seis meses antes de que yo viniera al mundo.

Y así estaban las cosas la tarde de aquel decisivo e importante viernes, y espero que me perdonen por llamarlo así. No pretendo que nadie crea que yo conocía entonces la situación, o que conservo el menor recuerdo, basado en el testimonio de mis propios sentidos, de lo que sigue.

Mi madre estaba sentada junto a la chimenea, muy débil y abatida, contemplando el fuego a través de las lágrimas, presa del desánimo ante su suerte y la del pequeño huérfano, al que daban ya la bienvenida al mundo – que no parecía demasiado contento con su llegada– algunas docenas de proféticos alfileres en un cajón del piso superior; mi madre, como iba diciendo, se encontraba aquella tarde clara y ventosa del mes de marzo sentada al amor de la lumbre, triste y temerosa, casi sin esperanzas de salir con vida del trance que le aguardaba, cuando, al alzar los ojos para enjugar sus lágrimas, divisó por la ventana a una dama desconocida que se acercaba por el jardín.

Al mirarla por segunda vez, mi madre tuvo el convencimiento de que era la señorita Betsey. El sol del atardecer iluminaba su figura por encima de la

valla del jardín, mientras caminaba hacia la puerta con un paso tan enérgico y un semblante tan decidido que sólo podía tratarse de ella.

Cuando llegó a la entrada, dio otra prueba de su identidad. Mi padre había comentado a menudo que rara vez se comportaba como el resto de los mortales; y, en aquellos momentos, en lugar de tocar la campanilla de la puerta, se acercó a la ventana y miró dentro del gabinete, aplastando de tal modo la punta de su nariz contra el cristal que mi pobre y querida madre solía decir que se le había quedado inmediatamente blanca y achatada.

Y mi madre se llevó un susto tan grande al verla que siempre he estado convencido de que la señorita Betsey fue la causante de que yo naciera un viernes.

El nerviosismo había empujado a mi madre a levantarse de la silla y a colocarse tras ésta en un rincón. La señorita Betsey miró lentamente por toda la estancia, con aire inquisitivo, moviendo los ojos como una cabeza de sarraceno de un reloj holandés hasta que la vio. Frunció entonces el ceño y le ordenó con el ademán de alguien acostumbrado a mandar que saliera a abrir la puerta. Mi madre obedeció.

—*Supongo* que es usted la señora de David Copperfield —exclamó la señorita Betsey; y quizá lo dijera con cierto énfasis al ver la ropa de luto y el estado de mi madre.

—En efecto —respondió ésta débilmente.

—Soy la señorita Trotwood —afirmó la recién llegada—. Imagino que ha oído hablar de ella.

Mi madre repuso que había tenido ese placer; tuvo, sin embargo, la desagradable sensación de que sus palabras habían dejado entrever que éste no había sido demasiado intenso.

—Pues ahora la conoce personalmente —dijo la señorita Betsey.

Mi madre inclinó la cabeza y le rogó que entrara.

Se dirigieron de nuevo al gabinete, pues, desde el funeral de mi padre, la chimenea de la sala principal, al otro lado del pasillo, no se había vuelto a encender; cuando tomaron asiento, la señorita Betsey guardó silencio y mi madre, tras intentar dominarse en vano, rompió a llorar.

—¡Vamos, vamos! —se apresuró a exclamar la recién llegada—. ¡No llore más!

Mi madre, sin embargo, incapaz de contenerse, continuó sollozando hasta agotar las lágrimas.

—Quítese la cofia, muchacha —le pidió la señorita Betsey—, deje que la vea.

Aunque no se hubiera sentido inclinada a ello, mi madre tenía demasiado miedo de la señorita Trotwood para desestimar su extraña petición. Por ese motivo, obedeció; pero las manos le temblaban tanto que sus cabellos, hermosos y abundantes, cayeron sobre su rostro.

—¡Santo Cielo! —exclamó la señorita Betsey—. ¡Si no es usted más que una niña!

Mi madre parecía, sin duda, menor de lo que era; la pobre bajó la cabeza, como si fuera culpa suya, y contestó entre sollozos que, en efecto, temía ser una viuda y una madre demasiado joven, si conseguía sobrevivir. Durante el breve silencio que siguió a sus palabras, tuvo la sensación de que la señorita Betsey acariciaba sus cabellos con cierta ternura; pero, al dirigirle una mirada tímida y esperanzada, la vio sentada con las faldas recogidas, las manos enlazadas sobre una rodilla y los pies apoyados en la pantalla de la chimenea, mientras contemplaba el fuego con el ceño fruncido.

—¡En nombre de Dios! —dijo de pronto la señorita Betsey—. ¿Por qué Rookery?^[3]

—¿Se refiere al nombre de la casa, señora? —preguntó mi madre.

—¿Por qué Rookery? —repitió la recién llegada—. Cookery^[4] habría sido mucho más apropiado. Si alguno de los dos hubiera tenido un poco de sentido práctico...

—El señor Copperfield fue quien eligió el nombre —repuso mi madre—. Cuando compró la finca, le gustaba pensar que había grajos en los alrededores.

En aquellos momentos, el viento del atardecer empezó a soplar con tanta fuerza entre los viejos olmos del fondo del jardín que ni mi madre ni la señorita Betsey pudieron evitar mirarlos. Los olmos se inclinaban los unos hacia los otros, cual gigantes que se susurraran secretos, y, tras unos segundos de quietud, agitaban sus brazos con violencia, como si aquellas revelaciones fueran demasiado terribles para el sosiego de sus conciencias; y, en las ramas más altas, algunos viejos nidos de grajo, destrozados por el azote del viento, se balanceaban como restos de un naufragio en un mar embravecido.

—¿Dónde están los pájaros? —inquirió la señorita Betsey.

—¿Los...?

Mi madre estaba pensando en otra cosa.

—Los grajos, ¿qué ha sido de ellos? —repitió su visitante.

—Desde que nos instalamos aquí, no hemos visto ninguno —afirmó mi madre—. Creíamos... es decir, el señor Copperfield creía que había muchos, pero los nidos eran muy antiguos y los pájaros los habían abandonado hace mucho tiempo.

—¡Qué típico de mi sobrino! —exclamó la señorita Betsey—. ¡David Copperfield de la cabeza a los pies! Llama Rookery a su casa cuando no hay ni un solo grajo en los alrededores, y da por sentado que hay pájaros porque ve nidos...

—El señor Copperfield ha muerto —le interrumpió mi madre—, y si se atreve a hablar mal de él en mi presencia...

Supongo que sintió el deseo repentino de lanzarse contra mi tía, que habría podido librarse de ella con una sola mano, incluso aunque mi pobre madre hubiera estado mejor entrenada que entonces para un combate. Pero el esfuerzo de levantarse de la silla fue demasiado para ella; volvió a sentarse dócilmente y cayó desvanecida.

Cuando volvió en sí, o cuando la señorita Betsey logró que recuperara el conocimiento, mi madre vio a esta última de pie junto a la ventana. Las sombras del crepúsculo habían dado paso a la oscuridad; de no haber sido por el resplandor de la chimenea, apenas habrían podido distinguirse.

—¿Y bien? —preguntó la señorita Betsey, mientras regresaba a su silla como si se hubiera limitado a echar una ojeada al paisaje—. ¿Para cuándo espera...?

—Estoy muy asustada —aseguró mi madre con voz temblorosa—. No sé qué me ocurre. Tengo el convencimiento de que voy a morir.

—No, no, de ningún modo —exclamó la señorita Betsey—. Tome un poco de té.

—¡Ay de mí! ¿Cree usted que me sentaré bien? —sollozó mi madre con aire desvalido.

—¡Naturalmente que sí! —afirmó la señorita Betsey—. No son más que

imaginaciones tuyas. ¿Cómo llama a la muchacha?

—Todavía ignoro si será una niña, señora —respondió mi madre con inocencia.

—¡Bendita sea, criatura! —dijo la señorita Betsey, repitiendo inconscientemente la segunda frase bordada en el alfilerero del cajón del piso superior, aunque aplicándosela a mi madre en lugar de a mí—. No me refería a eso, sino a su criada.

—Peggotty —contestó mi madre.

—¡Peggotty! —exclamó la señorita Betsey con cierto enojo—. ¿Acaso quiere hacerme creer, pequeña, que un cristiano puede haber sido bautizado con ese nombre?

—Se trata de su apellido —dijo mi madre con voz débil—. El señor Copperfield la llamaba así porque las dos tenemos el mismo nombre.

—¡Peggotty! —vociferó la señorita Betsey, abriendo la puerta del gabinete—. Traiga el té. Su señora se encuentra algo indispuesta. Vamos, vamos, apresúrese.

Después de dar esa orden con la misma contundencia que si hubiera sido una autoridad indiscutible en la casa desde el momento de su construcción, y de clavar su mirada en la asombrada Peggotty, que avanzaba por el pasillo con una vela, sorprendida por el sonido de aquella extraña voz, la señorita Betsey volvió a cerrar la puerta y a sentarse como antes: con los pies apoyados en la pantalla de la chimenea, las faldas remangadas y las manos enlazadas sobre una rodilla.

—Ha dicho usted que no sabe si será niña —afirmó la señorita Betsey—. Estoy segura de que sí; tengo ese presentimiento. Pues bien, querida, desde el momento en que nazca...

—Es posible que sea un niño —se atrevió a insinuar mi madre.

—Ya le he dicho que tengo el presentimiento de que será una niña —respondió la señorita Betsey—. No me contradiga. Desde el momento en que nazca, quiero ser su amiga. Tengo la intención de convertirme en su madrina y le ruego que la llame Betsey Trotwood Copperfield. No habrá equivocaciones en la vida de *esta* Betsey Trotwood. Nadie jugará con *sus* sentimientos, pobre pequeña. Recibirá una buena educación y nos encargaremos de que no deposite su ingenua confianza en quien no la

merezca. Yo me ocuparé de ello.

Al final de cada frase, la señorita Betsey agitaba nerviosamente la cabeza, como si sus viejos errores la atormentaran y tuviera que realizar un gran esfuerzo para no hablar de ellos. Eso, al menos, sospechó mi madre mientras la contemplaba junto al tenue resplandor del fuego: demasiado asustada ante ella, demasiado inquieta, vulnerable y confusa para entender con claridad las cosas o saber qué decir.

—Y David ¿la trató bien, pequeña? —preguntó la señorita Betsey después de un rato de silencio, cuando fue desapareciendo el temblor de su cabeza—. ¿Fueron felices juntos?

—Fuimos muy felices —respondió mi madre—. El señor Copperfield no pudo ser mejor marido.

—Supongo que la mimó demasiado —comentó la señorita Betsey.

—Teniendo en cuenta que he vuelto a quedarme sola en el mundo, me temo que está usted en lo cierto —sollozó mi madre.

—Pero ¡no llore! —exclamó la señorita Betsey—. Se trataba de un matrimonio tan desigual, pequeña; aunque no conozco ninguno que no lo sea... Por eso se lo he preguntado. Tengo entendido que era usted huérfana, ¿no es así?

—En efecto.

—¿E institutriz?

—Estaba al cuidado de los niños en una familia que el señor Copperfield solía visitar. Siempre era muy amable conmigo y me colmaba de atenciones. Finalmente, me pidió en matrimonio y yo acepté. Así fue como nos casamos —dijo mi madre con sencillez.

—¡Pobre pequeña! —murmuró la señorita Betsey, sin dejar de mirar el fuego con el ceño fruncido—. ¿Sabe usted hacer algo?

—¿Cómo dice? —balbució mi madre.

—Me refiero a si sabe, por ejemplo, llevar la casa —añadió la señorita Betsey.

—Me temo que no demasiado bien —repuso mi madre—. Al menos no tan bien como quisiera. Pero el señor Copperfield me estaba enseñando...

—¡Tampoco es que él tuviera mucha idea! —murmuró para sí la señorita

Betsey.

—Y supongo que habría mejorado, pues yo tenía muchas ganas de aprender y él tenía mucha paciencia conmigo; pero la gran desgracia de su muerte... —mi madre se echó nuevamente a llorar.

—¡Vamos! ¡Vamos! —exclamó la señorita Betsey.

—Yo llevaba el libro de cuentas de la casa y todas las noches hacía el balance con el señor Copperfield —sollozó mi madre, incapaz de reprimir su pena.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo la señorita Betsey—. ¡No llore más!

—Y jamás tuvimos la menor discusión, excepto cuando el señor Copperfield me reprochaba que mi tres y mi cinco se parecían demasiado o que terminaba muy curvados el siete y el nueve —aseguró mi madre, antes de volver a estallar en llanto.

—Acabará poniéndose enferma —afirmó la señorita Betsey—. Y ya sabe que eso no le conviene ni a usted ni a mi ahijada. ¡Vamos! ¡Séquese las lágrimas!

Este argumento ayudó a tranquilizar a mi madre, aunque es posible que su creciente indisposición tuviera también mucho que ver con ello. Siguieron unos momentos de silencio, únicamente interrumpidos por los ocasionales «¡Ajá!» de la señorita Betsey, que continuaba sentada con los pies apoyados en la pantalla de la chimenea.

—Tengo entendido que David se había asegurado una renta anual —dijo más tarde—. ¿En qué situación la ha dejado?

—El señor Copperfield —respondió mi madre casi sin fuerzas— tuvo la consideración y la bondad de poner una parte de esa renta a mi nombre.

—¿Qué cantidad? —inquirió la señorita Betsey.

—Ciento cinco libras anuales.

—Podría haberlo hecho peor —comentó mi tía.

Aquella última palabra no podía ajustarse más al momento, pues mi madre empeoró de tal modo que Peggotty, nada más entrar con la bandeja del té y con las velas, se percató de lo mal que estaba —tal como habría hecho la señorita Betsey de haber tenido luz suficiente— y se apresuró a conducirla a su habitación del piso superior. Envío inmediatamente a su sobrino Ham Peggotty —que llevaba varios días en la casa sin que mi madre lo supiera, a fin

de servir de mensajero en caso de emergencia— a buscar a la matrona y al médico.

Cuando estos poderes aliados llegaron con unos minutos de diferencia, se quedaron bastante perplejos al encontrar a una dama desconocida, de aspecto imponente, sentada junto a la chimenea con el sombrero atado alrededor del brazo izquierdo y los oídos taponados con algodón. Como Peggotty no sabía de quién se trataba y mi madre tampoco había aclarado su identidad, su presencia en el gabinete era todo un misterio; y el hecho de que llevara en el bolsillo un almacén de algodón y de que lo introdujera en sus oídos de aquel modo no restaba un ápice de solemnidad a su figura.

El médico, que había subido al piso de arriba y había vuelto a bajar, tomó la decisión —probablemente ante la perspectiva de pasar varias horas sentado frente a aquella desconocida— de mostrarse amable y educado. Era el hombre más pacífico de su sexo, el más dulce y menudo. Entraba y salía de la estancia de costado para ocupar menos espacio. Caminaba con la misma suavidad que el fantasma de *Hamlet*, e incluso más despacio. Llevaba la cabeza ladeada, no sólo por modestia sino también para agradar a los demás. Era incapaz de insultar a un perro, aunque estuviera rabioso. Todo lo más, le habría dedicado una palabra cariñosa, o media, o ni siquiera eso —pues hablaba con la misma lentitud con la que se movía—, y, por nada del mundo, le habría tratado con rudeza.

El señor Chillip miró a mi tía con la cabeza ladeada y le hizo una ligera reverencia.

—¿Alguna molestia, señora? —preguntó, mientras se tocaba suavemente el oído izquierdo.

—¿Qué? —repuso mi tía, quitándose uno de los algodones como si fuera un corcho.

El señor Chillip se asustó tanto de su brusquedad, según relató después a mi madre, que fue una suerte que no perdiera su presencia de ánimo.

—¿Alguna molestia, señora? —repitió con dulzura.

—¡Qué tontería! —contestó la señorita Betsey, antes de volver a colocarse el algodón.

Lo único que le quedó por hacer al señor Chillip fue sentarse y observar tímidamente a mi tía, mientras ésta contemplaba el fuego, hasta que volvieron a requerir su presencia en el piso superior. Tras ausentarse alrededor de un

cuarto de hora, regresó al gabinete.

—¿Y bien? —dijo la señorita Betsey, destaponándose el oído más cercano al señor Chillip.

—Progresamos lentamente, señora —aseguró el doctor.

—¡Bah! —exclamó mi tía con desdén, al tiempo que volvía a colocarse el algodón.

El señor Chillip le contó a mi madre que, desde el punto de vista profesional, se había sentido verdaderamente escandalizado. Pero tomó asiento, a pesar de todo, y estuvo contemplando a la señorita Betsey durante casi dos horas mientras ella miraba el fuego. Después de otra ausencia, regresó de nuevo.

—¿Y bien? —dijo mi tía, destaponándose el mismo oído.

—Seguimos progresando, señora, pero muy lentamente...

—¡Bah! —le contestó ella con un gruñido.

Aquello era más de lo que el doctor Chillip podía soportar. Parecía como si aquella mujer estuviera decidida a quebrantar su ánimo, explicó más tarde. Prefirió salir de allí y sentarse en las escaleras, en medio de la oscuridad y de una fuerte corriente de aire, hasta que volvieron a llamarle.

Ham Peggotty, que sin duda era un testigo fiable, ya que asistía a un colegio religioso^[5] y seguía fielmente el catecismo, contó al día siguiente que, cuando una hora más tarde se asomó a la puerta del gabinete, la señorita Betsey, que en aquellos momentos paseaba de un lado a otro de la estancia presa de gran agitación, se abalanzó sobre él antes de que tuviera tiempo de escabullirse; que se oían de vez en cuando voces y pisadas en el piso superior que, en su opinión, los algodones no le impedían escuchar, pues, cuando subían de volumen, la dama los oprimía fuertemente como si eso la ayudara a paliar su nerviosismo; que le obligó a andar a su lado mientras le agarraba por el cuello (como si él hubiera tomado demasiado laúdano) y que a veces le zarandeaba, le tiraba del pelo, le desgarraba la camisa, le tapaba los oídos como si fueran suyos y le maltrataba de otras múltiples maneras. La tía de Ham Peggotty confirmó en parte sus afirmaciones, pues vio al muchacho a las doce y media, poco tiempo después de que la señorita Betsey lo dejara en libertad, y aseguró que su rostro estaba tan enrojecido como el mío en aquellos momentos.

El apacible señor Chillip era incapaz de guardar rencor a nadie, y menos en aquellas circunstancias. En cuanto tuvo ocasión, entró discretamente en el gabinete.

—Me alegra darle la enhorabuena, señora —dijo amablemente.

—¿Por qué motivo? —inquirió ella en tono autoritario.

El señor Chillip volvió a sentirse desconcertado ante la severidad de mi tía, así que decidió hacerle una ligera reverencia y dedicarle una pequeña sonrisa para apaciguarla.

—¡Válgame Dios! Pero ¿qué le pasa a este hombre? —gritó mi tía con impaciencia—. ¿Acaso no sabe hablar?

—Debe tranquilizarse, querida señora —aconsejó el señor Chillip bajando la voz—. Ya no hay razón para que siga inquieta. Cálmese, señora.

Siempre se ha considerado casi un milagro que mi tía no lo zarandeara hasta sonsacarle lo que deseaba saber. Se limitó a mirarlo con aire amenazador.

—Verá, señora —prosiguió el señor Chillip, en cuanto reunió valor suficiente—. Me alegro de darle la enhorabuena. Todo ha ido bien, señora.

Durante los cinco minutos, aproximadamente, que el señor Chillip tardó en pronunciar esta frase, mi tía no le quitó los ojos de encima.

—¿Cómo se encuentra ella? —inquirió la señorita Betsey, mientras cruzaba los brazos con el sombrero aún atado a uno de ellos.

—Pronto estará bien, señora —contestó el señor Chillip—. Todo lo bien que puede estar una madre joven en una situación tan dolorosa. Nada le impide subir ahora a verla, señora. Puede que le haga bien.

—¿Y *ella*? ¿Cómo está *ella*? —preguntó mi tía secamente.

El señor Chillip ladeó un poco más la cabeza y miró a la señorita Betsey como si fuera un simpático pajarillo.

—El bebé —insistió mi tía—. ¿Cómo está *la niña*?

—Señora —repuso el médico—, pensé que ya le habían dado la noticia. Es un niño.

La señorita Betsey no pronunció una sola palabra, pero cogió su sombrero por las cintas, como si se tratara de una honda, e intentó golpear la cabeza del

señor Chillip; se lo puso entonces de mala manera, salió de la casa y nunca regresó. Se esfumó igual que un hada descontenta; igual que uno de esos seres sobrenaturales que, según la creencia popular, yo tendría el privilegio de ver; y lo cierto es que jamás volvió.

No. Yo estaba en el moisés y mi madre, en el lecho; pero Betsey Trotwood Copperfield se había quedado para siempre en el país de los sueños y de las sombras, la vasta región por la que yo había concluido mi viaje; y la luz de la luna, sobre la ventana de nuestra habitación, iluminaba el destino terrenal de los demás viajeros, y el montículo bajo el que reposaban las cenizas y el polvo del que fuera mi padre, sin el cual yo jamás habría existido.

II

Empiezo a observar

Cuando vuelvo la vista atrás, las primeras imágenes que distingo con claridad entre las brumas de mi infancia son mi madre, con su hermoso cabello y su figura juvenil, y la rolliza Peggotty, con unos ojos tan negros que parecían oscurecer todo su rostro, y unas mejillas y unos brazos tan prietos y enrojecidos que no podía dejar de sorprenderme que los pájaros no los picotearan más que a las manzanas.

Creo que puedo recordar a las dos, algo alejadas entre sí, agachadas o de rodillas en el suelo, mientras yo caminaba de la una a la otra con paso vacilante. Y, aunque tal vez mi memoria me engañe, siento el tacto del dedo índice que Peggotty me ofrecía, tan rugoso y encallecido por las labores de aguja que parecía un pequeño rallador de nuez moscada.

Quizá sólo sean imaginaciones mías, pero pienso que los recuerdos pueden remontarse a los primeros años de la infancia, mucho antes de lo que creemos; de igual modo que la capacidad de observación de los niños de corta edad es maravillosa por su exactitud y precisión. Es más, estoy convencido de que casi todos los adultos que poseen esa cualidad es porque jamás la han perdido, no porque la hayan adquirido después; y así lo demuestra el hecho de que muchos de ellos sigan conservando una espontaneidad, dulzura y alegría también heredadas de su niñez.

Tal vez alguien pueda pensar que me «ando con rodeos» al detenerme en estas disquisiciones, pero me gustaría precisar que en cierta medida se basan en mi propia experiencia; y si, a raíz de algo que escriba en esta narración, alguien piensa que fui un niño muy observador o que soy un hombre que conserva un vivo recuerdo de su infancia, quisiera reivindicar ambas cualidades.

Cuando, como iba diciendo, vuelvo la vista atrás, las primeras imágenes

que surgen claramente entre las brumas de mi infancia son las de mi madre y Peggotty. ¿Qué más puedo recordar? Veamos.

De la neblina surge nuestra casa, un recuerdo desde el principio muy familiar. En el piso de abajo está la cocina de Peggotty, que da al patio trasero, donde, en el centro, hay un palomar sin palomas sobre un poste y, en una esquina, una enorme caseta de perro vacía; un gran número de aves de corral, gigantescas para mí, caminan con aire fiero y amenazador. Hay un gallo que se sube a un madero para cacarear y que parece fijarse especialmente en mí cuando lo contemplo desde la ventana de la cocina; tiene un aspecto tan feroz que me hace temblar de miedo. Por las noches sueño con los gansos que, con sus largos cuellos estirados, me persiguen contoneándose por el sendero, al otro lado del postigo; de igual modo que un hombre rodeado de bestias salvajes soñaría con leones.

Hay un largo pasillo –interminable para mí– que conduce de la cocina de Peggotty a la entrada principal. A él se abre una oscura despensa, ante la que paso corriendo por las noches; pues ignoro qué puede haber entre todas esas cubas, tinas y viejas cajas de té cuando nadie ilumina su interior con un débil quinqué, mientras de la puerta entreabierta sale un aire enmohecido en el que se mezclan los olores a jabón, conservas, pimienta, velas y café, todos en la misma vaharada. Recuerdo también las dos salas: el gabinete donde nos sentamos al anochecer mi madre, yo y Peggotty –pues siempre nos hace compañía cuando termina sus quehaceres y estamos solos–, y el salón que sólo usamos los domingos, más elegante pero no tan cómodo. Se trata de un lugar más bien triste para mí desde que Peggotty me contó, al parecer hace una eternidad, que fue allí donde se congregaron, con sus capas y mantos negros, los asistentes al entierro de mi padre. Un domingo por la noche, mi madre nos lee la resurrección de Lázaro. Y tengo tanto miedo que ella y Peggotty tienen que sacarme más tarde de la cama, a fin de enseñarme a través de la ventana del dormitorio el silencioso cementerio, con todos los muertos reposando en sus tumbas, bajo la majestuosa luz de la luna.

Jamás he vuelto a ver nada tan verde como la hierba de ese cementerio; nada que diera tanta sombra como sus árboles; nada que inspirara tanta paz como sus lápidas. Las ovejas siempre pastan en él cuando, al despertar, me arrodillo en mi cama, en una pequeña alcoba junto al dormitorio de mi madre, y miro por la ventana; y veo un resplandor rojizo en el reloj de sol, y me pregunto si éste se sentirá feliz de poder dar nuevamente la hora.



Nuestro banco de la iglesia

Recuerdo nuestro banco de la iglesia. ¡Y qué alto es su respaldo! Está cerca de una ventana desde la que se divisa nuestra casa; y Peggotty mira a menudo hacia allí durante el servicio de la mañana, pues quiere asegurarse de que nadie entra a robar y de que no se ha incendiado. A pesar de que ella aparta los ojos del pastor, se enfada si yo sigo su ejemplo y me hace señas con el ceño fruncido para que no le quite los ojos de encima. Pero a veces me resulta imposible; le conozco cuando no lleva esa extraña prenda blanca encima, y temo que no comprenda por qué le miro sin pestañear e incluso

detenga la misa para averiguarlo. ¿Y qué puedo hacer? Es horrible bostezar, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Miro a mi madre, pero *ella* finge no darse cuenta. Miro a un niño que está en la nave lateral, y *él* empieza a hacerme muecas. Miro los rayos de sol que entran a través del pórtico, y veo una oveja descarriada —y no me refiero a un pecador sino a un cordero—, dispuesta a entrar en la iglesia. Tengo la sensación de que, si continúo mirándola, se me escapará algo en voz alta, y ¿qué pasaría entonces conmigo? Levanto los ojos hacia las enormes lápidas que hay en el muro de la iglesia e intento pensar en el difunto señor Bodgers, miembro de la parroquia, y en el dolor de la señora Bodgers cuando, después de una larga y penosa enfermedad, los médicos fueron incapaces de salvar a su marido. Y me pregunto si recurrieron al señor Chillip y tampoco sirvió de nada; en ese caso, ¿le gustará que se lo recuerden una vez a la semana? Dirijo mi mirada desde el señor Chillip, con su corbata de los domingos, hasta el púlpito, y pienso cuánto me gustaría jugar allí; sería un magnífico castillo y, cuando otro niño subiera por la escalera para atacarlo, le tiraría a la cabeza el cojín de terciopelo con borlas. Poco a poco, mis ojos se van cerrando. Me parece oír los cánticos soporíferos del reverendo en medio del calor; y luego reina el silencio hasta que me caigo del banco con estrépito, y Peggotty me saca de la iglesia más muerto que vivo.

Veo la fachada de nuestra casa: las ventanas de los dormitorios abiertas para que entre el aire fresco y perfumado a través de sus celosías, y los viejos y destrozados nidos de los grajos que se mecen en las ramas de los olmos, al fondo del jardín. Ahora estoy en el huerto de la parte trasera, más allá del patio donde se encuentran el palomar sin palomas y la caseta de perro vacía. Es un lugar lleno de mariposas, con una valla muy alta y una puerta con candado; en sus árboles crecen los frutos más maduros y sabrosos que uno pueda imaginar, y mi madre los recoge en su cesta, mientras yo la acompaño comiendo grosellas a escondidas, tratando de disimular. Se levanta un fuerte viento y el verano parece desvanecerse en unos segundos. Jugamos a la luz del crepúsculo invernal, y bailamos en el gabinete. Cuando mi madre se queda sin aliento y se sienta a descansar, enrosca sus hermosos rizos alrededor de sus dedos y yergue el talle; y nadie sabe tan bien como yo cuánto le gusta tener buen aspecto y cuánto le enorgullece ser tan bonita.

Ése es uno de mis primeros recuerdos; así como la impresión de que mi madre y yo sentíamos cierto temor ante Peggotty y respetábamos casi siempre su autoridad. Y creo que ésas fueron las primeras conclusiones —si pueden llamarse así— que saqué de cuanto me rodeaba.

Peggotty y yo estábamos una noche sentados junto a la chimenea, los dos solos. Yo le había estado leyendo en voz alta una historia sobre cocodrilos.^[6] Debí hacerlo con mucha claridad, o la buena mujer estaba muy interesada en estos animales, pues recuerdo que, cuando acabé la lectura, Peggotty tenía la vaga impresión de que eran una especie de hortalizas. Estaba cansado de leer y me caía de sueño, pero como tenía permiso para esperar despierto a mi madre —algo verdaderamente excepcional—, que pasaba la velada en casa de una vecina, habría preferido morir en mi puesto antes que irme a la cama. Estaba tan dormido que Peggotty parecía una figura gigantesca. Mantuve los párpados abiertos con la ayuda de mis dedos y la miré, perseverante, mientras ella continuaba sus labores. Me fijé en el pedacito de cera que guardaba para su hilo, ¡parecía tan viejo y torcido!; en la pequeña cabaña donde guardaba la cinta para medir; en el costurero, en cuya tapa aparecía pintada una catedral de Saint Paul con la cúpula rosa; en el dedal de cobre que llevaba en su dedo; en la propia Peggotty, tan encantadora para mí. Tenía tanto sueño que estaba convencido de que si dejaba de mirar todo aquello, aunque sólo fuera un instante, estaría perdido.

—Peggotty —exclamé de repente—, ¿te has casado alguna vez?

—¡Santo Dios! —respondió ella—. ¿Cómo se le ha ocurrido semejante idea, señorito Davy?

Me contestó tan asombrada que volví a espabilarme. Dejó entonces su labor y me miró, con la hebra suspendida en el aire.

—Pero ¿te has casado alguna vez, Peggotty? —insistí—. Porque eres muy bonita, ¿no?

Sin duda su belleza era muy diferente de la de mi madre; pero a mí me parecía perfecta en su estilo. En el salón principal había un taburete de terciopelo rojo en el que mi madre había bordado un ramillete de flores. El fondo de aquel taburete me recordaba a la tez de Peggotty. El terciopelo era suave y el rostro de Peggotty, áspero; pero ¿qué más daba?

—¡Bonita yo, Davy! —exclamó Peggotty—. ¡Qué va, pequeño! Pero ¿qué le ha hecho pensar en el matrimonio?

—No lo sé, Peggotty. Nadie puede casarse con más de una persona al mismo tiempo, ¿verdad?

—Claro que no —se apresuró a responder ella.

—Pero, cuando alguien se casa con una persona y ésta muere, puede

casarse otra vez, ¿no es así?

—Si ése es su deseo —contestó Peggotty—. Depende de cada uno.

—¿Y tú qué opinas? —quise saber.

Los dos nos miramos con curiosidad.

—Lo que yo opino, señorito Davy —repuso Peggotty, apartando de mí su mirada tras unos instantes de vacilación y reanudando sus labores—, es que nunca me he casado ni espero hacerlo. Es todo cuanto puedo decir sobre el asunto.

—¿Estás enfadada conmigo? —le pregunté, después de unos momentos de silencio.

Yo tenía el convencimiento de que sí lo estaba, ¡su contestación había sido tan seca! Sin embargo, me equivocaba, pues ella dejó de zurcir (una de sus medias) y, abriendo los brazos, cogió mi cabeza llena de rizos y la estrechó con fuerza. Y sé que me abrazó con toda el alma porque, al ser una mujer rolliza, siempre que hacía algún esfuerzo se le saltaba alguno de los botones de la espalda; y recuerdo que aquella noche dos de ellos salieron disparados hasta el otro extremo de la sala.

—Y ahora léame un poco más sobre los *crocrodilos* —me pidió Peggotty, que aún no había aprendido bien su nombre—, quiero saber más cosas de ellos.

Yo no acertaba a comprender por qué se comportaba de un modo tan extraño y tenía tantas ganas de volver a los cocodrilos. Regresamos, no obstante, con esos monstruos, ahora que yo estaba bien despierto, y dejamos sus huevos en la arena para que el sol ayudara a las crías a romper el cascarón; y huimos de ellos, y los hostigamos dando vueltas constantes a su alrededor, algo que ellos no podían hacer con rapidez debido a su peso y a su escasa flexibilidad; y los perseguimos dentro del agua, como los indígenas, y clavamos afiladas estacas en sus gargantas. Para no extenderme más, diré que corrimos toda clase de aventuras. Al menos yo; aunque tengo mis dudas de que Peggotty también lo hiciera, pues estaba muy pensativa y se pinchaba continuamente con la aguja en los brazos y en la cara.

Habíamos pasado de los cocodrilos a los caimanes cuando sonó la campanilla del jardín. Salimos a abrir, y allí estaba mi madre, más bonita que nunca, o eso me pareció, al lado de un caballero de largas patillas y cabello negro, que ya nos había acompañado a casa el domingo anterior, a la salida de la iglesia.

Cuando mi madre se detuvo en el umbral para cogerme en sus brazos y besarme, el caballero exclamó que yo era más afortunado que un rey, o algo parecido; pues soy consciente de que, en este caso, conocimientos posteriores me sirven de ayuda.

—¿Qué quiere decir con eso? —le pregunté, por encima del hombro de mi madre.

El caballero me dio unas palmaditas en la cabeza; pero no sé por qué motivo no me gustaron ni él ni su voz grave, y sentí celos de que, al tocarme, rozara con su mano a mi madre, tal como ocurrió. Aparté su mano con brusquedad.

—¡David! —me reprochó mi madre.

—¡Querido pequeño! —exclamó el caballero—. No me sorprende que sienta tanta adoración por usted.

Jamás había visto resplandecer el rostro de mi madre como entonces. Me reprendió con cariño; y, envolviéndome en su chal, agradeció al caballero que se hubiera molestado en acompañarla a casa. Le ofreció la mano mientras hablaba y, cuando él la estrechó, sentí su mirada puesta en mí.

—Démonos las buenas noches, pequeño —dijo el caballero, después de inclinarse para rozar con los labios (¡lo vi con mis propios ojos!) el guante de mi madre.

—¡Buenas noches! —exclamé.

—Vamos a ser los mejores amigos del mundo —afirmó riendo—. ¡Estrechémonos las manos!

Yo tenía la mano derecha entre las de mi madre, así que le tendí la otra.

—Ésa no, David —dijo riéndose de nuevo.

Mi madre empujó suavemente mi mano derecha, pero yo estaba decidido a no dársela, y no se la di. Le tendí la izquierda y él la estrechó con cordialidad, afirmando, antes de marcharse, que yo era un niño muy valiente.

Todavía me parece estar viendo cómo se volvía hacia nosotros en la puerta del jardín y nos dirigía una última mirada con sus ojos negros de mal agüero.

Peggotty, que no había abierto la boca ni movido un solo dedo, se apresuró a echar el cerrojo y los tres nos dirigimos al gabinete. Mi madre, en

lugar de sentarse en el sillón junto a la chimenea, tal como era su costumbre, se quedó en el otro extremo de la estancia y empezó a tararear una canción.

–Espero que lo haya pasado bien esta noche, señora –dijo Peggotty desde el centro de la habitación, con la figura muy erguida y una vela en la mano.

–Muchas gracias, Peggotty –respondió alegremente mi madre–; lo cierto es que lo he pasado *muy* bien.

–Siempre es un cambio agradable conocer a una persona nueva –insinuó Peggotty.

–En efecto, un cambio muy agradable –repuso mi madre.

Me quedé dormido mientras Peggotty seguía inmóvil en el centro del gabinete y mi madre reanudaba sus canturreos; pero mi sueño no era tan profundo como para impedirme oír sus voces, aunque no prestara atención a sus palabras. Cuando desperté de aquella incómoda duermevela, encontré a Peggotty y a mi madre hablando entre sí, deshechas en llanto.

–Al señor Copperfield no le habría gustado alguien como él –dijo Peggotty–. Podría jurarlo.

–¡Santo Dios! –exclamó mi madre–. Acabarás volviéndome loca. No creo que exista ninguna joven a la que sus criados maltraten tanto como a mí. Pero ¿por qué cometo la injusticia de llamarme a mí misma joven? ¿Acaso no he estado ya casada, Peggotty?

–Bien sabe Dios que es cierto, señora –replicó ésta.

–Entonces ¿cómo te atreves...? Pero no, no es eso, Peggotty... ¿Cómo puedes ser tan cruel y decirme esas cosas, sabiendo que fuera de esta casa no tengo un solo amigo a quien pedir consejo?

–Razón de más para decirle que no saldrá bien –repuso Peggotty–. ¡No, no saldrá bien! No debe usted aceptar por nada del mundo.

Y la buena mujer movía con tanta vehemencia el candelero que pensé que iba a tirarlo.

–¡Cómo puedes ser tan injusta conmigo! –dijo mi madre, llorando con más fuerza que antes–. ¿Por qué hablas como si todo estuviera ya decidido, cuando te he dicho una y mil veces que entre nosotros sólo ha existido la cortesía más elemental? Hablas de admiración. ¿Y qué puedo hacer yo? ¿Acaso tengo la culpa de que la gente sea tan necia como para dejarse llevar por ese sentimiento? Dime, ¿qué puedo hacer? ¿Te gustaría que me afeitase la

cabeza y que me pintase de negro la cara? ¿Que me desfigurara con fuego, con agua hirviendo, o que hiciera algo semejante? Creo que sí te gustaría, Peggotty. Casi me atrevo a decir que te alegrarías.

Tuve la sensación de que Peggotty se tomaba muy a pecho esas acusaciones.

—Y mi pobre hijito —sollozó mi madre, acercándose al sillón para acariciarme—, mi pequeño Davy. ¿Cómo puede insinuar alguien que no quiero lo bastante a mi tesoro, el niño más maravilloso que ha existido jamás?

—Nadie ha querido decir eso —aseguró Peggotty.

—¡Tú lo has hecho, Peggotty! —exclamó mi madre—. Y tú lo sabes. ¿Qué otra cosa puede deducirse de tus palabras, mujer ingrata? ¿Acaso no sabes tan bien como yo que, al recibir mi último trimestre de renta, sólo por él no he querido comprarme una sombrilla nueva, aunque la verde esté raída y tenga el borde deshilachado? Sabes que es cierto, Peggotty. No puedes negarlo.

Se volvió entonces hacia mí y apretó tiernamente su mejilla contra la mía.

—¿Te parezco poco cariñosa, cruel, egoísta, Davy? ¿Soy una mala madre? Di que lo soy, hijo mío; di que sí y tendrás el cariño de Peggotty, que es mucho más valioso que el mío. Yo no te quiero nada, ¿verdad, Davy?

Al llegar a ese punto, los tres empezamos a llorar. Creo que fui el que lo hice con mayor escándalo, aunque estoy seguro de que todos éramos igual de sinceros. Yo estaba desconsolado, y temo que en un primer arrebato de amor herido llamé «bruta» a Peggotty. Recuerdo que aquella bondadosa criatura estaba profundamente abatida, y lo cierto es que en esa ocasión debió quedarse sin botones, pues éstos salieron disparados como balines cuando, después de reconciliarse con mi madre, se arrodilló junto al sillón para abrazarme.

Nos fuimos a la cama desconsolados. Mis sollozos me tuvieron mucho tiempo despierto; y, cuando un gemido más fuerte que los demás me obligó a incorporarme, vi a mi madre sentada encima de la cama, inclinándose hacia mí. Me quedé profundamente dormido entre sus brazos.

Soy incapaz de recordar si volví a ver al caballero el domingo siguiente o transcurrió más tiempo antes de que reapareciera en nuestra vida. No pretendo ser exacto con las fechas. Pero allí estaba, en la iglesia, y después nos acompañó a casa. Entró para admirar un maravilloso geranio que teníamos en la ventana del salón. No me pareció que le interesara demasiado, pero antes

de marcharse pidió a mi madre que le regalara una de sus flores. Ella le rogó que la eligiese él mismo, pero el caballero rehusó –lo cierto es que no comprendí el motivo–, así que fue mi madre quien la cogió y la puso en su mano. Él dijo que jamás se desharía de ella; y yo pensé que debía ser muy ignorante por no saber que en un día o dos se marchitaría.

Peggotty empezó a pasar menos tiempo con nosotros por las noches. Mi madre se mostraba muy condescendiente con ella, incluso más que en el pasado –o eso me parecía–, y los tres seguíamos siendo excelentes amigos; pero algo había cambiado y ya no lo pasábamos tan bien juntos. A veces tenía la sensación de que a Peggotty no le gustaba que mi madre se pusiera los hermosos vestidos que guardaba en su cómoda, ni que visitara con tanta frecuencia a nuestra vecina; pero, afortunadamente para mí, no lograba comprender la causa.

Poco a poco me fui acostumbrando a ver al caballero de las patillas negras. Seguía sin gustarme y continuaba teniendo celos de él; pero si había alguna razón para ello, aparte de la antipatía instintiva de un niño y de la vaga idea de que Peggotty y yo no necesitábamos a nadie más para hacer feliz a mi madre, seguro que era muy diferente de la que yo habría encontrado si hubiera tenido más años. Ni se me pasó por la cabeza una idea así. Yo podía observar las pequeñas cosas que ocurrían a mi alrededor, pero era incapaz de unir las piezas de aquel rompecabezas.

Una mañana de otoño estaba en el jardín de delante con mi madre cuando el señor Murdstone –ahora le conocía por ese nombre– pasó a caballo. Se detuvo a saludarnos y explicó que se dirigía a Lowestoft a visitar a unos amigos que se encontraban a bordo de un yate; propuso alegremente montarme en la silla, delante de él, si quería acompañarlo.

Hacía un día tan bonito y el caballo parecía tan alegre y excitado con el paseo, relinchando y piafando sin cesar junto a la puerta del jardín, que sentí un gran deseo de ir. Me enviaron, así, al piso de arriba para que Peggotty me vistiera adecuadamente; entretanto, el señor Murdstone desmontó y, pasando la brida por encima de su brazo, caminó lentamente arriba y abajo, al otro lado del seto de eglantina, mientras mi madre le acompañaba por dentro del jardín. Peggotty y yo nos asomamos a mi pequeña ventana para verlos; y recuerdo la atención con que los dos miraban el seto de eglantina que los separaba, sin dejar de andar; y cómo Peggotty, que hasta entonces había estado de un humor angelical, pareció de pronto muy irritada y me cepilló el pelo con brusquedad.

El señor Murdstone y yo no tardamos en salir, y fuimos trotando por el césped que crecía junto al camino. Me sujetaba hábilmente con un brazo y, aunque yo estaba bastante tranquilo, no podía resistir la tentación de ir sentado delante de él sin volver de vez en cuando la cabeza para observarlo. Sus ojos eran negros y carecían de profundidad; pues no encuentro mejor modo de describir esa clase de mirada que, cuando no fija su atención en algo, debido quizá a alguna peculiaridad de la luz, parece tornarse estrábica. En varias ocasiones, percibí con temor esa expresión en su rostro, y me intrigó saber por qué se hallaría tan absorto. Su cabellera y sus patillas, vistas de cerca, eran aún más oscuras y abundantes de lo que había imaginado. Su mandíbula cuadrada y la sombra de su hirsuta barba negra, que afeitaba concienzudamente a diario, trajeron a mi memoria las figuras de cera que medio año antes habían pasado por nuestro vecindario. Todos esos detalles, unidos a la regularidad de sus cejas y a los ricos tonos blancos, negros y rojizos de su tez —¡maldita sea ésta y maldita sea su memoria!— me indujeron a creer, a pesar de todos mis recelos, que era hombre muy apuesto. Y no cabe la menor duda de que mi pobre y querida madre pensaba lo mismo.

Llegamos a un hotel, a orillas del mar, donde dos caballeros fumaban cigarros, solos en una habitación. Cada uno de ellos se había tendido en al menos cuatro sillas, y los dos vestían una amplia chaqueta de paño basto. En una esquina había un montón de abrigos, capas marineras y una bandera, en una especie de fardo.

Cuando nos vieron entrar, se dieron la vuelta con desgana para ponerse en pie.

—¡Hola, Murdstone! —exclamaron—. Creíamos que había muerto.

—Todavía no —dijo el señor Murdstone.

—¿Y quién es ese mocoso? —preguntó uno de los desconocidos, agarrándome.

—Es Davy —repuso el señor Murdstone.

—¿Davy qué? —quiso saber el caballero—. ¿Davy Jones?

—Copperfield —aclaró el señor Murdstone.

—¿Cómo dice? ¿El lastre de la encantadora señora Copperfield? —inquirió el caballero—. ¿La hermosa viudita?

—Cuidado, Quinion, se lo ruego —dijo el señor Murdstone—. Hay alguien

muy listo por aquí.

—¿A quién se refiere? —insistió el caballero riendo.

Me apresuré a levantar los ojos hacia él, pues tenía curiosidad por saberlo.

—A Brooks de Sheffield —afirmó el señor Murdstone.

Me tranquilizó saber que sólo se trataba de Brooks de Sheffield, ya que al principio había creído que hablaba de mí.

Debían conocer una historia muy graciosa sobre ese personaje, pues los dos caballeros se reían a carcajadas cada vez que se mencionaba su nombre, y el señor Murdstone también parecía divertirse mucho. Cuando acabaron con sus risas, el caballero al que este último había llamado Quinion preguntó:

—¿Y qué opina Brooks de Sheffield de sus planes?

—No creo que, por el momento, esté al corriente de nada —contestó el señor Murdstone—; aunque yo diría que no se muestra nada favorable.

Aquellas palabras fueron seguidas de nuevas risotadas, y el señor Quinion dijo que tocaría la campanilla para pedir un poco de jerez con el que brindar por Brooks. Así lo hizo. Y cuando el vino llegó, quiso que yo tomara un poco —acompañado de una galleta— y, antes de beber, me invitó a ponerme en pie y a exclamar:

—¡Que el demonio se lleve a Brooks de Sheffield!

Mi brindis fue acogido con grandes aplausos; y sus carcajadas eran tan fuertes que yo también empecé a reír, lo que les pareció aún más gracioso. Para no extenderme más, diré que nos divertimos mucho.

Más tarde paseamos junto al acantilado, nos sentamos en la hierba, miramos por un telescopio —no logré distinguir nada cuando llegó mi turno, aunque fingí lo contrario— y regresamos al hotel para almorzar temprano. Mientras estuvimos fuera, los dos caballeros fumaron sin cesar; y yo pensé que, a juzgar por el olor que despedían sus bastos abrigos, no habían dejado de hacerlo desde que recibieron esas prendas de la sastrería. No debo olvidar decir que subimos a bordo del yate; una vez allí, los tres bajaron al camarote y revisaron unos documentos. Recuerdo que, cuando miré por la escotilla, los vi absortos en su trabajo. Durante ese tiempo, me dejaron en compañía de un hombre muy amable con un enorme mechón de pelo rojo que cubría con una gorra pequeña y muy brillante; vestía una camisa o chaleco a rayas, en cuya pechera podía leerse en letras mayúsculas: «Alondra». Pensé que ése era su

nombre y que, como vivía en un barco y no podía escribirlo en la puerta de su casa, lo había puesto allí; sin embargo, cuando lo llamé señor Alondra, me dijo que se trataba del nombre del yate.

Observé a lo largo del día que el señor Murdstone era mucho más serio y juicioso que los otros dos caballeros. Éstos parecían muy alegres y despreocupados; bromeaban entre sí con toda libertad, pero rara vez lo hacían con él. Tuve la impresión de que era más frío e inteligente que sus compañeros, que parecían experimentar por él un sentimiento muy parecido al mío. En una o dos ocasiones, me percaté de que el señor Quinion miraba de reojo al señor Murdstone mientras hablaba, como si quisiera estar seguro de que sus palabras no le disgustaban; y de que, en un momento en que el señor Passnidge (el otro caballero) se mostraba muy animado, se había apresurado a pisarle el pie y a hacerle una señal de advertencia con la mirada, con el fin de señalar al señor Murdstone, que seguía allí sentado, grave y silencioso. No recuerdo que nuestro vecino se riera en todo el día, excepto con la broma de Brooks de Sheffield, que, por cierto, se le había ocurrido a él.

Volvimos a casa al atardecer. Hacía una noche muy hermosa, y mi madre y el señor Murdstone pasearon de nuevo junto al seto de eglantina, mientras me enviaban a tomar el té. Cuando él se marchó, mi madre quiso saber qué habíamos hecho durante el día y de qué habían hablado los caballeros. Le repetí lo que habían comentado sobre ella y se echó a reír, asegurando que eran unos desvergonzados que no decían más que tonterías; pero yo comprendí que le agradaba. Y lo hice con la misma claridad con que lo hago ahora. Aproveché la ocasión para preguntarle si conocía al señor Brooks de Sheffield, pero me contestó que no, aunque tal vez se tratara de algún fabricante de cuchillos o tenedores.

¿Cómo puedo decir que el rostro de mi madre –a pesar de lo alterado que vive en mi recuerdo y a pesar de su muerte, de la que guardo conciencia– ha desaparecido para siempre, cuando creo estar viéndolo ante mí, tan real como cualquiera de los rostros que contemplo en una calle concurrida? ¿Cómo puedo afirmar que su inocencia y su ingenua belleza se han ido para siempre, cuando aún percibo su aliento en mi mejilla, al igual que aquella noche? ¿Cómo puedo asegurar que ella ha cambiado, cuando mi imaginación, aferrándose a lo que entonces tanto amaba, la devuelve a la vida, más fiel de lo que yo u otro hombre hemos sido jamás a su tierna juventud?

La describo tal como era cuando, después de aquella conversación, me acosté y vino a darme las buenas noches. Se arrodilló alegremente a un lado

de mi cama y, con la barbilla apoyada en sus manos, me preguntó riendo:

–¿Qué dijeron de mí, Davy? Cuéntamelo otra vez. No puedo creerlo.

–La encantadora... –empecé a decir.

Mi madre puso sus manos sobre mis labios para interrumpir mis palabras.

–Seguro que no fue «la encantadora» –afirmó con regocijo–. No puede haber sido «la encantadora», Davy. Sé que no me llamaron así.

–Claro que sí, «la encantadora señora Copperfield» –repetí con obstinación–, y también dijeron que eras hermosa.

–No, no. Estoy convencida de que no dijeron que era «hermosa» –interrumpió mi madre, colocando de nuevo sus dedos sobre mis labios.

–Sí, «la hermosa viudita».

–¡Qué necios y atrevidos! –exclamó mi madre riendo, mientras se cubría el rostro con las manos–. ¡Qué hombres tan ridículos! ¿Verdad, mi querido Davy?

–Sí, mamá.

–No se lo cuentes a Peggotty; podría enojarse con ellos. Yo también lo estoy, y mucho, pero preferiría que Peggotty no se enterara.

Como es natural, se lo prometí; y, después de besarnos una y otra vez, no tardé en quedarme profundamente dormido.

Tengo la sensación, después de tanto tiempo, de que fue al día siguiente cuando Peggotty se aventuró a hacerme la sorprendente proposición que voy a relatar; aunque es posible que hubieran transcurrido dos meses.

Una noche en la que estábamos los dos –como en aquella otra ocasión en la que mi madre había salido– en compañía de la media, de la cinta de medir, del pedacito de cera, de la caja con la catedral de Saint Paul en su tapa y del libro de los cocodrilos, Peggotty, después de mirarme varias veces y de abrir la boca como si fuera a hablar pero no se decidiera a hacerlo (pensé que simplemente bostezaba, de otro modo me habría inquietado bastante), me dijo en tono zalamero:

–Señorito Davy, ¿le gustaría venir conmigo a pasar quince días a casa de mi hermano en Yarmouth? ¿No sería divertido?

–¿Es simpático tu hermano, Peggotty? –pregunté con cautela.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó ella levantando las manos—. Además allí está el mar; y los barcos y los pequeños botes; y los pescadores; y la playa; y puede usted jugar con Am...

Peggotty se refería a su sobrino Ham, de quien he hablado en el primer capítulo; pero pronunciaba su nombre como si fuera una parte de la gramática inglesa.^[7]

Su rosario de diversiones me cautivó, y le contesté que sería un verdadero placer, pero ¿qué diría mi madre?

—Apuesto una guinea a que nos dejará ir —dijo Peggotty, mirándome fijamente—. Si quiere, se lo preguntaré en cuanto vuelva. De ese modo, el asunto quedará zanjado.

—¿Y qué hará ella mientras estamos fuera? —pregunté, mientras apoyaba mis pequeños codos en la mesa para discutir la situación—. No podemos dejarla sola.

Si lo que Peggotty empezó de pronto a buscar en el talón de aquella media era un agujero, debía ser tan pequeño que no merecía la pena zurcirlo.

—¿Me has oído, Peggotty? No podemos dejarla sola.

—¡Válgame Dios! —dijo la buena mujer, dirigiéndome nuevamente la mirada—. ¿Acaso no sabe que su madre va a pasar quince días con la señora Grayper? Esa dama va a recibir en su casa a un grupo de invitados.

Siendo así, estaba deseoso de marcharme. Esperé con impaciencia a que mi madre volviera de casa de la señora Grayper (pues siempre se trataba de la misma vecina) para asegurarme de que nos dejaría llevar a cabo la gran idea. Lejos de mostrar la sorpresa que yo esperaba, mi madre consintió en seguida; todo quedó arreglado aquella misma noche, y acordaron que yo pagaría la comida y el alojamiento el tiempo que durara mi visita.

Pronto llegó el día de nuestra partida. Habían fijado una fecha tan cercana que el tiempo pasó volando incluso para mí, que esperaba ese momento con febril impaciencia, temeroso de que un terremoto, una erupción volcánica u otro cataclismo natural impidiera nuestra expedición. Debíamos viajar con un carretero que salía por la mañana después del desayuno. Yo habría pagado lo que fuera para que me dejaran dormir vestido, con los zapatos y el sombrero puestos.

Y, aunque hable de ello con ligereza, todavía me conmuevo al evocar

cuánto deseaba marcharme de mi feliz hogar, y qué lejos estaba de sospechar que iba a abandonarlo para siempre.

Cuando el carro se detuvo en la entrada y mi madre me besó, sentí tanto amor por ella y por aquel viejo lugar del que nunca había salido, que me eché a llorar. Me consuela saber que mi madre tampoco pudo reprimir las lágrimas, y no olvidaré cómo su corazón latía junto al mío.

Recuerdo con alegría que, cuando el cochero se puso en marcha, mi madre corrió hasta la puerta y le gritó que se detuviera para abrazarme otra vez. Me gusta pensar en ella alzando hacia mí su amoroso rostro para besarme.

Se quedó en el camino mientras nos alejábamos, y vi cómo el señor Murdstone se le acercaba; tuve la sensación de que le reprochaba su tristeza. Yo miraba hacia atrás, asomando la cabeza fuera del toldo, sin comprender por qué aquel caballero se entrometía en algo que no era de su incumbencia. Peggotty, que también los vio, pareció muy disgustada; y así lo reflejaba la expresión de su cara.

Estuve un rato mirando a Peggotty, absorto en la siguiente conjetura: si ella tenía el encargo de abandonarme, tal como ocurrió con el niño del cuento, ¿sería capaz de encontrar yo solo el camino de vuelta a casa con los botones que ella iría dejando caer?

III

Cambio de vida

El caballo del carretero debía de ser el más perezoso del mundo, pues avanzaba con paso cansino y la cabeza gacha, como si le agradara hacer esperar a la gente a quien iban destinados los paquetes. A decir verdad, hubo momentos en los que me pareció que el noble bruto se reía, pero el conductor nos dijo que sólo tenía un poco de tos.

Aquel hombre tenía una forma peculiar de agachar la cabeza, como su caballo, y de inclinar el cuerpo hacia delante mientras conducía, con aire adormilado, apoyando un brazo en cada rodilla. Y digo «conducía», porque tenía la impresión de que el carro habría podido ir a Yarmouth sin él, pues era el caballo el que lo hacía todo; en cuanto a conversación, el carretero sólo sabía silbar.

Peggotty llevaba sobre sus rodillas una cesta de provisiones, que habrían podido durarnos hasta Londres en caso de que hubiéramos seguido hasta allí en el mismo medio de transporte. Comimos y dormimos mucho durante el trayecto. Peggotty siempre se dormía con la barbilla apoyada en el asa de la cesta, que no soltaba nunca; y, de no haberlo oído yo mismo, jamás hubiera creído posible que una inofensiva mujer roncara de aquel modo.

Subimos y bajamos por tantos caminos, y perdimos tanto tiempo entregando el armazón de una cama en una posada y deteniéndonos en otros lugares, que yo estaba completamente extenuado y me alegré de veras cuando divisamos Yarmouth. Mientras recorría con la mirada aquel enorme y monótono arenal, al otro lado del río, pensé que parecía un lugar realmente húmedo y pantanoso; y si el mundo era tan redondo como afirmaba mi libro de geografía, ¿cómo podía ser tan llana una de sus partes? Aunque quizá Yarmouth estuviera situado en uno de sus polos, y eso lo explicaría todo.

A medida que nos fuimos acercando y avistamos todo el panorama

adyacente –una línea recta y lisa bajo el cielo–, le insinué a Peggotty que una o dos pequeñas colinas habrían embellecido el paisaje; también le dije que, si la tierra hubiera estado más separada del mar, y la ciudad y las mareas no se hubiesen entremezclado de aquel modo, como el agua fría y el pan caliente, el lugar habría sido más bonito. Pero Peggotty me contestó, con mayor hincapié del habitual, que teníamos que aceptar las cosas tal como eran y que ella, por su parte, estaba orgullosa de ser un «arenque ahumado» de Yarmouth.

Llegamos a la calle principal (que me llenó de asombro) y sentí el olor del pescado, de la brea, de la estopa y de la pez, y contemplé el ir y venir de los pescadores y oí el traqueteo de los carros sobre el empedrado; comprendí entonces que había sido injusto con una ciudad tan bulliciosa, y me apresuré a decírselo a Peggotty, que escuchó con satisfacción mis palabras de entusiasmo y añadió que todo el mundo sabía (supongo que se refería a los que tenían la fortuna de ser arenques ahumados) que Yarmouth era, en su conjunto, el sitio más hermoso del universo.

–¡Ahí está mi Am! –gritó Peggotty–. ¡Pero si ha crecido tanto que apenas lo reconozco!

Ham estaba esperándonos, en efecto, delante de la posada; y se interesó por mi salud como si fuera un viejo amigo. Al principio tuve la sensación de que no le conocía tan bien como él a mí, pues, aunque nunca había vuelto a nuestro hogar, el hecho de haber estado allí la noche de mi nacimiento le daba cierta ventaja. Pero nuestra amistad creció rápidamente cuando me cargó sobre sus espaldas para llevarme a casa. Se había convertido en un joven fornido de seis pies de estatura, más bien corpulento y de anchas espaldas; pero la expresión infantil de su rostro y los cabellos rubios y rizados resaltaban su ingenuidad y su timidez. Vestía una chaqueta de lona, y unos pantalones tan tiesos que habrían podido mantenerse en pie sin necesidad de sus piernas. Y no podía decirse que llevara sombrero, pues, al igual que una vieja construcción, se cubría la cabeza con una especie de brea.

Ham me cargó sobre sus espaldas y se colocó uno de nuestros pequeños baúles bajo el brazo, mientras Peggotty cogía el otro; bajamos por unos senderos cubiertos de astillas y de pequeños montones de arena, y pasamos por delante de una fábrica de gas, de cordelerías, astilleros, carpinterías de ribera, talleres de desguace, arsenales de calafateo, almacenes de aparejos, herrerías y otros lugares semejantes, hasta llegar al inmenso arenal que había contemplado desde la lejanía.

—¡Ahí está nuestra casa, señorito Davy! —exclamó entonces Ham.

Miré en todas direcciones, tan lejos como podía alcanzar mi vista; pero no conseguí descubrir ninguna casa en aquel paraje solitario, ni en el mar, ni en el río. Lo único que divisé fue una especie de gabarra negra o vieja embarcación, clavada en la arena, de donde salía —a modo de chimenea— un tubo de hierro que humeaba apaciblemente; era el único lugar habitable que aparecía ante mis ojos.

—¿No será aquello? —pregunté—. Aquello que parece un barco...

—Sí, señorito Davy —respondió Ham.

Supongo que no me habría fascinado más la romántica idea de vivir en él si hubiera sido el palacio de Aladino, con huevo de ruc^[8] incluido. Tenía una graciosa puerta en un costado, y un tejado y unas ventanas diminutas; pero su mayor encanto residía en que era un barco de verdad, que sin duda había navegado cientos de veces sobre las olas, y que no habían construido para ser habitado en tierra firme. Y eso fue precisamente lo que me cautivó. Si hubiera estado destinado a servir de vivienda, tal vez lo habría encontrado pequeño, o incómodo, o solitario; pero, al no haberse previsto semejante fin, resultaba una morada perfecta.

El interior resplandecía de limpio, y no podía estar más ordenado. Había una mesa, un reloj holandés y una cómoda; y sobre ésta, una bandeja de té, en la que aparecía pintada una dama con sombrilla que paseaba junto a un niño con aire marcial que jugaba al aro. Una Biblia impedía que la bandeja se cayera; pues, de haber ocurrido así, se hubieran hecho añicos las tazas, los platillos y la tetera agrupados alrededor del libro. En las paredes había láminas enmarcadas con algunas escenas famosas de las Sagradas Escrituras; y siempre que las he vuelto a ver en manos de algún buhonero, acude a mi pensamiento el interior de la casa del hermano de Peggotty. Abraham, en rojo, disponiéndose a sacrificar a Isaac, en azul; y Daniel, en amarillo, arrojado a una fosa de leones verdes, eran las dos que llamaban más poderosamente la atención. Sobre la pequeña repisa de la chimenea, había un cuadro del lugre *Sarah Jane*, construido en Sunderland, al que habían incrustado una pequeña popa de madera; una obra de arte, en la que se combinaban carpintería y pintura, y que yo consideraba uno de los bienes más codiciables que el mundo podía ofrecer. En las vigas del techo había varios ganchos, cuya utilidad fui incapaz de adivinar entonces. Cofres y cajones servían de asiento y suplían la falta de sillas.

de milla de distancia y Ham me llevaba sobre sus espaldas. También nos recibió una niña muy hermosa (o así me lo pareció) con un collar de cuentas azules, que impidió que la besara cuando me disponía a hacerlo y corrió a esconderse. Más tarde, después de una opípara cena en la que nos ofrecieron lenguados hervidos, mantequilla derretida y patatas, además de una chuleta que sirvieron en mi plato, llegó un hombre de rostro bonachón y abundante cabellera. Llamó a Peggotty «chiquilla» y le dio un sonoro y efusivo beso en la mejilla. Como la conducta de ésta siempre era intachable, no tuve la menor duda de que se trataba de su hermano; y no me equivoqué, pues no tardaron en presentármelo como el señor Peggotty, el dueño de la casa.

—Me alegro de conocerle, señorito Davy —exclamó—. Le pareceremos algo toscos, pero intentaremos hacer agradable su estancia.

Le di las gracias, y le aseguré que sería muy feliz entre ellos.

—¿Qué tal se encuentra su madre? —preguntó a continuación—. ¿La ha dejado bien de salud?

Le respondí educadamente que la había dejado todo lo bien que podía desear, y que ella me había encargado que le transmitiera sus saludos, lo cual era una mentira por mi parte.

—No sabe cuánto se lo agradezco —dijo el señor Peggotty—. Pues bien, si puede usted pasar quince días aquí con ella —añadió, señalando con la cabeza a su hermana—, con Ham y con la pequeña Emily, nos sentiremos muy honrados con su compañía.

Después de hacerme los honores de la casa con tan hospitalarias palabras, el señor Peggotty salió a lavarse con agua caliente, afirmando que el agua fría no podía quitar una suciedad como la suya. No tardó en entrar de nuevo, con mucho mejor aspecto, aunque su rostro era tan rubicundo que no pude dejar de pensar que tenía algo en común con langostas y cangrejos, pues se metía negro en agua caliente y salía muy colorado de ella.

Después del té, cuando la puerta estuvo cerrada y la estancia bien caliente (pues las noches eran frías y brumosas), me pareció el refugio más delicioso que la imaginación humana podía concebir. Oír el viento levantándose en el mar, saber que la niebla se extendía lentamente por aquella llanura desolada, contemplar el fuego, pensar que no había ninguna otra casa en los alrededores y que estábamos en un barco: había algo mágico en todo aquello. La pequeña Emily había vencido su timidez y se sentaba a mi lado en el cajón más bajo y endeble de la sala, que era suficientemente ancho para los dos y encajaba

justo en el rincón de la chimenea. La señora Peggotty, con su delantal blanco, tejía frente al fuego. Peggotty parecía sentirse en su propia casa mientras cosía con la catedral de Saint Paul y el pedacito de cera en su regazo, como si estos objetos hubieran estado siempre bajo aquel techo. Ham, que había estado enseñándome a jugar a *all-fours* con una baraja mugrienta, trataba de recordar cómo se echaban las cartas para adivinar el porvenir, e iba dejando la marca de su pulgar pegajoso en el dorso de todas ellas. El señor Peggotty fumaba su pipa. Sentí que había llegado la hora de conversar y de hacernos confidencias.

—Señor Peggotty —empecé a decir.

—¡Sí, señorito Davy! —contestó.

—¿Puso a su hijo el nombre de Ham porque vive en una especie de arca?^[9]

Mi reflexión debió parecerle bastante profunda, pero respondió:

—No, yo no le puse ningún nombre.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —pregunté, formulando a mi anfitrión la segunda pregunta del catecismo.

—Pues quién iba a ser sino su padre —exclamó el señor Peggotty.

—Creía que usted era su padre...

—Mi hermano Joe era *su* padre —afirmó.

—¿Acaso murió, señor Peggotty? —inquirí tras un respetuoso silencio.

—Peció ahogado.

Me sorprendió enterarme de que el señor Peggotty no era el padre de Ham, y empecé a pensar si no estaría equivocado respecto al parentesco que le unía a todos los demás. Tenía tanta curiosidad por averiguarlo, que decidí preguntárselo a él.

—La pequeña Emily —dije, mirando a la niña— es hija suya, ¿verdad, señor Peggotty?

—No, señorito Davy; mi cuñado Tom era *su* padre.

No tenía más remedio que seguir adelante.

—¿Y él murió? —pregunté, después de otro respetuoso silencio.

—Peció ahogado.

Comprendí cuán difícil sería recuperar el hilo de nuestra conversación; pero aún no había llegado al fondo del asunto y estaba decidido a hacerlo.

—Señor Peggotty, ¿tiene usted *algún* hijo?

—No, señorito Davy —me contestó con una carcajada—. Soy un hombre soltero.

—¡Soltero! —exclamé asombrado—. Entonces ¿quién es ella, señor Peggotty?

Y señalé con el dedo a la mujer del delantal, quien seguía tejiendo.

—Es la señora Gummidge —repuso mi anfitrión.

—¿Gummidge, señor Peggotty?

Pero al llegar a ese punto, Peggotty —y me refiero a mi Peggotty particular— empezó a hacer unos gestos tan exagerados para que me callara que me vi obligado a observar sentado y sin hacer nada a mis silenciosos acompañantes hasta la hora de acostarnos. Una vez en la intimidad de mi pequeño camarote, Peggotty me contó que Ham y Emily eran dos sobrinos huérfanos, a los que su hermano había adoptado siendo niños, en épocas diferentes, cuando se quedaron solos en el mundo; y que la señora Gummidge era la viuda de un compañero suyo de pesca, que había muerto en la miseria. Según Peggotty, él también era muy pobre, pero tenía un corazón de oro y era un hombre de una pieza. Me dijo, asimismo, que lo único que le sacaba de quicio era que alguien mencionara su generosidad; si eso ocurría, daba un violento puñetazo en la mesa con la mano derecha (que una vez se le rompió) y juraba enfurecido que se largaría para siempre si volvían a hablar de ello. Al parecer, nadie entendía demasiado bien sus amenazas, pero no podían concebir la existencia de otras peores.

Me sentí muy conmovido por la bondad de mi anfitrión, y oí acostarse a las mujeres en un pequeño camarote como el mío, en el otro extremo del barco, y al señor Peggotty y a Ham, que colgaron dos hamacas de los ganchos que había visto en las vigas del techo; el cansancio parecía acrecentar mi felicidad. Y mientras el sueño se iba apoderando de mí, percibí el ulular del viento en alta mar; y avanzaba con tanta furia sobre el arenal que sentí el vago temor de que las profundidades marinas se desbordaran en medio de la noche. Pero pensé que estaba en un barco, después de todo, y que, si ocurría algo, teníamos a un hombre como el señor Peggotty a bordo.

No pasó nada, sin embargo, hasta que llegó el amanecer. En cuanto la luz

del sol se reflejó en el marco de conchas de mi espejo, salté de la cama y salí con la pequeña Emily a recoger guijarros por la playa.

—Eres buena marinera, ¿verdad? —pregunté a la niña.

No creo que pensara semejante cosa, pero mi galantería me empujó a hablar; y la blancura deslumbrante de una vela que pasaba en aquel momento cerca de nosotros se reflejaba de un modo tan hermoso en sus ojos claros, que me vinieron esas palabras a la cabeza.

—No —se apresuró a responder ella—. Tengo demasiado miedo al mar.

—¿Miedo? —protesté con la audacia que el momento requería, mientras miraba desafiante el inmenso océano—. Pues a mí no me asusta.

—¡Es tan terrible! —exclamó Emily—. He visto lo cruel que era con algunos de nuestros hombres. He visto cómo destrozaba un barco tan grande como nuestra casa.

—Espero que no fuese el barco en el que...

—¿En el que se ahogó mi padre? —dijo la niña—. No, ése no. Jamás vi ese barco.

—¿Y tampoco a él? —inquirí.

La pequeña Emily negó con la cabeza.

—Que yo recuerde, no.

¡Aquello sí que era coincidencia! Me apresuré a explicarle que yo nunca había conocido a mi padre; que mi madre y yo habíamos vivido solos y seguiríamos haciéndolo eternamente, sin que fuera posible imaginar mayor felicidad; que la tumba de mi padre estaba en el cementerio que había junto a nuestra casa, a la sombra de un árbol, bajo cuyas ramas yo acostumbraba a pasear por las mañanas —si el tiempo era bueno— mientras oía los trinos de los pájaros. Pero, al parecer, había algunas diferencias entre la orfandad de Emily y la mía. Ella había perdido a su madre antes que a su padre; y lo único que se sabía de la tumba de este último era que estaba en el fondo del mar.

—Además —añadió la niña, mientras buscaba conchas y guijarros—, su padre era un caballero y su madre es una dama; y mi padre era pescador, mi madre hija de pescador, y es pescador también mi tío Dan.

—Dan es el señor Peggotty, ¿no es así? —pregunté.

—El tío Dan... aquel de allí —respondió Emily, señalando con la cabeza la

casa-barco.

—Sí, me refiero a él. Debe ser un hombre muy bueno, ¿verdad?

—¿Bueno? —repitió la pequeña Emily—. Si algún día fuera una dama, le regalaría una chaqueta de color azul celeste con botones de diamantes, unos pantalones de nanquín, un chaleco de terciopelo rojo, un sombrero de tres picos, un enorme reloj de oro, una pipa de plata y un cofre lleno de monedas.

Le dije que estaba seguro de que el señor Peggotty merecía aquellos tesoros, a pesar de que me costaba imaginarlo cómodo con la indumentaria que su agradecida sobrina proponía, y de que tenía serias dudas de que el sombrero de tres picos fuera a sentarle bien; pero preferí guardar esos pensamientos para mí. La pequeña Emily se había detenido, y miraba el cielo mientras enumeraba aquellas prendas, como si se tratara de una visión celestial. Continuamos entonces la búsqueda de conchas y guijarros.

—¿Te gustaría ser una dama? —quise saber.

Emily me miró, se echó a reír y me contestó que sí.

—Me encantaría. Así todos seríamos gente de buena familia. Yo, mi tío, Ham y la señora Gummidge. Y no nos inquietaría que llegara el mal tiempo... No por nosotros, claro está, sino por los pobres pescadores, a los que ayudaríamos con dinero cuando les ocurriera alguna desgracia.

Su descripción me agradó sobremanera, además de parecerme bastante probable. Expresé mi satisfacción, y la pequeña Emily se atrevió a decir, tímidamente:

—Y ahora, ¿no cree usted tener miedo del mar?

Me tranquilizó comprobar que éste se hallaba en calma, pues no hay duda de que, si hubiera visto romper cerca de mí una ola medianamente grande, habría salido corriendo como alma que lleva el diablo ante el pavoroso recuerdo de sus parientes ahogados. Sin embargo, le contesté que no y añadí:

—Tampoco tú pareces temerlo, aunque digas lo contrario.

Pues lo cierto es que caminaba demasiado cerca del borde de una especie de viejo muelle o malecón de madera, y yo tenía miedo de que se cayera al mar.

—Cuando está así no me asusta —dijo la pequeña Emily—. Pero siempre me despierto cuando sopla el viento, y tiemblo al pensar en el peligro que corren el tío Dan y Ham, y me parece oír sus gritos de socorro. Por eso me gustaría

tanto ser una dama. Pero, cuando está así, no me asusta nada, ni una pizca. ¡Mire!

Se alejó de mí y corrió por un madero podrido que, sin pretil alguno, se adentraba a cierta altura en las profundas aguas. Este incidente quedó tan vivamente grabado en mi memoria que, si yo fuera pintor, aún hoy sería capaz de reproducirlo con fidelidad: la pequeña Emily avanzando rauda a su destrucción (así lo creía yo) con una mirada que nunca olvidaré, perdida en la lejanía.

La figurita esbelta, audaz y saltarina se dio la vuelta y regresó; y no tardé en reírme de mis temores y del grito que se me había escapado (inútilmente, pues no había nadie cerca de nosotros). Pero ha habido veces, muchas veces, en las que he pensado, siendo ya un hombre, si no sería factible que, entre las posibilidades que encierran las cosas ocultas, aquel repentino impulso de la niña y su mirada perdida en la lejanía fueran el reflejo de cierta atracción por el peligro y de una llamada de su difunto padre para que se reuniera con él, a fin de que su vida tuviera la suerte de terminar aquel día. Hubo un tiempo en que me pregunté si, de haber sabido imaginar en aquel momento de mi vida el destino que la aguardaba, y de haber dependido su salvación de un movimiento de mi mano, yo hubiera debido salvarla o no. Y hubo un tiempo – no digo que durase mucho, pero existió– en que me pregunté si no habría sido mejor para la pequeña Emily desaparecer entre las olas aquella mañana, ante mis ojos; y sin duda la respuesta era que habría sido mejor para ella.

Tal vez estas palabras resulten prematuras. Quizá las haya escrito demasiado pronto. Pero ahí están.

Dimos un largo paseo, durante el cual recogimos cuanto nos parecía curioso; pusimos cuidadosamente en el agua algunas estrellas de mar que las olas habían dejado en la playa –aunque no sé lo suficiente de estos animales para afirmar si debían o no sentirse agradecidos por nuestra conducta–, y nos encaminamos a la vivienda del señor Peggotty. Nos detuvimos al abrigo del cobertizo de las langostas para darnos un beso inocente y entramos a desayunar, rebosantes de salud y de alegría.

–Como dos tortolitos –dijo el señor Peggotty. Yo sabía que en nuestro dialecto local eso significaba como dos zorzales, y me pareció un bonito cumplido.

Naturalmente, estaba enamorado de la pequeña Emily. Y estoy seguro de que la quería con la misma ternura y sinceridad, aunque con mayor desinterés

y pureza, que puede darse entre dos personas de más edad, por muy noble y elevado que sea su amor. Estoy convencido de que mi fantasía convirtió a aquella niña de ojos azules en un ser etéreo como un ángel. Y si una mañana soleada hubiera desplegado sus alas y se hubiera alejado volando ante mis ojos, no creo que semejante visión me hubiese sorprendido.

Solíamos pasear horas y horas, como dos enamorados, por el viejo arenal de Yarmouth. Y los días transcurrían alegremente, como si el Tiempo tampoco hubiera envejecido y jugara siempre como un niño. Le decía a Emily que la adoraba y que si ella no me correspondía, me vería obligado a morir clavándome una espada. Ella me respondía que sí, y sé que no mentía.

No nos preocupaban las desigualdades sociales, ni nuestra juventud, ni ningún otro obstáculo, pues el futuro no existía para nosotros. Nos importaba tan poco lo que fuéramos a hacer después, como lo que habíamos hecho antes. Despertábamos la admiración de la señora Gummidge y de Peggotty, que, cuando nos veían por las noches sentados amorosamente en nuestro pequeño cajón, cuchicheaban entre sí: «¡Dios mío! ¿Acaso no es hermoso?». El señor Peggotty nos sonreía detrás de su pipa, mientras Ham se pasaba toda la velada con una expresión burlona en el rostro. Supongo que experimentaban con nosotros un placer muy similar al que hubiera podido depararles un bonito juguete o una reproducción en miniatura del Coliseo.

Pronto me di cuenta de que la señora Gummidge no era siempre todo lo amable que cabía esperar, dadas las circunstancias en que vivía en casa del señor Peggotty. Solía estar de mal humor, y a veces se quejaba de un modo que resultaba molesto para los demás habitantes de tan reducida vivienda. Yo sentía lástima de ella; pero había momentos en los que pensaba que habría sido mejor para todos que la señora Gummidge tuviera un cómodo aposento donde retirarse, y del que no pudiese salir hasta haber recuperado el optimismo.

A veces el señor Peggotty iba a una taberna llamada La Voluntad. Lo descubrí cuando se ausentó la segunda o tercera noche después de nuestra llegada; y la señora Gummidge no cesó de mirar el reloj holandés, entre las ocho y las nueve, mientras insistía en decirnos que él estaba allí y, lo que es más, que ella había sabido desde por la mañana que el señor Peggotty iría a ese lugar.

La señora Gummidge había pasado un mal día, y había estallado en llanto por la mañana al ver que la chimenea humeaba.

–Soy una pobre criatura, sola y desamparada –exclamó cuando ocurrió tan desagradable incidente–. Todo se pone en contra mía.

–Vamos, señora Gummidge; pronto pasará –dijo Peggotty (y me refiero a nuestra Peggotty)–. Además, es igual de molesto para todos.

–Pero a mí me afecta más –aseguró la anciana.

Era un día muy frío, con intensas y aceradas ráfagas de viento. A mí me parecía que el rincón que la señora Gummidge solía ocupar junto a la lumbre era el mejor y más abrigado, y que su silla era sin duda la más cómoda, pero aquel día nada le parecía bien. Se quejaba constantemente del frío, así como del dolor de espalda que éste le ocasionaba, y que denominaba «hormigueo». Finalmente, se deshizo en lágrimas por ese motivo, y volvió a decir que era «una pobre criatura, sola y desamparada» y que todo se ponía en contra suya.

–Es cierto que hace mucho frío –afirmó Peggotty–. A nadie puede pasarle desapercibido.

–Pero a mí me afecta más que a los demás –añadió la señora Gummidge.

Y siguió así durante la cena; en ella la anciana se servía inmediatamente después de mí, que siempre lo hacía en primer lugar como si fuera un invitado muy distinguido. El pescado era pequeño y con muchas espinas, y las patatas estaban algo quemadas. Todos reconocimos estar un poco decepcionados; pero la señora Gummidge aseguró sentirlo más que nadie, y empezó a llorar de nuevo, mientras repetía sus palabras con gran amargura.

Por ese motivo, cuando el señor Peggotty regresó a casa hacia las nueve, la infortunada señora Gummidge hacía punto en su rincón, muy triste y abatida. Peggotty trabajaba alegremente; Ham remendaba un par de botas de agua; y yo leía en voz alta, sentado junto a la pequeña Emily. La señora Gummidge sólo había vuelto a abrir la boca para exhalar un acongojado suspiro, y ni siquiera había movido un ojo desde la hora del té.

–Y bien, amigos –exclamó el señor Peggotty, mientras ocupaba su asiento–, ¿qué tal están?

Todos respondimos algo, o le hicimos un gesto de bienvenida, excepto la señora Gummidge, que se limitó a mover la cabeza sin levantar la vista de su labor.

–¿Qué le pasa? –preguntó el señor Peggotty con una palmada–. ¡Anímesese, vieja amiga!

La señora Gummidge no parecía capaz de animarse. Sacó de su bolsillo un viejo pañuelo negro de seda y se enjugó las lágrimas, pero, en lugar de guardarlo nuevamente, se las volvió a enjugar; y siguió con él en la mano, preparada para utilizarlo en cualquier momento.

—Vamos, mujer, ¿qué sucede? —insistió el señor Peggotty.

—Nada —dijo la anciana—. ¿Viene de La Voluntad, Daniel?

—Pues sí, he pasado por allí esta noche —respondió el señor Peggotty.

—Cuánto siento haberle empujado a ello —afirmó la señora Gummidge.

—¿Empujado? No necesito que nadie me empuje —repuso el señor Peggotty riendo de todo corazón—. Me gusta demasiado.

—En efecto —dijo la señora Gummidge, moviendo la cabeza y secándose los ojos—, le gusta demasiado. Y yo siento que sea así por mi culpa.

—¿Por su culpa? ¡Pero si no es por su culpa! —exclamó el señor Peggotty—. Ni se le ocurra pensar semejante tontería.

—Sí, sí lo es —respondió ella—. Me conozco bien. Sé que soy una mujer sola y desamparada, y que no sólo todo me lleva la contraria sino que yo llevo la contraria a los demás. Sí, sí. Soy más sensible que las demás personas y no puedo evitar exteriorizarlo. Ésa es mi desgracia.

No pude sino pensar, mientras la escuchaba, que también era una desgracia para algunos miembros de aquella familia, además de para la señora Gummidge. Pero no fue eso lo que contestó el señor Peggotty, que se limitó a pedirle nuevamente a la anciana que levantara el ánimo.

—No soy como me gustaría ser —añadió la señora Gummidge—. Ni de lejos. Pero me conozco. Las desgracias han agriado mi carácter. Me atormentan de tal modo que nada me parece bien. Me gustaría no sufrir tanto por ellas, pero no puedo. ¡Ojalá fuera más fuerte y las sobrellevara mejor! Soy un estorbo para todos; y no me extraña. Durante todo el día no he hecho más que importunar a su hermana y al señorito Davy.

—No es cierto, señora Gummidge —grité con gran desasosiego, pues sus palabras me habían conmovido.

—No está bien que me comporte así —continuó diciendo la anciana—. No es justo después de lo que ha hecho usted por mí. Sería mejor que me marchara al asilo y muriera allí. Soy una mujer sola y desamparada y no tengo por qué amargarle la vida a nadie en esta casa. Todo me lleva la contraria y, puesto

que yo llevo la contraria a los demás, déjeme que lo haga en el asilo de mi parroquia. Daniel, prefiero ir allí, morirme y liberarle de mí para siempre.

Y después de decir estas palabras, la señora Gummidge se retiró a dormir. Cuando se hubo marchado, el señor Peggotty, que no había podido mostrarse más bondadoso con ella, nos miró con compasión, movió la cabeza y murmuró:

—¡Ha estado pensando en el viejo!

Yo no acababa de entender qué viejo podía haber ocupado los pensamientos de la señora Gummidge, hasta que Peggotty, al acompañarme a la cama, me explicó que se trataba del difunto señor Gummidge; y que su hermano siempre daba por supuesto que la anciana pensaba en él en semejantes situaciones, y que jamás dejaba de emocionarse por ello. Esa misma noche, un poco después de acostarse en su hamaca, yo mismo oí cómo volvía a decirle a Ham:

—¡Pobre mujer! ¡Ha estado pensando en el viejo!

Y, durante el resto de nuestra estancia, cada vez que la señora Gummidge tenía uno de esos ataques (lo que ocurría a veces), el señor Peggotty decía lo mismo para disculparla, y siempre con la mayor conmiseración.

Así transcurrieron los quince días, sin más variaciones que las de las mareas, que alteraban las horas de ir y venir del señor Peggotty, del mismo modo que las ocupaciones de Ham. Cuando este último no estaba trabajando, a veces paseaba con nosotros para mostrarnos los botes y los barcos; y una o dos veces nos llevó a navegar. Desconozco por qué motivo ciertas impresiones sin importancia se asocian más a un lugar que a otro, aunque creo que eso le ocurre a la mayoría de la gente, sobre todo cuando recuerda su niñez. Yo no puedo oír o leer el nombre de Yarmouth sin que acuda a mi memoria cierta mañana de domingo en la playa: las campanas repicaban, la pequeña Emily se apoyaba en mi hombro, Ham tiraba perezosamente guijarros al mar, y el sol, en la lejanía, se abría paso entre la espesa niebla, mostrándonos los barcos como si fueran tan sólo sombras de sí mismos.

Finalmente, llegó el día de volver a casa. Decir adiós al señor Peggotty y a la señora Gummidge resultaba soportable, pero alejarme de la pequeña Emily era un verdadero suplicio para mí. Caminamos cogidos del brazo hasta la posada donde se detenía el cochero y, mientras nos dirigíamos allí, le prometí que le escribiría (algo que cumplí más adelante, con letras más grandes que las que suelen anunciar el alquiler de una vivienda). No pudimos contener las

lágrimas al despedirnos; y si alguna vez en la vida he sentido un vacío en mi corazón, fue aquel día.

Lo cierto es que, dando muestras de ingratitud, apenas había pensado en mi hogar durante el tiempo que duró mi estancia en Yarmouth. Pero, en cuanto emprendí el camino de regreso, mi joven conciencia, cargada de reproches, pareció apuntar en esa dirección con dedo firme; y sentí –quizá con mayor intensidad por la tristeza que me embargaba– que aquél era mi refugio, y mi madre, mi consuelo y mi amiga.

Estos sentimientos se fueron intensificando a medida que avanzábamos; y cuanto más nos íbamos acercando y más familiares nos resultaban los objetos que veíamos, mayor era mi impaciencia por llegar y arrojarme en brazos de mi madre. Peggotty, sin embargo, en lugar de compartir mi excitación, trataba de calmarme (aunque con mucha ternura) y parecía confusa y abatida.

Pero el Rookery de Blunderstone aparecería ante nuestros ojos, muy a su pesar, en cuanto quisiera el caballo del cochero; y eso fue lo que ocurrió. ¡Qué bien lo recuerdo, en medio de aquella tarde gris y fría, bajo un cielo sombrío que amenazaba lluvia!

La puerta se abrió y yo, medio llorando, medio riendo de excitación, busqué con la mirada a mi madre; mas ella no estaba, y sólo vi a una criada desconocida.

–¡Cómo, Peggotty! –exclamé en tono apesadumbrado–. ¿Es que mamá no ha vuelto a casa?

–Sí, sí –repuso ella–. ¡Claro que ha vuelto a casa! Espere un momento, señorito Davy... Tengo algo que contarle.

Entre su nerviosismo y su torpeza natural para salir del carro, Peggotty estaba haciendo las contorsiones más increíbles; pero yo me encontraba demasiado aturdido para decírselo. Cuando logró bajar, me cogió de la mano, me condujo, sorprendido, a la cocina y cerró la puerta.

–¿Qué ocurre, Peggotty? –pregunté asustado.

–Nada, señorito Davy, querido. ¡Dios le bendiga! –contestó ella, fingiendo sentirse muy animada.

–Estoy seguro de que ocurre algo. ¿Dónde está mamá?

–¿Que dónde está mamá, señorito Davy? –repitió Peggotty.

–Sí. ¿Por qué no ha salido a recibirnos? ¿Y para qué hemos entrado aquí?

¡Oh, Peggotty!

Apenas podía contener las lágrimas, y sentí como si fuera a desvanecerme.

—¡Dios le bendiga, tesoro mío! —exclamó la buena mujer, sosteniéndome—. ¡Dígame! ¿Qué le sucede?

—Ella no ha muerto... ¿Verdad que ella no ha muerto, Peggotty?

—¡No! —gritó ella con todas sus fuerzas, antes de sentarse y decir entre jadeos que mis palabras le habían puesto los pelos de punta.

Le di un abrazo para tranquilizarla, o para que sus cabellos volvieran a la normalidad; entonces me coloqué delante de ella y la miré inquisitivamente, lleno de preocupación.

—Verá, querido... Debería habérselo contado antes —se disculpó Peggotty—, pero no encontré el momento oportuno. Quizá tendría que haberlo hecho, pero nunca acabé de decidirme.

—Sigue, Peggotty —exclamé, todavía más asustado.

—Señorito Davy —dijo con voz entrecortada, mientras desataba su sombrero con manos temblorosas—. ¿Quiere saber lo que pasa? ¡Pues que tiene usted un nuevo padre!

Empecé a temblar y palidecí. Algo —no sé exactamente qué ni cómo— muy relacionado con la tumba de mi padre en el cementerio y con la resurrección de los muertos pareció golpearme con fuerza, como un viento desapacible.

—Un nuevo padre —repitió ella.

—¿Un nuevo padre? —murmuré.

Peggotty hizo un gesto extraño, como si tragase una cosa muy dura, y me tendió su mano.

—Venga a verlo —exclamó.

—No quiero.

—¿Y a su madre? —me preguntó.

Dejé de retroceder y nos dirigimos a la sala principal, donde Peggotty se separó de mí. A un lado de la chimenea estaba mi madre; al otro, el señor Murdstone. Mi madre abandonó su labor y se apresuró a levantarse, si bien creí advertir en ella cierta timidez.

—Vamos, querida Clara —dijo el señor Murdstone—. ¡Recuerda! Tienes que dominarte... Domina siempre tus impulsos... Davy, muchacho, ¿cómo estás?

Le di la mano. Tras unos momentos de incertidumbre, fui a saludar a mi madre; ella me besó, me dio una palmadita cariñosa en el hombro y, sentándose de nuevo, reanudó su labor. No me atreví a mirarla, ni tampoco al señor Murdstone, pues sabía que éste no dejaba de observarnos; me acerqué a la ventana y contemplé unos arbustos que se inclinaban en medio del frío.

En cuanto pude, salí sigilosamente de la sala y subí las escaleras. Mi vieja y querida alcoba había dejado de existir; a partir de entonces dormiría muy lejos de ella. Deambulé por el piso de abajo, tratando de encontrar algo que siguiera igual —¡estaba todo tan cambiado!—, y salí al patio; mas no tardé en retroceder sobresaltado, pues en la caseta, antes vacía, había un enorme perro —de voz tan ronca y pelaje tan oscuro como *Él*— que pareció enfurecerse al verme y se abalanzó sobre mí.

IV

Caigo en desgracia

Si la habitación donde trasladaron mi cama tuviese sentimientos y pudiera prestar declaración, yo la citaría hoy mismo (me pregunto quién dormirá ahora en ella) para que testificase cuán grande era mi desconsuelo al entrar en ella. Subí las escaleras sin dejar de oír al perro, que seguía ladrándome desde el patio; dirigí al dormitorio la misma mirada ausente y aturdida que éste pareció dirigirme a mí; me senté con las manos cruzadas y empecé a pensar...

Estuve dando vueltas a las cosas más extrañas: a la forma de la habitación, a las grietas del techo, al empapelado de las paredes, a los defectos del cristal de la ventana que llenaban el paisaje de pequeñas ondulaciones y cavidades, al lavabo con sus tres patas desiguales, cuyo aspecto disgustado me recordaba a la señora Gummidge cuando pensaba en su viejo marido. Entretanto, lloraba sin cesar; y, sin embargo, aunque tenía frío y mi ánimo estaba por los suelos, estoy seguro de que no sabía por qué derramaba tantas lágrimas. Finalmente, en mi desconsuelo, empecé a imaginar que estaba apasionadamente enamorado de la pequeña Emily y que me habían separado de ella para llevarme a un lugar donde nadie parecía quererme o preocuparse por mí, ni la mitad de lo que lo hacía ella. Semejante idea acabó de sumirme en la desesperación, por lo que me acurruqué en una esquina de la cama y lloré hasta quedar dormido.

Me despertó alguien que decía: «¡Aquí está!», al tiempo que destapaba mi cabeza empapada en sudor. Mi madre y Peggotty habían venido a buscarme, así que se trataba de una de ellas.

—Davy —dijo mi madre—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —contesté, pues me pareció muy raro que me lo preguntara.

Recuerdo que volví la cabeza para ocultar el temblor de mis labios, que le

habrían dado una respuesta mucho más sincera.

—¡Davy! —exclamó ella—. ¡Davy, mi pequeño!

No podría haber pronunciado unas palabras que me conmovieran más. Escondí mis lágrimas bajo las sábanas y, cuando quiso acercarme a ella, la aparté con la mano.

—Esto es obra tuya, Peggotty, ¡mala mujer! —protestó mi madre—. No tengo la menor duda. ¿Cómo puedes tener la conciencia tranquila después de haber puesto a mi hijo en contra mía, o de alguien muy querido por mí? ¿Qué pretendes con ello?

La pobre Peggotty, levantando sus manos y sus ojos, respondió con una especie de paráfrasis de la oración que yo solía decir después de la cena:

—Que el Señor la perdone, señora Copperfield, y que jamás tenga que lamentar de veras lo que acaba de decir.

—Es para volverse loca —dijo mi madre—. ¡Y en mi luna de miel! Cuando incluso el peor de los enemigos respetaría mi paz y mi felicidad. ¡Eres malo, Davy! ¡Y tú una desagradecida, Peggotty! ¡Dios mío! —exclamó irritada, dirigiéndose unas veces a Peggotty y otras a mí—. ¡Qué complicada es la vida! Ahora que yo esperaba que todo fuera tan bien...

Sentí el contacto de una mano que no era ni de Peggotty ni de mi madre, y me deslicé fuera de la cama. Era la mano del señor Murdstone, que sujetó mi brazo mientras decía:

—¿Qué sucede? Clara, amor mío, ¿has olvidado lo que hablamos? ¡Firmeza, querida!

—Lo siento mucho, Edward —se disculpó mi madre—. Quería hacer las cosas bien, pero estoy tan disgustada...

—¿De veras? —exclamó el señor Murdstone—. No me agrada oírte decir eso tan pronto.

—Me refiero a que es muy duro verme contrariada así en estos momentos —dijo mi madre, haciendo un mohín—. Es... muy duro, ¿no te parece?

Él la atrajo hacia sí, le susurró algo al oído y la besó. Y entonces comprendí, al ver que mi madre apoyaba la cabeza en su hombro y acariciaba su cuello con el brazo, que el señor Murdstone podría moldear a su antojo el carácter de mi madre, siempre tan dúctil. Y lo comprendí con la misma claridad con que lo sé ahora.

–Puedes volver a la sala, mi amor –señaló él–. David y yo bajaremos juntos.

Despidió a mi madre con una sonrisa y, cuando ésta se hubo marchado, se volvió hacia Peggotty con rostro sombrío.

–Amiga mía, ¿acaso no sabe cómo se llama su señora? –le preguntó.

–He estado tanto tiempo a su servicio que debería saberlo –respondió Peggotty.

–En efecto –dijo el señor Murdstone–. Sin embargo, cuando subía por las escaleras me ha parecido oír que se dirigía a ella por un apellido que no le pertenece. Ya sabe que ahora lleva el mío. ¿Podrá recordarlo?

Peggotty, después de lanzarme una mirada de inquietud, salió de la habitación sin responder, haciendo una pequeña reverencia; supongo que sabía que era eso lo que se esperaba de ella y no encontró la menor excusa para quedarse. En cuanto nos quedamos los dos solos, el señor Murdstone cerró la puerta, se sentó en una silla y, colocándome delante de él, me miró fijamente. Sentí que mis ojos se clavaban con la misma intensidad en los suyos. Siempre que recuerdo aquella escena, los dos frente a frente, creo oír los latidos de mi corazón, cada vez más intensos y acelerados.

–David –me dijo, apretando los labios hasta convertirlos en una delgada línea–, cuando he de tratar con un caballo o con un perro muy obstinados, ¿qué crees que hago?

–No lo sé.

–Les pego.

Yo había respondido con una especie de susurro entrecortado, pero ahora sentí, en medio de mi silencio, que me faltaba el aire.

–Les pego hasta que se estremecen de dolor. Me repito a mí mismo: «Dominaré a este animal»; y te aseguro que lo conseguiría aunque para ello tuvieran que perder toda su sangre. ¿Qué tienes en la cara?

–Suciedad –contesté.

Él sabía tan bien como yo que eran las huellas de mis lágrimas. Y, sin embargo, aunque me lo hubiera preguntado veinte veces, cada una de ellas acompañada de veinte golpes, creo que mi pequeño corazón se habría roto antes de reconocer la verdad.

—Eres muy inteligente para tu edad —afirmó con la sonrisa siniestra que le caracterizaba—, y veo que me comprendes muy bien. Lávate la cara, caballero, y baja conmigo.

Señaló el lavabo que me había traído a la memoria a la señora Gummidge, mientras hacía un gesto con la cabeza para que le obedeciera en seguida. Apenas tuve alguna duda entonces, y aún menos las tengo ahora: de haber vacilado en seguir sus órdenes, me habría pegado sin el menor escrúpulo.

Cuando hice lo que me pedía, el señor Murdstone me condujo a la sala.

—Clara, querida —dijo sin soltar mi brazo—; confío en que no volverán a importunarte. No tardaremos en corregir su joven carácter.

Bien sabe Dios que si me hubiera hablado con amabilidad en aquellos momentos, yo habría podido ser mejor e incluso convertirme en una criatura diferente para el resto de mi vida. Unas palabras de aliento y de explicación, unas palabras de piedad para mi ignorancia infantil, unas palabras de bienvenida que me tranquilizaran y me ayudaran a sentir que aquél era mi hogar, podrían haber conseguido que le obedeciera de todo corazón, sin hipocresía, y que, en lugar de odiarle, le respetara. Tuve la impresión de que a mi madre le dolía verme en medio de la sala tan confuso y atemorizado y, cuando me senté silenciosamente en una silla, me siguió con una mirada todavía más triste, como si echara de menos la antigua libertad de mis pasos infantiles. Pero nadie pronunció esas palabras, y después fue demasiado tarde.

Cenamos los tres solos. El señor Murdstone parecía muy enamorado de mi madre (sin que eso aumentara mi simpatía por él) y ella le correspondía. Deduje de su conversación que una hermana mayor de él iba a instalarse en casa y que esperaban su llegada aquella misma tarde. No recuerdo si descubrí entonces o más adelante que, aunque no intervenía activamente en ningún negocio, tenía una participación o percibía una cantidad anual de los beneficios de una vinatería de Londres, vinculada a su familia desde los tiempos de su bisabuelo, y en la que su hermana tenía un interés similar; en cualquier caso, lo menciono ahora.

Después de la cena, mientras estábamos sentados junto a la chimenea y yo soñaba en reunirme con Peggotty, sin atreverme a escapar de allí por no contrariar al dueño de la casa, un coche se detuvo en la entrada del jardín, y el señor Murdstone salió a recibir al visitante. Mi madre fue tras él. De pronto, al llegar a la puerta de la sala, en medio de la penumbra, ella se volvió hacia mí —yo la seguía tímidamente— y, cogiéndome en sus brazos como hacía

antes, me dijo entre susurros que tenía que querer a mi nuevo padre y obedecerle. Hizo esto con mucha ternura, aunque sigilosa y apresuradamente, como si cometiera un delito. Me dio entonces la mano por detrás de la espalda y retuvo la mía hasta que nos acercamos al lugar del jardín donde estaba el señor Murdstone; allí soltó mi mano y cogió su brazo.

La recién llegada era la señorita Murdstone, una dama de aspecto verdaderamente sombrío. Era tan morena como su hermano, y tanto su rostro como su voz se parecían muchísimo a los de éste; tenía unas cejas muy espesas que casi se juntaban sobre su enorme nariz, como si, al impedirle su sexo llevar patillas, hubiera decidido lucirlas allí. Traía con ella dos rígidos baúles de color negro, con sus iniciales de latón clavadas en la tapa. Cuando pagó al cochero el importe del viaje, sacó el dinero de un portamonedas de metal; volvió a guardar éste en un bolso que colgaba de su brazo con una pesada cadena, como si fuera una pequeña prisión, y lo cerró de golpe, al igual que si diera una dentellada. Jamás había conocido hasta entonces a una dama tan metálica como la señorita Murdstone.

Fue conducida al salón entre grandes muestras de bienvenida y, una vez allí, saludó formalmente a mi madre como a un familiar nuevo y muy cercano. Después dirigió su mirada hacia mí y preguntó:

—¿Es ése tu hijo, querida cuñada?

Mi madre contestó que sí.

—Por lo general, no me gustan los niños —exclamó la señora Murdstone—. ¿Cómo estás, muchacho?

En aquellas circunstancias tan alentadoras, respondí que estaba muy bien y que confiaba en que también lo estuviera ella; pero lo dije con tan poco entusiasmo que la señorita Murdstone me juzgó en dos palabras:

—¡Necesita educación!

Y, después de pronunciar esto con mucha claridad, rogó que la acompañaran a su habitación, que desde entonces se convirtió en un lugar aterrador para mí, en el que nunca se veían abiertos los baúles negros; una o dos veces, al asomar mi cabeza en ausencia de su dueña, vi un formidable despliegue de cadenas y remaches de metal, que servían a la señorita Murdstone para acicalarse y que solían colgar del espejo.

Creí entender que había venido para siempre y no tenía la menor intención de marcharse. A la mañana siguiente empezó a «ayudar» a mi madre, y pasó

todo el día entrando y saliendo de la despensa, poniendo orden y cambiando las cosas de lugar. Una de las primeras peculiaridades que observé en la señorita Murdstone fue que vivía obsesionada por la sospecha de que las criadas tenían escondido a un hombre en algún rincón de la casa. Bajo la influencia de esta idea descabellada, registraba la carbonera a las horas más intempestivas, y rara vez abría la puerta de un armario oscuro sin volver a cerrarla de golpe, convencida de que lo había atrapado.

A pesar de que no había nada de etéreo en la señorita Murdstone, era tan madrugadora como una alondra. Se levantaba mucho antes de que los demás empezaran a desperezarse (sigo creyendo que para buscar al hombre). Peggotty opinaba que incluso dormía con un ojo abierto; pero yo disentía, pues, al intentar seguir su ejemplo, comprobé que resultaba imposible.

Al día siguiente de su llegada, salió de la cama y tocó la campanilla al rayar el alba. Cuando mi madre bajó a desayunar y se puso a preparar el té, la señorita Murdstone le dio una especie de picotazo en la mejilla, que para ella era lo más parecido a un beso.

—Clara, querida —empezó a decir—, ya sabes que he venido aquí para ayudarte en todo lo que sea posible. Eres demasiado bonita y atolondrada —mi madre se ruborizó, pero rompió a reír como si esas palabras no le disgustaran— para cargar con unas responsabilidades que puedo asumir yo. Si tienes la bondad de darme tus llaves, me ocuparé en el futuro de esos asuntos.

A partir de entonces, la señorita Murdstone guardó las llaves en su bolsito-prisión durante el día y bajo la almohada durante la noche; y mi madre tuvo el mismo acceso a ellas que pudiera tener yo.

Sin embargo, no fue desposeída de su autoridad sin una sombra de protesta. Una noche en que la señorita Murdstone había estado explicando a su hermano ciertos proyectos relacionados con la casa, a los que él daba su beneplácito, mi madre se echó de pronto a llorar y afirmó que podrían haberle consultado a ella.

—¡Clara! —protestó el señor Murdstone con severidad—. ¡No te entiendo, Clara!

—Está bien que te sorprendas, Edward —respondió mi madre—; está bien que hables de firmeza, pero a ti tampoco te gustaría que te hicieran esto.

Debo decir que la «firmeza» era la cualidad que más valoraban el señor y la señorita Murdstone. No sé cómo habría explicado entonces ese concepto, si

me lo hubieran preguntado, pero lo cierto es que ya comprendía, a mi manera, que era sinónimo de tiranía, así como de un humor sombrío, arrogante y diabólico, común a los dos hermanos. Su doctrina, tal como hoy la definiría, era la siguiente: el señor Murdstone era un hombre de gran firmeza; nadie de su esfera podía ser tan firme como él; nadie de su esfera podía mostrar la menor firmeza, pues todo el mundo tenía que doblegarse ante él. La señorita Murdstone constituía una excepción. *Ella* podía ser firme, pero sólo por su parentesco, y en un grado inferior y subordinado. Mi madre era otra excepción. *Ella* podía ser firme, y debía serlo; pero sólo para someterse a la firmeza de ellos, creyendo firmemente que no existía otra firmeza sobre la tierra.

—Es muy duro que en mi propio hogar... —empezó a decir mi madre.

—¿*Mi* propio hogar? —repitió el señor Murdstone—. ¡Clara!

—*Nuestro* propio hogar, quería decir —balbuceó mi madre, visiblemente asustada—. Ya me entiendes, Edward... Es muy duro que en *tu* propio hogar yo no pueda intervenir en los asuntos domésticos. Estoy convencida de que llevaba muy bien la casa antes de convertirme en tu esposa. Y tengo testigos —continuó entre sollozos—; pregúntale a Peggotty si no hacía las cosas bien cuando nadie se entrometía.

—Pongamos fin a todo esto, Edward —exclamó la señorita Murdstone—. Me marcharé mañana.

—Jane Murdstone —dijo su hermano—, ¡cállate! ¿Cómo te atreves a hablar así? Tus palabras reflejan que no me conoces.

—No quiero que nadie se vaya —siguió diciendo mi pobre madre, en clara desventaja y con los ojos anegados en llanto—. Me sentiría muy desgraciada si alguien lo hiciera. No pido mucho. Soy una persona razonable. Únicamente me gustaría que se consultara conmigo de vez en cuando. Estoy muy agradecida a cuantos me ayudan; sólo deseo que a veces se pida mi opinión, por cortesía. Antes te agradaba mi juventud e inexperiencia, Edward... o eso me dijiste. Sin embargo, ahora pareces odiarme por ello; eres tan estricto...

—Pongamos fin a esto, Edward —repitió la señorita Murdstone—. Me marcharé mañana.

—Jane Murdstone —bramó su hermano—. ¿Quieres callarte de una vez? ¿Cómo te atreves a hablar así?

La señorita Murdstone sacó el pañuelo de su pequeña prisión y se tapó los

ojos.

—Clara —continuó el señor Murdstone, mirando a mi madre—, ¡cuánto me sorprendes! ¡Me dejas atónito! Es cierto que me satisfacía casarme con una mujer ingenua y sin experiencia, y la idea de formar su carácter e inculcar en ella un poco de esa firmeza y resolución tan necesarias. Pero cuando veo lo desagradecida que se muestra esa persona con Jane Murdstone, que ha tenido la bondad de venir a ayudarme en ese empeño y de realizar, en atención a mí, funciones más propias de un ama de llaves...

—Oh, Edward, te lo ruego —exclamó mi madre—; no me acuses de ingrata. Sé que no lo soy. Jamás me han reprochado una cosa así. Tengo muchos defectos, pero ése no. ¡Por favor, amor mío!

—Cuando veo con qué ruindad correspondes a Jane Murdstone —prosiguió mi padrastro, después de esperar a que mi madre se callara—, aquel sentimiento mío se altera y enfría.

—¡No digas eso, amor mío! —imploró mi madre con voz lastimera—. ¡Por favor, querido Edward! No puedo soportarlo. Sean cuales sean mis defectos, soy una persona afectuosa. Sé que soy afectuosa. Si no tuviera la certeza de serlo, no lo diría. Pregúntale a Peggotty. Estoy convencida de que te dirá que soy afectuosa...

—No existe debilidad alguna, Clara —repuso el señor Murdstone—, que a mi juicio pueda tener el menor valor. Es inútil que hables así.

—Por favor, seamos amigos —suplicó mi madre—; sería incapaz de vivir rodeada de frialdad o incomprensión. Lo lamento, Edward. Tengo muchos defectos, lo sé; demuestras una gran bondad al intentar, con tu entereza, corregirlos. Jane, no tengo nada que objetar. Me partiría el corazón que pensaras en marcharte.

Mi madre estaba demasiado emocionada para continuar.

—Jane —dijo el señor Murdstone a su hermana—, no es frecuente que entre nosotros crucemos palabras tan duras. No es culpa mía si esta noche ha ocurrido algo tan excepcional; otra persona me empujó a ello. Tampoco es culpa tuya; otra persona te empujó a ello. Procuremos olvidarlo los dos. Y como esta escena no es nada edificante para un niño —añadió después de tan magnánimas palabras—, David, ¡vete a la cama!

Las lágrimas me cegaban y a duras penas encontré la puerta. ¡Me entristecía tanto el dolor de mi madre! Pero salí a tientas de allí y subí a mi

dormitorio, en la penumbra, sin ánimo suficiente para dar las buenas noches a Peggotty o para pedirle una vela. Una hora después, cuando subió a verme, me desperté. Peggotty me contó que mi madre se había acostado indispuesta y que el señor y la señorita Murdstone se habían quedado a solas.

A la mañana siguiente bajé más temprano que de costumbre y, al oír la voz de mi madre, me detuve ante la puerta del gabinete. Estaba pidiendo humildemente perdón a la señorita Murdstone, quien aceptaba sus disculpas, y la reconciliación fue perfecta. A partir de aquel día, jamás oí a mi madre expresar una opinión sin consultar antes con la señorita Murdstone, o sin saber con absoluta certeza lo que ésta pensaba; y, siempre que la señorita Murdstone se irritaba (lo que era una debilidad en ella) y hacía ademán de coger el bolso para sacar las llaves y devolverlas, mi madre la miraba aterrorizada.

La vena tenebrosa que los Murdstone llevaban en la sangre ensombrecía también su religión, que era austera y terrible. Después he pensado que si adoptó ese carácter fue como consecuencia lógica de la firmeza del señor Murdstone, que no podía consentir que nadie se librara de los castigos más severos, en cuanto encontraba el menor pretexto. En cualquier caso, recuerdo bien los rostros lúgubres con que íbamos a la iglesia y el aire tan cambiado que presentaba aquel lugar. Vuelve a acudir a mi memoria el temido domingo: me veo entrando en fila india en nuestro viejo banco, como un cautivo al que condujeran al oficio de los condenados. Vuelvo a ver a la señorita Murdstone, que me sigue de cerca, con un vestido de terciopelo negro que parece haber hecho de un paño mortuario; mi madre va tras ella; después, su marido. Peggotty no nos acompaña como en los viejos tiempos. Vuelvo a oír cómo la señorita Murdstone murmura las respuestas y recalca las palabras más estremecedoras con despiadado placer. Vuelvo a percibir cómo sus ojos negros recorren la iglesia cuando pronuncia las palabras «miserables pecadores», igual que si se refiriera a todos los miembros de la congregación. Vuelvo a mirar con disimulo a mi madre, que mueve tímidamente los labios entre los dos hermanos, mientras las plegarias de éstos retumban en sus oídos como un trueno lejano. Vuelvo a preguntarme con repentino terror si nuestro bondadoso y anciano clérigo puede estar equivocado y el señor y la señorita Murdstone tener razón, y si todos los ángeles del Cielo no serán ángeles exterminadores. Vuelvo a sentir cómo la señorita Murdstone, si mueve un dedo o un músculo de mi cara se relaja, me golpea con el libro de oraciones, dejándome el costado dolorido.

Sí, y vuelvo a advertir que, cuando regresamos a casa, algunos vecinos nos contemplan a mi madre y a mí, sin dejar de cuchichear. Mientras los tres caminan del brazo y yo me quedo rezagado, vuelvo a seguir algunas de aquellas miradas, y me pregunto si el paso de mi madre ya no es tan ligero como antes y si las preocupaciones han restado lozanía a su belleza. Vuelvo a pensar si los vecinos recordarán, al igual que yo, cómo antes volvíamos a casa los dos juntos; y paso todo el día torturándome neciamente con esas cosas.

En varias ocasiones se había hablado de enviarme a un internado. El señor y la señorita Murdstone lo habían propuesto y, como es natural, mi madre había estado de acuerdo con ellos. Nada, sin embargo, se había decidido al respecto. Entretanto, yo estudiaba en casa.

¿Podré olvidar algún día aquellas lecciones? En teoría, mi madre se encargaba de ellas, pero lo cierto es que el señor Murdstone y su hermana se hallaban siempre presentes, y las consideraban una buena ocasión para instruir a mi madre en su mal llamada firmeza, que se había convertido en la maldición de nuestras vidas. Creo que era el único motivo por el que me retenían en casa. Cuando mi madre y yo vivíamos solos, había mostrado bastante facilidad y buena disposición para el estudio. Recuerdo vagamente cómo aprendí el alfabeto sentado en sus rodillas. Todavía hoy, al mirar las grandes letras negras de la cartilla, siento con la misma intensidad de entonces la sorprendente novedad de sus formas y la inocente sencillez de la O, de la Q y de la S. Pero no me inspiran antipatía o aversión. Al contrario: tengo la impresión de haber caminado por un sendero cubierto de flores hasta llegar al libro de los cocodrilos, animado siempre por la voz y los ademanes dulces de mi madre. Recuerdo, en cambio, las solemnes lecciones que vinieron después, cual golpe mortal a mi sosiego, un verdadero calvario cotidiano. Eran interminables, muy numerosas y muy difíciles (algunas completamente ininteligibles) y, por lo general, tan desconcertantes para mí como para mi pobre madre.

Intentaré rememorar cómo transcurrían aquellas mañanas.

Después de tomar el desayuno, entro en el gabinete con mis libros, un cuaderno y una pizarra. Mi madre me espera delante de su escritorio, aunque no tan impaciente como el señor Murdstone, que finge leer junto a la ventana, o la señorita Murdstone, que enhebra cuentas de metal sentada junto a ella. La sola visión de estas dos personas ejerce tal influencia sobre mí que empiezo a sentir cómo desaparecen de mi cabeza las palabras que tanto me ha costado aprender; quisiera saber adónde irán a parar.

Entrego el primer libro a mi madre. Quizá sea una gramática, un manual de Historia o de Geografía. Dirijo una última mirada de desesperación a la página, cuando ella lo coge, y recito a gran velocidad mientras todo sigue fresco en mi memoria. Me equivoco en una palabra. El señor Murdstone levanta la vista. Me equivoco en otra. La señorita Murdstone levanta la vista. Me pongo colorado, me equivoco en media docena de palabras más y enmudezco. Creo que mi madre me dejaría mirar en el libro, si tuviera valor para hacerlo; pero no es así.

—¡Ay, Davy, Davy! —exclama con ternura.

—Vamos, Clara —dice el señor Murdstone—. Tienes que mostrarte firme con el muchacho. No digas: «¡Ay, Davy, Davy!». Es pueril. O sabe su lección o no la sabe.

—No la sabe —interrumpe su hermana, en tono amenazante.

—Me temo que no la sabe —señala mi madre.

—Entonces, Clara —afirma la señorita Murdstone—, deberías devolverle el libro y obligarle a que lo estudiara.

—Sí, querida Jane; por supuesto —contesta mi madre—. Es lo que pensaba hacer. Inténtalo de nuevo, Davy, y procura no ser tan torpe.

Obedezco la primera parte de su mandato y pruebo otra vez, pero no tengo tanta suerte con la segunda, pues soy muy estúpido. Vuelvo a armarme un lío antes de llegar al punto en el que antes cometí el error y me paro a reflexionar. Pero no puedo concentrarme en la lección. Me resulta imposible. Pienso en cuántas yardas de tul tendrá la cofia de la señorita Murdstone, en el precio del batín de su hermano o en alguna otra cosa igual de absurda, que ni es de mi incumbencia ni tengo el menor interés en conocer. El señor Murdstone hace un gesto de impaciencia que llevo esperando mucho tiempo. La señorita Murdstone le imita. Mi madre les dirige una mirada sumisa, cierra el libro y lo deja a un lado, como trabajo pendiente; sé que tendré que hacerlo cuando acabe el resto de mis tareas.

Las lecciones que he de volver a estudiar forman una pila que crece como una bola de nieve. Cuanto más grande es, más torpe me vuelvo. El caso es desesperado, y siento cómo me hundo en un barrizal de necedades, así que renuncio a la idea de salir bien parado y me abandono a mi destino. El desconsuelo con que nos miramos mi madre y yo, cada vez que me equivoco, es realmente patético. Pero el momento más dramático es cuando mi madre

(convencida de que nadie la observa) trata de soplarle la lección, moviendo los labios. Al instante la señorita Murdstone, que ha esperado con impaciencia ese momento, la llama al orden con voz grave:

—¡Clara!

Mi madre da un respingo, se sonroja y sonríe débilmente. El señor Murdstone se levanta de la silla, coge el libro, me lo tira a la cara o me golpea con él las orejas, y me saca del gabinete sujetándome por los hombros.

Pero cuando termino de repetir las lecciones llega lo peor, bajo la forma de un problema espantoso. El señor Murdstone es quien lo ha inventado para mí, y me lo dicta personalmente:

—Si voy a una quesería y compro cinco mil quesos de Gloucester a cuatro peniques y medio cada uno, al contado...

La señorita Murdstone no puede evitar regocijarse en secreto. Me rompo la cabeza con los quesos, sin el menor resultado, hasta la hora del almuerzo. La suciedad de la pizarra se ha metido por entonces en los poros de mi piel, convirtiéndome en un verdadero mulato, así que me dan una rebanada de pan para ayudarme a digerir los quesos, y me quedo castigado el resto de la tarde.

Mi impresión, después de tantos años, es que casi todas aquellas desdichadas lecciones acababan así. Yo habría sido un buen alumno si no hubiera sido por los Murdstone; pero la influencia que ellos ejercían sobre mí era similar a la de dos serpientes sobre un pobre pajarillo. Incluso los días en que lograba salir bastante airoso por la mañana, lo único que ganaba con ello era la comida; pues la señorita Murdstone no podía soportar verme sin tarea y, cuando yo cometía la imprudencia de mostrar que estaba desocupado, se apresuraba a llamar la atención de su hermano.

—No hay nada como el trabajo, querida Clara —exclamaba para que éste se fijara en mí—; ponle algún ejercicio a tu hijo.

Y de ese modo conseguía que me obligaran a estudiar más. Apenas si podía jugar con otros niños de mi edad, pues la siniestra teología de los Murdstone los consideraba un hatajo de pequeñas víboras (aunque hace mucho tiempo hubo un Niño sentado en medio de sus Discípulos), y afirmaban que se corrompían los unos a los otros.

El resultado lógico de semejante trato, que duró, según creo, alrededor de seis meses, fue convertirme en un muchacho triste, taciturno y obstinado. Contribuyó, asimismo, a ello el sentimiento de verme cada día más alejado de

mi madre. Creo que me habría embrutecido casi por completo de no haber sido por una circunstancia.

Mi padre había dejado en un pequeño cuarto del piso superior, al que yo tenía acceso por estar junto a mi dormitorio, una pequeña colección de libros en la que nadie había reparado. De aquella bendita habitación salieron *Roderick Random*, *Peregrine Pickle*, *Humphrey Clinker*, *Tom Jones*, *El vicario de Wakefield*, *Don Quijote*, *Gil Blas* y *Robinson Crusoe*, en hueste gloriosa, para hacerme compañía. Ellos –así como *Las mil y una noches* y los *Cuentos de los genios*– mantuvieron despierta mi imaginación y mi esperanza de una vida mejor; y no pudieron causarme el menor daño, pues, de existir algún mal en ellos, yo lo desconocía. Todavía ahora me asombra pensar cómo encontraba tiempo para leer aquellos libros, en medio de mis pesadas tareas y de mis tropiezos. Me resulta curioso que pudieran consolarme de mis pequeños problemas (que para mí eran muy grandes), al permitirme encarnar a mis personajes favoritos e identificar al señor y a la señorita Murdstone con todos sus malvados. Fui Tom Jones toda una semana (Tom Jones niño, una criatura inofensiva). Fui mi propia versión de Roderick Random un mes seguido. Leía con avidez los escasos volúmenes de viajes y expediciones –no recuerdo exactamente cuáles– que había en las estanterías; y, durante muchos días, recuerdo haber recorrido mi zona secreta de la casa armado con la pieza central de un viejo juego de hormas de zapatos, creyéndome la encarnación más perfecta del capitán Mengano, de la Armada Real Británica, en peligro de ser atacado por una tribu de salvajes y decidido a vender bien cara su vida. El capitán jamás perdía su dignidad, aunque le golpearan las orejas con una gramática latina. Yo sí; pero el capitán era un capitán y un héroe a pesar de todas las gramáticas de todas las lenguas del mundo, vivas o muertas.

Y ése fue mi único y constante consuelo. Cuando pienso en ello, rememoro una tarde de verano en que, mientras los demás niños jugaban en el cementerio, yo leía sentado encima de la cama, como si me fuera la vida en ello. Todos los graneros de la vecindad, todas las piedras de la iglesia, todos los rincones del cementerio estaban asociados en mi imaginación, por algún motivo, a aquellos libros y representaban los lugares más famosos de mis lecturas. Vi a Tom Pipes^[10] trepar hasta el campanario de la iglesia; vi a Strap,^[11] con su morral a la espalda, detenerse a descansar junto al postigo; y estoy seguro de que el comodoro Trunnion^[12] celebraba sus reuniones con el señor Pickle en una sala de la taberna de nuestra aldea.

El lector puede comprender ahora, tan bien como yo, qué clase de

muchacho era al llegar a este punto de mi juvenil historia.

Una mañana, al entrar en el gabinete con mis libros, percibí cierta inquietud en el rostro de mi madre; la señorita Murdstone me contempló con su habitual severidad y su hermano, que estaba atando algo en el extremo de una vara, delgada y flexible, empezó a chasquear y a blandir ésta en el aire.

—Debes saber, Clara —dijo el señor Murdstone—, que a mí me azotaron a menudo.

—Es natural —asintió su hermana.

—Desde luego, mi querida Jane —balbució mi madre, sumisa—; pero ¿creéis que fue beneficioso para Edward?

—¿Acaso piensas que fue perjudicial, Clara? —preguntó el señor Murdstone, gravemente.

—Ésa es la cuestión —exclamó la señorita Murdstone.

—Por supuesto, querida Jane —repuso mi madre, abandonando la discusión.

Comprendí con temor que aquel diálogo me afectaba personalmente y busqué los ojos del señor Murdstone, que se clavaron en los míos.

—Y ahora, David —afirmó, y volví a percibir en él su estrabismo—, es preciso que hoy tengas más cuidado que otros días.

Blandió y chasqueó de nuevo la vara con aire amenazador y, una vez terminados sus preparativos, la colocó junto a él —con mirada expresiva— y cogió su libro.

Era una buena manera de estimular mi presencia de ánimo, antes de comenzar. Sentí que las palabras de la lección se borraban de mi memoria, pero no una a una, o línea a línea, sino por páginas enteras. Intenté retenerlas; pero parecían haberse puesto patines, por expresarlo de algún modo, para alejarse de mí a una velocidad imposible de controlar.

Empezamos mal y continuamos peor. Yo había entrado allí convencido de que ese día me felicitarían, pues creía estar muy bien preparado; mas no tardé en darme cuenta de mi error. Uno tras otro, los libros fueron amontonándose en el lado de los fracasos, sin que la señorita Murdstone nos quitara la vista de encima. Y, cuando llegamos a los cinco mil quesos (aunque ese día recuerdo que los convirtió en varas), mi madre rompió a llorar.

—¡Clara! —dijo la señorita Murdstone, con aire reprobador.

—Creo que no me encuentro demasiado bien, querida Jane —se disculpó mi madre.

Vi cómo el señor Murdstone dirigía una mirada solemne a su hermana, mientras se levantaba de la silla con la vara en la mano.

—Está bien, Jane —exclamó—; no podemos esperar que Clara tenga la firmeza de carácter suficiente para soportar el dolor y el tormento que David le ha ocasionado hoy. Sería un caso de verdadero estoicismo. Clara ha progresado mucho, pero sería pedirle demasiado. David, muchacho, iremos juntos arriba.

Cuando salíamos del gabinete, mi madre corrió hacia nosotros.

—¡Clara! —protestó la señorita Murdstone, interponiéndose en su camino— ¿Has perdido el juicio?

Vi cómo mi madre se tapaba entonces los oídos y empezaba a llorar.

El señor Murdstone me condujo a mi cuarto con paso lento y majestuoso — pues estoy convencido de que le complacía aquella manera tan ceremoniosa de hacer justicia— y, cuando llegamos allí, me retorció de pronto la cabeza y la sujetó bajo su brazo.

—¡Señor Murdstone! ¡Por favor! —le supliqué—. ¡No me pegue, se lo ruego! He intentado aprender, señor, pero no soy capaz de hacerlo si están delante usted y la señorita Murdstone.

—¿De veras que no eres capaz, Davy? —exclamó—. ¡Ya lo veremos!

Tenía mi cabeza aprisionada como en un banco de carpintero, pero conseguí de algún modo volverme y detenerlo unos instantes, mientras le pedía que no me pegase. No tardó en golpearme con fuerza, al tiempo que yo mordía la mano con que me sujetaba hasta hacerle sangre. Todavía me rechinan los dientes cuando recuerdo la escena.

Entonces me azotó como si quisiera matarme. A pesar del estrépito que armábamos, oí a mi madre y a Peggotty correr escaleras arriba, gritando y llorando. Después, se marchó y cerró la puerta con llave; yo me quedé tendido en el suelo, acalorado y febril, maltrecho y dolorido, rabioso ante mi impotencia.

¡Qué bien recuerdo la extraña quietud que parecía reinar en la casa cuando logré tranquilizarme! ¡Qué bien recuerdo lo despreciable que me sentí cuando mi cólera y mi dolor empezaron a calmarse!

Estuve mucho tiempo escuchando, pero no oí el menor ruido. Me levanté con dificultad del suelo y me miré en el espejo; tenía el rostro tan enrojecido, hinchado y feo que casi me asusté. Sentía un dolor lacerante allí donde el señor Murdstone me había azotado, pero no era nada comparado con mi sentimiento de culpa: una carga más penosa sobre mi conciencia que si hubiera sido el peor de los criminales.

Había empezado a oscurecer y yo había cerrado la ventana (después de pasarme casi todo el tiempo con la cabeza apoyada en el alféizar, llorando, dormitando y contemplando lánguidamente el exterior), cuando oí girar la llave de la puerta; la señorita Murdstone entró con un poco de pan con carne y un tazón de leche. Los dejó sobre la mesa sin decir palabra, mientras clavaba sus ojos en mí, con ejemplar firmeza; luego se retiró, echando nuevamente la llave.

Seguí sentado en el mismo lugar mucho tiempo después de que anocheciera, con la esperanza de que viniera alguien más. Cuando comprendí que era muy poco probable, me quité la ropa y me acosté; empecé a pensar con temor qué harían conmigo. ¿Habría cometido un delito? ¿Me meterían en la cárcel? ¿Correría el peligro de ser ahorcado?

Jamás olvidaré mi despertar al día siguiente: la alegría y el bienestar que sentí en un primer momento hasta que el peso abrumador de mis recuerdos cayó como un mazazo sobre mí. La señorita Murdstone reapareció antes de que yo me levantara de la cama. Se limitó a decir que tenía libertad para pasear por el jardín, tan sólo media hora, y se marchó dejando la puerta abierta, a fin de que pudiera disfrutar del permiso.

Así lo hice, y no sólo aquel día sino todos los de mi encierro, que duró cinco días. Si hubiera podido estar a solas con mi madre, me habría arrodillado ante ella para pedirle perdón; pero, durante todo ese tiempo, no vi más que a la señorita Murdstone, excepto por las tardes cuando nos reuníamos para rezar en el gabinete. Mi carcelera me conducía allí cuando todos los demás habían ocupado sus lugares; me dejaba cerca de la puerta solo, como si fuera un joven proscrito; y me sacaba solemnemente de la estancia, mientras los demás seguían arrodillados en actitud piadosa. Lo único que pude advertir es que mi madre se encontraba lo más lejos posible de mí y con el rostro vuelto hacia otro lado, lo que me impedía verla; y que la mano del señor Murdstone estaba envuelta en un gran vendaje.

Sería incapaz de explicar con palabras lo interminables que fueron para mí

esos días. En mi memoria, parecen años. Recuerdo cómo escuchaba lo que ocurría en la casa y resultaba audible para mí; el sonido de las campanillas, el abrir y cerrar de puertas, el murmullo de voces, las pisadas en la escalera; las risas, silbidos y canciones que llegaban del exterior y que, en medio de mi soledad y de mi deshonra, me llenaban de tristeza; el paso incierto de las horas, especialmente de noche, cuando me despertaba creyendo que había amanecido y me percataba de que mi familia aún no se había acostado y de que una noche interminable se abría ante mí; los sueños tan angustiados y las pesadillas que tenía; la llegada de la aurora, del mediodía, de la tarde y del anochecer, cuando los niños jugaban en el cementerio, y yo los contemplaba desde mi cuarto, sin acercarme demasiado a la ventana, avergonzado de que pudieran verme y supieran que estaba prisionero; la sensación extraña de no oír jamás mi propia voz; los momentos fugaces en que sentía algo parecido a la alegría, que llegaban con la comida y la bebida para luego desaparecer con ellas; la lluvia que empezó a caer una noche, y el olor a tierra fresca, y cómo diluvió cada vez más fuerte, entre mi ventana y la iglesia, hasta que el agua y la oscuridad creciente me sumieron en el pesimismo, el arrepentimiento y el miedo. Y todas esas sensaciones quedaron tan vivamente grabadas en mi memoria que mi impresión es que duraron años, en lugar de días.

La última noche de mi encierro, me desperté al oír que alguien susurraba mi nombre. Me incorporé bruscamente en la cama.

—¿Eres tú, Peggotty? —pregunté, extendiendo mis brazos en la oscuridad.

No hubo una respuesta inmediata; pero en seguida volvieron a pronunciar mi nombre, en un tono tan terrible y misterioso que, de no haber comprendido que me hablaban por el ojo de la cerradura, me habría desmayado de miedo.

Avancé a tientas hasta la puerta.

—¿Eres tú, querida Peggotty? —repetí quedamente, con los labios en el ojo de la cerradura.

—Sí, Davy, tesoro mío —contestó—. Pero tiene que ser tan silencioso como un ratón, o el gato nos oirá.

Comprendí que se refería a la señorita Murdstone, y fui consciente del peligro de la situación: su dormitorio estaba junto al mío.

—¿Cómo se encuentra mamá, querida Peggotty? ¿Está muy enfadada conmigo?

Me di cuenta de que Peggotty y yo nos habíamos puesto a llorar, muy

bajito, cada uno a un lado de la puerta.

—No, no mucho —se apresuró a responder.

—¿Qué van a hacer conmigo, Peggotty? ¿Lo sabes?

—Un internado... cerca de Londres —fue su respuesta.

Me vi obligado a pedirle que lo repitiera, pues yo había olvidado retirar la boca del ojo de la cerradura y aplicar el oído allí; de modo que apenas había entendido sus palabras, que me habían ocasionado un intenso cosquilleo en la garganta.

—¿Cuándo, Peggotty?

—Mañana.

—¿Es ése el motivo de que la señorita Murdstone haya sacado mi ropa de los cajones?

Algo que efectivamente había hecho, aunque yo haya olvidado mencionarlo.

—Sí —dijo Peggotty—. El baúl.

—¿Me dejarán ver a mamá? —pregunté.

—Sí... Por la mañana.

Entonces Peggotty pegó su boca al ojo de la cerradura. Y me atrevo a afirmar que pronunció las siguientes palabras con una emoción y una gravedad jamás conocidas a través de una puerta; y las frases salieron entrecortadas de sus labios, como pequeños estallidos convulsos que surgieran de su interior.

—Davy, querido. Si últimamente hemos estado más separados, no es porque le quiera menos. Todo lo contrario. Pensé que sería lo mejor para mi pequeño. Y de paso para alguien más. Davy, tesoro, ¿me está escuchando? ¿Puede oírme?

—Sí, sí, Peggotty —sollocé.

—¡Mi niño! —exclamó Peggotty con infinita compasión—. Lo que quiero decir es... que no debe olvidarme nunca. Porque yo siempre le recordaré. Y cuidaré mejor a su madre, Davy, de lo que jamás le cuidé a usted. Y no la abandonaré. Y llegará el día en que ella se alegre de apoyar de nuevo su pobre cabeza en el hombro de su vieja, estúpida y malhumorada Peggotty. Y le

escribiré, tesoro. Aunque nunca haya ido al colegio. Y yo... y yo...

En vista de que no podía abrazarme a mí, la buena mujer empezó a besar el ojo de la cerradura.

—¡Gracias, querida Peggotty! —susurré—. ¡Gracias! ¡Gracias! ¿Me prometes una cosa? ¿Escribirás al señor Peggotty, a la pequeña Emily, a la señora Gummidge y a Ham para decirles que no soy tan malo? ¿Les enviarás mi cariño, especialmente a la pequeña Emily? ¿Me harás ese favor, Peggotty?

Aquella alma caritativa lo prometió y, antes de despedirnos, los dos besamos el ojo de la cerradura con el mayor afecto; recuerdo que también le di un golpecito, como si fuera su noble rostro. Desde esa noche nació en mi interior un sentimiento por Peggotty que me resulta muy difícil definir. No ocupó el lugar de mi madre, nadie podría hacerlo; pero llenó un hueco de mi corazón que pareció volver a cerrarse con ella dentro, algo que jamás he sentido por ningún otro ser humano. Se trataba, asimismo, de un cariño con matices cómicos; y, sin embargo, ignoro lo que habría hecho si ella hubiera muerto y cómo habría superado la tragedia que eso hubiera significado para mí.

La señorita Murdstone apareció por la mañana, como de costumbre, y me dio la noticia de que iban a enviarme a un internado, algo no tan nuevo para mí como ella suponía. También me ordenó que, cuando estuviera vestido, bajase al comedor a tomar el desayuno. Allí encontré a mi madre, pálida y con los ojos enrojecidos: me arrojé en sus brazos y le pedí perdón, profundamente arrepentido.

—¡Ay, Davy! —exclamó—. ¿Cómo has podido herir tanto a alguien que yo amo? ¡Procura ser mejor, te lo ruego! Tienes mi perdón; pero me entristece pensar que en tu interior anidan tan malos sentimientos, Davy.

La habían persuadido de que yo no era un buen muchacho, lo que la afligía mucho más que mi partida. Aquello me partió el alma. Intenté tomar mi desayuno de despedida, pero mis lágrimas caían sobre el pan con manteca y salpicaban la taza de té. Advertí que mi madre me miraba algunas veces, y después volvía los ojos hacia la vigilante señorita Murdstone, bajaba la cabeza o desviaba la vista.

—¡Ahí está el equipaje del señor Copperfield! —gritó la señorita Murdstone, al oír el estrépito de unas ruedas junto a la entrada.

Busqué con la vista a Peggotty, pero ni ella ni el señor Murdstone

aparecieron. Mi viejo conocido, el cochero, estaba en la puerta; sacaron mi baúl y lo subieron al carro.

—¡Clara! —dijo la señorita Murdstone en tono amonestador.

—Tienes razón, mi querida Jane —repuso mi madre, que había rodeado mi cuello con sus brazos—. Te perdono, hijo mío. ¡Y que Dios te bendiga!

—¡Clara! —repitió su cuñada.

La señorita Murdstone tuvo la amabilidad de acompañarme al carro, diciéndome por el camino que esperaba que me arrepintiera antes de que fuera demasiado tarde. Entonces me senté junto al cochero y el caballo empezó a alejarse con paso cansino.

V

Me alejan de mi hogar

Habríamos avanzado alrededor de media milla y mi pañuelo estaba empapado en lágrimas, cuando el cochero se paró en seco.

Saqué la cabeza para ver qué pasaba y contemplé con asombro cómo Peggotty salía desde detrás del seto y se encaramaba al carro. Me cogió en sus brazos y me estrechó con tanta fuerza contra su corsé que me aplastó la nariz, si bien no me percaté hasta más tarde, cuando me di cuenta de lo dolorida que estaba. Peggotty no pronunció ni una sola palabra. Soltando uno de los brazos, lo metió en su faltriquera hasta el codo y sacó unos envoltorios de papel llenos de pasteles, que introdujo en mis bolsillos; también me puso en la mano un monedero, y todo ello sin abrir la boca. Después de estrujarme nuevamente entre sus brazos, se bajó del carro y se alejó corriendo; y siempre he creído que, cuando se separó de mí, no quedaba un solo botón en su vestido. Yo recogí uno de los que habían salido rodando, y lo conservé durante mucho tiempo como un recuerdo muy preciado.

El cochero me miró, como si quisiera preguntarme si ella pensaba volver. Dije que no con la cabeza y añadí que no creía que lo hiciera.

—Entonces, ¡en marcha! —ordenó al holgazán de su caballo, que no dudó en obedecerle.

Como para entonces no me quedaban más lágrimas que derramar, empecé a pensar que era inútil seguir llorando, especialmente si tenía en cuenta que Roderick Random y el capitán de la Armada Real Británica jamás lo habían hecho, ni siquiera en las circunstancias más difíciles. El cochero adivinó mis propósitos y me sugirió que colocase el pañuelo sobre el lomo del caballo, con el fin de que se secara. Le di las gracias y accedí; ¡parecía tan pequeño allí extendido!

Tuve ocasión entonces de inspeccionar el monedero. Era una bolsa de cuero, bastante rígida y cerrada con una presilla, y tenía en su interior tres chelines relucientes, que sin duda Peggotty se había esmerado en bruñir con blanco de España para que mi alegría fuera aún mayor. Pero lo más valioso de su contenido eran dos monedas de media corona envueltas en un pedazo de papel, sobre el que mi madre había escrito de su puño y letra: «Para Davy, con todo mi amor». Me sentí tan emocionado al leerlo que le pedí al cochero que tuviera la amabilidad de alcanzarme de nuevo el pañuelo. Pero él me respondió que, en su opinión, estaría mejor sin él; y yo pensé que tenía razón, así que me sequé los ojos con la manga y dejé de llorar.

Y lo conseguí de veras; aunque, por culpa de mi anterior congoja, de vez en cuando se me escapaba un violento sollozo. Cuando ya llevábamos un rato avanzando lentamente, le pregunté al cochero si iría todo el camino con él.

—¿Todo el camino hasta dónde? —quiso saber.

—Hasta allí —le contesté.

—¿Y dónde es allí? —inquirió.

—Cerca de Londres —dije.

—¡Pero si este caballo estaría más muerto que un trozo de cerdo asado antes de recorrer la mitad del trayecto! —exclamó, sacudiendo las riendas para señalar al cuadrúpedo.

—¿Entonces sólo llega usted hasta Yarmouth? —pregunté.

—Más o menos —replicó el cochero—. Y una vez allí, le dejaré en la diligencia; y ésta le conducirá a... cualquiera que sea su destino.

Pero eso era hablar demasiado para el señor Barkis (se llamaba así), quien, como he señalado en un capítulo anterior, era un hombre poco conversador y de temperamento flemático, así que le ofrecí un pastel para mostrarle mi agradecimiento; lo engulló de un bocado, exactamente igual que un elefante, y su voluminoso rostro siguió tan impassible como el de un paquidermo.

—¿Los ha hecho *ella*? —preguntó el señor Barkis, inclinado como siempre hacia delante, con aire cansino y un brazo en cada rodilla.

—¿Se refiere a Peggotty, señor?

—¡Ah! —exclamó el cochero—. Sí, a ella.

—En efecto; hace toda la repostería en casa, y prepara nuestras comidas.

—¿De veras? —dijo el señor Barkis.

Y colocó los labios como si fuera a silbar, pero no emitió el menor sonido. Continuó sentado, mirando fijamente las orejas del caballo, como si viera en ellas algo nuevo; y se quedó en esa postura durante un buen rato.

—Nada de novios, supongo...

—¿Se refiere a algún dulce, señor Barkis? —inquirí, convencido de que quería otra clase de pastelillo.

—No, no. A enamorados —aclaró el cochero—. ¿Nadie pasea con ella?

—¿Con Peggotty?

—¡Ah! —dijo—. Sí, con ella.

—¡Oh, no! Nunca ha tenido novio.

—¿De veras? —exclamó el señor Barkis.

Colocó nuevamente los labios como si fuera a silbar, pero tampoco emitió el menor sonido; se limitó a contemplar las orejas del caballo.

—De modo que es ella quien prepara los pasteles de manzana y las demás comidas, ¿no? —preguntó, tras una larga meditación.

Le respondí afirmativamente.

—Pues bien —afirmó—, voy a pedirle algo... ¿Piensa escribir a Peggotty?

—Por supuesto que sí —repliqué.

—¡Ah! —exclamó, mientras volvía lentamente sus ojos hacia mí—. Entonces tal vez se acuerde de decirle en su carta que Barkis está disponible. ¿Lo hará por mí?

—Que Barkis está disponible —repetí inocentemente—. ¿Es ése todo el mensaje?

—Sí —respondió, pensativo—. Eso es. Que Barkis está disponible.

—Pero mañana estará usted de vuelta en Blunderstone, señor Barkis —exclamé con voz entrecortada, recordando que yo estaría para entonces muy lejos de allí—, y se lo puede decir personalmente; siempre es mejor.

Como él, sin embargo, rechazó mi sugerencia sacudiendo la cabeza, y me repitió muy serio: «Que Barkis está disponible. Ése es el mensaje», no pude

sino comprometerme a transmitirlo.

Aquella misma tarde, mientras esperaba la diligencia en el hotel de Yarmouth, conseguí una hoja de papel y un tintero y escribí la siguiente nota a Peggotty:

Mi querida Peggotty:

He llegado aquí sano y salvo. Barkis está disponible. Todo mi cariño a mamá. Afectuosamente tuyo.

P.S. Dice que sobre todo quiere que sepas que *Barkis está disponible*.



El camarero amigable y yo

Una vez que hube aceptado su petición, el cochero volvió a sumirse en el silencio; y yo, extenuado por cuanto había sucedido en los últimos días, me

eché sobre un saco en el fondo del carro y me quedé profundamente dormido. Me desperté al llegar a Yarmouth; y, cuando entramos en el patio de la posada, me pareció un lugar tan extraño y diferente del que yo recordaba que perdí la secreta esperanza de encontrar a algún miembro de la familia del señor Peggotty, tal vez incluso a la pequeña Emily.

La diligencia estaba en el patio, limpia y reluciente, pero sin que nadie hubiera enganchado a ella los caballos; y, en aquel estado, parecía de lo más improbable que pudiese llegar a Londres. Empecé a reflexionar, preocupado por la suerte que correría mi baúl, que el señor Barkis había dejado en el suelo del patio junto a un poste (antes de seguir hasta el fondo para dar la vuelta con su carro), y por la suerte que correría yo, cuando una mujer se asomó a un mirador del que colgaban varias aves y unos trozos de carne y me gritó:

—¿Es usted el pequeño caballero de Blunderstone?

—Sí, señora.

—¿Cómo se llama? —inquirió ella.

—Copperfield, señora.

—No puede ser —afirmó la mujer—. Nadie ha encargado una comida a ese nombre.

—¿Y al de Murdstone? —pregunté.

—Si es usted el señor Murdstone —dijo ella—, ¿por qué me ha dado otro apellido?

Le expliqué el motivo, y entonces ella tocó una campanilla.

—¡William! —ordenó—. Lleva a este caballero al comedor.

Un camarero salió corriendo de la cocina, en el otro extremo del patio; pareció sorprenderse mucho cuando vio que sólo se trataba de mí.

El comedor era una estancia muy espaciosa, con grandes mapas en las paredes. No creo que me hubiera sentido más desorientado si esos mapas hubieran sido países extranjeros, a los que yo hubiese llegado después de un naufragio. Me pareció un atrevimiento por mi parte sentarme allí, con la gorra en la mano, en una esquina de la silla más cercana a la puerta; y, cuando el camarero cubrió la mesa con un mantel, sólo para mí, y colocó el salero y las vinagreras encima, sentí cómo me sonrojaba de vergüenza.

Me trajo unas chuletas y algunas verduras, y destapó las fuentes de un

modo tan repentino que temí haberle ofendido de algún modo. Pero me sentí muy aliviado cuando, acercando una silla a la mesa, me dijo afablemente:

—¡Vamos, gran hombre! ¡Siéntese aquí!

Le di las gracias y ocupé mi sitio; pero me resultó extremadamente difícil manejar el cuchillo y el tenedor con cierta destreza o no salpicarme de salsa, mientras él estaba frente a mí, mirándome fijamente y haciéndome enrojecer cada vez que nuestros ojos se encontraban.

—Hay media pinta de cerveza para usted. ¿La quiere ahora? —preguntó, cuando vio que me disponía a empezar la segunda chuleta.

Le di las gracias y contesté que sí. Entonces llenó un vaso muy grande y lo acercó a la luz para que admirara su hermoso color.

—¡Caramba! —exclamó—. Parece mucha cantidad, ¿no?

—Así es —contesté sonriendo, pues me agradaba que fuese tan amable conmigo.

Era un hombre de ojos risueños, rostro granujiento y cabellos en punta. Mientras sujetaba la cerveza cerca de la luz, con el otro brazo en jarras, ofrecía un aspecto de lo más amigable.

—Ayer vino un caballero —dijo—, un caballero muy corpulento que se llamaba Topsawyer. Quizá le conozca...

—No —respondí—, creo que no.

—Vestía calzones y polainas, sombrero de ala ancha, chaqueta gris y corbatín moteado —explicó.

—No —contesté tímidamente—; no tengo ese placer.

—Entró en el comedor —afirmó el camarero— y pidió una jarra de esta cerveza. Le rogué que no la bebiera, pero se empeñó... y cayó muerto. Era demasiado añeja para él. Creo, sinceramente, que no se debería servir a los clientes.

Me impresionó mucho aquel desgraciado accidente y le dije que prefería beber agua.

—Verá —dijo el camarero, mirando la luz a través del vaso con un ojo guiñado—, en esta posada no les gusta que la gente pida algo y no lo pruebe. Se sienten ofendidos. Aunque, si quiere, yo tomaré su cerveza. Estoy acostumbrado a ella, y eso es lo importante. No creo que me haga daño, si

echo la cabeza hacia atrás y bebo rápidamente. ¿Le parece bien?

Le contesté que se lo agradecería mucho, siempre que no corriera el menor peligro; de lo contrario, sería mejor que se abstuviera. Confieso que, cuando echó la cabeza hacia atrás y se bebió la cerveza de golpe, sentí un miedo horrible de que le ocurriera lo mismo que al llorado señor Topsawyer y se desplomara sin vida sobre la alfombra. Pero no le sentó nada mal. Al contrario, pareció incluso más animado que antes.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —preguntó, metiendo un tenedor en mi plato—. ¿No serán chuletas?

—Así es —respondí.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó—. No sabía que fueran chuletas. Pero si es lo más indicado para contrarrestar los malos efectos de esa cerveza. ¡Menuda suerte!

Así que con una mano cogió una de las chuletas por el hueso y con la otra una patata, y engulló todo con gran apetito; yo me sentí de lo más complacido. Después pinchó una segunda chuleta y una segunda patata; y, más tarde, otra chuleta y otra patata. Cuando la fuente estuvo vacía, trajo un budín que colocó delante de mí; pareció entonces rumiar algo y enfrascarse en sus pensamientos.

—¿Qué tal el postre? —preguntó unos momentos después, saliendo de su ensimismamiento.

—Es un budín —le respondí.

—¡Un budín! —repitió—. ¡No puede ser! Pero ¿cómo? —dijo acercándose más a él—. No se tratará de un budín de frutas, ¿verdad?

—En efecto.

—¡Pero si es mi budín favorito! —afirmó, cogiendo un cucharón—. Seré afortunado... Vamos, pequeño, ¡a ver quién de los dos come más!

No hay duda de que fue el camarero. Es cierto que más de una vez me animó a ganarle, pero había tanta diferencia entre su cucharón de servir y mi cucharilla de té, entre su rapidez y la mía, entre su apetito y el mío, que me quedé muy atrás desde el primer bocado y nunca tuve la menor posibilidad de derrotarlo. Creo que jamás he visto a nadie disfrutar tanto con un budín; y, cuando éste se acabó, siguió riendo como si continuara saboreándolo.

Al ver que me trataba con tanta camaradería, le pedí pluma, tinta y papel

para escribir a Peggotty. No sólo me lo trajo inmediatamente, sino que tuvo la bondad de mirar por encima de mi cabeza mientras yo redactaba la carta. Cuando hube terminado, quiso saber a qué colegio me dirigía.

—A uno que está cerca de Londres —le contesté, pues era todo lo que sabía.

—¡Vaya por Dios! —exclamó, abatido—. No sabe cuánto lo siento.

—¿Por qué? —le pregunté.

—¡Ay, Señor! —dijo, moviendo la cabeza—. Porque es donde le rompieron las costillas a aquel pobre muchacho. Sí, dos costillas. Y no era más que un niño. Yo creo que tendría... déjeme pensar... ¿Qué edad tiene usted?

Le respondí que ocho años y medio.

—¡Precisamente su edad! —afirmó—. Aquel muchacho tenía ocho años y seis meses cuando le rompieron la primera costilla; y ocho años y ocho meses cuando le rompieron la segunda y acabaron con él.

No pude engañarme a mí mismo ni disimular ante el camarero: se trataba de una desagradable coincidencia. De modo que le pregunté cómo había ocurrido. Su respuesta no fue nada alentadora; se limitó a pronunciar estas terribles palabras:

—Recibió una paliza.

El sonido de la corneta del postillón distrajo oportunamente mi atención y me obligó a apresurarme. Pregunté indeciso al camarero, con una mezcla de orgullo y de timidez por tener un monedero (que saqué de mi bolsillo), si le debía algo.

—La hoja de papel —contestó—. ¿Ha comprado alguna vez papel de cartas?

No recordaba haberlo hecho nunca.

—Es caro —añadió—, a causa de los impuestos. Tres peniques. Así es como se abusa de los contribuyentes en este país... Y nada más, si exceptuamos el servicio del camarero. En cuanto a la tinta, no se preocupe; la pagaré yo.

—Y ¿qué piensa usted... qué debería yo... cuánto tendría... qué cantidad sería razonable para el camarero? —balbucí, sonrojándome.

—Si no tuviera una familia, y esa familia no fuera víctima de la viruela —dijo el camarero—, no aceptaría una moneda de seis peniques. Si no tuviera que alimentar a una madre muy anciana y a una hermana encantadora —al llegar a ese punto, pareció sumamente emocionado—, no aceptaría ni un cuarto

de penique. Si tuviera un trabajo digno, y en este lugar me trataran bien, sería yo el que le ofrecería algo, en lugar de recibirlo. Pero vivo de las migajas de los demás y duermo en un rincón... —y el camarero rompió a llorar.

Sus desgracias me conmovieron profundamente, y pensé que sólo alguien sin corazón le daría menos de nueve peniques. Por ese motivo, le entregué uno de mis tres chelines relucientes, que recibió con gran humildad y respeto; si bien se apresuró a darle la vuelta con el pulgar, a fin de cerciorarse de que no era falso.

Me sentí algo desconcertado cuando comprendí, mientras me ayudaban a subir a la parte trasera de la diligencia, que en la posada creían que me había comido todo, sin ayuda de nadie. Me percaté de eso porque oí que la mujer del mirador le decía al acompañante del postillón: «Cuidado con ese muchacho, George, ¡no vaya a reventar!». Y porque las criadas que andaban por allí también acudieron con sus risillas tontas a mirarme, como si fuera un pequeño fenómeno. Mi amigo, el infortunado camarero, que había recobrado su buen humor, no pareció inquietarse por aquello y se unió a la admiración general con la mayor tranquilidad. Si tuve alguna duda sobre él, supongo que su actitud contribuyó a despertarla; aunque me siento inclinado a pensar que, con mi sencilla inocencia infantil y la confianza que todos los niños tienen instintivamente en sus mayores (cualidades que lamento que el niño pierda prematuramente para ganar en sabiduría mundana), ni siquiera entonces sospeché de él.

Debo reconocer que me resultó bastante penoso ser el objeto, sin merecerlo, de las bromas entre el postillón y su acompañante, quienes aseguraban que mi peso hundía la parte trasera de la diligencia y que mejor habría sido que viajase en carromato. La historia de mi supuesto apetito se extendió muy pronto entre los pasajeros, que tampoco pudieron disimular su regocijo; y me preguntaron si en el internado pensaban cobrarme lo mismo que a dos o tres hermanos, o si me habían hecho un precio especial o tenía que pagar la tarifa ordinaria, además de otras cuestiones similares. Pero lo peor era que sabía que la vergüenza me impediría comer cuando surgiera la oportunidad y que, después de un almuerzo tan ligero, pasaría toda la noche con hambre; pues, con las prisas, había olvidado los pasteles de Peggotty en la posada. Mis temores se cumplieron. Cuando nos detuvimos a cenar, no logré reunir el coraje suficiente para pedir nada, aunque lo habría hecho muy gustoso; me quedé sentado junto a la chimenea y dije que no deseaba nada. Tampoco eso me libró de nuevas bromas; pues un caballero de voz ronca y

rudas facciones, que había estado atiborrándose de bocadillos casi todo el camino, excepto cuando bebía de una botella, aseguró que yo era como la boa constrictor, que comía de una sola vez lo que necesitaba en mucho tiempo; y, después de decir aquello, se dio un verdadero hartazgo de estofado de vaca.

Habíamos salido de Yarmouth a las tres de la tarde y debíamos llegar a Londres hacia las ocho de la mañana del día siguiente. La temperatura era veraniega y hacía una tarde preciosa. Siempre que cruzábamos algún pueblo, imaginaba el interior de las casas y lo que estarían haciendo sus habitantes; y cuando los niños corrían tras la diligencia y se subían en la parte trasera para columpiarse unos instantes, me preguntaba si vivirían sus padres y si serían felices en sus hogares. Tenía, así, muchas cosas con las que distraerme, si bien no podía dejar de pensar cómo sería el lugar donde me dirigía, lo que me empujaba a las más terribles conjeturas. A veces me invadía el recuerdo nostálgico de mi hogar y de Peggotty; y trataba de rememorar, de un modo confuso y oscuro, cuáles eran mis sentimientos y qué clase de muchacho era yo antes de haber mordido al señor Murdstone. Pero no lo conseguía; era como si todo aquello hubiera ocurrido en la más remota antigüedad.

La noche no fue tan agradable como el atardecer, pues el tiempo refrescó bastante. Como me habían sentado entre dos caballeros (el de las rudas facciones y otro) para que no me cayera de la diligencia, pensé que iba a morir aplastado cuando ambos se durmieron. A veces me estrujaban de tal modo que no podía evitar gritar: «¡Ay, ay, por favor!». Pero eso les molestaba mucho, ya que los despertaba. Enfrente de mí había una anciana, envuelta en un manto de piel; e iba tan arrebujada que, en la penumbra, se asemejaba más a un montón de heno que a una dama. Llevaba consigo una cesta que durante mucho tiempo no supo dónde colocar, hasta que descubrió que mis piernas eran más cortas y cabía debajo de ellas. Pero yo iba tan incómodo y me estorbaba tanto que me sentía terriblemente desgraciado. Cada vez que me movía un poco, un objeto de cristal chocaba contra algo, y la anciana me daba una fuerte patada.

—¿Acaso no puede estarse quieto? Con lo pequeño que es... —decía.

Finalmente, amaneció, y mis compañeros de viaje parecieron dormir más tranquilos. No es fácil imaginar las molestias que habían aguantado aquella noche, y que habían expresado a través de los resoplidos y de los bufidos más espantosos. A medida que el sol se elevaba, su sueño se fue aligerando y, poco a poco, empezaron a despertarse uno a uno. Recuerdo cuánto me extrañó que todos fingieran no haber dormido nada, y que rechazaran enojados semejante

acusación. Y es algo que todavía continúa sorprendiéndome, pues he observado que, de todas las debilidades humanas, aquella que nuestra naturaleza está menos dispuesta a confesar (no entiendo por qué motivo) es la de haber dormido mientras se viaja en diligencia.

No es necesario que me detenga a describir lo extraordinario que me pareció Londres cuando lo divisé en la lejanía, ni cómo imaginé que allí se repetían las aventuras de mis héroes favoritos, ni cómo presentí vagamente que era la ciudad de la tierra donde ocurrían más prodigios y maldades. Nos acercamos lentamente y, a la hora prevista, nos detuvimos junto a la posada del barrio de Whitechapel, nuestro lugar de destino. He olvidado si su nombre era El Toro Azul o El Jabalí Azul; pero, fuese lo que fuese, era algo azul y estaba pintado en la parte trasera de la diligencia.

Mientras se apeaba, el acompañante del postillón no dejaba de observarme.

—¿Ha venido alguien a buscar a un muchacho apellidado Murdstone, de Blunderstone, Suffolk, que debe esperar aquí hasta que lo reclamen? —gritó en la puerta del despacho de billetes.

No respondió nadie.

—Le ruego que lo intente con el apellido Copperfield, señor —exclamé angustiado, bajando los ojos.

—¿Ha venido alguien a buscar a un muchacho registrado como Murdstone, de Blunderstone, Suffolk, pero cuyo nombre es Copperfield, que debe esperar aquí hasta que lo reclamen? —repitió—. ¡Vamos! ¿Ha venido alguien?

No. No había ido nadie. Miré con inquietud a mi alrededor; pero ninguno de los presentes pareció darse por aludido, si exceptuamos a un tuerto con polainas, que sugirió que me pusieran un collar de metal alrededor del cuello y me ataran en las caballerizas.

Trajeron una escalera, y bajé detrás de la señora que parecía un montón de heno, pues no me atreví a moverme hasta que se llevaron su cesta. No quedaba ningún pasajero para entonces, y el equipaje no tardó en ser retirado; como habían desenganchado previamente los caballos, algunos mozos de cuadra empujaron la diligencia para dejar el paso libre. Pero siguió sin aparecer nadie que reclamara al polvoriento muchacho de Blunderstone, Suffolk.

Más solitario que Robinson Crusoe, que no tenía a nadie que le mirara y

viese lo solo que estaba, entré en el despacho de billetes e, invitado por el empleado de guardia, pasé al otro lado del mostrador y me senté en la báscula donde pesaban el equipaje. Y en aquel lugar, mientras contemplaba paquetes, bultos y libros, y percibía el olor de las cuadras (que desde entonces siempre he asociado a esa mañana), empezaron a desfilas por mi imaginación los más terroríficos pensamientos. Si nadie se presentaba a buscarme, ¿cuánto tiempo me permitirían quedarme allí? ¿Me dejarían estar hasta que se me acabaran los siete chelines? ¿Tendría que dormir por la noche en uno de los compartimentos de madera donde almacenaban los equipajes y lavarme por la mañana en la bomba del patio? ¿O me echarían a la calle para que volviera al día siguiente, cuando la oficina abriese, por si me reclamaba alguien? Y si no había ningún error y el señor Murdstone había planeado aquello para deshacerse de mí, ¿qué haría entonces? Si me permitían quedarme hasta que se me acabaran los siete chelines, ¿qué pasaría cuando empezara a morirme de hambre? No hay duda de que resultaría incómodo y desagradable para los clientes, y además El Como-se-llamara Azul correría el riesgo de tener que pagar los gastos del entierro. Si emprendía el viaje en seguida e intentaba regresar a casa andando, ¿cómo iba a encontrar el camino? ¿Qué esperanza podía tener de llegar tan lejos? ¿Querría recibirme en casa alguien que no fuera Peggotty? Si conseguía llegar ante las autoridades competentes más cercanas, a fin de enrolarme como soldado o marinero, lo más probable es que, debido a mi corta edad, no quisieran aceptarme. Estos pensamientos, y cientos de otros muy parecidos, hicieron que la sangre afluyera a mis mejillas y que me diera vueltas la cabeza de miedo y desesperación. Cuando peor me sentía, entró un hombre y empezó a cuchichear con el empleado, que me levantó de la báscula y me empujó hacia él, como si yo fuera una mercancía pesada, comprada, entregada y pagada.

Al salir de la oficina, de la mano de mi nuevo conocido, le miré de soslayo. Se trataba de un joven flaco y cetrino, de mejillas hundidas y barba casi tan negra como el señor Murdstone; pero ahí terminaba el parecido, pues tenía las patillas afeitadas y el pelo descuidado y sin brillo. Vestía un traje negro tan mustio y deslucido como sus cabellos, y le quedaba corto de mangas y de piernas; y el corbatín blanco que llevaba anudado al cuello tampoco estaba demasiado limpio. Nunca creí, ni lo creo ahora, que ese corbatín fuese la única prenda de algodón que llevara, pero era la única que se le veía o dejaba adivinar.

—¿Es usted el alumno nuevo? —preguntó.

—Sí, señor.

Suponía que lo era, aunque no estaba demasiado seguro.

—Soy uno de los profesores de Salem House.

Le hice una reverencia, muy intimidado. Me avergonzaba mencionar algo tan prosaico como mi baúl a un erudito y maestro de Salem House, de modo que no me atreví a hablar de él hasta que salimos del patio y anduvimos un trecho. Ante mi humilde insinuación de que tal vez después me sería útil, dimos la vuelta; y el joven explicó al empleado que el cochero tenía instrucciones de recoger mi equipaje al mediodía.

—Por favor, señor —exclamé, cuando volvimos a recorrer la misma distancia—. ¿Vamos muy lejos?

—Pasado Blackheath —repuso.

—¿Y eso está lejos, señor? —pregunté tímidamente.

—Es una buena tirada —aseguró—. Pero iremos en diligencia. Está a unas seis millas de aquí.

Me sentía tan débil y tan cansado, que no creí que pudiera aguantar otras seis millas. Me atreví a insinuarle que no había comido nada en toda la noche, y que, si me permitía comprar algún alimento, le estaría muy agradecido. Eso pareció sorprenderlo —todavía recuerdo cómo se detuvo y me miró— y, después de unos momentos de reflexión, dijo que se disponía a visitar a una anciana que vivía bastante cerca, y que lo mejor sería que comprase algo de pan, o lo que quisiera, y desayunase en su casa, donde nos podrían dar un poco de leche.

Así, pues, nos detuvimos en el escaparate de una panadería y, después de que yo propusiera comprar los pasteles más indigestos de la tienda y de que él rechazara una tras otra todas mis sugerencias, elegimos un delicioso panecillo moreno que me costó tres peniques. Luego compramos un huevo y una loncha de tocino entreverado en una tienda de comestibles; y me devolvieron tanto cambio del segundo de mis chelines relucientes que Londres me pareció un lugar muy barato. Tras hacernos con esas provisiones, continuamos nuestro camino en medio de un ruido ensordecedor y de un tumulto que me aturdió sobremanera, y cruzamos un puente que debía ser el Puente de Londres (creo que mi acompañante me lo dijo, pero yo estaba medio dormido), hasta que llegamos a la morada de la pobre anciana. Su vivienda formaba parte de un grupo de casas para indigentes, según adiviné por su aspecto y por la

inscripción grabada en una losa encima de la puerta, donde podía leerse que allí residían veinticinco mujeres necesitadas.

El profesor de Salem House tiró del picaporte de una de las pequeñas puertas pintadas de negro, todas iguales, con un ventanuco de cristales en forma de rombo a un lado y otro encima; y penetramos en casa de una de aquellas desdichadas ancianas, que se encontraba atizando el fuego para hervir un pequeño cazo. Cuando vio entrar al profesor, se detuvo y, con el fuelle sobre las rodillas, exclamó algo así como «¡Mi Charley!». Al advertir mi presencia, sin embargo, se puso en pie y, frotándose las manos, me saludó con una tímida reverencia.

—¿Puede usted hacer el favor de preparar el desayuno de este joven? —dijo el profesor de Salem House.

—¿Que si puedo? —respondió la anciana—. ¡Pues claro que sí!

—¿Cómo se encuentra hoy la señora Fibbitson? —quiso saber el profesor, mirando a otra mujer de edad avanzada que estaba junto a la lumbre, con tanta ropa encima que todavía hoy doy gracias al cielo por no haberme sentado por error sobre ella.



Mi desayuno musical

—Está enferma —repuso la primera anciana—. Tiene uno de sus días malos. Si por descuido se apagara la chimenea, estoy segura de que también ella nos dejaría para siempre.

Cuando vi que los dos dirigían su mirada hacia la señora Fibbitson, decidí seguir su ejemplo. A pesar de que hacía un día bastante caluroso, no parecía pensar en otra cosa que en el fuego. Era como si tuviera celos hasta del pequeño cazo que había sobre él; y tengo razones para pensar que le irritó mucho que hirvieran mi huevo y frieran mi loncha de tocino, pues, mientras se llevaban a cabo esas operaciones culinarias, vi atónito con mis propios ojos cómo, cuando los demás estaban distraídos, me amenazaba con el puño. El sol entraba a raudales por la pequeña ventana, pero la anciana le daba la espalda,

apoyada en el respaldo de su enorme silla, protegiendo cuidadosamente el fuego con su cuerpo para mantenerlo vivo, no para calentarse ella, y contemplándolo con recelo.

Cuando terminaron los preparativos de mi desayuno, se alegró tanto de que la lumbre quedara libre que estalló en sonoras carcajadas; pero he de decir que su risa no era nada melodiosa.

Me senté en la mesa delante de mi panecillo moreno, de mi huevo, de mi loncha de tocino y de un cuenco de leche: un desayuno de lo más succulento.

—¿Ha traído la flauta? —preguntó la anciana de la casa a mi acompañante, mientras yo disfrutaba aún de aquellas viandas.

—Sí —contestó.

—Vamos, toque algo —pidió ella en tono zalamero.

Al oír esto, el profesor metió la mano bajo los faldones de su levita, sacó las tres piezas de una flauta, encajó una dentro de otra y empezó a tocar. Mi impresión, tras muchos años de reflexión, es que jamás ha existido nadie que tocara peor. Emitía los sonidos más lúgubres que he escuchado en toda mi vida, ya fueran naturales o artificiales. Desconozco qué melodías interpretó — si es que se trataba de melodías, cosa que dudo—, pero aquellos compases resultaron funestos para mí: en primer lugar, me recordaron todos mis infortunios, hasta que llegó un momento en el que apenas pude contener mis lágrimas; después, me quitaron el apetito; y, finalmente, produjeron en mí tal sopor que me vi obligado a hacer un gran esfuerzo para mantener los ojos abiertos. Cuando evoco aquella escena, veo cómo se me cierran los ojos y empiezo a dar cabezadas.

Una vez más la imagen del pequeño cuarto con su alacena de esquina, sus sillas de respaldo cuadrado, su escalera empinada que conducía a la habitación superior y sus tres plumas de pavo real sobre la repisa de la chimenea (recuerdo que, al entrar allí, me pregunté qué le habría parecido a su dueño el destino de su vistoso traje) desaparece de mi mente, cabeceo y me quedé dormido. El sonido de la flauta se vuelve imperceptible, en su lugar oigo las ruedas de la diligencia y estoy de viaje. Me despierto sobresaltado por el fuerte traqueteo y la flauta está allí de nuevo; el profesor de Salem House, sentado con las piernas cruzadas, toca con aire melancólico, mientras la anciana de la casa lo mira complacida. Ella se esfuma, y él también; y todo se desvanece, y ya no hay flauta, ni profesor, ni Salem House, ni David Copperfield, tan sólo un letargo profundo.

Me pareció soñar que, en una ocasión, mientras él tocaba tristemente su flauta, la anciana de la casa, que se había ido acercando cada vez más a él, embargada por la emoción, se apoyó en el respaldo de su asiento y le dio un cariñoso abrazo, que le obligó a interrumpir por unos instantes la melodía. Yo estaba sumido en una especie de duermevela, no sé si entonces o inmediatamente después; pues, cuando él reanudó su música (y tengo la certeza de que dejó de tocar), vi y oí cómo la misma anciana preguntaba a la señora Fibbitson si no le parecía encantador (se refería al sonido de la flauta).

—Sí, sí, claro que sí —respondió ésta, al tiempo que se inclinaba hacia al fuego, al que con toda seguridad atribuía el éxito del concierto.

Llevaba bastante tiempo adormilado cuando el profesor de Salem House desmontó su flauta, guardó nuevamente las tres piezas y se marchó conmigo. Encontramos la diligencia muy cerca de allí y subimos al pescante; pero yo tenía tanto sueño que, al detenernos a recoger otros viajeros, me metieron en el interior, donde no iba nadie. Y allí me quedé profundamente dormido, hasta que el carruaje empezó a subir una cuesta muy empinada entre dos hileras de frondosos árboles. Poco después se detuvo, pues había llegado a su destino.

Un pequeño paseo nos condujo —es decir, al profesor y a mí— a Salem House, que estaba rodeada de un muro muy alto de ladrillo y tenía aspecto de ser un lugar muy sombrío. Encima de la entrada, abierta en el propio muro, había un letrero donde se leía: SALEM HOUSE. Cuando tocamos la campanilla, un rostro malhumorado nos inspeccionó a través de una rejilla; y, una vez abierta la puerta, me di cuenta de que pertenecía a un hombre muy fornido, con cuello de toro, pata de palo, sienes abultadas y cabellos cortados al rape.

—El alumno nuevo —anunció el profesor.

El hombre de la pata de palo me miró de arriba abajo (no creo que tardara mucho tiempo, dada mi estatura), cerró el portón detrás de nosotros y quitó la llave. Subíamos ya hacia la casa, entre gigantescos y sombríos árboles, cuando llamó a mi guía:

—¡Eh!

Miramos hacia atrás, y le vimos junto a la puerta de su pequeña vivienda con un par de botas en la mano.

—¡Tome! Mientras estaba fuera ha venido el zapatero remendón, señor Mell —exclamó—. Dice que ya no puede arreglar más estas botas, porque no

queda nada de su cuero original; le sorprende que usted crea que se pueda hacer algo por ellas.

Y, después de pronunciar estas palabras, arrojó las botas al señor Mell, que retrocedió unos pasos para recogerlas, y las contempló (con aire desconsolado, me temo) mientras seguíamos nuestro camino. Me percaté entonces, por primera vez, de que el calzado que llevaba estaba muy desgastado, y de que había incluso un sitio por donde le asomaba la media, como si fuera un capullo.

Salem House era un edificio cuadrado de ladrillo, con dos alas laterales, de paredes desnudas y sin mobiliario. Reinaba en él un silencio tan grande que le dije al señor Mell que seguramente los alumnos habrían salido. Le extrañó que yo no supiera que era época de vacaciones; que todos los muchachos se hallaban en sus hogares; que el señor Creakle, el propietario, estaba veraneando junto al mar con la señora y la señorita Creakle; y que me habían enviado allí antes de que empezaran las clases para castigarme por mi mala conducta. Me explicó todo eso mientras recorriamos el internado.

Contemplé la clase donde me condujo: jamás ningún lugar me había causado tanta impresión de abandono y desolación. Todavía lo veo. Una sala larga, con tres filas de pupitres y seis filas de bancos, rodeada de erizadas perchas para colgar sombreros y pizarras. Fragmentos de viejos cuadernos y de ejercicios se amontonan en el suelo sucio. Se ven algunas cajas de gusanos de seda, fabricadas de idénticos materiales, encima de las mesas. Dos pobres ratoncillos blancos, abandonados por su dueño, suben y bajan de un mohoso castillo de cartón y alambre, mientras sus diminutos ojos colorados buscan por todos los rincones algo que comer. Un pájaro, en el interior de una jaula apenas mayor que él, emite de vez en cuando un ruido de lo más lastimero, dando saltitos en su percha, dos pulgadas arriba, dos pulgadas abajo; pero ni trina ni gorjea. Huele de un modo extraño y malsano, como la pana enmohecida, las manzanas dulces sin ventilar y los libros apolillados. Y no se habrían visto más manchas de tinta si el edificio hubiera carecido de tejado desde su construcción, y la tinta hubiese caído en forma de lluvia, nieve, granizo o ventisca durante todas las estaciones del año.

El señor Mell me había dejado a solas mientras llevaba sus botas sin posibilidad de reparación al piso superior, así que me dirigí silenciosamente al fondo de la clase, observando todos esos detalles a medida que avanzaba. De pronto, sobre uno de los pupitres, encontré un letrero de cartón en el que habían escrito con letra muy hermosa: «Cuidado con él. Muerde».

Me subí inmediatamente a la mesa, temiendo que apareciera un enorme perro bajo ella. Pero, a pesar de mirar asustado en todas direcciones, fui incapaz de descubrir su paradero. Seguía buscando su escondrijo cuando el señor Mell regresó; me preguntó qué hacía allí encaramado.

–Lo siento, señor –respondí–; estoy buscando al perro.

–¿El perro? –exclamó–. ¿Qué perro?

–¿Acaso no es un perro, señor?

–¿Qué es lo que no es un perro?

–El animal con el que debemos tener cuidado, señor. El que muerde.

–No, Copperfield –dijo gravemente–, no es un perro. Se trata de un niño. Copperfield, tengo órdenes de colocar ese cartel en su espalda. Lamento mucho empezar así con usted, pero no me queda otro remedio.

Y, con estas palabras, me bajó de la mesa y me colgó el letrero, fabricado para la ocasión, como si fuera una mochila; y desde entonces tuve el consuelo de llevarlo conmigo dondequiera que fuese.

Nadie puede imaginar cuánto sufrí por culpa de aquel cartel. Siempre imaginaba que alguien lo estaba leyendo, aunque esto fuera imposible. No sentía el menor alivio cuando me daba la vuelta y comprobaba que no había nadie; pues siempre estaba convencido de que alguien me espiaba a mis espaldas. El hombre de la pata de palo, con su crueldad, agudizaba aún más mis sufrimientos. Gozaba de mucha autoridad, y, si me veía apoyado en un árbol, en un muro o en la fachada de la casa, gritaba con voz estentórea desde la puerta de su vivienda:

–¡Eh! ¡Señor Copperfield! Muestre el letrero o tendré que dar parte de ello.

El patio era una explanada de gravilla que comunicaba con la parte trasera del edificio y con las dependencias de los criados. Yo sabía que éstos veían mi cartel, al igual que el carnicero y el panadero; en pocas palabras, que todos los que entraban y salían de la casa, mientras yo estaba allí por la mañana, leían que debían tener cuidado conmigo, porque mordía.

Había una vieja puerta en el patio, donde los alumnos tenían la costumbre de grabar sus nombres. Estaba completamente llena de esa clase de inscripciones. Me atemorizaba tanto el regreso de los muchachos tras las vacaciones que no podía leer un solo apellido sin imaginar en qué tono y con

qué énfasis pronunciaría su dueño: «Cuidado con él. Muerde». Uno de los alumnos, un tal J. Steerforth, que había grabado su nombre muchas veces y con incisiones muy profundas, lo leería con voz sonora y luego me tiraría del pelo. Otro muchacho, Tommy Traddles, se reiría de mí y fingiría sentir verdadero miedo. Un tercero, George Dimple, lo repetiría cantando. Y yo contemplaba aquella puerta, pobre criatura temblorosa, hasta imaginar que cuantos allí aparecían (había cuarenta y cinco alumnos, según el señor Mell) me evitaban como a un proscrito, gritando cada uno a su manera: «¡Cuidado con él! ¡Muerde!».

Me ocurría lo mismo con los pupitres y los bancos; y con las hileras de camas vacías, que yo miraba a hurtadillas cuando iba a acostarme, o desde mi propio lecho. Recuerdo que soñaba, noche tras noche, que seguía viviendo con mi madre, o que asistía a una fiesta en casa del señor Peggotty, o que viajaba en el pescante de la diligencia, o que volvía a cenar con mi infortunado amigo el camarero; y, en todas esas circunstancias, la gente gritaba y me miraba con sorpresa cuando se percataba de que sólo llevaba encima mi pequeña camisa de dormir y aquel letrado.

Entre la monotonía de mi vida y el continuo temor de que se reanudara el curso, ¡cuán insoportable era mi agonía! Trabajaba todos los días con el señor Mell; y, como no estaban presentes ni el señor ni la señorita Murdstone, realizaba mis numerosas tareas sin tropiezos. Antes y después de mis lecciones, paseaba bajo la vigilancia, como he dicho, del hombre de la pata de palo. Con qué claridad recuerdo la humedad de la casa, las losas agrietadas y cubiertas de musgo del patio, el viejo y agujereado barril donde se recogía el agua de la lluvia, y los troncos descoloridos de algunos árboles, especialmente sombríos, que parecían haber sufrido más las inclemencias del tiempo y no haber podido secar sus ramas al sol. El señor Mell y yo almorzábamos a la una, en uno de los extremos del comedor largo y desnudo, lleno de mesas de pino y con un fuerte olor a grasa. Después, seguíamos haciendo ejercicios hasta la hora del té, que él bebía de una taza azul y yo de un pequeño bote de estaño. El señor Mell trabajaba todo el día, hasta las siete o las ocho de la tarde, sentado en su pupitre de la clase, en compañía de una pluma, un tintero, una regla, un montón de libros y papel de escribir, organizando las cuentas (según descubrí) del último semestre. Una vez que recogía todas sus cosas, al caer la noche, sacaba la flauta; y la tocaba tanto rato, y con tanto sentimiento, que yo tenía la impresión de que también él iba desapareciendo, poco a poco, por la boquilla de su instrumento, antes de esfumarse a través de las llaves.

Me veo, tan pequeño, en aquella estancia débilmente iluminada, con la cabeza apoyada en la mano, escuchando la lúgubre música del señor Mell y estudiando las lecciones del día siguiente. Me veo, con los libros cerrados, escuchando aún la lúgubre música del señor Mell, y recordando con ella lo que antes era mi hogar y cómo soplaba el viento en las llanuras de Yarmouth; y me siento inmensamente triste y solitario. Me veo yendo a dormir a través de corredores vacíos; sentado encima de la cama, llorando desconsolado por Peggotty. Me veo, por la mañana, bajando al piso inferior y mirando por una ventana de la escalera –semejante a una larga y fea hendidura– la campana del colegio suspendida en lo alto del edificio, con una veleta encima; y pienso con espanto cuándo regresarán J. Steerforth y los demás alumnos. Y sólo hay una idea que me aterroriza más: el momento en que el hombre de la pata de palo abra con su llave el oxidado portón para dejar entrar al temible señor Creakle. No creo que yo pudiera resultar un personaje peligroso en ninguna de esas ocasiones; pero en todas ellas llevaría la misma advertencia en la espalda.

El señor Mell apenas hablaba conmigo, pero jamás me trataba con dureza. Supongo que nos hacíamos compañía, sin necesidad de conversar. He olvidado decir que a veces hablaba solo, y sonreía burlón, y cerraba el puño, y hacía rechinar sus dientes, y se tiraba del pelo de un modo inexplicable. Pero él tenía esas peculiaridades; y, a pesar de que al principio me asustaban, no tardé en acostumbrarme a ellas.

VI

Ensanche mi círculo de amistades

Ya llevaba cerca de un mes con esa vida cuando el hombre de la pata de palo empezó a ir de un lado para otro con un cubo de agua y una mopa; deduje, así, que se iniciaban los preparativos para recibir al señor Creakle y a los alumnos. No me equivocaba: los utensilios de limpieza pronto invadieron nuestra clase y nos echaron al señor Mell y a mí. Ambos nos vimos, de ese modo, obligados a vivir donde y como podíamos durante varios días, tropezándonos por todas partes con dos o tres criadas jóvenes, a las que apenas habíamos visto hasta entonces; y nos rodeaba siempre tanto polvo, que yo estornudaba sin cesar, como si Salem House fuera una gigantesca caja de rapé.

Un día el señor Mell me anunció que el señor Creakle llegaría aquella misma tarde. Después de tomar el té, al anochecer, oí que había regresado. Antes de la hora de acostarme, vino el hombre de la pata de palo para conducirme ante él.

La parte de la casa que ocupaba el señor Creakle era mucho más confortable que la nuestra; tenía un pequeño y bonito jardín que parecía un vergel al lado del polvoriento patio de recreo, un verdadero desierto en miniatura, donde sólo un camello o un dromedario podrían haberse sentido como en casa. Mientras me dirigía, tembloroso, a su presencia, consideraba una temeridad incluso fijarme en el aspecto acogedor del pasillo. Me sentía tan avergonzado que, cuando entré en la sala, apenas vi a la señora y a la señorita Creakle (que también se encontraban allí): sólo tuve ojos para el señor Creakle, un caballero corpulento con muchos anillos y cadenas de reloj, sentado en un sillón, con un vaso y una botella a su lado.

—¡Ah! —exclamó el señor Creakle—. ¡He aquí al joven caballero al que tendremos que limar los dientes! Vamos, dele media vuelta.

El hombre de la pata de palo me obligó a ponerme de espaldas, a fin de que el cartel quedase a la vista; y, después de esperar suficiente tiempo para que pudiera leerlo con tranquilidad, me hizo girar hasta quedar de nuevo frente al señor Creakle, y se colocó junto a él. El rostro del señor Creakle tenía una expresión feroz, con ojos pequeños y hundidos, venas abultadas que cruzaban su frente, nariz diminuta y enorme barbilla. Estaba prácticamente calvo; y se peinaba hacia arriba los escasos cabellos entrecanos que le quedaban en las sienes, de aspecto frágil y húmedo, a fin de juntarlos en la parte delantera de su cabeza. Pero lo que más me impresionó de su presencia física fue que no tenía voz y hablaba en una especie de susurro. El esfuerzo que esto le costaba, o la conciencia de expresarse en aquel tono, aumentaba la irritación de su ya irritado rostro e hinchaba aún más las gruesas venas de su frente, mientras hablaba, hasta tal punto que, cuando ahora lo veo, no me sorprende que aquella peculiaridad fuese la que llamara más poderosamente mi atención.

—Veamos —dijo el señor Creakle—. ¿Tiene algo que decirme de este muchacho?

—Nada malo, de momento —respondió el hombre de la pata de palo—. Todavía no ha tenido oportunidad.

Tuve la sensación de que el señor Creakle estaba decepcionado; me pareció, sin embargo, que no les ocurría lo mismo a la señora y a la señorita Creakle (a las que miré entonces por primera vez, y que eran delgadas y apacibles).

—Venga aquí, joven —dijo el director con gesto imperioso.

—Venga aquí —repitió el hombre de la pata de palo.

—Tengo el placer de conocer a su padrastro —susurró el director de Salem House, agarrándome de una oreja—. Es un hombre digno y de carácter enérgico. Los dos nos conocemos bien. Y usted, ¿sabe quién soy yo? ¿Eh? —preguntó el señor Creakle, pellizcándome la oreja con un entusiasmo feroz.

—Aún no, señor —contesté, encogiéndome de dolor.

—¿Aún no? ¿Eh? —exclamó—. Pues no tardará en saberlo.

—No tardará en saberlo —repitió nuevamente el hombre de la pata de palo.

Más tarde descubrí que, gracias a su vozarrón, servía generalmente de intérprete al señor Creakle, cuando éste se dirigía a los muchachos.

Yo estaba muy asustado y repuse que así lo esperaba, siempre que a él le pareciese bien. Entretanto, seguía pellizcándome con tanta fuerza que me ardía la oreja.

–Le diré quién soy –susurró el señor Creakle, soltándome por fin (no sin retorcerme la oreja hasta que se me saltaron las lágrimas)–. Soy un hombre terrible.

–Un hombre terrible –repitió el hombre de la pata de palo.

–Cuando digo que haré algo, es que voy a hacerlo –exclamó el señor Creakle–; y cuando digo que ha de hacerse algo, quiero que se me obedezca.

–Quiero que se me obedezca –insistió el hombre de la pata de palo.

–Soy una persona de gran firmeza –aseguró el director–. Eso es lo que soy. Y cumplo siempre con mi deber. Eso es lo que hago. Si mi carne y mi sangre –y, al pronunciar estas palabras, miraba a la señora Creakle– se levantan contra mí, dejan de ser mi carne y mi sangre. Reniego de ellas. ¿Ha vuelto ese individuo por aquí? –preguntó al hombre de la pata de palo.

–No –fue su contestación.

–No –dijo el señor Creakle–. Él sabe a qué atenerse. Me conoce bien. Más vale que no se acerque –continuó, golpeando la mesa y mirando a su esposa–, porque ya me conoce... Y usted también empieza a saber quién soy, joven amigo –exclamó, dirigiéndose a mí–. Y ahora puede marcharse. Vamos, lléveselo de aquí.

Me alegró mucho que diera por concluida nuestra entrevista, pues la señora y la señorita Creakle estaban enjugándose las lágrimas, y yo sufría tanto por ellas como por mí. Pero tenía que pedirle algo que yo consideraba de vital importancia, así que le dije, asombrado de mi propia osadía:

–Por favor, señor...

–¿Eh? ¿Qué significa esto? –susurró, clavando su mirada en mí como si quisiera fulminarme con ella.

–Por favor, señor –balbucí–. Si me permitiera quitarme este cartel antes de que los alumnos regresaran. Estoy tan arrepentido de mi conducta...

Ignoro si el señor Creakle se enfadó de veras o sólo pretendió asustarme, pero, al ver que se ponía bruscamente en pie, decidí batirme en retirada, sin esperar siquiera que me escoltara el hombre de la pata de palo; y no dejé de correr hasta que llegué a mi dormitorio, donde me di cuenta de que nadie me

perseguía. Me tumbé entonces en la cama, pues era hora de acostarse; y seguí temblando de miedo, incapaz de conciliar el sueño, durante más de dos horas.

A la mañana siguiente regresó el señor Sharp, que era el profesor principal y tenía más autoridad que el señor Mell. Este último comía en la mesa de los alumnos, mientras que el señor Sharp almorzaba y cenaba en la del señor Creakle. Me pareció un caballero de aspecto frágil y delicado, con una nariz bastante respetable y una manera muy peculiar de ladear la cabeza, como si le pesara demasiado. Su cabello era suave y ondulado; aunque el primer alumno que volvió al internado me dijo que se trataba de una peluca (de segunda mano, aseguró), y que el señor Sharp salía todos los sábados por la tarde para que se la rizaran.

Tommy Traddles me contó todas aquellas cosas. Él fue el primer muchacho que regresó. Se presentó diciendo que encontraría su nombre grabado en la esquina derecha de la puerta, encima del cerrojo más alto.

—¿Traddles? —me apresuré a decir yo.

—El mismo —contestó.

Y después me preguntó toda clase de detalles tanto sobre mí como sobre mi familia.

Fue una verdadera suerte que Traddles llegara antes que los demás. Mi cartel le divirtió tanto que me ahorró la disyuntiva de mostrarlo o esconderlo.

—¡Mirad aquí! —gritaba a todos los muchachos que entraban, grandes o pequeños—. ¡Parece una broma!

Por fortuna, también, la mayoría de los niños volvieron muy apesadumbrados y se rieron menos de mí de lo que yo había esperado. Es cierto que algunos bailaron a mi alrededor como indios salvajes, y que casi todos cayeron en la tentación de simular que yo era un perro; y me daban palmaditas y me acariciaban para que no les mordiera, al tiempo que decían: «¡Échate, fiera!». Como es natural, me sentía muy avergonzado entre tantos desconocidos y derramé algunas lágrimas; pero, en conjunto, no fue tan terrible como había imaginado.

Con todo, no me consideraron oficialmente admitido en el colegio hasta la llegada de J. Steerforth. Me condujeron ante ese muchacho, un alumno excelente, muy bien parecido y al menos seis años mayor que yo, como si se tratara de un verdadero juez. Me preguntó, bajo un cobertizo del patio, el motivo de mi castigo y tuvo la amabilidad de declarar que, en su opinión,

habían cometido una «terrible infamia» conmigo, algo por lo que siempre le estaré reconocido.

—¿Cuánto dinero tienes, Copperfield? —inquirió, mientras caminaba junto a mí, una vez dictada su sentencia.

Le dije que siete chelines.

—Es mejor que te los guarde yo —exclamó—. Aunque sólo si quieres, por supuesto. No estás obligado.

Me apresuré a aceptar su amistosa sugerencia y, abriendo el monedero de Peggotty, lo vacié en su mano.

—¿Deseas gastar algo ahora? —quiso saber.

—No, gracias —repuse.

—Puedes hacerlo si quieres —dijo Steerforth—. No tienes más que decírmelo.

—No, gracias, señor —repetí.

—Tal vez te gustaría gastar un par de chelines en una botella de licor de grosella, y beberla más tarde —dijo—. Creo que estás en mi dormitorio.

No se me había ocurrido antes, pero le dije que sí, que me encantaría hacerlo.

—Muy bien —afirmó—. Apuesto a que también quieres gastar otro chelín en pasteles de almendra...

Le dije que sí, que también me gustaría.

—Y otro chelín en galletas, y otro en frutas, ¿no es cierto? —insistió—. Vaya, joven Copperfield; todo te apetece.

Sonreí porque él sonrió, pero no pude evitar sentirme algo inquieto.

—Está bien —continuó Steerforth—. El dinero tiene que durar lo máximo posible; así que ya basta. Haré por ti cuanto esté en mi mano. Tengo autorización para salir de aquí siempre que lo deseo y pasaré las vituallas de contrabando.

Y, después de decir estas palabras, se metió el dinero en el bolsillo y me pidió que no me preocupara, que él se encargaría de cuidarlo.

Steerforth cumplió lo prometido; pero yo tenía mis dudas de que aquello estuviera bien, pues temía haber malgastado las dos medias coronas de mi

madre, a pesar de haber conservado como un tesoro el papel que las envolvía. Cuando subimos a acostarnos, mi nuevo amigo me enseñó lo que había conseguido con mis siete chelines y lo colocó encima de la cama, a la luz de la luna.

—Toma, joven Copperfield —exclamó—. ¡Un banquete digno de un rey!

Me tembló la mano sólo de pensar que, a mi corta edad y estando Steerforth presente, tenía que hacer los honores de la fiesta. Le rogué que presidiera la reunión y, como otros muchachos del dormitorio respaldaron mi petición, él accedió y se sentó sobre mi almohada, repartiendo las viandas — con perfecta equidad, debo decir— y sirviendo el licor de grosellas en una pequeña copa sin pie, de su propiedad. Yo me senté a su izquierda, y los demás se agruparon en torno, sentados en las camas más cercanas y en el suelo.

¡Qué bien recuerdo cómo nos quedamos allí sentados, cuchicheando! O más bien cómo conversaban ellos y yo escuchaba respetuoso. La luz de la luna entraba débilmente en la habitación y dibujaba la pálida imagen de una ventana en el suelo; la mayoría de los niños estábamos en la penumbra, excepto cuando Steerforth metía una cerilla en una pequeña caja de fósforos, ^[13] a fin de buscar algo en la mesa, y un resplandor azul nos deslumbraba. Un sentimiento extraño y misterioso, derivado de la oscuridad, del secreto que rodeaba nuestra fiesta, de nuestros susurros, me invade de nuevo; y escucho todas sus palabras con una vaga impresión de solemnidad y temor, que me lleva a alegrarme de que estén tan cerca, y a temblar (aunque simule reírme) cuando Traddles finge ver un fantasma en el rincón.

Me contaron toda clase de historias del internado y de quienes vivían en él. Afirmaron que el señor Creakle no había exagerado en absoluto al presentarse como un hombre terrible; que no había ningún maestro tan rígido y severo como él; que propinaba golpes a diestro y siniestro todos los días de su vida, cargando sobre los muchachos como un soldado de caballería y azotándolos sin piedad. Que sólo sabía pegar palizas, y que era más ignorante, según Steerforth, que el peor alumno de la escuela; que había sido, muchos años antes, un pequeño comerciante de lúpulo en el Borough,^[14] y que, cuando su negocio quebró y se hubo gastado toda la fortuna de la señora Creakle, abrió Salem House. Y muchas otras cosas que yo no podía entender cómo habían averiguado.

Me dijeron que el hombre de la pata de palo, que se llamaba Tungay, era

un personaje cruel y obstinado que, después de haber trabajado para nuestro director en el negocio del lúpulo, había decidido seguir a éste en su carrera docente; los muchachos suponían que se había roto la pierna al servicio del señor Creakle, pues había realizado muchos trabajos sucios para él y conocía todos sus secretos. Comprendí que, exceptuando al señor Creakle, Tungay consideraba a cuantos vivíamos allí, maestros y alumnos, como sus enemigos naturales, y que su único placer en la vida era mostrarse mezquino y grosero. Me enteré de que el señor Creakle tenía un hijo, que Tungay detestaba, y que en una ocasión el joven, que ayudaba a su padre en Salem House, había desaprobado la cruel disciplina que allí se imponía; decían que también había censurado el modo en que el señor Creakle trataba a su madre. Me contaron que, por ambos motivos, su padre le había echado de casa; y que, desde entonces, la señora y la señorita Creakle estaban muy abatidas.

Pero lo que más me sorprendió del señor Creakle es que jamás había osado poner la mano encima de uno de los muchachos del internado, y que éste era J. Steerforth. Él mismo confirmó este rumor y dijo que le gustaría mucho que el director lo intentara. Cuando un pacífico compañero (que no era yo) le preguntó cuál sería su reacción si esto ocurría, Steerforth metió otra cerilla en la caja de fósforo para dar más brillo a su respuesta, y aseguró que empezaría por derribarlo golpeándole en la frente con la botella de tinta –de siete chelines y seis peniques– que había siempre sobre la repisa de la chimenea. Durante unos instantes nos quedamos en la oscuridad, sin atrevernos siquiera a respirar.

Supe que al señor Sharp y al señor Mell les pagaban unos salarios miserables; y que, cuando había carne caliente y carne fría en la mesa del señor Creakle, se esperaba que el señor Sharp prefiriese la fría, algo que corroboró de nuevo J. Steerforth, el único alumno que tenía el privilegio de comer con ellos. Me enteré de que la peluca del señor Sharp no se ajustaba bien a su cabeza, así que no tenía sentido que presumiera tanto –incluso algún niño lo llamó «presuntuoso»–, ya que por detrás se veía claramente su verdadero pelo rojizo.

Me contaron que había un alumno, hijo de un comerciante de carbón, a quien habían admitido para ahorrarse el pago de dicho combustible, por lo que recibía el apodo de «Canje o Trueque», términos sacados del libro de aritmética y que explicaban esa clase de operación. Oí que la cerveza servía para robar a los padres; y el budín, para estafarlos. Me enteré de que todo el internado creía que la señorita Creakle estaba enamorada de Steerforth; y lo

cierto es que, mientras, en medio de la penumbra, pensaba yo en la agradable voz del muchacho, en su hermoso rostro, en sus modales desenvueltos y en su cabello ensortijado, no me pareció nada extraño. Mis compañeros aseguraron que el señor Mell no era mala persona, pero que no tenía donde caerse muerto; y que no cabía la menor duda de que la anciana señora Mell, su madre, era tan pobre como el santo Job. Me acordé entonces de mi primer desayuno con él, y de que me había parecido oír: «¡Mi Charley!». Pero recuerdo con satisfacción que no dije una sola palabra.

Nuestro festín había terminado hacía tiempo y yo seguía escuchando todo esto y muchas cosas más. La mayoría de los invitados se habían ido a sus camas, después de acabar golosinas y bebidas; y nosotros, que nos habíamos quedado cuchicheando, medio vestidos, decidimos finalmente seguir su ejemplo.

—Buenas noches, joven Copperfield —dijo Steerforth—. Yo cuidaré de ti.

—Es muy amable —respondí complacido—. No sabe cuánto se lo agradezco.

—¿Tienes alguna hermana? —preguntó entonces, bostezando.

—No —contesté.

—¡Qué lástima! —exclamó él—. De ser así, estoy seguro de que hubiera sido una muchacha muy bonita, tímida, menuda y de ojos expresivos. Me habría gustado conocerla. Buenas noches, joven Copperfield.

—Buenas noches, señor —repliqué.

Estuve pensando mucho rato en él, una vez acostado, y recuerdo que me incorporé para mirar cómo dormía a la luz de la luna, con su hermoso rostro vuelto hacia arriba y la cabeza apoyada descuidadamente en su brazo. Era un gran personaje para mí; ése era el motivo de que ocupara mis pensamientos. Los oscuros secretos del porvenir no se reflejaban, ni siquiera vagamente, en su semblante iluminado por la luna. Ni una sombra iba unida a sus pasos, mientras yo caminaba en sueños por un jardín.

VII

Mi primer semestre en Salem House

Las clases empezaron en serio al día siguiente. Recuerdo lo profundamente que me impresionó el silencio sepulcral que reinó en el aula cuando el señor Creakle hizo su aparición, después del desayuno. El alboroto de los muchachos cesó de forma repentina, mientras él nos contemplaba desde el umbral de la puerta, como uno de esos gigantes que, en los libros de cuentos, pasan revista a sus cautivos.

Tungay estaba al lado del señor Creakle. Pensé que no tenía ningún motivo para gritar con tanta ferocidad: «¡Silencio!». Pues todos los alumnos se habían quedado mudos y petrificados.

Vimos cómo el señor Creakle movía los labios y oímos a Tungay decir lo siguiente:

—Estamos, jóvenes, en el inicio de un nuevo semestre. Mucho cuidado con lo que hacen en él. Les aconsejo que trabajen con todo su ardor, pues pueden estar seguros de que yo pondré todo el mío en castigarles. No desfalleceré. Por mucho que froten su piel, no lograrán quitarse las marcas de mis golpes. Así que ahora ¡todos a trabajar!

Cuando terminó este terrible exordio y Tungay se marchó con su pata de palo, el señor Creakle se acercó a mi pupitre y me dijo que también él era famoso por sus mordiscos. Me mostró entonces su bastón y me preguntó qué pensaba de aquel diente. ¿Era afilado? ¿Era suficientemente duro? ¿Se hincaría en profundidad? ¿Mordería bien? ¿Seguro que mordería bien? Y a cada pregunta me propinaba un golpe tan fuerte que no podía evitar retorcerme de dolor; y, de ese modo, no tardé en convertirme en un ciudadano de pleno derecho de Salem House (tal como Steerforth afirmó), aunque tampoco tardé en verme anegado en llanto.

Y no quiero decir con estas palabras que semejante tratamiento estuviera reservado sólo para mí. Al contrario, la mayoría de los alumnos (sobre todo los más pequeños) recibían idénticas muestras de atención, a medida que el señor Creakle recorría la clase. Antes de que empezara el trabajo del día, la mitad de los muchachos lloraban y se retorcían de dolor; y no me atrevo a recordar cuántos corrieron la misma suerte a lo largo de esa primera jornada, pues sin duda creerían que exagero.

No creo que haya podido existir jamás un hombre que disfrutara tanto con su profesión como el señor Creakle. Azotaba a sus alumnos con el mismo placer que si estuviera satisfaciendo un apetito voraz. Estoy convencido de que no podía resistir la tentación de propinar golpes, especialmente si veía ante sí a un muchacho regordete; éstos parecían ejercer sobre él una especie de fascinación que no lo dejaba descansar hasta que les pegaba y los dejaba marcados para todo el día. Yo era un niño rellenito, así que sé muy bien de lo que hablo. Cada vez que pienso en aquel hombre siento cómo me hierve la sangre en las venas, aunque mi indignación sea tan desinteresada como si hubiera conocido su modo de actuar sin caer nunca en sus manos; mas no por ello resulta menos violenta, pues sé que era un bruto y un ignorante, tan poco preparado para la noble misión que desempeñaba como para ocupar el puesto de lord almirante supremo o de comandante en jefe, cargos en los que con toda probabilidad hubiera ocasionado daños infinitamente menores.

Y nosotros, pequeños y miserables, buscando complacer a un ídolo despiadado, ¿de qué modo tan abyecto nos conducíamos ante él! Cuando vuelvo la vista atrás y lo recuerdo, ¿qué forma de iniciar una vida! ¡Mostrarnos rastreros y serviles con un hombre pretencioso y con semejante talento!

Me veo ante mi pupitre, vigilando su mirada, tímidamente, mientras él traza rayas en el cuaderno de aritmética de otra víctima, a quien acaba de pegar en las manos con la misma regla que ahora utiliza; el muchacho intenta aliviar su escozor con un pañuelo. Tengo mucho trabajo. No le observo por holgazanería, sino por una especie de atracción morbosa, por el deseo, mezclado con terror, de saber qué hará a continuación, si habrá llegado mi turno de sufrir o le tocará a otro. Detrás de mí, una fila de pequeños lo contemplan con el mismo interés. Creo que él lo sabe, aunque finge no darse cuenta. Hace unas muecas horribles mientras traza las rayas; y, cuando mira de soslayo en nuestra dirección, todos nos inclinamos temblorosos sobre los libros. Unos instantes después, clavamos nuestros ojos nuevamente en él. Un

pobre infortunado, culpable de hacer mal el ejercicio, obedece la orden del señor Creakle y se acerca a él. El reo balbucea unas excusas y manifiesta su determinación de hacerlo mejor al día siguiente. El señor Creakle se burla de él antes de azotarlo, y nosotros nos reímos –pequeños y miserables perros–, pálidos como la cera y con el corazón en un puño.

Me veo de nuevo ante mi pupitre, en una somnolienta tarde veraniega. Un zumbido crece a mi alrededor, como si los muchachos fueran moscardones. Siento una sensación de pesadez en el estómago (hemos comido carne hace una hora o dos y yo sigo sin digerir su grasa) y mi cabeza parece llena de plomo. Daría cualquier cosa por irme a dormir. No dejo de mirar al señor Creakle, parpadeando como una joven lechuza; el sueño se apodera de mí por unos instantes, pero sigo viendo su imagen, mientras traza rayas en los cuadernos de aritmética, hasta que se coloca sin hacer ruido detrás de mí y me ayuda a tener una percepción más clara de su existencia dejándome una marca roja en la espalda.

Estoy en el patio de recreo y, aunque no veo al señor Creakle, mis ojos siguen fascinados por él. La ventana, a escasa distancia de donde él almuerza, se convierte en su representación y no puedo quitarle los ojos de encima. Si el señor Creakle acerca su rostro a ella, mi expresión se torna sumisa e implorante. Si nos mira a través del cristal, hasta el alumno más atrevido (con excepción de Steerforth) corta en seco el grito o alarido que está dando y adopta una actitud pensativa. Un día, Traddles (el muchacho más infortunado del mundo) rompe casualmente esa ventana con una pelota. Aún hoy me estremezco al recordar la terrible impresión que aquello me produjo, y la sensación de que el balón había rebotado en la sagrada cabeza del señor Creakle.

¡Pobre Traddles! Era el muchacho más alegre y más desdichado de todos, con su ajustado traje azul celeste, gracias al cual sus brazos y sus piernas parecían embutidos o budines en forma de rollo. Recibía una paliza tras otra; no creo que hubiera un solo día en todo aquel semestre que no le azotaran, excepto un lunes que era fiesta y el señor Creakle le pegó únicamente con la regla en las manos. Siempre estaba diciendo que escribiría a su tío para quejarse, pero jamás lo hacía. Después de quedarse un rato con la cabeza apoyada en el pupitre, recuperaba la alegría, reía de nuevo y llenaba su pizarra de esqueletos, antes incluso de que sus lágrimas se hubieran secado. Al principio, yo no comprendía qué consuelo podía encontrar Traddles en aquellos dibujos; y durante algún tiempo le consideré una especie de

anacoreta que intentaba recordar, mediante esos símbolos de nuestra condición mortal, que las palizas no serían eternas. Pero creo que sólo pintaba esqueletos porque le resultaba fácil y no tenía que dibujarles facciones.

Traddles tenía un gran sentido del honor; consideraba un deber sagrado que los alumnos se ayudaran entre sí. En varias ocasiones se vio obligado a pagar por ello; especialmente una vez en que Steerforth se rió en la iglesia y el bedel, convencido de que había sido Traddles, lo expulsó. Aún me parece estar viendo cómo le acompañaban fuera, entre el desprecio de todos los fieles. Jamás dijo quién había sido el verdadero culpable, aunque todavía le dolía el cuerpo un día después; y pasó tantas horas encerrado que, cuando le dejaron salir, un cementerio de esqueletos cubría las páginas de su diccionario de latín. Pero recibió su recompensa: Steerforth afirmó que Traddles no era ningún chivato, lo que nos pareció el mayor elogio posible. La verdad es que yo habría estado dispuesto a pasar infinidad de trances (aunque no era tan valiente como Traddles y tenía menos años que él) para conseguir semejante distinción.

Una de las mayores felicidades de mi vida era ver a Steerforth dirigirse a la iglesia, delante de nosotros, del brazo de la señorita Creakle. No me parecía que ésta pudiera equipararse en belleza a la pequeña Emily, y no estaba enamorado de ella (me faltaba valor); pero era, a mis ojos, una joven de un encanto extraordinario y de una distinción difícil de superar. Cuando Steerforth, con sus pantalones blancos, le llevaba la sombrilla, yo me sentía orgulloso de conocerlo; y pensaba que lo único que podía hacer la señorita Creakle era quererlo con todo su corazón. El señor Sharp y el señor Mell eran dos personajes muy importantes para mí; pero Steerforth, al lado de ellos, era como el sol comparado con dos estrellas.

Steerforth siguió protegiéndome, y demostró ser un compañero muy útil, pues nadie se atrevía a importunar a quienes él honraba con su amistad. Es cierto que no podía defenderme (o, al menos, se abstenía de hacerlo) del señor Creakle, que era sumamente severo conmigo; pero, siempre que me habían maltratado más de lo habitual, decía que me faltaban agallas, y que él jamás habría tolerado aquello. Yo tenía la impresión de que, con sus palabras, sólo pretendía infundirme valor, por lo que le estaba muy agradecido. La severidad del señor Creakle tuvo una única ventaja, que yo sepa, para mí. Cuando pasaba por detrás del banco donde me sentaba y quería propinarme un golpe, el cartel que llevaba en la espalda le molestaba; por ese motivo, no tardó en quitármelo, y jamás volví a verlo.

Una circunstancia imprevista fortaleció aún más mi intimidad con Steerforth, de un modo que me llenó de orgullo y satisfacción, aunque no dejaba de tener sus inconvenientes. Un día en que estaba hablando conmigo en el patio (lo que era un honor para mí), me aventuré a afirmar que algo o alguien, no recuerdo exactamente qué, se parecía a algo o a alguien de *Peregrine Pickle*. Steerforth no dijo nada entonces, pero, por la noche, cuando iba a acostarme, me preguntó si tenía ese libro.

Le respondí que no, y le expliqué por qué motivo lo había leído; le hablé, asimismo, de las otras obras que ya he mencionado.

—¿Y te acuerdas de ellas? —quiso saber Steerforth.

—Por supuesto que sí —contesté.

Yo tenía buena memoria y estaba convencido de que las recordaba muy bien.

—Entonces te diré algo, pequeño Copperfield —dijo Steerforth—: me las contarás. Me cuesta mucho conciliar el sueño por las noches y suelo despertarme bastante temprano por las mañanas. Me irás contando todas esas historias, una tras otra. Será como en *Las mil y una noches*.

Me sentí muy halagado por su propuesta, y empezamos a ponerla en práctica aquella misma noche. No estoy en condiciones de decir hasta qué punto destrozaba a mis autores favoritos al interpretar sus obras; además, prefiero no saberlo. Pero creía profundamente en ellos y narraba sus relatos con sencillez y gravedad, cualidades que, sin duda, fueron de gran ayuda.

El inconveniente era que por las noches yo solía estar medio dormido, o me sentía muy triste, y apenas tenía ganas de reanudar la historia; entonces tenía que hacer un verdadero esfuerzo, pues no quería decepcionar ni disgustar a Steerforth. Por las mañanas, asimismo, cuando me sentía cansado y habría podido disfrutar de una hora más de sueño, resultaba muy fastidioso que me despertaran, como a la sultana Scheherazade, y me obligaran a contar una larga historia antes de que tocasen la campana para levantarnos. Pero Steerforth lo decidía así; y como, a cambio de mis relatos, me ayudaba con las sumas, ejercicios y demás deberes demasiado difíciles para mí, supongo que yo salía ganando con aquella transacción. Me gustaría, sin embargo, ser justo conmigo. Lo cierto es que no obraba así por interés o egoísmo, ni por miedo a Steerforth. Yo lo admiraba y le quería, y su aprobación era suficiente para mí; me parecía algo tan valioso que no puedo sino recordar aquellas pequeñeces con el corazón encogido.

Steerforth era también muy considerado conmigo; y así lo demostró, en cierta ocasión, con tanta firmeza que sospecho que sus palabras fueron para Traddles y para el resto de los muchachos un verdadero suplicio de Tántalo. La carta que Peggotty me había prometido (y que supuso un gran consuelo para mí) llegó a las pocas semanas de iniciarse el semestre, acompañada de un bizcocho rodeado de naranjas y de dos botellas de licor de primavera. Coloqué estos tesoros a los pies de Steerforth, como era mi deber, y le pedí que los repartiera.

—Te diré una cosa, pequeño Copperfield —exclamó—. Guardaremos el licor para remojarte el gaznate mientras cuentas historias.

No pude evitar sonrojarme, y le rogué, en mi modestia, que olvidara su idea. Pero dijo haberse percatado de que algunas veces yo tenía la voz un poco ronca (carrasposa fue su expresión exacta), por lo que hasta la última gota de licor se destinaría al propósito anteriormente mencionado. Así, pues, guardó las dos botellas en su baúl; y, cuando creía que yo necesitaba reponerme, vertía personalmente el líquido en un frasco y me lo daba a beber por el cañón de una pluma insertada en el tapón de corcho. Algunas veces, para que el remedio fuera aún más eficaz, tenía la amabilidad de exprimir una naranja y añadirle el zumo, o de mezclarlo con jengibre, o de disolver en él algunas gotas de menta; y, aunque no puedo afirmar que su sabor mejorara con aquellos experimentos, ni que fuera el digestivo ideal para tomar al acostarse por la noche y al despertarse por la mañana, yo lo bebía con gratitud, conmovido por el interés que mostraba.

Creo que estuvimos varios meses con *Peregrine Pickle*, y otro tanto con las demás historias. Puedo asegurar que la institución jamás flaqueó por falta de relatos; y el licor duró casi tanto tiempo como los libros. El pobre Traddles (no puedo pensar en ese muchacho sin una extraña predisposición a reír, aunque las lágrimas asomen a mis ojos) desempeñaba, por lo general, el papel del coro; simulaba desternillarse de risa en las partes cómicas, y morir de miedo en los episodios inquietantes. Aquello me hacía perder el hilo de la historia, muy a menudo. Recuerdo que una de sus mejores bromas era fingir que no podía evitar que le castañetearan los dientes cada vez que se mencionaba a algún alguacil en las aventuras de Gil Blas. Y cuando este personaje conoció en Madrid al capitán de los ladrones, nuestro infortunado bufón aparentó tal paroxismo de terror que el señor Creakle, que andaba merodeando por el pasillo, lo oyó; y le dio una soberana paliza por armar jaleo en el dormitorio.

Todos esos relatos, en medio de la oscuridad, fortalecieron cuanto había en mi interior de romántico y de soñador; tal vez, en este sentido, no resultó una actividad demasiado beneficiosa para mí. Pero me había convertido en el niño mimado del dormitorio y se había propagado el rumor de mi talento entre los demás muchachos, lo que me servía para llamar su atención, a pesar de ser el más pequeño de todos: todo eso me animaba a seguir. En un colegio regido únicamente por la crueldad, con independencia de que su director sea o no un zoquete, existen pocas oportunidades de aprender algo. Creo que mis compañeros eran, por lo general, todo lo ignorantes que cabría esperar. Vivían demasiado angustiados y maltratados para progresar; al igual que las personas cuya existencia está llena de desgracias, sufrimientos y preocupaciones, nada podían hacer para mejorar sus conocimientos. Pero mi pequeña vanidad y el apoyo de Steerforth me alentaron; y, aunque no me libré de ser castigado, me convertí, en mi paso por Salem House, en una excepción a la regla general, lo que me permitió recoger con cierta regularidad algunas migajas de sabiduría.

Me ayudó mucho el señor Mell, quien sentía por mí un afecto que siempre recordaré con gratitud. Me apenaba ver el continuo desprecio con que le trataba Steerforth, que no perdía la oportunidad de herir sus sentimientos o de inducir a los demás a que siguieran su ejemplo. Eso me inquietó profundamente durante mucho tiempo, pues no había tardado en hablarle a Steerforth (me habría resultado tan difícil esconderle un secreto como no compartir con él un bizcocho u otra propiedad tangible) de las dos ancianas que había conocido con el señor Mell; y siempre temía que Steerforth lo dijera en voz alta y se burlara de él.

Aquella primera mañana en que tomé mi desayuno y me dormí a la sombra de las plumas de pavo real, al son de la flauta, ¡qué poco podíamos imaginar el señor Mell y yo las consecuencias que tendría la visita de alguien tan insignificante como yo a aquella humilde morada! Pero éstas fueron imprevisibles; y, a su manera, muy graves.

Un día en que el señor Creakle se había quedado en sus habitaciones por encontrarse indispuesto (algo que, como es natural, nos llenó a todos de alegría), hubo bastante alboroto en las clases de la mañana. Los alumnos, contentos y aliviados, resultaban difíciles de manejar y, aunque el terrible Tungay entró dos o tres veces con su pata de palo y anotó los nombres de los principales culpables, nadie pareció impresionarse por eso; estaban convencidos de que, hicieran lo que hicieran, al día siguiente serían castigados, de modo que les pareció una buena idea divertirse aquella jornada.

Se trataba en realidad de una media fiesta, pues era sábado. Sin embargo, como el ruido del patio habría molestado al señor Creakle, y hacía mal tiempo para salir a pasear, nos ordenaron quedarnos dentro del colegio toda la tarde y realizar unas tareas más sencillas de lo habitual, especialmente preparadas para la ocasión. Era el día de la semana en que el señor Sharp salía del internado para que le rizaran la peluca; por ese motivo, el señor Mell, que siempre se encargaba de los trabajos más pesados, cualesquiera que fueran, se vio obligado a vigilar la clase.

Si pudiera asociar la idea de un toro o un oso a alguien tan dulce y afable como el señor Mell, diría que aquella tarde, cuando el estruendo estaba en su punto culminante, parecía uno de esos animales, acosado por diez mil perros salvajes. Me acuerdo de él inclinando su cabeza dolorida sobre el libro que tenía en la mesa, al tiempo que la apoyaba en su huesuda mano, esforzándose terriblemente por continuar su árido trabajo, en medio de un griterío que habría aturdido incluso al presidente de la Cámara de los Comunes. Algunos muchachos iban de un lado a otro, jugando a las cuatro esquinas; unos reían, otros cantaban, hablaban, bailaban o daban alaridos; unos arrastraban los pies, otros giraban a su alrededor, sonriendo descaradamente, haciendo muecas, imitándolo a sus espaldas y ante sus mismos ojos: burlándose de su pobreza, de sus botas, de su chaqueta, de su madre y de todo cuanto se relacionaba con él y debía inspirarnos respeto.

—¡Silencio! —protestó el señor Mell, al tiempo que se ponía en pie y golpeaba el pupitre con un libro—. ¿Qué significa esto? No se puede tolerar. Es para volverse loco. Muchachos, ¿cómo pueden portarse así conmigo?

El libro con que golpeó la mesa era el mío; yo estaba de pie a su lado y, mientras él recorría la clase con su mirada, vi que todos los alumnos se callaban sorprendidos, o medio asustados, o tal vez incluso arrepentidos.

Steerforth se sentaba al fondo, en el extremo opuesto del aula. Tenía el respaldo de la silla apoyado en la pared y las manos en los bolsillos; cuando el señor Mell clavó sus ojos en él, le contempló haciendo como que silbaba.

—¡Silencio, señor Steerforth! —dijo el señor Mell.

—Será mejor que se calle usted —respondió éste, enrojeciendo—. ¿A quién cree que se dirige?

—Siéntese —ordenó el señor Mell.

—Siéntese usted —contestó Steerforth—. Y ocúpese de sus asuntos.

Hubo risas ahogadas y algunos aplausos; pero el señor Mell estaba tan pálido que todos se apresuraron a guardar silencio; y uno de los muchachos, que se había colocado detrás de él para imitar de nuevo a su madre, cambió de idea y fingió acercarse para que le arreglara la pluma.

—Si piensa, Steerforth, que ignoro la influencia que ejerce sobre todos los presentes —afirmó el señor Mell, mientras ponía su mano en mi cabeza (supongo que sin darse cuenta)—, o que no me he percatado de cómo instaba a los más jóvenes, hace unos minutos, a que me ofendieran gravemente, está muy equivocado.



Steerforth y el señor Mell

—Ni siquiera me tomo la molestia de pensar en usted —dijo Steerforth sin perder la calma—; así que ¿cómo voy a estar equivocado?

—Y cuando abusa de su situación de favorito en este lugar —prosiguió el señor Mell, con labios temblorosos— para insultar a un caballero...

—¿A un qué? ¿Dónde se encuentra? —exclamó Steerforth.

—¡Qué vergüenza, J. Steerforth! ¡Eso está muy mal! —gritó un alumno.

Era Traddles, que se quedó muy desconcertado cuando el señor Mell le pidió que se callara.

—Para insultar a alguien que no ha tenido suerte en la vida y que jamás le ha ofendido en nada, a pesar de que posee suficiente edad e inteligencia para

comprender las múltiples razones por las que no debería hacerlo –siguió diciendo el señor Mell, con labios cada vez más temblorosos–, está cometiendo un acto despreciable y ruin. Y ahora, señor, puede sentarse o quedarse en pie, como desee. Continúe, Copperfield.

–Espera un momento, joven Copperfield –dijo Steerforth, avanzando hacia nosotros–. Señor Mell, le diré algo de una vez para siempre. Cuando se toma la libertad de llamarme despreciable, ruin o algo semejante, no es usted más que un pordiosero insolente. Siempre es un pordiosero, como bien sabe; pero cuando habla de ese modo, es un pordiosero insolente.

No recuerdo claramente si era Steerforth quien iba a pegar al señor Mell, o éste quien iba a pegar a nuestro compañero; aunque es posible que ninguno de los dos tuviera esas intenciones. De pronto, todos los alumnos parecieron petrificados, y descubrí al señor Creakle entre nosotros, acompañado de Tungay; la señora y la señorita Creakle nos miraban desde la puerta con aire asustado. El señor Mell, con los codos sobre la mesa y el rostro entre las manos, se quedó completamente inmóvil por unos instantes.

–Señor Mell –susurró el señor Creakle, sacudiéndole el brazo–, espero que no haya perdido los nervios...

Y sus palabras fueron tan audibles que Tungay no consideró necesario repetirlas.

–No, señor, no –respondió el maestro, que levantó el rostro y agitó la cabeza, frotándose las manos con desasosiego–. No, señor, no; he sabido mantener la calma. Yo... no, señor Creakle, no he perdido los nervios. Yo, yo... he sabido mantener la calma, señor. Pero ojalá se hubiera acordado antes de mí, señor Creakle. Habría sido más generoso por su parte, y más justo. Me habría ahorrado un mal rato, señor.

El señor Creakle, mirando con dureza al señor Mell, apoyó su mano en el hombro de Tungay, se subió al banco más cercano y se sentó encima del pupitre. Después de seguir observando al señor Mell, que sacudía la cabeza y se frotaba las manos, en el mismo estado de agitación, nuestro director se volvió hacia Steerforth.

–Y ahora, señor –exclamó desde su trono–, puesto que el señor Mell no se digna explicarse, ¿podría usted decirme qué ocurre?

Steerforth eludió la respuesta durante unos momentos, contemplando con ira y desprecio a su adversario y guardando silencio. Recuerdo que no pude

sino admirar, incluso en aquel intervalo, la nobleza de su aspecto; y ¡qué feo y vulgar me pareció el señor Mell a su lado!

—¿Qué quiso decir entonces al hablar de favoritismos? —preguntó finalmente Steerforth.

—¿De favoritismos? —repitió el señor Creakle, mientras las venas de la frente se le hinchaban con rapidez—. ¿Quién ha hablado de favoritismos?

—Él lo ha hecho—afirmó Steerforth.

—¿Y qué quiso usted decir con eso, señor, se lo ruego? —inquirió el señor Creakle, volviéndose enojado hacia su ayudante.

—Quise decir, señor Creakle —contestó en voz baja—, lo que dije; que ningún alumno tiene derecho a aprovecharse de su posición privilegiada para humillarme.

—¿Para humillarle? —exclamó el señor Creakle—. ¡Válgame Dios! Pero déjeme que le pregunte, señor *Como-se-llame* —y nuestro director cruzó los brazos sobre el pecho, sin soltar el bastón, y frunció de tal manera el ceño que sus diminutos ojos parecieron desaparecer—, cuando habla de favoritismos, ¿cree usted mostrar el debido respeto a mi persona? Le recuerdo, señor —prosiguió, acercando bruscamente la cabeza al señor Mell y echándola para atrás de nuevo—, que, además de su patrón, soy el director de este establecimiento.

—Estoy dispuesto a reconocer que no fue juicioso por mi parte —exclamó el señor Mell—. Jamás lo habría hecho si no me hubieran sacado de mis casillas.

Steerforth decidió intervenir en ese momento.

—Además dijo que yo era un joven ruin y despreciable, y yo le llamé pordiosero. Si no hubiese perdido los estribos, quizá no le habría llamado pordiosero. Pero lo hice, y me atengo a las consecuencias.

Sin detenerme a analizar cuáles podían ser éstas, me sentí radiante al escuchar sus valerosas palabras. Los muchachos también parecieron impresionados, pues se oyó un murmullo entre ellos, aunque nadie despegó los labios.

—Estoy sorprendido, Steerforth; si bien su franqueza le honra... ciertamente le honra —dijo el señor Creakle—. Mas he de decir que estoy sorprendido de que aplique semejante epíteto a una persona que trabaja y recibe un salario en Salem House.

Steerforth soltó una carcajada.

—Ésa no es una respuesta a mi observación —le reprendió el señor Creakle—. Espero algo más de usted, Steerforth.

Si el señor Mell me había parecido vulgar en comparación con aquel joven tan apuesto, sería imposible describir lo vulgar que resultaba el señor Creakle.

—Pues que él lo niegue —exclamó Steerforth.

—¿Que niegue ser un pordiosero? —preguntó el director—. ¿Y dónde va a pedir limosna?

—Aunque el señor Mell no sea un pordiosero, sí lo es su pariente más cercano —afirmó Steerforth—. Y viene a ser lo mismo.

Entonces me miró, y la mano del señor Mell me dio unas palmaditas cariñosas en el hombro. Levanté la vista, con el rostro enrojecido y el corazón lleno de remordimientos, pero los ojos del señor Mell estaban totalmente pendientes de Steerforth; y siguió dándome palmaditas cariñosas en el hombro sin quitarle la vista de encima.

—Puesto que espera que me justifique, señor Creakle —exclamó Steerforth—, y que dé una explicación, ha de saber que su madre vive de la caridad en un asilo para indigentes.

El señor Mell continuaba mirándolo, sin dejar de darme palmaditas cariñosas en el hombro; tuve la impresión de que murmuraba: «Sí, eso me figuraba».

El señor Creakle se volvió hacia su ayudante, con el ceño fruncido.

—Ya ha oído, señor Mell, las palabras de este caballero —dijo con fingida cortesía—. Le ruego que tenga la bondad de desmentirlas delante de todos los alumnos.

—Steerforth está en lo cierto, señor; no hay nada que desmentir —respondió el señor Mell, en medio de un profundo silencio—. Todo cuanto ha dicho es verdad.

—Entonces espero que tenga la amabilidad de declarar públicamente —exclamó el señor Creakle, ladeando la cabeza y recorriendo la clase con su mirada— que yo no conocía su situación hasta este preciso momento.

—Supongo que no la conocía de un modo directo —contestó.

—¿Cómo que supone? —protestó el señor Creakle—. Lo sabe perfectamente, amigo mío.

—No creo que jamás haya pensado que mi situación económica fuera muy buena —contestó su ayudante—. Siempre ha estado al corriente de mi posición en este lugar.

—Me doy cuenta —dijo el señor Creakle, con las venas más hinchadas que nunca— de que ha cometido usted el grave error de confundir este internado con una escuela de caridad. Será mejor que separemos nuestros caminos, señor Mell; y cuanto antes, mejor.

—En este mismo instante, señor —exclamó el maestro poniéndose en pie.

—Como guste.

—Me despido de usted, señor Creakle, y de todos los demás —dijo el señor Mell, mirando a los presentes y dándome otra cariñosa palmadita en el hombro—. James Steerforth, lo mejor que puedo desearle es que algún día se avergüence de lo que ha hecho hoy. De momento, no quisiera por nada del mundo que fuera mi amigo, ni el de nadie por quien yo sienta interés.

Una vez más apoyó su mano en mi hombro; y, después de coger la flauta y unos pocos libros de su mesa, y de dejar en ella la llave para su sucesor, se marchó del internado, con todas sus pertenencias bajo el brazo. El señor Creakle pronunció entonces un discurso, a través de Tungay, en el que agradeció a Steerforth haber defendido —aunque quizá con demasiado ardor— la independencia y la respetabilidad de Salem House; y finalizó éste estrechando la mano de nuestro compañero, mientras los demás lanzábamos vítores al aire (yo no sabía bien por qué, pero supuse que sería por Steerforth, así que me uní a ellos con entusiasmo, a pesar de que estaba desconsolado). Luego el señor Creakle pegó un bastonazo a Tommy Traddles, pues le sorprendió llorando, en lugar de aplaudir la partida del señor Mell; y entonces regresó a su sofá, a su cama o a cualquiera que fuese el lugar de donde había venido.

Cuando nos quedamos solos, recuerdo que nos miramos aturridos los unos a los otros. En cuanto a mí, estaba tan arrepentido del papel que me había tocado jugar en aquel incidente que si no rompí a llorar fue por temor a que Steerforth, quien me miraba a menudo, considerara poco amistoso, o más bien desleal —dada nuestra diferencia de edad y la admiración que yo sentía por él—, que yo mostrase la aflicción que me embargaba. Lo cierto es que él estaba muy enfadado con Traddles y dijo que se alegraba de que le hubieran

castigado.

El pobre Traddles, que ya había pasado su etapa de desaliento –con la cabeza apoyada en el pupitre–, y que se consolaba, como de costumbre, dibujando un regimiento de esqueletos, aseguró que le tenía sin cuidado lo que Steerforth pensara, y que habían sido muy injustos con el señor Mell.

–¿Quién ha sido injusto con él, jovencita? –inquirió Steerforth.

–Sin duda usted –repuso Traddles.

–¿Y se puede saber qué es lo que he hecho? –preguntó Steerforth.

–¿Que qué es lo que ha hecho? –exclamó Traddles–. Pues herir sus sentimientos y dejarle sin empleo.

–¡Sus sentimientos! –repitió Steerforth con desdén–. Estoy seguro de que no tardará en sobreponerse. Sus sentimientos no son como los tuyos, señorita Traddles. En cuanto a su empleo (que estarás de acuerdo en que era magnífico), ¿acaso imaginas que no voy a escribir a mi casa para que le envíen dinero? ¿Eh, nenita?

Nos pareció muy noble el propósito de Steerforth, cuya madre era una rica viuda, dispuesta, según decían, a hacer casi cualquier cosa que su hijo le pidiera. Todos nos alegramos mucho de que pusiera a Traddles en su sitio; y ensalzamos las virtudes de Steerforth, especialmente cuando se dignó contarnos que sólo había actuado así por nosotros y por nuestra causa, y que nos había hecho un gran favor, al comportarse de un modo tan poco egoísta.

Pero he de confesar que aquella noche, en más de una ocasión, mientras relataba una de mis historias en medio de la oscuridad, la vieja flauta del señor Mell resonó lastimera en mis oídos; y, cuando Steerforth se sintió por fin cansado y me tendí en mi lecho, lo imaginé tocando en algún lugar una melodía tan triste que me sentí muy desdichado.

Pero no tardé en olvidarlo, mientras admiraba a Steerforth, que, con la despreocupación del aficionado y sin ayuda de ningún libro (yo tenía la sensación de que lo sabía todo de memoria) se ocupó de alguna de sus clases hasta que encontraron un nuevo maestro. Éste llegó de un centro de enseñanza secundaria; y antes de entrar en funciones, el señor Creakle le invitó a almorzar para presentarle a Steerforth. Nuestro compañero dio su beneplácito y nos dijo que se trataba de un tipo excelente. Sin comprender demasiado bien lo que esto significaba, le respeté mucho por ello, y no se me ocurrió dudar de su excelsa sabiduría, aunque jamás se interesara por mí (y soy consciente de

que yo no era nadie) como lo había hecho el señor Mell.

Sólo hubo otro acontecimiento en ese primer semestre que, por muchas razones, todavía hoy recuerdo conmovido.

Una tarde en que estábamos todos sumidos en una terrible confusión, hostigados por el señor Creakle, que daba golpes espantosos a diestro y siniestro, entró Tungay en la clase y gritó con su vozarrón de siempre:

—¡Visita para Copperfield!

El señor Creakle y él intercambiaron algunas palabras sobre quiénes eran los recién llegados y dónde les habían conducido; entonces yo, que me había puesto en pie al oír mi nombre, tal como era habitual, y que no salía de mi asombro ante la noticia, recibí la orden de subir por la escalera de detrás y de ponerme un cuello limpio antes de ir al comedor. Obedecí esas instrucciones con una impaciencia y un nerviosismo que jamás había experimentado antes; y, cuando llegué a la puerta del comedor y se me ocurrió pensar que podía ser mi madre —pues hasta entonces sólo había imaginado al señor y a la señorita Murdstone—, retiré mi mano del picaporte, y me detuve; se me escapó un sollozo antes de entrar.

Al principio, no vi a nadie; pero, al sentir que empujaban la puerta, miré y descubrí estupefacto al señor Peggotty y a Ham, que me hacían reverencias con el sombrero puesto, los dos muy apretujados contra la pared. No pude contener la risa; pero fue más por la alegría de verlos que por el aspecto que presentaban. Nos estrechamos cordialmente las manos; y me reí a carcajadas, hasta que tuve que sacar el pañuelo del bolsillo y secarme los ojos.

El señor Peggotty, que, según recuerdo, no cerró la boca ni una sola vez durante toda la visita, pareció muy preocupado al ver mis lágrimas, y le pegó un codazo a Ham para que dijera algo.

—Vamos, levante ese ánimo, señorito Davy —exclamó Ham, con su sonrisa bobalicona—. Pero ¡cuánto ha crecido!

—¿Me ve más alto? —pregunté, secándome los ojos.

Yo no lloraba por ningún motivo especial, pero supongo que estaba muy emocionado de ver a unos viejos amigos.

—¿Que si le veo más alto, señorito Davy? ¡Pero si ha crecido una barbaridad! —afirmó Ham.

—¡Vaya que si ha crecido! —dijo el señor Peggotty.

Empecé a desternillarme de risa otra vez, al oír sus carcajadas; y los tres nos reímos tanto que estuve a punto de llorar de nuevo.

—¿Sabe cómo se encuentra mi madre, señor Peggotty? —inquirí—. ¿Y qué tal mi vieja y querida Peggotty?

—Estupendamente —repuso.

—¿Y la pequeña Emily, y la señora Gummidge?

—Estupendamente también —exclamó.

Hubo un silencio. El señor Peggotty, para romperlo, sacó de sus bolsillos dos langostas gigantescas, un cangrejo enorme y un saco de lona repleto de camarones, y los amontonó en los brazos de Ham.

—Como le gustaba tanto tomarlos de acompañamiento cuando estaba con nosotros, nos hemos tomado esta libertad. Nuestra vieja amiga los coció... Sí, la señora Gummidge los coció —dijo el señor Peggotty lentamente, como si quisiera recrearse al respecto, por no tener otra cosa de que hablar—. Puedo asegurarle que fue la señora Gummidge quien los coció.

Le di las gracias; y el señor Peggotty, después de mirar a Ham, que seguía sonriendo tímidamente por encima de los mariscos, sin hacer el menor esfuerzo por ayudar a su tío, afirmó:

—Hemos venido con el viento y con la marea a nuestro favor, en uno de los barcos que van de Yarmouth a Gravesend. Mi hermana me envió esta dirección para que, si alguna vez venía por casualidad a Gravesend, preguntara por el señorito Davy. Me pidió que le diera recuerdos y que le dijera lo bien que se encuentra su familia. Cuando regrese a casa, la pequeña Emily le escribirá para contarle que he estado con usted y que también le he encontrado muy bien; y, así, seguiremos girando como en un tiovivo.

Me vi obligado a reflexionar un rato para comprender lo que el señor Peggotty quería decir con este símil destinado a representar el viaje en círculo de las noticias. Entonces le di las gracias efusivamente; y le dije, a sabiendas de que me ruborizaba, que suponía que también la pequeña Emily habría cambiado mucho desde que los dos recogíamos conchas y guijarros por la playa.

—Se está convirtiendo en una mujer. En eso se está convirtiendo —exclamó el señor Peggotty—. Pero pregúnteselo a él.

Se refería a Ham, que sonrió encantado por encima del saco de

camarones.

–¡Es tan hermosa! –dijo el señor Peggotty, risueño.

–¡Y tan aplicada! –añadió Ham.

–¡Y escribe tan bien! –exclamó el señor Peggotty–. Sus trazos son tan negros como el azabache y tan grandes que pueden verse desde cualquier distancia.

Era maravilloso ver cómo el señor Peggotty se emocionaba al hablar de su pequeña princesa. Lo veo de nuevo ante mí, con su rostro velludo y campechano, rebosante de un amor y de un orgullo que yo no sabría describir. Sus honrados ojos se iluminan y centellean, como si los animara un sentimiento muy profundo. Su ancho pecho palpita complacido. Sus fuertes manos se juntan llevadas por la emoción; y recalca sus palabras con un brazo derecho que, a mis ojos de pigmeo, parece un mazo de hierro.

Ham estaba casi tan entusiasmado como él. Creo que me habrían contado muchas más cosas de la pequeña Emily si no les hubiera desconcertado la llegada imprevista de Steerforth, quien, al verme en una esquina conversando con dos desconocidos, dejó de canturrear y declaró:

–No sabía que estuvieras aquí, joven Copperfield –pues aquélla no era la sala donde los alumnos solían recibir visitas.

Y pasó junto a nosotros para salir de nuevo.

Ignoro si fue el orgullo de tener un amigo como Steerforth o el deseo de explicar a éste por qué conocía a alguien como el señor Peggotty, pero lo cierto es que le llamé. ¡Dios mío! ¡Cómo puede acudir todo esto a mi memoria después de tanto tiempo!

–No se vaya, Steerforth, se lo ruego –le dije tímidamente–. Son dos pescadores de Yarmouth, gente muy amable y bondadosa, parientes de mi niñera; han venido a verme desde Gravesend.

–¡Ah, sí! –exclamó Steerforth, volviendo sobre sus pasos–. Me alegro de conocerles. ¿Cómo están?

Se movía con una gracia y con una soltura, lejos de toda arrogancia, que parecían hechizar a los demás. Todavía hoy tengo el convencimiento de que la distinción de su porte, su vitalidad, su voz melodiosa, la belleza de su rostro y de su figura, además de un atractivo innato (que muy pocas personas poseen), ejercían una fascinación sobre los demás a la que muy pocos se resistían. Me

percaté de que el señor Peggotty y Ham le miraban complacidos, dispuestos a abrirle inmediatamente su corazón.

—Escriba en su carta, señor Peggotty —afirmé—, que el señor Steerforth es muy amable conmigo, y que no sé que habría sido de mí en este lugar, si no hubiera contado con su ayuda.

—¡Qué tontería! —exclamó Steerforth, riendo—. No ponga nada semejante.

—Y si el señor Steerforth va alguna vez a Norfolk o a Suffolk mientras yo esté allí, señor Peggotty —proseguí—, le prometo que lo llevaré a Yarmouth, si me lo permite, para que conozca su casa. Jamás ha visto otra mejor, Steerforth. ¡Está hecha con un barco!

—¿Con un barco? —dijo Steerforth—. ¡Qué casa tan apropiada para un pescador de pura cepa como usted!

—En efecto, señor, en efecto —contestó Ham, divertido—. Tiene usted razón, joven caballero. Señorito Davy, el caballero tiene razón. ¡Un pescador de pura cepa! Jo, jo... ¡Eso es lo que es!

El señor Peggotty estaba tan contento como su sobrino, si bien su modestia le impedía aceptar un cumplido personal de un modo tan ostensible.

—Está bien, señor —dijo, riéndose e inclinándose ante él, al tiempo que se colocaba las puntas del pañuelo que llevaba al cuello—; muchas gracias por su comentario. La verdad es que intento hacer mi trabajo lo mejor posible.

—¿Y qué más se puede pedir, señor Peggotty? —exclamó Steerforth, que ya se había aprendido su nombre.

—Apuesto cualquier cosa a que también usted hace lo mismo —afirmó el señor Peggotty, moviendo la cabeza—, y seguro que muy bien. No sabe cuánto le agradezco, señor, su amable acogida. Soy un hombre sin educación, pero no tengo un pelo de tonto, o al menos eso creo, ¿me comprende? Mi casa es humilde, pero será muy bien recibido, señor, si alguna vez aparece por allí con el señorito Davy. Soy un verdadero caracol —exclamó (con esto quería decir que se sentía tan lento como ese animal, pues había intentado despedirse al final de cada frase, sin conseguirlo)—; pero ¡les deseo buena salud y mucha felicidad!

Ham expresó idénticos sentimientos, y los cuatro nos despedimos con toda cordialidad. Aquella noche estuve a punto de hablarle a Steerforth de la pequeña y hermosa Emily, pero era demasiado tímido para pronunciar su

nombre, y tenía demasiado miedo de que se riera de mí. Recuerdo que di muchas vueltas, bastante desasosegado, a las palabras que había dicho el señor Peggotty: que se estaba convirtiendo en una mujer; pero decidí que aquello era una tontería.

Llevamos el marisco, o el «acompañamiento» –según la modesta expresión del señor Peggotty–, a escondidas a nuestro dormitorio, y esa noche cenamos opíparamente. Pero el pobre Traddles no salió bien parado. Tenía demasiada mala suerte para terminar la cena como todos los demás. Aquella misma noche enfermó, y muy gravemente, por culpa de un cangrejo; y, después de tomar oscuras pócimas y píldoras de color azul, en dosis suficientes para matar a un caballo, tal como afirmó Demple (cuyo padre era médico), recibió una paliza y seis capítulos griegos del Nuevo Testamento por negarse a confesar lo ocurrido.

El resto del semestre es una maraña de recuerdos de nuestra lucha diaria por sobrevivir; del final de verano y del cambio de estación; de las mañanas heladas, cuando la campana nos sacaba de la cama, y de las noches, gélidas y oscuras, cuando teníamos que volver a ella; de la clase, apenas iluminada y caldeada por las tardes, y una enorme máquina de tiritar por las mañanas; de alternar la carne de vaca hervida con la carne de vaca asada, y el cordero hervido con el cordero asado; de las rebanadas de pan con mantequilla, de los libros de texto con las esquinas dobladas, de las pizarras resquebrajadas, de los cuadernos emborronados de lágrimas, de las palizas, de los golpes con la regla, de los cortes de pelo, de los domingos lluviosos, de los budines de grasa y de la sucia atmósfera de tinta que todo lo envolvía.

Recuerdo, sin embargo, con claridad cómo la idea remota de las vacaciones, que durante mucho tiempo había sido una pequeña mota inmóvil, comenzó a acercarse a nosotros y a aumentar de tamaño. Y cómo, después de haber contado los meses, contamos las semanas, y luego los días; y entonces empecé a temer que no me enviaran a casa, y, cuando Steerforth me dijo que sí lo harían, me asaltó el temor de romperme la pierna antes de mi partida. El día de nuestra marcha fue cambiando rápidamente de dentro de dos semanas a la semana que viene, esta semana, pasado mañana, mañana, hoy, esta noche... y de pronto me vi en el interior de la silla de posta que se dirigía a Yarmouth, rumbo a casa.

Durante el trayecto, soñé de forma interrumpida e incoherente todas esas cosas. Pero, cuando me despertaba sobresaltado, el suelo que contemplaba a través de la ventanilla no era el patio de recreo de Salem House; y el sonido

que llegaba a mis oídos no era el de los golpes que el señor Creakle propinaba a Traddles, sino el de los latigazos que el cochero daba a los caballos.

VIII

Mis vacaciones. Una tarde especialmente feliz

Llegamos antes del amanecer a la posada donde se detenía la silla de posta (que no era la misma en que vivía mi amigo el camarero) y, una vez allí, me condujeron a un pequeño y agradable dormitorio con la palabra «Delfín» escrita en la puerta. Recuerdo que yo estaba helado, a pesar de haber tomado un té bien caliente delante de la enorme chimenea de la planta baja; y me sentí muy dichoso al acostarme en la cama del delfín, arroparme con sus sábanas y quedarme dormido.

El señor Barkis, el carretero, tenía que ir a recogerme a las nueve de la mañana. Me levanté a las ocho, algo aturdido por la falta de sueño, y estuve listo para partir antes de la hora señalada. El señor Barkis me saludó como si no hubiéramos estado ni cinco minutos separados, y yo hubiese entrado únicamente en el hotel para cambiar seis peniques, o algo parecido.

Tan pronto como mi baúl y yo nos acomodamos en el carro, y el señor Barkis en el pescante, el caballo se puso en marcha con su habitual parsimonia.

—Tiene usted muy buen aspecto, señor —dije, pensando que le gustaría saberlo.

El carretero se restregó la mejilla con una manga, y luego la miró como si esperara encontrar en ella algún rastro de su lozanía; pero esa fue su única contestación a mi cumplido.

—Transmití su mensaje, señor; escribí a Peggotty.

—¡Ah! —exclamó él.

El señor Barkis parecía enojado y su respuesta fue bastante seca.

—¿Acaso no lo transmití bien, señor? —pregunté, después de algunas dudas.

—Pues no —afirmó el señor Barkis.

—¿Lo escribí mal?

—Es posible que lo escribiera bien; pero ahí terminó todo.

—¿Que ahí terminó todo, señor Barkis? —repetí con aire inquisitivo, sin comprender sus palabras.

—Sí. La verdad es que no sirvió de nada —dijo, mirándome de soslayo—. Ella jamás me contestó.

—¿Esperaba, entonces, una respuesta? —pregunté, abriendo los ojos; pues jamás se me había pasado por la cabeza semejante idea.

—Está claro que, cuando un hombre dice que está disponible —declaró, volviéndose lentamente hacia mí—, es que espera una respuesta.

—¿Y bien, señor?

—Pues que este hombre lleva esperando una respuesta desde entonces —exclamó, mientras contemplaba las orejas del caballo.

—¿Y se lo ha dicho a ella, señor Barkis?

—No... —gruñó el carretero, pensativo—. No me ha pedido que lo hiciera. Jamás le he dirigido ni seis palabras, así que no seré yo quien se lo diga.

—¿Quiere que me encargue yo? —pregunté sin demasiada convicción.

—Podría decirle, si le parece bien —repuso él, dirigiendo nuevamente sus ojos hacia mí—, que el señor Barkis espera una respuesta. Porque... ¿cómo dice que se llama ella?

—¿Que cómo se llama ella?

El señor Barkis asintió.

—Peggotty.

—¿Se trata de su nombre de pila o de su apellido? —inquirió.

—De su apellido. Su nombre de pila es Clara.

—¿De veras? —exclamó el señor Barkis.

Y pareció encontrar abundante materia de reflexión en este detalle, pues se quedó durante un buen rato meditando y silbando para sus adentros.

—¡Esta bien! —prosiguió—. Usted le dice: «¡Peggotty! Barkis espera una

respuesta». Y quizá ella le pregunte: «¿Una respuesta a qué?». Entonces usted puede contestarle: «A lo que le escribí». Y si ella dice: «Y ¿qué me escribió?». Usted le repite: «Barkis está disponible».

Al tiempo que sugería su astuto plan, el señor Barkis me dio un fuerte codazo en el costado. Entonces echó el cuerpo hacia delante, como era su costumbre; y no volvió a mencionar el asunto hasta media hora después, cuando sacó un trozo de tiza de su bolsillo y escribió en el interior del toldo del carro: «Clara Peggotty», probablemente para no olvidarlo.

¡Qué extraño resultaba volver a una casa que ya no era la mía, donde todos los objetos traían a mi memoria la felicidad de mi viejo hogar, que no era más que un sueño desaparecido para siempre! Los días en que mi madre, Peggotty y yo vivíamos en total armonía, sin que nadie se interpusiera entre nosotros, se alzaban dolorosamente ante mí, mientras avanzábamos por el camino; así que no puedo decir si me alegraba de estar allí o hubiera preferido quedarme lejos y olvidarlo todo en compañía de Steerforth. Pero lo cierto es que allí estaba; y no tardé en llegar a casa, donde los gigantescos olmos, despojados de sus hojas, agitaban sus innumerables brazos con violencia en el aire glacial del invierno, y los viejos nidos de los grajos se balanceaban, destrozados por el viento.

El carretero depositó mi baúl ante la verja del jardín y se marchó. Seguí el sendero que conducía a la casa, mirando hacia las ventanas y temiendo ver a cada paso cómo el señor o la señorita Murdstone se asomaban a una de ellas. Sin embargo, nadie apareció; y, cuando llegué a la puerta, entré con paso tímido y silencioso, pues sabía muy bien de qué modo abrirla sin llamar antes del anochecer.

Al poner los pies en el vestíbulo, ¡cuántos recuerdos infantiles despertó en mí oír la voz de mi madre en el interior del gabinete! Estaba cantando en voz baja. Y fue como si ya hubiera estado en sus brazos, escuchando la misma melodía, cuando era un bebé. La música era nueva para mí y, sin embargo, tan familiar, que sentí cómo me brincaba el corazón dentro del pecho; como un amigo que regresara después de una larga ausencia.

Pensé, por el modo melancólico y abstraído con que entonaba su canción, que se encontraba sola. Y penetré en la estancia con el mayor sigilo. Encontré a mi madre sentada junto al fuego, mientras amamantaba a un niño cuya manita apretaba contra su propio cuello. Tenía los ojos fijos en él y lo arrullaba. Y no me había equivocado, pues no había nadie más con ella.

Le hablé, y ella se sobresaltó y dio un grito. Pero, al percatarse de que era yo, me llamó «mi pequeño Davy» y «mi querido hijito». Después se acercó a mí y, arrodillándose en el suelo, me besó; apoyó mi cabeza en su pecho junto a la criatura que allí se acurrucaba, y puso su manita en mis labios.



Cambios en casa

Yo hubiera deseado morir; en aquel mismo instante, con aquellos

sentimientos en mi corazón. Y nunca habría estado mejor preparado para entrar en la morada celeste.

—Es tu hermano —dijo mi madre, acariciándome—. Davy, ¡mi precioso niño! ¡Mi pobre hijito!

Y me besó una y otra vez, sin dejar de abrazarme. Así nos encontró Peggotty cuando llegó corriendo y se echó al suelo junto a nosotros; y la buena mujer nos abrumó con sus demostraciones de cariño durante más de un cuarto de hora.

Al parecer, no me esperaban tan temprano, pues el carretero había llegado antes de lo previsto. Según me explicaron, el señor y la señorita Murdstone habían ido a visitar a unos vecinos y no pensaban regresar hasta la noche. Era mucho más de lo que yo hubiera podido esperar. Jamás habría creído posible que los tres volviéramos a estar juntos, sin nadie que nos molestara; y en aquellos momentos sentí como si hubieran vuelto los viejos tiempos.

Cenamos delante de la chimenea. Peggotty quiso servirnos, pero mi madre se lo impidió y la obligó a sentarse con nosotros. Yo tenía mi viejo plato, en el que había un buque de guerra pintado en color marrón con todas las velas desplegadas; Peggotty lo había escondido durante mi ausencia, pues, según ella, no hubiera querido que se rompiese ni por cien libras. También tenía mi vieja taza, con mi nombre escrito en ella, así como mi tenedor y mi cuchillo, que apenas cortaba.

Pensé que aquélla era una buena ocasión para hablarle a Peggotty del señor Barkis; pero, antes de que acabara de darle su mensaje, ella rompió a reír y se tapó la cara con el delantal.

—¿Qué te ocurre, Peggotty? —preguntó mi madre.

Ella se rió aún más y, cuando mi madre intentó quitarle el delantal, lo sujetó con más fuerza; era como si hubiera metido la cabeza en un saco.

—¿Qué haces, insensata? —dijo mi madre, divertida.

—El muy bribón —repuso Peggotty—, ¡quiere casarse conmigo!

—Pues sería un buen partido para ti, ¿no es cierto? —exclamó mi madre.

—¡Y yo qué sé! —respondió Peggotty—. No me hable de él, señora. No aceptaría su proposición, aunque estuviera fundido en oro. Ni la de él ni la de ningún otro.

—En ese caso, ¿por qué no se lo dices personalmente? —señaló mi madre.

—¿Decírselo personalmente? —contestó, apartando un poco el delantal—. Pero si jamás me ha hablado del asunto. Sabe muy bien que, si tuviera el atrevimiento de mencionarlo, se ganaría una bofetada.

Jamás había visto un rostro tan colorado como el suyo en aquellos momentos; y, después de tapárselo con el delantal dos o tres veces más para disimular sus ataques de risa, siguió cenando.

Vi que mi madre sonreía cuando Peggotty la miraba, pero su expresión se había vuelto seria y pensativa. Yo me había dado cuenta, nada más verla, de lo cambiada que estaba. Continuaba siendo hermosa, pero parecía preocupada y excesivamente frágil; sus manos, tan blancas y delgadas, eran casi transparentes. Sin embargo, el cambio del que hablo ahora se había producido en sus ademanes, que eran ahora nerviosos e inquietos.

—Peggotty, querida, ¿entonces no te casarás? —dijo finalmente, al tiempo que extendía su mano y la colocaba cariñosamente encima de la de su vieja criada.

—¿Casarme yo, señora? —respondió Peggotty, mirándola sorprendida—. ¡Bendito sea Dios! ¡Claro que no!

—¿Al menos por ahora? —preguntó mi madre con dulzura.

—Ni ahora ni nunca —replicó la buena mujer.

—No me abandones, Peggotty —le rogó mi madre, cogiendo su mano—. Quédate conmigo... quizá no sea por mucho tiempo. ¿Qué haría yo sin ti?

—Pero cómo iba a abandonarla yo, tesoro mío —exclamó Peggotty—. Por nada del mundo. Pero ¿quién le ha metido semejante tontería en su cabecita?

Pues Peggotty tenía la vieja costumbre de dirigirse a mi madre, en ocasiones, como si fuera una niña.

—¿Abandonarla? —continuó diciendo, después de que mi madre le diera las gracias—. ¡Eso quisiera ver yo! ¿Peggotty abandonarla? ¡Ni hablar! No, no, de ningún modo —afirmó, sacudiendo la cabeza y cruzando los brazos—; ella nunca haría eso. Aunque más de uno se alegraría... Pero ella no les dará ese placer. ¡Que se fastidien! Me quedaré con usted hasta que sea una anciana malhumorada y gruñona. Y cuando esté demasiado sorda, demasiado coja, demasiado ciega, y apenas se entienda nada de lo que diga por la falta de dientes, y no sirva para nada, ni siquiera para que me regañen, entonces buscaré a mi Davy y le pediré que me deje vivir con él.

—Y yo me alegraré mucho —aseguré yo—, y te recibiré como a una reina.

—¡Que Dios le bendiga por su buen corazón! —exclamó Peggotty—. Sé que lo hará.

Y me besó con años de antelación para agradecer mi hospitalidad. Entonces volvió a taparse la cabeza con el delantal, y empezó a reírse otra vez de la historia del señor Barkis. Después, sacó al bebé de la cuna y lo durmió en sus brazos. Más tarde recogió la mesa y, tras cambiarse de cofia, vino con el costurero, con la cinta de medir y con el pedacito de cera, igual que antaño.

Nos sentamos junto al fuego y conversamos alegremente. Les conté lo severo que era el señor Creakle, y ellas se compadecieron de mí. Les conté lo admirable que era Steerforth, y cómo me protegía, y Peggotty dijo que sería capaz de andar veinte millas sólo para conocerlo. Cogí a mi hermanito cuando se despertó y lo acuné amorosamente entre mis brazos. Una vez que se hubo dormido, me acurruqué junto a mi madre —vieja costumbre, largo tiempo interrumpida—, rodeé su cintura con mis brazos y apoyé mi mejilla sonrosada en su hombro; y volví a sentir cómo su hermosa cabellera caía sobre mí como las alas de un ángel (recuerdo que me gustaba pensar aquello), y me sentí muy feliz.

Mientras estábamos así sentados, contemplando el fuego y admirando las extrañas figuras que formaban las brasas, llegué a pensar que jamás me había alejado de allí; que el señor y la señorita Murdstone sólo existían en mi imaginación, y se desvanecerían en cuanto el fuego se apagara; y que nada de lo que recordaba era real, excepto mi madre, Peggotty y yo.

Peggotty estuvo zurciendo hasta que no pudo ver más; y se quedó con la media en la mano izquierda, como si fuera un guante, y con la aguja en la mano derecha, preparada para dar una nueva puntada en cuanto se avivara el menor rescoldo. No alcanzo a comprender de quién podían ser aquellas medias que Peggotty remendaba a todas horas, o de dónde surgían sin cesar; pues tengo la impresión de haberla visto siempre, desde mi más tierna infancia, ocupada únicamente en esa clase de labores de aguja, sin posibilidad de dedicarse a otras.

—Me gustaría saber qué habrá sido de la tía abuela de Davy —comentó Peggotty, que a menudo sentía curiosidad por los asuntos más inesperados.

—¡Dios mío, Peggotty! —exclamó mi madre—. ¡Qué tonterías dices!

—Tiene razón, señora, pero me gustaría saberlo —insistió.

—¿Y por qué se te ha ocurrido pensar en ella? —preguntó mi madre—. ¿No podrías haber escogido a otra persona?

—No lo sé —respondió Peggotty—. Quizá sea una estúpida, pero mi cabeza es incapaz de elegir a las personas sobre las que ha de pensar. Éstas van y vienen, a su gusto. Me gustaría saber qué habrá sido de ella...

—¡Qué absurda eres! —afirmó mi madre—. Cualquiera diría que estás deseando que nos visite por segunda vez.

—¡Dios nos libre! —exclamó Peggotty.

—Entonces sé buena conmigo y deja de hablar de cosas tan desagradables —dijo mi madre—. La señorita Betsey estará sin duda encerrada en su casa de campo junto al mar, y allí seguirá. De cualquier modo, no creo que vuelva a molestarnos nunca más.

—¡No! —respondió Peggotty, pensativa—. No creo que lo haga. Pero me gustaría saber si, en caso de morir, dejaría algo a Davy.

—¡Válgame Dios! ¿Acaso te has vuelto loca, Peggotty? Con lo mal que le sentó que el pobre fuera niño...

—Tal vez estaría dispuesta a perdonarlo ahora —insinuó la buena mujer.

—¿Y por qué motivo? —inquirió mi madre, con bastante brusquedad.

—Ahora que tiene un hermano, quiero decir.

Mi madre rompió a llorar, y reprochó a Peggotty que le dijera aquello.

—¡Como si este pobre inocente que duerme en la cuna hubiera hecho algún daño, a ti o a cualquier otro! —afirmó—. Sería mejor que te casaras con el señor Barkis, el carretero. ¿Por qué no lo haces?

—Porque le daría una gran alegría a la señorita Murdstone —replicó.

—¡Qué mal carácter tienes, Peggotty! —declaró mi madre—. Tus celos de la señorita Murdstone resultan ridículos. Supongo que quieres guardar las llaves y ocuparte de todo. No me sorprendería nada que fuera así. Cuando sabes que ella lo hace sólo por generosidad y con las mejores intenciones. Lo sabes muy bien, Peggotty; lo sabes muy bien.

La pobre mujer masculló: «¡Al diablo con las buenas intenciones!», o algo parecido, y dio a entender que había demasiadas buenas intenciones rondando por la casa.

—Sé perfectamente a qué te refieres, gruñona —dijo mi madre—. Tú sabes que lo sé, y tendrías que ponerte roja como una amapola. Pero cada cosa a su tiempo. Ahora estamos hablando de la señorita Murdstone, Peggotty, y no dejaré que te vayas por las ramas. ¿No le has oído decir, una y otra vez, que soy demasiado atolondrada y demasiado...

—Bonita —sugirió Peggotty.

—Bien —prosiguió mi madre, medio riendo—, y si es tan necia para decir eso, ¿tengo yo la culpa?

—Nadie dice que la tenga —afirmó Peggotty.

—¡Eso espero! —añadió mi madre—. ¿No le has oído decir una y otra vez que, por ese motivo, desea ahorrarme muchas preocupaciones para las que, según ella, no estoy preparada? Y lo cierto es que ni yo misma sé si lo estoy. ¿Y acaso no está en pie de la mañana a la noche, siempre en danza, haciendo toda clase de faenas, husmeando por doquier, en carboneras, despensas y toda clase de lugares de lo más desagradables? ¿Cómo puedes insinuar que en todo eso no hay una especie de abnegación?

—Yo no insinúo nada —respondió Peggotty.

—Estás equivocada —exclamó mi madre—. Nunca haces otra cosa, aparte de tu trabajo. Siempre estás insinuando algo. Disfrutas con ello. Y cuando hablas de las buenas intenciones del señor Murdstone...

—Jamás hablo de ellas —protestó Peggotty.

—No hablas, te contentas con insinuar. Es precisamente lo que acabo de explicarte. Se trata de tu peor defecto. Siempre estás insinuando algo. Te he dicho hace un momento que comprendía bien tus palabras, y ya ves que estaba en lo cierto. Cuando hablas de las buenas intenciones del señor Murdstone y finges despreciarlas (pues no creo que en el fondo de tu corazón sientas lo que dices), has de comprender, al igual que he hecho yo, que éstas son realmente buenas; y no olvidar que es un hombre que actúa siempre empujado por ellas. Si parece haberse mostrado muy severo con alguien (y estoy segura, Peggotty, y tú también Davy, de que sabéis que no me refiero a ninguno de los presentes), ha sido únicamente por su bien. Él, como es natural, quiere mucho a esa persona por consideración a mí, y sólo obra así en su beneficio. Está mejor preparado que yo para juzgarla; pues soy una criatura débil, frívola e infantil, y él es firme, serio y sensato. Además, se preocupa mucho por mí —exclamó mi madre, mientras las lágrimas corrían por su

rostro—, y yo debería estarle muy agradecida y mostrarme siempre sumisa, incluso en mis pensamientos; y cuando no es así, Peggotty, me arrepiento y me lo reprocho a mí misma, dudo de mis buenos sentimientos y no sé qué hacer.

Peggotty, con la barbilla apoyada en el pie de la media que estaba zurciendo, miraba silenciosa el fuego.

—Vamos —dijo mi madre, cambiando de tono—, no nos enfademos, no podría soportarlo. Si tengo alguna amiga en el mundo, sé que eres tú. Cuando te llamo necia, o te doy algún otro calificativo desagradable, sólo lo hago porque eres mi amiga más fiel, y lo has sido siempre, desde la noche en que el señor Copperfield me trajo y tú saliste a la puerta del jardín para recibirme.

Peggotty no se hizo de rogar y ratificó presurosa el tratado de amistad dándome un fuerte abrazo. Creo que entonces vislumbré hasta cierto punto el verdadero sentido de su conversación; pero ahora sé con certeza que Peggotty la inició y tomó parte en ella únicamente para que mi madre pudiera consolarse con el pequeño resumen contradictorio que se permitió hacer. Su plan resultó eficaz; pues recuerdo que mi madre pareció menos nerviosa el resto de la velada, y que Peggotty estuvo menos pendiente de ella.

Después del té, cuando atizaron el fuego de la chimenea y espabilaron las velas, leí a Peggotty un capítulo del libro de los cocodrilos, en recuerdo de los viejos tiempos (ella lo sacó de su bolsillo; quizá lo tuviera allí desde mi marcha). Luego hablamos de Salem House, y eso me llevo nuevamente a Steerforth, que era mi tema favorito. Fuimos muy felices. Y el destino quiso que esa noche, la última que pasamos juntos, cerrara para siempre aquella etapa de mi vida; y jamás podrá borrarse de mi memoria.

Eran casi las diez cuando oímos las ruedas de un carruaje. Los tres nos pusimos en pie; mi madre se apresuró a decir que era muy tarde y que, como al señor y a la señorita Murdstone les gustaba que los niños se acostaran pronto, quizá sería mejor que me fuese a la cama. Le di un beso y subí inmediatamente las escaleras con mi vela, antes de que ellos entraran. Y, mientras me dirigía al dormitorio donde había estado cautivo, tuve la impresión —empujado, sin duda, por mi imaginación infantil— de que una corriente de aire glacial penetraba con ellos en la casa, llevándose para siempre, como si fuera una pluma, el sentimiento de nuestra vieja intimidad.

Al día siguiente, me causó desazón la idea de bajar a desayunar, pues no había vuelto a ver al señor Murdstone desde mi famoso delito. Sin embargo,

como no tenía más remedio, después de emprender dos o tres veces el camino, llegar a la mitad de la escalera y volver corriendo de puntillas a mi habitación, me armé de valor y entré en la sala.

El señor Murdstone estaba en pie, de espaldas a la chimenea, mientras su hermana preparaba el té. Al verme entrar, me miró fijamente, como si no me conociera.

Me dirigí a él, tras un momento de confusión.

—Le ruego que me perdone, señor. Lamento mucho mi conducta.

—Me alegra oír que estás arrepentido, David —afirmó.

Y me dio la misma mano que yo le había mordido. No pude evitar que mis ojos se detuvieran unos instantes sobre la pequeña marca escarlata que había en ella; pero mucho más enrojeció mi rostro, cuando me percaté de su siniestra expresión.

—¿Cómo está, señora? —dije a su hermana.

—¡Vaya por Dios! —suspiró la señorita Murdstone, dándome la cucharilla del bote de té, en lugar de los dedos—. ¿Y cuánto duran las vacaciones?

—Un mes, señora.

—¿A partir de cuándo?

—A partir de hoy.

—¡Oh! —exclamó la señorita Murdstone—. Entonces ya tenemos *un* día menos.

Hizo, de ese modo, el calendario de mis vacaciones, y todas las mañanas tachaba un día. Se mostró bastante malhumorada hasta el día diez, pero cuando llegó a las dos cifras recobró la esperanza y, a medida que pasaba el tiempo, pareció incluso dichosa.

Y fue precisamente ese primer día cuando tuve el infortunio de sumirla en un estado de profunda consternación, a pesar de que no era nada propensa a esa clase de debilidades. Entré en la habitación donde mi madre y ella se encontraban sentadas; el bebé (que sólo tenía unas semanas) estaba en el regazo de mi madre, y yo lo cogí amorosamente en brazos. De pronto, la señorita Murdstone lanzó tal grito de espanto que a punto estuvo de caérseme al suelo.

—¡Jane, querida! —exclamó mi madre.

—¡Dios mío, Clara! ¿Acaso no lo estás viendo? —se quejó la señorita Murdstone.

—¿Viendo el qué, mi querida Jane? —dijo mi madre—. ¿Dónde?

—¡Lo ha cogido en brazos! —gritó la señorita Murdstone—. ¡David ha cogido al bebé en brazos!

Estaba lívida de horror; pero sacó fuerzas de flaqueza para abalanzarse sobre mí y quitármelo. Entonces cayó desvanecida; y se hallaba tan indispuesta que tuvieron que reanimarla con aguardiente de cerezas. Cuando recobró el conocimiento, me prohibió solemnemente que volviera a coger a mi hermano, bajo ningún pretexto. Mi pobre madre, aunque no estaba de acuerdo con ella, se amoldó a sus deseos.

—Sin duda tienes razón, querida Jane —exclamó, sumisa.

En otra ocasión en que estábamos los tres, el querido bebé —al que yo adoraba por mi madre— fue el motivo inocente de que la señorita Murdstone sufriera un arretrato de ira.

—¡Davy! ¡Ven aquí! —dijo mi madre, que había estado contemplando los ojos del bebé mientras lo tenía en su regazo.

Y miró los míos.

Advertí que la señorita Murdstone dejaba de ensartar las cuentas de su collar.

—La verdad es que son exactamente iguales —declaró mi madre con dulzura—. Supongo que los han heredado de mí, son del mismo color que los míos... En cualquier caso, son asombrosamente parecidos.

—¿De qué estás hablando, Clara? —preguntó la señorita Murdstone.

—Mi querida Jane —balbució mi madre, algo turbada por la dureza de su voz—, los ojos del niño y los de David son exactamente iguales.

—¡Clara! —exclamó la señorita Murdstone, levantándose indignada—. A veces estás completamente loca.

—Jane, querida —musitó mi madre.

—Completamente loca —repitió—. ¿A quién más se le ocurriría comparar el hijo de mi hermano con tu hijo? No se parecen en nada. Son completamente distintos. No tienen nada en común. Y espero que continúe siendo así. No pienso quedarme aquí sentada mientras haces semejantes comparaciones.

Y se fue muy ofendida, dando un portazo.

En pocas palabras, la señorita Murdstone no me tenía en demasiada estima. Para ser más exactos, ni ella ni nadie en aquella casa, ni siquiera yo mismo; pues los que me querían, se veían obligados a disimularlo, y los que no, lo mostraban de un modo tan ostensible que yo tenía la penosa sensación de resultar siempre necio, torpe y grosero.

Tenía la impresión de que los demás se sentían tan incómodos conmigo como yo con ellos. Cuando entraba en una habitación donde estaban conversando y mi madre parecía alegre, bastaba que yo apareciera para que una nube de inquietud cruzase por su rostro. Cuando el señor Murdstone estaba de buen humor, yo le contrariaba. Cuando la señorita Murdstone estaba de mal humor, yo la irritaba aún más. Era suficientemente perspicaz para comprender que mi madre era siempre la víctima; que tenía miedo de hablarme o de mostrarse cariñosa conmigo, por temor a que se sintieran agraviados y la reprendieran más tarde; que no sólo le aterraba ofenderlos ella, sino que lo hiciera yo y, al menor movimiento mío, observaba sus rostros con alarma. Por ese motivo, decidí alejarme lo más posible de ellos; y fueron muchas las horas invernales que oí dar al reloj de la iglesia desde mi triste dormitorio, enfrascado en un libro, mientras me arrebujaba en mi pequeño sobretodo.

Por las noches, algunas veces me sentaba en la cocina con Peggotty. Allí me sentía bien y perdía el temor a ser yo mismo. Pero en el salón no lo autorizaban. El humor sombrío que allí reinaba se lo impedía. Me consideraban aún necesario para la educación de mi pobre madre, y no dejaban que me ausentara, pues servía para ponerla a prueba.

—David —dijo un día el señor Murdstone después de cenar, cuando me disponía a abandonar la sala, como de costumbre—, lamento mucho que seas tan huraño.

—¡Tan huraño como un oso! —añadió su hermana.

Me quedé inmóvil, y bajé la cabeza.

—Has de saber, David —prosiguió el señor Murdstone—, que no hay nada más terrible que un carácter huraño y obstinado.

—Y de todas las personas que he conocido con ese carácter, este muchacho es el peor —afirmó la señorita Murdstone—. Supongo, querida Clara, que incluso tú te has dado cuenta.

–Espero que me disculpes, mi querida Jane, y que no te ofendan mis palabras –respondió mi madre–; pero ¿estás segura de que comprendes a Davy?

–Me sentiría avergonzada de mí misma, Clara –dijo la señorita Murdstone–, si no comprendiera a este muchacho, o a cualquier otro. No presumo de inteligencia, apelo a mi sentido común.

–Jane, querida –exclamó mi madre–, no cabe duda de que posees una gran lucidez...

–No, por favor, Clara; no digas eso –protestó la señorita Murdstone, enojada.

–Pero es cierto –insistió mi madre–; y todo el mundo lo sabe. Resulta tan beneficioso para mí, en todos los sentidos, que nadie puede estar más convencido que yo de ello. Por ese motivo, puedes tener la seguridad de que te lo pregunto con enorme respeto.

–De acuerdo, Clara; supongamos que no comprendo al muchacho –respondió la señorita Murdstone, colocándose bien las pequeñas esclavas que llevaba en las muñecas–. Admitamos que no lo comprendo en absoluto, que sus pensamientos son insondables para mí. Sin embargo, tal vez mi hermano sea suficientemente perspicaz para interpretar su carácter. Y creo recordar que era él quien hablaba de este asunto cuando le hemos interrumpido, de un modo bastante descortés, por otra parte.

–En mi opinión, Clara –dijo el señor Murdstone, con voz grave y apagada–, puede haber jueces mejor cualificados y más imparciales que tú en este asunto.

–Edward –repuso mi madre, tímidamente–. No pretendo ser mejor juez que tú en nada. Estáis muy por encima de mí, tanto tú como Jane. Sólo he dicho...

–Sólo has dicho algo que reflejaba tu debilidad y tu falta de consideración –replicó–. Intenta que no se repita, querida Clara, y aprende a dominarte.

Los labios de mi madre se movieron, como si contestara: «Sí, mi querido Edward». Pero ninguna de sus palabras resultó audible.

–Tal como te estaba diciendo, David –continuó el señor Murdstone, volviéndose hacia mí con frialdad–, lamento mucho que tengas un temperamento tan huraño. Es una predisposición que no puedo tolerar que se

desarrolle ante mis ojos, sin hacer nada por corregirla. Tienes que intentar enmendarte.

—Perdone, señor —balbucí—. Desde mi llegada, jamás he tenido intención de mostrarme huraño.

—No te refugies en una mentira —exclamó, tan furioso que pude ver cómo mi madre extendía involuntariamente su temblorosa mano para interponerse entre los dos—. Tu retraimiento te ha hecho esconderte en tu habitación. Te has pasado allí las horas muertas, cuando tenías que haber estado con nosotros. Has de saber, de una vez para siempre, que requiero tu presencia aquí, no en tu dormitorio. Y que también te exijo obediencia. Ya me conoces, David; las cosas se harán a mi modo.

A la señorita Murdstone se le escapó una risita ahogada.

—Quiero una actitud respetuosa y solícita conmigo —prosiguió—, con Jane Murdstone y con tu madre. No permitiré que se rehúya esta estancia como si estuviera infectada, y todo por el capricho de un niño. Y ahora, ¡siéntate!

Me lo ordenó como si yo fuera un perro, y le obedecí como tal.

—Y aún no he terminado —declaró—. He observado que te sientes atraído por las compañías vulgares. No estoy dispuesto a permitir que te relaciones con los criados. La cocina no corregirá tus numerosos defectos. Y no quiero criticar a la mujer que te ampara allí, puesto que tú misma, Clara —explicó a mi madre, en voz más baja—, a consecuencia de viejos recuerdos y de antiguas quimeras, sientes por ella una debilidad que aún no has logrado superar.

—¡Lo cual es incomprensible! —se apresuró a señalar la señorita Murdstone.

—Sólo digo —continuó su hermano, dirigiéndose a mí— que desapruebo que prefieras la compañía de la señorita Peggotty, y que tienes que renunciar a ella. Creo que me has comprendido muy bien, David; ya sabes lo que ocurrirá si no acatas mis órdenes al pie de la letra.

Lo sabía perfectamente, tal vez mucho mejor de lo que él imaginaba (sobre todo en lo que se refería a mi madre), y le obedecí sin rechistar. No volví a retirarme a mi habitación, ni a buscar refugio en Peggotty; y me sentaba aburrido en la sala, día tras día, deseando que llegara la noche para irme a la cama.

¡Cuán penoso me resultaba quedarme en la misma postura durante horas y

horas! No me atrevía a mover un brazo o una pierna para que la señorita Murdstone no se quejara de mi nerviosismo (como hacía con el menor pretexto), ni a levantar los ojos, por temor a tropezarme con una mirada hostil o escrutadora que encontrase algo más que reprocharme. Creía morir de aburrimiento: escuchaba el tictac del reloj; contemplaba cómo la señorita Murdstone ensartaba pequeñas y brillantes cuentas de metal; me preguntaba si algún día se casaría y, en ese caso, quién podría ser su desgraciado marido; contaba las molduras de la repisa de la chimenea; escudriñaba el techo, después de recorrer con la mirada los lazos y demás adornos del empapelado.

¡Cuántos paseos solitarios me vi obligado a dar por senderos embarrados, en medio del frío invernal! Siempre llevaba sobre mis hombros aquella sala, con el señor y la señorita Murdstone en su interior; una carga monstruosa de la que no podía liberarme, una pesadilla diurna que nada era capaz de disipar, un peso que embotaba mi inteligencia y me embrutecía.

¡Cuántas comidas en medio de un silencio embarazoso, siempre con la impresión de que sobraban unos cubiertos, los míos; un apetito, el mío; un plato y una silla, los míos; una persona, yo!

¡Y aquellas veladas interminables, cuando traían las candelas y tenía que buscarme una ocupación! Como no osaba abrir ningún libro entretenido, me devanaba los sesos con un tratado de aritmética, frío e inhumano; las tablas de pesos y medidas se entremezclaban en mi cabeza con antiguas melodías, como *Rule Britannia* o *Away with Melancholy*; ^[15] y parecían resistirse a que yo las aprendiera, pues me entraban por un oído y me salían por otro.

¡Cuántos bostezos y cabezadas, a pesar de todos mis esfuerzos! Me despertaba sobresaltado de mis sueños furtivos; y nadie respondía jamás a mis pequeñas y escasas observaciones. Me sentía como un cero a la izquierda, al que nadie prestaba atención y que, sin embargo, era un estorbo para todos. Cuando sonaba la primera campanada de las nueve, ¡qué aliviado me sentía al oír la voz de la señorita Murdstone enviándome a la cama!

Y así fueron transcurriendo las vacaciones, hasta que una mañana la señorita Murdstone me comunicó que había llegado la víspera de mi partida, mientras me alcanzaba la última taza de té.

No lo lamenté. Me hallaba sumido en una especie de letargo; pero empecé a animarme poco a poco, impaciente por ver a Steerforth, aunque la sombra del señor Creakle estuviera tras él. El señor Barkis volvió a detenerse junto a la entrada, y la señorita Murdstone exclamó nuevamente con severidad

«¡Clara!», cuando mi madre se inclinó para despedirme.

Le di un beso a ella y otro a mi hermanito, y me sentí muy desdichado; pero no por tener que marcharme, pues el abismo que ya existía entre nosotros nos obligaba a separarnos todos los días. Y no fue el abrazo que me dio lo que aún pervive en mi memoria, a pesar de su enorme ternura, sino lo que sucedió a continuación.

Estaba ya en el carro, cuando oí que mi madre me llamaba de nuevo. Asomé la cabeza y allí estaba, sola junto a la verja del jardín, levantando al bebé en sus brazos para que yo lo viera. Hacía mucho frío, pero el viento estaba en calma; y no se movió ni un cabello de su cabeza ni un pliegue de su vestido, mientras me miraba fijamente con su niño en alto.

Así la perdí. Y así la volví a ver más tarde en sueños, en el internado: una presencia silenciosa junto a mi lecho, que me miraba fijamente con su bebé en brazos.

IX

Celebro un cumpleaños inolvidable

Paso por alto cuanto ocurrió en el internado hasta que llegó el día de mi cumpleaños, en el mes de marzo. Lo único que recuerdo es que admiraba más que nunca a Steerforth, quien iba a abandonar Salem House al final del semestre, o quizá antes; por ese motivo, se mostraba más alegre e independiente que antes, lo que, a mis ojos, aumentaba su encanto. El importante suceso que marcó esa época de mi vida parece haber borrado todo lo demás, y perdurar solo en mi memoria.

Me cuesta creer que existiera un paréntesis de dos meses entre mi regreso al internado y la llegada de ese cumpleaños. Y si admito este hecho es porque sé que fue así; de otro modo, estaría convencido de que no hubo el menor intervalo, y que un acontecimiento vino a pisar los talones del otro.

¡Qué bien recuerdo el tiempo que hizo ese día! Puedo oler la niebla que nos envolvía; vislumbro la escarcha entre la bruma; siento cómo mis fríos y húmedos cabellos rozan mis mejillas; veo ante mí la clase con algunas velas encendidas para iluminar la oscura mañana; y las vaharadas de los muchachos se elevan en espiral, en medio de aquel frío intenso, mientras soplan las puntas de sus dedos o golpean el suelo con los pies.

Fue después del desayuno; acabábamos de entrar en clase, cuando el señor Sharp apareció.

—David Copperfield debe acudir al despacho del director —exclamó.

Yo esperaba una cesta de provisiones de Peggotty, y me alegré de oír su orden. Algunos de los alumnos me pidieron que no les olvidara en el reparto de golosinas, y salí de mi banco presuroso.

—No es necesario que corra, David —señaló el señor Sharp—. Tiene tiempo de sobra, hijo mío; no se apresure.

Es posible que, si lo hubiera pensado un poco, me hubiese sorprendido el tono emocionado de su voz; pero no me di cuenta hasta más tarde. Me dirigí rápidamente al despacho del señor Creakle, y encontré a nuestro director desayunando, con su bastón y un periódico; la señora Creakle tenía una carta en las manos. Pero no vi ninguna cesta.

—David Copperfield —dijo la señora Creakle, mientras me conducía hasta un sofá y se sentaba a mi lado—. Quisiera hablar con usted, pequeño. Tengo algo que comunicarle.

Volví los ojos hacia el señor Creakle, que movió la cabeza sin reparar en mí y pareció ahogar un suspiro con una enorme rebanada de pan tostado con manteca.

—Es usted demasiado joven para saber cómo cambia el mundo todos los días —afirmó la señora Creakle— y cómo la gente que vive en él, desaparece. Pero es algo que todos debemos aprender, David, unos en la juventud, otros en la vejez, otros siempre, a lo largo de la vida.

La miré con gran seriedad.

—Cuando se marchó de casa al final de las vacaciones —prosiguió la señora Creakle, después de una pausa—, ¿estaba bien su familia?

Y tras un nuevo silencio.

—¿Estaba bien su madre?

Empecé a temblar sin saber por qué, y seguí con los ojos clavados en ella; pero ni siquiera intenté responder.

—Porque me entristece mucho decirle —continuó— que esta mañana hemos recibido la noticia de que se encuentra muy enferma.

Una especie de neblina se interpuso entre la señora Creakle y yo, y, por unos instantes, ella pareció desaparecer. Después sentí cómo las lágrimas abrasaban mi rostro, y volví a verla con toda claridad.

—Gravemente enferma —añadió.

Ya lo sabía todo.

—Ha muerto.

No hacía falta que me lo dijera. Había estallado en llanto, sumido en gran desconsuelo, y me sentía solo en el mundo.

La señora Creakle fue muy amable conmigo. Me tuvo allí todo el día, y de vez en cuando me dejaba a solas; yo lloraba hasta caer rendido de fatiga, volvía a despertarme y estallaba nuevamente en sollozos. Cuando hube agotado las lágrimas, empecé a pensar; y el peso que oprimía mi pecho se hizo más abrumador, y mi pena se convirtió en un dolor sordo para el que no existía consuelo.

Mis pensamientos eran, sin embargo, bastante confusos; incapaces de centrar su atención en la desgracia que me acongojaba, parecían dar vueltas a su alrededor. Pensé en nuestra casa, cerrada y silenciosa; en el pequeño bebé, cada día más débil, y que, según la señora Creakle, probablemente moriría también; en la tumba de mi padre, en el cementerio cercano a nuestro hogar, y en mi madre, que yacería bajo el árbol que yo tan bien conocía. Cuando me quedé solo, me subí a una silla para mirar en el espejo si tenía los ojos muy enrojecidos y mi rostro reflejaba una gran pena. Después de algunas horas, convencido de que mis lágrimas se habían secado para siempre, empecé a cavilar sobre qué recuerdo me entristecería más cuando me acercara a casa. Pues iba a volver allí para asistir al funeral. Era como si tuviera una dignidad especial en medio de los demás alumnos, y la aflicción aumentara mi importancia.

Si alguna vez hubo un niño que sintiera un dolor sincero, ése fui yo. Pero recuerdo que, cuando me paseaba por el patio de recreo aquella tarde, mientras los demás muchachos estaban en clase, esa sensación de superioridad me reconfortaba. Cuando veía cómo me miraban disimuladamente a través de las ventanas, mientras subían las escaleras, me sentía un ser especial, y adoptaba una expresión más triste y andaba más despacio. Al final de las clases, cuando salieron y hablaron conmigo, me felicité por no mostrarme orgulloso con ellos y por prestarles exactamente la misma atención que antes.

Tenía que emprender el regreso a casa al día siguiente por la noche; pero no viajaría en la silla de posta sino en la diligencia nocturna, un pesado carruaje que todos llamaban «El granjero», y que utilizaban sobre todo los campesinos para hacer trayectos cortos. Aquel día no conté ninguna historia cuando nos acostamos, y Traddles se empeñó en prestarme su almohada. Ignoro por qué motivo consideraba aquello tan beneficioso para mí, pues ya tenía una en mi cama; pero supongo que era lo único que el pobre muchacho podía dejarme, excepto una hoja de papel repleta de esqueletos, que me entregó al despedirnos para que me sirviera de consuelo y contribuyera a la

paz de mi espíritu.

Abandoné Salem House al día siguiente por la tarde. ¡Qué poco imaginaba entonces que jamás regresaría! Viajamos con gran lentitud durante toda la noche, y no llegamos a Yarmouth hasta las nueve o las diez de la mañana siguiente. Busqué con la mirada al señor Barkis, pero no estaba allí; en su lugar vi a un hombrecillo mayor, grueso, corto de resuello, de aspecto jovial y vestido de negro, que llevaba los pantalones atados en las rodillas con gastados cintajos, medias negras y sombrero de ala ancha. Se acercó jadeando a la ventanilla del carruaje.

—¿Señor Copperfield? —inquirió.

—Sí, señor.

—Le ruego que me acompañe, joven caballero —dijo abriendo la puerta—. Tendré el placer de llevarle a casa.

Le di la mano, preguntándome quién sería, y nos dirigimos a una tienda situada en un callejón, en cuya entrada podía leerse: «Omer, Pañería, Sastrería, Mercería, Pompas Fúnebres». Era un pequeño comercio estrecho y agobiante, atiborrado de toda clase de vestimentas —confeccionadas y sin confeccionar— y con un escaparate lleno de gorros de castor y otros sombreros. Entramos en una trastienda diminuta, donde tres mujeres jóvenes trabajaban en una gran variedad de tejidos negros, amontonados encima de la mesa; había innumerables recortes y retales desparramados por el suelo. Un buen fuego ardía en la chimenea y el olor a crespón negro resultaba casi irrespirable. Entonces ignoraba qué despedía ese hedor, pero ahora lo sé.

Las tres jóvenes, que parecían muy diligentes y felices, levantaron sus cabezas para mirarme y continuaron su trabajo. Daban una puntada tras otra. Al mismo tiempo, desde un taller al otro lado del pequeño patio que se veía por la ventana, llegaba un martilleo constante que parecía marcar una especie de compás: rat... tat-tat, rat... tat-tat, rat... tat-tat, sin la menor variación.

—¿Qué tal vais, Minnie? —preguntó mi guía a una de las muchachas.

—Tendremos todo listo para la hora de la prueba —contestó alegremente, sin apartar los ojos de su labor—. No se preocupe, padre.

El señor Omer se quitó su sombrero de ala ancha y se sentó, sin resuello. Estaba tan gordo que se vio obligado a resoplar varias veces antes de decir:

—Muy bien.

—¡Padre! —exclamó Minnie, divertida—. ¡Se está poniendo usted como una foca!

—No sé por qué será, querida —respondió, pensativo—, pero es cierto.

—Es usted un hombre de buen conformar —dijo la joven—. Toma las cosas con tanta calma...

—¿Y para qué tomarlas de otro modo, hija mía? —inquirió el señor Omer.

—Tiene toda la razón —repuso Minnie—. Debemos dar gracias a Dios por lo dichosos que somos en este lugar, ¿verdad, padre?

—Eso espero, querida —señaló el señor Omer—. Y ahora que he recobrado el aliento, tomaré las medidas de este joven estudiante. ¿Quiere pasar a la tienda, señor Copperfield?

Fui delante del señor Omer, siguiendo sus indicaciones; y, después de mostrarme una pieza de tela que, según sus palabras, era de calidad extraordinaria y demasiado buena para el luto de alguien que no fuera un padre o una madre, tomé mis medidas y las anoté en un libro. Entretanto, me informó de todas las existencias que tenía en la tienda, de algunas novedades que acababa de recibir y de algunas prendas que se le habían quedado anticuadas.

—Y por culpa de esas cosas, a menudo perdemos dinero —exclamó el señor Omer—. Pero las modas son como los seres humanos. Llegan, nadie sabe cuándo, ni por qué, ni cómo; y se van, nadie sabe cuándo, ni por qué, ni cómo. En mi opinión, si se miran las cosas desde ese punto de vista, todo es como la vida.

Me sentía demasiado desdichado para discutir el asunto, que posiblemente habría estado fuera de mi alcance en cualquier otra circunstancia; y el señor Omer me llevó de vuelta a la trastienda, respirando con dificultad.

Entonces se asomó a una pequeña escalera muy empinada que había detrás de la puerta y gritó:

—Traed el té y el pan con manteca.

Después de un rato, durante el que estuve mirando a mi alrededor y reflexionando, escuchando el sonido de las puntadas en la trastienda y la canción que martilleaban al otro lado del patio, apareció el té en una bandeja y resultó ser para mí.

—Le conozco desde hace mucho tiempo, jovencito —dijo el señor Omer,

tras examinarme unos minutos, en los que apenas probé bocado, pues toda aquella ropa negra me quitaba el apetito.

—¿De veras, señor?

—Desde que vino al mundo —prosiguió el señor Omer—. Podría decir incluso que con anterioridad. Conocí a su padre antes que a usted. Su estatura era de cinco pies y nueve pulgadas y media, y su tumba mide veinticinco pies.

Rat...tat-tat, rat...tat-tat, rat...tat-tat, se oía al otro lado del patio.

—Su tumba mide veinticinco pies, ni uno más ni uno menos —señaló el señor Omer, en tono amable—. He olvidado si fue a petición suya o de su viuda.

—¿Sabe cómo se encuentra mi hermanito, señor? —pregunté.

El señor Omer movió la cabeza.

Rat...tat-tat, rat...tat-tat, rat...tat-tat.

—Está en los brazos de su madre —respondió.

—¡Pobrecito! ¿Entonces ha muerto?

—No se apene más de lo debido —exclamó el señor Omer—. Sí, el bebé ha muerto.

Mis heridas se abrieron de nuevo al escuchar aquella noticia. Dejé el desayuno casi sin probar, y apoyé mi cabeza encima de otra mesa que había en un rincón. Minnie se apresuró a vaciarla, para que no manchara la ropa de luto con mis lágrimas. Era una joven bonita y de buen corazón, y apartó dulcemente con su mano los cabellos que me caían sobre los ojos; pero estaba muy contenta de haber casi terminado su trabajo, y además a tiempo, y mis sentimientos eran muy diferentes.

El ruido del martillo cesó en seguida, y un apuesto joven cruzó el patio y entró en la trastienda. Llevaba esa herramienta en la mano, y su boca estaba llena de pequeños clavos, que se vio obligado a coger con la mano para poder hablar.

—Hola, Joram —dijo el señor Omer—. ¿Cómo va eso?

—Bien, señor —replicó el joven—. Ya está terminado.

Minnie se ruborizó un poco, y las otras dos muchachas sonrieron.

—Pero ¿cómo? Entonces es que ayer por la noche te quedaste trabajando a

la luz de las velas, mientras yo estaba en el club. ¿No es así? –preguntó el señor Omer, guiñando un ojo.

–Sí –contestó Joram–. Como dijo que si lo acababa podía salir a dar una vuelta con Minnie... y con usted.

–¡Oh! Pensé que ibais a marcharos sin mí –exclamó el señor Omer, riéndose tan fuerte que empezó a toser.

–Como tuvo la amabilidad de decir aquello –continuó el joven–, puse todo mi empeño en terminarlo. ¿Me dirá lo que le parece?

–Por supuesto –respondió el señor Omer, antes de ponerse en pie–. Y ahora, pequeño –exclamó, volviéndose hacia mí–; ¿le gustaría ver el...?

–No, padre –le interrumpió Minnie.

–Pensé que tal vez le agradaría, querida –dijo el señor Omer–. Pero quizá tengas razón.

Ignoro el motivo, pero comprendí que se referían al ataúd de mi querida madre. Jamás había oído cómo fabricaban uno, ni recordaba haberlo visto con mis propios ojos; y, sin embargo, adiviné la naturaleza de aquellos golpes y, cuando el joven entró, supe con certeza cuál había sido su trabajo.

Cuando acabaron con la costura, las dos muchachas, cuyos nombres desconocía, cepillaron los hilos y recortes de sus vestidos, y se dirigieron a la tienda para ponerlo todo en orden y esperar a los clientes. Minnie se quedó atrás para doblar las prendas confeccionadas y colocarlas en dos cestas. Lo hizo de rodillas, tarareando una alegre canción. Joram, que con toda seguridad era su novio, regresó y le robó un beso mientras ella andaba ajetreada; mi presencia no pareció preocuparle en absoluto. Le dijo que su padre había ido a buscar el carruaje y que él tenía que estar listo en seguida. Entonces salió de nuevo; y Minnie metió las tijeras y el dedal en su bolsillo, clavó cuidadosamente una aguja enhebrada con hilo negro en la pechera de su vestido, y se colocó graciosamente el abrigo ante un espejito que había detrás de la puerta, en el que vi reflejado su rostro complacido.

Contemplé todo eso desde la mesa de la esquina, con la cabeza apoyada en mi mano, mientras reflexionaba sobre las cosas más dispares. El carruaje no tardó en detenerse en la entrada de la tienda y, tras haber colocado las cestas, me animaron a subir; los tres me siguieron. Recuerdo que era una especie de carricoche, semejante a los que utilizan para llevar pianos; estaba pintado de color oscuro y lo arrastraba un caballo negro de larga cola. Había

suficiente espacio para todos.

No creo que haya experimentado en toda mi vida (y quizá ahora sea más sabio que entonces) una sensación tan extraña como la de aquel día. Sentado junto a ellos, me preguntaba cómo podrían disfrutar de aquel paseo, después de haber realizado un trabajo como el suyo. No estaba enojado con ellos, sentía más bien temor; como si me hubiesen abandonado en medio de unas criaturas con las que no tenía nada en común. Eran muy alegres. El señor Omer se había sentado delante para conducir y los dos jóvenes, detrás. Siempre que el anciano decía algo, se inclinaban hacia él, cada uno por un lado de su rostro mofletudo, y parecían muy interesados por sus palabras. Supongo que también habrían hablado conmigo, pero yo estaba desconsolado en mi rincón; asustado de sus caricias y de su buen humor, aunque no alborotaran demasiado; extrañado casi de que Dios no los castigara por la dureza de su corazón.

Y, así, cuando hicieron un alto en el camino para que los caballos descansaran, y mis tres acompañantes comieron, bebieron y se divertieron, fui incapaz de tocar nada de lo que ellos tocaban, y preferí no interrumpir mi ayuno. Por ese motivo también, al llegar a casa, me apresuré a salir del carruaje por la parte trasera; pues no quería seguir en su compañía delante de aquellas solemnes ventanas, que posaban sobre mí una mirada ciega, como unos ojos cerrados otrora luminosos. ¡Qué equivocado estaba al pensar que necesitaría imaginar algo muy triste para llorar a mi regreso! Me bastó con mirar la ventana del dormitorio de mi madre y, junto a ella, la de la pequeña alcoba que, en tiempos mejores, había sido mía.

Peggotty me abrazó antes de que llegara a la puerta, y me condujo al interior de la casa. No pudo contener su dolor al verme; pero en seguida se calmó, y empezó a hablarme entre susurros y a andar con todo sigilo, como si temiese molestar a los muertos. Llevaba mucho tiempo sin dormir. Se quedaba en pie toda la noche para velar a mi madre. Me dijo que, mientras su hermosa e infortunada niña estuviera sin enterrar, ella no la dejaría sola ni un momento.

El señor Murdstone no me hizo el menor caso cuando entré en el gabinete; continuó sentado junto al fuego, llorando en silencio y meditando. La señorita Murdstone, muy ocupada en su escritorio, que estaba cubierto de cartas y de papeles, me tendió las frías uñas de sus dedos y me preguntó en voz baja, aunque no exenta de dureza, si me habían tomado las medidas para el traje de luto.

—Sí —fue mi respuesta.

—Y tus camisas —exclamó ella—, ¿las has traído a casa?

—Sí, señora. He traído toda mi ropa.

Y ése fue todo el consuelo que me ofreció su firmeza. Estoy seguro de que, en semejante ocasión, fue un verdadero placer para ella hacer gala de lo que denominaba su dominio de sí misma, su resolución, su entereza, su sentido común y demás desagradables cualidades de su diabólico catálogo. Estaba especialmente orgullosa de su disposición para los negocios; y ahora lo ponía de manifiesto reduciendo todo a tinta y papel, sin permitir que nada la conmoviera. Pasó el resto de la jornada y los días siguientes, de la mañana a la noche, sentada delante de aquella mesa, escribiendo imperturbable con una pluma dura y áspera, dirigiéndose con la misma frialdad a todo el mundo, siempre entre susurros; nunca relajaba un músculo de su rostro ni suavizaba el tono de su voz; y su indumentaria jamás presentaba el menor desarreglo.

Su hermano cogía a veces un libro, aunque no parecía leerlo. Lo abría y lo miraba como si estuviera enfrascado en su lectura, pero se quedaba una hora entera sin pasar la página, y después lo dejaba y paseaba de un lado a otro de la habitación. Yo solía sentarme durante mucho tiempo con las manos cruzadas y los ojos fijos en él, contando sus pasos. Rara vez se dirigía a la señorita Murdstone, y jamás a mí. Era lo único que se movía, además de los relojes, en aquella casa silenciosa.

En los días que precedieron al funeral, vi muy poco a Peggotty, excepto cuando subía o bajaba las escaleras —pues solía encontrarla cerca de la habitación donde yacían mi madre y su pequeño— o cuando ella venía a visitarme por las noches y se sentaba junto a mi cabecera, mientras me dormía. Un día o dos antes del entierro (creo que fue un día o dos, aunque soy consciente de la confusión que reina en mi cabeza al evocar aquellas dolorosas horas en las que el tiempo simuló detenerse), me llevó al dormitorio de mi madre. Sólo recuerdo que bajo un lienzo blanco que cubría el lecho, en medio de una limpieza inmaculada y de un agradable frescor, parecía reposar lo que encarnaba el silencio solemne de aquella casa; y que, cuando Peggotty se disponía a retirar la sábana, yo grité: «¡Oh, no! ¡Oh, no!» y cogí su mano para detenerla.

Si el funeral hubiera sido ayer, no me acordaría mejor. La atmósfera que se respiraba en el salón principal, cuando crucé su umbral, el resplandor del fuego, el brillo del vino en las licoreras, la forma de los vasos y de los platos,

el aroma ligeramente dulce de la tarta, el olor del vestido de la señorita Murdstone y de nuestros trajes de duelo. El señor Chillip se encuentra allí y se acerca a hablar conmigo.

—¿Y cómo está el señorito Davy? —pregunta con cariño.

No puedo contestarle que muy bien. Le doy mi mano, que él retiene entre las suyas.

—¡Válgame Dios! —exclama el médico, con una débil sonrisa y cierto brillo en los ojos—. ¡Cómo crecen nuestros pequeños amigos! Crecen tanto que ya no los reconocemos, ¿no es cierto, señora?

Dirige esas palabras a la señorita Murdstone, que no le responde.

—Se han hecho grandes mejoras en esta sala, ¿verdad? —dice el señor Chillip.

La señorita Murdstone se limita a contestar frunciendo el ceño e inclinando ceremoniosamente la cabeza; el buen doctor, desconcertado, me conduce a una esquina con él y no vuelve a despegar los labios.

Si lo comento es porque nada me pasa desapercibido, no porque me preocupe de mí mismo (algo que no he hecho desde que regresé a casa). La campana empieza a sonar, y el señor Omer entra acompañado de otro hombre para ultimar los preparativos. Como Peggotty solía contarme, mucho tiempo atrás, de esa estancia había salido el cortejo fúnebre de mi padre, en dirección a la misma sepultura.

Allí estamos el señor Murdstone, nuestro vecino el señor Grayper, el señor Chillip y yo. Cuando salimos de la casa, los portadores del féretro nos esperan en el jardín; bajan por el sendero delante de nosotros, pasan los olmos, cruzan la puerta exterior y entran en el cementerio, donde tantas veces he oído cantar a los pájaros en las mañanas de verano.

Rodeamos la tumba. No es un día como los demás, y la luz tiene un color diferente, más triste y oscuro. Reina un silencio de lo más solemne, que parece haber sido traído por nosotros desde la casa con los restos que ahora reposan en la tierra; y mientras estamos allí, con los sombreros en la mano, llega a mis oídos la voz del pastor, muy lejana en el aire, aunque la percibo nítida y clara:

—«Yo soy la resurrección y la vida, dice el Señor».

Después oigo sollozos y veo, algo apartada de los demás, a nuestra fiel y

bondadosa criada, la persona que más quiero en este mundo; y mi corazón infantil está convencido de que algún día el Señor le dirá: «Has obrado bien».

Hay muchos rostros conocidos entre el pequeño grupo de asistentes; rostros que observé en la iglesia, cuando mis ojos curioseaban lo que allí sucedía; rostros que vieron por primera vez a mi madre cuando llegó al pueblo, joven y hermosa. No les presto atención –sólo me importa mi dolor– y, sin embargo, no puedo evitar verlos y reconocerlos a todos; incluso a Minnie, que nos contempla desde el fondo, allá a lo lejos, mientras lanza miradas a su enamorado, que se encuentra muy cerca de mí.

La ceremonia termina, recubren el ataúd de tierra y nos marchamos. Ante nosotros se alza nuestra casa, tan bonita como siempre; y no parece haber cambiado. Y está tan ligada en mi pensamiento a lo que acabo de perder que todo mi dolor pasado es insignificante al lado del que siento ahora. Pero me llevan a ella; el señor Chillip habla conmigo y, al entrar, me invita a beber un poco de agua; cuando le pido permiso para subir a mi dormitorio, se despide con la ternura de una mujer.

Insisto, es como si todo esto hubiera sucedido ayer. Otros acontecimientos más recientes parecen haberse alejado de mi memoria, flotando a la deriva hasta alcanzar la orilla donde algún día reaparecerán las cosas olvidadas; pero éste triste suceso sigue ahí, como una elevada roca en medio del océano.

Sabía que Peggotty vendría a mi habitación. La tranquilidad sabática de aquellos instantes (pues parecía domingo, había olvidado ese detalle) nos favorecía. Ella se sentó junto a mí, en la pequeña cama; y, al tiempo que sujetaba mi mano entre las suyas, o la besaba o acariciaba, de igual modo que habría consolado a mi hermanito, me contó a su manera lo ocurrido.

–Hace mucho tiempo que su madre no se encontraba bien –dijo Peggotty–. Se sentía angustiada y no era feliz. Yo estaba convencida de que mejoraría cuando naciera su pequeño, pero no fue así: su salud se volvió más delicada y pareció deteriorarse día a día. Antes de que el niño viniera al mundo, le gustaba sentarse a solas y llorar; pero, después, solía cantarle con tanta dulzura, que una vez, al oírla, tuve la impresión de que su voz se elevaba en el aire hasta perderse en las alturas.

»Se volvió cada vez más tímida y asustadiza; y una palabra dura era un verdadero golpe para ella. Pero conmigo siguió siendo la misma. Mi querida niña, ella nunca cambió con su necia Peggotty.

Al llegar aquí hizo una pausa, mientras me daba suaves palmaditas en la

mano.

—La última vez que la vi bien, tesoro mío, fue la noche en que usted regresó del internado. El día que se marchó de nuevo, me susurró: «Jamás volveré a ver a mi precioso hijito. Algo en mi interior me lo dice, y sé que es cierto».

»Desde entonces hizo cuanto pudo por mantenerse en pie; y, en más de una ocasión, cuando el señor y la señorita Murdstone la tachaban de frívola o irreflexiva, fingía creerlos; pero todo eso pertenecía al pasado. Nunca le había comunicado sus temores a su marido (sólo se atrevía a hablar de ellos conmigo), hasta que una noche, una semana antes de expirar, le dijo: «Querido, creo que me estoy muriendo».

»—Ahora me siento más tranquila, Peggotty —aseguró más tarde, cuando la ayudé a acostarse—. Mi pobre marido lo irá comprendiendo poco a poco, durante los próximos días; después, todo habrá terminado. Estoy extenuada. Si lo que siento es sueño, siéntate junto a mí mientras duermo; no me dejes sola. ¡Que Dios bendiga a mis dos pequeños! ¡Que Dios guarde y proteja a mi pobre hijo sin padre!

»Y ya no me separé más de ella —afirmó Peggotty—. A menudo hablaba con esos dos del piso de abajo, pues también los quería (ella no podía sino amar a quienes la rodeaban); pero, cuando se alejaban, se volvía hacia mí, como si sólo así pudiera encontrar reposo, y jamás se dormía de otro modo.

»La última noche me besó y me dijo: «Si también muere mi bebé, Peggotty, te ruego que lo pongas en mis brazos para que nos entierren juntos —y así se hizo; pues el pobre corderito sólo la sobrevivió un día—. Deseo que mi querido Davy nos acompañe hasta nuestro lugar de descanso —añadió—, y cuéntale que su madre, en el lecho de muerte, no lo bendijo una sino mil veces».

Otro silencio siguió a estas palabras, y otra palmadita cariñosa en mi mano.

—La noche estaba ya muy avanzada —prosiguió Peggotty— cuando me pidió algo de beber; y, después de haber apagado su sed, me sonrió con resignación. ¡Mi niña! ¡Estaba tan hermosa!

»Había llegado la aurora y el sol empezaba a salir cuando me habló de lo bueno e indulgente que el señor Copperfield había sido siempre y de lo paciente que se había mostrado con ella; le había explicado, cuando ella

dudaba de sí misma, que un corazón que ama era más valioso y más fuerte que toda la sabiduría del mundo, y que ella le hacía inmensamente feliz. «Peggotty, querida –susurró–, acércate más –estaba muy débil–. Coloca tu brazo debajo de mi cuello –continuó–, y vuélvete hacia mí, pues tu rostro se aleja y quiero tenerlo junto al mío». Obedecí sus deseos; y ¡ay, Davy! Había llegado el momento de que se convirtieran en realidad las palabras que pronuncié la primera vez que usted y yo nos separamos: ella se alegró de apoyar su pobre cabeza en el brazo de la vieja, gruñona y estúpida Peggotty; y murió como un niño cuando se queda dormido.

Y así terminó su narración. Desde el momento en que conocí la muerte de mi madre, su imagen de los últimos tiempos se desvaneció. Y, a partir de entonces, sólo recordé a la madre joven de los primeros años de mi infancia, la que enroscaba sus hermosos rizos alrededor de sus dedos y bailaba conmigo en el gabinete al anochecer. El relato de Peggotty, lejos de traer a mi imaginación el período final de su vida, hizo que arraigara en mí esa primera impresión. Puede resultar extraño, pero así fue. Como si, al morir, ella hubiera retrocedido volando hasta su tranquila y serena juventud, y todo lo demás hubiese desaparecido.

La madre que reposaba en la tumba era la madre de mi primera infancia; la pequeña criatura que yacía en sus brazos era yo, tal como había sido antaño, dormido para siempre sobre su pecho.

X

Me abandonan, y buscan un empleo para mí

La primera decisión que tomó la señorita Murdstone, cuando el día de la ceremonia hubo pasado y las ventanas de la casa se abrieron nuevamente para que entrara la luz, fue despedir a Peggotty y anunciarle que tenía un mes para marcharse. Estoy convencido de que, por mucho que le disgustara seguir a su servicio, Peggotty habría preferido quedarse conmigo a la mejor colocación del mundo. Ella misma me dijo que teníamos que separarnos, y me explicó el motivo; los dos fuimos muy sinceros al expresar nuestra pena.

En lo que se refiere a mí o a mi porvenir, nadie pronunció una sola palabra ni dio el menor paso. Creo que se habrían sentido muy felices si hubieran podido despedirme, avisándome con un mes de antelación. En una ocasión, hice acopio de todo mi valor y pregunté a la señorita Murdstone cuándo regresaría al internado; me contestó secamente que no creía que yo fuese a volver allí. Y eso fue todo. Yo estaba deseoso por saber qué planes tenían para mí, y Peggotty también; pero ninguno de los dos consiguió averiguar nada.

Se había producido un cambio en mi situación que, aunque me ahorraba ciertas penalidades, tendría que haberme hecho temer por mi futuro, si yo hubiera sido capaz de reflexionar sobre ello. Las severas obligaciones que antes me habían impuesto desaparecieron. Lejos de exigirme que ocupara mi triste puesto en la sala, en varias ocasiones, al sentarme allí, la señorita Murdstone me indicó, frunciendo el ceño, que me marchara. Lejos de prohibirme que frecuentara a Peggotty, jamás requerían mi presencia ni preguntaban por mí; lo único que parecía importarles era que estuviera lejos del señor Murdstone. Al principio, me asustaba la idea de que éste decidiera encargarse nuevamente de mi educación, o de que su hermana se consagrara a dicha tarea; pero no tardé en comprender que mis temores eran infundados y que todo cuanto podía esperar era que me abandonaran.

No creo que ese descubrimiento fuera demasiado doloroso para mí. Seguía anonadado por la muerte de mi madre, y todo lo demás carecía de importancia. Recuerdo haber pensado, a ratos perdidos, que existía la posibilidad de que nadie volviera a enseñarme nada ni a preocuparse por mí. Tal vez me convertiría en un hombre andrajoso y huraño, que vagaría ocioso por el pueblo; aunque quizá pudiera escapar de semejante destino alejándome de allí para buscar fortuna, como el héroe de una novela. Pero sólo eran visiones pasajeras, sueños que yo tenía despierto; y a veces creía contemplarlos, levemente dibujados o escritos en la pared de mi dormitorio, para después desaparecer sin dejar huella.

—Peggotty —susurré pensativo un atardecer, mientras me calentaba las manos en el fuego de la cocina—. El señor Murdstone me quiere incluso menos que antes. Nunca le he gustado mucho; pero ahora estoy convencido de que, si pudiese, preferiría no verme.

—Es posible que sea su dolor —contestó ella, acariciándome el cabello.

—Yo también me siento muy afligido, Peggotty. Si creyese que ésa era la causa, ni siquiera pensaría en ello. Pero no es eso; no, no es eso.

—¿Y por qué está tan seguro? —inquirió, después de una pequeña pausa.

—Su dolor es otra cosa. En este momento se encuentra muy abatido, sentado junto a la chimenea en compañía de la señorita Murdstone; pero si yo entrara en la sala, Peggotty, él sentiría algo muy diferente.

—¿Y qué sentiría?

—Cólera —respondí, imitando sin darme cuenta su siniestro ceño—. Si estuviera solamente triste, no me miraría de ese modo. Yo estoy solamente triste, y la pena me vuelve más cariñoso.

Peggotty tardó algún tiempo en contestar; y yo me calenté las manos, tan silencioso como ella.

—Davy —dijo finalmente.

—Sí, Peggotty.

—He intentado por todos los medios, posibles e imposibles, conseguir un empleo aquí, en Blunderstone; pero no he encontrado nada, tesoro mío.

—¿Y qué piensas hacer, Peggotty? —pregunté, apenado—. ¿Dónde irás en busca de fortuna?

—Supongo que tendré que marcharme a Yarmouth —repuso ella—, y vivir allí.

—Podría haber sido mucho peor —dije, animándome un poco—; si te fueras más lejos, sería como perderte para siempre. Pero allí te veré de vez en cuando, mi vieja y querida Peggotty. Yarmouth no está en el fin del mundo, ¿verdad?

—¡Todo lo contrario! ¡Gracias a Dios! —exclamó Peggotty, alborozada—. Mientras siga aquí mi pequeño, vendré a visitarle todas las semanas. ¡Un día, todas las semanas de mi vida!

Su promesa me quitó un gran peso de encima; pero eso no era todo:

—Davy —prosiguió Peggotty—, lo primero que haré será pasar quince días en casa de mi hermano para serenarme un poco y volver a ser la misma de siempre. Pues bien, he estado pensando que, como ahora no le necesitan aquí, quizá le dejen venir conmigo.

Aparte del deseo de mejorar mis relaciones con las personas que me rodeaban (a excepción de Peggotty), ningún otro plan podría haberme proporcionado mayor alegría. El dolor de mi corazón pareció calmarse ante la idea de volver a ver aquellos rostros sinceros, felices con mi llegada; de encontrar nuevamente la paz de las dulces mañanas dominicales, cuando las campanas repicaban, los guijarros caían en el agua y las sombras de los barcos se abrían paso entre la bruma; de vagabundear con la pequeña Emily, contándole mis desgracias mientras buscábamos amuletos entre las conchas y los guijarros de la playa. Sin embargo, no tardé en inquietarme al pensar que tal vez la señorita Murdstone no diera su consentimiento. Pero también eso se solucionó en seguida, pues, mientras seguíamos conversando, llegó ella para realizar una inspección nocturna de la despensa y Peggotty, con una osadía que me dejó perplejo, abordó directamente la cuestión.

—El muchacho no hará nada allí —afirmó la señorita Murdstone, escudriñando un bote de encurtidos—, y la ociosidad es la madre de todos los vicios. Aunque, en mi opinión, también perderá el tiempo aquí... y en cualquier otro lugar.

Peggotty estuvo a punto de contestarle de malos modos; pero, por cariño a mí, prefirió guardar silencio.

—¡Bah! —exclamó la señorita Murdstone, sin levantar la mirada de los encurtidos—. Lo más importante en estos momentos, lo verdaderamente

primordial, es que nada moleste ni incomode a mi hermano. Supongo que lo mejor será decir que sí.

Le di las gracias, aunque sin manifestar la menor alegría, para que no retirara su consentimiento. Cuando vi cómo me miraba por encima del bote de encurtidos, no pude evitar pensar que había obrado con prudencia: sus ojos negros reflejaban tanta acritud como si hubieran absorbido todo el vinagre que el bote contenía. Pero el permiso fue concedido y jamás se retiró. Una vez transcurrido el mes, Peggotty y yo estuvimos listos para partir.

El señor Barkis entró en la casa para llevarse los baúles de Peggotty. Nunca le había visto franquear la puerta del jardín, pero en esta ocasión entró en la casa. Y, al cargar sobre sus hombros el de mayor tamaño y salir fuera, me dirigió una mirada que me pareció muy significativa, tratándose del inexpresivo señor Barkis.

Como es natural, Peggotty estaba muy afligida al abandonar el que había sido su hogar durante tantos años, el lugar donde había vivido con sus dos seres más queridos: mi madre y yo. Se había levantado muy temprano, asimismo, para pasear por el cementerio. Cuando subió al carro, se llevó el pañuelo a los ojos.

Mientras continuó en esa posición, el señor Barkis no dio señales de vida. Siguió sentado en su sitio, en la misma postura de siempre, como si fuera un enorme muñeco. Sin embargo, cuando Peggotty empezó a mirar a su alrededor y a hablar conmigo, él asintió con la cabeza y sonrió varias veces. No tengo la menor idea de por qué ni para quién.

—¡Qué día tan hermoso, señor Barkis! —dije, por cortesía.

—No está mal —respondió el carretero, que generalmente medía sus palabras y rara vez se comprometía.

—Peggotty ya está muy bien, señor Barkis —señalé, para su satisfacción.

—¿Ah, sí? —exclamó.

Después de reflexionar sobre mis palabras, el señor Barkis la miró con aire sagaz.

—¿De verdad está bien? —inquirió.

Peggotty se echó a reír, y respondió afirmativamente.

—Pero ¿lo está, de verdad? —gruñó el carretero, acercándose a ella y dándole un codazo—. ¿Está usted segura? Pero, de verdad, ¿se encuentra bien?

¿Eh?

Y a cada una de esas preguntas, el señor Barkis se aproximaba un poco más a ella y le daba otro codazo; de modo que terminamos los tres amontonados en el extremo izquierdo del carro, y yo estaba tan estrujado que apenas podía respirar.

Cuando Peggotty le advirtió de mis apuros, el señor Barkis se apresuró a dejarme algo más de espacio y se alejó poco a poco. Pero no pude sino percatarme de que creía haber encontrado una forma maravillosa de expresar sus sentimientos, de una manera ingeniosa, agradable y picante, sin verse obligado a entablar conversación. Y lo cierto es que siguió riendo entre dientes durante un buen rato.

—¿De verdad está bien? —insistió poco después, volviéndose a Peggotty.

Y se acercó de nuevo a nosotros, hasta casi asfixiarme; y continuó haciéndolo una y otra vez, mientras repetía la misma pregunta con idéntico resultado. Al final, decidí ponerme en pie siempre que se aproximaba, con el pretexto de mirar el paisaje. Desde entonces, me fueron mejor las cosas.

El señor Barkis tuvo la cortesía de parar en una taberna expresamente para invitarnos a cerveza y a cordero asado. Allí volvió a sentir el deseo súbito de aproximarse a Peggotty, que estuvo a punto de atragantarse con la bebida. Sin embargo, a medida que nos acercábamos al final de nuestro viaje, tenía cada vez más trabajo y menos tiempo para galanterías; y, cuando pisamos el empedrado de Yarmouth, sospecho que las sacudidas y los traqueteos nos impidieron pensar en otra cosa.

El señor Peggotty y Ham esperaban en el lugar de siempre. Nos recibieron con mucho cariño y estrecharon la mano del señor Barkis, quien, con el sombrero echado hacia atrás y aire inexpresivo, les sonrió tímidamente y con piernas temblorosas. El señor Peggotty y su sobrino cogieron los dos baúles de Peggotty y, cuando íbamos a marcharnos, el carretero, muy solemne, hizo un gesto con el dedo índice para que me acercase a él bajo el arco de entrada.

—Todo ha ido bien —gruñó el señor Barkis.

Yo le miré a la cara.

—¡Oh! —contesté, tratando de decir algo muy profundo.

—El asunto no ha terminado todavía —me confió el carretero—. Pero todo ha ido bien.

—¡Oh! —exclamé de nuevo.

—Ya sabía que Barkis y sólo Barkis estaba disponible —prosiguió.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Todo va bien, amigo mío —repitió el carretero, tendiéndome la mano—. Gracias a su ayuda... Todo va bien.

En sus intentos por expresarse con claridad, el señor Barkis se mostraba tan misterioso que yo hubiera podido contemplar su rostro durante una hora sin que su expresión me proporcionara más información que un reloj sin cuerda; pero Peggotty me llamó. Mientras nos alejábamos de allí, quiso saber qué había dicho el carretero. Le dije que éste había asegurado que todo iba muy bien.

—¡Qué desvergonzado! —afirmó ella—. Pero no importa... Davy, querido, ¿qué le parecería si yo pensara en casarme?

—Bueno, supongo que me seguirías queriendo igual que ahora —respondí, tras unos instantes de reflexión.

Ante el asombro de los transeúntes, así como de sus familiares, que caminaban delante de nosotros, la buena mujer no pudo menos que detenerse y abrazarme allí mismo, afirmando enérgicamente que su amor era inalterable.

—Entonces, tesoro mío, ¿qué le parecería? —inquirió de nuevo, cuando reiniciamos nuestra marcha.

—¿Que pensaras en casarte... con el señor Barkis, Peggotty?

—Sí —replicó.

—Creo que sería una buena idea. Así tendrías siempre un caballo y un carro para venir a verme, y no te costaría nada.

—¡Pero qué inteligente es este niño! —exclamó Peggotty—. Eso es precisamente lo que llevo diciéndome este último mes. Sí, mi amor; y creo que también sería más independiente, y trabajaría de mejor gana en mi casa que en la de cualquier otro. No sé si ahora sería capaz de servir en casa de unos desconocidos, Davy. Además, así estaré cerca de la última morada de mi hermosa niña —continuó diciendo, pensativa—, y podré verla siempre que quiera; y, cuando llegue mi hora, podrán enterrarme cerca de ella.

Los dos guardamos silencio durante un rato.

—Pero, si eso contrariara a mi pequeño Davy, no volvería a pensar en ese matrimonio —añadió alegremente—. Aunque se hubieran publicado treinta veces las amonestaciones y tuviera el anillo en mi bolsillo.

—Mírame, Peggotty —contesté—; ¿acaso no ves lo contento que estoy y cuánto lo deseo?

Pues lo anhelaba de todo corazón.

—Está bien, vida mía —dijo Peggotty, dándome un achuchón—. He dado vueltas al asunto, noche y día, y espero no equivocarme; pero seguiré reflexionando y pediré a mi hermano su opinión. Entretanto, será nuestro secreto, Davy. Barkis es un hombre bueno y sencillo, y si me esfuerzo en cumplir mis deberes de esposa, viviré «de verdad muy bien»; de lo contrario, sólo yo tendría la culpa —concluyó, riéndose a carcajadas.

Esta alusión a las palabras del señor Barkis resultó tan oportuna y nos hizo tanta gracia que no pudimos evitar desternillarnos de risa; lo cierto es que estábamos de excelente humor cuando la casa del señor Peggotty apareció ante nuestros ojos.

Allí seguía, igual que siempre; aunque tal vez me pareció un poco más pequeña. La señora Gummidge nos esperaba en la puerta, como si no se hubiera movido de allí desde el día en que salió a despedirnos. Nada había cambiado en el interior, ni siquiera las algas del jarrón azul de mi dormitorio. Me dirigí al pequeño cobertizo y encontré los mismos cangrejos y langostas, con idéntico deseo de apresar cuanto encontraban a su paso, amontonados en el mismo viejo rincón.

Pero no se veía en ningún lugar a la pequeña Emily, así que le pregunté al señor Peggotty dónde estaba.

—En el colegio, señor —me respondió, mientras se enjugaba el sudor de la frente después de dejar en el suelo el baúl de Peggotty—. Volverá a casa dentro de veinte minutos o de media hora —añadió, mirando el reloj holandés—. Todos la echamos de menos, se lo aseguro.

La señora Gummidge gimió.

—¡Levante ese ánimo, mujer! —exclamó el señor Peggotty.

—Nadie sufre su ausencia tanto como yo —se lamentó la anciana—. Soy una criatura sola y desamparada y la pequeña Emily es la única que no me lleva la contraria.

La señora Gummidge empezó entonces a avivar el fuego, sin dejar de lloriquear y de mover la cabeza. El señor Peggotty nos miró mientras ella seguía atareada.

—¡Es por el viejo! —susurró, llevándose la mano a los labios.

Lo que me permitió deducir, sin temor a equivocarme, que el estado de ánimo de la señora Gummidge no había mejorado desde mi última visita.

La casa conservaba, o al menos así debería haber sido, el encanto de antaño, pero no produjo en mí la misma impresión. Creo que me sentí algo decepcionado; aunque quizá fuera porque la pequeña Emily no se encontraba allí. Como sabía el camino por donde vendría, no tardé en salir a esperarla.

En seguida apareció a lo lejos la figura de una niña y reconocí a mi pequeña amiga, que, a pesar de haber crecido, seguía siendo muy menuda. Pero cuando se acercó y vi sus ojos, más azules que nunca, y los hoyuelos de su rostro, que parecía aún más radiante, y toda ella más bonita y más alegre, me invadió un sentimiento extraño, que me empujó a fingir que no la conocía y a pasar junto a ella como si estuviera buscando algo en la lejanía. Y, si no me equivoco, no ha sido la única vez que he actuado así en la vida.

A la pequeña Emily no le importó. Me había visto muy bien; pero, en lugar de volverse y llamarme, echó a correr riéndose. Eso me obligó a salir disparado tras ella, pero iba tan deprisa que no logré alcanzarla hasta llegar cerca de la casa.

—¡Ah! ¿Eres tú? —exclamó la niña.

—Ya lo sabías, Emily —respondí yo.

—Y tú, ¿acaso no me habías reconocido?

Iba a darle un beso, pero ella tapó sus labios color de cereza con las manos y dijo que ya no era una chiquilla, y entró corriendo en la casa, riéndose más que nunca.

Parecía divertirse burlándose de mí, algo que antes no hacía y que ahora me desconcertaba. El té estaba servido en la mesa y nuestro pequeño cajón, en el sitio de siempre; pero, en vez de sentarse a mi lado, Emily se colocó junto a la quejumbrosa señora Gummidge; y cuando el señor Peggotty le preguntó el motivo, escondió el rostro tras sus cabellos despeinados y se limitó a reír.

—¡Es una gatita! —afirmó nuestro anfitrión, acariciándola con su enorme mano.

—¡Sí! ¡Eso es lo que es! —exclamó Ham—. ¡Eso es lo que es, señorito Davy!

Y la contempló regocijado, con una mezcla de admiración y de deleite que encendió sus mejillas.

Lo cierto es que todos mimaban a la pequeña Emily; sobre todo el señor Peggotty, de quien ella podía conseguir cualquier cosa con sólo acercar la carita a los hirsutos pelos de su barba. Ésa era mi opinión, al menos cuando la veía comportarse así; y creo que el señor Peggotty hacía bien. Pero era tan dulce y afectuosa y tenía un modo de ser tan encantador, tímido y atrevido al mismo tiempo, que me cautivó más que nunca.

Era muy compasiva, también; pues, cuando nos sentamos junto a la chimenea, después de tomar el té, y el señor Peggotty recordó la gran pérdida que yo había sufrido, sus ojos se llenaron de lágrimas, y me miró con tanto cariño desde el otro extremo de la mesa, que me sentí sumamente agradecido.

—¡Ah! —exclamó el señor Peggotty, cogiendo los rizos de la pequeña Emily y dejándolos resbalar por su mano como si fueran agua—. Aquí tiene a otra huérfana, señor. Y aquí —continuó diciendo, al tiempo que daba a Ham un revés en el pecho— a otro huérfano, aunque no lo parezca.

—Si usted fuera mi tutor, señor Peggotty —afirmé, moviendo la cabeza—, creo que no me sentiría tan triste.

—¡Bien dicho, señorito Davy! —gritó Ham, entusiasmado—. ¡Hurra! ¡Bien dicho! Por supuesto que no se sentiría tan triste.

Y, diciendo esas palabras, devolvió el revés a su tío, mientras la pequeña Emily se ponía en pie y le daba un beso.

—¿Y cómo está su amigo, señor? —me preguntó el señor Peggotty.

—¿Steerforth?

—¡El mismo! —exclamó, volviéndose hacia Ham—. Sabía que se apellidaba algo parecido.

—Decía que su nombre era Rudderford —comentó Ham, muerto de risa.

—¡Y bien! —respondió el señor Peggotty—. Steer o Rudder,^[16] no andaba muy descaminado.

—Se encontraba muy bien cuando me marché del internado —contesté.

—¡Eso sí que es un amigo! —dijo mi anfitrión, extendiendo la mano que sujetaba la pipa—. ¡Un verdadero amigo! Que el diablo me lleve si no es un

placer tenerlo delante.

–Es un joven muy apuesto, ¿verdad? –inquirí, dichoso de oír sus elogios.

–¿Apuesto? –repitió el señor Peggotty–. Cuando uno lo tiene delante, como si fuera un... un... Aunque no sé con qué compararlo. ¡Y es tan audaz!

–En efecto, así es su carácter –añadí–. Valiente como un león, y no pueden imaginar lo leal que es.

–Supongo que a la hora de estudiar, tampoco tendrá rival –dijo el señor Peggotty, mirándome a través del humo de su pipa.

–Está usted en lo cierto –repliqué, encantado–; parece saberlo todo. Es asombrosamente listo.

–¡Eso sí que es un amigo! –repitió el señor Peggotty, moviendo gravemente la cabeza.

–Es como si nada le costara trabajo –continué–. Le basta ver una cosa, para saber hacerla. Es el mejor jugador de críquet del mundo. Y puede cederles todas las piezas que quieran, si juegan con él a las damas, pues les derrotará fácilmente.

El señor Peggotty volvió a mover la cabeza, como diciendo: «Por supuesto que sí».

–Y es tan buen orador –proseguí– que convence a cualquiera de sus deseos; y si le oyeran cantar...

El señor Peggotty asintió, como si no le cupiese la menor duda.

–Y es un muchacho tan noble y generoso –afirmé, llevado por la emoción– que nuestros elogios siempre se quedarán cortos. Jamás podré agradecerle la generosidad con que me protegió en el internado, a pesar de ser mucho menor y más ignorante que él.

Seguía hablando de Steerforth, cada vez más enardecido, cuando mis ojos se posaron en el rostro de la pequeña Emily, que, inclinada sobre la mesa, escuchaba mis palabras con la más profunda atención, conteniendo el aliento, con los ojos brillantes como dos piedras preciosas y las mejillas encendidas. Y al verla tan interesada y tan hermosa, me detuve embelesado; y entonces todos la miraron y rompieron a reír.

–Emily es como yo –afirmó Peggotty–, y le gustaría conocerlo.

Al darse cuenta de que todos la observábamos, la pequeña Emily bajó la

cabeza avergonzada, mientras el rubor cubría su semblante. Y cuando se percató, mirándonos entre sus rizos despeinados, de que seguíamos pendientes de ella (estoy seguro de que, al menos yo, podría haber continuado así durante mucho tiempo), salió corriendo y no apareció hasta casi la hora de acostarnos.

Me eché en mi vieja cama, en la popa del barco, y el viento empezó a gemir sobre el arenal, igual que antaño. Pero ahora yo tenía la sensación de que se lamentaba por los que se habían ido para siempre; y, en vez de imaginar que la marea podía subir durante la noche, llevándose la casa del señor Peggotty, pensé en aquel otro mar embravecido que, desde mi última estancia allí, había arrastrado bajo sus aguas mi hogar feliz. Recuerdo que, cuando el rumor del viento y de las olas empezó a decrecer, añadí una pequeña cláusula a mis plegarias, rogando a Dios que me convirtiera pronto en un hombre para poder casarme con la pequeña Emily, antes de dormirme con el corazón rebosante de amor.

Los días transcurrieron de forma muy parecida a los de mi viaje anterior; la única diferencia (sin duda muy grande) era que la pequeña Emily y yo apenas paseábamos juntos por la playa. Ella tenía que coser y que estudiar sus lecciones, y estaba ausente la mayor parte del día. Sin embargo, sentía que, si las circunstancias hubieran sido otras, tampoco habríamos deambulado como antes. A pesar de su rebeldía y de sus caprichos infantiles, Emily era más mujercita de lo que yo había imaginado. ¡Parecía haberse distanciado tanto de mí en poco más de un año! Me quería, pero se reía de mí y le gustaba llevarme la contraria. Siempre que salía a esperarla, se escabullía y regresaba a casa por otro camino; y cuando yo volvía, desilusionado, me esperaba riendo junto a la puerta. Los mejores momentos eran aquellos en los que se sentaba plácidamente con su labor, en la entrada de la casa, y yo me colocaba a sus pies, en el escalón de madera, y le leía en voz alta. Es como si jamás hubiera vuelto a ver unas tardes tan luminosas como las de aquel mes de abril; ni a contemplar una figurita tan radiante como la que solía sentarse en la puerta de la vieja barca; ni a tener ante mis ojos un cielo y un mar tan bellos, ni unos barcos tan majestuosos, alejándose con sus velas en medio del dorado crepúsculo.

La misma tarde de nuestra llegada, el señor Barkis se presentó, con aire torpe y desmañado, llevando un montón de naranjas en un pañuelo anudado. Como no hizo la menor alusión a ellas durante su visita, supusimos que las había dejado olvidadas al marcharse; hasta que Ham, después de correr tras él

para devolvérselas, regresó con la noticia de que eran para Peggotty. A partir de entonces, apareció todos los días exactamente a la misma hora, y siempre con un hatillo, al que nunca hacía referencia, y que dejaba invariablemente detrás de la puerta. Aquellas ofrendas de su amor eran de lo más variopintas y excéntricas. Recuerdo entre ellas ocho manitas de cerdo, un enorme alfiletero, medio saco de manzanas, un par de pendientes de azabache, algunas cebollas de España, una caja de dominó, un canario con su jaula y una pata de cerdo adobada.

La forma de cortejar del señor Barkis era, asimismo, bastante singular. Apenas hablaba, y se sentaba junto al fuego en la misma postura que en su carro, sin dejar de mirar a Peggotty, que se colocaba frente a él. Cierta noche, supongo que en un arrebato de amor, se abalanzó sobre el pedacito de cera que ella guardaba para el hilo, lo guardó en el bolsillo de su chaleco y se lo llevó. Desde entonces, su mayor felicidad era sacarlo cuando Peggotty lo necesitaba, aunque estuviera pegado al forro y medio derretido, y volver a guardarlo cuando ya lo había utilizado. Parecía disfrutar muchísimo y no sentirse obligado a decir nada. Ni siquiera cuando paseaba con Peggotty por el arenal; se contentaba con preguntarle de vez en cuando si se encontraba bien de verdad. Y recuerdo que algunas veces, cuando se marchaba, ella se tapaba el rostro con el delantal y se pasaba media hora riendo. Lo cierto es que a todos nos divertía el señor Barkis, en mayor o menor medida, excepto a la señora Gummidge, cuyo noviazgo había sido, al parecer, bastante similar, pues se acordaba constantemente de su viejo marido.

Se acercaba el final de mi visita cuando nos anunciaron que Peggotty y el señor Barkis cogerían un día libre y Emily y yo les acompañaríamos. Apenas dormí la noche anterior, ante la perspectiva de pasar todo el día con la pequeña Emily. Nos levantamos muy temprano y aún no habíamos terminado de desayunar, cuando vimos al señor Barkis en la lontananza, conduciendo un carruaje hacia el objeto de su amor.

Peggotty llevaba, como siempre, ropa de luto, limpia y sencilla; pero el señor Barkis apareció muy elegante con su nueva chaqueta azul. El sastre la había cortado con tanta generosidad que sus puños habrían permitido prescindir de guantes, incluso en los días más fríos; y el cuello era tan alto que levantaba sus cabellos y se los ponía de punta. Los relucientes botones eran, también, de gran tamaño. Unos pantalones grises y un chaleco de ante acababan de convertir al señor Barkis, en mi opinión, en un modelo de respetabilidad.

Cuando estábamos más nerviosos y alborotados junto a la puerta, vi que el señor Peggotty traía en la mano un zapato viejo, que debía ser lanzado contra nosotros para darnos buena suerte; con ese propósito, se lo ofreció a la señora Gummidge.

—No, será mejor que lo arroje otra persona, Daniel —dijo la anciana—. No soy más que una criatura sola y desamparada, y todo lo que me recuerda que hay criaturas que no están solas ni desamparadas me contraría.

—Vamos, mujer —exclamó el señor Peggotty—. ¡Coja el zapato y tírelo!

—No, Daniel —contestó la señora Gummidge, lloriqueando y moviendo la cabeza—. Si no fuera tan sensible, podría hacerlo. Las cosas no le afectan tanto como a mí, Daniel. Nada parece contrariarle ni usted contraría a nadie; será mejor que lo arroje usted.

Pero entonces Peggotty, que había ido de uno a otro, besando a todos, gritó desde el carruaje, donde ya nos habíamos subido (Emily y yo ocupábamos dos pequeños asientos contiguos), que era la señora Gummidge quien debía lanzarlo. Y así lo hizo; aunque lamento tener que decir que estropeó la alegría de nuestra partida, pues inmediatamente rompió a llorar y se desplomó en brazos de Ham, al tiempo que manifestaba que ya sabía que era una carga y que lo mejor sería enviarla en seguida al asilo. Me pareció una idea muy buena, que Ham debería haber puesto en práctica.



La señora Gummidge lanza un zapato en el

momento de salir

Nos pusimos, no obstante, en camino; lo primero que hicimos fue parar delante de una iglesia, donde el señor Barkis, después de atar el caballo a una cerca, entró con Peggotty, dejándonos solos a la pequeña Emily y a mí. Aproveché la ocasión para rodear su talle con mi brazo y proponerle que, puesto que iba a marcharme tan pronto, fuéramos muy cariñosos el uno con el otro y pasáramos un gran día. El hecho de que ella aceptara y me dejara besarla, me infundió valor; y recuerdo que le aseguré que jamás podría amar a otra mujer y que estaba dispuesto a derramar la sangre de cualquiera que aspirase a su afecto.

¡Cuánto se divirtió la pequeña Emily con mis palabras! Y con qué seriedad me dijo, dando por sentado que era mucho mayor y más sabia que yo, que no era más que «un tonto». Después, se echó a reír de un modo tan encantador que, sólo con mirarla, se me olvidó lo que me había dolido su desdeñoso apelativo.

El señor Barkis y Peggotty estuvieron mucho tiempo dentro de la iglesia, pero al fin salieron, y entonces nos alejamos de la ciudad. De camino, el señor Barkis se volvió hacia mí y me preguntó, guiñando un ojo (dicho sea de paso, jamás le hubiera creído capaz de realizar semejante gesto):

—¿Recuerda qué nombre escribí en el carromato?

—Clara Peggotty —respondí.

—¿Y qué nombre escribiría ahora si tuviéramos un toldo?

—Otra vez Clara Peggotty, ¿no?

—¡Clara Peggotty BARKIS! —me contestó, soltando una carcajada que hizo temblar el carricoche.

En pocas palabras, se habían casado y con ese propósito habían entrado en la iglesia. Peggotty había decidido contraer matrimonio en la intimidad; el sacristán había sido su padrino, y no había habido testigos de la ceremonia. Pareció algo turbada cuando oyó al señor Barkis anunciar tan bruscamente su unión, y no se cansaba de abrazarme en prueba de que su cariño seguía siendo el mismo; pero no tardó en serenarse y en decir que se alegraba mucho de que todo hubiese acabado.

Nos dirigimos a una pequeña posada en un camino vecinal, donde

esperaban nuestra llegada; y allí nos dieron una comida succulenta y pasamos una jornada muy feliz. Peggotty estaba tan tranquila, como si llevase diez años celebrando su boda todos los días. Parecía la misma de siempre, y salió a dar un paseo con Emily y conmigo justo antes del té, mientras el señor Barkis fumaba filosóficamente su pipa y se entretenía, supongo, meditando sobre su felicidad. Y eso le abrió el apetito; pues recuerdo con claridad que, a pesar de haber devorado al mediodía una generosa ración de cerdo con verduras, además de uno o dos pollos, tuvieron que servirle tocino frío con el té; y lo cierto es que engulló un buen pedazo sin inmutarse.

A menudo he pensado, desde entonces, en lo extraña, inocente y fuera de lo común que debió de ser aquella boda. Nada más anochecer, subimos al carruaje y volvimos tranquilamente a casa, contemplando las estrellas y convirtiéndolas en el centro de nuestra conversación. Yo era quien más hablaba y mis conocimientos abrieron nuevos horizontes al señor Barkis. Le expliqué cuanto sabía, pero él habría creído cualquier cosa que yo le dijera, pues sentía un profundo respeto por mi inteligencia, e incluso oí cómo le aseguraba a su mujer que yo era «un joven Roscius»;^[17] creo que con ello quería decir que era un prodigio.

Cuando agotamos el tema de las estrellas, o para ser más exactos, cuando hube agotado las facultades intelectuales del señor Barkis, la pequeña Emily y yo nos cubrimos con una vieja manta, que nos sirvió de abrigo el resto del camino. ¡Ah, cómo la amaba! ¡Qué feliz sería (pensaba yo) si estuviéramos casados y pudiéramos vivir juntos en algún lugar! Entre los árboles, en medio del campo, sin envejecer jamás, sin aprender nada nuevo, siempre niños, caminando de la mano bajo el sol, a través de prados floridos, apoyando nuestras cabezas en el musgo, al caer la noche, y entregándonos a un sueño muy dulce, repleto de paz y de pureza, hasta el momento en que los pájaros nos enterraran, después de nuestra muerte. Aquellas imágenes, tan irreales, ocuparon mi pensamiento durante todo el trayecto, iluminadas por la luz de nuestra inocencia y tan difusas como las lejanas estrellas. Me alegra pensar que en la boda de Peggotty hubo dos corazones tan candorosos como el de la pequeña Emily y el mío. Me alegra pensar que los Amores y las Gracias adoptaron tan etéreas formas en su modesto cortejo.

Llegamos, así, a nuestra vieja gabarra a la hora prevista; y allí el señor y la señora Barkis se despidieron de nosotros y se marcharon juntos a su casa. Fue entonces cuando sentí, por primera vez, que había perdido a Peggotty. Habría sido profundamente desgraciado al acostarme si no hubiera estado bajo el

misimo techo que la pequeña Emily.

El señor Peggotty y Ham sabían muy bien cómo me sentía y, para ahuyentar mi tristeza, nos recibieron con rostro hospitalario y la cena preparada. La pequeña Emily se sentó a mi lado en el cajón; y aquella fue la única vez que lo hizo durante mi estancia, un maravilloso colofón para un maravilloso día.

Era noche de marea; y, nada más acostarnos, el señor Peggotty y Ham salieron a pescar. Me sentí muy orgulloso de quedarme solo, en una casa tan apartada, como único protector de Emily y de la señora Gummidge; y deseé que un león, una serpiente o cualquier monstruo maligno nos atacara, a fin de poder destruirlo y cubrirme de gloria. Pero como aquella noche no paseaba por el arenal de Yarmouth ningún animal de esas características, me contenté con ver dragones en mis sueños hasta que empezó a rayar el día.

Con la mañana llegó Peggotty; y me llamó por la ventana, como de costumbre, como si el señor Barkis, el carretero, hubiese sido un sueño desde el principio hasta el fin. Después del desayuno, me acompañó a su nuevo hogar, que era pequeño, pero muy bonito. De todos sus muebles, el que más me impresionó fue un viejo escritorio de madera oscura que había en la sala (la cocina, embaldosada, era el lugar habitual de reunión), cuya parte superior se abatía y quedaba convertida en un pupitre; dentro de él había una edición en cuarto del *Libro de los mártires* de Fox.^[18] En cuanto descubrí este valioso volumen, del que no recuerdo ni una sola palabra, me puse a leerlo; y siempre que volvía a aquella casa, me arrodillaba en una silla para abrir el estuche que guardaba semejante joya, apoyaba mis brazos en el pupitre y continuaba devorando sus páginas. Sospecho que lo que más me atraía eran sus numerosas ilustraciones, que representaban las atrocidades más terribles; y los mártires y el hogar de Peggotty quedaron para siempre unidos en mi memoria.

Me despedí del señor Peggotty, de Ham, de la señora Gummidge y de la pequeña Emily ese mismo día; y pasé la noche en casa del señor Barkis, en una pequeña buhardilla (el libro de los cocodrilos estaba en un estante, junto a la cabecera de la cama). Peggotty me dijo que aquel cuartito siempre sería mío y que ella se encargaría de que todo siguiera como estaba.

—Joven o vieja, querido Davy, mientras yo viva y tenga este techo sobre mi cabeza —exclamó Peggotty—, lo encontrará igual que si esperara su llegada de un momento a otro. Lo limpiaré todos los días, como hacía con su pequeño dormitorio, tesoro mío; y puede estar seguro de que, aunque se fuera a la

China, yo lo conservaría así de reluciente durante toda su ausencia.

La nobleza y la fidelidad de mi vieja niñera me llegaron al alma y le di las gracias lo mejor que pude. Pero soy consciente de que no lo hice demasiado bien, pues ella me abrazó y me dijo esas palabras por la mañana... y era la misma mañana en que yo tenía que regresar a casa. El señor Barkis y Peggotty me condujeron allí, y me dejaron en la entrada del jardín, no sin esfuerzo y con el corazón encogido. Y fue extraño ver cómo el carromato se alejaba, llevándose a Peggotty, mientras yo me quedaba solo, bajo los gigantescos olmos, frente a una casa donde nadie volvería a mirarme con ternura o con afecto.

Y caí entonces en un estado de abandono que no puedo recordar sin sentir lástima. Mi soledad era tan completa –alejado de mis amistades, privado de la compañía de otros muchachos de mi edad, abandonado a mis tristes pensamientos– que todavía hoy, mientras escribo, parece arrojar su sombra sobre este papel.

Habría dado cualquier cosa por que me enviaran al internado más severo que haya existido jamás; por que me enseñaran algo, de cualquier manera, en cualquier lugar. Pero perdí toda esperanza. Ellos no me querían; y me trataban con resentimiento y con dureza. Creo que el señor Murdstone tenía dificultades económicas; pero eso era lo de menos. Lo cierto es que no podía soportar mi presencia; es posible que, al mantenerme alejado, sólo pretendiese que yo olvidara que tenía derecho a esperar algo de él. Y lo consiguió.

No puedo decir que me maltratasen; no me pegaban ni me obligaban a pasar hambre. Pero me mortificaban sin descanso, de manera fría y sistemática. Me vi cruelmente abandonado día tras día, semana tras semana, mes tras mes. A menudo pienso qué habrían hecho si yo hubiera caído enfermo, ¿me habrían dejado languidecer solo en mi dormitorio o habría ido alguien a cuidarme?

Cuando el señor y la señorita Murdstone estaban en casa, comía con ellos; en su ausencia, lo hacía solo. Pasaba las horas vagando por las habitaciones y por el jardín, lo que les dejaba indiferentes. Pero no querían que trabara amistad con nadie, pues temían, quizá, que me quejase de ellos. Por ese motivo, aunque el señor Chillip me pedía a menudo que fuera a visitarlo (era viudo y había perdido unos años antes a su esposa, una mujer rubia y menuda, cuya imagen ha quedado ligada en mi memoria a una gatita de pelaje atigrado), rara vez tenía la felicidad de pasar una tarde en su gabinete de

médico, leyendo un libro nuevo, rodeado del olor que emanaba de todos sus fármacos, o machacando algo en un mortero bajo su amable dirección.

Por el mismo motivo, y sin duda también a causa de la vieja aversión que sentían por ella, apenas me permitían visitar a Peggotty. Fiel a su promesa, ella venía a verme o se reunía conmigo en algún lugar cercano, una vez a la semana; y jamás llegaba con las manos vacías. Pero fueron muchas y muy amargas mis decepciones, ¡me impidieron tantas veces pasar unos días en su casa! En ocasiones, sin embargo, y muy de tarde en tarde, me permitían ir. Y entonces descubrí que el señor Barkis era algo tacaño o, como Peggotty decía respetuosamente, «un poquito agarrado», y guardaba un montón de dinero en una caja, debajo de su cama, fingiendo que sólo contenía pantalones y chaquetas. Ocultaba sus riquezas en ese cofre con tanta modestia y tenacidad que, para realizar el gasto más insignificante, había que recurrir siempre a algún ardid; de modo que Peggotty tenía que inventar largas y complicadas estratagemas, una verdadera Conspiración de la Pólvora,^[19] para las compras del sábado.

Durante todo ese tiempo, fui consciente de estar desperdiciando el talento que pudiera tener, en medio de aquel abandono, y, de no haber sido por mis viejos libros, habría sido terriblemente desgraciado. Eran mi único consuelo; y fui tan leal a ellos como ellos lo fueron conmigo; los leí y los releí, he olvidado cuántas veces.

Me acerco ahora a un período de mi vida que jamás podré olvidar mientras me quede un ápice de memoria; su recuerdo me ha perseguido como un fantasma, sin yo invocarlo, y ha atormentado mis horas más felices.

Un día en que había estado paseando sin rumbo fijo, ensimismado en mis pensamientos (lo que era habitual en mí, dada la vida que llevaba), al doblar un sendero cerca de nuestra casa, me encontré con el señor Murdstone, acompañado de otro caballero. Me disponía a pasar junto a ellos, muy turbado, cuando este último gritó:

—¡Pero si es Brooks!

—No, señor; soy David Copperfield —respondí.

—No diga tonterías. Es usted Brooks —insistió el caballero—. Brooks de Sheffield. Ése es su nombre.

Mientras pronunciaba esas palabras, lo observé con mayor atención. Su risa me resultó familiar y no tardé en reconocer al señor Quinion, a quien

había conocido en Lowestoft, el día en que el señor Murdstone me llevó allí de excursión, antes de que... Poco importa, ¿para qué remover viejos recuerdos?

—¿Cómo está, Brooks? ¿Dónde estudia? —inquirió el señor Quinion.

Había colocado su mano sobre mi hombro, y me obligó a dar media vuelta para que los acompañase en su paseo. No sabía qué contestar, así que volví los ojos al señor Murdstone, vacilante.

—De momento vive en casa —explicó éste—. No recibe ninguna educación. No sé qué hacer con él. Es un muchacho muy difícil.

Su mirada, esa mirada traicionera que yo conocía tan bien, se clavó un instante en mí; y entonces frunció el ceño y apartó sus ojos con expresión de odio.

—¡Vaya! —exclamó el señor Quinion, observándonos a los dos—. ¡Qué tiempo tan hermoso!

El silencio siguió a sus palabras y, cuando estaba pensando el mejor modo de liberar mi hombro de su mano y alejarme de allí, preguntó:

—Supongo que seguirá siendo un chico listo, ¿no es así, Brooks?

—En efecto; inteligencia no le falta —dijo el señor Murdstone con impaciencia—. Será mejor que lo deje marchar. No le dará las gracias por preocuparse de él.

Al oír esto, el señor Quinion me soltó, y yo me encaminé hacia la casa. Cuando me volví, en el momento de entrar en el jardín, vi al señor Murdstone apoyado en el portillo del cementerio, mientras conversaba con su amigo. Los dos me miraban, y tuve la sensación de que estaban hablando de mí.

El señor Quinion se quedó a pasar la noche con nosotros. Al día siguiente, después del desayuno, cuando yo ya había colocado mi silla en su sitio y me disponía a salir del comedor, el señor Murdstone me llamó. Se dirigió muy serio al escritorio, donde su hermana trabajaba, mientras el señor Quinion seguía junto a la ventana, contemplando el paisaje con las manos en los bolsillos; yo les miré.

—David —dijo el señor Murdstone—, cuando se es joven hay que trabajar, en lugar de andar cabizbajo y perder el tiempo.

—Como haces tú —añadió su hermana.

—Jane Murdstone, te ruego que dejes el asunto en mis manos. Decía, David, que cuando se es joven hay que trabajar, en lugar de andar cabizbajo y perder el tiempo. Especialmente un joven con un carácter como el tuyo, que necesita mano dura. Estoy convencido de que el mejor favor que puede hacerse a alguien como tú es obligarle a adquirir el hábito del trabajo, con el fin de someter y quebrar su obstinación.

—Porque ésta no es nada buena —le interrumpió su hermana—. Por eso hay que aplastarla. Y la aplastaremos, no te quepa la menor duda.

El señor Murdstone le dirigió una mirada, tanto de censura como de aprobación, antes de continuar.

—Supongo que ya sabes, David, que no soy un hombre rico. En cualquier caso, vengo a confirmártelo. Has recibido hasta ahora una esmerada educación. Un internado es muy caro y, aunque no lo fuese y yo pudiera costearlo, tengo el convencimiento de que no sería lo mejor para ti. En este mundo, la vida es una lucha y cuanto antes comiences, mejor.

Creo que pensé que hacía ya tiempo que había empezado; y si no, lo pienso ahora.

—¿Has oído hablar de nuestra empresa? —preguntó el señor Murdstone.

—¿De su empresa, señor? —repetí.

—Murdstone y Grinby, comerciantes de vino.

Debió de leer en mi rostro la incertidumbre, pues se apresuró a decir:

—¿Has oído hablar de la empresa, del negocio, de las bodegas, del muelle o de algo parecido?

—Creo que del negocio, señor —contesté, recordando lo poco que sabía de sus ingresos y de los de su hermana—. Pero ignoro cuándo.

—Eso carece de importancia —respondió—. El señor Quinion es quien lo dirige.

Lancé una mirada respetuosa a éste, que continuaba admirando el paisaje desde la ventana.

—El señor Quinion dice que varios muchachos trabajan allí y que no hay ninguna razón que te impida entrar en las mismas condiciones que ellos.

—Puesto que no parece tener ninguna otra perspectiva, Murdstone —comentó el señor Quinion, en voz baja y dándose media vuelta.

—Ganarás lo suficiente para pagar la comida y la bebida, así como los pequeños gastos —prosiguió el señor Murdstone con gesto impaciente, casi airado—. Yo me ocuparé de tu alojamiento (que ya he concertado) y del lavado de tu ropa...

—Y yo tendré cuidado de que sus precios no sean excesivos —añadió su hermana.

—También te compraré las prendas de vestir —dijo el señor Murdstone—, ya que aún no estás en condiciones de atender ese gasto. De modo que ahora te irás a Londres con el señor Quinion, David, para empezar a vivir por tu cuenta.

—En pocas palabras, tienes un empleo —afirmó su hermana—; y espero que te dignes cumplir con tu deber.

Aunque me di cuenta de que lo único que pretendían era deshacerse de mí, soy incapaz de recordar si me sentí dichoso o asustado. Supongo que estaba tan confuso que oscilaba entre esos dos sentimientos, sin llegar a decantarme por ninguno. Y tampoco tuve mucho tiempo para aclarar mis ideas, pues el señor Quinion se marchaba al día siguiente.

Heme aquí la mañana de nuestra partida, con mi viejo sombrero blanco, rodeado de un crespón negro en señal de luto por mi madre, con una chaqueta negra y unos pantalones de dura y gruesa pana, que la señorita Murdstone consideraba la mejor armadura para mis piernas en esa lucha con el mundo que me disponía a iniciar. Imaginadme así vestido, con lo poco que poseía dentro de un pequeño baúl, solo y desamparado (como hubiera dicho la señora Gummidge), en la silla de posta que conducía al señor Quinion hasta Yarmouth, donde tomaría la diligencia de Londres. Nuestra casa y la iglesia van disminuyendo en la distancia; la tumba al pie del árbol desaparece, pues otros objetos se interponen; la aguja del campanario deja de señalar el lugar donde yo jugaba, y el cielo queda desierto.

XI

Empiezo a vivir por mi cuenta, y no me gusta

Conozco ya lo suficiente el mundo para haber casi perdido la capacidad de sorprenderme demasiado por algo; pero sigo aún sin comprender con qué facilidad me abandonaron a tan corta edad. Me cuesta creer que nadie intercediera por un niño inteligente, observador, perspicaz, apasionado, vulnerable y sensible. Sin embargo, así fue; y a los diez años me convertí en el último peón al servicio de Murdstone y Grinby.

Los almacenes estaban situados a orillas del Támesis, en Blackfriars. Recientes reformas han transformado el lugar; pero entonces era la última casa de una torcida callejuela que descendía hasta el río, con unos escalones al final, que servían de embarcadero. Era un edificio viejo y destartado que tenía su propio muelle, próximo al agua cuando la marea era alta y al fango cuando era baja, y literalmente invadido por las ratas. Sus habitaciones, recubiertas con paneles de madera y descoloridas por el humo y por la suciedad de más de un siglo; las escaleras y los entarimados podridos; los chillidos y las peleas de las viejas ratas grises en la bodega; y la falta de limpieza y la podredumbre del lugar, continúan presentes en mi imaginación, del mismo modo que si, en vez de pertenecer al pasado, estuvieran en este instante ante mis ojos. Y aparecen ante mí, como en aquella hora aciaga en que entré allí por primera vez y le di una mano temblorosa al señor Quinion.

Murdstone y Grinby comerciaban con gente de toda clase y condición, pero el suministro de vinos y licores a ciertos paquebotes constituía una parte importante de su negocio. He olvidado su destino, pero creo que algunos de ellos iban a las Indias Orientales y a las Indias Occidentales. Sé que una gran cantidad de botellas vacías eran consecuencia de ese tráfico, y que se necesitaba un elevado número de hombres y de niños para examinarlas a contraluz, desechar las que tenían grietas, y limpiar y lavar las que estaban

bien. Cuando éstas escaseaban, había etiquetas que pegar en las botellas llenas, o corchos que ajustar, o precintos que poner, o botellas ya listas que colocar dentro de las cajas. Y ése era mi trabajo, así como el de otros niños.

Éramos tres o cuatro, incluyéndome a mí. Mi lugar estaba en un rincón del almacén, donde el señor Quinion podía verme siempre que lo deseaba, subiéndose al travesaño inferior del taburete que tenía en su despacho y mirando por el cristal que había encima de su mesa. Fue allí donde conocí, la mañana de mi llegada (cuando, con tan buenos auspicios, empezaba a vivir por mi cuenta), al muchacho más antiguo de Murdstone y Grinby, a quien encargaron que me enseñase mi trabajo. Se llamaba Mick Walker y llevaba un delantal andrajoso y un gorro de papel. Me contó que su padre tenía una barcaza y desfilaba con un sombrero de terciopelo negro en la fiesta del señor alcalde. También me dijo que nuestro principal compañero de trabajo sería otro niño, que me presentó con el extraño apelativo de Patata Enharinada. Descubrí, sin embargo, que ése no era su nombre de pila, sino un apodo que le habían puesto en el almacén, a causa de su tez pálida como la harina. El padre de Patata Enharinada era aguador, además de tener el honor de ser bombero en uno de los teatros más grandes de la ciudad; donde una joven familiar de nuestro amigo –creo que su hermana menor– hacía el papel de duende en las pantomimas.

No existen palabras para expresar la angustia que sentí al verme arrojado entre aquellos muchachos; comparé a los que iban a ser mis nuevos compañeros, día tras día, con aquellos otros de mi infancia más feliz... y no digamos con Steerforth, Traddles y los demás niños del internado; y todos mis anhelos de llegar a ser un hombre culto y distinguido murieron dentro de mí. Es imposible describir mi desesperanza; la vergüenza que me inspiraba mi situación; el dolor de pensar que cuanto había aprendido y meditado, cuanto me había hecho feliz, cuanto había estimulado mi imaginación y mi ambición, iría borrándose poco a poco, antes de caer para siempre en el olvido. En el curso de aquella mañana, siempre que Mick Walker me dejaba solo, mezclaba mis lágrimas con el agua de fregar botellas; y sollozaba como si también mi corazón se hubiera agrietado y corriese peligro de estallar.

El reloj del despacho marcaba las doce y media y la gente se preparaba para salir a almorzar, cuando el señor Quinion golpeó en el cristal y me hizo señas para que fuera a verlo. Al entrar en su oficina, encontré a un caballero de mediana edad, más bien corpulento, que vestía un sobretodo marrón, unos pantalones negros bastante ajustados y unos zapatos oscuros; y tenía menos

cabellos en la cabeza (enorme y muy brillante) que un huevo. El desconocido volvió su ancho rostro hacia mí. Su ropa estaba vieja y desgastada, pero lucía un espectacular cuello de camisa. Tenía un elegante bastón, del que colgaban dos borlas ajadas, y un monóculo por fuera de su chaqueta; aunque, según me enteré después, sólo era un adorno, pues rara vez lo utilizaba y, cuando lo hacía, no veía nada en absoluto.

—He aquí al muchacho —dijo el señor Quinion, señalándome.

—Así que éste es el señor Copperfield —exclamó el desconocido, con cierta condescendencia en su voz, y adoptando el aire, difícil de describir, de persona muy distinguida (que me impresionó sobremanera)—. ¿Cómo está, caballero?

Le contesté que muy bien, y que esperaba que también él lo estuviera. Sabe Dios que me encontraba bastante mal; pero en aquella época de mi vida, no tenía por costumbre quejarme, de modo que le dije que estaba muy bien y que esperaba que también él lo estuviera.

—Gracias a Dios, me encuentro perfectamente —respondió el caballero—. He recibido una carta del señor Murdstone en la que me pide que le hospede en una habitación de la parte trasera de la casa, que en estos momentos está desocupada; en una palabra, que pienso alquilar como... dormitorio —añadió sonriendo, en un arranque de confianza— al joven aprendiz a quien ahora tengo el gusto de...

Y el desconocido hizo un gesto con la mano y hundió su barbilla en el cuello de la camisa.

—Le presento al señor Micawber —dijo el señor Quinion.

—¡Ejem! —exclamó el caballero—. Ése es mi nombre.

—El señor Micawber —prosiguió el señor Quinion— es un conocido del señor Murdstone. Recibe una comisión por los pedidos que hace a nuestra empresa, si es que logra hacer alguno. El señor Murdstone le ha escrito para pedirle que le alojara, de modo que será su inquilino.

—Mi dirección —señaló el señor Micawber— es Windsor Terrace, City Road. Yo... en una palabra —prosiguió con el mismo aire distinguido y en un nuevo arranque de confianza—, vivo allí.

Le saludé con una ligera inclinación.

—Como tengo la impresión de que sus peregrinaciones por esta metrópoli

han sido hasta ahora muy escasas, y de que no le resultará fácil penetrar en los laberintos de la moderna Babilonia para dirigirse a City Road... En una palabra –agregó el señor Micawber en otro arranque de confianza–, para que no se pierda, será un placer para mí venir a buscarle esta noche, a fin de señalarle el camino más corto.

Le di las gracias de todo corazón, pues era muy amable por su parte tomarse tantas molestias.

–¿A qué hora –inquirió el señor Micawber– debo...?

–A eso de las ocho –repuso Quinion.

–A eso de las ocho. Le deseo muy buenos días, señor Quinion. No le importunaré más.

Después de ponerse el sombrero, se marchó con el bastón bajo el brazo, muy erguido; y, en cuanto salió del despacho, empezó a tararear una canción.

El señor Quinion aprovechó la ocasión para aconsejarme que trabajara de firme en el almacén de Murdstone y Grinby, por un salario de seis chelines a la semana. No recuerdo con exactitud si eran seis o siete. Me inclino a pensar que al principio eran seis y después, siete. Me pagó una semana por adelantado (de su propio bolsillo, según creo), y yo le entregué seis peniques a Patata Enharinada para que me llevara aquella noche el baúl a Windsor Terrace, ya que, a pesar de lo pequeño que era, pesaba demasiado para mí. Pagué otros seis peniques por el almuerzo, un pastel de carne y una ronda en la bomba de agua cercana; y paseé por las calles hasta que terminó la hora que nos daban libre para comer.

El señor Micawber reapareció a la hora acordada. Me lavé el rostro y las manos, en honor a su elegancia, y nos encaminamos juntos a nuestra casa, pues supongo que es así como debo llamarla ahora. A medida que avanzábamos, mi acompañante iba señalando los nombres de las calles y el aspecto de las casas que formaban las esquinas, con el fin de que por la mañana encontrase sin dificultad el camino de vuelta.

Cuando llegamos a Windsor Terrace (cuyo aspecto me pareció tan desastroso y, al mismo tiempo, tan extravagante como el propio señor Micawber), me presentó a su mujer, una dama delgada y marchita, nada joven, que lo esperaba sentada en la sala, amamantando a un bebé (el primer piso carecía de muebles, y las persianas estaban bajadas para engañar al vecindario). Este niño era uno de los gemelos; y he de señalar aquí que,

mientras viví con esa familia, rara vez vi a los dos pequeños separados al mismo tiempo de la señora Micawber. Siempre había uno de ellos alimentándose.

Tenían otros dos hijos: el señorito Micawber, de unos cuatro años de edad, y la señorita Micawber, de alrededor de tres. Completaba el cuadro familiar una criada joven y morena, que acostumbraba a resoplar; no había transcurrido ni media hora desde mi llegada y ya me había informado de que era huérfana y de que procedía del hospicio de San Lucas. Mi dormitorio estaba en el último piso, en la parte trasera de la casa: una habitación mal ventilada, con escaso mobiliario y las paredes recubiertas de un papel en el que mi imaginación infantil veía infinidad de pequeños bizcochos azules.

—Jamás se me ocurrió pensar antes de casarme —dijo la señora Micawber, cuando subió, naturalmente con uno de sus gemelos, a enseñarme el dormitorio y se sentó para recobrar el aliento—, mientras vivía con papá y con mamá, que algún día necesitaría coger inquilinos. Pero el señor Micawber se encuentra en dificultades, así que habrá que olvidar los sentimientos personales.

—Sí, señora —asentí.

—En este momento, las dificultades del señor Micawber son abrumadoras; no sé si podrá salir a flote. Cuando vivía con papá y con mamá, no creo que hubiera entendido el significado de esa palabra, en el sentido en que ahora la empleo; pero, como decía papá, la experiencia enseña.

No podría asegurar si fue ella quien me contó que el señor Micawber había sido oficial de Marina, o si lo imaginé yo. Pero siempre he estado convencido de que en algún momento perteneció a la Armada, sin saber bien por qué. Ahora hacía recados para distintos comercios de la ciudad, aunque me temo que aquello apenas le producía ganancias.

—Si los acreedores del señor Micawber no le conceden más tiempo —prosiguió su esposa— tendrán que afrontar las consecuencias; y cuanto antes termine todo, tanto mejor. No se puede sacar sangre de una piedra; y tampoco se puede sacar nada a cuenta del señor Micawber en estos momentos (por no hablar de los costes legales).

Nunca he podido comprender si fue mi precoz independencia lo que indujo a la señora Micawber a olvidar mi edad, o si aquel asunto la atormentaba de tal modo que habría sido capaz de hablar de él incluso a los gemelos, de no haber tenido otro interlocutor; en cualquier caso, ésa fue su

pauta de comportamiento durante el tiempo en que la traté.

¡Pobre señora Micawber! Aseguraba haberlo intentado todo; y sin duda era cierto. En la puerta de la calle había una gran placa de bronce donde podía leerse: «Internado para señoritas de la señora Micawber». Pero nunca supe de ninguna joven que hubiera acudido a recibir lecciones; de ninguna joven que hubiese entrado allí, o tuviera intención de hacerlo. Y jamás se hizo el menor preparativo para recibir a una de esas señoritas. Los únicos visitantes que vi y oí en aquella casa fueron los acreedores. Solían venir a todas horas, y algunos parecían furiosos. Un hombre con la cara muy sucia, zapatero, según creo, acostumbraba a ponerse en el pasillo de entrada a las siete de la mañana, y vociferaba por las escaleras:

—¡Vamos, Micawber! Sé que no ha salido todavía. ¿Quiere pagarnos de una vez? No se esconda, es una ruindad. Si yo fuese usted, no me comportaría así. ¿Es que no piensa pagarnos? ¡Vamos, páguenos de una vez!

Al ver que sus reproches no obtenían respuesta, su ira aumentaba y pasaba a los insultos:

—¡Estafadores! ¡Ladrones!

Y, como tampoco éstos surtían efecto, a veces cruzaba la calle y gritaba enfurecido mirando hacia las ventanas del segundo piso, donde sabía que se encontraba el señor Micawber. Mientras tanto, éste parecía sumirse en la desesperación y llegaba incluso a amenazar con cortarse el cuello con una navaja de afeitar (me enteré en una ocasión, al oír los gritos de su mujer); pero, media hora después, sacaba brillo a sus zapatos con gran esmero y se marchaba, tarareando una canción, con un aire más distinguido que nunca. La señora Micawber era tan acomodaticia como él. La he visto perder el conocimiento a las tres de la tarde, porque venía el recaudador de impuestos, y comer chuletas de cordero empanadas y beber cerveza tibia (compradas después de empeñar dos cucharillas de té) a las cuatro. Cierta día en que embargaron la casa y yo regresé casualmente antes de lo habitual, a las seis en punto, la encontré tendida en el suelo (con uno de los gemelos, por supuesto), desvanecida a los pies de la chimenea, con los cabellos cubriéndole el rostro; y, sin embargo, jamás la he visto tan contenta como aquella misma noche, saboreando sus costillas de ternera delante del fuego de la cocina, mientras me contaba historias de su papá y de su mamá, así como de la gente con la que solían alternar.

Pasaba mis horas libres en aquel hogar y con aquella familia. Me veía

obligado a comprar mi propio desayuno, que consistía en un penique de pan y otro de leche. Para cenar, cuando volvía del trabajo, guardaba un pequeño panecillo con un poquito de queso en un estante especial de una alacena especial. Eso reducía los seis o siete chelines, lo sé muy bien; y estaba todo el día en el almacén, y tenía que mantenerme toda la semana con aquel dinero. Desde el lunes por la mañana hasta el sábado por la noche, nadie me daba consejos, ni me infundía ánimos, ni me ofrecía consuelo, apoyo o ayuda. ¡Y eso es tan cierto como mi esperanza de ir al Cielo!

Era tan joven e inexperto, y estaba tan poco preparado (¿cómo podía ser de otro modo?) para tomar las riendas de mi propia vida que, a menudo, cuando me dirigía a Murdstone y Grinby por las mañanas, no podía resistir la tentación de comprarme los dulces ya pasados, que vendían a mitad de precio en las puertas de las pastelerías, y me gastaba en ellos el dinero del almuerzo. Entonces me quedaba sin comer, o compraba un panecillo o un pedazo de budín. Me acuerdo de dos tiendas donde vendían budín, que yo frecuentaba alternativamente, según el estado de mis finanzas. La primera, que ya no existe, estaba situada en una pequeña plaza cerca de la iglesia de San Martín, en la parte trasera de ésta. Su especialidad era el budín de grosellas, delicioso pero muy caro, pues la misma porción que en otros lugares valía un penique, allí costaba dos. La segunda era un buen establecimiento para comprar budines más corrientes y se encontraba en el Strand, en uno de los edificios que más tarde fueron reconstruidos. Era un budín pálido, compacto, soso e indigesto, con enormes pasas muy espaciadas. Todos los días acababa de salir del horno cuando yo pasaba, y con frecuencia se convertía en mi almuerzo. Cuando hacía una comida digna de ese nombre, ésta consistía en una salchicha seca y un pan de un penique, o un plato de carne de buey de cuatro peniques que compraba en una casa de comidas; o pan con queso y un vaso de cerveza, de una miserable taberna que había enfrente de nuestro almacén, y que todos llamaban El León o El León y No-sé-qué; lo he olvidado. Recuerdo un día en que me llevé mi pan debajo del brazo (lo había traído desde casa), envuelto en un trozo de papel, como si fuera un libro, y me fui solo a una casa muy famosa por su estofado de vaca *alamode*, cerca de Drury Lane, donde pedí un «pequeño plato» de esa exquisitez para acompañarlo. Ignoro qué pensaría el camarero de aquella extraña y diminuta aparición; pero aún puedo ver cómo me miraba con asombro mientras comía, y cómo llamó a su compañero para que no se perdiera la escena. Le di medio penique de propina, y ojalá no lo hubiera aceptado.

Creo que nos dejaban media hora libre para tomar el té. Cuando tenía

suficiente dinero, me compraba media pinta de café y una rodaja de pan con mantequilla. Cuando no era así, solía contemplar el escaparate de una tienda donde vendían carne de venado en Fleet Street; o iba caminando hasta el mercado de Covent Garden y admiraba las piñas tropicales. Me gustaba pasear por los alrededores del Adelphi, pues me parecía un lugar misterioso, con aquellos arcos tan oscuros. Me veo pasar bajo ellos, un atardecer, y llegar a una pequeña taberna junto al río. Tenía una explanada delante, donde unos descargadores de carbón bailaban, y yo me senté en un banco para mirarlos. Me gustaría saber qué pensarían de mí.

Era tan pequeño y tan niño que, con frecuencia, cuando me acercaba al mostrador de una casa de bebidas desconocida y pedía un vaso de cerveza rubia o negra para mojar en ella mi comida, tenían miedo de dármele. Me acuerdo de una calurosa noche en que entré en una taberna y dije al dueño:

—¿Cuánto cuesta un vaso de vuestra mejor... *realmente mejor* cerveza?

Pues se trataba de una ocasión especial. No sé cuál. Es posible que fuera mi cumpleaños.



Mi magnífica petición en la taberna

—Dos peniques y medio —contestó—; es el precio de la cerveza «Auténtico Prodigio».

—Entonces —exclamé yo, sacando el dinero—, sírvame una jarra de ella, con mucha espuma.

El tabernero me miró de arriba abajo, por encima de la barra, con una

extraña sonrisa en los labios; y, en lugar de darme la cerveza, miró detrás de una mampara y comentó algo a su mujer. Ésta apareció con su labor en la mano, y se puso también a examinarme. Todavía me parece vernos a los tres. El tabernero en mangas de camisa, apoyado en el marco de la ventana; su mujer mirando por encima del mostrador; y yo, bastante desconcertado, contemplándolos desde el otro lado. Me hicieron muchas preguntas: cómo me llamaba, qué edad tenía, dónde vivía, cuál era mi empleo y cómo había llegado allí.

Para no comprometer a nadie, me temo que inventé las respuestas más oportunas. Me sirvieron la cerveza, aunque sospecho que no era la «Auténtico Prodigio»; y la esposa del tabernero, abriendo la tapa del mostrador, me devolvió el dinero y me dio un beso, entre admirada y compasiva. Estoy seguro de que puso en él toda su ternura.

Sé que no exagero, de forma involuntaria o inconsciente, la escasez de mis ingresos o las dificultades de mi vida. Sé que, si alguna vez el señor Quinion me daba un chelín, me lo gastaba en una comida o en un té. Sé que trabajaba desde la mañana hasta la noche, casi en harapos, con hombres y con niños de condición humilde. Sé que deambulaba por las calles, escasamente alimentado. Sé que estaba tan desvalido que, sin la misericordia divina, podía haberme convertido fácilmente en un ladrón o en un vagabundo.

Con todo, en Murdstone y Grinby me trataban con cierto respeto. El señor Quinion me consideró siempre diferente de los demás, a pesar de ser un hombre superficial y muy ocupado, enfrentado a un hecho tan anómalo; y yo jamás le conté a nadie, hombre o niño, por qué estaba allí, ni dejé que sospecharan lo desgraciado que me sentía. Sufría en secreto, y únicamente yo sabía con cuánta intensidad. Como he explicado ya, me resulta imposible describir mi profundo desconsuelo. Pero me lo guardé para mí e hice mi trabajo. Desde el principio comprendí que, si no era capaz de hacer lo que me ordenaban tan bien como los demás, nadie me libraría de las burlas y del desprecio de mis compañeros. No tardé en ser al menos tan rápido y tan hábil como cualquiera de los otros niños. Aunque me dirigía a ellos con familiaridad, mi conducta y mis modales se diferenciaban lo bastante de los suyos para que guardaran las distancias. Todos me conocían como «el pequeño caballero» o «el joven de Suffolk». Sólo Gregory, el capataz de los embaladores, y Tipp, un carretero que vestía una chaqueta roja, me llamaban a veces «David»; pero era sobre todo en los momentos de mayor intimidad, cuando yo había intentado distraerlos, mientras trabajábamos, con algunas de

mis viejas lecturas, que iban borrándose rápidamente de mi memoria. Patata Enharinada protestó en una ocasión por la deferencia con que me trataban; pero Mick Walker lo calmó en seguida.

No albergaba la menor esperanza de que alguien me rescatara de aquella vida, así que abandoné toda expectativa. Estoy profundamente convencido de que jamás me resigné a mi suerte, y de que siempre me sentí muy desgraciado; pero lo soporté. Y ni siquiera le conté la verdad a Peggotty en mis cartas (aunque nos escribíamos a menudo), en parte por amor a ella, en parte por vergüenza.

Las dificultades del señor Micawber se sumaron a mis preocupaciones. Me sentía tan abandonado que tomé mucho cariño a su familia, y solía ir de un lado a otro, calculando los medios y los ingresos de la señora Micawber, agobiado por el peso de las deudas de su marido. El sábado por la noche, que era mi gran día –no sólo porque llevaba seis o siete chelines en el bolsillo, e iba mirando los escaparates y pensando qué podría comprarme con ellos, sino también porque regresaba a casa más temprano–, la señora Micawber me hacía las confidencias más dolorosas. Lo mismo ocurría el domingo por la mañana, cuando me preparaba la ración de té o de café que había comprado la noche anterior y me sentaba tranquilamente a desayunar. No era nada extraño que el señor Micawber empezara nuestras conversaciones del sábado entre violentos sollozos, aunque acabase la noche cantando la canción de la hermosa Nan y de Jack, su feliz enamorado. Lo he visto llegar a la hora de la cena deshecho en llanto, declarando que no tenía otra opción que ir a la cárcel; y acostarse calculando cuánto costaría colocar ventanas saledizas en la casa, «en caso de que surgiera algo», su expresión favorita. Y la señora Micawber era exactamente igual que su marido.

Entre esas personas y yo se estableció una curiosa camaradería, originada, supongo, por nuestras circunstancias respectivas, a pesar de la cómica disparidad de nuestras edades. Sin embargo, jamás consentí que me invitaran a comer o a beber (conociendo sus desavenencias con el carnicero y con el panadero, y que apenas tenían lo necesario), hasta que la señora Micawber me abrió su corazón. Y lo hizo una noche, de la manera siguiente:

–Señor Copperfield –dijo la señora Micawber–, como le considero casi un miembro de la familia, le diré que las dificultades del señor Micawber están a punto de hacer crisis.

Me entristeció mucho oír aquello, y miré los ojos enrojecidos de la señora

Micawber con la máxima condolencia.

—Si exceptuamos la corteza de un queso holandés, que no sirve para satisfacer las necesidades de unos niños —afirmó—, no queda absolutamente nada en nuestra despensa. Cuando yo vivía con papá y con mamá, acostumbraba a hablar de la despensa de forma casi inconsciente. Lo que quiero decir es que no hay nada que comer en casa.

—¡Santo Dios! —exclamé, muy alarmado.

Yo tenía en el bolsillo dos o tres chelines de mi paga semanal (por lo que deduzco que debía de ser un miércoles por la noche); me apresuré a sacarlos y, con sincera emoción, rogué a la señora Micawber que los aceptara como un préstamo. Pero ella me besó y me obligó a guardarlos de nuevo, asegurando que no podía consentirlo.

—No, mi querido señor Copperfield —añadió—, ¡nada más lejos de mi pensamiento! Pero tiene usted más discernimiento que cualquier joven de su edad y, si lo desea, puede prestarme otro servicio por el que le estaré muy agradecida.

Pedí a la señora Micawber que me dijese cuál era.

—Yo me he desprendido ya de la vajilla —replicó—. He empeñado personalmente, sin que nadie se entere, seis cucharillas de té, dos de sal y unas pinzas de azúcar. Pero estoy muy atareada con los gemelos; y, cuando recuerdo la vida que llevaba con papá y con mamá, estas transacciones me resultan muy dolorosas. Todavía me quedan algunas bagatelas de las que podríamos desprendernos. El señor Micawber sería incapaz de deshacerse de ellas, sufriría demasiado; y Clickett, la muchacha del hospicio, es tan vulgar que, si yo le hiciera demasiadas confidencias, se tomaría unas libertades que me resultarían muy dolorosas. Señor Copperfield, si pudiera pedirle...

Comprendí entonces lo que la señora Micawber quería decir, y le ofrecí sinceramente mis servicios. Empecé aquella misma noche a llevarme los objetos más manejables; y casi todas las mañanas realizaba alguna expedición de esa naturaleza antes de dirigirme a Murdstone y Grinby.

El señor Micawber tenía algunos libros en una pequeña alacena que él denominaba su biblioteca, y empezamos por ellos. Los llevé, uno tras otro, a un pequeño puesto que había en City Road (la parte más cercana a nuestro domicilio estaba llena de puestos de pájaros y de libros) y los vendí por lo que su dueño quiso darme. Este librero, que vivía en una casita detrás del puesto,

solía emborracharse por las noches y recibir una violenta reprimenda de su mujer por las mañanas. En más de una ocasión, cuando yo iba muy temprano, me recibía en una cama plegable con un corte en la frente o un ojo morado, que atestiguaban sus excesos nocturnos (me temo que, cuando bebía, se volvía muy pendenciero); y buscaba los chelines que debía pagarme con mano temblorosa en los bolsillos de su ropa, que estaba tirada en el suelo, mientras su mujer, mal vestida y con un bebé en los brazos, le reñía sin cesar. A veces había perdido el dinero, y entonces me pedía que volviera más tarde; pero su mujer siempre tenía alguna moneda –tal vez se las quitara a él cuando estaba borracho– y salía conmigo a las escaleras para concluir el negocio a sus espaldas.

También empecé a ser muy conocido en la casa de empeños. El caballero que solía estar detrás del mostrador se interesaba mucho por mí; y recuerdo que a menudo me hacía declinar un sustantivo o un adjetivo latino, o conjugar un verbo, mientras él despachaba mis asuntos. Después de aquellas transacciones, a la señora Micawber le gustaba tener un detalle conmigo, y casi siempre me invitaba a cenar; aquellas veladas tenían un encanto muy especial.

Finalmente, las dificultades del señor Micawber hicieron crisis, y una mañana fue arrestado y conducido a la prisión de King's Bench.^[20] Cuando abandonaba la casa, me dijo que el Dios del día jamás saldría de nuevo para él; y tuve el convencimiento de que su corazón estaba destrozado, al igual que el mío. Pero después me enteré de que, antes del mediodía, lo habían visto jugar muy animado una partida de bolos.

El primer domingo tras su detención, fui a visitarlo y a almorzar con él. Tuve que preguntar el camino, y me explicaron que, justo antes de llegar, encontraría otro edificio, y muy cerca de éste, un patio que debía cruzar, antes de seguir recto hasta encontrar a un vigilante. Seguí todas esas indicaciones; y, cuando por fin di con él (¡pobre de mí! ¡Era tan pequeño!), recordé que Roderick Random, durante su estancia en la cárcel por deudas, había visto a un hombre que sólo cubría su cuerpo con una vieja manta. Y el corazón me latía tan fuerte que sólo percibí una imagen borrosa del carcelero.

El señor Micawber me esperaba al otro lado de la puerta; subimos a su habitación (en el penúltimo piso) y lloramos mucho juntos. Me suplicó que aprendiese de sus errores; y que no olvidara jamás que, si un hombre tenía una renta anual de veinte libras y gastaba diecinueve libras, diecinueve chelines y medio penique, sería feliz, pero si gastaba veintiuna libras, sería

muy desgraciado. Acto seguido, me pidió prestado un chelín para comprar cerveza negra, redactó un pagaré para que la señora Micawber me abonara dicha cantidad, guardó el pañuelo en su bolsillo y recuperó el buen humor.

Nos sentamos junto a un pequeño fuego, con dos ladrillos bajo una oxidada parrilla, uno a cada lado, para no consumir demasiado carbón; hasta que otro condenado por deudas, que compartía alojamiento con el señor Micawber, llegó de la panadería con las chuletas que íbamos a comer. Después me enviaron a la habitación del «capitán Hopkins», en el piso de arriba, para saludarle de parte del señor Micawber, explicarle que yo era un joven amigo suyo y rogarle que me prestara un cuchillo y un tenedor.

El capitán Hopkins me dejó los cubiertos, presentando también sus respetos al señor Micawber. En su pequeño cuarto, había una mujer muy sucia y dos niñas pálidas y flacas con los cabellos despeinados. Pensé que era mejor pedirle el cuchillo y el tenedor que el peine. El propio capitán tenía un aspecto de lo más desaliñado, con sus enormes bigotes y un viejísimo gabán de color marrón, sin más ropa de abrigo debajo. Vi su colchón enrollado en un rincón; y todos sus platos, fuentes y pucheros, encima de un estante; y adiviné (¡Dios sabe cómo!) que, aunque las dos niñas de las greñas eran hijas suyas, la señora sucia no estaba casada con él. Me quedé tímidamente en el umbral, dos minutos como mucho; pero volví a bajar las escaleras tan seguro de lo que acabo de escribir, como que el cuchillo y el tenedor estaban en mi mano.

Hubo algo de bohemio y de muy agradable en nuestro almuerzo. Devolví al capitán Hopkins su cuchillo y su tenedor a primera hora de la tarde, y regresé a casa para consolar a la señora Micawber con el relato de mi visita. Se desmayó al verme entrar, pero luego preparó una pequeña jarra de ponche con huevo para animarnos mientras hablábamos.

Ignoro cómo se vendieron los muebles en beneficio de la familia, o quién se ocupó de ello; sólo sé que no fui yo. En cualquier caso, se llevaron todo en un carro de mudanzas, excepto la cama, unas pocas sillas y la mesa de la cocina. Con estas pertenencias, la señora Micawber, los niños, la joven huérfana y yo acampamos, si así puede llamarse, en los dos salones vacíos de Windsor Terrace; y vivíamos en aquellas estancias noche y día. No recuerdo cuánto duró esa situación, aunque creo que bastante tiempo. Finalmente, la señora Micawber decidió trasladarse a la prisión, donde su marido había conseguido un cuarto para él solo. Entregué, pues, la llave de la casa a su propietario, que se puso muy contento de recuperarla; y enviamos todas las camas a King's Bench, a excepción de la mía. Alquilé una pequeña habitación

en las cercanías de esa institución, lo que me alegró sobremanera, pues los Micawber y yo estábamos demasiado habituados a vivir juntos y a compartir nuestras desgracias para separarnos. También la joven huérfana encontró un alojamiento muy barato en la vecindad. El mío era una tranquila buhardilla, en la parte trasera de un inmueble, con el techo inclinado y bonitas vistas a un almacén de madera. Y, cuando tomé posesión de él, pensando que por fin las dificultades del señor Micawber habían hecho crisis, me pareció un verdadero paraíso.

Entretanto, seguía en Murdstone y Grinby, dedicado a las mismas tareas vulgares, con los mismos compañeros vulgares, y con el mismo sentimiento de degradación inmerecida que tuve desde el principio. Sin embargo, por suerte para mí, jamás hice una sola amistad, ni hablé con ninguno de los numerosos muchachos que encontraba diariamente al dirigirme al almacén, al salir de él, o al vagar por las calles durante las horas de la comida. Continué llevando la misma vida triste y solitaria, sin depender de nadie. Los únicos cambios de los que soy consciente fueron, en primer lugar, que mi apariencia se volvió cada día más harapienta y, en segundo lugar, que me sentí muy aliviado al librarme de las preocupaciones del señor y de la señora Micawber; pues algunos parientes o amigos habían acudido en su ayuda en aquel difícil trance, y lo cierto es que llevaban mucho tiempo sin vivir con tanta comodidad como en la cárcel. Yo desayunaba con ellos todos los días, en virtud de algún trato cuyos detalles he olvidado. Tampoco recuerdo la hora en que abrían la verja de entrada, para dejarme pasar; sólo sé que me levantaba a menudo a las seis de la mañana, y que mi lugar de espera preferido era el viejo Puente de Londres. Me acuerdo de que solía sentarme en uno de sus huecos de piedra, contemplando a los viandantes, y que me asomaba por encima del pretil para mirar el sol, que brillaba en el agua e iluminaba las llamas doradas en lo alto del Monumento.^[21] Algunas veces, la joven huérfana me acompañaba y yo le contaba historias fabulosas de los muelles y de la Torre; y lo único que puedo decir de esos relatos es que supongo que yo también me los creía. Por las noches, tenía la costumbre de volver a la prisión; y caminaba de un extremo a otro del paseo con el señor Micawber, o jugaba al casino con la señora Micawber, mientras me contaba sus recuerdos de papá y de mamá. No podría decir si el señor Murdstone sabía dónde me hospedaba. Jamás dije nada en Murdstone y Grinby.

Los asuntos del señor Micawber, a pesar de haber hecho crisis, tenían difícil solución debido a cierta «escritura», de la que yo oía hablar muy a menudo. En la actualidad, estoy convencido de que se trataba de un acuerdo

anterior con los acreedores; pero, en aquel entonces, estaba tan lejos de poder comprenderlo, que soy consciente de haber confundido el documento en cuestión con ciertos pergaminos satánicos, antaño tan extendidos en Alemania.^[22] Finalmente, aquel escrito desapareció, ignoro por qué motivo; en cualquier caso, dejó de ser un escollo. Y la señora Micawber me contó que «su familia» había decidido que el señor Micawber solicitara la libertad, recurriendo a la ley de deudores insolventes, por lo que podría ser excarcelado en seis semanas.

—Y, si Dios quiere —exclamó su marido, que se hallaba también presente—, estoy convencido de que todo irá bien y de que viviremos de un modo muy diferente... en una palabra, «si surge algo».

Para no omitir nada, diré que el señor Micawber, por aquel entonces, redactó una petición dirigida a la Cámara de los Comunes, en la que solicitaba que modificaran la ley de encarcelamiento por deudas. Si traigo a colación este recuerdo es porque me parece un ejemplo de cómo apliqué mis antiguas lecturas a mi nueva vida, y empecé a inventar mis propias historias a partir de las calles, de los hombres y de las mujeres; y de cómo algunos rasgos determinantes de mi carácter, que iré desvelando inconscientemente, supongo, al escribir mi vida, iban formándose poco a poco mientras tanto.

Había un club dentro de la prisión, en el que el señor Micawber, en su condición de caballero, era un personaje importante. Cuando expuso allí la idea de su petición, sus compañeros aprobaron la iniciativa entusiasmados. En consecuencia, el señor Micawber (que era el mejor de los hombres, además del más activo, salvo en lo concerniente a sus propios asuntos, y que jamás se sentía tan feliz como cuando trabajaba en algo que no le reportaba beneficios) se puso manos a la obra: escribió la solicitud, la copió en grandes letras en una gigantesca hoja de papel, la extendió sobre una mesa, y convocó a los miembros del club, así como a los demás habitantes de la cárcel, a firmar el documento en su habitación, si lo deseaban.

Aunque ya conocía a la mayor parte de los reclusos, y ellos me conocían a mí, cuando me enteré de la proximidad de dicha ceremonia, sentí tantos deseos de verlos llegar, uno tras otro, que conseguí una hora libre en Murdstone y Grinby, y me situé en un rincón para no perderme detalle. Los miembros más destacados del club que pudieron entrar en la habitación sin llenarla del todo estamparon su firma junto a la del señor Micawber, mientras mi viejo amigo el capitán Hopkins (que se había lavado para hacer honor a la ocasión) se colocaba a su lado con el fin de leer la petición a cuantos no

conocieran el contenido. Abrieron entonces la puerta de par en par, y empezaron a entrar los otros presos, que formaban una larga cola; pasaban de uno en uno, firmaban y volvían a salir, mientras los demás esperaban fuera. El capitán Hopkins iba preguntando a todos:

—¿Lo ha leído?

—No.

—¿Quiere que se lo lea?

Si el interrogado mostraba la menor disposición a escucharle, el capitán Hopkins le leía la solicitud de cabo a rabo, con voz fuerte y sonora. Y lo habría hecho veinte mil veces seguidas, si veinte mil personas hubieran deseado oírle. Recuerdo el énfasis con que pronunciaba algunas frases como «Los representantes del pueblo reunidos en el Parlamento», «Por todo ello los solicitantes se dirigen humildemente a vuestra honorable casa», «Los infortunados súbditos de Vuestra Graciosa Majestad», como si esas palabras fueran un manjar exquisito que él saboreara con deleite. El señor Micawber, entretanto, le escuchaba con la vanidad del autor y contemplaba (con aire indulgente) los clavos de la pared de enfrente.

En mis idas y venidas diarias de Southwark a Blackfriars, y en mi deambular a la hora del almuerzo por calles oscuras —cuyas piedras aún hoy, por lo que sé, pueden conservar huellas de mis pasos infantiles—, ¡me asombro de cuánta gente necesitada componía aquella multitud que volvía a desfilar ante mí, al oír el eco de la voz del capitán Hopkins! Cuando mis pensamientos vuelven ahora a la lenta agonía de mi juventud, ¡me asombro de cuántas historias de las que yo inventé sobre aquella gente flotan como una bruma de fantasía por encima de los hechos que recuerdo con exactitud! Y cuando vuelvo a pisar aquel viejo suelo, ¡no me asombra que me parezca ver, andando delante de mí, a un niño inocente y soñador, al que compadezco, y que va creando un mundo imaginario a partir de tan extrañas experiencias y tantas cosas sórdidas!

XII

Continúa sin gustarme el vivir por mi cuenta y tomo una importante decisión

A su debido tiempo, la petición del señor Micawber fue atendida y, para mi gran alegría, se dio la orden de poner en libertad a ese caballero, en virtud de la ley de deudores insolventes. Sus acreedores no se mostraron implacables; y la señora Micawber me informó de que incluso el vengativo zapatero había declarado en audiencia pública que no le guardaba rencor, aunque le gustaba cobrar sus deudas, lo cual era muy humano.

El señor Micawber volvió a King's Bench después del juicio, pues tenía que pagar algunas cuentas y cumplir algunas formalidades antes de quedar en libertad. El club lo recibió con entusiasmo y celebró en su honor una reunión musical; entretanto, la señora Micawber y yo cenamos un guiso de cordero, mientras los niños dormían a nuestro lado.

—Por tratarse de una ocasión tan especial, le serviré un poco más de ponche, señor Copperfield —dijo mi anfitriona—, en recuerdo de papá y de mamá.

—¿Han fallecido ya, señora? —inquirí, después de beber el ponche del brindis en un vaso de vino.

—Mamá dejó este mundo antes de que empezaran las dificultades del señor Micawber —me contestó—, o al menos antes de que resultaran demasiado agobiantes. Papá vivió lo suficiente para sacar de apuros al señor Micawber en varias ocasiones, y después expiró, siendo llorado por un amplio círculo de amistades.

La señora Micawber movió la cabeza, y derramó unas lágrimas sobre el gemelo que en esos momentos tenía en brazos.

Pensé que difícilmente volvería a presentarse una ocasión como aquélla para averiguar algo que me interesaba, así que le dije:

—Señora, ¿podría preguntarle qué piensan hacer ahora que su marido ha dejado de tener dificultades y se encuentra en libertad? ¿Han tomado alguna decisión?

—Mi familia —repuso la señora Micawber, que siempre pronunciaba esas dos palabras dándose aires, aunque jamás logré descubrir a quién se refería exactamente con ellas—, mi familia opina que el señor Micawber debería abandonar Londres y hacer uso de su ingenio en alguna ciudad de provincias. Mi marido es un hombre de mucho talento, señor Copperfield.

Le dije que estaba convencido de eso.

—De mucho talento —repitió—. Mi familia piensa que, con una recomendación, un hombre de sus cualidades podría encontrar empleo en la Administración de Aduanas. Como mi familia es muy influyente en la región, desea que el señor Micawber se traslade a Plymouth. Dicen que es indispensable que viva allí.

—¿Para estar preparado? —exclamé.

—En efecto. Para estar preparado... en caso de que surja alguna oportunidad.

—¿Y usted le acompañará, señora?

Los acontecimientos del día, combinados con los gemelos y quizá también con el ponche, habían destrozado los nervios de la señora Micawber, que me contestó llorando:

—Jamás abandonaré a mi marido. Es posible que en un principio me ocultara sus dificultades, pero tal vez su carácter optimista le indujo a creer que podría superarlas. Sé que vendimos el collar de perlas y las pulseras que había heredado de mamá a la mitad de su valor; y el aderezo de coral, regalo de boda de papá, prácticamente lo regalamos. Pero jamás abandonaré a mi marido. ¡Jamás! —sollozó la señora Micawber, más agitada que antes—. ¡Jamás lo haré! ¡Es inútil que me lo pidan!

Me sentí muy incómodo; parecía como si la señora Micawber hubiera creído que yo le proponía semejante cosa. La miré con inquietud.

—El señor Micawber tiene sus defectos. No niego que sea un hombre poco previsor, ni que me haya ocultado tanto sus ingresos como sus deudas —

agregó, mirando la pared—; pero ¡jamás lo abandonaré!

La señora Micawber había ido elevando la voz, y sus últimas palabras eran ya verdaderos gritos; me asusté tanto que corrí a la habitación donde se reunía el club e interrumpí al señor Micawber, que presidía una larga mesa y cantaba más fuerte que nadie:

¡Arre, Dobbin

Arre, Dobbin

Arre, Dobbin

Arre, arre ya!

Cuando le expliqué que su mujer se hallaba en un estado alarmante, rompió a llorar y se apresuró a venir conmigo, con el chaleco salpicado de cabezas y colas de los camarones que había estado comiendo.

—¡Emma, ángel mío! —exclamó el señor Micawber, mientras entraba corriendo en el cuarto—. ¿Qué ocurre?

—Jamás te abandonaré, Micawber —respondió ella.

—¡Vida mía! —dijo el señor Micawber, estrechándola en sus brazos—. Lo sé muy bien.

—¡Es el padre de mis hijos! ¡El padre de mis gemelos! ¡El esposo de mi alma! —gritó la señora Micawber, forcejeando—. ¡Jamás lo abandonaré!

El señor Micawber se sintió tan emocionado ante esa prueba de afecto (en cuanto a mí, estaba deshecho en llanto) que se inclinó sobre ella apasionadamente, suplicándole que lo mirara y se tranquilizase. Sin embargo, cuanto más le pedía que levantara la vista, más se extraviaba su mirada; y cuanto más le pedía que se calmase, más nerviosa parecía. En consecuencia, el señor Micawber no tardó en sentirse tan abrumado que unió sus lágrimas a las de la señora Micawber y a las mías; hasta que me rogó que sacara una silla al descansillo, mientras él acostaba a su mujer. Yo hubiera querido despedirme ya aquella noche, pero él se negó a dejarme marchar hasta que sonara la campana de las visitas. De modo que me senté junto a la ventana de la escalera, hasta que él salió con otra silla y se quedó conmigo.

—¿Cómo está la señora Micawber? —pregunté.

—Muy alicaída —respondió su marido, moviendo la cabeza—; es la reacción. ¡Ah! ¡Qué día tan terrible! Y ahora estamos solos en el mundo, y no nos queda nada...

El señor Micawber me apretó la mano, soltó un quejido y empezó a llorar.

Me sentí muy conmovido, aunque también decepcionado, pues siempre había creído que nos sentiríamos muy dichosos en tan feliz ocasión, ¡llevábamos tanto tiempo esperando que llegara! Pero supongo que el señor y la señora Micawber estaban tan habituados a sus viejas dificultades que tenían la impresión de ser unos naufragos, ahora que se veían libres de ellas. Toda la ductilidad de su carácter había desaparecido, y nunca me parecieron tan desgraciados como esa noche; y, cuando sonó la campana, y el señor Micawber me acompañó a la salida y se despidió de mí con una bendición, estaba tan afligido que tuve miedo de dejarlo solo.

Pero, en medio de la confusión y del desánimo en que nos habíamos sumido, de un modo tan inesperado para mí, comprendí con claridad que el señor Micawber y su familia se disponían a abandonar Londres, y que nuestra separación era inminente. Y fue aquella noche, en el camino de vuelta a casa y durante las horas que pasé en mi lecho sin poder conciliar el sueño, cuando se me ocurrió una idea (ignoro cómo me vino al pensamiento) que acabó convirtiéndose en una firme determinación.

Me había acostumbrado hasta tal punto a la compañía de los Micawber, había estado tan cerca de ellos en sus amargas y estaba tan solo en el mundo, que la perspectiva de ser trasladado a un nuevo alojamiento, entre desconocidos, era como si me abandonaran a mi suerte en un mundo que la experiencia me había enseñado a conocer. Todos los elevados sentimientos que aquella existencia había herido cruelmente, toda la vergüenza y el sufrimiento que albergaba en mi pecho se hicieron tan dolorosos que llegué a la conclusión de que aquella vida era intolerable.

Sabía muy bien que no existía la menor esperanza de escapar de ella, a menos que yo tomara la iniciativa. Rara vez tenía noticias de la señorita Murdstone, y nunca de su hermano; pero el señor Quinion había recibido dos o tres paquetes de ropa nueva o remendada para mí, acompañados de un pedazo de papel donde podía leerse que J.M. confiaba en que D.C. realizara bien su trabajo y cumpliera con su deber... Nada que permitiera entrever que algún día dejaría de ser el vulgar peón en que rápidamente me estaba convirtiendo.

Un día después, todavía muy nervioso por la decisión que acababa de tomar, constaté que la señora Micawber no había hablado a la ligera de su partida. Mis amigos arrendaron por una semana una habitación en la casa donde me hospedaba; al finalizar dicho plazo, viajarían a Plymouth. El señor Micawber se acercó personalmente al despacho del señor Quinion, por la

tarde, para comunicarle que no podría seguir ocupándose de mí después de su marcha, y para darle los mejores informes, como sin duda yo merecía. Y el señor Quinion llamó a Tipp, el carretero, que era un hombre casado y tenía una habitación para alquilar, y le dijo que me hospedaría en su casa, dando por sentado que los dos estaríamos de acuerdo; yo no despegué los labios, aunque mi resolución estaba tomada.

Durante aquel último plazo de nuestra convivencia, pasé mis veladas con el señor y con la señora Micawber, todos bajo el mismo techo; y creo que nuestro cariño aumentó con el paso de los días. El domingo, víspera de su marcha, me invitaron a almorzar; y comimos lomo de cerdo con salsa de manzanas y budín. La noche anterior yo había comprado, como regalo de despedida, un caballo tordo de madera para el pequeño Wilkins Micawber (que era el niño) y una muñeca para la pequeña Emma. También había entregado un chelín a la pobre huérfana, que estaba a punto de perder su trabajo.

Fue un día muy agradable, a pesar de la tristeza que sentíamos ante nuestra próxima separación.

—Jamás podré pensar en la época en que mi marido estuvo en dificultades, señor Copperfield —dijo la señora Micawber—, sin acordarme también de usted. Su conducta ha sido siempre de una delicadeza extrema. Nunca le he considerado un inquilino. Ha sido un amigo.

—Querida —añadió el señor Micawber—, Copperfield (pues últimamente acostumbraba a llamarme así) tiene un corazón sensible a los sufrimientos de los demás cuando éstos se encuentran en la adversidad; y una cabeza capaz de discurrir; y unas manos... en una palabra, con una habilidad especial para disponer de todos aquellos enseres de los que se puede prescindir.

Le agradecí su elogio, y dije que me apenaba mucho separarme de ellos.

—Mi querido amigo —dijo el señor Micawber—. Soy más viejo que usted; tengo cierta experiencia en la vida, y... en una palabra, cierta experiencia en las dificultades... en general. En estos momentos, y hasta que surja algo (lo que estoy esperando, de un momento a otro), lo único que puedo ofrecerle son mis consejos. Pero éstos valen tan poco que... en una palabra, nunca los he seguido personalmente, y soy...

Aquí el señor Micawber, que hasta entonces nos había mirado con una sonrisa radiante, se detuvo y frunció el ceño.

–El pobre diablo que tiene delante –concluyó.

–¡Mi querido Micawber! –protestó su mujer.

–Sí, el pobre diablo que tiene delante –repitió mi amigo, olvidándose de sí mismo y volviendo a sonreír–. Mi consejo es que no deje para mañana lo que pueda hacer hoy. Cualquier demora es un robo a su tiempo. ¡Y hay que echarle bien el guante!

–¡Era la máxima de mi pobre papá! –señaló la señora Micawber.

–Querida –dijo su marido–, tu papá era casi perfecto en su estilo, y Dios me libre de criticarlo. En todo y por todo, jamás conoceremos a un hombre de su edad que pueda seguir llevando polainas y sea capaz de leer la letra impresa sin anteojos. Pero aplicó esa máxima a nuestro matrimonio, querida; y nos casamos con tanta precipitación que aún no me he recuperado de aquel gasto. –El señor Micawber miró de soslayo a su mujer y añadió–: Y no es que me arrepienta de ello, mi amor. Todo lo contrario. –Una vez aclarado este punto, se quedó unos momentos muy serio–. Ya conoce mi otro consejo, Copperfield –prosiguió–. Si sus ingresos anuales son de veinte libras, gaste diecinueve libras, diecinueve chelines y seis peniques: será un hombre feliz. No gaste veinte libras y seis peniques: será muy desdichado. La flor se marchita, la hoja se seca, el Dios del día descende sobre la lúgubre escena y... en una palabra, usted se hunde para siempre. ¡Al igual que yo!

Para dar mayor fuerza a sus palabras, el señor Micawber saboreó un vaso de ponche con muestras de gran regocijo y empezó a silbar la *College Hornpipe*.^[23]

Me apresuré a responderle que conservaría el recuerdo de sus máximas, aunque, a decir verdad, no creo que fuera necesario, pues resultaba ostensible que habían causado una profunda impresión en mí. A la mañana siguiente, me reuní con toda la familia en la parada de la diligencia, y contemplé, con el corazón encogido, cómo ocupaban sus asientos en la parte posterior del carruaje.

–Señor Copperfield –exclamó la señora Micawber–. ¡Que Dios le bendiga! Ya sabe que jamás podré olvidar lo sucedido; y, aunque pudiese, nunca lo haría.

–¡Adiós, Copperfield! –añadió el señor Micawber–. ¡Le deseo toda la felicidad y prosperidad del mundo! Si con el paso de los años pudiera convencerme de que mi desgraciado destino le ha servido de advertencia,

sentiría que no he ocupado en vano el lugar de otro hombre en la tierra. En caso de que me surja alguna cosa (lo que sin duda ocurrirá), me sentiré sumamente dichoso de ayudarlo a mejorar su situación.

Creo que, mientras la señora Micawber se sentaba en la parte trasera de la diligencia con sus hijos, y yo aguardaba en el camino contemplándolos con tristeza, se le cayó la venda de los ojos y vio por primera vez lo pequeño que yo era en realidad. Y lo creo porque me hizo señas para que me encaramase al carruaje, con una expresión nueva y muy maternal en el rostro, y me rodeó con sus brazos y me besó, como habría podido besar a uno de sus hijos. Tuve el tiempo justo para saltar al suelo antes de que la diligencia se pusiera en marcha, y apenas pude ver a mis amigos, por culpa de los pañuelos que agitaban. Desaparecieron en un instante. La joven huérfana y yo nos quedamos en medio de la carretera, mirándonos con expresión ausente; luego nos estrechamos la mano y nos despedimos. Supongo que ella regresó al hospicio de San Lucas, mientras yo me dirigía a mi tedioso trabajo en Murdstone y Grinby.

Pero no tenía intención de pasar muchas más jornadas allí. No. Había decidido escapar. Huir de la ciudad, como fuera, para contarle mi amarga historia al único pariente que tenía en el mundo, a mi tía, la señorita Betsey.

He dicho anteriormente que no sé cómo me vino a la cabeza aquella idea tan desesperada. Pero, una vez en ella, decidió instalarse; y se afianzó de tal manera que se convirtió en la determinación más firme que haya tomado jamás. No recuerdo haber puesto demasiadas esperanzas en mi plan, pero estaba decidido a llevarlo a cabo.

Desde la noche en que se me había ocurrido semejante idea, que me impidió dormir, había dado vueltas y más vueltas al viejo relato que contaba mi pobre madre sobre mi nacimiento; lo conocía de memoria, pues escucharlo de sus labios había sido una de mis mayores alegrías. Mi tía aparecía y desaparecía de la historia, como un personaje aterrador; pero había en su conducta una particularidad en la que me gustaba recrearme y que me hacía concebir alguna esperanza. Era incapaz de olvidar que mi madre había tenido la sensación de que la señorita Betsey le acariciaba el cabello con cierta ternura; y, aunque podría haber sido sólo una fantasía, sin el menor fundamento, me gustaba imaginar que la visión de aquella belleza inocente – que yo tan bien recordaba y tanto amaba – había enternecido su corazón. Y este episodio dulcificaba el resto del relato. Es posible que llevara mucho tiempo dormido en mi cabeza, y hubiese ido engendrando poco a poco mi

determinación.

Como ni siquiera sabía dónde habitaba la señorita Betsey, escribí una larga carta a Peggotty y le pregunté, incidentalmente, si ella lo recordaba; fingí haber oído que vivía en un sitio que nombré al azar y tener curiosidad por saber si, en efecto, se trataba de mi tía. Le dije, asimismo, que necesitaba media guinea; que, si podía prestarme esa suma hasta que estuviese en condiciones de devolvérsela, se lo agradecería mucho, y que más tarde le contaría por qué era tan importante para mí.

No tardé en recibir la respuesta de Peggotty, tan leal y cariñosa como siempre. Venía acompañada de la media corona (me temo que no debió de ser fácil para ella sacarla de la caja del señor Barkis), y señalaba que la señorita Betsey residía cerca de Dover, aunque no sabía si en el mismo Dover, en Hythe, en Sandgate o en Folkestone. Uno de los hombres del almacén, sin embargo, me aseguró que todos esos lugares se hallaban muy cerca, lo que me pareció suficiente para seguir adelante; de modo que decidí ponerme en camino a finales de aquella semana.

Como era una criaturita muy honrada, y no quería dejar mal recuerdo en Murdstone y Grinby, me creí en la obligación de seguir trabajando hasta el sábado por la noche; y, puesto que había cobrado mi primera semana por adelantado, no quise presentarme en sus oficinas a la hora habitual para recoger mi salario. Precisamente por ese motivo, había pedido prestada la media guinea, con el fin de poder hacer frente a los gastos del viaje. Así, pues, cuando llegó el sábado y todos estábamos esperando en el almacén a que nos pagaran, y Tipp el carretero, que siempre precedía a los demás, entró en el despacho del señor Quinion, estreché la mano de Mick Walker y le pedí que, cuando llegara su turno, le dijera a nuestro director que había ido a trasladar mi baúl a casa de Tipp; y, después de darle por última vez las buenas noches a Patata Enharinada, me marché corriendo.

Mi baúl seguía en mi antiguo alojamiento, al otro lado del río, y yo había escrito una dirección en el dorso de una de las etiquetas que clavábamos en los barriles: «Señor David, en depósito hasta su reclamación, Oficina de la Diligencia, Dover». La tenía preparada en el bolsillo para colocarla en mi equipaje, una vez que hubiera abandonado la casa. Mientras me dirigía hacia allí, busqué a alguien que pudiera ayudarme a llevar mi baúl hasta la ventanilla de los pasajes.

Cerca del Obelisco, en Blackfriars Road, había un joven zanquilargo con

un pequeño carro vacío tirado por un burro. Al pasar junto a él, mi mirada se cruzó con la suya. Aludiendo sin duda al modo en que lo había observado, me preguntó si lo reconocería si volvía a verlo en el juzgado. Me detuve para decirle que no lo había hecho por mala educación, sino porque pensaba que tal vez le interesara un trabajo.

—¿Qué trabajo? —quiso saber el joven zanquilargo.

—Trasladar un baúl —respondí.

—¿Qué baúl? —inquirió.

Le contesté que el mío, que estaba al final de aquella calle; y que quería que lo llevara a la diligencia de Dover por seis peniques.

—¡Trato hecho! —exclamó, subiéndose al carro, que no era más que un enorme cajón de madera sobre ruedas.

Y se alejó traqueteando a tal velocidad que a duras penas logré seguir el paso de su burro.

El aire insolente de aquel joven y, especialmente, el modo en que mascaba briznas de paja mientras hablaba, me desagradaron; pero, como había cerrado el trato, lo llevé a la habitación que me disponía a abandonar, y entre los dos bajamos el baúl y lo pusimos en el carro. Todavía no quería colocar la etiqueta con la dirección, por temor a que algún miembro de la familia de mi casero pudiese descubrir lo que tramaba y me detuviera; por ese motivo, le dije al joven que me gustaría que hiciese un alto cuando llegara al viejo muro de la cárcel de King's Bench. Apenas hube pronunciado estas palabras, volvió a alejarse traqueteando como si mi baúl, el carro y el burro se hubieran vuelto locos; y, cuando lo alcancé en el lugar acordado, llegué sin aliento de tanto llamarlo y correr tras él.

Estaba tan rojo y excitado que, al sacar la etiqueta del bolsillo, se me cayó la media guinea al suelo. Como medida de precaución, me la puse en la boca y, aunque me temblaban mucho las manos, logré colocar la dirección como quería; fue entonces cuando sentí que el joven zanquilargo me golpeaba la barbilla, y vi cómo mi media guinea pasaba de mi boca a su mano.

—¿Qué es esto? —dijo el joven, agarrándome por el cuello de la camisa con una horrible mueca—. Seguro que a la Policía le interesa... Piensa fugarse, ¿no? Vamos, pequeño granuja, ¡a la comisaría!

—Devuélvame el dinero, se lo ruego —exclamé, aterrorizado—; y déjeme en

paz.

–¡A la comisaría! –contestó el joven–. Se lo explicará a la Policía.

–Deme mi baúl y mi dinero –grité, rompiendo a llorar.

–¡A la comisaría! –repitió, arrastrándome violentamente hacia el burro, como si existiera alguna afinidad entre este animal y el magistrado.

Pareció entonces cambiar de opinión, saltó a su carro, se sentó sobre mi baúl y, amenazando con llevarme directamente a la Policía, se alejó traqueteando más deprisa que nunca.

Corrí tras él, tan rápido como pude, pero me quedé sin aliento para llamarle y, de no haber sido así, tampoco me hubiese atrevido a hacerlo. Estuve a punto de ser atropellado, al menos veinte veces en media milla. Lo perdía de vista, volvía a verlo, lo perdía de nuevo, recibía un latigazo, alguien me gritaba, me caía en el barro, me levantaba, chocaba con otro transeúnte, me daba contra un poste... Finalmente, aturdido por el calor y por el miedo, convencido de que medio Londres había salido a la calle para capturarme, dejé que el joven se marchara donde le viniese en gana con mi baúl y mi dinero; y, jadeando y llorando, pero sin detenerme jamás, di media vuelta y me encaminé hacia Greenwich, que, según tenía entendido, estaba en la carretera de Dover. Y, al dirigirme al lugar de retiro de mi tía, la señorita Betsey, apenas llevaba encima algo más que la noche en que mi llegada al mundo tanto la ofendió.

XIII

Las consecuencias de mi decisión

Creo que, cuando abandoné la persecución del joven del carro y emprendí el camino hacia Greenwich, tuve la idea disparatada de seguir corriendo hasta Dover. Pero no tardé en recobrar el juicio, pues hice un alto en la carretera de Kent, junto a una hilera de casas con un estanque delante, que tenía en el centro una ridícula estatua de gran tamaño, soplando una caracola. Me senté en el peldaño de una puerta, completamente extenuado y casi sin fuerzas para llorar por la pérdida de mi baúl y de mi media guinea.

Había oscurecido; oí que los relojes daban las diez, mientras descansaba un poco. Pero, por fortuna, era una noche de verano y hacía buen tiempo. Cuando logré reponerme, y la sensación de ahogo desapareció de mi garganta, me puse en pie y seguí mi camino. En medio de mi aflicción, ni por un momento se me pasó por la cabeza regresar. Y no creo que lo hubiera hecho, aunque hubiese caído una copiosa nevada en la carretera de Kent.

Pero no por eso dejaba de inquietarme que mi única riqueza en este mundo fueran tres monedas de medio penique (¡me asombra que siguieran en mi bolsillo un sábado por la noche!). Empecé a imaginar mi nombre entre las noticias de escasa importancia del periódico, después de aparecer muerto, uno o dos días más tarde, debajo de algún seto; y caminé desconsolado, tan rápido como pude, hasta pasar por delante de una pequeña tienda con un rótulo donde se indicaba que compraban ropa de señora y de caballero y que pagaban muy buenos precios por trapos, huesos y utensilios de cocina. El dueño fumaba sentado en la puerta, en mangas de camisa; y, como colgaban del techo gran número de chaquetas y de pantalones y sólo dos velas iluminaban débilmente su interior, se me antojó que era un hombre de carácter vengativo, que había ahorcado a todos sus enemigos y se encontraba ahora saboreando su triunfo.

Mi experiencia reciente con el señor y la señora Micawber me ayudó a comprender que aquel podía ser un buen medio para alejar al lobo durante algún tiempo. Me metí en la primera callejuela, me quité el chaleco y, doblándolo cuidadosamente bajo mi brazo, regresé a la entrada de la tienda.

—Perdone, señor —exclamé—; deseo vender esto por un precio justo.

El señor Dolloby (o al menos ése era el nombre que figuraba en el exterior) cogió el chaleco, apoyó su pipa boca abajo en una de las jambas de la puerta y entró en la tienda, seguido de mí; despabiló las dos velas con sus dedos, extendió la prenda sobre el mostrador y la contempló; la puso a contraluz, y volvió a contemplarla.

—¿Y qué le parece justo por este pequeño chaleco? —preguntó, finalmente.

—Será mejor que lo diga usted, señor —respondí con modestia.

—No puedo ser comprador y vendedor al mismo tiempo —señaló el señor Dolloby—. Póngale un precio.

—¿Dieciocho peniques serían...? —insinué, después de alguna vacilación.

El señor Dolloby lo dobló de nuevo y me lo devolvió.

—Si le diera nueve peniques por él, estaría robando a mi familia —exclamó.

Era un modo muy incómodo de plantear el asunto; pues yo, un completo desconocido, me veía en la obligación de pedirle al señor Dolloby algo tan desagradable como que robara a su familia en provecho mío. Mis circunstancias eran tan apremiantes, sin embargo, que le dije que aceptaría nueve peniques, si él estaba de acuerdo. El señor Dolloby me los entregó, refunfuñando. Le di las buenas noches y salí de su tienda, con ese dinero de más y un chaleco de menos. Pero cuando me abotoné la chaqueta, no me pareció tan grave.

Presentía de hecho que la chaqueta no tardaría en correr la misma suerte, y que tendría que hacer la mayor parte del camino hasta Dover en mangas de camisa y pantalones, e incluso sentirme muy afortunado si llegaba con ellos. Pero no me preocupaba tanto como cabría esperar. Tenía la impresión de que la distancia era grande y de que el joven del carro se había portado cruelmente conmigo, pero, cuando reanudé la marcha con mis nueve peniques en el bolsillo, no creo que fuera demasiado consciente de las dificultades que me aguardaban.

Se me había ocurrido una idea para pasar la noche, y pensaba ponerla en

práctica. Me acostaría detrás del muro que rodeaba mi antiguo internado, en un rincón donde normalmente había un montón de heno. Imaginaba que, al estar tan cerca de los niños y del dormitorio donde tantas historias había contado, me sentiría menos solo; aunque los niños ignorasen mi presencia y el dormitorio no me diese cobijo.

Había sido un día muy duro y, cuando llegué a la altura de Blackheath, después de subir y subir, estaba agotado. Me costó bastante encontrar Salem House, pero lo logré; había un montón de heno en el rincón y, después de rodear el muro, mirar hacia las ventanas y comprobar que todo estaba oscuro y silencioso, me tumbé sobre él. ¡Jamás olvidaré mi sensación de soledad al acostarme por primera vez sin un techo que me resguardara!

El sueño se apoderó de mí como de tantos otros desgraciados sin hogar a los que se cerraban las puertas de las casas y a los que ladraban los perros. Y soñé que dormía en mi vieja cama del internado, y que hablaba con los muchachos de mi dormitorio; y me desperté sobresaltado, con el nombre de Steerforth en los labios, mirando asustado las estrellas que brillaban y titilaban encima de mí. Cuando recordé dónde me encontraba a una hora tan intempestiva, me levanté y eché a andar, temeroso no sé de qué. Pero el resplandor cada vez más débil de las estrellas y la pálida luz que anunciaba el nuevo día me tranquilizaron; y, como me caía de sueño, me acosté de nuevo y me quedé dormido (aunque sin perder la sensación de que hacía frío), hasta que los tibios rayos del sol y la campana que levantaba a los muchachos en Salem House me despertaron. Si hubiera tenido la menor esperanza de encontrar a Steerforth allí, me habría quedado escondido hasta verlo aparecer solo; pero estaba convencido de que hacía mucho tiempo que había dejado el internado. Quizá Traddles siguiera allí, pero era muy poco probable; y, aunque estaba seguro de su bondad, no confiaba lo bastante en su discreción o en su buena suerte, para sentir deseos de contarle mi situación. Así, pues, me alejé sigilosamente, mientras los muchachos del señor Creakle se desperezaban, y cogí el largo camino polvoriento que conocía como la carretera de Dover desde los tiempos en que yo también estudiaba allí; ¡qué poco había sospechado entonces que alguien me vería viajar de ese modo por ella!

¡Qué mañana de domingo tan distinta a las que había pasado antaño en Yarmouth! Mientras avanzaba lentamente, oí tocar las campanas de las iglesias, me crucé con las buenas gentes que se dirigían a ellas, pasé por delante de uno o dos lugares donde los fieles estaban reunidos; y el rumor de

sus cánticos salía a la luz del sol, mientras el sacristán tomaba el fresco, sentado a la sombra del porche o bajo las ramas de un tejo, con la mano en la frente, lanzando una mirada furiosa a mi paso. Pero se respiraba la paz y el sosiego de las antiguas mañanas de domingo en todas partes, excepto en mi corazón. Ésa era la diferencia. Me sentí como un maleante, sucio y polvoriento, con el cabello enmarañado. De no haber sido por el recuerdo de mi madre, tan joven y tan hermosa, llorando junto al fuego de la chimenea, y de mi tía, enterneciéndose al verla, no creo que hubiera tenido el coraje de continuar hasta el día siguiente. Pero esa imagen iba siempre por delante de mí, y yo la seguía.

Aquel domingo caminé veintitrés millas, aunque con dificultad, pues no estaba acostumbrado a semejante esfuerzo. Todavía puedo verme, al caer la noche, atravesando el puente de Rochester, extenuado y con los pies doloridos, mientras devoraba el pan que había comprado para la cena. Había sentido la tentación de entrar en dos o tres pequeñas casas donde se leía: « Habitaciones para viajeros »; pero temía gastar los escasos peniques que me quedaban, y me inspiraba aún más terror el aspecto siniestro de los caminantes con que me había cruzado. No busqué, pues, otro cobijo que el del cielo. Cuando logré, no sin esfuerzo, llegar a Chatham (un lugar fantasmagórico en medio de la noche, con puentes levadizos y barcos sin mástiles y con techos que recordaban el arca de Noé, sobre un río fangoso), me deslicé hasta una especie de fortificación cubierta de hierba, desde la que se dominaba un sendero por el que iba y venía un centinela. Allí me tumbé, cerca de un cañón; y dormí profundamente hasta el amanecer, contento de oír los pasos del vigilante, aunque éste ignorara mi presencia de igual modo que lo habían hecho los muchachos de Salem House.

Al día siguiente, tenía el cuerpo entumecido y me dolían los pies; estaba aturdido por el redoble de los tambores y el desfile de las tropas, que parecían rodearme por todas partes mientras bajaba de mi escondite y me dirigía hacia una calle larga y estrecha. Comprendí que aquel día no podría ir muy lejos caminando, si deseaba guardar fuerzas para llegar al final del viaje, por lo que decidí consagrar la jornada a la venta de mi chaqueta. Por ese motivo, me la quité, a fin de acostumbrarme a estar sin ella; y, colocándola bajo mi brazo, empecé a inspeccionar las tiendas de compraventa de ropa.

Parecía un buen lugar para deshacerse de una chaqueta; los comercios de segunda mano eran muy numerosos, y casi todos los dueños estaban en el umbral de la puerta, al acecho de los clientes. Sin embargo, como la mayoría

de ellos tenían entre sus mercancías algún uniforme de oficial, con sus charreteras y todo, me intimidó ver que negociaban con artículos tan caros, y estuve dando vueltas un buen rato sin decidirme a ofrecer la chaqueta a nadie.

La modestia que me caracteriza me llevó a fijarme en las tiendas de efectos navales y en las que presentaban cierto parecido con la del señor Dolloby, y a olvidar las normales. Finalmente, descubrí una con un aspecto que me pareció muy prometedor, en la esquina de una sucia callejuela, que terminaba en un cercado repleto de ortigas, y en cuyas estacas se balanceaban algunas ropas usadas de marinero, que parecían haberse desbordado del interior de la tienda, entre fusiles herrumbrosos, cunas, gorros de tela encerados y algunas bandejas llenas de tal cantidad de llaves roñosas de todos los tamaños, que parecían bastar para abrir todas las puertas del mundo.

Era una tienda pequeña y de techo muy bajo, ensombrecida más que iluminada por un ventanuco donde colgaban algunas prendas. Después de bajar unos peldaños, entré con el corazón palpitante. Mi temor aumentó cuando un horrible viejo, de barba hirsuta y gris, salió precipitadamente de un sucio cuchitril y me agarró del pelo. Su aspecto era terrorífico, con aquel mugriento chaleco de franela, y olía espantosamente a ron. Una colcha andrajosa y arrugada –fabricada con retales– cubría su cama en el interior del sucio cuchitril, donde otra pequeña ventana dejaba ver un campo de ortigas y un burro cojo.

–¿Qué quiere? –gimió el viejo, con expresión feroz–. ¡Ay, mis ojos! ¡Ay, mis brazos y mis piernas! ¿Qué quiere? ¡Ay, mis pulmones y mi hígado! ¿Qué quiere? ¡Ay, gorú, gorú!

Me aterrorizaron de tal modo sus palabras, y sobre todo la repetición de esta última, que además de ser desconocida para mí era como un estertor en su garganta, que fui incapaz de contestar. El anciano, que seguía sin soltarme los cabellos, se apresuró a repetir:

–¿Qué es lo que quiere? ¡Ay, mis ojos! ¡Ay, mis brazos y mis piernas! Pero ¿qué quiere? ¡Ay, gorú! –y pareció costarle tanto pronunciar esa palabra que los ojos se le salieron de las órbitas.

–Quería saber –respondí nervioso– si me compraría una chaqueta.

–¡Veamos la chaqueta! –gritó el viejo–. ¡Ay, me arde el corazón! ¡Muéstmela! ¡Ay, mis ojos! ¡Ay, mis brazos y mis piernas! ¡Saque la chaqueta!

Y retiró de mi pelo sus manos temblorosas, que parecían las garras de un gran pájaro; y se colocó unos lentes que no mejoraron el aspecto de sus ojos inflamados.

—¡Ay! ¿Cuánto quiere por la chaqueta? —exclamó, después de examinarla—. ¡Ay, gorú! ¿Cuánto quiere por la chaqueta?

—Media corona —contesté, sobreponiéndome.

—¡Ay, mis pulmones y mi hígado! —se quejó el viejo—. ¡No! ¡Ay, mis ojos! ¡No! ¡Ay, mis brazos y mis piernas! ¡No! Dieciocho peniques. ¡Gorú!

Cada vez que soltaba esta exclamación, parecía que iban a saltársele los ojos; y pronunciaba todas las frases con el mismo soniquete, que se asemejaba al de una ráfaga de viento, que empieza suavemente y sopla cada vez más fuerte, hasta aminorar de nuevo.

—Está bien —repliqué, contento por haber cerrado el trato—. Aceptaré los dieciocho peniques.

—¡Ay, mi hígado! —gritó el viejo, arrojando la chaqueta encima de un estante—. ¡Salga de la tienda! ¡Ay, mis pulmones! ¡Salga de la tienda! ¡Ay, mis brazos y mis piernas! ¡Gorú! No me pida dinero; hagamos un trueque.

Nunca he estado tan asustado en toda mi vida, ni antes ni después. Le dije humildemente que necesitaba dinero, y que ninguna otra cosa me resultaría de utilidad, pero que esperaría fuera, si lo deseaba, pues no deseaba meterle prisa. De modo que salí y me senté a la sombra, en una esquina. Y estuve tantas horas allí que la sombra se convirtió en sol, y el sol se convirtió nuevamente en sombra, y yo seguía sentado esperando el dinero.

No creo que haya existido jamás un hombre más loco y más borracho dentro de ese gremio. No tardé en comprender que era muy conocido en la vecindad, y que gozaba de la reputación de haber vendido su alma al diablo; pues los niños no dejaban de alborotar alrededor de la tienda, echándoselo en cara y gritando que sacara el oro escondido.

—Usted sabe que no es pobre, Charley; deje de fingir. Saque su oro. Enséñenos el oro que el diablo le ha dado a cambio de su alma. ¡Vamos! Está en el forro del colchón, Charley. ¡Rómpalo de una vez y denos un poco!

Aquellos gritos, así como las continuas ofertas de prestarle un cuchillo para que rasgara el colchón, irritaron tanto al viejo que pasó la jornada persiguiendo a los niños, mientras éstos huían de él. A veces, cegado por la

ira, me confundía con uno de ellos y venía hacia mí, al tiempo que gesticulaba como si fuese a hacerme pedazos. Entonces recordaba quién era, justo a tiempo, entraba de nuevo en la tienda y se echaba en su cama –o eso parecía por el sonido de su voz–, entonando a gritos *La muerte de Nelson* e intercalando un «¡Ay!» delante de cada verso, así como innumerables «¡Gorú!», siempre con aquel soniquete que tanto recordaba al quejido del viento. Para colmo de males, los niños creyeron que yo tenía algo que ver con su establecimiento, debido a la paciencia y a la perseverancia con que esperaba fuera, a medio vestir, y me tiraron piedras y no cesaron de maltratarme en todo el día.

El viejo intentó varias veces convencerme de que hiciera un cambio con él: salió con una caña de pescar, con un violín, con un sombrero de tres picos y con una flauta. Pero resistí todas sus propuestas; y seguí allí, desesperado, suplicándole con lágrimas en los ojos que me diera la chaqueta o el dinero. Finalmente, empezó a pagarme de medio en medio penique; y pasaron dos horas antes de que llegásemos a un chelín.

–¡Ay, mis ojos! ¡Ay, mis brazos y mis piernas! –exclamó, asomando su horrible cabeza por la puerta de la tienda, tras un largo intervalo–. ¿Se marchará con dos peniques más?

–No puedo –contesté–; moriría de hambre.

–¡Ay, mis pulmones y mi hígado! ¿Y con tres peniques?

–Me marcharía sin pedirle nada, si pudiera –dije–, pero necesito terriblemente ese dinero.

–¡Ay, gorú! –es imposible explicar el modo en que profería esa exclamación, medio escondido tras la jamba de la puerta, asomando únicamente su rostro viejo y astuto–. ¿Se marchará con cuatro peniques más?

Estaba tan maltrecho y agotado que acepté su oferta; y, cogiendo tembloroso el dinero de sus garras, me marché poco antes de que oscureciera, más hambriento y sediento que nunca. Pero recuperé en seguida mis fuerzas, tras el desembolso de tres peniques; y, mucho más animado, caminé siete millas cojeando.

Pasé la noche bajo otro almiar, donde descansé cómodamente, después de haber lavado en un arroyo las ampollas de mis pies, que envolví lo mejor que pude con algunas hojas frescas. Cuando volví a ponerme en camino, al día siguiente, vi que la carretera serpenteaba entre huertos y campos de lúpulo.

Como la estación estaba bastante avanzada, las manzanas maduras teñían los huertos de color rojizo; y en algunos lugares había empezado la recolección. Todo me pareció muy hermoso, y decidí dormir aquella noche en los campos de lúpulo, convencido de que las largas hileras de palos donde las hojas se enroscaban serían una alegre compañía.

Aquel día, los hombres con quienes me crucé me parecieron más peligrosos que nunca, y me inspiraron un terror que continúa fresco en mi memoria. Algunos de ellos, rufianes de aspecto feroz, me observaban fijamente cuando pasaba a su lado; y a veces se detenían, y me pedían que regresara y hablase con ellos; y, cuando yo me escabullía, me arrojaban piedras. Me acuerdo de un joven –hojalatero, supongo, a juzgar por su morral y su hornillo– que iba acompañado de una mujer: volvió su rostro hacia mí y, después de contemplarme un buen rato, me gritó que retrocediera con una voz tan estentórea que me detuve y le miré.

–Acérquese cuando le llamen –exclamó el hojalatero–, si no quiere que le corte el cuello.

Me pareció más prudente obedecerle. Mientras me acercaba a él, intentando que se apiadara de mí, me percaté de que la mujer tenía un ojo morado.

–¿Dónde se dirige? –preguntó el hojalatero, agarrando la pechera de mi camisa con su mano ennegrecida.

–A Dover –respondí.

–¿De dónde viene? –inquirió, cogiendo con más fuerza mi camisa para impedirme escapar.

–De Londres.

–¿Y a qué se dedica? –quiso saber–. ¿No será un pequeño ratero?

–N... no –contesté.

–¿Que no? ¡Maldita sea! Como presuma de honrado conmigo, le romperé la cabeza –aseguró el hojalatero.

Hizo ademán de pegarme con la mano libre, y luego me miró de arriba abajo.

–¿Lleva encima dinero para una pinta de cerveza? –preguntó–. Si es así, dímelo en seguida, antes de que se lo quite.

Estoy seguro de que se lo habría entregado, de no haberme encontrado con la mirada de la mujer, que me hizo un gesto imperceptible con la cabeza y dijo «no» con un simple movimiento de sus labios.

—Soy muy pobre —afirmé, tratando de sonreír—, y no tengo dinero.

—¡Cómo! ¿Qué significa esto? —exclamó el hojalatero, contemplándome con tanta severidad que temí que hubiera visto las monedas que llevaba en el bolsillo.

—¡Señor! —balbucí.

—¿Qué significa esto? —repitió—. ¿Por qué lleva el pañuelo de seda de mi hermano? ¡Démelo ahora mismo!

Y en un instante me lo quitó del cuello y se lo tiró a la mujer.

Ésta rompió a reír, como si fuera una broma y, arrojándomelo de nuevo, me hizo una señal con la cabeza, tan imperceptible como antes, y me indicó moviendo los labios que me marchara. Antes de que yo pudiera obedecerla, sin embargo, el hojalatero me arrebató el pañuelo de la mano con tanta brutalidad que me derribó como si fuera una pluma; y, después de anudárselo al cuello, se volvió hacia la mujer lanzando un juramento y la tiró al suelo de un puñetazo. Jamás olvidaré lo que sentí al verla caer de espaldas sobre las piedras de la carretera, donde quedó tendida sin su sombrero, con los cabellos cubiertos de polvo; ni cuando me volví a mirarla desde lejos, y la vi sentada en un pequeño declive, al borde del camino, enjugándose la sangre de su rostro con un extremo del chal, mientras él seguía adelante.

Esta aventura me asustó de tal modo que, a partir de entonces, cada vez que veía acercarse a un desconocido, retrocedía hasta encontrar un escondite, y me ocultaba allí hasta que desaparecía de mi vista; y, al repetir tantas veces esta maniobra, mi viaje se retrasó seriamente. Pero en todas mis dificultades parecía sostenerme y guiarme la imagen de mi madre en su juventud, tal como era antes de que yo viniese al mundo. Siempre me acompañaba. Estaba allí, en medio de los campos de lúpulo, cuando me tendía en el suelo para dormir. Seguía conmigo por la mañana, al despertar; y caminaba delante de mí toda la jornada. Desde entonces, su recuerdo está asociado en mi memoria a las calles soleadas de Canterbury, que parecían dormitar bajo un sol abrasador; al espectáculo de las viejas casas y sus verjas, de la majestuosa catedral de piedra gris, y de los grajos que volaban alrededor de sus torres. Cuando llegué, finalmente, a las pequeñas y desnudas colinas cercanas a Dover, la imagen de mi madre me ayudó a no perder la esperanza en medio de

aquel paisaje tan desolador; y no me abandonó hasta que alcancé el primer objetivo importante de mi viaje, y pisé la ciudad, seis días después de mi huida. Pero en ese momento, cosa extraña, cuando me vi –con los zapatos destrozados, polvoriento, quemado por el sol y medio desnudo– en el lugar que tanto había deseado alcanzar, ésta pareció desvanecerse como en un sueño y dejarme solo, indefenso y muy abatido.

Al principio, pregunté por mi tía a los barqueros, que me dieron toda clase de respuestas. Uno me dijo que vivía en el faro del Cabo Sur y que se había chamuscado los bigotes; otro, que la habían atado a la enorme boya que había fuera del puerto, y sólo podía recibir visitas cuando bajaba la marea; un tercero, que estaba encerrada en la cárcel de Maidstone por robar niños; un cuarto, que en el último temporal, la habían visto montar en una escoba y dirigirse a Calais. Los cocheros, a quienes pregunté después, se mostraron igual de bromistas e irrespetuosos; y los tenderos, a los que no agradó mi aspecto, respondieron en su mayoría que no tenían nada que darme, sin dignarse siquiera escuchar mis palabras. Me sentí más triste y desvalido que en ningún otro momento de mi viaje. No me quedaba dinero, ni nada que vender; estaba hambriento, sediento y extenuado; y tenía la impresión de hallarme tan lejos de mi destino como si jamás hubiese salido de Londres.

Había pasado toda la mañana con esas pesquisas, y estaba sentado en los escalones de una tienda vacía, en una esquina cercana a la plaza del mercado, pensando si debía andar a la ventura hasta las otras poblaciones de las que me había hablado Peggotty, cuando un cochero pasó junto a mí y se le cayó la manta del caballo. Al devolvérsela, la expresión bondadosa de su rostro me animó a preguntarle si conocía el lugar de residencia de la señorita Trotwood; aunque había repetido esas palabras tantas veces que casi murieron en mis labios.

–¿Trotwood? –exclamó–. Déjeme pensar. Me suena ese nombre. ¿Es una dama de edad avanzada?

–Sí –respondí–. Bastante mayor.

–¿Y anda muy erguida? –dijo, poniéndose derecho.

–Sí –contesté–. No me extrañaría nada.

–¿Y lleva un bolso... un bolso muy grande, y es un poco gruñona y trata a la gente con brusquedad?

Se me encogió el corazón al oír una descripción tan exacta de mi tía.

—Pues bien. Si sube por ese camino —dijo, señalando con el látigo hacia las colinas—, y continúa derecho hasta unas casas que dan al mar, creo que le será fácil encontrarla. En mi opinión, no le dará nada, así que tome este penique.

Acepté agradecido su regalo y me compré un panecillo con él. Mientras lo devoraba, seguí la dirección que mi amigo me había indicado, y anduve un buen trecho sin llegar a las casas de las que había hablado. Finalmente, las divisé; y, cuando estuve muy cerca de ellas, entré en una pequeña tienda (donde vendían las cosas más variadas) y pregunté si alguien sería tan amable de decirme dónde vivía la señorita Trotwood. Me dirigí a un hombre que estaba detrás del mostrador, pesando un poco de arroz para una joven; pero esta última pareció darse por aludida y se volvió hacia mí.

—¿Mi señora? —exclamó—. ¿Y qué quiere de ella, muchacho?

—Por favor, tengo que hablarle —repliqué.

—Para pedirle limosna, ¿no?

—De ningún modo —protesté.

Pero de pronto me percaté de que, en realidad, ése era mi único objetivo, así que me callé, confuso, y sentí cómo me ruborizaba.

La criada de mi tía, según deduje por sus palabras, guardó el arroz en una pequeña cesta y salió de la tienda, diciendo que fuese tras ella si deseaba saber dónde vivía la señorita Trotwood. No necesité que me lo repitiera, a pesar de que estaba tan nervioso y desesperado que se me doblaban las piernas. Seguí a la joven, y no tardamos en llegar a una casita muy hermosa, con alegres ventanales; tenía delante un pequeño patio cubierto de grava y un diminuto jardín, cuyas flores, amorosamente cuidadas, exhalaban un perfume delicioso.

—Ésa es la casa de la señorita Trotwood —señaló la joven—. Ya sabe dónde está; no tengo nada más que decirle.

Y, después de pronunciar estas palabras, se apresuró a entrar en la casa, como si quisiera eludir cualquier responsabilidad por mi presencia; y me dejó en la entrada del jardín, mirando desconsolado por encima de la verja hacia la ventana de la sala, donde una cortina de muselina entreabierta, una enorme pantalla o abanico verde sujeto al alféizar de la ventana, una mesa pequeña y una silla de gran tamaño, me empujaron a pensar que mi tía quizá estuviera allí sentada, de pésimo humor.

Mis zapatos se hallaban en un estado lamentable. Las suelas se habían ido deshaciendo, poco a poco; y el cuero, además de cuartearse, había reventado hasta perder por completo su forma. Mi sombrero (que también me había servido de gorro de dormir) estaba tan aplastado y deformado que ninguna vieja cacerola abollada y sin mango, arrojada a un estercolero, se habría avergonzado de rivalizar con él. Mi camisa y mis pantalones, manchados de sudor, de rocío, de la hierba y de la tierra de Kent sobre las que había dormido —además de desgarrados—, habrían podido servir para espantar a los pájaros del jardín de mi tía, mientras yo estaba en la puerta. Mis cabellos no habían visto un peine o un cepillo desde que salí de Londres. Mi rostro, mi cuello y mis manos, nada habituados al aire y al sol, se habían quemado. Estaba cubierto de polvo blanquecino de la cabeza a los pies, al igual que si hubiera salido de un horno de cal. En ese estado, del que era perfectamente consciente, esperé el momento de presentarme ante mi formidable tía y causar en ella la primera impresión.



Me doy a conocer ante mi tía

No se movía nada en la ventana del salón y, al cabo de un rato, llegué a la conclusión de que la señorita Betsey no se encontraba allí; dirigí la mirada hacia la ventana del piso superior y vi en ella a un caballero de cara sonrosada, aspecto agradable y cabellos grises, que me guiñó un ojo de manera grotesca, asintió y negó con la cabeza, empezó a reírse y se esfumó.

Aquella sorprendente aparición me dejó aún más desconcertado que antes,

y estaba a punto de huir para meditar lo que debía hacer, cuando salió de la casa una dama con un pañuelo atado alrededor del sombrero; llevaba unos guantes de jardinería, un delantal con un bolsillo muy grande –como los encargados de cobrar los peajes– y un cuchillo enorme. Me di cuenta en seguida de que era la señorita Trotwood, pues se acercaba con el mismo paso majestuoso que mi madre había descrito tantas veces al recordar su llegada a Rookery, en Blunderstone.

–¡Fuera de aquí! –dijo la señorita Betsey, moviendo la cabeza y agitando el cuchillo en el aire–. ¡Márchate! ¡No queremos niños por aquí!

La contemplé, con el corazón en un puño, mientras se dirigía con paso firme a un rincón de su jardín y se agachaba para arrancar alguna pequeña raíz. Entonces, sin un ápice de valor, pero empujado por la desesperación, entré silenciosamente en el jardín, me coloqué a su lado y la toqué con el dedo.

–Por favor, señora –empecé a decir.

Ella se sobresaltó y levantó la mirada.

–Por favor, tía.

–¿Cómo? –exclamó la señorita Betsey, en un tono de sorpresa que jamás he vuelto a oír ni por asomo.

–Por favor, tía, soy su sobrino.

–¡Dios mío! –dijo la señorita Trotwood.

Y cayó sentada en el sendero.

–Soy David Copperfield, de Blunderstone, en Suffolk... donde usted acudió la noche en que nací para visitar a mi querida madre. He sido muy desgraciado desde que ella murió. Me han dejado de lado, han descuidado mi educación, me han abandonado a mi suerte y me han buscado un empleo muy poco apropiado para mí. Por eso me escapé para venir a verla. Me robaron antes de salir de Londres, he hecho todo el camino a pie, y no he dormido en una cama desde que empecé el viaje.

Al llegar aquí, mi estoicismo me abandonó y, haciendo un gesto con las manos para mostrarle mis harapos, y que éstos confirmaran mi sufrimiento, rompí a llorar a lágrima viva, después de haberme reprimido toda la semana.

Cualquier expresión que no fuera la de asombro había desaparecido del rostro de mi tía, que siguió sentada sobre la grava, con los ojos clavados en

mí, hasta que estallé en llanto; se apresuró, entonces, a ponerse en pie y, después de agarrarme del cuello, me condujo a la sala. La primera medida que tomó fue abrir un gran armario, sacar varias botellas y verter en mi boca una parte de su contenido. Tengo la impresión de que las eligió al azar, pues estoy seguro de haber probado agua de anís, salsa de anchoas y un aliño para la ensalada. Cuando me hubo administrado todos esos reconstituyentes, al ver que seguía en el mismo estado de histerismo, incapaz de contener mis sollozos, me tendió encima del sofá y colocó un chal bajo mi cabeza y el pañuelo que llevaba en el sombrero bajo mis pies, a fin de que no ensuciara la tapicería; después, se sentó detrás del abanico verde que he mencionado antes, lo que me impedía ver su rostro.

—¡Que el Señor se apiade de nosotros! —decía de vez en cuando.

Y lanzaba esas exclamaciones como si fueran los disparos regulares de un fusil.

Al cabo de un rato, tocó la campanilla.

—Janet —ordenó mi tía, cuando la criada acudió—. Sube arriba, saluda al señor Dick de mi parte y dile que deseo hablar con él.

Janet pareció algo sorprendida de verme inmóvil en el sofá (no me atrevía a cambiar de postura para no disgustar a mi tía), pero se fue a cumplir el encargo. La señorita Betsey iba y venía de un extremo a otro de la sala, con las manos a la espalda; por fin el caballero que me había guiñado el ojo desde la ventana del piso superior entró riéndose.

—Señor Dick —dijo mi tía—, no se haga el tonto, pues, cuando quiere, puede ser más sensato que nadie. Todos lo sabemos. Así que, sea cual sea su actitud, no se haga el tonto.

El caballero se puso muy serio y me miró, como si quisiera pedirme que no mencionara el episodio de la ventana.

—Señor Dick —prosiguió la señorita Betsey—, ¿me ha oído hablar de David Copperfield? Y nada de fingir que no tiene memoria; usted y yo sabemos que no es cierto.

—¿David Copperfield? —repitió el señor Dick, que me dio la impresión de no recordar gran cosa—. ¿David Copperfield? ¡Oh, sí! Por supuesto, David.

—Pues bien —afirmó mi tía—, aquí tiene a su hijo. Sería exactamente igual que su padre, si no se pareciese tanto a su madre.

—¿Su hijo? —exclamó el señor Dirk—. ¿El hijo de David? ¡Claro que sí!

—Sí —continuó mi tía—, y ha organizado un buen lío: se ha escapado. ¡Ay! Su hermana Betsey Trotwood nunca lo habría hecho.

Y movió enérgicamente la cabeza, como si estuviera muy segura del carácter y del comportamiento de una niña que jamás había nacido.

—¡Oh! ¿Entonces piensa que ella nunca se habría escapado? —preguntó el señor Dick.

—¡Dios mío! ¡Qué cosas dice este hombre! —exclamó la señorita Betsey con acritud—. ¿Acaso duda de mis palabras? Habría vivido con su madrina, y las dos habríamos estado muy unidas. Por lo que más quiera, ¿de dónde o hacia dónde habría querido huir su hermana Betsey?

—Tiene usted razón —contestó el señor Dick.

—Entonces —dijo mi tía, ablandada por su respuesta—, ¿por qué pretende estar en la luna, cuando tiene usted el ingenio más afilado que un bisturí de cirujano? Tiene ante sus ojos al joven David Copperfield, y mi pregunta es: ¿qué debo hacer con él?

—¿Qué debe hacer con él? —repitió el señor Dick, suavemente, rascándose la cabeza—. ¡Oh! ¿Hacer con él?

—Sí —afirmó mi tía con expresión grave, al tiempo que alzaba su dedo índice—. ¡Vamos! Necesito un buen consejo.

—Esta bien; si yo fuera usted —musitó el señor Dick, reflexionando y mirándome con aire ausente—. Yo...

Y el hecho de contemplarme pareció servirle de repentina inspiración.

—Yo lo lavaría —añadió con vivacidad.

—Janet —exclamó mi tía, volviéndose con un aire de sereno triunfo que entonces no alcancé a comprender—, el señor Dick siempre tiene razón. ¡Calienta el baño!

A pesar de que ese diálogo me interesaba profundamente, no pude evitar fijarme, entretanto, en mi tía, en el señor Dick y en Janet, y terminar de inspeccionar la estancia.

La señorita Betsey era una mujer alta y de facciones duras, aunque en absoluto desagradables. Había cierta firmeza en su rostro, en su voz, en sus gestos y en su modo de andar, que explicaba el efecto que había causado en

una criatura tan dulce como mi madre; pero sus rasgos eran más bien hermosos, aunque austeros y poco afables. Sus ojos expresivos y brillantes llamaron poderosamente mi atención. Sus cabellos grises estaban peinados con una raya al medio, bajo una especie de cofia; me refiero a un tocado que entonces se veía con más frecuencia que ahora, con dos cintas laterales que se ataban por debajo de la barbilla. Su vestido, del color de la lavanda, estaba impecablemente limpio; y era muy sencillo, como si mi tía deseara estar lo más cómoda posible. Me acuerdo de que, por su forma, me pareció más bien un traje de amazona, al que hubieran quitado la falda superior. Llevaba en un costado un reloj de oro de caballero, a juzgar por el tamaño y la hechura, con su correspondiente cadena; el cuello y los puños se asemejaban a los de una camisa de hombre.

El señor Dick, tal como he dicho antes, tenía los cabellos grises y las mejillas sonrosadas; con estas palabras habría terminado de describirlo, si no hubiera llevado la cabeza curiosamente inclinada (no por la edad; me recordaba a los muchachos del señor Creakle después de recibir una paliza). Además, sus ojos grises, grandes y saltones, tenían un extraño brillo acuoso que, en combinación con su expresión distraída, su sumisión a mi tía y su alegría infantil cuando ésta lo elogiaba, me hicieron sospechar que estaba un poco loco; aunque, de ser así, me intrigaba mucho su presencia en aquella casa. Vestía como cualquier caballero corriente, una amplia chaqueta gris de mañana y unos pantalones blancos, y guardaba el reloj en un pequeño bolsillo del chaleco; recuerdo que hacía tintinear su dinero como si estuviera muy orgulloso de tenerlo.

Janet era una muchacha muy bonita, de diecinueve o veinte años de edad, sumamente pulcra y aseada. Aunque en aquellos momentos no me percaté de nada más, puedo decir aquí lo que descubrí más tarde: que era una más de una larga lista de protegidas que mi tía había tomado a su servicio con el único fin de educarlas en la renuncia a los hombres, y que, por lo general, completaban su abjuración casándose con el panadero.

La estancia estaba tan limpia y reluciente como Janet y mi tía. Cuando, hace unos instantes, dejé la pluma sobre la mesa para pensar en ella, volví a sentir el soplo de la brisa marina entremezclada con el aroma de las flores. Y volví a contemplar sus muebles anticuados, pulidos y brillantes; la silla y la mesa que sólo mi tía tenía derecho a utilizar, detrás del abanico verde junto al ventanal; la alfombra con listas y flores de diversos colores, el gato, la funda de la tetera, los dos canarios, la vieja porcelana, la ponchera llena de pétalos

de rosa secos, el gran armario donde se guardaban tarros y botellas y, desentonando de modo asombroso con el resto, mi sucia y polvorienta presencia en el sofá, tomando nota de todo.

Janet se había marchado a preparar el baño, cuando mi tía, con gran alarma por mi parte, enrojeció de ira y apenas tuvo voz para gritar:

—¡Janet! ¡Los burros!

Al oír esto, Janet subió corriendo las escaleras, como si la casa estuviera ardiendo, se precipitó a un pequeño prado que había delante de la casa y ahuyentó a dos asnos montados por dos damas, que habían tenido el atrevimiento de pisar el césped. Entretanto, mi tía salió apresuradamente de la casa, agarró las bridas de un tercer animal, que llevaba un niño a lomos, y le obligó a dar la vuelta; después de conducirlo fuera de aquellos sagrados límites, dio un cachete al infortunado pequeño que había osado profanar tan sacrosanto terreno.

Todavía ignoro si mi tía tenía derecho de paso sobre aquella pequeña pradera, pero ella estaba convencida de que así era, y con eso bastaba. El mayor ultraje que podían hacerle, y que exigía una venganza inmediata, era que pasara un burro por aquel espacio inmaculado. Cualquiera que fuese su ocupación, por muy interesante que resultara la conversación que estuviese teniendo, un burro era suficiente para alterar el curso de sus ideas y, sin pensarlo un instante, se lanzaba en su persecución. Guardaba en lugares secretos jarros de agua y regaderas, listos para ser derramados sobre los jóvenes ofensores; escondía palos detrás de las puertas; realizaba batidas a todas horas: era un estado de guerra permanente. Tal vez aquello era emocionante para los muchachos que los guiaban; o quizá los burros más inteligentes, conscientes de lo que ocurría, se empeñaban —con su obstinación natural— en pasar por allí. Sólo sé que hubo tres alarmas antes de que el baño estuviera listo; y que en la última de todas, que fue la más temible, vi a mi tía atacar, ella sola, a un mocetón de quince años, y golpear su cabeza de cabellos trigueños contra la puerta del jardín, antes de que él pudiese comprender lo que sucedía. Esas interrupciones me parecían tanto más grotescas porque en aquellos momentos mi tía estaba dándome cucharadas de caldo (convencida de que estaba a punto de morir de inanición, por lo que sólo podía recibir alimentos en pequeñas dosis); y, cuando yo estaba con la boca abierta, dejaba la cuchara en el plato y gritaba: «¡Janet! ¡Los burros!». Y se lanzaba al asalto.

El baño me reconfortó. Pues había empezado a tener los miembros muy

doloridos, después de tantas noches a la intemperie; y estaba tan cansado y alicaído que apenas podía tener los ojos abiertos cinco minutos seguidos. Una vez limpio, la señorita Betsey y Janet me pusieron una camisa y unos pantalones del señor Dick y me envolvieron en dos o tres chales de gran tamaño. No sé qué clase de paquete parecería, pero sin duda uno muy caliente. Como me sentía muy débil y somnoliento, me tendí de nuevo en el sofá y me quedé dormido.

Es posible que fuera un sueño, nacido de la fantasía que había ocupado tanto tiempo mi pensamiento, pero me desperté con la impresión de que mi tía se había acercado e inclinado sobre mí, había apartado los cabellos de mi rostro, colocado mi cabeza para que estuviera más cómodo y se había quedado un rato contemplándome. Las palabras «hermoso muchacho» y «pobre pequeño» parecían resonar también en mis oídos; pero lo cierto es que, cuando desperté, no vi nada que pudiera inducirme a creer que mi tía las había pronunciado, pues seguía mirando el mar sentada junto al ventanal, detrás del abanico verde, cuya base era una especie de pivote que giraba en todas direcciones.

Nada más despertarme, comimos pollo asado y un budín; yo sentado a la mesa, como si también fuera un ave espetada, moviendo los brazos con dificultad. Pero, como era mi tía la que me había empaquetado de ese modo, no me atreví a quejarme. Durante todo ese tiempo, estaba muy preocupado por saber qué pensaba hacer conmigo; pero ella comió en el más profundo silencio, aunque de vez en cuando clavaba sus ojos en mí, que estaba frente a ella, y exclamaba: «¡Que el Señor se apiade de nosotros!», lo que no paliaba en absoluto mi inquietud.

Una vez que retiraron el mantel y trajeron el jerez (también a mí me sirvieron un vaso), la señorita Betsey envió de nuevo a buscar al señor Dick, que se reunió con nosotros y asintió con la mayor seriedad cuando ella le pidió que escuchara mi relato. Respondí una tras otra a las preguntas de mi tía, contándoles, de ese modo, mi historia. Mientras yo hablaba, ella miraba fijamente al señor Dick, que, de lo contrario, creo que se hubiera dormido; y siempre que éste esbozaba una sonrisa, mi tía fruncía el ceño para llamarlo al orden.

—No puedo comprender por qué esa desdichada niña se casó de nuevo — exclamó la señorita Trotwood, cuando hube terminado.

—Tal vez se enamoró de su segundo marido —sugirió el señor Dick.

—¿Enamorarse? —preguntó mi tía—. ¿Qué quiere decir? ¿Qué necesidad tenía de hacerlo?

—Quizá disfrutó con ello —respondió el señor Dick con sonrisa bobalicona, después de unos instantes de reflexión.

—¡Claro está! ¡Disfrutó con ello! —repitió la señorita Betsey—. Menuda felicidad para la pobre niña, entregar su corazón a un indeseable que, de un modo u otro, iba a maltratarla. Me gustaría saber qué pretendía. Ya había tenido un marido. Había visto morir a David Copperfield, que estuvo persiguiendo muñecas de porcelana desde que vino al mundo. Tenía un hijo pequeño. Recuerdo que cuando este muchacho nació, un viernes por la noche, pensé que había dos bebés en la casa... ¿Qué más podía desear?

El señor Dick me hizo un gesto con la cabeza, a escondidas, como si aquél fuera un razonamiento irrefutable.

—Ni siquiera pudo tener una niña como todo el mundo —afirmó mi tía—. ¿Dónde estaba Betsey Trotwood, la hermana de este muchacho? Nunca nació. ¡Calle, no me diga nada!

El señor Dick pareció muy asustado.

—Y aquel pequeño médico que caminaba con la cabeza ladeada —prosiguió mi tía—, Jellips o como se llamara, ¿qué hacía allí? Lo único que pudo decirme, con su aspecto de petirrojo... sí, eso es lo que era, fue: «¡Es un niño!». ¡Un niño! ¡Bah! ¡Menuda pandilla de necios!

Y pronunció esas palabras con tanta vehemencia que el señor Dick se estremeció; y yo también, para ser sincero.

—Y después, como si todo eso no bastara, y no hubiera perjudicado suficiente a Betsey Trotwood, la hermana de este muchacho —continuó mi tía—, se casa por segunda vez con un hombre apellidado Murderer,^[24] o algo parecido, y ¡perjudica a este pobre niño! Y la consecuencia natural, que sólo alguien tan infantil como ella habría sido incapaz de prever, es que su hijo se ve obligado a vagar por el mundo, al igual que Caín, antes de convertirse en un hombre.

El señor Dick me observó, como si quisiera asegurarse de que respondía a ese retrato.

—Y luego esa mujer de nombre pagano —dijo mi tía—, esa tal Peggotty, va y se casa también. Como si no hubiera visto los males que acompañan al

matrimonio, va y se casa, según cuenta este pequeño. Lo único que espero – prosiguió, moviendo la cabeza– es que su marido sea uno de esos hombres que pegan palizas a sus mujeres, de los que tanto hablan los periódicos.

No pude soportar que criticaran a mi vieja niñera, ni que le desearan algo tan terrible. Le dije a mi tía que estaba equivocada. Que Peggotty era la mejor amiga y criada del mundo, la más sincera, la más leal, la más abnegada y la más generosa; que siempre nos había querido de todo corazón tanto a mi madre como a mí; que había sostenido en su brazo la cabeza de mi madre agonizante y había recibido de ésta su último beso. Y, al recordar a las dos mujeres, me embargó la emoción y empecé a llorar, mientras trataba de decirle que el hogar de Peggotty era el mío, y que todo lo que poseía era mío, y que habría ido a refugiarme a su casa, si no hubiera temido ponerla en un aprieto dada su humilde condición, pero estallé en llanto mientras intentaba decirle todo eso y recosté mi cabeza sobre la mesa, con el rostro escondido entre las manos.

–¡Está bien! –dijo mi tía–. El muchacho tiene razón en defender a las personas que quiere. ¡Janet! ¡Los burros!

Estoy convencido de que, sin aquellos desgraciados asnos, nos habríamos entendido bien; pues mi tía había colocado su mano encima de mi hombro y yo, envalentonado por su gesto, había sentido el impulso de besarla y de pedirle su protección. Pero aquella interrupción, y lo alterados que quedaron sus nervios después del combate, pusieron fin a cualquier pensamiento más tierno; y mi tía, presa de gran indignación, aseguró una y otra vez al señor Dick que estaba decidida a apelar a los tribunales y acusar de allanamiento de morada a todos los propietarios de burros de Dover. Y no dejó de hacerlo hasta la hora del té.

Después de merendar nos sentamos junto a la ventana, al acecho de nuevos invasores (a juzgar por la expresión vigilante de la señorita Betsey), hasta que oscureció. Entonces Janet encendió las velas, colocó un tablero de *backgammon* sobre la mesa y bajó las persianas.

–Y ahora, señor Dick –exclamó mi tía, con aire solemne y el dedo índice nuevamente levantado–; quisiera preguntarle otra cosa. Mire a este niño.

–¿El hijo de David? –inquirió el señor Dick, con rostro atento y confundido.

–En efecto –contestó la señorita Betsey–. ¿Qué haría ahora con él?

—¿Con el hijo de David?

—Sí —replicó mi tía—. Con el hijo de David.

—¡Oh! —dijo el señor Dick—. Yo, yo... lo acostaría.

—¡Janet! —gritó mi tía, con el mismo aire triunfal que he señalado antes—. El señor Dick tiene razón. Si la cama está preparada, le llevaremos a ella.

Cuando la joven anunció que el dormitorio estaba listo, me condujeron hasta él; amablemente, pero como una especie de prisionero: la señorita Betsey me precedía y Janet cerraba la marcha. El único detalle que me hizo concebir alguna esperanza fue ver que mi tía se paraba en las escaleras para preguntar de dónde venía cierto olor a chamuscado, y que Janet le respondía que acababa de quemar mi vieja camisa en la cocina. Pero no había más ropa en mi cuarto que el extraño montón de prendas que yo vestía; y cuando me dejaron allí, con una pequeña vela que, según advirtió mi tía, se consumiría en cinco minutos, les oí cerrar la puerta con llave. Y se me ocurrió pensar que la señorita Betsey, al no saber nada de mí, quizá temiera que tuviese la costumbre de escaparme, y hubiera decidido tomar precauciones y ponerme a buen recaudo.

Mi dormitorio era muy bonito; estaba situado en el piso superior y daba al mar, en cuya superficie se reflejaba la brillante luz de la luna. Cuando recé mis oraciones y me quedé a oscuras, recuerdo que estuve contemplando su resplandor en el agua, como si fuera un libro luminoso donde pudiera leer mi destino; o como si fuera a ver descender del cielo a mi madre con su niño en brazos, para mirarme del modo en que lo hizo la última vez que contemplé su dulce rostro. Recuerdo que el sentimiento solemne con que finalmente aparté mis ojos de aquel espectáculo dio paso a una sensación de gratitud y bienestar, al ver mi lecho rodeado de hermosos cortinajes; y que ésta se incrementó al acurrucarme entre las sábanas, también blancas como la nieve. Recuerdo que pensé en todos los lugares solitarios donde había dormido bajo el cielo nocturno, y cuánto había rezado para no volver a hallarme sin cobijo, ni olvidar jamás a los que carecían de él. Recuerdo que entonces me sentí flotar por aquel sendero glorioso y melancólico sobre el mar, hasta perderme en el mundo de los sueños.

XIV

Mi tía decide qué hacer conmigo

Al bajar por la mañana, encontré a mi tía delante de la mesa del desayuno con el codo encima de la bandeja, tan sumida en profundas meditaciones que el agua de la tetera se había desbordado y estaba empapando el mantel; mi llegada la sacó de su ensimismamiento. Estaba seguro de haber sido el objeto de sus reflexiones, y sentí más deseos que nunca de conocer sus planes para mí. Pero no me atreví a expresar mi preocupación, por temor a ofenderla.

Mis ojos, sin embargo, no eran tan fáciles de dominar como mi lengua, y se dirigieron muy a menudo hacia ella mientras desayunábamos. Lo cierto es que no podía contemplarla durante unos instantes sin que nuestras miradas se cruzaran; mi tía me observaba extrañamente pensativa, como si yo estuviera lejos de allí y no frente a ella, al otro lado de la mesita redonda. Cuando terminó de desayunar, se apoyó en el respaldo de su silla, frunciendo el ceño, cruzó los brazos y me examinó a su antojo, con tanta insistencia que me sentí terriblemente turbado. Como todavía no había acabado mi desayuno, traté de disimular mi confusión comiendo y bebiendo; pero mi cuchillo tropezaba con mi tenedor, mi tenedor chocaba con mi cuchillo, y en lugar de cortar los trozos de tocino para llevármelos a la boca, éstos saltaban por los aires a una altura prodigiosa, y me atragantaba con el té, que insistía en bajar por donde no debía; hasta que dejé de intentarlo, y me sentí enrojecer bajo el severo escrutinio de la señorita Betsey.

—¡Hola! —exclamó mi tía, al cabo de mucho tiempo.

Levanté la vista y contemplé sus expresivos ojos con respeto.

—Le he escrito —dijo ella.

—¿A...?

—A tu padrastro —aclaró—. Le he enviado una carta que tendrá que

molestarse en atender, si no quiere pelearse conmigo. ¡De eso puede estar seguro!

—¿Sabe él dónde me encuentro, tía? —pregunté, alarmado.

—Se lo he comunicado —asintió la señorita Betsey.

—¿Y me obligará a volver con él? —titubeé.

—Todavía no lo sé —respondió ella—. Ya veremos.

—¡Dios mío! —exclamé—. No sé qué será de mí si tengo que volver con el señor Murdstone.

—De momento, no puedo decirte nada —aseguró mi tía, moviendo la cabeza—. Ignoro lo que va a ocurrir. Ya veremos.

Al escuchar sus palabras, perdí toda esperanza y me sentí sumamente triste y abatido. Mi tía pareció olvidarse de mí, se colocó un sencillo delantal con peto, que sacó del armario, y lavó las tazas de té con sus propias manos; una vez limpias y recogidas sobre la bandeja, dobló el mantel, lo colocó encima y llamó a Janet para que se lo llevara todo. Después de ponerse unos guantes, barrió las migajas con una pequeña escoba, hasta que no quedó ni la más microscópica partícula en la alfombra; luego desempolvó y ordenó la habitación, que no podía estar más reluciente. Una vez realizadas esas tareas a su entera satisfacción, se quitó el delantal y los guantes, los dobló y volvió a guardarlos en el mismo rincón del armario del que los había sacado, llevó el costurero a su mesa junto a la ventana abierta y se sentó con sus labores, con el abanico verde entre ella y la luz.

—Me gustaría que subieras al piso de arriba —dijo mi tía, mientras enhebraba la aguja— y saludaras de mi parte al señor Dick; me agradaría saber qué tal va su memorial.

Me apresuré a levantarme para cumplir el encargo.

—Supongo —prosiguió la señorita Betsey, mirándome tan fijamente como a la aguja que acababa de enhebrar— que señor Dick te parece un nombre muy corto, ¿no?

—Eso pensé ayer —confesé.

—No vayas a creer que no tiene otro más largo, que podría usar si quisiera —afirmó ella, con un aire más arrogante—. Babley, señor Richard Babley, es el verdadero nombre de ese caballero.

Estaba a punto de sugerir, dada mi juventud y la familiaridad –sin duda reprobable– que me había tomado, que tal vez sería mejor que yo utilizara su nombre completo, cuando mi tía continuó diciendo:

–Pero jamás lo llames así; no puede soportar su apellido. Es una de sus peculiaridades. Aunque tampoco resulta tan extraño; ¡sólo Dios sabe cuánto ha debido sufrir por culpa de sus familiares para odiarlo de ese modo! Recuerda que aquí es el señor Dick; y seguirá siéndolo en cualquier otro lugar, si es que algún día decide marcharse de esta casa, cosa que dudo. Así que no se te ocurra llamarlo de otro modo, jovencito.

Prometí obedecer y subí las escaleras con mi mensaje; a medida que avanzaba, empecé a pensar que si el señor Dick llevaba mucho tiempo escribiendo a la misma velocidad con que lo hacía por la mañana, cuando pasé por delante de su puerta abierta, era probable que su memorial estuviera muy avanzado. Lo encontré junto a su mesa, con una larga pluma en la mano y la cabeza casi apoyada en el papel. Estaba tan absorto en su trabajo que, antes de que se percatara de mi presencia, tuve tiempo suficiente para ver una gran cometa de papel que había en un rincón, varios fajos de manuscritos en desorden, muchas plumas y, sobre todo, una gran cantidad de tinta (parecía tener docenas de frascos de medio galón).

–¡Ah! ¡Febo! –exclamó el señor Dick, al tiempo que dejaba la pluma–. ¿Cómo va el mundo? Le diré una cosa –añadió, bajando la voz–; no me gustaría que nadie lo mencionara, pero...

Me hizo señas entonces para que me acercara, y me habló al oído:

–El mundo está loco. ¡Tan loco como Bedlam,^[25] muchacho! –aseguró, tomando rapé de una cajita redonda que tenía encima de la mesa y riéndose a carcajadas.

Sin atreverme a opinar sobre ese asunto, le di el recado de la señorita Betsey.

–Pues, díglele que yo también le envío mis saludos –contestó el señor Dick–, y que... creo que voy por buen camino. Sí, estoy convencido de ello –afirmó, pasándose la mano por sus cabellos grises y mirando el manuscrito con verdadera desconfianza–. ¿Ha ido usted al colegio?

–Sí, señor –repuse–; aunque muy poco tiempo.

–¿Se acuerda de la fecha en que fue decapitado el rey Carlos I? –inquirió con la mayor seriedad, cogiendo nuevamente la pluma para anotar mi

respuesta.

Le dije que creía que dicho suceso había ocurrido en el año mil seiscientos cuarenta y nueve.

–Eso dicen los libros –replicó, mientras se rascaba la oreja con la pluma y me miraba con expresión dubitativa–; pero no creo que fuera posible. Si sucedió hace tanto tiempo, ¿cómo pudieron quienes le rodeaban cometer el error de introducir en *mi* cabeza algunas de las preocupaciones que él tenía en la *suya* cuando se la cortaron?

Me sorprendió mucho su pregunta, pero no pude decirle nada al respecto.

–Es muy extraño –comentó el señor Dick, contemplando sus papeles con desaliento y pasándose de nuevo la mano por los cabellos–, soy incapaz de encontrar una explicación. Es algo que jamás he podido aclarar. Pero ¡da igual! ¡Da igual! –exclamó alegremente, recuperando el optimismo–. ¡Tenemos tiempo de sobra! Preséntele mis respetos a la señorita Trotwood y dígame que todo marcha viento en popa.

Me disponía a salir de la habitación cuando llamó mi atención sobre la cometa.

–¿Qué le parece? –preguntó.

Le respondí que era preciosa. Debía de tener al menos siete pies de altura.

–La he fabricado yo. Iremos a volarla juntos –dijo el señor Dick–. ¿Ve esto?

Me mostró su papel, todo cubierto de una escritura diminuta y muy cuidada, aunque tan clara que, al recorrer sus líneas con la vista, creí distinguir una o dos alusiones a la cabeza de Carlos I.

–Tiene un cordel larguísimo –explicó el señor Dick– y, cuando vuela muy alto, lleva todos estos hechos a una gran distancia. Es mi manera de difundirlos. Ignoro dónde pueden caer. Depende de las circunstancias, del viento, etc...; pero es un riesgo que corro.

La expresión de su rostro era tan dulce y tan cordial, y parecía tan respetable, a pesar de su entusiasmo y de su espontaneidad, que se me ocurrió pensar que tal vez estuviera bromeando conmigo. Así que me eché a reír, él siguió mi ejemplo, y nos separamos convertidos en los mejores amigos del mundo.

–Y bien, pequeño –dijo mi tía, cuando bajé nuevamente al salón–. ¿Cómo

se encuentra el señor Dick esta mañana?

Le contesté que le enviaba saludos y que su memorial iba muy bien.

—¿Qué opinas de él? —inquirió la señorita Betsey.

Intenté eludir la pregunta, respondiendo que me parecía un caballero muy simpático; pero a mi tía no le gustaba andarse por las ramas, así que dejó la labor en su regazo y exclamó cruzando las manos:

—¡Vamos! Tu hermana Betsey Trotwood me habría dicho sin tapujos lo que pensaba. ¡Será mejor que te parezcas a ella y hables de una vez!

—¿No está... el señor Dick... y se lo pregunto porque no lo sé, tía... no está un poco mal de la cabeza? —balbucí, pues sentía que pisaba un terreno peligroso.

—¡En absoluto! —exclamó ella.

—¡Oh, claro! —repliqué débilmente.

—Si hay alguien en este mundo —dijo mi tía en tono enérgico— que no está mal de la cabeza, es el señor Dick.

Lo único que pude hacer fue repetir tímidamente:

—¡Oh, claro!

—Algunos lo han tachado de loco —afirmó la señorita Betsey—. Y lo cierto es que, cuando lo recuerdo, experimento un placer egoísta, pues de otro modo no habría disfrutado de su compañía ni de sus consejos desde hace más de diez años... en realidad, desde que tu hermana, Betsey Trotwood, defraudó todas mis expectativas.

—¿Hace tanto tiempo? —pregunté.

—¡Y menudas personas tuvieron el atrevimiento de tacharlo de loco! —prosiguió mi tía—. El señor Dick es un pariente lejano mío; poco importa, no es necesario entrar en detalles. Si no hubiera intervenido yo, su propio hermano lo habría encerrado de por vida; y eso es todo.

Es posible que fuera hipocresía por mi parte, pero al ver cuánto irritaba aquel asunto a mi tía, intenté parecer también muy indignado.

—¡Qué estúpido orgulloso! —exclamó—. Como su hermano era un poco excéntrico (y no lo era ni la mitad que muchos otros), no quería que lo vieran en su casa y lo envió a un manicomio privado; a pesar de que su difunto

padre, que lo consideraba débil mental, lo había dejado a su cuidado. ¡Qué poca sabiduría mostró al pensar de ese modo! Sin duda era él quien estaba loco.

Una vez más, cuando vi a mi tía tan convencida de sus palabras, traté de adoptar la misma actitud que ella.

—De modo que decidí intervenir —continuó diciendo la señorita Betsey— y hacerle un ofrecimiento. Le dije que su hermano estaba cuerdo, mucho más cuerdo de lo que él lo estaba o estaría nunca; que le pasara su pequeña renta y le permitiera vivir conmigo. Que yo no tenía miedo de él; que no era orgullosa; que estaba dispuesta a cuidarle; y que no le maltrataría como otros (y no me refería sólo a la gente del manicomio). Después de mucho discutir —explicó mi tía—, le convencí; y el señor Dick lleva aquí desde entonces. Te aseguro que es la criatura más dócil y amable del mundo. En cuanto a dar consejos... Pero nadie le conoce tan bien como yo.

La señorita Trotwood se alisó el vestido y movió la cabeza, como si el primer gesto sirviera para limar las diferencias con el resto del mundo y el segundo, para acabar con ellas.

—Tenía una hermana a la que adoraba —añadió mi tía—, que era muy buena y cariñosa con él. Pero ésta hizo lo mismo que todas las mujeres: se casó. Y el marido hizo lo mismo que todos los hombres: tratarla de un modo infame. Este hecho, que afectó sobremanera al señor Dick (y espero que nadie lo considere una locura), unido al miedo que le inspiraba su hermano y a la crueldad de éste, provocaron en él unas fiebres. Eso ocurrió antes de que viniera a esta casa, pero todavía se siente abrumado cuando lo recuerda. ¿Te ha dicho algo sobre la cabeza del rey Carlos I, jovencito?

—Sí, tía.

—¡Ah! —exclamó la señorita Betsey, frotándose la nariz como si se sintiera algo irritada—. Es una forma alegórica de evocar esta historia. Asocia su enfermedad con grandes inquietudes y trastornos, lo que es natural, y se sirve de esa figura, símil, o como quieras llamarlo. Y si lo juzga apropiado, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Tiene razón, tía.

—Ya sé que no es el lenguaje que se emplea en los negocios, ni el que utiliza la mayoría de la gente —prosiguió—. Por ese motivo, siempre insisto en que no mencione ni una sola palabra de ese asunto en su memorial.

—¿Entonces está escribiendo su historia?

—En efecto, pequeño —contestó mi tía, frotándose de nuevo la nariz—. Esta redactando un memorial sobre sus asuntos, dirigido al lord canciller, o al lord No-sé-cuántos...; en fin, a uno de esos señores a los que se paga un sueldo para recibir memoriales. Supongo que lo enviará uno de estos días. Todavía no ha encontrado el mejor modo de expresarse, pero carece de importancia: le sirve de distracción.

Lo cierto es que más adelante descubrí que el señor Dick llevaba diez años tratando de impedir que el rey Carlos I apareciera en su memorial; pero éste siempre se colaba en él, y allí continuaba en aquellos momentos.

—Vuelvo a decirte —dijo mi tía— que nadie le conoce tan bien como yo, y que es la criatura más dócil y amable del mundo. Si a veces le gusta volar una cometa, ¿qué hay de malo en ello? Franklin^[26] solía hacerlo. Era cuáquero, o algo parecido, si no me equivoco. Y un cuáquero volando una cometa es mucho más ridículo que cualquier otro hombre.

Si hubiera podido imaginar que mi tía me contaba todos esos detalles para que me sirvieran de lección, o como muestra de confianza, me habría sentido muy halagado y lo habría considerado un buen augurio. Pero me di cuenta de que se había lanzado a dar aquellas explicaciones porque las tenía muy presentes en su imaginación, y si se había dirigido a mí era porque no tenía otro interlocutor.

Asimismo, debo decir que la generosidad con que defendía al pobre e inofensivo señor Dick no sólo me hizo concebir alguna esperanza egoísta en lo que a mí se refería, sino que me despertó un sentimiento desinteresado de afecto por ella. Creo que empecé a comprender que, a pesar de sus numerosos caprichos y excentricidades, mi tía tenía algo especial que la hacía merecedora de respeto y de confianza. Aunque aquel día estuvo tan seria como el anterior, y no dejó de entrar y salir para vigilar los burros, y fue presa de la ira cuando un joven que pasaba por allí miró con ojos tiernos a Janet, que estaba en una ventana (y ése era uno de los peores delitos que podían cometerse contra la dignidad de mi tía), sentí cómo crecía mi respeto por ella, aunque mi temor siguiera siendo el mismo.

Durante el tiempo que necesariamente transcurrió antes de que recibiera una respuesta del señor Murdstone a su carta, viví en un estado de extrema inquietud; pero intenté por todos los medios disimular, y ser lo más amable posible con mi tía y con el señor Dick. Este último habría salido conmigo a

volar la gigantesca cometa; pero como yo no tenía más ropa que la extravagante indumentaria con la que me habían ataviado el primer día, estaba confinado en la casa, si exceptuamos el paseo de una hora por el acantilado que la señorita Betsey me obligaba a dar antes de acostarme, por motivos de salud. Finalmente, llegó la contestación del señor Murdstone y mi tía me comunicó, para mi inmenso horror, que vendría a hablar personalmente con ella al día siguiente. Desde muy temprano, esperé envuelto en mis extraños ropajes, contando las horas, nervioso y acalorado, cada vez con menos esperanzas y más miedo; era consciente del terror que sentiría al contemplar su siniestro semblante y temblaba cada minuto que pasaba sin que él hiciera acto de presencia.

Mi tía se mostraba un poco más autoritaria y severa de lo habitual, pero no advertí ningún otro indicio de que se preparara para recibir la visita de quien tanto temor me inspiraba. Se sentó con sus labores delante de la ventana, y yo tomé asiento junto a ella, mientras mi imaginación se desbocaba pensando en todas las consecuencias posibles e imposibles de la visita del señor Murdstone. Estuvimos así hasta bien entrada la tarde. La comida se había retrasado indefinidamente; pero, al percatarse de la hora que era, la señorita Betsey había ordenado que la preparasen, cuando, de pronto, dio la alarma de los burros, y yo contemplé con asombro y consternación cómo la señorita Murdstone, montada en una silla de amazona, dirigía deliberadamente su jumento hacia la parcela sagrada de césped y se detenía delante de la casa, mirando a un lado y a otro.

—¡Fuera de ahí! —gritó mi tía, asomando la cabeza y agitando el puño por la ventana—. No se le ha perdido nada en este lugar. ¿Cómo se atreve a entrar en propiedad ajena? ¡Fuera! ¡Menuda desvergüenza!

La señorita Betsey se encolerizó de tal modo al ver la frialdad con que la señorita Murdstone miraba a su alrededor que pareció quedarse paralizada, en lugar de lanzarse en su persecución, tal como acostumbraba. Aproveché la oportunidad para decirle quién era; y que el caballero que se acercaba a la infractora (pues el camino era muy empinado y se había quedado atrás) era el mismísimo señor Murdstone.

—¡Me importa un comino quién sea! —exclamó mi tía, que hacía toda clase de gestos, menos de bienvenida, desde la ventana—. No permitiré que nadie entre en mi propiedad. No estoy dispuesta a tolerarlo. ¡Fuera de ahí! Janet, hazle dar media vuelta. ¡Que salga de ahí!

Y pude ver, escondido detrás de mi tía, una escena del combate en el que el burro oponía resistencia a todo el mundo, con sus cuatro patas sólidamente plantadas en el suelo, mientras Janet tiraba de las riendas, el señor Murdstone trataba de obligarle a avanzar, la señorita Murdstone golpeaba a Janet con una sombrilla y varios muchachos, que habían corrido a presenciar la refriega, gritaban alborozados. Pero mi tía no tardó en reconocer entre ellos al pequeño malhechor que cuidaba del asno, y que era uno de sus más inveterados enemigos –aunque no debía de tener ni trece años– y, precipitándose al campo de batalla, se abalanzó sobre él y lo convirtió en su prisionero. Lo arrastró hasta el jardín, con la chaqueta por encima de la cabeza, dejando el surco de sus talones en el suelo, y, mientras ella lo mantenía a raya, ordenó a Janet que llamara a los guardias y a los jueces para que se lo llevaran, lo juzgaran y lo ejecutaran en el acto. Aquella situación, sin embargo, no duró mucho, pues el pequeño granuja, que conocía toda clase de trucos y estratagemas que mi tía no había oído siquiera mencionar, se escapó en seguida dando un alarido, dejando las huellas profundas de los clavos de sus botas en los macizos de flores y alejándose victorioso con su burro.

La señorita Murdstone había aprovechado esta última parte de la lucha para desmontar; y esperaba al pie de los escalones, en compañía de su hermano, a que la señorita Betsey estuviera en disposición de recibirlos. Mi tía, algo agitada por el combate, pasó junto a ellos y entró en la casa con gran dignidad, sin darse por enterada de su presencia hasta que Janet los anunció.

–¿Quiere que me vaya, tía? –pregunté, temblando.

–No, señor –respondió ella–. ¡Por supuesto que no!

Y, después de decir estas palabras, me empujó hasta un rincón, a su lado, y me parapetó tras una silla, como si estuviera en una prisión o en el banquillo de un tribunal de justicia. Continué en ese lugar hasta el final de la entrevista, y desde allí vi al señor y a la señorita Murdstone entrar en la sala.

–¡Oh! –exclamó mi tía–. Al principio no sabía contra quién tenía el placer de protestar. Pero no permito que ningún burro pise mi césped. Y no hago excepciones. Es algo que no tolero a nadie.

–Su regla resulta bastante molesta para los forasteros –afirmó la señorita Murdstone.

–¿De veras?

El señor Murdstone pareció temeroso de reanudar las hostilidades y

decidió intervenir:

—¡Señorita Trotwood!

—Perdón, caballero —dijo mi tía, clavando en él su mirada penetrante—. ¿Es usted el mismo señor Murdstone que contrajo matrimonio con la viuda de mi difunto sobrino, David Copperfield, de Rookery, en Blunderstone? Aunque jamás comprenderé por qué pusieron ese nombre a la casa.

—En efecto —respondió mi padrastro.

—Entonces, caballero —añadió la señorita Betsey—, espero que sepa disculparme si le digo que, en mi opinión, habría sido mucho mejor que hubiera dejado en paz a aquella pobre niña.

—Estoy de acuerdo con la señorita Trotwood —señaló la señorita Murdstone, torciendo el gesto— cuando afirma que nuestra pobre Clara no era más que una niña, en todos los sentidos.

—Es un verdadero consuelo, señora —declaró mi tía—, que nadie pueda decir algo semejante de nosotras, que tenemos ya cierta edad y no corremos peligro de que alguien nos haga desgraciadas a causa de nuestros atractivos personales.

—Tiene razón —replicó la señorita Murdstone, aunque no pareció asentir de muy buena gana—. Y, como usted acaba de decir, habría sido mucho mejor para mi hermano que esa boda nunca se hubiera celebrado. Ésa ha sido siempre mi opinión.



La entrevista decisiva

—No me cabe la menor duda —manifestó la señorita Betsey, tocando la campanilla—. Janet, presenta mis respetos al señor Dick y ruégale que baje a acompañarnos.

Mientras esperaba su llegada, mi tía continuó muy erguida, contemplando la pared con el ceño fruncido. Cuando el señor Dick entró en la sala, lo presentó ceremoniosamente:

—El señor Dick. Un viejo e íntimo amigo, en cuyo juicio —exclamó con énfasis, como si quisiera llamar al orden al señor Dick, que se mordía el dedo índice con aire atontado— confío plenamente.

El señor Dick, comprendiendo la indirecta, retiró el dedo de su boca y se quedó en pie en medio del grupo, con expresión grave y atenta. Mi tía hizo un gesto con la cabeza al señor Murdstone, el cual prosiguió:

—Señorita Trotwood, al recibir su misiva, consideré un acto de mayor justicia para mí, y tal vez de mayor respeto a usted...

—Se lo agradezco —dijo mi tía, sin apartar de él su mirada penetrante—. No debería preocuparse por mí.

—Venir a contestarle en persona, a pesar de los inconvenientes del viaje, en lugar de hacerlo por carta —continuó el señor Murdstone—. Este desventurado muchacho que ha huido lejos de sus amigos y de su trabajo...

—Y cuyo aspecto —interrumpió su hermana, convirtiéndome con mi indescriptible vestimenta en el centro de atención— no puede resultar más infame y vergonzoso.

—Jane Murdstone —exclamó mi padrastro—, ten la bondad de dejarme terminar. Este desventurado muchacho, señorita Trotwood, ha causado infinidad de disgustos y de trastornos en nuestro hogar, tanto en vida de mi querida esposa como después de su muerte. Tiene un carácter arisco y rebelde, un temperamento violento y una naturaleza indómita e intratable. Mi hermana y yo hemos intentado corregir sus defectos, sin conseguirlo. Y he juzgado, mejor dicho hemos juzgado (pues mi hermana goza de mi total confianza), que sería preferible que escuchara esta grave y desapasionada declaración de nuestros labios.

—No creo que sea necesario que yo confirme las palabras de mi hermano —señaló la señorita Murdstone—; pero me gustaría añadir que, en mi opinión, no existe un muchacho peor que éste en todo el mundo.

—¡Exagera! —dijo mi tía secamente.

—En absoluto, si tiene en cuenta los hechos —repuso la señorita Murdstone.

—¡Ah! —exclamó mi tía—. ¿Y qué más, caballero?

—Tengo mis propias teorías sobre el mejor modo de educarle —prosiguió el señor Murdstone, cuyo rostro se iba ensombreciendo cada vez más, a medida que su mirada y la de la señorita Trotwood se cruzaban—. Éstas se basan, por

una parte, en el conocimiento de su carácter y, por otra, en el conocimiento de mis medios y de mis recursos. Sólo debo responder de mis ideas ante mí mismo, actúo de acuerdo con ellas y no tengo que dar explicaciones a nadie. Será suficiente decir que he dejado a este muchacho al cuidado de un amigo, en una empresa respetable; que eso no le agradaba; que se ha escapado; que ha recorrido el país como si fuera un vagabundo; y que ha venido aquí, en harapos, para pedirle ayuda, señorita Trotwood. Deseo explicarle con toda franqueza lo que ocurriría, por lo que yo sé, si usted decidiera respaldarle.

—Hablemos primero de esa empresa tan respetable —dijo mi tía—. Si hubiera sido su propio hijo, supongo que también lo habría colocado allí, ¿no es cierto?

—Si hubiera sido el hijo de mi hermano —interrumpió la señorita Murdstone—, su carácter habría sido muy diferente.

—Y si esa desdichada niña, su madre, siguiera con vida, ¿lo habría enviado también a esa empresa tan respetable? —inquirió la señorita Betsey.

—Creo que Clara no se habría opuesto a nada que mi hermana Jane y yo hubiéramos considerado mejor para el muchacho —respondió el señor Murdstone, con una inclinación de cabeza.

La señorita Murdstone confirmó sus palabras con un murmullo claramente audible.

—¡Bah! —exclamó mi tía—. ¡Pobre pequeña!

El señor Dick había estado todo ese tiempo haciendo tintinear el dinero en su bolsillo, y el sonido empezó a resultar tan molesto que mi tía creyó necesario imponerle silencio con la mirada.

—Y la pensión de esa pobre niña, ¿acaso desapareció con ella? —preguntó.

—En efecto —replicó el señor Murdstone.

—Y su pequeña propiedad, la casa y el jardín, extrañamente llamada Rookery, ¿no se firmó ningún documento para que fuera heredada por su hijo?

—Su primer marido se lo dejó a ella sin condiciones —comenzó a decir el señor Murdstone; pero mi tía le interrumpió sin disimular su enorme irritación e impaciencia.

—¡Dios mío! No es necesario que lo explique. ¡Se lo dejó a ella sin condiciones! Como si David Copperfield hubiera sido capaz de prever algo,

aunque lo tuviese delante de sus ojos... Por supuesto que se lo dejó sin condiciones. Pero cuando ella volvió a contraer matrimonio, cuando cometió el terrible error de casarse con usted –exclamó mi tía–, para ser breves, y hablando con franqueza, ¿nadie defendió los intereses de este muchacho?

–Mi difunta esposa amaba a su segundo marido, señora –afirmó el señor Murdstone–, y confiaba ciegamente en él.

–Su difunta esposa, caballero, era la criatura más desgraciada y desvalida de este mundo, y no sabía nada de él –añadió la señorita Betsey, moviendo la cabeza–. Eso es lo que *ella* era. Y ahora, ¿quiere decirme algo más?

–Solamente esto, señorita Trotwood –respondió–. He venido a este lugar para llevarme a David, sin condiciones; haré con él lo que crea conveniente y lo trataré como me parezca justo. No estoy aquí para hacer ninguna promesa, ni para llegar a un acuerdo con nadie. Quizá se le haya pasado por la cabeza, señorita Trotwood, ayudarle en su huida y escuchar sus quejas. Su actitud, que no resulta nada conciliadora, me empuja a pensar que tal cosa es posible. Pero he de advertirle que, si lo protege una sola vez, tendrá que hacerlo para siempre; y que, si se interpone entre él y yo, jamás podrá arrepentirse de su decisión. Hablo con la mayor seriedad y no toleraré que nadie juegue conmigo. He venido a este lugar, por primera y última vez, para llevarme a David. ¿Está dispuesto a acompañarme? Si no lo está... si usted dice que no lo está, sea cual sea el pretexto alegado, las puertas de mi casa se cerrarán para él a partir de ahora; y daré por sentado que se le abrirán las suyas.

La señorita Betsey escuchó sus palabras con gran atención, más erguida que nunca, con las manos enlazadas sobre una rodilla y los ojos clavados en su interlocutor. Cuando éste terminó de hablar, mi tía, sin variar de postura, dirigió su mirada a la señorita Murdstone.

–Y usted, señora, ¿tiene algo que añadir?

–La verdad es que mi hermano ha explicado tan bien cuanto yo podría decir, señorita Trotwood –contestó Jane Murdstone–, y ha expuesto con tanta claridad los hechos que sólo me queda agradecerle su cortesía, su enorme cortesía –repitió en un tono irónico que dejó a mi tía tan indiferente como hubiera dejado al cañón junto al que dormí en Chatham.

–¿Y qué piensa el niño de todo esto? –quiso saber mi tía–. ¿Estás dispuesto a ir, David?

Respondí que no, y le rogué que no permitiera que me alejaran de ella. Le

conté que el señor y la señorita Murdstone jamás me habían querido; que nunca me habían tratado con cariño; que por mi culpa habían hecho muy desgraciada a mi madre, que me adoraba; y que no sólo lo sabía yo, sino también Peggotty. Le conté que había sido mucho más desgraciado de lo que nadie podría imaginar, viéndome tan pequeño. Y le supliqué –no recuerdo cuáles fueron mis palabras, pero sé que entonces me conmovieron mucho– que me amparara y protegiera, por consideración a mi padre.

–Señor Dick –preguntó mi tía–, ¿qué debo hacer con este niño?

Su viejo amigo empezó a meditar, vaciló y, finalmente, exclamó radiante:

–Diga que le tomen las medidas para un traje.

–Señor Dick –exclamó mi tía con aire triunfal–, deme la mano; su sentido común es un verdadero tesoro.

Después de estrecharle la mano con suma cordialidad, me atrajo hacia ella.

–Puede marcharse cuando quiera, señor Murdstone –señaló–; correré el riesgo de quedarme con el muchacho. Si es tal como asegura, podré, en cualquier caso, hacer lo mismo que usted ha hecho por él. Pero no le creo en absoluto.

–Señorita Trotwood –repuso mi padrastro, encogiéndose de hombros al tiempo que se levantaba–, si fuera un caballero...

–¡Bah! ¡Tonterías! –afirmó ella–. ¡Más le vale no decir nada!

–¡Qué educación tan exquisita! –exclamó la señorita Murdstone, poniéndose también en pie–. ¡Me siento abrumada!

–¿Acaso cree que no sé –afirmó mi tía, haciendo oídos sordos a la hermana y dirigiéndose al hermano, sin dejar de mover la cabeza de un modo muy elocuente– la clase de vida que dieron a esa pobre y desdichada niña, que no tenía quien la aconsejara? ¿Piensa que ignoro lo nefasto que fue para esa criatura tan dulce cruzarse con usted? Estoy segura de que la miró sonriendo y con ojos tiernos, ¡como si fuera incapaz de matar una mosca!

–¡Jamás había oído hablar a nadie con tanta delicadeza! –censuró la señorita Murdstone.

–¿Supone que soy incapaz de imaginar ese momento como si hubiera estado allí –prosiguió mi tía–, ahora que le he visto con mis propios ojos y que he escuchado sus palabras, lo que, para ser sincera, no ha sido nada

agradable para mí? ¡Oh, sí! El señor Murdstone empezó siendo el caballero más bondadoso y amable del mundo. La pobre e inocente joven jamás había conocido a un hombre así. Era todo dulzura. La idolatraba. Adoraba a su pequeño, ¡lo quería con verdadera ternura! Sería un segundo padre para él, y los tres vivirían felices en un jardín de rosas, ¿no es así? ¡Puf! ¡Vamos, váyanse de una vez!

—¡En mi vida me había tropezado con alguien semejante! —profirió la señorita Murdstone.

—Y cuando estuvo seguro —afirmó mi tía— de que esa pobre insensata había caído en sus manos (y que Dios me perdone por llamar así a una criatura que se encuentra en un lugar al que *usted* no tiene ninguna prisa por dirigirse), como si no le hubiera causado ya bastante daño a ella y a los suyos, empezó a educarla, ¿no es cierto? Y sometió su voluntad, como si fuera un pobre pajarillo enjaulado, robándole la vida poco a poco, mientras le enseñaba a cantar *sus* melodías.

—Me gustaría saber si está loca o si ha bebido demasiado —dijo la señorita Murdstone, en un intento desesperado por atraer la atención de mi tía—; supongo que está ebria.

La señorita Betsey, haciendo caso omiso de su interrupción, continuó dirigiéndose a su hermano.

—Señor Murdstone —exclamó, amenazándole con el dedo—, fue usted un tirano con esa inocente niña y rompió su corazón. Ella era todo ternura... lo sé muy bien; lo supe mucho antes de que usted la conociera. Y aprovechó su debilidad para infligirle las heridas que ocasionaron su muerte. Ésa es la verdad, le guste o no; y puede hacer con ella lo que quiera, tanto usted como quienes le han servido de instrumento.

—Déjeme preguntarle, señorita Trotwood —insistió la señorita Murdstone—, a quién se refiere con esa expresión que no figura en mi vocabulario.

La señorita Betsey, completamente sorda a sus palabras, reanudó sus invectivas sin inmutarse.

—Como ya le he dicho, era ostensible mucho antes de que *usted* la conociera... Aunque por qué la Divina Providencia, en sus misteriosos designios, permitió que usted se cruzara con ella, es algo que se escapa a la comprensión humana. Era ostensible que una criatura tan joven y tan dulce se casaría, antes o después; pero nunca pensé que su matrimonio sería tan

desastroso. Hablo de la época en que nació este niño –aclaró mi tía–; este pobre niño del que se valdría usted después para atormentarla, lo que ahora constituye un recuerdo muy desagradable y convierte su presencia en algo odioso. ¡Sí, sí! ¡No es preciso que se estremezca! Estoy convencida de que es cierto.

El señor Murdstone no se había movido en todo ese tiempo de al lado de la puerta, mirándola fijamente con una sonrisa en los labios, aunque sin dejar de fruncir el ceño. Ahora me doy cuenta de que, a pesar de que fingía sonreír, había palidecido de pronto y respiraba como si hubiera hecho un gran esfuerzo.

–¡Buenos días, señor! –dijo mi tía–. ¡Y adiós! ¡Buenos días también a usted, señora! –exclamó, volviéndose de pronto hacia su hermana–. Si la veo pisar *mi* césped nuevamente con uno de esos burros, tan seguro como que tiene una cabeza encima de los hombros, le arrancaré su sombrero y lo pisotearé.

Sería necesario un pintor, y no un pintor cualquiera, para representar el rostro de mi tía mientras expresaba aquel sentimiento tan inesperado, y el de la señorita Murdstone mientras la escuchaba. Pero el tono de su discurso, así como el contenido, fue tan airado que la señorita Murdstone, sin decir una sola palabra, cogió prudentemente el brazo de su hermano y salió con aire altivo de la casa; mi tía contempló cómo se alejaban desde la ventana, dispuesta, sin duda, a cumplir su amenaza si los burros reaparecían.

Como nadie intentó desafiarla, sin embargo, la expresión de su cara se dulcificó poco a poco, y pareció tan contenta que me atreví a besarla y a darle las gracias; lo que hice de todo corazón, colocando mis brazos alrededor de su cuello. Después estreché la mano del señor Dick, que se empeñó en repetir nuestro saludo varias veces y en celebrar el final feliz de aquella historia con sonoras carcajadas.

–Se considerará, junto conmigo, el tutor de este niño, señor Dick –dijo la señorita Betsey.

–Estaré encantado de ser el tutor del hijo de David –se apresuró a responder él.

–Muy bien –exclamó mi tía–. Asunto arreglado. He pensado, señor Dick, que podría llamarlo Trotwood.

–Por supuesto, por supuesto. Llámelo Trotwood –contestó el señor Dick–.

Trotwood, el hijo de David.

–Quiere decir Trotwood Copperfield, ¿no? –inquirió mi tía.

–Sí, sí. Desde luego. Trotwood Copperfield –repitió el señor Dick, algo confuso.

A mi tía le agradó tanto su idea que ella misma escribió con tinta indeleble el nombre de «Trotwood Copperfield» en las prendas ya confeccionadas que me compraron aquella tarde, antes de que yo me las pusiera; y quedó acordado que en toda mi ropa (pues encargó para mí un vestuario completo) se marcarían esas iniciales.

Y así empezó mi nueva vida, con un nuevo nombre y con todo nuevo a mi alrededor. Ahora que mis dudas se habían disipado, me pareció vivir en un sueño durante muchos días. Jamás se me ocurrió que mi tía y el señor Dick fueran una extraña pareja de tutores. Nunca pensé con claridad en lo que me afectaba personalmente. Lo que sí sabía muy bien era que mi antigua vida en Blunderstone pertenecía al pasado y ahora parecía flotar entre la bruma, a una enorme distancia; y que un telón había caído para siempre sobre mi vida en Murdstone y Grinby. Nadie ha vuelto a levantarlo jamás. Y si lo he hecho yo por unos momentos, incluso en esta narración, ha sido con mano vacilante, y he vuelto a dejarlo caer con alegría. El recuerdo de aquella vida resulta tan doloroso para mí, está tan cargado de sufrimiento y de desesperanza, que jamás he tenido el valor de calcular cuánto tiempo estuve condenado a llevarla. Ignoro si duró un año, o más, o menos. Lo único que sé es que fue real y después dejó de serlo; y que lo he escrito y en estas páginas queda.

XV

Empiezo de nuevo

El señor Dick y yo no tardamos en convertirnos en los mejores amigos del mundo y, cuando terminaba su trabajo cotidiano, salíamos juntos a volar la gigantesca cometa. Todos los días dedicaba varias horas a su memorial, sin que éste progresara en absoluto, por grande que fuera su empeño; pues el rey Carlos I siempre se introducía en él, antes o después, y el señor Dick se veía obligado a desechar lo escrito y a empezar de nuevo. La paciencia con que soportaba aquellas continuas decepciones sin desanimarse, sus inútiles esfuerzos por mantener a raya al rey Carlos I en un relato en el que –según intuía vagamente– no debía aparecer, el tesón con que ese monarca volvía a meterse en el memorial y lo estropeaba, me impresionaban profundamente. No creo que el señor Dick supiera más que cualquier otra persona cuál sería el futuro de ese documento, una vez escrito: a quién lo dirigiría y cuáles serían sus consecuencias; aunque no tenía el menor sentido que se preocupara por tales cuestiones, pues, si había algo seguro bajo el sol, era que el memorial no se acabaría nunca.

Resultaba conmovedor, pensaba a menudo, verle jugar con su cometa cuando ésta se hallaba a gran altura. Lo que me había contado en su habitación sobre la pretensión de difundir aquellos hechos pasados en lo que no eran más que hojas viejas de memoriales abortivos podía haber sido a veces pura fantasía; pero no cuando salía de la casa y la cometa se elevaba en el cielo, mientras él sentía los tirones del cordel en su mano. Su aspecto era entonces más sereno que nunca. Cuando, al atardecer, me sentaba a su lado en una verde ladera, y le veía contemplar la cometa en lo alto, flotando en el aire tranquilo, me gustaba imaginar que su espíritu también salía de la confusión, y que ésta ascendía hasta desaparecer (tales eran mis pensamientos entonces). Cuando recogía el cordel y la cometa descendía lentamente, abandonando aquella hermosa franja de luz para caer cabeceando al suelo, y se quedaba allí

como si yaciera muerta, el señor Dick parecía despertar poco a poco de un sueño. Y recuerdo haberlo visto recoger la cometa y mirar a su alrededor con ojos extraviados, como si los dos hubieran caído juntos; y yo le compadecía con todo mi corazón.

El hecho de que aumentara mi amistad e intimidad con el señor Dick no impidió que siguiera gozando del favor de su leal amiga, mi tía. Me tomó tanto cariño que, al cabo de unas semanas, decidió abreviar mi nombre adoptivo y convertir Trotwood en Trot; e incluso me hizo albergar la esperanza de que, si continuaba como había empezado, ella llegaría a quererme tanto como a mi hermana Betsey Trotwood.

—Trot —dijo la señorita Betsey una noche, cuando trajeron el tablero de *backgammon* para ella y para el señor Dick—, no debemos olvidar tu educación.

Era el único asunto que me inquietaba, y me sentí muy dichoso de que lo mencionara.

—¿Te gustaría ir a un colegio en Canterbury? —preguntó mi tía.

Le respondí que me encantaría, pues así seguiría muy cerca de ella.

—¡Bien! —exclamó—. ¿Te gustaría empezar mañana mismo?

Como ya estaba familiarizado con la rápida evolución de las ideas de mi tía, no me sorprendió una proposición tan repentina.

—Sí —contesté.

—¡Bien! —repitió ella—. Janet, pide el poni gris y la calesa para mañana a las diez en punto, y prepara esta noche el equipaje del señor Trotwood.

Aquellas órdenes me llenaron de alegría; pero el corazón no tardó en reprocharme mi egoísmo cuando me percaté del efecto que habían causado en el señor Dick, que se sintió tan desolado ante la perspectiva de nuestra separación y jugó tan mal al *backgammon* en consecuencia, que mi tía, después de darle algunos golpecitos de advertencia en los nudillos con el cubilete de los dados, cerró el tablero y se negó a continuar la partida con él. Pero mi amigo volvió a animarse cuando oyó decir a la señorita Betsey que yo regresaría a casa algunos sábados, y que él podría visitarme algunos miércoles; y prometió fabricar otra cometa para esas ocasiones, mucho más grande que la primera. Al día siguiente por la mañana se mostró nuevamente muy abatido, y se habría consolado entregándome todo el dinero que poseía,

oro y plata incluidos, si mi tía no hubiera intervenido, limitando el regalo a cinco chelines que, ante la insistencia del señor Dick, se convirtieron en diez. Nos despedimos del modo más afectuoso en la puerta del jardín, y él no entró en la casa hasta que mi tía me condujo lejos de su vista.

La señorita Betsey, completamente indiferente a lo que los demás pudieran pensar, guió con maestría el poni gris por las calles de Dover; iba sentada, muy erguida, al igual que un cochero de ceremonia, sin perder de vista un solo movimiento del caballo, decidida a no dejarle hacer su voluntad bajo ningún pretexto. Cuando salimos de la ciudad, sin embargo, le dio un poco más de libertad y, mirando el montón de cojines donde yo me había hundido, a su lado, me preguntó si me sentía feliz.

—Muy feliz, tía; no sabe cuánto se lo agradezco —asegué.

Mis palabras la complacieron sobremanera; y, como sus dos manos estaban ocupadas, acarició mi cabeza con el látigo.

—¿Es un colegio muy grande, tía? —quise saber.

—La verdad es que no lo sé —dijo ella—. Iremos primero a casa del señor Wickfield.

—¿Es el dueño del internado? —pregunté.

—No, Trot —respondió mi tía—. Vamos a su bufete.

No le pedí más información sobre el señor Wickfield, pues ella tampoco me la dio, y charlamos de otros asuntos hasta que llegamos a Canterbury. Era día de mercado y la señorita Betsey tuvo ocasión de guiar el poni gris entre carros, cestas, hortalizas y mercancías de buhoneros. Dimos vueltas y revueltas en lugares increíblemente angostos, mientras oíamos toda clase de comentarios a nuestro paso, no siempre lisonjeros; pero mi tía conducía con total indiferencia, y no me sorprendería que hubiese atravesado un país enemigo con la misma calma.

Finalmente, nos detuvimos ante una casa muy antigua, cuya fachada sobresalía de entre las demás viviendas de la calle; sus ventanas saledizas, alargadas y con rejas, se destacaban aún más, y las vigas parecían adelantar sus cabezas esculpidas hacia el centro de la calzada. Era como si todo aquel edificio se inclinara hacia delante, intentando ver quién pasaba por la estrecha calle que tenía debajo. Su limpieza era inmaculada. Sobre la puerta baja y en forma de arco, decorada con guirnaldas talladas de frutas y de flores, la vieja aldaba de bronce centelleaba como una estrella; los dos escalones de piedra

que descendían hasta la entrada estaban tan relucientes como si los hubieran cubierto con un lienzo blanco; y todos los ángulos y las esquinas, las tallas y las molduras, las pequeñas y curiosas hojas de vidrio, y los extraños ventanucos, a pesar de ser tan antiguos como las colinas, estaban tan impolutos como la nieve que cae en las montañas.

Cuando la calesa se paró junto a la puerta, y yo contemplaba absorto su fachada, pude ver en una de las ventanas de la planta baja (en una pequeña torre que formaba uno de los ángulos de la casa) un semblante cadavérico que desapareció rápidamente. Se abrió entonces la puerta en forma de arco, y se asomó a ella el mismo rostro. Me pareció tan cadavérico como en la ventana, a pesar de que su tez tenía esa tonalidad encendida que a veces se observa en los pelirrojos. Se trataba de un joven de pelo bermejo, que, a juzgar por lo que sé ahora, debía de tener unos quince años, aunque aparentara ser mucho mayor. Llevaba el pelo cortado al rape, carecía prácticamente de cejas y pestañas, y sus ojos, de un color pardo rojizo, se hallaban tan poco protegidos del aire y de la luz que me pregunté cómo se las arreglaría para dormir. Era de hombros altos y muy huesudo; iba sobriamente vestido de negro, con un corbatín blanco; llevaba la chaqueta abotonada hasta el cuello; y tenía una mano larga y delgada, como de esqueleto, que llamó poderosamente mi atención cuando, de pie junto al caballo, se frotó la barbilla con ella, al tiempo que levantaba su mirada hacia nosotros, que seguíamos en la calesa.

—¿Está el señor Wickfield en casa, Uriah Heep? —preguntó mi tía.

—Sí, señora —respondió—, si quiere usted hacer el favor de pasar —dijo señalando con su enjuta mano la habitación a la que se refería.

Bajamos del carruaje y, dejándole al cuidado del poni, entramos en una sala alargada y de techo bajo que daba a la calle; una vez allí, creí vislumbrar a través de la ventana cómo Uriah Heep soplaba en las fosas nasales del caballo y se apresuraba a cubrirlas con la mano, como si quisiera arrojar sobre el animal algún maleficio. Enfrente de la chimenea, enorme y muy antigua, había dos retratos: en uno se veía a un caballero de pelo gris (a pesar de no ser, ni mucho menos, un hombre de edad avanzada) y cejas negras, que contemplaba unos documentos atados con una cinta roja; el otro representaba a una dama de expresión dulce y serena, que parecía mirarme.

Supongo que me disponía a buscar el retrato de Uriah, cuando se abrió una puerta en el otro extremo de la estancia y entró un caballero; al verlo, me volví hacia el primer lienzo, con el fin de asegurarme de que no había salido

de su marco. Pero éste continuaba allí; y, cuando el desconocido se acercó a la luz, comprobé que era unos años mayor que la imagen del cuadro.

—Señorita Betsey Trotwood —dijo el caballero—, pase, se lo ruego. Estaba ocupado; espero que disculpe mi tardanza. Ya conoce usted el motivo. Sabe que es la única razón de mi vida.

La señorita Betsey le dio las gracias y entramos en su gabinete, que estaba amueblado como un despacho, con libros, documentos, cofres de estaño, etc. Daba a un jardín y tenía una caja fuerte, empotrada en la pared, tan cerca de la repisa de la chimenea que me pregunté cómo se las arreglarían los deshollinadores para limpiarla.

—Y bien, señorita Trotwood —exclamó el señor Wickfield, pues no tardé en averiguar que se trataba de él, que era abogado y que administraba las propiedades de un rico caballero de la región—, ¿qué viento la trae por aquí? Espero que sea un viento favorable...

—En efecto —replicó mi tía—; no he venido por una cuestión legal.

—Tiene usted razón, señora —dijo el señor Wickfield—. Siempre es mejor visitarme por cualquier otro motivo.

Tenía el cabello completamente blanco, aunque sus cejas seguían siendo negras, y un rostro muy agradable, que a mí me pareció incluso hermoso. En cuanto al color de su tez, así como su voz y su mayor corpulencia, hacía mucho tiempo que yo, aleccionado por Peggotty, había aprendido a relacionarlos con el oporto. Iba impecablemente vestido con una chaqueta azul, un chaleco de rayas y unos pantalones de nanquín; su elegante camisa de chorreras y su corbatín de batista eran de una blancura y de una suavidad excepcionales, y recuerdo que trajeron a mi pensamiento el plumaje de un cisne.

—Le presento a mi sobrino —exclamó mi tía.

—No sabía que tuviera uno, señorita Trotwood —dijo el señor Wickfield.

—En realidad, es mi sobrino nieto —afirmó ella.

—Le aseguro que tampoco conocía su existencia —manifestó el abogado.

—Acabo de adoptarlo —declaró mi tía, dando a entender con un ademán que le resultaba indiferente que lo supiera o no—, y he decidido traerlo aquí para que ingrese en un colegio donde pueda recibir una esmerada educación, además de ser muy bien tratado. Dígame dónde hay un centro así, y deme

toda la información posible.

—Antes de poder aconsejarla como es debido —respondió el señor Wickfield—, le haré la pregunta de siempre. ¿Qué motivo le impulsa a actuar así?

—¡Qué diablos! —protestó mi tía—. ¿Por qué busca siempre motivos ocultos, cuando éstos se hallan a la vista? Sólo pretendo que este muchacho sea feliz y se convierta en un hombre de provecho.

—Seguro que hay otras razones —dijo el señor Wickfield, moviendo la cabeza y sonriendo con incredulidad.

—¡Tonterías! —repuso la señorita Betsey—. Usted afirma que sólo existe un motivo en todo cuanto hace. ¿Acaso cree ser el único que obra con rectitud?

—Sí, pero yo sólo tengo un motivo en la vida, señorita Trotwood —contestó sonriendo—. Otras personas tienen docenas, veintenas, cientos. Yo sólo uno. Ahí radica la diferencia. Sin embargo, eso es algo que ahora no viene al caso. ¿El mejor colegio? Sea cual sea su motivo, ¿quiere el más prestigioso?

Mi tía asintió con la cabeza.

—El problema es que en nuestro mejor colegio —dijo el señor Wickfield, reflexionando— no cogerán interno a su sobrino.

—Supongo que podría residir en otro lugar —exclamó mi tía.

El señor Wickfield asintió. Después de un breve intercambio de ideas, propuso visitar con mi tía dicho centro, a fin de que lo conociera y pudiese juzgar por sí misma, y acompañarla, después, a dos o tres casas donde quizá encontrara alojamiento para mí. La señorita Betsey aceptó su invitación y, cuando íbamos a salir los tres juntos, el señor Wickfield se detuvo y dijo:

—Es posible que nuestro pequeño amigo prefiera no acompañarnos. ¿No sería mejor dejarlo aquí?

Mi tía pareció decidida a mostrar su disconformidad; pero yo, para facilitar las cosas, afirmé que estaría encantado de quedarme, si así lo deseaban, y volví al despacho del señor Wickfield, donde me senté nuevamente en la silla que había ocupado antes, para esperar su regreso.

Y aquella silla estaba colocada frente a un estrecho pasillo, que terminaba en la pequeña habitación circular donde yo había visto el pálido rostro de Uriah Heep asomarse a la ventana. Después de conducir nuestro poni a un establo vecino, el joven se había sentado a trabajar allí y copiaba un papel que

había fijado en un soporte de latón que, con esa finalidad, tenía sobre su escritorio. Aunque estaba vuelto hacia mí, durante algún tiempo estuve convencido de que ese documento, que se interponía entre nosotros, le impedía verme; sin embargo, al observarle con más detenimiento, descubrí, no sin cierto malestar, que sus ojos insomnes aparecían de vez en cuando por debajo del manuscrito como dos soles rojos, y me observaban furtivamente durante más de un minuto, mientras su pluma escribía o fingía escribir con la misma destreza de siempre. Intenté en varias ocasiones escapar a sus miradas: me subí a una silla para examinar un mapa que había al otro lado del despacho, leí detenidamente un periódico de Kent... Pero siempre que dirigía la vista hacia aquellos dos soles rojos, incapaz de resistir su atracción, tenía la seguridad de que los encontraría, en el instante de salir o de ocultarse.

Finalmente, después de una larga ausencia, mi tía y el señor Wickfield regresaron, lo que supuso un gran alivio para mí. Sus pesquisas no les habían salido todo lo bien que habría cabido esperar, pues, aunque las ventajas del colegio eran innegables, a mi tía no le habían gustado mis posibles alojamientos.

—Es una lástima, Trot —exclamó mi tía—. No sé qué decisión tomar.

—En efecto, es una lástima —añadió el señor Wickfield—. Pero le diré lo que puede hacer, señorita Trotwood.

—Y ¿qué es? —preguntó mi tía.

—Deje a su sobrino aquí, por el momento. Es un muchacho tranquilo. No me molestará en absoluto. Esta casa es un lugar perfecto para estudiar. Tan silenciosa como un monasterio, y casi igual de espaciosa. Déjelo aquí.

No hay duda de que esta proposición agradó a mi tía, aunque su delicadeza le impidió aceptar. Yo también estaba encantado con la idea.

—Vamos, señorita Trotwood —insistió el señor Wickfield—. El problema quedará resuelto. Y sólo será un arreglo provisional. Si no sale bien, o alguna de las partes no se encuentra a gusto, buscaremos otra solución. Tendremos tiempo, mientras tanto, de encontrarle otro alojamiento más apropiado. Será mejor que se decida a dejarlo aquí por el momento.

—No sabe cuánto agradezco su ofrecimiento —respondió mi tía—; y seguro que David también.

—¡Vamos! Ya sé lo que piensa —exclamó el señor Wickfield—. No me deberá ningún favor, señorita Trotwood. Puede pagar su manutención, si así

lo desea. No discutiremos las condiciones, pero puede pagar, si quiere.

—En ese caso —afirmó mi tía—, lo dejaré encantada; aunque seguiré estando en deuda con usted.

—Entonces, vengan a conocer a mi pequeña ama de llaves —dijo el señor Wickfield.

Subimos, así, por una hermosa y antigua escalera, con una balaustrada tan ancha que hubiéramos podido subir por ella casi con la misma facilidad que por los escalones, y entramos en una vieja sala algo sombría, iluminada por tres o cuatro de las originales ventanas que yo había observado desde la calle; en sus huecos se veían unos asientos de roble, que parecían haber salido de los mismos troncos que el brillante entablado del suelo y las enormes vigas del techo. Era una habitación bellamente decorada, con un piano y unos muebles de alegres colores, rojos y verdes, además de algunas flores. Tenía muchos ángulos y rincones; y en todos ellos había una curiosa mesita, un armario, una estantería, un asiento, o cualquier otro detalle que me llevaba a pensar que no había ningún otro lugar más acogedor en la estancia, hasta que descubría el contiguo, y éste me gustaba tanto como el anterior, o incluso más. Se respiraba el mismo aire de retiro y de limpieza que caracterizaba el exterior de la casa.

El señor Wickfield llamó a una puerta, en una esquina de la sala recubierta con paneles de madera, y no tardó en aparecer una niña, aproximadamente de mi edad, que se acercó a besarle. En seguida me percaté de que tenía la misma expresión dulce y apacible que la dama del cuadro que yo había contemplado en el piso de abajo. Era como si el retrato hubiera crecido hasta convertirse en una mujer, mientras su modelo continuaba siendo una niña. Aunque su rostro era alegre y vivaz, había una serenidad en ella que nunca he olvidado y que no olvidaré jamás.

El señor Wickfield nos explicó que era su pequeña ama de llaves, su hija Agnes. Cuando oí cómo lo decía, y vi el modo en que cogía su mano, adiviné cuál era su razón de vivir.

La niña llevaba en un costado un pequeño cestito con las llaves; parecía suficientemente seria y formal para gobernar aquella vieja casa. Escuchó con agrado lo que su padre le decía de mí y, cuando éste terminó de hablar, propuso a mi tía que subiéramos al piso superior para ver mi dormitorio. Todos la seguimos. Era una magnífica habitación, que también conservaba las viejas vigas de roble y los cristales en forma de rombo; la ancha balaustrada

llegaba hasta ella.

Soy incapaz de recordar dónde o cuándo había visto en mi infancia las vidrieras de una iglesia. Tampoco me acuerdo de lo que representaban. Pero sé que cuando ella se volvió a esperarnos en lo alto de la vieja escalera, en medio de aquella luz solemne, acudieron a mi pensamiento; y su serena luminosidad quedó asociada para siempre a la figura de Agnes Wickfield.

Mi tía estaba tan contenta como yo del modo en que se había resuelto el problema, y los dos bajamos de nuevo a la sala, muy sonrientes y complacidos. La señorita Betsey no quiso ni oír hablar de quedarse a cenar, por miedo a que se le echara la noche encima antes de llegar a casa con el poni gris, y me di cuenta de que el señor Wickfield la conocía demasiado bien para discutir con ella; no obstante, le sirvieron un ligero refrigerio, y Agnes regresó con su institutriz y el señor Wickfield, a su trabajo. Nos dejaron, así, solos para que nos despidiéramos con entera libertad.

La señorita Betsey me dijo que el señor Wickfield se encargaría de arreglar todos mis asuntos, y que no me faltaría de nada; y sus palabras no pudieron ser más cariñosas, ni sus consejos más sabios.

—Trot —concluyó mi tía—, haz honor a tu nombre, al mío y al del señor Dick, y ¡que el Señor te tenga de su mano!

Me sentí muy conmovido, y sólo fui capaz de darle las gracias, una y otra vez, y de transmitirle todo mi afecto al señor Dick.

—Jamás seas mezquino en nada; jamás seas desleal; jamás seas cruel. Evita estos tres vicios, Trot, y siempre creeré en ti.

Prometí, lo mejor que pude, que no abusaría de su bondad ni olvidaría su recomendación.

—El poni está en la puerta —señaló mi tía—. Me marchó, pero no salgas conmigo.

Y, después de decir estas palabras, me abrazó a toda prisa y abandonó la estancia, cerrando la puerta tras de sí. Al principio me quedé muy desconcertado por su brusca partida, y casi temí haberla disgustado; pero cuando dirigí la mirada a la calle y vi cuán abatida se subía a la calesa, y cómo se alejaba sin levantar la vista hacia la casa, la comprendí mejor y no fui tan injusto con ella.

A las cinco en punto, hora en la que el señor Wickfield solía comer, yo

había recuperado el optimismo y estaba listo para manejar el cuchillo y el tenedor. Sólo había dos cubiertos en la mesa, pero Agnes, que había estado esperándonos en la sala, bajó con su padre y se sentó frente a él. Dudo que el señor Wickfield hubiera podido probar bocado sin ella.

En lugar de quedarnos allí después del postre, subimos nuevamente a la sala. Agnes colocó en un acogedor rincón algunos vasos y una licorera de oporto para su padre. Pensé que éste habría perdido su aroma habitual, si otras manos se lo hubieran dejado allí.

El señor Wickfield pasó dos horas bebiendo su vino, y en una buena cantidad, mientras Agnes tocaba el piano, hacía sus tareas y hablaba con él y conmigo. Se mostraba casi siempre alegre y dicharachero con nosotros; pero a veces su mirada se posaba en la niña y parecía invadirle una gran tristeza, y entonces se callaba. Me di cuenta de que ella se percataba en seguida, y conseguía animarlo con una pregunta o con una caricia. Cuando eso ocurría, él abandonaba sus meditaciones y bebía más oporto.

Agnes se encargó de servirnos el té, que había preparado personalmente, y el tiempo transcurrió del mismo modo que después de la comida, hasta que ella se fue a dormir. El señor Wickfield la estrechó entre sus brazos y la besó, y, cuando la pequeña se hubo retirado, ordenó que llevaran las velas a su despacho. Yo también subí a acostarme.

Durante la velada, sin embargo, yo había bajado hasta la puerta de entrada y había recorrido un trecho de la calle, con el fin de echar otra ojeada a las viejas casas y a la catedral. Era posible, pensé, que al atravesar aquella ciudad durante mi viaje, hubiera pasado sin saberlo por delante de mi nuevo hogar. Al regresar, vi cómo Uriah Heep cerraba el despacho. Con el corazón rebosante de amor y de simpatía por todos los seres humanos, entré en la casa, me acerqué a hablar con él y, al despedirme, le di la mano. ¡Pero cuán fría y húmeda era la suya! ¡Resultaba tan espectral al tacto como a la vista! Me apresuré a frotar la mía para calentarla, así como para *borrar la huella de su roce*.

Era una mano tan desagradable que, cuando llegué a mi dormitorio, todavía sentía su frío y su humedad. Al asomarme a la ventana y ver cómo me miraba de soslayo una de las cabezas esculpidas en las extremidades de las vigas, tuve la sensación de que se trataba de Uriah Heep, que había logrado subir allí, Dios sabe cómo, y cerré la ventana a toda prisa para impedir que entrara.

XVI

Soy un niño nuevo en más de un sentido

Al día siguiente, después del desayuno, reanudé mi vida escolar. Me dirigí, en compañía del señor Wickfield, al escenario de mis futuros estudios: un edificio de aspecto solemne, con un gran patio, donde reinaba una atmósfera de sabiduría que armonizaba muy bien con las cornejas y los grajos extraviados que bajaban de las torres de la catedral a pasearse por el césped con aspecto de clérigos, y donde me presentaron a mi nuevo maestro, el doctor Strong.

Éste me pareció casi tan oxidado como las altas verjas de hierro que rodeaban el colegio; y casi tan rígido y pesado como las grandes urnas de piedra que las flanqueaban, a intervalos regulares, sobre el muro de ladrillo rojo, al igual que unos sofisticados bolos con los que el Tiempo pudiese jugar. Estaba en su biblioteca (me refiero al doctor Strong); sus ropas no estaban bien cepilladas, ni sus cabellos demasiado peinados; tenía los pantalones mal abrochados y las largas polainas negras sin abotonar; sus zapatos parecían abrir la boca como dos oscuras cavernas sobre la estera de la chimenea. Volvió hacia mí unos ojos sin brillo, que trajeron a mi memoria un viejo caballo ciego, largo tiempo olvidado, que solía pacer en el cementerio de Blunderstone y tropezar entre sus tumbas. Me dijo que se alegraba mucho de conocerme y me tendió su mano; aunque no supe qué hacer con ella, pues no hacía nada por sí misma.

Pero cerca del doctor Strong trabajaba una hermosa joven, a la que él llamó Annie, que me ayudó a salir de aquel trance arrodillándose junto al caballero para ponerle los zapatos y abrocharle las polainas. Supuse que sería su hija, pues lo hizo con prontitud y agrado. Cuando la joven hubo terminado y nos disponíamos a visitar el aula donde se impartían las clases, me sorprendió mucho que el señor Wickfield se despidiera de ella con el nombre

de señora Strong; y empezaba a preguntarme si sería la esposa del hijo del doctor Strong o la esposa del propio doctor, cuando este último, de forma involuntaria, disipó mis dudas.

—A propósito, Wickfield —exclamó, deteniéndose en el pasillo con una mano en mi hombro—; ¿todavía no ha encontrado ningún empleo que pueda convenir al primo de mi mujer?

—No —respondió éste—. Aún no.

—Desearía que lo hiciera lo antes posible, Wickfield —dijo el doctor Strong—, pues Jack Maldon se encuentra necesitado y ocioso; y esas dos cosas, que no son buenas, a veces originan otras peores. Como dice el doctor Watts —añadió, dirigiendo su mirada hacia mí y moviendo la cabeza al ritmo de su cita—: «Satanás siempre encuentra algún trabajo vil para las manos ociosas».

—¡Por Dios! —contestó el señor Wickfield—. Si el doctor Watts hubiera conocido bien a los hombres, podría haber escrito sin faltar tampoco a la verdad: «Satanás siempre encuentra algún trabajo vil para las manos ocupadas». Las personas ocupadas son responsables de gran parte de los males de este mundo, puede usted estar seguro. ¿Y qué han hecho si no todos aquellos que se han dedicado a perseguir el dinero y el poder durante estos dos últimos siglos? ¿Acaso piensa que no han cometido ningún delito?

—No creo que Jack Maldon ponga demasiado empeño jamás en conseguir dinero o poder —comentó el doctor Strong, frotándose pensativo la barbilla.

—Tal vez no —exclamó el señor Wickfield—; y con esto me hace volver al asunto que nos ocupa, y espero que perdone mi digresión. No, todavía no he encontrado una actividad adecuada para el señor Malden. Creo adivinar su propósito —añadió tras un momento de vacilación— y eso complica aún más las cosas.

—Mi propósito —repuso el doctor Strong— es asegurar el porvenir del primo, además de antiguo compañero de juegos, de Annie.

—Sí, lo sé —dijo el señor Wickfield—; en este país o en el extranjero.

—En efecto —replicó el doctor, aparentemente extrañado del énfasis con que había pronunciado esas palabras—; en este país o en el extranjero.

—Ésa fue su expresión —afirmó el señor Wickfield—. O en el extranjero.

—Ciertamente —contestó el doctor—. Ciertamente. Una de las dos cosas.

–¿Una de las dos cosas? ¿No tiene alguna preferencia? –inquirió el señor Wickfield.

–No –respondió el doctor.

–¿No? –repitió su interlocutor, asombrado.

–En absoluto.

–¿No existe ninguna razón que le empuje a desear que se vaya al extranjero, en lugar de quedarse en Inglaterra?

–No –aseguró el doctor.

–No tengo más remedio que creerle, y naturalmente le creo –manifestó el señor Wickfield–. De haberlo sabido antes, mi trabajo habría sido más sencillo. Pero he de confesarle que tenía otra impresión.

El doctor Strong le miró con aire sorprendido, aunque no tardó en esbozar una sonrisa que me infundió nuevos ánimos, pues estaba llena de amabilidad y de dulzura, y había en ella, así como en toda su actitud (una vez que el hombre estudioso y reflexivo dejaba entrever su verdadero carácter) una enorme sencillez que resultaba muy atractiva y prometedora para un joven estudiante como yo. Al tiempo que repetía «No» y «En absoluto», además de otras exclamaciones por el estilo, el doctor Strong continuó avanzando con paso extraño y desigual; y nosotros le seguimos: el señor Wickfield muy serio y moviendo la cabeza, sin darse cuenta de que yo lo observaba.

La clase era muy grande y estaba situada en la parte más tranquila del edificio, frente a la mirada fija y majestuosa de media docena de las grandes urnas de piedra. Desde ella se dominaba un rincón del viejo y recóndito huerto del doctor, donde los melocotones maduraban al sol junto a la tapia sur del jardín. Había dos enormes áloes en dos grandes macetas sobre el césped, justo delante de las ventanas; sus hojas anchas y firmes, que parecían de hojalata pintada, han quedado desde entonces asociadas en mi imaginación con el silencio y el retiro. Alrededor de veinticinco niños, enfrascados en el estudio de sus libros, se levantaron para dar los buenos días al doctor, y de pie seguían cuando nos divisaron al señor Wickfield y a mí.

–Un nuevo alumno, caballeros –dijo el doctor–; Trotwood Copperfield.

Un muchacho llamado Adams, que era el primero de la clase, salió de su pupitre para darme la bienvenida. Parecía un joven clérigo, con su corbata blanca, pero se mostró muy amable y muy cordial. Me indicó dónde debía

sentarme y me presentó a los profesores, con modales tan corteses que no habría tardado en sentirme en casa, si esto hubiera sido posible.

Llevaba, sin embargo, tanto tiempo alejado de esa clase de muchachos, o de otros niños de mi edad, si exceptuamos a Mick Walker y a Patata Enharinada, que jamás me he sentido tan desplazado como entonces. Era consciente de haber vivido escenas de las que ellos no podían tener conocimiento, y de haber adquirido una experiencia que no correspondía a mi edad, a mi aspecto o a mi posición (que eran muy parecidos a los suyos), y tenía la sensación de ser casi un impostor al presentarme allí como un pequeño escolar más. Durante mi estancia en Murdstone y Grinby, fuera ésta corta o larga, había perdido hasta tal punto la costumbre de participar en los juegos y diversiones de otros niños que me sentía torpe e inexperto en las cosas más normales para ellos. Todo cuanto había aprendido se había borrado de mi cabeza en medio de las sórdidas preocupaciones de mi vida cotidiana, y, después de examinarme, comprobaron que no sabía nada y me pusieron en el último curso. Pero, por mucho que me inquietara mi falta de habilidad infantil y mis escasos conocimientos escolares, lo que más me angustiaba era considerar que las cosas que yo sabía me alejaban de mis compañeros mucho más que mi ignorancia. Imaginaba qué pensarían si supieran lo familiarizado que estaba con la prisión de King's Bench. ¿Habría algo en mí que delatara mis transacciones con los Micawber? Todas mis visitas al prestamista, las ventas y las cenas... ¿Y si algún muchacho que me hubiera visto atravesar Canterbury, agotado y harapiento, me reconociese? ¿Qué dirían ellos –que apenas concedían importancia al dinero– si se enteraran de cuánto me había costado conseguir unas monedas de medio penique para comprar la salchicha y la cerveza diarias o el trozo de budín? ¿Cómo reaccionarían ellos –que ignoraban la vida y las calles de Londres– si descubrían lo bien que conocía (lo cual no podía sino avergonzarme) algunos de sus barrios más miserables? Y aquellas ideas me obsesionaron hasta tal punto durante mi primer día en el colegio del doctor Strong que desconfié de cualquiera de mis gestos y de mis miradas; y cada vez que uno de mis nuevos compañeros se acercaba, me encerraba en mí mismo; y, en cuanto las clases acabaron, me alejé corriendo, por miedo a traicionarme si respondía a la menor señal de amistad.

Pero era tal la influencia de la vieja casa del señor Wickfield que, cuando llamé a su puerta, con mis nuevos libros escolares bajo el brazo, empecé a sentir cómo se disipaba mi nerviosismo. Al subir a mi espacioso y aireado dormitorio, la grave sombra de las escaleras pareció caer sobre mis miedos y mis dudas, y envolver en brumas mi pasado. Estudié con verdadero ahínco

hasta la hora de cenar (terminábamos las clases a las tres), y bajé con renovadas esperanzas de llegar a ser un muchacho aceptable.

Agnes se hallaba en la sala, esperando a su padre, que seguía en su despacho con una visita. Me recibió con su encantadora sonrisa y quiso saber qué me había parecido el colegio. Le dije que confiaba en que acabaría gustándome, pero que, por el momento, me sentía un poco extraño en él.

—¿No has ido nunca a la escuela? —le pregunté.

—¡Oh, sí! Todos los días.

—Pero aquí, en tu casa, ¿no?

—Papá no podría prescindir de mí —repuso, sonriendo y moviendo la cabeza—. Su ama de llaves tiene que estar cerca.

—Estoy seguro de que te quiere mucho —exclamé.

Ella asintió y fue hacia la puerta para comprobar si subía, a fin de salirle al encuentro en la escalera. Al ver que su padre no venía, regresó a la sala.

—Mamá murió cuando yo nací —dijo con su acostumbrada serenidad—. Sólo he visto su retrato, en el piso de abajo. Ayer me di cuenta de que lo mirabas. ¿Adivinaste quién era?

Le respondí que sí, porque se parecía a ella.

—Eso dice papá —afirmó Agnes, complacida—. ¡Escucha! ¡Ahí llega papá!

Su rostro angelical se iluminó de alegría mientras se dirigía a él y volvía cogida de su mano. El señor Wickfield me saludó con cordialidad, y aseguró que sería muy feliz con el doctor Strong, que era uno de los hombres más bondadosos que conocía.

—Es posible que algunas personas abusen de su bondad —añadió—, aunque no me refiero a nadie en concreto. Espero que nunca seas una de ellas, Trotwood, bajo ningún concepto. Es el hombre más confiado del mundo, y sea esto una virtud o un defecto, es algo que jamás debes olvidar al tratar un asunto, importante o no, con él.

Tuve la impresión de que hablaba como si estuviera abatido y disgustado por algo, pero en seguida me olvidé de ello, pues anunciaron la cena y bajamos a ocupar los mismos asientos que el día anterior.

Nada más sentarnos, Uriah Heep asomó su cabeza pelirroja y su mano esquelética por la puerta.

—El señor Maldon le ruega que lo reciba —exclamó.

—Pero si acabo de despedirme de él —dijo el señor Wickfield.

—Sí, señor —respondió Uriah—; pero el señor Maldon ha vuelto, y le ruega que lo reciba.

Al tiempo que sujetaba aún la puerta, Uriah me miró, y miró a Agnes, y miró las fuentes, los platos y todo cuanto había en el comedor, o eso supuse; aunque no parecía hacerlo, pues durante todo aquel tiempo fingía tener sus ojos rojos respetuosamente clavados en el señor Wickfield.

—Perdone. Sólo quería decirle, después de reflexionar —dijo una voz a espaldas de Uriah, mientras la cabeza de éste era sustituida por la del nuevo interlocutor—; le ruego que disculpe mi intromisión... Sólo quería decirle que, puesto que no tengo otra elección, cuanto antes me marche al extranjero, mejor. Mi prima Annie aseguró, cuando hablamos del asunto, que prefería tener a sus amigos cerca antes que desterrarlos, y el viejo doctor...

—¿Está usted hablando del doctor Strong? —le interrumpió el señor Wickfield.

—Naturalmente —contestó el desconocido—; yo le llamo el viejo doctor. Ya sabe que da lo mismo.

—No, *no* lo sé —replicó el señor Wickfield.

—Creía que el doctor Strong estaba de acuerdo con Annie, pero, por su manera de proceder, supongo que ha debido de cambiar de opinión; así que no hay nada más que decir, excepto que cuanto antes me marche, mejor. Por ese motivo pensé que tenía que regresar para decirle que cuanto antes me marche, mejor. Cuando hay que zambullirse en el agua, no tiene sentido quedarse indeciso en la orilla.

—Puede estar seguro, señor Maldon, de que la demora será mínima en su caso —afirmó el señor Wickfield.

—Gracias —dijo su interlocutor—. Le estoy muy reconocido. No sería demasiado elegante mirar los dientes a un caballo regalado; de lo contrario, estoy convencido de que mi prima Annie podría fácilmente arreglar las cosas a su manera. Supongo que sólo tendría que decirle al viejo doctor...

—Quiere usted decir que la señora Strong sólo tendría que decirle a su marido... ¿Le he comprendido bien? —quiso saber el señor Wickfield.

—Perfectamente —señaló el desconocido—. Sólo tendría que decirle que

deseaba que esto o lo otro se hiciera así o de otra manera; y seguro que las cosas se arreglarían como ella quisiera.

—¿Y por qué está tan seguro, señor Maldon? —preguntó el señor Wickfield, mientras seguía comiendo tranquilamente.

—Pues porque Annie es una joven encantadora y el viejo doctor... el doctor Strong, quería decir... no es un joven encantador —contestó Jack Maldon, riéndose—. No pretendo ofender a nadie, señor Wickfield. Digo únicamente que, en un matrimonio así, es justo y razonable que se dé alguna compensación.

—¿Alguna compensación para la dama, señor? —inquirió mi anfitrión con gravedad.

—En efecto, señor —repuso Jack Maldon, sin dejar de reírse.

Sin embargo, al observar que el señor Wickfield seguía comiendo con la misma calma imperturbable, y que no había la menor esperanza de que aflojara un solo músculo de su cara, añadió:

—Y ahora, como ya he dicho cuanto tenía que decir, me despediré de usted, rogándole nuevamente que perdone mi intromisión. Como es natural, seguiré sus indicaciones y el asunto quedará entre nosotros dos; ni siquiera lo mencionaré en casa del doctor.

—¿Ha cenado usted? —preguntó el señor Wickfield, señalando la mesa con su mano.

—Gracias —contestó el señor Maldon—, cenaré con mi prima Annie. Adiós.

El señor Wickfield, sin levantarse, lo miró pensativo mientras se marchaba. Me dio la impresión de que era uno de esos jóvenes caballeros algo superficiales, atractivos, con facilidad de palabra, seguros de sí mismos y bastante temerarios. Y ésa fue la primera vez que vi a Jack Maldon, a quien no había esperado conocer tan pronto cuando aquella mañana oí mencionar su nombre al doctor.

Cuando terminamos de cenar, subimos al piso de arriba, donde todo fue exactamente igual que el día anterior. Agnes colocó los vasos y las licoreras en el mismo rincón, y el señor Wickfield se sentó a beber su oporto, y en una buena cantidad. Agnes tocó el piano para él, se sentó a su lado, hizo los deberes y nos dio conversación, además de jugar varias partidas de dominó conmigo. A su debido tiempo, preparó el té; y, después, cuando bajé mis

libros, los hojeó y me explicó lo que ya había aprendido (que era mucho, a pesar de que ella aseguraba lo contrario), así como el mejor modo de comprenderlos y memorizarlos. Todavía la veo, tímida, ordenada, tranquila; y oigo su dulce y hermosa voz mientras escribo estas palabras. Y empiezo a sentir la influencia benéfica que más tarde ejercería sobre mí. Estoy enamorado de la pequeña Emily, no de Agnes (lo que siento por ella es algo muy diferente) pero tengo la sensación de que la bondad, la paz y la verdad están dondequiera que ella se encuentre; y de que la suave luz de aquellas vidrieras que admiré en una iglesia hace tanto tiempo se derrama siempre sobre ella, y sobre mí cuando estoy a su lado, así como en todo lo que la rodea.

Cuando llegó la hora de que Agnes se retirara a su dormitorio y ésta nos dejó, le di la mano al señor Wickfield, dispuesto también a darle las buenas noches. Pero él me detuvo.

—¿Te gustaría quedarte con nosotros, Trotwood? ¿O preferirías alojarte en otro lugar? —inquirió.

—Preferiría quedarme, señor —respondí presuroso.

—¿Estás seguro?

—Si usted quiere. ¡Si me lo permite!

—Me temo que la vida que llevamos en esta casa es demasiado aburrida —afirmó.

—No es más aburrida para mí que para Agnes, señor. ¡No es nada aburrida!

—Que para Agnes... —repitió, andando lentamente hacia la enorme chimenea y apoyándose en ella—. ¡Que para Agnes!

Aquella noche había bebido vino (o eso imaginé) hasta tener los ojos inyectados de sangre. En aquel momento no podía vérselos, pues miraba al suelo y los ocultaba tras su mano; pero me había fijado antes en ese detalle.

—Me gustaría saber si mi pequeña Agnes se cansará de mí —murmuró—. ¿Cómo podría yo cansarme de ella? Pero eso es diferente... Sí, muy diferente.

Estaba pensando en voz alta, no hablaba conmigo; así que guardé silencio.

—Una casa vieja y aburrida —prosiguió— y una vida monótona; pero he de tenerla a mi lado. Es preciso que la tenga a mi lado. La idea de que yo pueda morir y abandonar a mi querida hija, o de que ella muera y me abandone a mí, acude a mi pensamiento como un espectro y ensombrece mis horas más

felices, y sólo puedo ahogar mis penas...

No terminó la frase; pero, después de dirigirse con lentitud al lugar donde antes se había sentado y de realizar mecánicamente el movimiento de verter oporto de la licorera ya vacía, volvió a dejar ésta sobre la mesa y regresó junto a la chimenea.

—Si esta idea me resulta tan dolorosa cuando ella está conmigo —exclamó—, ¿qué sería si ella estuviera lejos? No, no, no. Ni siquiera puedo intentarlo...

Se apoyó en la repisa de la chimenea, y estuvo tanto tiempo absorto en sus meditaciones, que yo no sabía si correr el riesgo de molestarlo retirándome, o quedarme silencioso donde estaba hasta que saliera de su ensimismamiento. Finalmente, el señor Wickfield pareció despertar y recorrió la estancia con la mirada hasta que sus ojos se cruzaron con los míos.

—Entonces, te quedarás con nosotros, ¿verdad? —dijo con su voz habitual, como si respondiera a algo que yo acabase de comentarle—. Me alegro mucho, Trotwood. Nos haces compañía a los dos. Es bueno que estés aquí. Bueno para mí, bueno para Agnes, bueno quizá para todos nosotros.

—Seguro que lo es para mí, señor —afirmé—. ¡Estoy tan contento de vivir aquí!

—¡Eres un gran muchacho! —exclamó el señor Wickfield—. Te quedarás todo el tiempo que quieras.

Me estrechó la mano y me dio un golpecito cariñoso en la espalda; me dijo que siempre que necesitara estudiar algo por la noche, cuando Agnes se retirara, o que tuviera ganas de leer, sería bien recibido en su despacho, si él se encontraba allí y yo deseaba su compañía. Le agradecí su amabilidad; y como no tardó en dirigirse allí, y yo no estaba nada cansado, le acompañé con un libro en la mano, a fin de aprovechar durante media hora su invitación.

Sin embargo, al ver una luz en el pequeño gabinete circular, me sentí inmediatamente atraído por Uriah Heep, que ejercía una especie de fascinación sobre mí, y decidí entrar en él. Encontré al joven leyendo un voluminoso libro con tanta atención que hasta su esquelético dedo índice iba siguiendo las líneas, dejando su fría y húmeda huella en las páginas (o así lo creí) como si fuera un caracol.

—Se ha quedado hasta muy tarde esta noche, Uriah —le dije.

–Sí, señor Copperfield –respondió.

Cuando me subí en el taburete que había frente a él, a fin de conversar más cómodamente, me di cuenta de que no sabía sonreír; se limitaba a ensanchar la boca hacia los lados, y se le formaban dos profundos surcos en las mejillas, uno a cada lado.

–No estoy trabajando para el bufete, señor Copperfield –señaló Uriah.

–Entonces, ¿qué hace? –pregunté.

–Mejoro mis conocimientos legales, señor Copperfield –afirmó–. Estudio el tratado de Tidd^[27] ¡Qué magnífico escritor, señor Copperfield!

Mi taburete era un observatorio tan bueno que, cuando Uriah continuó su lectura, después de tan entusiasta exclamación, y empezó a seguir las líneas con su dedo índice, me fijé en que sus orificios nasales –pequeños, puntiagudos y con profundas oquedades– tenían un modo curioso y muy desagradable de dilatarse y contraerse; parecían parpadear en lugar de sus ojos, que casi nunca pestañeaban.

–Supongo que es usted un gran abogado, ¿no es así? –comenté, después de mirarlo un rato.

–¿Yo, señor Copperfield? –exclamó Uriah–. ¡Qué va! Soy un hombre muy humilde.

Comprendí que lo de sus manos no había sido imaginación mía; pues a menudo se restregaba una con otra, como si intentara quitarles el frío y la humedad, además de secarlas disimuladamente con su pañuelo.

–Soy consciente de ser el más humilde de los hombres –dijo Uriah Heep, con modestia–; que los demás ocupen la posición social que les corresponda. Mi madre es, asimismo, una persona muy humilde. Vivimos en una humilde morada, señor Copperfield, pero no podemos quejarnos. Mi padre tenía una humilde profesión. Era sepulturero.

–¿Y a qué se dedica ahora? –quise saber.

–Ha alcanzado la gloria eterna, señor Copperfield –repuso Uriah Heep–. Pero mi madre y yo tenemos mucho que agradecer. ¡Es una suerte para mí trabajar con el señor Wickfield!

Le pregunté si llevaba mucho tiempo con él.

–Cuatro años, señor Copperfield –replicó Uriah, cerrando su libro,

después de señalar cuidadosamente el lugar en que había abandonado su lectura—. Empecé un año después de la muerte de mi padre. ¡Y qué agradecido debo estar por eso! ¡Qué agradecido debo estar al señor Wickfield por haber tenido la bondad de contratarme como aprendiz! Es algo que jamás habría estado al alcance de nuestros humildes recursos.

—En ese caso, cuando termine usted su formación, será un verdadero abogado, ¿no es así?

—Con ayuda de la Divina Providencia, señor Copperfield —contestó Uriah.

—Quizá algún día llegue a ser socio del señor Wickfield —exclamé para granjearme su simpatía—; y el bufete se llamará Wickfield y Heep, o Heep, sucesor de Wickfield.

—¡Oh, no, señor Copperfield! —respondió Uriah, moviendo la cabeza—. Soy demasiado humilde para eso.

Lo cierto es que allí sentado, mirándome de soslayo con expresión humilde, con la boca abierta y las arrugas en las mejillas, guardaba un parecido extraordinario con el rostro tallado en el extremo de la viga de mi ventana.

—El señor Wickfield es un hombre excelente, señor Copperfield —aseguró Uriah—. Si hace mucho tiempo que lo conoce, lo sabrá mejor que yo.

Le dije que estaba convencido de sus palabras, pero que no le conocía hacía mucho, aunque era amigo de mi tía.

—¡Ah, sí, señor Copperfield! Su tía es una dama muy amable.

Su forma de retorcerse cuando quería expresar entusiasmo era tan desagradable que desvió mi atención del elogio que había dedicado a mi familiar para centrarla en las sinuosas contorsiones de su garganta y de todo su cuerpo.

—Una dama muy amable, señor Copperfield —repitió Uriah Heep—. Creo que siente una gran admiración por la señorita Agnes...

No dudé en responderle que así era, aunque no sabía nada del asunto, ¡que Dios me perdone!

—Espero que también usted la sienta, señor Copperfield —exclamó Uriah—. Aunque tengo la certeza de que sí.

—Como todo el mundo —repliqué.

—¡Gracias por sus palabras, señor Copperfield! —declaró Uriah Heep—. Está en lo cierto. A pesar de lo humilde que soy, sé que está en lo cierto. ¡Gracias, señor Copperfield!

Llevado por la excitación de sus sentimientos, se retorció hasta abandonar su taburete y, una vez fuera de éste, empezó a prepararse para volver a casa.

—Mi madre me estará esperando —afirmó, sacando de su bolsillo un reloj descolorido y sin brillo—, y no tardará en inquietarse; pues, a pesar de lo humildes que somos, señor Copperfield, estamos muy unidos. Si quisiera usted venir una tarde a tomar el té en nuestra pobre morada, ella se sentiría tan orgullosa como yo de su compañía.

Le dije que estaría encantado de ir.

—Gracias, señor Copperfield —repuso Uriah, colocando su libro en un estante—. Supongo que vivirá aquí durante algún tiempo, ¿no?

Le respondí que, según creía, me quedaría en casa del señor Wickfield hasta terminar mis estudios en el colegio.

—¿De veras? ¡No me extrañaría que usted acabase trabajando con él, señor Copperfield!

Le aseguré que no era ésa mi intención, y que nadie tenía tales planes para mí, pero Uriah Heep insistió, contestando a todas mis afirmaciones: «¡Oh, sí, señor Copperfield!» o «¡Por supuesto que sí, señor Copperfield!», una y otra vez. Cuando, finalmente, estuvo listo para abandonar el despacho aquella noche, me preguntó si tenía algún inconveniente en que apagara la luz; le respondí que no y lo hizo al instante. Después de darme la mano (que en la oscuridad era tan resbaladiza como un pez), entreabrió la puerta de la calle, salió fuera y la cerró; tuve que avanzar a tientas por la casa, lo que no me resultó nada fácil, y llegué incluso a tropezar con su taburete. Supongo que ése fue el motivo de que soñara con él la mitad de la noche, o eso me pareció. Entre otras cosas, le vi zarpar con la casa del señor Peggotty en una expedición pirata; una bandera negra ondeaba en lo alto del palo con la inscripción: *Tratado de Tidd*, enseña diabólica bajo la que nos conducía a la pequeña Emily y a mí al mar Caribe,^[28] con el único fin de ahogarnos.

Al día siguiente, me sentí menos inseguro en el colegio y, a medida que pasaban los días, fui recuperando la confianza en mí mismo. En menos de quince días me encontraba allí como en casa y era muy feliz entre mis nuevos compañeros. Era bastante torpe en los juegos e iba bastante retrasado en los

estudios, pero pensaba que la práctica me ayudaría a mejorar en el primer aspecto, y el trabajo constante en el segundo. Por consiguiente, me esforcé cuanto pude, tanto en el juego como en las cosas serias, y no tardé en recibir grandes elogios. En muy poco tiempo, mi vida en Murdstone y Grinby se convirtió en algo tan lejano que me costaba creer que hubiera existido; y mi vida actual, en algo tan familiar que tenía la impresión de haberla llevado desde hacía muchos años.

El colegio del doctor Strong era excelente; tan distinto del internado del señor Creakle como el bien del mal. Las normas eran graves y justas, el método inteligente; en todo momento, se apelaba al honor y a la buena fe de los alumnos, pues se les consideraba dueños de estas cualidades, mientras no demostraran lo contrario. El resultado era excelente. Todos teníamos la impresión de participar en la buena marcha del establecimiento, y de defender su buena reputación y dignidad. Por ese motivo, en seguida le cobrábamos un gran afecto (yo el primero, y no conocí a ningún muchacho que sintiera algo diferente durante el tiempo que estuve allí) y aprendíamos de buena gana, deseando hacer honor a nuestro colegio. Fuera de las horas de clase, practicábamos deporte y disfrutábamos de mucha libertad; pero incluso en aquellas ocasiones, por lo que yo recuerdo, se hablaba bien de nosotros en la ciudad, y rara vez fuimos un descrédito, debido a nuestro aspecto o a nuestros modales, para la reputación del doctor Strong o de los muchachos del doctor Strong.

Algunos de los alumnos más adelantados se hospedaban en casa del doctor, y por ellos conocí, de segunda mano, algunos detalles de la historia de nuestro director. Llevaba menos de doce meses casado con la joven y hermosa dama que yo había visto en la biblioteca, con quien había contraído matrimonio por amor; pues ella no tenía ni un penique y estaba rodeada de parientes pobres (según decían nuestros compañeros), dispuestos a echar al doctor de su propia casa. Atribuían el aire pensativo de nuestro director a que siempre estaba buscando raíces griegas; en mi inocencia e ignorancia, supuse que el doctor sentía pasión por la botánica (sobre todo porque, al andar, no dejaba de mirar el suelo), hasta que comprendí que se trataba de raíces de palabras, con vistas a un nuevo diccionario que tenía intención de escribir. Adams, el mejor alumno, que estaba muy dotado para las matemáticas, había calculado el tiempo que se necesitaría para completar ese diccionario, teniendo en cuenta el método y el ritmo de trabajo del doctor. Decía que se tardarían mil seiscientos cuarenta y nueve años en acabar dicha tarea, a partir del último cumpleaños del doctor, que tenía sesenta y dos.

Pero nuestro director era el ídolo de todo el colegio; y, de no haber sido así, muy malvados tendrían que haber sido sus integrantes, pues era el más bondadoso de los hombres; y tan confiado que habría podido conmover hasta los corazones de piedra de las mismas urnas que había sobre el muro. Cuando caminaba por el patio que había en un costado de la casa, mientras las cornejas y los grajos extraviados le miraban maliciosamente con la cabeza ladeada —como si conocieran mejor que el viejo doctor los asuntos del mundo—, si un vagabundo cualquiera lograba acercarse a sus chirriantes zapatos para contarle sus calamidades, bastaba una sola frase para que todas sus preocupaciones se desvanecieran al menos durante dos días. Y esto era tan evidente que los profesores y los alumnos ponían especial cuidado en impedir el paso de estos merodeadores, y salían por las ventanas y los expulsaban, antes de que el doctor advirtiera su presencia; y a veces lo conseguían a dos pasos de él, sin que se percatara de nada, mientras paseaba lentamente de un lado a otro del patio. Fuera de sus dominios y sin nadie que le protegiera, era como un cordero en manos de los esquiladores. Habría sido capaz de quitarse las polainas para dárselas a otro. De hecho, circulaba una historia entre nosotros (jamás conocí su origen, pero la creí durante tantos años que estoy convencido de que era cierta): que un día muy frío de invierno había regalado sus polainas a una mendiga, que había escandalizado al vecindario llevando de puerta en puerta un hermoso bebé envuelto en esa prenda de vestir, que todos reconocieron, pues eran tan famosas en aquel barrio como la catedral. Según afirmaban, la única persona que no había sabido adivinar su procedencia había sido el propio doctor, que, viéndolas poco después expuestas en la puerta de un negocio de compraventa de bastante mala reputación, donde cambiaban ese tipo de mercancías por ginebra, se acercó más de una vez a examinarlas con gesto de aprobación, como si admirara alguna curiosa novedad en su corte y las considerase mejores que las suyas.

Era muy agradable ver al doctor en compañía de su joven y bonita esposa. Su manera tierna y paternal de mostrar el cariño que sentía por ella, no hacía sino reflejar que era un hombre bueno. A menudo los veía pasear por el jardín, cerca de los melocotoneros. Algunas veces los contemplaba a menor distancia, en el despacho o en el salón. Ella parecía cuidar muy bien al doctor y quererle mucho, aunque jamás me dio la impresión de que se interesara demasiado por el diccionario; él siempre llevaba algunos fragmentos de éste en los bolsillos y en el forro del sombrero y, generalmente, parecía írselos explicando durante sus paseos.

Yo veía mucho a la señora Strong. Ella me había cogido cariño desde la

mañana en que me presentaron al doctor, y siempre se interesaba por mí y me trataba con afecto. Además, amaba tiernamente a Agnes y venía con frecuencia a nuestra casa. Había, a mi modo de ver, cierta tirantez entre ella y el señor Wickfield (al que ella parecía temer) que nunca desapareció del todo. Cuando nos visitaba por las noches, jamás permitía que éste la acompañara a su casa y prefería escaparse conmigo. Y, algunas veces, mientras cruzábamos alegremente la plaza de la catedral, sin esperar encontrarnos con nadie, nos tropezábamos con el señor Jack Maldon, que siempre se sorprendía al vernos.

La madre de la señora Strong era una dama que me encantaba. Su nombre era señora Markleham, pero los muchachos solían llamarla «el Viejo Soldado», por sus dotes de mando y por la habilidad con que dirigía el regimiento de parientes en contra del doctor. Era una mujer menuda, de mirada penetrante, que solía llevar –siempre que se acicalaba– un sombrero adornado con flores artificiales y dos mariposas que supuestamente revoloteaban a su alrededor. Existía entre nosotros la superstición de que aquel tocado procedía de Francia, pues sólo en aquel ingenioso país podía darse tanta maestría. Sin embargo, lo único cierto es que todas las noches hacía su aparición allí donde se presentara la señora Markleham; que asistía a todas las reuniones de sus amigos en una cesta hindú; que las mariposas tenían la cualidad de aletear constantemente; y que aprovechaban las horas luminosas, al igual que abejas laboriosas, a expensas del doctor Strong.

Recuerdo que pude contemplar a mi antojo al Viejo Soldado (y no quisiera faltarle al respeto con ese nombre) una noche que resultó inolvidable para mí por otro acontecimiento que después contaré. Se celebraba una pequeña fiesta en casa del doctor para despedir al señor Maldon, que dejaba el país para ir a la India como cadete o algo parecido, después de que el señor Wickfield solucionara todos los trámites. Daba la coincidencia de que también era el cumpleaños del doctor. Habíamos tenido el día libre en el colegio; por la mañana le habíamos entregado nuestros regalos, el mejor alumno había pronunciado un discurso y todos le habíamos vitoreado hasta quedarnos roncos, mientras a él se le llenaban los ojos de lágrimas. Y por la noche, el señor Wickfield, Agnes y yo fuimos invitados a tomar el té, como amigos íntimos.

Jack Maldon había llegado antes que nosotros. La señora Strong, vestida de blanco, con cintas de color guinda, tocaba el piano cuando entramos; y él se inclinaba sobre ella para pasarle las páginas de la partitura. Cuando la joven se volvió hacia nosotros, tuve la sensación de que su tez blanca y

sonrosada no resplandecía como de costumbre; pero estaba muy hermosa, increíblemente hermosa.

—Doctor —dijo la madre de la señora Strong, una vez que estuvimos sentados—, he olvidado felicitarle, y ya sabe que en mi caso no se trata de un mero cumplido. Permítame que le desee muchos años de felicidad.

—Se lo agradezco, señora —repuso el doctor.

—Y muchos, muchos, muchos años de felicidad —prosiguió el Viejo Soldado—, no sólo para usted sino también para Annie, John Maldon y tantos otros. Parece que fue ayer, John, cuando eras un pequeño que no llegaba al hombro del señor Copperfield y ya cortejabas a Annie tras los groselleros del jardín.

—Querida mamá —exclamó la señora Strong—, ¿qué importancia tiene eso?

—Annie, no seas ridícula —respondió su madre—. Si no puedes oír algo así sin ruborizarte, ahora que eres una vieja mujer casada, ¿cuándo dejarás de hacerlo?

—¿Vieja? —repitió el señor Jack Maldon—. ¿Annie? ¡Vamos!

—Sí, John —contestó el Soldado—. Para los efectos, es una vieja mujer casada. Aunque no tenga demasiados años, porque ¿cuándo me has oído decir que una muchacha de veinte años sea vieja? Tu prima es la mujer del doctor y como tal la he tratado. Has encontrado en él a un amigo amable e influyente, y me atrevo a decir que será aún más generoso contigo si te haces merecedor de ello. No tengo falso orgullo. Jamás he dudado en admitir que varios miembros de nuestra familia están necesitados de un amigo. Y tú eras uno de ellos antes de que la influencia de tu prima te lo procurase.

El doctor, llevado por la bondad de su corazón, hizo un gesto con la mano para restar importancia al asunto y evitar que siguiera sermoneando al señor Jack Maldon. Pero la señora Markleham cambió de asiento para acercarse al doctor y, apoyando su abanico en la manga de éste, exclamó:

—No, no, mi querido doctor. Le ruego que me disculpe por insistir, pero es algo que me parece muy importante. Yo lo llamo mi monomanía, pues constituye una obsesión para mí. Es usted una bendición para todos nosotros, un verdadero regalo del cielo.

—¡Tonterías! ¡Tonterías!

—De ningún modo, doctor —protestó el Viejo Soldado—. Puesto que sólo se

halla presente nuestro querido amigo el señor Wickfield, no permitiré que me impida expresar lo que siento. Y si sigue hablando en ese tono, haré valer mis privilegios de suegra y le reprenderé. Soy una persona muy franca y sincera. No hago sino repetir las palabras que le dije cuando, cogiéndome por sorpresa (¿se acuerda de mi asombro?), me pidió la mano de Annie. Y no es que aquella proposición matrimonial me pareciera extraña (sería absurdo decir algo semejante), pero como usted había sido amigo de su pobre padre y la conocía desde los seis meses, jamás se me había ocurrido pensar en usted de esa manera, ni siquiera como hombre casadero... y ya está.

—Bueno, bueno —respondió el doctor con buen humor—. No tiene importancia.

—Pues claro que la tiene —exclamó el Viejo Soldado, colocando el abanico sobre los labios del doctor—. Y para mí, mucha. Si traigo todo esto a colación es para que me contradiga si me equivoco. Pues bien, entonces hablé con Annie y le expliqué lo ocurrido. Le dije: «Querida, he recibido la visita del doctor Strong que, de un modo muy generoso, ha declarado su amor por ti y ha pedido tu mano». ¿Acaso ejercí la menor presión? No. Le pregunté: «Annie, dime la verdad, ¿está libre tu corazón?». Ella me contestó llorando: «Mamá, soy muy joven —lo que era cierto— y ni siquiera sé si tengo corazón». «Entonces, querida —le respondí—, puedes tener la seguridad de que está libre. En cualquier caso, mi amor —continué—, el doctor Strong está muy impaciente y nervioso y hay que darle una respuesta. No podemos dejarlo en la incertidumbre». «Mamá —respondió ella, sin dejar de llorar—, ¿cree que será desgraciado sin mí? De ser así, lo admiro y lo respeto tanto que me casaré con él». Y todo quedó arreglado. Entonces, sólo entonces, le dije a Annie: «El doctor Strong no sólo será tu marido, sino que ocupará el lugar de tu difunto padre: será el cabeza de familia y representará la sabiduría, la posición social e incluso el sustento de tus allegados; en una palabra, será una bendición para todos nosotros». Empleé esa expresión en aquel entonces, y he vuelto a utilizarla hoy. Si tengo alguna virtud, es la constancia.

Annie guardaba silencio, mientras tanto, sin dejar de mirar el suelo; su primo, de pie junto a ella, tampoco levantaba la mirada.

—Mamá, espero que haya acabado ya —dijo dulcemente la joven, con voz temblorosa.

—No, mi querida Annie —replicó el Viejo Soldado—, aún no he terminado. Ya que me lo preguntas, mi amor, te contestaré que aún *no* he terminado.

Lamento mucho la falta de cariño que muestras por tu familia; y, como no sirve de nada decírtelo a ti, prefiero exponerle mis quejas a tu marido. Y ahora, querido doctor, fíjese en esa insensata mujer suya.

Nuestro director volvió su bondadoso rostro hacia ella, con una sonrisa que reflejaba la dulzura y la ingenuidad de su alma, y Annie inclinó aún más la cabeza. Me di cuenta de que el señor Wickfield la observaba con atención.

—Cuando el otro día se me ocurrió sugerir a esta jovencita —prosiguió el Viejo Soldado, agitando alegremente ante ella la cabeza y el abanico— que le hablara de un caso familiar (como creo que era su obligación), me respondió que eso sería pedirle un favor y que, como usted era siempre tan generoso con ella y le concedía todos sus caprichos, prefería no mencionarle el asunto.

—Annie, querida —exclamó el doctor—. No estuvo bien por tu parte. Me privaste de un placer.

—Eso le dije yo, casi con las mismas palabras —afirmó su madre—. La próxima vez que me entere de que, por ese motivo, no piensa comunicarle algo, sentiré un fuerte deseo de hacerlo personalmente.

—Me dará una gran alegría —señaló el doctor.

—¿De veras?

—Por supuesto que sí.

—Entonces lo haré —aseguró el Viejo Soldado—. ¡De acuerdo!

Y, después de haber conseguido su propósito, dio varios golpecitos en la mano del doctor con el abanico (que había besado antes) y regresó triunfalmente a su primer asiento.

Llegaron más invitados, entre los que se encontraban dos profesores y Adams, y la conversación se hizo general; naturalmente, versó sobre el señor Jack Maldon, su viaje, el país donde se dirigía y sus distintos proyectos y perspectivas. Se marchaba aquella misma noche en la silla de posta, después de la cena, con destino a Gravesend, donde tenía que embarcarse. Y estaría lejos de Inglaterra durante no sé cuántos años, a menos que regresara con un permiso o por motivos de salud. Recuerdo que todos se mostraron de acuerdo en que la India era un país del que se decían muchas falsedades, y al que sólo podía reprocharse que tuviera un tigre o dos, y que el calor resultase algo excesivo en las horas centrales del día. Yo, por mi parte, veía en el señor Maldon a un Simbad moderno, y lo imaginaba como amigo inseparable de

todos los rajás de Oriente, sentado bajo un baldaquino, fumando en curvadas pipas de oro... que alcanzarían una milla de longitud si alguien las enderezara.

La señora Strong tenía una hermosa voz, algo que yo sabía bien porque a menudo la había oído cantar sola. Sin embargo, ya fuera porque temía actuar en público o porque se había quedado afónica, lo cierto es que aquella noche fue incapaz de deleitarnos con su música. Trató de interpretar un dúo con su primo Maldon, pero ni siquiera logró empezar; y, después, cuando intentó cantar sola, aunque comenzó con voz muy dulce, ésta se le quebró, lo que la dejó muy apenada, con la cabeza inclinada sobre las teclas del piano. El buen doctor nos explicó que estaba muy nerviosa y, a fin de tranquilizarla, propuso una partida de cartas, algo que dominaba tan poco como tocar el trombón. Pero me di cuenta de que el Viejo Soldado lo tomaba en seguida bajo su custodia, como compañero, y le ordenaba, antes de empezar, que le entregase todas las monedas de plata que llevara en el bolsillo.

Fue un juego muy divertido; y los errores del doctor, que fueron innumerables a pesar de la vigilancia y de la gran irritación de las mariposas, contribuyeron en gran medida a ello. La señora Strong había rehusado unirse a nuestra partida, pues no se sentía demasiado bien; y su primo Maldon se había disculpado porque tenía que hacer el equipaje. Cuando éste hubo ultimado sus preparativos, sin embargo, regresó a la sala y se sentó a conversar con ella en el sofá. De vez en cuando, Annie se levantaba para ver las cartas del doctor y le aconsejaba cómo jugar. Estaba muy pálida cuando se inclinaba sobre él, y tuve la impresión de que le temblaba el dedo al señalarle las cartas; pero no creo que el doctor, radiante de felicidad por la atención que ella le prestaba, se percatara de eso.

Durante la cena, estuvimos menos animados. Todos parecíamos comprender lo difícil que resultaba una despedida como aquélla y, cuanto más se aproximaba, más incómodos nos sentíamos. El señor Maldon intentaba mostrarse locuaz, pero estaba muy nervioso y sólo conseguía estropear las cosas. En mi opinión, tampoco ayudaba nada el Viejo Soldado, que continuamente recordaba episodios de juventud de su sobrino.

El doctor, sin embargo, convencido –según creo yo– de que hacía feliz a todo el mundo, se mostraba muy satisfecho, incapaz de imaginar que nuestra alegría no fuera la más radiante y completa.

–Annie, querida –exclamó, mirando el reloj y llenando su vaso–, ha

llegado la hora de que tu primo Jack nos abandone y no debemos retrasar su partida; ya sabes que el tiempo y la marea, y ambos intervienen en este caso, no esperan a nadie. Jack Maldon, tiene ante usted un largo viaje y un país extranjero; pero muchos hombres han corrido su suerte con anterioridad, y muchos otros lo harán hasta el final de los tiempos. Los vientos a los que se enfrentará han conducido a miles de hombres a su fortuna, y han traído felizmente de regreso a miles y miles de ellos.

—Resulta conmovedor —dijo la señora Markleham—, desde cualquier punto de vista, resulta conmovedor ver cómo un excelente joven al que una ha conocido desde la infancia se marcha al otro extremo del mundo y deja todo lo conocido tras sí, sin saber lo que le espera. Un joven capaz de realizar semejante sacrificio —prosiguió, mirando al doctor— bien merece ayuda y protección.

—El tiempo pasará rápidamente para usted, Jack Maldon —continuó el doctor—, y también para nosotros. Es probable que algunos de los aquí presentes, siguiendo el curso natural de las cosas, no podamos darle la bienvenida. Esperemos que no sea así. No le cansaré con buenos consejos. Su prima Annie ha sido durante mucho tiempo un modelo de perfección para usted. Imite cuanto pueda sus virtudes.

La señora Markleham se abanicó y movió la cabeza.

—Adiós, señor Maldon —exclamó el doctor, poniéndose en pie, mientras los demás seguíamos su ejemplo—. ¡Le deseo un buen viaje, una brillante carrera y un feliz regreso a casa!

Todos brindamos por él y estrechamos la mano del señor Jack Maldon, que se despidió rápidamente de las damas y corrió hacia la puerta; el joven se subió a la silla de posta entre las aclamaciones y los vítores de nuestros muchachos, que se habían congregado con aquel propósito en el césped. Me apresuré a engrosar sus filas y estaba muy cerca del carruaje cuando éste arrancó; tuve la impresión, vivísima, en medio del bullicio y del polvo, de ver pasar traqueteando al señor Maldon con el rostro muy alterado, llevando un objeto de color guinda en su mano.

Después de un nuevo «¡Hurra!» por el director y otro por su esposa, los muchachos se dispersaron y yo volví a entrar en la casa, donde encontré al doctor rodeado de sus invitados, comentando la partida del señor Maldon, la entereza que había mostrado, su pesar, etc. En medio de aquellos comentarios, la señora Markleham preguntó:

—¿Y Annie?

Pero la joven no estaba; y, cuando la llamaron, no contestó. Salimos en tropel de la sala, a fin de averiguar qué sucedía, y la encontramos tendida en el suelo del vestíbulo. Al principio nos asustamos mucho, pero luego comprendimos que sólo se había desvanecido y que parecía volver en sí con los remedios habituales. El doctor, que había apoyado la cabeza de Annie en sus rodillas, apartó los rizos de su rostro y exclamó, mirando a su alrededor.

—¡Pobre Annie! ¡Siempre tan tierna y tan leal! La separación de su viejo compañero de juegos y amigo, su primo favorito, ha sido la causa de su desmayo. ¡Ay! ¡Es una lástima! ¡Cuánto lo lamento!

Entonces ella abrió los ojos y vio dónde se encontraba, y que todos la rodeábamos; y, cuando la ayudaron a levantarse, volvió la cabeza para apoyarla en el hombro de su marido, aunque ignoro si también quería esconderla allí. Regresamos a la sala para dejarla a solas con el doctor y con su madre; pero ella dijo, al parecer, que no se había sentido tan bien en todo el día y quiso acompañarnos. La trajeron, así, muy débil y muy pálida, y la sentaron en un sofá.



Vuelvo a casa del doctor después de la fiesta

—Annie, querida —dijo su madre, arreglándole el vestido—. ¡Mira! Has perdido un lazo. ¿Tendría alguien la amabilidad de buscar una cinta, una cinta de color guinda?

Era la que llevaba en el pecho. La buscamos por todas partes —al menos yo, de eso estoy seguro—, pero nadie la encontró.

—¿Recuerdas cuándo la viste por última vez, Annie? —inquirió la señora

Markleham.

Me sorprendió haber pensado que estaba muy pálida, pues, cuando contestó a su madre que creía haberla visto un momento antes en su pecho y que no merecía la pena buscarla, sus mejillas se habían puesto como la grana.

No obstante, seguimos tratando de descubrir su paradero, aunque sin el menor resultado. Annie nos pidió que abandonáramos la búsqueda; pero nosotros la continuamos, de manera esporádica, hasta que ella estuvo completamente repuesta y los invitados nos despedimos.

Regresamos andando muy despacio, el señor Wickfield, Agnes y yo; y, mientras nosotros admirábamos la luz de la luna, el señor Wickfield apenas levantó la mirada del suelo. Cuando, finalmente, llegamos a casa, Agnes se dio cuenta de que había olvidado su bolsito. Encantado de servirle de ayuda, volví corriendo a recuperarlo.

Entré en el comedor, que estaba oscuro y desierto, pues era allí donde Agnes lo había dejado. Pero, al encontrar abierta la puerta que comunicaba dicha estancia con el despacho del doctor y ver que en éste había luz, decidí entrar para explicar lo que quería y que me dieran una vela.

El doctor estaba sentado en su butaca junto a la chimenea, y su joven esposa, en un taburete a sus pies. El doctor leía en voz alta, con aire complacido, un manuscrito que explicaba o exponía cierta teoría relacionada con su interminable diccionario, mientras ella levantaba los ojos para mirarle; pero con un rostro que no le había visto jamás. Estaba tan hermosa, tan pálida, tan abstraída en sus meditaciones, y su expresión de sonámbula reflejaba tanto horror, delirante e irreal, a algo que desconozco... Sus ojos estaban muy abiertos y sus cabellos castaños caían en dos espesos bucles sobre los hombros y sobre el traje blanco, cuyo aspecto era algo descuidado a causa de la cinta que había perdido. A pesar de la claridad con que recuerdo su mirada, soy incapaz de decir qué se leía en ella. Y no creo que tampoco pudiera hacerlo hoy, cuando aparece ante mi juicio de hombre maduro. Leo arrepentimiento, humillación, vergüenza, orgullo, amor y confianza... Y percibo en todo ello aquel horror a algo que desconozco.

Cuando entré y expliqué lo que quería, ella salió de su ensimismamiento. También interrumpí al doctor, pues cuando volví al despacho para dejar en su sitio la vela que había cogido de la mesa, él le daba golpecitos paternos en la cabeza, al tiempo que lamentaba haberse dejado convencer por ella para continuar la lectura, ya que deseaba que la joven se acostara.

Pero Annie insistió en que le permitiera quedarse, pues quería estar segura (la oí murmurar algunas palabras entrecortadas con dicho propósito) de ser la partícipe de sus confidencias aquella noche. Y se volvió de nuevo hacia él, después de verme abandonar la estancia, y vi cómo cruzaba sus manos sobre una de las rodillas de su marido y levantaba la mirada con la misma expresión que antes, si bien algo más tranquila, mientras él reanudaba su lectura.

Aquella escena me impresionó sobremanera y estuvo mucho tiempo presente en mi memoria, como tendré ocasión de relatar cuando llegue el momento.

XVII

Alguien que vuelve a aparecer

No he tenido ocasión de hablar de Peggotty desde mi huida; pero, como es natural, le escribí tan pronto como me instalé en Dover, y le envié una segunda carta, más larga, con toda clase de detalles, cuando mi tía me tomó oficialmente bajo su protección. Al iniciar mis estudios en el colegio del doctor Strong, volví a dirigirme a ella, contándole con detenimiento lo feliz que era y las perspectivas que se abrían ante mí. A fin de devolverle la cantidad que me había prestado, le mandé por correo, dentro de esa última misiva, una moneda de oro de media corona; lo cierto es que no habría podido encontrar un modo de gastar el dinero del señor Dick que me produjera mayor satisfacción; y sólo en esta epístola, no antes, le hablé del joven con el carro tirado por un burro.

Peggotty respondió a todas mis comunicaciones con la prontitud, aunque no con la concisión, del empleado de una casa de comercio. Pareció agotar toda su capacidad de expresión (que no era demasiado grande sobre el papel) en el intento de escribir los sentimientos que le inspiraban mi viaje. Cuatro carillas con comienzos de frases, incoherentes y plagadas de interjecciones, con el final siempre emborronado, apenas le sirvieron de desahogo. Pero aquellas páginas me decían mucho más que la mejor redacción, pues mostraban que Peggotty había llorado al escribirla, ¿y qué más podía desear yo?

Me di cuenta, sin dificultad, de que mi tía continuaba sin gustarle demasiado. Había tenido un plazo muy corto para asimilar la noticia, después de tantos años de alimentar prejuicios contra ella. Jamás llegamos a conocer a una persona, afirmaba Peggotty; pero que la señorita Betsey fuese tan diferente de como se la había imaginado, ¡era toda una lección! Ésas eran sus palabras. Resultaba evidente que seguía teniendo miedo de la señorita Betsey,

pues me pidió que le diera las gracias, pero lo hizo con timidez; y temía que yo volviera a escaparme, a juzgar por la cantidad de veces que me repitió que, siempre que lo deseara, ella me pagaría el billete hasta Yarmouth.

Me dio una noticia que me afectó sobremanera: a saber, que el señor y la señorita Murdstone se habían marchado de nuestro antiguo hogar, después de vender todos los muebles, y habían cerrado la casa hasta que alguien la alquilara o comprara. Bien sabe Dios que yo no habría podido acercarme a Rookery mientras ellos vivieran allí, pero me entristeció pensar que un lugar tan querido por mí estuviera completamente abandonado, y que las malas hierbas invadieran el jardín y las hojas caídas de los árboles formaran un espeso y húmedo manto sobre sus senderos. Imaginé el viento invernal bramando entre los árboles, la lluvia golpeando los cristales, la luna reflejando siluetas fantasmales en las paredes de las estancias vacías, mientras contemplaba su soledad a lo largo de toda la noche. Volví a recordar la tumba al pie del árbol, en el cementerio: y sentí como si la casa también hubiera muerto, y todo lo relacionado con mi padre y con mi madre hubiese desaparecido para siempre.

No había más novedades en las cartas de Peggotty. El señor Barkis era un excelente marido, según aseguraba, aunque seguía siendo un poco tacaño; pero todos tenemos nuestros defectos, y ella los tenía en abundancia (a pesar de que yo no sabía cuáles eran); y él me enviaba sus saludos, y mi pequeño dormitorio estaba siempre preparado para recibirme. El señor Peggotty y Ham estaban bien, la señora Gummidge se sentía muy desgraciada, y la pequeña Emily se negaba a mandarme recuerdos, aunque decía que Peggotty podía hacerlo, si así lo deseaba.

Comuniqué diligentemente a mi tía todas esas noticias, guardándome sólo para mí cuanto se refería a la pequeña Emily, pues el instinto me decía que la señorita Betsey no sentiría demasiada simpatía por ella. En los primeros tiempos de mi estancia en el colegio del doctor Strong, mi tía vino a Canterbury varias veces, siempre a las horas más intempestivas, con el propósito, supongo, de pillarme desprevenido. Pero, como me encontraba siempre ocupado en mis tareas, tenía buena reputación y todos le decían lo mucho que progresaba en mis estudios, no tardó en interrumpir sus visitas. La veía los sábados, cada tres o cuatro semanas, cuando iba a descansar a Dover; y veía al señor Dick los miércoles, cada quince días, cuando llegaba en la diligencia al mediodía para quedarse hasta la mañana siguiente.

En esas ocasiones, el señor Dick viajaba siempre con su pequeño

escritorio de cuero, donde guardaba tinta y papel en abundancia, además de su memorial; en relación con este documento, se le había metido en la cabeza que el tiempo empezaba a apremiar y que no tenía más remedio que acabarlo.

Al señor Dick le encantaba el pan de jengibre. Para hacer sus visitas más agradables, mi tía me había mandado que le abriese una cuenta en una pastelería, con la condición de que sólo le permitieran el desembolso de un chelín al día. Este detalle, y el hecho de que ella supervisara todas las pequeñas facturas de la posada donde se hospedaba, antes de pagarlas, me indujeron a sospechar que el señor Dick estaba autorizado a hacer tintinear sus monedas en el bolsillo, pero no a emplearlas. Al continuar mis pesquisas, descubrí que estaba en lo cierto, o por lo menos que existía un acuerdo entre él y la señorita Betsey, y él se había comprometido a rendirle cuentas de todos sus gastos. Como engañarla era algo que no le cabía en la cabeza, y siempre deseaba complacerla, se sentía obligado a ser muy cauteloso y no derrochar. En este punto, al igual que en todos los demás, el señor Dick estaba convencido de que mi tía era la mujer más sabia y maravillosa del mundo, como solía repetirme con el mayor sigilo, siempre entre susurros.

—Trotwood —me dijo un miércoles con aire misterioso, tras hacerme esa confidencia—, ¿quién es el hombre que se esconde cerca de casa y asusta a tu tía?

—¿El hombre que asusta a mi tía, señor?

El señor Dick asintió.

—Creí que nada podría asustarla —exclamó—, pues ella... —prosiguió en voz muy baja—, no se lo digas a nadie, es la mujer más sabia y maravillosa del mundo.

Y, después de pronunciar estas palabras, se echó hacia atrás para observar el efecto que habían producido en mí.

—La primera vez que lo vimos —afirmó el señor Dick—, fue en... déjame pensar... mil seiscientos cuarenta y nueve fue el año en que el rey Carlos fue decapitado. Dijiste que fue en esa fecha, ¿no?

—En efecto, señor.

—No entiendo cómo es —señaló el señor Dick, moviendo la cabeza con perplejidad—. No soy tan viejo.

—¿Acaso fue el mismo año en que ese hombre apareció, señor? —inquirí.

—La verdad es que no lo comprendo, Trotwood —respondió el señor Dick—. ¿Se trata de una fecha histórica?

—Sí, señor.

—Supongo que la historia nunca miente, ¿no? —preguntó el señor Dick, con un rayo de esperanza.

—¡Por supuesto que no, señor! —contesté sin dudarlo.

Era joven e ingenuo, y estaba convencido de mis palabras.

—Pues no acabo de entenderlo —dijo el señor Dick, moviendo la cabeza—. Tiene que haber alguna equivocación. Sin embargo, ese hombre se presentó por primera vez poco después de que cometieran el error de introducir en mi cabeza algunas de las preocupaciones del rey Carlos. Yo había salido a pasear con la señorita Trotwood después del té, al anochecer, y él se encontraba allí, cerca de nuestra casa.

—¿Paseando? —quise saber.

—¿Paseando? —repitió el señor Dick—. Déjame pensar. He de recapacitar un poco. N... no, no estaba paseando.

Le pregunté qué estaba haciendo, pues me pareció el modo más rápido de averiguarlo.

—Lo cierto es que no se le veía por ninguna parte —me explicó—, hasta que se acercó a tu tía por detrás y le cuchicheó algo. Entonces ella se volvió y cayó desvanecida, yo me quedé inmóvil y le miré, y él se alejó; pero lo más extraordinario de todo es que debe de haber estado escondido desde entonces (bajo tierra o en cualquier otro lugar).

—¿Cree que ha estado escondido desde entonces? —pregunté.

—No me cabe la menor duda —replicó el señor Dick, mientras asentía gravemente con la cabeza—, ¡no había vuelto a aparecer hasta ayer por la noche! Estábamos paseando y él se acercó de nuevo a la señorita Betsey por detrás, y yo lo reconocí.

—¿Y ella se asustó otra vez?

—Estaba toda temblorosa —afirmó el señor Dick, imitando la agitación de mi tía y haciendo castañetear los dientes—. Se apoyó en la valla. Lloró. Pero ven aquí, Trotwood —y me atrajo hacia él para decirme al oído—: ¿por qué le dio ella dinero a la luz de la luna?

—Tal vez fuera un mendigo.

El señor Dick lo negó con la cabeza, rechazando tajantemente esa idea; y me repitió varias veces, y con gran convicción: «De mendigo, nada; de mendigo, nada, señor». Me contó que muy avanzada la noche, a la luz de la luna, había visto desde su ventana cómo la señorita Betsey le daba dinero a aquel hombre, al otro lado de la verja del jardín; y cómo éste desaparecía, probablemente bajo tierra, mientras mi tía se apresuraba a entrar con todo sigilo en la casa. El señor Dick se hallaba muy inquieto, pues aquella mañana la señorita Trotwood no le había parecido la misma de siempre.

Al principio creí que esa historia no era más que otra alucinación del señor Dick, semejante a la del infortunado príncipe que tantos quebraderos de cabeza le daba; pero, tras unos momentos de reflexión, se me ocurrió pensar que tal vez, en aquellas dos ocasiones, alguien hubiera intentado o amenazado con arrancar al señor Dick de la protección de mi tía, y ella —que me había contado cuánto lo quería— se hubiese visto obligada a pagar un precio para que lo dejaran tranquilo. Como yo había cogido mucho cariño al señor Dick, y me preocupaba por su bienestar, mis temores parecían favorecer esta hipótesis; y, durante mucho tiempo, cada vez que llegaba el día de su visita, tenía miedo de que no apareciese en la diligencia como de costumbre. Pero siempre estaba allí, con sus cabellos grises, feliz y sonriente; y jamás volvió a mencionar al hombre que asustaba a mi tía.

Aquellos miércoles eran los más dichosos de la vida del señor Dick; y estaban muy lejos de ser los menos dichosos de la mía. No tardó en ser muy conocido entre todos los muchachos del colegio; y aunque nunca participaba en ningún juego, salvo cuando volábamos una cometa, mostraba tanto interés por nuestras competiciones como cualquiera de nosotros. ¡Cuántas veces le he visto absorto en una partida de canicas o de peonza, sin atreverse casi a respirar en los momentos decisivos! ¡Cuántas veces le he visto subido en un pequeño montículo, mientras jugábamos a la caza de la liebre, animando a todos con sus gritos, agitando el sombrero por encima de sus cabellos grises, haciendo caso omiso de la cabeza del rey Carlos, el Mártir, y de cuanto pudiese guardar relación con ella! ¡Cuántas horas felices le he visto pasar, durante el verano, en el campo de críquet! ¡Cuántos días de invierno le he visto en medio de la nieve y del viento del este, con la nariz amoratada, aplaudiendo entusiasmado con sus guantes de lana mientras los muchachos bajábamos por la colina!

Todo el mundo le adoraba, y su ingenio para las cosas pequeñas era

extraordinario. Sabía cortar las naranjas de las formas más insospechadas. Era capaz de construir un barco con cualquier cosa, incluso con una broqueta. Podía convertir las rótulas de cordero en piezas de ajedrez, y unos viejos naipes en carros romanos; y fabricaba ruedas con los carretes de algodón, y jaulas de pájaros con algunos restos de alambre. Pero quizá donde mostraba mayor habilidad era en el trabajo de los objetos de cuerda y paja, con los que estábamos convencidos de que podía hacer lo que quisiera.

La fama del señor Dick no tardó en extenderse fuera de nuestro pequeño círculo. Después de algunos miércoles, el doctor Strong me preguntó por él, y yo le conté todo lo que mi tía me había explicado. Mi relato le interesó hasta el punto de pedirme que, en su próxima visita, se lo presentara. Una vez cumplida esa formalidad, el doctor rogó al señor Dick que, siempre que no me encontrara en las oficinas de la diligencia, fuese directamente al colegio y descansara allí hasta que terminásemos nuestras tareas matutinas; el señor Dick adquirió, así, esa costumbre y, si nos retrasábamos un poco, como sucedía a menudo, paseaba por el patio hasta que yo salía. Allí conoció a la joven y bella mujer del doctor (más pálida que antes, por aquel entonces; y menos alegre, aunque igual de hermosa; a la que apenas veíamos, según creo recordar), y se convirtió poco a poco en una figura tan familiar que acabó entrando en la clase para esperarme. Siempre se sentaba en el mismo rincón, en un taburete determinado, al que los muchachos bautizaron con el nombre de «Dick»; y allí se quedaba, con la cabeza gris inclinada hacia delante, escuchando atentamente lo que se decía, con un profundo respeto por los conocimientos que él jamás había podido adquirir.

El señor Dick veneraba, asimismo, al doctor, a quien consideraba el más sutil y consumado filósofo de todos los tiempos. Transcurrió mucho tiempo antes de que dejara de dirigirse a él con la cabeza descubierta; e incluso después de haberse convertido en grandes amigos, y de haber paseado juntos durante horas por el patio –en la parte que nosotros llamábamos «El Paseo del Doctor»–, el señor Dick se quitaba el sombrero de vez en cuando, a fin de mostrar el respeto que sentía por la erudición y la sabiduría. Cómo empezó el doctor a leer algunos pasajes de su famoso diccionario en aquellos paseos, es algo que desconozco; quizá al principio tuviera la impresión de estar leyéndolos para sí mismo. Sin embargo, se convirtió también en algo habitual; y el señor Dick, que le escuchaba con el rostro resplandeciente de orgullo y de felicidad, creía en el fondo de su corazón que el diccionario era el libro más fascinante del mundo.

Recuerdo que les veíamos pasar, una y otra vez, por delante de las ventanas de la clase: el doctor leía risueño y complacido, agitando de vez en cuando el manuscrito o moviendo gravemente la cabeza; el señor Dick le escuchaba, sumamente interesado, mientras su pobre ingenio volaba plácidamente, Dios sabe dónde, con las alas de aquellos complicados vocablos. Y la recuerdo como una de las escenas más hermosas y apacibles que he contemplado jamás. Tengo la sensación de que podrían haber seguido paseando eternamente, y de que el mundo habría sido, de algún modo, un poco mejor por ello; como si mil cosas a las que el mundo concede una gran importancia no fueran ni la mitad de buenas para él, o para mí.

El señor Dick no tardó en hacerse amigo de Agnes; y, como frecuentaba nuestra casa, también conoció a Uriah. El afecto que nos unía a los dos siguió creciendo, basado en un extraño principio: el señor Dick, que supuestamente me visitaba como tutor, me consultaba todas sus dudas, por pequeñas que fueran, y seguía invariablemente mis consejos. No sólo sentía un profundo respeto por mi sagacidad natural, sino que pensaba que yo la había heredado en gran parte de mi tía.

Cierto jueves por la mañana, mientras acompañaba al señor Dick desde el hotel a la oficina de la diligencia, antes de regresar al colegio (pues teníamos una hora libre antes del desayuno), me encontré en la calle con Uriah, quien me recordó la promesa que yo le había hecho de tomar el té con él y con su madre.

—Aunque no esperaba que la cumpliera, señor Copperfield, somos gente demasiado humilde —añadió con una de sus contorsiones.

Lo cierto es que todavía no había sido capaz de decidir si Uriah me inspiraba simpatía o lo detestaba; y seguía teniendo muchas dudas al respecto, mientras le miraba a la cara en medio de la calle. Pero me dolió mucho que me considerase un engreído, y le dije que sólo estaba esperando a que me invitara.

—¡Oh! Si es por ese motivo, señor Copperfield —exclamó Uriah—, y no es nuestra humildad la que se lo impide, ¿quiere venir esta misma tarde? Pero, si es nuestra humildad, espero que no tenga inconveniente en reconocerlo, señor Copperfield; sabemos bien cuál es nuestra situación.

Le dije que hablaría de ello con el señor Wickfield y que, si éste daba su aprobación, como sin duda haría, iría con mucho gusto. Así, pues, aquella tarde a las seis —era uno de esos días en que el bufete cerraba más temprano—

le comunicué a Uriah que estaba listo para acompañarlo.

—¡Qué orgullosa se sentirá mi madre! —afirmó, cuando salimos—. Mejor dicho, qué orgullosa se sentiría, si ese sentimiento no fuera pecaminoso, señor Copperfield.

—Sin embargo, esta mañana no tuvo usted el menor inconveniente en considerarme engreído y orgulloso —contesté.

—¡Oh, no, señor Copperfield! —protestó Uriah—. ¡No es eso, puede creerme! ¡Jamás se me habría ocurrido semejante idea! No me habría parecido orgulloso, aunque nos hubiera encontrado demasiado humildes. Somos gente tan sencilla...

—¿Ha estudiado mucho derecho últimamente? —le pregunté para cambiar de conversación.

—¡Oh, señor Copperfield! —respondió con modestia—. Mis lecturas no merecen el calificativo de estudios. A veces he pasado una o dos horas, por la noche, con el señor Tidd.

—Supongo que debe de ser bastante difícil, ¿no?

—Difícil para *mí*, en algunas ocasiones —repuso Uriah—. Pero no sé qué opinarían personas más inteligentes.

Después de tamborilear, mientras andábamos, una pequeña melodía en su barbilla con dos dedos de su esquelética mano derecha, añadió:

—Verá, señor Copperfield, hay ciertas expresiones —palabras y términos latinos— en la obra del señor Tidd que resultan muy complicadas para un lector con mis limitaciones.

—¿Le gustaría estudiar latín? —pregunté, decidido—. Será un placer enseñárselo, a medida que lo voy aprendiendo.

—Gracias, señor Copperfield —contestó, moviendo la cabeza—. Es usted muy amable al hacerme ese ofrecimiento, pero soy demasiado humilde para aceptar.

—¡Qué tontería, Uriah!

—Le ruego que me disculpe, señor Copperfield. No sabe cuánto se lo agradezco, y le aseguro que me agradaría muchísimo; pero soy demasiado insignificante. Ya hay demasiadas personas que me desprecian, sin que yo hiera sus sentimientos convirtiéndome en un erudito. El estudio no es para mí.

Un hombre como yo no debe tener aspiraciones. Si quiere prosperar en esta vida, ha de hacerlo con humildad, señor Copperfield.

Jamás había visto su boca tan abierta, ni los surcos de sus mejillas tan marcados como cuando expresó esos sentimientos, al tiempo que movía la cabeza y se retorció con modestia.

—Creo que se equivoca, Uriah —exclamé—. Seguro que, si quisiera, podría enseñarle algunas cosas.

—No me cabe la menor duda, señor Copperfield —repuso—. Pero, como usted no es una persona humilde, tal vez no esté en condiciones de juzgar a quienes sí lo son. No irritaré con mis conocimientos a los que se hallan por encima de mí, gracias. Soy demasiado insignificante. ¡Aquí tiene mi humilde morada, señor Copperfield!

Entramos, directamente desde la calle, en una anticuada habitación de techo muy bajo, donde encontramos a la señora Heep, que era la viva imagen de Uriah, aunque más menuda. Me recibió con la mayor humildad y me pidió disculpas por besar a su hijo; a pesar de lo pobres que eran, según me explicó, estaban muy unidos, lo que esperaban que no ofendiera a nadie. Se trataba de una estancia perfectamente digna, mitad sala, mitad cocina, aunque poco acogedora. El servicio de té estaba colocado sobre la mesa y la tetera hervía en el hornillo. Había una cómoda con un escritorio en su parte superior, donde Uriah leía y escribía por las noches; la cartera azul de Uriah, abarrotada de papeles, se hallaba en el suelo; los libros de Uriah se amontonaban bajo el volumen del señor Tidd; había una alacena en una esquina, además de los muebles habituales. No recuerdo que hubiera ningún objeto en particular que resultara pobre, ajado o que sobrase; pero ésa era la impresión que daba la habitación en su conjunto.

Quizá formaba parte de la humildad de la señora Heep llevar ropa de luto. A pesar del tiempo transcurrido desde la muerte del señor Heep, seguía vistiendo de negro. La cofia parecía su única concesión; por lo demás iba tan enlutada como en los primeros tiempos de su duelo.

—Es un día memorable para nosotros, Uriah —exclamó la señora Heep, preparando el té—, gracias a la visita del señor Copperfield.

—Le he dicho que usted pensaría eso, madre —afirmó Uriah.

—Si hay un motivo por el que desearía que tu padre siguiera con vida —declaró la señora Heep— es porque esta tarde habría disfrutado de su

compañía.

Aquellos cumplidos me hicieron sentirme algo avergonzado; pero, al ver que me trataban como a un importante invitado, pensé que la señora Heep era una mujer muy agradable.

—Mi Uriah ha esperado mucho tiempo este momento, señor Copperfield. Tenía miedo de que nuestra humilde posición fuera un obstáculo, y yo compartía sus temores. Humildes somos, humildes hemos sido y humildes seremos siempre —señaló la señora Heep.

—Estoy seguro de que, de ser así —afirmé—, es porque les complace.

—Gracias, señor —repuso mi anfitriona—. Sabemos cuál es nuestro sitio y estamos satisfechos.

La señora Heep se fue acercando a mí poco a poco y Uriah se colocó enfrente, y los dos me ofrecieron respetuosamente los mejores bocados de la mesa, aunque lo cierto es que no había ningún manjar; pero su intención era lo que importaba, y me parecieron muy amables. Poco después sacaron a colación el tema de las tías, y yo les hablé de la mía; y siguieron con el de los padres y las madres, y yo les hablé de los míos; entonces la señora Heep mencionó a los padrastros, y yo empecé a decir algo del mío, pero me detuve en seguida, pues mi tía me había aconsejado que guardara silencio sobre él. Un corcho joven y tierno, sin embargo, no habría tenido más probabilidades frente a un par de sacacorchos, o un diente de leche frente a dos dentistas, o un pequeño volante frente a dos raquetas, de las que yo tenía frente a Uriah y a la señora Heep. Hicieron conmigo lo que quisieron; consiguieron que les dijera cosas que no deseaba contar, con tanta facilidad que aún hoy me ruborizo al pensarlo: sobre todo porque, en mi candor juvenil, me llenó de orgullo hacerles aquellas confidencias, y me sentí el benefactor de mis dos respetuosos anfitriones.

Era ostensible que se querían mucho, y estoy convencido de que aquello ejerció cierta influencia sobre mí, como obra de la naturaleza; pero la habilidad con que el uno terminaba las frases del otro era obra del arte, y frente a esto fui todavía más vulnerable. Cuando no les quedó nada más que sonsacarme (pues no estaba dispuesto a hablar de mi vida en Murdstone y Grinby ni de mi viaje), empezaron a hablar del señor Wickfield y de Agnes. Uriah lanzaba la pelota a la señora Heep, que la cogía y se la devolvía; y su hijo se la quedaba durante unos instantes antes de lanzársela de nuevo; y siguieron jugando con ella hasta que no tuve la menor idea de cuál de los dos

la tenía, y me sentí muy desconcertado. La pelota tampoco era siempre la misma. Tan pronto se hablaba del señor Wickfield o de Agnes, como de las excelencias del señor Wickfield o de mi admiración por Agnes; tan pronto se hacía referencia al alcance de los negocios y de la fortuna del señor Wickfield, como a nuestra vida familiar después del almuerzo; tan pronto se comentaba el vino que bebía el señor Wickfield, como el motivo que le empujaba a consumirlo en exceso y lo triste que esto resultaba; se pasaba de un tema a otro, o se mencionaban todos a la vez; y durante todo aquel tiempo, aunque no parecía hablar demasiado, y me limitaba a animarlos un poco, por temor a que su humildad y el honor de mi compañía les hicieran sentirse cohibidos, se me escaparon toda clase de detalles que no tenía por qué dar a conocer, y cuyo efecto quedaba reflejado en el movimiento de los rugosos orificios nasales de Uriah.



Alguien que vuelve a aparecer

Había empezado a sentirme algo incómodo y a desear que la visita llegara a su fin, cuando la silueta de un hombre que bajaba por la calle pasó por delante de nuestra puerta —que estaba abierta para ventilar la estancia, pues el tiempo era muy caluroso para esa época del año—, volvió sobre sus pasos, se asomó y entró gritando:

—¡Copperfield! ¿Será posible?

¡Era el señor Micawber! ¡Era el señor Micawber con su monóculo, con su bastón, con su espectacular cuello de camisa, con su aire distinguido y con su tono de condescendencia en la voz! ¡No le faltaba nada!

—Mi querido Copperfield —exclamó, alargando la mano—, he aquí un encuentro destinado a hacernos comprender cuán inestables e inciertas son las cosas humanas; en una palabra, he aquí un encuentro de lo más extraordinario. Paseaba por la calle, meditando sobre la posibilidad de que me surgiera algo (lo que sin duda ocurrirá muy pronto), cuando veo aparecer ante mí a un joven pero valioso amigo, vinculado al período más azaroso de mi vida; incluso podría decir, al momento más decisivo de mi existencia. Copperfield, querido muchacho, ¿cómo está?

No puedo decir —la verdad es que *no* puedo decir— que me alegrara de ver al señor Micawber en aquel lugar; pero me sentí muy dichoso de encontrarme con él, y le estreché la mano cordialmente, mientras le preguntaba por su mujer.

—Gracias —respondió el señor Micawber, con su peculiar movimiento de mano y hundiendo la barbilla en el cuello de la camisa—. Está bastante recuperada. Los gemelos han dejado de nutrirse de las fuentes de la Naturaleza...; en una palabra —prosiguió, en uno de sus arranques de confianza—, los ha destetado, y en la actualidad se encuentra viajando conmigo. Se alegrará sobremanera, Copperfield, de reanudar su amistad con alguien que ha demostrado en todos los sentidos ser un digno pastor del sagrado altar de la amistad.

Le dije que estaría encantado de verla.

—Es muy amable —repuso el señor Micawber.

Después sonrió, hundió la barbilla y miró a un lado y otro.

—He descubierto a mi amigo el señor Copperfield —exclamó con elegancia, sin dirigirse a nadie en concreto—, no solo sino compartiendo un refrigerio con una dama viuda y con su, aparentemente, joven vástago; en una palabra —añadió en un nuevo arranque de confianza—, con su hijo. Me sentiré muy honrado de conocerlos.

En aquellas circunstancias, sólo podía presentar al señor Micawber a Uriah Heep y a su madre, y así lo hice. Mientras ellos se inclinaban respetuosamente ante él, el señor Micawber tomó asiento y les saludó cortésmente con la mano.

—Los amigos del señor Copperfield —afirmó el señor Micawber— pueden contar conmigo para lo que deseen.

—Mi hijo y yo somos demasiado humildes, caballero —señaló la señora Heep—, para ser amigos del señor Copperfield. Ha tenido la bondad de venir a tomar el té con nosotros, que le estamos muy agradecidos por su visita; y también a usted, señor, por su cortesía.

—Muy amable, señora —respondió el señor Micawber, con una reverencia—. ¿Y a qué se dedica ahora, Copperfield? ¿Sigue en el negocio del vino?

Estaba verdaderamente impaciente por alejar al señor Micawber de allí, y contesté, con el sombrero en la mano y el rostro como la grana —estoy seguro—, que era un alumno del doctor Strong.

—¿Un alumno? —repitió el señor Micawber, levantando las cejas—. No sabe cuánto me satisface oírle. Aunque un cerebro como el de mi amigo Copperfield —comentó a Uriah y a la señora Heep— no necesita cierta clase de educación, ¡conoce tan bien a los hombres y a las cosas! Y, sin embargo, será un terreno fértil donde la vegetación crecerá exuberante; en una palabra —concluyó sonriendo, en otro arranque de confianza—, posee un intelecto capaz de profundizar cuanto quiera en los clásicos.

Uriah, frotándose lentamente sus largas manos, se retorció de un modo horrible de cintura para arriba, a fin de mostrar que compartía su opinión sobre mí.

—¿Quiere que vayamos a visitar a la señora Micawber? —inquirí, para llevármelo de allí.

—Si desea hacerle ese favor, Copperfield —replicó mi amigo, poniéndose en pie—. No tengo el menor escrúpulo en decir, en presencia de nuestros amigos, que soy un hombre que durante años ha luchado contra las dificultades pecuniarias —yo sabía que acabaría diciendo algo por el estilo; le gustaba demasiado jactarse de sus tropiezos—. Unas veces he logrado superarlas. Otras, ellas... en una palabra, me han derribado. En ocasiones, les he plantado cara; en ocasiones, me he rendido ante ellas, y he repetido a la señora Micawber las palabras de Catón: «Tienes razón, Platón. Todo ha terminado. No seguiré luchando».^[29] Pero en ningún momento de mi vida —prosiguió el señor Micawber— he sentido mayor satisfacción que cuando podía desahogar mis penas (si se me permite emplear esta palabra para describir las dificultades originadas principalmente por los mandamientos judiciales y los pagarés a dos y a cuatro meses) en el corazón de mi amigo

Copperfield.

El señor Micawber concluyó tan hermoso elogio diciendo: «¡Señor Heep! Buenas noches. ¡Señora Heep! A su servicio», y salió conmigo con su aire más distinguido, taconeando ruidosamente en el empedrado y tarareando una canción.

El señor Micawber se hospedaba en una pequeña posada, donde ocupaba un dormitorio muy poco espacioso, separado de la sala común por un tabique, y con un fuerte olor a tabaco. Debía de estar sobre la cocina, pues un vapor tibio y grasiento parecía subir a través de las rendijas del suelo, y las paredes rezumaban una humedad viscosa. Sé que el bar estaba cerca, por el aroma de los licores y el tintineo de los vasos. Y allí, debajo de un cuadro que representaba un caballo de carreras, recostada en un pequeño sofá, con la cabeza a escasa distancia del fuego y los pies empujando la mostaza de la mesita auxiliar en el otro extremo de la habitación, se encontraba la señora Micawber.

—Querida, permíteme que te presente a un alumno del doctor Strong —exclamó su marido, entrando por delante.

Me di cuenta, dicho sea de paso, de que el señor Micawber, aunque seguía tan confuso como siempre con referencia a mi edad y a mi situación, jamás olvidaba que yo asistía al colegio del doctor Strong, lo que debía de parecerle de muy buen tono.

La señora Micawber se quedó estupefacta al verme, pero se alegró muchísimo. Yo también estaba muy contento y, después de intercambiar con ella los saludos más afectuosos, me senté a su lado en el pequeño sofá.

—Querida —sugirió el señor Micawber—, si quieres explicar a Copperfield nuestra situación actual, que sin duda le gustará conocer, yo iré, mientras tanto, a echar una ojeada al periódico por si surge algo en los anuncios.

—Pensé que estarían ustedes en Plymouth —dije a la señora Micawber, cuando su marido se marchó.

—Mi querido señor Copperfield —respondió ella—, fuimos a Plymouth.

—Para encontrar un buen empleo —insinué.

—Exactamente —prosiguió la señora Micawber—. Para encontrar un buen empleo. Pero lo cierto es que en la Administración de Aduanas no quieren hombres de talento. La influencia de mi familia en la región resultó inútil a la

hora de conseguir un empleo en ese departamento para un hombre con las cualidades del señor Micawber. Prefirieron *no* contratar a un hombre de su ingenio. Sólo habría puesto de manifiesto las deficiencias de los demás. Tampoco le ocultaré, mi querido señor Copperfield –continuó–, que, cuando la rama de mi familia establecida en Plymouth advirtió que el señor Micawber llegaba conmigo, con el pequeño Wilkins y con su hermana, además de con los gemelos, su recibimiento no fue tan caluroso como habría cabido esperar; al fin y al cabo, mi marido acababa de recuperar su libertad. De hecho –dijo la señora Micawber, bajando la voz–, y que quede entre nosotros, nos acogieron con mucha frialdad.

–¡Vaya por Dios! –exclamé.

–En efecto –afirmó la señora Micawber–. Es verdaderamente doloroso pensar en el género humano desde esa perspectiva, señor Copperfield, pero lo cierto es que nos acogieron con mucha frialdad. No existe la menor duda. En realidad, la rama de mi familia establecida en Plymouth empezó a mostrarse desagradable con el señor Micawber antes de que hubiera terminado la primera semana.

Le respondí, convencido de mis palabras, que sus parientes deberían avergonzarse de su conducta.

–Y, sin embargo, eso fue lo que ocurrió –dijo la señora Micawber–. En esas circunstancias, ¿qué podía hacer un hombre como el señor Micawber? Sólo le quedaba una elección: pedir prestado a esa rama de mi familia el dinero necesario para regresar a Londres, a costa de cualquier sacrificio.

–¿Y volvieron todos a Londres, señora Micawber? –inquirí.

–Así es –repuso ella–. Desde entonces, he consultado con otras ramas de mi familia sobre el rumbo que debería seguir el señor Micawber; pues soy de la opinión de que tiene que seguir alguno, señor Copperfield –exclamó la señora Micawber, llena de lógica–. Es ostensible que una familia de seis personas, sin incluir a un criado, no puede vivir del aire.

–Tiene usted razón, señora –repliqué.

–La opinión de esas otras ramas de mi familia –prosiguió la señora Micawber– es que mi marido debería centrar su atención en el carbón.

–¿En qué, señora Micawber?

–En el carbón –repitió ella–. En el negocio del carbón. Después de

algunas investigaciones, el señor Micawber llegó a la conclusión de que tal vez existiera una oportunidad para un hombre de su talento en el comercio de carbón del río Medway. En ese caso, como bien dijo el señor Micawber, lo primero que había que hacer era *visitarlo*. Y por eso vinimos. Y digo «vinimos», señor Copperfield, porque yo jamás –afirmó la señora Micawber, con emoción–, jamás abandonaré al señor Micawber.

Murmuré algunas palabras de admiración y de aprobación.

–Por eso vinimos a conocer el Medway –insistió la señora Micawber–. En cuanto al comercio de carbón en ese río, mi opinión es que tal vez requiera talento, pero con toda certeza necesita capital. El señor Micawber posee talento, pero no capital. Hemos visitado la mayor parte del Medway y ésta ha sido mi conclusión. Como estábamos tan cerca de aquí, el señor Micawber decidió que sería una pena marcharnos sin conocer la catedral. En primer lugar, porque es digna de verse y nosotros nunca lo habíamos hecho, y en segundo, porque existían muchas probabilidades de que surgiera algo en una ciudad catedralicia. Llevamos tres días aquí –dijo la señora Micawber–, pero todavía no ha surgido nada; y usted, mi querido señor Copperfield, no se sorprenderá tanto como un desconocido cualquiera al saber que, en la actualidad, estamos esperando que nos envíen dinero de Londres para pagar la factura de este hotel. Mientras no recibamos esa cantidad –prosiguió la señora Micawber, muy conmovida–, me veré obligada a estar lejos de mi hogar (me refiero a nuestro alojamiento en Pentonville), de mi hijo y de mi hija, y de mis gemelos.

No pude sino compadecer al señor y a la señora Micawber, que se veían en un terrible apuro, y así se lo comuniqué al señor Micawber, que acababa de regresar, añadiendo que mi único deseo habría sido tener dinero suficiente para prestarles la suma que necesitaban.

–Copperfield, es usted un verdadero amigo –respondió, estrechándome la mano–; pero, cuando la situación no puede ser más desesperada, todo hombre con una navaja de afeitar sabe que cuenta con un amigo.

Al oír esta terrible insinuación, la señora Micawber rodeó con sus brazos el cuello de su marido y le suplicó que se tranquilizara. Él rompió a llorar; pero se repuso casi en seguida, lo suficiente para llamar al camarero y encargarle para el desayuno de la mañana un budín de riñones caliente y un plato de camarones.

Cuando me despedí de ellos, insistieron tanto en invitarme a almorzar

antes de su marcha que no pude negarme. Como al día siguiente me resultaba imposible, pues tenía mucho que estudiar, el señor Micawber decidió visitar al doctor Strong por la mañana (presintiendo que el dinero de Londres llegaría en la próxima silla de posta) y pedirle que me dejara ir dos días después, si me venía mejor. Así, pues, antes del mediodía, me anunciaron su visita mientras estaba en clase, y fui corriendo a buscarle a la sala; me dijo que el almuerzo se celebraría tal como habíamos convenido. Cuando le pregunté si había recibido el dinero, me dio un apretón de manos y se marchó.

Estaba mirando por la ventana aquella misma tarde cuando contemplé con asombro, e incluso inquietud, cómo el señor Micawber y Uriah Heep pasaban cogidos del brazo: Uriah humildemente consciente del honor que se le hacía, el señor Micawber encantado de ofrecer su protección al joven. Sin embargo, mi sorpresa fue aún mayor al día siguiente cuando, al presentarme en la pequeña posada a la hora del almuerzo, es decir, a las cuatro de la tarde, me enteré de labios del señor Micawber que había vuelto con Uriah a casa de la señora Heep, donde había estado bebiendo aguardiente.

—Y le diré algo, mi querido Copperfield —dijo el señor Micawber—, su amigo Heep es un joven que podría ser procurador general. Si le hubiera conocido en la época en que mis dificultades hicieron crisis, estoy seguro de que mis acreedores habrían sido mucho más manejables.

Me costó entender cómo podría haber ocurrido esto, teniendo en cuenta que el señor Micawber no les había pagado absolutamente nada; pero preferí guardar silencio. Tampoco quise decirle que esperaba que no hubiera sido demasiado comunicativo con Uriah; ni preguntarle si habían hablado mucho de mí. Temía herir los sentimientos del señor Micawber o, en todo caso, los de su mujer, que era muy sensible; pero lo cierto es que no las tenía todas conmigo, y con posterioridad di muchas vueltas a todo aquello.

El almuerzo fue delicioso: un exquisito plato de pescado, un lomo de ternera asado, salchichas fritas, una perdiz y un budín. Había vino, y cerveza muy fuerte; y, después de comer, la señora Micawber preparó con sus propias manos un cuenco de ponche caliente.

El señor Micawber estaba mucho más alegre de lo habitual. Jamás le había visto tan animado. Bebió tanto ponche que su rostro brillaba como si lo hubieran barnizado. Se puso alegremente sentimental con la ciudad y le deseó toda clase de éxitos; señaló que tanto la señora Micawber como él habían sido muy bien atendidos en ella y que nunca olvidarían las horas felices que habían

pasado en Canterbury. Después bebió a mi salud; y él, la señora Micawber y yo recordamos nuestras peripecias juntos, y volvimos a vender una a una todas sus pertenencias. Entonces yo brindé por la señora Micawber; o, al menos, exclamé con modestia:

–Si me lo permite, señora, será un placer para mí beber a su salud.

Al oír mis palabras, el señor Micawber se deshizo en elogios sobre el carácter de su mujer, y afirmó que ella había sido siempre su guía, filósofa y amiga; me aconsejó que, cuando llegara la hora de casarme, eligiera una mujer como ella, suponiendo que fuera posible encontrarla.

A medida que el ponche desaparecía, el señor Micawber se mostraba cada vez más jovial y divertido. Como la señora Micawber pareció contagiarse de su alegría, entonamos el *Auld Lang Syne*,^[30] ella cantaba la melodía y nosotros, el estribillo. Cuando llegamos a: «He aquí mi mano, camarada leal», unimos nuestras manos alrededor de la mesa; y cuando llegamos a los versos de Willie Waught sin tener la menor idea de lo que significaban, nos sentimos realmente conmovidos.

En una palabra, jamás he visto a nadie tan animado como al señor Micawber hasta el último momento de aquella reunión, cuando me despedí efusivamente de él y de su encantadora mujer. Por consiguiente, no estaba en absoluto preparado para recibir, al día siguiente a las siete de la mañana, esta misiva, fechada la víspera a las nueve y media de la noche, un cuarto de hora después de mi partida:

Mi querido y joven amigo,

La suerte está echada; todo ha terminado. Ocultando bajo una dolorosa máscara de alegría los estragos causados por las preocupaciones, he preferido no deciros esta noche que cualquier esperanza de recibir el dinero ¡se ha desvanecido! En estas circunstancias, igualmente humillantes de soportar, humillantes de contemplar y humillantes de comunicar, he saldado la deuda contraída en este establecimiento firmando un pagaré que deberá hacerse efectivo a los catorce días, en mi residencia de Pentonville, en Londres. Cuando llegue la fecha de su vencimiento, incumpliré mi promesa. El resultado será la ruina. El rayo está a punto de caer, y el árbol se quebrará.

Deje que el desgraciado que hoy le dirige estas palabras, mi querido Copperfield, sea un faro para usted a lo largo de su vida. Le escribe con esa intención y con esa esperanza. Si pudiera prestarle semejante servicio, tal vez sería posible que un rayo de luz penetrara en la triste mazmorra de su existencia; aunque su longevidad, por el momento (y es lo menos que puede decirse), es sumamente problemática.

Éstas son las últimas noticias que recibirá, mi querido Copperfield, de este paria miserable,

WILKINS MICAWBER

La lectura de esta desgarradora carta me impresionó de tal modo que salí corriendo hacia la pequeña posada, con la intención de enseñar su contenido al doctor Strong y de ofrecer alguna palabra de consuelo al señor Micawber. Pero, a mitad de camino, me crucé con la diligencia de Londres; y el señor y la señora Micawber iban sentados en la parte de atrás. El señor Micawber, la

viva imagen de la felicidad, sonreía mientras escuchaba a su mujer, comiendo nueces de una bolsa de papel, con una botella en uno de sus bolsillos. Como ellos no me vieron, me pareció mejor fingir que yo tampoco los había visto. Y, así, después de que se me quitara un gran peso de encima, me metí por una callejuela que era el camino más corto hasta el colegio; no negaré que me sentí muy aliviado con su partida, a pesar de que seguía queriéndolos con toda mi alma.

XVIII

Una mirada retrospectiva

¡Mis días escolares! ¡El deslizamiento silencioso de mi existencia, el paso invisible e inconsciente de la niñez a la juventud! Veamos si, al volver la vista atrás sobre aquella corriente de agua, hoy un cauce seco cubierto de hojas, encuentro algunas huellas que me permitan recordar cómo fluía.

Un momento... Me veo ocupando mi sitio en la catedral, a la que íbamos todos juntos los domingos por la mañana, después de reunirnos en el colegio con aquel fin. El olor a tierra, el aire sin sol, la sensación de estar a salvo del mundo, las notas del órgano resonando a través de las naves laterales y de las galerías de bóvedas blancas y negras, parecen alas que me devuelven a aquellos días del pasado, en una especie de duermevela.

No soy el último de la clase. En pocos meses, he dejado atrás a varios compañeros. Pero tengo la impresión de que el mejor alumno es una criatura excepcional que habita muy lejos, a una altura inalcanzable que me produce vértigo. Agnes asegura que no, pero yo insisto en que sí; y le digo que es incapaz de imaginar la cantidad de sabiduría que atesora ese Ser maravilloso, cuyo puesto ella cree que yo, incluso yo, pobre aspirante, puedo alcanzar con el tiempo. No es mi protector ni mi amigo, como era el caso de Steerforth, pero siento por él un profundo respeto. Me gustaría saber, sobre todo, a qué se dedicará cuando abandone el colegio del doctor Strong, y qué hará la humanidad para conservar algún puesto al que él aspire.

Pero ¿a quién veo aparecer ante mí? Es la señorita Shepherd, de la que estoy enamorado.

La señorita Shepherd es una de las alumnas del colegio de las señoritas Nettingalls. Yo la adoro. Es una niña menuda, de cara redonda y de cabellos rubios y rizados, que viste un corpiño ajustado. Las jóvenes del internado Nettingalls también vienen a la catedral. Soy incapaz de seguir mi libro, pues

sólo tengo ojos para la señorita Shepherd. Cuando canta el coro, me parece oír a la señorita Shepherd. Durante el oficio, introduzco mentalmente su nombre en las oraciones... y lo coloco en medio de la familia real. Cuando estoy en casa, en mi habitación, a veces grito en un arrebató de amor: «¡Oh, señorita Shepherd!».

Durante algún tiempo vivo en la incertidumbre, pues desconozco los sentimientos de la señorita Shepherd, pero, finalmente, los hados me son propicios y coincido con ella en las clases de baile. La señorita Shepherd es mi pareja. Toco su guante y noto un escalofrío que me sube por el brazo derecho hasta llegar a la punta de mis cabellos. No le digo ninguna palabra tierna, pero los dos nos comprendemos. La señorita Shepherd y yo estamos destinados a ser el uno del otro.

¿Por qué regalo en secreto doce nueces de Brasil a la señorita Shepherd? Me gustaría saberlo. No son un símbolo de amor, es difícil hacer con ellas un bonito paquete, son casi imposibles de cascar, incluso en los quicios de las puertas, y son muy aceitosas una vez abiertas; sin embargo, me parecen muy apropiadas para la señorita Shepherd. También le obsequio galletas poco crujientes y de mala calidad, e innumerables naranjas. En una ocasión, le doy un beso en el guardarropa. ¡Qué momento de éxtasis! Y es fácil imaginar mi angustia y mi indignación al día siguiente, cuando me entero de que a la señorita Shepherd le han puesto un enderezador en los pies ¡por torcerlos hacia dentro!

Si mi pasión por la señorita Shepherd es el motivo dominante, el único sueño de mi existencia, ¿cómo puedo llegar a romper con ella? Es algo que no puedo imaginar. Y, sin embargo, nuestras relaciones se van enfriando. Me llega el rumor de que la señorita Shepherd ha dicho que le gustaría que yo no la mirase tanto, y que prefería a Jones. ¿A Jones? ¡Un joven sin el menor interés! El abismo entre la señorita Shepherd y yo es cada vez mayor. Finalmente, un día encuentro a las alumnas del internado Nettingalls de paseo. Al pasar junto a mí, la señorita Shepherd me hace una mueca y mira riendo a su compañera. Todo ha acabado entre nosotros. El amor de toda una vida (parece una vida, es lo mismo) ha terminado; la señorita Shepherd desaparece del servicio de la mañana, y la familia real no vuelve a tener noticias de ella.

Voy progresando en el colegio, y nadie turba mi sosiego. He dejado de mostrarme amable con las alumnas de las señoritas Nettingalls, y no me enamoraría de ninguna, aunque fueran dos veces más numerosas y veinte

veces más bellas. Las clases de baile me resultan muy aburridas, y me gustaría saber por qué las niñas no pueden bailar ellas solas y dejarnos en paz. Se me dan muy bien los versos latinos y apenas presto atención a los cordones de mis botas. El doctor Strong afirma públicamente que soy un alumno muy prometedor. El señor Dick está loco de alegría y mi tía me envía una guinea en el primer correo.

La sombra de un joven carnicero aparece de pronto ante mí, como la cabeza cubierta con un casco de *Macbeth*^[31] ¿De quién se trata? Es el terror de los muchachos de Canterbury. Existe la vaga creencia de que la grasa de buey con que fija sus cabellos le otorga una fuerza sobrenatural, y de que podría enfrentarse a cualquier hombre. Es un individuo de cara ancha, cuello de toro, mejillas ásperas y coloradas, carácter pendenciero y lengua injuriosa, que utiliza fundamentalmente para hablar mal de los alumnos del doctor Strong. Propaga a los cuatro vientos que si éstos lo desean, él les dará su merecido. Menciona los nombres de algunos muchachos (entre los que estoy yo), a los que podría ajustar las cuentas con una mano atada a la espalda. Está siempre al acecho de los más pequeños para darles coscorriones en sus cabezas desnudas, y le gusta desafiarme en plena calle. Me parecen motivos más que suficientes para enfrentarme a él.

Un atardecer de verano, en una hondonada cubierta de césped, al pie de un muro, acudo a mi cita con el carnicero. Me presento acompañado de los mejores alumnos del colegio; mi adversario, de otros dos carniceros, un joven tabernero y un deshollinador. Una vez cumplidas todas las formalidades, el carnicero y yo nos encontramos frente a frente. De pronto veo las estrellas, después de recibir un golpe en la ceja izquierda. En un instante, no sé dónde está el muro, ni dónde estoy yo, ni dónde están los demás. A duras penas distingo quién es el carnicero y quién soy yo, pues luchamos cuerpo a cuerpo, agarrados el uno al otro, sin dejar de propinarnos golpes sobre la hierba pisoteada. Unas veces veo al carnicero, ensangrentado pero seguro de sí mismo; otras, no veo nada, y me apoyo sin aliento sobre la rodilla de mi segundo; en ocasiones, me lanzo con furia contra mi enemigo y me destrozo los nudillos al pegarle en el rostro, sin que eso parezca afectarle. Finalmente, me despierto con la cabeza confusa y dolorida, como si saliera de un sueño muy agitado, y veo que el carnicero se aleja, poniéndose la chaqueta, entre las felicitaciones de sus dos compañeros, del deshollinador y del tabernero; deduzco, sin equivocarme, que la victoria ha sido suya.

Me llevan a casa en un estado lamentable. Se apresuran a ponerme unos

filetes sobre los párpados, y me frotan todo el cuerpo con vinagre y con coñac; noto cómo mi labio superior se hincha de forma desmesurada. Durante tres o cuatro días no salgo a la calle, y tengo muy mal aspecto con una visera verde sobre los ojos. Me aburriría mucho sin Agnes, una verdadera hermana para mí; se compadece de mi infortunio, me lee en voz alta y, gracias a ella, el tiempo transcurre más ligero y yo estoy más contento. Confío plenamente en Agnes; le hablo del carnicero y de todas sus ofensas; y ella opina que no me quedaba otro remedio que pelear con él, mientras se estremece sólo de pensar en nuestro combate.

El tiempo ha debido de pasar sin que yo me percatara, pues ahora Adams no es el mejor alumno. Hace tanto tiempo que nos dejó que, cuando viene a visitar al doctor Strong, somos muy pocos los que aún le conocemos. Pronto se dedicará a la jurisprudencia, será abogado y llevará peluca. Me sorprende ver que es un hombre menos desenvuelto de lo que yo recordaba, y que su aspecto es menos imponente. Tampoco parece haber conseguido revolucionar el mundo; pues éste (por lo que yo sé) continúa más o menos igual que si Adams no formara parte de él.

Hay un espacio en blanco, por el que desfilan los guerreros de la poesía y de la historia en huestes majestuosas que parecen no tener fin... ¿y qué viene después? Heme aquí convertido en el primero de la clase; contemplo desde las alturas la fila de alumnos por debajo de mí y, lleno de condescendencia, me intereso por los que traen a mi memoria al niño que yo era cuando llegué a Canterbury. Aquel pequeño muchacho parece no formar ya parte de mí; lo recuerdo como algo que hubiera dejado en el camino de la vida, que hubiera visto pasar, pero que yo no hubiera sido; y pienso en él casi como si se tratara de un extraño.

Y la niña que había conocido el día de mi llegada al domicilio del señor Wickfield, ¿dónde se encuentra? También ha desaparecido. En su lugar, va y viene por la casa la viva imagen del retrato de la sala, no la pequeña que tanto se le asemejaba; y Agnes, mi dulce hermana, como la llamo en mis pensamientos, mi consejera y amiga, el ángel bueno de todos los que sienten su bondadosa, serena y generosa influencia, es toda una mujer.

¿Qué otros cambios he experimentado yo, además de haber crecido y variado de aspecto, y de haber ampliado mis conocimientos? Llevo un reloj de oro con cadena, un anillo en mi dedo meñique y una levita; y me pongo demasiada grasa en el cabello, lo que unido al anillo, es una mala señal. ¿Estaré enamorado de nuevo? En efecto. Adoro a la mayor de las señoritas

Larkins.

La mayor de las señoritas Larkins no es una jovencita. Es una mujer alta y hermosa, de cabellos oscuros y ojos negros. La mayor de las señoritas Larkins no es ninguna niña, pues la menor de las señoritas Larkins tampoco lo es, y la mayor debe de tener tres o cuatro años más que ella. Es posible que la mayor de las señoritas Larkins haya cumplido casi treinta años. Mi pasión por ella no tiene límites.

La mayor de las señoritas Larkins conoce a muchos oficiales. Es algo que detesto. Los veo hablar con ella en medio de la calle. Los veo cambiar de acera para ir a su encuentro cuando divisan su sombrero (a ella le gustan muy llamativos), acompañado del de su hermana. Ella se ríe, habla y parece divertirse. Paso gran parte de mi tiempo libre paseando por la calle para cruzarme con ella. Si consigo saludarla con una inclinación de cabeza una vez al día (algo que me está permitido porque conozco al señor Larkins), me siento más dichoso. De vez en cuando, ella me devuelve el saludo. Sufro terriblemente la noche del baile celebrado con motivo de las carreras, pues sé que ella bailará con los militares; y pienso que merezco una compensación, si existe justicia en este mundo.

Mi amor me hace perder el apetito, y me obliga a llevar constantemente mi corbatín de seda nuevo. Sólo encuentro algún consuelo vistiendo mis mejores trajes y ordenando que me limpien las botas una y otra vez. De ese modo, tengo la impresión de ser más digno de la mayor de las señoritas Larkins. Todo lo que le pertenece, o guarda relación con ella, es sagrado para mí. Siento un profundo interés por el señor Larkins, un viejo caballero, bastante malhumorado, con doble papada y un ojo siempre inmóvil. Cuando no puedo ver a su hija, me las arreglo para encontrarme con él y preguntarle: «¿Qué tal, señor Larkins? Y sus hijas y el resto de su familia, ¿están todos bien?». Me parece tan interesado por mi parte que no puedo sino ruborizarme.

Estoy obsesionado con mi edad. Tengo diecisiete años; soy demasiado joven para la mayor de las señoritas Larkins, pero ¿qué más da? Además, no tardaré nada en cumplir veintiuno. Todas las noches paseo por delante de la casa del señor Larkins, aunque se me parte el corazón al ver entrar a los oficiales, o al oírles conversar en la sala, donde la mayor de las señoritas Larkins toca el arpa. Incluso en dos o tres ocasiones, preso de un sentimentalismo enfermizo, merodeo por sus alrededores cuando la familia se ha acostado. Me gustaría saber cuál es la habitación de la mayor de las señoritas Larkins (seguro que elegía equivocadamente la de su padre, pienso

ahora). Desearía que se declarase un incendio en la casa; que todos se quedaran paralizados de horror; y que yo, abriéndome paso entre la multitud con una escalera, pudiera llegar hasta su ventana y salvarla en mis brazos, antes de volver a buscar algo que hubiera olvidado y de perecer en medio de las llamas. Pues, por lo general, mi amor es muy altruista, y creo que me contentaría con representar un papel heroico ante la señorita Larkins, y exhalar mi último suspiro.

Por lo general, pero no siempre. A veces aparecen ante mí visiones más alegres. Cuando me visto (algo en lo que tardo dos horas) para acudir al gran baile que dan los Larkins (por el que llevo suspirando tres semanas), dejo volar mi fantasía. Me veo a mí mismo haciendo acopio de valor para declararme a la señorita Larkins. La veo a ella apoyando su cabeza en mi hombro para decirme: «¡Oh, señor Copperfield, no puedo dar crédito a mis oídos!». E imagino al señor Larkins visitándome al día siguiente, y exclamando: «Mi querido señor Copperfield, mi hija me lo ha contado todo. La juventud no es ningún obstáculo. Aquí tiene usted veinte mil libras. ¡Qué sean muy felices!». Mi tía cede y nos da su bendición; y el señor Dick y el doctor Strong asisten a la boda. Creo que soy un joven bastante sensato (hablo de aquella época) y modesto; pero, a pesar de todo, lo que acabo de contar es cierto.

Me dirijo a la casa encantada, llena de luces, parloteos, música, flores, oficiales (algo que lamento) y la mayor de las señoritas Larkins, resplandeciente de belleza. Viste de azul, y lleva flores azules en el cabello... Son nomeolvides. ¡Como si tuviera necesidad de llevar nomeolvides! Es la primera vez que me invitan a una verdadera fiesta y me siento algo incómodo; tengo la impresión de estar fuera de mi ambiente, y nadie parece tener nada que decirme, si exceptuamos al señor Larkins, que me pregunta por mis compañeros de clase, como si yo hubiera ido allí para que me insultaran. Pero después de quedarme un rato en el umbral y de recrear mis ojos con la diosa de mi corazón, se me acerca ella —¡la mayor de las señoritas Larkins!— y me pregunta amablemente si deseo bailar.

—Con usted, señorita Larkins —logro balbucear, con una reverencia.

—¿Y con nadie más?

—No me agradaría bailar con ninguna otra joven.

La señorita Larkins rompe a reír y se ruboriza (o eso me parece) y asegura que será un placer para ella concederme el siguiente baile.

Llega el momento.

–Creo que es un vals –dice la señorita Larkins, algo indecisa, cuando me acerco a ella–. ¿Sabe bailar el vals? Si no, el capitán Bailey...

Pero yo bailo el vals (y da la casualidad de que muy bien) y saco a la señorita Larkins. La alejo del capitán Bailey sin la menor piedad. No cabe duda de que él se siente muy desgraciado; pero no me importa. También yo lo he pasado mal. Bailo el vals con la mayor de las señoritas Larkins. No sé dónde, ni entre quién, ni cuánto tiempo. Lo único que sé es que floto por el espacio con un ángel azul, en una especie de delirio de felicidad, hasta que me veo de pronto con ella en una pequeña estancia, descansando en un sofá. Ella admira la flor de mi ojal (una camelia japónica rosa que me ha costado media corona) y yo se la ofrezco con estas palabras:

–Pido por ella un precio inestimable, señorita Larkins.

–¿De veras? ¿Y qué es? –pregunta ella.

–Una de sus flores, que yo guardaré como un tesoro, al igual que un avaro guarda su oro.

–Es usted un joven muy atrevido –exclama la señorita Larkins–. Tome.

Y me la entrega, con aire complacido; y yo me la llevo a los labios, antes de colocarla en mi pecho. La señorita Larkins se coge entonces de mi brazo, riendo, y me pide que la lleve con el capitán Bailey.

Estoy absorto en el recuerdo de esta deliciosa conversación, y del vals, cuando ella se me acerca de nuevo del brazo de un caballero que no es joven, ni atractivo, y que ha pasado la velada jugando al *whist*.

–¡Aquí está mi atrevido amigo! El señor Chestle quiere conocerle, señor Copperfield –dice la señorita Larkins.

Comprendo en seguida que se trata de un amigo de la familia, y me siento muy honrado.

–Admiro su buen gusto, caballero –señala el señor Chestle–. Dice mucho de usted. Supongo que no estará demasiado interesado por el lúpulo; pero yo me dedico a su cultivo a gran escala, y si alguna vez visita Ashford y quiere dar una vuelta por nuestra finca, estaremos encantados de alojarle todo el tiempo que desee.

Le doy calurosamente las gracias y estrecho su mano. Creo estar en un sueño muy hermoso. Vuelvo a bailar el vals con la mayor de las señoritas

Larkins, ¡dice que lo hago tan bien! Regreso a casa en un estado de felicidad indescriptible y, a lo largo de toda la noche, bailo el vals en mi imaginación, ciñendo con mi brazo la cintura azul de mi amada deidad. Durante varios días, vivo perdido en delirantes reflexiones; pero no la encuentro en la calle, ni está en su casa cuando voy de visita. La prenda sagrada, la flor marchita, no logra consolar del todo mi desilusión.

—Trotwood —exclama Agnes un día, después del almuerzo—, ¿sabes quién se casa mañana? Alguien a quien admiras mucho.

—Espero que no seas tú, Agnes.

—¡Claro que no! —responde ella, levantando su alegre rostro de la partitura que está copiando—. ¿Le has oído, papá? Se trata de la mayor de las señoritas Larkins.

—¿Con... con el capitán Bailey? —logro articular, a duras penas.

—No, con ningún capitán. Con el señor Chestle, el cultivador de lúpulo.

Estoy muy abatido durante una o dos semanas. Me quito el anillo, llevo mis peores ropas, no me engraso el pelo y lloro con frecuencia sobre la flor marchita de la antigua señorita Larkins. Pero no tardo en cansarme de esa clase de vida y, después de una nueva provocación del carnicero, tiro mi flor, acepto medir mis fuerzas con él y obtengo una gloriosa victoria.

Todo eso, y el hecho de volver a ponerme el anillo y de engrasarme el cabello con moderación, son mis últimos recuerdos antes de cumplir diecisiete años.

XIX

Miro a mi alrededor y hago un descubrimiento

No sé si, en el fondo de mi corazón, experimenté alegría o tristeza cuando mis días escolares llegaron a su fin y hube de abandonar el establecimiento del doctor Strong. Había sido muy dichoso allí, sentía un gran afecto por el doctor y me había convertido en un personaje relevante en ese pequeño mundo. Lamentaba marcharme por esas razones, aunque me alegraba por otras, bastante insustanciales. Me sentía atraído por la nebulosa perspectiva de ser un joven independiente, por la importancia asociada a un joven independiente, por las cosas maravillosas que podía ver y hacer tan magnífico animal, y por los maravillosos efectos que sin duda no dejaría de obrar en la sociedad. Y esas visionarias consideraciones estaban tan arraigadas en mi imaginación infantil que, cuando rememoro aquellos días, tengo la impresión de haber dejado el colegio sin experimentar la pena natural en estos casos. No me sentí tan afectado por esta separación como me había sentido por otras. Intento recordar en vano las circunstancias que la rodearon y cuáles fueron mis vivencias, pero lo cierto es que apenas dejaron huella en mi memoria. Supongo que el futuro que se abría ante mí me trastornaba. Sé que mis experiencias juveniles contaban muy poco o nada por aquel entonces; y que la vida era para mí, antes que nada, un hermoso cuento de hadas que me disponía a empezar a leer.

Mi tía y yo habíamos deliberado mucho y muy seriamente sobre la profesión que debía elegir. Durante un año o más, yo había tratado de hallar una respuesta convincente a su sempiterna pregunta: «¿Qué te gustaría ser?». Sin embargo, no había nada que me atrajera especialmente. Si hubiera descubierto súbitamente en mí aptitudes para el arte de la navegación, habría podido tomar el mando de una lejana expedición y realizar importantes

descubrimientos en un viaje triunfal alrededor del mundo; y me habría sentido muy feliz. Pero, en ausencia de semejante milagro, lo único que deseaba era elegir una carrera que no resultara demasiado gravosa para el bolsillo de mi tía, y dedicarme en cuerpo y alma a ella, fuese la que fuese.

El señor Dick había asistido regularmente a nuestras reuniones, con aire juicioso y pensativo. Sólo sugirió algo en una ocasión, cuando propuso que me hiciera hojalatero (no sé de dónde habría sacado semejante idea). Mi tía acogió sus palabras con tanta frialdad que el señor Dick jamás se atrevió a proferir otras; y, a partir de entonces, se limitó a escuchar atentamente las de la señorita Betsey, mientras removía su calderilla.

—Trot, querido, te diré lo que haremos —exclamó mi tía una mañana de Navidad, después de que abandonara el colegio—; como todavía no hemos decidido nada sobre este asunto tan espinoso y no debemos equivocarnos, de ser posible, será mejor que nos tomemos un tiempo de descanso. Mientras tanto, convendría que analizaras la cuestión desde un punto de vista diferente, que no fuera el de un colegial.

—Me parece muy bien, tía.

—Se me ha ocurrido —prosiguió ella— que un pequeño cambio, y una ojeada al mundo exterior, podrían ayudarte a ver las cosas más claras y a saber mejor lo que deseas. ¿Por qué no haces un pequeño viaje? A tu región natal, por ejemplo; y visitas a esa extraña mujer de nombre impronunciable —añadió, frotándose la nariz, pues jamás había podido perdonar del todo a Peggotty el llamarse así.

—¡Me encantaría, tía!

—¡Tanto mejor! —contestó ella—. Porque también a mí me complacería mucho. Es natural y razonable que te apetezca ir. Y estoy convencida de que todo cuanto hagas en la vida, Trot, será siempre natural y razonable.

—Eso espero, tía.

—Tu hermana Betsey Trotwood —añadió ella— habría sido la niña más natural y más racional del mundo. Y tú serás digno de ella, ¿verdad?

—Espero ser siempre digno de *usted*, tía. Me contentaré con eso.

—Es una bendición que tu madre, esa pobre y querida pequeña, no viviera —dijo mi tía, mirándome con aprobación—. Se habría sentido tan orgullosa de ti que hubiera perdido la cabeza, suponiendo que no lo hubiese hecho antes —

siempre que mostraba alguna debilidad por mí, la señorita Betsey se excusaba atribuyéndosela a mi pobre madre—. ¡Válgame Dios, Trot! ¡Cómo me recuerdas a ella!

—Para bien, espero.

—¡Se le parece tanto, Dick! —prosiguió, con mayor énfasis del que era habitual en ella—. Es igual que su madre la tarde en que la conocí, antes de que él naciera. ¡Dios mío! Es su vivo retrato, ¡tan cierto como que ahora me está contemplando con sus dos ojos!

—¿De veras? —inquirió el señor Dick.

—Y también se parece a David —exclamó mi tía, con decisión.

—Se parece muchísimo a él —dijo el señor Dick.

—Pero lo que yo quiero que seas, Trot —continuó mi tía—, y no me refiero física... porque físicamente no tengo nada que objetar, sino moralmente, es un joven firme y con voluntad propia. Un hombre decidido —afirmó, moviendo enérgicamente su cofia y cerrando el puño— y con carácter, Trot. Con suficiente personalidad para no dejarte influir por nadie ni por nada, salvo cuando exista una buena razón. Eso es lo que quiero que seas. Y lo que tu padre y tu madre hubieran podido ser; bien sabe Dios que les habría ido mucho mejor.

Le dije que esperaba llegar a ser como ella quería.

—Para que puedas empezar, de algún modo, a confiar en ti mismo y a tomar tus propias decisiones —añadió mi tía—, he resuelto que viajes solo. Había pensado que el señor Dick te acompañara, pero, después de reflexionar, prefiero que se quede aquí para cuidarme.

El señor Dick pareció algo decepcionado, pero su rostro no tardó en volver a iluminarse ante el honor y la dignidad de tener que velar por la mujer más maravillosa del mundo.

—Además —prosiguió la señorita Betsey—, está el memorial.

—Es cierto —se apresuró a responder el señor Dick—. Me propongo acabarlo inmediatamente, Trotwood. Es preciso que lo termine en seguida. Todo seguirá su curso, sabes... —continuó diciendo, después de una larga pausa—, y se armará un buen jaleo.

Con arreglo a los planes de mi tía, me equiparon sin tardar con una hermosa bolsa de dinero y con un baúl de viaje, y se despidieron

cariñosamente de mí. En el momento de partir, mi tía me dio algunos buenos consejos y me besó una y otra vez. Como su propósito era que yo viese un poco de mundo y tuviese un poco de tiempo para reflexionar, me recomendó que me quedase unos días en Londres, si me agradaba, ya fuera a la ida o a la vuelta de Suffolk. En una palabra, tenía libertad para hacer lo que me viniera en gana durante tres semanas o un mes, sin más condiciones que las anteriormente mencionadas: ver un poco de mundo y considerar las cosas con calma, además de la promesa de escribirle tres veces por semana para tenerla al corriente de mi vida.

Me dirigí en primer lugar a Canterbury, a fin de despedirme de Agnes y del señor Wickfield (todavía conservaba mi habitación en su casa), así como del buen doctor. Agnes se alegró mucho de verme, y me dijo que la casa no parecía la misma desde mi partida.

—Estoy seguro de que tampoco yo soy el mismo cuando estoy lejos de aquí —le respondí—. Es como si me faltara la mano derecha cuando no estás conmigo. Aunque eso no signifique demasiado, pues ni la cabeza ni el corazón se hallan en la mano derecha. Todos los que te conocen, Agnes, necesitan tus consejos y tu ayuda.

—Todos los que me conocen me miman demasiado —contestó, sonriendo.

—No. Es que no te pareces a nadie... Eres tan buena y tienes un carácter tan dulce. Eres tan encantadora..., y, además, siempre tienes razón.

—Hablas como si yo fuera la señorita Larkins antes de su boda —exclamó Agnes, rompiendo a reír, mientras se sentaba a trabajar.

—¡Vamos! No está bien que abuses de mi confianza —respondí, enrojeciendo al recordar a aquella tirana del vestido azul—. Sin embargo, seguiré contándote mis secretos, Agnes. No creo que pueda dejar de hacerlo jamás. Siempre que me vea en dificultades, o que me enamore, correré a decírtelo, si me lo permites... incluso cuando me enamore de veras.

—¡Pero si siempre te has enamorado de veras! —afirmó Agnes, riéndose de nuevo.

—Sólo era un muchacho, un colegial —protesté soltando también una carcajada, aunque me sentía un poco avergonzado—. Pero las cosas han cambiado, y supongo que un día de éstos me enamoraré muy de veras. Lo que me sorprende, Agnes, es que no te ocurra lo mismo.

Ella se rió de nuevo, y lo negó con la cabeza.

—Ya sé que no estás enamorada —exclamé—, de otro modo me lo habrías dicho. O, por lo menos —añadí, pues advertí un leve rubor en su rostro—, me habrías dejado que lo averiguara por mí mismo. Pero no conozco a nadie que merezca *tu* amor, Agnes. Tendrá que aparecer un hombre más noble y digno de respeto que cuantos he conocido hasta ahora, antes de que yo dé *mi* consentimiento. A partir de ahora, vigilaré estrechamente a todos tus admiradores; y te aseguro que seré muy exigente con el elegido.

Habíamos hablado hasta entonces medio en serio medio en broma, con la familiaridad que nos era habitual desde nuestra infancia. Sin embargo, Agnes, levantando súbitamente la mirada hacia mí, me dijo en un tono muy diferente:

—Hay algo que me gustaría preguntarte, Trotwood. Quizá no tenga otra oportunidad de hacerlo en mucho tiempo. Se trata de algo que no me atrevería a preguntar a ninguna otra persona. ¿Has observado algún cambio en papá?

Por supuesto que lo había observado, y a menudo me había preguntado si también se habría percatado ella. Debió de leer mis pensamientos, pues se apresuró a bajar los ojos, y me di cuenta de que los tenía llenos de lágrimas.

—¿Y cuál es? —inquirió Agnes, bajando la voz.

—Creo que... ¿Puedo hablarte con franqueza, Agnes? Aprecio tanto a tu padre.

—Por favor —replicó ella.

—Creo que ese hábito suyo, que se ha intensificado desde mi llegada a esta casa, no le hace ningún bien. A menudo parece muy nervioso, aunque quizá sean sólo imaginaciones mías.

—No, no lo son —afirmó Agnes, moviendo la cabeza.

—Le tiemblan las manos, balbucea, y tiene la mirada perdida. He observado que precisamente cuando es menos él, es cuando lo requieren para solucionar algún asunto.

—Cuando lo requiere Uriah —dijo Agnes.

—En efecto; y la sensación de no haber estado a la altura de las circunstancias, de no haber podido pensar con claridad o de no haber sido capaz de disimular su estado, a su pesar, le atormenta de tal modo que cada día se siente peor, y está más demacrado y ojeroso. No te alarmes por mis palabras, Agnes, pero la otra noche lo encontré con la cabeza apoyada en su escritorio, llorando como un niño.

Sentí cómo la mano de Agnes se posaba dulcemente en mis labios mientras hablaba, y un instante después había salido al encuentro de su padre en el umbral de la estancia y se apoyaba en su hombro. Los dos dirigieron sus ojos hacia mí, y la expresión del rostro de Agnes me conmovió. Su hermosa mirada reflejaba un cariño tan profundo por su padre, tanto agradecimiento por todo su amor y todos sus cuidados, y parecía suplicarme con tanto fervor que me mostrara afectuoso con él –incluso en mis pensamientos– y que no le juzgara con dureza; estaba tan orgullosa de él, le quería con tal devoción, aunque le inspirara una gran compasión, y se hallaba tan segura de que yo compartía sus sentimientos, que ninguna palabra hubiera resultado más elocuente para mí, ni me hubiera emocionado más.

El doctor Strong nos había invitado a tomar el té. Fuimos a su casa a la hora de costumbre, y lo encontramos en su gabinete, sentado junto a la chimenea con su joven esposa y la madre de ésta. El doctor, que reaccionó ante mi partida como si me marchase a la China, me recibió como a un invitado de honor, y ordenó que pusieran otro leño en el fuego para ver cómo enrojecía el rostro de su antiguo alumno a la luz de la hoguera.

–No veré muchas más caras nuevas en el lugar de Trotwood, Wickfield –dijo el doctor, calentándose las manos–. Me estoy volviendo perezoso, y necesito tranquilidad. Dentro de seis meses dejaré a mis jóvenes alumnos y llevaré una vida más descansada.

–Lleva diez años repitiendo lo mismo, doctor –contestó el señor Wickfield.

–Pero esta vez tengo intención de hacerlo –señaló el doctor–. Mi profesor adjunto me sustituirá. Hablo en serio. Pronto tendrá usted que redactar nuestro contrato y dejarlo todo bien atado, como si fuéramos un par de bribones.

–Y tendré que poner especial cuidado en que no le engañen, ¿eh, doctor? Como ocurriría con cualquier contrato que preparara usted mismo. Pues bien, ¡estoy dispuesto! En mi profesión, he visto encargos mucho peores.

–Y entonces –prosiguió el doctor, con una sonrisa– no tendré que ocuparme más que de mi diccionario; y de mi otro contrato... el que firmé con Annie.

Ésta se hallaba sentada junto a Agnes, al otro lado de la mesa de té; cuando el señor Wickfield dirigió la vista hacia ella, tuve la impresión de que la joven esquivaba su mirada con cierta vacilación y con una timidez que a él le sorprendió; entonces la observó como si hubiera recordado algo.

–Veo que ha llegado correo de la India –dijo, tras un momento de silencio.

–En efecto –repuso el doctor–. Con algunas cartas del señor Jack Maldon.

–¿De veras?

–¡Pobre y querido Jack! –exclamó la señora Markleham, moviendo la cabeza–. ¡En ese clima tan terrible! Según dicen, es como vivir en un montón de arena, bajo una lupa. Creíamos que era fuerte, pero estábamos equivocados. Mi querido doctor, era su espíritu, no su constitución física, lo que le hacía parecer tan decidido. Annie, querida, estoy segura de que no has olvidado que tu primo nunca fue de complexión fuerte, lo que se dice *robusto* –insistió su madre, mirándonos a todos–. Es algo que supe desde que mi hija y él eran dos niños y paseaban cogidos del brazo todo el santo día.

Annie, a quien iban dirigidas estas palabras, guardó silencio.

–¿Debo deducir, señora, que el señor Maldon está enfermo? –preguntó el señor Wickfield.

–¿Enfermo? –repitió el Viejo Soldado–. Mi querido caballero, el señor Maldon tiene de todo.

–¿Menos salud? –quiso saber el señor Wickfield.

–¡Exactamente! Menos salud –dijo el Viejo Soldado–. Sin duda ha padecido terribles insolaciones, malaria, fiebres y todas las enfermedades imaginables. En cuanto a su hígado –continuó la señora Markleham, con aire de resignación–, es algo a lo que decidió renunciar al marcharse de aquí.

–¿Y les cuenta todo eso en sus cartas? –inquirió el señor Wickfield.

–¿Que si nos lo cuenta en sus cartas? Mi querido caballero –contestó la señora Markleham, agitando su cabeza y su abanico–, ¡qué poco conoce a mi pobre Jack Maldon si me hace esa pregunta! ¿Que si nos lo cuenta en sus cartas? No es de esa clase de hombres. Antes preferiría dejarse arrastrar por cuatro caballos salvajes.

–¡Mamá! –exclamó la señora Strong.

–Annie, querida –respondió su madre–; deseo pedirte, de una vez por todas, que no interfieras en mi conversación, a menos que sea para confirmar mis palabras. Sabes tan bien como yo que tu primo Maldon preferiría dejarse arrastrar por una manada de caballos salvajes... ¿por qué he de limitarme a cuatro? Me niego a limitarme a cuatro... ocho, dieciséis, treinta y dos..., antes que contarnos algo que pudiera desbaratar los planes del doctor.

—Los planes de Wickfield —señaló el doctor Strong, pasándose la mano por el rostro y mirando a su consejero con aire compungido—. Bueno, los planes que hicimos juntos. Mis palabras fueron: «En Inglaterra o en el extranjero».

—Y yo dije: «En el extranjero» —añadió el señor Wickfield, con gran seriedad—. Fui yo quien le envió allí. Soy el único responsable.

—¿Y quién habla de responsabilidad? —exclamó el Viejo Soldado—. Todo se hizo con la mejor intención, mi querido señor Wickfield; todo se hizo con el mayor cariño, lo sabemos. Pero, si ese pobre muchacho no puede vivir allí, es que no puede vivir allí. Y, si no puede vivir allí, morirá allí antes que desbaratar los planes del doctor. Lo conozco bien —continuó la señora Markleham, mientras se abanicaba con una especie de resignación profética—, y sé que morirá allí antes que desbaratar los planes del doctor.

—Está bien, está bien, señora —declaró el doctor, de buen humor—, no soy un fanático de mis proyectos, y puedo desbaratarlos yo mismo. Es posible buscar una alternativa. Si el señor Jack Maldon regresa a Inglaterra por problemas de salud, no permitiremos que vuelva otra vez a la India, e intentaremos encontrar en este país un puesto que le convenga más.

La señora Markleham se sintió tan emocionada por sus generosas palabras —que, huelga aclarar, ni esperaba ni había instigado— que sólo pudo decirle al doctor que aquello era muy propio de él y darle golpecitos en la mano con el abanico, después de besar una y otra vez sus varillas. Luego reprochó cariñosamente a su hija Annie que no manifestara la menor alegría cuando el doctor, en atención a ella, se mostraba tan bondadoso con su antiguo compañero de juegos; y nos habló de los méritos de varios miembros de su familia, a los que sería deseable que alguien ayudara un poco.

Durante todo ese tiempo, Annie no pronunció una sola palabra, ni despegó los ojos del suelo; el señor Wickfield, entretanto, no dejaba de mirarla, al lado de Agnes. Tuve la impresión de que ni se le había pasado por la cabeza que alguien pudiera observarlo; estaba tan absorto en la joven, y en todo lo que se relacionaba con ella, que no parecía percatarse de nada. Preguntó qué había escrito Jack Maldon, y a quién había dirigido sus cartas.

—Aquí tiene —exclamó la señora Markleham, cogiendo una carta que había en la repisa de la chimenea, encima de la cabeza del doctor—. Nuestro querido muchacho dice al doctor... ¿dónde está?... ¡Oh, aquí!: «Lamento informarle de que mi salud se ha resentido gravemente, y que tal vez me vea en la necesidad de regresar por algún tiempo a Inglaterra, como única esperanza de

curación». Eso está claro, ¡pobre muchacho! ¡Su única esperanza de curación! Pero la carta a Annie es todavía más explícita. Déjame verla otra vez, querida.

—Ahora no, mamá —suplicó la joven en voz baja.

—Querida, en algunos asuntos eres la persona más ridícula del mundo —repuso el Viejo Soldado—, y es posible que la menos considerada con las necesidades de su familia. Creo que jamás habríamos sabido nada de esa carta, si yo no hubiera preguntado por ella. ¿Y a eso le llamas, mi amor, confiar en el doctor Strong? Estoy sorprendida. Deberías conocerlo mejor.

Annie sacó a regañadientes la carta; y advertí el temblor de su mano cuando me la dio para que se la pasara a su madre.

—Veamos —dijo la señora Markleham, poniéndose las lentes—, ¿dónde estará ese párrafo? «El recuerdo de los viejos tiempos, queridísima Annie...» No, eso no. «Mi viejo y amable protector...» ¿Quién será? ¡Dios mío! La letra de tu primo Maldon resulta ilegible, Annie. Pero ¡qué estúpida soy! Se refiere al doctor, por supuesto. ¡Ah! ¡Él sí que es amable! —al llegar a ese punto dejó de leer, con el fin de besar otra vez su abanico y agitarlo delante del doctor Strong, que nos contemplaba con aire feliz y sereno—. ¡Aquí está! —prosiguió el Viejo Soldado—. «No te sorprenderá oír, Annie...» ¡Cómo iba a sorprenderla, sabiendo que Jack nunca ha sido verdaderamente fuerte! Pero ¿por dónde iba yo...? «No te sorprenderá oír, Annie, que he sufrido tanto en este lejano país que he tomado la decisión de abandonarlo, suceda lo que suceda; si no consigo un permiso por enfermedad, presentaré mi dimisión. Lo que he soportado y soporto aquí es más de lo que un hombre puede soportar». Y de no ser por la prontitud con que ha reaccionado el mejor de los hombres —dijo la señora Markleham, enviando un nuevo mensaje telegráfico al doctor y doblando otra vez la carta—, también sería inaguantable para mí pensar en todos sus padecimientos.

La anciana miró al señor Wickfield como si esperara algún comentario suyo, pero éste no pronunció una sola palabra; continuó sentado, serio y silencioso, con la vista clavada en el suelo. Mucho tiempo después de que abandonáramos aquel tema de conversación y pasáramos a ocuparnos de otros asuntos, su actitud seguía siendo la misma; sólo levantaba la mirada de vez en cuando para dirigirla durante un instante, con aire preocupado, al doctor, a su mujer o a ambos.

El doctor era muy aficionado a la música. Tanto Agnes como la señora Strong tenían una voz muy dulce y armoniosa. Cantaron juntas y tocaron el

piano a cuatro manos; fue un pequeño concierto. Sin embargo, me di cuenta de dos cosas: en primer lugar, de que, aunque Annie recuperó en seguida la serenidad y volvió a ser la de siempre, existía entre ella y el señor Wickfield un profundo abismo que los separaba; en segundo lugar, de que al señor Wickfield le disgustaba la intimidad de esta joven con Agnes, y le inquietaba verlas juntas. Y debo confesar que fue entonces cuando me vino a la memoria la escena que había presenciado la noche de la partida del señor Maldon, y descubrí en ella un significado nuevo que me dejó muy turbado. La belleza virginal del rostro de Annie dejó de tener para mí la pureza de antes; desconfié de su gracia natural y del encanto de sus modales; y cuando vi a Agnes, tan bondadosa y leal, sentada a su lado, tuve la sospecha de que se trataba de una amistad muy desigual.

La una era tan feliz, sin embargo, y tan feliz era también la otra, que gracias a ellas la velada pasó volando. Recuerdo muy bien un incidente que se produjo al final. Las dos jóvenes estaban despidiéndose y Agnes se disponía a besar a la señora Strong, cuando el señor Wickfield se interpuso entre ellas, como si fuera por casualidad, y se llevó bruscamente a su hija. Al cruzarse sus miradas, volví a ver en el rostro de Annie la misma expresión que había contemplado la noche de la partida del señor Maldon, como si el tiempo se hubiera detenido desde entonces, y yo volviera a estar en el umbral de la habitación.

Soy incapaz de describir la impresión que eso me causó; sólo sé que, cuando más tarde pensaba en Annie, me resultaba imposible volver a ver su hermoso e inocente rostro y olvidar aquella escena. Es algo que me atormentó al regresar a casa. Tenía la sensación de haber dejado el techo del doctor bajo la amenaza de una nube negra. La veneración que yo sentía por sus cabellos grises parecía mezclarse con la compasión que me inspiraba su fe en aquellos que le traicionaban y con el odio a quienes le perjudicaban. La sombra inminente de una gran desgracia y de una gran deshonra, todavía sin contornos claros, caía como un borrón en el tranquilo lugar donde había estudiado y jugado de muchacho, y lo envilecía cruelmente. Y no volví a recordar con placer los viejos y solemnes álces de hojas anchas y firmes, que llevaban cien años juntos en sus macetones; ni el suave césped siempre tan bien cuidado; ni las urnas de piedra; ni «El Paseo del Doctor»; ni el agradable tañido de las campanas de la catedral, que se oía en toda la ciudad. Era como si hubieran saqueado ante mis ojos el apacible santuario de mi infancia, y hubiesen arrojado su paz y su honor al viento.

Con la mañana llegó el momento de abandonar aquella vieja casa, impregnada de la dulce presencia de Agnes; y eso acaparó toda mi atención. No tardaría en regresar a ella, sin la menor duda, y volvería a dormir, quizá con frecuencia, en mi antiguo dormitorio; pero los días de mi residencia en Canterbury habían terminado, y los viejos tiempos se habían ido para siempre. Mientras empaquetaba los libros y la ropa que seguía teniendo allí, a fin de enviarlos a Dover, me esforcé por disimular ante Uriah Heep lo apesadumbrado que me sentía; éste se mostró tan solícito al ayudarme que tuve el pensamiento poco caritativo de que se alegraba de mi marcha.

Me despedí de Agnes y de su padre haciendo gala de una indiferencia muy varonil y ocupé mi asiento en el pescante de la diligencia de Londres. Al atravesar la ciudad, me sentía tan generoso e indulgente que estuve a punto de saludar a mi viejo enemigo el carnicero y de lanzarle cinco chelines para que se los gastara en bebida. Pero parecía un carnicero tan obstinado mientras limpiaba su enorme tajo, y su rostro había mejorado tan poco con la pérdida de uno de los dientes delanteros, que yo le había roto, que decidí dejar las cosas como estaban.

Una vez que salimos de Canterbury, recuerdo que mi principal preocupación era que el cochero me creyese lo mayor posible, de modo que me esforcé por hablar con voz muy bronca. Conseguí esto último a costa de grandes molestias; pero perseveraré en mi empeño, pues así me sentía más importante.

—¿Va usted a Londres, señor? —preguntó el cochero.

—En efecto, William —respondí, condescendiente (le conocía de antes)—; me dirijo primero a Londres y después a Suffolk.

—¿De caza, señor? —inquirió.

El cochero sabía tan bien como yo que cazar en aquella época del año era tan poco verosímil como pescar ballenas; pero lo cierto es que me sentí halagado.

—Ignoro si pegaré algún tiro —contesté, como si tuviera alguna duda al respecto.

—He oído decir que escasean las aves —señaló William.

—Eso tengo entendido —repliqué.

—¿Es usted del condado de Suffolk, señor? —quiso saber.

—Así es —exclamé, dándome importancia.

—Dicen que allí los budines de manzana son deliciosos —afirmó el cochero.

No lo sabía, pero creí necesario defender las tradiciones de mi región natal y mostrar cierta familiaridad con ellas, de modo que moví la cabeza, como diciendo: «Ya lo creo».

—Y los caballos —prosiguió William—. ¡Eso sí que es ganado! Un buen caballo de Suffolk vale su peso en oro. ¿Se ha dedicado alguna vez a su cría, señor?



Mi primera derrota en la vida

—N... no —repuse—, la verdad es que no.

—Apuesto a que ese caballero de ahí detrás —dijo William— ha criado a

muchísimos de ellos.

Se refería a un caballero con un estrabismo muy poco prometedor y una barbilla de lo más prominente. Llevaba un sombrero blanco, muy alto y con el borde estrecho y plano, y unos pantalones grises sumamente ajustados, que parecían abotonarse desde las botas hasta las caderas. Su barbilla sobresalía por encima del hombro del cochero, tan cerca de mí que su aliento me hacía cosquillas en el cogote. Cuando me volví para observarle, miraba disimuladamente los caballos con el ojo que no bizqueaba, con aire de experto.

—¿Acaso no es cierto, señor? —le preguntó William.

—¿A qué se refiere? —inquirió el desconocido.

—A que ha criado usted muchísimos caballos de Suffolk, ¿no?

—Por supuesto —exclamó el caballero—. No hay raza de caballos o de perros que yo no haya criado. Hay hombres cuya única afición en la vida son los caballos y los perros. En mi caso, son más importantes que la comida y la bebida... la casa, la mujer y los hijos... la lectura, la escritura y la aritmética... el rapé, el tabaco y el sueño.

—No es la clase de hombre que uno espera encontrar detrás del pescante de una diligencia, ¿verdad? —me dijo William al oído, mientras sacudía las riendas.

Comprendí que era una manera de insinuarme que le cediera mi sitio, lo que me apresuré a hacer, enrojeciéndolo.

—Si a usted no le importa, señor —afirmó el cochero—, creo que sería lo más correcto.

Siempre he considerado aquel episodio una derrota, la primera de mi vida. Al reservar mi plaza en la oficina de la diligencia, había pedido que anotaran «Asiento de pescante» junto a mi nombre y había entregado al tenedor de libros media corona. Llevaba un sobretodo y una manta de viaje especiales para la ocasión, a fin de estar a la altura de las circunstancias; me sentía orgulloso de ocupar un lugar tan distinguido, y estaba convencido de que hacía honor a la diligencia. Y, sin embargo, antes de llegar siquiera a la primera parada ¡me veía suplantado por un individuo bizco y mal vestido, cuyo único mérito era oler a caballeriza y ser capaz de pasar por encima de mí (más como una mosca que como un ser humano) mientras los caballos iban a medio galope!

Este pequeño incidente en la parte exterior de la diligencia de Canterbury no contribuyó a paliar la falta de confianza en mí mismo que, muy a mi pesar, he experimentado a lo largo de mi vida en más de una ocasión, en situaciones de poca importancia. No sirvió de nada que buscara refugio en una voz bronca. Hablé con la boca del estómago durante el resto del viaje, pero me sentí muy humillado y terriblemente joven.

Resultó curioso e interesante, sin embargo, viajar allí sentado, detrás de los cuatro caballos, ahora que era un joven educado, bien vestido y con dinero abundante en el bolsillo, y volver a encontrar a mi paso los lugares donde había dormido durante mi largo y penoso viaje. Cada mojón del camino estaba cargado de recuerdos para mí. Al mirar desde lo alto de la diligencia a los caminantes con quienes nos cruzábamos, cada vez que sus rostros –que tan bien recordaba– se volvían hacia nosotros, sentía la mano ennegrecida del hojalatero en la pechera de mi camisa. Cuando atravesamos la estrecha calle de Chatham, vislumbé la sucia callejuela donde vivía el monstruo que me había comprado la chaqueta, y estiré el cuello cuanto pude para ver la esquina donde me había sentado, a la sombra y al sol, a esperar mi dinero. Cuando, finalmente, en la última etapa del trayecto, pasamos por delante de Salem House, donde el señor Creakle había azotado a sus alumnos sin piedad, habría dado cualquier cosa por estar debidamente autorizado para bajarme, propinarle una paliza y dejar salir a todos los muchachos como si fueran gorrones enjaulados.

Llegamos a Charing Cross y nos detuvimos en La Cruz de Oro, una antigua posada en un barrio muy populoso. Un camarero me condujo al comedor; y una criada me mostró mi pequeño dormitorio, que olía igual que un carruaje de alquiler y estaba tan cerrado como un panteón familiar. Yo seguía dolorosamente consciente de mi juventud, pues nadie parecía tenerme el menor respeto: la criada mostraba total indiferencia ante mis opiniones, y el camarero me trataba con familiaridad, dándome consejos para paliar mi inexperiencia.

–Veamos –dijo éste, en tono confidencial–, ¿qué le apetece cenar? A los caballeros jóvenes suele gustarles el pollo. ¿Por qué no lo pide?

Le contesté, con la mayor solemnidad posible, que prefería otro plato.

–¿De veras? –exclamó–. Los caballeros jóvenes suelen estar cansados de vaca y de cordero, ¡tome una chuleta de ternera!

Como no sabía qué otra cosa sugerirle, acepté su propuesta.

—¿Quiere usted patatas? —inquirió, con cierta reticencia y la cabeza ladeada—. Los caballeros jóvenes suelen estar hartos de ellas.

Le ordené, con mi voz más cavernosa, que me pidiera una chuleta de ternera con patatas, además de su guarnición, y que preguntara en el mostrador si había alguna carta para el señor Trotwood Copperfield. Sabía que no habría ninguna —era imposible que la hubiera—, pero pensé que aquello me haría parecer más importante.

No tardó en regresar para decirme que no había nada para mí (lo que me sorprendió sobremanera), y empezó a poner mi mesa cerca de la chimenea. Mientras se dedicaba a esa tarea, me preguntó qué deseaba beber; me temo que, cuando le respondí: «Media pinta de vino de jerez», decidió aprovechar la oportunidad que se le presentaba de reunir dicha cantidad vaciando los posos de varias pequeñas licoreras. Y estoy convencido de mis palabras porque, mientras leía el periódico, lo vi muy atareado detrás de una pequeña mampara de madera, que le servía de refugio, vertiendo el líquido de varias botellas en un recipiente, al igual que un farmacéutico que preparase una receta. Además, cuando probé el vino, me pareció muy insípido; y lo cierto es que encontré en él más migas de pan inglés de lo que cabría esperar en un vino extranjero, en estado puro. Pero era demasiado tímido y bebí aquello sin rechistar.

Como estaba de un humor excelente (de lo cual deduzco que no todas las fases de un envenenamiento son desagradables), decidí ir al teatro. Elegí el Covent Garden; y allí, desde la última fila de un palco central, asistí a la representación de *Julio César* y de una nueva pantomima. Ver a todos aquellos nobles romanos, que hasta entonces sólo habían dado pie a difíciles tareas escolares, entrando y saliendo del escenario para que yo me divirtiera, fue una sensación nueva y muy agradable para mí. Pero la mezcla de realidad y de misterio de toda la representación, el influjo de la poesía, de las luces, de la música, del público, de los brillantes y luminosos decorados que se sucedían con asombrosa maestría, me deslumbraron de tal modo y abrieron ante mí unas perspectivas de deleite tan ilimitadas que, cuando volví a encontrarme en medio de una calle lluviosa a las doce de la noche, tuve la impresión de haber bajado de las nubes, después de haber llevado durante siglos una existencia romántica, para aterrizar en un mundo miserable, ruidoso, mal alumbrado, lleno de charcos y de lodo, donde los paraguas luchaban por abrirse paso, los carruajes de alquiler invadían la calzada y los chanclos resonaban en el empedrado.

Había salido por una puerta diferente y me detuve unos instantes, como si fuera verdaderamente un extraño en la tierra; mas no tardaron en hacerme volver en mí los empujones y los codazos, y emprendí el camino de vuelta al hotel. Durante el trayecto, el maravilloso espectáculo que acababa de presenciar ocupó todos mis pensamientos; y a la una de la madrugada, después de una cerveza negra y de unas ostras, seguía rememorándolo, mientras contemplaba el fuego de la sala.

Estaba tan absorto, meditando sobre la pieza teatral y sobre mi pasado (pues la obra era, en cierto modo, una especie de pantalla luminosa y transparente a través de la cual veía pasar mis primeros años), que no sé en qué momento se hizo real para mí la figura de un apuesto joven, vestido con elegante negligencia, que yo tenía motivos para recordar muy bien. Lo que no he olvidado es que me percaté de su presencia sin haberlo visto entrar, mientras seguía ensimismado, delante de la chimenea.

Finalmente, me levanté para ir a acostarme, con gran alivio del soñoliento camarero, quien parecía tener las piernas adormecidas, pues no cesaba de agitarlas y de darles golpes, mientras hacía toda clase de contorsiones en el interior de su pequeña despensa. Al dirigirme a la puerta, pasé junto a la persona que había entrado y pude verla con claridad. Volví sobre mis pasos y miré al joven de nuevo. Él no me reconoció, pero yo lo hice en seguida.

Es posible que en otro momento me hubiera faltado la confianza o la decisión necesarias para hablarle, y lo hubiera pospuesto hasta el día siguiente y hubiera perdido su rastro. Pero mi ánimo estaba tan alterado después del teatro que sentí un enorme agradecimiento por la protección que me había brindado de niño, y mi viejo cariño por él afloró en mi pecho de un modo tan natural que me apresuré a acercarme a él, mientras me latía fuertemente el corazón.

—¡Steerforth! ¿Es que no piensas decirme nada?

Él me miró, tal como solía hacerlo algunas veces, pero me di cuenta de que seguía sin reconocerme.

—Me temo que no te acuerdas de mí —dije.

—¡Santo Cielo! —exclamó—. ¡El pequeño Copperfield!

Cogí sus dos manos, sin decidirme a soltarlas. De no haber sido por mi timidez o por el temor a disgustarlo, creo que me habría abrazado a él llorando.

–Jamás, jamás, jamás me habían dado una alegría tan grande, mi querido Steerforth; ¡estoy tan contento de verte!

–También es un placer para mí –respondió, estrechándome con fuerza la mano–. Vamos, Copperfield, ¡no te emociones tanto!

Sin embargo, tuve la impresión de que le complacía ver cuánto me afectaba nuestro encuentro.

Me enjuagué las lágrimas que, a pesar de todos mis esfuerzos, había sido incapaz de contener, solté una torpe risita y me senté a su lado.

–¿Qué haces en este lugar? –inquirió Steerforth, dándome una palmadita en el hombro.

–He llegado hoy en la diligencia de Canterbury. Fui adoptado por una tía de mi padre que vive en esa región, y acabo de finalizar mis estudios. Y tú, Steerforth, ¿qué haces aquí?

–Pues bien, soy lo que suele llamarse un hombre de Oxford –replicó–; es decir, voy periódicamente allí para morirme de aburrimiento... y, en estos momentos, me dirijo a casa de mi madre. ¡Qué bien te veo, Copperfield! Ahora que te miro, estás igual que siempre. ¡No has cambiado nada!

–Yo te he reconocido en seguida –afirmé–; pero es más fácil acordarse de ti.

Se echó a reír, pasándose la mano por sus cabellos rizados, y exclamó alegremente:

–Pues sí, el deber filial me ha obligado a emprender este viaje. Mi madre vive algo alejada de la ciudad, y como las carreteras se hallan en muy mal estado y su casa resulta bastante aburrida, he decidido pasar la noche en este hotel, en lugar de seguir adelante. No llevo ni seis horas en Londres, y lo único que he hecho ha sido dormir y protestar en el teatro.

–También yo he asistido a una representación –señalé–. En el Covent Garden. ¡Qué espectáculo tan maravilloso, Steerforth!

Mi amigo empezó a reírse a carcajadas.

–Mi querido Davy –dijo, mientras me daba otra palmadita en el hombro–, eres como una flor silvestre. Ni siquiera las margaritas del campo, al salir el sol, son tan tiernas e inocentes como tú. Yo también he estado en el Covent Garden y jamás he visto una puesta en escena más lamentable. ¡Eh! ¡Señor!

Con estas palabras se dirigía al camarero que, desde la distancia, había seguido atentamente nuestro encuentro. El hombre se acercó respetuosamente a nosotros.

—¿Dónde ha alojado a mi amigo el señor Copperfield? —preguntó Steerforth.

—¿Perdón, señor?

—¿Dónde duerme? ¿Cuál es su número de habitación? Ya sabe lo que quiero decir —exclamó Steerforth.

—Sí, señor —respondió el camarero, como si quisiera pedir disculpas—. El señor Copperfield se encuentra actualmente en la cuarenta y cuatro.

—¿Y qué diablos pretende usted poniendo al señor Copperfield en ese pequeño desván encima de unas caballerizas?

—Verá, señor —repuso el camarero, excusándose—, como el señor Copperfield no se mostró demasiado exigente... Pero podemos cambiarle a la setenta y dos, si lo prefieren. Es la habitación contigua a la suya.

—Claro que lo preferimos —afirmó Steerforth—. Y háganlo inmediatamente.

El camarero se retiró al instante para organizar el traslado. Steerforth, sumamente divertido de que me hubieran hospedado en la cuarenta y cuatro, empezó a reírse de nuevo, mientras me daba más palmaditas en el hombro; me propuso desayunar con él al día siguiente a las diez de la mañana, invitación que acepté feliz y orgulloso. Como era bastante tarde, cogimos unas velas para subir a acostarnos, y nos despedimos afectuosamente en su puerta. Mi nuevo cuarto era mucho mejor que el anterior; no olía a humedad y tenía una cama gigantesca de cuatro columnas, un verdadero feudo. No tardé en quedarme plácidamente dormido entre almohadas suficientes para seis personas; y soñé con la antigua Roma, con Steerforth y con la amistad, hasta que las primeras diligencias de la mañana, que salieron traqueteando bajo el arco de entrada, llenaron mis sueños de truenos y de dioses.

XX

El hogar de Steerforth

Cuando, a las ocho de la mañana, la camarera llamó suavemente a la puerta y me comunicó que dejaba fuera el agua caliente para afeitarme, lamenté profundamente no tener necesidad de hacerlo y sentí cómo me ruborizaba dentro de la cama. La sospecha de que se había reído al anunciármelo me obsesionó mientras me vestía; y cuando me crucé con ella en la escalera, al bajar a desayunar, fui consciente de mi expresión entre furtiva y culpable. Me avergonzaba tanto de mi juventud que tardé un buen rato en decidirme a pasar por su lado, ¡las circunstancias del caso eran tan humillantes! Como la oía barrer por allí, me puse a mirar por la ventana la estatua ecuestre del rey Carlos –que no tenía nada de real en medio de la llovizna y de la espesa niebla–, rodeada de una vorágine de carruajes de alquiler, hasta que el camarero me dijo que un caballero me estaba esperando.

Steerforth no se encontraba en la sala sino en un gabinete privado, muy acogedor, decorado con cortinajes rojos y una alfombra turca; un bonito fuego ardía en la chimenea, y en una pequeña mesa, cubierta con un mantel muy limpio, habían servido un apetitoso desayuno caliente. La estancia, el fuego, el desayuno y Steerforth se reflejaban alegremente, en miniatura, en un pequeño espejo redondo colocado encima del aparador. Al principio, me sentí bastante intimidado: Steerforth parecía tan seguro de sí mismo, era tan elegante y, en todos los aspectos –incluida la edad–, tan superior a mí... Mas no tardé en encontrarme a mis anchas, gracias a su naturalidad y a su simpatía. No me cansaba de admirar los cambios que él había efectuado en La Cruz de Oro, ni de comparar el abandono y la suciedad que había padecido el día anterior con la comodidad y el refinamiento de aquella mañana. En cuanto a la familiaridad del camarero, era como si no hubiera existido jamás; lo cierto es que no pudo mostrarse más servicial con nosotros.

—Y ahora, Copperfield —dijo Steerforth, cuando nos quedamos a solas—, me encantaría saber lo que haces, adónde te diriges y toda tu vida. Siento como si fueras de mi propiedad.

Radiante de felicidad al ver que seguía interesándose por mí, le conté cómo mi tía me había propuesto aquella pequeña expedición y cuáles eran mis planes.

—Puesto que no tienes ninguna prisa —exclamó Steerforth—, ¿por qué no vienes a Highgate y pasas un día o dos con nosotros? Te gustará mi madre... Está demasiado orgullosa de mí, y eso resulta un poco cansado, pero supongo que sabrás perdonarla... Tengo el convencimiento de que le agradarás mucho.

—Desearía estar tan seguro de esas palabras como tú, que tienes la amabilidad de pronunciarlas —respondí, sonriendo.

—Todo el que siente cariño por mí, puede contar con su agradecimiento —afirmó Steerforth.

—Entonces le gustaré especialmente —repuse.

—¡Muy bien! —dijo Steerforth—. ¡Pues ven a demostrarlo! Iremos a visitar la ciudad durante un par de horas (será un placer enseñar Londres a un espíritu tan puro como el tuyo) y luego iremos a Highgate en coche.

Apenas podía creer que aquello no fuera un sueño, y pensé que pronto me despertaría en la habitación número cuarenta y cuatro y volvería a ocupar mi rincón solitario en el comedor, con el camarero que se tomaba tantas confianzas conmigo. Después de escribir a mi tía, y contarle que había tenido la suerte de encontrar a mi viejo compañero de internado y que había aceptado su invitación, alquilamos un carruaje, visitamos un Panorama,^[32] entre otras cosas, y paseamos por el Museo Británico, donde no pude evitar percatarme de la cantidad de cosas que sabía Steerforth sobre los asuntos más variados, algo a lo que no parecía conceder la menor importancia.

—Te licenciarás con todos los honores en Oxford, Steerforth —afirmé—, si no lo has hecho todavía; ya verás cuánto se enorgullecen de ti.

—¿Licenciarme? ¿Yo? —exclamó Steerforth—. ¡De ningún modo! Mi querido Daisy... ¿te importa que te llame así?^[33]

—En absoluto —contesté.

—¡Buen muchacho! Mi querido Daisy —dijo Steerforth, riendo—, no tengo ni deseos ni intenciones de alcanzar semejante distinción. Ya he cumplido con

creces mis propósitos. Me considero suficientemente aburrido tal como soy.

—Pero el prestigio... —empecé a decir.

—¡Qué romántico eres! —prosiguió Steerforth, riéndose más fuerte—. ¿Por qué tomarme tantas molestias? ¿Para que un grupo de necios me miren boquiabiertos y levanten sus manos con asombro? ¡Que admiren a otro! ¡No seré yo quien le dispute su gloria!

Me sentí avergonzado por mi error, y me apresuré a cambiar de tema. Afortunadamente, esto no resultaba difícil con Steerforth, que podía pasar de un asunto a otro con una facilidad y con una despreocupación que le caracterizaban.

Almorzamos después de visitar la ciudad, y el corto día invernal transcurrió tan deprisa que había anochecido cuando la diligencia llegó a Highgate y nos dejó ante una antigua casa de ladrillo, en lo alto de una colina. Una dama de cierta edad —aunque todavía joven—, de porte altivo y hermoso rostro, nos recibió en el umbral; y, al tiempo que exclamaba: «¡Mi querido James!», estrechó entre sus brazos a Steerforth. Éste me presentó a su madre, que me dio ceremoniosamente la bienvenida.

Se trataba de una casa elegante, de estilo clásico, sumamente tranquila y bien cuidada. Desde las ventanas de mi dormitorio se divisaba Londres en la lejanía, como un gran manto de niebla que dejaba entrever el resplandor de sus luces. Mientras me vestía, sólo tuve tiempo de fijarme en los sólidos muebles, en las labores de aguja enmarcadas (supongo que serían obra de la madre de Steerforth, cuando era niña) y en algunos dibujos al pastel de damas con corpiños y con los cabellos empolvados, que aparecían y desaparecían de las paredes mientras crepitaba y chisporroteaba el fuego recién encendido; en seguida me llamaron para cenar.

Había otra dama en el comedor. Era morena, más bien menuda y, aunque no carente de belleza, había algo desagradable en su aspecto. Ya fuera porque no había esperado encontrarla, porque me sentaron frente a ella, o porque había algo realmente singular en su apariencia, lo cierto es que llamó poderosamente mi atención. Era una mujer delgada, de pelo muy oscuro y ojos negros y expresivos, con una cicatriz encima del labio. Era una vieja marca, yo diría más bien una sutura, pues no había perdido el color y llevaba cerrada mucho tiempo. Apenas resultaba visible desde donde yo estaba, si exceptuamos el labio superior, ligeramente deformado, pero debía de ser una antigua herida que le atravesaba los dos labios y bajaba hacia la barbilla.

Llegué a la conclusión de que rondaba los treinta años y de que deseaba contraer matrimonio. Se encontraba algo deslucida, como una casa que llevara mucho tiempo sin alquilar; y, sin embargo, como he dicho antes, no era nada fea. Su delgadez parecía provenir de un fuego interior que la consumía y que se reflejaba en sus ojos febriles.

Me la presentaron como la señorita Dartle, y tanto Steerforth como su madre la llamaron Rosa. Me enteré de que vivía allí, y de que había sido durante muchos años la acompañante de la señora Steerforth. Tuve la impresión de que jamás decía abiertamente lo que pensaba; se limitaba a insinuarlo y, de ese modo, parecía realzar su importancia. Por ejemplo, cuando la señora Steerforth afirmó, más bien en broma, que temía que su hijo llevara una vida licenciosa en Oxford, la señorita Dartle exclamó:

—¿De veras? Ya saben que soy una ignorante, y que sólo pregunto para mejorar mis conocimientos, pero ¿no ocurre siempre así? Pensé que todo el mundo daba por supuesto que esa clase de vida era...

—Una buena preparación para quienes acaban ejerciendo profesiones muy serias; supongo que te refieres a eso, ¿no es cierto, Rosa? —dijo la señora Steerforth, con bastante frialdad.

—¡Por supuesto! Tiene razón —contestó la señorita Dartle—. Pero ¿acaso no es verdad que...? Me gustaría saber si estoy equivocada. Creí que esa clase de vida era realmente...

—¿Realmente qué? —inquirió la señora Steerforth.

—¡Oh! Entonces quiere decir que *no* lo es —repuso la señorita Dartle—. ¡Cuánto me alegro! Ahora sé a qué atenerme. Ésa es la ventaja de preguntar. No permitiré que nadie vuelva a mencionar el libertinaje y el despilfarro cuando me hable de la vida de estudiante.

—Harás muy bien —señaló la señora Steerforth—. El tutor de mi hijo es un hombre de principios; si no tuviera confianza en James, la tendría en él.

—¿De veras? —exclamó la señorita Dartle—. ¿Un hombre de principios? ¿Lo dice en serio?

—Estoy convencida —replicó la señora Steerforth.

—¡Qué bien! —afirmó la señorita Dartle—. ¡Me quita un peso de encima! ¿Así que es un hombre de principios? Entonces no es... por supuesto que no puede serlo si es un hombre de principios. A partir de ahora, me alegraré tener

esa opinión de su tutor. No sabe cuánto ha mejorado mi concepto de él con sus palabras.

La señorita Dartle exponía sus ideas y rectificaba las afirmaciones de los demás a base de insinuaciones; y he de reconocer que algunas veces, incluso cuando contradecía a Steerforth, lo hacía con gran habilidad. Fui testigo de un buen ejemplo antes de que terminara la cena. Al preguntarme la señora Steerforth por mi viaje a Suffolk, se me ocurrió decir cuánto me gustaría que Steerforth me acompañara; expliqué entonces a mi amigo que me disponía a visitar a mi vieja niñera y a la familia del señor Peggotty, y le recordé que éste era el pescador que había conocido en Salem House.

—¿Aquel patán? ¿No iba acompañado de su hijo? —inquirió Steerforth.

—Se trataba de su sobrino —repuse—; aunque lo adoptó y es como si fuera su hijo. También adoptó a una pequeña sobrina muy hermosa. En una palabra, su casa, mejor dicho, su barca, pues vive en una embarcación varada en la arena, está llena de gente con la que siempre se ha mostrado amable y generoso. Te encantaría conocer a su familia.

—¿De veras? —dijo Steerforth—. Es posible que tengas razón. Déjame pensarlo. Además del placer de viajar contigo, Daisy, creo que merecerá la pena conocer a esa clase de gente y convivir con ellos.

El corazón me brincó dentro del pecho ante aquella nueva esperanza de felicidad. Pero, al percibir el tono con que Steerforth hablaba de «esa clase de gente», la señorita Dartle, que no había dejado de observarnos, decidió intervenir.

—¿Pero son así? Díganme, ¿son realmente así? —exclamó.

—¿Que si son realmente cómo? ¿De quién estás hablando? —quiso saber Steerforth.

—De esa clase de gente. ¿Son realmente animales, criaturas zafias y groseras, seres de otra especie? Me gustaría tanto saberlo.

—Es cierto que se parecen muy poco a nosotros —contestó Steerforth, con indiferencia—. No podemos pretender que tengan nuestra sensibilidad. Es difícil ofenderlos o herir sus sentimientos. Yo diría que son sumamente virtuosos (al menos, eso afirman algunos, y yo no tengo la menor intención de contradecirlos), pero carecen de refinamiento y, afortunadamente para ellos, son tan poco vulnerables como su piel áspera y dura.

—¿De veras? —dijo la señorita Dartle—. Hacía mucho que no escuchaba nada que me alegrase tanto. ¡Me siento aliviada! Resulta tan tranquilizador saber que no son conscientes de su sufrimiento. Algunas veces me he sentido muy preocupada por esa clase de gente; a partir de ahora, los borraré de mi pensamiento. Vivir para aprender. He de confesar que tenía mis dudas, pero se han disipado por completo. Antes no lo sabía, ahora lo sé; eso demuestra la conveniencia de preguntar, ¿no creen?

Pensé que Steerforth había querido bromear o provocar a la señorita Dartle, y esperaba que me lo dijera cuando ella se retiró y nos quedamos los dos solos, sentados junto al fuego; pero se limitó a preguntarme qué pensaba de ella.

—Es muy inteligente, ¿verdad? —inquirí.

—¿Inteligente? Tiene que sacarle punta a todo —señaló Steerforth—, incluso a sí misma. Y a fuerza de afilar su rostro y su figura, se ha consumido. No puede ser más punzante.

—¡Qué cicatriz tan extraña tiene en el labio! —exclamé.

El rostro de Steerforth se ensombreció.

—Has de saber que fue culpa mía —dijo, tras unos momentos de silencio.

—¡Seguro que fue un desgraciado accidente!

—No. Yo no era más que un niño y ella me sacó de mis casillas, así que le arrojé un martillo. ¡Qué angelito tan prometedor!

Lamenté profundamente haber tocado un tema tan doloroso, pero ya no tenía remedio.

—Como has podido ver, quedó desfigurada para siempre y se llevará esa cicatriz a la tumba, si es que algún día descansa en una... me cuesta creer que pueda descansar en parte alguna. Era la hija de un primo lejano de mi padre. Cuando él murió —su esposa había muerto antes—, mi madre, que había enviudado, decidió traerla a Highgate para que le hiciese compañía. Su fortuna asciende a dos mil libras, y ahorra los intereses anuales para sumarlos a su capital. Ahora ya conoces la historia de la señorita Dartle.

—Seguro que te quiere como a un hermano, ¿no es así?

—¡Bah! —respondió Steerforth, contemplando el fuego—. Hay hermanos a los que no se quiere demasiado, y hay cariños... Pero sírvete, Copperfield. Brindaremos en tu honor por las margaritas del campo; y en el mío, por los

lirios del valle, tan improductivos como yo... ¡para mi vergüenza!

Pronunció alegremente estas palabras, mientras la sonrisa melancólica que había esbozado unos instantes antes desaparecía de su rostro; volvió a ser tan encantador y tan cordial como siempre.

Cuando llegó la hora del té, no pude evitar mirar la cicatriz con doloroso interés. En seguida me di cuenta de que se hallaba en la parte más sensible de su cara. Siempre que la señorita Dartle palidecía, la cicatriz era la primera en cambiar de color; y se convertía en una raya cenicienta que se veía en toda su extensión, como un trazo de tinta invisible que acercáramos al fuego. Hubo un pequeño altercado entre Steerforth y ella mientras jugaban al *backgammon*; por un momento, la señorita Dartle pareció furiosa, y entonces vi aparecer aquella marca, como las antiguas palabras escritas en el muro.^[34]

No me parecía nada extraño que la señora Steerforth adorara a su hijo.

Era incapaz de hablar o de pensar en otra cosa. Me enseñó una miniatura de cuando era niño, que conservaba en un medallón junto con un rizo de sus cabellos infantiles, así como un retrato de la época en que yo lo había conocido; y llevaba una imagen del joven Steerforth sobre el pecho. Guardaba todas sus cartas en un pequeño mueble, junto al sillón que solía ocupar frente a la chimenea; y me habría leído algunas de ellas, y yo le habría escuchado con placer, si no hubiera intervenido Steerforth, que no tardó en convencerla con sus carantoñas de que abandonara la idea.

—Dice James que se conocieron en el internado del señor Creakle —me comentó la señora Steerforth, mientras su hijo y la señorita Dartle jugaban al *backgammon* en otra mesa—. Recuerdo que en aquella época me habló de un alumno más joven con quien se había encariñado mucho; pero, como puede usted suponer, había olvidado su nombre.

—¡Fue tan generoso y tan noble conmigo en aquellos días! —exclamé—. Y le aseguro, señora, que yo necesitaba desesperadamente un amigo. Sin él, me habrían destrozado.

—Él es siempre noble y generoso —afirmó la señora Steerforth con orgullo.

Bien sabe Dios que suscribí de todo corazón sus palabras. Y ella lo comprendió, pues empezó a mostrarse menos distante conmigo; y sólo volvió a mostrarse altiva cuando elogiaba a su hijo.

—Aquél no era un buen colegio para mi hijo; estaba muy lejos de serlo. Pero en aquellos momentos era preciso tener en cuenta una serie de

circunstancias que resultaban más importantes que la elección del internado. James era tan brillante que consideré preferible enviarlo a un lugar dirigido por un hombre capaz de reconocer su superioridad y dispuesto a inclinarse ante ella; y lo encontré en Salem House.

No me sorprendió nada, conociendo al señor Creakle. Y esto, sin embargo, no aumentó mi desprecio por él. Me pareció que lo redimía en parte... si es que se le podía perdonar el hecho de no haberse resistido a alguien tan irresistible como Steerforth.

—Las cualidades de mi hijo se vieron estimuladas allí, gracias al sentimiento de emulación voluntaria y de orgullo consciente —continuó diciendo la indulgente madre—. Se habría rebelado contra cualquier imposición; pero, al darse cuenta de que era el rey del colegio, decidió ser digno del puesto que ocupaba. Fue algo muy propio de él.

Con toda mi alma, con todo mi corazón, repetí que fue algo muy propio de él.

—Así, pues, mi hijo siguió por voluntad propia, sin que nadie le obligara, un camino en el que siempre podrá destacar sobre sus rivales —prosiguió—. James me ha contado, señor Copperfield, que usted siente un gran afecto por él y que, al encontrarlo ayer, se dio a conocer con lágrimas de alegría. Sería una hipocresía por mi parte fingir que me sorprende que mi hijo inspire semejantes sentimientos; pero no puedo mostrarme indiferente ante quienes reconocen su valía, y celebro mucho conocerle. Puedo asegurarle que su amistad por usted es algo muy especial, y que puede contar con su protección.

La señorita Dartle jugaba al *backgammon* con el mismo entusiasmo que ponía en todas las cosas. Si la hubiera visto por primera vez delante de un tablero, habría imaginado que su delgadez y el tamaño de sus ojos eran consecuencia de aquella pasión. Pero no creo equivocarme al decir que no se perdió ni una sola palabra de nuestra conversación, ni una sola expresión de mi rostro, mientras yo escuchaba —sumamente honrado y complacido— las confidencias de la señora Steerforth, creyéndome mucho mayor que cuando salí de Canterbury.

Cuando la velada tocaba a su fin y trajeron una bandeja con licoreras y vasos, Steerforth me prometió, junto al fuego, que pensaría seriamente en acompañarme al viaje. No teníamos ninguna prisa, aseguró; tal vez en una semana; y su madre, hospitalaria, dijo lo mismo. Durante nuestra conversación, Steerforth volvió a llamarme Daisy, lo que hizo intervenir de

nuevo a la señorita Dartle:

—Pero, realmente, señor Copperfield —inquirió—, ¿se trata de un apodo? En ese caso, ¿por qué se lo puso? ¿Acaso porque... le considera joven e inocente? Soy tan necia para esas cosas.

Enrojecí mientras contestaba que así lo creía.

—¡Oh! —exclamó la señorita Dartle—. ¡Me alegro tanto de saberlo! Sólo pregunto para informarme. Le considera joven e inocente; por eso es su amigo. ¡Qué encantador!

Y, nada más pronunciar estas palabras, se retiró a dormir, seguida de la señora Steerforth. Mi anfitrión y yo nos entretuvimos media hora más, delante de la chimenea, hablando de Traddles y de los demás muchachos de Salem House, y después subimos juntos la escalera. El dormitorio de Steerforth estaba junto al mío y entré a verlo. Es difícil imaginar una estancia más cómoda; estaba llena de sillones, de cojines y de escabeles, bordados por su madre. No faltaba ningún detalle que pudiera hacerla más agradable. Finalmente, había un hermoso retrato de la señora Steerforth, que parecía contemplar desde la pared al hijo que tanto amaba, como si quisiera que, incluso cuando dormía, su imagen lo cuidara.

Encontré un buen fuego encendido en mi habitación, y tanto las cortinas de las ventanas como las que rodeaban mi cama estaban cerradas, lo que daba a la estancia un aire muy acogedor. Me senté en una butaca junto al fuego para meditar sobre mi felicidad. Llevaba ya un buen rato absorto en mis pensamientos cuando descubrí, encima de la chimenea, un retrato de la señorita Dartle con su ardiente mirada clavada en mí.

El parecido era asombroso, como lo era también la mirada. El pintor no había dibujado la cicatriz, pero yo la veía: aparecía y desaparecía. Tan pronto resultaba visible sólo en el labio superior, al igual que había sucedido durante la cena, como mostraba toda la extensión de la herida infligida por el martillo, tal como había observado cada vez que ella se enfadaba.

Me pregunté malhumorado por qué no lo habrían puesto en otro dormitorio, en lugar de en el mío. Para librarme de la señorita Dartle, me desvestí rápidamente, apagué la vela y me acosté. Sin embargo, mientras me dormía, no podía olvidar que ella me estaba mirando y la oía decir: «¿Es así realmente? Me gustaría saberlo». Y, cuando me desperté en medio de la noche, me di cuenta de que en mis sueños no hacía sino preguntar con gran desasosiego a toda clase de personas si era realmente así o no... sin

comprender el sentido de mis palabras.

XXI

La pequeña Emily

Había en la casa un criado que, según tengo entendido, había entrado al servicio de Steerforth en la universidad y solía acompañarlo siempre en sus desplazamientos. Aquel hombre era, al parecer, un modelo de respetabilidad. No creo que haya existido jamás, entre la gente de su condición, alguien más respetable que él. Era taciturno, respetuoso, atento, de andares silenciosos y ademanes tranquilos; siempre estaba a mano cuando era necesario y desaparecía cuando podía molestar. Y, sin embargo, la mayor de sus virtudes era la respetabilidad. La expresión de su rostro no era nada servil, llevaba muy erguidos el cuello y la cabeza –con dos mechones de pelo muy cortos a los lados, que adornaban sus sienes–, hablaba suavemente y tenía una manera muy particular de arrastrar las eses, tan marcadamente que parecía que las empleaba con más frecuencia que nadie; pero todas esas peculiaridades contribuían a hacer de él un hombre respetable. Si su nariz hubiera estado del revés, habría encontrado el modo de parecer aún más respetable. Se había rodeado de una atmósfera de respetabilidad, y se movía dentro de ella como pez en el agua. Habría sido casi imposible sospechar nada malo de él, ¿era tan respetable! A nadie se le habría ocurrido vestirlo con una librea, ¡su respetabilidad era tan grande! Imponerle una tarea vulgar habría sido un insulto gratuito a los sentimientos de un hombre tan respetable. Me di cuenta de que las criadas de la casa lo habían comprendido muy bien, de forma intuitiva, pues siempre se encargaban ellas de esa clase de trabajos mientras él, generalmente, leía el periódico junto al fuego.

Nunca vi a un hombre más reservado que él, aunque esta particularidad, como todas las otras, aumentaba su respetabilidad. Incluso el hecho de que nadie conociera su nombre de pila parecía formar parte de su respetabilidad. Nada podía objetarse a su apellido, Littimer, como todos lo llamaban. Un Peter podía terminar en la horca o un Tom, deportado; pero Littimer era

perfectamente respetable.

Supongo que era debido al carácter venerable de la respetabilidad en abstracto, pero yo me sentía especialmente imberbe en presencia de aquel hombre. En cuanto a su edad, era imposible de adivinar, lo que no hacía sino acrecentar la esencia de su personalidad; pues en la calma de su respetabilidad lo mismo podía tener cincuenta que treinta años.

A la mañana siguiente, antes de que yo me levantara, Littimer estaba ya en mi dormitorio con el agua de afeitar (lo que supuso una nueva humillación para mí) y empezaba a preparar mi ropa. Cuando descorrí las cortinas y lo miré desde la cama, el termómetro de su respetabilidad seguía invariable, sin que el viento del este del mes de enero pareciera afectarle ni helara siquiera su aliento. Colocaba mis botas a derecha e izquierda, en la primera posición de baile, y quitaba el polvo de mi chaqueta soplando suavemente, al tiempo que la extendía como si fuera un recién nacido.

Le di los buenos días y le pregunté qué hora era. Sacó de su bolsillo el reloj de cazador más respetable que he visto jamás y, evitando con su pulgar que la tapa se abriera demasiado, consultó la esfera como si ésta fuese una ostra profética; después lo cerró y me respondió que, con mi permiso, eran las ocho y media.

—El señor Steerforth se alegrará de saber cómo ha dormido usted, señor.

—Muy bien, gracias —contesté—. ¿Qué tal se encuentra el señor Steerforth?

—El señor Steerforth está bastante bien, gracias.

Otra de sus características era no emplear jamás superlativos. Siempre un frío y tranquilo término medio.

—¿Hay algo más que pueda tener el honor de hacer por usted, señor? La campana sonará a las nueve; la familia desayuna a las nueve y media.

—Nada más, muchas gracias.

—Soy yo quien le da las gracias, si me lo permite, señor.

Y con estas palabras y una ligera inclinación de cabeza al pasar por delante de mi cama, como si quisiera disculparse por aquella puntualización, salió del dormitorio, cerrando la puerta con tanta suavidad como si yo acabara de sumirme en un sueño muy dulce del que dependiera mi vida.

Todas las mañanas sostuvimos exactamente la misma conversación: ni una palabra menos, ni una palabra más; y sin embargo, por mucho que yo

hubiera progresado la noche anterior y que hubiera madurado con la compañía de Steerforth, con las confidencias de la señora Steerforth o con las conversaciones de la señorita Dartle, siempre que me hallaba en presencia de aquel hombre tan respetable volvía a ser «de nuevo un niño», tal como cantan nuestros poetas menores.

Littimer trajo dos caballos, y Steerforth, que sabía de todo, me enseñó a montar. Nos proporcionó, asimismo, floretes, y Steerforth me dio lecciones de esgrima; guantes, y, con el mismo maestro, empecé a mejorar en el boxeo. No me preocupaba que Steerforth me encontrase un novato en esas ciencias, pero me resultaba insoportable mostrar mi falta de habilidad ante el respetable Littimer. No tenía ninguna razón para creer que él entendiese de aquellas artes; jamás hizo nada que me indujera a pensar nada semejante, si exceptuamos la vibración de una de sus respetables pestañas; y, sin embargo, siempre que estaba presente mientras practicábamos, yo me sentía el más joven e inexperto de los mortales.

Si describo con tanto detalle a este personaje es por la extraña impresión que causó entonces en mí, así como por lo que ocurrió más adelante.

La semana transcurrió del modo más encantador. Como puede suponerse, pasó volando para un joven como yo, fascinado por todo lo que le rodeaba; y me ofreció tantas oportunidades de conocer mejor a Steerforth y de admirarle más en multitud de aspectos que, al final, tuve la impresión de haber disfrutado de su compañía mucho más tiempo. Tenía una forma cautivadora de tratarme, como si fuera un juguete, que me agradaba mucho más que cualquier otra actitud que hubiera podido adoptar. Me recordaba nuestra vieja amistad, y me parecía una consecuencia natural de ésta; me confirmaba que él no había cambiado; me impedía sentir el desasosiego que de otro modo habría experimentado al comparar mis méritos a los suyos y al sopesar mi derecho a su amistad, como si fuéramos iguales; y, por encima de todo, era un modo de comportarse familiar, espontáneo, cariñoso que no tenía con ninguna otra persona. Al igual que en Salem House me había tratado de distinta manera que a los demás, me satisfacía pensar que en la vida seguía conduciéndose conmigo de un modo muy especial. Creía estar más cerca de su corazón que cualquier otro amigo, y mi corazón rebosaba de cariño por él.

Decidí, pues, acompañarme en mi viaje, y llegó el día de nuestra marcha. Al principio dudó si llevarse o no con él a Littimer, pero resolvió dejarlo en Highgate. Aquel respetable personaje, satisfecho siempre con su suerte, fuera ésta cual fuera, colocó nuestros baúles en el pequeño carruaje que nos llevaría

a Londres, como si tuvieran que resistir los baches de varios siglos; y recibió sin inmutarse la propina que modestamente le di.

Nos despedimos de la señora Steerforth y de la señorita Dartle; yo me mostré muy agradecido y la devota madre, muy amable. Lo último que vi fue la mirada imperturbable de Littimer; y percibí en ella la muda convicción de que yo era decididamente muy joven.

No intentaré describir mis sentimientos al regresar con tan buenos augurios a los lugares de mi infancia. Viajamos allí en diligencia. Recuerdo que la reputación de Yarmouth me tenía tan preocupado que cuando Steerforth me dijo, al atravesar sus oscuras callejuelas en dirección a la posada, que, por lo que podía ver, se trataba de un bonito y curioso agujero, alejado del mundo, me sentí sumamente complacido. Nos acostamos nada más llegar (vi unas polainas y un par de zapatos sucios al pasar por delante de la habitación de mi viejo amigo el «Delfín»), y desayunamos bastante tarde al día siguiente. Steerforth, que se hallaba de un humor excelente, había estado paseando por la playa antes de que yo me levantara, y había conocido, según me explicó, a casi todos los pescadores del lugar. Además, había divisado en la lejanía lo que estaba seguro que era la casa del señor Peggotty, con el humo saliendo por la chimenea; y me contó que había estado a punto de entrar en ella y de jurarles que era yo, irreconocible por lo mucho que había crecido.

—¿Cuándo tienes intención de presentarme, Daisy? —inquirió—. Estoy a tu disposición. Organízalo como quieras.

—Pensaba que esta noche sería un buen momento, Steerforth; cuando estén todos alrededor del fuego. Me gustaría enseñarte la casa cuando resulta más acogedora, ¡es un lugar tan curioso!

—Me parece muy bien —repuso Steerforth—. ¡Que sea esta noche!

—No les avisaré de nuestra llegada —expliqué, divertido—. Les daremos una sorpresa.

—¡Oh! ¡Por supuesto! —exclamó Steerforth—. De lo contrario, no tendría gracia. Conozcamos a los aborígenes en su estado natural.

—Aunque sean esa clase de personas a las que te referiste —señalé.

—¡Ajá! De modo que recuerdas mis escaramuzas con Rosa, ¿no es así? —afirmó, dirigiéndome una mirada muy significativa—. ¡Maldita muchacha! Casi me da miedo. Es como si ejerciera una influencia maléfica sobre mí. Pero será mejor que la olvidemos. ¿Qué vas a hacer ahora? Supongo que

visitar a tu niñera, ¿no?

—Naturalmente —respondí—. Lo primero de todo es visitar a Peggotty.

—De acuerdo —dijo Steerforth, mirando su reloj—. ¿Qué tal si te dejo libre dos horas para que llores con ella? ¿Será suficiente tiempo?

Le contesté riendo que creía que sí nos bastaría, pero que también él tenía que venir; pues su fama le había precedido y en casa de Peggotty era un personaje casi tan importante como yo.

—Iré donde quieras —repuso Steerforth—, y haré lo que me digas. Dame la dirección, y dentro de dos horas me presentaré allí en el estado de ánimo que prefieras, cómico o sentimental.

Le expliqué dónde residía el señor Barkis, carretero de Blunderstone y sus alrededores. Una vez hecho esto, me marché solo. El viento era frío y tonificante; el suelo estaba seco, y la mar, clara y rizada; el sol apenas calentaba, pero difundía por doquier su resplandor; y todo parecía nuevo y lleno de vida. Me sentía tan fresco y animado, por la alegría de encontrarme allí, que habría sido capaz de detener a los demás transeúntes para estrecharles la mano.

Las calles me parecieron angostas, como es natural. Creo que las calles que sólo hemos conocido de niños nos dan siempre esa impresión cuando, al cabo de los años, regresamos a ellas. Pero recordaba todos sus detalles y no encontré nada cambiado, hasta que llegué a la tienda del señor Omer. Ahora se leía «Omer y Joram» donde antes estaba escrito «Omer»; pero la inscripción «Pañería, Sastrería, Mercería, Pompas Fúnebres» seguía siendo la misma.

Mis pasos parecieron llevarme de forma tan natural hacia la puerta de la tienda, después de leer aquellas palabras desde la acera de enfrente, que crucé la calle y miré en su interior. En la trastienda, una mujer muy bonita bailaba con un bebé en los brazos, mientras otro pequeño se aferraba a su delantal. No tuve la menor dificultad en reconocer a Minnie y a sus hijos. La puerta acristalada de la sala no estaba abierta; pero en el taller, al otro lado del patio, se oía el viejo compás, como si jamás hubiera cesado.

—¿Está el señor Omer en casa? —pregunté, entrando—. De ser así, me gustaría hablar un momento con él.

—Sí está, señor —respondió Minnie—; su asma le impide salir a la calle con este tiempo. Avisa al abuelo, Joe.

El niño, que se aferraba a su delantal, lanzó un grito tan fuerte que él mismo se sintió intimidado, y ocultó el rostro entre las faldas de su madre, ante la admiración de ésta. Oí cómo se acercaba alguien entre jadeos y resoplidos, y no tardó en presentarse ante mí el señor Omer, más corto de resuello que antaño, aunque no mucho más envejecido.

—A su servicio, señor —dijo el señor Omer—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Puede estrecharme la mano, señor Omer, si le parece bien —dije, tendiéndole la mía—. En cierta ocasión fue usted muy bondadoso conmigo, y temo que no supe agradecerérselo.

—¿De veras? —repuso el anciano—. Me alegro de oírlo, pero no recuerdo cuándo pudo ser. ¿Está seguro de que era yo?

—Completamente.

—Creo que mi memoria se ha vuelto tan corta como mi resuello —afirmó el señor Omer, mirándome y sacudiendo la cabeza—, pues no lo reconozco.

—¿Acaso no recuerda que vino a buscarme a la diligencia, que desayuné aquí y que después fuimos a Blunderstone juntos, usted, yo, la señora Joram y también el señor Joram, que entonces no era su marido?

—¡Bendito sea Dios! —exclamó el anciano, después de sufrir un ataque de tos a causa de la sorpresa—. ¡Será posible! Minnie, querida, ¿te acuerdas? ¡Claro que sí! Se trataba de una dama, ¿no es cierto?

—Era mi madre —contesté.

—En efecto —manifestó el señor Omer, tocando mi chaleco con su dedo índice—; y había también un niño pequeño... Eran dos personas. Las enterramos juntas. Y fue en Blunderstone, por supuesto. ¡Santo Cielo! ¿Y qué tal le ha ido desde entonces?

Le respondí que muy bien, dándole las gracias, y le dije que esperaba que también a él le hubieran ido bien las cosas.

—La verdad es que no puedo quejarme —aseguró el anciano—. Cada vez me falta más el aliento, aunque rara vez ocurre lo contrario cuando uno envejece. Tomo las cosas como vienen, y trato de sacarles el mejor partido. Es lo mejor que puede hacerse, ¿no le parece?

El señor Omer volvió a toser, a consecuencia de sus carcajadas; y Minnie, que estaba junto a nosotros, haciendo bailar a su bebé sobre el mostrador, corrió en su ayuda.

—¡Ay! —exclamó el anciano—. Sí, lo recuerdo bien, ¡dos personas! ¿Puede usted creer que en aquel mismo viaje decidimos la fecha en que mi Minnie se casaría con Joram? «Fije el día, señor», dice Joram. «Sí, padre», insiste Minnie. Y ahora es mi socio... ¡Mire! ¡Aquí está su benjamín!

Minnie rompió a reír y se atusó los cabellos que llevaba recogidos sobre las sienes, mientras su padre ofrecía uno de sus gruesos dedos al pequeño que bailaba en el mostrador.

—En efecto, ¡dos personas! —rememoró el señor Omer, asintiendo con la cabeza—. ¡Exactamente! Y en estos momentos Joram está fabricando uno gris con clavos plateados, al que le faltan dos buenas pulgadas para llegar a su altura —agregó, señalando al chiquillo que bailaba en el mostrador—. Pero ¿quiere usted tomar algo?

Le di las gracias, y rehusé su ofrecimiento.

—Veamos —continuó el anciano—. La mujer de Barkis, el carretero, hermana del señor Peggotty, el pescador, ¿no tenía algo que ver con su familia? ¿No estaba sirviendo allí?

Mi respuesta afirmativa le complació sobremanera.

—Puesto que estoy recobrando la memoria, supongo que no tardaré en respirar mucho mejor —bromeó el señor Omer—. Pues bien, señor, tenemos aquí de aprendiz a una sobrina suya, una joven de gusto tan refinado en la confección de vestidos que estoy seguro de que no existe en toda Inglaterra una duquesa que pueda rivalizar con ella.

—¿No será la pequeña Emily? —pregunté, de forma involuntaria.

—Se llama Emily —repuso el señor Omer—, y es muy menuda. Pero, créame tiene un rostro que envidian la mitad de las mujeres de esta ciudad.

—¡Qué tontería, padre! —exclamó Minnie.

—Querida —precisó el señor Omer, guiñándome un ojo—, ya sé que no es tu caso, pero la mitad de las mujeres de Yarmouth, y de cinco millas a la redonda, están furiosas con ella.

—Es que Emily debería saber cuál es su lugar, padre —afirmó Minnie—, y no haberles dado motivo para que murmuraran de ella; entonces no habrían podido criticarla.

—¿Eso crees, querida? —dijo el anciano—. ¿Que entonces no habrían podido criticarla? ¿Es ésa *tu* experiencia de la vida? ¿Hay algo que una mujer no sea

capaz de hacer... especialmente cuando se trata de la belleza de otra?

Creí que había llegado la última hora del señor Omer después de esta ocurrencia tan difamatoria. Empezó a toser tan fuerte y a tener tantas dificultades para recuperar el aliento, a pesar de todos sus esfuerzos, que pensé que vería desaparecer su cabeza detrás del mostrador, mientras sus pequeños calzones negros, con los gastados cintajos en las rodillas, se agitaban en el aire en un último e inútil esfuerzo. Finalmente, sin embargo, se recuperó, pero jadeaba tanto y estaba tan extenuado que tuvo que sentarse en un taburete del mostrador.

—Como ve usted —dijo, enjugándose el rostro y respirando a duras penas—, Emily no ha hecho demasiadas buenas migas con sus compañeras de aquí, ni ha entablado amistad con otras personas, ni se ha preocupado de encontrar novio... Por ese motivo, empezó a circular el infame rumor de que aspiraba a convertirse en una dama. En mi opinión, todo se debe a que en el colegio decía que, si algún día era una señora, haría esto y lo otro por su tío, y le regalaría toda clase de cosas bonitas.

—Puedo asegurarle, señor Omer, que me decía lo mismo cuando éramos niños —exclamé con vehemencia.

El anciano asintió con la cabeza y se frotó la barbilla.

—Precisamente. Además, ella sabía vestirse con cualquier cosa mejor que otras que se gastaban mucho dinero, lo que no hizo sino empeorar la situación. Por otra parte, era lo que podría llamarse una joven voluntariosa... incluso me atrevería a afirmar, lo que yo llamo una joven voluntariosa —afirmó el señor Omer—; y no sabía bien lo que quería, pues era un poco mimada y, al principio, era incapaz de ceder. Pero no se ha dicho nada más contra ella, ¿verdad, Minnie?

—No, padre —replicó la señora Joram—. Creo que ésas han sido las peores habladurías.

—Por eso, cuando logró colocarse de señorita de compañía en casa de una dama muy anciana, que estaba siempre malhumorada, y tuvieron algunas diferencias, ella se marchó. Finalmente, vino aquí para trabajar como aprendiz durante tres años. Ya han transcurrido casi dos, y le aseguro que es la mejor chica que hemos tenido jamás. ¡Vale por seis! Minnie, ¿no es cierto que ahora vale por seis?

—Sí, padre —contestó Minnie—. ¡No quisiera quitarle ningún mérito!

—Muy bien —manifestó el señor Omer—. Así me gusta. Y ahora, joven caballero —agregó, después de frotarse unos instantes más la barbilla—, como no quiero que piense que tengo tan larga la lengua como corto el resuello, será mejor que me calle.

Como al hablar de Emily lo hacían en voz muy baja, tuve la certeza de que ésta se encontraba cerca. Se lo pregunté al señor Omer, que asintió con la cabeza y señaló en dirección a la puerta de la sala. Me apresuré a pedirle permiso para echar un vistazo y, cuando me lo concedió, miré por el cristal y la vi allí sentada trabajando. Me pareció la más hermosa de las criaturas, con aquellos ojos azules y serenos que habían llegado hasta el fondo de mi corazón infantil y que ahora volvía sonrientes hacia otro hijo de Minnie, que jugaba a su lado. La expresión decidida de su alegre rostro justificaba cuanto acababan de decirme, si bien aún quedaba en ella una buena parte de la timidez y de la coquetería de antaño. Pero no había nada en su belleza, estoy seguro, que no estuviera destinado a la bondad y a la felicidad, siguiendo un camino bueno y dichoso.

Durante todo ese tiempo, el viejo compás siguió sonando al otro lado del patio, como si no hubiera cesado nunca. ¡Ay! Para nuestra desdicha, se trataba de una melodía que jamás se interrumpe.

—¿No quiere entrar y hablar con ella? —inquirió el señor Omer—. ¡Vamos, señor! Considérese en su casa.

Sin embargo, era demasiado tímido para hacerlo; no sólo tenía miedo de que ella se ruborizara, sino también de no poder disimular mi embarazo. Pero me informé de la hora a la que salía del taller, a fin de que estuviera presente en nuestra visita; y, despidiéndome del señor Omer, de su preciosa hija y de sus nietos, me dirigí a casa de mi vieja y querida Peggotty.

¡Allí estaba, en su cocina embaldosada, preparando el almuerzo! Llamé a la puerta y me abrió en seguida, preguntándome qué deseaba. La miré con una sonrisa, que ella no me devolvió. Yo no había dejado de escribirle, pero debíamos de llevar siete años sin vernos.

—¿Está el señor Barkis en casa? —pregunté, fingiendo cierta rudeza.

—En efecto, señor —respondió Peggotty—; pero su reumatismo le obliga a guardar cama.

—¿Sigue viajando a Blunderstone? —inquirí.

—Cuando su salud se lo permite —contestó.

—Y usted, señora Barkis, ¿va alguna vez allí?

Me miró con más atención, y observé que se apresuraba a juntar las manos.

—Me gustaría preguntarle por una casa llamada... ¿Cuál era su nombre? Rookery —exclamé.

Dio un paso atrás y extendió las manos, con aire temeroso e indeciso, como si quisiera mantenerme alejado.

—¡Peggotty! —le grité.

—¡Mi querido niño! —exclamó ella.

Y rompimos en llanto, el uno en brazos del otro.

No tengo corazón para relatar las extravagancias que cometió; se reía y lloraba a la vez; se sentía orgullosa, y muy feliz, aunque le apenaba profundamente que no pudiera estrecharme entre sus brazos aquella de quien yo habría sido el orgullo y la alegría. Ni se me pasó por la imaginación que pudiera resultar pueril responder a sus muestras de cariño. Me atrevo a decir que jamás había reído y llorado con más libertad que aquella mañana, ni siquiera delante de ella.

—¡Barkis se alegrará tanto de verlo! —afirmó Peggotty, enjugándose las lágrimas con el delantal—. Esta visita le sentará mucho mejor que todos sus linimentos. ¿Puedo ir a decirle que está aquí? ¿Quiere subir a verlo, tesoro mío?

Naturalmente que quería. Pero a Peggotty no le fue tan fácil salir de la habitación como ella pensaba, pues, cada vez que llegaba a la puerta y se volvía para mirarme, corría hacia mí de nuevo para reír y llorar sobre mi hombro. Finalmente, a fin de facilitarle las cosas, subí las escaleras con ella; y, después de esperar fuera unos instantes, mientras ella le anunciaba mi visita, me presenté delante del enfermo.

Me recibió con el mayor entusiasmo. Como estaba demasiado dolorido para estrecharme la mano, me pidió que sacudiera la borla de su gorro de dormir, lo que hice del modo más efusivo. Cuando me senté junto a su cama, dijo que le sentaba muy bien tener la sensación de que me conducía nuevamente a Blunderstone. Así acostado, con el rostro hacia arriba, tan tapado que daba la impresión de no ser más que una cara —como un querubín convencional—, parecía el objeto más extraño que he contemplado jamás.

–¿Cuál fue el nombre que escribí en el carromato, señor? –preguntó el señor Barkis, con una pobre sonrisa de reumático.

–¡Ah! Qué largas conversaciones tuvimos sobre ese asunto, ¿verdad, señor Barkis?

–Estuve disponible durante mucho tiempo, ¿no cree, señor?

–Así es, durante mucho tiempo –respondí.

–Y no lo lamento –dijo el señor Barkis–. ¿Se acuerda de aquella vez que me dijo que era ella la que hacía los pasteles de manzana y la que preparaba las comidas?

–Lo recuerdo muy bien –repuse.

–Era tan cierto como que el sol sale por las mañanas –afirmó el señor Barkis, moviendo su gorro de dormir (lo único que podía hacer para dar mayor énfasis a sus palabras)–. Tan cierto como que existen los impuestos... Y ¿qué puede haber más real que los impuestos?

El señor Barkis volvió sus ojos hacia mí, como si necesitara mi beneplácito; naturalmente, se lo di.

–No hay nada más real que ellos –insistió el señor Barkis–; es algo que un hombre tan pobre como yo descubre cuando está enfermo. Porque soy un hombre muy pobre, señor.

–No sabe cuánto lo siento, señor Barkis.

–Un hombre muy pobre, eso es lo que soy –repitió él.

Sacó entonces, con mucha lentitud y esfuerzo, su brazo derecho de debajo las sábanas y, con mano insegura y vacilante, cogió un bastón que había colgado a un lado de la cama. Después de buscar algo a tientas con él, mientras su rostro adoptaba las más variadas expresiones de angustia, el señor Barkis se topó con una caja, cuyo extremo yo no había dejado de ver todo el tiempo. Sólo entonces pareció tranquilizarse.

–Ropa vieja –señaló el carretero.

–¡Ah! –contesté.

–¡Ojalá fuera dinero, señor Copperfield! –exclamó el señor Barkis.

–¡Ojalá! –respondí.

–Pero no lo es –aseguró, abriendo los ojos cuanto pudo.

Le dije que estaba convencido de eso, y el señor Barkis, dulcificando la mirada, se volvió hacia Peggotty y dijo:

—Es la mujer más trabajadora y bondadosa que existe, C.P. Barkis. Merece todos los elogios que puedan hacerse de ella, ¡y muchos más! Querida, prepararás un buen almuerzo para nuestro invitado; algo delicioso para comer y beber, ¿eh?

Tendría que haber protestado contra aquella innecesaria demostración en mi honor, pero me di cuenta de que Peggotty, que se hallaba al otro lado de la cama, estaba deseosa de que no lo hiciera. Así que guardé silencio.

—Tengo un poco de dinero por aquí, querida —exclamó el señor Barkis—, pero estoy algo cansado. Si el señor David y tú me dejáis echarme una pequeña siesta, intentaré encontrarlo cuando me despierte.

Obedeciendo sus deseos, salimos de la habitación. Peggotty me contó que su marido era ahora «un poquito más agarrado» de lo que era antes, que siempre recurría a la misma estratagema antes de sacar una moneda, y que sufría unos dolores terribles al arrastrarse fuera de la cama y sacar el dinero de aquella maldita caja. En efecto, no tardamos en oír unos gemidos ahogados sumamente lúgubres, pues aquel comportamiento de urraca era una especie de tortura para todas sus articulaciones; los ojos de Peggotty reflejaban una gran compasión por su marido, pero me dijo que aquel impulso de generosidad le sentaría muy bien, y que era mejor seguirle la corriente. De modo que el señor Barkis siguió gimiendo hasta que logró acostarse de nuevo, padeciendo sin duda un verdadero martirio; luego nos llamó, como si acabara de despertarse de un sueño reparador, y sacó una guinea de debajo de la almohada. La satisfacción de haber conseguido engañarnos con éxito, y de conservar el secreto impenetrable de su caja, parecieron compensar con creces todos sus tormentos.

Avisé a Peggotty de la llegada de Steerforth, que no tardó en presentarse. Estoy convencido de que a ella le hubiera dado lo mismo que se tratara de un benefactor suyo o de un buen amigo mío; en los dos casos, lo habría recibido con la mayor gratitud y el mayor respeto. Pero el buen humor de mi amigo, sus modales educados, sus hermosas facciones, su don natural para adaptarse a quien quisiera agradar y para llegar al corazón ajeno, conquistaron a Peggotty en menos de cinco minutos. La actitud de Steerforth conmigo habría bastado para ganar el afecto de mi vieja y querida niñera; sin embargo, al sumarse tantas buenas razones, creo sinceramente que, antes de que se

despidiera aquella noche, ella sentía ya una especie de adoración por él.

Se quedó a cenar con nosotros. Si dijera que lo hizo de buena gana, no reflejaría ni la mitad de su entusiasmo y disposición. Cuando entró en el cuarto del señor Barkis, fue como si entraran en él el aire y la luz, iluminándolo y refrescándolo todo como si llegara el buen tiempo. No hubo ruido, ni esfuerzo, ni arrogancia en nada de lo que hizo. Se comportó con una sencillez asombrosa, como si fuera incapaz de obrar de un modo diferente o mejor; fue tan cortés, tan natural y tan afable que, incluso hoy en día, me emociono al recordarlo.

Pasamos un rato muy alegre en la pequeña sala, donde el *Libro de los mártires*, que nadie había vuelto a hojear desde mi marcha, continuaba encima del escritorio como en los viejos tiempos; lo abrí para mirar sus terribles ilustraciones, tratando de rememorar las sensaciones que habían despertado en mí, aunque sin poderlas experimentar de nuevo. Cuando Peggotty habló del cuarto que ella consideraba mío, asegurando que estaba preparado para recibirme y que esperaba que durmiese allí, Steerforth, antes de que yo le mirara con aire indeciso, se hizo dueño de la situación:

—Naturalmente —exclamó—. Durante nuestra estancia en Yarmouth, tú dormirás aquí y yo, en el hotel.

—Pero no me parece de buen compañero traerte tan lejos para luego abandonarte, Steerforth —afirmé.

—¡En nombre del Cielo! ¿Acaso no es tu lugar natural? ¿Qué importancia tiene lo que te «parece»?

Y el asunto quedó zanjado.

Estuvo encantador hasta el último momento, es decir hasta que, a las ocho en punto, nos dirigimos a la gabarra del señor Peggotty. Su atractivo fue en aumento a medida que pasaban las horas, y ya entonces me percaté de algo de lo que estoy convencido ahora: en su afán por agradar, la conciencia de su éxito volvía aún más fina su percepción, sutil por naturaleza. Si alguien me hubiera dicho esa noche que todo aquello no era más que un brillante juego al que se abandonaba por la simple excitación del momento, para huir del aburrimiento y probar su superioridad, en un empeño estéril y vacío por conquistar algo que no tenía valor para él y abandonarlo un instante después... Si alguien me hubiera contado semejante mentira esa noche, ¡no sé de qué modo habría desahogado mi indignación!

Tal vez sólo se habrían acrecentado, de ser posible, los románticos sentimientos de lealtad y de amistad que albergaba en mi pecho mientras caminaba a su lado, por el frío y oscuro arenal, hacia la vieja gabarra; el viento susurraba incluso más lúgubrementemente que la noche en que, por primera vez, crucé el umbral del señor Peggotty.

—¡Qué lugar tan salvaje! ¿No te parece, Steerforth?

—Resulta bastante tétrico en la oscuridad —contestó mi amigo—; y la mar ruge como si sintiera hambre al vernos. Aquella luz de allí, ¿no es la barca del señor Peggotty?

—Sí, sí que lo es.

—Es la misma barca de esta mañana —exclamó mi amigo—. Supongo que el instinto me llevó hacia ella.

No hablamos más mientras nos acercábamos a la luz, y nos dirigimos silenciosos a la puerta. Puse la mano sobre el picaporte y, susurrando a Steerforth que me siguiera, entré.

Desde fuera habíamos oído un murmullo de voces y, en el instante de entrar, unos aplausos; me sorprendió comprobar que ese último sonido procedía de la casi siempre inconsolable señora Gummidge. Pero no sólo la anciana se mostraba más excitada de lo habitual. El señor Peggotty, radiante de felicidad y riéndose a carcajadas, esperaba con los brazos abiertos a que la pequeña Emily corriera a refugiarse en ellos; Ham, con una expresión en la que se mezclaba la admiración, la alegría y una especie de paralizante timidez que le sentaba muy bien, le daba la mano a Emily, como si estuviera presentando a la muchacha al señor Peggotty; y ella, con las mejillas encendidas por el rubor, pero dichosa de ver la satisfacción de su tío, como reflejaba su mirada risueña, a punto estaba de escapar de Ham para precipitarse en brazos del señor Peggotty, algo, sin embargo, que nuestra llegada le impidió (pues fue la primera en vernos). Y ése fue el espectáculo que apareció ante nuestros ojos en el momento en que pasamos de la noche oscura y fría a la estancia caldeada y llena de luz. La señora Gummidge, al fondo, aplaudía como una loca.

Cuando entramos en la barca, aquella pequeña escena se deshizo, y uno habría dudado de que hubiera existido jamás. Me encontraba en medio de la sorprendida familia, frente al señor Peggotty y tendiéndole la mano, cuando Ham gritó:

—¡El señorito Davy! ¡Es el señorito Davy!

Un instante después, todos estábamos estrechándonos las manos, preguntándonos qué tal nos iba, diciéndonos lo contentos que estábamos de vernos, y hablando al unísono. El señor Peggotty estaba tan orgulloso y tan feliz de nuestra visita que no sabía qué decir ni qué hacer; me estrechaba la mano una y otra vez, y luego hacía lo mismo con Steerforth, despeinándose la hirsuta pelambrera que le cubría la cabeza y soltando unas risotadas tan alegres y estrepitosas que daba gusto verlo.

—Que unos caballeros... unos caballeros hechos y derechos... hayan venido a mi casa precisamente esta noche, entre todas las noches de mi vida — exclamó el señor Peggotty—, es algo extraordinario. ¡Vaya si lo es! ¡Emily, tesoro, ven aquí! ¡Ven aquí, brujita mía! ¡Éste es el amigo del señorito Davy, pequeña! ¡Éste es el caballero de quien tanto has oído hablar, Emily! Viene a verte, con el señorito Davy, en la noche más hermosa que tu tío ha visto o verá en su vida. ¡Hurra!



Llegamos inesperadamente al hogar del señor Peggotty

Después de pronunciar este discurso de un tirón, con enorme entusiasmo, cogió con sus manazas la cara de su sobrina, la besó una docena de veces, la

apoyó con ternura y con orgullo en su ancho pecho, y la acarició con la misma dulzura que si su mano fuera la de una dama. Después la dejó marchar; y, mientras ella corría a su pequeña habitación, la misma que yo había ocupado de niño, él se volvió a mirarnos, sofocado y sin aliento de lo grande que era su alegría.

—Si estos dos caballeros... unos caballeros hechos y derechos, y ¡qué caballeros!... —empezó a decir.

—¡Eso es lo que son! —exclamó Ham—. ¡Bien dicho! ¡Eso es lo que son! Sí, señorito Davy, ¡dos caballeros hechos y derechos!

—Si estos dos caballeros, hechos y derechos —prosiguió el señor Peggotty—, no me disculpan por hallarme en este estado cuando se enteren de lo que ocurre, les pediré perdón. ¡Emily, tesoro! Ella sabe lo que voy a decirles, por eso se ha escondido... —señaló, soltando otra carcajada—. ¿Tendría la bondad de ir a ver qué hace, señora Gummidge?

La anciana asintió con la cabeza y desapareció.

—Si ésta no es la noche más hermosa de mi vida —afirmó el señor Peggotty, sentándose entre nosotros delante del fuego—, es que soy un crustáceo... y además cocido... Es lo único que puedo decir. Esta pequeña Emily, señor —comentó en voz baja a Steerforth—, la que acaba usted de ver roja como la grana...

Steerforth se limitó a asentir con la cabeza; pero parecía tan interesado y tan complacido con las confidencias del señor Peggotty, que éste último le contestó como si hubiera hablado.

—Sí —continuó nuestro anfitrión—. Así es ella. Gracias, señor.

Ham me miró varias veces, asintiendo con la cabeza, como si quisiera confirmar las palabras de su tío.

—Esta pequeña Emily nuestra —prosiguió el señor Peggotty— ha sido en esta casa... soy un hombre ignorante, pero ésta es mi opinión... lo que sólo una criaturita de ojos brillantes *puede* ser en una casa. No es hija mía, yo nunca tuve hijos; pero no podría quererla más. ¿Comprende lo que le digo? ¡No podría!

—Le entiendo muy bien —respondió Steerforth.

—Lo sé, señor —añadió el señor Peggotty—, y se lo agradezco de nuevo. El señorito Davy puede recordar lo que era Emily; usted puede juzgar por sí

mismo lo que es; pero ninguno de los dos será capaz de comprender lo que la pequeña Emily ha sido y será para mi tierno corazón. Soy un hombre rudo, señor –continuó el señor Peggotty–, tan rudo y áspero como un erizo de mar; pero nadie, excepto quizá una mujer, puede saber lo que la pequeña Emily significa para mí. Y, entre nosotros –agregó, hablando todavía más bajo–, *esa* mujer no sería tampoco la señora Gummidge, aunque tiene un montón de cualidades.

El señor Peggotty volvió a alborotar sus cabellos con sus gruesos dedos, como si quisiera prepararse para lo que iba a decir, y prosiguió con una mano apoyada en cada rodilla:

–Había cierta persona que conocía a nuestra Emily desde los tiempos en que su padre se ahogó; que la había visto todos los días: de chiquilla, de jovencita, de mujer. No es que sea muy buen mozo, que no lo es –exclamó el señor Peggotty–, se parece bastante a mí... un hombre rudo... como el viento del sudoeste... un verdadero lobo de mar... Pero, en conjunto, un muchacho muy honrado, con el corazón en su sitio.

Creo que jamás había visto a Ham sonreír tan abiertamente como en aquellos momentos.

–Y ¿qué hace ese bendito marinero sino entregar ese corazón suyo a nuestra pequeña Emily? –afirmó el señor Peggotty, en el cenit de su alegría–. La sigue a todas partes, se convierte en una especie de criado para ella, llega incluso a perder el apetito, y, al final, decide contarme lo que le sucede. Yo deseaba que nuestra pequeña Emily encontrara ya un buen marido. En todo caso, quería verla comprometida con un hombre honrado que pudiera protegerla. Ignoro cuánto tiempo viviré, o si he de morir pronto; sólo sé que si una noche un golpe de viento volcara mi barca y viera por última vez las luces de Yarmouth, brillando por encima de unas olas a las que no pudiera remontar, me iría al fondo mucho más tranquilo si pudiera pensar: «Hay un hombre en tierra firme, que será siempre leal a mi pequeña Emily ¡Dios la bendiga! ¡Nada malo le ocurrirá a mi niña mientras él siga con vida!».

El señor Peggotty, llevado por la emoción, agitó su mano derecha como si dijera adiós a las luces de la ciudad; cuando su mirada se cruzó con la de Ham, los dos hicieron un gesto de asentimiento y nuestro anfitrión prosiguió:

–Entonces le aconsejo que hable con Emily. Ya es todo un hombre, pero es más tímido que un chiquillo, y no le gusta mi idea. Así que soy yo quien se lo cuenta a ella. «¿Qué? ¿Él?», exclama Emily. «¿Él, a quien conozco desde

hace tantos años, y a quien tengo tanto cariño? ¡Oh, tío! Nunca podré casarme con él. ¡Es tan buen muchacho!» Le doy un beso y me limito a decirle: «Mi niña, haces bien en contestar así, tienes que elegir tú misma, eres tan libre como un pajarillo». Luego vuelvo a hablar con él y le digo: «Me habría gustado mucho, pero no es posible. Podéis seguir los dos como hasta ahora, y hazme caso, pórtate como un hombre, no dejes que cambie nada entre vosotros». Y él me responde, estrechando mi mano: «¡Así lo haré!». Y, durante dos años, fue un hombre fuerte y leal, y siguió siendo en casa el mismo de siempre.

El rostro del señor Peggotty, que había ido cambiando de expresión a medida que avanzaba su relato, recuperó toda su alegría triunfal y, con una mano sobre mi rodilla y otra sobre la de Steerforth (se las había humedecido antes para dar mayor énfasis a sus palabras), prosiguió su narración:

—De pronto, una noche, que bien podría ser ésta, llega la pequeña Emily de su trabajo y ¡él la acompaña! No hay nada raro en eso, me dirán. No, pues él cuida de ella como un hermano, cuando anochece, y antes de que anochezca, y a todas horas. Pero este rudo marinero le coge la mano y me anuncia muy contento: «¡Mire! ¡Aquí tiene a mi futura mujercita!». Y ella dice, entre atrevida y vergonzosa, medio riendo y medio llorando: «¡Sí, tío! Si le parece bien». ¡Que si me parece bien! —exclamó el señor Peggotty, moviendo la cabeza extasiado—. ¡Señor, como si pudiera parecerme otra cosa! «Si le parece bien, me he vuelto más sensata, y lo he pensado mejor; haré cuanto esté en mis manos por ser una buena mujercita para él, ¡es tan bueno y lo quiero tanto!» Entonces la señora Gummidge empieza a aplaudir como en el teatro y entran ustedes, caballeros. ¡Y eso es todo! ¡Se descubrió el pastel! —bromeó el señor Peggotty—. La escena acaba de ocurrir; y éste es el hombre que se casará con ella en cuanto acabe su aprendizaje de modista.

Ham se tambaleó, lo que no tuvo nada de sorprendente, bajo el manotazo que el señor Peggotty, llevado de su infinita alegría, le dio en señal de confianza y amistad; pero creyendo que había llegado su turno de hablar, nos dijo, titubeando y con mucha dificultad:

—No era más alta que usted, señorito Davy... la primera vez que vino... cuando se me ocurrió imaginarla de mayor. Y la vi crecer, caballeros... como una flor. Daría mi vida por ella, señorito Davy. ¡Y con la mayor alegría! Ella es para mí, caballeros... más que todo lo que pueda desear, y más de lo que... jamás podría expresar. La quiero con toda mi alma. No hay caballero sobre la tierra... ni tampoco sobre el mar... que pueda querer a su dama más que yo...

Aunque muchos hombres sencillos... dirían mejor que yo... lo que sienten.

Me pareció enternecedor ver a un joven tan robusto como Ham temblando por la intensidad de su amor por la hermosa criaturita que se había adueñado de su corazón. Pensé que la confianza que tanto él como el señor Peggotty habían depositado en nosotros era, de por sí, conmovedora. La historia me emocionó. No sé hasta qué punto influían en mi ánimo los recuerdos de mi infancia, ni si había llegado con alguna vaga idea de seguir amando a la pequeña Emily. Sólo sé que me sentía muy complacido; aunque, al principio, mi alegría estuvo teñida de una emoción indescriptible, y habría bastado muy poco para que se convirtiera en dolor.

Por ese motivo, si hubiera dependido de mí hacer vibrar la cuerda sensible de todos los presentes con algún comentario, mi intervención habría sido poco afortunada. Pero ese honor le correspondía a Steerforth; y lo hizo con tanta maestría que, en pocos minutos, nos sentimos todo lo felices y contentos que podíamos llegar a sentirnos.

—Señor Peggotty —dijo—, es usted un hombre excelente y merece ser siempre tan feliz como esta noche. ¡Choque esa mano! Ham, muchacho, ¡enhorabuena! ¡Choque también esa mano! Daisy, aviva el fuego, ¡consigue que arda con brío! Y, señor Peggotty, si no logra usted convencer a su encantadora sobrina (a quien dejo este sitio en el rincón) de que vuelva, me marcharé. No quisiera, ni por todas las riquezas de las Indias, ser la causa de que, en una noche como ésta, faltara alguien junto a la chimenea, y mucho menos ella.

De modo que el señor Peggotty fue a mi viejo dormitorio a buscar a la pequeña Emily. Al principio, no quería venir, y Ham tuvo que ir también a convencerla. En seguida la trajeron junto a la lumbre, muy confusa e intimidada, pero no tardó en recobrar la seguridad cuando vio lo amable y respetuoso que era Steerforth con ella; con qué delicadeza eludía cuanto pudiera incomodarla; cómo conversaba con el señor Peggotty de botes, barcos, mareas y peces; cómo hablaba de mí en la época en que había conocido al señor Peggotty en Salem House; lo encantado que estaba con la gabarra y con cuanto había en su interior; la gracia y la desenvoltura con que llevó la conversación hasta encerrarnos, poco a poco, en un círculo encantado, donde todos hablábamos sin reservas.

La pequeña Emily apenas despegó los labios en toda la velada; pero miraba, escuchaba, su rostro se animaba, y no podía estar más encantadora. A

raíz de su conversación con el señor Peggotty, Steerforth nos contó la historia de un terrible naufragio, igual que si lo estuviera viendo en esos instantes; la pequeña Emily lo contemplaba absorta, como si también ella tuviera aquella escena ante sus ojos. Para aliviar la tensión, Steerforth nos relató una cómica aventura que le había tocado vivir, y lo hizo con el mismo regocijo que si aquella anécdota fuera tan nueva para él como para nosotros. Y la pequeña Emily rió hasta que la barca empezó a vibrar con tan musical sonido, y, contagiados por su alegría y despreocupación, todos la imitamos, incluido Steerforth. Éste convenció al señor Peggotty de que cantara, o más bien bramara: «Cuando los vientos huracanados soplan, soplan, soplan»; y después entonó él mismo una canción de marineros, con tanto sentimiento y con una voz tan hermosa que tuve la sensación de que el viento, rondando lúgubrementemente alrededor de la casa y susurrando quedamente en medio de nuestro silencio, nos escuchaba.

Steerforth logró sacar a la señora Gummidge de su abatimiento, algo que nadie había conseguido jamás (según me informó el señor Peggotty) desde la muerte de su marido. Le dejó tan poco tiempo para pensar en sus desgracias que, al día siguiente, la anciana decidió que la había embrujado.

Pero no monopolizó ni la atención general, ni la conversación. Estuvo callado y muy atento, mirándonos pensativo, cuando la pequeña Emily se armó de valor y me habló (todavía con timidez) desde el otro lado de la lumbre de nuestros viejos paseos por la playa en busca de conchas y guijarros, y yo le pregunté si se acordaba de cuánto la quería entonces, y los dos nos ruborizamos y rompimos a reír al evocar aquellos tiempos tan felices que ahora nos parecían irreales. Durante toda la velada, la pequeña Emily estuvo sentada en el pequeño cajón junto al fuego, y Ham a su lado, en el lugar que yo solía ocupar. No logré adivinar si no dejaba de arrimarse a la pared, alejada de él, para hacerle sufrir un poco o por pudor ante nuestra presencia; pero observé que siguió así durante toda nuestra visita.

Creo recordar que era casi medianoche cuando nos despedimos. Habíamos cenado algunas galletas y pescado en salazón, y Steerforth había sacado de su bolsillo una petaca llena de ginebra de Holanda, que los hombres (ahora puedo decir «hombres» sin sonrojarme) habíamos vaciado. Nos dijimos adiós alegremente; y, cuando todos se agolparon en la puerta para alumbrar nuestro camino lo más posible, vi los ojos azules de la pequeña Emily asomarse para mirarnos con dulzura por detrás de Ham, y oí su melodiosa voz gritarnos que tuviéramos cuidado.

—¡Qué criatura tan hermosa y tan encantadora! —exclamó Steerforth, cogiéndome del brazo—. ¡En fin! Un lugar pintoresco, y una compañía de lo más curiosa; tratar con ellos ha sido toda una experiencia.

—¡Qué suerte hemos tenido —respondí yo— de llegar a tiempo para ser testigos de su felicidad ante la perspectiva de ese matrimonio! Jamás había visto a nadie tan dichoso. Ha sido un placer contemplar esa escena y participar de su honesta alegría, como lo hemos hecho.

—El muchacho es un poco simple para ella, ¿no es cierto? —comentó Steerforth.

Se había mostrado tan cordial con Ham y con todos ellos que aquel comentario frío e inesperado me desagradó. Pero, al volverme hacia él y ver una sonrisa en sus ojos, me tranquilicé.

—¡Ay, Steerforth! ¡Mira que bromear a costa de los pobres! Puedes discutir con la señorita Dartle, o intentar ocultar tus simpatías para burlarte de mí, pero te conozco mejor de lo que crees. Cuando veo lo bien que los comprendes, con qué delicadeza compartes su júbilo, como acabas de hacerlo con ese sencillo pescador, o cuánto te conmueve el amor de mi vieja niñera, sé que no puede resultarte indiferente ninguna alegría, ninguna pena, ninguna emoción de esa gente. ¡Y por eso te quiero y te admiro, Steerforth, veinte veces más!

Entonces se detuvo y, mirándome a la cara, dijo:

—Daisy, estoy convencido de que hablas en serio y de que eres bueno. ¡Ojalá todos fuéramos así!

Un instante después entonaba alegremente la canción del señor Peggotty, mientras andábamos a buen paso de regreso a Yarmouth.

XXII

Viejos lugares, nuevas personas

Steerforth y yo pasamos más de quince días en la región. Estábamos casi siempre juntos, como es natural, pero a veces nos separábamos durante algunas horas. Él era un buen marinero, lo que no era mi caso, y cuando salía a pescar con el señor Peggotty –uno de sus pasatiempos favoritos–, yo normalmente me quedaba en tierra. El hecho de alojarme en casa de Peggotty me imponía ciertas obligaciones, de las que mi amigo se hallaba libre, pues, sabiendo lo pendiente que estaba del señor Barkis durante el día, no me gustaba regresar tarde por las noches; Steerforth, por su parte, se hospedaba en la posada y tenía libertad para moverse a su antojo. Así, pues, no tardé en enterarme de que le gustaba invitar a los pescadores a más de una ronda en La Voluntad, la taberna que frecuentaba el señor Peggotty, después de que yo me acostara; y de que pasaba noches enteras en la mar, a la luz de la luna, vestido como un vulgar pescador, sin desembarcar hasta el día siguiente con la pleamar. Para entonces yo había comprendido que su naturaleza inquieta y su carácter impetuoso disfrutaban con los trabajos rudos y con el mal tiempo, así como con cualquier emoción nueva que se le presentara, por lo que ninguna de sus acciones me sorprendía.

Otro motivo de que a veces nos separáramos era que a mí me gustaba ir a Blunderstone y visitar los paisajes familiares de mi infancia; mientras que Steerforth, después de haber estado allí en una ocasión, no tenía demasiado interés en volver. Por esa razón, al menos tres o cuatro días, que yo recuerde, partimos en direcciones diferentes después de haber desayunado juntos a primera hora, y no volvimos a vernos hasta muy tarde por la noche para cenar. No tenía la menor idea de lo que hacía él durante ese tiempo; sólo sé que era muy popular en la zona, y que encontraba veinte maneras de entretenerse donde otros no habrían sabido qué hacer.

En cuanto a mí, dedicaba mis peregrinaciones solitarias a recordar cada recodo del viejo camino y a recorrer los parajes de mi infancia, de los que no me cansaba jamás. Los recorría como había hecho a menudo mi memoria, y me detenía largo rato en ellos, al igual que se había detenido mi pensamiento en el pasado, cuando me hallaba muy lejos. Paseaba horas y horas cerca de la tumba al pie del árbol, donde yacían mis padres; la tumba que yo había contemplado con una compasión indefinible cuando sólo era de mi padre, y junto a la que había esperado, lleno de desconsuelo, a que dieran sepultura a mi hermosa madre y a su pequeño; la tumba que la fiel Peggotty había cuidado con esmero desde entonces, trasformándola en un verdadero jardín. Estaba en un apacible rincón, algo apartada del sendero, aunque lo bastante cerca para que pudiera leer los nombres grabados en la lápida mientras iba y venía por él; y, siempre que el reloj de la iglesia daba la hora, me sobresaltaba, pues para mí era como oír la voz de un difunto. Durante esos paseos, no dejaba de cavilar sobre el papel que desempeñaría en la vida y sobre las cosas importantes que haría. Y el eco de mis pasos seguía únicamente esa melodía, con la misma tenacidad que si hubiera regresado a casa para construir castillos en el aire al lado de una madre viva.

Mi antiguo hogar estaba muy cambiado. Los viejos nidos, abandonados por los grajos hacía ya tanto tiempo, habían desaparecido; y los árboles, podados y desmochados, eran irreconocibles. El jardín estaba invadido por la maleza, y la mitad de las ventanas de la casa se hallaban cerradas. Sólo habitaba en ella un pobre caballero que había perdido el juicio, acompañado de las personas que lo cuidaban. Pasaba las horas sentado junto a mi pequeña ventana, contemplando el cementerio; y yo me preguntaba si sus pensamientos, en su extravío, no coincidirían con alguna de las fantasías que habían ocupado mi imaginación cuando, muy de mañana, me asomaba a esa misma ventana con mi camisa de dormir y veía cómo las ovejas pastaban apaciblemente a la luz del sol naciente.

Nuestros antiguos vecinos, el señor y la señora Grayper, se habían marchado a Sudamérica, y la lluvia se había filtrado a través del tejado de su casa deshabitada, manchando de humedad las paredes exteriores. El señor Chillip había vuelto a contraer matrimonio con una mujer alta, huesuda y de nariz muy grande; y tenía un bebé raquítrico, con una enorme cabeza que era incapaz de sostener y con dos ojos miopes y saltones, con los que parecía estar preguntándose siempre por qué había venido al mundo.

Deambulaba por los lugares de mi infancia con una curiosa mezcla de

tristeza y de placer, hasta que la luz del crepúsculo invernal me advertía de que era hora de emprender el regreso. Pero, cuando me iba de Blunderstone y, sobre todo, cuando cenaba alegremente con Steerforth junto al fuego, me satisfacía pensar que había estado allí. Me sucedía lo mismo, aunque con menor intensidad, cuando entraba por las noches en mi dormitorio, siempre tan reluciente; y, mientras hojeaba el libro de los cocodrilos (que estaba siempre allí, encima de una mesita), recordaba, con el corazón rebosante de gratitud, lo afortunado que era por tener un amigo como Steerforth y una amiga como Peggotty, y por haber encontrado en mi excelente y generosa tía a alguien que ocupara el lugar de los padres que había perdido.

El modo más rápido de volver a Yarmouth, después de mis largos paseos, era coger el trasbordador. Éste me dejaba en el vasto arenal que se extendía entre la ciudad y el mar, y yo lo atravesaba para evitar un largo rodeo por la carretera. Como la casa del señor Peggotty se encontraba en medio de aquel paraje solitario, a menos de cien yardas de mi camino, tenía la costumbre de entrar en ella. Steerforth casi siempre me esperaba allí, y nos marchábamos juntos, rodeados de un viento helador y de una niebla cada vez más espesa, rumbo a las luces parpadeantes de la ciudad.

Un oscuro atardecer en que yo regresaba más tarde de lo habitual (había estado haciendo mi última visita a Blunderstone, pues se acercaba el momento de nuestra partida), encontré a Steerforth solo en casa del señor Peggotty, sentado muy pensativo junto al fuego. Estaba tan absorto en sus meditaciones que no se percató de que me acercaba. Podría no haberse percatado igualmente aunque no hubiera estado tan ensimismado, pues la arena mitigaba el sonido de mis pasos; pero ni siquiera reparó en mi presencia cuando entré. Me puse a su lado, contemplándolo; pero él continuó enfrascado en sus pensamientos, con rostro sombrío.

Se sobresaltó de tal modo cuando apoyé mi mano en su hombro, que no pude evitar sobresaltarme también.

—Llegas como un fantasma que quisiera reprocharme algo —exclamó con cierta irritación.

—Tenía que anunciarte de algún modo que había llegado —contesté—. ¿Acaso te he obligado a bajar de las estrellas?

—No —respondió—. No.

—¿Dónde estabas, entonces? —le pregunté, sentándome junto a él.

—Miraba las figuras que bailan en el fuego —repuso.

—Pero ¿por qué las destruyes? ¡Ahora no puedo verlas! —protesté, mientras él removía las brasas con un leño encendido; una lluvia de chispas subió crepitando por la chimenea.

—No habrías podido verlas de todos modos —aseguró—. Odio esta hora, cuando no es ni de noche ni de día. ¡Qué tarde vienes! ¿Dónde has estado?

—He dado mi último paseo —repliqué.

—Yo me he quedado aquí sentado —dijo Steerforth, mirando a su alrededor—. Estaba pensando que, a juzgar por el aspecto desolado de la casa, todas las personas a las que encontramos tan felices la noche de nuestra llegada podrían haberse separado, estar muertas o ser víctimas de alguna desgracia. ¡Ojalá hubiera tenido un padre juicioso estos últimos veinte años!

—Mi querido Steerforth, ¿qué te pasa?

—¡Desearía con toda mi alma haber tenido un guía mejor! —exclamó—. ¡Desearía con toda mi alma saber guiarme mejor a mí mismo!

Había en su tono tanto abatimiento, tanta vehemencia, que me quedé estupefacto. Nunca habría creído posible que se alterara de aquel modo.

—Más me valdría ser ese pobre Peggotty, o el patán de su sobrino —añadió, poniéndose en pie y apoyándose melancólicamente en la repisa de la chimenea, con el rostro vuelto hacia el fuego—, que ser el que soy, veinte veces más rico y veinte veces más instruido, y atormentarme del modo en que lo he hecho durante la última media hora en esta barca del demonio.

Su cambio de humor me desconcertó hasta tal punto que, al principio, sólo pude contemplarlo en silencio, mientras él seguía con la cabeza apoyada en la mano, mirando el fuego con aire sombrío. Finalmente, le rogué que me contara por qué estaba tan contrariado, y que me permitiese, si no darle consejos, al menos comprender lo ocurrido. Antes de que yo hubiera acabado de hablar, empezó a reírse, al principio con cierto nerviosismo, si bien no tardó en recuperar su alegría.

—¡No es nada, Daisy! ¡No es nada! —repuso—. Ya te expliqué en la posada de Londres que a veces me pesa mi propia compañía; y ésta se había convertido, antes de que llegaras, en una verdadera pesadilla... supongo que habré tenido un mal sueño. Cuando me aburro, algunos cuentos infantiles acuden a mi memoria, casi irreconocibles. He debido de creer que era el niño

malo al que «nada le importaba», y que acababa siendo devorado por los leones (lo que resulta preferible a malgastar la vida). Lo cierto es que se me han puesto los pelos de punta. He tenido miedo de mí mismo.

—No creo que nada más pueda asustarte —exclamé.

—Es posible; y, sin embargo, hay tantas cosas de las que debería tener miedo —respondió—. ¡Bueno! ¡Ya está! No volveré a dejar que me domine la melancolía, David. Pero te repito, querido muchacho, que más me valdría (y no sólo a mí sino también a los demás) haber tenido un padre firme y juicioso.

Su rostro era siempre muy expresivo, pero jamás había reflejado tanta gravedad y tanta tristeza como cuando pronunció esas palabras con la vista clavada en el fuego.

—No hablemos más —repuso Steerforth, haciendo ademán de lanzar algo al aire—. Como decía Macbeth: «Bien; así... Se fue... Vuelvo a ser un hombre».
^[35] Y ahora, ¡vamos a cenar! Espero no haberme convertido (también como Macbeth) en un aguafiestas, Daisy.

—Pero ¿dónde están todos? —pregunté.

—¡Sabe Dios! —repuso Steerforth—. Después de ir a buscarte al trasbordador, vine hasta aquí y encontré la casa vacía. De ahí que estuviera sumido en mis meditaciones cuando llegaste.

La aparición de la señora Gummidge con una cesta vino a explicarnos por qué no había nadie en la barcaza. La anciana había salido precipitadamente a comprar algo que necesitaba, antes de que el señor Peggotty regresara con la marea, y había dejado la puerta abierta por si Ham y la pequeña Emily —que debían volver temprano— llegaban mientras ella estaba fuera. Steerforth, después de animar a la señora Gummidge con un alegre saludo y un cómico abrazo, me cogió del brazo y se apresuró a alejarme de allí.

Parecía haber recobrado su buen humor, al igual que la señora Gummidge, pues volvió a ser el de antes; mientras caminábamos, su conversación resultó de lo más animada.

—De modo que mañana abandonamos esta vida de filibusteros, ¿no es cierto? —exclamó alegremente.

—Así lo habíamos acordado —respondí—. Tenemos reservados nuestros asientos en la diligencia.

—Sí. Supongo que ya no tiene remedio —dijo Steerforth—. Casi había

olvidado que se pudiera hacer otra cosa en el mundo que dejarse mecer por las olas en este lugar. ¡Lástima que no sea así!

—Al menos mientras durara la novedad —añadí, riendo.

—Tal vez —contestó—; aunque esa observación sea demasiado sarcástica para alguien tan inocente como mi joven amigo. ¡De acuerdo! Reconozco que soy un ser caprichoso, David. Lo sé muy bien; pero también soy capaz de golpear con fuerza el hierro cuando está candente. Creo que podría superar con éxito una dura prueba como piloto en estas aguas.

—El señor Peggotty asegura que eres una maravilla —señalé.

—Un verdadero fenómeno náutico, ¿no? —rió Steerforth.

—Está convencido, ya lo sabes; pones tanta pasión en todo lo que haces y aprendes con tanta facilidad... Lo que más me sorprende, Steerforth, es que te contentes con emplear tus facultades de un modo tan arbitrario.

—¿Que me contente? —replicó divertido—. Lo único que me satisface en esta vida es tu ingenuidad, mi querido Daisy. En cuanto a mi humor caprichoso, jamás aprendí el arte de atarme a una de esas ruedas en las que los Ixiones^[36] de estos tiempos dan vueltas sin cesar. Hice un mal aprendizaje y ahora ha dejado de importarme. ¿Sabes que me he comprado un barco?

—¡Eres extraordinario, Steerforth! —exclamé deteniéndome, pues era la primera noticia que tenía—. ¡Tal vez ni siquiera vuelvas a aparecer por aquí!

—No sé —repuso—. Me he encariñado con Yarmouth. En cualquier caso —añadió, obligándome a continuar la marcha—, he comprado un barco que estaba a la venta... un clíper, según el señor Peggotty, lo que es bien cierto; y él será su patrón en mi ausencia.

—¡Ahora lo comprendo todo, Steerforth! —dije, encantado—. Finges haberlo comprado para ti, pero sólo lo has hecho en beneficio del señor Peggotty. Tendría que haberlo adivinado en seguida, conociéndote como te conozco. Mi querido y buen Steerforth, ¿cómo podría expresar lo que pienso de tu generosidad?

—¡Chitón! —contestó, ruborizándose—. Cuanto menos hablemos de ello, mejor.

—¡Lo sabía muy bien! —exclamé—. ¿Acaso no te dije que ninguna de las alegrías, penas o emociones de estos honrados corazones te sería indiferente?

—Sí, sí —respondió—, claro que me lo dijiste. Pero ¡basta ya! No hablemos

más de eso.

Temiendo ofenderlo si insistía en un tema al que daba tan poca importancia, me limité a seguir dándole vueltas en mi cabeza mientras continuábamos nuestro camino a un paso incluso más rápido que antes.

—Hay que aparejar el clíper nuevamente —explicó Steerforth—, así que Littimer se quedará hasta que el trabajo termine. ¿Te había dicho que Littimer está aquí?

—No.

—Pues así es. Ha llegado esta mañana con una carta de mi madre.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, observé que había palidecido hasta el color de sus labios; pero ni siquiera pestañeó. Temí que alguna discrepancia con su madre fuera la causa del abatimiento en que le había encontrado junto a la solitaria chimenea. Se lo di a entender.

—¡Oh, no! —exclamó, negándolo con la cabeza y dejando escapar una risita—. ¡Nada de eso! Pues sí, lo cierto es que ha venido ese criado mío.

—¿Y sigue como siempre? —inquirí.

—Exactamente igual —respondió Steerforth—. Tan frío y sereno como el Polo Norte. Se encargará de cambiar el nombre del barco. Ahora se llama *El petrel de las tormentas*; pero ¡qué le importan al señor Peggotty esas aves marinas! Lo bautizaremos de nuevo.

—¿Con qué nombre?

—*La pequeña Emily*.

Como no dejaba de mirarme, supuse que no deseaba recibir elogios por su idea. No pude evitar que mi rostro reflejara la satisfacción que sentía, pero apenas hice el menor comentario; no tardó en recobrar su sonrisa habitual y pareció aliviado.

—¡Pero mira! —dijo, señalando delante de nosotros—. ¡Ahí llega la verdadera pequeña Emily! Y viene con ese joven... ¡Vive Dios que es un caballero fiel! ¡No la deja ni a sol ni a sombra!

Ham era, por aquel entonces, carpintero de ribera; había cultivado su facilidad natural para dicho oficio hasta convertirse en un experto. A pesar de su ropa de faena y de su tosquedad, su aspecto varonil le convertía en un digno protector de la resplandeciente criaturita que lo acompañaba. A decir

verdad, la franqueza y la honradez de su rostro, su no disimulado orgullo por la joven, así como el amor que sentía por ella, realzaban su atractivo ante mis ojos. A medida que fueron acercándose a nosotros, pensé que, incluso en ese aspecto, formaban una buena pareja.

Cuando nos detuvimos para hablar con ellos, la pequeña Emily retiró tímidamente su mano del brazo de Ham y, enrojeciéndose, nos la tendió a Steerforth y a mí. Después de intercambiar algunas palabras con nosotros, los dos jóvenes prosiguieron su camino; pero ella no volvió a coger el brazo de su prometido y continuó sola, todavía algo turbada y confusa. Fue una escena verdaderamente encantadora, y Steerforth pareció pensar lo mismo que yo, mientras veíamos cómo desaparecían en la lontananza a la luz de la luna nueva.

De pronto se cruzó con nosotros una mujer joven, cuya presencia no habíamos advertido. Era evidente que seguía a la pareja y, cuando estuvo a nuestra altura, logré distinguir su rostro y tuve la vaga impresión de haberla visto antes. Llevaba ropa ligera, y había en ella cierta audacia y desvergüenza, a pesar de su aspecto pobre y demacrado. Pero, en aquellos momentos, parecía haberlo abandonado todo al viento que soplaba y no tener más preocupación que seguir a Ham y a la pequeña Emily. Y su silueta desapareció tras la de los dos jóvenes, sin lograr reducir la distancia que les separaba; y entre nosotros, el mar y las nubes, sólo quedó visible aquella línea oscura y lejana que parecía habérselos tragado.

—Es como una sombra negra que persigue a la muchacha —afirmó Steerforth, deteniéndose—. ¿Qué significado tendrá?

Lo dijo con voz queda, casi irreconocible para mí.

—Debe de tener la intención de pedirles limosna —exclamé.

—Una mendiga no sería nada nuevo —señaló Steerforth—, pero es extraño que haya adoptado esa forma precisamente esta noche.

—¿Por qué? —quise saber.

—Por el simple motivo de que, cuando ella apareció, estaba pensando en una imagen similar —respondió, después de un momento de silencio—. Me gustaría saber de dónde diablos ha salido.

—Supongo que de la sombra de ese muro —dije, pues nos disponíamos a coger un camino junto al que habían levantado un muro.

—¡Se ha esfumado! —añadió, mirando por encima de su hombro—. ¡Ojalá que todos los males desaparezcan con ella! Y ahora, ¡vamos a cenar!

Sin embargo, en más de una ocasión, volvió a mirar por encima del hombro hacia el horizonte, en el mar, que brillaba con luz trémula en la lontananza. Y, durante el corto trayecto que aún nos quedaba por recorrer, repitió con frases entrecortadas su extrañeza por lo ocurrido; y sólo pareció olvidarlo cuando estuvimos felizmente sentados en la mesa, al calor de la chimenea y a la luz de las velas.

Littimer se encontraba allí, y causó en mí el efecto de siempre. Cuando le dije que esperaba que la señora Steerforth y la señorita Dartle se encontraran bien, me contestó en tono respetuoso (y, por supuesto, respetable) que estaban bastante bien, gracias, y me enviaban sus saludos. Y eso fue todo, aunque tuve la impresión de que me decía claramente: «Es usted muy joven, señor; es usted demasiado joven».

Habíamos acabado casi de cenar, cuando Littimer, abandonando el rincón desde el que parecía espiarnos, o más bien espiarme a mí, se acercó a nuestra mesa y le dijo a Steerforth:

—Perdone, señor. La señorita Mowcher está en Yarmouth.

—¿Quién? —preguntó Steerforth, sorprendido.

—La señorita Mowcher, señor.

—¿Y qué demonios hace aquí? —exclamó mi amigo.

—Al parecer, señor, es natural de la región. Me ha contado que viene todos los años por cuestiones profesionales. Tropecé con ella en la calle esta tarde, señor, y quería saber si usted le haría el honor de recibirla después de la cena.

—¿Conoces a la gigante en cuestión, Daisy? —inquirió Steerforth.

Me vi obligado a confesar —avergonzado de reconocer mi inferioridad en presencia de Littimer— que la señorita Mowcher era una completa desconocida para mí.

—Entonces te la presentaré —exclamó Steerforth—, porque es una de las siete maravillas del mundo. Cuando llegue la señorita Mowcher, hazla pasar, Littimer.

Sentí verdadera curiosidad y excitación ante la idea de conocer a aquella dama, especialmente porque Steerforth se desternillaba de risa cada vez que yo me refería a ella, negándose en redondo a contestar mis preguntas. Esperé,

así, su llegada con enorme impaciencia. Hacía media hora que habían quitado el mantel y que nosotros bebíamos junto al fuego, cuando la puerta se abrió y Littimer anunció con la imperturbabilidad que le caracterizaba:

—¡La señorita Mowcher!

Miré hacia el umbral de la puerta, pero no vi nada. Seguí con la vista clavada allí, extrañado de su tardanza, cuando, para mi inmensa sorpresa, vi aparecer contoneándose por detrás del sofá que había entre la puerta y yo a una enana gorda y jadeante, de unos cuarenta o cuarenta y cinco años. Tenía una cabeza y un rostro enormes, unos ojos grises y maliciosos, y sus brazos eran tan cortos que, para poder ponerse pícaramente el dedo índice en su chata nariz, mientras miraba con coquetería a Steerforth, se vio obligada a bajar la cabeza para que la nariz tropezara con el dedo a mitad de camino. Su barbilla, o más bien su papada, era tan gruesa que parecía tragarse las cintas e incluso el lazo del sombrero. No tenía cuello, ni cintura, ni unas verdaderas piernas; pues, a pesar de que su tamaño era normal hasta donde debería encontrarse el talle, si es que lo tenía, y de que su cuerpo terminaba, como en casi todos los mortales, en un par de pies, era tan bajita que, cuando depositó el bolso que llevaba en una silla, ésta pareció tener para ella la altura de una mesa. Aquella dama, que vestía de un modo sencillo e informal, que experimentaba las dificultades que he descrito antes para unir a la nariz el dedo índice, y que llevaba la cabeza siempre ladeada y uno de sus maliciosos ojos cerrado, lo que le daba una expresión increíblemente astuta, después de comerse con los ojos a Steerforth durante unos instantes, dejó escapar un torrente de palabras.

—¡Cómo! ¡Mi flor! —empezó a bromear, moviendo su voluminosa cabeza en dirección a Steerforth—. ¡De modo que está usted aquí! ¡Qué niño tan malo! ¿Qué hace tan lejos de casa? Seguro que nada bueno. Es usted un tunante, Steerforth. Al igual que yo, ¿no es cierto? ¡Ja, ja, ja! Habría usted apostado cien libras contra cinco a que no me encontraba aquí, ¿verdad? Pero yo estoy en todas partes al mismo tiempo. Aquí y allí, al igual que la media corona del prestidigitador que aparece en el pañuelo de la dama. Hablando de pañuelos y de damas, ¡qué consuelo es usted para su santa madre, querido muchacho! Creo que podría poner la mano en el fuego.

Y, en esta fase de su parlamento, la señorita Mowcher desató el nudo de su sombrero, se echó las cintas hacia atrás y tomó asiento, jadeando, en un taburete junto al fuego; la mesa del comedor pareció convertirse, así, en una especie de techo de caoba sobre su cabeza.

—¡Por todos los santos del Cielo! —prosiguió, golpeando sus diminutas rodillas con una mano y mirándome con malicia—. Lo que pasa es que estoy demasiado gorda, Steerforth. Después de subir un tramo de escalera, me cuesta tanto extraer aire de los pulmones como si tuviera que sacar un cubo de agua. Si usted me viera asomada a la ventana de un piso alto, ¿acaso no me tomaría por una mujer hermosa?

—Siempre lo haría, dondequiera que la viese —repuso Steerforth.

—Vamos, vamos... ¡no sea tan marrullero! —exclamó la pequeña criatura, amenazándole con el pañuelo con que se estaba enjugando el rostro—. ¡Y no sea descarado! Pero le doy mi palabra de honor de que la semana pasada fui a casa de lady Mithers... ¡ésa sí que es toda una mujer! ¡Qué bien se conserva! Y, mientras la esperaba, entró en la habitación el mismísimo lord Mithers... ¡ése sí que es todo un hombre! ¡Qué bien se conserva! Y su peluca también, porque la tiene desde hace diez años. Lo cierto es que empezó a dirigirme tantos cumplidos que creí que me vería obligada a tocar la campanilla. ¡Ja, ja, ja! Es un granuja simpático, pero carece de principios.

—¿Y qué quería de usted lady Mithers? —preguntó Steerforth.

—Eso no es de su incumbencia, querido muchacho —replicó ella, tocándose de nuevo la nariz, haciendo una mueca y guiñando los ojos como si fuera un duende de inteligencia sobrenatural—. ¡No se preocupe! Le gustaría saber si impido que se le caiga el pelo, o se lo tiño, o retoco su cutis, o arreglo sus cejas, ¿no es así? Pues lo sabrá, querido mío... ¡cuando yo se lo cuente! ¿Sabe usted cómo se llamaba mi bisabuelo?

—No —contestó Steerforth.

—Era un Walker, querido —exclamó la señorita Mowcher—, y descendía de una larga línea de Walkers, de quienes heredé las propiedades Hookey.^[37]

Jamás he visto nada que pudiera compararse a los guiños de la señorita Mowcher, si exceptuamos el aplomo de la señorita Mowcher. Cuando escuchaba a los demás o esperaba una respuesta, tenía un modo maravilloso de ladear astutamente la cabeza, con el ojo hacia arriba, como una urraca. Yo estaba tan asombrado que no podía dejar de mirarla, olvidando, mucho me temo, las reglas de la cortesía.

Entretanto, ella se había acercado la silla y había empezado a sacar del bolso —introduciendo su corto brazo hasta el hombro— un sinfín de frasquitos, esponjas, peines, cepillos, trozos de franela, pequeñas tenacillas de rizar y

otros utensilios que iba amontonando encima de la silla.

—¿Quién es su amigo, Steerforth? —preguntó para mi gran confusión, deteniéndose de pronto.

—El señor Copperfield —contestó éste—; tiene ganas de conocerla.

—¡Pues ahora lo hará! Ya me parecía que era eso lo que quería... —dijo la señorita Mowcher, mientras se acercaba a mí riendo y contoneándose, con el bolso en la mano—. ¡Su rostro es como un melocotón! —prosiguió, poniéndose de puntillas para pellizcarme la mejilla—. ¡Muy tentador! ¡Me encantan los melocotones! Me alegro mucho de conocerlo, señor Copperfield.

Le respondí que era yo quien se sentía honrado y que la satisfacción era mutua.

—¡Dios mío! ¡Qué educados somos! —exclamó la señorita Mowcher, haciendo el cómico ademán de esconder su enorme rostro tras su minúscula mano—. ¡Cuántas pamplinas!

Nos dirigió estas palabras a los dos, en tono confidencial, al tiempo que retiraba la mano de su cara y la hacía desaparecer de nuevo en el interior del bolso.

—¿Qué quiere usted decir, señorita Mowcher? —inquirió Steerforth.

—¡Ja, ja, ja! ¡Menudo hatajo de farsantes estamos hechos! ¿No es cierto, querido muchacho? —dijo aquella menudencia, buscando algo en el bolso con la cabeza ladeada y el ojo hacia arriba—. ¡Miren! —exclamó, sacándolo—. ¡Recortes de las uñas del príncipe ruso! Yo le llamo el príncipe del Alfabeto Embrollado, pues su nombre tiene todas las letras, aunque desordenadas.

—El príncipe ruso es cliente suyo, ¿no? —preguntó Steerforth.

—En efecto, querido —replicó la señorita Mowcher—. Le arreglo las uñas ¡de las manos y de los pies! ¡Dos veces a la semana!

—Espero que le pague bien —señaló Steerforth.

—Me paga del mismo modo que habla... con la nariz —contestó la señorita Mowcher—. El príncipe no es uno de sus afeitados amigos. Si viera sus bigotes... Pelirrojos por naturaleza, negros gracias al arte.

—Al arte de usted, por supuesto —afirmó Steerforth.

La señorita Mowcher asintió con un guiño.

—Se vio obligado a pedir mi ayuda. No tuvo más remedio. Nuestro clima no era bueno para *su* tinte; en Rusia no tenía problemas con él, pero aquí... No creo que jamás haya visto usted un príncipe con ese color de pelo. ¡Como un hierro viejo!

—¿Por eso acaba de llamarle farsante? —quiso saber Steerforth.

—Se cree usted muy listo, ¿verdad? —respondió la señorita Mowcher, moviendo violentamente la cabeza—. Lo que he dicho es que todos éramos un hatajo de farsantes, y para demostrarlo les he enseñado las uñas del príncipe. Entre las familias distinguidas, éstas me resultan de más utilidad que todas mis habilidades juntas. Siempre las llevo conmigo. Son mi mejor carta de presentación. Si la señorita Mowcher corta las uñas del príncipe, seguro que lo hace muy bien. Se las regalo a las jovencitas, y supongo que ellas las colocan en su álbum. ¡Ja, ja, ja! ¡Válgame Dios! «El conjunto del sistema social» (como dicen los parlamentarios en sus discursos) ¡es un sistema de uñas de príncipe! —exclamó aquella minúscula mujer, intentando cruzar sus cortos brazos y moviendo su enorme cabeza.

Steerforth se rió a carcajadas y yo también. La señorita Mowcher siguió moviendo la cabeza, siempre muy ladeada, al tiempo que miraba hacia arriba con un ojo y guiñaba el otro.

—¡Está bien! ¡Está bien! —exclamó, golpeando sus pequeñas rodillas y poniéndose en pie—. Pero esto no tiene nada que ver con el negocio. Vamos, Steerforth; exploremos las regiones polares y terminemos de una vez.

Escogió dos o tres de sus pequeños utensilios y un frasquito, y entonces preguntó, con gran sorpresa mía, si la mesa aguantaría. Cuando Steerforth le contestó afirmativamente, empujó una silla contra ella y, pidiéndome que le ayudara con mi mano, se subió encima con bastante agilidad, como si fuera un escenario.

—Si alguno de ustedes me ha visto los tobillos —afirmó, una vez encaramada—, que lo diga. Me marcharé a casa a quitarme la vida.

—Yo no —aseguró Steerforth.

—Ni yo tampoco —añadí.

—En ese caso —exclamó ella—, me dignaré seguir viviendo. Y ahora, patito, patito, ¡venga para que la señora Bond^[38] le corte el cuello!

Era una invitación a Steerforth para que se pusiera en sus manos; él, en

consecuencia, se sentó de espaldas a la mesa y, con el rostro vuelto hacia mí, dejó sonriente que le inspeccionara la cabeza, evidentemente con el único objeto de divertirnos. Era un espectáculo asombroso ver a la señorita Mowcher, inclinada sobre él, examinando su abundante cabellera negra con una gigantesca lupa que había sacado del bolsillo.

—Tiene usted suerte —dijo la señorita Mowcher, después de un breve examen—. De no ser por mí, estaría tan calvo como un monje tonsurado en menos de doce meses. Sólo medio minuto más, joven amigo, y le daré unas friegas que conservarán sus rizos durante los próximos diez años.

Y, diciendo estas palabras, vertió parte del contenido del frasquito en uno de los pequeños trozos de franela y humedeció uno de los cepillitos en tan saludable preparación. Empezó entonces a frotar y a rascar con ambos la coronilla de Steerforth, con una energía extraordinaria, mientras hablaba sin cesar.

—Charley Pyegrave, el hijo del duque... ¿Conoce usted a Charley? —preguntó a Steerforth, echándose hacia adelante para mirar su rostro.

—Un poco —respondió éste.

—¡Menudo hombre! ¡Y qué bigote! En cuanto a sus piernas, si sólo fueran dos (que no es el caso), nadie podría competir con él. ¿Puede creer que quiso prescindir de mis servicios? Y, además, en la Guardia de Corps...

—¡Está loco! —afirmó Steerforth.

—Eso parece. Sin embargo, loco o cuerdo, lo intentó —señaló la señorita Mowcher—. Tuvo la idea de entrar en una perfumería y pedir una botella de aceite de Madagascar.^[39]

—¿Charley? —preguntó mi amigo.

—Sí, Charley. Pero en la perfumería no tenían ese aceite.

—¿Para qué sirve? ¿Para beber? —inquirió Steerforth.

—¿Para beber? —repuso la señorita Mowcher, haciendo un alto para darle una palmadita en la mejilla—. ¡Para aplicárselo en el bigote! Había una mujer de edad avanzada en la tienda, una verdadera arpía, que nunca había oído aquel nombre. «Perdone, caballero —le preguntó—, ¿se refiere usted a... un colorete?» «¿A un colorete? —exclamó Charley—. Y ¿para qué cosa imposible de mencionar ante una persona decente iba a querer yo un colorete?» «No se ofenda, señor —contestó la arpía—, nos lo piden bajo tantos nombres diferentes

que pensé que podría ser eso». He aquí, querido muchacho –prosiguió la señorita Mowcher, sin dejar de frotarle con vigor–, otro ejemplo de esa hipocresía de la que hablaba antes. También yo soy una farsante... quizá más, quizá no tanto; llamémoslo mejor falta de escrúpulos, pero ¿qué más da, jovencito?

–¿Por qué dice eso? ¿Por el colorete? –inquirió Steerforth.



Conozco a la señorita Mowcher

–No tiene usted más que sumar dos y dos, mi querido alumno –repuso la

prudente Mowcher, tocándose la nariz—, haga sus cálculos siguiendo las reglas del secreto profesional y obtendrá el resultado que busca. Ése es mi proceder: una viuda acomodada lo llama «pomada para los labios», otra «guantes», otra «cinta de sombrero», otra «abanico»... Yo le doy siempre el nombre que ellas desean, y se lo proporciono. Pero seguimos el juego con tanta seriedad que, de igual modo que jamás se aplicarían ese cosmético en una sala llena de gente, serían incapaces de aplicárselo en mi presencia. Y, cuando voy a visitarlas, a veces me dicen, ¡con una buena capa de colorete encima!: «¿Cómo me encuentra, Mowcher? ¿Estoy pálida?». ¡Ja, ja, ja! ¿Acaso no es divertido, mi joven amigo?

Jamás había contemplado una escena semejante: la señorita Mowcher de pie sobre la mesa del comedor, riéndose de sus historias y frotando enérgicamente la cabeza de Steerforth, mientras me guiñaba un ojo.

—¡Ah! —se lamentó—. En estos parajes no hay mucha demanda de esas cosas. No he visto a una mujer hermosa desde que llegué aquí, Jemmy.

—¿De veras? —dijo Steerforth.

—Ni siquiera su sombra —añadió la señorita Mowcher.

—Pues nosotros podríamos enseñarle una de carne y hueso —afirmó Steerforth, mirándome—. ¿No es cierto, Daisy?

—¡Ya lo creo! —respondí.

—¡Ajá! —exclamó la diminuta criatura, clavando sus ojos en mí antes de volverlos hacia Steerforth—. ¡Caramba!

La primera exclamación parecía una pregunta dirigida a ambos y la segunda, sólo a él. Era como si no hubiera encontrado respuesta a ninguna de las dos, pero siguió frotando el cabello de Steerforth, con la cabeza ladeada y un ojo hacia arriba, como si buscara la respuesta en el aire y confiara en que apareciera de un momento a otro.

—Se trata de una hermana suya, ¿verdad, señor Copperfield? —inquirió, tras un momento de silencio, sin dejar de escudriñarnos.

—No —repuso Steerforth, sin darme tiempo a contestar—. Nada de eso. Por el contrario, si no me equivoco hubo un tiempo en que el señor Copperfield sintió gran admiración por ella.

—¡Cómo! ¿Y ya no la siente? —exclamó la señorita Mowcher—. ¿Es un joven voluble? ¡Qué vergüenza! ¿Acaso ha ido de flor en flor, cambiando

cada hora... hasta que Polly correspondió a su amor? ¿Es ése su nombre?

Me hizo esa pregunta con la vivacidad de un elfo, mirándome con aire inquisidor, por lo que me quedé desconcertado durante unos segundos.

—No, señorita Mowcher —repliqué—. Se llama Emily.

—¿Ah, sí? —exclamó en el mismo tono—. ¡Vaya! ¡Qué charlatana soy! ¿No me encuentra frívola, señor Copperfield?

Tanto en su tono como en su aspecto, hubo algo que me disgustó. Respondí, por ese motivo, con mayor seriedad de la que habíamos mostrado hasta entonces:

—Es una joven tan virtuosa como bella. Está prometida a un hombre muy honrado y respetable, de su misma posición. Valoro tanto su buen juicio como admiro su hermosura.

—¡Bien dicho! —dijo Steerforth—. ¡Bravo, bravo, bravo! Y ahora voy a satisfacer la curiosidad de esta pequeña Fátima,^[40] querido Daisy, contándole todos los detalles. En la actualidad, tiene un contrato de aprendizaje, de trabajo o de lo que sea en Omer y Joram, merceros, sombrereros, etc... de esta ciudad. Omer y Joram, ¿lo ha oído bien? El compromiso matrimonial del que ha hablado mi amigo es con un primo suyo llamado Ham, apellidado Peggotty, y de profesión carpintero de ribera, también en Yarmouth. La joven vive con un pariente, cuyo nombre de pila desconozco, apellidado Peggotty y de profesión marinero; por supuesto, en esta población. Es el hada más linda y encantadora del mundo. Al igual que mi amigo, la admiro muchísimo. Si no tuviera miedo de menospreciar a su prometido (lo que disgustaría al señor Copperfield), añadiría que, en mi opinión, es una verdadera lástima, pues ella habría podido aspirar a una boda mejor. Juraría que ha nacido para convertirse en una dama.

La señorita Mowcher escuchó estas palabras, que Steerforth pronunció muy despacio y con toda claridad, con la cabeza ladeada y el ojo pendiente del aire, como si siguiera buscando la respuesta. En cuanto él hubo terminado, recuperó su animación y empezó a parlotear con asombrosa ligereza.

—¿Y eso es todo? —exclamó, recortando la barba de Steerforth con unas pequeñas e inquietas tijeras que daban chasquidos en todas direcciones—. ¡Muy bien, *muy* bien! Una larga historia. Debería tener este fin: «... y vivieron felices y comieron perdices», ¿no creen? ¡Ah! ¿Cómo sería el juego de las prendas? Quiero a mi amor con una E porque es encantadora; la odio

con una E porque es esquiva. Le mostré lo más exquisito y le pedí que se escapara conmigo. Su nombre es Emily y vive en el este. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿No le parezco frívola, señor Copperfield?

Se limitó a mirarme con enorme picardía y, sin esperar mi respuesta, prosiguió sin tomar aliento:

—¡Ya está! Si ha habido alguna vez un bribón arreglado y acicalado hasta la perfección, ése es usted, Steerforth. Si hay una mollera que yo comprenda bien en este mundo, ésa es la suya. ¿Entiende lo que le digo, querido? La conozco perfectamente —continuó, inclinándose sobre él para mirarle—. Ahora puede usted abandonar la sala, Jemmy, como dicen en los tribunales, y si el señor Copperfield toma asiento, me ocuparé de él.

—¿Qué respondes, Daisy? —preguntó Steerforth, riéndose y renunciando a la silla—. ¿Quieres que te arregle?

—Gracias, señorita Mowcher, esta noche no.

—No diga que no —repuso la diminuta mujer, contemplándome con aire de experta—. ¿Le gustaría un poco más de ceja?

—En otra ocasión, gracias —contesté.

—Podemos alargarla un cuarto de pulgada hacia las sienes —señaló la señorita Mowcher—. Lo lograremos en quince días.

—No, gracias. De momento, no.

—Lo haré por una simple propina —insistió—. ¿No? ¿Qué tal entonces unas buenas patillas? ¡Acérquese!

No pude evitar sonrojarme al decir que no, pues aquél era mi punto flaco. Pero la señorita Mowcher, comprendiendo que no estaba dispuesto a someterme a ninguna de las mejoras al alcance de su arte y que, por el momento, era insensible a las excelencias del frasquito que, para resultar más persuasiva, sujetaba a la altura de un ojo, declaró que empezaríamos otro día y solicitó la ayuda de mi mano para descender de su elevada posición. Saltó entonces al suelo con gran agilidad y empezó a atarse la papada con las cintas del sombrero.

—Los honorarios son... —quiso saber Steerforth.

—Cinco chelines —repuso la señorita Mowcher—, bien barato, pollito mío. ¿A que soy frívola, señor Copperfield?

Le respondí cortésmente que no. Pero no pude evitar pensar lo contrario cuando vi cómo lanzaba al aire sus dos medias coronas, al igual que un duende pastelero, y las cogía al caer, antes de metérselas en el bolsillo y darles una ruidosa palmada cuando ya las tuvo dentro.

—¡Aquí está la caja! —exclamó la señorita Mowcher, de nuevo al lado de la silla, mientras colocaba dentro del bolso la variada colección de pequeños objetos que había sacado—. ¿Me falta algo? Creo que no. No quiero que me pase como a Ned Beadwood que, cuando le llevaron a la iglesia «para casarse con alguien», como él dice, olvidó allí a la novia. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Menudo pícaro ese Ned! Pero es tan gracioso... Y ahora sé que voy a partirles el alma, pero me veo obligada a marcharme. Hagan ustedes acopio de valor. ¡Adiós, señor Copperfield! ¡Cuídese mucho, Jockey de Norfolk!^[41] Pero ¡qué charlatana soy! ¡Y toda la culpa es suya, malvados! Les perdono. «¡Bob swore!»,^[42] como decía aquel inglés, en lugar de «buenas noches», cuando empezó a aprender francés. «Bob swore», mis patitos.

Con el bolso colgando del brazo, y sin dejar de parlotear, la señorita Mowcher se dirigió a la puerta contoneándose. Una vez allí, se detuvo para preguntarnos si queríamos un rizo de sus cabellos.

—¿A que soy frívola? —fue su único comentario, antes de salir tocándose la nariz.

Steerforth se reía tanto que me fue imposible no reírme yo también; aunque no creo que lo hubiera hecho de no haberme inducido él. Cuando recuperamos la calma, lo que requirió algún tiempo, me contó que la señorita Mowcher tenía muchísimas relaciones y prestaba los más variados servicios a toda clase de gente. Algunas personas se divertían con ella a causa de su deformidad, me explicó; pero lo cierto es que era una mujer extraordinariamente astuta y sagaz y, aunque tuviera los brazos tan cortos, de una inteligencia admirable. Añadió que no había mentido al decir que estaba en todas partes a la vez; pues realizaba pequeñas escapadas a las ciudades de provincias, y parecía encontrar clientes en cualquier lugar, y conocer a todo el mundo. Le pregunté por su carácter: si no tenía algo de maliciosa, y si sus simpatías se decantaban por el lado bueno de las cosas. Pero, después de intentarlo dos o tres veces, siguió sin prestar atención a mis preguntas, por lo que dejé de insistir o me olvidé de repetirlas. En vez de eso, se apresuró a darme toda clase de detalles sobre sus habilidades y sus ganancias; me dijo, asimismo, que era una eminencia aplicando ventosas, por si alguna vez necesitaba esa clase de servicios.

La señorita Mowcher fue el tema principal de nuestra conversación durante la velada; y, cuando nos despedimos hasta el día siguiente, Steerforth se asomó a la barandilla y me gritó «¡Bob swore!», mientras bajaba por la escalera.

Al llegar a casa del señor Barkis, me extrañó encontrar a Ham paseando arriba y abajo delante de la puerta, pero todavía me sorprendió más saber que la pequeña Emily se hallaba dentro. Le pregunté, naturalmente, por qué no pasaba, en lugar de esperar en la calle.

—Verá, señorito Davy —repuso, vacilante—. Es que Emily está hablando con alguien.

—Habría pensado que ése era un buen motivo para que tú también estuvieras ahí dentro, Ham —exclamé, sonriendo.

—En circunstancias normales, sí —contestó—; pero ¿sabe usted, señorito Davy? —prosiguió, bajando la voz y en tono muy grave—. Se trata de una joven... una joven que Emily conoció en el pasado, y a la que ahora no debería tratar.

Cuando oí estas palabras, pareció iluminarse el rostro de la mujer que había visto tras ellos unas horas antes.

—Es una pobre criatura, señorito Davy —dijo Ham—, a la que todos pisotean en la ciudad. Calle arriba y calle abajo. Huyen más de ella que si fuera un cadáver del cementerio.

—¿Es posible que la viera esta noche en la playa, después de cruzarnos con vosotros?

—Nos seguía, ¿verdad? —quiso saber Ham—. Sí, debía de ser ella, señorito Davy. Yo no sabía que estaba allí, pero un poco más tarde, cuando vio la luz encendida, se acercó al ventanuco de Emily y susurró: «Emily, Emily, por el amor de Dios, apiádate de mí. ¡En otro tiempo fui como tú!». ¡Qué palabras tan solemnes, señorito Davy!

—Tienes razón, Ham. ¿Y qué hizo Emily?

—Ella le dijo: «Martha, ¿eres tú? Oh, Martha, no puedes ser tú», pues habían trabajado juntas mucho tiempo en la tienda del señor Omer.

—¡Ya sé quién es! —exclamé, recordando una de las dos muchachas que había visto en mi primera visita a la tienda—. ¡Me acuerdo muy bien de ella!

—Martha Endell —declaró Ham—. Tiene dos o tres años más que Emily,

pero fueron a la escuela juntas.

—Jamás había oído su nombre —respondí—. Pero no quería interrumpirte...

—En cuanto a eso, señorito Davy, su historia se resume en estas palabras: «Emily, Emily, por el amor de Dios, apiádate de mí. ¡En otro tiempo fui como tú!». Ella quería hablar con Emily, pero Emily no podía recibirla allí, pues su querido tío había llegado a casa y, a pesar de lo bueno y generoso que es, no querría... ni podría —dijo Ham con gran seriedad— ver juntas a esas dos muchachas, la una al lado de la otra, ni por todos los tesoros hundidos en el mar.

Sus palabras encerraban una gran verdad. Lo supe, en aquel instante, tan bien como Ham.

—Así que Emily escribió a lápiz una nota en un trozo de papel —prosiguió el joven— y se la entregó a Martha por la ventana, diciéndole que la trajera aquí. «Enseña esto a mi tía, la señora Barkis, y ella te dejará sentarte junto al fuego, por amor a mí, hasta que mi tío se haya marchado y yo pueda ir a verte», le susurró. Entonces Emily me lo contó todo, señorito Davy, y me pidió que la acompañara. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ella no debería tratar a una mujer así, pero fui incapaz de negarme cuando vi sus ojos llenos de lágrimas.

Metió la mano en el interior de su áspera chaqueta y sacó con enorme cuidado una preciosa bolsita.

—Y de igual modo que fui incapaz de negarme cuando vi sus ojos llenos de lágrimas, señorito Davy —continuó Ham, colocando con ternura la bolsita en la palma de su tosca mano—, ¿cómo podía decirle que no cuando me confió esto, incluso sabiendo para qué lo traía? ¡Una pequeñez como ésta! —exclamó, mirándola pensativo—. ¡Y con tan poco dinero! ¡Mi dulce Emily!

Cuando volvió a guardársela en el bolsillo, estreché calurosamente su mano, pues me pareció el mejor modo de expresarle mi simpatía; y seguí paseando con él, en silencio, durante unos minutos. Entonces se abrió la puerta y apareció Peggotty, que hizo señas a Ham para que pasara. Yo me habría quedado fuera, pero ella se acercó para pedirme que le acompañara. Aun así, habría evitado entrar en la habitación donde estaban, si no se hubiera tratado de la cocina primorosamente embaldosada de la que he hablado en más de una ocasión. La puerta de la calle conducía directamente a ella, por lo que me encontré casi sin darme cuenta entre ellos.

La muchacha que había visto en la playa estaba sentada en el suelo, cerca de la chimenea, con la cabeza y uno de los brazos apoyados en una silla. Imaginé, al ver su postura, que Emily acababa de ponerse en pie y que tal vez aquella cabeza afligida había estado recostada en su regazo. Apenas pude verle el rostro, sobre el que caían los cabellos sueltos y en desorden, como si ella misma los hubiera despeinado; pero vi que era joven y de tez muy blanca. Peggotty había llorado. La pequeña Emily, también. Cuando entramos, nadie dijo nada; y, en medio de aquel silencio, el reloj holandés que había junto a la cómoda parecía hacer tictac dos veces más fuerte que de costumbre.

Emily fue la primera en hablar.

—Martha quiere irse a Londres —le dijo a Ham.

—¿Y por qué a Londres? —preguntó él.

El joven estaba de pie entre las dos; jamás he olvidado la expresión con que contemplaba a la muchacha postrada en el suelo, con una mezcla de compasión y de celos ante la idea de que fuese amiga de su amada. Ambos hablaban como si ella estuviera enferma, con voz suave y apagada, casi entre susurros, pero se les oía con claridad.

—Estaré mejor en Londres que aquí —afirmó una tercera voz, la de Martha, que siguió inmóvil—. Allí nadie sabe quién soy. Aquí todo el mundo me conoce.

—¿Y qué va a hacer allí? —inquirió Ham.

Martha levantó la cabeza y le miró con tristeza durante unos instantes; después, volvió a agacharla y se pasó el brazo derecho alrededor del cuello, como si tuviera mucha fiebre, o el terrible dolor de alguien que ha recibido un disparo.

—Procurará portarse bien —aseguró la pequeña Emily—. Tú no sabes lo que nos ha contado, Ham. ¿Verdad que él... que ellos no lo saben, tía?

Peggotty movió la cabeza, compasiva.



Martha

—Lo intentaré —dijo Martha—, si me ayudan a marcharme de aquí. Es imposible que las cosas me vayan peor. Tal vez allí tenga más suerte. ¡Por favor! —exclamó, estremeciéndose—. ¡Sáquenme de estas calles donde todo el mundo me conoce desde niña!

Vi cómo Emily extendía su mano y Ham le daba una bolsita de lona. Ella la cogió, convencida de que era su monedero, y avanzó uno o dos pasos; pero, al darse cuenta de su error, regresó junto al joven, que se había acercado a mí,

y se la enseñó.

–Es tuya, Emily –le oí decir–. No tengo nada en el mundo que no te pertenezca, vida mía. Lo único que quiero es que seas feliz.

Las lágrimas brotaron nuevamente de los ojos de Emily, pero volvió la cabeza y se acercó a Martha. No sé lo que le dio. Vi cómo se inclinaba y ponía dinero en su pecho. Murmuró algo y le preguntó si era suficiente.

–Más que suficiente –respondió la otra joven, que cogió su mano y se la besó.

Entonces Martha se puso en pie y, después de envolverse en su chal y de cubrirse el rostro con él, se dirigió lentamente hacia la puerta, entre fuertes sollozos. Al llegar al umbral, se detuvo un momento, como si quisiera decir algo o volver atrás; pero no pronunció una sola palabra. Se marchó con el mismo gemido sordo, triste y desconsolado.

Cuando la puerta se cerró, la pequeña Emily nos miró a los tres y, escondiendo la cara entre las manos, rompió a llorar.

–¡No llores, Emily! –dijo Ham, dándole un golpecito cariñoso en el hombro–. ¡Por favor, vida mía! ¡No debes llorar así, preciosa!

–¡Oh, Ham! –replicó ella, con el rostro bañado en lágrimas–. ¡No soy todo lo buena que tendría que ser! A veces mi corazón no es agradecido... ¡y debería serlo!

–¡Vamos, vamos! ¡Estoy seguro de que sí lo es! –afirmó Ham.

–¡No! ¡No! ¡No! –exclamó la pequeña Emily, sollozando y moviendo la cabeza–. No soy todo lo buena que tendría que ser. ¡Ni mucho menos! ¡Ni mucho menos!

Y siguió llorando, como si su corazón estuviera a punto de romperse.

–Sé bien que abuso de tu amor. A menudo estoy malhumorada, soy caprichosa... y tendría que portarme de un modo muy diferente. Tú jamás eres así conmigo. ¿Por qué me comporto así cuando sólo debería pensar en mostrarme agradecida y en hacerte feliz?

–¡Tú siempre me haces feliz, querida mía! –aseguró Ham–. ¡Me siento tan dichoso al verte! Es una bendición pensar en ti todo el día.

–¡Pero no es suficiente! –protestó ella–. Eso es porque tú eres bueno, no porque lo sea yo. Quizá habría sido mejor para ti que te enamoras de otra

mujer... una joven más juiciosa y más digna de ti, que te quisiera con locura y jamás fuera vana y caprichosa como yo.

—¡Pobre corazoncito! —dijo Ham, en voz baja—. Martha parece haberla trastornado.

—Por favor, tía —sollozó Emily—. Ven aquí y déjame apoyar la cabeza en tu hombro. ¡Me siento tan desgraciada esta noche! No soy todo lo buena que tendría que ser. Lo sé muy bien.

Peggotty se había apresurado a sentarse delante del fuego. Emily se arrodilló junto a ella y, echándole los brazos al cuello, la miró angustiada.

—¡Ayúdame, te lo ruego, tía! ¡Ham, querido, intenta comprenderme! ¡Señorito Davy, por el recuerdo de tiempos pasados, ayúdeme, se lo suplico! Quiero ser mejor de lo que soy. Quiero sentirme cien veces más agradecida por mi suerte. Quiero recordar a todas horas lo afortunada que es la mujer que se casa con un hombre bueno y lleva una vida tranquila. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay, mi pobre corazón!

Escondió la cabeza en el pecho de mi antigua niñera e, interrumpiendo aquellas súplicas, que por su aflicción y su dolor parecían mitad de mujer, mitad de niña, como toda ella (lo cual era más natural y se avenía mejor, en mi opinión, que cualquier otro rasgo a su belleza), continuó llorando en silencio, mientras Peggotty la arrullaba como si fuera un niño.

Poco a poco se fue tranquilizando y, entre todos, intentamos consolarla: unas veces animándola, otras bromeando con ella. No tardó en levantar la cabeza y hablarnos. Insistimos hasta que logró sonreír, y más tarde estalló en carcajadas, y entonces se sintió un poco avergonzada. Peggotty, mientras tanto, recogió sus rizos, enjugó sus lágrimas y la arregló un poco, para que su tío, al verla llegar a casa, no se diera cuenta de que había llorado.

Aquella noche vi hacer a la pequeña Emily lo que no le había visto hacer nunca: besar inocentemente a su prometido en la mejilla y pegarse a su cuerpo fornido como si éste fuera su mejor apoyo. Cuando se alejaron juntos, a la luz de la luna menguante, les seguí con la mirada, comparando su partida con la de Martha; la pequeña Emily agarraba el brazo de Ham con las dos manos y andaba a su lado, sin separarse de él.

XXIII

Confirma la opinión del señor Dick y elige una profesión

A la mañana siguiente, cuando me desperté, pensé mucho en la pequeña Emily y en su emoción de la noche anterior después de la partida de Martha. Tuve la sensación de que debía guardar en secreto aquellos momentos familiares de fragilidad y de ternura, y de que no estaría bien revelárselos a nadie, ni siquiera a Steerforth. Ninguna persona me inspiraba sentimientos tan delicados como la hermosa criatura con la que había jugado en mi niñez, y a la que siempre había estado convencido —y seguiré estándolo hasta el día de mi muerte— de haber amado con devoción. Repetir ante otros oídos, aunque fueran los de Steerforth, lo que ella había sido incapaz de reprimir cuando su corazón se abrió ante mí accidentalmente, sería una acción despreciable, tan indigna de mí como del recuerdo de nuestra infancia, tan pura, y cuya aureola yo veía siempre sobre su cabeza. Decidí, por ese motivo, guardármelo para mí; y aquella escena confirió a la imagen de Emily una nueva gracia.

Durante el desayuno, me entregaron una carta de mi tía. Al tratarse de un asunto sobre el que Steerforth podría aconsejarme tan bien como el que más y sobre el que deseaba consultarle, tomé la determinación de discutirlo con él en nuestro viaje de regreso. Por el momento, teníamos suficiente con despedirnos de todos nuestros amigos. El señor Barkis estuvo muy lejos de ser el que menos sintió nuestra partida; y creo que habría sido capaz de volver a abrir su caja y sacrificar otra guinea, si con ello nos hubiéramos quedado cuarenta y ocho horas más en Yarmouth. Peggotty y su familia estaban desolados. En Omer y Joram, todo el mundo salió a decirnos adiós; y había tantos pescadores dispuestos a ayudar a Steerforth, cuando llegó el momento de subir nuestros baúles a la diligencia, que no nos habrían faltado brazos para cargar el equipaje de un regimiento. En pocas palabras, nos marchamos

en medio del dolor y de la admiración de todos, dejando tras nosotros un gran número de personas afligidas.

—¿Se quedará mucho tiempo aquí, Littimer? —le pregunté mientras esperaba la salida de la diligencia.

—No, señor —contestó—; es muy probable que no.

—Todavía no sabe exactamente cuánto —dijo Steerforth con indiferencia—. Sabe lo que tiene que hacer, y lo hará.

—No me cabe la menor duda —exclamé.

Littimer se llevó la mano al sombrero, en señal de agradecimiento por mi buena opinión, y yo me sentí como si no tuviera más de ocho años. Nos saludó de nuevo para desearnos buen viaje; y allí lo dejamos, en medio de la calle, tan misterioso y respetable como una pirámide de Egipto.

Guardamos silencio durante un rato, pues Steerforth parecía haber enmudecido, cosa extraña en él, y yo me preguntaba cuándo volvería a ver aquellos lugares de mi infancia y qué cambios experimentaríamos, tanto ellos como yo, en el intervalo. Finalmente, Steerforth, recobrando de pronto la animación (tenía el don de cambiar de humor siempre que lo deseaba), me dio un tirón del brazo y exclamó:

—¿Has perdido el habla, David? ¿Qué pasa con esa carta que has mencionado durante el desayuno?

—¡Oh! —dije, sacándola del bolsillo—. Es de mi tía.

—¿Y qué te escribe en ella que debas meditar?

—Me recuerda, Steerforth, que la finalidad de este pequeño viaje era valerme por mí mismo y reflexionar un poco —repliqué.

—Algo que sin duda has hecho, ¿no?

—No, no especialmente. Para ser sincero, me temo que lo había olvidado.

—Pues bien, mira a tu alrededor y remedia tu negligencia —señaló Steerforth—. Mira a la derecha, y verás una región llana y pantanosa; mira a la izquierda, y contemplarás el mismo paisaje. Mira al frente, y todo seguirá igual; mira atrás, y nada habrá cambiado en lo más mínimo.

Le contesté riendo que no veía en todo aquel panorama ninguna profesión que me conviniera, lo que quizá podía atribuirse a su monotonía.

—¿Y qué dice tu tía al respecto? —preguntó Steerforth, señalando la carta que yo tenía en la mano—. ¿Acaso te sugiere algo?

—Sí —respondí—. Me pregunta si me gustaría ser procurador eclesiástico. ¿Qué te parece?

—No sé —declaró Steerforth, con indiferencia—. Supongo que es un trabajo como cualquier otro.

No pude evitar reírme de nuevo, al ver que para él todas las profesiones eran iguales; y así se lo dije.

—¿Qué es un procurador eclesiástico, Steerforth?

—Es una especie de abogado de asuntos religiosos —repuso mi amigo—. En algunos anticuados juicios celebrados en los Doctors' Commons —un viejo y aburrido rincón cerca del cementerio de Saint Paul—, desempeña la misma función que los abogados^[43] en los tribunales ordinarios de justicia. Se trata de un cargo cuya existencia, en condiciones normales, tendría que haber desaparecido hace doscientos años. Comprenderás mejor mis palabras si te explico qué son los Doctors' Commons. Es un edificio pequeño y apartado donde se aplica la llamada ley eclesiástica, y donde se realizan toda clase de trampas con unas leyes del Parlamento, monstruosas y obsoletas, que las tres cuartas partes de la humanidad desconocen y que la cuarta parte restante cree desenterradas, en estado fósil, en tiempos de los Lancaster. Es el lugar donde se llevan, en virtud de un antiguo privilegio, todos los pleitos relacionados con testamentos, matrimonios y asuntos marítimos.

—¡Qué tontería, Steerforth! —exclamé—. ¿No pretenderás hacerme creer que existe alguna afinidad entre las cuestiones náuticas y las religiosas?

—No es ésa mi intención, querido muchacho —respondió—. Lo único que digo es que son sopesadas y juzgadas por los mismos hombres, allí en los Doctors' Commons. Unos días los encontrarás empleando torpemente la mitad de los términos náuticos del diccionario de Young, discutiendo si la *Nancy* ha echado a pique a la *Sarah Jane*, o si el señor Peggotty y los marineros de Yarmouth han lanzado, en medio del temporal, un ancla y un cabo al *Nelson*, a punto de naufragar en su ruta hacia las Indias; y otros días estarán concentrados en el estudio de los testimonios en pro y en contra de un clérigo que no ha observado buena conducta. Y es muy posible que el juez del caso náutico sea el abogado defensor del caso del clérigo, o viceversa. Son como actores de teatro: tan pronto representan el papel de juez, como no lo representan; ahora son esto, ahora lo otro, siempre cambiando; pero jamás

deja de ser una pequeña comedia de salón, representada con éxito ante un público extraordinariamente selecto.

—Pero ¿no es lo mismo un abogado defensor que un procurador? —pregunté, algo confuso.

—No —replicó Steerforth—, los abogados defensores son civiles que han obtenido un título en la universidad... lo que explica en parte por qué estoy al corriente. Los procuradores emplean a los abogados defensores. Tanto los unos como los otros cobran honorarios muy sustanciosos, y juntos forman un pequeño grupo verdaderamente próspero. En términos generales, David, te recomendaría que aceptases de buen grado los Doctors' Commons. Te diré, por si puede complacerte, que quienes trabajan ahí presumen de ser gente muy distinguida.

Tuve en cuenta la ligereza con que Steerforth hablaba del asunto y, recordando el aire de solemne rectitud y antigüedad que yo asociaba a aquel «viejo y aburrido rincón cerca del cementerio de Saint-Paul», comprendí que no me desagradaba la sugerencia de mi tía. Ella dejaba, por otra parte, que yo tomara la decisión; y no vaciló en decirme que se le había ocurrido la idea durante una visita que había hecho recientemente a su procurador, allí en los Doctors' Commons, con el propósito de redactar un testamento a mi favor.

—¡Muy loable por su parte! —exclamó Steerforth cuando se lo comenté—. Merece todo tu apoyo. Daisy, mi consejo es que aceptes de buen grado los Doctors' Commons.

Decidí hacerlo. Entonces le comuniqué a Steerforth que mi tía estaba esperándome en la ciudad (según decía en su carta), y que había reservado habitaciones para una semana en una especie de hotel particular en Lincoln's Inn Fields, donde había una escalera de piedra y una puerta que daba al tejado; pues la señorita Trotwood estaba convencida de que las casas de Londres podían ser pasto de las llamas todas las noches.

El resto del viaje fue de lo más agradable; en ocasiones volvimos a hablar de los Doctors' Commons, anticipando los días lejanos en que yo sería procurador eclesiástico, y que Steerforth describía de un modo tan cómico y descabellado que los dos nos desternillábamos de risa. Cuando llegamos al final de nuestro trayecto, él se dirigió a su casa, prometiendo visitarme dos días después; y yo cogí un carruaje hasta Lincoln's Inn Fields, donde mi tía me esperaba para cenar.

Si yo hubiese dado la vuelta al mundo, no creo que hubiera sido mayor

nuestra alegría al encontrarnos. Mi tía se echó a llorar al abrazarme; y, simulando reírse, declaró que, si mi pobre madre todavía viviera, con toda seguridad aquella necia mujercita se habría deshecho en llanto.

—¿Así que ha dejado usted al señor Dick en casa, tía? —exclamé—. ¡Cuánto lo siento! Ah, Janet, ¿cómo está?

Mientras Janet me hacía una reverencia y expresaba su deseo de que me encontrara bien, observé que el rostro de la señorita Trotwood se ensombrecía.

—Yo también lamento no haberlo traído —aseguró mi tía, rascándose la nariz—. Trot, no he tenido un momento de sosiego desde mi llegada.

Antes de que pudiera preguntarle el motivo, ella me lo contó.

—Tengo el convencimiento —afirmó, apoyando la mano en la mesa con melancólica firmeza— de que el carácter del señor Dick no es suficientemente enérgico para poner a raya a los burros. Estoy segura de que le falta determinación. Tendría que haber dejado a Janet en su lugar; quizá entonces habría estado más tranquila. Si alguna vez un burro ha pisoteado mi césped ha sido hoy a las cuatro en punto —dijo mi tía con vehemencia—. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, de la cabeza a los pies, y ¡sé que era un burro!

Intenté en vano tranquilizarla.

—Se trataba de un burro —insistió—; y era el de la cola corta, el mismo que montaba aquella mujer, la hermana Murdering,^[44] cuando vino a verme —desde entonces mi tía llamaba siempre así a la señorita Murdstone—. Si existe un burro en Dover cuya audacia me resulte más insoportable que la de los demás, ¡es precisamente ése! —exclamó, golpeando la mesa.

Janet se atrevió a sugerir que quizá mi tía hiciese mal en preocuparse tanto, y afirmó estar convencida de que el burro en cuestión vivía ahora dedicado al transporte de arena y de grava, por lo que no tenía tiempo para entrar ilegalmente en su propiedad. Pero mi tía se negó a escucharla.

Nos sirvieron una buena cena, y estaba caliente, a pesar de que mi tía había elegido las habitaciones en uno de los pisos más altos del hotel. No sé si lo había hecho para disfrutar de un número mayor de escalones de piedra por el mismo precio, o para estar más cerca de la puerta que salía al tejado. Comimos pollo asado, una chuleta y algunas verduras, a todo lo cual hice los debidos honores, pues estaban deliciosos. Pero mi tía tenía sus propias ideas respecto al abastecimiento de Londres, y apenas probó bocado.

—Supongo que este infortunado pollo habrá nacido y se habrá criado en un sótano —dijo—, y el único aire que habrá respirado habrá sido en la parte trasera de un carruaje. *Espero* que la chuleta sea de buey, aunque no lo creo. En mi opinión, lo único genuino de este lugar es la suciedad.

—¿Acaso no cree posible, tía, que el pollo haya venido del campo? —insinué.

—Por supuesto que no —se apresuró a responder—. Para un comerciante de Londres no tendría la menor gracia vender algo que fuera lo que aparenta ser.

No osé llevarle la contraria, pero cené con mucho apetito, lo que a ella le complació sobremanera. Cuando recogieron la mesa, Janet la ayudó a peinarse, le puso el gorro de dormir, que era más elegante que de costumbre («por si hay un incendio», dijo mi tía), y le dobló el camisón por encima de las rodillas, como todas las noches, pues le gustaba calentarse los pies antes de ir a la cama. Entonces yo le preparé, según ciertas normas establecidas que debían seguirse al pie de la letra, un vaso de vino blanco caliente, al que añadí un poco de agua, y una rebanada de pan tostado cortada en tiras largas y estrechas. Tras estos preparativos, nos dejaron solos para terminar la velada. Mi tía, sentada frente a mí, bebía su vino y mojaba en él las tiras de pan, una a una, antes de comérselas, mirándome con ternura bajo los bordes de su gorro de dormir.

—Veamos, Trot —empezó a decir—. ¿Qué te parece la idea de hacerte procurador eclesiástico? ¿O todavía no has pensado en eso?

—Lo he meditado mucho, querida tía, y he hablado largo y tendido del asunto con Steerforth. La idea me gusta. Me gusta muchísimo.

—¡Qué alegría me das! —exclamó.

—Sólo veo un inconveniente, tía.

—¿Cuál es, Trot?

—Me gustaría saber si mi ingreso en una profesión que, según tengo entendido, tiene un número muy limitado de miembros, no resultará muy costoso...

—Tu formación costará exactamente mil libras —repuso ella.

—Verá, querida tía —dije yo, acercando más la silla—, eso es algo que me preocupa. Es una suma considerable de dinero. Ha gastado usted mucho en mi educación, y siempre se ha mostrado conmigo en todo de lo más generosa. Ha

sido usted verdaderamente desprendida. Pero tienen que existir otras profesiones en las que yo pueda empezar con muy poco gasto, y en las que, sin embargo, tenga esperanzas de prosperar gracias a mi resolución y a mi esfuerzo. ¿Está segura de que no sería mejor elegir ese camino? ¿Está segura de poder desprenderse de una suma tan elevada? ¿Le parece justo gastarla así? Lo único que le pido a usted, mi segunda madre, es que reflexione sobre ello. ¿Está usted realmente segura?

Mi tía terminó de comer el trozo de pan tostado que estaba masticando, sin dejar de mirarme a la cara; luego dejó su vaso sobre la chimenea y, cruzando las manos sobre su falda remangada, me contestó lo siguiente:

—Trot, hijo mío, si tengo algún propósito en la vida es convertirte en un hombre bueno, sensato y feliz. He puesto todo mi empeño en eso... y el señor Dick, también. Me gustaría que algunas personas que conozco escucharan los comentarios del señor Dick al respecto. Su sagacidad es extraordinaria. ¡Pero soy la única que conozco hasta dónde llega su inteligencia!

Se detuvo un momento para coger mi mano entre las suyas y siguió diciendo:

—Es inútil recordar el pasado, Trot, si no ejerce alguna influencia sobre el presente. Tal vez tendría que haberme llevado mejor con tu pobre padre. Tal vez tendría que haberme llevado mejor con tu madre, aquella infortunada niña, incluso después de la decepción que me causó tu hermana Betsey Trotwood. Es posible que lo creyera así cuando llegaste a mi casa, pobre y pequeño fugitivo, cubierto de polvo y extenuado por el viaje. Desde entonces hasta ahora, Trot, has sido siempre un orgullo y una alegría para mí. Nadie tiene derecho a mi fortuna; al menos... —al llegar aquí, con gran sorpresa mía, vaciló y pareció confusa—. No, nadie tiene derecho a mi fortuna, excepto tú, mi hijo adoptivo. Sólo te pido que seas cariñoso conmigo en mi vejez, y que soportes mis manías y mis caprichos; de ese modo, harás más por una anciana cuya juventud no fue todo lo feliz y armoniosa que hubiera debido ser, de lo que jamás ella habrá hecho por ti.

Era la primera vez que oía a mi tía referirse a su pasado. Y la serenidad con que trató el tema, antes de darlo por zanjado, reflejó tanta nobleza que, de haber sido posible, habría aumentado mi respeto y mi cariño por ella.

—Todo ha quedado aclarado entre nosotros, Trot —añadió—. No necesitamos hablar más del asunto. Dame un beso y mañana, después del desayuno, iremos a los Commons.

Tuvimos una larga conversación junto al fuego antes de acostarnos. Mi habitación estaba en el mismo piso que la de ella y, a lo largo de la noche, llamó a mi puerta en varias ocasiones –cada vez que se despertaba alarmada por el ruido lejano de los coches de alquiler o de los carros que se dirigían al mercado– para preguntarme si no había oído las bombas de incendios. Sin embargo, cuando amaneció, logró tranquilizarse y me dejó dormir en paz.

Alrededor del mediodía, nos dirigimos a las oficinas de los señores Spenslow y Jorkins en los Doctors' Commons. Mi tía, que también estaba convencida de que en Londres todos los hombres que veía eran rateros, me confió su bolsito, que contenía diez guineas y algunas monedas de plata.

Hicimos un alto en la tienda de juguetes de Fleet Street para ver cómo los gigantes de Saint Dunstan^[45] daban la hora (habíamos previsto estar allí a las doce en punto) y luego continuamos hacia Ludgate Hill y la iglesia de Saint Paul. Cuando estábamos llegando al primero de estos lugares, me di cuenta de que mi tía aceleraba el paso y parecía asustada. Vi, al mismo tiempo, que un hombre ceñudo y mal vestido, que poco antes se había detenido y nos había mirado fijamente, al cruzarse con nosotros, nos seguía tan de cerca que casi rozaba la ropa de la señorita Trotwood.

–¡Trot! ¡Mi querido Trot! –susurró mi tía aterrorizada, oprimiéndome el brazo–. No sé qué hacer.

–No tenga miedo –le dije–. No pasa nada. Entre en una tienda y ya verá lo pronto que me deshago de ese individuo.

–¡No, no, hijo! –respondió–. No hables con él por nada del mundo. ¡Te lo suplico, te lo ordeno!

–¡Por Dios, tía! –exclamé–. Si no es más que un mendigo insolente.

–¡No sabes lo que es! –repuso ella–. ¡No sabes quién es! ¡No sabes lo que estás diciendo!

Entretanto, nos habíamos detenido en un portal vacío y él nos había imitado.

–¡No le mires! –gritó mi tía, cuando volví la cabeza indignado–. Pídeme un carruaje, querido, y espera mi regreso en el cementerio de Saint Paul.

–¿Que espere su regreso? –repetí.

–Sí –contestó ella–. Debo ir sola. Tengo que hablar con él.

–¿Con él, tía? ¿Con ese hombre?

—Estoy en mi sano juicio, Trot —repuso—, y te digo que tengo que hablar con él. ¡Vamos, pídemme un carruaje!

Por grande que fuera mi asombro, comprendí que no podía negarme a obedecer una orden tan apremiante. Sin perder tiempo, me alejé unos pasos y llamé a un coche de alquiler que pasaba en esos instantes. Sin que yo supiese cómo, mi tía entró de un salto en su interior, en cuanto hube bajado el estribo; el desconocido la siguió. Ella me hizo un gesto tan enérgico con la mano para que me marchara que, sumamente desconcertado, me alejé en seguida. Al hacerlo, oí cómo le decía al cochero: «¡A cualquier sitio! ¡No se detenga!». Y el carruaje me adelantó, cuesta arriba.

Recordé entonces lo que el señor Dick me había contado, y que yo había creído una imaginación suya. No me cabía la menor duda de que aquel individuo era el mismo al que él se había referido de un modo tan misterioso, aunque era incapaz de imaginar qué podía darle tanto poder sobre mi tía. Después de esperar media hora en el cementerio, vi aparecer de nuevo el carruaje. El cochero se detuvo a mi altura: mi tía venía sola.

Todavía no estaba suficientemente recuperada del susto para realizar la visita que habíamos proyectado. Me pidió que subiera al vehículo y que ordenara al cochero dar unas vueltas por los alrededores, muy despacio.

—Nunca me preguntes quién era, hijo mío, ni vuelvas a mencionar este asunto.

Y ésas fueron sus únicas palabras hasta que recobró por completo la serenidad; entonces me dijo que ya se encontraba perfectamente y que podíamos bajar del carruaje. Cuando me dio su bolsito para pagar al cochero, me percaté de que todas las guineas habían desaparecido y de que sólo quedaban las monedas de plata.

Se accedía a los Doctors' Commons por un pequeño arco de baja altura. Apenas habíamos dado unos pasos por su recinto cuando el ruido de la ciudad pareció convertirse, como por arte de magia, en un murmullo lejano. Después de atravesar algunos patios oscuros y estrechos pasajes, llegamos a las oficinas de Spenlow y Jorkins, iluminadas por una claraboya. En el vestíbulo de ese templo, donde los peregrinos eran admitidos sin la ceremonia de llamar a la puerta, tres o cuatro empleados trabajaban como copistas. Uno de ellos, un hombrecillo enjuto cuya peluca oscura y acartonada parecía de pan de jengibre, se levantó de su solitario rincón para recibir a mi tía y nos condujo al despacho del señor Spenlow.

—El señor Spenlow se encuentra en el Tribunal, señora —señaló el escribiente—; pero hoy le toca el de los Arcos, que está muy cerca, así que ahora mismo diré que le avisen.

Como nos dejaron solos mientras iban en busca del señor Spenlow, aproveché la oportunidad para echar un vistazo a mi alrededor. Los muebles eran anticuados y estaban polvorientos; el tapete verde del escritorio había perdido el color, y estaba tan pálido y ajado como un viejo mendigo. Había muchos legajos en los que podía leerse: «Alegaciones» o (para mi sorpresa) «Libelos», y si concernían al Tribunal del Consistorio, al Tribunal de los Arcos, al Tribunal de las Prerrogativas, al Tribunal del Almirantazgo o al Tribunal de los Diputados; lo que me hizo meditar mucho sobre cuántos tribunales habría en total y cuánto tiempo tardaría en aprendérmelos. Había, asimismo, innumerables manuscritos que recogían los testimonios prestados bajo juramento, sólidamente atados en gruesos fajos, a fin de separar los distintos procesos; como si cada uno de ellos fuera una historia en diez o veinte volúmenes. Todo aquello parecía bastante costoso y me dio una bonita idea del oficio de procurador eclesiástico. Estaba examinando cada vez con mayor complacencia esos objetos y otros similares, cuando se oyeron unos pasos apresurados en la estancia contigua y el señor Spenlow, con una toga negra ribeteada de armiño, entró a toda prisa y se quitó el birrete.

Era un caballero menudo y de pelo rubio, con unas botas irreprochables; jamás había visto una corbata y un cuello de camisa tan almidonados como los suyos. Llevaba el traje abotonado hasta el cuello, muy ceñido y elegante, y parecía haber dedicado mucho tiempo al arreglo de sus patillas, rizadas con auténtico esmero. La cadena de oro de su reloj era tan pesada que pensé que, para sacarla del bolsillo, necesitaría un brazo de oro tan vigoroso como los que se ven en las tiendas de los batidores de oro. Iba vestido con tanta pulcritud, y era tan estirado, que apenas podía inclinarse; y cuando quiso examinar unos documentos que había en su escritorio, después de tomar asiento, se vio obligado a mover todo el cuerpo, al igual que Polichinela, desde la base del espinazo.

Previamente me había saludado con cortesía, cuando mi tía me presentó.

—De modo, señor Copperfield, que ha pensado usted entrar en nuestra profesión. El otro día, cuando tuve el placer de entrevistarme con su tía —y volvió a inclinar todo su cuerpo como una marioneta—, le comenté que casualmente teníamos una vacante. La señorita Trotwood tuvo la amabilidad de decirme que tenía un sobrino muy querido a su cargo, para el que deseaba

encontrar una profesión honorable. Y es a ese sobrino, supongo, a quien ahora tengo el honor de... (otra inclinación de Polichinela).

Después de hacerle una reverencia en señal de agradecimiento, le respondí que mi tía me había hablado de esa posibilidad, y que creía que me agradaría mucho; que la idea me parecía muy atractiva, y que había aceptado en seguida su propuesta; que no podía estar completamente seguro hasta no saber mejor en qué consistiría mi trabajo; y que, aunque no fuese más que una formalidad, esperaba tener la oportunidad de probar si me gustaba, antes de comprometerme de un modo irrevocable.

—¡Oh! ¡Sin duda! ¡Sin duda! —exclamó el señor Spenlow—. En este despacho tenemos la costumbre de ofrecer un mes... un mes de prueba. Personalmente, preferiría que fueran dos meses, tres meses o un tiempo indefinido, pero tengo un socio, el señor Jorkins.

—Y el precio de mi formación, señor —inquirí—, ¿serán mil libras?

—En efecto, mil libras, pólizas incluidas —respondió el señor Spenlow—. Como ya he dicho a la señorita Trotwood, no actúo movido por el interés; no creo que haya muchos hombres menos apegados que yo al dinero; pero el señor Jorkins tiene sus ideas al respecto y yo debo respetarlas. A decir verdad, el señor Jorkins piensa que mil libras es demasiado poco.

—Supongo, señor —dije, intentando defender los intereses de mi tía—, que si uno de sus empleados resulta especialmente eficaz y se pone en seguida al corriente de su trabajo... —no pude evitar sonrojarme, pues sonaba muy petulante por mi parte—, supongo que no existirá la costumbre, durante los últimos años de su formación, de pagarle un...

El señor Spenlow, con gran esfuerzo, sacó la cabeza del cuello de su camisa lo suficiente para moverla negativamente, antes de que yo pronunciara la palabra «sueldo».

—No. Si no estuviera ligado a otra persona, señor Copperfield, quizá tomara en consideración esa posibilidad.

Me sentí consternado sólo de pensar en aquel terrible Jorkins. Pero más tarde descubrí que se trataba de un hombre muy apacible, de carácter triste, cuyo papel en el negocio era mantenerse en un segundo plano, para que su socio pudiera presentarlo como el más duro e implacable de los hombres. Si un empleado pedía aumento de sueldo, el señor Jorkins no quería ni oír hablar de semejante proposición. Si un cliente tardaba en pagar sus honorarios, el

señor Jorkins exigía que lo hiciera en seguida. Y, por penoso que pudiera resultar para el espíritu sensible del señor Spenlow, el señor Jorkins siempre se salía con la suya. El ángel bueno Spenlow habría sido todo corazón, si no hubiera existido aquel demonio de Jorkins. A medida que he ido cumpliendo años, he conocido bastantes negocios que se regían por el principio de Spenlow y Jorkins.

Quedó acordado que yo empezaría mi mes de prueba en cuanto me viniera bien, y que la señorita Trotwood no necesitaría quedarse en la ciudad ni regresar cuando este plazo venciera, pues no había el menor inconveniente en enviarle mi contrato a Dover para que lo firmase. Una vez arreglado esto, el señor Spenlow se brindó a acompañarme a la sala del Tribunal, a fin de que pudiera ver qué clase de lugar era. Como yo estaba deseoso de conocerlo, salimos del despacho dejando en él a mi tía, que, según nos explicó, no quería correr el riesgo de ir; supongo que para ella todos los tribunales de justicia eran como polvorines que podían volar por los aires en cualquier momento.

El señor Spenlow me condujo por un patio empedrado, rodeado de grandes edificios de ladrillo que, a juzgar por los nombres escritos en las puertas, debían de ser las residencias oficiales de los eminentes doctores de los que Steerforth me había hablado. Después me invitó a entrar en una sala grande y oscura que había a la izquierda, y que me dio la impresión de ser una iglesia. La parte del fondo estaba separada del resto por una barandilla; y allí, a ambos lados de un estrado en forma de herradura, había varios caballeros con togas rojas y pelucas grises, sentados en unas cómodas y anticuadas sillas de comedor. Eran los doctores que he mencionado antes. En el centro de la herradura, asomando por encima de un pequeño pupitre, que me recordó al de un púlpito, había un anciano. Si lo hubiera visto en el interior de una jaula, habría creído que era un búho, pero me dijeron que era el presidente del Tribunal. En el espacio interior de la herradura, aunque en un plano más bajo, es decir casi a nivel del suelo, había varios caballeros del mismo rango que el señor Spenlow, vestidos como él, con togas negras ribeteadas de armiño, sentados alrededor de una gran mesa verde. Sus cuellos parecían muy rígidos y sus miradas, altivas; pero no tardé en darme cuenta de que había sido injusto con ellos en este último aspecto, pues, cuando dos o tres tuvieron que levantarse para contestar una pregunta del dignatario que presidía, hablaron con una humildad inaudita. El público, que consistía en un muchacho con una bufanda y en un hombre con traje raído, otrora elegante, que comía a escondidas unos mendrugos que sacaba del bolsillo de su abrigo, se calentaba en una estufa que había en el centro de la sala. La tranquila languidez del

lugar sólo se veía interrumpida por el crepitar de aquel fuego y por la voz de uno de los abogados, que daba la impresión de pasear lentamente por toda una biblioteca de testimonios, y que se detenía de vez en cuando, del mismo modo que uno se detiene en una posada del camino, para esgrimir nuevos argumentos. En pocas palabras, jamás había asistido a una pequeña reunión de familia tan pacífica, tan aburrida, tan rancia, tan anticuada y tan soporífera; y pensé que sería un delicioso opiáceo formar parte de ella, representando cualquier papel, excepto quizá el de demandante.

Muy complacido con la atmósfera de sueño de aquel retiro, dije al señor Spenlow que, por el momento, ya había visto suficiente, y regresamos con mi tía. Poco después, me marché con ella de los Commons; y, al salir del despacho de Spenlow y Jorkins, me sentí muy joven, pues vi cómo los empleados se daban codazos entre sí y me señalaban con sus plumas.

Llegamos a Lincoln's Inn Fields sin más contratiempos, si exceptuamos nuestro encuentro con un infortunado burro que tiraba del carro de un vendedor ambulante y que despertó en mi tía dolorosos recuerdos. Una vez a salvo en el hotel, volvimos a conversar largo y tendido sobre mis planes; y, como sabía que ella estaba deseosa de regresar a casa y que, entre los incendios, la comida y los rateros, no podía pasar ni media hora tranquila en Londres, le pedí que no se preocupara por mí y que me dejara cuidar de mí mismo.

—Mañana hará una semana que estoy aquí, y he pensando mucho en eso, querido —contestó—. Hay unas habitaciones amuebladas en el Adelphi, que serían perfectas para ti, Trot.

Después de ese breve preámbulo, sacó del bolsillo un anuncio, cuidadosamente recortado de un periódico, donde podía leerse que en Buckingham Street, en el Adelphi, se alquilaba un pequeño apartamento amueblado, muy agradable y con vistas al río, de lo más indicado para un caballero joven, para un miembro del Colegio de Abogados, etc...; entrega de llaves inmediata, precio moderado y posibilidad de alquilarse por meses.

—¡Precisamente lo que necesito, tía! —exclamé, enrojeciendo de placer ante la perspectiva de tener mi propio apartamento.

—Entonces, no hablemos más —respondió mi tía, volviendo a ponerse el sombrero que acababa de dejar a un lado—. ¡Vamos a verlo!

Y allí nos fuimos. El anuncio decía que nos dirigiéramos a una tal señora Crupp, en el mismo edificio, de modo que tocamos la campanilla del patio,

suponiendo que así la encontraríamos. Tuvimos que llamar tres o cuatro veces antes de que ella se dignara contestar. Finalmente, apareció; se trataba de una mujer corpulenta con unas enaguas de franela, cuyos volantes sobresalían bajo su vestido de nanquín.

—¿Podría, por favor, enseñarnos las habitaciones que tiene libres? —dijo mi tía.

—¿Para este caballero? —preguntó la señora Crupp, buscando las llaves en el bolsillo.

—En efecto, para mi sobrino —repuso la señorita Trotwood.

—¡Le van a venir que ni pintiparadas! —exclamó la señora Crupp.

Subimos las escaleras. El apartamento estaba en el último piso de la casa —un punto a favor para mi tía, pues se hallaba muy cerca de la escalera de incendios— y tenía un pequeño vestíbulo donde apenas había luz, una pequeña despensa por la que había que avanzar a tientas, una sala de estar y un dormitorio. Los muebles estaban un poco deteriorados, pero suficientemente bien para mí; y, en efecto, las ventanas daban al río.

Como el sitio me encantó, mi tía y la señora Crupp se retiraron al cuarto contiguo para discutir las condiciones, mientras yo me quedaba en el sofá de la sala, casi sin acabar de creer que iba a vivir en tan magnífica residencia. Después de un singular combate de bastante duración, las dos mujeres regresaron, y no tardé en comprender, regocijado, tanto por la expresión de la señora Crupp como por la de mi tía, que habían llegado a un acuerdo.

—¿Son los muebles del inquilino anterior? —preguntó la señorita Trotwood.

—Así es, señora —repuso su interlocutora.

—¿Y qué ha sido de él? —quiso saber mi tía.

La señora Crupp sufrió un violento ataque de tos y, a duras penas, logró articular:

—Cayó enfermo aquí, señora y... ¡Cof! ¡Cof! ¡Cof! ¡Ay, Señor! Se murió...

—¡Eh! ¿Y de qué murió? —inquirió mi tía.

—Verá, señora, a causa de la bebida —le dijo confidencialmente la señora Crupp—. Y del humo.

—¿Del humo? No se referirá al de la chimenea, ¿verdad? —exclamó la señorita Trotwood.

—No, señora —repuso la señora Crupp—. Al de la pipa y los cigarros.

—En cualquier caso, eso no es contagioso, Trot —comentó mi tía, volviéndose hacia mí.

—No, señora —contesté.

En una palabra, mi tía, viendo lo entusiasmado que estaba con el apartamento, lo alquiló por un mes, con posibilidad de prolongar el contrato doce meses más, después de aquella fecha. La señora Crupp se encargaría de proporcionarme ropa blanca y de cocinar. Mi nueva casera dejó bien claro que me querría como a un hijo. Quedó convenido que me trasladaría dos días después, y la señora Crupp dio gracias al Cielo ¡por haber encontrado alguien a quien cuidar!

Durante el camino de vuelta, mi tía dijo estar convencida de que mi nueva vida me convertiría en un hombre firme y seguro de sí mismo, que era lo único que necesitaba. Al día siguiente me lo repitió varias veces, mientras organizábamos el envío de mi ropa y de mis libros desde casa del señor Wickfield. Con ese propósito, escribí una larga carta a Agnes, en la que también le hablaba de mis vacaciones en Yarmouth. La señorita Trotwood se encargaría de dársela, pues había tomado la decisión de marcharse al día siguiente. Para no extenderme en estos detalles, añadiré únicamente que mi tía fue muy generosa conmigo y me dio todo el dinero que podía necesitar durante mi mes de prueba; que Steerforth, con gran desilusión nuestra, no apareció antes de su partida; que no me separé de ella hasta dejarla instalada, junto a Janet, en la diligencia de Dover, exultante por su futura victoria sobre los asnos vagabundos; y que, cuando el carruaje desapareció, volví mi rostro hacia el Adelphi, recordando los antiguos días en que yo deambulaba por sus arcadas subterráneas, y pensé en las felices circunstancias que me habían traído a la superficie.

XXIV

Mis primeros excesos

Era maravilloso tener para mí aquel castillo en las alturas y, al cerrar la puerta exterior, sentirme como Robinson Crusoe cuando, una vez dentro de su fortificación, retiraba la escala por la que había subido. Era maravilloso caminar por la ciudad con la llave en el bolsillo, y saber que podía invitar a quien quisiera, con la seguridad de que no molestaría a nadie. Era maravilloso entrar y salir, ir y venir a mi antojo; y llamar a la señora Crupp cuando la necesitaba y verla llegar –cuando a ella le venía bien–, toda sofocada, después de haber subido desde las profundidades de la tierra. Todo eso, como digo, era maravilloso; pero he de reconocer que había momentos en los que resultaba muy triste.

Era muy agradable por la mañana, especialmente cuando hacía buen tiempo. A la luz del día, la vida era hermosa y libre, sensación que se intensificaba si brillaba el sol. Sin embargo, a medida que el día declinaba, la vida parecía declinar también; e, ignoro por qué motivo, perdía todo su encanto a la luz de las velas. Necesitaba a alguien con quien conversar. Echaba de menos a Agnes. Sentía un tremendo vacío en el lugar que mi risueña confidente había ocupado. La señora Crupp parecía vivir a una gran distancia. Y yo me acordaba de mi antecesor, que había muerto a causa de la bebida y del humo; y me habría gustado que siguiera en este mundo, en lugar de atormentarme con su muerte.

Después de dos días y dos noches, tuve la impresión de llevar viviendo allí un año; pero no había envejecido nada y mi juventud me seguía torturando.

Al tercer día, como Steerforth continuaba sin aparecer (lo que me indujo a pensar que estaría enfermo), decidí salir temprano de los Commons y dirigirme a Highgate. La señora Steerforth se alegró mucho de verme; me dijo

que su hijo se había marchado con uno de sus amigos de Oxford, a fin de visitar a un compañero que vivía cerca de St Albans, pero que esperaba su regreso al día siguiente. Me había encariñado tanto con Steerforth que sentí celos.

Insistió en que me quedase a cenar y yo acepté; creo recordar que no hablamos de otra cosa que de su hijo. Le conté cuánto le quería todo el mundo en Yarmouth, y qué buen compañero había sido para mí. La señorita Dartle pasó la velada haciendo insinuaciones y preguntas misteriosas, pero pareció muy interesada por nuestro viaje, y repitió tantas veces: «¡Oh! ¿De veras?» y otras frases parecidas, que estoy seguro de que me sonsacó todo lo que deseaba saber. Seguía exactamente igual que la primera vez que la vi; pero la compañía de las dos damas era tan agradable y me encontraba tan a gusto entre ellas que tuve la sensación de que me estaba enamorando un poco de la señorita Dartle. En varias ocasiones a lo largo de la velada, y especialmente mientras volvía a Londres por la noche, pensé que sería una compañera encantadora en mi casa de Buckingham Street.

Al día siguiente, estaba desayunando un café y un panecillo antes de ir a los Commons (aprovecharé la ocasión para decir que el café de la señora Crupp era increíblemente flojo para lo mucho que gastaba de ese producto), cuando tuve la inmensa alegría de ver entrar al mismísimo Steerforth.

—Mi querido Steerforth —exclamé—, empezaba a pensar que no volvería a verte nunca.

—Me sacaron de Highgate a la fuerza —respondió él—, al día siguiente de mi regreso. Pero, Daisy, ¡estás instalado aquí como un viejo solterón!

Le enseñé lleno de orgullo mi nueva residencia, sin olvidar la despensa, y él se deshizo en elogios.

—Te diré una cosa, muchacho —añadió—, me alojaré aquí siempre que venga a la ciudad, a no ser que me pongas de patitas en la calle.

Me alegró sobremanera oír aquello. Le dije que, si esperaba que le echase, tendría que aguardar hasta el día del juicio final.

—¡Y ahora desayunarás conmigo! —declaré, con la mano en el cordón de la campanilla—. La señora Crupp te preparará café y yo haré un poco de tocino en este horno holandés.^[46]

—¡No, no! —replicó Steerforth—. ¡No llames! Me es imposible quedarme. Tengo que desayunar con uno de mis dos amigos, que se aloja en el Piazza

Hotel, en Covent Garden.

–Pero volverás a cenar conmigo, ¿no? –pregunté.

–Te juro que no puedo, Daisy. No hay nada que desee más, pero tengo que cenar con mis compañeros. Mañana por la mañana nos vamos los tres de Londres.

–Entonces tráelos contigo –sugerí–. ¿Crees que aceptarían?

–Estoy seguro de que no se harían de rogar –exclamó Steerforth–; pero te molestaríamos. Será mejor que vengas a cenar con nosotros en cualquier otro lugar.

Me negué rotundamente a aceptar su propuesta, pues quería inaugurar la casa con una pequeña fiesta, y pensé que no volvería a presentarse una ocasión mejor. Después de contar con la aprobación de Steerforth, estaba más orgulloso que nunca de mi alojamiento y ardía en deseos de mostrar sus excelencias. Por ese motivo, le obligué a prometerme que vendría con sus dos amigos, y decidimos cenar a las seis en punto.

Cuando se hubo marchado, llamé a la señora Crupp y le comuniqué mi insensato proyecto. Mi casera me dijo, en primer lugar, que no contase con ella para servir la mesa, pero que conocía a un joven muy desenvuelto que quizá lo hiciera por cinco chelines y la voluntad. Respondí que, por supuesto, le contrataríamos. Luego la señora Crupp me hizo saber que, como ella no podía estar en dos sitios a la vez (lo que me pareció razonable), era indispensable contar con una joven en la despensa, para que fregara todos los platos al momento, a la luz de una vela. Le pregunté cuánto costaría esa muchacha, y ella me contestó que suponía que dieciocho peniques no me harían ni más pobre ni más rico. Me mostré de acuerdo con ella, y ese asunto quedó también zanjado. Entonces la buena mujer pasó a ocuparse del menú.

El fumista que había fabricado el hogar de la cocina de la señora Crupp había mostrado una falta de previsión inaudita, pues lo único que podía prepararse en él eran chuletas y puré de patatas. Cuando mencioné el pescado, la señora Crupp me propuso que fuera a echar un vistazo a su fogón. Era lo único que podía decirme. ¿Quería ir a echarle un vistazo? Como no habría servido de mucho, le dije que no y añadí: «No se preocupe por el pescado». Pero la señora Crupp aseguró que no debía hablar así; era época de ostras, ¿por qué no servir ostras? Y así lo decidimos. Entonces mi casera me aconsejó el siguiente menú: un par de pollos asados, bien calientes, que traerían de un horno cercano; una fuente de estofado de vaca con verduras...

del horno cercano; dos pequeños platos de acompañamiento, por ejemplo un pastel de levadura y unos riñones... del horno cercano; una tarta y (si yo lo deseaba) un molde de gelatina... del horno cercano. De ese modo, según afirmó, ella podría concentrar toda su atención en las patatas y servirnos el queso y el apio como a ella le gustaba.

Seguí los consejos de la señora Crupp, y fui personalmente a hacer el encargo. Un poco después, mientras caminaba por el Strand, vi en el escaparate de una charcutería una sustancia dura y jaspeada que se parecía al mármol, con un letrero que decía: «Sucedáneo de tortuga»; entré y compré una loncha que habría bastado (pero eso lo comprendí más tarde) para alimentar a quince personas. La señora Crupp consintió, no sin esfuerzo por mi parte, en calentarla; entonces pasó a un estado líquido y se redujo tanto que, como dijo Steerforth, resultó «más bien escaso» para los cuatro.

Una vez realizados esos preparativos, compré un poco de postre en el mercado de Covent Garden, e hice un pedido bastante importante de vino en una tienda de la vecindad. Cuando regresé a casa por la tarde y vi las botellas alineadas en el suelo de la despensa, me parecieron tantas (a pesar de que faltaban dos, lo que contrarió mucho a la señora Crupp) que me asusté.

Uno de los amigos de Steerforth se llamaba Grainger y el otro, Markham. Los dos eran alegres y divertidos; Grainger era un poco mayor que Steerforth, y Markham parecía muy joven: no creo que tuviera más de veinte años. Me di cuenta de que este último casi nunca empleaba la primera persona del singular, y de que siempre se refería a sí mismo indefinidamente, diciendo «un hombre».

—Un hombre podría vivir muy bien aquí, señor Copperfield —señaló Markham, aludiendo claramente a sí mismo.

—La casa no está mal situada —dije yo—, y las habitaciones son verdaderamente espaciosas.

—Espero que los dos vengáis muertos de hambre —exclamó Steerforth.

—¡Puedes estar seguro! —contestó Markham—. Es como si la ciudad le abriera a un hombre el apetito. Un hombre está hambriento desde que se levanta hasta que se acuesta, y no deja de comer en todo el día.

Como al principio estaba un poco intimidado y me sentía demasiado joven para presidir la mesa, le cedí mi puesto a Steerforth, cuando anunciaron la cena, y me senté frente a él. Todo estaba succulento, y no escatimamos el vino.

Steerforth desplegó todo su encanto para que la velada fuera un éxito, por lo que en ningún momento decayó nuestro ánimo. Yo no fui, sin embargo, la mejor de las compañías, pues mi silla estaba enfrente de la puerta y no podía evitar distraerme observando que el joven desenvuelto salía muy a menudo de la habitación e, inmediatamente después, su sombra aparecía reflejada en la pared del vestíbulo con una botella en la boca. La muchacha también me causaba cierto desasosiego, y no porque fregase mal los platos sino porque los rompía. Al ser curiosa por naturaleza, e incapaz de quedarse en la despensa (como se le había ordenado), asomaba continuamente la cabeza para ver qué hacíamos y, en varias ocasiones, imaginándose descubierta, volvió a entrar corriendo en su habitáculo, donde había apilado cuidadosamente los platos, organizando una verdadera hecatombe.

Sin embargo, fueron cosas sin importancia, que olvidé en seguida cuando retiraron los platos y trajeron el postre; fue entonces cuando me percaté de que el joven desenvuelto había perdido el habla. Después de ordenarle discretamente que bajara a buscar la compañía de la señora Crupp y que se llevara a la muchacha con él, me abandoné a la alegría.

Empecé por mostrarme extraordinariamente contento y animado; acudieron a mi memoria toda clase de recuerdos que creía olvidados, y hablé de ellos como no lo había hecho jamás. Me reí a carcajadas de mis propios chistes y de los que contaban los demás; llamé a Steerforth al orden porque no pasaba el vino; prometí varias veces ir a Oxford; anuncié que tenía la intención de dar una cena similar todas las semanas, hasta nuevo aviso; y tomé tanto rapé de la caja de Grainger que me vi obligado a ir a la despensa, donde estuve estornudando en la intimidad durante diez minutos.

Continué pasando el vino cada vez más deprisa, descorchando una botella tras otra, mucho antes de que fuera necesario. Brindé a la salud de Steerforth. Dije que era mi amigo más querido, el protector de mi infancia y el compañero de mi juventud. Señalé que me sentía muy feliz de brindar por él. Añadí que jamás podría pagarle todos los favores que le debía y que nunca encontraría palabras para expresar cuánto le admiraba. Terminé el brindis exclamando:

—¡A la salud de Steerforth! ¡Que Dios le bendiga! ¡Viva!

Vaciamos tres veces los vasos, y una cuarta vez... y una última, bien lleno, para finalizar. Rompí mi vaso al dar la vuelta a la mesa para estrecharle la mano, y grité (en dos palabras): «¡Steerforthereselfaroqueguiamiexist

encia!».

De pronto me di cuenta de que alguien estaba cantando. Era Markham, que entonaba la canción: «Cuando el corazón de un hombre se siente consumido por la inquietud».^[47] Cuando dio por concluidos sus cánticos, propuso brindar «¡por las mujeres!» Pero a mí no me pareció respetuoso, y dije que no permitiría esa clase de brindis en mi casa, a menos que fuera «¡por las damas!». Fui bastante duro con Markham, sobre todo porque tuve la impresión de que Steerforth y Grainger se reían de mí... o de él... o de los dos. Markham exclamó que uno no podía tolerar que le dieran órdenes. Yo le llevé la contraria. Él respondió que uno no podía permitir que le insultaran. Le di la razón en eso... y agregué que jamás se insultaría a nadie bajo mi techo, donde los Lares eran sagrados y reinaban las leyes de la hospitalidad. Él afirmó que uno podía reconocer que yo era un gran muchacho sin menoscabo de su dignidad. Inmediatamente, propuse brindar a su salud.

Alguien fumaba. Todos fumábamos. Yo fumaba, e intentaba disimular mi tendencia, cada vez mayor, a tiritar. Steerforth había pronunciado unas palabras en mi honor, que me habían emocionado mucho. Le di las gracias y expresé mi deseo de que los tres cenaran conmigo al día siguiente, y al otro... pero a las cinco en punto, con el fin de disfrutar de los placeres de la conversación y de la vida social durante una velada más larga. Me sentí en la obligación de beber a la salud de alguien y brindé por mi tía: «¡Por la señorita Trotwood, la mejor de su sexo!».

Alguien, asomado a la ventana de mi dormitorio, apoyaba su frente en la fría piedra del antepecho, dejando que el aire acariciara su rostro. Era yo. Me dirigía a mí mismo, llamándome «Copperfield», y me decía: «¿Por qué has fumado? Deberías saber que no te conviene nada». Después, alguien se miraba tambaleante en el espejo. También era yo. Estaba muy pálido, tenía los ojos vidriosos y mis cabellos –sólo mis cabellos– parecían haber bebido demasiado.

Alguien me propuso: «¡Vamos al teatro, Copperfield!».

Y ya no estaba en mi dormitorio, sino delante de la mesa tintineante, repleta de copas; la lámpara; Grainger a mi derecha, Markham a mi izquierda, y Steerforth enfrente... sentados en una especie de nebulosa, a gran distancia. ¿Al teatro? ¡Por supuesto! ¡Magnífica idea! ¡En marcha! Pero permitidme salir el último para apagar la lámpara... no vaya a declararse un incendio.

Imposible encontrar la puerta en la oscuridad. Estaba buscándola entre las

cortinas de la ventana cuando Steerforth me cogió del brazo, riéndose, y me condujo fuera. Bajamos la escalera en fila india. En los últimos escalones, alguien se cayó y rodó hasta abajo. Una voz dijo que era Copperfield. Aquella falsedad me indignó, hasta que, viéndome tendido en el suelo del pasillo, empecé a pensar que tal vez fuera cierto.

Había muchísima niebla y los faroles de las calles tenían grandes aureolas a su alrededor. Creí oír que la noche era muy húmeda, pero personalmente me pareció heladora. Steerforth me quitó el polvo a la luz de un farol, y volvió a dar forma a mi sombrero, que alguien sacó misteriosamente de algún lugar, pues yo no lo llevaba puesto antes. Entonces Steerforth me preguntó: «¿Estás bien, Copperfield?», y yo le respondí que jamás había estado mejor.

Un hombre sentado en una pequeña casilla apareció entre la bruma. Cogió el dinero que uno de nosotros le dio, y quiso saber si yo iba con ellos; pareció dudar bastante (según percibí vagamente) si darme o no la entrada. Poco después, nos encontramos sentados en la parte más elevada de un teatro asfixiante, sobre una enorme platea que parecía echar humo; apenas podíamos distinguir a la gente que la abarrotaba. Había también un gran escenario, que resultaba muy limpio y muy liso después de las calles que acabábamos de atravesar; varias personas se habían subido en él, aunque no sé de qué hablaban porque sus voces eran ininteligibles. Había luces por todas partes, música, damas en los palcos y muchas cosas más. Era como si todo el edificio estuviera aprendiendo a nadar, pues, cuando intentaba fijar su imagen, hacía cosas inexplicables.

A propuesta de alguien, decidimos bajar a los palcos, donde se hallaban las damas. Un caballero vestido de etiqueta, arrellanado en un sofá y con unos gemelos en la mano, pasó ante mi vista, al igual que lo hizo mi propia imagen, de cuerpo entero, en un espejo. Luego me empujaron dentro de uno de esos palcos, y yo dije algo al sentarme; las personas que había a mi alrededor gritaron: «¡Silencio!». Y las damas me miraron con indignación y... ¿Cómo? ¡Sí!... Agnes estaba sentada delante de mí, en el mismo palco, en compañía de una dama y de un caballero, a los que no conocía. Y me parece ver su rostro con más claridad ahora que entonces; y leo en él una expresión indeleble de dolor y de asombro.

—¡Agnes! —exclamé, con voz apagada—. ¡Dios mío! ¡Agnes!

—¡Silencio! ¡Te lo ruego! —replicó, sin que yo me explicara el motivo—. Estás molestando a los demás. ¡Mira el escenario!

Me esforcé, entonces, por fijar la vista en él y por comprender lo que allí decían, pero todo fue en vano. Volví los ojos de nuevo hacia Agnes, y la vi acurrucarse en un rincón y llevarse a la frente su mano enguantada.

—¡Agnes! —me apresuré a decir—. ¡Metemoquenostásbien!

—Sí, sí. No te preocupes, Trotwood —respondió ella—. ¡Escucha! ¿Piensas marcharte en seguida?

—¿Que si pienso marcharme en seguida? —repetí.

—Sí.

Tuve la estúpida intención de contestarle que iba a esperar al final de la obra para ayudarla a bajar la escalera. Supongo que lo expresé de algún modo, pues ella, después de mirarme unos instantes con atención, pareció comprenderlo y dijo en voz baja:

—Sé que harás lo que te pido, cuando sepas lo importante que es para mí. Márchate ahora, Trotwood; hazlo por mí. Y pide a tus amigos que te acompañen a casa.

Su presencia había resultado beneficiosa para mí, pues, a pesar de mi enfado, me sentí avergonzado de mi conducta, y con un breve «buenasnoches» (que quería decir buenas noches) me puse en pie y salí, seguido de mis compañeros. Pasé directamente del palco a mi dormitorio, donde Steerforth me ayudó a desvestirme, mientras yo le contaba que Agnes era mi hermana, además de suplicarle que me trajera el sacacorchos para abrir otra botella de vino.

Alguien tendido en mi lecho, que se había transformado en una mar embravecida, pasó la noche reviviendo, confuso y febril, cuanto acabo de relatar. Y ese mismo alguien fue recobrando lentamente la conciencia de sí mismo, y empezó a morir de sed. Sentí que mi piel estaba tan dura como el cartón y que mi lengua era el fondo de una tetera vacía, cubierta de sarro de tanto uso, e hirviendo encima de un fuego lento; y las palmas de mis manos, planchas de metal incandescente que ningún hielo podía enfriar.

¡Cuánto dolor, cuánto remordimiento y cuánta vergüenza sentí al despertar por la mañana! ¡Con qué horror imaginé los mil excesos que habría cometido sin darme cuenta y que ya nunca podría reparar! Y recordé con angustia la mirada que Agnes me había dirigido, y mi imposibilidad de comunicarme con ella, pues, ¡necio de mí!, desconocía por qué estaba en Londres o dónde se alojaba. La sola visión de la estancia donde se había

celebrado la francachela me repugnaba... y el dolor de cabeza, el olor a tabaco, el espectáculo de aquellos vasos, la imposibilidad de salir o incluso de levantarme... ¡Qué día!

Y qué noche cuando me senté junto a la chimenea, delante de un caldo de cordero con restos de grasa en la superficie, y empecé a pensar que estaba siguiendo el mal camino de mi antecesor, y que no sólo heredaría su apartamento sino también su trágico destino, y ¡estuve a punto de salir corriendo para Dover y contárselo todo a mi tía! Qué noche cuando la señora Crupp vino a llevarse la taza del caldo y me puso delante un pequeño plato con un solitario riñón, que, según afirmó, era lo único que había sobrado del festín de la víspera. Estuve a punto de arrojarme contra su pecho de nanquín y decirle con profundo arrepentimiento: «Oh, señora Crupp, señora Crupp, ¡qué importancia tiene eso! ¡Me siento tan miserable!». Pero, incluso en aquel momento tan crítico, ¡tuve mis dudas sobre si la señora Crupp era la mujer idónea en quien confiar!

XXV

Ángeles buenos y ángeles malos

Me disponía a salir de casa, a la mañana siguiente de aquel aciago día de dolor de cabeza, malestar y arrepentimiento, extrañamente confuso acerca de la fecha en que se había celebrado mi pequeña fiesta –como si un ejército de titanes hubiera empujado el anteayer unos cuantos meses atrás con una enorme palanca–, cuando vi subir por la escalera a un mensajero con una carta en la mano. No parecía tener ninguna prisa por cumplir su encargo; pero, al darse cuenta de que le miraba desde arriba, por encima de la barandilla, inició un pequeño trote y llegó jadeando, como si hubiera corrido hasta quedar exhausto.

–¿Señor T. Copperfield? –preguntó, rozando el sombrero con un extremo de su pequeño bastón.

La convicción de que aquella misiva era de Agnes me trastornó de tal modo que pensé que no sería capaz de pronunciar palabra. Logré balbucir, sin embargo, que yo era el señor T. Copperfield; él me creyó y me entregó la carta, diciendo que esperaba contestación. Le pedí que aguardara en el descansillo mientras escribía la respuesta; y volví a entrar en casa y a cerrar la puerta, en un estado tal de agitación que, antes de decidirme a romper el lacre, tuve que dejar el sobre encima de la mesa para familiarizarme un poco con él.

Al abrirlo, hallé una nota muy cariñosa, que no hacía la menor alusión al estado en que me había encontrado la noche del teatro. Se limitaba a decir lo siguiente:

Mi querido Trotwood:

Estoy en casa del apoderado de papá, el señor Waterbrook, en Ely Place, Holborn. ¿Podrías venir a verme hoy? Te esperaré a la hora que desees.

Afectuosamente

AGNES

Tardé tanto tiempo en redactar una respuesta que me convenciera que el

mensajero debió de pensar que estaba aprendiendo a escribir. Creo que empecé por lo menos media docena de borradores. El primero comenzaba así: «¿Cómo puedo esperar, querida Agnes, borrar de tu memoria la impresión de repugnancia...?», pero decidí que no me agradaba y lo rompí. Empecé otro de este modo: «Shakespeare ha señalado, mi querida Agnes, cuán extraño es que un hombre se introduzca un enemigo en la boca...»^[48] lo que me recordó a Markham y me impidió seguir. Incluso ensayé la poesía, y garabateé un primer verso de cinco sílabas: «Oh, no recordéis...», que me pareció absurdo. Después de varias tentativas, escribí:

Mi querida Agnes:

Tu carta no es sino un reflejo de como eres, ¿qué mayor elogio podría hacerte? Iré a las cuatro en punto.

Con todo mi cariño y arrepentimiento

T.C.

El mensajero partió, finalmente, con esta misiva (que deseé con toda mi alma recobrar en cuanto se la entregué).

Si aquel día fue la mitad de penoso para alguno de los procuradores de lo que fue para mí, creo sinceramente que habría expiado su participación en aquel viejo y rancio queso eclesiástico. Aunque abandoné el despacho a las tres y media y empecé a merodear por Ely Place pocos minutos después, llegué a la cita con más de un cuarto de hora de retraso, según el reloj de la iglesia de St Andrew, Holborn, pues mi desesperación me impedía reunir el suficiente valor para tocar la campanilla particular que había a la izquierda de la puerta, en casa del señor Waterbrook.

Los asuntos profesionales de este caballero se llevaban en la planta baja; los asuntos mundanos (que eran muchos), en el primer piso. Me condujeron a una sala muy bonita, aunque su atmósfera era un poco sofocante, y allí estaba Agnes, haciendo un bolsito de malla.

Su expresión era tan serena y bondadosa, y me recordó hasta tal punto la inocencia y la despreocupación de mis días escolares en Canterbury, así como al estúpido y miserable borracho en que me había convertido dos noches antes, que, al verme a solas con ella, me dejé arrastrar por el remordimiento y por la vergüenza y... en pocas palabras, me comporté como un necio. He de reconocer que rompí a llorar. Y todavía no sé si aquello fue lo mejor que pude hacer o lo más ridículo.

—Si me hubiera visto en ese estado cualquier otra persona, Agnes —exclamé, volviendo la cabeza—, no me habría importado tanto. ¡Pero que fueras precisamente tú! Casi preferiría haber muerto antes.

La joven apoyó su mano en mi brazo durante unos instantes (esa mano cuyo tacto no se parecía al de nadie); y yo me sentí tan reconfortado y querido que no pude evitar llevármela a los labios y besarla lleno de agradecimiento.

—Siéntate —dijo ella, alegremente—. No te aflijas, Trotwood. Si no puedes confiar en mí, ¿en quién lo harás?

—¡Ay, Agnes! —respondí—. Eres mi ángel bueno.

Sonrió con cierta tristeza, según me pareció, y movió la cabeza.

—Sí, Agnes, ¡mi ángel bueno! ¡Siempre mi ángel bueno!

—Si de veras lo fuera, Trotwood —contestó—, pondría todo mi empeño en una cosa.

La miré inquisitivamente; pero creo que sabía de antemano lo que iba a decirme.

—En ponerte en guardia —prosiguió Agnes, sin dejar de mirarme— contra tu ángel malo.

—Mi querida Agnes, si te refieres a Steerforth...

—En efecto, así es, Trotwood —repuso.

—Entonces, Agnes, no eres justa con él. ¡Steerforth mi ángel malo o el de cualquier otro! ¡Él, que siempre ha sido un guía, un apoyo y un amigo para mí! ¡Mi querida Agnes! ¿Acaso no es arbitrario e indigno de ti juzgarlo por el estado en que me encontraste la otra noche?

—No lo digo por lo que vi la otra noche —replicó suavemente.

—¿Entonces, por qué?

—Por muchos detalles, en apariencia insignificantes, pero que, al irse sumando, han cobrado importancia para mí. Lo juzgo, en parte, por lo que me has contado de él, Trotwood; y también por tu carácter y por la influencia que ejerce sobre ti.

Había algo en su dulce voz que parecía tocar dentro de mí una cuerda que sólo ella hacía vibrar. Era una voz que siempre daba impresión de seriedad; pero, cuando ésta era extrema, como en aquel momento, expresaba una emoción que no podía sino subyugarme. Me quedé contemplándola mientras ella bajaba los ojos hacia su labor, y sus palabras siguieron dando vueltas en mi cabeza; y, a pesar de todo el cariño que sentía por Steerforth, su imagen se ensombreció en mi interior.

—Sé que puede parecer una osadía —dijo, levantando de nuevo la mirada— que una persona como yo, que siempre ha vivido aislada y conoce tan poco el mundo, se atreva a aconsejarte con tanta firmeza, o incluso tenga una opinión tan tajante. Pero sé muy bien en qué se basa, Trotwood... en el recuerdo de los años en que hemos crecido juntos y en mi profundo interés por todo lo que te concierne. Y de ahí nace mi osadía. Estoy segura de no equivocarme. Estoy completamente segura. Es como si fuera otra persona, y no yo, quien te pone en guardia contra esa amistad tan peligrosa.

Volví a mirarla y, cuando se calló, tuve la sensación de seguir escuchándola; y la imagen de Steerforth, a pesar de mi afecto por él, se oscureció de nuevo.

—No soy tan poco razonable —prosiguió Agnes en su tono habitual, después de unos instantes de silencio— como para esperar que quieras o puedas cambiar de golpe tus sentimientos; especialmente cuando éstos se hallan tan arraigados en ti, que eres un hombre de naturaleza confiada. No debes apresurarte a hacerlo. Lo único que te pido, Trotwood, es que, si alguna vez piensas en mí... quiero decir —corrigió con una sonrisa amable, al ver que yo me disponía a interrumpirla, y ella sabía por qué— que siempre que pienses en mí medites en lo que te he dicho. ¿Me perdonas por todo esto?

—Lo haré, Agnes —respondí—, cuando seas justa con Steerforth, y lo quieras tanto como yo.

—¿Y hasta entonces, no? —inquirió ella.

Una sombra cruzó por su rostro cuando oyó mencionar su nombre; pero me devolvió la sonrisa, y volvimos a sentirnos tan a gusto juntos como en los viejos tiempos.

—Agnes, ¿cuándo me perdonarás por lo de la otra noche?

—Cuando lo recuerde —repuso ella.

Ella habría querido olvidar el asunto, pero yo estaba demasiado obsesionado para permitirlo, e insistí en relatarle cómo había llegado a degradarme de aquel modo y qué cadena de circunstancias me había conducido finalmente al teatro. Supuso un gran alivio, y me permitió explicarle con todo detalle cuán grande era mi deuda con Steerforth por haberse ocupado de mí cuando yo era incapaz de cuidar de mí mismo.

—No debes olvidar —dijo Agnes, cambiando tranquilamente de tema cuando acabé de hablar— que no sólo tienes que contarme siempre tus

dificultades, sino también tus amores. ¿Quién es la sucesora de la señorita Larkins, Trotwood?

—Nadie, Agnes.

—¡Vamos, Trotwood! Seguro que hay alguien —exclamó Agnes, riéndose y amenazándome con el dedo.

—No, Agnes, te lo prometo. En casa de Steerforth, hay una dama muy inteligente con la que me gusta conversar... la señorita Dartle... Pero no estoy enamorado de ella.

Mi amiga volvió a reírse de su propia agudeza y me dijo que, si yo seguía confiándole mis secretos, ella llevaría un pequeño registro de mis amoríos, con su fecha, su duración y su desenlace, al igual que la tabla de los reyes y de las reinas, en la historia de Inglaterra. Luego me preguntó si había visto a Uriah.

—¿A Uriah Heep? —inquirí—. ¿Se encuentra en Londres?

—Viene todos los días al despacho de la planta baja —contestó Agnes—. Llegó a Londres una semana antes que yo. Me temo que le ha traído a la ciudad un asunto muy desagradable, Trotwood.

—Un asunto que te inquieta, puedo adivinarlo —declaré—. ¿De qué se trata?

Agnes dejó a un lado su labor y, cruzando las manos, me miró tristemente con sus dulces y hermosos ojos.

—Creo que Uriah va a convertirse en socio de papá.

—¿Cómo? ¿Uriah? ¿Ese individuo miserable y servil ha logrado deslizarse como un gusano hasta semejante puesto? —exclamé indignado—. Y tú, Agnes, ¿no has manifestado tu disgusto? Piensa en lo que supondría esa relación. Tienes que hablar con toda franqueza. No debes permitir que tu padre cometa esa locura. Tienes que impedirlo antes de que sea demasiado tarde.

Sin dejar de mirarme, Agnes movió la cabeza, sonriendo débilmente al ver mi agitación.

—¿Recuerdas nuestra última conversación a propósito de papá? Muy poco tiempo después... dos o tres días solamente... me comentó por primera vez lo que acabo de decirte. Fue muy doloroso ver cómo se debatía entre el deseo de hacerme creer que era él quien tomaba la decisión y su impotencia para ocultarme que se veía obligado a hacerlo. Me sentí consternada.

—¿Que se veía obligado a hacerlo, Agnes? Pero ¿quién tiene ese poder sobre él?

—Uriah —replicó, tras unos momentos de vacilación— se ha vuelto indispensable para papá. Es un hombre astuto y muy observador. Ha visto con claridad sus debilidades, las ha fomentado y se ha aprovechado de ellas hasta el punto de que... para decirlo en pocas palabras, Trotwood, papá le tiene miedo.

Hubiera podido contarme más cosas; sabía o sospechaba algo más, lo noté claramente. Pero me sentí incapaz de aumentar su dolor preguntándole qué era, pues sabía que guardaba silencio para proteger a su padre. No pude sino percatarme de que todo aquello había empezado mucho tiempo antes... sí, pensándolo un poco, todo aquello había empezado mucho tiempo antes. Preferí quedarme callado.

—Su ascendiente sobre papá es muy grande —señaló Agnes—. Se muestra humilde y agradecido con él... y tal vez sea sincero (eso espero, al menos). Pero lo cierto es que es él quien manda, y temo que abuse de su poder.

Le dije que era un canalla, lo que me sirvió, por el momento, de desahogo.

—En la época de que hablo, cuando papá se dirigió a mí —prosiguió Agnes—, Uriah le había anunciado que se marchaba, muy a su pesar, porque le habían ofrecido un trabajo mejor. Papá estaba entonces muy alicaído, y se sentía más abrumado que nunca por las preocupaciones; pero pareció aliviarle la idea de asociarse con Uriah, a pesar de suponer una vergüenza y un ultraje para él.

—¿Y tú qué le aconsejaste, Agnes?

—Hice lo que consideré mi deber, Trotwood. Convencida de que ese sacrificio era necesario para la tranquilidad de papá, le supliqué que lo hiciera. Le dije que, de ese modo, aligeraría la carga que llevaba sobre los hombros (¡confío en que así sea!) y tendría más tiempo para estar conmigo. ¡Oh, Trotwood! —exclamó cubriéndose el rostro con las manos, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Tengo la impresión de haber actuado casi como un enemigo, en lugar de como una hija que le adora. Pues sé hasta qué punto su amor por mí le ha cambiado el carácter, y cuánto ha reducido el círculo de sus amistades y de sus obligaciones para dedicarse por entero a mi cuidado. Soy consciente de todas las cosas a las que ha renunciado, y de que su inquietud por mí ha ensombrecido su vida y ha debilitado su fuerza y su energía, haciéndolas ir siempre en una dirección. Si yo pudiera reparar todo

eso... Si yo pudiera lograr que se recuperara, después de haber sido la causa involuntaria de su decadencia.

Jamás había visto llorar a Agnes. Había visto lágrimas en sus ojos cada vez que yo llegaba del colegio con un nuevo galardón, así como la última vez que habíamos hablado de su padre; y le había visto volver su dulce rostro a un lado cuando nos despedimos. Pero nunca la había visto tan desconsolada. Aquello me afligió sobremanera.

—¡No llores, Agnes, por favor! ¡No llores, querida hermana! —fue lo único que pude balbucir.

Pero Agnes era muy superior a mí, tanto en carácter como en resolución (como ahora sé muy bien, aunque dudo que entonces me diera cuenta), para necesitar mucho tiempo de mis súplicas. Y, de igual modo que vuelve a aparecer el sol cuando pasa una nube, recobró la hermosa serenidad que, en mis recuerdos, la hacía tan diferente de otras personas.

—No creo que podamos estar a solas mucho tiempo más —dijo—, así que aprovecharé la ocasión para rogarte que seas amable con Uriah. No lo rechaces. No te irrites (como, por lo general, te sientes inclinado a hacer) por aquello que te resulta desagradable en él. Tal vez no merezca nuestra antipatía, pues no sabemos con certeza nada malo de él. En cualquier caso, piensa en primer lugar en papá y en mí.

Agnes no tuvo tiempo de añadir nada más, pues la puerta se abrió y la señora Waterbrook, que era una dama muy voluminosa... o llevaba un vestido muy grande (no podría precisar dónde empezaba el traje y dónde terminaba la señora), entró majestuosamente en la sala. Tenía el vago recuerdo de haberla visto en el teatro, como la pálida imagen de una linterna mágica; pero ella parecía acordarse perfectamente de mí, y sospechar que continuaba ebrio.

Al descubrir poco a poco, sin embargo, que estaba sobrio y era un caballero joven y modesto, la actitud de la señora Waterbrook se ablandó considerablemente; me preguntó, en primer lugar, si frecuentaba mucho los parques y, en segundo lugar, si llevaba una intensa vida social. Cuando respondí que no a ambas preguntas, tuve la impresión de que su concepto de mí volvía a ser desfavorable; pero lo disimuló con elegancia y me invitó a cenar al día siguiente. Acepté su proposición y me despedí; pregunté por Uriah en la oficina al salir y, como estaba ausente, le dejé mi tarjeta.

Cuando al día siguiente fui a cenar y, al abrirse la puerta de la calle, me vi sumergido en un baño de vapor de pierna de cordero, comprendí que no era el

único invitado; pues en seguida reconocí al mensajero que me había llevado la carta de Agnes, disfrazado de lacayo para ayudar al criado de la casa, esperando al pie de la escalera para subir a anunciar mi nombre. Cuando me preguntó confidencialmente cómo me llamaba, fingió no haberme visto antes; pero se acordaba tan bien de mí como yo de él. La conciencia hizo de nosotros unos cobardes.^[49]

El señor Waterbrook resultó ser un caballero de mediana edad, cuelllicorto y con un gigantesco cuello de camisa, al que sólo le faltaba un hocico negro para ser el vivo retrato de un pequeño dogo. Me dijo que le alegraba mucho tener el honor de conocerme; y, cuando hube saludado a la señora Waterbrook, me presentó con gran solemnidad a una dama de aspecto temible, que vestía un traje de terciopelo negro y lucía un enorme sombrero de terciopelo negro. Pensé que podría ser una pariente cercana de Hamlet, algo así como su tía.

Se llamaba señora de Henry Spiker; y su marido también estaba allí: un hombre tan frío que su cabeza, en vez de ser gris, parecía cubierta de escarcha. Todo el mundo mostraba una gran deferencia a los Henry Spikers, de uno y otro sexo; y ello se debía, según me explicó Agnes, a que el señor Henry Spiker era el abogado de algo o de alguien (he olvidado de qué o de quién) que tenía alguna vaga relación con el departamento de Hacienda.

Encontré a Uriah Heep entre los invitados, vestido de negro y haciendo gala de una profunda humildad. Cuando estreché su mano, me dijo que estaba orgulloso de que hubiera reparado en su presencia, y que se sentía muy agradecido por mi condescendencia. Habría preferido que su reconocimiento fuera menor, pues se pasó el resto de la velada merodeando a mi lado; y, cada vez que le comentaba algo a Agnes, tenía la certeza de que sus ojos sin pestañas y su rostro cadavérico nos contemplaban con severidad a nuestras espaldas.

Había otros invitados que, al igual que el vino, parecían haberse congelado para la ocasión. Pero hubo uno que llamó poderosamente mi atención antes de entrar, ya que fue anunciado como ¡el señor Traddles! Mi imaginación voló a Salem House; y pensé que podría tratarse de Tommy, ¡el muchacho que dibujaba esqueletos!

Busqué al señor Traddles con especial interés. Era un joven de aspecto serio y juicioso, y modales reservados, con un pelo bastante gracioso y unos ojos muy abiertos; se retiró tan pronto a un rincón oscuro que tuve serias

dificultades para encontrarlo. Finalmente, conseguí verlo mejor y, si la vista no me engañaba, allí estaba el viejo e infortunado Tommy.

Me acerqué al señor Waterbrook y le dije que creía tener el placer de reconocer a uno de mis viejos compañeros de internado.

—¿De veras? —exclamó sorprendido mi anfitrión—. ¿No es usted demasiado joven para haber ido al colegio con el señor Henry Spiker?

—¡No, no me refiero a él! —contesté—. Me refiero al caballero llamado Traddles.

—¡Ah! ¡Sí, sí! ¿De veras? —preguntó el señor Waterbrook, con mucho menos interés—. Es posible.

—Si se trata de la misma persona —proseguí, mirando hacia el joven—, coincidimos en un lugar llamado Salem House, y él era un excelente compañero.

—¡Oh, sí! Traddles es un buen muchacho —replicó mi anfitrión con aire indulgente, al tiempo que asentía con la cabeza—. Traddles es muy buen muchacho.

—¡Qué curiosa coincidencia! —exclamé.

—En efecto —repuso el señor Waterbrook—; es una verdadera coincidencia que Traddles esté aquí. Sí. Fue invitado esta misma mañana, al quedar libre el lugar reservado en la mesa para el hermano de la señora de Henry Spiker, que se encuentra indispuesto. Un hombre de lo más distinguido, el hermano de la señora de Henry Spiker, señor Copperfield.

Murmuré algunas palabras de asentimiento, bastante calurosas si tenemos en cuenta que jamás había oído hablar de ese caballero, y pregunté cuál era la profesión del señor Traddles.

—Traddles es un joven estudiante de derecho. Sí. Es un buen muchacho... incapaz de hacer daño a nadie, excepto a sí mismo.

—¿A sí mismo? —repetí, consternado.

—Verá usted —prosiguió el señor Waterbrook, frunciendo los labios y jugando con la cadena de su reloj, con aire próspero y seguro de sí mismo—, yo diría que es uno de esos hombres que tiran piedras contra su propio tejado. No creo que jamás llegué a reunir quinientas libras. Me lo recomendó uno de mis colegas. ¡Oh, sí! Sí. No hay duda de que tiene cierto talento para redactar mandatos judiciales y para exponer con toda claridad los hechos por escrito. A

veces le cedo algún caso en el curso del año; algún caso que... para él... es importante. ¡Oh, sí! Sí.

Me impresionó sobremanera la tranquilidad y la satisfacción con que el señor Waterbrook profería de vez en cuando aquellos cortos «sí». Resultaban de lo más expresivos. Daba la impresión de ser un hombre que había nacido, no ya con una cuchara de plata, sino con una escala, que le había permitido subir uno tras otro todos los escalones de la vida; y ahora podía contemplar, desde lo alto de las fortificaciones, con la mirada protectora de un filósofo, a los desgraciados que continuaban en las trincheras.

Seguía dando vueltas al asunto cuando anunciaron la cena. El señor Waterbrook ofreció su brazo a la tía de Hamlet; y el señor Henry Spiker, a la señora Waterbrook. Agnes, a quien me habría gustado tanto acompañar, fue emparejada con un caballero de sonrisa tonta y piernas endebles. Uriah, Traddles y yo, que éramos los más jóvenes, bajamos los últimos sin la menor ceremonia. El hecho de separarme de Agnes no me pesó tanto como habría cabido esperar, pues me dio la oportunidad de presentarme a Traddles, que me saludó con gran entusiasmo en las escaleras. Uriah, entretanto, se retorció con una mezcla de satisfacción y de humildad tan exageradas que me habría encantado empujarlo por encima de la barandilla.

Traddles y yo estuvimos separados durante la cena, pues nos habían situado en los dos extremos de la mesa; él a la luz de una dama vestida de terciopelo rojo, y yo a la sombra de la tía de Hamlet. La cena fue muy larga, y la conversación giró en torno a la aristocracia y al linaje. La señora Waterbrook repitió en varias ocasiones que, si ella tenía alguna debilidad, era por la sangre y el linaje.

Más de una vez pensé que, si hubiéramos sido menos educados, lo habríamos pasado mejor. Nos comportábamos con tanta elegancia que nuestra conversación era muy limitada. Entre los comensales había un tal señor Gulpidge y su esposa, que tenían algo que ver (al menos el señor Gulpidge) con el departamento de leyes del Banco de Inglaterra; y cuando no hablábamos de Hacienda, lo hacíamos del Banco de Inglaterra, asuntos tan refinados como los compromisos oficiales de la familia real. Para arreglar las cosas, la tía de Hamlet era muy aficionada a los soliloquios, una debilidad familiar, y disertaba de forma inconexa sobre cualquier tema que se sacara a colación. Es cierto que eran más bien escasos; pero, como siempre acabábamos volviendo a la cuestión de la sangre, disponía de un campo tan vasto para las especulaciones abstractas como su sobrino.

Habríamos podido pasar por un grupo de ogros, dado lo sangriento de nuestra conversación.

—He de confesar que soy de la opinión de la señora Waterbrook —dijo su marido, con la copa de vino a la altura del ojo—. Hay otras cosas dignas de estima, pero ¡nada como la sangre y el linaje!

—¡Oh! ¡No hay nada tan satisfactorio! —señaló la tía de Hamlet—. Nada que se acerque más al *beau-ideal* de... de toda esa clase de cosas, hablando en términos generales. Hay espíritus mezquinos (afortunadamente no demasiados, pero hay *algunos*) que preferirían arrodillarse ante ídolos. ¡Ante verdaderos ídolos! Como la utilidad, la inteligencia, etc... Pero eso son conceptos intangibles. Y la sangre no. Vemos sangre en una nariz, y sabemos qué es. La vemos en una barbilla y decimos: «¡Ahí está! ¡Eso es sangre!». Es una realidad. Podemos señalarla con el dedo. Su presencia no admite la menor duda.

El caballero de la sonrisa bobalicona y las piernas endebles que había conducido a Agnes a la mesa planteó la cuestión de un modo incluso más decisivo, en mi opinión.

—¡Qué diantre! —exclamó, mirando a su alrededor con una sonrisa estúpida—. Ya saben ustedes que no podemos renunciar a la sangre. Es necesaria. Hay algunos jóvenes cuya educación y conducta no están a la altura de su rango, jóvenes que no van por buen camino, y que se meten en toda clase de embrollos, o empujan a otros a hacerlo; pero ¡diablos! Es un placer pensar que corre por sus venas una sangre ilustre. ¡Preferiría cien veces ser derribado de un golpe por un hombre así que recogido del suelo por un individuo corriente!

Estas palabras, que resumían con tanta claridad la cuestión, agradaron a todos y convirtieron al caballero en el centro de atención hasta que las damas se retiraron. Después de esto, me di cuenta de que el señor Gulpidge y el señor Henry Spiker, que hasta entonces habían estado muy distantes, formaron una especie de alianza defensiva contra el enemigo común, es decir nosotros, y se enfrascaron en un misterioso diálogo a través de la mesa, destinado a derrotarnos y aniquilarnos.

—Ese asunto de la primera fianza de cuatro mil quinientas libras no ha seguido el curso esperado, Spiker —comentó el señor Gulpidge.

—¿Se refiere al asunto de D. de A.? —preguntó su interlocutor.

—No, al asunto de C. de B. —repuso el señor Gulpidge.

El señor Spiker frunció las cejas y pareció muy preocupado.

—Cuando se planteó la cuestión a lord... no es necesario que mencione su nombre —dijo el señor Gulpidge, conteniéndose.

—Comprendo —respondió el señor Spiker—, a lord N...

El señor Gulpidge asintió con aire sombrío.

—Cuando se le planteó la cuestión —prosiguió—, su respuesta fue: «Dinero o no hay libertad».

—¡Dios nos asista! —exclamó el señor Spiker.

—Dinero o no hay libertad —repitió el señor Gulpidge con firmeza—. El siguiente... ¿me comprende usted?

—K. —contestó el señor Spiker, con aire siniestro.

—K... se negó rotundamente a firmar. Fue llevado a Newmarket sólo para eso, pero él se negó de forma categórica.

El señor Spiker le escuchaba con tanta atención que parecía petrificado.

—Y así están las cosas en estos momentos —concluyó el señor Gulpidge, recostándose en el respaldo de la silla—. Espero que nuestro amigo Waterbrook sepa disculpar que no explique las cosas con más claridad, dada la magnitud de los intereses en juego.

El señor Waterbrook estaba que no cabía en sí de gozo, según me pareció, por el mero hecho de que se hubieran insinuado semejantes intereses, y semejantes nombres, en su mesa. Adoptó la sombría expresión de un hombre que estaba al corriente de todo (aunque estoy convencido de que no sabía más que yo) y elogió la discreción que habían mostrado. Después de tan importante confidencia, el señor Spiker, como es natural, deseó corresponder a su amigo; por ese motivo, el diálogo anterior fue seguido de otro muy similar, en el que le tocó sorprenderse al señor Gulpidge; y de un tercero que volvió a llenar de extrañeza al señor Spiker, y así sucesivamente, una y otra vez. Durante todo ese tiempo, nosotros, los profanos, nos sentimos abrumados ante la magnitud de los intereses que allí se debatían; y nuestro anfitrión nos miraba con orgullo, como a víctimas de un temor reverencial y de un asombro muy saludables.

Me alegré muchísimo de reunirme con Agnes en el piso superior, de

hablar con ella en un rincón y de presentarle a Traddles, que era algo tímido pero muy simpático, y tan buena persona como antes. Como mi viejo compañero se vio obligado a retirarse pronto, porque a la mañana siguiente se marchaba para un mes, no pude charlar con él todo lo que hubiera deseado; pero intercambiamos nuestras direcciones y prometimos volver a vernos cuando regresara a Londres. Le agradó mucho conocer mi amistad con Steerforth, y se refirió a él con tanto entusiasmo que le hice repetir sus palabras delante de Agnes. Pero ésta se limitó a mirarme mientras él hablaba, moviendo ligeramente la cabeza cuando sólo la observaba yo.

Como yo tenía la impresión de que no debía de sentirse muy a gusto en aquella casa, casi me alegró saber que volvía a Canterbury a los pocos días, aunque lamenté separarme tan pronto de ella. Por esa razón, me quedé hasta que se marchó el último invitado. Conversar con ella y oírla cantar traía a mi memoria toda la felicidad de mi vida en la vieja y austera casa que ella había llenado de luz; habría podido seguir allí toda la noche. Pero, al no tener la menor excusa para prolongar mi visita cuando apagaron las luminarias, me vi obligado a despedirme, muy en contra de mi voluntad. Entonces sentí con más fuerza que nunca que Agnes era mi ángel bueno; y supongo que no había nada malo en imaginar que su dulce rostro y su plácida sonrisa me iluminaban como si su dueña fuera una criatura celestial.

He dicho que todos los invitados se habían ido; pero tenía que haber exceptuado a Uriah, al que yo no consideraba como tal, y que no había dejado de rondarnos en toda la velada. Bajó la escalera detrás de mí, y se puso a mi lado cuando salí de la casa, enfundando sus dedos largos y esqueléticos en cada uno de los dedos aún más largos de un par de guantes dignos del mismísimo Guy Fawkes.

No sentía el menor deseo de estar con él, pero recordé la súplica que Agnes me había hecho y le pregunté si quería venir a mi piso y tomar un café.

—¿De veras, señorito Copperfield? —respondió—. En fin, señor Copperfield... lo siento, es la costumbre... No me gustaría que se sintiera usted en la obligación de invitar a un hombre tan humilde como yo.

—En absoluto —dije—. ¿Le apetece subir?

—Será un placer —repuso Uriah, retorciéndose.



Uriah no deja de rondarnos en toda la velada

—¡Pues vamos! —exclamé.

No pude evitar mostrarme bastante brusco con él, pero no pareció importarle. Tomamos el camino más corto, y apenas hablamos durante el trayecto; sus guantes de espantapájaros le inspiraban tanto respeto que seguía tratando de enfundárselos, sin demasiado éxito, cuando llegamos a casa.

Le guíé por las escaleras para impedir que, con la oscuridad, se golpeará la cabeza contra algo, pero creí coger una rana cuando sentí su mano fría y húmeda en la mía; y tuve la tentación de soltarla y echar a correr. Me lo impidieron, sin embargo, el recuerdo de Agnes y mi sentido de la hospitalidad, y lo acompañé hasta la chimenea. Cuando encendí las velas y la habitación apareció ante sus ojos, Uriah se deshizo en elogios; y cuando calenté el café en un sencillo cacharro de hojalata, que a la señora Crupp le gustaba emplear con dicho fin (yo creo que, principalmente, porque no había sido fabricado para eso, sino para calentar el agua de afeitarse, y porque había una cafetera muy cara oxidándose en la despensa), se mostró tan emocionado que de buena gana le habría tirado el agua hirviendo encima.

—Señorito Copperfield... quiero decir, señor Copperfield —dijo Uriah—. La verdad es que jamás se me habría ocurrido pensar que usted pudiera servirme algo. Pero están sucediéndome tantas cosas que nunca había esperado, dada

mi humilde posición, que siento como si llovieran bendiciones sobre mi cabeza. Supongo que algo le habrán contado de un cambio en mis expectativas, señorito Copperfield... mejor dicho, señor Copperfield.

Fui consciente de lo mucho que le detestaba al verlo sentado en mi sofá con sus huesudas rodillas bajo la taza de café, el sombrero y los guantes a sus pies; con la cucharilla en la mano removiendo suavemente el azúcar y los ojos rojizos y sin párpados –cuyas pestañas parecían haberse chamuscado– vueltos hacia mí sin atreverse a mirarme; con los orificios nasales llenos de desagradables rugosidades (como he mencionado antes) que se dilataban y contraían a la par que respiraba; y con aquel cuerpo que se retorció sinuosamente desde la barbilla hasta las botas. Me resultó muy desagradable tenerlo de invitado, pues entonces yo era joven, y no estaba acostumbrado a ocultar lo que sentía con tanta intensidad.

–Supongo que le habrán contado que mis expectativas han cambiado, señorito Copperfield... quiero decir, señor Copperfield, ¿no es así? –preguntó Uriah.

–En efecto –contesté.

–¡Ah! ¡Ya me imaginaba que la señorita Agnes se habría enterado! –repuso con calma–. Me alegro de que ella lo sepa. ¡Gracias, señorito... señor Copperfield!

Me habría gustado mucho lanzarle mi sacabotas (que estaba tirado en la alfombra) por haberme sonsacado algo relacionado con Agnes, aunque fuera de tan poca importancia. Pero me limité a beber café.

–¡Qué buen profeta ha demostrado ser, señor Copperfield! –prosiguió Uriah–. Verdaderamente, ¡qué buen profeta! ¿Acaso no recuerda haberme dicho en una ocasión que tal vez acabaría siendo el socio del señor Wickfield, y que su despacho se llamaría Wickfield y Heep? Es posible que usted lo haya olvidado; pero las personas humildes, señorito Copperfield, guardan esa clase de comentarios como un tesoro.

–Recuerdo que hablamos de ello –exclamé–, aunque entonces no lo creía muy probable.

–¿Y quién habría podido creerlo, señor Copperfield? –añadió él, eufórico–. Le aseguro que yo no. Me apresuré a responderle que era demasiado humilde. Y estaba convencido de mis palabras.

Mientras le miraba, Uriah seguía contemplando el fuego, con aquella

mueca que parecían haber esculpido en su rostro.

—Pero incluso las personas más humildes, señorito Copperfield —continuó diciendo—, pueden ser instrumentos de bien. Estoy muy contento de pensar que he podido serlo para el señor Wickfield, y que quizá ahora pueda serlo más. ¡Es un hombre tan valioso, señor Copperfield! Pero ¡cuántas imprudencias ha cometido!

—No sabe cómo lamento oír eso —repuse—. Y en todos los sentidos —añadí con cierta ironía, incapaz de contenerme.

—Indudablemente, señor Copperfield —contestó Uriah—. En todos los sentidos. ¡Y sobre todo por la señorita Agnes! Es posible que usted haya olvidado unas frases muy elocuentes que pronunció hace años, señorito Copperfield; pero recuerdo haberle oído decir que todo el mundo debería admirarla, y ¡cuánto se lo agradecí! Seguro que ya no se acuerda, señorito Copperfield, ¿verdad?

—Claro que sí —repliqué secamente.

—¡Oh! ¡Me alegro mucho de que no lo haya olvidado! —exclamó Uriah, emocionado—. ¡Pensar que fue usted quien encendió en mi humilde pecho las primeras chispas de la ambición y que todavía lo recuerda! ¡Oh! ¿Me permite pedirle otra taza de café?

Hubo algo en la insistencia con que me habló de aquellas chispas que yo había encendido, así como en la mirada que me lanzó, que me hizo estremecer como si lo hubiera visto de pronto iluminado por una llamarada. Pero su petición, formulada en un tono de voz muy diferente, me devolvió a la realidad y le hice los honores con el cacharro de hojalata; aunque no pude evitar que me temblara la mano, pues súbitamente me percaté de que yo no estaba a su altura, y me sentí tan perplejo y temeroso ante lo que fuera a decir a continuación que estoy seguro de que se dio cuenta.

Pero no dijo nada. Siguió removiendo lentamente el café, bebió un sorbo, se acarició suavemente el mentón con su horripilante mano, fijó la vista en el fuego, miró a uno y otro lado, esbozó una de sus extrañas sonrisas, hizo toda clase de ondulantes contorsiones empujado por su respetuoso servilismo, volvió a remover el café, tomó otro sorbo; pero dejó que fuera yo quien reanudara la conversación.

—De modo que el señor Wickfield —exclamé, finalmente—, que vale quinientas veces más que usted... o que yo —no habría podido dejar de cortar

esta frase en dos, aunque me hubiera ido en ello la vida—, ha sido muy imprudente, ¿no es así, señor Heep?

—En efecto, muy imprudente, señorito Copperfield —repuso Uriah, suspirando con modestia—. ¡Muchísimo! Pero preferiría que me siguiera llamando Uriah, si no le importa. Como en los viejos tiempos.

—Está bien, Uriah —respondí, sin que me resultara fácil pronunciar su nombre.

—¡Gracias! —exclamó con vehemencia—. ¡Muchas gracias, señorito Copperfield! Cuando me llama Uriah es como sentir el soplo de viejas brisas u oír el tañido de viejas campanas. Pero le ruego que me disculpe. ¿De qué estaba hablando?

—Del señor Wickfield.

—¡Oh, sí! ¡Es cierto! —dijo Uriah—. ¡Qué gran imprudencia, señorito Copperfield! Es un asunto del que no hablaría con nadie que no fuera usted. E incluso con usted, sólo me atrevo a tratarlo por encima. Si otra persona hubiera ocupado mi puesto en los últimos años, hace tiempo que el señor Wickfield (¡oh, señorito Copperfield, un hombre tan virtuoso!) estaría en sus manos. En... sus... manos —repitió Uriah, muy lentamente, al tiempo que extendía sus dedos de aspecto cruel sobre mi mesa y apretaba con fuerza el pulgar, hasta hacer temblar el tablero, las patas y el resto de la habitación.

No habría podido odiarle más, aunque le hubiera visto pisar con su pie torcido y aplastado la cabeza del señor Wickfield.

—¡Pues sí, señorito Copperfield! —prosiguió con una voz muy suave, que contrastaba de forma ostensible con la acción de su pulgar (que no disminuía lo más mínimo su presión)—. No existe la menor duda. El señor Wickfield habría conocido la ruina, el deshonor, y Dios sabe cuántas cosas más. Y él lo sabe. Yo soy el humilde instrumento que le sirve humildemente, y él ha decidido elevarme a una altura que yo nunca habría osado imaginar. ¡He de estarle tan agradecido!

Después de pronunciar estas palabras, y con el rostro vuelto hacia mí, aunque sin mirarme, retiró su pulgar torcido de la mesa y, con aire pensativo, se frotó lentamente la huesuda mandíbula como si se estuviera afeitando.

Recuerdo con qué indignación latió mi corazón al ver su astuto rostro iluminado por la luz del fuego, tan rojiza como él, mientras se preparaba para añadir algo más.

—Señorito Copperfield —comenzó a decir—, pero... ¿no le estaré entreteniendo?

—En absoluto. Me acuesto bastante tarde.

—Gracias, señorito Copperfield. Es cierto que he prosperado algo desde que usted me conoció; pero sigo siendo muy humilde. Y espero no dejar de serlo nunca. No dudará usted de mi humildad si le hago una pequeña confidencia, ¿verdad, señorito Copperfield?

—¡Oh, no! —repliqué, haciendo un esfuerzo.

—¡Gracias! —dijo; y sacó un pañuelo de su bolsillo y empezó a enjugarse las manos—. La señorita Agnes, señor Copperfield...

—¿Qué ocurre con ella, Uriah?

—¡Oh, qué alegría oírle decir Uriah de forma espontánea! —exclamó, agitándose nerviosamente como un pez—. ¿No la ha encontrado muy hermosa esta noche, señorito Copperfield?

—La he encontrado como siempre: superior en todos los aspectos a cuantos la rodean —respondí.

—¡Oh, gracias! ¡Qué razón tiene! —afirmó—. No sé cómo le agradezco sus palabras.

—No comprendo por qué —le interrumpí con altanería—. No existe ningún motivo para que me dé las gracias.

—Por supuesto que sí, señorito Copperfield —declaró Uriah—, y ésa es la confidencia que me voy a tomar la libertad de hacerle. A pesar de lo humilde que soy —prosiguió, mientras se enjugaba con más fuerza las manos, mirando alternativamente sus palmas y el fuego de la chimenea—, de lo humilde que es mi madre y de lo humilde que ha sido siempre nuestro hogar, pobre, pero honrado, la imagen de la señorita Agnes lleva muchos años dentro de mi corazón. No me importa confiarle mi secreto, señorito Copperfield, pues siempre he sentido un gran afecto por usted, desde el preciso instante en que le vi por primera vez en el carruaje de su tía. ¡Oh, señorito Copperfield! ¡Qué amor tan puro me inspira hasta el suelo que pisa mi Agnes!

Creo que tuve la idea enloquecida de sacar el atizador candente de la chimenea y clavárselo. Sentí una fuerte conmoción, como un balazo disparado por un rifle; pero la imagen de Agnes, a quien aquel animal pelirrojo ultrajaba sólo con pensar en ella, continuó presente en mi memoria

cuando le vi contorsionándose, como si su alma ruin le retorciera el cuerpo; y tuve sensación de vértigo. Uriah pareció hincharse y crecer ante mis ojos; el eco de su voz retumbó en la estancia; y se apoderó de mí el extraño sentimiento (que quizá todos hemos experimentado) de que aquello había sucedido antes, en un tiempo indeterminado, y de que sabía previamente lo que iba a decir a continuación.

Fue el ver reflejada en su rostro la conciencia que él tenía de su poder lo que me ayudó a recordar con toda intensidad, mucho más que cualquier esfuerzo que yo hubiera podido realizar, las súplicas de Agnes. Y le pregunté, con mucha más serenidad de la que habría creído posible unos minutos antes, si había hecho partícipe de sus sentimientos a Agnes.

—¡Oh, no, señorito Copperfield! —contestó—. ¡Claro que no! Usted es el único que lo sabe. Debe comprender que estoy empezando a salir de mi humilde posición. Tengo la esperanza de que ella se dé cuenta de lo útil que soy al señor Wickfield (pues confío en serle verdaderamente útil), de cómo le allano las dificultades y le llevo por el buen camino. Está tan unida a su padre, señorito Copperfield (¡qué hermoso sentimiento en una hija!) que no me extrañaría que, por amor a él, acabara siendo cariñosa conmigo.

Medí el alcance de lo que tramaba aquel canalla, y comprendí por qué ponía su plan al descubierto.

—Si tiene la bondad de guardar mi secreto, señorito Copperfield —prosiguió—, y de no ponerse en contra mía, en general, lo consideraré un gran favor. Supongo que no querrá interponer el menor obstáculo. Sé que tiene usted un corazón bondadoso; pero, como sólo me ha conocido en una situación muy humilde (en la más humilde, debiera decir, pues todavía es muy humilde), podría, sin saberlo, perjudicarme al hablar con mi Agnes. Ya ve que la llamo mía, señorito Copperfield. Hay una canción que dice: «¡Abdicaré coronas para llamarla mía!». ^[50] Espero poder hacerlo, un día de estos.

¡Querida Agnes! No conocía a nadie que fuera digno de su ternura y de su bondad; ¿acaso estaba destinada a ser la mujer de semejante miserable?

—Pero no hay ninguna prisa, señorito Copperfield —continuó diciendo Uriah con aire rastrero, mientras yo le contemplaba, sin poder apartar sus pensamientos de mi cabeza—. Mi Agnes es todavía muy joven; y mi madre y yo tenemos que abrimos camino hacia arriba, y efectuar innumerables cambios antes de que nuestra unión sea posible. De modo que tendré tiempo para que se familiarice con mis esperanzas, poco a poco, a medida que vayan

presentándose las oportunidades. ¡Oh! ¡Le agradezco tanto que me haya permitido hacerle esta confidencia! Es para mí un alivio saber que usted comprende nuestra situación, y tener la seguridad de que, deseoso de evitar cualquier disgusto a la familia, no se opondrá a mis planes.

Me cogió la mano, sin encontrar resistencia por mi parte, y, después de darme un húmedo apretón, miró la pálida esfera de su reloj.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Más de la una! Los minutos pasan tan rápido cuando se habla de los viejos tiempos, señorito Copperfield, que es casi la una y media.

Le respondí que había pensado que era más tarde. No porque lo creyera así, sino porque toda mi facilidad de palabra había desaparecido.

—¡Dios mío! —repitió, cavilando—. La casa donde me hospedo... una especie de hotel familiar o de pensión cerca de New River Head,^[51] llevará cerrada dos horas.

—Lamento no tener aquí más que una cama —respondí—, y...

—¡Oh! ¡Ni se le ocurra mencionar la palabra cama, señorito Copperfield! —contestó enardecido, levantando una de sus piernas—. ¿Le importaría que durmiera en el suelo, junto al fuego?

—En ese caso —me apresuré a decir—, acuéstese en mi cama, se lo ruego; yo me quedaré aquí.

Se negó a aceptar mi ofrecimiento con tanta vehemencia, empujado por la sorpresa y la humildad, que sus gritos debieron de llegar a oídos de la señora Crupp, que en aquellos momentos dormía, supongo, en una lejana habitación situada al nivel de las aguas más bajas, mientras sus sueños se veían arrullados por el tictac de un reloj incorregible, al que siempre recurría cuando discutíamos sobre su puntualidad, y que solía ir al menos tres cuartos de hora retrasado, aunque, según ella, los mejores especialistas lo hubieran arreglado por la mañana. Como ninguno de los argumentos que se me ocurrían, en medio de mi desconcierto, logró inducir al modesto Uriah a aceptar mi dormitorio, me vi obligado a improvisarle, lo mejor que pude, un lecho junto al fuego. El almohadón del sofá (demasiado corto para su figura alta y desgarbada), los cojines, una manta, el tapete de la mesa, un pequeño mantel limpio y un sobretodo me sirvieron para dicho fin; y Uriah me dio las gracias con efusión. Después de prestarle un gorro de dormir, que se colocó en seguida y con el que estaba tan horrible que jamás he podido ponérmelo de

nuevo, le dejé descansar tranquilo.

Nunca olvidaré aquella noche. Nunca olvidaré las vueltas que di en la cama sin poder dormir, mientras pensaba en Agnes y en aquella criatura, preguntándome qué podía y qué debía hacer; y cómo llegué a la conclusión de que, para la tranquilidad de Agnes, lo más aconsejable era no hacer nada y guardarme para mí lo que había oído. Cuando lograba conciliar el sueño por unos instantes, aparecía ante mí la imagen de Agnes con su dulce mirada, y la de su padre, contemplándola con adoración, como era habitual en él; y veía sus rostros suplicantes, que me llenaban de vagos temores. Cada vez que me despertaba, el recuerdo de que Uriah dormía en la habitación contigua me abrumaba, como si estuviera en una pesadilla; y sentía cómo el miedo me atenazaba, al igual que si mi huésped fuera una especie de demonio de segunda categoría.

Además, el atizador me perseguía en sueños y se negaba a salir de ellos. Medio dormido, medio despierto, pensaba que seguía al rojo vivo, y que yo lo había cogido de la chimenea y se lo había clavado en el cuerpo. Esta imagen llegó a obsesionarme de tal modo que, aunque sabía que no era real, entré sin hacer ruido en la estancia contigua para mirar a Uriah. Y allí estaba, tendido de espaldas, con las piernas extendidas hasta Dios sabe dónde, emitiendo toda clase de gorgoteos y de ronquidos, y con la boca abierta como un buzón. Era mucho más horrible en la realidad que en mis peores fantasías; me sentía poderosamente atraído por la repulsión que me inspiraba, y no podía evitar entrar y salir de la sala casi cada media hora para observarlo. Con todo, aquella noche interminable me parecía tan triste y descorazonadora como antes, y no se advertía en el cielo sombrío la menor señal de la llegada del alba.

Cuando lo vi bajar por la escalera, al día siguiente muy temprano (pues, gracias a Dios, no desayunó conmigo), tuve la impresión de que la noche desaparecía con él. Cuando salí para los Commons, encargué especialmente a la señora Crupp que dejara las ventanas abiertas, a fin de que la estancia se ventilara y quedase purificada de su presencia.

XXVI

Uaigo caufiuo

No volví a ver a Uriah Heep hasta el día en que Agnes abandonó la ciudad. Yo estaba en las oficinas de la diligencia para despedirme de ella y verla marchar, cuando apareció él, que regresaba a Canterbury en el mismo vehículo. Sentí cierto consuelo al percatarme de que su sobretodo, de cintura estrecha, altos hombros y color morado, se hallaba colocado en el techo del carruaje, junto a un paraguas que parecía una pequeña tienda de campaña, en el borde del asiento trasero, mientras que Agnes, como es natural, viajaba en el interior; pero el esfuerzo que me vi obligado a hacer para ser amable con él, mientras Agnes me miraba, tal vez mereciera aquella pequeña recompensa. En la ventanilla de la diligencia, al igual que durante la cena de los señores Waterbrook, su figura parecía cernirse sobre nosotros sin descanso, como un enorme buitre: devorando cada una de las palabras que yo le decía a Agnes o que ella me decía a mí.

En medio de la confusión en que me habían sumido las confidencias de Uriah, había meditado mucho sobre las palabras que había empleado Agnes al hablar de la asociación: «Hice lo que consideré mi deber. Convencida de que ese sacrificio era necesario para la tranquilidad de papá, le supliqué que lo hiciera». Yo albergaba el doloroso presentimiento de que ella cedería nuevamente a ese impulso y estaría dispuesta a hacer cualquier sacrificio por su padre; y, desde que comprendí esto, la angustia me atenazaba. Sabía cuánto lo amaba y hasta dónde llegaba su lealtad. Había oído de sus propios labios que se consideraba la causa involuntaria de sus errores, y que tenía una deuda con él que deseaba fervientemente pagar. No me sirvió de consuelo ver la diferencia que existía entre ella y aquel odioso Rufus^[52] del sobretodo color morado; pues me di cuenta de que era precisamente en ese contraste entre el alma pura y abnegada de Agnes y la sórdida ruindad de Uriah donde estaba el mayor peligro. También él sabía todo aquello, no me cabe la menor duda; y lo

había sopesado astutamente.

Y, sin embargo, yo estaba seguro de que la posibilidad de semejante sacrificio, por muy lejana que fuera, destruiría la felicidad de Agnes; y su actitud reflejaba con tanta claridad que no estaba al corriente de nada, y que aquella sombra todavía no había caído sobre su alma, que habría preferido herirla que advertirla del peligro que la amenazaba. Por ese motivo, nos despedimos sin la menor explicación; ella me decía adiós con la mano, sonriendo desde la ventanilla de la diligencia, mientras su genio maligno se retorció encima del techo del carruaje, como si ya la tuviera en sus garras, victorioso.

Aquella escena me persiguió durante mucho tiempo. Cuando Agnes me escribió para comunicarme que había llegado sana y salva, me sentí tan desdichado como en el momento de su partida. Siempre que me abandonaba a mis pensamientos, sabía con certeza que aquella imagen se presentaría de nuevo, redoblando mi sufrimiento. A duras penas pasaba una noche sin que soñara con eso. Se convirtió en una parte de mi vida, tan inseparable de ella como mi cabeza.

Tuve tiempo de sobra para torturarme con ese recuerdo, pues Steerforth estaba en Oxford, según me escribió, y cuando no me encontraba en los Commons, pasaba mucho tiempo solo. Creo que, por aquel entonces, empecé a sentir cierta desconfianza hacia Steerforth. Respondí cariñosamente a su carta, pero supongo que en el fondo me alegré de que no pudiera venir a Londres. Sospecho que la verdadera razón era la influencia que Agnes ejercía sobre mí en ausencia de Steerforth, que ahora era más fuerte que nunca, ya que la joven ocupaba la mayor parte de mis pensamientos y preocupaciones.

Entretanto, fueron pasando los días y las semanas. Firmé mi contrato con Spenlow y Jorkins. Recibía noventa libras anuales de mi tía, sin contar el alquiler de la casa y otros gastos extra. Mi apartamento estaba arrendado al menos por doce meses; y, aunque las veladas seguían pareciéndome tristes y largas, me quedaba allí, sumido en una especie de tranquila melancolía, y me contentaba con tomar café; si no recuerdo mal, en aquella época de mi vida debí de beberlo por galones. Creo que también fue entonces cuando hice tres descubrimientos: el primero, que la señora Crupp padecía un extraño mal que ella denominaba «los espasmos», que iban generalmente acompañados de una irritación de nariz que necesitaba ser tratada con menta; el segundo, que, por alguna peculiaridad de la temperatura de mi despensa, las botellas de coñac estallaban en su interior; y el tercero, que estaba solo en el mundo, y sentía

una profunda inclinación a dejar constancia de tal circunstancia en fragmentos de versificación inglesa.

El día en que regularicé el contrato, me limité a celebrarlo invitando a los empleados de la oficina a unos sándwiches y a un trago de jerez, y yendo por la noche solo al teatro. Fui a ver *El extranjero*,^[53] algo muy indicado para un hombre de los Commons, y salí tan apesadumbrado de la obra que, cuando volví a casa, apenas reconocí mi rostro en el espejo. En el momento de firmar, el señor Spenlow aseguró que le habría gustado mucho invitarme a su casa de Norwood para celebrar nuestra nueva relación, pero que en su hogar reinaba cierto desorden a causa del inminente regreso de su hija, que acababa de terminar su educación en París. No obstante, me dio a entender que, cuando la joven llegase, sería un placer para él recibirme. Yo sabía que era viudo y no tenía más que una hija, y le expresé mi agradecimiento.

El señor Spenlow cumplió su palabra. Una semana o dos después me recordó su promesa, diciendo que, si le hacía el honor de ir a su casa desde el sábado hasta el lunes siguiente, se sentiría muy feliz. Como es natural, acepté; y convinimos en que le acompañaría en su faetón, tanto a la ida como a la vuelta.

Cuando llegó el gran día, hasta mi equipaje se convirtió en objeto de veneración para los empleados que recibían un estipendio, para quienes la casa de Norwood era un misterio sagrado. Uno de ellos me comunicó que había oído decir que el señor Spenlow comía siempre en vajillas de plata y de porcelana; otro insinuó que en su mesa se bebía champaña como si fuera cerveza de barril. El viejo escribiente de la peluca, el señor Tiffey, había ido varias veces a lo largo de los años, por asuntos de trabajo, y siempre lo habían conducido hasta una pequeña sala donde se servían los desayunos. La describió como una estancia de lo más suntuosa, y aseguró que le habían dado a beber un licor oscuro de las Indias Orientales, tan delicioso que sólo podía degustarse cerrando los ojos.

Aquel día se celebraba la vista de una causa aplazada en el Tribunal del Consistorio: se trataba de excomulgar a un panadero que se había negado a pagar su parte del adoquinado en una asamblea de feligreses. Y, como las declaraciones fueron el doble de largas que *Robinson Crusoe*, según unos cálculos que efectué, no terminamos hasta una hora muy avanzada. Logramos, sin embargo, que se le excomulgara durante seis semanas y que fuera condenado a pagar todas las costas; y entonces el procurador del panadero, el juez y los abogados de las dos partes (que eran muy amigos) se

fueron juntos a la ciudad, y el señor Spenlow y yo nos marchamos en el faetón.

Éste era verdaderamente magnífico; los caballos arqueaban el cuello y elevaban las patas como si supieran que pertenecían a los Doctors' Commons. Lo cierto es que, en cuanto a ostentación, existía una gran rivalidad entre los miembros de este tribunal, tal como ponían de manifiesto algunos de sus elegantes carruajes. Aunque yo siempre he creído y seguiré creyendo que, en aquellos tiempos, el artículo de mayor competencia era el almidón; y no creo que ningún ser humano pudiera llevar un cuello tan duro como el de las camisas de los procuradores.

Conversamos agradablemente durante el trayecto, y el señor Spenlow me proporcionó algunos datos relacionados con mi profesión. Dijo que era la más distinguida del mundo, y que no debía confundirse, bajo ningún concepto, con la de abogado; pues era totalmente diferente, infinitamente más selecta, menos mecánica y más lucrativa. En los Commons nos tomábamos las cosas con mucha más filosofía que en cualquier otra parte, señaló, lo que nos convertía en una clase privilegiada, separada del resto. Añadió que era imposible negar el hecho, bastante desagradable, de que eran sobre todo los abogados quienes nos daban trabajo; pero me dio a entender que se trataba de una raza inferior de hombres, universalmente menospreciados por todos los procuradores que se preciaban de serlo.

Le pregunté al señor Spenlow qué clase de asuntos le parecían más interesantes en nuestra profesión. Me respondió que un buen proceso entablado a causa de un testamento, en el que estuviera en juego una pequeña fortuna de treinta o cuarenta mil libras, era quizá lo mejor de todo. Los casos así no sólo reportaban muy buenas ganancias, gracias a los alegatos en las distintas fases del pleito y a las montañas de declaraciones a lo largo de los interrogatorios y de los contrainterrogatorios (por no hablar de la apelación, primero a los delegados y después a los lores); sino que también, al tener la seguridad de que las costas acabarían descontándose de la herencia, ninguna de las dos partes se amilanaba, ni reparaba en gastos. Entonces se lanzó a hacer un panegírico general de los Commons. Su característica más admirable era la solidez, afirmó. Se trataba del lugar mejor organizado del mundo. Era la encarnación del bienestar. Eso lo decía todo. Por ejemplo, usted entabla un caso de divorcio o de indemnización en el Consistorio. ¡Bien! Su caso se juzga en este tribunal. Juega usted una pequeña partida de cartas, con toda tranquilidad, como si estuviera en familia. Supongamos que no queda

satisfecho con la sentencia, ¿qué puede hacer? Recurre al Tribunal de los Arcos. ¿Y qué son los Arcos? Pues el mismo tribunal, en la misma sala, con el mismo cuerpo de abogados... pero con otro juez, pues el juez del Consistorio puede comparecer allí como abogado cuando lo desee. Ahora bien, usted ha vuelto a jugar y tampoco está de acuerdo con el resultado. ¿Cuál es el siguiente paso? Pues dirigirse a los delegados. ¿Quiénes son éstos? Los delegados eclesiásticos son los abogados que han asistido como espectadores a las pequeñas partidas que se han jugado en las otras dos salas, que han visto cómo se barajaban y cortaban las cartas, que han hablado con todos los jugadores... y que ahora se presentan como jueces, frescos y lozanos, ¡a fin de encontrar una solución que agrade a todos! Los descontentos podrán hablar de la corrupción de los Commons, de su aislamiento y de su necesidad de reforma –concluyó gravemente el señor Spenlow–, pero cuanto más sube el precio del trigo, más trabajo tienen los Commons; y podría gritarse al mundo entero, sin temor a mentir: «Tocad los Commons y el país se vendrá abajo».

Escuché todo esto con mucha atención; y, aunque debo reconocer que no estaba nada convencido de que el país tuviera tanto que agradecer a los Commons como decía el señor Spenlow, me mostré respetuosamente de acuerdo con él. En cuanto al precio del trigo, era un asunto que me sobrepasaba de tal modo que lo di por zanjado. Y es algo que todavía hoy no he logrado comprender, y que, a lo largo de mi vida, ha reaparecido una y otra vez y me ha anonadado, ya fuera relacionado con un asunto o con otro. No sé exactamente qué tiene que ver esa cuestión conmigo, o qué derecho tiene a aplastarme en las circunstancias más variadas; pero, siempre que alguien saca el tema a colación, doy la batalla por perdida.

Pero esto es una digresión. Desde luego, no sería yo quien tocara los Commons y arruinara el país. Expresé respetuosamente, a través de mi silencio, mi conformidad con las palabras de mi superior, tanto en años como en conocimientos; y hablamos de *El extranjero*, de teatro y de los dos caballos, hasta que nos detuvimos frente a la verja del señor Spenlow.

Un hermoso jardín rodeaba la casa y, a pesar de que no era la mejor época del año para verlo, estaba tan bien cuidado que me encantó. Tenía un bonito césped, grupos de árboles y unos senderos que entreveía en la oscuridad, cubiertos con pérgolas, por las que trepaban los arbustos y las flores al llegar la primavera.

«¡Oh, Cielos! La señorita Spenlow debe de pasear sola por aquí», pensé.

Nos dirigimos a la casa, alegremente iluminada, y entramos en un vestíbulo donde había toda clase de sombreros, gorras, sobretodos, mantas escocesas, guantes, látigos y bastones.

—¿Dónde está la señorita Dora? —preguntó el señor Spenlow al criado.

«¡Dora! —pensé—. ¡Qué hermoso nombre!»

Pasamos a una habitación contigua (creo que era la famosa salita donde el viejo escribiente había bebido el licor oscuro de las Indias Orientales) y oí una voz que decía:

—Señor Copperfield, le presento a mi hija Dora y a su dama de compañía.

No hay duda de que era la voz del señor Spenlow, pero yo no la reconocí, y además me resultaba indiferente. Todo había ocurrido en un instante. Mi destino se había cumplido. Era un cautivo y un esclavo. ¡Amaba a Dora Spenlow con locura!

Ella me pareció un ser sobrenatural. Un hada, una sílfide, no sé qué... la encarnación de lo que nadie había visto y todo el mundo deseaba. En un abrir y cerrar de ojos me vi hundido en un abismo de amor. No pude detenerme en su borde; ni mirar hacia abajo, ni mirar atrás; caí de cabeza antes de poder decirle una sola palabra.

—Ya conozco al señor Copperfield —exclamó una voz que yo recordaba muy bien, mientras me inclinaba y trataba de balbucir algo.

La que hablaba no era Dora. No; era su dama de compañía: ¡la señorita Murdstone!

No creo que me sorprendiera mucho. Según mi leal saber y entender, había perdido la capacidad de asombro. En el mundo material, lo único que podía maravillarme era Dora Spenlow.

—¿Cómo está, señorita Murdstone? —inquirí—. Espero que se encuentre bien.

—Así es —contestó.

—¿Y cómo está el señor Murdstone? —añadí.

—Mi hermano goza de buena salud, gracias.

El señor Spenlow pareció extrañarse de que nos hubiéramos visto antes.

—Me alegra comprobar, señor Copperfield —dijo—, que usted y la señorita

Murdstone sean amigos.

—El señor Copperfield y yo —puntualizó la señorita Murdstone, con su acostumbrada calma y severidad— somos parientes. Pero apenas nos hemos visto antes; sólo cuando él era niño. Las circunstancias nos han separado desde entonces. Ni siquiera lo habría reconocido.

Respondí que yo la habría reconocido en cualquier parte. Y no mentía.

—La señorita Murdstone ha tenido la bondad —señaló el señor Spenlow— de aceptar el puesto (si puede llamarse así) de dama de compañía de mi hija. Como Dora, por desgracia, no tiene madre, la señorita Murdstone se ha prestado amablemente a ser su amiga y protectora.

Tuve el pensamiento fugaz de que la señorita Murdstone, al igual que esas armas de bolsillo llamadas cachiporras, parecía mucho más capacitada para el ataque que para la defensa. Pero, como todas las ideas que pasaban por mi cabeza eran pasajeras, excepto si guardaban relación con Dora, me apresuré a mirar a ésta; y estaba empezando a comprender, por su expresión adorablemente irritada, que no se sentía inclinada a hacer demasiadas confidencias a su amiga y protectora, cuando sonó una campanilla. El señor Spenlow me explicó que era la primera llamada para la cena, y me acompañó fuera de la sala para que me cambiara.

En mi estado de enamoramiento, la idea de vestirme de etiqueta o de realizar cualquier otra acción resultaba demasiado ridícula. Lo único que podía hacer era sentarme junto a la chimenea, mordisquear la llave de mi maleta y pensar en los brillantes ojos de la joven, encantadora y hermosa Dora. ¡Qué figura! ¡Qué rostro! ¡Qué modales tan delicados, espontáneos y cautivadores!

La campanilla volvió a sonar tan pronto que, en lugar de acicalarme con esmero, como me habría gustado en aquellas circunstancias, me vi obligado a vestirme a toda prisa. Bajé las escaleras. En el comedor había algunos invitados. Dora conversaba con un anciano de pelo gris. A pesar de sus canas... y de que ya era bisabuelo, según afirmó, creí enloquecer de celos.

¡Vaya un estado el mío! Tenía celos de todo el mundo. No podía soportar que nadie conociera al señor Spenlow mejor que yo. Era una tortura para mí oír contar anécdotas en las que yo no había intervenido. Cuando un caballero muy amable, y de calva brillante, me preguntó, desde el otro lado de la mesa, si aquella era la primera vez que visitaba Norwood, habría sido capaz de descargar sobre él la peor de las venganzas.

No recuerdo a ninguno de los comensales, excepto a Dora. No tengo la menor idea de lo que comimos, sólo Dora. Tengo la sensación de que mi único alimento fue Dora, y de que el criado me quitó media docena de platos que ni siquiera había probado. Me sentaron a su lado. Hablé con ella. Tenía la voz más dulce, la risa más alegre, los modales más agradables y fascinantes que jamás hayan logrado reducir a un pobre joven a una esclavitud sin esperanzas. Todo en ella era diminuto; y eso la haría más preciosa a mis ojos.



Caigo cautivo

Cuando salió del comedor en compañía de la señorita Murdstone (pues

eran las únicas damas), me sumí en una especie de ensueño, sólo turbado por la cruel inquietud de que la señorita Murdstone le hablara mal de mí. El amable caballero de la calva brillante me contó una larga historia, que creo que guardaba relación con la jardinería. Tengo la impresión de haberle oído decir en varias ocasiones: «mi jardinero». Yo fingía escucharlo con la mayor atención, pero, mientras tanto, recorría con Dora el jardín del Edén.

El temor a ser calumniado ante el objeto de mi apasionado amor se avivó cuando entramos en el salón, por culpa del aspecto ceñudo y reservado de la señorita Murdstone. Pero mis miedos desaparecieron del modo más inesperado.

—David Copperfield —dijo la señorita Murdstone, haciéndome señas para que me acercara con ella a una ventana—. Unas palabras...

Me encontré solo ante la señorita Murdstone.

—David Copperfield —prosiguió—. No es necesario que me extienda sobre nuestras circunstancias familiares. No es un asunto demasiado agradable.

—Lejos de eso, señora —respondí.

—Lejos de eso —repitió—. No deseo revivir las viejas querellas, ni las viejas ofensas. Fui insultada por una persona (una mujer, y siento decirlo por el honor de mi sexo) de la que no puedo hablar sin desprecio ni aversión; por ese motivo, prefiero no mencionarla.

Aquella alusión a mi tía me indignó; pero le dije que, efectivamente, sería mejor que *no* la nombrara. Pues no habría aguantado que le faltara al respeto en mi presencia, añadí, sin expresarle lo que pensaba.

La señorita Murdstone cerró los ojos e inclinó desdeñosamente la cabeza, antes de volverlos a abrir.

—David Copperfield —continuó—, no trataré de ocultar que en su niñez me formé una opinión muy desfavorable de su carácter. Es posible que me equivocara o que usted haya dejado de merecerla. No es algo que debamos discutir ahora. Soy miembro de una familia notable por su firmeza; no soy de las que cambian según la situación. Puedo tener mi opinión de usted, como usted puede tenerla de mí.

Incliné la cabeza, a mi vez.

—Pero no es necesario —agregó la señorita Murdstone— que esas opiniones entren ahora en conflicto. En las actuales circunstancias, es mejor para todos

que eso no ocurra. Puesto que el destino ha vuelto a reunirnos, y quizá lo haga de nuevo, sugiero que nos tratemos como parientes lejanos. Las circunstancias familiares son motivo más que suficiente para que actuemos así, y es de todo punto innecesario que ninguno de los dos ponga al otro en evidencia.

—Señorita Murdstone —respondí—, creo que usted y el señor Murdstone fueron muy crueles conmigo y trataron con enorme dureza a mi madre. Es algo que pensaré mientras viva. Pero estoy de acuerdo con su propuesta.

La señorita Murdstone cerró los ojos de nuevo e inclinó la cabeza. Después de rozar la palma de mi mano con la punta de sus dedos, rígidos y helados, se alejó de la ventana arreglándose las pequeñas cadenas que adornaban sus muñecas y su cuello; y éstas parecían ser las mismas, y seguir exactamente en el mismo estado que la última vez que la vi. Y, dado el carácter de la señorita Murdstone, no pudieron sino recordarme a las cadenas de la puerta de una cárcel, que muestran a quienes las ven desde fuera lo que les espera en su interior.

Lo único que sé del resto de la velada es que oí cantar en francés a la reina de mi corazón, que acompañaba sus hermosas baladas con un glorioso instrumento que debía de ser una guitarra; sus letras parecían indicar que, pasara lo que pasara, siempre teníamos que bailar... tralalá, tralalá. Que me sumí en un delirio de felicidad. Que rehusé todas las bebidas que me ofrecieron. Que sentí especial repugnancia por el ponche. Que, cuando la señorita Murdstone la tomó bajo su custodia y se retiró con ella, la joven me sonrió y me dio su encantadora mano. Que vi mi imagen reflejada en el espejo y tenía el aspecto de un perfecto imbécil. Que me acosté de lo más lacrimoso, y me levanté dominado por una lánguida pasión.

Hacía una hermosa mañana, era temprano y decidí salir a pasear bajo las bonitas pérgolas de los senderos, mientras daba rienda suelta a mi amor pensando en Dora. Cuando cruzaba el vestíbulo, me encontré con su perrito, al que llamaban Jip, diminutivo de Gipsy. Me acerqué cariñosamente, pues mi amor se había hecho extensible a él; pero me enseñó todos los dientes, se metió debajo de una silla expresamente para gruñir y no quiso aceptar la menor familiaridad.

Hacía frío y el jardín estaba desierto. Estuve caminando un rato, intentando imaginar mi felicidad si algún día llegaba a convertirme en el prometido de aquella maravillosa joven. En cuanto al matrimonio, el dinero y

todas esas cosas, creo que era casi tan cándido e inocente como cuando adoraba a la pequeña Emily. Poder llamarla Dora, escribirle o idolatrarla, tener razones para creer que se preocuparía de mí, incluso en compañía de otras personas, me pareció el *súmmum* de la ambición humana... y, desde luego, lo era de la mía. No hay duda de que yo languidecía de amor; pero mi pasión era tan pura que soy incapaz de recordarla con desprecio o de burlarme de ella.

No llevaba mucho tiempo paseando cuando, al doblar una esquina, me tropecé con Dora. Todavía siento un hormigueo, de la cabeza a los pies, cuando evoco ese momento; e incluso la pluma tiembla en mi mano.

—Ha... salido... muy temprano, señorita Spenlow —exclamé.

—Es tan aburrido quedarse en casa —replicó ella—, y la señorita Murdstone ¡es tan ridícula! Dice unas tonterías... Según ella, no debo salir al jardín hasta que no se haya aireado el día. ¡Aireado el día! —y rompió a reír del modo más melodioso—. Los domingos por la mañana, cuando no toco el piano, tengo que hacer algo... Así que ayer por la noche le dije a papá que *tenía* que salir. Además, es la hora más luminosa del día, ¿no cree usted?

Me atreví a insinuar con valentía (aunque no sin ciertos balbuceos) que me parecía sumamente luminosa, aunque tan sólo unos instantes antes fuera negra como la noche.

—¿Se trata de un cumplido? —preguntó Dora—. ¿O es que el tiempo ha cambiado de verdad?

Le contesté, balbuceando más que antes, que no era ningún cumplido sino la pura verdad, a pesar de que no había advertido el menor cambio en el tiempo. El cambio se había producido únicamente en mis sentimientos, añadí cohibido, concluyendo así mi explicación.

Jamás había visto unos rizos como los que ella sacudió para ocultar su rubor... ¿Y cómo habría podido verlos si no existían otros equiparables? En cuanto al sombrero de paja y a las cintas azules que los coronaban, si hubiera podido colgarlos en mi habitación de Buckingham Street, ¡qué tesoro tan inestimable habrían constituido para mí!

—Acaba usted de volver de París, ¿no es cierto? —inquirí.

—Sí —repuso ella—. ¿Ha estado alguna vez?

—No.

—¡Oh! Espero que pueda ir pronto. ¡Le encantará!

La angustia más profunda se reflejó en mi rostro. El hecho de que ella esperara que yo fuese, de que ella creyera posible que yo *pudiese* ir, me resultó insoportable. Empecé a hablar mal de París; a hablar mal de Francia. Dije que de ningún modo abandonaría Inglaterra en las actuales circunstancias. Nada me induciría a hacerlo. En pocas palabras, ella estaba sacudiendo sus rizos de nuevo cuando el perrito, para alivio de ambos, se acercó corriendo.

Estaba terriblemente celoso de mí e insistió en ladrarme. Dora lo cogió en sus brazos (¡Oh, Dios mío!), y lo acarició; pero siguió ladrando. Cuando intenté tocarlo, me lo impidió; y entonces ella se enfadó con él. Mi sufrimiento aumentó al ver los golpecitos que le propinaba, a modo de castigo, en su chato hocico, mientras él cerraba los ojos y lamía su mano sin dejar de gruñir entre dientes, como un contrabajo. Finalmente, se tranquilizó, y es natural que lo hiciera, al sentir sobre su cabeza el hoyuelo de la barbilla de su ama; y entonces fuimos a visitar un invernadero.

—No tiene usted mucha amistad con la señorita Murdstone, ¿verdad? —quiso saber Dora—. ¡Tesoro mío!

Estas dos últimas palabras se dirigían al perro. ¡Ay, si me las hubiera dedicado a mí!

—No —respondí—. Ninguna.

—¡Qué mujer tan insoportable! —exclamó la joven—. No entiendo en qué pensaba papá al elegir a una criatura tan irritante como señorita de compañía. ¿Y quién necesita protección? Estoy seguro de que yo no. Jip puede protegerme mucho mejor que la señorita Murdstone, ¿verdad que sí, mi querido Jip?

Éste se limitó a entornar perezosamente los ojos cuando Dora le besó la bola que tenía por cabeza.

—Papá la llama mi mejor amiga, pero evidentemente no lo es, ¿verdad, Jip? Mi perrito y yo no confiaremos nuestros secretos a una persona tan desagradable. Depositaremos nuestra confianza en quien nos plazca y buscaremos nuestros propios amigos, ¿no es cierto, Jip?

El pequeño can emitió un ruidito de satisfacción, similar al silbido de una tetera cuando hierve. En cuanto a mí, cada palabra de Dora era un nuevo eslabón en la cadena que se sumaba a los que ya me aprisionaban.

—Es injusto que, por no tener una bondadosa mamá, nos veamos obligados a aguantar a una vieja solterona, triste y malhumorada, como la señorita Murdstone, siempre pisándonos los talones, ¿verdad, Jip? Pero no importa. No le contaremos nada, y seremos todo lo felices que podamos, a pesar de ella; y la haremos rabiar, y no seremos amables con ella... ¿estás de acuerdo, Jip?

Si ese diálogo hubiera durado más tiempo, creo que no habría podido evitar caer de rodillas en la grava, con muchas posibilidades de llenarme de rasguños y de ser expulsado inmediatamente de la casa. Pero, por suerte, el invernadero no estaba lejos, y llegamos en aquel preciso momento.

En su interior había una verdadera exhibición de hermosos geranios. Caminamos lentamente junto a ellos; y Dora se detenía a menudo para admirar uno u otro, mientras yo admiraba siempre el mismo. Dora, con gesto infantil, sostenía al perro en sus brazos, riendo, a fin de que olfateara las flores. Si no estábamos los tres en el país de las hadas, yo por mi parte sí lo estaba. Todavía me sorprende, medio en serio medio en broma, el efecto que obra en mí el olor de una hoja de geranio; veo entonces un sombrero de paja y unas cintas azules, una profusión de rizos y un pequeño perro negro que dos gráciles brazos sostienen en alto, junto a un montón de flores y de hojas brillantes.

La señorita Murdstone nos había estado buscando. Nos encontró allí; y le ofreció a Dora su desagradable mejilla y sus pequeñas arrugas llenas de polvos de arroz para que las besara. Luego cogió del brazo a su protegida y nos acompañó a desayunar, como si nos dirigiéramos al funeral de un soldado.

No sabría decir cuántas tazas de té tomé, únicamente porque Dora lo había preparado. Pero recuerdo que lo bebí en grandes cantidades, hasta que mi sistema nervioso, si es que lo tenía por aquel entonces, se vino abajo. Poco después fuimos a la iglesia. La señorita Murdstone se sentó entre los dos; pero oí cantar a Dora y el resto de los feligreses desaparecieron. Hubo un sermón —sobre Dora, por supuesto— y mucho me temo que no sé nada más de aquel oficio religioso.

Pasamos un día muy tranquilo. No hubo visitas, dimos un paseo, comimos los cuatro en familia y pasamos la velada admirando libros y grabados; la señorita Murdstone, con una homilía delante, no nos quitó el ojo de encima. ¡Ay! ¡Qué poco imaginaba el señor Spenlow, al que tuve sentado enfrente

después de la cena, cubriéndose la cabeza con un pañuelo, con qué devoción le abrazaba en mi imaginación como si fuera su yerno! ¡Qué lejos estaba de pensar, cuando me despedí de él aquella noche, que acababa de dar su consentimiento a mi compromiso con Dora! Y yo no podía sino pedir a Dios que derramara bendiciones sobre su cabeza.

Nos marchamos al día siguiente muy temprano, pues teníamos que juzgar un caso en el Tribunal del Almirantazgo, que requería un conocimiento bastante preciso del arte de la navegación, para lo que el juez (como no podía esperarse que en los Commons fuéramos demasiado expertos en la materia) había rogado a dos viejas autoridades de Trinity House^[54] que acudieran por caridad a ayudarlo. Dora estaba, sin embargo, en la mesa del desayuno, preparándonos de nuevo el té; y tuve el melancólico placer de decirle adiós desde el faetón, quitándome el sombrero, mientras ella estaba en el umbral de la puerta con Jip en sus brazos.

No haré inútiles esfuerzos por describir lo que el Almirantazgo significó para mí ese día; las tonterías que se me pasaron por la cabeza mientras escuchaba a los demás; cómo vi el nombre de DORA grabado en el remo de plata que colocaron encima de la mesa, a modo de emblema de aquella elevada jurisdicción; y lo mal que me sentí cuando el señor Spenlow se marchó a su casa sin mí (había abrigado la loca esperanza de que volviera a llevarme con él), como un marinero al que su barco hubiera abandonado en una isla desierta. Si aquel viejo y somnoliento tribunal pudiera despertar y presentar de forma visible todos los sueños que en él yo había tenido despierto, pensando en Dora, sólo entonces se conocería mi verdad.

Y no estoy hablando únicamente de las fantasías que tuve aquella mañana, sino de las que imaginé día tras día, semana tras semana, trimestre tras trimestre. No iba a los Commons para prestar atención a lo que allí ocurría, sino para pensar en Dora. Si dediqué algún pensamiento a los procesos que se tramitaban lentamente en mi presencia, fue sólo para preguntarme, en los pleitos matrimoniales (recordando a Dora), cómo era posible que las parejas fueran desgraciadas; y, cuando se trataba de una herencia, meditaba sobre los pasos que daría en relación con Dora si me hubieran legado aquel dinero a mí. Durante la primera semana de enamoramiento, me compré cuatro elegantes chalecos... no por mí, que no sentía el menor orgullo al llevarlos, sino por Dora; me aficioné a llevar guantes de cabritilla de color crema para salir, y eché los cimientos de todos los callos que he padecido después. Si las botas que calzaba entonces pudieran exhibirse y compararse con el tamaño real de

mis pies, tendríamos una muestra conmovedora del estado en que se hallaba mi corazón.

Y, a pesar de que con este acto de amor a Dora me convertía en un pobre lisiado, caminaba diariamente millas y millas con la única esperanza de verla. No sólo en seguida fui tan conocido en Norwood como los carteros de la zona, sino que también invadí las calles de Londres. Deambulaba por los alrededores de las tiendas más elegantes, andaba por el Bazar^[55] como un alma en pena, atravesaba el parque^[56] una y otra vez hasta quedar exhausto. En raras ocasiones y muy de tarde en tarde, me la encontraba. A veces veía su guante, saludándome desde la ventanilla de un carruaje; o me tropezaba con ella y con la señorita Murdstone, y las acompañaba un rato mientras conversábamos. Siempre que ocurría esto, me sentía después muy desgraciado, porque no le había dicho lo que debía, o porque ella desconocía el alcance de mi afecto, o porque creía serle indiferente. Como puede suponerse, vivía esperando otra invitación del señor Spenlow. Y no sufría más que decepciones, porque no recibí ninguna.

La señora Crupp debía de ser una mujer muy perspicaz; pues llevaba apenas unas semanas enamorado, y lo único que había tenido el valor de escribirle a Agnes era que había estado en casa del señor Spenlow, «cuya familia se componía de una sola hija»... Como iba diciendo, la señora Crupp debía de ser una mujer muy perspicaz, porque, ya en esos primeros días, lo descubrió. Subió a verme una tarde en que yo estaba muy abatido para pedirme (puesto que sufría espasmos) un poco de tintura de cardamomo mezclada con ruibarbo y aromatizada con siete gotas de esencia de clavo, que era el mejor medicamento para su dolencia; o, si no disponía de semejante remedio, un poco de coñac, que tampoco le sentaba mal. Esto último no le gustaba tanto, según declaró, pero era lo más indicado después del fármaco que había venido a buscar. Como jamás había oído hablar de este preparado, y siempre tenía un poco de coñac en la alacena, le serví un vaso, y ella empezó a beberlo en mi presencia, para que no me cupiera la menor duda del buen uso que hacía de él.

—Anímese, señor —dijo—, no puedo soportar verle en ese estado; recuerde que yo también soy madre.

No entendí qué relación guardaba eso conmigo, pero sonreí a mi casera con toda la afabilidad que pude.

—¡Vamos, señor! —insistió—. Disculpe, pero sé lo que le ocurre. Hay una

joven dama de por medio.

—¡Señora Crupp! —exclamé, ruborizándome.

—¡Válgame Dios! ¡No se desanime, señor! —prosiguió, alentándome con la cabeza—. ¡No se rinda! Si ella no le sonríe, ya le sonreirán muchas otras. Es usted un joven caballero que merece que le sonrían, señor Copperfull, y debe usted saber lo que vale, señor.

La señora Crupp siempre me llamaba señor Copperfull. En primer lugar, y sin duda alguna, porque no era mi nombre; y en segundo lugar, supongo que por alguna vaga asociación con el día de la colada.^[57]

—¿Qué le hace pensar que hay alguna joven de por medio, señora Crupp? —pregunté.

—Señor Copperfull —respondió con convicción—, también yo soy madre.

Durante algún tiempo, la señora Crupp no pudo hacer otra cosa que apoyar su mano en la pechera de nanquín y evitar nuevos dolores con algunos traguitos de su medicina.

—Cuando su querida tía alquiló estas habitaciones para usted —dijo, finalmente—, di gracias al Cielo por tener alguien a quien cuidar; y recuerdo que lo comenté en voz alta. No come usted bastante, señor; y tampoco bebe.

—¿En eso basa sus suposiciones, señora Crupp? —inquirí.

—Señor —exclamó casi con severidad—, he lavado la ropa de otros caballeros, además de la de usted. Hay jóvenes que se preocupan demasiado por su aspecto y jóvenes muy desaliñados. Pueden peinarse continuamente o con muy poca regularidad. Pueden llevar las botas demasiado grandes o demasiado pequeñas. Depende del carácter de cada uno. Pero, siempre que un joven caballero cae en uno de esos extremos, hay una joven de por medio.

La señora Crupp movió la cabeza con tanta determinación que me sentí acorralado.

—El caballero que murió aquí, antes de que llegara usted —señaló—, se enamoró de una camarera y, a pesar de lo hinchado que estaba por la bebida, ordenó que le estrecharan sus chalecos.

—Señora Crupp —protesté—, le ruego que no relacione a la joven en cuestión con una camarera, ni con nada por el estilo, si no le importa.

—Señor Copperfull —respondió ella—, le recuerdo que soy madre; no tiene

usted nada que temer. Le pido que me disculpe, señor, si resulto entrometida. No me gustaría meterme donde no me llaman. Pero es usted joven, señor Copperfull, y mi consejo es que se anime, que no se descorazone y que sepa usted lo que vale. Si se aficionara a algo, señor –continuó mi casera–, si se aficionara a los bolos, por ejemplo, que es un juego muy sano, tal vez se distrajera y le sentase bien.

Y, después de pronunciar estas palabras, la señora Crupp, simulando tener mucho cuidado con el coñac –del que no quedaba ni una sola gota–, me dio las gracias con una majestuosa reverencia y se retiró. Mientras su figura desaparecía en la oscuridad de la entrada, comprendí que la señora Crupp se había tomado una pequeña libertad conmigo al darme aquel consejo; pero, al mismo tiempo, me alegré de recibirlo. Hombre prevenido vale por dos, pensé; y, en el futuro, procuraría guardar mejor mi secreto.

XXVII

Tommy Traddles

No sé si fue por el consejo de la señora Crupp, o porque había cierto parecido entre el sonido de las palabras «bolos» y «Traddles»,^[58] pero lo cierto es que al día siguiente decidí ir en busca de mi viejo compañero de internado. Tenía que estar ya de vuelta en la ciudad, y vivía en una callejuela cerca de la Escuela Veterinaria, en Camden Town, un barrio donde la mayoría de los inquilinos, según uno de los escribientes del señor Spenlow que residía allí, eran estudiantes que compraban burros vivos para realizar experimentos en sus casas. Después de preguntar a ese empleado el mejor modo de llegar, fui aquella misma tarde a visitar a Traddles.

La verdad es que yo habría querido algo mejor para mi amigo, pues la calle dejaba bastante que desear. Sus habitantes parecían tener cierta propensión a arrojar los desperdicios a la calzada, que, además de maloliente, estaba encharcada y llena de hojas de col. Y no todos los deshechos pertenecían al reino vegetal, pues mientras buscaba el número de la casa, pude ver un zapato, una cacerola abollada, un sombrero negro y un paraguas en distintas fases de descomposición.

El aspecto general del barrio trajo forzosamente a mi memoria la época en que vivía con el señor y con la señora Micawber. Esa sensación se acrecentó cuando llegué al edificio de Traddles, gracias al aire indescriptible de marchita elegancia que lo diferenciaba de los demás... aunque todos estaban contruidos siguiendo el mismo patrón, y parecían los primeros ensayos de algún torpe muchacho que estuviera aprendiendo a construir casas y no hubiese aprendido aún cómo fijar los ladrillos con el mortero. Coincidí en la puerta con el lechero, y el recuerdo del señor y de la señora Micawber me asaltó con más viveza que nunca.

—Veamos —preguntó el lechero a una criada muy jovencita—. ¿Sabes algo

de mi pequeña factura?

–El señor dice que pronto se la pagará –repuso ella.

–Porque esa pequeña factura –exclamó el lechero, como si no hubiera oído su respuesta, y dirigiéndose, según me pareció por su tono, a alguien que estaba dentro de la casa, en lugar de a la joven (impresión que se acentuó cuando vi la furiosa mirada que lanzaba al pasillo)– lleva tanto tiempo dando vueltas por ahí que empiezo a creer que se ha perdido y que jamás volveré a oír hablar de ella. ¡Y no estoy dispuesto a consentirlo! –concluyó a voz en grito, sin dejar de escudriñar el interior.

¡Y pensar que vendía un producto tan inofensivo como la leche! Su conducta habría resultado violenta incluso en un carnicero o en un comerciante de licores.

La voz de la pobre muchacha se hizo casi inaudible, pero tuve la impresión, por el movimiento de sus labios, de que murmuraba nuevamente que en seguida le pagarían.

–Te diré una cosa –dijo el lechero, mirándola con dureza por primera vez y cogiéndole la barbilla–. ¿Te gusta la leche?

–Sí –replicó.

–Pues mañana no la probarás –aseguró él–. ¿Me oyes bien? Mañana no dejaré ni una gota.

Me dio la sensación de que para la joven era un alivio probarla aquel día. El vendedor, después de mover la cabeza con aire siniestro, le soltó la barbilla y, de muy mala gana, abrió su cántaro y vertió la cantidad habitual de leche en el jarro de la familia. Después se marchó murmurando y, con una voz cargada de odio, anunció su llegada a la casa vecina.

–¿Vive aquí el señor Traddles? –pregunté entonces.

–Sí –respondió una voz misteriosa desde el fondo del pasillo.

Y la criada asintió también.

–¿Se encuentra en casa? –inquirí.

La voz misteriosa contestó afirmativamente de nuevo, y la muchacha volvió a decir que sí. Entonces entré y, siguiendo las indicaciones de la joven, subí las escaleras; al pasar por delante de una salita situada en la parte posterior, me di cuenta de que me seguían unos ojos misteriosos, que sin duda

tenían el mismo origen que la misteriosa voz.

Cuando llegué arriba –la casa era sólo de dos plantas–, Traddles me esperaba en el rellano. Se mostró encantado de verme y, con gran cordialidad, me invitó a pasar a su pequeño dormitorio. Se hallaba en la parte delantera del edificio, y estaba limpio y reluciente, aunque apenas tenía muebles. Me di cuenta de que era su único cuarto; pues había un sofácama en él, y tenía los cepillos de lustrar el calzado y el betún entre los libros, en el estante más alto, detrás de un diccionario. Su mesa estaba cubierta de papeles y él trabajaba de firme, ataviado con una vieja chaqueta. No creo que mirase nada en particular, pero, mientras me sentaba, lo vi todo, hasta la iglesia dibujada en su tintero de porcelana; y esa capacidad de observación era algo que había adquirido también cuando vivía con los Micawber. Llamaron poderosamente mi atención sus ingeniosos inventos para disimular la cómoda y esconder los zapatos, el espejo para afeitarse, etc..., ya que ponían de manifiesto que seguía siendo el mismo Traddles que antes fabricaba con papel de escribir guaridas de elefante para guardar moscas, y que se consolaba de los malos tratos con las memorables obras de arte que tan a menudo he mencionado.

En un rincón de su dormitorio había un objeto cuidadosamente tapado con una enorme tela blanca. Fui incapaz de adivinar lo que era.

–Traddles –exclamé, estrechando de nuevo su mano cuando tomé asiento–, estoy encantado de verte.

–Yo sí que estoy encantado, Copperfield –respondió–. No sabes cuánto me alegro. El día que nos encontramos en Ely Place me puse tan contento de verte, y estaba tan seguro de que tú también, que te di esta dirección en lugar de la de mi bufete.

–¡Ah! ¿Tienes bufete?

–Bueno, tengo la cuarta parte de un despacho y de un pasillo, y la cuarta parte de un empleado –contestó Traddles–. Tres compañeros y yo nos hemos unido para alquilar un bufete amueblado (nos da un aire más profesional) y compartimos, asimismo, el escribiente. Me cuesta media corona a la semana.

Volví a encontrar su antigua sencillez y buen humor, aunque también algo de su antigua mala suerte, en la sonrisa con que acompañó esta explicación.

–Si no acostumbro a dar esta dirección, Copperfield –señaló–, te aseguro que no es por orgullo. Sólo lo hago porque a algunas de mis visitas no les agradaría venir aquí. Por lo que a mí respecta, estoy luchando para abrirme

camino en el mundo, y sería ridículo que fingiera otra cosa.

—El señor Waterbrook me dijo que estabas estudiando para ser abogado, ¿es así? —pregunté.

—En efecto —repuso Traddles, frotándose lentamente las manos—, me preparo para ejercer la abogacía. El hecho es que, después de un gran retraso, he empezado a cumplir mis plazos. Hace bastante tiempo que firmé el contrato de aprendizaje, pero el desembolso de cien libras ha sido muy duro. ¡Realmente duro! —repitió mi amigo con una mueca de dolor, como si acabaran de arrancarle una muela.

—¿Sabes de lo que no puedo evitar acordarme, Traddles, mientras te miro aquí sentado? —exclamé.

—No.

—De aquel traje azul celeste que solías llevar.

—¡Válgame Dios! ¡Es verdad! —dijo riéndose—. ¿Aquel que me oprimía brazos y piernas? ¡Ay! Eran tiempos felices, ¿no crees?

—Tengo la impresión de que habrían sido mejores —respondí—, si nuestro director no nos hubiera pegado.

—Es posible —replicó Traddles—. Pero lo cierto es que nos divertíamos mucho. ¿Recuerdas las noches en el dormitorio? ¿Y las cenas que hacíamos allí? ¿Y las historias que nos contabas? ¡Ja, ja, ja! ¿Te acuerdas cuando me propinaron una paliza por defender al señor Mell? ¡El viejo señor Creakle! ¡Me gustaría verlo de nuevo!

—Se comportó brutalmente contigo, Traddles —exclamé indignado; pues su buen humor me devolvía al pasado, y era como si tan sólo la víspera hubiera presenciado cómo le golpeaba.

—¿Eso crees? —dijo—. ¿En serio? Sí, quizá tengas razón. Pero todo eso pasó hace tanto tiempo... ¡El viejo Creakle!

—Un tío tuyo se ocupaba entonces de tu educación, ¿no? —inquirí.

—En efecto —contestó Traddles—. Aquel al que yo siempre iba a escribir, pero nunca escribía. ¿Te acuerdas? ¡Ja, ja, ja! Sí, en aquella época tenía un tío. Murió poco tiempo después de que terminara la escuela.

—¿De veras?

—Sí. Se trataba de un... ¿cómo se llama?... pañero... o, mejor dicho, de

un comerciante de telas retirado, que me había nombrado su heredero. Pero dejé de gustarle al crecer.

—¿Hablas en serio? —quise saber.

Lo decía con tanta tranquilidad que tal vez estuviera bromeando, pensé.

—¡Claro que sí, Copperfield! Hablo muy en serio —repuso Traddles—. Fue una desgracia, pero yo no le gustaba nada. Según él, había defraudado sus expectativas, y se casó con su ama de llaves.

—¿Y qué hiciste entonces? —pregunté.

—Nada de particular —respondió él—. Viví con ellos, esperando el momento de ser arrojado al mundo, hasta que, desgraciadamente, a mi tío se le subió la gota al estómago y murió; entonces ella se casó con un hombre joven, y yo me quedé en la calle.

—¿Y no heredaste nada, Traddles?

—¡Oh, sí! —contestó mi amigo—. Recibí cincuenta libras. Como no había aprendido ninguna profesión, al principio no sabía a qué dedicarme. Sin embargo, empecé a trabajar con el padre de un viejo compañero de Salem House... Yawler, el de la nariz torcida, ¿te acuerdas de aquel muchacho?

No. No había coincidido con él; en mi época, todas las narices eran rectas.

—Da igual —prosiguió—. Comencé, gracias a su ayuda, a copiar escrituras. Pero no ganaba demasiado, así que empecé a preparar alegatos, redactar informes y tareas así. Porque soy un tipo muy voluntarioso, Copperfield, y he aprendido a hacer estas cosas con maestría. Pues bien, fue entonces cuando se me metió en la cabeza estudiar derecho; y así terminaron de desaparecer mis cincuenta libras. Yawler me recomendó a uno o dos bufetes más (el del señor Waterbrook era uno de ellos) y me encargaron bastantes asuntos. Tuve la suerte, asimismo, de conocer a una especie de editor que estaba preparando una enciclopedia, y que me contrató de ayudante; y lo cierto es que en estos momentos estoy trabajando para él —afirmó, echando una ojeada a su mesa—. No soy un mal compilador, Copperfield, pero carezco por completo de imaginación. Supongo que nunca ha existido un joven menos original que yo.

Como Traddles parecía esperar que yo mostrara mi acuerdo con él, asentí con la cabeza; y él prosiguió con la misma paciente vivacidad (no se me ocurre una expresión mejor para definirla) que antes.

—Y de ese modo, poco a poco, llevando una vida muy sencilla, logré

ahorrar las cien libras –dijo Traddles–; y, gracias a Dios, ya están pagadas. Aunque ha sido... verdaderamente ha sido –afirmó con un gesto de dolor, como si le hubieran arrancado otra muela– muy duro. Me mantengo gracias a esta clase de trabajos, y espero, un día de éstos, relacionarme con algún periódico, lo que para mí significaría el camino de la fortuna. Pero tú, Copperfield, sigues exactamente igual... tan simpático como siempre; estoy tan contento de verte que no tendré secretos para ti. Por ese motivo, debes saber que estoy comprometido.

¡Comprometido! ¡Oh, Dora!

–Mi novia es la hija de un reverendo de Devonshire –señaló Traddles–, una de las diez hijas... ¡Sí! Ésa es la iglesia –señaló cuando me vio mirar, involuntariamente, el dibujo que había en el tintero–. Giras por aquí, a la izquierda, después de salir por esa puerta –continuó, señalando el recorrido con el dedo–, y la casa está exactamente ahí, donde apoyo la pluma... justo enfrente de la iglesia, como es natural.

No fui consciente hasta más tarde del placer que sentía Traddles al entrar en aquellos detalles; pues, mientras tanto, mis egoístas pensamientos estaban trazando el plano de la casa y del jardín del señor Spenlow.

–¡Es una joven tan dulce! –exclamó mi amigo–. Tiene algún año más que yo, pero ¡es tan dulce! Te conté que me marchaba de la ciudad, ¿no? Pues estuve allí. Fui a pie, tanto a la ida como a la vuelta, y pasé unos momentos deliciosos. No me sorprendería que nuestro noviazgo fuera bastante largo, pero nuestro lema es: «¡Sé paciente y no pierdas la esperanza!». Nos lo repetimos siempre: «¡Sé paciente y no pierdas la esperanza!». Y ella sería capaz de esperar hasta los sesenta años... o la edad que fuera, Copperfield, ¡para casarse conmigo!

Traddles se levantó de la silla y, con sonrisa victoriosa, puso la mano encima de la tela blanca que había llamado mi atención.

–Sin embargo –prosiguió–, eso no significa que no hayamos empezado a preocuparnos por nuestro hogar. No, no; hemos comprado algunas cosas. Debemos ir poco a poco, pero ya tenemos algo. He aquí –afirmó, tirando orgullosamente de la tela, con mucho cuidado– nuestras dos primeras adquisiciones: esta maceta con su soporte, la ha comprado ella. La colocas delante de la ventana del salón –señaló, echándose hacia atrás para admirarla mejor–, con una planta dentro... y ¡ya está! Esta mesita redonda con la encimera de mármol (de dos pies y diez pulgadas de circunferencia), la he

comprado yo. ¿Que quieres dejar un libro, o recibes una visita y necesitas un lugar donde colocar la taza de té? Pues... ¡ya está! –concluyó Traddles–. Se trata de un trabajo admirable de artesanía. ¡Firme como una roca!

Me deshice en elogios ante aquellas dos maravillas y Traddles, con el mismo cuidado que antes, volvió a cubrirlas con la tela.

–No es que sea gran cosa todavía –comentó mi amigo–, pero por algo se empieza. Lo que más me desanima, Copperfield, son los manteles, las fundas de las almohadas y esa clase de artículos. Así como la quincallería: los candeleros, las parrillas, todos esos objetos indispensables... ¡Se necesitan tantos y son tan caros! No obstante, «¡sé paciente y no pierdas la esperanza!» ¡Y te aseguro que no puede ser una muchacha más dulce!

–No me cabe la menor duda –respondí.

–Entretanto –dijo Traddles, volviendo a su silla–, y con esto dejaré de hablar de mí mismo, me las arreglo como puedo. No gano mucho, pero tampoco gasto demasiado. Generalmente como con la familia que vive abajo, una gente realmente amable. Tanto el señor como la señora Micawber saben mucho de la vida, y resultan una compañía excelente.

–¡Mi querido Traddles! –me apresuré a exclamar–. ¿Qué estás diciendo?

Traddles me miró, como si fuera él quien no entendiera mis palabras.

–¡El señor y la señora Micawber! –repetí–. ¡Pero si soy íntimo amigo suyo!

Dos pequeños aldabonazos en la puerta de entrada, que yo conocía muy bien desde mis tiempos de Windsor Terrace, y que no podía haber dado nadie que no fuera el señor Micawber, vinieron a disipar todas mis dudas sobre si se trataba o no de mis viejos amigos. Le pedí a Traddles que llamara a su casero. Así lo hizo, desde lo alto de la escalera; y el mismo señor Micawber de siempre –con sus pantalones ajustados, su bastón, su cuello de camisa y su monóculo– entró en la habitación con aire juvenil y distinguido.

–Disculpe, señor Traddles –dijo el señor Micawber con su peculiar entonación, interrumpiendo la melodía que estaba tarareando–. No sabía que tuviera usted una persona ajena a la casa en su sanctasanctórum.

El señor Micawber se inclinó ligeramente ante mí, y enderezó el cuello de su camisa.

–¿Cómo está, señor Micawber? –pregunté.

—Es usted sumamente amable, caballero. Me encuentro *in statu quo*.

—¿Y la señora Micawber? —añadí.

—Caballero —repuso él—, mi esposa también se encuentra, gracias a Dios, *in statu quo*.

—¿Y sus hijos, señor Micawber?

—Me alegra poder contestarle que también ellos gozan de buena salud.

Durante todo ese diálogo, el señor Micawber no me había reconocido, a pesar de tenerme enfrente. Pero, de pronto, al verme sonreír, examinó mis facciones con más detenimiento.

—¡No es posible! ¡Pero si tengo el placer de volver a contemplar a Copperfield! —exclamó, echándose hacia atrás para verme mejor.

Y me estrechó con fuerza las dos manos.

—¡Dios mío, señor Traddles! —prosiguió el señor Micawber—. ¡Pensar que conoce usted al amigo de mi juventud, al compañero de mis viejos tiempos! ¡Querida! —gritó por encima de la barandilla a la señora Micawber, mientras Traddles parecía no salir de su asombro (con toda la razón) por el modo en que me describía—. ¡Hay un caballero en la habitación del señor Traddles que desea tener el placer de conocerte, mi amor!

El señor Micawber se apresuró a entrar de nuevo en el dormitorio y volvió a estrecharme la mano.

—¿Y cómo está nuestro buen amigo el doctor, Copperfield? —inquirió el señor Micawber—. ¿Y la gente de Canterbury?

—No tengo más que buenas noticias de ellos —repliqué.

—Me alegro muchísimo —aseguró el señor Micawber—. Fue allí donde nos vimos por última vez. Bajo la sombra, por decirlo en sentido figurado, de aquel sagrado edificio que inmortalizó Chaucer, al que antaño acudían los peregrinos desde los lugares más lejanos... en una palabra, en las inmediaciones de la catedral.

—En efecto —respondí.

El señor Micawber siguió hablando con toda la volubilidad de la que era capaz; pero su rostro reflejaba cierta alarma ante los ruidos que se oían en la habitación contigua, donde la señora Micawber parecía lavarse las manos, y abrir y cerrar precipitadamente unos cajones que no se deslizaban con la

suavidad deseable.

—Nos encuentra usted, Copperfield —prosiguió el señor Micawber, con un ojo puesto en Traddles—, en lo que podría denominarse una situación modesta y sin pretensiones; pero usted sabe que, a lo largo de mi carrera, he superado muchas dificultades y he vencido toda clase de obstáculos. Tampoco desconoce el hecho de que han existido períodos en mi vida en los que me he visto obligado a esperar hasta que surgiera algo; o en los que ha sido necesario echarme hacia atrás para dar lo que yo llamaría..., y espero no ser tachado de vanidoso, un salto. En la actualidad, estoy en uno de esos momentos decisivos en la vida de un hombre. He retrocedido para coger impulso; y tengo poderosos motivos para creer que no tardaré en dar un vigoroso salto.

Estaba empezando a expresarle mi satisfacción cuando entró la señora Micawber; su aspecto era un poco más desaliñado de lo habitual (o al menos eso me pareció), aunque no hay duda de que se había arreglado para venir a vernos, e incluso llevaba unos guantes marrones.

—Querida —dijo el señor Micawber, guiándola hasta mí—. Aquí hay un caballero llamado Copperfield que desea reanudar su amistad contigo.

Habría sido preferible, como se puso de manifiesto, que la hubiera preparado un poco para semejante noticia; pues la señora Micawber, cuyo estado de salud era bastante delicado, sufrió una impresión tan fuerte que su marido se vio obligado a bajar corriendo al patio trasero, con gran agitación, a fin de llenar una jofaina de agua para refrescarle la frente. No tardó en reponerse, sin embargo, y se alegró sobremanera de verme. Conversamos todos juntos durante media hora; y yo les pregunté por los gemelos, que, según la señora Micawber, habían crecido mucho; y por el señorito y por la señorita Micawber, a los que describió como «verdaderos gigantes», pero a los que no vi en aquella ocasión.

El señor Micawber estaba deseoso de que me quedara a cenar. Yo no habría tenido ningún inconveniente en hacerlo; pero creí advertir cierta inquietud en la mirada de su mujer, a la que imaginé calculando la cantidad de carne que había en la despensa. Por ese motivo, declaré que tenía otro compromiso; y, al percatarme de que la señora Micawber parecía aliviada, hice caso omiso de sus ruegos.

Sin embargo, dije a Traddles, y al señor y a la señora Micawber que no me marcharía de allí hasta que fijaran un día para venir a cenar en casa. Traddles

tenía tanto trabajo que fue preciso elegir una fecha bastante lejana; pero logramos ponernos de acuerdo, y entonces me despedí.

El señor Micawber, con el pretexto de enseñarme un camino más corto, me acompañó hasta la esquina, deseoso (según me explicó) de intercambiar algunas confidencias con un viejo amigo.

—Mi querido Copperfield —señaló el señor Micawber—, no es necesario que le explique cuánto nos tranquiliza, en las actuales circunstancias, tener bajo nuestro techo a una inteligencia que brilla, si se me permite la expresión, como la de su amigo Traddles. Entre la lavandera que habita en la casa contigua, que expone a la venta dulces y confites en la ventana de su salón, y el agente de policía de Bow Street que vive enfrente, la compañía de su amigo, como podrá imaginar, constituye un verdadero consuelo para mí y para la señora Micawber. En estos momentos, mi querido Copperfield, me dedico a la venta de trigo a comisión. No se trata de una ocupación remuneradora (en otras palabras no produce ganancias) y, como consecuencia de ello, estamos pasando algunas estrecheces, aunque de carácter transitorio. Sin embargo, celebro añadir que está a punto de surgir algo (lamento no poder decirle en qué sentido) que me permitirá satisfacer, de forma permanente, no sólo las necesidades de mi familia, sino también las de su amigo Traddles, por el que siento un sincero interés. Tal vez no le sorprenda saber que el estado de salud de la señora Micawber parece indicar que pronto aumentará el número de esas pruebas de amor que... en una palabra, que pronto aumentará el grupo infantil. La familia de la señora Micawber ha tenido la amabilidad de expresar su disgusto ante semejante estado de cosas. Mi único comentario al respecto es que no creo que sea un asunto de su incumbencia, y que rechazo esa exhibición de sentimientos con desprecio.

El señor Micawber me dio entonces un nuevo apretón de manos y se despidió de mí.

XXVIII

El guante del señor Miramber

Hasta el día en que debía recibir a los viejos amigos que había vuelto a encontrar, viví principalmente de Dora y de café. Languidecer de amor me hizo perder el apetito; y yo me alegraba de ello, ya que me habría parecido que traicionaba a Dora si hubiera disfrutado de la comida. En este sentido, mis interminables paseos no tuvieron el resultado habitual, pues la desesperación contrarrestaba el efecto del aire libre. Además, tengo mis dudas, basadas en la cruel experiencia adquirida en aquel período de mi vida, de que en un ser humano sometido a la tortura de unas botas demasiado pequeñas pueda desarrollarse libremente el apetito de alimento animal. Creo que las extremidades deben sentirse a sus anchas para que el estómago funcione bien.

Con motivo de aquella pequeña fiesta hogareña, no incurrí en los exagerados preparativos de mi anterior convite. Me limité a comprar un par de lenguados, una pequeña pierna de cordero y un pastel de pichón. La señora Crupp se rebeló ante mi primera y tímida insinuación de que cocinara el pescado y los demás platos.

—¡No! ¡No, señor! —exclamó con aire de dignidad ofendida—. No puede usted pedirme eso; me conoce demasiado bien para crearme capaz de hacer algo que no pueda realizar a mi completa satisfacción.

Pero, finalmente, llegamos a un acuerdo; y la señora Crupp se avino a efectuar dicha proeza, con la condición de que yo comiera fuera de casa durante los quince días siguientes.

Añadiré aquí que la tiranía de la señora Crupp era un verdadero tormento para mí. Jamás he tenido tanto miedo de nadie. Nos pasábamos la vida haciendo pactos. Si yo vacilaba, le acometía aquel extraño mal que vivía al acecho en algún rincón de su cuerpo, siempre dispuesto a lanzarse, sin previo

aviso, contra sus órganos vitales. Si yo la llamaba con impaciencia, después de haber tocado inútilmente la campanilla media docena de veces, y ella se dignaba subir –lo que no siempre ocurría–, aparecía con cara de reproche, se derrumbaba jadeando en la silla más cercana a la puerta, se llevaba la mano a su pechera de nanquín y se sentía tan mal que yo, por librarme de ella, era capaz de sacrificar cualquier cantidad de coñac o de lo que fuera. Si le protestaba porque no hacía mi cama hasta las cinco de la tarde –una costumbre que sigo encontrando molesta– el simple ademán de posar su mano en esa región de nanquín donde escondía su sensibilidad herida bastaba para que yo empezase a balbucir excusas. En pocas palabras, habría hecho cualquier cosa antes que ofender a la señora Crupp, que era la pesadilla de mi vida.

Compré una mesita con ruedas de segunda mano para mi pequeño festejo, pues no quería contar con la ayuda del joven desenvuelto; sentía cierta prevención contra él desde que me lo encontré en el Strand, un domingo por la mañana, ataviado con un chaleco extraordinariamente parecido a uno de los míos y que no había vuelto a ver desde la cena anterior. Sí contraté de nuevo a la muchacha; pero con la condición de que se limitara a subir las fuentes de la comida y luego se retirara al descansillo, al otro lado de la puerta, donde su costumbre de sorber por las narices no llegaría a oídos de los invitados, y donde resultaría físicamente imposible que pisoteara los platos.

Habiendo reunido los ingredientes necesarios para el ponche que prepararía el señor Micawber; habiendo dejado sobre mi tocador un frasco de agua de lavanda, dos velas, un paquete de alfileres variados y un acerico, para el aseo de la señora Micawber; habiendo, asimismo, ordenado que encendieran el fuego en mi habitación para comodidad de la señora Micawber; y habiendo puesto el mantel con mis propias manos, esperé tranquilo el resultado.

A la hora prevista, mis tres invitados llegaron a la vez. El señor Micawber con un cuello de camisa mayor de lo habitual y una cinta nueva en el monóculo; la señora Micawber con su cofia envuelta en papel color crema; Traddles llevando el paquete en cuestión y dando el brazo a la señora Micawber. Todos se mostraron encantados con mi casa. Cuando llevé a la señora Micawber a mi tocador y vio los preparativos que había hecho en su honor, se quedó tan extasiada que llamó al señor Micawber para que viniera a verlo.

–Mi querido Copperfield –exclamó el señor Micawber–, ¡cuánto lujo!

Este tren de vida me recuerda los tiempos en que yo era un hombre célibe, cuando la señora Micawber aún no había sido invitada a prestar juramento de fidelidad en el altar del himeneo.

—Está hablando de cuando todavía no había pedido mi mano, señor Copperfield —afirmó maliciosamente ella—. ¡Qué sabe él si lo habían hecho otros!

—Querida mía —respondió el señor Micawber con repentina seriedad—, no tengo el menor deseo de hablar por los demás. Sé muy bien que, cuando los inescrutables designios del Destino te reservaron para mí, es muy posible que te estuvieran reservando para un hombre que, después de una larga lucha, acabara siendo víctima de unos apuros económicos de complicada naturaleza. Comprendo tu alusión, mi amor. Me duele, pero puedo sobrellevarla.

—¡Micawber! —dijo su esposa, llorando—. ¿Acaso merezco esto? ¡Yo, que nunca te he abandonado ni te abandonaré jamás, Micawber!

—Mi amor —repuso el señor Micawber, muy conmovido—, espero que perdones, y estoy seguro de que nuestro viejo y fiel amigo Copperfield también lo hará, la amargura momentánea de un alma herida, más sensible de lo habitual por culpa de una reciente colisión con un sicofante del Poder (en otras palabras, con un desvergonzado fontanero de la Compañía de Aguas), y compadezcas sus excesos, en lugar de condenarlos.

El señor Micawber se apresuró entonces a besar a su mujer y me dio un apretón de manos; dándome a entender, con esta accidentada alusión, que le habían cortado el suministro de agua por no pagar la factura.

Para alejar sus pensamientos de tan triste asunto, le dije que contaba con él para que preparase el ponche, y lo llevé hasta donde estaban los limones. Su abatimiento, por no decir su desesperación, se desvanecieron en un instante. Jamás he visto a un hombre tan feliz como el señor Micawber aquella tarde entre el aroma de la peladura de limón y del azúcar, el flamear del ron y el vapor del agua hirviendo. Era maravilloso ver su rostro resplandeciente en medio de la tenue nube que formaban aquellos exquisitos efluvios, mientras removía, mezclaba y paladeaba, como si estuviera haciendo, no un ponche, sino la fortuna que disfrutaría su familia durante generaciones y generaciones. En cuanto a la señora Micawber, no sé si fue el efecto de la cofia, del agua de lavanda, de los alfileres, del fuego o de las velas, pero salió de mi habitación (hablando en términos relativos) incluso hermosa. Y nunca ha habido una alondra más alegre que aquella excelente

mujer.

Supongo (jamás me atreví a preguntárselo, pero lo supongo) que, después de freír los lenguados, la señora Crupp se sintió indispuesta, porque, a partir de ese momento, las cosas se torcieron. La pierna de cordero llegó muy roja por dentro y muy pálida por fuera; y, además, salpicada de una extraña sustancia de textura arenosa, como si hubiera caído en las cenizas de la famosa cocina. Pero el jugo del asado no nos permitió aclarar este hecho, pues la muchacha lo había derramado en su totalidad por la escalera... donde siguió, dicho sea de paso, hasta que el tiempo borró sus huellas. El pastel de pichón no estaba malo, pero era bastante engañoso: su corteza parecía una de esas cabezas decepcionantes, desde el punto de vista frenológico, llenas de abolladuras y de protuberancias, y sin nada especial en su interior. En pocas palabras, el banquete fue un fracaso tan grande que me habría sentido muy desdichado (por el fracaso, quiero decir, ya que siempre me sentía desdichado por Dora) de no haber sido por el buen humor de los comensales y por una brillante sugerencia del señor Micawber.

—Mi querido amigo Copperfield —dijo mi invitado—, esta clase de incidentes ocurren en las familias mejor organizadas; y en los hogares sin esa omnipresente influencia que santifica, al tiempo que realza, el... para decirlo en una palabra, sin la influencia de la mujer, en su noble papel de esposa, es de esperar que se produzcan siempre, y hay que sobrellevarlos con filosofía. Si me permite observar que hay pocos comestibles más exquisitos, en su estilo, que un asado de carne con mucho picante, y que creo que, dividiéndonos el trabajo, podríamos preparar uno muy bueno si su criada nos trajera una parrilla; yo diría que podemos remediar fácilmente esta pequeña desventura.

Había una parrilla en la despensa, que se empleaba para cocinar mi loncha de tocino por las mañanas. Nos la trajeron en un abrir y cerrar de ojos, e inmediatamente pusimos en marcha el plan del señor Micawber. El trabajo se repartió del modo siguiente: Traddles cortaba el cordero en tajadas; el señor Micawber (que hacía esta clase de cosas a la perfección) las cubría con pimienta, mostaza, sal y guindilla; yo las colocaba en la parrilla, les daba la vuelta con un tenedor y las retiraba, siguiendo las indicaciones del señor Micawber; y la señora Micawber calentaba un poco la salsa de setas en una pequeña cazuela, sin dejar de removerla. Cuando tuvimos suficiente carne para empezar a comer, nos lanzamos al ataque, con los puños de las camisas remangados, mientras que nuevas tajadas chisporroteaban sobre las brasas y

nuestra atención se repartía entre el cordero de nuestros platos y el que seguía en el fuego.

Entre la novedad de cocinar así, lo delicioso del resultado, el bullicio que conllevaba, las idas y venidas para vigilar la parrilla y comer las tajadas a medida que salían del fuego, y el hecho de estar tan ajetreados, divertidos y acalorados en medio de aquellos tentadores efluvios, puede decirse que no quedó de la pierna más que el hueso. Mi apetito volvió milagrosamente. Me avergüenza confesarlo, pero creo realmente que me olvidé de Dora durante unos minutos. El señor y la señora Micawber disfrutaron tanto del festín como si hubieran tenido que vender una cama para pagarlo. Traddles se reía sin parar, con el mismo entusiasmo con que comía o trabajaba. Todos seguíamos su ejemplo; casi me atrevería a afirmar que jamás se ha celebrado una cena mejor.

Cuando estábamos en el sùmmum de la diversión, concentrado cada uno en su tarea, intentando convertir la última hornada de cordero en la guinda de la feliz fiesta, advertí la presencia de una persona extraña en la estancia; y mis ojos se encontraron con los del respetable Littimer, sombrero en mano, de pie ante mí.

—¿Qué ocurre? —exclamé sin querer.

—Disculpe, señor; me indicaron que entrase. ¿No está aquí mi amo, señor?

—No.

—¿Le ha visto usted, señor?

—No; ¿acaso le ha enviado él?

—A decir verdad, no, señor.



Nos interrumpen mientras cocinamos

—¿Le dijo él que se encontraría aquí?

—No exactamente, señor. Pero supongo que vendrá mañana si no lo ha hecho hoy.

—¿Regresa de Oxford?

—Le ruego que se siente, señor —contestó respetuosamente—; permítame que sea yo quien me ocupe de esto.

Y, con estas palabras, me quitó el tenedor de la mano, sin que yo ofreciera resistencia, y se inclinó sobre la parrilla como si ésta acaparara toda su atención.

No creo que nos hubiera desconcertado en absoluto la aparición de Steerforth en persona; pero la entrada de su respetable criado nos volvió dóciles como corderos. El señor Micawber se dejó caer en su silla, tarareando una canción para hacer ver que se encontraba a sus anchas; el mango del tenedor, escondido apresuradamente, asomaba por detrás de su chaleco como si se hubiera apuñalado a sí mismo. La señora Micawber se puso sus guantes marrones y adoptó una distinguida languidez. Traddles se pasó las manos

grasientas por el cabello, que se le erizó, y empezó a mirar el mantel, confuso. En cuanto a mí, no era más que un bebé en la cabecera de la mesa; y apenas me atrevía a dirigir la vista hacia aquel respetable fenómeno, que había venido, ¡sabe Dios de dónde!, para restablecer el orden en mi casa.

Littimer, entretanto, sacó el cordero del fuego y nos lo ofreció con aire solemne. Todos nos servimos alguna tajada, pero habíamos perdido el apetito y nos limitamos a hacer que comíamos. Fue retirando los platos en silencio, a medida que los dejábamos a un lado, y nos trajo el queso. Se lo llevó cuando hubimos terminado; quitó la mesa; amontonó los platos en la mesita con ruedas; colocó delante de nosotros los vasos de vino; y, sin que nadie le dijera nada, se llevó la mesita rodante a la despensa. Realizó todos estos movimientos a la perfección, sin apartar jamás la mirada de lo que estaba haciendo. Y, sin embargo, cuando estaba de espaldas, hasta sus codos parecían reflejar su firme convicción de que yo era sumamente joven.

—¿Desea algo más, señor?

—No, gracias— respondí—, pero ¿no quiere usted cenar algo?

—No, señor; se lo agradezco.

—¿El señor Steerforth viene de Oxford?

—¿Cómo dice, señor?

—¿Que si el señor Steerforth viene de Oxford?

—Supongo que estará aquí mañana, señor. Pensé que llegaría hoy; pero sin duda me he equivocado.

—Si le ve antes que yo... —empecé a decir.

—Perdone, señor; pero no creo que lo vea antes que usted.

—En caso de que lo vea —proseguí—, dígame que lamento mucho no haberle visto hoy; habría encontrado en casa a uno de sus viejos compañeros de internado.

—¿De veras, señor? —exclamó, y repartió una de sus reverencias entre Traddles y yo, mirándolo a él.

Se estaba retirando discretamente hacia la puerta, cuando, en un intento desesperado por dirigirle unas palabras en tono natural —algo que no conseguía nunca—, exclamé:

—¡Oh! ¡Littimer!

—¡Señor!

—¿Se quedó mucho tiempo en Yarmouth en aquella ocasión?

—No demasiado, señor.

—¿Llegó a ver usted el barco acabado?

—Sí, señor. Esperé hasta que terminaron todos los trabajos.

—¡Lo supongo! —repuse; Littimer alzó respetuosamente los ojos—. Imagino que el señor Steerforth no lo ha visto todavía, ¿no es así?

—La verdad es que lo ignoro, señor. Creo que... pero no sabría decírselo, señor. Le deseo buenas noches, señor.

Incluyó a todos los asistentes en el obsequioso saludo que siguió a estas palabras, y desapareció. Mis invitados parecieron respirar más libremente cuando se marchó; pero yo también sentí un gran alivio, pues, además del malestar que me inspiraba el extraño sentimiento de inferioridad que experimentaba siempre delante de aquel hombre, mi conciencia no había cesado de recordarme que yo había desconfiado de su amo; y no pude reprimir cierto desasosiego al pensar que tal vez él se había percatado. Con tan pocas cosas que ocultar, ¿cómo podía tener siempre la impresión de que este hombre me había pillado en falta?

El señor Micawber me sacó de mis meditaciones, que se mezclaban con el vago temor, surgido del remordimiento, de que el propio Steerforth se presentara cubriendo de elogios al ausente Littimer, un individuo de lo más respetable y el mejor de los criados.

—Pero el ponche, mi querido Copperfield —dijo el señor Micawber, probándolo—, es como el tiempo y la marea, no espera a nadie. ¡Ah! ¡Ahora está en su punto! Amor mío, ¿me das tu opinión?

La señora Micawber afirmó que era excelente.

—Entonces —exclamó el señor Micawber—, si mi amigo Copperfield lo permite, brindaré por los días en que él y yo éramos más jóvenes, y luchábamos juntos por abrirnos camino en el mundo. Y puedo decir de los dos, con palabras que ya hemos cantado juntos:

*Hemos correteado por las colinas
cogiendo hermosas margaritas*^[59]

»En sentido figurado... en más de una ocasión. No sé con exactitud —prosiguió el señor Micawber, con su peculiar entonación y con el aire

indescriptible de decir algo muy distinguido— a qué clase de margaritas se refiere, pero estoy seguro de que Copperfield y yo las habríamos cogido a menudo si hubiéramos podido.

El señor Micawber, en ese momento, bebió un trago de su ponche. Los demás seguimos su ejemplo: Traddles parecía ensimismado, tratando de comprender en que época lejana el señor Micawber y yo habíamos sido camaradas en la lucha por la vida.

—¡Ejem! —carraspeó el señor Micawber, entrando cada vez más en calor con el ponche y con el fuego—. Querida mía, ¿otro vasito?

La señora Micawber respondió que sólo tomaría un poco, pero nosotros no lo permitimos, y volvió a llenarle el vaso.

—Como aquí estamos en confianza, señor Copperfield —dijo la señora Micawber, bebiendo a sorbitos—, ya que el señor Traddles es como de nuestra familia, me gustaría saber qué opina usted de las perspectivas del señor Micawber. Pues el trigo —argumentó—, como he repetido en varias ocasiones, tal vez sea un negocio distinguido, pero no produce ganancias. Por modestas que sean nuestras aspiraciones, una comisión de dos chelines y nueve peniques cada quince días no puede considerarse remunerativa.

Todos nos mostramos de acuerdo con ella.

—Por ese motivo —prosiguió la señora Micawber, que se preciaba de su clarividencia y de llevar por el buen camino (gracias a su sabiduría femenina) al señor Micawber, quien, de otro modo, se habría desviado un poco—, me gustaría saber lo siguiente: si el trigo no es fiable, ¿a qué puede dedicarse el señor Micawber? ¿Al carbón? En absoluto. Dirigimos nuestra atención a este experimento, siguiendo el consejo de mi familia, pero fue una falacia.

El señor Micawber, apoyado en el respaldo de la silla con las manos en los bolsillos, nos miraba de soslayo y asentía con la cabeza, dando a entender que su mujer había expuesto muy bien la situación.

—Como el trigo y el carbón están descartados, señor Copperfield —continuó argumentando la señora Micawber—, contemplo el mundo que me rodea y digo: «¿En qué podría triunfar una persona con el talento del señor Micawber?». Y excluyo cualquier actividad relacionada con una comisión, porque ésta resulta siempre incierta. Estoy convencida de que lo mejor para una persona del carácter del señor Micawber es algo cierto.

Traddles y yo expresamos, con un murmullo de simpatía, que aquel gran

descubrimiento podía aplicarse sin duda al señor Micawber, lo que no debía sino enorgullecerlo.

—No os ocultaré, mi querido señor Copperfield —declaró la señora Micawber—, que llevo mucho tiempo convencida de que el negocio de la cerveza se adaptaría muy bien a la personalidad del señor Micawber. ¡Fíjese en Barclay y Perkins! ¡Fíjese en Truman, Hanbury y Buxton! El señor Micawber sólo podría brillar en asuntos de esa envergadura... lo conozco muy bien, por eso puedo decirlo; además, tengo entendido que los beneficios son ¡enormes! Sin embargo, como el señor Micawber no puede entrar en esas firmas, ya que éstas se niegan a responder las cartas en las que les ofrece sus servicios, incluso para ocupar los puestos menos relevantes, ¿qué sentido tiene obstinarse en esa idea? Ninguno. Es posible que mi convicción de que los modales del señor Micawber...

—¡Ejem! Verdaderamente, querida —la interrumpió éste.

—Cállate, amor mío —exclamó la señora Micawber, dejando su guante marrón en la mano de su marido—. Es posible que yo tenga la convicción, señor Copperfield, de que la educación del señor Micawber lo cualifica especialmente para los negocios bancarios. Es posible que me diga para mis adentros que si tuviera un depósito en un banco, los modales del señor Micawber, como representante de éste, me inspirarían confianza y atraerían más clientes. Pero si los diferentes bancos se niegan a aprovechar la capacidad del señor Micawber, o reciben sus ofrecimientos con desprecio, ¿qué sentido tiene obstinarse en esa idea? Ninguno. En cuanto a fundar un negocio bancario, es posible que yo sepa que hay miembros de mi familia que, si quisieran poner su dinero en manos del señor Micawber, podrían crear un establecimiento de esa clase. Pero si no deciden poner su dinero en manos del señor Micawber... como es el caso... ¿qué sentido tiene obstinarse? Afirmando una vez más que no hemos avanzado nada.

Moví la cabeza y dije: «Nada en absoluto». Traddles movió, asimismo, la cabeza y repitió: «Nada en absoluto».

—¿Qué puedo deducir de esto? —prosiguió la señora Micawber, con el mismo aire de estar exponiendo el caso con lucidez—. ¿Cuál es la conclusión a la que llego irremediabilmente, señor Copperfield? ¿Acaso me equivoco al decir que está claro que tenemos que vivir?

Contesté: «¡En absoluto!», y Traddles contestó: «¡En absoluto!»; después de lo cual me encontré añadiendo sabiamente, yo solo, que todo el mundo

tenía que vivir o morir.

—Exactamente —repuso la señora Micawber—. A eso me refiero. Y la realidad, mi querido señor Copperfield, es que no podemos seguir viviendo si nuestra situación no cambia a corto plazo. He llegado al convencimiento, y así se lo he comunicado varias veces al señor Micawber en los últimos días, de que las oportunidades no se presentan solas. Hasta cierto punto, hay que ayudarlas. Es posible que me equivoque, pero ésa es mi opinión.

Tanto Traddles como yo la aplaudimos calurosamente.

—Pues, bien —continuó la señora Micawber—, ¿cuál es mi consejo entonces? He aquí al señor Micawber, un hombre lleno de aptitudes... con un gran talento...

—Verdaderamente, mi amor —empezó a decir el señor Micawber.

—Por favor, querido, déjame terminar. He aquí al señor Micawber, un hombre lleno de aptitudes... con un gran talento... incluso me atrevería a añadir, un genio... aunque tal vez me ciegue el amor de esposa...

—No —murmuramos Traddles y yo al unísono.

—Y he aquí al señor Micawber, sin una posición y un empleo adecuados. ¿Y de quién es la responsabilidad? De la sociedad, por supuesto. Por eso me gustaría divulgar este hecho tan vergonzoso, y desafiar valientemente a la sociedad para que lo rectifique. Soy de la opinión, mi querido Copperfield —prosiguió con firmeza—, de que el señor Micawber tendría que arrojar el guante a la sociedad y decir sin miedo: «Veamos quién lo recoge. Que inmediatamente dé un paso al frente».

Me tomé la libertad de preguntarle a la señora Micawber cómo podría lanzarse ese desafío.

—Poniendo anuncios en todos los periódicos —contestó—. En mi opinión, eso es lo que el señor Micawber debería hacer, no sólo por él, sino también por su familia... y casi me atrevo a decir que por la sociedad, que hasta ahora lo ha ignorado; describirse a sí mismo como es, con tales o cuales aptitudes, y terminar así: «Ahora denme un empleo remunerado y dirijan su respuesta, a portes pagados, a W.M., Oficina de Correos, Camden Town».

—Esta idea de la señora Micawber, mi querido Copperfield —me explicó su marido, juntando las dos puntas del cuello de la camisa delante de su barbilla y mirándome de soslayo—, es en realidad el famoso salto del que le hablé la

última vez que nos vimos.

—Los anuncios son bastante costosos —señalé, tímidamente.

—¡Así es! —replicó la señora Micawber, con su acostumbrada lógica—. ¡Muy cierto, mi querido señor Copperfield! Eso es exactamente lo que le he dicho al señor Micawber. Por ese motivo, creo que (no sólo por él, sino también por su familia y por la sociedad, como ya he dicho) debería pedir prestada cierta cantidad de dinero... contra una letra de cambio.

El señor Micawber, recostado en la silla, jugaba con su monóculo y miraba el techo; pero tuve la sensación de que también observaba a Traddles, que estaba contemplando el fuego.

—Si ningún miembro de mi familia —afirmó la señora Micawber— tiene la generosidad suficiente para negociar esa letra de cambio... Supongo que hay un término comercial más apropiado para expresar lo que quiero decir...

—Descontar —sugirió el señor Micawber, con la vista todavía pegada al techo.

—Para descontar esa letra —continuó su mujer—, entonces, mi opinión es que el señor Micawber debería ir al centro financiero de la ciudad, llevar esa letra al Mercado de Valores y deshacerse de ella por lo que quieran darle. Si las personas del Mercado de Valores obligan al señor Micawber a vender con grandes pérdidas, allá ellos y sus conciencias. Yo lo considero una firme inversión. Y recomiendo al señor Micawber, mi querido señor Copperfield, que siga mi ejemplo; que juzgue esta operación como una inversión segura, y que esté dispuesto a cualquier sacrificio.

Sentí, aunque no sé por qué, que había gran abnegación y devoción en las palabras de la señora Micawber, y murmuré algo en ese sentido. Traddles, que me seguía fielmente, hizo lo mismo, sin dejar de contemplar el fuego.

—No quiero —prosiguió la señora Micawber, acabando su ponche y poniéndose el chal sobre los hombros, preparándose para ir a mi dormitorio— extenderme más en los asuntos pecuniarios del señor Micawber. Al calor de su chimenea, mi querido Copperfield, y en presencia del señor Traddles, a quien consideramos como de la familia, aunque nuestra amistad sea más reciente, no he podido evitar ponerles al corriente del proceder que aconsejo al señor Micawber. Pienso que ha llegado el momento de que se ponga en movimiento y... haga valer sus derechos; y creo que ése es el único camino a seguir. Soy consciente de que no soy más que una mujer, y de que, por lo

general, un hombre está más capacitado para discutir estas cuestiones; y, sin embargo, no debo olvidar que, cuando vivía en casa con papá y mamá, mi papá solía decir: «A pesar de su aspecto delicado, nadie comprende las cosas mejor que Emma». Sé bien que mi papá no era imparcial; pero tanto mi deber filial como mi razón me prohíben dudar de su perspicacia a la hora de juzgar un carácter.

Después de decir estas palabras, y haciendo caso omiso de nuestras peticiones para que honrara con su presencia la última ronda de ponche, la señora Micawber se retiró a mi habitación. Y tuve la sensación de que era una mujer de gran nobleza, la clase de mujer que podría haber sido una matrona romana, capaz de realizar toda suerte de actos heroicos, en tiempos de trastornos públicos.

En el fervor de esta impresión, felicité al señor Micawber por el tesoro que poseía. Traddles hizo lo mismo. El señor Micawber nos tendió la mano – primero al uno, después al otro– y se cubrió el rostro con un pañuelo de bolsillo, que tenía más manchas de rapé de lo que él imaginaba. Volvió entonces al ponche, exultante.

Su elocuencia no pudo ser mayor. Nos explicó que todos vivíamos de nuevo en nuestros hijos y que, bajo el peso de las dificultades materiales, cualquier aumento en su número debía ser doblemente bienvenido. La señora Micawber había tenido últimamente algunas dudas al respecto, pero él las había disipado y le había devuelto la tranquilidad. En cuanto a su familia, era completamente indigna de ella, y a él le resultaba indiferente lo que pensarán; podían irse todos –por decirlo con sus propias palabras– ¡al mismísimo diablo!

Luego elogió calurosamente a Traddles. Afirmó que el carácter de éste era un compendio de sólidas virtudes de las que él (el señor Micawber) no podía vanagloriarse, aunque daba gracias al Cielo por ser capaz de admirarlas. Se refirió con honda emoción a la dama desconocida a la que Traddles había entregado el corazón, y que, a su vez, honraba y bendecía al joven, correspondiéndole con su amor. El señor Micawber brindó por ella. Yo le imité. Traddles nos dio las gracias, diciendo con una sencillez y una franqueza que me cautivaron:

–No saben cuánto se lo agradezco, de veras. ¡Les aseguro que no puede ser una joven más dulce!

El señor Micawber aprovechó la ocasión para aludir, con la máxima

delicadeza y cortesía, al estado de mi corazón. Sólo podría renunciar a la convicción de que su amigo Copperfield amaba y era amado, señaló, si éste afirmaba rotundamente lo contrario. Después de unos instantes de malestar y confusión, y de no pocos rubores, balbuceos y negativas, acabé exclamando con el vaso en la mano:

—Pues bien, ¡a la salud de D.!

El señor Micawber se sintió tan emocionado y complacido que echó a correr hacia mi habitación con un vaso de ponche, a fin de que la señora Micawber pudiera beber por D., lo que ella hizo con enorme entusiasmo.

—¡Bravo! ¡Bravo! Mi querido señor Copperfield, ¡qué alegría tan grande! ¡Bravo! —gritó desde el cuarto contiguo con voz penetrante, mientras daba golpecitos en la pared a modo de aplausos.

Nuestra conversación se volvió entonces más mundana; el señor Micawber nos contó que se sentía incómodo en Camden Town y que, cuando sus anuncios surtieran efecto, lo primero que haría sería cambiar de domicilio. Habló de una hilera de casas al oeste de Oxford Street, enfrente de Hyde Park, a las que tenía echado el ojo desde hacía mucho tiempo; aunque no esperaba ocupar una de ellas en seguida, pues exigiría demasiada servidumbre. Habría probablemente un intervalo, explicó, en el que se contentaría con la parte superior de una casa, encima de un comercio respetable... por ejemplo, en Piccadilly, un barrio muy agradable para la señora Micawber; y donde podrían residir con comodidad y decoro algunos años, después de abrir un ventanal, levantar un piso más, o realizar alguna pequeña reforma por el estilo. Nos dijo de modo expreso que fuera lo que fuera lo que le deparase el destino, o dondequiera que viviese, siempre tendría una habitación para Traddles y un cuchillo y un tenedor para mí. Le dimos las gracias por su bondad, y él nos pidió que le perdonáramos por haberse extendido en unos asuntos tan prosaicos, algo natural en un hombre que estaba a punto de cambiar de vida.

La señora Micawber golpeó nuevamente la pared para saber si el té estaba preparado e interrumpió nuestra amistosa charla. Ella misma nos lo sirvió del mejor modo; y, cada vez que le pasaba las tazas de té y el pan con mantequilla, me preguntaba cuchicheando si D. era rubia o morena, alta o baja y otros detalles parecidos, que creo que me gustaban. Después del té, hablamos de diversos asuntos junto al fuego; y la señora Micawber tuvo la amabilidad de cantarnos (con una vocecilla desafinada que recuerdo haber

considerado la cerveza más barata de la acústica cuando la conocí) las famosas baladas *El intrépido sargento blanco*^[60] y *La pequeña Tafflin*.^[61] Al parecer, la señora Micawber había sido célebre por estas dos canciones cuando vivía con su papá y su mamá. El señor Micawber nos contó que cuando la oyó cantar, la primera vez que tuvo ocasión de verla bajo el techo paterno, la joven llamó poderosamente su atención; pero que, cuando entonó *La pequeña Tafflin*, decidió conquistar a esa mujer o morir en el intento.

Entre las diez y las once, la señora Micawber se levantó para envolver su cofia en el papel color crema y ponerse el sombrero. El señor Micawber aprovechó el momento en que Traddles se ponía el abrigo para deslizar una carta en mi mano, susurrándome que la leyera cuando tuviese tiempo. Mientras sostenía una vela por encima de la barandilla, a fin de iluminar las escaleras, esperé, por mi parte, a que el señor Micawber fuera en cabeza, guiando a su esposa, para retener un momento a Traddles (que les seguía con la cofia) en lo alto de la escalera.

—Traddles —dije—, el señor Micawber no tiene malas intenciones, pobre hombre; pero, si estuviera en tu lugar, no le prestaría nada.

—Mi querido Copperfield —respondió mi amigo, sonriendo—, no tengo nada que prestarle.

—¿Acaso no tienes un nombre?

—¡Oh! ¿Y a eso lo llamas algo que prestar? —inquirió, con aire pensativo.

—Desde luego.

—¡Oh! —exclamó Traddles—. ¡Naturalmente que sí! Te lo agradezco mucho, Copperfield; pero... mucho me temo que ya lo he hecho.

—¿Para la letra de cambio que será una inversión segura? —pregunté.

—No —repuso él—. Para ésa no. Es la primera vez que la menciona. He pensado que seguramente me hablaría de ella en el camino de vuelta a casa. La mía es otra.

—Espero que no te meta en un lío —señalé.

—Espero que no —contestó—. No, no lo creo... el otro día me dijo que ya estaba cubierta. Ésa fue la expresión del señor Micawber: «Cubierta».

El señor Micawber nos miró en ese instante, y sólo tuve tiempo de repetir mi advertencia. Traddles me dio las gracias y bajó. Pero, cuando lo vi alejarse, tan amable, con la cofia en la mano y dándole el brazo a la señora

Micawber, tuve la certeza de que se dejaría llevar al Mercado de Valores sin ofrecer la menor resistencia.

Volví junto a la chimenea; estaba recordando, medio en serio medio en broma, el carácter del señor Micawber y nuestras antiguas relaciones cuando oí que alguien subía las escaleras con paso rápido. Al principio, pensé que sería Traddles, que regresaba en busca de algo que la señora Micawber había olvidado; pero, a medida que las pisadas se acercaban, mi corazón empezó a latir más fuerte y la sangre afluyó a mis mejillas, pues comprendí que se trataba de Steerforth.

Jamás olvidaba a Agnes, que nunca abandonaba el santuario de mis pensamientos –si así puedo llamarlo–, donde la había colocado desde el principio. Pero cuando Steerforth entró y se detuvo ante mí, tendiéndome la mano, la sombra que había caído sobre él se transformó en luz, y me sentí confuso y avergonzado por haber dudado de alguien a quien quería tanto. No es que mi amor por Agnes disminuyera; continuaba siendo el ángel bueno y amable de mi vida. No le reprochaba nada, me culpaba a mí mismo de haber traicionado a mi amigo; y habría hecho cualquier cosa para reparar mi falta, si hubiera sabido cómo.

–Daisy, viejo amigo, ¡pareces haberte quedado sin habla! –dijo Steerforth riendo, al tiempo que estrechaba calurosamente mi mano y la soltaba alegremente–. Y estabas celebrando otra fiesta, ¡menudo sibarita! Estos muchachos de los Doctors' Commons son los más alegres de la ciudad, ¡veo que nos dan cien vueltas a los juiciosos habitantes de Oxford!

Su expresiva mirada recorrió alegremente la habitación mientras tomaba asiento frente a mí, en el sofá que la señora Micawber acababa de abandonar, y empezó a atizar el fuego.

–Estaba tan sorprendido –exclamé, dándole la bienvenida con toda la cordialidad que sentía– que apenas me salían las palabras, Steerforth.

–Verme consuela los ojos enfermos, como dicen los escoceses –replicó mi amigo–, y lo mismo ocurre al verte, Daisy, tan resplandeciente. ¿Cómo estás, discípulo de Baco?

–Muy bien –contesté–; pero esta noche no ha habido aquí ninguna bacanal, aunque confieso que he tenido tres invitados.

–Que acabo de encontrar en la calle, cubriéndote de elogios en voz alta –dijo Steerforth–. ¿Quién es tu amigo el de los pantalones ajustados?

Le describí en pocas palabras, y lo mejor que pude, al señor Micawber; y él se rió a carcajadas del retrato que hacía de ese caballero, declarando que era un hombre digno de conocerse y que yo tenía que presentárselo.

—¿Y quién supones que era mi otro invitado? —pregunté yo, a mi vez.

—¡Sabe Dios! —exclamó él—. No sería un pelmazo, ¿verdad? Tenía todo el aspecto.

—¡Era Traddles! —respondí en tono de triunfo.

—¿Quién? —inquirió Steerforth, con aire indiferente.

—¿Acaso no te acuerdas de Traddles? Nuestro compañero de dormitorio en Salem House...

—¡Oh! ¡Aquel muchacho! —dijo él, golpeando con el atizador un trozo de carbón en la parte superior del fuego—. ¿Sigue tan tierno y compasivo como siempre? ¿Y de dónde diablos lo has sacado?

Me deshice en alabanzas de Traddles, pues tuve la sensación de que Steerforth lo menospreciaba. Mi amigo comentó que también se alegraría de ver a nuestro viejo compañero, pues siempre había sido un tipo extraño; y, dando por concluido el asunto con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa, me preguntó si tenía algo de comer. Durante la mayor parte de nuestro breve diálogo, cuando no hablaba con una vivacidad febril, se entretenía rompiendo los trozos de carbón con el atizador. Observé que seguía haciendo lo mismo mientras yo sacaba los restos del pastel de pichón y otras pequeñas sobras.

—Pero, Daisy, ¡es una cena regia! —exclamó, rompiendo de pronto su silencio y sentándose en la mesa—. Le haré los honores, pues acabo de llegar de Yarmouth.

—Creía que venías de Oxford —comenté.

—No —replicó Steerforth—. He estado navegando... una ocupación mucho mejor.

—Littimer estuvo aquí hoy, preguntando por ti —señalé—, y me pareció entender que estabas en Oxford; aunque, ahora que lo pienso, no dijo nada al respecto.

—Littimer es más tonto de lo que pensaba si se interesa tanto por mí —dijo mi amigo, sirviéndose alegremente un vaso de vino y bebiéndolo a mi salud—. En cuanto a adivinar lo que pasa por su cabeza, Daisy, si eres capaz de

hacerlo, eres más listo que la mayoría de nosotros.

—Tienes razón —afirmé, acercando mi silla a la mesa—. ¡Así que has estado en Yarmouth, Steerforth! —añadí, deseoso de conocer todos los detalles—. ¿Mucho tiempo?

—No —respondió—. Ha sido una escapada de poco más de una semana.

—¿Y cómo se encuentran todos allí? Supongo que la pequeña Emily no se ha casado todavía, ¿verdad?

—Aún no. Creo que la boda es dentro de unas semanas, o de unos meses... No sé, no los he visto mucho. A propósito, tengo una carta para ti —señaló, mientras dejaba el cuchillo y el tenedor que había estado utilizando con tanta diligencia y empezaba a rebuscar en sus bolsillos.

—¿De quién?

—De tu antigua niñera —repuso, sacando unos papeles del bolsillo interior de su chaqueta—. «El señor J. Steerforth debe a La Voluntad...», no, esto no. Un poco de paciencia, en seguida la encontraremos. El viejo... no recuerdo su nombre... se encuentra muy enfermo; creo que por eso te escribe.

—¿Te refieres a Barkis?

—¡Sí! —exclamó, mientras seguía rebuscando en sus bolsillos y mirando lo que había en ellos—. Me temo que todo ha terminado para el pobre Barkis. Estuve conversando con un pequeño boticario... o médico, no sé muy bien... que, al parecer, tuvo el honor de traerte al mundo. Habló con erudición del caso; pero lo que quiso decir es que el carretero no tardaría en emprender su último viaje. Mira en el bolsillo interior del abrigo que he dejado en esa silla; creo que la carta está allí, ¿no?

—¡Aquí está! —contesté.

—¡Bien!

Era una nota de Peggotty; algo más ilegible de lo habitual, y muy breve. Me comunicaba el estado desesperado de Barkis, y me daba a entender que se mostraba «un poquito más agarrado» de lo habitual, lo que dificultaba que pudiera cuidarle debidamente. No mencionaba sus desvelos ni su fatiga, y dedicaba grandes alabanzas a su marido. Estaba redactada sin la menor afectación, con una sencillez y una familiaridad que yo sabía sinceras; y se despedía con «mis respetos a mi querido niño», refiriéndose a mí.

Mientras yo descifraba la carta, Steerforth siguió comiendo y bebiendo.

—Es muy triste —exclamó cuando hubo terminado—; pero el sol se pone todos los días y no transcurre un minuto sin que muera alguien; no debemos asustarnos de un destino que nos espera a todos. Si nos acobardamos porque oímos en algún lugar la llamada que tarde o temprano viene a buscar a todos los hombres, los objetivos que perseguimos se nos escapan de las manos. ¡No! ¡Hay que seguir adelante! Sin miramientos, si es necesario; o con ellos, si es posible, pero ¡hay que seguir adelante! ¡Saltar por encima de los obstáculos y ganar la carrera!

—¿Qué carrera? —pregunté.

—La que todos hemos comenzado —respondió—. ¡Hay que seguir adelante!

Recuerdo que cuando se calló y me miró con su hermosa cabeza echada hacia atrás y un vaso en la mano, vi que su rostro, a pesar de guardar la frescura de la brisa del mar y de estar curtido por el sol, reflejaba cierta fatiga que no tenía en nuestro último encuentro; y tuve la impresión de que se había lanzado, con la energía y la vehemencia que le caracterizaban, a una de esas empresas que, una vez iniciadas, parecían inflamar su ánimo. Estuve a punto de reprocharle la fogosidad con que perseguía todos sus caprichos —luchar contra una mar embravecida y desafiar las tormentas, por ejemplo—, pero mis pensamientos volvieron al tema principal de nuestra conversación.

—Te diré algo, Steerforth —exclamé—, si es que tu espíritu valeroso puede escucharme...

—Lo cierto es que tiene fuerza suficiente para hacer lo que desees —contestó, abandonando la mesa y regresando junto al fuego.

—Creo que voy a ir a ver a mi vieja niñera, Steerforth. Sé que no puedo hacerle mucho bien, ni servirle de ayuda; pero me quiere tanto que mi visita tendrá el mismo efecto que si fuera capaz de ambas cosas. Lo apreciará de tal modo que será un consuelo y un descanso para ella. Es lo menos que puedo hacer por una amiga tan fiel. ¿No irías y vendrías en el mismo día si estuvieras en mi lugar?

Su rostro adquirió una expresión pensativa.

—Sí, será mejor que vayas. No puedes hacer ningún daño —dijo en voz baja, después de meditar un momento su respuesta.

—Como acabas de regresar —señalé—, supongo que será inútil pedirte que me acompañes.

—Así es —repuso—. Salgo para Highgate esta misma noche. Hace mucho tiempo que no veo a mi madre, y me remuerde la conciencia; es algo grande ser amado como ella ama a su hijo pródigo... ¡Bah! ¡Tonterías! Imagino que piensas ir mañana, ¿no? —prosiguió, con una mano en cada uno de mis hombros.

—Sí, eso creo.

—Entonces espera a pasado mañana. Quería que pasaras unos días con nosotros. Vengo con el propósito de invitarte, y tú te escapabas a Yarmouth...

—Eres el más indicado para hablar de escapadas, Steerforth; tú que siempre vas como un loco, de una expedición desconocida a otra.

Me miró unos instantes en silencio y después, sin soltarme los hombros y zarandeándome un poco, me contestó:

—¡Vamos! Espera un día más y vente con nosotros mañana, todo el tiempo que puedas. ¡Quién sabe cuándo podremos volver a vernos! ¡Vamos! ¡Espera un día más! Necesito que te interpongas entre Rosa Dartle y yo, y procures que estemos separados.

—¿Acaso os querriáis demasiado si yo no estuviera?

—Sí, o nos odiaríamos —replicó Steerforth riendo—; poco importa. ¡Vamos! ¡Espera un día más!

Le dije que sí; y él se puso el abrigo, encendió un puro y se preparó para ir a Highgate a pie. Al ver sus intenciones, me puse también el abrigo (pero no encendí un puro, pues había quedado escarmentado por algún tiempo) y le acompañé hasta la carretera, desierta a aquellas horas. Steerforth pareció muy animado durante el trayecto y, cuando nos despedimos, y le vi alejarse con aire intrépido y satisfecho, me acordé de sus palabras: «¡Saltar por encima de los obstáculos y ganar!». Y deseé, por primera vez, que hubiera emprendido una buena carrera.

Me estaba desvistiendo en mi dormitorio cuando la carta del señor Micawber cayó al suelo, lo que me recordó su existencia. De modo que rompí el sello y la leí. La había escrito una hora y media antes de la cena. No sé si he mencionado antes que, cuando el señor Micawber atravesaba una crisis especialmente desesperada, empleaba una especie de fraseología legal, que parecía considerar equivalente a liquidar sus asuntos.

Señor... pues no me atrevo a escribir mi querido Copperfield:

Conviene que le comunique que el abajo firmante se encuentra Aniquilado. Tal vez hoy haya podido observar

en él algunos débiles esfuerzos para ahorrarle el descubrimiento prematuro de su calamitosa situación; pero la esperanza se ha desvanecido en el horizonte, y el abajo firmante se encuentra Aniquilado.

La presente comunicación ha sido escrita a escasa distancia (no puedo decir «en compañía») de un individuo casi en estado de embriaguez, que trabaja para el agente judicial. Este personaje ha tomado posesión legal de mi domicilio, por impago de alquiler. Su inventario incluye, no sólo los bienes muebles y los enseres de todo tipo pertenecientes al abajo firmante, como inquilino anual, sino también los del señor Thomas Traddles, huésped, miembro de la Honorable Sociedad del Colegio de Abogados.

Si faltara alguna gota de negrura para que rebosara el cáliz que (en palabras de un escritor inmortal) se «presenta»^[62] ahora a los labios del abajo firmante, ésta se hallaría en el hecho de que el susodicho Thomas Traddles aceptó, a título amistoso, convertirse en fiador de un pagaré, por la cantidad de veintitrés libras, cuatro chelines y nueve peniques, que ha vencido y NO está cubierto. Así como en el hecho de que las responsabilidades vivas que tiene a su cargo el abajo firmante se verán incrementadas, siguiendo el curso de la naturaleza, con una nueva víctima indefensa cuya triste llegada puede esperarse, en números redondos, al término de un período que no excederá los seis meses lunares a partir de la presente fecha.

Después de las anteriores premisas, resultaría superfluo añadir que el polvo y las cenizas del remordimiento están para siempre esparcidas sobre la cabeza de

WILKINS MICAWBER

¡Pobre Traddles! Conocía demasiado al señor Micawber, a estas alturas, para saber que no tardaría en recobrase del golpe; pero mi reposo nocturno se vio turbado por el recuerdo de Traddles y de la hija del reverendo de Devonshire, una muchacha tan dulce y con nueve hermanas, capaz de esperar (¡ominoso elogio!) hasta los sesenta años, o la edad que fuera, para casarse con Traddles.

XXIX

Visita de nuevo a Steerforth en su casa

Al día siguiente, le dije al señor Spenlow que necesitaba ausentarme por unos días; y, como el implacable Jorkins no podía oponerse, ya que no recibía el menor salario, me concedió permiso sin la menor dificultad. Aproveché la oportunidad para expresar mi deseo de que la señorita Spenlow estuviera bien, aunque se me nublaba la vista y apenas me salían las palabras; y el señor Spenlow me lo agradeció, con la misma indiferencia que si estuviera hablando de una persona cualquiera, y me contestó que su hija se encontraba bien.

Los que realizábamos nuestro aprendizaje en los Commons, como embriones del orden patricio de los procuradores, éramos tratados con tanta consideración que casi podría decirse que yo era mi propio jefe. Sin embargo, como no tenía intención de llegar a Highgate antes de la una o de las dos de la tarde, y debíamos juzgar otro pequeño caso de excomunión, conocido como «Diligencias judiciales promovidas por Tipkins contra Bullock para la enmienda de su alma», pasé un par de horas muy entretenidas en el tribunal, en compañía del señor Spenlow. Se trataba de una disputa entre dos sacristanes, uno de los cuales estaba acusado de empujar a su compañero contra una bomba de agua; y como el manubrio de ésta tocaba la pared de una escuela construida bajo el tejado de la iglesia, la embestida se había convertido en un delito eclesiástico. Era un caso divertido; y, mientras me dirigía a Highgate en el interior de la diligencia, seguí pensando en los Commons y en las palabras del señor Spenlow sobre lo peligroso que sería para el país «tocarlos».

La señora Steerforth y Rosa Dartle se alegraron de verme. Me sorprendió agradablemente que Littimer no estuviera allí, y que nos sirviese una tímida doncella, con cintas azules en la cofia; era mucho más placentero y menos

desconcertante tropezarse con la mirada de la joven que con la de aquel hombre tan respetable. Pero en lo que más me fijé, cuando no llevaba ni media hora en la casa, fue en la atención con que la señorita Dartle me observaba; y en cómo comparaba mi rostro con el de Steerforth, y el de éste con el mío, como si esperase que pasara algo entre los dos. Siempre que la miraba, veía su expresión inquieta y sus ojos severos, oscuros y penetrantes clavados en mí; o volverse rápidamente hacia Steerforth; o examinarnos al mismo tiempo a los dos. Y lejos de dejar de acecharnos, al percibir que yo me había dado cuenta, tuve la impresión, por el contrario, de que su mirada se hacía más inquisitiva. A pesar de que me sentía inocente de todo cuanto pudiera sospechar de mí, era incapaz de sostener el insaciable fulgor de aquellos extraños ojos.

Durante todo el día, fue como si llenara la casa con su presencia. Si hablábamos en la habitación de Steerforth, oía el frufrú de su vestido en la pequeña galería exterior. Si nos entregábamos a uno de nuestros antiguos juegos en el césped de la parte posterior de la casa, veía pasar su rostro de una ventana a otra, como una luz errabunda, hasta que se detenía en una de ellas para contemplarnos. Cuando los cuatro salimos a dar un paseo por la tarde, su delgada mano se aferró a mi brazo como una tenaza, con el fin de retenerme hasta que Steerforth y su madre estuvieran lejos del alcance de nuestras voces.

—Ha estado mucho tiempo sin venir a Highgate —señaló entonces—. ¿Acaso su profesión resulta tan sugestiva e interesante como para absorber toda su atención? Se lo pregunto porque me gusta enterarme de las cosas que no sé. ¿Es realmente así?

Le contesté que era un trabajo que me gustaba, pero que no podía decir que me cautivara hasta tal punto.

—¡Oh! Me alegro de saberlo, porque me agrada que me corrijan cuando me equivoco —declaró Rosa Dartle—. ¿Quiere decir, tal vez, que es un poco árido?

Le respondí que sí, que tal fuera un poco árido.

—¡Oh! ¿Y por ese motivo necesita usted cierto descanso, un pequeño cambio... algo de diversión, y esa clase de cosas? —exclamó—. ¡Muy cierto! Pero ¿no le parece que resulta un poco...? Para él; no me refiero a usted.

La rápida mirada que dirigió hacia el lugar donde Steerforth paseaba del brazo de su madre me ayudó a comprender el significado de sus palabras; pero me quedé bastante desconcertado. Estoy seguro de que fui incapaz de disimularlo.

—¿No cree usted (y con eso no pretendo afirmar nada, sólo saber si es cierto) que ha estado demasiado tiempo ausente por ese motivo? ¿Que ha descuidado, más de lo habitual, a una madre que lo quiere con locura? —inquirió, echando una nueva ojeada a Steerforth, y otra a mí que pareció penetrar en lo más recóndito de mis pensamientos.

—Señorita Dartle —repliqué—, le ruego que no piense...

—¡Oh, no! —protestó—. ¡Dios me libre de pensar nada! No soy una persona suspicaz. Me limito a preguntar. No expreso una opinión. Sólo deseo conocer su respuesta para formarme un juicio. ¿De modo que no es así? ¡No sabe cuánto me alegro!

—No es cierto —repuse, algo turbado— que yo sea responsable de la larga ausencia de Steerforth... algo que desconocía hasta este momento y que sólo deduzco de sus palabras. Hasta ayer por la noche, cuando apareció en casa, llevaba mucho tiempo sin tener noticias de él.

—¿De veras?

—De veras, señorita Dartle.

Mientras me miraba de frente, vi cómo su rostro se afilaba y palidecía; y la cicatriz de la vieja herida pareció extenderse hasta atravesar su labio desfigurado y hendirse en la parte inferior de la cara. Aquello me produjo un gran desasosiego, así como la expresión febril de sus ojos cuando me preguntó sin quitarme la vista de encima:

—¿Qué hace entonces?

Me quedé tan asombrado que no pude sino repetir sus palabras, más para mí mismo que para que ella me oyera.

—Sí, ¿qué hace? —exclamó, con una pasión que parecía consumirla como un fuego—. ¿A qué le está ayudando ese hombre que jamás me mira sin que yo vea reflejada en sus ojos una falsedad inescrutable? Si es usted honrado y leal, no le pido que traicione a su amigo. Dígame únicamente si es la ira, el odio, el orgullo, la inquietud, algún extraño capricho o el amor... ¿qué le induce a actuar así?

—Señorita Dartle —contesté—, ¿cómo podría convencerla de que sé exactamente lo mismo de Steerforth que la primera vez que vine aquí? Le aseguro que no advierto el menor cambio en él. Creo sinceramente que no le ocurre nada. Ni siquiera sé a qué se refiere usted.

Y, sin que dejara de mirarme, percibí en aquella marca cruel una especie de contracción o de temblor (que fui incapaz de separar de la idea de sufrimiento); y las comisuras de sus labios dibujaron una sonrisa de desprecio o de desdeñosa conmiseración. Se tapó, apresuradamente, la boca con la mano... esa mano tan fina y delicada que yo, en mis pensamientos, había comparado con una fina porcelana la primera vez que la vi interponerse entre el fuego y su cara. Y, después de decirme con una brusquedad feroz y apasionada: «Júreme que no dirá nada de esto», guardó silencio.

La señora Steerforth se sentía especialmente feliz en compañía de su hijo, y, en aquella ocasión, éste se mostró de lo más atento y respetuoso con ella. Me agradó mucho verlos juntos, no sólo por el cariño que se profesaban y por el enorme parecido que existía entre ellos, sino también por el modo en que la edad y sexo de la madre habían suavizado la altivez e impetuosidad del hijo, convirtiéndolas en una graciosa dignidad. Más de una vez pensé que era una suerte que no hubiera surgido un motivo de discordia entre ambos; pues esas dos naturalezas —o más bien esos dos aspectos de la misma naturaleza— podrían haber resultado más difíciles de reconciliar que los dos temperamentos más opuestos de la creación. He de confesar que esa idea no se me había ocurrido a mí; Rosa Dartle había hecho el siguiente comentario al respecto durante una cena:

—¡Oh! Quizá alguien puede aclararme una cosa que llevo pensando todo el día, y que me agradaría saber.

—¿De qué se trata, Rosa? —preguntó la señora Steerforth—. Te lo ruego, no seas tan misteriosa.

—¡Misteriosa! —exclamó—. ¿Me encuentra misteriosa? ¿De veras?

—Siempre te pido —contestó la señora Steerforth— que digas las cosas claramente, de un modo natural.

—¡Oh! ¿Entonces mi forma de hablar no resulta natural? Debe tener paciencia conmigo... sólo lo hago para enterarme de algo nuevo. Nunca nos conocemos a nosotros mismos.

—Se ha convertido en una segunda naturaleza en ti —señaló la señora Steerforth, sin la menor irritación—. Pero recuerdo (al igual que tú, supongo) los tiempos en que eras muy distinta, Rosa; cuando eras menos cauta y más confiada.

—Estoy segura de que tiene razón —respondió—; ¡es increíble cómo prenden

en uno los malos hábitos! ¿Verdad? ¿Así que menos cauta y más confiada? Me gustaría saber cómo he podido cambiar tanto sin darme cuenta... ¡Qué extraño! Tendré que esforzarme para volver a ser la de antes.

—Me encantaría —dijo la señora Steerforth, sonriendo.

—¡Estoy decidida! —afirmó ella—. Primero aprenderé un poco de franqueza de... veamos de quién... ¡de James!

—No podrías aprenderla en mejor escuela, Rosa —se apresuró a señalar la señora Steerforth, pues siempre había un dejo de sarcasmo en las palabras de Rosa, aunque ella no fuera consciente, como en aquella ocasión.

—Lo sé —exclamó, con inusitado fervor—. Si hay algo de lo que estoy convencida es, por supuesto, de eso.

Me dio la sensación de que la señora Steerforth lamentaba haberse enojado un poco, pues no tardó en añadir en tono cariñoso:

—Y bien, mi querida Rosa, todavía no nos has dicho lo que querías averiguar.

—¿Lo que quería averiguar? —repitió, con una calma exasperante—. ¡Oh! Únicamente si las personas de constitución moral muy parecida... ¿es correcta esa expresión?

—Tan buena como cualquier otra —declaró Steerforth.

—¡Gracias! Si las personas de constitución moral muy parecida corren peligro de que su resentimiento sea mayor y más profundo cuando existe entre ellas alguna diferencia.

—Yo diría que sí —dijo Steerforth.

—¿En serio? —exclamó ella—. ¡Dios mío! Imaginemos entonces, por ejemplo... y cualquier suposición absurda servirá... que tu madre y tú tuvierais una disputa...

—Mi querida Rosa —interrumpió la señora Steerforth, riendo alegremente—, será mejor que recurras a otro ejemplo. James y yo, gracias a Dios, conocemos bien los deberes que tenemos el uno con el otro.

—¡Oh! —dijo la señorita Dartle, moviendo la cabeza pensativa—. Es cierto. ¿Y eso lo impediría? Por supuesto que sí. Na-tu-ral-men-te. Me alegro de haber sido tan necia como para preguntarlo; me tranquiliza saber que los deberes que tienen el uno con el otro lo impedirían. ¡Muchísimas gracias!

No debo omitir otro pequeño detalle relacionado con la señorita Dartle; pues tuve que recordarlo más tarde, cuando el irremediable pasado salió a la luz. Durante todo el día, y especialmente a partir de ese momento, Steerforth desplegó todo su encanto, con la mayor naturalidad, para seducir a esa extraña criatura y convertirla en una compañera amable y sonriente. No me sorprendió que lo consiguiera. Tampoco me sorprendió que ella se resistiera a la fascinante influencia de su arte exquisito (que yo entonces creía su naturaleza exquisita), porque sabía que Rosa Dartle era a veces rencorosa y malvada. Pero vi cómo su fisonomía y sus modales cambiaban poco a poco. Me di cuenta de que miraba a Steerforth con una admiración creciente; luchando –cada vez con menos energía, aunque siempre con rabia– contra su propia debilidad, que la empujaba a caer en las redes del joven. Finalmente, su mirada se dulcificó y su sonrisa se volvió sumamente amable; y el temor que me había inspirado durante todo del día desapareció. Y nos sentamos junto al fuego, hablando y riendo juntos, con la misma espontaneidad que si hubiéramos sido niños.

No sé si fue porque llevábamos allí mucho tiempo, o porque Steerforth estaba decidido a no perder la ventaja conseguida, pero lo cierto es que no nos quedamos en el comedor más de cinco minutos después de que ella nos dejara.

–Está tocando el arpa –susurró Steerforth, en la puerta de la sala–. En los últimos tres años, creo que sólo mi madre se la ha oído tocar.

Lo dijo con una extraña sonrisa, que no tardó en borrarse de su rostro; y entramos en la estancia, donde la señorita Dartle se encontraba sola.

–¡No te levantes! –le rogó Steerforth (cosa que ella ya había hecho)–. ¡Por favor, mi querida Rosa! Sé amable por una vez y cántanos una canción irlandesa.

–¡Cómo si te interesaran las canciones irlandesas! –contestó ella.

–¡Me interesan mucho! –exclamó mi amigo–. Son mis favoritas. Y además está Daisy, que es un enamorado de la música. ¡Cántanos una balada irlandesa, Rosa! Y deja que me siente y te escuche como en los viejos tiempos.

Sin tocar a Rosa, o la silla de la que ésta se había levantado, Steerforth tomó asiento junto al arpa. Ella se quedó en pie durante unos instantes, al lado del instrumento, tocando las cuerdas con la mano derecha sin hacerlas vibrar. Finalmente se sentó, lo agarró con un movimiento brusco, y empezó a tocar y

a cantar.

No sé lo que había en su voz o en sus manos, pero jamás he oído, o he podido siquiera imaginar, una melodía más misteriosa. Había algo sobrecogedor en ella. Era como si nunca se hubiera escrito o nadie hubiera compuesto su música, y brotase de la pasión que ardía dentro de la señorita Dartle; que se expresaba de manera imperfecta en los sonidos graves de su voz, y que parecía apagarse cuando volvía el silencio. Seguí mudo mientras ella se apoyaba de nuevo en el arpa y volvía a tocar las cuerdas con la mano derecha sin hacerlas vibrar.

Unos instantes después, ocurrió algo que me sacó de mi ensimismamiento: Steerforth, que se había puesto en pie y se había acercado a ella, la abrazó riendo.

—¡Vamos, Rosa! —exclamó—. ¡A partir de ahora seremos grandes amigos!

Ella le dio una bofetada y, empujándolo con la furia de un gato salvaje, salió corriendo de la estancia.

—¿Qué le ocurre a Rosa? —preguntó la señora Steerforth, entrando en la sala.

—Ha sido un verdadero ángel durante un rato, madre —respondió Steerforth—; pero luego se ha pasado, para compensar, al otro extremo.

—Deberías tener cuidado con ella, James. Recuerda que se le ha agriado el carácter y no conviene contrariarla.

Rosa no regresó; y tampoco se volvió a hablar de ella hasta que entré con Steerforth en su dormitorio para darle las buenas noches. Entonces se burló de ella, y me preguntó si había conocido alguna vez a una criatura tan violenta e incomprensible.

Le expresé lo mejor que pude mi asombro, y le pregunté si era capaz de decirme por qué Rosa se había ofendido de esa manera tan inesperadamente.

—¡Sabe Dios! —replicó Steerforth—. Por cualquier cosa... o por nada. Ya te dije que tenía que sacarle punta a todo, incluso a sí misma. Es una de esas herramientas de afilar que han de manejarse con sumo cuidado. Siempre resulta peligrosa. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, mi querido Steerforth! —contesté—. Me iré mañana muy temprano, antes de que te despiertes. ¡Buenas noches!

Apoyó las manos en mis hombros, igual que la noche anterior en mi

apartamento, como si se resistiera a dejarme marchar.

—Daisy —dijo, sonriendo—, pues, aunque no sea el nombre elegido por tus padrinos, es el que prefiero darte... y ¡ojalá que tú pudieras llamarme así!

—Nada me lo impedirá si decido hacerlo —exclamé.

—Daisy, si algo llegara a separarnos, tienes que recordar lo mejor de mí. ¡Vamos! Hagamos ese trato. Prométeme que, si alguna vez las circunstancias nos separan, sólo te acordarás de lo mejor de mí.

—Para mí no tienes cosas malas y cosas buenas, Steerforth —repuse—. Siempre te quiero y te querré igual.

Estaba tan arrepentido de haber dudado de él, aunque sólo fuera en el fondo de mi alma, que estuve a punto de confesárselo. Y, de no haber sido por el rechazo que me inspiraba traicionar la confianza de Agnes y por el temor de comprometerla si abordaba la cuestión, lo habría hecho antes de que él dijera:

—¡Dios te bendiga, Daisy! ¡Buenas noches!

Indeciso, guardé silencio; y nos estrechamos la mano, antes de despedirnos.

Me levanté al rayar el alba y, después de vestirme en silencio, entré en su habitación. Se hallaba profundamente dormido, descansando plácidamente con la cabeza apoyada en el brazo, como le había visto dormir tantas veces en el internado.

Llegó un tiempo, y además muy pronto, en el que casi me sorprendió que nada hubiera turbado su reposo mientras yo lo contemplaba. Pero dormía (déjenme que lo recuerde así) como le había visto hacerlo tantas veces en el internado; y de ese modo lo dejé, en aquella hora silenciosa.

Y nunca más, ¡que el Señor te perdone, Steerforth!, volví a tocar con amor y amistad aquella mano inmóvil. ¡Nunca, nunca más!

XXX

Una pérdida

Llegué a Yarmouth al anochecer y me dirigí a la posada. Sabía que la habitación libre de Peggotty, mi dormitorio, no tardaría en ser ocupada si el terrible Visitante, ante el que todos los vivos deben inclinarse, no estaba ya en la casa; de modo que entré en la posada, cené y reservé un cuarto.

Eran las diez cuando salí a la calle. Apenas quedaban comercios abiertos y la ciudad parecía desierta. Al llegar a la altura de Omer y Joram, vi que los postigos de las ventanas estaban cerrados, pero no la puerta. Como distinguí la figura del señor Omer en el interior, fumando su pipa junto a la puerta de la trastienda, decidí entrar y preguntarle qué tal estaba.

—¡Caramba! —dijo el señor Omer—. ¿Cómo se encuentra usted? Siéntese. No le molesta el humo, ¿verdad?

—En absoluto —contesté—. Me gusta... en la pipa de otros.

—Y no en la suya, ¿eh? —exclamó el señor Omer, riéndose—. ¡Tanto mejor, señor! Es una mala costumbre para un joven. Siéntese. Yo fumo por el asma.

El señor Omer me hizo sitio y trajo una silla. Tomó asiento de nuevo, sin resuello, aspirando el tabaco de su pipa como si fuera a suministrarle el aire que le impediría irse al otro mundo.

—He oído con pesar malas noticias del señor Barkis —señalé.

El señor Omer me miró gravemente y movió la cabeza.

—¿Sabe usted cómo se encuentra esta noche? —inquirí.

—Si no se lo he preguntado yo, ha sido por delicadeza —respondió el anciano—. Es uno de los inconvenientes de nuestro negocio. Cuando alguien enferma, no *podemos* interesarnos por su salud.

Era un problema que no se me había ocurrido; aunque también yo, al entrar en la tienda, había temido oír el viejo martilleo. Comprendí, sin embargo, que el señor Omer tenía razón, y se lo dije.

—Sí, sí, usted me entiende —exclamó el anciano, moviendo la cabeza—. No nos atrevemos. Créame, casi nadie se recuperaría del susto si nos oyera decir: «Omer y Joram le envían saludos y desean saber cómo se encuentra esta mañana»... o esta tarde... según la ocasión.

Los dos asentimos, y el señor Omer tomó aliento con la ayuda de su pipa.

—Es algo que impide a la gente de mi profesión ser todo lo amable que desearía —prosiguió el señor Omer—. Fíjese en mi caso, por ejemplo. No se trata de una amistad de un año, ¡llevo más de cuarenta años saludando a Barkis cuando pasa por aquí! Y, sin embargo, ni siquiera puedo preguntar por su salud.

Me pareció bastante doloroso para él, y se lo dije.

—No creo ser más egoísta que los demás —dijo—. ¡Fíjese en mí! En cualquier momento puede faltarme la respiración, ¿cómo voy a ser egoísta en semejantes circunstancias? Sería extraño en un hombre que sabe que su respiración está a punto de fallar, al igual que un fuelle al que dieran un corte, y que además es abuelo.

—Tiene razón.

—Y no es que me queje de mi trabajo —añadió el señor Omer—. No se trata de eso. Tiene cosas buenas y cosas malas, como todas las profesiones. Lo que me gustaría es que la gente tuviera más temple.

El señor Omer, con rostro afable y satisfecho, dio algunas bocanadas en silencio.

—Así, pues, nos vemos obligados a contentarnos con las noticias del señor Barkis que nos da Emily. Ella sabe cuáles son nuestras verdaderas intenciones, y no le inspiramos más temores o recelos que si fuéramos simples corderos. Todas las tardes va a ayudar un poco a su tía, después del trabajo, y Minnie y Joram acaban de ir allí, a fin de preguntarle cómo se encuentra esta noche. Si quiere esperar hasta que regresen, le darán toda clase de detalles. ¿Le apetece tomar algo? ¿Un vaso de ponche con agua? Yo siempre bebo un poco mientras fumo —exclamó, cogiendo su vaso—, pues dicen que suaviza las vías por donde pasa esa maldita respiración mía. Pero no son éstas las que se hallan en mal estado —aseguró con voz ronca—. Como

le digo a mi hija Minnie, ¡que me den el aire suficiente, y ya me encargaré yo de encontrarle paso!

Lo cierto es que andaba tan corto de aliento que resultaba de lo más alarmante verlo reír. Cuando estuvo de nuevo en condiciones de que le hablaran, le di las gracias por su ofrecimiento, que rehusé explicándole que acababa de cenar. Después de añadir que esperaba el regreso de su hija y de su yerno, ya que tenía la amabilidad de invitarme, le pregunté por la pequeña Emily.

—Para serle sincero, señor —respondió el señor Omer, retirando la pipa de su boca para rascarse la barbilla—, me alegrará mucho verla casada.

—¿Por qué motivo? —inquirí.

—Porque está muy inquieta —contestó el anciano—. No es que no siga tan hermosa como siempre... puedo asegurarle que cada día está más hermosa. No es que no trabaje tan bien como antes, porque lo hace igual. Antes valía por seis, y ahora continúa valiendo por seis. Y, sin embargo, es como si le faltara entusiasmo. No sé si comprenderá usted lo que quiero decir con la expresión: «¡Un último esfuerzo! ¡Vamos, muchachos! ¡Hurra!» —prosiguió el señor Omer, rascándose de nuevo la barbilla con aire pensativo—. Y eso es, en términos generales, lo que echo de menos en Emily.

El rostro y los ademanes del señor Omer fueron tan expresivos que asentí con la cabeza, como si adivinase lo que quería dar a entender. Mi rapidez de comprensión pareció satisfacerle, y prosiguió.

—Pues bien, considero que todo eso se debe principalmente a lo incierto de su situación. He hablado mucho del asunto con su tío y con su novio, después del trabajo; y mi opinión es que necesita establecerse. No debemos olvidar —dijo el señor Omer— que Emily es una criatura extraordinariamente cariñosa. Dice el refrán que no puede hacerse una bolsa de seda con la oreja de una cerda. La verdad es que no lo sé. Pienso que tal vez sea posible si se empieza a una edad temprana. Esa vieja gabarra se ha convertido para ella en un hogar más precioso que un palacio de mármol y de piedra.

—¡Estoy convencido! —exclamé.

—El afecto que esa linda criatura siente por su tío —continuó el señor Omer—, y el modo en que se abraza a él, cada vez con más fuerza, resulta conmovedor. Ya sabe usted que, cuando ocurre algo así, se está librando una lucha interior. ¿Por qué prolongarla entonces más de lo necesario?

Yo escuchaba atentamente al bondadoso anciano y aprobaba de todo corazón sus palabras.

—Por ese motivo les dije lo siguiente —señaló el señor Omer, con sencillez—: «No piensen que Emily debe cumplir hasta el fin su contrato de aprendizaje. Puede dejarlo cuando quiera. Sus servicios han sido mucho más valiosos de lo que esperábamos; ha aprendido con mayor rapidez de lo habitual. Omer y Joram pueden suprimir de un plumazo el tiempo que aún le queda por cumplir. La joven estará libre en cuanto ustedes lo deseen. Si después de la boda quiere hacer algunos pequeños trabajos en su casa, muy bien; de lo contrario, también muy bien. En cualquier caso, habremos salido ganando». Pues, como podrá comprender —prosiguió el anciano, tocándome con el extremo de su pipa—, un hombre tan escaso de resuello como yo, y que además es abuelo, no puede tener el menor interés en importunar a una hermosa criaturita de ojos azules como *ella*.

—¡Desde luego! No me cabe la menor duda —exclamé.

—¡En efecto! —afirmó el señor Omer—. Verá, señor, su primo... porque sabe que ella va a casarse con su primo, ¿no?

—¡Oh, sí! —respondí—. Lo conozco muy bien.

—Por supuesto, por supuesto —dijo el señor Omer—. Pues bien, señor, su primo, que al parecer tiene un buen trabajo y dispone de medios, me dio las gracias con mucha educación (lo cierto es que me he formado una elevada opinión de él a raíz de su comportamiento) y se apresuró a alquilar una casita con todas las comodidades que uno pueda imaginar. Y ya la tiene amueblada, de arriba abajo, con el mismo primor que si fuera una casa de muñecas; y de no haber empeorado Barkis, pobre muchacho, yo diría que a estas horas ya serían marido y mujer. Pero no han tenido más remedio que retrasar la ceremonia.

—¿Y Emily, señor Omer? —pregunté—. ¿Está más tranquila?

—No creo que podamos hacernos muchas ilusiones —contestó el anciano, rascándose de nuevo la papada—. La perspectiva de ese cambio, de esa separación, y todo lo que conlleva, está al mismo tiempo muy cerca y muy lejos de ella. La muerte de Barkis no retrasaría demasiado las cosas, pero si su enfermedad se prolonga... En cualquier caso, la situación es muy incierta.

—Comprendo —dije.

—Por ese motivo —continuó el señor Omer—, Emily sigue algo nerviosa y

abatida; tal vez un poco más que antes. Cada día parece sentirse más unida a su tío y lamentar más abandonarnos. Basta una palabra cariñosa por mi parte para que las lágrimas asomen a sus ojos; y, si pudiera usted verla con la niña de Minnie, jamás lo olvidaría. ¡Bendito sea Dios! –exclamó, pensativo–. ¡Cuánto quiere a esa pequeña!

Me pareció una buena ocasión para preguntarle al señor Omer, antes de que Minnie y su marido interrumpieran nuestra conversación, si tenía alguna noticia de Martha.

–¡Ah! –respondió, moviendo la cabeza y con expresión muy afligida–. Nada bueno. Es una triste historia, señor, se mire como se mire. Nunca pensé que hubiera nada malo en aquella muchacha. No me gustaría hablar de este asunto delante de mi hija Minnie... seguro que se enfadaría... pero lo cierto es que jamás imaginé algo así. Ni yo, ni ninguno de nosotros...

El señor Omer oyó los pasos de su hija antes que yo y, dándome un golpecito con su pipa, me guiñó un ojo a modo de advertencia. Minnie y su marido entraron en seguida.

Traían la noticia de que el señor Barkis estaba «todo lo mal que podía estar»; que se hallaba inconsciente; y que el señor Chillip les había dicho muy apesadumbrado en la cocina, justo antes de marcharse, que ni el Colegio de Médicos, ni el Colegio de Cirujanos, ni la Escuela de Farmacéuticos podrían ayudarle, aunque fueran consultados a la vez. Los colegios no tenían nada que hacer y la escuela sólo podía envenenarle.

Al oír aquellas palabras y enterarme de que el señor Peggotty se encontraba en ella, decidí ir inmediatamente a la casa. Di las buenas noches al señor Omer, y al señor y a la señora Joram, y me dirigí al hogar de mi vieja niñera, con una solemnidad que convertía al señor Barkis en un hombre nuevo y muy diferente del que conocía.

Llamé suavemente a la puerta y me abrió el señor Peggotty. Su sorpresa fue menor de lo que yo había esperado. Tuve la misma impresión al saludar a Peggotty, cuando ésta bajó las escaleras. Y es algo que he experimentado después en otras ocasiones; creo que, cuando se espera esa terrible sorpresa que es la muerte, cualquier otro cambio o sorpresa carecen de importancia.

Estreché la mano del señor Peggotty y entré en la cocina, mientras él cerraba cuidadosamente la puerta. La pequeña Emily estaba sentada junto al fuego, tapándose el rostro con las manos; Ham se hallaba en pie, a su lado.

Hablamos en voz muy baja, atentos a cualquier sonido que llegara del piso superior. No me había dado cuenta en mi última visita, pero ¡cuán extraño me pareció ahora no encontrar al señor Barkis en la cocina!

–Ha sido muy amable viniendo, señorito Davy –dijo el señor Peggotty.

–Realmente amable –aseguró Ham.

–Emily, querida –exclamó el señor Peggotty–. ¡Mira! ¡Ha venido el señorito Davy! ¡Vamos, preciosa, levanta ese ánimo! ¿No vas a decir nada al señorito Davy?

Todavía puedo ver cómo temblaba. Y recuerdo su mano helada, que sólo pareció cobrar vida para rechazar la mía. Luego se levantó de la silla y, colocándose al otro lado de su tío, se apoyó en su pecho, sin pronunciar una sola palabra y sin dejar de temblar.

–Es tan sensible y cariñosa –señaló el señor Peggotty, acariciando la abundante cabellera de la joven con su mano callosa– que no puede soportar tanto dolor. Es algo natural en los jóvenes, señorito Davy, cuando se enfrentan por primera vez a esta clase de desgracias... sobre todo si son tímidos como mi pequeño pajarillo. ¡Es natural!

Emily se apretó más contra él, pero ni levantó la cabeza ni dijo nada.

–Se hace tarde, mi amor –exclamó el señor Peggotty–, y ha venido Ham para acompañarte a casa. ¡Vamos! ¡Ve con ese otro ser entrañable! ¿Qué respondes, Emily, tesoro mío?

El sonido de su voz no llegó hasta mí, pero él inclinó la cabeza como si la estuviera escuchando.

–¿Que te deje quedarte con tu tío? ¡No puedes pedirme eso! ¿Cómo vas a quedarte con tu tío, muñeca? ¿Acaso no ves que ha venido a llevarte a casa el que pronto será tu marido? Nadie lo creería, viendo a esta mujercita al lado de un viejo lobo de mar como yo –afirmó el señor Peggotty, mirándonos a los dos sin disimular su orgullo–, pero lo cierto es que no hay más sal en la mar que cariño por su tío en el corazón de esta pequeña tontuela.

–Emily tiene razón en eso, señorito Davy –aseguró Ham–. Puesto que lo desea y además está inquieta y asustada, la dejaré aquí hasta mañana. ¡Y yo me quedaré con ella!

–No, no –respondió el señor Peggotty–. No debes hacerlo... un hombre casado... o a punto de serlo... no debe perder un día de trabajo. Y no puedes

pasar la noche en vela y después ir a trabajar. No es bueno. Será mejor que vuelvas a casa y te acuestes. Ya sabes que cuidaremos bien de Emily.

Ham se dejó convencer y cogió el sombrero para marcharse. E incluso, cuando se despidió de ella con un beso (siempre que le veía acercarse a Emily pensaba que la naturaleza le había dado un alma de caballero), tuve la impresión de que la joven se apretaba más contra el señor Peggotty, como si quisiera alejarse de su futuro marido. Cerré la puerta tras él, a fin de que ningún ruido turbara el silencio que nos rodeaba; y, cuando me di la vuelta, vi que el señor Peggotty seguía hablando con Emily.

—Ahora subiré a decirle a tu tía que el señorito Davy está aquí, y eso la animará un poco —afirmó—. Siéntate junto al fuego mientras tanto, querida, y calienta tus manos heladas. No debes asustarte tanto, ni sentirte tan afligida. ¿Cómo? ¿Que quieres venir conmigo? ¡Vamos, pues! Si su tío se quedara en la calle, señorito Davy, y se viera obligado a dormir en la cuneta, ¡estoy seguro de que ella lo acompañaría! —dijo el señor Peggotty, con el mismo orgullo que antes—. Pero pronto habrá alguien más... ¡muy pronto, Emily!

Más tarde, cuando subí al piso de arriba y pasé por delante de mi pequeño dormitorio, en el que reinaba la oscuridad, creí distinguir la figura de Emily tendida en el suelo. Pero no sé si era realmente ella o tan sólo un juego de sombras en el interior de la habitación.

Tuve mucho tiempo para pensar, al calor de la lumbre, en el miedo que inspiraba la muerte a la pequeña y hermosa Emily, y que parecía explicar, unido a lo que el señor Omer me había contado, el cambio que se había operado en ella. Y, antes de que Peggotty bajara, pude juzgar esa debilidad con más indulgencia, mientras oía el tictac del reloj y sentía crecer a mi alrededor un sobrecogedor silencio. Peggotty me estrechó en sus brazos y me bendijo, agradeciéndome una y otra vez ser un consuelo tan grande para ella (éstas fueron sus palabras). Después me pidió que la acompañara arriba, diciendo entre sollozos que el señor Barkis siempre me había querido y admirado mucho; que había hablado a menudo de mí, antes de perder el conocimiento; y que estaba convencida de que, si volvía a recobrarlo, se alegraría muchísimo de verme, si es que todavía había algo en este mundo que pudiera alegrarlo.

Cuando vi el estado en que se hallaba, las probabilidades de que esto ocurriera me parecieron muy escasas. Yacía con la cabeza y los hombros fuera de la cama, en una posición sumamente incómoda, medio apoyado en la caja

que tantos quebraderos de cabeza le había causado. Peggotty me explicó que, el día en que no pudo deslizarse bajo el colchón para abrirla, ni asegurarse de que se hallaba a buen recaudo con la ayuda de su bastón, como yo le había visto hacer, había pedido que la colocaran encima de una silla, junto a su cabecera; y desde entonces había vivido abrazado a ella, noche y día. En aquellos momentos, la rodeaba con su brazo. El tiempo y el mundo se le escapaban, pero la caja seguía allí; y las últimas palabras que había pronunciado –a modo de explicación– habían sido: «¡Ropa vieja!».

–¡Barkis, querido! –exclamó Peggotty casi con alegría, al tiempo que se inclinaba sobre él mientras su hermano y yo continuábamos a los pies de la cama–. Aquí está mi niño... mi querido niño, ¡sin él no nos hubiéramos conocido, Barkis! ¿Te acuerdas de que me enviabas mensajes a través de él? ¿Es que no piensas hablar con el señorito Davy?

Siguió tan mudo e insensible como la caja, que era lo único que daba alguna expresión a su figura.

–Se irá con la marea –me dijo el señor Peggotty, tapándose la boca con la mano para que no le oyeran.

Yo estaba al borde de las lágrimas, al igual que el señor Peggotty, pero logré musitar:

–¿Con la marea?

–La gente que vive en la costa –repuso él– siempre muere cuando baja la marea. Y nace con la pleamar... sólo nace bien con la pleamar. Barkis se irá con la marea. La bajamar será a las tres y media, y el agua no volverá a subir hasta media hora después. Si para entonces sigue entre nosotros, seguirá en este mundo hasta que pase la pleamar, y luego se irá cuando la marea baje de nuevo.^[63]

Nos quedamos junto a él durante mucho tiempo... horas y horas. No pretendo decir que mi presencia ejerciera una influencia misteriosa sobre él, dadas las condiciones en que se hallaba; pero lo cierto es que, cuando finalmente empezó a delirar, parecía creer que me llevaba al colegio.



Encuentro al señor Barkis «yéndose con la marea»

—Está volviendo en sí —anunció Peggotty.

Su hermano me tocó el brazo y murmuró lleno de temor y de respeto:

—No tardará en irse con la marea.

—¡Barkis, querido! —dijo Peggotty.

—C.P. Barkis —exclamó él, con voz muy débil—. ¡La mejor esposa del mundo!

—¡Mira! ¡Ha venido el señorito Davy! —señaló Peggotty, cuando le vio abrir los ojos.

Cuando estaba a punto de preguntarle si me reconocía, él intentó extender el brazo y me dijo, claramente, con una amable sonrisa:

—¡Barkis está disponible!

Y al bajar las aguas, se fue con la marea.

XXXI

Una pérdida aún más cruel

No fue difícil para mí, cuando Peggotty me lo pidió, tomar la decisión de quedarme hasta que los restos del pobre carretero hubieran hecho su último viaje a Blunderstone. Hacía mucho tiempo que ella había comprado con sus ahorros un pequeño trozo de tierra en nuestro viejo cementerio, cerca de la tumba de «su querida niña», como siempre llamaba a mi madre; y era allí donde descansaría Barkis.

Me alegra pensar que, al acompañar a Peggotty en aquellos momentos y hacer por ella cuanto estaba en mis manos (que no era mucho), le mostraba todo el agradecimiento que incluso ahora habría querido expresarle. Pero me temo que mi mayor satisfacción, tanto a nivel personal como profesional, fue ocuparme del testamento del señor Barkis y hacer público su contenido.

Puedo reclamar el honor de haber sido el primero en sugerir que lo buscáramos dentro de su caja. Después de algunas pesquisas, apareció allí, en el fondo de un morral, donde, además de heno para el caballo, encontramos el viejo reloj de oro (con su cadena y su garantía) que el señor Barkis había llevado el día de su boda y que no habíamos visto, ni antes ni después, en ninguna otra ocasión; un pequeño atacador de plata, en forma de pierna; una especie de limón, lleno de tazas y de platos diminutos, que tal vez compró para regalarme cuando era niño, y del que jamás pudo desprenderse después; ochenta y siete guineas y media, en monedas de una y de media guinea; doscientas diez libras en billetes de banco sin estrenar; algunos recibos de valores del Banco de Inglaterra; una vieja herradura; un chelín falso; una bolita de alcanfor y una ostra vacía. A esta última le había sacado brillo, y su parte interior reflejaba todos los colores del prisma, lo que me indujo a pensar que el señor Barkis tenía alguna noción general sobre las perlas, que nunca había cristalizado.

Durante muchos años, el marido de Peggotty había llevado esa caja, día tras día, en todos sus desplazamientos. Con el fin de que no llamara tanto la atención, había inventado la historia de que su propietario era un tal «señor Blackboy», quien la había dejado «en manos del señor Barkis» hasta nuevo aviso; fábula que había escrito con sumo cuidado en la tapa, con unas letras que ahora resultaban casi ilegibles.

Me di cuenta de que, durante todo aquel tiempo, el señor Barkis no había ahorrado en vano. Su fortuna en dinero se elevaba a casi tres mil libras. Legaba el usufructo de mil libras al señor Peggotty; y, después de su muerte, éstas debían dividirse entre Peggotty, la pequeña Emily y yo, o entre los que sobreviviéramos de nosotros, en partes iguales. El resto de sus bienes se los dejaba a Peggotty, a la que nombraba legataria universal y única albacea de sus últimas voluntades.

Me sentí un verdadero procurador eclesiástico cuando, con la mayor solemnidad, leí este documento en voz alta y expliqué una y otra vez sus disposiciones a los interesados. Empecé a pensar que los Commons tenían más importancia de la que había imaginado. Examiné el testamento con la mayor atención, declaré que todo estaba en regla, hice algunas anotaciones a lápiz en el margen, y me sorprendió ver cuánto sabía.

Pasé la semana que precedió al funeral en tan abstrusas ocupaciones; hice, asimismo, un inventario de lo que había heredado Peggotty, puse en orden sus asuntos y le serví de árbitro y de consejero, para nuestra común satisfacción. No vi a la pequeña Emily en ese intervalo, pero me comunicaron que se casaría quince días más tarde, en la intimidad.

No asistí al funeral vestido para la ocasión, si me permiten la expresión; lo que quiero decir es que no llevaba una capa negra ni un crespón, de esos que asustan a los pájaros. Pero me dirigí a Blunderstone muy temprano y esperé en el cementerio la llegada del féretro, que venía acompañado únicamente de Peggotty y su hermano. El caballero que había perdido el juicio nos contemplaba desde mi pequeña ventana; el bebé del señor Chillip balanceaba su enorme cabeza y miraba al pastor, moviendo sus ojos saltones por encima del hombro de su niñera; el señor Omer jadeaba detrás de nosotros; y no había nadie más presente. La ceremonia fue muy tranquila; y, cuando ésta terminó, nos quedamos una hora paseando por el cementerio, y arrancamos algunas hojas tiernas del árbol que daba sombra a la tumba de mi madre.

Y, al llegar aquí, me siento atenazado por el miedo. Una nube empieza a

descender sobre la lejana ciudad hacia la que, una vez más, dirijo mis pasos solitarios. Temo acercarme a ella. Me resulta insoportable pensar en lo que ocurrió aquella noche que jamás podremos olvidar; y lo que volverá a suceder si continúo mi relato.

Las cosas no empeorarán porque yo las escriba. No mejorarían aunque detuviera mi mano vacilante. El mal está hecho; y nada podrá deshacerlo, ni cambiarlo.

Mi vieja niñera tenía que acompañarme a Londres al día siguiente, a causa del testamento. La pequeña Emily pasaba la jornada en la tienda del señor Omer. Habíamos acordado reunirnos por la noche en la vieja gabarra del señor Peggotty. Ham recogería a Emily a la hora habitual. Yo volvería tranquilamente a pie. Los dos hermanos regresarían como habían venido y nos esperarían, al anochecer, junto a la chimenea.

Me despedí de ellos junto al postigo del cementerio, donde antaño había descansado el imaginario Strap con el morral de Roderick Random a la espalda; y, en lugar de regresar directamente, seguí un rato por la carretera de Lowestoft. Después volví sobre mis pasos y me dirigí hacia Yarmouth. Me detuve a comer en una taberna bastante recomendable, a un par de millas del transbordador que ya he mencionado antes; y, de ese modo, la jornada llegó a su término, y había anochecido cuando entré en la ciudad. Llovía a cántaros, y era una noche de tormenta; pero la luna brillaba tras las nubes y la oscuridad no era completa.

No tardé en divisar la barca del señor Peggotty, y la luz de su interior que brillaba a través de la ventana. Después de avanzar con dificultad, hundiéndome en la arena, llegué hasta la puerta y entré.

La casa no podía resultar más acogedora. El señor Peggotty había fumado ya su pipa vespertina, y estaban ultimando los preparativos para la cena. El fuego ardía alegremente, las cenizas habían sido recogidas, y el cajón seguía en su lugar, esperando que Emily se sentara en él. Peggotty se encontraba en su sitio de siempre y, de no haber sido por su ropa de luto, hubiera podido creerse que no lo había abandonado nunca. Tenía en su regazo el costurero con la catedral de Saint Paul en la tapa, la pequeña cabaña donde guardaba la cinta para medir y el pedacito de cera; todo seguía igual, como si nadie lo hubiera tocado. La señora Gummidge parecía algo quejosa, en su viejo rincón, lo que tampoco suponía ningún cambio.

—Es usted el primero en llegar, señorito Davy —comentó el señor Peggotty,

con rostro satisfecho—. Quítese también la chaqueta si está mojada.

—Gracias, señor Peggotty —respondí, entregándole mi abrigo para que lo colgara—; está completamente seca.

—¡Tiene razón! —añadió él, palpándome los hombros—. ¡Tan seca como una astilla! Siéntese, señor. No es necesario que le dé la bienvenida, pero se la doy, y de todo corazón.

—Gracias, señor Peggotty. Estoy seguro de eso. Y bien, mi vieja Peggotty —dije, dándole un beso—, ¿cómo te encuentras?

—¡Ah! —exclamó riendo su hermano, mientras se sentaba a nuestro lado frotándose las manos (empujado por la cordialidad de su carácter y sin duda aliviado porque algo tan triste hubiera terminado)—. Ninguna mujer en el mundo, señor, puede tener la conciencia más tranquila que ella, y así se lo digo. Ha cumplido con su deber, y el difunto lo sabía; y éste fue un buen marido, del mismo modo que ella fue una buena esposa; y... ¡y no hay nada de que arrepentirse!

La señora Gummidge gimió.

—¡Anímese, querida amiga! —exclamó el señor Peggotty (al tiempo que nos miraba de reajo, moviendo la cabeza, consciente de que los últimos acontecimientos habían despertado en ella el recuerdo de su viejo)—. ¡Vamos, no se ponga así! Por su propio bien, anímese, aunque sea un poco... ya verá cómo después vuelve a su naturaleza.

—No puedo, Daniel —repuso la anciana—. Mi naturaleza es estar sola y desamparada...

—No, no —insistió el señor Peggotty, tratando de consolarla.

—¡Sí, Daniel! —dijo la señora Gummidge—. No soy una mujer que pueda vivir con personas que han heredado dinero. Todo está en contra mía. Sería mejor que desapareciera.

—¿Pero cómo íbamos a gastar ese dinero sin su ayuda? —protestó el señor Peggotty—. ¿De qué está usted hablando? ¿No ve que la necesito más que nunca?

—¡Ya sabía yo que antes no me necesitaba! —lloriqueó lastimosamente la señora Gummidge—. ¡Y ahora me lo dice! ¿Cómo podía creer que me necesitaba, tan sola y tan desamparada, y siempre con todo en contra mía?

El señor Peggotty pareció muy disgustado consigo mismo por haber

pronunciado unas palabras susceptibles de ser tan cruelmente interpretadas, pero Peggotty le tiró de la manga moviendo la cabeza para impedir que respondiera a la anciana. Después de observar a la señora Gummidge unos instantes, muy apenado, echó una ojeada al reloj holandés, se levantó, despabiló la vela y la puso en la ventana.

—¡Ya está! —exclamó complacido—. ¡Ya está, señora Gummidge!

A la anciana se le escapó un débil gemido.

—¡La vela en su lugar! —continuó el señor Peggotty—. Se preguntará para qué es, señor. Pues bien, es para nuestra pequeña Emily. El camino no es alegre, ni está demasiado iluminado después de oscurecer; y, si estoy en casa cuando ella vuelve del trabajo, pongo una vela en la ventana. Así se consiguen dos cosas —señaló mi anfitrión, inclinándose hacia mí jubiloso—, que la pequeña Emily piense: «¡Allí está mi casa!», y también: «¡Mi tío se encuentra en ella!»; pues, cuando no estoy, nadie pone una luz.

—¡Eres un chiquillo! —afirmó Peggotty, sin poder evitar quererlo más por eso mismo.

—Lo sé muy bien —respondió su hermano, muy satisfecho, mientras nos miraba alternativamente a nosotros y al fuego, con las piernas separadas y restregándose los pantalones con las manos—, aunque lo cierto es que nadie lo diría al verme.

—En efecto —dijo Peggotty.

—No —contestó el señor Peggotty, riéndose—, nadie lo diría al verme, aunque, pensándolo bien, ¡me tiene sin cuidado! Les diré una cosa: cuando voy a dar una vuelta por esa casa tan bonita de nuestra Emily, siento... siento algo muy extraño —exclamó con vehemencia—. No es fácil de explicar... es como si hasta los objetos más pequeños fueran ella. Los cojo, los vuelvo a dejar en su sitio, y los toco con la misma delicadeza que si se tratara de nuestra Emily. Lo mismo me ocurre con sus pequeñas cofias y con todo lo demás. No podría soportar que maltrataran ninguna de sus pertenencias... por nada del mundo. Soy un chiquillo, sí, con el aspecto de un enorme erizo de mar —concluyó, estallando en carcajadas.

Peggotty y yo nos echamos a reír, aunque menos ruidosamente.

—En mi opinión —prosiguió el señor Peggotty con cara de satisfacción, sin dejar de restregarse las piernas—, todo se debe a lo mucho que he jugado con ella, fingiendo que éramos turcos, y franceses, y tiburones, y toda clase de

extranjeros... ¡válgame Dios! Y leones y ballenas, y no sé cuántas cosas más, cuando ella no me llegaba ni a la rodilla. Se ha convertido en una costumbre para mí, ¿saben? ¡Miren esta vela! –exclamó, alargando alegremente su mano hacia ella–. Sé muy bien que, cuando Emily se haya casado y se haya ido, la seguiré dejando en la ventana, igual que ahora. Sé muy bien que, cuando me encuentre aquí por la noche (¡en qué otro lugar podría vivir, aunque heredara una fortuna!) y ella no esté conmigo, pondré la vela en la ventana y me sentaré junto al fuego, simulando que la espero, como hago ahora. Soy un chiquillo, sí –repitió el señor Peggotty, estallando nuevamente en carcajadas–, con el aspecto de un enorme erizo de mar. Ahora mismo, cuando veo cómo brilla la vela, pienso: «¡La está mirando! ¡Emily está a punto de llegar!». Soy un chiquillo, sí, bajo el aspecto de un enorme erizo de mar. Y tengo toda la razón –dijo mi anfitrión, interrumpiendo su risa y dando una palmada–, ¡pues aquí está!

Pero sólo era Ham. La noche debía de ser más húmeda que cuando llegué, pues llevaba un gran sueste, con el ala caída sobre el rostro.

–¿Dónde está Emily? –preguntó el señor Peggotty.

Ham hizo un ademán con la cabeza, como si la joven estuviera fuera. El señor Peggotty cogió la vela de la ventana, la despabiló, la dejó sobre la mesa y empezó a atizar el fuego.

–Señorito Davy –dijo Ham, sin moverse–, ¿puede venir un momento? Emily y yo queremos mostrarle algo.

Salimos juntos y, al pasar delante de él, me di cuenta, para mi sorpresa y mi espanto, de que estaba mortalmente pálido. Me empujó precipitadamente al exterior y cerró la puerta detrás de nosotros. Detrás de nosotros dos solos.

–¡Ham! ¿Qué ocurre?

–¡Señorito Davy!

¡Con cuánta desesperación lloró aquel corazón destrozado! Ser testigo de tanto dolor me paralizó. No sé qué imaginé o qué temí. Sólo podía mirarle.

–¡Ham! ¡Mi pobre amigo! Por el amor de Dios, ¿qué ocurre?

–Mi amor, señorito Davy... el orgullo y la esperanza de mi corazón... la mujer por la que habría dado la vida, y por la que moriría ahora mismo... ¡se ha marchado!

–¿Que se ha marchado?

—¡Emily ha huido! ¡Oh, señorito Davy! Entenderá *cómo* lo ha hecho cuando me vea suplicar al buen Dios que la mate (a ella, a quien amo sobre todas las cosas) antes de que caigan sobre ella la vergüenza y el deshonor.

El rostro que volvió hacia el tormentoso cielo, el temblor de sus manos entrelazadas y la angustia de todo su ser han quedado desde entonces ligados en mi recuerdo a aquella solitaria llanura. Siempre es de noche allí, y Ham es lo único que aparece en la escena.

—Usted tiene estudios —se apresuró a añadir—. Y sabe lo que es mejor y más oportuno. ¿Qué tengo que decir, ahí dentro? ¿Cómo voy a darle la noticia a su tío, señorito Davy?

Vi que la puerta se movía y, de forma instintiva, traté de agarrar el picaporte para ganar un poco de tiempo. Demasiado tarde. El señor Peggotty asomó la cabeza; y nunca podré olvidar cómo se le demudó el semblante cuando nos vio, aunque viviera quinientos años.

Recuerdo un largo gemido y un grito, y las mujeres rodeándolo, y todos de pie en la habitación. Yo, con un papel que me había dado Ham en la mano; el señor Peggotty, con el chaleco desgarrado, el pelo revuelto, el rostro y los labios lívidos, un hilo de sangre deslizándose por su pecho (creo que había brotado de su boca) y los ojos clavados en mí.

—Léala, señor —me pidió con voz queda y temblorosa—. Despacio, por favor. No sé si seré capaz de entenderla.

En medio de un silencio sepulcral, leí en una carta emborronada por las lágrimas:

Cuando tú, que me quieres mucho más de lo que he merecido nunca, incluso cuando mi corazón era inocente, leas esto, estaré muy lejos.

—Estaré muy lejos —repitió lentamente él—. ¡Espere! Emily, muy lejos. ¡Bien!

Cuando abandone por la mañana mi querido hogar... mi querido hogar... ¡Ay, mi querido hogar!...

La carta estaba fechada la noche anterior.

... será para no regresar nunca, a menos que él me traiga como esposa suya. Por la noche, muchas horas después de mi marcha, no me encontrarás a mí sino esta carta. ¡Oh, si supieras la angustia que me invade! ¡Si al menos tú, a quien he causado tanto dolor que jamás

podrás perdonarme, fueses capaz de comprender mi sufrimiento! Soy demasiado malvada para atreverme a hablar de mí. ¡Consuélate pensando en mi maldad! Por el amor de Dios, dile al tío que nunca lo he amado tanto como en este momento. Olvida lo buenos y cariñosos que habéis sido todos conmigo... Olvida que tú y yo íbamos a casarnos... Intenta pensar que he muerto de pequeña y que estoy enterrada en alguna parte. Ruega al Cielo, del que me alejo, que tenga compasión de mi tío. Sé su consuelo. Elige una buena muchacha, que sea lo que yo fui una vez para el tío, y que te sea fiel, y que sea digna de ti, y no conozcas más vergüenza que la mía. ¡Dios os bendiga a todos! Rezaré a menudo por vosotros, de rodillas. Si él no me convierte en su mujer, y no puedo rezar por mí misma, rezaré por vosotros. Dale todo mi amor al tío. Mis últimas lágrimas y mis últimos agradecimientos son para él.

Y así terminaba.

Cuando acabé de leer, el señor Peggotty siguió mirándome en silencio durante un buen rato. Finalmente, me arriesgué a coger su mano y le supliqué, lo mejor que pude, que procurase serenarse un poco. Me respondió: «Gracias, señor, gracias», sin hacer el menor movimiento.

Ham le habló. El señor Peggotty comprendió tan bien su dolor que le estrechó con fuerza la mano; pero, aparte de eso, continuó en el mismo estado, y nadie se atrevió a molestarlo.

Por último, apartó sus ojos de mí, como si despertara de un sueño, y miró a un lado y a otro.

—¿Quién es él? ¡Quiero saber su nombre! —dijo en voz baja.

Ham me lanzó una mirada, y sentí como si súbitamente me dieran un golpe que me obligase a retroceder.

—Seguro que hay algún sospechoso —exclamó el señor Peggotty—. ¿Quién es?

—¡Señorito Davy! —me suplicó Ham—. Salga un momento, y deje que diga a mi tío lo que le tengo que decir. Usted no debería oírlo, señor.

Volví a estremecerme. Me derrumbé en una silla e intenté articular alguna respuesta; pero tenía la lengua paralizada y se me había nublado la vista.

—¡Quiero saber su nombre! —le oí repetir.

—Desde hace algún tiempo —respondió Ham—, ha merodeado por los alrededores, a las horas más intempestivas, un criado. Y también un caballero. Los dos están relacionados entre sí.

El señor Peggotty seguía inmóvil, pero ahora con la vista fija en su sobrino.

—Ayer por la noche —prosiguió el joven—, vieron a ese criado... con nuestra pobre niña. Ha estado escondido por aquí durante toda la semana, o incluso más tiempo. Creíamos que se había ido, pero seguía escondido. ¡No se quede aquí, señorito Davy! ¡Salga un momento!

Sentí el brazo de Peggotty alrededor de mi cuello, pero hubiese sido incapaz de moverme, aunque la casa hubiera estado a punto de derrumbarse encima de mí.

—Esta mañana, un poco antes del amanecer, había un carruaje y unos caballos desconocidos en la carretera de Norwich —continuó Ham—. El criado se acercó al vehículo, volvió a alejarse y más tarde regresó de nuevo. Esta última vez, Emily iba junto a él. El otro individuo estaba dentro. Él es el hombre.

—Por el amor de Dios, Ham —exclamó el señor Peggotty, echándose hacia atrás y adelantando la mano, como si quisiera apartar así lo que tanto temía—. ¡No me digas que se trata de Steerforth!

—Señorito Davy —dijo Ham, con voz entrecortada—, no es culpa suya... jamás se lo reprocharía... pero ¡se trata de Steerforth y es un maldito canalla!

El señor Peggotty no gritó, ni se echó a llorar, ni hizo el menor movimiento, hasta que, de pronto, pareció despertarse de nuevo y descolgó su tosco abrigo del perchero que había en el rincón.

—¡Echadme una mano con esto! Estoy tan aturdido que no puedo ponérmelo solo —señaló con impaciencia—. ¡Vamos, echadme una mano! ¡Bien! —exclamó cuando alguien le ayudó—. Y ahora dadme el sombrero.

Ham le preguntó adónde iba.

—Voy a buscar a mi sobrina. Voy a buscar a mi pequeña Emily. Primero voy a desfondar ese barco, y hundirlo donde lo habría ahogado *a él*, lo juro por mi vida, si hubiera imaginado lo que tramaba. Cuando estaba sentado delante de mí —prosiguió furioso, extendiendo su puño cerrado—, cara a cara... en ese barco, que me parta un rayo si no lo hubiera ahogado... ¡y no me

habría arrepentido! Y ahora voy a buscar a mi sobrina.

—¿Dónde? —preguntó Ham, interponiéndose entre él y la puerta.

—¡En todas partes! Voy a buscar a mi sobrina por todo el mundo. Voy a buscar a mi pobre sobrina en su deshonra, y a traerla de vuelta a casa. ¡Nadie podrá detenerme! ¡Os digo que voy a buscar a mi sobrina!

—No, no —gritó la señora Gummidge, poniéndose en medio mientras lloraba a lágrima viva—. No, no, Daniel; no se vaya en ese estado. Espere un poco, mi pobre Daniel, tan solo y tan desamparado... será mucho mejor; pero no se vaya en ese estado. Siéntese y perdone todas las molestias que le he causado, Daniel... ¡Qué son mis contrariedades comparadas con esto! Hablemos de los tiempos en que se quedó huérfana, y Ham también, y yo era una pobre viuda, y usted me acogió. Será un consuelo para su pobre corazón, Daniel —exclamó, apoyando la cabeza en el hombro del señor Peggotty—, y le ayudará a sobrellevar su desgracia; pues ya conoce la promesa, Daniel: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis»^[64] y tiene que ser cierta bajo este techo que nos ha amparado durante tantos y tantos años.

El señor Peggotty se quedó inmóvil; y, cuando le oí llorar, el impulso que había tenido de arrodillarme, maldecir a Steerforth, y pedirle perdón por el dolor que había traído a su hogar, dio paso a un sentimiento mejor. Mi corazón abrumado encontró el mismo alivio que el suyo, y estallé también en llanto.

XXXII

El principio de un largo viaje

Supongo que lo que es natural en mí debe de serlo en muchas otras personas; por eso no me avergüenza escribir que jamás había querido tanto a Steerforth como en el momento en que se rompieron los lazos que nos unían. En medio del agudo dolor que me causaba el descubrimiento de su indignidad, lo cierto es que pensaba más en lo que había de bueno y de brillante en él, y hacía más justicia a todas las cualidades que podían haberlo convertido en un hombre noble e ilustre, que en los momentos en que había sentido más admiración por él. Aunque lamentaba profundamente el papel que me había tocado desempeñar, de forma involuntaria, en la deshonra de aquella respetable familia, creo que, si me hubiera encontrado con él, cara a cara, habría sido incapaz de dirigirle el menor reproche. Habría seguido queriéndolo igual, aunque hubiera dejado de fascinarme; y habría recordado con tanta emoción el cariño que le tenía que quizá me hubiera comportado con la debilidad de un niño herido en sus sentimientos, en todo menos en el convencimiento de que jamás podríamos reconciliarnos. Nunca se me ocurrió pensarlo. Sentí, al igual que él, que todo había terminado entre nosotros. Jamás he sabido qué recuerdos conservó de mí... posiblemente eran triviales y fáciles de desechar... pero yo siempre he pensado en él como en un amigo muy querido que la muerte me arrebató.

Sí, Steerforth, ¡tanto tiempo alejado de los escenarios de esta triste historia! Tal vez mi dolor sirva involuntariamente de testimonio contra ti el día del Juicio Final; pero nunca lo harán mi cólera o mis reproches, ¡lo sé con certeza!

La noticia de lo ocurrido no tardó en extenderse por la ciudad; y, mientras recorría sus calles a la mañana siguiente, oí que los vecinos hablaban del asunto en la puerta de sus casas. Muchos condenaban severamente a Emily, y

unos pocos le culpaban a él; pero todos estaban de acuerdo en compadecer a su segundo padre y a su prometido. Y lo que predominaba en aquellas gentes tan diferentes era el respeto por su dolor, un sentimiento lleno de delicadeza y de ternura. Cuando los vieron andar lentamente por la arena, muy de mañana, los hombres que salían a la mar se mantuvieron a distancia; y formaron pequeños grupos para hablar compasivamente de ellos.

Los encontré en la playa, muy cerca de la orilla. Me habría dado cuenta de que ninguno de los dos había dormido en toda la noche, aunque Peggotty no me hubiera dicho que el amanecer les había sorprendido en el mismo lugar donde yo les había dejado la víspera. Parecían extenuados; y tuve la impresión de que el señor Peggotty se había encorvado más en una sola noche que en todos los años transcurridos desde que yo lo conocía. Él y Ham estaban tan serios y solemnes como el mismísimo mar, que se extendía ante nosotros bajo un cielo sombrío, casi sin olas (aunque su sonido fuera tan profundo que pareciese respirar en medio de tanta quietud), mientras el horizonte, iluminado por un sol invisible, se convertía en una franja de luz plateada.

—Hemos hablado largo y tendido, señorito Davy —me dijo el señor Peggotty, cuando llevábamos un rato caminando en silencio—, de lo que debíamos y no debíamos hacer. Pero ahora lo sabemos con claridad.

Miré por casualidad a Ham, que estaba contemplando aquel lejano resplandor sobre el mar, y me asaltó un pensamiento terrible; y no era que su rostro reflejase ira, porque no era cierto, pero recuerdo que se leía en él una extraña determinación... la de matar a Steerforth si algún día se encontraba con él.

—Aquí no tengo nada más que hacer, señor —exclamó el señor Peggotty—. Voy a buscar a mi...

Se detuvo unos instantes, antes de proseguir con voz más firme:

—Voy a buscarla. A partir de ahora, ése será mi único cometido.

Movió la cabeza cuando le pregunté dónde pensaba dirigirse, y quiso saber si yo volvería a Londres al día siguiente. Le respondí que, si no lo había hecho ese mismo día, había sido por miedo a dejar de serle útil en algo; pero que estaba dispuesto a salir en cuanto él quisiera.

—Iré con usted, señor —repuso—, si le parece bien regresar mañana.

Seguimos andando en silencio durante un rato.

—Ham —dijo de pronto— continuará con su trabajo y vivirá en casa de mi hermana. En cuanto a esa vieja gabarra...

—¿Acaso piensa usted abandonarla, señor Peggotty? —le reproché con cariño.

—Mi lugar ya no está aquí, señorito Davy —contestó—; y si alguna vez se fue a pique un barco, desde que la oscuridad cayó sobre la superficie de las aguas, ha sido precisamente ése. Pero no, señor, no lo abandonaré; nada más lejos de mi ánimo.

Seguimos andando, hasta que él exclamó:

—Mi único deseo es que siga teniendo el mismo aspecto, día y noche, invierno o verano, que cuando Emily lo vio por primera vez. Si alguna vez regresara, no me gustaría que su viejo hogar pareciese rechazarla; quiero que éste la invite a acercarse y a mirar —en medio del viento y de la lluvia, como un fantasma—, a través de su vieja ventana, el cajón donde solía sentarse junto al fuego. Quizá entonces, señorito Davy, cuando advierta que sólo está allí la señora Gummidge, reúna suficiente coraje para entrar, toda temblorosa; y tal vez se acueste en su antigua cama, y apoye su fatigada cabeza donde antes dormía alegremente.

Fui incapaz de responderle, a pesar de mis esfuerzos.

—Todas las tardes —continuó el señor Peggotty—, nada más anochecer, habrá una vela en la ventana, que parezca decirle si algún día la ve: «¡Vuelve, mi niña, vuelve!». Si alguna vez oyes llamar por la noche a la puerta de tu tía, Ham, sobre todo si lo hacen suavemente, no la abras. Deja que sea ella, y no tú, quien reciba a mi hija descarriada.

Caminó un rato delante de nosotros. Durante ese tiempo, miré de nuevo a Ham y, al advertir la misma expresión en su rostro y ver que sus ojos seguían clavados en el lejano resplandor, le toqué en el brazo.

Me vi obligado a repetir dos veces su nombre (en el tono que habría empleado para despertar a una persona dormida) para que me oyera. Cuando, finalmente, le pregunté en qué pensaba, me respondió:

—En lo que se extiende ante mí, señorito Davy; y más allá de aquel horizonte.

—¿Te refieres a tu porvenir?

Ham había señalado vagamente el mar.

—Sí, señorito Davy. No sabría explicarlo, pero es como si de allí lejos fuera a llegarme... el fin —dijo mirándose, como un hombre que acabara de despertarse, pero con la misma resolución en el rostro.

—¿Qué fin? —le pregunté, mientras mis temores renacían.

—No sé —contestó pensativo—; estaba pensando que todo había empezado aquí... y entonces llegó el fin. ¡Pero ya pasó! Señorito Davy —añadió, como si hubiera leído mi pensamiento—, no se preocupe por mí, aunque me sienta perdido; es como si no acabara de comprender lo sucedido (lo que equivalía a decir que no era él mismo y que se hallaba bastante confuso).

El señor Peggotty se detuvo a esperarnos: nos reunimos con él, dando por terminada nuestra conversación. El recuerdo de las palabras de Ham, sin embargo, se sumó a mis pensamientos anteriores, y siguió acudiendo a mi memoria, de vez en cuando, hasta el día en que llegó el inexorable fin, a la hora señalada.

Nos acercamos sin darnos cuenta a la vieja gabarra y entramos en ella. La señora Gummidge, que había dejado de gemir en su rincón, estaba muy atareada preparando el desayuno. Cogió el sombrero del señor Peggotty y le acercó la silla, hablándole con tanta dulzura y cariño que apenas pude reconocerla.

—Daniel, mi buen amigo —exclamó la anciana—, tiene usted que comer y beber para conservar las fuerzas, o no hará nada. ¡Vamos, inténtelo! Y, si le molesto con mi cháchara, me lo dice y me callo.

Cuando nos hubo servido a todos, se sentó junto a la ventana para remendar algunas camisas y otras prendas de vestir del señor Peggotty, y, después de doblarlas cuidadosamente, las metió en un viejo saco de hule, como los que llevan los marineros. Durante todo ese tiempo, siguió hablándole con voz apacible.

—Ya sabe que estaré aquí, Daniel —dijo la señora Gummidge—, a todas horas y en todas las estaciones... tal como desea. No soy una persona instruida, pero, cuando esté lejos, le escribiré en mis ratos libres y enviaré las cartas al señorito Davy. Tal vez pueda escribirme usted también, de vez en cuando, Daniel, para decirme cómo se siente durante su triste y solitario viaje.

—Me temo que va a sentirse aquí muy sola —declaró el señor Peggotty.

—No, no, Daniel —contestó la anciana—, en absoluto. No se preocupe por mí. Estaré muy ocupada cuidando la casa hasta que regrese usted... o

quienquiera que sea, Daniel. Cuando haga buen tiempo, me sentaré junto a la puerta como de costumbre. Y, si alguien pasa por aquí, verá desde muy lejos a la anciana viuda, fiel a su palabra.

¡Qué cambio había dado la señora Gummidge en tan poco tiempo! Era otra mujer. Se mostraba tan afectuosa, parecía saber tan bien lo que convenía decir y lo que era preferible callar, pensaba tan poco en sí misma y era tan considerada con el dolor ajeno, que sentí por ella un profundo respeto. ¡Cuánto trabajó aquel día! Hubo que recoger muchas cosas en la playa para guardarlas en el cobertizo: remos, redes, velas, cabos, palos, nasas, sacos de lastre, etc. Y, aunque fueron muchos los que prestaron su ayuda –pues no había en toda aquella costa un hombre que no estuviera dispuesto a trabajar de firme para el señor Peggotty, y que no se sintiera feliz de que éste se lo pidiera–, la señora Gummidge insistió en cargar unos fardos demasiados pesados para ella y en correr inútilmente de un lado a otro, durante toda la jornada. En cuanto a sus desgracias, parecía haber olvidado que algún día hubieran existido. Continuó mostrándose compasiva sin perder su buen humor, quizá lo más sorprendente del cambio que había experimentado. Se habían acabado los lamentos. No advertí el menor temblor en su voz, ni vi una sola lágrima en sus ojos, hasta que cayó la noche; cuando se quedó a solas con el señor Peggotty y conmigo, y éste se durmió agotado, ella estalló en llanto, tratando inútilmente de ahogar sus sollozos, y me pidió que la acompañara a la puerta.

–¡Que Dios le bendiga, señorito Davy! –exclamó–. ¡Pobre hombre! ¡Sea siempre su amigo!

Se apresuró entonces a salir de la casa para lavarse el rostro, a fin de que el señor Peggotty, al despertar, la encontrara trabajando tranquilamente a su lado. En pocas palabras, cuando me despedí por la noche, la anciana se había convertido en el principal apoyo y sostén del señor Peggotty; y no pude sino meditar sobre la lección que me había dado la señora Gummidge, y en todo lo que había descubierto gracias a ella.

Serían las nueve o las diez de la noche cuando, después de atravesar desconsolado la ciudad, me detuve en la puerta del señor Omer. Minnie me explicó que su padre se había disgustado tanto con la noticia que había pasado el día triste y abatido, y se había acostado sin fumar su pipa.

–¡Qué muchacha tan falsa y malvada! –exclamó la señora Joram–. Nunca hubo un ápice de bondad en ella.

—No diga eso —le interrumpí—. Estoy seguro de que no lo piensa.

—¡Claro que sí! —respondió ella, enojada.

—No, no —insistí yo.

La señora Joram movió la cabeza, tratando de mantener su expresión de enfado, pero fue incapaz de dominar la ternura que había en ella y rompió a llorar. Yo era joven, es verdad; pero la aprecié más por la compasión que mostraba, y pensé que ésta le sentaba realmente bien a una esposa y madre tan ejemplar.

—¿Qué hará? —sollozó Minnie—. ¿Dónde irá? ¿Qué será de ella? ¡Oh, Dios! ¡Cómo ha podido ser tan cruel consigo misma y con su prometido!

Recordé los tiempos en que Minnie era una bonita joven y, al verla tan conmovida, me alegré de que tampoco ella los hubiera olvidado.

—Mi pequeña Minnie —dijo la señora Joram— acaba de dormirse. Hasta en sueños solloza por Emily. Ha pasado el día llorando y preguntándome una y otra vez si Emily era mala. Cuando pienso que la última noche que estuvo aquí se quitó la cinta de su cuello y se la puso a Minnie, y luego apoyó su cabeza en la almohada, junto a la de la niña, hasta que ésta se durmió, ¿qué puedo contestarle? La cinta está aún alrededor del cuello de mi pequeña Minnie. Tal vez habría tenido que quitársela, pero ¿qué puedo hacer? Emily ha obrado muy mal, pero las dos se querían tanto... Y la niña desconoce lo ocurrido.

La señora Joram se sentía tan desgraciada que su marido vino a consolarla. Los dejé juntos y me dirigí a casa de Peggotty, todavía más triste que antes, si eso era posible.

La buena mujer (me refiero a Peggotty), sin manifestar la menor fatiga después de sus recientes sufrimientos y de sus noches en vela, se encontraba en la vieja gabarra de su hermano, donde había querido pasar la noche. Una anciana, que se había ocupado de los quehaceres domésticos durante las últimas semanas, mientras Peggotty no podía atenderlas, era su única ocupante, aparte de mí. Como no tenía necesidad de sus servicios, le pedí que se acostara, lo que pareció complacerla, y me senté junto al fuego de la cocina, tratando de ordenar mis ideas.

Los últimos sucesos se confundían en mi imaginación con la muerte del difunto señor Barkis, y tenía la impresión de bajar con la marea hacia el lejano horizonte que Ham había contemplado de un modo tan extraño aquella

misma mañana; un golpe en la puerta me sacó de mi ensimismamiento. Pero el ruido no venía de la aldaba. Era una mano la que llamaba, y a baja altura, como lo hubiera hecho un niño.

Me sobresalté tanto como si hubiera oído al lacayo de un personaje distinguido. Abrí la puerta y, al principio, para gran sorpresa mía, lo único que vi fue un enorme paraguas que parecía moverse por sí mismo; pero no tardé en descubrir bajo él a la señorita Mowcher.

Es posible que no hubiera estado demasiado bien dispuesto a recibir a aquella pequeña criatura si en el momento de apartar el paraguas, que no conseguía cerrar a pesar de sus esfuerzos, hubiera advertido en ella esa expresión de picardía en el rostro que tanto me había impresionado en nuestro primer y último encuentro. Pero el semblante que levantó hacia mí reflejaba tanta inquietud y, cuando le cogí el paraguas (que habría resultado demasiado grande hasta para el gigante irlandés^[65]), retorció sus pequeñas manos con tanto pesar que no pude evitar sentir cierta simpatía por ella.

—¡Señorita Mowcher! —exclamé, después de mirar a ambos lados de la calle desierta, sin saber exactamente lo que buscaba—. ¿Por qué ha venido aquí? ¿Qué ocurre?

Ella me indicó con su bracito derecho que cerrase el paraguas, y, pasando velozmente por delante de mí, entró en la cocina. Cuando hube cerrado la puerta y fui tras ella, con el paraguas en la mano, la encontré sentada en la rejilla de la chimenea (que era muy baja y tenía dos barras lisas en la parte superior para colocar los platos), a la sombra de un caldero, balanceándose hacia adelante y hacia atrás y frotándose las rodillas con las manos, como si le doliera algo.

Sumamente alarmado de ser el único destinatario de aquella visita intempestiva, y el único espectador de tan extraordinario comportamiento, dije de nuevo:

—Por favor, señorita Mowcher, ¿qué ocurre? ¿Se encuentra usted mal?

—Mi querido joven —respondió ella, colocando las dos manos sobre el corazón—. Me duele aquí, me duele terriblemente aquí. Cuando pienso que todo ha terminado de este modo... y que yo podía haberlo imaginado, e incluso evitado, de no haber sido tan alocada.

Su enorme sombrero (completamente desproporcionado para su estatura) volvió a moverse hacia delante y hacia atrás, siguiendo el balanceo de su

diminuto cuerpo; entretanto, un gigantesco sombrero bailaba al mismo ritmo que ella en la pared.

—Me sorprende verla tan seria y afligida... —empecé a decir.

—Sí, siempre sucede lo mismo —me interrumpió ella—. Estos jóvenes tan desconsiderados, altos y bien parecidos, se sorprenden de descubrir sentimientos en una criatura como yo. Para ellos no soy más que un juguete con el que divertirse, y del que se deshacen en cuanto se cansan... y les asombra que tenga más sentimientos que un caballo de juguete o un soldado de madera. Sí, así son las cosas; no es nada nuevo.

—Es posible que sea cierto con otras personas —repuse—, pero no conmigo, se lo aseguro. Quizá no debería sorprenderme verla así, apenas la conozco. He hablado sin reflexionar.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —señaló la pequeña mujer, poniéndose en pie y extendiendo sus brazos para que la viera mejor—. ¡Fíjese en mí! Mi padre era como yo; y también lo es mi hermana... y mi hermano. He trabajado para ellos desde hace muchos años... y muy duramente, señor Copperfield... durante todo el día. Tengo que vivir. Y no hago daño a nadie. Si existen personas lo bastante crueles e inconscientes para burlarse de mí, ¿qué otra cosa puedo hacer sino reírme de mí, de ellos y de cuanto me rodea? ¿Y quién tiene la culpa de eso? ¿Acaso yo?

No, no; comprendí que la señorita Mowcher era inocente.

—Si me hubiera presentado ante su desleal amigo como una enana sensible —prosiguió, moviendo la cabeza con expresión de reproche—, ¿cree que él me habría ayudado o protegido? Si la pequeña Mowcher (que no es responsable de su tamaño, joven caballero) se hubiese dirigido a él, o a los que son como él, para contarles sus desgracias, ¿cree que se habrían dignado oír su vocecita? La pequeña Mowcher necesitaría vivir, aunque fuera la más antipática y aburrida de las pigmeas; pero no podría hacerlo. No. ¡Habrían dejado que se muriera de hambre!

La señorita Mowcher se sentó nuevamente en la rejilla, sacó el pañuelo y se enjugó los ojos.

—Si es usted una persona de buen corazón, como creo —dijo ella—, le alegrará saber que, aunque conozco bien mis limitaciones, puedo ser feliz y soportarlo. En cualquier caso, yo sí me alegro de poder abrirme camino (por muy diminuto que sea) en el mundo, sin tener que agradecérselo a nadie; y de

poder mofarme de todas las tonterías y vanidades que tengo que aguantar. Si no me paso la vida lamentándome por lo que me falta, mejor para mí; y no creo que nadie salga perdiendo con ello. Si no soy más que un juguete para ustedes, los gigantes, trátenme bien.

La señorita Mowcher volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo, sin dejar de mirarme con atención.

—Acabo de verle pasar por la calle —prosiguió—. Como podrá imaginar, soy incapaz de andar a la misma velocidad que usted, con estas piernas tan cortas y lo escasa que ando de resuello, así que no pude alcanzarle; pero adiviné de dónde venía y le seguí. Ya he estado aquí antes, pero la buena mujer no se encontraba en casa.

—¿La conoce? —quise saber.

—He oído hablar de ella en la tienda de Omer y Joram —respondió—. Yo estaba allí a las siete de la mañana. ¿Se acuerda lo que me dijo Steerforth de esa desdichada joven la noche en que estuve con los dos en la posada?

El enorme sombrero que la señorita Mowcher llevaba en la cabeza y el gigantesco sombrero de la pared empezaron a balancearse nuevamente hacia delante y hacia atrás mientras ella me hacía esta pregunta.

Yo sabía muy bien a qué se refería, pues lo había recordado muchas veces a lo largo del día. Así se lo dije.

—¡Que el diablo le maldiga! —exclamó la pequeña mujer, con su dedo índice entre mi persona y sus ojos centelleantes—. ¡Y diez veces más a su vil criado! Pero creí que era usted quien sentía una pasión juvenil por ella...

—¿Yo?

—¡Ay! ¡Muchacho, muchacho! En nombre de la ciega mala suerte —exclamó la señorita Mowcher, retorciéndose las manos con impaciencia, mientras se balanceaba de nuevo en la rejilla—, ¿por qué motivo la elogió tanto, se sonrojó y pareció turbado?

No pude ocultarme a mí mismo que sus palabras eran ciertas, aunque mis razones hubieran sido muy diferentes.

—¿Cómo podía saberlo yo? —se lamentó la señorita Mowcher, volviendo a sacar su pañuelo y dando una pequeña patada en el suelo cada vez que, con breves intervalos, se enjugaba los ojos con las dos manos al mismo tiempo—. Me di cuenta de que Steerforth era una mala influencia para usted y de que

pretendía engatusarle; comprendí que usted era como cera blanda entre sus manos. En cuanto salí de la estancia, su criado me dijo que el «Joven Inocente» (era el nombre que le daba, así que usted puede llamarle el «Viejo Culpable» mientras viva) estaba enamorado de la joven, y que ésta le correspondía; pero que su amo quería impedir que el asunto se complicara (por afecto a usted, más que por la muchacha) y que por eso habían venido a Yarmouth. ¿Qué podía hacer sino creerle? Vi cómo Steerforth le tranquilizaba y halagaba cubriendo de elogios a la joven. Usted fue el primero en pronunciar su nombre. Reconoció haberla admirado en el pasado. Se mostró ardiente y glacial, se sonrojó y palideció, mientras yo le hablaba de ella. ¿Qué podía pensar... qué pensé yo... sino que era usted un joven libertino al que sólo faltaba experiencia, en manos de alguien que sí la tenía y que podía influir en usted (porque así le apetecía) para que no cometiera un error? ¡Ay! Temían que yo descubriera la verdad –exclamó la señorita Mowcher, levantándose de la rejilla y yendo de un lado a otro de la cocina, desesperada, con los bracitos en alto–, pues soy una criatura muy perspicaz... no tengo más remedio, ¡he de sobrevivir!... y los dos me engañaron por completo, y me pidieron que entregara una carta a la pobre e infortunada niña; y estoy convencida de que ése fue el motivo de que ella empezara a hablar con Littimer, que se quedó en Yarmouth únicamente para eso.

La revelación de tanta vileza me dejó estupefacto, y seguí contemplando el ir y venir de la señorita Mowcher hasta que le faltó el aliento; entonces se sentó nuevamente en la rejilla y, enjugándose el rostro con el pañuelo, se limitó a mover la cabeza durante mucho tiempo, sin romper el silencio.

–Mis viajes por provincias, señor Copperfield –añadió, finalmente–, me condujeron hace dos noches a Norwich. Al descubrir por casualidad sus misteriosas idas y venidas sin usted, lo que me pareció extraño, empecé a sospechar que algo no iba bien. Cogí la diligencia de Londres, a su paso por Norwich, y llegué aquí esta mañana. ¡Ay! ¡Demasiado tarde!

La pobre y pequeña Mowcher, toda temblorosa después de tanta angustia y de tantas lágrimas, cambió de postura para calentar sus diminutos pies mojados entre las cenizas y se quedó mirando el fuego, como una enorme muñeca. Yo me senté en una silla al otro lado del hogar, sumido en las más sombrías reflexiones, sin despegar la vista de las llamas, aunque a veces la desviara hacia ella.

–Tengo que marcharme –dijo al fin, poniéndose en pie mientras hablaba–. Es tarde. No desconfiaré de mí, ¿verdad?

Su pregunta fue tan directa que, cuando me tropecé con su mirada, que me pareció más penetrante que nunca, fui incapaz de responderle que no con total franqueza.

—¡Vamos! —exclamó ella, aceptando la ayuda de mi mano para pasar por encima de la rejilla y mirándome suplicante—. Sabe que no desconfiaría de mí si tuviera una estatura normal...

Comprendí que sus palabras encerraban una gran verdad; y me sentí bastante avergonzado de mí mismo.

—Es usted muy joven —afirmó, con una inclinación de cabeza—. Escuche un buen consejo, aunque proceda de una criatura insignificante de tres pies de altura. Procure no confundir los defectos físicos con los defectos morales, mi buen amigo, salvo cuando existan sólidas razones.

La señorita Mowcher había logrado bajar de la rejilla y yo superar mi desconfianza. Le dije que estaba seguro de que me había contado la verdad, y de que sólo habíamos sido dos instrumentos ciegos en unas pérfidas manos. Me dio las gracias y aseguró que yo era un buen muchacho.

—Ahora, ¡escúcheme bien! —exclamó, volviéndose antes de llegar a la puerta, con el dedo en alto y una expresión maliciosa en el rostro—. Tengo motivos para sospechar (voy siempre con los oídos muy abiertos, no puedo desperdiciar ninguna de mis facultades) que han abandonado Inglaterra. Pero si algún día regresan los dos, o tan sólo uno de ellos, estando yo viva, tengo más facilidades que nadie para enterarme, pues voy siempre de un lado para otro. Todo cuanto sepa, lo sabrá usted. Y, si algún día puedo hacer algo por esa pobre muchacha traicionada, lo haré de corazón, ¡con la ayuda del Cielo! En cuanto a Littimer, ¡más le valdría tener un sabueso a sus espaldas que a la pequeña Mowcher!

Cuando vi la expresión de sus ojos, creí firmemente en sus palabras.

—Quiero que tenga la misma confianza en mí (ni más, ni menos) que si mi estatura fuera normal —me rogó la señorita Mowcher, tocándome la muñeca—. Si en alguna ocasión vuelvo a parecerle muy distinta a la mujer de hoy, e igual a la criatura que conoció aquella noche en la posada, fíjese en la gente que me rodea. Recuerde que soy un ser desamparado e indefenso. Imagine mi regreso a casa, después de un largo día de trabajo, junto a un hermano y a una hermana como yo. Quizá entonces no me juzgue con tanta dureza, ni le cause sorpresa verme serio y afligido. ¡Buenas noches!

Estreché la mano de la señorita Mowcher, considerándola una persona muy diferente de lo que había creído hasta entonces, y me dirigí a la puerta para dejarla salir. No me resultó fácil abrir el enorme paraguas y conseguir que ella lo sujetara, pero finalmente lo logré; y vi cómo éste se alejaba calle abajo, bamboleándose bajo la lluvia, sin que pareciera haber nadie debajo, excepto cuando caía un chaparrón más fuerte y lo tumbaba hacia un lado, dejando al descubierto a la señorita Mowcher, que luchaba desesperadamente por enderezarlo. Después de acudir un par de veces en su ayuda, sin demasiado éxito, pues el paraguas se elevaba como un enorme pájaro antes de que yo pudiera alcanzarlo, entré en casa de Peggotty, me metí en la cama y dormí hasta el día siguiente.

El señor Peggotty y mi vieja niñera se reunieron conmigo por la mañana, y nos dirigimos muy temprano a la parada de la diligencia, donde la señora Gummidge y Ham nos esperaban para despedirse.

—Señorito Davy —me dijo Ham en voz baja, llevándome a un lado mientras el señor Peggotty colocaba su saco con el resto del equipaje—, mi tío está destrozado. No sabe adónde va, ni lo que le espera; se embarca en un viaje que, con alguna interrupción, durará lo que le queda de vida, a menos que encuentre lo que busca. Será usted un amigo para él, ¿verdad, señorito Davy?

—Confía en mí, Ham —le respondí, estrechando calurosamente su mano.

—Gracias, muchas gracias, señor. Una cosa más. Tengo un buen empleo, señorito Davy, y no sé en qué gastar lo que gano. Ya no necesito dinero, sólo lo justo para vivir. Si puede usted guardarlo para él, creo que trabajaría de mejor gana. Aunque en ese sentido, señor —señaló con voz suave y firme—, puede estar seguro de que trabajaré siempre como un hombre, y de que me conduciré lo mejor que pueda.

Le dije que estaba convencido de eso; e insinué que tenía la esperanza de que algún día dejara de llevar la vida solitaria a la que ahora se veía condenado.

—No, señor —repuso, moviendo la cabeza—, todo ha terminado para mí. Nadie podrá ocupar el lugar que ha quedado vacío. Pero no se olvidará del dinero, ¿verdad? Siempre ha de tenerlo a su disposición.

Se lo prometí, después de recordarle que el señor Peggotty tenía una renta, aunque modesta, gracias al legado de su difunto cuñado. Entonces nos despedimos. Y no puedo separarme de él, ni siquiera ahora, sin sentir una punzada de dolor ante su sencilla entereza y su profunda aflicción.

En cuanto a la señora Gummidge, si tuviera que intentar describir cómo corría al lado de la diligencia –no teniendo ojos más que para el señor Peggotty, sentado en la parte superior– tratando de contener las lágrimas y tropezando con todos los que iban en dirección contraria, lo cierto es que acometería una empresa muy difícil. Por ese motivo, prefiero dejarla sentada en el escalón de la puerta de una panadería, sin aliento, con el sombrero irreconocible y uno de sus zapatos en medio de la calle, a una distancia considerable.

Cuando llegamos a nuestro destino, lo primero que hicimos fue buscar un alojamiento para Peggotty, donde su hermano pudiera tener una cama. Tuvimos la suerte de encontrar uno, muy limpio y barato, encima de una tienda de ultramarinos y tan sólo a dos manzanas de mi casa. Una vez alquilado, compré un poco de carne fría en un restaurante y llevé a mis compañeros de viaje a tomar el té en casa; dicho proceder, lamento decir, no fue del agrado de la señora Crupp, sino todo lo contrario. Debo añadir, sin embargo, para explicar el malhumor de mi casera, que se sintió muy ofendida al ver que Peggotty, cuando no llevaba ni diez minutos en la casa, se remangaba su ropa de luto y empezaba a desempolvar mi dormitorio. Le pareció que era tomarse demasiadas libertades, y eso era algo que ella jamás consentía.

El señor Peggotty me había comunicado algo en la diligencia que no me había sorprendido demasiado: su intención de visitar a la señora Steerforth, nada más llegar. Como me sentía obligado a ayudarle en esa empresa, y a servir de mediador entre los dos, le escribí una carta aquella misma noche, procurando no herir sus sentimientos de madre. En ella le explicaba, con la mayor serenidad posible, el daño que su hijo había causado al señor Peggotty y mi parte de culpa en la historia. Le decía que era un hombre de origen humilde, pero de carácter sumamente recto y generoso; y que tenía el atrevimiento de esperar que ella no rehusara recibirlo en un momento tan doloroso para él. Le anunciaba que llegaríamos a las dos de la tarde, y fui personalmente a entregar la carta para que saliera en la primera silla de posta de la mañana.

A la hora fijada nos presentamos en la puerta de la casa... aquella casa en la que yo había sido tan feliz unos días antes, y donde había dado rienda suelta a mi confianza juvenil y a mi entusiasmo; a partir de ahora estaría cerrada para mí, y ya no sería más que un desierto y una ruina.

Littimer no apareció. La muchacha de rostro agradable que le había

reemplazado en mi última visita atendió nuestra llamada y nos condujo al salón. La señora Steerforth nos esperaba allí. Cuando nos vio entrar, Rosa Dartle se acercó a ella y se colocó detrás de su asiento.

No tardé en advertir, por la expresión de la señora Steerforth, que su hijo le había contado lo ocurrido. Estaba muy pálida; y la emoción que reflejaba su semblante era mucho más profunda que la que hubiera podido causar mi escrito, ya que el amor que sentía por Steerforth habría debilitado cualquier duda que yo hubiera podido inspirarle. En aquellos momentos la encontré más parecida que nunca a su hijo; y tuve la sensación de que mi compañero pensaba lo mismo.

Estaba sentada en su butaca, muy erguida, tan majestuosa, imperturbable y fría como si nada en el mundo fuera capaz de turbarla. Miró fijamente al señor Peggotty, que también clavó sus ojos en ella. La mirada penetrante de Rosa Dartle nos envolvió a todos. Durante algunos instantes, reinó el silencio.

La señora Steerforth invitó al señor Peggotty a tomar asiento, pero éste respondió en voz baja:

—No me parece natural sentarme en esta casa, señora. Prefiero quedarme en pie.

Siguió otro silencio, que ella rompió con estas palabras:

—Conozco el motivo de su visita y no sabe cuánto lo lamento. ¿Qué desea de mí? ¿Qué quiere usted que haga?

El señor Peggotty, con el sombrero bajo el brazo, buscó la carta de Emily en su pecho, la sacó y, después de desplegarla, se la entregó.

—Le ruego que la lea, señora. Es de mi sobrina.

La señora Steerforth la leyó con la misma expresión digna e impasible, como si su contenido no le conmoviera, y se la devolvió.

—«A menos que él me traiga como esposa suya» —dijo el señor Peggotty, señalando estas palabras con el dedo—. Vengo para saber si él cumplirá su promesa.

—No —contestó ella.

—¿Por qué razón? —preguntó el señor Peggotty.

—Resulta imposible. Sería una deshonra para él. No puede ignorar que su posición está muy por encima de la de su sobrina.

—¡Elévenla entonces hasta ustedes! —exclamó él.

—Es una muchacha ignorante y sin educación.

—Tal vez sí, tal vez no —afirmó el señor Peggotty—. Yo creo que no, señora; pero no soy demasiado buen juez. ¡Enséñenle lo que no sepa!

—Puesto que me obliga a hablar con más claridad, algo que me habría gustado evitar, el humilde origen de su familia sería más que suficiente para que esa unión resultara imposible.

—Escúcheme, señora —respondió él con lentitud y serenidad—. Usted sabe lo que es amar a un hijo. Yo también. No podría querer más a Emily, aunque fuera cien veces hija mía. Usted no sabe lo que es perder a un hijo. Yo sí. ¡Daría todos los tesoros del mundo, si fueran míos, para recuperarla! Pero sálvenla del deshonor y jamás seremos una vergüenza para ella. Ninguno de nosotros, entre los que se crió... ninguno de los que hemos vivido con ella y la hemos adorado durante todos estos años, volverá a contemplar su hermoso rostro. Nos contentaremos con saber que existe; nos contentaremos con pensar en ella, como si estuviera muy lejos, bajo otro sol y otro cielo; nos contentaremos con confiársela a su esposo... y tal vez a sus hijos... y esperaremos el día en que todos seamos iguales ante Dios.



El señor Peggotty y la señora Steerforth

La tosca elocuencia con que se expresó no dejó de surtir efecto. Sin abandonar su aire altivo, la señora Steerforth le respondió con cierta dulzura:

—No justifico nada. No quiero contestar con otras acusaciones. Pero lamento repetir que es imposible. Una boda así perjudicaría irremediablemente la carrera de mi hijo, y arruinaría su porvenir. Ese matrimonio es imposible y nunca se celebrará, no hay nada más cierto que eso. Si existe alguna otra compensación...

—Tengo ante mí un rostro muy parecido —le interrumpió el señor Peggotty, con una mirada firme y cada vez más encendida— al que solía ver en mi hogar, junto a la chimenea, en mi vieja barca... y en todas partes... amistoso y sonriente, mientras planeaba una traición que soy incapaz de recordar sin casi volverme loco. Si este rostro tan parecido no enrojece de vergüenza ante la idea de ofrecerme dinero a cambio de la ruina y el deshonor de mi pequeña, es que es igual de malvado. Aunque es posible que sea peor, al tratarse del de una dama.

La señora Steerforth se transformó en un instante. La ira encendió sus mejillas y exclamó con dureza, aferrándose a los brazos de su butaca:

—¿Y qué compensación puede ofrecerme usted por el abismo que se ha abierto entre mi hijo y yo? ¿Qué significa su amor al lado del mío? ¿Cómo puede compararse su separación con la nuestra?

La señorita Dartle la tocó suavemente e inclinó la cabeza para hablarle en voz baja, pero ella se negó a escucharla.

—No, Rosa, ¡ni una palabra! Quiero que este hombre escuche lo que voy a decirle. Mi hijo, que ha sido el único objeto de mi existencia, a quien he consagrado todos y cada uno de mis pensamientos, a quien no he negado un solo deseo desde la infancia, a quien me he entregado en cuerpo y alma desde que nació... ¡se encapricha de pronto de una despreciable muchacha y se aleja de mí! ¡Paga mi confianza engañándose sistemáticamente, por culpa de esa joven, y me abandona por ella! ¡Antepone ese miserable capricho al amor, respeto y gratitud que debe a su madre... y a todas esas obligaciones que cada día y cada hora de su existencia debieran haber convertido en lazos que nada pudiera romper! ¿Acaso no le parece un daño irreparable?

Rosa Dartle intentó de nuevo tranquilizarla, pero resultó en vano.

—¡Ni una palabra, Rosa! Te lo repito. Si mi hijo es capaz de arriesgarlo todo por el objeto más trivial, también puedo hacerlo yo por un fin más elevado. ¡Que vaya donde desee con los medios que mi amor le ha proporcionado! ¿Acaso cree que podrá convencerme con una larga ausencia? ¡Qué poco conoce a su madre! Que renuncie ahora a su capricho y será bienvenido. De lo contrario, que no regrese jamás a mi lado, ni vivo ni muerto, mientras yo tenga fuerzas para oponerme a ello, a menos que, dejándola a ella para siempre, venga humildemente a pedirme perdón. Estoy en mi derecho. Exijo esa satisfacción. ¡Ése es el abismo que se ha abierto entre nosotros! —exclamó, mirando a su visitante con la misma altanería con la que había empezado—. ¿Acaso no le parece un daño irreparable?

Mientras escuchaba a la madre expresarse así, me parecía oír a su hijo desafiándola. Todo lo que había visto en él de intolerancia y de obstinación, estaba en ella. Todo lo que había aprendido de la energía mal dirigida de Steerforth me ayudaba a comprender el carácter de su madre y a percibir que, en esencia, eran iguales.

Entonces me dijo en voz alta, recobrando su reserva anterior, que era inútil oír o decir nada más y que deseaba poner fin a la entrevista. Se puso en pie con gran dignidad para abandonar la estancia, pero el señor Peggotty se apresuró a señalar que era innecesario.

—No tema que vuelva a molestarla, señora. No tengo nada más que decirle —afirmó, acercándose a la puerta—. He venido aquí sin esperanzas, y sin esperanzas me voy. He hecho lo que consideraba mi deber, pero nunca pensé conseguir nada bueno con mi visita. Esta casa ha sido demasiado funesta para mí y para los míos para esperar algo bueno de ella.

Y, después de estas palabras, abandonamos la habitación, dejando a la señora Steerforth en pie junto a su butaca, la viva imagen de la hermosura y de la nobleza.

Para salir a la calle teníamos que atravesar un vestíbulo empedrado, con paredes y techo de cristal, por donde trepaba una enredadera. Todas sus hojas y sus brotes estaban ya verdes y, como hacía sol, la doble puerta acristalada que daba al jardín se hallaba abierta de par en par. Cuando nos acercamos a ella, Rosa Dartle entró con paso silencioso y se dirigió a mí.

—¡Estará orgulloso de haber traído aquí a este hombre! —exclamó.

Jamás había imaginado que la rabia y el desprecio pudieran oscurecer de ese modo un rostro, ni siquiera el de ella, mientras sus ojos de azabache

centelleaban. La cicatriz del martillo resultó mucho más visible, como siempre que se excitaba. Cuando el temblor que yo había percibido en otras ocasiones apareció, ella levantó la mano y se cubrió con ella los labios.

—¡Qué bien ha elegido usted al hombre que debía proteger y traer aquí! ¡Es usted un amigo leal!

—Señorita Dartle —respondí—, no creo que sea tan injusta como para condenarme.

—¿Por qué ha venido a sembrar la discordia entre esas dos criaturas insensatas? —contestó ella—. ¿Acaso no ve que los dos están locos de obstinación y de orgullo?

—¿Y es obra mía? —pregunté.

—¡Es obra suya! —exclamó—. ¿Por qué ha traído aquí a este individuo?

—Se trata de un hombre profundamente herido, señorita Dartle —repuse—. Es posible que usted no lo sepa.

—Lo único que sé es que James Steerforth —dijo con la mano en el corazón, como si quisiera acallar la tormenta que se había desatado en su interior— tiene un corazón falso y depravado, y es un traidor. Pero ¿qué necesidad tengo de saber algo o de preocuparme por este hombre y su vulgar sobrina?

—Señorita Dartle —respondí—, ¿por qué hace aún más profunda la herida? ¿Acaso no le parece ya suficiente? Me limitaré a decirle, como despedida, que es usted muy injusta con él.

—No es cierto —replicó ella—. Es gente ruin y despreciable. ¡Me gustaría que azotaran a esa muchacha!

El señor Peggotty pasó sin decir una palabra y salió a la calle.

—¡Qué vergüenza, señorita Dartle! ¡Qué vergüenza! —exclamé indignado—. ¿Cómo puede pisotear de ese modo su inmerecido dolor?

—Pisotearía a toda su familia —contestó ella—. Derribaría su casa. Marcaría el rostro de esa muchacha con un hierro candente,^[66] la cubriría de harapos y la arrojaría a la calle para que se muriera de hambre. Si tuviera poder para juzgarla, eso es lo que haría. ¡Y además personalmente! ¡La odio! Si algún día pudiera reprocharle su infamia, sería capaz de ir hasta el fin del mundo para hacerlo. Si pudiera llevarla a la tumba, no lo dudaría. Si hubiese una palabra que pudiera consolarla en su lecho de muerte, y sólo yo la conociera, preferiría morir antes que decírsela.

La simple vehemencia de sus palabras no era sino un débil reflejo, lo sé muy bien, de la pasión que la dominaba y que se manifestaba en todo su cuerpo, a pesar de que, en lugar de gritar, su voz era más baja que de costumbre. Ninguna descripción mía podría hacer justicia al recuerdo que he conservado de aquella mujer poseída por la furia. He visto la ira bajo muchas formas, pero jamás tan desatada.

Cuando alcancé al señor Peggotty, éste bajaba lentamente la colina, con aire pensativo. Me dijo, inmediatamente, que se disponía a «iniciar sus viajes» aquella misma noche, pues ya había cumplido con lo que creía que era su deber en Londres. Quise saber dónde pensaba dirigirse en primer lugar, y lo único que me respondió fue que iba a buscar a su sobrina.

Regresamos a su pequeño alojamiento, encima de la tienda de ultramarinos, y encontré el modo de repetir a Peggotty lo que su hermano me había dicho. Ella me comunicó, a su vez, que él le había comentado lo mismo por la mañana. Desconocía tanto como yo dónde pensaba dirigirse, pero estaba convencida de que tenía algún plan.

No quise dejarlo en aquellas circunstancias, y los tres cenamos juntos un pastel de carne –una de las muchas especialidades de Peggotty– que ese día, lo recuerdo bien, se vio extrañamente perfumado por los efluvios de una mezcla de sabores a té, café, mantequilla, tocino, queso, pan recién salido del horno, leña, velas y salsa de nueces, que subían sin cesar de la tienda. Cuando terminamos, nos sentamos cerca de una hora junto a la ventana, sin hablar demasiado; después el señor Peggotty se levantó, fue a buscar su saco de hule y su sólido bastón, y los dejó encima de la mesa.

Aceptó de manos de su hermana, a cuenta de su herencia, una pequeña suma de dinero en efectivo; apenas lo necesario para vivir un mes, pensé. Prometió avisarme si le ocurría algún percance; y, echándose el saco al hombro, cogió el sombrero y el bastón y nos dijo adiós.

–¡Qué Dios te bendiga, vieja y querida hermana! –exclamó, abrazando a Peggotty–. ¡Y también a usted, señorito Davy! –añadió, estrechando mi mano–. Voy a buscar a Emily a lo largo y ancho del mundo. Si ella volviera a casa durante mi ausencia... aunque eso, por desgracia, es muy poco probable... o si lograra traerla de nuevo conmigo, mi intención es llevármela muy lejos, donde nadie pueda echarle nada en cara. Si me ocurriera alguna desgracia, ¡no olviden que mi último mensaje fue que seguía queriendo igual que siempre a mi adorada niña, y que la perdonaba!

Pronunció estas palabras en tono solemne, con la cabeza al descubierto; luego se puso el sombrero, bajó las escaleras y salió. Nosotros le seguimos hasta la puerta. Era un atardecer cálido y polvoriento; la hora en que, en la avenida donde desembocaba nuestra callejuela –iluminada por el rojo resplandor del crepúsculo–, se interrumpía por algún tiempo el eterno ruido de pisadas. Dobló la esquina de nuestra sombría calle, completamente solo, y desapareció bajo aquella luz incandescente.

Rara vez llegaba esa hora de la tarde, rara vez me despertaba en medio de la noche, rara vez contemplaba la luna o las estrellas, o miraba caer la lluvia, o escuchaba el rumor del viento, sin pensar en aquella figura solitaria, avanzando con dificultad, ¡pobre peregrino!; y recordaba sus palabras: «Voy a buscar a Emily a lo largo y ancho del mundo. Y si me ocurriera alguna desgracia, ¡no olviden que mi último mensaje fue que seguía queriendo igual que siempre a mi adorada niña, y que la perdonaba!».

XXXIII

Soy completamente feliz

Durante todo ese tiempo yo había seguido amando a Dora más que nunca. Pensar en ella me servía de refugio en medio de los contratiempos y del dolor, e incluso mitigaba un poco mi pena por la pérdida de Steerforth. Cuanto más me compadecía de mí mismo o de los demás, con más empeño buscaba consuelo en el recuerdo de Dora. Cuanto mayor era el número de mentiras y de sufrimientos en el mundo, más pura y brillante resplandecía en el cielo la estrella de Dora. No creo que tuviera una idea bien definida de la naturaleza de mi amada, ni de su grado de parentesco con algún ser sobrenatural; pero estoy convencido de que habría rechazado con indignación y desprecio la idea de que pudiera ser simplemente humana, como cualquier otra joven.

Por decirlo de algún modo, estaba impregnado de Dora. No sólo estaba locamente enamorado de ella, sino que todo mi ser estaba embebido de ella. Si me hubieran exprimido, hablando metafóricamente, habrían sacado de mí el amor suficiente para ahogar a cualquiera; y habría seguido quedando dentro de mí suficiente para inundar toda mi existencia.

Cuando regresé a Londres, lo primero que hice fue dar un paseo nocturno hasta Norwood y, como el personaje de una venerable adivinanza de mi niñez, «rondar y rondar la casa sin tocarla jamás», pensando en Dora. Creo que la solución de aquel incomprensible acertijo era la luna. Pero fuera lo que fuera, yo, esclavo lunático de Dora, estuve dando vueltas alrededor de la casa y del jardín durante dos horas, mirando a través de los huecos de la empalizada, apoyando la barbilla –después de unos esfuerzos sobrehumanos– en los clavos oxidados de la parte superior, lanzando besos a las ventanas iluminadas y pidiendo románticamente a la noche, de vez en cuando, que protegiera a mi Dora... no sé muy bien de qué, supongo que de un incendio; aunque tal vez fuese de los ratones, que le daban mucho miedo.

Mi amor me obsesionaba de tal modo, y tenía tanta confianza en Peggotty, que una noche que estaba a mi lado con sus antiguos enseres de costura, pasando revista a mi guardarropa, decidí contarle mi gran secreto, con toda clase de circunloquios. Peggotty se mostró muy interesada, pero no logré que viera las cosas desde mi punto de vista. Era tan poco ecuánime a la hora de juzgarme que no podía comprender el motivo de mis celos y de mi pesimismo.

—La joven debería de estar muy satisfecha de tener semejante admirador — señaló—. En cuanto a su papá, por el amor de Dios, ¿qué pretende ese caballero?

Me di cuenta, sin embargo, de que la toga de procurador y el cuello almidonado del señor Spenlow impresionaban a Peggotty, y hacían que aumentara su respeto por un hombre cada día más etéreo ante mis ojos, y al que yo veía rodeado de un halo luminoso cuando estaba sentado en el tribunal, muy erguido, entre sus expedientes, como un pequeño faro en medio de un mar de papeles. Y recuerdo lo extraño que me parecía pensar, mientras estaba en la sala, que aquellos viejos y aburridos jueces y doctores ni habrían mirado siquiera a Dora de haberla conocido, ni se habría apoderado de ellos un rapto de los sentidos si alguien les hubiera propuesto casarse con ella; y, si Dora hubiera cantado y tocado su maravillosa guitarra hasta hacerme casi perder a mí el juicio, ¡a aquellos tipos parsimoniosos no los habría apartado ni una pulgada de su camino!

Los despreciaba a todos, desde el primero hasta el último. Viejos jardineros congelados en los macizos de flores del corazón, me sentía indignado con ellos. La judicatura no podía ser más insensible, y la abogacía estaba tan desprovista de ternura o de poesía como la barra de una taberna.^[67]

Me ocupé personalmente de los trámites de Peggotty, con no poco orgullo; validé el testamento, negocié los derechos de sucesión, la acompañé al banco y no tardé en solucionarlo todo. Para alejarnos un poco de estas cuestiones legales, fuimos a ver las sudorosas imágenes de cera de Fleet Street^[68] (que probablemente se habrán derretido en los últimos veinte años); visitamos la exposición de la señora Linwood,^[69] que recuerdo como un mausoleo de los bordados, un lugar muy apropiado para hacer examen de conciencia y arrepentirse; recorrimos la Torre de Londres; y subimos a la parte más alta de la catedral de Saint Paul. Tales maravillas proporcionaron a Peggotty toda la alegría posible, dadas las tristes circunstancias; si exceptuamos la catedral de Saint Paul, que, debido al cariño que sentía por el viejo costurero, le pareció

rivalizar con la imagen de su tapa, aunque, en su opinión, algunos detalles de esta última salieran perdiendo al compararla con aquella obra de arte.

Una vez arreglados los asuntos de Peggotty, que en los Commons se consideraban «rutinarios» (además de especialmente fáciles y lucrativos), la llevé una mañana a nuestras oficinas para que abonase los honorarios. El señor Spenlow había salido, según dijo el viejo Tiffey, con un hombre que debía prestar juramento para obtener una licencia de matrimonio; pero como yo sabía que regresaría pronto, pues nos hallábamos muy cerca de los despachos del vicario general y de su segundo, le pedí a Peggotty que esperase.

En los Commons nos parecíamos un poco a los empresarios de pompas fúnebres a la hora de validar un testamento, y solíamos adoptar una expresión más o menos compungida cuando debíamos tratar con clientes de luto. Con un sentimiento parecido de delicadeza, siempre nos mostrábamos alegres y felices con los clientes que iban a casarse. Por ese motivo, preferí insinuarle a Peggotty que encontraría al señor Spenlow muy recuperado de la muerte del señor Barkis; y lo cierto es que, cuando éste entró, parecía el mismísimo novio.

Pero ni Peggotty ni yo tuvimos ojos para él cuando lo vimos llegar en compañía del señor Murdstone. Había cambiado muy poco. Su cabello seguía siendo tan negro y abundante como siempre; y su mirada inspiraba tan poca confianza como en el pasado.

—¡Ah, Copperfield! —dijo el señor Spenlow—. Creo que conoce a este caballero, ¿no?

Le dirigí un saludo muy distante, y Peggotty apenas dio señales de reconocerlo. Al principio, pareció desconcertado al vernos juntos; pero no tardó en tomar una decisión y se acercó a mí.

—Espero que se encuentre bien —exclamó.

—No creo que eso pueda interesarle —respondí—. Pero así es, ya que desea saberlo.

Los dos nos miramos y el señor Murdstone se volvió hacia Peggotty.

—Y usted —prosiguió—. Lamento enterarme de la muerte de su marido.

—No es la primera vez que sufro una pérdida así, señor Murdstone —afirmó Peggotty, temblando de la cabeza a los pies—. Me consuela pensar que esta

vez no hay nadie a quien reprochárselo... nadie que deba responder de ello.

—¡Pues es un gran consuelo! —repuso él—. ¿De modo que ha cumplido usted con su deber?

—No he quitado poco a poco la vida a nadie —manifestó Peggotty—. ¡Gracias a Dios! No, señor Murdstone, no he atemorizado ni inquietado a una dulce criatura hasta llevarla prematuramente a la tumba.

Durante unos instantes, el señor Murdstone fijó en ella una mirada sombría, en la que creí advertir cierto remordimiento; después se volvió hacia mí y exclamó, con los ojos clavados en mis pies y no en mi rostro:

—Es probable que no volvamos a vernos en mucho tiempo... lo que será sin duda una fuente de satisfacción para los dos, pues esta clase de encuentros nunca podrán ser agradables. No espero que usted, que siempre se rebeló contra mi legítima autoridad, ejercida en beneficio suyo y con el fin de reformarle, me agradezca nada. Existe una antipatía mutua...

—Muy antigua, creo, ¿no es así? —le interrumpí.

Él sonrió y me lanzó la mirada más diabólica que podía salir de aquellos ojos sombríos.

—Una antipatía que envenenó su corazón de niño —prosiguió—, y que amargó la vida de su pobre madre. Tiene razón. Espero, sin embargo, que mejore con el tiempo y que llegue a corregirse.

Y así concluyó el diálogo que habíamos sostenido en voz baja en un rincón del antedespacho; y el señor Murdstone entró en la estancia del señor Spenlow, diciendo en voz alta, con su tono más amable:

—En la profesión del señor Spenlow están acostumbrados a las rencillas familiares, y saben lo complicadas y difíciles de resolver que son.

Y, después de este comentario, pagó su licencia; cuando el señor Spenlow se la hubo entregado cuidadosamente doblada, acompañada de un apretón de manos y de sus mejores deseos de felicidad para él y para su dama, el señor Murdstone abandonó los Commons.

Creo que me habría costado mucho más guardar silencio ante sus últimas palabras, si no hubiera tenido que realizar tantos esfuerzos para que Peggotty (furiosa únicamente por mí, la buena mujer) comprendiese que aquél no era un buen lugar para discutir, y que debía callarse. Se hallaba tan indignada, algo inusitado en ella, que me alegré de que se tranquilizara con un cariñoso

abrazo, al que nos empujó el recuerdo en su memoria de nuestros antiguos sufrimientos; e intenté guardar la compostura delante del señor Spenlow y de sus empleados.

El señor Spenlow no parecía conocer el parentesco que existía entre el señor Murdstone y yo, lo cual me complacía, pues no habría podido soportar que él recordara, del mismo modo que yo, la historia de mi pobre madre. El señor Spenlow parecía pensar, si es que alguna vez pensaba algo, que mi tía encabezaba el partido que gobernaba nuestra familia, y que algún otro miembro dirigía la oposición; eso me dio a entender, al menos, mientras esperábamos a que el señor Tiffey calculase los honorarios de Peggotty.

—La señorita Trotwood —señaló— es una mujer de gran firmeza, sin la menor duda, nada inclinada a ceder ante otras posturas. Admiro mucho su carácter, y quisiera felicitarle, Copperfield, por hallarse en el bando bueno. Las diferencias entre parientes son lamentables, pero al mismo tiempo tan corrientes, que lo más importante es elegir el bando bueno.

Supongo que con estas palabras se refería al bando que tenía el dinero.

—Se trata de un matrimonio de conveniencia, ¿no es así?

Le respondí que no sabía nada al respecto.

—¿De veras? —preguntó—. A juzgar por algunas frases que ha dejado escapar el señor Murdstone (lo que es habitual en esa clase de ocasiones) y por algunos comentarios de su hermana, yo diría que se dispone a celebrar una boda muy ventajosa.

—¿Quiere usted decir que ella tiene dinero? —inquirí.

—Sí —contestó el señor Spenlow—. Eso he oído. Y también belleza, según dicen.

—¿Y es muy joven?

—Acaba de cumplir su mayoría de edad —afirmó el señor Spenlow—. Tengo la impresión de que han esperado hasta ese momento para contraer matrimonio.

—¡Que el Señor se apiade de ella! —exclamó Peggotty.

Lo dijo con tanto fervor y de un modo tan inesperado que los tres nos quedamos sin saber qué hacer hasta que llegara Tiffey.

El anciano, no obstante, apareció en seguida y le entregó la factura al

señor Spenlow para que la supervisara. Éste, metiendo la barbilla en el cuello de la camisa mientras la acariciaba suavemente, repasó los distintos apartados con aire de desaprobación –como si Jorkins fuera el único culpable– y se la devolvió a Tiffey con un leve suspiro.

–Sí –afirmó–. Es correcto. Muy correcto. Me habría gustado, Copperfield, cobrarle sólo nuestros gastos; pero ya sabe que el único sinsabor de mi carrera es que no soy libre de tomar una decisión así. Tengo un socio... el señor Jorkins.

Y pronunció estas palabras en tono melancólico, que era lo mejor que podía ofrecernos, ante la imposibilidad de un servicio gratuito; le di las gracias en nombre de Peggotty y pagué a Tiffey en billetes. Peggotty se retiró entonces a su alojamiento, y el señor Spenlow y yo nos dirigimos al Tribunal, donde teníamos que juzgar un caso de divorcio, basado en una pequeña ley muy ingeniosa (abolida en la actualidad, según creo, y en virtud de la cual he visto anular varios matrimonios) y cuyos méritos veremos a continuación. El marido, que se llamaba Thomas Benjamin, había sacado la licencia de matrimonio con el nombre de Thomas, suprimiendo el de Benjamin por si no era tan feliz como esperaba. Al *no* ser tan feliz como esperaba, o haberse cansado un poco de su mujer, el pobre muchacho, se presentaba acompañado de un amigo, después de dos años de matrimonio, para declarar que su nombre era Thomas Benjamin y, por consiguiente, no estaba casado. Lo que el Tribunal confirmó, para su gran satisfacción.

Debo añadir que yo tuve mis dudas acerca de la estricta justicia de esa sentencia y ni siquiera el famoso precio del trigo, que suele explicar cualquier anomalía, logró disiparlas. Pero el señor Spenlow discutió el asunto conmigo.

–Mire el mundo –exclamó–, ¿acaso no existe el bien y el mal en él? Mire el derecho eclesiástico, ¿acaso no existe el bien y el mal en él? Todo forma parte del sistema. Sí, señor. ¡Así son las cosas!

Me faltó valor para decirle al padre de Dora que tal vez pudiéramos mejorar un poco el mundo si nos levantábamos temprano y poníamos todo nuestro empeño en ello; pero sí le confesé que creía que podíamos mejorar los Commons. El señor Spenlow me recomendó encarecidamente que olvidara esa idea, indigna de un caballero como yo; pero añadió que le alegraría saber qué modificaciones haría.

Tomando como ejemplo la zona de los Commons que teníamos más cerca (pues una vez divorciado nuestro hombre, habíamos salido de la sala del

tribunal y nos hallábamos junto a la Oficina de Prerrogativas), le dije que, en mi opinión, la oficina de Prerrogativas era una institución organizada de un modo muy extraño.

—¿En qué sentido? —me preguntó.

Le respondí, con todo el respeto que debía a su experiencia (aunque me temo que mi deferencia era aún mayor por tratarse del padre de Dora), que me parecía bastante absurdo que los archivos de ese tribunal, que guardaban los testamentos originales de todas las personas que habían legado sus bienes en la extensa provincia de Canterbury durante tres siglos, estuvieran en un edificio que no había sido construido con ese propósito y que los registradores habían alquilado con afán de lucro; un lugar inseguro, sin protección contra los incendios, abarrotado de documentos importantes y convertido, desde el tejado hasta el sótano, en un negocio mercenario de los registradores, que cobraban importantes sumas al público y amontonaban los testamentos de cualquier modo y en cualquier lugar, con el único fin de desembarazarse de ellos por poco dinero. Le dije que tal vez era poco razonable que esos registradores, cuyos beneficios ascendían a ocho o nueve mil libras anuales (por no hablar de los beneficios de sus suplentes y de sus secretarios) no fueran obligados a invertir una pequeña parte de ese dinero en encontrar un lugar razonablemente seguro donde almacenar los importantes documentos que gentes de toda clase y condición tenían que entregarles, quisieran o no. Añadí que quizá era un poco injusto que todos los grandes cargos de aquella gran oficina fuesen magníficas sinecuras, mientras que los infortunados escribientes que trabajaban en la sala oscura y fría del piso superior eran los hombres peor pagados y peor considerados de Londres, a pesar de los importantes servicios que prestaban. Y que tal vez resultaba un poco indecoroso que el primer registrador, cuyo deber era ocuparse del público que continuamente acudía, gozara de toda clase de privilegios por ocupar ese puesto (que no le impedía ser clérigo, desempeñar más de un cargo eclesiástico, tener un sitio en la catedral, o lo que quisiera), mientras el público sufría toda clase de incomodidades, y algunas de ellas terriblemente injustas, como todos podíamos ver a primera hora de la tarde, cuando la oficina se llenaba. Y que quizá, para decirlo en pocas palabras, la organización de esa Oficina de Prerrogativas de la diócesis de Canterbury era tan nefasta, perniciosa y absurda que, de no haber estado medio escondida en un rincón del cementerio de Saint Paul que casi nadie conocía, habría tenido que cambiarse por completo mucho tiempo atrás.

El señor Spenlow sonreía a medida que aumentaba mi vehemencia, ciertamente moderada, y después discutió este asunto conmigo, de igual modo que había discutido el anterior.

—¿Y qué es todo eso sino una cuestión de sentimiento? —exclamó—. Si el público cree que sus testamentos están en un lugar seguro y da por sentado que la organización no puede mejorar, ¿quién sale perdiendo con ello? Nadie. ¿Y quién sale ganando? Todos los que se benefician de las sinecuras. Muy bien. No hay duda de que hay más ventajas que inconvenientes. Es posible que no sea un sistema perfecto... nada es perfecto, pero no quiero que cambie. El país ha conocido la gloria bajo la Oficina de Prerrogativas. Si se introdujeran cambios en esta institución, el país perdería su gloria.

El señor Spenlow tenía el convencimiento de que los caballeros debían dejar las cosas como estaban, era una cuestión de principios; y estaba seguro de que la Oficina de Prerrogativas duraría tanto tiempo como nosotros. Me mostré de acuerdo con él, aunque continué lleno de dudas. Pensé que tenía razón, sin embargo; pues no sólo había durado hasta el momento actual, sino que había sobrevivido al ataque de un extenso informe parlamentario elaborado (sin demasiado entusiasmo) dieciocho años antes, donde se describían todas mis objeciones en detalle y se aseguraba que sólo quedaba espacio disponible para almacenar testamentos durante dos años y medio más. No sé lo que habrán hecho con ellos desde entonces; si habrán perdido muchos o los habrán vendido, de vez en cuando, a las mantequerías. Pero me alegro de que el mío no se encuentre allí, y espero que nadie tenga que llevarlo en mucho tiempo.

Si he narrado todos esos detalles en este feliz capítulo es porque guardan estrecha relación con él. El señor Spenlow y yo seguimos conversando tranquilamente, y acabamos hablando de asuntos más generales. Y fue así como el señor Spenlow me comunicó que faltaba una semana para el cumpleaños de Dora, y que se alegraría mucho de que asistiera a la pequeña merienda campestre que celebrarían con ese motivo. Perdí la razón en ese mismo instante, y me convertí en un redomado estúpido al día siguiente, cuando recibí una pequeña tarjeta con un borde de encaje donde se leía: «Por indicación de papá. Para que le sirva de recordatorio»; lo cierto es que pasé el resto de la semana en un estado muy cercano a la imbecilidad.

Creo que cometí todos los disparates posibles mientras preparaba tan feliz acontecimiento. Todavía me sonrojo al recordar la corbata que compré. Mis botas podrían formar parte de cualquier colección de instrumentos de tortura.

La noche anterior, envié por la diligencia de Norwood una bonita cesta que, a mi modo de ver, equivalía casi a una declaración de amor. Estaba llena de dulces, y en sus pequeños envoltorios podían leerse las frases más tiernas que pude conseguir con dinero. A las seis de la mañana estaba en el mercado de Covent Garden, comprando un ramo de flores para Dora; y a las diez, a lomos de un hermoso caballo gris (que había alquilado para la ocasión), trotando en dirección a Norwood, con el ramo dentro del sombrero para que se conservara bien fresco.

Supongo que cuando advertí la presencia de Dora en el jardín, y fingí no verla, y cuando pasé a caballo por delante de la casa, simulando buscarla con mucho interés, cometí dos pequeñas tonterías que posiblemente habría cometido también cualquier otro joven en mis circunstancias... pues hice ambas cosas de forma instintiva. Pero cuando encontré la casa y desmonté delante de la entrada, y arrastré por el césped aquellas botas crueles para saludar a Dora, sentada en un banco bajo un lilo, ¡qué hermosa estaba en aquella radiante mañana, rodeada de mariposas, con su sombrerito blanco y su vestido azul celeste!

Había una joven en su compañía, mucho mayor que ella, pues debía de tener casi veinte años. Su nombre era señorita Mills, y Dora la llamaba Julia. Era la amiga íntima de Dora. ¡Feliz señorita Mills!

Jip estaba allí, y Jip empezó a ladrar de nuevo en cuanto me vio. Cuando le ofrecí mi ramo a Dora, rechinó los dientes, lleno de celos. Y no se equivocaba. Si tenía alguna sospecha de la adoración que yo sentía por su dueña, ¡no se equivocaba!

—¡Muchas gracias, señor Copperfield! ¡Qué flores tan bonitas! —exclamó Dora.

Yo había tenido intención de decirle (y había elegido cuidadosamente las palabras durante las tres últimas millas de mi recorrido) que no me habían parecido tan bellas hasta que no las había visto a su lado. Pero no logré hacerlo. Su presencia me trastornó. Ver cómo acercaba las flores al pequeño hoyuelo de su barbilla fue suficiente para hacerme perder la presencia de ánimo y el habla, y caí en una especie de éxtasis. Todavía me sorprende no haber exclamado: «Si tiene usted corazón, máteme, señorita Mills. ¡Déjeme morir aquí!».

Luego Dora ofreció mi ramo a Jip para que lo oliera, pero éste gruñó y se negó a hacerlo. Dora rompió a reír y se lo acercó un poco más para obligarlo.

Entonces Jip mordió un trozo de geranio y lo destrozó con sus dientes. Dora le pegó, haciendo un mohín, y dijo: «¡Mis pobres y hermosas flores!» con la misma compasión, pensé, que si Jip me hubiera mordido a mí. ¡Ojalá lo hubiera hecho!

—Le alegrará saber, señor Copperfield —manifestó Dora—, que la fastidiosa señorita Murdstone no se encuentra aquí. Ha ido a la boda de su hermano, y estará ausente al menos tres semanas. ¿No es maravilloso?

Le respondí que estaba seguro de que era magnífico para ella, y que todo lo que le agradaba a ella me agradaba a mí. La señorita Mills nos contemplaba sonriendo con aire de benevolencia y de sabiduría.

—Es la mujer más desagradable que he conocido jamás —señaló Dora—. No puedes imaginar lo odiosa y antipática que es, Julia.

—¡Claro que puedo, querida! —contestó su amiga.

—Sí, quizá *tú* seas capaz de hacerlo —repuso Dora, apoyando su mano en la de Julia—. Perdona que no haya hecho una excepción contigo desde el primer momento, querida.

Comprendí, de ese modo, que la señorita Mills había sufrido más de un contratiempo en el curso de su accidentada vida, lo que tal vez explicara el aire de indulgente sabiduría que yo había percibido antes. Descubrí que era así a lo largo del día: la señorita Mills había tenido un amor desgraciado y, tras aquella amarga experiencia, se había retirado del mundo, aunque seguía contemplando con sereno interés las esperanzas y los amores contrariados de la juventud.

El señor Spenlow salió de la casa y Dora fue a su encuentro.

—¡Mira qué flores tan bonitas, papá! —exclamó.

Y la señorita Mills sonrió pensativa, como diciendo: «Efímeras,^[70] gozad de vuestra breve existencia en la mañana luminosa de la vida». Y todos caminamos por el césped hacia el carruaje, casi listo para partir.

Jamás volveré a dar un paseo como aquél. Jamás he dado ninguno que se le pareciera. En el faetón sólo iban ellos tres, su cesto, mi cesto y el estuche de la guitarra; yo les seguía a caballo, y Dora, de espaldas a los nobles brutos, tenía el rostro vuelto hacia mí. Llevaba el ramo a su lado, encima del asiento, y no permitía que Jip se sentase allí por temor a que aplastara las flores. Las cogía con frecuencia y aspiraba su fragancia. En esos momentos, nuestras

miradas a menudo se cruzaban; es verdaderamente asombroso que no saltara al carruaje por encima de mi hermoso caballo gris.

Creo recordar que había polvo... sí, mucho polvo. Tengo la vaga impresión de que el señor Spenlow me invitó a alejarme del faetón; no sé por qué. Lo único que veía era una nube de amor y de belleza alrededor de Dora; nada más. Su padre se puso en pie varias veces para preguntarme qué opinaba del paisaje. Yo le respondí que era precioso, y estoy seguro de que era cierto; pero sólo veía a Dora. Los rayos del sol eran Dora, y los pájaros cantaban su nombre. El viento del sur era Dora, y las flores silvestres de los setos eran Dora, hasta el último capullo. Me consuela pensar que la señorita Mills me comprendía. Era la única capaz de leer mis pensamientos.

No sé cuánto tiempo tardamos en llegar, y todavía hoy ignoro dónde fuimos. Tal vez cerca de Guildford; aunque es posible que algún mago de *Las mil y una noches* nos dejara pasar la jornada en aquel lugar, y después lo hiciera desaparecer para siempre. Era un rincón de gran verdor, en lo alto de una colina, tapizado de suave hierba. Había árboles frondosos, brezo y, hasta donde alcanzaba la vista, un paisaje muy hermoso.

Fue muy doloroso para mí ver que nos esperaban más invitados; y mis celos, incluso de las damas, no tuvieron límite. En cuanto a los miembros de mi sexo, se convirtieron en mis peores enemigos, especialmente un embustero, tres o cuatro años mayor que yo, cuyas patillas pelirrojas le habían vuelto insoportablemente engreído.

Todos abrimos los cestos y empezamos a preparar el almuerzo. Patillas Pelirrojas afirmó que él sabía hacer la ensalada (lo que me pareció una falsedad) y se convirtió en el centro de atención. Algunas de las damas más jóvenes lavaron las lechugas para él, y las cortaron siguiendo sus instrucciones. Dora estaba entre ellas. Tuve la sensación de que el destino me había enfrentado a aquel hombre, y supe que uno de los dos tenía que caer.

Patillas Pelirrojas terminó su ensalada (no entiendo cómo pudieron comerla los demás. Nada podría haberme inducido a probarla) y decidió encargarse de la bodega, que instaló en el tronco hueco de un árbol, pues era una alimaña ingeniosa. No tardé en verle de nuevo, con una langosta casi entera en su plato, comiendo a los pies de Dora.

Sólo conservo un recuerdo muy vago de lo que sucedió durante los instantes que siguieron a aquel funesto descubrimiento. Yo estaba muy alegre, lo sé; pero se trataba de una falsa alegría. Me acerqué a una jovencita vestida

de rosa, de ojos pequeños, y coqueteé desesperadamente con ella. Recibió mis atenciones con agrado; pero no sabría decir si fue por mí, o porque tenía la mirada puesta en Patillas Pelirrojas. Brindamos por Dora. Fingí interrumpir mi conversación sólo para beber a su salud, y la reanudé inmediatamente después. Mis ojos se tropezaron con los de Dora al saludarla con una inclinación, y pareció dirigirme una mirada suplicante. Pero me llegó por encima de la cabeza de Patillas Pelirrojas, y me quedé impasible.

La jovencita vestida de rosa tenía una madre vestida de verde; y creo que esta última nos separó por razones de alta política. No obstante, todo el grupo se deshizo cuando empezaron a retirar los restos de la comida; y yo me dirigí solo hacia los árboles, lleno de rabia y de remordimientos. Estaba dudando si fingir que no me encontraba bien y marcharme... no sé dónde... a lomos de mi hermoso caballo gris, cuando me encontré con Dora y con la señorita Mills.

—Señor Copperfield —exclamó la señorita Mills—, parece usted triste.

Le dije que me disculpara, pero que no era cierto en absoluto.

—Y tú también, Dora —prosiguió.

—¡Oh, no! Nada eso.

—Señor Copperfield y Dora —continuó ella, con un aire casi venerable—. Ya es suficiente. No permitan que un insignificante malentendido marchite las flores de la primavera, que, una vez que nacen y se agostan, no vuelven a salir. Hablo así —añadió la señorita Mills— por experiencia... la experiencia de un pasado lejano e irrevocable. Un simple capricho no puede detener los manantiales que brotan alegres a la luz del sol; no se puede destruir inútilmente un oasis en medio del Sáhara.

Apenas era consciente de mis actos, parecía arder de la cabeza a los pies; pero cogí la mano diminuta de Dora y la besé... ¡y ella me dejó! Besé la mano de la señorita Mills; y tuve la sensación de que los tres subíamos directamente al séptimo cielo.

Y no volvimos a bajar de nuevo. Nos quedamos allí toda la tarde. Al principio vagamos entre los árboles, con el brazo de Dora tímidamente apoyado en el mío. Y bien sabe Dios que, aunque no era más que una locura, habría sido un feliz destino para los dos convertirnos en criaturas inmortales con aquellos exaltados sentimientos, y haber seguido deambulando para siempre entre los árboles.

Sin embargo, mucho antes de lo que hubiéramos deseado, oímos las risas y las voces de los demás, buscando a Dora. Volvimos con ellos y le pidieron a Dora que cantase. Patillas Pelirrojas quiso ir a buscar el estuche de la guitarra al carruaje, pero Dora le dijo que sólo yo sabía dónde estaba. Patillas Pelirrojas quedó así, en un instante, derrotado; y yo traje el estuche, lo abrí, saqué la guitarra, me senté a su lado y guardé su pañuelo y sus guantes. Bebí una a una las notas que salían de su adorable garganta, y ella cantó para *mí*, que la amaba; el resto de los invitados podían aplaudir cuanto quisieran, ¡aquello no tenía nada que ver con ellos!

Estaba ebrio de felicidad. Me parecía demasiado hermoso para ser real; temía despertar de un momento a otro en Buckingham Street, oyendo el ruido que hacía la señora Crupp con las tazas mientras preparaba el desayuno. Pero Dora cantaba, otros cantaban, la señorita Mills cantaba... sobre los ecos dormidos en las cavernas del recuerdo, como si tuviera cien años; y empezó a oscurecer, e hicimos el té en una pequeña fogata como los gitanos; y yo seguía siendo muy dichoso.

Mi felicidad fue mayor que nunca cuando los invitados se despidieron, y el derrotado Patillas Pelirrojas y todos los demás se marcharon, cada uno por su lado, y nosotros emprendimos nuestro regreso en medio de la paz del crepúsculo y del dulce perfume de las flores. El señor Spenlow iba un poco amodorrado por el champaña (¡Bendita la tierra donde creció la uva! ¡Bendita la uva de la que salió el vino! ¡Bendito el sol que la hizo madurar! ¡Bendito el comerciante que la adulteró!) y, como se quedó profundamente dormido en una esquina del carruaje, cabalgué al lado del faetón hablando con Dora. Ella admiraba mi caballo y lo acariciaba, ¡qué pequeña resultaba su adorable mano sobre el lomo de un corcel! Y se le caía el chal, y yo se lo colocaba alrededor de los hombros; incluso llegué a pensar que Jip empezaba a darse cuenta de la situación y a comprender que no tenía más remedio que hacerse amigo mío.

En cuanto a la sagaz señorita Mills, esa amable —aunque desengañada— reclusa, esa pequeña patriarca de algo menos de veinte años, que no quería saber nada del mundo, ni estaba dispuesta a dejar que se despertaran los ecos dormidos en las cavernas del recuerdo, ¡qué bondadosa fue!

—Señor Copperfield —dijo la señorita Mills—, ¿puede venir un momento a este lado? Si tiene un momento... Me gustaría hablar con usted.

Y heme aquí, a lomos de mi hermoso caballo gris, inclinándome hacia la señorita Mills con la mano en la portezuela.

—Dora va a pasar unos días en mi casa. Nos iremos juntas pasado mañana. Si desea hacernos una visita, estoy convencida de que papá se alegrará de recibirlo.

¿Qué podía hacer sino implorar silenciosamente toda clase de bendiciones sobre la cabeza de la señorita Mills y guardar su dirección en el rincón más seguro de mi memoria? ¿Qué podía hacer sino decirle a la señorita Mills con expresión agradecida y palabras de entusiasmo cuánto apreciaba sus buenos oficios y cuán valiosa era para mí su amistad?

Entonces la señorita Mills, magnánima, me pidió que volviese con Dora y yo la obedecí. Mi amada sacó la cabeza fuera del carruaje para hablar conmigo, y charlamos durante todo el trayecto; y acerqué mi hermoso caballo gris tanto a la rueda que se raspó la pata delantera y «se le levantó la piel», según su dueño, «por valor de tres libras y siete chelines», que me apresuré a pagar, convencido de que tanta felicidad me había salido muy barata. Mientras tanto, la señorita Mills contemplaba la luna, recitando versos y recordando, supongo, aquellos lejanos días en que la tierra y ella tenían algo en común.

Norwood estaba demasiado cerca, y llegamos mucho antes de lo que yo hubiera deseado; pero el señor Spenlow se despertó cuando estábamos muy cerca y me invitó a entrar y descansar un poco. Acepté, y nos sirvieron unos emparedados y agua con vino. En aquella sala iluminada, Dora estaba tan encantadora, con las mejillas encendidas, que, incapaz de moverme de allí, me quedé contemplándola como en un sueño hasta que los ronquidos del señor Spenlow me ayudaron a comprender que tenía que marcharme. Así, pues, nos despedimos. Y yo cabalgué hasta Londres sintiendo aún la mano de Dora sobre la mía y rememorando una y mil veces cada incidente y cada palabra; y finalmente me acosté, tan hechizado como el más necio de los jóvenes a quien el amor haya hecho perder la cabeza.

Cuando me desperté al día siguiente, estaba decidido a declarar mi pasión a Dora y conocer mi destino. Se trataba de mi felicidad o de mi desdicha. Era el único dilema que existía en el mundo, y Dora era la única que podía solventarlo. Pasé tres días regodeándome en mi sufrimiento, mientras me torturaba buscando toda clase de interpretaciones pesimistas a cuanto había ocurrido entre ella y yo. Por fin, engalanado para la ocasión sin escatimar gastos, me dirigí a casa de la señorita Mills con mi declaración.

Poco importa ahora cuántas veces fui de un lado a otro de la calle y

cuántas veces di la vuelta a la plaza (dolorosamente consciente de que yo era una respuesta mucho más acertada al viejo acertijo que «la luna») antes de decidirme a subir los escalones y llamar. E incluso después de hacerlo, mientras esperaba que me abrieran, se me pasó por la cabeza la idea de preguntar si vivía allí el señor Blackboy (imitando al pobre Barkis), pedir disculpas y marcharme. Pero no me moví.

El señor Mills no estaba en casa, aunque tampoco esperaba encontrarlo allí. Nadie lo necesitaba para nada. La señorita Mills sí estaba en casa. Me contentaría con ver a la señorita Mills.

Fui conducido a una sala en el piso superior, donde se hallaban la señorita Mills y Dora. Jip se encontraba con ellas. La señorita Mills estaba copiando una partitura (recuerdo que era una nueva canción llamada *Himno fúnebre al amor*) y Dora estaba pintando unas flores. ¡Cuál no sería mi emoción cuando reconocí mis propias flores! ¡El ramo que le había comprado en el mercado de Covent Garden! No puedo asegurar que fueran iguales, o que se parecieran demasiado a ninguna de las flores que yo había tenido ocasión de contemplar, pero me di cuenta por el papel que las envolvía, que había sido minuciosamente copiado.

La señorita Mills se alegró mucho de verme y lamentó que su padre no estuviera en casa; pensé que todos lo llevábamos con resignación. La señorita Mills nos dio conversación durante unos minutos y después, dejando la pluma sobre el *Himno fúnebre al amor*, se puso en pie y salió de la estancia.

Empecé a pensar que dejaría mi declaración para el día siguiente.

—Espero que su pobre caballo no estuviera cansado cuando llegó a casa la otra noche —dijo Dora, levantando sus hermosos ojos—. Fue un largo recorrido para él.

Empecé a pensar que me declararía hoy.

—Fue un largo recorrido para él —contesté—, porque él no tenía nada que lo sustentara en su viaje.

—Pobrecillo, ¿acaso no le dieron nada de comer? —preguntó Dora.

Empecé a pensar que dejaría mi declaración para el día siguiente.

—Sí... sí —repuse—, lo cuidaron muy bien. Lo que quiero decir es que él no experimentaba la felicidad indescriptible que yo sentía por estar junto a usted.

Dora inclinó la cabeza sobre su dibujo y, tras unos instantes de silencio —

durante los cuales me quedé sentado con las piernas rígidas, ardiendo de fiebre—, exclamó:

—Hubo un momento del día en el que usted tampoco parecía apreciar esa felicidad.

Comprendí que era demasiado tarde para retroceder, y que había llegado el momento de declararme.

—Usted no parecía apreciar en absoluto esa felicidad —prosiguió Dora, enarcando las cejas y moviendo la cabeza—, cuando estaba sentado con la señorita Kitt.

Debo aclarar que Kitt era el nombre de la jovencita vestida de rosa, con los ojos pequeños.

—Aunque no veo por qué iba a importarle estar a mi lado —continuó Dora—, o por qué iba a llamar a eso felicidad. Pero, naturalmente, no habla en serio. Estoy segura de que nadie pone en duda que es usted muy libre de hacer lo que desee. ¡Jip, tunante, ven aquí!

No sé cómo lo hice. Todo ocurrió en un instante. Cerré el paso a Jip. Cogí a Dora en mis brazos. Estaba lleno de elocuencia. De mi boca fluían las palabras. Le dije cuánto la amaba. Le dije que moriría sin ella. Le dije que la idolatraba y la adoraba. Y durante todo ese tiempo, Jip ladraba como un loco.

Cuando Dora, toda temblorosa, inclinó su cabeza y rompió a llorar, mi elocuencia aumentó. Si ella quería que muriese por ella, no tenía más que comunicármelo, yo estaba dispuesto. La vida sin su amor carecía de sentido. No podría soportarla, ni estaba dispuesto a hacerlo. La había amado cada minuto, cada día, cada noche, desde que la conocía. La amaba en ese instante con locura. La amaría siempre, cada minuto de mi vida, con locura. Otros hombres habían amado antes que yo, y otros lo harían después, pero ninguno había amado nunca, ni podría, ni sabría, ni querría, ni debería amar jamás como yo la amaba a ella. Cuanto más desvariaba yo, más ladraba Jip. Los dos, cada uno a nuestra manera, parecíamos enloquecer por momentos.

Pues bien, al poco rato Dora y yo estábamos sentados en el sofá, bastante serenos, y Jip en el regazo de su dueña, mirándome pacíficamente entre pestaños. Le había abierto mi corazón. Mi arrobamiento no podía ser mayor. Dora y yo estábamos prometidos.

Supongo que teníamos una vaga idea de que aquello terminaría en matrimonio. Pienso que sí, pues Dora señaló que nunca podríamos casarnos

sin el consentimiento de su padre. Sin embargo, en nuestro éxtasis juvenil, no creo que miráramos hacia delante o hacia atrás; ni que tuviéramos ninguna aspiración más allá del oscuro presente.^[71] Acordamos no decir nada de nuestro noviazgo al señor Spenlow; pero estoy seguro de que jamás se me pasó por la imaginación que hubiera algo deshonesto en ello.

Dora fue a buscar a la señorita Mills, que apareció más pensativa que nunca; sospecho que lo que acababa de ocurrir despertaba fácilmente los ecos dormidos en las cavernas de la memoria. Pero ella nos dio su bendición, prometiéndonos eterna amistad, y nos habló, en general, como lo hubiera hecho una voz procedente del claustro.

¡Qué días tan inocentes! ¡Qué días tan insustanciales, locos y felices!

Cuando medí el dedo de Dora para encargarle un anillo de nomeolvides, y el joyero a quien llevé las medidas, adivinando mi intención, tomó nota del pedido riendo y puso el precio que quiso al hermoso juguete de piedras azules... tan ligado en mi memoria a la mano de Dora que, cuando ayer descubrí por azar uno igual en el dedo de mi hija, sentí por un instante algo muy parecido al sufrimiento.

Cuando paseaba por las calles, orgulloso de mi secreto y satisfecho de mí mismo, convencido hasta tal punto de que era un honor amar a Dora y ser amado por ella que, aunque hubiera caminado por las nubes, no habría podido sentirme más por encima de los demás hombres ¡que parecían arrastrarse por el suelo!

Cuando nos citábamos en el jardín de la plaza, y nos sentábamos en el sombrío cenador, tan felices que todavía hoy, sólo por ese motivo, amo los gorriones de Londres y veo el color de los trópicos en sus plumas cenicientas.

Cuando tuvimos nuestra primera gran discusión (una semana después de iniciar nuestro noviazgo) y Dora me devolvió el anillo en el interior de un pequeño pliego de papel, donde había escrito unas palabras terribles y desesperadas: «¡Nuestro amor empezó como una alegre locura y termina como un furioso arrebato!», yo me mesaba los cabellos y creía que todo había terminado.

Cuando, al amparo de la oscuridad, corrí a ver a la señorita Mills –con la que hablé a escondidas en la antecocina, donde había una calandria para planchar la ropa blanca–, a fin de suplicarle que mediara entre nosotros y nos salvara de la locura; y la señorita Mills aceptó ayudarnos y regresó con Dora, exhortándonos, desde el púlpito de su amarga juventud, a que hiciéramos

algunas concesiones y ¡evitásemos el desierto del Sáhara!

Cuando los dos, llorando, nos reconciliamos y volvimos a sentirnos tan dichosos que la antecocina, con calandria y todo, se convirtió en el Templo del Amor, donde organizamos un plan de correspondencia en el que la señorita Mills sería nuestra intermediaria, y cada uno escribiría ¡al menos una carta al día!

¡Que días tan inocentes! ¡Qué días tan insustanciales, locos y felices! De todos los momentos de mi vida que el Tiempo tiene ya en sus garras, no existe ninguno que me empuje a sonreír tanto ni que me inspire tanta ternura.

XXXIV

Mi tía me sorprende

Escribí a Agnes cuando Dora y yo nos hicimos novios. Le envié una carta muy larga, en la que le explicaba lo feliz que me sentía y lo adorable que era Dora. Le pedía que no considerase esta historia una pasión superficial que pronto dejaría paso a otra, ni uno de esos caprichos infantiles sobre los que tanto habíamos bromeado. Le aseguraba que la profundidad de mi amor era insondable, y le expresaba mi convencimiento de que jamás había existido otro igual.

No sé por qué, pero mientras escribía a Agnes aquella hermosa mañana junto a mi ventana abierta, el recuerdo de su mirada clara y serena y de su dulce rostro acudió a mi pensamiento, y pareció derramar tanta paz sobre la agitación y las prisas en que vivía desde hacía algún tiempo –y que, en cierto modo, formaban parte de mi felicidad– que las lágrimas asomaron a mis ojos. Recuerdo que apoyé la cabeza en mis manos con la carta a medio escribir, imaginando que Agnes era uno de los elementos de mi hogar espiritual. Como si en el retiro de aquella casa que la presencia de Agnes convertía en sagrada para mí, Dora y yo fuéramos a ser más felices que en ninguna otra parte. Como si en el amor, la alegría, la tristeza, la esperanza, el desencanto o cualquier otra emoción, mi corazón se volviera de forma natural hacia ella, y encontrase en Agnes su refugio y su mejor amiga.

De Steerforth, no le dije nada. Sólo le comuniqué que en Yarmouth estaban destrozados por la huida de Emily; y que el golpe había sido doblemente duro para mí debido a las circunstancias que lo habían acompañado. Sabía lo perspicaz que era siempre para adivinar la verdad, y que nunca sería la primera en pronunciar el nombre de mi viejo compañero.

Recibí una respuesta a mi carta a vuelta de correo. Al leerla, tuve la sensación de que Agnes hablaba conmigo. Su dulce voz resonaba en mis

oídos. ¿Qué más puedo decir?

Durante mis ausencias, Traddles había venido a verme en dos o tres ocasiones. Al encontrar a Peggotty en casa y enterarse de que era mi vieja niñera (pues ésta se apresuraba a contárselo a todo aquel que estuviera dispuesto a escucharla), Traddles la había saludado con simpatía y se había quedado a charlar un rato con ella de mí. Ésa fue la versión de Peggotty, aunque me temo que ella había sido la única en conversar, y de forma inmoderada, pues, ¡que el Señor la bendiga!, no había quien la detuviera cuando empezaba a hablar de mí.

Esto me recuerda que no sólo esperaba a Traddles una tarde en que éste me había anunciado su visita, sino que la señora Crupp había renunciado a todas sus funciones (excepto al salario) hasta que Peggotty dejara de venir. La señora Crupp, después de tocar varias veces el tema en el descansillo, a voz en grito –con un familiar invisible, pues físicamente hablando se encontraba sola– me dirigió una carta donde exponía su parecer. Empezaba con esa afirmación universal que aplicaba a cualquier circunstancia de su vida: que ella también era madre. Luego pasaba a informarme de que había conocido tiempos mejores, pero que siempre había detestado a los espías, a los intrusos y a los chismosos. No nombraba a nadie, decía en su carta; que cada cual asumiera sus responsabilidades. Con todo, a los que más despreciaba era a los que vestían ropa de viuda (subrayaba estas palabras). Si un caballero era víctima de los espías, intrusos y chismosos (seguía sin mencionar a nadie), allá él. Estaba en su derecho. Lo único que ella, la señora Crupp, pedía era que no la «pusieran en contacto» con semejantes personas. Por ese motivo, me rogaba que la eximiera de cualquier servicio en el piso superior hasta que las cosas volvieran a la normalidad, lo que era muy deseable; y añadía que su pequeño cuaderno estaría todos los sábados por la mañana en la mesa del desayuno, y que confiaba en que yo saldase inmediatamente mis deudas, con la noble intención de evitar molestias e «incomodidades» a ambas partes.

Después de esto, la señora Crupp se contentó con poner toda clase de obstáculos en la escalera, especialmente vasijas con agua, a fin de que Peggotty se rompiera una pierna. Era un verdadero tormento vivir en aquel estado de sitio, pero tenía demasiado miedo de la señora Crupp para encontrar una solución.

–Mi querido Copperfield –exclamó Traddles, presentándose puntualmente en mi puerta, a pesar de los escollos que había tenido que sortear–, ¿cómo estás?

—Mi querido Traddles —dije—, ¡estoy encantado de verte, por fin! Lamento no haber estado en casa cuando viniste, pero he tenido que ocuparme de tantas cosas...

—Sí, sí, lo sé —respondió él—. Es natural. La tuya vive en Londres, ¿no es así?

—¿Qué quieres decir?

—Tengo entendido que ella... te ruego que me disculpes, la señorita D. —señaló Traddles con gran delicadeza, al tiempo que se sonrojaba— vive en Londres.

—¡Oh, sí! En las cercanías.

—Quizá recuerdes que la mía vive en Devonshire —añadió Traddles—, con sus nueve hermanas. Así que, en ese sentido, no estoy tan ocupado como tú.

—Me gustaría saber cómo puedes soportar verla tan poco —repliqué.

—¡Ah! —dijo pensativo—. Sí, parece asombroso... Supongo, Copperfield, que no me queda otro remedio.

—Supongo —repetí con una sonrisa, ruborizándome un poco—. Pero también gracias a tu constancia y a tu paciencia, Traddles.

—¡Válgame Dios! —exclamó él, recapacitando—. ¿Es así como me ves, Copperfield? No sabía que tuviera esas cualidades. Aunque es una joven tan extraordinaria que tal vez me haya contagiado algo de esas virtudes. Ahora que lo dices, Copperfield, no debería extrañarme en absoluto. Te puedo asegurar que jamás piensa en ella; vive dedicada a los demás.

—¿Es la hija mayor? —inquirí.

—¡Oh, no! —respondió Traddles—. La mayor es una belleza.

Imagino que se dio cuenta de que no podía evitar sonreír ante la ingenuidad de su respuesta.

—No es que mi Sophy... ¿verdad que es un bonito nombre, Copperfield? —continuó con expresión risueña e inocente.

—¡Muy bonito! —contesté.

—No es que mi Sophy no sea hermosa a mis ojos; en mi opinión, sería una de las muchachas más adorables del mundo a los ojos de cualquiera. Cuando afirmo que la mayor es una belleza, lo que quiero decir es que ella —al llegar

aquí pareció dibujar nubes a su alrededor con ambas manos— es realmente espléndida —concluyó Traddles con energía.

—¿De veras?

—Su belleza es excepcional, te lo aseguro —prosiguió mi amigo—. Por eso, al haber sido educada para la vida mundana y para ser admirada, y no poder disfrutar de esas cosas debido a la escasa fortuna de la familia, a veces se vuelve un poco irritable y exigente. ¡Pero Sophy le devuelve su buen humor!

—¿Sophy es la más pequeña? —osé preguntar.

—¡Oh, no! —repuso Traddles, acariciándose la barbilla—. Las dos menores sólo tienen nueve y diez años. Sophy se encarga de su educación.

—¿Entonces es la segunda?

—No —replicó él—, la segunda es Sarah. La pobre tiene algún problema en la columna vertebral. La enfermedad remitirá poco a poco, según los médicos, pero mientras tanto debe guardar cama durante nueve meses. Sophy es quien la cuida. Sophy es la cuarta.

—¿Vive la madre? —quise saber.

—¡Oh, sí! —respondió Traddles—. Es una mujer verdaderamente admirable, pero le sienta muy mal la humedad y... lo cierto es que es una inválida.

—¡Vaya por Dios! —exclamé.

—Es muy triste, ¿verdad? —señaló Traddles—. Pero, desde el punto de vista meramente doméstico, es menos grave de lo que parece, pues Sophy la reemplaza. Se muestra tan maternal con su madre como con sus nueve hermanas.

Sentí la mayor admiración por las virtudes de aquella joven; y deseando sinceramente impedir que abusaran del buen corazón de Traddles, en detrimento de su futuro en común, le pregunté cómo se encontraba el señor Micawber.

—Muy bien, Copperfield, gracias —contestó mi amigo—. Pero ya no vivo en su casa.

—¿No?



Mi tía me sorprende

—No. A decir verdad —dijo Traddles en voz baja—, ha cambiado su apellido por el de Mortimer a causa de sus dificultades económicas, sin duda pasajeras; y sólo sale por las noches... y además con lentes. Llegó una orden de embargo por el alquiler. La señora Micawber estaba tan desesperada que no pude negarme a firmar el segundo pagaré del que hablamos. No sabes lo dichoso que me sentí, Copperfield, al ver que el asunto quedaba zanjado y que la señora Micawber recobraba su tranquilidad.

—¡Vaya! —exclamé.

—Y no es que su felicidad durara mucho —prosiguió Traddles—, pues, desgraciadamente, no había transcurrido ni una semana y llegó una segunda orden de embargo. Entonces nos vimos obligados a separarnos. Me he alojado desde entonces en una habitación amueblada, y los Mortimer llevan una vida muy retirada. Espero no parecer egoísta, Copperfield, si te digo que el agente judicial se llevó también mi mesita redonda con la encimera de mármol, y la maceta de Sophy con su soporte.

—¡Qué lástima! —respondí indignado.

—Fue... realmente duro —señaló Traddles, con el gesto de dolor con que acompañaba siempre esta frase—. Y no pretendo culpar a nadie; si me quejo es

por un motivo. El caso, Copperfield, es que no pude volver a comprar mis cosas en el momento del embargo; en primer lugar, porque el agente judicial se dio cuenta de mi interés y pidió por ellas un precio desorbitado, y en segundo lugar, porque no tenía dinero. Pero, desde entonces, vigilo estrechamente el almacén donde las han guardado –prosiguió mi amigo, orgulloso de su secreto–, al final de Tottenham Court Road, y hoy, por fin, he visto que salían a la venta. Me he contentado con mirarlas desde el otro lado de la calle, pues si el agente judicial advirtiese mi presencia ¡pediría cualquier precio! Como ahora tengo dinero, he pensado que quizá no te importe pedirle a tu querida niñera que me acompañe a la tienda. Se la enseñaré desde la esquina más cercana... para que las compre lo más barato posible, como si fuesen para ella.

Uno de los recuerdos más vivos que tengo es la alegría con que Traddles me propuso aquel plan, convencido de que su astucia era extraordinaria.

Le aseguré que mi vieja niñera estaría encantada de ayudarle y que los tres entraríamos en campaña, aunque con una condición: tenía que prometerme solemnemente que no volvería a concederle ningún préstamo al señor Micawber.

–Mi querido Copperfield –dijo Traddles–, es algo que ya he decidido, pues he empezado a darme cuenta de que no sólo he sido imprudente, sino también verdaderamente injusto con Sophy. Puesto que me lo he prometido a mí mismo, no hay nada más que temer; pero te doy mi palabra, Copperfield, de que no volveré a hacerlo. He saldado ya la primera de esas funestas deudas. No me cabe la menor duda de que el señor Micawber lo habría hecho si hubiera podido, pero no pudo. Debería contarte algo que me ha gustado mucho del señor Micawber. Se refiere al segundo pagaré, que todavía no ha vencido. No me ha dicho que tenga ya el dinero, pero sí que lo tendrá. ¡Creo que es una muestra de su honradez y de su franqueza!

Preferí no echar un jarro de agua fría sobre la confianza de mi buen amigo, de modo que asentí. Después de conversar un rato más, nos dirigimos a la tienda de ultramarinos para reclutar a Peggotty. Traddles no quiso pasar la velada conmigo, porque temía que alguien comprara sus propiedades antes de que él pudiera rescatarlas y porque era el día que había elegido para escribir a la muchacha más adorable del mundo.

Jamás olvidaré cómo miraba desde la esquina de la calle hacia Tottenham Court Road, mientras Peggotty regateaba el precio de aquellos valiosos

objetos, ni su agitación cuando la vio regresar lentamente hacia nosotros; el vendedor había rechazado su oferta, pero la llamó de nuevo y ella volvió sobre sus pasos. El resultado de la negociación fue que Peggotty compró sus propiedades a bastante buen precio, y Traddles estaba extasiado.

—No saben cuánto se lo agradezco —exclamó mi amigo, al enterarse de que le enviarían todo a su domicilio aquella misma tarde—. Si les pido otro favor, espero que no lo consideren absurdo, ¿eh, Copperfield?

—Seguro que no —dije de antemano.

—Pues bien, si tuviera usted la bondad —prosiguió Traddles dirigiéndose a Peggotty— de coger ahora mismo la maceta, creo que me encantaría llevármela a casa... ¿es de Sophy, Copperfield!

Peggotty fue a buscarla muy contenta y él le dio calurosamente las gracias. No tardamos en verlo subir por Tottenham Court Road, abrazado tiernamente a la maceta, con el rostro más satisfecho que he contemplado jamás.

Nosotros regresamos a mi apartamento. Nunca había conocido a nadie que se sintiera tan fascinado por las tiendas como Peggotty, así que caminé muy despacio, observando divertido cómo miraba los escaparates y deteniéndome siempre que ella lo deseaba. Tardamos, por ese motivo, un buen rato en llegar al Adelphi.

Al subir las escaleras, llamé su atención sobre la súbita desaparición de los obstáculos de la señora Crupp, y las huellas muy recientes de pisadas. Cuando llegamos arriba, nos sorprendió mucho encontrar abierta la puerta de mi casa (que yo había dejado cerrada) y oír voces en su interior.

Nos miramos desconcertados y entramos en la sala. ¡Cuál no sería mi asombro al encontrar allí a mi tía y al señor Dick! Mi tía estaba sentada encima de un montón de baúles, con sus dos jaulas de pájaros delante y su gato encima de las rodillas, como un Robinson Crusoe femenino, bebiendo una taza de té. El señor Dick se apoyaba pensativo en una gran cometa, muy parecida a la que los dos habíamos volado juntos tantas veces, con una montaña de equipaje a su alrededor.

—¡Querida tía! —exclamé—. ¡Qué inesperado placer!

Los dos nos abrazamos con cariño; y el señor Dick y yo nos estrechamos calurosamente la mano. La señora Crupp, que no podía mostrarse demasiado obsequiosa porque estaba muy atareada con el té, añadió con gran cordialidad

que había sabido que al señor Copperfull le brincaría el corazón dentro del pecho en cuanto viera a sus queridos familiares.

—¡Buenas tardes! —dijo mi tía a Peggotty, que parecía asustada ante su temible presencia—. ¿Cómo se encuentra?

—¿Te acuerdas de mi tía, Peggotty? —le pregunté.

—Por el amor de Dios, Trot —protestó mi tía—, ¡no la llames por ese nombre de isla de los Mares del Sur! Si contrajo matrimonio y se libró de él, que es lo mejor que pudo hacer, ¿por qué no le permites disfrutar de ese cambio? ¿Cuál es su apellido ahora, P...? —inquirió, sin más concesiones a aquel nombre que tanto le desagradaba.

—Barkis, señora —respondió Peggotty, con una reverencia.

—¡Mucho mejor! Suena más civilizado —afirmó mi tía—; ya no parece necesitar tanto un misionero. ¿Cómo está, Barkis? Espero que bien.

Animada por estas amables palabras y por la mano que le tendía mi tía, Barkis se acercó a ella y le dio las gracias con una nueva reverencia.

—Veo que las dos hemos envejecido —señaló mi tía—. Como recordará, nos vimos en una ocasión. ¡Y de qué poco nos sirvió! Trot, querido, dame otra taza de té.

Serví respetuosamente a mi tía, tan erguida como siempre; y la reprendí por haberse sentado en un baúl.

—Déjeme que le acerque el sofá o la butaca, tía —exclamé—. ¿Por qué está en un lugar tan incómodo?

—Gracias, Trot —replicó ella—, pero prefiero sentarme en mis posesiones.

Al llegar a este punto, mi tía clavó su mirada en la señora Crupp y dijo:

—No necesitaremos más de sus servicios, señora.

—¿Desea que ponga un poco más de té en la tetera antes de marcharme? —preguntó la señora Crupp.

—No, gracias —contestó mi tía.

—¿Quiere que traiga más mantequilla? —insistió la señora Crupp—. ¿No le apetece un huevo fresco? ¿Y una loncha de tocino? ¿No hay nada que pueda hacer por su querida tía, señor Copperfull?

—Nada en absoluto, señora —repuso mi tía—. Me las arreglaré sola, muchas

gracias.

La señora Crupp, que no había dejado de sonreír para mostrar la dulzura de su carácter, ni de ladear la cabeza para poner de manifiesto la debilidad de su constitución, ni de frotarse las manos para expresar su deseo de ser útil, salió de la estancia sonriendo, ladeando la cabeza y frotándose las manos.

—¡Dick! —exclamó mi tía—. ¿Recuerda lo que le dije de los oportunistas y de los adoradores del becerro de oro?

El señor Dick —con aire temeroso, como si lo hubiera olvidado— se apresuró a responder que sí.

—La señora Crupp es uno de ellos —aseguró mi tía—. Barkis, ¿le importaría ocuparse del té y servirme otra taza? ¡No podría soportar que lo hiciera esa mujer!

Conocía lo bastante a mi tía para saber que tenía algo importante que decirme, y que su llegada obedecía a un motivo mucho más grave de lo que alguien hubiera podido suponer. Me di cuenta de cómo me miraba cuando creía que estaba distraído; y de que parecía hallarse extrañamente indecisa, aunque aparentara la misma firmeza y serenidad de siempre. Empecé a preguntarme si habría hecho algo que pudiera ofenderla, y mi conciencia me recordó que aún no le había hablado de Dora. ¿Sería ésa la causa?

Como yo sabía que mi tía no diría nada hasta que llegase el momento oportuno, me senté junto a ella, dediqué unas palabras a los pájaros, jugué con el gato y me comporté con la mayor naturalidad posible. Pero estaba muy lejos de sentirme tranquilo; y el señor Dick, apoyado en la enorme cometa detrás de ella, empeoraba aún más las cosas, pues aprovechaba cualquier ocasión para mover lúgubrementes la cabeza y señalar a la señorita Trotwood.

—Trot —exclamó finalmente mi tía, después de terminar el té, alisarse cuidadosamente el vestido y secarse los labios—, ¡no se vaya, Barkis! Trot, ¿has conseguido ser un joven firme y con voluntad propia?

—Así lo espero, tía.

—¿De veras?

—Creo que sí, tía.

—Entonces, mi amor —prosiguió, con la vista fija en mí—, ¿por qué piensas que prefiero sentarme en mis posesiones esta noche?

Moví negativamente la cabeza, incapaz de adivinarlo.

–Porque es todo cuanto poseo, querido –afirmó mi tía–. ¡Estoy arruinada!

No creo que mi susto hubiera sido mayor si la casa, con todos nosotros dentro, se hubiera caído al Támesis.

–Dick lo sabe –exclamó mi tía, apoyando con calma la mano en mi hombro–. ¡Estoy arruinada, mi querido Trot! Todo lo que tengo en el mundo está en esta habitación, excepto mi casa; y he dejado a Janet en ella para que la alquile. Barkis, necesito encontrar un lugar donde pueda pasar la noche este caballero. Y para evitar gastos, quizá podamos organizar algo para que yo duerma aquí. Cualquier cosa me servirá. Sólo será para esta noche. Mañana hablaremos más del asunto.

Olvidé mi sorpresa y mi preocupación por ella... sólo por ella, de eso estoy seguro... cuando me echó los brazos al cuello y me dijo llorando que únicamente lo lamentaba por mí. Pero no tardó sino unos segundos en dominar su emoción.

–Tenemos que afrontar la adversidad con valentía –exclamó, con más aire de triunfo que de abatimiento– y no dejar que nos asuste, querido. Tenemos que aprender a representar nuestro papel hasta el final, y vencer al infortunio.

XXXV

Depresión

Tan pronto como pude recobrar mi presencia de ánimo, que me había abandonado por completo después del golpe que supuso la noticia de mi tía, le propuse al señor Dick que viniera conmigo a la tienda de ultramarinos y tomase posesión de la cama que el señor Peggotty acababa de dejar libre. Dicho comercio se encontraba en el mercado de Hungerford,^[72] un lugar muy diferente en aquellos días. Para entrar en él, había que pasar bajo unos soportales de madera (no muy diferentes a los que tenían los viejos barómetros, delante de la casa del hombrecito y de la mujercita), que agradaron sobremanera al señor Dick. Supongo que el orgullo de hospedarse encima de aquella construcción le habría compensado de cualquier incomodidad; pero como no había nada que objetar, si exceptuamos la mezcla de aromas que ya he mencionado con anterioridad, y quizá cierta falta de espacio, lo cierto es que se mostró encantado con su alojamiento. La señora Crupp le había asegurado muy irritada que allí no había sitio ni para columpiar un gato; pero el señor Dick me dijo con gran sensatez, sentándose a los pies de la cama y balanceando una pierna:

—Sabes, Trotwood, no tengo el menor interés en columpiar un gato. Es algo que no hago nunca. Así que, ¡qué importancia tiene eso para mí!

Intenté averiguar si el señor Dick conocía las causas del repentino cambio en las finanzas de mi tía. Tal como esperaba, no sabía nada en absoluto. Lo único que pudo decirme fue que, dos días antes, ella le había preguntado:

—Veamos, Dick, ¿eres real y verdaderamente el filósofo que yo creo?

Y cuando él le había contestado que así lo esperaba, mi tía había añadido:

—Dick, estoy arruinada.

Y cuándo él había exclamado: «¿De veras?», mi tía le había cubierto de

elogios, para su gran satisfacción. Y entonces habían venido a mi encuentro y, durante el viaje, habían comido emparedados y bebido cerveza negra.

El señor Dick parecía tan dichoso, sentado a los pies de la cama, balanceando una pierna y contándome todo aquello, con los ojos muy abiertos y una sonrisa de sorpresa, que me sentí empujado a explicarle –lamento reconocerlo– que la ruina significaba miseria, necesidades y privaciones; pero no tardé en arrepentirme de mi crudeza cuando su rostro palideció y las lágrimas corrieron por sus largas mejillas, mientras me miraba de un modo tan indeciblemente triste que habría sido capaz de ablandar un corazón mucho más duro que el mío. Fue más difícil para mí consolarlo de nuevo de lo que había sido robarle la alegría; y pronto comprendí (como debía haber hecho desde el principio) que su tranquilidad no había sido sino el reflejo de su fe en la más sabia y maravillosa de las mujeres, y de su confianza ilimitada en los recursos de mi intelecto. Creo que, para él, estos últimos podían hacer frente a cualquier desastre que no fuera absolutamente mortal.

–¿Qué podemos hacer, Trotwood? –dijo el señor Dick–. Tenemos el memorial...

–Por supuesto –le contesté–. Sin embargo, señor Dick, lo único que podemos hacer por ahora es poner buena cara y no dejar que mi tía advierta nuestra preocupación.

Asintió con la mayor seriedad; y me suplicó que si le veía desviarse del camino recto, aunque sólo fuera una pulgada, volviera a conducirlo a él, valiéndome de alguno de esos elevados métodos con los que yo estaba tan familiarizado. Pero lamento decir que el miedo que le habían inspirado mis palabras fue superior a todos sus esfuerzos por disimularlo. No dejó de mirar a mi tía en toda la velada, con una expresión de profundo temor, como si ella adelgazara a ojos vistas. Fue consciente de eso e intentó detener los movimientos de su cabeza; pero eso no sirvió de nada, ya que empezó a mover los ojos como si fueran piezas de un artilugio mecánico. Durante la cena, le vi contemplar la hogaza (que aquel día era bastante pequeña) como si fuera lo único que se interpusiera entre nosotros y el hambre; y cuando mi tía insistió en que cenara como de costumbre, me di cuenta de que escondía trozos de pan y de queso en el bolsillo, destinados, sin la menor duda, a devolvernos las fuerzas cuando estuviéramos a punto de morir de inanición.

Mi tía, por el contrario, hacía gala de una gran serenidad, lo que era una lección para todos nosotros (al menos para mí, de eso estoy seguro). Se

mostró sumamente amable con Peggotty, excepto cuando, de forma atolondrada, la llamé por su nombre; y, a pesar de lo poco que le gustaba Londres, pareció sentirse como en casa. Ella dormiría en mi cama y yo en el sofá de la sala, a fin de custodiarla. Consideró una gran ventaja hallarse tan cerca del río, en caso de incendio; y supongo que esa circunstancia la alegraba de veras.

—Trot, querido —dijo mi tía, cuando me dispuse a prepararle su bebida nocturna—. ¡No!

—¿No quiere nada, tía?

—Nada de vino, querido. Cerveza.

—Pero tenemos vino, tía. Y es lo que usted toma siempre...

—Será mejor que lo guardes, por si alguien enferma —exclamó ella—. Debemos gastarlo con cuidado, Trot. Tomaré cerveza. Media pinta.

Pensé que el señor Dick iba a desmayarse. Como mi tía estaba firmemente decidida, salí a comprar la cerveza. Era tan tarde que Peggotty y el señor Dick aprovecharon para marcharse juntos a la tienda de ultramarinos. Me despedí de él en la esquina de la calle, ¡pobrecillo! Con la cometa a la espalda, era la viva imagen de la miseria humana.

Cuando regresé, mi tía se paseaba de un lado a otro de la estancia, plisando los bordes de su gorro de dormir con los dedos. Calenté la cerveza y tosté la rebanada de pan, según las inexorables normas establecidas. Cuando todo estuvo listo para ella, ella estuvo lista para el refrigerio, con el gorro de dormir puesto y el camisón doblado por encima de sus rodillas.

—Querido —dijo mi tía, después de tomar una cucharada—; es mucho mejor que el vino. Bastante menos indigesto.

Debí de mirarla con escepticismo, pues ella añadió:

—¡Vamos, vamos, hijo! Si lo peor que nos sucede es tener que beber cerveza, podemos darnos con un canto en los dientes.

—Estoy seguro de que pensaría eso, si se tratara de mí.

—¿Y por qué no lo piensas? —quiso saber ella.

—Porque usted y yo somos muy diferentes —respondí.

—¡Qué tontería, Trot! —exclamó.

Mi tía continuó con aire de tranquila complacencia, sin la menor afectación, bebiendo la cerveza caliente con la ayuda de una cuchara y mojando las tiras de pan.

—Trot, por lo general no me gustan las caras nuevas, pero tu Barkis me agrada bastante, ¿sabes?

—¡Oírle decir eso es mejor que un regalo de cien libras! —dije.

—¡Qué mundo de locos! —afirmó ella, rascándose la nariz—. ¿Cómo ha podido vivir con semejante nombre? Es inexplicable. Sería mucho más fácil, en mi opinión, nacer con el apellido Jackson, o algo parecido.

—Quizá ella opine lo mismo; no tiene ninguna culpa —señalé.

—Supongo que no —repuso mi tía, más bien a regañadientes—, pero es muy irritante. Sin embargo, *ahora* se llama Barkis. Es un consuelo. Barkis te quiere con toda su alma, Trot.

—Estoy convencido de que haría cualquier cosa para demostrarlo —exclamé.

—Cualquier cosa, así lo creo —repitió mi tía—. La pobre mujer no ha cesado de pedirme y suplicarme que aceptara una parte de su dinero... pues asegura que a ella le sobra. ¡Será ingenua!

Por el rostro de mi tía corrían lágrimas de alegría que terminaban cayendo en su cerveza.

—Es la criatura más ridícula del mundo —prosiguió—. Lo supe desde el primer momento en que la vi con esa niña dulce y desdichada que fue tu madre. Pero Barkis ¡tiene muchas cosas buenas!

Fingió reírse, y aprovechó la ocasión para llevarse la mano a los ojos. Después de esto, retomó al mismo tiempo su tostada y su discurso.

—¡Ah! ¡Que el Señor se apiade de nosotros! —suspiró mi tía—. ¡Lo sé todo, Trot! Barkis y yo tuvimos una larga conversación mientras estabas fuera con el señor Dick. Lo sé todo. Por lo que a mí respecta, no sé qué esperan conseguir esas infortunadas muchachas. Me extraña que no se rompan la cabeza contra... contra la repisa de la chimenea.

Probablemente se le ocurrió esa idea porque estaba contemplando la que había en casa.

—¡Pobre Emily! —exclamé.

—¡Vamos, Trot! Nada de pobre... —respondió mi tía—. Tendría que haberlo pensado bien, antes de causar tanto sufrimiento. Dame un beso, querido. Lamento que hayas tenido una experiencia así, siendo tan joven.

Al inclinarme hacia ella, apoyó su vaso en la rodilla para detenerme.

—¡Oh, Trot, Trot! Y tú crees estar enamorado, ¿no es así?

—¿Creo? —exclamé, rojo como la grana—. ¡La adoro con toda mi alma, tía!

—¡Claro, Dora! Y supongo que ahora me dirás que es una criatura fascinante, ¿verdad? —dijo ella.

—Mi querida tía —contesté—, nadie puede imaginar siquiera lo maravillosa que es.

—¡Ah! ¿Y seguro que no es tonta? —preguntó.

—¿Tonta, tía?

Tengo el convencimiento de que jamás se me había pasado por la cabeza semejante suposición. Me sentí dolido, como es natural; pero la absoluta novedad de aquella idea fue, en cierto sentido, un golpe para mí.

—¿Ni frívola? —inquirió mi tía.

—¿Frívola, tía?

No pude sino repetir tan atrevida suposición con el mismo sentimiento con que había repetido su pregunta anterior.

—¡Está bien! ¡Está bien! —exclamó mi tía—. Sólo lo pregunto. No quiero menospreciarla. ¡Pobre parejita! De modo que creéis haber nacido el uno para el otro y estar destinados, como dos hermosos pasteles, a vivir en una fiesta, ¿no es así, Trot?

Se dirigió a mí con tanto cariño y tanta dulzura, medio en serio medio en broma, que no pude evitar conmoverme.

—Somos jóvenes e inexpertos, tía, lo sé bien —repliqué—; y estoy convencido de que decimos y pensamos muchas tonterías. Pero nos amamos sinceramente, de eso estoy seguro. Si yo creyera que Dora podría algún día amar a otro hombre o dejar de amarme; o que yo podría algún día amar a otra mujer o dejar de amarla; no sé lo que haría... ¡supongo que me volvería loco!

—¡Ay, Trot! —dijo mi tía, moviendo la cabeza y sonriendo gravemente—. ¡Estás ciego, ciego, ciego!

»Conozco a alguien, Trot –prosiguió mi tía, después de una pausa–, que, a pesar de su carácter flexible, es tan firme en sus afectos como aquella pobre niña que fue tu madre. Seriedad es lo que ese alguien necesita encontrar, para sostenerle y mejorarle. Una seriedad profunda, verdadera y leal.

–Si supiera, tía, lo sería que es Dora –protesté.

–¡Oh, Trot! –exclamó de nuevo–. ¡Estás ciego, ciego!

Y, sin saber por qué, tuve la vaga sensación de que había perdido o me faltaba algo, como si la sombra de una nube hubiera pasado sobre mí.

–Sin embargo –dijo mi tía–, no quiero desilusionar ni hacer desgraciados a dos jóvenes; así, pues, aunque se trate de uno de esos idilios entre dos niños que, con frecuencia (como verás, no digo siempre), no conducen a nada, lo tomaremos muy en serio y esperaremos un feliz desenlace. ¡Tenemos mucho tiempo para que prospere!

No es que sus palabras constituyeran un gran consuelo para un amante apasionado; pero me alegré de que mi tía estuviera enterada de la situación, y comprendí que se encontraba muy cansada. De modo que le agradecí efusivamente aquella muestra de su afecto, así como todas las atenciones que tenía conmigo; y, después de darnos cariñosamente las buenas noches, se dirigió con el gorro de dormir a mi dormitorio.

¡Qué desdichado me sentí al acostarme! No podía dejar de pensar en mi pobreza, y en lo que el señor Spenlow opinaría de ella; en que mi posición no era la que creía cuando me había declarado a Dora; en la necesidad de contarle a mi amada, como un caballero, cuál era mi verdadera situación, a fin de liberarla de su compromiso, si así lo deseaba; en cómo me las arreglaría para vivir hasta el final de mi contrato, sin recibir el menor salario; en qué podría hacer para ayudar a mi tía, aunque no se me ocurría nada; en que no dispondría de dinero, y tendría que llevar un abrigo raído, y no podría hacer pequeños regalos a Dora, ni cabalgar en hermosos caballos grises, ni tener ante ella un aspecto agradable. Por muy mezquino y egoísta que fuera dar tantas vueltas a mi sufrimiento (y bien sabe Dios cuánto me atormentaba ser consciente de ello), estaba tan enamorado de Dora que no podía evitarlo. Sabía que era una ruindad por mi parte no pensar más en mi tía y menos en mí; pero el egoísmo era inseparable de Dora, y me sentía incapaz de apartarla para colocar en su lugar a otra criatura mortal. ¡Qué increíblemente desdichado me sentí aquella noche!

Tuve toda clase de pesadillas que guardaban relación con mi pobreza,

pero parecía soñar sin haberme quedado previamente dormido. Tan pronto me veía vestido de harapos, intentando vender cerillas a Dora, seis cajas por medio penique, como estaba en los Commons, con mi camisa de dormir y mis botas, y el señor Spenlow me reprochaba aparecer ante los clientes con aquel atuendo tan ligero; tan pronto recogía con avidez las migajas que caían del bizcocho que el viejo Tiffey comía todos los días cuando el reloj de Saint Paul daba la una, como trataba en vano de sacar una licencia de matrimonio para casarme con Dora, sin tener nada que ofrecer a cambio salvo los guantes de Uriah Heep, que los Commons se negaban unánimemente a aceptar; y, mientras tanto, era más o menos consciente de seguir en mi propia habitación, y me agitaba como un navío en peligro en medio de un océano de ropas de cama.

Mi tía parecía también bastante intranquila, pues la oí andar con frecuencia de un lado a otro del dormitorio. A lo largo de la noche, apareció en mi habitación en dos o tres ocasiones, como un alma en pena, ataviada con una larga bata de franela con la que parecía medir siete pies de altura, y tomó asiento cerca del sofá donde yo dormía. La primera vez me incorporé alarmado, y ella me comunicó que, al advertir cierto resplandor en el cielo, había deducido que la Abadía de Westminster estaba en llamas. Deseaba, asimismo, consultarme si el fuego llegaría a Buckingham Street, en caso de que cambiara el viento. Después de lo cual, como yo no me movía, la oí sentarse junto a mí y murmurar: «¡Pobre muchacho!». Y entonces me sentí veinte veces más desgraciado, al comprender lo generosa que era ella al preocuparse de mí, y lo egoísta que era yo al no preocuparme de ella.

Me costaba creer que una noche tan larga para mí pudiera ser corta para otros. A raíz de esa reflexión, empecé a imaginar y a imaginar una fiesta en la que los invitados pasaban las horas bailando, hasta que esos pensamientos también formaron parte del mundo de los sueños; y oía cómo los músicos tocaban sin cesar la misma melodía, y veía cómo Dora bailaba sin cesar la misma danza, sin hacerme el menor caso. El hombre que había tocado el arpa durante toda la noche estaba tratando en vano de cubrir su instrumento con un gorro de dormir, de tamaño ordinario, cuando me desperté; aunque más bien debería decir cuando renuncié a intentar dormirme, y los rayos de sol entraron, finalmente, por la ventana.

Había por aquel entonces (y tal vez sigan existiendo), al final de una de las calles que salen al Strand, unos viejos baños romanos, en cuyas frías aguas me había zambullido con frecuencia. Después de vestirme lo más

silenciosamente posible y de dejar a Peggotty al cuidado de mi tía, me tiré de cabeza en ellas y fui dando un paseo hasta Hampstead. Tenía la esperanza de que aquel tratamiento tan enérgico me refrescara un poco las ideas; y creo que me sentó bien, pues no tardé en llegar a la conclusión de que el primer paso que debía dar era intentar que se anulase mi contrato de aprendizaje y que nos devolvieran la suma entregada. Desayuné en el Heath,^[73] y regresé andando a los Doctors' Commons por unas carreteras cubiertas de rocío, entre el aroma de las flores veraniegas, que crecían en los jardines o que los vendedores ambulantes llevaban a la ciudad sobre sus cabezas; estaba decidido a realizar aquel primer esfuerzo para hacer frente a nuestra nueva situación.

Llegué tan temprano a la oficina, a pesar de todo, que me vi obligado a deambular durante media hora antes de que el viejo Tiffey, siempre el primero en llegar, apareciera con su llave. Entonces me senté en mi oscuro rincón, y empecé a mirar el reflejo del sol sobre los tubos de las chimeneas de enfrente y a pensar en Dora, hasta que el señor Spenlow entró, impecablemente vestido y con sus patillas rizadas.

—¿Cómo está, Copperfield? —dijo—. ¡Hermosa mañana!

—Muy hermosa, señor —respondí—. ¿Podría hablar un momento con usted antes de que se vaya al Tribunal?

—Desde luego —contestó—. Pase a mi despacho.

Le seguí hasta allí, y empezó a ponerse la toga y a arreglarse ante un pequeño espejo colgado tras la puerta de un armario.

—Lamento comunicarle que he tenido noticias bastante desalentadoras de mi tía.

—¡No! —exclamó—. ¡Dios mío! Espero que no se trate de una parálisis.

—No están relacionadas con su salud, señor —repliqué—. Ha sufrido cuantiosas pérdidas. En realidad, apenas le queda dinero.

—Me deja a... tónico, Copperfield —señaló el señor Spenlow.

Moví la cabeza.

—Lo cierto, señor, es que su situación ha cambiado tanto que deseaba preguntarle si no sería posible... sacrificando nosotros una parte de la suma entregada, desde luego —añadí impulsivamente, al ver su rostro carente de expresión—, rescindir mi contrato de aprendizaje.

Nadie puede imaginar lo que me costó hacerle esa propuesta. Era igual

que pedirle, como un favor, que me desterrara lejos de Dora.

—¿Rescindir su contrato de aprendizaje, Copperfield? ¿Rescindirlo?

Le expliqué con cierta firmeza que no sabía cómo iba a subsistir, a menos que me ganara personalmente la vida. No tenía miedo del futuro, le aseguré (e insistí en ese punto, a fin de que comprendiera que yo podía ser un yerno muy deseable), pero, de momento, no tenía más recursos que los míos.

—Siento muchísimo oírle decir eso, Copperfield —exclamó el señor Spenlow—. Lo siento muchísimo. No es habitual rescindir un contrato de aprendizaje por semejante motivo. No se actúa así en nuestra profesión. No sienta un buen precedente. Todo lo contrario. Al mismo tiempo...

—Es usted muy bondadoso, señor —murmuré, contando con su generosidad.

—En absoluto. Olvide eso —respondió el señor Spenlow—. Al mismo tiempo, como iba a decirle, si no tuviera las manos atadas... si no tuviera un socio... el señor Jorkins...

Mis esperanzas se desvanecieron en un instante, pero hice otro esfuerzo.

—¿Cree usted, señor —le pregunté—, que si yo hablara con el señor Jorkins...?

El señor Spenlow movió la cabeza con pesimismo.

—¡Dios me libre, Copperfield, de ser injusto con nadie, y menos con el señor Jorkins! Pero conozco bien a mi socio, Copperfield. El señor Jorkins *no* es un hombre dispuesto a comprender una proposición de esta naturaleza. El señor Jorkins se resiste a salir del camino trillado. ¡Usted sabe cómo es!

Vive Dios que no sabía nada de él, excepto que con anterioridad había llevado solo el negocio y que ahora vivía solo en una casa cerca de Montagu Square, terriblemente necesitada de una mano de pintura; que venía a trabajar muy tarde y se marchaba muy pronto; que nadie parecía consultarle nunca nada; y que su despacho era un pequeño agujero, sucio y oscuro, en el piso superior, donde jamás se tramitaba ningún asunto y donde se veía sobre la mesa un viejo y amarillento bloc de dibujo, sin una sola mancha de tinta, y que, según rumoreaban, llevaba allí veinte años.

—¿Le importaría que hablase con él, señor? —inquirí.

—Por supuesto que no —repuso el señor Spenlow—. Pero conozco bien al señor Jorkins, Copperfield. Ojalá fuera de otro modo, pues no sabe cuánto me

agradaría complacerlo. Pero no tengo el menor inconveniente en que hable con él, Copperfield, si cree que puede servir de algo.

Una vez conseguido su permiso, que acompañó de un caluroso apretón de manos, volví a sentarme en mi rincón, y empecé a pensar en Dora y a mirar el reflejo del sol sobre los tubos de las chimeneas que bajaban por el muro de enfrente, hasta que llegó el señor Jorkins. Entonces subí a su despacho, y el anciano fue incapaz de disimular la sorpresa que le causó mi visita.

—Pase, señor Copperfield, pase —dijo el señor Jorkins.

Entré, tomé asiento y expuse mi caso al señor Jorkins, casi del mismo modo en que se lo había expuesto al señor Spenlow. El señor Jorkins estaba muy lejos de ser el personaje terrible que cualquiera habría supuesto; era un hombre de sesenta años, grande, barbilampiño y de carácter apacible, tan aficionado al rapé que en los Commons se rumoreaba que vivía básicamente de dicho estimulante, y que apenas quedaba espacio en su organismo para otro alimento.

—Supongo que habrá comentado esto con el señor Spenlow, ¿no es así? —preguntó el señor Jorkins, después de escucharme, con gran inquietud, hasta el final.

Le contesté que sí y le dije que el señor Spenlow me había hablado de él.

—¿Le dijo que yo me opondría? —inquirió el señor Jorkins.

Me vi obligado a admitir que el señor Spenlow lo había considerado probable.

—Lamento comunicarle, señor Copperfield, que no puedo aceptar su propuesta —exclamó el señor Jorkins, muy nervioso—. La verdad es... que me esperan en el banco; si tiene usted la bondad de disculparme.

Después de estas palabras, se apresuró a ponerse en pie; y, cuando se disponía a salir del despacho, tuve la osadía de expresarle mi temor de que el asunto, entonces, no tuviera solución.

—¡No! —exclamó el señor Jorkins, deteniéndose en la puerta y moviendo la cabeza—. ¡Oh, no! Yo me opongo, ¿sabe? —dijo con precipitación antes de salir—. Debe comprender, señor Copperfield —añadió, asomándose de nuevo con aire angustiado—, que si el señor Spenlow se opone...

—Personalmente, no se opone, señor —afirmé.

—¡Oh! ¡Personalmente! —repitió el señor Jorkins con impaciencia—. Le

aseguro que existe una objeción, señor Copperfield. ¡Es inútil que insista! Lo que desea es imposible. Yo... realmente tengo una cita en el banco.

Y se fue literalmente corriendo; creo recordar que estuvo tres días sin aparecer por los Commons.

Como quería intentarlo todo y no dejar piedra por mover, esperé el regreso del señor Spenlow y le describí lo ocurrido, dándole a entender que no había perdido la esperanza de que lograra ablandar al inexorable Jorkins, si emprendía la tarea.

—Copperfield —respondió el señor Spenlow, con una sonrisa llena de astucia—. Usted no conoce a mi socio, el señor Jorkins, desde hace tanto tiempo como yo. Nada más lejos de mi pensamiento que acusarlo de hipocresía. Pero el señor Jorkins tiene un modo de expresar sus objeciones que con frecuencia engaña a la gente. ¡No, Copperfield! —prosiguió, moviendo la cabeza—. El señor Jorkins no dará su brazo a torcer, puede creermelo.

Completamente aturdido entre el señor Spenlow y el señor Jorkins, no acababa de comprender qué socio se oponía; pero sí veía con suficiente claridad que la firma seguiría en sus trece y que yo jamás recuperaría las mil libras de mi tía. Sumido en el desánimo, lo que estoy lejos de recordar con satisfacción, pues sé que era demasiado egoísta (aunque siempre a causa de Dora), abandoné los Commons y me dirigí a casa.

Estaba tratando de prepararme para lo peor y de imaginar bajo los colores más sombríos las medidas que nos veríamos obligados a adoptar para el futuro, cuando un carruaje de alquiler se detuvo a mi lado y me hizo levantar los ojos. Alguien me tendió una hermosa mano desde la ventanilla; y el rostro que jamás he contemplado sin experimentar serenidad y alegría, desde que se volvió por primera vez hacia mí en la vieja escalera de roble de ancha balaustrada, cuando asocié su dulce belleza a las vidrieras de una iglesia, me sonreía.

—¡Agnes! —exclamé alborozado—. ¡Mi querida Agnes! ¡Qué alegría verte, precisamente a ti!

—¿De veras? —preguntó con su voz cordial.

—¡He de contarte tantas cosas! —señalé—. ¡Me siento mucho mejor sólo con mirarte! Si hubiera tenido una varita mágica, eres la primera persona a la que habría deseado ver.

—¿Cómo dices? —bromeó ella.

—Bueno, tal vez a Dora primero —admití, sonrojándome.

—Por supuesto que a Dora primero; así lo espero —afirmó Agnes, riéndose.

—¡Pero tú habrías sido la segunda! —aseguré—. ¿Dónde vas?

Ella iba a mi apartamento para visitar a mi tía. Como hacía muy buen tiempo, se alegró de salir del coche de alquiler, que olía peor que un establo recalentado por el sol (yo había tenido la cabeza en el interior mientras conversábamos). Despedí al cochero; y ella tomó mi brazo y seguimos andando juntos. Ella era la encarnación de la Esperanza para mí. ¡Cuán diferente me sentí en seguida, al llevar a Agnes a mi lado!

Mi tía le había escrito una de esas extrañas y lacónicas misivas, apenas más extensas que un billete, a las que solían reducirse sus esfuerzos epistolares. Le anunciaba en ella su infortunio y añadía que se marchaba de Dover para siempre, pero que estaba tan decidida y se encontraba tan bien que nadie debía preocuparse por ella. Agnes había venido a Londres a ver a mi tía, ya que una simpatía recíproca las unía desde hacía muchos años: desde el momento en que yo me había instalado en casa del señor Wickfield. No estaba sola en la ciudad, me dijo. Su padre se encontraba con ella... y Uriah Heep.

—¡Y ahora son socios! —exclamé—. ¡Maldito sea!

—Sí —repuso Agnes—. Tenían que resolver un asunto, y yo he aprovechado para venir con ellos. No creas que mi visita es únicamente amistosa y desinteresada, Trotwood, pues... aunque temo que mis prejuicios sean injustos... no me gusta dejar a papá a solas con Uriah.

—¿Sigue ejerciendo la misma influencia sobre el señor Wickfield, Agnes?

Ella movió la cabeza.

—Todo ha cambiado tanto —contestó— que difícilmente reconocerías nuestro viejo y querido hogar. Ellos viven ahora con nosotros.

—¿Ellos? —repetí.

—El señor Heep y su madre. Él duerme en tu antigua habitación —dijo Agnes, mirándome al rostro.

—¡Ojalá tuviera el control de sus sueños! —exclamé—. No dormiría ahí mucho tiempo.

—Yo sigo en mi pequeño dormitorio —prosiguió Agnes—, donde antes hacía los deberes. ¡Cómo pasa el tiempo! ¿Te acuerdas? El cuartito revestido con paneles que daba a la sala.

—¡Que si me acuerdo, Agnes! La primera vez que te vi, ¿no fue delante de esa puerta con tu original cestito de llaves en el costado?

—Todavía lo tengo —repuso Agnes, sonriendo—. Me alegro de que lo recuerdes con cariño. Éramos muy felices.

—Sí que lo éramos —afirmé.

—He conservado esa habitación para mí; pero no puedo dejar a la señora Heep siempre sola, ¿sabes? —dijo tranquilamente—. Me siento obligada a hacerle compañía, cuando preferiría estar sola. Pero no tengo ningún otro motivo para quejarme de ella. Si algunas veces me cansa es porque está siempre elogiando a su hijo, lo cual es natural en una madre. Él se porta muy bien con ella.

Observé a Agnes cuando pronunció estas palabras, y comprendí que desconocía las intenciones de Uriah. Su mirada dulce, aunque llena de gravedad, se cruzó con la mía sin perder su maravillosa franqueza, y su amable rostro no experimentó el menor cambio.

—El principal inconveniente de que vivan en casa —prosiguió Agnes— es que no puedo estar tan cerca de papá como quisiera, ya que Uriah pasa demasiado tiempo con nosotros; eso me impide velar por él (si no es demasiado presuntuoso por mi parte utilizar esa expresión) como me gustaría. Sin embargo, si alguien planea engañarlo y traicionarlo, espero que el amor y la verdad acaben saliendo victoriosos. Sí... espero que el amor y la verdad acaben saliendo victoriosos sobre todas las injusticias y las desgracias de este mundo.

Aquella radiante sonrisa que jamás había contemplado en ningún otro semblante se apagó mientras yo seguía admirando su bondad y recordando lo familiar que había sido en otro tiempo para mí; y Agnes me preguntó, cambiando bruscamente de expresión (estábamos muy cerca de casa), si sabía en qué circunstancias había perdido mi tía su fortuna. Cuando le respondí que todavía no me había contado los detalles, Agnes se quedó pensativa; y tuve la sensación de que su brazo temblaba bajo el mío.

Encontramos a mi tía sola y bastante alterada. Había surgido cierta diferencia de opiniones entre ella y la señora Crupp sobre una cuestión

abstracta (la conveniencia de que el sexo débil residiera en unas habitaciones de soltero); y mi tía, completamente indiferente a los espasmos de la señora Crupp, había cortado de forma tajante la discusión, diciendo a dicha dama que olía a mi coñac y rogándole que saliera de allí. La señora Crupp consideró ambas expresiones insultantes, y había expresado su intención de llevarla ante un jurado británico^[74]..., lo que supongo que significaría llevarlas ante el bastión de nuestras libertades nacionales.

Mi tía, sin embargo, había tenido tiempo de calmarse mientras Peggotty enseñaba al señor Dick la Guardia Real Montada; además, se alegró mucho de ver a Agnes y, vanagloriándose casi de su disputa, nos recibió de un humor excelente. Cuando Agnes dejó su sombrero encima de la mesa y se sentó junto a ella, no pude evitar pensar, viendo su mirada serena y su frente luminosa, lo natural que resultaba tenerla allí; cuán ciegamente confiaba en ella mi tía, a pesar de su juventud e inexperiencia; y la fuerza que le daban su sinceridad y su cariño.

Empezamos a hablar de las pérdidas de mi tía, y yo les conté lo que había tratado de hacer aquella mañana.

—Has sido muy poco juicioso, Trot —exclamó mi tía—, aunque tu intención era buena. Eres un muchacho generoso (aunque supongo que ya debería considerarte todo un hombre) y estoy orgullosa de ti, querido. En ese aspecto, todo va bien. Y ahora, Trot y Agnes, examinemos de frente el caso de Betsey Trotwood y veamos cuál es su situación.

Me di cuenta de que Agnes palidecía y clavaba sus ojos en mi tía. Esta última, acariciando su gato, miró a la joven con idéntica atención.

—Betsey Trotwood —dijo mi tía, que siempre había guardado para sí los asuntos monetarios—, y no me refiero a tu hermana, querido Trot, sino a mí misma, tenía una pequeña fortuna. Poco importa saber a cuánto ascendía; lo suficiente para vivir. E incluso más, pues había conseguido ahorrar algo, incrementando así su capital. Durante algún tiempo, Betsey tuvo su dinero en fondos del Estado; pero después, siguiendo los consejos de su gestor de negocios, lo invirtió en créditos hipotecarios. La idea fue un éxito y le reportó considerables beneficios, hasta que las hipotecas fueron levantadas y le devolvieron el dinero. Estoy hablando de Betsey como si fuera un buque de guerra. ¡Bien! Entonces Betsey se vio obligada a buscar un nuevo lugar donde invertir su capital. Pensó que sabía más del asunto que su gestor de negocios, que no seguía tan lúcido como en otros tiempos —me refiero a tu padre,

Agnes— y decidió administrar personalmente su fortuna. De modo que se llevó sus cerdos a un mercado extranjero —prosiguió mi tía—; y el resultado fue desastroso. Primero perdió dinero en el negocio de las minas y después, tratando de recuperar tesoros del fondo del mar y otras locuras por el estilo —explicó mi tía, frotándose la nariz—; y entonces volvió a perder en el negocio de las minas y, finalmente, para arreglar las cosas, se quedó sin lo que había invertido en el banco. Desconozco el valor que tuvieron los dividendos durante algún tiempo —añadió—, creo que nunca bajaron del cien por cien; pero el banco estaba en el otro extremo del mundo y, por lo que sé, pareció volatilizarse. En cualquier caso, quebró, y jamás querrá ni podrá pagar una sola moneda de seis peniques; y todas las monedas de seis peniques de Betsey estaban allí, y sanseacabó. ¡Cuanto menos hablemos del asunto, mejor!

Mi tía concluyó este filosófico resumen, fijando una mirada triunfal en Agnes, que poco a poco recobraba su color habitual.

—Querida señorita Trotwood, ¿es ésa toda la historia? —preguntó Agnes.

—Creo que es más que suficiente, pequeña —respondió mi tía—. Si hubiera tenido más dinero que perder, supongo que la historia no habría terminado. Betsey habría encontrado el medio de seguir tirándolo y ahora podríamos escribir un nuevo capítulo, no me cabe la menor duda. Pero se acabó el dinero, de modo que ¡fin de la historia!

Al principio, Agnes la había escuchado conteniendo el aliento. Ahora palidecía y enrojecía como antes, pero respiraba con más libertad. Creí adivinar el motivo. Supuse que había temido que su infortunado padre fuera, en cierto modo, culpable de lo ocurrido. Mi tía cogió la mano de Agnes entre las suyas y se echó a reír.

—¿Es eso todo? —repitió mi tía—. Pues claro que sí, a menos que queramos añadir: «Y desde entonces vivió siempre feliz». Quizá un día de éstos podamos decir eso de Betsey. Y ahora, Agnes, eres una joven muy juiciosa. Y tú también, Trot, para algunas cosas, aunque no siempre puedo dedicarte ese cumplido —y al decir esto movió la cabeza y me miró con su habitual energía—. ¿Qué podemos hacer? Veamos, la casa de Dover puede reportarnos unas setenta libras anuales. De eso estoy segura. ¡Bien!... ¡Y eso es todo cuanto tenemos! —señaló mi tía, que, como algunos caballos, tenía la particularidad de frenar en seco cuando parecía haberse lanzado a la carrera.

»Luego está el señor Dick —prosiguió mi tía, después de una pausa—. Tiene cien libras al año, pero naturalmente están reservadas para él. Preferiría

alejarme de mi lado, aunque sé que soy la única persona que lo aprecia, que gastarme su dinero. ¿Qué podemos hacer Trot y yo para salir adelante con nuestros escasos medios? ¿Qué opinas, Agnes?

—Yo opino —exclamé, adelantándome a su respuesta— ¡que tengo que hacer algo!

—¿Quieres decir alistarte como soldado? —inquirió mi tía, alarmada—. ¿O enrolarte en un barco? No quiero ni oír hablar de eso. Tú serás procurador eclesiástico. En esta familia no permitiremos que nadie nos golpee en la cabeza, ¿entendido, caballero?

Estaba a punto de contestarle que no tenía el menor deseo de introducir ese medio de subsistencia en la familia cuando Agnes preguntó si mi apartamento estaba alquilado por mucho tiempo.

—Ahí está el problema, querida —repuso mi tía—. No podemos dejarlo por lo menos hasta dentro de seis meses, a menos que nos permitan subarrendarlo, cosa que dudo. El último inquilino murió aquí. Cinco de cada seis personas morirían aquí... desde luego... por culpa de esa mujer con el vestido de nanquín y las enaguas de franela. Tengo una pequeña cantidad de dinero en efectivo; y estoy de acuerdo contigo, lo mejor que podemos hacer es seguir aquí hasta entonces, y encontrar una habitación para el señor Dick en los alrededores.

Me sentí en la obligación de recordarle cuán molesto sería para ella vivir en continua guerra de guerrillas contra la señora Crupp; pero mi tía rechazó esa objeción de forma perentoria, declarando que, a la primera señal de hostilidades, daría tal susto a nuestra casera que no se recuperaría en la vida.

—He pensado, Trotwood —dijo Agnes, vacilando—, que si tuvieras tiempo...

—Tengo tiempo de sobra. Siempre estoy libre a partir de las cuatro o de las cinco de la tarde; y también por la mañana, a primera hora. Entre una cosa y otra —afirmé, consciente de que me ruborizaba un poco al recordar la cantidad de horas que había pasado vagabundeando por la ciudad y yendo y viniendo por la carretera de Norwood—, dispongo de mucho tiempo.

—Sé que no te disgustaría —exclamó, acercándose a mí y hablando con una voz tan suave, dulce y llena de optimismo que todavía me parece estar oyéndola— ocupar un puesto de secretario.

—¿Disgustarme, Agnes?

—El caso es que el doctor Strong —prosiguió mi amiga— se ha jubilado, como era su intención, y ha venido a vivir a Londres. Tengo entendido que le ha pedido a papá si podía recomendarle un secretario. ¿No crees que preferiría tener cerca de él a su alumno predilecto, antes que a cualquier otro?

—¡Mi querida Agnes! ¿Qué haría sin ti? Eres siempre mi ángel bueno. Te lo dije hace tiempo. Jamás pienso en ti de otro modo.

Agnes me respondió con su risa melodiosa que un ángel bueno (refiriéndose a Dora) era suficiente; y me recordó que el doctor tenía la costumbre de trabajar en su estudio a primera hora de la mañana y al anochecer, por lo que probablemente mis horas libres se ajustarían muy bien a sus necesidades. No sé si me alegró más la perspectiva de ganarme la vida o la esperanza de hacerlo al lado de mi antiguo director; en pocas palabras, siguiendo los consejos de Agnes, escribí una misiva al doctor, en la que le expresaba mis deseos y le anunciaba mi visita al día siguiente, a las diez de la mañana. Dirigí la carta a Highgate, pues vivía en aquel lugar tan memorable para mí, y, sin perder un minuto, fui a llevarla personalmente a la oficina de correos.

Dondequiera que estuviese Agnes, se respiraba en el ambiente la huella beneficiosa de su serena presencia. Cuando volví a casa, encontré colgada la jaula de mi tía, exactamente igual que en el ventanal del salón de Dover, donde había pasado tantos años; y mi butaca, mucho más incómoda que la de mi tía, se hallaba, asimismo, junto a la ventana abierta; incluso el enorme abanico verde, que mi tía había traído con ella, estaba sujeto al alféizar de la ventana. Adiviné quién había colocado todos aquellos objetos, simplemente porque parecían haberse colocado solos; y habría adivinado en seguida quién había ordenado mis libros del mismo modo que cuando era estudiante, aunque hubiese creído que Agnes estaba a muchas millas de distancia, en lugar de verla atareada con ellos, sonriendo al contemplar aquel caos.

Mi tía tenía palabras de elogio para el Támesis (lo cierto es que estaba muy bonito cuando le daba el sol, aunque no podía compararse con el mar que se veía desde su casa de Dover), pero se mostraba implacable con el humo de Londres, que, según ella, «lo sazonaba todo con pimienta». Y, por culpa de esa pimienta, se estaba llevando a cabo una verdadera revolución —en la que Peggotty jugaba un papel destacado— en todos los rincones de mi apartamento; yo las miraba, pensando lo poco que parecía hacer Peggotty con tanto ir y venir, y lo mucho que hacía Agnes sin armar tanto revuelo, cuando alguien llamó a la puerta.

—Creo que es papá —dijo Agnes, palideciendo—. Me prometió que vendría.

Abrí la puerta, y no sólo dejé entrar al señor Wickfield, sino también a Uriah Heep. Llevaba bastante tiempo sin ver al señor Wickfield. Esperaba verlo muy cambiado después de lo que Agnes me había contado, pero su aspecto me impresionó.

No es que hubiese envejecido mucho, aunque seguía vistiendo con la pulcritud de antaño; o que su rostro tuviera un color muy poco saludable; o que sus ojos estuvieran inyectados en sangre; o que su mano se viera agitada por un temblor nervioso, cuya causa yo conocía, y había visto actuar durante muchos años. No es que hubiera perdido su atractivo, o la nobleza de su porte, pues los había conservado; lo que más me sorprendió fue ver que, a pesar de la evidencia de su superioridad natural, se sometía a esa encarnación rastrera de la mezquindad que era Uriah Heep. Contemplar el brutal cambio experimentado en las relaciones de aquellos personajes, el poder de Uriah y la dependencia del señor Wickfield, fue tan doloroso para mí que no encuentro palabras para expresarlo. Si hubiera visto a un Hombre a las órdenes de un Mono, no me habría parecido un espectáculo más degradante.

El señor Wickfield parecía comprenderlo. Al entrar, se quedó inmóvil, con la cabeza baja, como si fuera consciente de la situación. Pero fue sólo unos instantes, pues Agnes le dijo con dulzura:

—¡Papá! Aquí está la señorita Trotwood... y Trotwood, al que hace mucho tiempo que no ha visto.

Entonces él se acercó a nosotros y saludó, cohibido, a mi tía, antes de estrechar mi mano con mayor cordialidad. Durante la breve pausa que he descrito, vi cómo Uriah esbozaba la más desagradable de las sonrisas. Tengo la impresión de que Agnes también se dio cuenta, pues se apartó de su lado.



El señor Wickfield y su socio visitan a mi tía

Lo que mi tía vio o dejó de ver, desafío a la ciencia de la fisonomía a que lo descubra sin su consentimiento. No creo que haya existido jamás un rostro más impasible que el suyo cuando se lo proponía. En esa ocasión, un muro silencioso habría resultado más expresivo que su cara; hasta que rompió su mutismo con la brusquedad acostumbrada.

—¡Y bien, Wickfield! —dijo mi tía; y él la miró por primera vez—. Acabo de explicarle a su hija lo bien que he manejado personalmente mi dinero, puesto que no podía confiar en usted, cada día menos perspicaz en los negocios. Hemos estado deliberando juntas y, pensándolo bien, ha sido muy positivo. En mi opinión, Agnes vale más que usted y el señor Heep juntos.

—Si me permiten hacer una humilde observación —dijo Uriah, retorciéndose—, estoy completamente de acuerdo con la señorita Betsey Trotwood, y me sentiría muy feliz de tener a la señorita Agnes como socia.

—Supongo que tendrá que contentarse con ser usted el asociado —exclamó mi tía—. ¿Cómo está, señor?

En respuesta a esta pregunta, dirigida a él con extraordinaria sequedad, el

señor Heep, sujetando inquieto su cartera azul, contestó que estaba muy bien, que daba las gracias a mi tía y que esperaba que también ella estuviera bien.

—Y usted, señorito... quiero decir, señor Copperfield —prosiguió Uriah—. ¡Confío en que se encuentre bien! Me alegro mucho de verlo, señor Copperfield, incluso en las actuales circunstancias —y no lo puse en duda, pues parecía disfrutar con ellas—. No son las circunstancias que los amigos desearían para usted, señor Copperfield, pero no es el dinero lo que hace a un hombre: es... lo cierto es que con mi humilde inteligencia soy incapaz de expresarlo —dijo Uriah, con aire servil—, pero ¡no es el dinero!

Al decir esto, me estrechó la mano; pero no del modo habitual, sino quedándose a bastante distancia, y subiendo y bajando mi mano, como el manubrio de una bomba que le inspirara cierto temor.

—Y ¿cómo nos encuentra a nosotros, señorito... quiero decir, señor Copperfield? —inquirió Uriah, adulator—. ¿No cree que el señor Wickfield tiene un aspecto inmejorable? El paso de los años no parece reflejarse en nuestro bufete, señorito Copperfield, excepto para elevar a los humildes, es decir, a mi madre y a mí..., y para aumentar —añadió, como si se le hubiera ocurrido más tarde— la belleza, concretamente de la señorita Agnes.

Se retorció de un modo tan intolerable después de ese cumplido que mi tía, que continuaba mirándole fijamente, perdió la paciencia.

—¡El diablo se lleve a ese hombre! —exclamó con severidad—. ¿Qué le pasa? ¿Acaso le han aplicado corrientes galvánicas?^[75]

—Le ruego que me perdone, señorita Trotwood —repuso Uriah—; comprendo que esté un poco nerviosa.

—¡Cállese de una vez, señor! —exclamó mi tía, muy agitada—. ¡Ni se le ocurra decir eso! No estoy nada nerviosa. Si es usted una anguila, señor, compórtese como tal. Si es usted un hombre, ¡controle sus brazos y sus piernas! ¡Dios mío! —añadió, furiosa—. ¡No permitiré que una especie de serpiente... o de sacacorchos... me saque de mis casillas!

Aquella explosión de ira dejó al señor Heep, y cualquiera se habría sentido como él, bastante turbado; y su efecto se vio agudizado por la indignación con que mi tía se agitaba en la silla y movía la cabeza, como si estuviera a punto de abalanzarse sobre él. No obstante, me llevó aparte para decirme con voz sumisa:

—Sé perfectamente, señorito Copperfield, que su tía, a pesar de ser una

persona excelente, tiene el genio muy vivo (lo cierto es que creo haber tenido el placer de conocerla antes que usted, señorito Copperfield, cuando yo no era más que un humilde escribiente), y es natural que en las actuales circunstancias se haya vuelto aún más irritable. ¡Lo que me asombra es que no esté mucho peor! Sólo he venido para decirles que, si pudiéramos hacer algo por ustedes, en las actuales circunstancias, mi madre o yo, o Wickfield y Heep, nos sentiríamos muy dichosos. Espero que no le parezca una osadía por mi parte –concluyó, mirando a su socio con una sonrisa repulsiva.

–Uriah Heep –señaló el señor Wickfield, con expresión monótona y forzada– desempeña un papel muy activo en el bufete, Trotwood. Suscribo plenamente lo que acaba de decirte. Ya sabes que siempre me he interesado por ti. Pero, aparte de eso, suscribo plenamente lo que acaba de decirte.

–¡Oh! ¡Qué recompensa para mí –exclamó Uriah, levantando una pierna, aún a riesgo de ganarse otra reprimenda de mi tía– inspirar tanta confianza! Sólo espero aliviar la carga del señor Wickfield, señorito Copperfield, ¡su trabajo es tan fatigoso!

–Uriah Heep es una gran ayuda –afirmó el señor Wickfield, en el mismo tono de voz–. Tener semejante socio, Trotwood, ha sido una liberación para mí.

Era aquel zorro pelirrojo quien le obligaba a hablar así, yo lo sabía, para que apareciera ante mis ojos bajo el aspecto que él había señalado la noche en que envenenó mis sueños. Advertí en su rostro la misma sonrisa desagradable, y vi cómo me observaba.

–Todavía no se va, ¿verdad, papá? –preguntó Agnes, inquieta–. ¿Por qué no vuelve andando con Trotwood y conmigo?

Creo que habría mirado a Uriah antes de responder, si este importante personaje no se le hubiera adelantado.

–Tengo una cita de negocios –exclamó el señor Heep–; de otro modo, me habría encantado quedarme con mis amigos. Pero dejo a mi socio en representación de la firma. Señorita Agnes, ¡siempre suyo! Le deseo un buen día, señorito Copperfield, y presente mis humildes respetos a la señorita Betsey Trotwood.

Con estas palabras, se retiró, enviándonos un beso con su larguísima mano y mirándonos maliciosamente, al igual que una máscara.

Estuvimos conversando, una hora o dos, de los viejos y felices días que

pasamos en Canterbury. El señor Wickfield, en manos de Agnes, no tardó en ser el mismo de antes; a pesar de cierto abatimiento que jamás le abandonaba. Con todo, pareció animarse; y escuchó con evidente placer los pequeños incidentes de nuestra vida pasada, muchos de los cuales recordaba muy bien. Nos dijo que estar a solas con Agnes y conmigo era como volver a aquellos tiempos que ojalá no hubiesen cambiado nunca. Estoy seguro de que el rostro sereno de Agnes y el simple contacto de su mano en el brazo de su padre ejercían una influencia milagrosa sobre él.

Mi tía (que andaba muy atareada con Peggotty, mientras tanto, en la habitación contigua) no quiso ir con ellos hasta su lugar de alojamiento, pero insistió en que fuera yo; y así lo hice. Cenamos juntos; y luego Agnes se sentó junto a su padre, como antaño, y le sirvió el vino. Sólo bebió el que ella le ofreció, ni una gota más, como si fuera un niño; y los tres nos sentamos junto a la ventana para contemplar la luz del crepúsculo. Cuando era casi de noche, el señor Wickfield se tendió en un sofá, y Agnes le puso un cojín bajo la cabeza y se inclinó unos instantes sobre él; al regresar a mi lado, la oscuridad no me impidió ver el brillo de las lágrimas en sus ojos.

¡Quiera el Cielo que yo no olvide jamás el amor y la lealtad de la adorable muchacha en aquella época de mi vida! Pues, si eso ocurriera, mi fin estaría muy próximo y entonces desearía con más intensidad que nunca acordarme de ella. Me hizo albergar tan buenos propósitos, fortaleció de tal modo mi debilidad con su ejemplo, y guió con tanta sabiduría (no se cómo, pues era demasiado dulce y modesta para darme largos consejos) mi inquieto ardor y mi falta de determinación que creo poder afirmar solemnemente que le debo el poco bien que he hecho y todo el daño que he dejado de hacer.

Sentada junto a la ventana, en la oscuridad, me habló de Dora; escuchó mis elogios de ella; se deshizo también en alabanzas; y arrojó sobre su figurita de hada algunos rayos de su resplandeciente luz que la convirtieron en algo más precioso e inocente ante mis ojos. ¡Oh, Agnes, hermana de mi niñez, si yo hubiera sabido entonces lo que supe mucho después!...

Había un mendigo en la calle cuando bajé; y, al volver la cabeza hacia la ventana, recordando los ojos tranquilos y angelicales de Agnes, no pude evitar sobresaltarme cuando éste murmuró, como si fuera un eco de la mañana:

—¡Ciego! ¡Ciego! ¡Ciego!

XXXVI

Entusiasmo

Empecé el día siguiente con otra zambullida en los baños romanos, y después me dirigí a Highgate. Había dejado de sentirme abatido. No tenía miedo del abrigo raído, ni suspiraba por los hermosos caballos grises. Mi forma de ver nuestra reciente desgracia había cambiado por completo. Lo que tenía que hacer era mostrarle a mi tía que no había malgastado su bondad en un objeto insensible y desagradecido. Lo que tenía que hacer era aprovechar la dolorosa disciplina de mis primeros años y ponerme a trabajar con firmeza y constancia. Lo que tenía que hacer era coger el hacha de leñador en mi mano y abrirme camino a través del bosque de las dificultades, cortando un árbol tras otro hasta llegar a Dora. Y caminé muy deprisa, como si todo eso se pudiera conseguir andando.

Cuando me vi en un lugar tan familiar como la carretera de Highgate, no por placer, algo que yo asociaba con ella, sino con una misión muy diferente, tuve la sensación de que mi vida había cambiado drásticamente. Pero eso no me desanimó. La nueva vida iba acompañada de nuevos propósitos, de nuevas intenciones. La labor era ardua; la recompensa, inestimable. Dora era la recompensa, había que ganar a Dora.

Era tal mi entusiasmo que lamenté que mi abrigo no estuviera ya un poco raído. Quería verme cortando aquellos árboles del bosque de las dificultades, en unas circunstancias que mostraran mi fortaleza. Me dieron ganas de pedirle a un anciano con anteojos metálicos, que picaba piedras en la carretera, que me dejara un momento su martillo para empezar a abrir un camino de granito que me condujera hasta Dora. Me acaloré hasta tal punto y llegué a jadear de tal modo que tuve la impresión de que ya había ganado no sé cuánto. En ese estado, entré en una casita de campo que se alquilaba y la inspeccioné a fondo..., pues sentía la necesidad de ser muy práctico. Era de lo más

adecuada para Dora y para mí: tenía un pequeño jardín delantero donde Jip podría corretear y ladrar a los repartidores a través de la verja, y una magnífica habitación para mi tía en el piso superior. Salí más acalorado y apresurado que nunca, y me dirigí a Highgate a tal velocidad que llegué con una hora de anticipación; y, aunque no hubiera sido así, habría tenido que pasear un rato para serenarme, antes de estar nuevamente presentable.

Mi primera preocupación, después de todos esos preparativos tan necesarios, era encontrar la casa del doctor. No estaba en la zona de Highgate donde vivía la señora Steerforth, sino en el otro extremo del pequeño pueblo. Cuando descubrí esto, una fuerza irresistible me empujó a volver a una callejuela cercana a la casa de mi antiguo compañero y a mirar por encima de la tapia del jardín. Los postigos de su dormitorio estaban cerrados. Las puertas del invernadero se hallaban abiertas y Rosa Dartle, con la cabeza al descubierto, avanzaba con paso rápido e impetuoso por el sendero de gravilla que había a un lado del césped. Me recordó a algo salvaje que arrastrara sin cesar, de un lado a otro del trillado camino, la cadena que lo tenía sujeto.

Abandoné sin hacer ruido mi puesto de observación y, alejándome de esa parte del vecindario, pesaroso por haberme acercado a ella, seguí paseando por los alrededores hasta las diez de la mañana. La iglesia de afilado campanario^[76] que ahora se alza en la cima de la colina no estaba todavía allí para decirme la hora. Una antigua mansión de ladrillo, que servía de escuela, ocupaba su lugar; un edificio tan hermoso, en mis recuerdos, que debía haber sido una suerte asistir a sus clases.

Cuando me acerqué a la casa del doctor (que también era antigua y muy bonita, y en la que parecía haberse gastado bastante dinero, a juzgar por las recientes reformas y mejoras que se advertían en ella), lo vi pasear por un lado del jardín, con sus polainas y todo, como si no hubiera dejado de andar desde los tiempos en que yo era su alumno. Seguía, asimismo, rodeado de sus viejos compañeros, pues había muchos árboles de gran tamaño en la vecindad, y dos o tres grajos sobre la hierba, con la vista clavada en él, como si los grajos de Canterbury les hubieran escrito para hablarles del doctor y, por ese motivo, quisieran observarlo atentamente.

Consciente de que jamás lograría atraer su atención a esa distancia, me tomé la libertad de abrir la puerta del jardín y de seguirle, a fin de que me viera al darse la vuelta. Cuando lo hizo, y vino a mi encuentro, me miró distraído durante unos segundos, evidentemente pensando en otra cosa; mas no tardó en reflejarse una alegría extraordinaria en su rostro, y me cogió las

dos manos.

—Mi querido Copperfield —exclamó el doctor—, ¡está hecho un hombre! ¿Cómo se encuentra? Me siento tan dichoso de verlo. Mi querido Copperfield, ¡cómo ha cambiado! Está usted verdaderamente... sí... ¡Dios mío!

Le dije que esperaba que tanto él como la señora Strong estuvieran bien.

—¡Oh, sí! —respondió—; Annie está muy bien y se alegrará mucho de verlo. Siempre fue usted su alumno predilecto. Me lo dijo ayer por la noche, cuando le enseñé su carta. Y... sí, seguro que... se acuerda del señor Jack Maldon, ¿no es así, Copperfield?

—Perfectamente, señor.

—Por supuesto —contestó el doctor—. Claro que sí. Él también está muy bien.

—¿Ha vuelto a Inglaterra, señor? —pregunté.

—¿De la India? —dijo—. Sí, el señor Jack Maldon no podía soportar el clima. La señora Markleham... no ha olvidado a la señora Markleham, ¿verdad?

¡Olvidar al Viejo Soldado! ¡Y en tan poco tiempo!

—La señora Markleham —prosiguió— estaba muy preocupada por él, pobrecillo; de modo que le hicimos regresar. Le hemos conseguido un pequeño cargo de agente de patentes, algo que va mucho mejor con su carácter.

Conocía lo bastante al señor Jack Maldon para sospechar que se trataba de un puesto donde no tenía que trabajar mucho y recibía un buen salario.

—Y ahora, mi querido Copperfield —continuó el doctor, andando de un lado a otro con la mano en mi hombro y animándome con su mirada bondadosa—, hablemos de su ofrecimiento. Me complace muchísimo, desde luego. Pero ¿no cree que podría aspirar a algo mejor? Fue un alumno brillante mientras estuvo con nosotros. Puede hacer cosas verdaderamente importantes. Ha sentado los cimientos para cualquier edificio que desee levantar; ¿acaso no es una pena que dedique la primavera de su vida a una ocupación tan modesta como la que yo puedo ofrecerle?

Volvió a encenderse mi entusiasmo y, con un estilo bastante grandilocuente, me temo, insistí en que aceptara mi demanda, recordando al doctor que ya tenía una profesión.

—¡Está bien, está bien! —me respondió—. Tiene razón. Es cierto que el hecho de tener una profesión y de estar preparándose para ejercerla cambia las cosas. Pero, querido amigo, ¿qué son setenta libras anuales?

—Significan duplicar nuestros ingresos, doctor Strong —contesté.

—¿De veras? —exclamó—. ¡Quién lo hubiera imaginado! No es que vaya a pagarle estrictamente setenta libras, tenía pensado ofrecer una gratificación al joven amigo que ocupara este cargo. ¡Indudablemente! —prosiguió, sin dejar de andar de un lado a otro con la mano en mi hombro—. Siempre he querido ofrecerle una gratificación anual.

—Mi querido profesor —dije (esta vez sin la menor grandilocuencia)—, jamás podré agradecerle bastante los favores que ya le debo...

—No, no —me interrumpió—. ¡Nada de eso!

—Si mis horas libres son suficiente para usted, es decir, por las mañanas muy temprano y al atardecer, y cree que el trabajo vale setenta libras al año, no tengo palabras para expresar lo valiosa que será su ayuda.

—¡Dios mío! —exclamó, lleno de ingenuidad—. ¡Pensar que algo tan pequeño pueda tener tanta importancia! Pero, si le ofrecen algo mejor, lo aceptará, ¿no es cierto? Prométamelo ahora mismo —insistió el doctor, que siempre apelaba a nuestro honor con gran seriedad cuando éramos muchachos.

—Se lo prometo, señor —repuse, al igual que en el colegio.

—¡De acuerdo entonces! —dijo, dándome una palmada en el hombro y dejando su mano allí, mientras seguíamos andando por el jardín.

—Y me sentiré veinte veces más feliz, señor —añadí en tono lisonjero, aunque no creo que fuera consciente de ello—, si me contrata para ayudarlo con el diccionario.

El doctor se detuvo, me dio otra palmada en el hombro, muy sonriente, y exclamó con aire triunfal —daba gusto verlo—, como si yo hubiera logrado adentrarme en lo más profundo de la sagacidad humana:

—Mi joven y querido amigo, ¡lo ha adivinado! ¡Se trata del diccionario!

¿Y qué otra cosa podía ser? Sus bolsillos estaban tan llenos de él como su cabeza. El diccionario emanaba de todo su ser. Me contó que, desde que había dejado la enseñanza, había avanzado prodigiosamente; y que nada podía convenirle más que mi propuesta de trabajar por la mañana temprano y al

atardecer, ya que tenía la costumbre de pasearse y meditar durante el resto del día. Sus papeles estaban algo desorganizados, ya que el señor Jack Maldon le había ofrecido últimamente y de manera esporádica sus servicios como secretario, oficio con el que no estaba familiarizado; pero no tardaríamos en ponerlos en orden, y todo iría a las mil maravillas. Más tarde, cuando nos metimos en faena, me di cuenta de que los esfuerzos del señor Jack Maldon resultaban más engorrosos de lo que yo había esperado, ya que no se había limitado a cometer innumerables errores, sino que había dibujado tal cantidad de soldados y de cabezas de mujer en el manuscrito del doctor que a menudo me encontraba perdido en verdaderos laberintos de oscuridad.

El doctor estaba muy contento con la perspectiva de trabajar juntos en aquella obra maravillosa, y acordamos empezar al día siguiente a las siete. Trabajaríamos dos horas por la mañana y dos o tres horas al anochecer, excepto los sábados, que sería mi día de descanso. Los domingos, como es natural, también los tendría libres; lo cierto es que sus condiciones me parecieron inmejorables.

Después de arreglar así las cosas, de un modo satisfactorio para ambos, el doctor me condujo al interior de la casa para que saludara a la señora Strong; la encontramos en el nuevo despacho de su marido, quitando el polvo a los libros, una libertad que sólo ella podía tomarse con aquellos objetos sagrados.

Habían retrasado el desayuno por mí, y los tres nos sentamos en la mesa. Apenas habían transcurrido unos minutos cuando leí en el rostro de la señora Strong que alguien se acercaba, antes de haber percibido el menor sonido. Un jinete llegó a la verja de la entrada y, sujetando el caballo por las bridas, lo metió en el pequeño patio, como si estuviera en su casa; lo ató a una argolla que había en la pared de la cochera, que estaba vacía, y entró en el comedor donde desayunábamos, con la fusta en la mano. Era el señor Jack Maldon; y la India no le había sentado nada bien, pensé. Por aquel entonces, sin embargo, yo miraba con intransigencia a todos los jóvenes que no se dedicaban a cortar árboles en el bosque de las dificultades; y mi impresión debe interpretarse con las debidas reservas.

—¡El señor Jack Maldon! —dijo el doctor—. ¡Copperfield!

El señor Jack Maldon me estrechó la mano, pero sin demasiada cordialidad, según me pareció; y con un aire de indolente superioridad, que secretamente me molestó. No obstante, su languidez era digna de verse, excepto cuando se dirigía a su prima Annie.

–¿Ha desayunado esta mañana, Jack? –inquirió el doctor.

–Casi nunca tomo nada por las mañanas, señor –replicó, con la cabeza recostada en el respaldo del sillón–. Es algo que me aburre.

–¿Hay alguna noticia que comentar? –preguntó el doctor.

–Ninguna, señor –repuso el señor Maldon–. Al parecer, la gente pasa hambre y está muy descontenta en el norte; pero siempre hay alguien que pasa hambre y está muy descontento en algún lugar.

–Eso significa que no hay noticias –dijo el doctor con gran seriedad, como si quisiera cambiar de tema–; y, según dicen, el hecho de que no haya noticias es una buena noticia.

–Los periódicos hablan largo y tendido de un asesinato, señor –declaró el señor Maldon–. Pero todos los días se comete algún crimen, y no lo he leído.

Tengo entendido que, por aquel entonces, mostrar una total indiferencia por los actos y las pasiones humanas no resultaba tan distinguido como en la actualidad. No hay duda de que desde hace algún tiempo se considera de muy buen tono. He visto cómo hacían gala de ella algunas hermosas damas y algunos caballeros que bien podrían haber nacido orugas. Quizá en aquella ocasión me impresionó más, pues era nuevo para mí; pero lo cierto es que no contribuyó a mejorar mi opinión del señor Jack Maldon, ni a aumentar mi confianza en él.

–He venido para saber si a Annie le gustaría ir a la ópera esta noche –afirmó el señor Maldon, volviéndose hacia ella–. Es la última representación importante de la temporada, y hay una cantante que sin lugar a dudas tendría que oír. Es verdaderamente exquisita. Además, de deliciosamente fea –concluyó, recobrando su languidez.

El doctor, a quien hacía muy feliz cualquier cosa que pudiera agradar a su joven esposa, se volvió hacia ella y le dijo:

–Tienes que ir, Annie. Tienes que ir.

–Preferiría no hacerlo –respondió–. Me gustaría más quedarme en casa. Preferiría con mucho quedarme en casa.

Entonces, sin mirar a su primo, se dirigió a mí y me preguntó por Agnes, y quiso saber si podría verla, y si era factible visitarla aquel día; y parecía tan alterada que me extrañó que incluso el doctor, que estaba untando con manteca su tostada, no se diera cuenta de algo tan evidente.

Pero no se percató de nada. Le dijo alegremente que ella era joven y tenía que divertirse y pasarlo bien, y que no debía permitir que un vejestorio como él la aburriera. Añadió, además, que deseaba oírle cantar el repertorio de la nueva cantante, ¿y cómo iba a poder hacerlo si no iba? Así, pues, el doctor insistió en que aceptara, e invitó al señor Jack Maldon a cenar. Una vez finalizada la discusión, éste se marchó, supongo que a su lugar de trabajo; aunque lo cierto es que se alejó a caballo, con aire de no tener nada que hacer.

A la mañana siguiente, tenía mucha curiosidad por saber si la señora Strong había ido a la ópera. No lo había hecho, pero había enviado unas palabras de disculpa a su primo por romper el compromiso; y por la tarde había visitado a Agnes, y había convencido a su marido para que la acompañara. El doctor me contó que habían regresado andando por el campo, pues hacía una tarde deliciosa. Me gustaría saber si Annie habría ido a la ópera de no haber estado Agnes en la ciudad, y si ésta no ejercía también una influencia beneficiosa sobre ella.

La señora Strong no parecía muy feliz, pensé; pero su rostro reflejaba honestidad... o una gran hipocresía. Yo la miraba con frecuencia, pues se quedó sentada junto a la ventana mientras nosotros trabajábamos; y nos preparó el desayuno, que tomamos poco a poco sin interrumpir nuestra tarea. A las nueve en punto, cuando me despedí, estaba arrodillada a los pies del doctor, poniéndole los zapatos y las polainas. Algunas hojas verdes, que colgaban en la ventana abierta de la habitación de la planta baja, arrojaban sobre su rostro una delicada sombra; y, durante todo el trayecto hasta los Doctors' Commons, no pude dejar de pensar en la noche en que la había visto mirar al doctor mientras leía.

Ahora sí que estaba ocupado; me levantaba a las cinco de la mañana y no volvía a casa hasta las nueve o las diez de la noche. Sin embargo, el hecho de estar siempre atareado me llenaba de satisfacción; iba siempre a toda prisa, y estaba convencido de que cuanto mayor fuera mi cansancio más digno sería de Dora. Ella no sabía aún cuánto se había fortalecido mi carácter, ya que se disponía a visitar a la señorita Mills a los pocos días, y yo había preferido esperar hasta entonces para explicarle la situación; me limité a decirle en mis cartas (toda nuestra correspondencia secreta pasaba por la señorita Mills) que tenía muchas cosas que contarle. Entretanto, apenas empleé grasa de oso, renuncié por completo al jabón perfumado y al agua de lavanda, e hice el prodigioso sacrificio de vender tres chalecos, que consideré demasiado elegantes para una carrera tan austera como la mía.

Como no estaba satisfecho con todo esto, ardiendo de impaciencia por realizar algo más, fui a ver a Traddles, que ahora vivía en una buhardilla de Castle Street, Holborn. Llevé conmigo al señor Dick, que ya me había acompañado en dos ocasiones a Highgate, donde había reanudado su amistad con el doctor.

Y llevé conmigo al señor Dick porque, profundamente afectado por las desgracias de mi tía, y convencido de que no existía ningún galeote ni forzado que trabajase más que yo, había empezado a angustiarse y a perder el apetito, al no tener nada provechoso que hacer. En esas condiciones, se sentía más incapaz que nunca de terminar su memorial; y cuanto más trabajaba en él, con más frecuencia la infortunada cabeza del rey Carlos I se introducía en sus páginas. Temiendo seriamente que su enfermedad se agravara si no poníamos en práctica alguna inocente estratagema que le permitiera creerse útil, o si no conseguíamos de algún modo que realmente lo fuera (lo que sería aún mejor), tomé la decisión de pedir ayuda a Traddles. Antes de visitarlo, le escribí una carta para explicarle lo sucedido; y él me envió una respuesta magnífica, en la que expresaba toda su simpatía y amistad.

Lo encontramos enfrascado en el trabajo, con su tintero y sus papeles, animado por la visión de la maceta de flores y de la mesita redonda en un rincón del pequeño apartamento. Nos recibió con enorme cordialidad y en seguida simpatizó con el señor Dick. Este último aseguró haberlo visto en alguna otra ocasión, y los dos le respondimos que era muy probable.

Lo primero que quería consultarle a Traddles era lo siguiente: había oído decir que muchos hombres que después habían destacado en las más variadas profesiones habían iniciado su vida laboral redactando informes sobre las sesiones parlamentarias. Traddles me había comentado que el periodismo era una de sus esperanzas, y yo había atado cabos y le había preguntado en mi carta cómo podría prepararme para realizar dicha actividad. Traddles me comunicó ahora, como resultado de sus pesquisas, que, salvo raras excepciones, la simple adquisición de la ciencia necesaria para conocer a la perfección los misterios de la estenografía (tanto su escritura como su lectura) igualaba en dificultad al dominio de seis idiomas, y que tal vez a fuerza de perseverancia, se pudiera conseguir en el espacio de algunos años. Traddles supuso, bastante razonablemente, que con sus palabras el asunto quedaba zanjado; pero, viendo la oportunidad de cortar unos cuantos árboles de gran altura, tomé la decisión de abrirme camino hasta Dora por aquel bosque, hacha en mano.

—¡Te estoy muy agradecido, mi querido Traddles! —exclamé—. Mañana mismo empiezo.

Traddles me miró sorprendido, y no le faltaba razón; pero lo cierto es que desconocía el entusiasmo que me embargaba.

—Me compraré un libro —proseguí— que explique ese arte con claridad; lo estudiaré en los Commons, donde me sobra mucho tiempo, y practicaré estenografiando los discursos del tribunal... Traddles, querido muchacho, ¡ya verás cómo lo consigo!

—¡Válgame Dios! —dijo Traddles, abriendo los ojos—. ¡No tenía la menor idea de que fueras tan decidido, Copperfield!

No me extrañó en absoluto, pues era una novedad incluso para mí. Pero dejé ese asunto y puse al señor Dick sobre el tapete.

—Verá —dijo éste, pensativo—, si yo supiera hacer algo, señor Traddles... como tocar el tambor... o algún instrumento de viento.

¡Pobrecillo! Estoy seguro de que en el fondo de su corazón hubiera preferido un empleo así a cualquier otro. Traddles, que no habría sonreído por nada del mundo, le respondió con calma:

—Pero tiene usted una escritura muy hermosa, señor. ¿No me dijiste eso, Copperfield?

—¡Excelente! —contesté.

Y era cierto. Escribía con una pulcritud extraordinaria.

—¿No cree que podría copiar documentos, señor, si yo se los proporcionara? —preguntó Traddles.

El señor Dick me miró con expresión de duda.

—¿Qué opinas, Trotwood? —inquirió.

Moví negativamente la cabeza. Él me imitó y dejó escapar un suspiro.

—Cuéntale lo del memorial —dijo.

Le expliqué a Traddles lo difícil que era impedir que el rey Carlos I se introdujera en los manuscritos del señor Dick, mientras éste le miraba con enorme respeto y seriedad, sin dejar de chuparse el dedo.

—Pero los documentos de los que hablo están ya redactados y terminados —señaló Traddles, después de unos instantes de reflexión—. El señor Dick no

tendría que añadir nada en ellos. ¿No crees que sería distinto, Copperfield? En cualquier caso, ¿no deberíamos probarlo?

Esto nos infundió nuevas esperanzas. Mientras el señor Dick nos miraba con inquietud desde su silla, Traddles y yo nos alejamos para deliberar, y trazamos un plan en virtud del cual empezó a trabajar al día siguiente con el mayor éxito.

En una mesa junto a la ventana que daba a Buckingham Street, colocamos el trabajo que Traddles le había proporcionado, y que consistía en realizar no sé cuántas copias de un documento legal sobre cierta servidumbre de paso; en otra mesa, dejamos el último manuscrito inacabado de su gran memorial. Las instrucciones que dimos al señor Dick fueron que copiase exactamente lo que tenía ante sí, sin apartarse lo más mínimo del original; y que, cuando sintiera la necesidad de mencionar al rey Carlos I, se acercará rápidamente al memorial. Le exhortamos a ser muy firme en eso, y lo dejamos bajo la vigilancia de mi tía. Ésta nos contó después que, al principio, parecía un hombre que tocase los timbales, y que su atención estaba constantemente dividida entre las dos mesas; sin embargo, al percatarse de cuánto le confundía y fatigaba aquello y ver la copia ante sus ojos, no tardó en sentarse a trabajar en ella con eficiencia y seriedad, dejando el memorial para mejor ocasión. En una palabra, aunque tuvimos mucho cuidado de que no se cansara demasiado, y aunque empezó su nueva ocupación a mediados de semana, cuando llegó el sábado había ganado diez chelines y nueve peniques; y jamás olvidaré mientras viva sus idas y venidas por todas las tiendas de la vecindad para cambiar aquel tesoro por monedas de seis peniques, o el modo en que se las llevó a mi tía en una bandeja, después de colocarlas en forma de corazón, con los ojos llenos de lágrimas de alegría y orgullo. Desde el momento en que se sintió útil, pareció caer bajo el hechizo de una influencia beneficiosa; y, si hubo ese sábado por la noche un hombre feliz en el mundo, fue aquel ser agradecido que consideraba a mi tía la más maravillosa de las mujeres y a mí el más maravilloso de los jóvenes.

—Ya no nos moriremos de hambre, Trotwood —dijo el señor Dick, estrechándome la mano en un rincón—. ¡Me ocuparé de que a ella no le falte de nada! —y agitó sus diez dedos en el aire, como si fueran diez bancos.

No sé quién estaba más contento, si Traddles o yo.

—¡Había olvidado al señor Micawber! —exclamó de pronto mi amigo, sacando un sobre del bolsillo y entregándomelo.

La carta (el señor Micawber no desperdiciaba nunca la ocasión de escribir una carta) estaba dirigida a mí, «Gracias a la gentileza del señor T. Traddles, estudiante de Derecho». Decía lo siguiente:

Mi querido Copperfield:

Tal vez no le sorprenda recibir la noticia de que ha surgido algo. Es muy posible que le comunicara con anterioridad mis esperanzas de que esto ocurriera.

Estoy a punto de establecerme en una ciudad de provincias de nuestra afortunada isla (donde la sociedad puede describirse como una feliz mezcla de agricultores y clérigos) para ponerme a disposición de un caballero de profesión liberal. La señora Micawber y nuestra progenie vendrán conmigo. Es probable que nuestras cenizas, en el futuro, se encuentren esparcidas en el cementerio contiguo al venerable edificio que ha dado fama al lugar del que hablo, creo poder afirmar desde la China hasta el Perú.

Al decir adiós a la moderna Babilonia, donde hemos atravesado tantas vicisitudes, confío en que con la frente bien alta, ni la señora Micawber ni yo podemos olvidar el hecho de que vamos a separarnos, no sé si durante muchos años o para siempre, de una persona que está profundamente vinculada al altar de nuestra vida familiar. Si la víspera de nuestra partida desea acompañar a nuestro común amigo, el señor Thomas Traddles, a la residencia que actualmente ocupamos, para intercambiar los votos que convienen a dicha ocasión, hará un enorme favor a alguien que será

Siempre suyo,
WILKINS MICAWBER

Me alegró saber que el señor Micawber había arrojado lejos de sí el polvo y las cenizas, y que por fin había surgido algo. Como la invitación era para aquella misma noche, según dijo Traddles, expresé mi deseo de aceptarla; y nos dirigimos juntos a la casa donde vivía el señor Micawber bajo el nombre de señor Mortimer y que se hallaba casi al final de Gray's Inn Road.

El mobiliario de las habitaciones era tan escaso que encontramos a los gemelos, que ya tenían ocho o nueve años de edad, acostados en una cama plegable en la sala de estar, donde el señor Micawber había preparado en un aguamanil lo que él denominaba un «elixir» de la agradable bebida que tanta fama le había dado. Tuve el placer, en esta ocasión, de renovar mi amistad con el hijo mayor de mis anfitriones, un prometedor muchacho de doce o trece años, muy propenso a agitar brazos y piernas, fenómeno harto frecuente entre los jóvenes de su edad. También me presentaron de nuevo a su hermana, la señorita Micawber, en la que, según el señor Micawber, «su madre recuperaba la juventud como el ave Fénix».

—Mi querido Copperfield —exclamó el señor Micawber—, usted y el señor Traddles nos encuentran a punto de emigrar, y excusarán las pequeñas incomodidades inherentes a esa situación.

Mirando a uno y otro lado mientras le daba la respuesta adecuada, observé que los enseres familiares estaban ya embalados, y que el equipaje era más bien escaso. Felicité a la señora Micawber por el cambio que se avecinaba.

—Mi querido señor Copperfield —replicó—, sé lo mucho que se ha interesado siempre por nuestros asuntos. Mi familia puede considerar esto un

destierro, si así lo desea; pero yo soy esposa y madre y jamás abandonaré al señor Micawber.

Traddles, al que la señora Micawber apeló con la mirada, asintió con honda emoción.

—Al menos, mis queridos señor Copperfield y señor Traddles —prosiguió nuestra anfitriona—, ésa es mi forma de ver el compromiso que contraje cuando repetí las palabras irrevocables: «Yo, Emma, te tomo a ti, Wilkins». Leí toda la ceremonia de boda la víspera de ese gran día, a la luz de una vela, y llegué a la conclusión de que jamás podría abandonar al señor Micawber. Y, aunque tal vez me equivoque al interpretarlo así, ¡jamás lo abandonaré!

—Querida mía —exclamó su marido, algo impaciente—, no creo que nadie esté esperando que lo hagas.

—Soy consciente, mi querido señor Copperfield —continuó diciendo ella—, de que estoy a punto de establecerme entre extraños; y de que varios miembros de mi familia, a los que el señor Micawber ha escrito en los términos más corteses para darles la noticia, han hecho caso omiso de su comunicación. Puede que yo sea supersticiosa —añadió—, pero tengo la impresión de que la mayoría de las cartas que envía mi marido están condenadas a no tener respuesta. Podría augurar, por el silencio de mis familiares, que ellos se oponen a mi decisión; pero no dejaré que nadie me aparte del camino del deber, señor Copperfield, ni siquiera papá y mamá, si estuvieran con vida.

Expresé mi opinión de que obraba correctamente.

—Tal vez sea un sacrificio —prosiguió— encerrarse en una ciudad catedralicia; pero si lo es para mí, señor Copperfield, mucho más lo será para un hombre de la valía del señor Micawber.

—¡Oh! ¿Van a vivir en una ciudad catedralicia? —pregunté.

El señor Micawber, que había estado sirviéndonos el ponche, contestó:

—En Canterbury. Lo cierto, mi querido Copperfield, es que he llegado a un acuerdo con nuestro amigo Heep, y me he comprometido a ayudarlo y servirle en calidad de... secretario particular.

Miré asombrado al señor Micawber, que no disimuló su regocijo al ver mi sorpresa.

—He de decir —exclamó con aire ceremonioso— que la práctica en los

negocios y los sabios consejos de la señora Micawber han contribuido en gran medida a que esto se produjera. El guante del que mi mujer les habló en una ocasión fue arrojado en forma de anuncio, y mi amigo Heep lo recogió, gracias a lo cual pudimos reconocernos. De mi amigo Heep –continuó–, que es un hombre de extraordinaria perspicacia, sólo deseo hablar con el mayor respeto. Mi amigo Heep no ha fijado en una cifra demasiado elevada el salario que voy a recibir, pero ha contribuido en gran medida a librarme del peso de las dificultades monetarias, en función del valor de mis servicios. Y en el valor de esos servicios he depositado mi fe. Toda la habilidad e inteligencia que tengo la suerte de poseer –agregó, despreciándose de un modo jactancioso, con la elegancia que le caracterizaba— estarán al servicio de mi amigo Heep. Tengo ya algún conocimiento de la ley, como demandado en un proceso civil, e inmediatamente me enfrascaré en el estudio de los *Comentarios* de uno de los juristas más eminentes y extraordinarios de nuestro país. Supongo que es innecesario añadir que se trata del juez Blackstone.^[77]

Aquellas observaciones, así como la mayor parte de las que se hicieron en el transcurso de la velada, fueron interrumpidas por la señora Micawber, al descubrir que su primogénito estaba sentado encima de sus botas, o se sujetaba la cabeza con los dos brazos como si temiera perderla, o daba sin querer patadas a Traddles por debajo de la mesa, o colocaba los pies uno encima del otro, o los exhibía a una distancia que parecía contrariar las leyes de la naturaleza, o se tumbaba de costado con los cabellos entre los vasos de vino, o agitaba sus inquietos miembros de un modo incompatible con los intereses generales de la sociedad; y por el joven Micawber, a quien parecían ofender los descubrimientos de su madre. Entretanto, yo continuaba sin salir de mi asombro por la revelación del señor Micawber, y me preguntaba qué habría detrás de ella; hasta que la señora Micawber retomó el hilo de la conversación y acaparó mi atención.

–Lo que sobre todo le pido a mi marido, querido señor Copperfield –dijo–, es que, al dedicarse a esta rama secundaria de la ley, tenga cuidado de no perder la oportunidad de ascender, en última instancia, hasta la copa del árbol. Estoy convencida de que, si el señor Micawber se dedica en cuerpo y alma a una profesión que se adapta tan bien a su vivaz ingenio y a su facilidad de palabra, acabará destacando en ella. Por ejemplo, señor Traddles –exclamó con enorme seriedad–, el cargo de juez o incluso de canciller; ¿sabe si un hombre que acepta un trabajo como el del señor Micawber puede ocupar más tarde esos importantes puestos?

–Querida –puntualizó su marido, aunque observando con curiosidad a Traddles–, tenemos mucho tiempo por delante para pensar en esas cuestiones.

–Micawber –repuso ella–, ¡no! Tu equivocación en la vida es no mirar suficientemente lejos. Para ser justo con tu familia, ya que no quieres serlo contigo mismo, estás obligado a abarcar con la mirada el punto más lejano del horizonte al que tus facultades puedan llevarte.

El señor Micawber tosió y bebió su ponche con aire sumamente complacido, sin dejar de contemplar a Traddles, como si deseara conocer su opinión.

–La realidad, señora Micawber –contestó Traddles, revelándole suavemente la verdad–, por prosaica que pueda parecer...

–Justamente, mi querido señor Traddles –le interrumpió ella–, mi deseo es ser lo más prosaica y literal posible en un asunto de tanta relevancia.

–... es –prosiguió el joven– que esa rama de la ley, aunque el señor Micawber fuera un abogado...^[78]

–Exactamente –volvió a interrumpirle nuestra anfitriona–. ¡Wilkins! ¡No bizquees! ¡Te quedarás así para siempre!

–... no tiene nada que ver con esos cargos. Sólo un licenciado en derecho^[79] cumpliría los requisitos para ser elegido juez o canciller; el señor Micawber necesitaría estudiar cinco años en la universidad.

–Veamos si le he comprendido –exclamó la señora Micawber, adoptando su expresión más afable de mujer de negocios–. ¿Quiere usted decir, mi querido señor Traddles, que, al finalizar ese período, el señor Micawber cumpliría los requisitos para ser elegido juez o canciller?

–En efecto, entonces podría ser *elegido* –respondió Traddles, subrayando esta última palabra.

–Gracias –dijo la señora Micawber–. Es todo cuanto necesito saber. Si ésa es la situación, y mi marido no renuncia a ningún privilegio aceptando ese trabajo, vuelvo a respirar tranquila. Sé que hablo forzosamente como una mujer –prosiguió–, pero siempre he creído que el señor Micawber tenía lo que papá llamaba, cuando yo vivía en casa, espíritu jurídico; espero que ahora inicie una carrera donde ese espíritu pueda desarrollarse y conducirlo hasta un puesto de mando.

Estoy convencido de que nuestro anfitrión, con su espíritu jurídico, se veía ya sentado en el escaño del lord canciller, presidiendo la Cámara de los Lores. Se pasó la mano por la calva, muy satisfecho, y exclamó con ostentosa resignación:

—Querida, no anticipemos los dictados de la fortuna. Si estoy destinado a llevar una peluca, al menos la naturaleza me ha preparado para eso —exclamó, aludiendo a su calvicie—. No lamento haber perdido el pelo, y es posible que me haya quedado sin él por algún motivo específico. No sabría decirlo. Pero tengo la intención, mi querido Copperfield, de educar a mi hijo para la Iglesia; no negaré que, por él, me gustaría convertirme en un personaje importante.

—¿Para la Iglesia? —repetí yo, que seguía sin poder quitarme a Uriah de la cabeza.

—Sí —replicó—. Tiene una hermosa voz de solista, y podrá empezar en un coro. El hecho de residir en Canterbury, y las relaciones que allí tendremos, sin duda le permitirán conseguir cualquier puesto vacante entre los cantores catedralicios.

Al mirar de nuevo al joven Micawber, pensé, por la expresión de su rostro, que debía de tener la voz detrás de las cejas; y lo cierto es que ésta pareció surgir de allí cuando entonó (al verse en la disyuntiva de cantar o de irse a la cama) el *Tamborileo del pájaro carpintero*.^[80] Después de felicitarle mucho por su interpretación, la conversación se hizo general; y, como estaba demasiado lleno de proyectos desesperados para silenciar los cambios que había experimentado mi situación, se los di a conocer al señor y a la señora Micawber. Soy incapaz de describir la felicidad de ambos cuando se enteraron de los apuros de mi tía, lo bien que se sintieron y lo cordiales que gracias a ellos fueron conmigo.

Cuando casi habíamos llegado a la última ronda de ponche, me dirigí a Traddles y le recordé que no debíamos despedirnos sin desear a nuestros amigos salud, felicidad y éxito en su nueva carrera. Le pedí al señor Micawber que nos llenara las copas y brindé como Dios manda: estrechándole la mano por encima de la mesa y besando a su mujer para conmemorar una fecha tan señalada. Traddles siguió mi ejemplo en lo primero; pero no creyó tener suficiente confianza para permitirse lo segundo.

—Mi querido Copperfield —exclamó nuestro anfitrión, poniéndose en pie con los pulgares en los bolsillos del chaleco—, compañero de mi juventud, si me permite la expresión... y estimado amigo Traddles, si puedo tomarme la

libertad de llamarle así, quisiera agradecerles del modo más caluroso y contundente sus buenos deseos, en nombre de la señora Micawber, en el mío y en el de nuestra progenie. Sería natural que, en vísperas de un traslado que nos conducirá a una existencia completamente nueva –hablaba como si fueran a alejarse quinientas mil millas–, yo dedicara unas frases de despedida a los dos amigos que tengo ante mí. Pero he dicho ya todo lo que tenía que decir al respecto. Sea cual sea la posición que yo consiga alcanzar, gracias a la docta profesión de la que estoy a punto de convertirme en indigno representante, me esforzaré por no deshonrarla, y la señora Micawber le servirá siempre de adorno. Bajo el peso transitorio de algunas deudas monetarias, contraídas pensando en su inmediata liquidación, pero que todavía no he pagado debido a un cúmulo de circunstancias, me he visto obligado a llevar algo que mi naturaleza aborrece..., es decir, las gafas, y a apropiarme de un apellido que no puedo reclamar legítimamente. Lo único que quiero decir sobre este asunto es que las nubes han desaparecido del sombrío paisaje, y que el Dios del día se halla de nuevo en la cumbre de la montaña. El próximo lunes, cuando la diligencia de las cuatro de la tarde llegue a Canterbury, pisaré mi patria adoptiva... ¡y mi apellido será Micawber!

El señor Micawber volvió a sentarse después de pronunciar estas palabras y bebió dos vasos seguidos de ponche.

–Me queda aún algo por hacer antes de que nuestra separación sea completa, y que considero un acto de justicia –añadió seguidamente, con enorme solemnidad–. Mi amigo Thomas Traddles «estampó su firma», si me permiten la expresión, en dos letras de cambio a favor mío. En la primera ocasión, el señor Thomas Traddles... en una palabra, se quedó en la estacada. La segunda letra de cambio todavía no ha vencido. El importe de la primera –dijo consultando cuidadosamente unos papeles– asciende a veintitrés libras, cuatro chelines y nueve peniques y medio; el de la segunda, según mis anotaciones, a dieciocho libras, seis chelines y dos peniques. El importe total, si mis cálculos son correctos, asciende a cuarenta y una libras, diez chelines y once peniques y medio. Copperfield, amigo mío, ¿tiene la bondad de comprobar el resultado?

Así lo hice, y la suma era correcta.

–Si yo abandonara esta metrópoli –prosiguió–, y a mi amigo el señor Thomas Traddles, sin saldar mis deudas con él, me remordería la conciencia de un modo insoportable. Por ese motivo, he preparado este documento que lo deja todo arreglado. Le ruego a mi amigo el señor Thomas Traddles que

acepte este reconocimiento de deuda por un total de cuarenta y una libras, diez chelines y once peniques y medio; me alegra recobrar de ese modo mi dignidad moral, y saber que puedo andar de nuevo con la cabeza alta delante de mis semejantes.



El señor Micawber pronuncia unas palabras de despedida

Después de esta introducción (que le emocionó profundamente), el señor Micawber entregó su reconocimiento de deuda a Traddles, y le deseó toda clase de éxitos en la vida. Estoy convencido, no sólo de que para el señor Micawber aquello equivalía a entregarle el dinero, sino de que el propio Traddles apenas se percató de la diferencia hasta que tuvo tiempo para reflexionar.

El señor Micawber, animado por su virtuosa acción, anduvo con la cabeza tan alta delante de sus semejantes que su pecho parecía dos veces más ancho de lo habitual cuando nos guió escaleras abajo con una vela. Nos despedimos con gran cordialidad por ambas partes; cuando hube dejado a Traddles en la puerta de su casa y me dirigía solo a mi apartamento, pensé, entre otras cosas extrañas y contradictorias, que, a pesar de lo voluble que era el señor Micawber, quizá jamás me había pedido dinero a causa de la compasión que

le inspiré cuando era niño y me alojaba en su casa. Lo cierto es que no habría tenido valor para negárselo; y, dicho sea en su honor, no me cabe la menor duda de que él lo sabía tan bien como yo.

XXXVII

Un pequeño jarro de agua fría

Llevaba más de una semana con mi nueva vida, y mis buenos propósitos se mantenían más firmes que nunca, tal como la crisis requería. Continuaba andando sumamente rápido, más o menos convencido de que progresaba. Convertí en una norma poner toda mi energía en cualquier empresa que acometiera. Hice de mí una verdadera víctima. Incluso albergué la idea de ser vegetariano, con la vaga impresión de que transformándome en un animal herbívoro me sacrificaría por Dora.

Hasta ese momento, la pequeña Dora desconocía mi desesperada firmeza, si exceptuamos lo que mis cartas dejaban confusamente entrever. Pero llegó otro sábado, y era el sábado en que ella visitaría por la tarde a la señorita Mills, y en que yo acudiría a tomar el té cuando el señor Mills se hubiese marchado a su club de *whist* (hecho que me comunicarían poniendo una jaula en la ventana central del salón).

Por aquel entonces estábamos perfectamente instalados en Buckingham Street, donde el señor Dick seguía copiando documentos en un estado de completa felicidad. Mi tía había conseguido una señalada victoria sobre la señora Crupp, prescindiendo de sus servicios, arrojando por la ventana la primera vasija de agua que dejó en las escaleras, y protegiendo personalmente, cuando subía o bajaba, a una criada que había contratado por horas en el mundo exterior. Aquellas enérgicas medidas aterrorizaron de tal modo a la señora Crupp que decidió retirarse a su cocina, convencida de que la señorita Trotwood estaba loca. Como a mi tía le tenía sin cuidado la opinión de la señora Crupp, así como la del resto del mundo, prefería alentar esta idea en lugar de contradecirla; y mi casera, antes tan bravucona, se convirtió en pocos días en una mujer tan pusilánime que, para evitar encontrarse con mi tía en las escaleras, trataba de esconder su corpulencia

detrás de las puertas (dejando, sin embargo, visible un amplio borde de sus enaguas de franela) o desaparecía en los rincones más oscuros. Mi tía sentía una satisfacción indescriptible con ello, y creo que se divertía subiendo y bajando las escaleras, con el sombrero colocado del modo más inverosímil, cuando tenía más probabilidades de tropezarse con la señora Crupp.

Mi tía, que era extraordinariamente ordenada e ingeniosa, introdujo tantas reformas en nuestro hogar que yo tenía la impresión de ser más rico y no más pobre que antes. Entre otras cosas, convirtió la despensa en mi vestidor; y compró y decoró para mí un armazón de cama que, durante el día y en la medida de lo posible, parecía una biblioteca. Yo era el objeto de su constante solicitud; y ni mi pobre madre habría podido quererme más, o preocuparse más por hacerme dichoso.

Peggotty se había sentido muy honrada de que le permitiera participar en aquellas tareas; y, aunque no se había librado por completo del antiguo temor que le inspiraba, había recibido de mi tía tantas muestras de cariño y de confianza que se habían convertido en las mejores amigas del mundo. Pero había llegado el momento (me refiero al sábado en que yo debía tomar el té en casa de la señorita Mills) de que regresara a su casa, a fin de cumplir con los deberes que había contraído respecto a Ham.

—Adiós, Barkis —exclamó mi tía—, y ¡cuídese mucho! ¡Jamás pensé que fuera a afligirme tanto perderla!

Acompañé a Peggotty hasta la diligencia y la vi partir. Se despidió llorando, y me pidió que cuidara de su hermano, del mismo modo en que lo había hecho Ham. No habíamos vuelto a saber nada de él desde su marcha, aquella tarde soleada.

—Y ahora, mi querido Davy —dijo Peggotty—, si tienes necesidad de dinero mientras prosigues tu aprendizaje, o si, una vez concluido éste, deseas cierta cantidad para establecerte (y eso te ocurrirá en uno u otro caso, o tal vez en los dos, tesoro mío), ¿quién puede tener más derecho a prestártelo que esta vieja y necia mujer que tanto quiso a su dulce niña?

Mi independencia no era tan feroz como para impedirme contestarle que, si alguna vez pedía dinero prestado a alguien, sería a ella. A menos que hubiera aceptado una importante suma en el acto, no creo que nada hubiera podido tranquilizar tanto a Peggotty como esas palabras.

—Y, querido mío —me cuchicheó Peggotty—, dile a esa hermosa y angelical chiquilla que me habría gustado mucho conocerla, ¡aunque sólo hubiera sido

un instante! Y que antes de que se case con mi niño iré, si me lo permites, a arreglar vuestra casa y a dejarla primorosa.

Afirmé que nadie más pondría la mano en ella, y se sintió tan complacida que se marchó muy animada.

A lo largo del día, empleé toda clase de estratagemas para fatigarme mucho en los Commons y, al atardecer, a la hora señalada, me dirigí a la calle del señor Mills. Éste, que tenía la terrible costumbre de quedarse dormido después del almuerzo, aún no había salido, y no se veía ninguna jaula en la ventana del medio.

El señor Mills me obligó a esperar tanto tiempo que deseé con toda el alma que el club le multara por retrasarse tanto. Finalmente, se marchó; y vi cómo mi Dora colgaba la jaula y se asomaba al balcón para buscarme, y cómo se apresuraba a entrar de nuevo al advertir mi presencia, mientras Jip se quedaba atrás, ladrando furiosamente al enorme perro de un carnicero, que hubiera podido tragárselo tan fácilmente como una píldora.

Dora salió a recibirme en la puerta del salón; y Jip apareció corriendo tras ella, gruñendo como un loco, convencido de que yo era un bandido; y los tres volvimos a entrar, todo lo felices y enamorados que era posible. Pero no tardé en llevar la desolación al corazón de nuestra dicha (no es que tuviera el propósito de hacerlo, pero estaba tan inmerso en el asunto...) preguntando a Dora, sin prepararla antes lo más mínimo, si sería capaz de amar a un mendigo.

¡Mi hermosa y pequeña Dora! ¡Cuál no sería su asombro! En su imaginación sólo asociaba esa palabra a un rostro macilento con un gorro de dormir, o unas muletas, o una pata de palo, o un perro con un platillo en la boca, o algo parecido; y se quedó mirándome con la más encantadora expresión de sorpresa.

—¿Cómo puedes preguntarme una cosa tan estúpida? —dijo poniendo mala cara—. ¡Amar a un mendigo!

—¡Dora, amor mío! ¡Yo soy el mendigo!

—No seas tonto, ¿cómo puedes sentarte ahí y contarme esas historias? —exclamó Dora, dándome una palmada en la mano—. ¡Le diré a Jip que te muerda!

Sus modales infantiles me parecían lo más encantador del mundo, pero era necesario ser explícito y le repetí solemnemente:

—¡Dora, amor mío! ¡Es tu David quien está en la ruina!

—Le diré a Jip que te muerda —insistió ella, agitando sus rizos— si sigues siendo tan ridículo.

Pero yo estaba tan serio que Dora dejó de mover la cabeza y apoyó su mano pequeña y temblorosa en mi hombro, y al principio pareció inquieta y asustada, y luego rompió a llorar. ¡Fue terrible! Caí de rodillas delante del sofá, y empecé a acariciarla y a implorarle que no me destrozara el corazón; pero durante algunos instantes la pobre y pequeña Dora no hacía más que exclamar: «¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!», y... ¡estaba tan asustada! ¿Dónde estaba Julia Mills? ¡Vete con Julia Mills y márchate, te lo ruego! Creí que iba a volverme loco.

Al final, después de una agonía de súplicas y protestas, conseguí que me mirase, con una expresión horrorizada que poco a poco fui calmando hasta que se volvió amorosa; y su suave y bonita mejilla se apoyó en la mía. Entonces le dije, estrechándola entre mis brazos, que la amaba tanto, tanto; que creía mi deber liberarla de su compromiso, pues ahora era pobre; que nunca me consolaría ni podría soportar perderla; que no tenía miedo de la pobreza, si a ella no le asustaba, pues mi brazo era fuerte y mi corazón animoso; que ya trabajaba con un coraje que sólo los enamorados conocían; que había empezado a ser un hombre práctico y a pensar en el porvenir; que un mendrugo honradamente ganado era mejor que un festín heredado; y muchas otras cosas por el estilo que declaré en una explosión de apasionada elocuencia que me sorprendió a mí mismo, a pesar de que no había dejado de pensar en ellas desde que mi tía me había dejado perplejo con su llegada.

—¿Sigue siendo mío tu corazón, querida Dora? —pregunté con entusiasmo, pues estaba seguro de ello por la forma en que se aferraba a mí.

—¡Oh, sí! —respondió ella—. Sí, es todo tuyo. ¡Pero no seas horrible!

¡Horrible yo! ¡Con Dora!

—¡No me hables de ser pobres ni de trabajar de firme! —exclamó, apretándose más contra mí—. ¡No, no!

—Mi amor —dije yo—, un mendrugo bien ganado...

—Sí, sí; pero no quiero oír hablar más de mendrugos —afirmó Dora—. Y Jip tiene que comer una chuleta de cordero todos los días a las doce, ¡si no, se morirá!

Me sentí cautivado por sus modales infantiles y encantadores. Le expliqué con mucho cariño que Jip tendría su chuleta de cordero con la regularidad a la que estaba acostumbrado. Le describí la frugalidad de nuestra vida hogareña, independiente gracias a mi trabajo; y le hablé de la pequeña casa que había visto en Highgate, y de mi tía en la habitación del piso superior.

—¿Te parezco ahora horrible, Dora? —le pregunté con ternura.

—¡Oh, no, no! —replicó—. ¡Pero espero que tu tía pase mucho tiempo en su cuarto! ¡Y confío en que no sea una vieja gruñona!

Estoy seguro de que en esos momentos amé aún más a Dora, si esto era posible. Pero tuve la impresión de que le faltaba un poco de sentido práctico. Y mi recién nacido entusiasmo pareció enfriarse al comprender cuán difícil era contagiarle este sentimiento. Lo intenté de nuevo. Cuando ya se había serenado y estaba acariciando las orejas de Jip, al que tenía en su regazo, me puse serio y le dije:

—¿Puedo añadir algo, mi amor?

—¡Oh, te lo ruego! ¡No seas tan prosaico! —contestó ella, mimosa—. ¡Me da mucho miedo!

—¡Amor mío! —exclamé—. Nada de lo ocurrido debería asustarte. Me gustaría que pensaras en ello de un modo muy diferente. Me gustaría que te infundiera valor, Dora.

—¡Pero es tan horrible!

—No, amor mío. La perseverancia y la fortaleza de carácter nos permitirán soportar cosas mucho peores.

—Pero si yo no tengo la menor fortaleza —afirmó Dora, agitando sus rizos—. ¿Verdad, Jip? ¡Oh, vamos, dale un beso a Jip y sé simpático!

Fue imposible negarme a besar a Jip cuando me lo acercó con ese propósito, mientras su boquita sonrosada adoptaba la forma de un beso para dirigir la operación, que debía realizarse siguiendo las leyes de la simetría, en mitad del hocico. Seguí sus indicaciones, viendo después recompensada mi obediencia, y Dora consiguió hacerme olvidar la gravedad de mi carácter durante no sé cuánto tiempo.

—Pero, Dora, tesoro mío —exclamé, recobrando la seriedad—; iba a decirte una cosa.

Incluso el juez del Tribunal de las Prerrogativas se habría enamorado de

ella al verla juntar y levantar sus pequeñas manos, pidiéndome y suplicándome que no volviera a ser horrible.

—¡Por supuesto que no lo seré, querida! —le aseguré—. Pero, Dora, amor mío, si alguna vez pudieras pensar... sin desalentarte... todo lo contrario, para darte ánimos... que eres la prometida de un hombre pobre...

—¡No, no! ¡Te lo ruego! —sollozó Dora—. ¡Es demasiado terrible!

—¡Nada de eso, corazón! —respondí alegremente—. Pero si alguna vez pudieras pensarlo, y de vez en cuando te fijaras en el cuidado del hogar, e intentaras familiarizarte un poco con... las cuentas de la casa, por ejemplo...

La pobre y pequeña Dora acogió esta sugerencia con algo a medio camino entre el grito y el sollozo.

—Después nos será muy útil —proseguí—. Y si me prometieras leer un poco... un pequeño manual de cocina que te enviaré... sería maravilloso para los dos. Pues, Dora, nuestro camino en la vida —exclamé, dejándome llevar por el entusiasmo— es ahora áspero y pedregoso, y está en nuestras manos allanarlo. Tenemos que luchar para seguir adelante. Tenemos que ser valientes. Tropezaremos con muchos obstáculos y tenemos que enfrentarnos a ellos y derribarlos.

Seguí hablando a gran velocidad, con el puño cerrado y el rostro encendido; pero era inútil continuar. Había dicho bastante. Y había vuelto a conseguirlo. ¡Dora estaba tan asustada! ¿Dónde estaba Julia Mills? ¡Vete con Julia Mills y márchate, por favor! En pocas palabras, perdí los nervios y empecé a correr como un loco por el salón.

Esta vez creí que la había matado. Le rocié la cara con agua. Me arrodillé. Me mesé los cabellos. Me acusé de ser una bestia despiadada y cruel. Imploré su perdón. Le supliqué que me mirara. Revolví el costurero de la señorita Mills en busca de un frasco de sales y, en mi desesperación, saqué un alfilerero de marfil y se me cayeron todas las agujas encima de Dora. Amenacé con el puño a Jip, que estaba tan histérico como yo. Cometí toda clase de desatinos y, cuando la señorita Mills entró en la habitación, estaba completamente fuera de mí.

—¿Quién le ha hecho esto? —exclamó la joven, acudiendo en socorro de su amiga.

—¡Yo, señorita Mills! ¡He sido yo! —repliqué—. ¡Tiene ante usted al culpable!

Después de pronunciar esa frase u otra parecida, escondí mi rostro entre los cojines del sofá.

Al principio, la señorita Mills pensó que se trataba de una pelea y que estábamos a dos pasos del desierto del Sáhara; pero no tardó en enterarse de lo que ocurría, pues mi querida Dora se abrazó a ella y empezó a contarle que yo era un «pobre obrero»; y entonces se echó a llorar por mí, me abrazó y me suplicó que aceptara todo su dinero; después rodeó con los brazos el cuello de su amiga, sollozando como si su tierno corazón estuviera destrozado.

La señorita Mills parecía haber nacido para ser nuestra salvación. Bastaron cuatro palabras mías para que comprendiera la situación, consoló a Dora y la convenció poco a poco de que yo no era un obrero (creo que Dora había llegado a la conclusión, por la forma en que yo le había expuesto el caso, de que me pasaba el día cavando zanjas, subiendo y bajando por un tablón con una carretilla), y acabó por restablecer la paz entre nosotros. Cuando nos serenamos, y Dora subió a ponerse unas gotas de agua de rosas en los ojos, la señorita Mills llamó a la campanilla para que nos sirvieran el té. Aproveché esos instantes para decirle que siempre contaría con mi amistad y que mi corazón dejaría de latir antes de que pudiera olvidar sus muestras de simpatía.

Después expliqué a la señorita Mills lo que había tratado inútilmente de explicar a Dora. Nuestra amiga señaló el principio de que la Cabaña de la felicidad era mejor que el Palacio del frío esplendor, y aseguró que donde había amor, no faltaba nada.

Le respondí que tenía mucha razón, y ¿quién podía saberlo mejor que yo, que amaba a Dora con un amor que ningún mortal había conocido hasta entonces? Y, cuando la señorita Mills afirmó, muy abatida, que algunos corazones serían dichosos si mis palabras fueran ciertas, me apresuré a añadir que mi observación sólo podía aplicarse al sexo masculino.

Entonces le pregunté si le parecía acertada mi sugerencia de que Dora se familiarizara con las cuentas de la casa, el cuidado del hogar y el manual de cocina.

La señorita Mills, después de meditarlo un poco, me contestó:

—Señor Copperfield, quisiera hablarle con franqueza. En algunos temperamentos, las dificultades y los sufrimientos suplen a los años, y seré tan sincera con usted como si fuese una madre abadesa. No. Su sugerencia no me parece nada acertada. Nuestra querida Dora es una criatura mimada de la

naturaleza; toda luz, gracilidad y alegría. Nada me impide decirle que si fuera posible, estaría bien, pero...

Y la señorita Mills movió la cabeza.

Aquella confesión final me empujó a preguntarle si, en el caso de que se presentara la oportunidad de atraer la atención de Dora sobre esa clase de preparativos para una vida seria, ella no la aprovecharía por el bien de mi amada. La señorita Mills me respondió que sí con tanta prontitud que me animé a pedirle que se encargara del manual de cocina; si conseguía que Dora lo aceptara sin asustarse, me haría un enorme favor. La señorita Mills aceptó también esta misión, aunque no se mostró demasiado optimista.

Y la pequeña Dora regresó, tan adorable que no pude sino preguntarme si teníamos derecho a importunarla con asuntos tan prosaicos. Y fue tan cariñosa conmigo y estuvo tan encantadora (especialmente cuando obligaba a Jip a erguirse sobre las patas traseras para darle pan tostado, y fingía que iba a quemarle el hocico con la tetera porque se negaba a obedecerla) que, al recordar cuánto la había asustado y la había hecho llorar, me sentí una especie de monstruo que hubiese entrado en el recinto de un hada.

Después del té, cogimos la guitarra; y Dora cantó de nuevo aquellas viejas y queridas canciones francesas que hablaban de la imposibilidad de dejar de bailar, tralalá, tralalá, hasta que me sentí un monstruo mucho más terrible que el de antes.

Sólo un incidente vino a ensombrecer nuestra alegría, y éste se produjo poco antes de que yo me retirara: cuando la señorita Mills aludió por casualidad al día siguiente, tuve la mala fortuna de comentar que, como debía trabajar de firme, me levantaba a las cinco de la mañana. No sé si Dora imaginó que yo era un vigilante nocturno, pero mis palabras la impresionaron tanto que dejó de tocar la guitarra y de cantar.

Seguía pensando en lo mismo cuando me despedí de ella; y entonces me dijo con aire mimoso, como si yo fuera un muñeco (o eso me parecía):

—Y no seas malo. Nada de levantarte a las cinco. ¡Es un disparate!

—Amor mío —repuse—, tengo trabajo.

—¡Pues no lo hagas! ¿Por qué tienes que hacerlo?

Era imposible decirle a aquella carita dulce y sorprendida, como no fuese entre risas y bromas, que tenemos que trabajar para vivir.

—¡Qué ridiculez! —exclamó Dora.

—Y si no trabajamos, ¿cómo viviremos? —inquirí.

—¿Cómo? ¡De cualquier modo!

Parecía creer que había resuelto el problema y me dio un pequeño beso de triunfo, surgido directamente de su inocente corazón; habría sido incapaz de desengañarla aunque me hubieran ofrecido una fortuna.

¡Sí! Yo la amaba, y continué amándola de una manera absorbente, ilimitada y absoluta. Pero también seguí trabajando duramente, y me afané por conservar al rojo vivo todos los hierros que ahora tenía en el fuego; y algunas noches, sentado frente a mi tía, empezaba a pensar cuánto había asustado a Dora y cómo podría abrirme camino con el estuche de una guitarra a través del bosque de las dificultades, hasta tener la sensación de que mis cabellos habían encanecido.

XXXVIII

La disolución de una sociedad

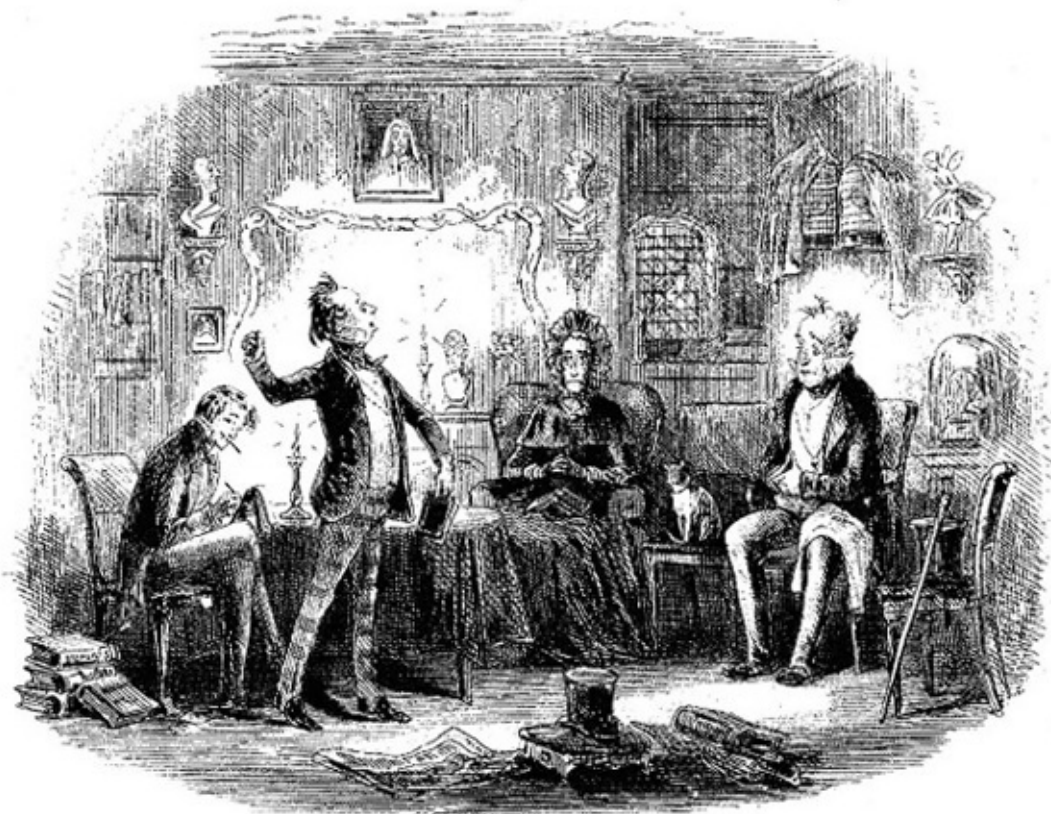
No dejé que se enfriara mi resolución de seguir los debates parlamentarios. Era uno de los hierros que empecé inmediatamente a calentar, y uno de los que conservé al rojo vivo y martillé con una perseverancia de la que puedo sentirme orgulloso. Compré un buen método del noble arte de la estenografía y de sus misterios (que me costó diez chelines y seis peniques), y me sumergí en un mar de perplejidades que, en pocas semanas, me condujo a las puertas de la locura. Los cambios marcados por los puntos, que, según su posición, significaban una cosa u otra completamente diferente; las increíbles extravagancias que se realizaban con los círculos; las consecuencias inexplicables que se derivaban de unos signos que parecían patas de mosca; las terribles secuelas de una curva colocada en el lugar erróneo... no sólo turbaban mis horas de vigilia, sino que me perseguían en sueños. Cuando había logrado abrirme paso a tientas, ciegamente, a través de todas esas dificultades y dominaba el alfabeto, que era en sí mismo un verdadero templo egipcio, vi aparecer un desfile de nuevos horrores, llamados arbitrariamente caracteres. Jamás he conocido unos signos más tiránicos. Por ejemplo, un garabato que se asemejaba al principio de una telaraña quería decir expectación, y otro que recordaba a un cohete significaba desventaja. Cuando conseguí grabar en mi memoria a todos esos miserables, me di cuenta de que habían borrado de mi cabeza todo lo anterior; y, cuando volví a empezar desde el principio, fueron ellos los que se desvanecieron; y, mientras trataba de recuperarlos, perdí otros fragmentos del sistema; en una palabra, era descorazonador.

Y creo que habría desistido de mi empeño si no hubiera sido por Dora, que era el estay y el ancla de mi barco agitado por la tempestad. Cada signo del método era un roble nudoso en el bosque de las dificultades, y yo seguía derribándolos uno tras otro, con tanto ardor que en tres o cuatro meses estuve

en condiciones de realizar un experimento con uno de nuestros mejores oradores de los Commons. Nunca olvidaré el modo en que el brillante orador se retiró, antes de que yo hubiera podido siquiera empezar, ¡dejando mi estúpido lápiz bamboleándose sobre el papel como si le hubiera dado un ataque!

Aquello no podía funcionar, era evidente. Estaba volando demasiado alto y, de ese modo, jamás llegaría a ningún sitio. Pedí consejo a Traddles, y éste me propuso dictarme él mismo los discursos, sin correr, deteniéndose de vez en cuando para adaptarse a mi ritmo. Muy agradecido por su amable ayuda, acepté el ofrecimiento; y, durante mucho tiempo, tuvimos casi todas las noches una especie de Parlamento privado en Buckingham Street después de que yo volviera de casa del doctor.

¡Me gustaría ver un Parlamento como aquél en cualquier otro lugar! Mi tía y el señor Dick representaban al gobierno o a la oposición (según el caso) y Traddles, con la ayuda de *El orador* de Enfield^[81] o de un volumen de discursos parlamentarios, lanzaba las invectivas más asombrosas contra ellos. De pie, al lado de la mesa, con el dedo izquierdo en el libro para no perder la página, agitando la mano derecha por encima de la cabeza, Traddles, en el papel del señor Pitt, del señor Fox, del señor Sheridan, del señor Burke, de lord Castlereagh, del vizconde Sidmouth o del señor Canning, se exaltaba en grado extremo y acusaba violentamente a mi tía y al señor Dick de libertinaje y de corrupción; yo, mientras tanto, sentado a escasa distancia con el cuaderno en las rodillas, intentaba con toda el alma seguirle. La inconsistencia y la temeridad de Traddles no habría podido superarlas ningún político real. En el transcurso de una semana, era capaz de defender las más variadas opiniones políticas y de enarbolar cualquier bandera. Mi tía, con el aire imperturbable de un ministro de Hacienda, le interrumpía de vez en cuando con un «¡Bravo!», un «¡No!» o un «¡Oh!», siempre que el texto parecía exigirlo; y, a esa señal, el señor Dick (un perfecto caballero de provincias) profería con voz poderosa el mismo grito. Pero el señor Dick se vio acusado de tantas cosas a lo largo de su carrera parlamentaria, y se le hizo responsable de tantas atrocidades, que a veces sentía un gran desasosiego. Creo que empezó a asustarle la idea de haber hecho realmente algo que contribuyera a abolir la constitución británica y a llevar al país a la ruina.



Traddles hace un gran papel en el Parlamento, mientras yo tomo nota

Muchísimas veces proseguíamos esos debates hasta que el reloj daba la medianoche y las velas estaban casi consumidas. Gracias a tan magnífico entrenamiento, logré poco a poco seguir a Traddles bastante bien, y habría podido sentirme victorioso si hubiera tenido la menor idea de lo que mis notas querían decir. Pero me costaba tanto leer lo que había escrito como si hubiera copiado las inscripciones chinas de una inmensa colección de cajas de té, o los caracteres dorados de todos los enormes frascos rojos y verdes de las farmacias.

No me quedaba otra solución que volver atrás y comenzar de nuevo. Fue muy duro, pero lo hice, aunque bastante abatido; y empecé a recorrer con dificultad y de forma metódica el mismo aburrido camino, a paso de tortuga, deteniéndome a examinar cada pequeño detalle y haciendo los esfuerzos más desesperados por reconocer a primera vista aquellos caracteres esquivos siempre que los encontrara. Jamás llegaba tarde a la oficina o a casa del doctor; lo cierto es que, como dice la expresión, trabajaba como una mula.

Cierto día, cuando llegué a los Commons a la hora habitual, encontré al señor Spenlow en la entrada, terriblemente serio y hablando solo. Como se quejaba a menudo de dolor de cabeza (era bastante cuelllicorto y estoy plenamente convencido de que abusaba del almidón), al principio temí que padeciera esa clase de mal; pero no tardó en tranquilizarme sobre ese punto.

En vez de responder a mis «buenos días» con su acostumbrada afabilidad, me miró con aire distante y ceremonioso y me pidió fríamente que le acompañara a un café que, en aquellos tiempos, tenía una puerta que daba a los Commons, junto al pequeño arco de baja altura que conducía al cementerio de Saint Paul. Le obedecí, preso de una gran inquietud; sentía pinchazos por todo el cuerpo, como si mis temores estuvieran echando brotes. Cuando le dejé pasar delante de mí, debido a lo estrecho que era el camino, observé que llevaba la cabeza muy derecha, de un modo que no presagiaba nada bueno; y tuve el presentimiento de que había descubierto lo de mi querida Dora.

Si no hubiese adivinado esto mientras nos dirigíamos al café, no hay duda de que lo habría comprendido cuando le seguí a una habitación del piso superior y encontré a la señorita Murdstone, delante de un aparador donde había varios vasos boca abajo sujetando unos limones, y dos de aquellas extraordinarias cajas, llenas de ranuras y de esquinas, que servían para guardar cuchillos y tenedores y que, afortunadamente para la humanidad, hoy en día están pasadas de moda.

La señorita Murdstone me dio sus frías uñas y continuó sentada muy seria y erguida. El señor Spenlow cerró la puerta, me señaló una silla y se quedó en pie delante de la chimenea.

—Tenga la bondad de enseñar al señor Copperfield —dijo el señor Spenlow— lo que tiene en su ridículo, señorita Murdstone.

Creo que se trataba del mismo bolsito metálico de mi niñez, el que parecía cerrarse dando una dentellada. Apretando los labios, en consonancia con el chasquido, la señorita Murdstone lo abrió (al mismo tiempo que abría la boca) y sacó de él mi última carta a Dora, repleta de expresiones del más tierno afecto.

—Se trata de su letra, ¿no es así, señor Copperfield? —exclamó el señor Spenlow.

Yo estaba muy acalorado y apenas reconocí mi voz cuando respondí:

—¡En efecto, señor!

—Si no me equivoco, señor Copperfield —prosiguió el señor Spenlow, mientras la señorita Murdstone sacaba de su bolsito un paquete de cartas atadas con una preciosa cinta azul—, también éstas han salido de su pluma.

Las cogí con un sentimiento terrible de desolación; y echando un vistazo a algunos de los encabezamientos, como «Dora de mi alma», «Ángel mío», «Mi siempre adorada», me puse rojo como la grana y bajé la cabeza.

—¡No, gracias! —dijo el señor Spenlow con frialdad, cuando se las devolví mecánicamente—. No quiero privarle de ellas. Señorita Murdstone, tenga la bondad de continuar.

La amable criatura, después de contemplar pensativa la alfombra durante unos segundos, prosiguió secamente:

—He de confesar que, desde hace algún tiempo, albergaba ciertas sospechas de que ocurría algo entre la señorita Spenlow y el señor Copperfield. Les había observado en su primer encuentro, y mi impresión no había sido buena. La perversidad del corazón humano es tan...

—Le agradeceré, señora —interrumpió el señor Spenlow—, que se limite a relatar los hechos.

La señorita Murdstone bajó los ojos, movió la cabeza en señal de protesta contra aquella desconsiderada interrupción y, poniéndose muy digna, añadió con el ceño fruncido:

—Puesto que debo limitarme a relatar los hechos, me extenderé lo menos posible. Tal vez esta forma de proceder se considere aceptable. Como he dicho antes, señor, sospechaba que había algo entre la señorita Spenlow y el señor Copperfield desde hace algún tiempo. Con frecuencia he buscado una prueba que confirmara mis sospechas, pero en vano. Por ese motivo, me abstuve de decir nada al padre de la señorita Spenlow —señaló, mirando severamente a éste—, consciente de la poca disposición que hay en semejantes casos para agradecer el fiel cumplimiento del deber.

El señor Spenlow pareció intimidado por la noble gravedad de la señorita Murdstone y, para paliar su enfado, hizo un gesto conciliador con la mano.

—A mi regreso a Norwood, después del período de ausencia ocasionado por el matrimonio de mi hermano, me di cuenta de que la conducta de la señorita Spenlow, que acababa de pasar unos días en casa de la señorita Mills,

resultaba mucho más sospechosa que antes. Así que decidí vigilarla estrechamente.

Mi dulce y querida Dora, ¿cómo iba ella a sospechar que el ojo del dragón la observaba?

—Sin embargo —prosiguió la señorita Murdstone—, no encontré la menor prueba hasta ayer por la noche. Tenía la impresión de que la señorita Spenlow recibía demasiadas cartas de su amiga la señorita Mills; pero como esta amistad contaba con la aprobación de su padre —otro pequeño ataque contra el señor Spenlow—, no me correspondía intervenir. Si no se me permite aludir a la perversidad natural del corazón humano, espero que al menos se me permita... es mi deber... hablar de una confianza depositada en quien no la merece.

El señor Spenlow asintió con aire contrito.

—Ayer por la tarde, después del té —continuó la señorita Murdstone—, observé que el perrito corría, saltaba y gruñía en el salón, jugando con algo. Le dije a la señorita Spenlow: «Dora, ¿qué tiene el perro en la boca? Un papel»; y ella se llevó inmediatamente la mano al vestido, dejó escapar un grito y corrió hacia el perro. Yo me interpuse y exclamé: «Dora, querida, déjame a mí».

¡Oh, Jip, spaniel miserable, eres tú entonces el causante de nuestro infortunio!

—La señorita Spenlow —prosiguió la señorita Murdstone— intentó engatusarme con besos, cajitas y pequeños artículos de joyería que, por supuesto, yo rehusé. El perrito se escondió debajo del sofá cuando me acerqué a él, y me costó mucho sacarle con la ayuda del atizador. Incluso una vez fuera, siguió con la carta en la boca; y cuando traté de quitársela, corriendo el riesgo de que me mordiera, apretó los dientes con tal obstinación que prefirió quedar suspendido en el aire antes que soltar el papel. Finalmente, logré apoderarme de él. Después de leerlo, pregunté a la señorita Spenlow si tenía muchas otras cartas parecidas, y acabé consiguiendo que me entregara el paquete que ahora está en manos del señor Copperfield.

Entonces terminó su alocución; y, cerrando de golpe el bolsito al mismo tiempo que la boca, pareció una mujer que podía quebrarse pero que jamás se doblegaría.

—Ya ha oído a la señorita Murdstone —dijo el señor Spenlow, volviéndose a

mí—. ¿Tiene usted algo que añadir, señor Copperfield?

La imagen que veía ante mí del hermoso y pequeño tesoro de mi corazón llorando y sollozando durante toda la noche... el hecho de que estuviera sola, asustada y muy abatida... de que hubiera rogado y suplicado a aquella mujer cruel que la perdonara... de que le hubiera ofrecido en vano besos, cajitas y baratijas... de que estuviera sufriendo tanto, y todo por mi culpa... fue un duro golpe para la poca dignidad que aún conservaba. Me temo que durante unos momentos, a pesar de todos mis esfuerzos, fui incapaz de disimular mi temblor.

—No tengo nada que decir, señor —respondí—, excepto que toda la culpa es mía. Dora...

—La señorita Spenlow, se lo ruego —me interrumpió su padre con aire majestuoso.

—Fui yo quien la convenció de que consintiera en ocultarlo —proseguí, tragándome aquel frío apelativo—; lo lamento amargamente.

—Merece un sinfín de reproches, señor —exclamó el señor Spenlow, mientras andaba de un lado a otro por la esterilla de la chimenea, subrayando sus palabras con todo el cuerpo y no con la cabeza, debido a la rigidez del cuello de su camisa y de su espina dorsal—. Ha actuado a escondidas y de un modo indecoroso. Cuando invito a un caballero a mi casa, ya tenga diecinueve, veintinueve o noventa años, le doy una prueba de confianza. Si abusa de ella, comete un acto muy poco honorable, señor Copperfield.

—Ahora lo veo con claridad, señor, se lo aseguro —repliqué—. Pero nunca se me ocurrió pensar así. Sinceramente, señor Spenlow, con toda franqueza, nunca se me ocurrió pensar de ese modo. Mi amor por la señorita Spenlow es tan grande...

—¡Bah! ¡Tonterías! —exclamó, sonrojándose—. Le ruego que no diga en mi presencia que está enamorado de mi hija, señor Copperfield.

—¿Cómo podría si no excusar mi conducta, señor? —dije con toda humildad.

—¿Acaso quedaría así justificada? —inquirió el señor Spenlow, deteniéndose bruscamente—. ¿Ha reflexionado usted sobre su edad y la de mi hija, señor Copperfield? ¿Ha reflexionado sobre lo que significa minar la confianza que debería existir entre mi hija y yo? ¿Ha reflexionado sobre la posición social de la señorita Spenlow, sobre los proyectos que yo pueda

haber forjado para su porvenir, sobre mis intenciones testamentarias para con ella? ¿Ha reflexionado sobre algo, señor Copperfield?

—Me temo que muy poco, señor —repuse con todo el respeto y el pesar que sentía—; pero créame, se lo suplico, he reflexionado sobre mi situación en el mundo. Cuando se la expliqué a usted, estábamos ya comprometidos...

—Le ruego —dijo el señor Spenlow dando una enérgica palmada, más parecido que nunca a Polichinela (no pude evitar percatarme de ello, a pesar de mi desesperación)— que no me hable de compromisos, señor Copperfield.

A la, por lo demás, inalterable señorita Murdstone se le escapó una risita desdeñosa.

—Cuando le expliqué a usted el cambio que se había producido en mi situación, señor —empecé de nuevo, sustituyendo por otra expresión la que tanto le había desagradado—, ya se había iniciado ese período de clandestinidad al que desgraciadamente la señorita Spenlow se vio empujada por mi culpa. Desde que mi posición económica empeoró, he puesto toda mi energía y he realizado toda clase de esfuerzos para mejorarla. Estoy convencido de que, con el tiempo, lo conseguiré. Si quisiera darme un plazo... el que usted desee... Los dos somos tan jóvenes, señor...

—Tiene usted razón —me interrumpió el señor Spenlow, asintiendo repetidas veces con la cabeza y frunciendo mucho el ceño—, los dos son muy jóvenes. No es más que una locura. Será mejor ponerle fin. Llévese estas cartas y arrójelas al fuego. Deme las de la señorita Spenlow para que las queme. Aunque a partir de ahora, como podrá comprender, sólo nos veremos en los Commons, acordaremos no volver a mencionar el pasado. Vamos, señor Copperfield, es usted una persona inteligente; será lo más sensato.

No. No podía mostrarme de acuerdo con él. Lo lamentaba muchísimo, pero había algo más importante que la sensatez. El amor estaba por encima de cualquier otra consideración terrena, y yo amaba a Dora hasta la idolatría y ella me correspondía. No se lo dije exactamente así; lo suavicé cuanto pude; pero se lo di a entender, y fui categórico. No creo que resultara muy ridículo, pero sé que fui categórico.

—Muy bien, señor Copperfield —exclamó el señor Spenlow—, ejerceré toda mi influencia sobre mi hija.

La señorita Murdstone dio a entender con un expresivo sonido, un largo y profundo jadeo que no era ni un suspiro ni un gemido, aunque se asemejaba a

los dos, que debía haber hecho eso desde el principio.

–Ejerceré toda mi influencia sobre mi hija –repitió el señor Spenlow. ¿Se niega a llevarse sus cartas, señor Copperfield?

Pues yo las había dejado en la mesa.

Sí. Le dije que esperaba que no lo tomara a mal, pero que no podía aceptarlas de manos de la señorita Murdstone.

–¿Ni de las mías? –quiso saber.

No, contesté con el mayor de los respetos; tampoco de las suyas.

–¡Muy bien! –dijo él.

En el silencio que siguió, yo no sabía si marcharme o quedarme allí. Finalmente, cuando había decidido dirigirme lentamente hacia la puerta con la intención de decirle que tal vez sería mejor para él que yo me retirase, el señor Spenlow añadió, con las manos en los bolsillos de la chaqueta (donde apenas le cabían) y con una expresión que yo calificaría, en conjunto, de indiscutiblemente piadosa:

–Supongo que sabrá, señor Copperfield, que no carezco del todo de posesiones terrenales, y que mi hija es mi familiar más cercano y más querido.

Me apresuré a responderle que esperaba que el error al que me había empujado la naturaleza desesperada de mi amor no le indujera a pensar que actuaba por interés.

–No pretendo decir eso en absoluto –señaló–. Sería mejor para usted y para todos nosotros, señor Copperfield, que fuera un poco más interesado... quiero decir, que fuese más juicioso y tomara menos en serio estas locuras juveniles. No. Sólo quería decirle, con un propósito muy diferente, que supongo que sabrá que dispongo de algunos bienes que legaré a mi hija.

Por supuesto que lo sabía.

–¿No pensará usted –prosiguió el señor Spenlow–, con todos los ejemplos que vemos diariamente, aquí en los Commons, del inexplicable y negligente proceder de los hombres en relación con sus disposiciones testamentarias (no creo que haya ningún otro asunto en el que los hombres sean más inconsecuentes), que no he tomado mis medidas al respecto?

Incliné la cabeza en señal de asentimiento.

—No permitiré —exclamó, con creciente devoción y moviendo muy despacio la cabeza mientras se balanceaba alternativamente sobre la punta de los pies y los talones— que cuanto he dispuesto en favor de mi hija se vea influenciado por un acto de locura juvenil como éste. No es más que una locura. No tiene el menor sentido. En poco tiempo, se desvanecerá en el aire. Pero yo podría... si este estúpido asunto persistiera... verme forzado, en algún momento de inquietud, a proteger a mi hija y a ponerla al abrigo de las consecuencias de cualquier paso alocado que pudiera dar en dirección al matrimonio. Y ahora, señor Copperfield, confío en que no me obligue a abrir, ni siquiera durante un cuarto de hora, esa página cerrada en el libro de la vida, y a deshacer, ni siquiera durante un cuarto de hora, graves asuntos hace mucho tiempo dirimidos.

Toda su persona reflejaba una serenidad, una paz y un aire de calma crepuscular que me emocionaron. Se mostraba tan tranquilo y resignado —era evidente que sus asuntos estaban en perfecto orden, sistemáticamente organizados— que resultaba conmovedor contemplarlo. Creo que llegué a ver lágrimas en sus ojos, de lo profundos que eran sus sentimientos al respecto.

Pero ¿qué podía hacer yo? No podía renunciar a Dora ni a mi propio corazón. Cuando el señor Spenlow me aconsejó que me tomara una semana para reflexionar, ¿cómo iba a negarme, aunque supiera que un número infinito de semanas no podrían cambiar un amor como el mío?

—Mientras tanto, hable de todo esto con la señorita Trotwood o con alguna otra persona que tenga experiencia en la vida —señaló, ajustándose la corbata con las dos manos—. Tómese una semana, señor Copperfield.

Me plegué a sus deseos; y, esforzándome por reflejar en mi rostro la constancia desesperada de mi amor, salí de la habitación. Las pobladas cejas de la señorita Murdstone me siguieron hasta la puerta (y si hablo de sus cejas y no de sus ojos es porque eran mucho más relevantes en su cara); y su aspecto era tan parecido al que había tenido antaño, a esa hora de la mañana, en nuestra sala de Blunderstone, que habría podido creer que había vuelto a equivocarme en mis lecciones, y que el peso que me abrumaba era aquel horrible libro de ortografía con grabados en forma de óvalo que, en mi imaginación juvenil, se asemejaban a los cristales de unas gafas.

Cuando llegué a la oficina y, haciendo un gesto con la mano al viejo Tiffey y a los demás escribientes para que no me molestaran, me senté en mi mesa de trabajo, en mi pequeño rincón, para pensar en la catástrofe

inesperada que acababa de producirse y para maldecir a Jip con toda la amargura de mi alma, el recuerdo de Dora empezó a atormentarme de tal modo que me sorprende que no cogiera el sombrero y corriese como un loco hacia Norwood. La idea de que la habían asustado, de que la habían hecho llorar, y de que yo no estaba a su lado para consolarla, me resultaba tan insoportable que no pude evitar escribir una carta de lo más insensata al señor Spenlow, suplicándole que no le hiciera pagar a ella las consecuencias de mi cruel destino. Le imploraba que evitase el sufrimiento de aquella dulce criatura y que no aplastara aquella delicada flor, dirigiéndome a él, por lo que recuerdo, como si, en vez de su padre, hubiera sido un ogro o el dragón de Wantley.^[82] Cerré la carta y, antes de que volviera, la dejé encima de su mesa; cuando entró en el despacho pude ver, por la puerta entreabierta, cómo la cogía y la leía.

No me habló de mi misiva en toda la mañana; pero por la tarde, antes de marcharse, me llamó para decirme que no debía preocuparme por la felicidad de su hija. Él le había asegurado que todo aquello no eran más que tonterías; y no tenía nada más que añadir. Creía que era un padre indulgente (y no se equivocaba), y no era necesario que yo sufriera por su hija.

—Si sigue mostrándose tan obstinado y se niega a entrar en razón, señor Copperfield —prosiguió—, tal vez me vea obligado a enviar a mi hija nuevamente al extranjero por algún tiempo; pero tengo mejor opinión de usted. Confío en que, dentro de unos días, se muestre más razonable. En cuanto a la señorita Murdstone —pues yo había aludido a ella en la carta—, respeto el modo en que ha vigilado a mi hija y le estoy muy agradecido, pero tiene órdenes estrictas de no volver a hablar del asunto. Lo único que deseo, señor Copperfield, es que se olvide de todo. Es lo único que tiene usted que hacer, señor Copperfield, olvidarlo.

¡Lo único! En la nota que escribí a la señorita Mills, cité amargamente este sentimiento. Lo único que tenía que hacer, repetí con triste sarcasmo, era olvidar a Dora. Eso era todo, ¿y qué era eso? Le pedí a la señorita Mills que me recibiera aquella misma noche. Si no podía hacerlo con el consentimiento y la presencia de su padre, le suplicaba que se entrevistara conmigo a escondidas en la antecocina, donde estaba la calandria para planchar la ropa blanca. Le dije que mi cordura se tambaleaba en su trono y que sólo ella, la señorita Mills, podía evitar que fuera derrocada. Terminé la carta con un «desesperadamente suyo» y, cuando la releí, antes de entregársela a un mensajero, no pude sino pensar que parecía salida de la pluma del señor

Micawber.

Sin embargo, la envié. Al anochecer, me dirigí a la calle de la señorita Mills y estuve paseando por ella hasta que su doncella salió sigilosamente a buscarme y me condujo por el patio trasero hasta la antecocina. Después he tenido razones para pensar que el único motivo que me impidió entrar por la puerta principal y ser recibido en el salón fue el amor de la señorita Mills por todo lo romántico y lo misterioso.

En la antecocina, me abandoné a la desesperación. Supongo que fui allí para hacer el ridículo, y estoy convencido de que lo conseguí. La señorita Mills había recibido una nota escrita con precipitación en la que Dora le explicaba que se había descubierto todo y le suplicaba: «¡Oh, Julia, ven, ven, te lo ruego!». Pero la señorita Mills, temiendo que su presencia no fuera bien recibida por las autoridades de la casa, todavía no había ido. ¡Y ahí estábamos todos sin saber qué hacer en medio del desierto del Sáhara!

La señorita Mills tenía una sorprendente facilidad de palabra, y le gustaba dar curso a su elocuencia. No pude dejar de sentir, a pesar de que sus lágrimas se mezclaron con las mías, que se regodeaba en nuestras desgracias. Las mimaba, por decirlo de algún modo, para sacar el máximo partido de ellas. Me dijo que se había abierto un profundo abismo entre Dora y yo, y que sólo el arco iris del Amor podría franquearlo. El Amor debía sufrir en este mundo sombrío; siempre había sido así, y siempre lo sería. Pero daba lo mismo, aseguró. Los corazones acabarían rompiendo las telas de araña que los aprisionaban y entonces el Amor quedaría vengado.

No fue un gran consuelo, pero la señorita Mills no quería que albergara falsas esperanzas. Me hizo sentir mucho más desgraciado que antes, y comprendí (y así se lo dije sumamente agradecido) que era una verdadera amiga. Decidimos que ella iría a visitar a Dora a primera hora de la mañana, y que encontraría el modo de transmitirle, ya fuera con palabras o con la mirada, todo mi amor y mi abatimiento. Nos despedimos abrumados por el dolor; y estoy convencido de que la señorita Mills disfrutó con ello enormemente.

Se lo conté todo a mi tía al llegar a casa; y, a pesar de cuanto pudo decirme, me acosté desesperado. Me levanté desesperado, y salí de casa desesperado. Era sábado por la mañana y fui directamente a los Commons.

Al acercarme a nuestra oficina, me extrañó ver a los conserjes hablando delante de la puerta y a media docena de curiosos mirando por las ventanas,

que estaban cerradas. Aceleré el paso y, abriéndome camino entre ellos, intrigado, entré presuroso.

Los escribientes se encontraban allí, pero nadie trabajaba. El viejo Tiffey, quizá por primera vez en su vida, estaba sentado en el taburete de otro empleado y no había colgado su sombrero.

—¡Qué terrible desgracia, señor Copperfield! —exclamó al verme entrar.

—¿Qué sucede? —inquirí—. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Acaso no lo sabe? —preguntaron Tiffey y los demás, rodeándome.

—¡No! —respondí mirando a todos, uno tras otro.

—El señor Spenlow —dijo Tiffey.

—¿Qué le ha pasado?

—¡Ha muerto!

Pensé que era la oficina y no yo la que se movía, mientras uno de los escribientes me sujetaba. Me sentaron en una silla, me deshicieron el nudo de la corbata y me trajeron un vaso de agua. No sé cuánto tiempo transcurrió.

—¿Ha muerto? —repetí.

—Ayer cenó en la ciudad y regresó guiando él mismo su faetón —explicó Tiffey—; había enviado al lacayo antes a casa, en la diligencia, como hacía algunas veces...

—¿Y qué pasó?

—El faetón llegó a Norwood sin él. Los caballos se detuvieron en la puerta del establo. El criado salió con una linterna. No había nadie en el carruaje.

—¿Se habían desbocado los caballos?

—No estaban demasiado fatigados —dijo Tiffey, poniéndose los lentes—; en todo caso, según tengo entendido, no más fatigados que si hubieran regresado a su paso habitual. Las riendas estaban rotas, pero habían venido arrastrándose por el suelo. Toda la casa se puso inmediatamente en pie, y tres criados salieron en busca del señor Spenlow. Lo encontraron a una milla de distancia.

—A más de una milla, señor Tiffey —señaló un joven empleado.

—¿Está seguro? Sí, creo que tiene razón —afirmó—, a más de una milla de distancia, cerca de la iglesia, tendido boca abajo... con medio cuerpo en la

carretera y medio cuerpo en la cuneta. Nadie parece saber si se cayó al sufrir un ataque, o si bajó del faetón al sentirse indispuerto... ni siquiera si estaba realmente muerto cuando lo encontraron, aunque no hay duda de que se hallaba inconsciente. Si aún respiraba, lo cierto es que no pronunció una sola palabra. Llamaron en seguida a un médico, pero fue en vano.

Soy incapaz de describir mi estado de ánimo al recibir aquella noticia. Es fácil comprender la conmoción que me produjo aquel acontecimiento tan repentino, cuya víctima era una persona con la que yo había tenido algunas desavenencias; el terrible vacío que dejaba en el despacho que había ocupado tan recientemente, y en el que la mesa y la silla parecían esperarle y los manuscritos del día anterior daban la impresión de ser obra de un fantasma; la indefinible imposibilidad de imaginar aquel lugar sin él, y la sensación de que iba a entrar cada vez que se abría la puerta; el perezoso silencio y la inactividad que reinaban en la oficina, y el insaciable placer con que los empleados hablaban de lo ocurrido, mientras otras personas entraban y salían para conocer todos los detalles. Lo que soy incapaz de describir es cómo, en lo más profundo de mi corazón, me corroían los celos incluso de la Muerte. Cómo temía que su fuerza pudiera alejarme de los pensamientos de Dora. Cómo me reconcomía la envidia de su pena. Cómo me atormentaba pensar que ella lloraba con otros, o que otros la consolaban. Cómo me dominaba el deseo avaro y egoísta de apartarla de todo el mundo excepto de mí, y de ser todo para ella, precisamente en aquel momento, el más inoportuno de todos.

En ese estado de confusión (espero que no exclusivamente mío, sino conocido por otros), me dirigí aquella noche a Norwood; al enterarme por un criado, cuando hice indagaciones en la puerta, de que la señorita Mills se encontraba allí, le supliqué a mi tía que le enviase una carta de mi puño y letra. Lamentaba sinceramente la prematura muerte del señor Spenlow, y lloré al escribirla. Pedí a la señorita Mills que dijese a Dora, si es que Dora era capaz de escucharla, que su padre había sido muy bondadoso y considerado conmigo; y que únicamente había tenido palabras de ternura para ella, ni una sola frase de reproche. Soy consciente de que hice aquello empujado por el egoísmo, a fin de que mi nombre llegara hasta ella; pero intenté convencerme a mí mismo de que era un acto de justicia a la memoria de su padre. Es muy posible que de verdad lo creyera.

Mi tía recibió al día siguiente unas líneas de respuesta. El sobre venía dirigido a ella; la carta, a mí. Dora estaba abrumada por el dolor y, cuando su amiga le había preguntado si tenía algún mensaje para mí, había exclamado

llorando, pues no dejaba de llorar: «¡Oh, mi querido papá! ¡Oh, pobre papá!». Pero no le había respondido que no, lo que me tranquilizó bastante.

El señor Jorkins, que había estado en Norwood desde el suceso, volvió a la oficina unos días después. Él y Tiffey se encerraron en su despacho durante un rato, y después Tiffey se asomó a la puerta y me indicó que pasara.

—¡Oh! —exclamó el señor Jorkins—. El señor Tiffey y yo, señor Copperfield, vamos a examinar la mesa, los cajones y el resto de las pertenencias del finado, con el fin de sellar los papeles personales y de buscar el testamento. No hemos encontrado ni rastro de él. ¿Tendría la amabilidad de ayudarnos?

Yo había estado muy angustiado, pensando en qué circunstancias quedaría mi Dora, quién sería su tutor, etcétera, y ahora tenía la oportunidad de averiguarlo. Empezamos inmediatamente nuestras pesquisas; el señor Jorkins abría mesas y cajones cerrados con llave y nosotros sacábamos todos los papeles. Colocamos a un lado los de la oficina y a otro los personales (que no eran muy numerosos). Trabajamos con enorme seriedad; y, cuando descubríamos un sello, un estuche de lápices, un anillo, o algún pequeño objeto de esa clase que nos recordaba a él, lo comentábamos en voz muy baja.

Habíamos sellado ya varios paquetes y proseguíamos nuestra tarea en medio del polvo y del silencio cuando el señor Jorkins nos dijo, aplicando a su difunto socio exactamente las mismas palabras que éste le había aplicado a él:

—El señor Spenlow se resistía a salir del camino trillado. ¡Ya saben ustedes cómo era! Me inclino a pensar que no hizo testamento.

—¡Oh! ¡Me consta que sí lo hizo! —dije yo.

Los dos se detuvieron para mirarme.

—El último día que estuve con él —añadí—, me dijo que había hecho testamento y que hacía mucho tiempo que tenía todos sus asuntos en regla.

El señor Jorkins y el viejo Tiffey movieron al unísono la cabeza.

—No resulta nada prometedor —manifestó Tiffey.

—Nada prometedor —repitió el señor Jorkins.

—Supongo que no dudarán ustedes... —empecé a decir.

—Mi buen señor Copperfield —exclamó Tiffey, apoyando la mano en mi

brazo y cerrando los dos ojos al tiempo que movía la cabeza—, si llevara tanto tiempo como yo en los Commons, sabría que no hay ningún otro asunto en el que los hombres sean más inconsecuentes y menos de fiar.

—¡Válgame Dios! ¡Pero si ésas fueron exactamente sus palabras! —repuse con tenacidad.

—Entonces está claro —afirmó Tiffey—. En mi opinión, no hay testamento.

Me pareció increíble, pero al final no hubo testamento. Al señor Spenlow ni siquiera se le había pasado por la cabeza hacerlo, a juzgar por sus papeles; pues no se encontró en ellos el menor indicio, borrador o memorándum de que tuviera intención de testar. No fue para mí menos asombroso descubrir que sus asuntos se hallaban en el más completo desorden. Fue muy difícil saber qué debía, qué había pagado y qué bienes poseía al morir. Es muy probable, dijeron, que tampoco lo hubiera sabido él desde hacía muchos años. Poco a poco fue saliendo a la luz que, en la rivalidad entonces tan extendida en los Commons en cuestiones de ostentación y elegancia, el señor Spenlow se había gastado más de lo que ganaba en su profesión, que no era mucho, y había reducido su fortuna personal, si es que alguna vez había sido importante (lo que parecía más que dudoso) a la mínima expresión. Se alquiló la casa de Norwood y se vendieron sus muebles; y Tiffey me contó, sin adivinar cuánto me interesaba la historia, que, una vez pagadas las deudas del finado, después de deducir la parte que le correspondía de los créditos dudosos y discutibles que tendría que respaldar la firma, no daría ni mil libras por su activo.

Todo esto sucedió al cabo de seis semanas. Yo vivía acongojado, y creo que estuve a punto de suicidarme cuando la señorita Mills me contó de nuevo que lo único que decía la pequeña y afligida Dora al oír mencionar mi nombre era: «¡Oh, pobre papá! ¡Oh, querido papá!». Me enteré, asimismo, gracias a ella, de que la familia de Dora se reducía a dos tías solteras, hermanas del señor Spenlow, que vivían en Putney y que apenas se habían visto con él en los últimos años. No es que se hubieran peleado, me informó la señorita Mills, sino que, al ser invitadas a tomar el té con ocasión del bautizo de Dora, y considerarse con el derecho a ser invitadas a cenar, habían expresado por escrito su opinión de que «con miras a la felicidad de todos» sería mejor que guardaran las distancias. Desde entonces, ellas habían seguido un camino y el señor Spenlow, otro.

Aquellas dos damas salieron ahora de su retiro, y propusieron llevarse a Dora a vivir a Putney. Y Dora se abrazó a ellas llorando y exclamó: «¡Oh, sí,

tías! ¡Por favor, llévennos a Julia Mills, a Jip y a mí a Putney!». Y allí se fueron, poco después del funeral.

No sé de dónde saqué el tiempo para deambular por Putney; pero me las arreglé, de un modo u otro, para merodear con frecuencia por sus alrededores. La señorita Mills, a fin de cumplir de un modo más fidedigno con los deberes de la amistad, escribía un diario; y a veces se encontraba conmigo en el parque y me lo leía, o (si no tenía tiempo) me lo prestaba. ¡Cómo atesoraba yo aquellas anotaciones, de las que adjunto una muestra!

Lunes.– Mi dulce Dora sigue desconsolada. Dolor de cabeza. Llamo su atención sobre el buen aspecto de J., D. lo acaricia. Despertados así los recuerdos, se abren las compuertas del sufrimiento. Explosión de dolor (¿Son las lágrimas el rocío del corazón? J.M.).

Martes.– D. débil y nerviosa. Muy bella en su palidez (¿No ocurre lo mismo con la luna? J.M.). D., J.M. y J. salen a tomar el aire en carruaje. J. se asoma a la ventanilla y ladra violentamente a un basurero. Una sonrisa aparece en el rostro de D. (¿Con eslabones tan frágiles se forma la cadena de la vida! J.M.)

Miércoles.– D. relativamente feliz. Canto una alegre melodía, *Las campanas del anochecer*.^[83] No se serena, sino todo lo contrario. D. sumamente conmovida. Más tarde la encuentro llorando en su cuarto. Le recito unos versos sobre mí y una joven gacela.^[84] No tengo éxito. Le hablo también de la Resignación sobre un Monumento^[85] (¿Por qué sobre un monumento? J.M.).

Jueves.– D. más animada. Ha pasado mejor noche. Un suave tinte adamascado vuelve a sus mejillas. Decidida a mencionar el nombre de D.C. Empiezo a hablar de él con precaución durante el paseo. D. trastornada: «¡Oh, mi querida Julia! ¡He sido una hija tan desobediente y tan ingrata!». La consuelo y acaricio. Esbozo un retrato imaginario de D.C. a las puertas de la muerte. D. nuevamente trastornada. «¡Oh! ¿Qué debo hacer? ¡Llévame a alguna parte!». Muy alarmada. D. se desmaya y vaso de agua en un bar. (Afinidad poética. Cuadros dibujados en la jamba de la puerta; así es la vida humana, ¡ay! J.M.)

Viernes.– Día de incidentes. Aparece un hombre con una bolsa azul, «a buscar las botas que la señora desea arreglar». La cocinera responde: «No he recibido esa orden». El hombre insiste. La cocinera va a investigar y deja al desconocido solo con J. A su regreso, el hombre sigue insistiendo, pero finalmente se marcha. J. ha desaparecido. D. loca de inquietud. Se informa a la policía. Deben identificar al hombre por su nariz ancha y sus piernas como los pilares de un puente. Buscan por doquier. No aparece J. y D. llora amargamente, inconsolable. Vuelvo a hablarle de la joven gacela. Apropiado, pero no sirve de nada. Al anochecer, un muchacho extraño llama a la puerta. Lo conducimos a la sala. Nariz ancha, pero no pilares de un puente. Dice que quiere una libra y que sabe algo de un perro. Se niega a dar más explicaciones, a pesar de nuestras preguntas. D. le da la libra y él lleva a la cocinera a una casita donde J. se encuentra solo, atado a la pata de una mesa. Alegría de D. que baila alrededor de J., mientras éste toma la cena. Animada por este cambio feliz, le hablo de D.C. en el piso de arriba. Dora llora de nuevo y exclama: «¡Oh, no, no. Estaría muy mal pensar en algo que no fuera mi pobre papá!». Besa a J. y se duerme entre sollozos. (¿No deberá D.C. confiarse a las poderosas alas del tiempo? J.M.)

La señorita Mills y su diario fueron mi único consuelo durante ese período. Reunirme con ella, que acababa de estar con Dora... seguir la inicial del nombre de Dora a través de sus amables páginas... ser animado por ella a desesperarme... era lo único que aliviaba mi dolor. Tenía la impresión de haber vivido en un castillo de naipes que se había derrumbado, dejándonos a la señorita Mills y a mí solos entre las ruinas; como si un cruel hechicero hubiera dibujado alrededor de la inocente diosa de mi corazón un círculo mágico, que únicamente esas poderosas alas, capaces de llevar a tanta gente por encima de tantas dificultades, me permitirían franquear.

XXXIX

Wickfield y Heep

Mi tía, que empezaba a estar seriamente preocupada, supongo, por mi prolongado abatimiento, fingió estar deseosa de que fuera a Dover para ver si todo marchaba bien en su casa, que había alquilado, y para firmar un nuevo contrato con el inquilino. Janet había entrado al servicio de la señora Strong, donde yo la veía a diario. Antes de abandonar Dover, había dudado mucho si poner punto final a la renuncia a los hombres que le había inculcado mi tía, casándose con un práctico del puerto; pero había preferido no correr ese riesgo. No creo que fuera por respeto a dicho principio, sino porque él no le gustaba.

Aunque me costaba mucho dejar a la señorita Mills, cedí de buena gana a la pretensión de mi tía, pues así tendría la oportunidad de pasar unas horas tranquilas con Agnes. Le pregunté al buen doctor si podría ausentarme tres días y, como éste insistió en que me tomara un descanso —quería darme más días libres, pero mi energía no lo habría soportado—, decidí ponerme en camino.

En cuanto a los Commons, no tenía por qué preocuparme demasiado de mis obligaciones allí. A decir verdad, cada vez estábamos peor vistos entre los procuradores eclesiásticos más prestigiosos, y nos deslizábamos rápidamente hacia una posición más que dudosa. El negocio había sido mediocre en tiempos del señor Jorkins, antes de la llegada del señor Spenlow; y, a pesar de que la inyección de sangre nueva y la ostentación del padre de Dora lo habían ayudado a prosperar, aún carecía de una base suficientemente sólida para resistir, sin sentir la sacudida, un golpe tan brutal como la pérdida repentina del más activo de sus socios. Lo cierto es que declinó muchísimo. El señor Jorkins, a pesar de la fama que tenía entre nosotros, era uno de esos hombres indolentes e incapaces, cuya reputación de puertas afuera no le respaldaba en

absoluto. Ahora no tenía más remedio que tratar con él y, cuando le veía tomar su rapé y descuidar sus negocios, lamentaba más que nunca las mil libras de mi tía.

Pero eso no era lo peor. Había en los Commons una serie de parásitos e intrusos que, ajenos a la institución, llevaban asuntos de derecho civil que en realidad les solucionaban verdaderos procuradores eclesiásticos, quienes les prestaban sus nombres a cambio de una parte del beneficio; y estos últimos eran también muy numerosos. Como nuestro despacho necesitaba conseguir trabajo a cualquier precio, nos unimos a esa noble tribu, y desplegamos todo nuestro encanto para que parásitos e intrusos nos confiaran sus asuntos. Todos perseguíamos las licencias de matrimonio y las legalizaciones testamentarias de poca importancia; eran las operaciones más lucrativas y la competencia era terrible. En todas las vías de acceso a los Commons, había secuestradores y embaucadores con instrucciones de cortar el paso a todas las personas enlutadas y a todos los caballeros de aspecto tímido, a fin de engatusarlos para que fueran a las oficinas de sus respectivos patrones. Estas instrucciones se seguían con tanto celo que, antes de que me conocieran de vista, a mí mismo me llevaron dos veces al despacho de nuestro peor rival. Los conflictos de intereses entre aquellos caballeros que servían de gancho resultaban tan enojosos que, en más de una ocasión, les hicieron llegar a las manos; y nuestro principal embaucador (que había trabajado primero en el negocio del vino y después como corredor de comercio) dio el escandaloso espectáculo de pasearse durante unos días por los Commons con el ojo morado. Ninguno de aquellos personajes dudaba en ayudar educadamente a una anciana dama vestida de negro a salir de un carruaje, en anunciarle la muerte de un procurador eclesiástico por el que ella preguntaba, en presentarle a su jefe como el sucesor y representante legal del difunto, y en llevarla (a veces profundamente afectada por la noticia) a su despacho. Muchos prisioneros fueron conducidos de ese modo hasta mí. En cuanto a las licencias de matrimonio, la rivalidad llegó a tales extremos que un caballero algo apocado que fuera en su busca sólo podía rendirse al primer embaucador, o dejar que se lo disputaran varios y convertirse en presa del más fuerte. Uno de nuestros empleados, un indeseable, tenía la costumbre de esperar con el sombrero puesto hasta que terminaba la contienda, a fin de precipitarse al encuentro de un juez para que sus víctimas prestaran juramento. Tengo entendido que este sistema de engatusar clientes continúa en nuestros días. La última vez que estuve en los Commons, un individuo corpulento con un delantal blanco se abalanzó sobre mí desde un portal y me dijo al oído las

palabras «Licencia de matrimonio»; y a duras penas logré impedir que me cogiera en brazos y me llevase al despacho de algún procurador eclesiástico.

Pero dejaré esta digresión y seguiré hasta Dover.

Encontré la casa en muy buen estado; y tuve el placer de dar a mi tía la noticia de que su inquilino había heredado el odio a los burros, y libraba una guerra incesante contra ellos. Después de solucionar el pequeño asunto que me había llevado a Dover y de dormir una noche allí, me dirigí andando a Canterbury a primera hora de la mañana. Había llegado de nuevo el invierno; y el frescor del viento y la majestuosidad del paisaje reavivaron un poco mis esperanzas.

Al llegar a Canterbury, empecé a vagar por sus viejas calles con una alegría serena que tranquilizó mi ánimo y alivió mi corazón. Allí estaban los mismos carteles, los mismos nombres sobre la entrada de las tiendas, los mismos comerciantes detrás de sus mostradores. Mis años escolares me parecían tan lejanos que me asombró ver lo poco que había cambiado la ciudad, hasta que se me ocurrió pensar en lo poco que yo mismo había cambiado. Sin duda resulta extraño, pero aquella serena influencia que siempre asociaba con Agnes parecía impregnar incluso la ciudad donde ella vivía. En las venerables torres de la catedral, que las voces de los viejos grajos y de las cornejas volvían mucho más lejanas que el silencio; en los deteriorados pórticos, antaño repletos de estatuas, que se habían convertido en polvo tras caer de sus pedestales, al igual que los devotos peregrinos que las habían contemplado; en los rincones tranquilos por donde trepaban las hiedras centenarias, aferrándose a los tejados y a los muros en ruinas; en las antiguas casas, en el bucólico paisaje, en los huertos y jardines; en todas las cosas que veía a mi alrededor se respiraba el mismo aire sereno, el mismo espíritu reposado y meditabundo.

Cuando llegué a casa del señor Wickfield, encontré al señor Micawber escribiendo afanosamente en el pequeño despacho circular de la planta baja, donde tantas horas había pasado Uriah Heep. Vestía uno de esos trajes negros que llevan los abogados y, con su corpulencia y su altura, apenas cabía en aquel cuartito.

El señor Micawber se alegró mucho de verme, aunque pareció algo turbado. Le habría gustado llevarme inmediatamente con Uriah, pero yo decliné su oferta.

—Recuerde que hace mucho que conozco esta casa —le dije—; sabré

encontrar el camino. ¿Qué tal el derecho, señor Micawber? ¿Es de su agrado?

—Mi querido Copperfield —respondió—, para un hombre dotado de una imaginación superior, el inconveniente de los estudios legales es la cantidad de detalles que éstos encierran. Ni siquiera en la correspondencia profesional —añadió, mirando algunas de las cartas que estaba escribiendo— tiene uno la libertad de elevarse hasta las más exaltadas formas de expresión. Sin embargo, es una gran ocupación. ¡Una gran ocupación!

Después me contó que se había convertido en el inquilino de la antigua casa de Uriah Heep, y que la señora Micawber estaría encantada de recibirme una vez más bajo su techo.

—Es una vivienda humilde —exclamó el señor Micawber—, para emplear la expresión favorita de mi amigo Heep; pero podría ser un escalón para llegar a una residencia más suntuosa.

Le pregunté si tenía motivos para estar satisfecho del trato que le había dado hasta entonces su amigo Heep. Se levantó para comprobar si la puerta estaba bien cerrada y me contestó bajando la voz:

—Mi querido Copperfield, el hombre que trabaja bajo la presión de las dificultades pecuniarias se encuentra en una situación de inferioridad frente a la mayoría de la gente. Y esa inferioridad no disminuye cuando la presión le obliga a percibir los emolumentos estipendiarios antes de haberlos ganado estrictamente. Lo único que puedo decirle es que mi amigo Heep ha respondido a ciertas demandas, cuya naturaleza no es preciso detallar, de un modo que honra tanto a su corazón como a su cabeza.

—Nunca le habría creído tan generoso con su dinero —señalé.

—Disculpe —dijo como si se sintiera coaccionado—, me limito a hablar de mi experiencia personal con el señor Heep.

—Me alegro de que sea tan favorable.

—Se lo agradezco mucho, mi querido Copperfield —repuso; y empezó a tararear una canción.

—¿Ve con frecuencia al señor Wickfield? —le pregunté para cambiar de tema.

—No demasiado a menudo —replicó, despectivamente—. El señor Wickfield tiene muy buenas intenciones, de eso estoy seguro, pero... en una palabra, está muy anticuado.

—Temo que su socio sea el culpable de la situación —exclamé.

—Mi querido Copperfield —contestó, después de moverse con cierto nerviosismo en su taburete—, permítame hacerle una observación. El puesto que ocupo aquí es de confianza. Se cuenta con mi discreción. La discusión de algunos asuntos, incluso con la señora Micawber (que durante tanto tiempo ha sido la compañera de mis vicisitudes, además de una mujer de lúcida inteligencia), es, en mi opinión, incompatible con las funciones que me han sido encomendadas. Me tomo la libertad de sugerirle, por ese motivo, que tracemos una línea en nuestras amistosas relaciones, ¡que confío en que no se vean jamás interrumpidas! En un lado de la línea —prosiguió el señor Micawber, colocando una regla encima de la mesa en representación de ésta— estarán todas las cuestiones que puede abarcar el intelecto humano, con una pequeñísima excepción; en el otro, esa excepción, es decir los asuntos relacionados con los señores Wickfield y Heep, y todos sus pormenores. Espero no ofender al compañero de mi juventud al someter esta propuesta a su imparcial criterio.

A pesar de que percibí un cambio en el señor Micawber, que no parecía sentirse demasiado cómodo dentro de sus nuevas funciones, pensé que no tenía derecho a ofenderme. Mi respuesta fue un alivio para él, y se apresuró a estrecharme la mano.

—A quien admiro muchísimo, Copperfield —exclamó—, es a la señorita Wickfield, se lo aseguro. Es una joven extraordinaria, llena de atractivos, gracias y virtudes. ¡Le juro por mi honor —exclamó, besando repetidas veces su propia mano e inclinándose con la más exquisita cortesía— que rindo homenaje a la señorita Wickfield! ¡Ejem!

—Me alegro de eso, al menos —dije.

—Si no nos hubiera asegurado, mi querido Copperfield, durante aquella agradable velada que tuvimos la dicha de pasar en su compañía, que la D era su letra favorita —afirmó el señor Micawber—, habría supuesto que ésta era la A.

Todos hemos sentido alguna vez la sensación de que lo que decimos o hacemos lo hemos dicho o hecho antes, en épocas lejanas; de habernos visto rodeados, en la noche de los tiempos, de los mismos rostros, de los mismos objetos, de las mismas circunstancias; de saber de antemano lo que va a decirse, ¡como si de pronto lo recordáramos! Jamás he experimentado esto con tanta intensidad como antes de que el señor Micawber pronunciara esas

palabras.

Me despedí del señor Micawber, por el momento, pidiéndole que diera mis mejores recuerdos a su familia. Cuando le vi sentarse de nuevo en el taburete y coger la pluma, moviendo la cabeza dentro del cuello de la camisa para poder escribir mejor, comprendí con claridad que algo se había interpuesto entre él y yo desde que había asumido sus nuevas funciones, impidiendo que nos entendiéramos como antes y alterando por completo el carácter de nuestra relación.

No encontré a nadie en el viejo y singular salón, aunque la señora Heep había dejado huellas de su paso. Me asomé a la habitación que seguía siendo de Agnes y la vi sentada junto al fuego, trabajando en su antiguo y hermoso escritorio.

Como yo le quitaba la luz, ella levantó la mirada. ¡Qué dichoso me sentí de ser la causa de que su amable rostro se iluminara, y el objeto de su dulce sonrisa de bienvenida!

—¡Ay, Agnes! —exclamé, cuando nos sentamos el uno al lado del otro—. ¡Te he echado tanto de menos últimamente!

—¿De veras? —dijo ella—. ¡Otra vez! ¿Y tan pronto?

Moví la cabeza.

—No sé lo que me ocurre, Agnes; es como si careciera de alguna facultad que debiera tener. Creo que nunca la he adquirido porque tú siempre pensabas por mí en los buenos viejos tiempos, y yo tenía la costumbre de acudir a ti en busca de consejo y de apoyo.

—¿Y cuál es esa facultad?

—No sé cómo llamarla —respondí—. Pienso que soy serio y perseverante...

—Estoy convencida —dijo ella.

—¿Y paciente? —pregunté, con cierta vacilación.

—S...sí —afirmó Agnes, riendo—. Bastante paciente.

—Y, sin embargo —proseguí—, a veces me siento tan desgraciado y tan inquieto, y soy tan inseguro e indeciso a la hora de tomar una determinación, que supongo que me falta... no sé cómo llamarlo... algún tipo de confianza.

—Si quieres darle ese nombre... —contestó Agnes.

—¡Está bien! —exclamé—. ¡Te daré un ejemplo! Llegas a Londres, me ofreces tu apoyo, y en seguida tengo un objetivo y veo el camino a seguir. Me apartan de él, vengo aquí, y en un instante me siento otra persona. Las circunstancias que me afligían no han cambiado desde que entré en esta habitación; pero en este corto intervalo he sentido una influencia que me ha transformado, ¡y me siento mucho mejor! ¿Por qué motivo? ¿Cuál es tu secreto, Agnes?

Tenía la cabeza inclinada y la vista en el fuego.

—No es nada nuevo —continué—. No te rías si te digo que siempre ha sido igual, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Mis preocupaciones de antaño no eran más que chiquilladas, las de ahora son muy graves; pero siempre que me he alejado de mi hermana adoptiva...

Agnes levantó la mirada (¡su rostro era tan angelical!) y me tendió la mano, que yo me apresuré a besar.

—Cada vez que no has estado a mi lado, Agnes, para aconsejarme y dirigirme por el buen camino, he sido un insensato y me he metido en toda clase de dificultades. Cada vez que finalmente he acudido a ti, como he hecho siempre, he hallado la paz y la felicidad. Heme aquí de regreso, ahora, como un viajero fatigado, ¡y cuán dulce es el sereno reposo que he encontrado!

Sentía tan profundamente lo que decía y estaba tan emocionado que mi voz se quebró y, ocultando el rostro entre las manos, rompí a llorar. Sólo escribo la verdad. No sabía nada de las contradicciones e inconsecuencias que había en mi interior, así como en el de la mayoría de los hombres; de las cosas que hubieran podido ser distintas, y mucho mejores de lo que eran; de las veces que me había negado a escuchar la voz de mi propio corazón. Sólo sabía que, cuando Agnes estaba a mi lado, yo experimentaba un profundo sentimiento de paz.

No tardó en tranquilizarme con sus ademanes apacibles y fraternales, con el brillo de sus ojos, con la dulzura de su voz, y con la serenidad que emanaba de todo su ser y que mucho tiempo atrás había convertido en sagrada para mí la casa donde ella habitaba; y empecé a contarle lo que había ocurrido desde nuestro último encuentro.

—Y eso es todo, Agnes —exclamé, cuando acabé mis confidencias—. Ahora cuento contigo.

—Pero no tienes que contar conmigo, Trotwood —replicó Agnes con una

encantadora sonrisa—. Tienes que contar con otra persona.

—¿Con Dora? —inquirí.

—Por supuesto.

—Lo que no te he dicho, Agnes —añadí con cierta turbación—, es que resulta bastante difícil... y no quisiera por nada del mundo decir que resulta bastante difícil contar con Dora, pues es la viva imagen de la pureza y de la lealtad... pero... la verdad es que no sabría cómo expresarlo, Agnes. Es una criatura tan tímida, nerviosa y asustadiza. Hace algún tiempo, antes de la muerte de su padre, cuando creí llegado el momento de decirle... pero será mejor que te explique lo ocurrido, si tienes la paciencia de escucharme.

Y le describí el momento en que le había confesado mi pobreza, y le hablé del manual de cocina, de las cuentas de la casa y de todo lo demás.

—¡No has cambiado nada, Trotwood! —protestó, sonriendo—. Podías haber seguido luchando para abrirte camino en el mundo sin ser tan brusco con una muchacha tímida, inocente y cariñosa. ¡Pobre Dora!

Jamás había oído una voz que expresara tanta bondad y tanta dulzura como la suya al darme esa respuesta. Era como si la hubiese visto abrazar a Dora con ternura y admiración, reprochándome tácitamente, con su generosa protección, el haberme apresurado demasiado a turbar su corazoncito. Era como si hubiese visto a Dora, con toda su fascinante ingenuidad, besar a Agnes, darle las gracias, implorar mimosamente su apoyo contra mí, sin dejar de amarme con toda su infantil inocencia.

¡Sentí tanto agradecimiento y admiración por Agnes! Veía a las dos jóvenes juntas, en una encantadora imagen, unidas por la amistad, ¡tan bellas la una al lado de la otra!

—Entonces ¿qué debo hacer, Agnes? —pregunté, después de haber contemplado durante un rato el fuego—. ¿Qué sería lo más correcto?

—Creo que lo más honrado sería escribir a esas dos damas —respondió ella—. ¿No piensas que andar con secretos es poco caballeroso?

—Sí. Si ésa es tu opinión —contesté.

—No estoy capacitada para juzgar semejantes asuntos —dijo Agnes, vacilando en su modestia—, pero tengo la impresión... en una palabra, de que esa conducta misteriosa y clandestina no es propia de ti.

—Me temo que no es propia de la elevada opinión que tienes de mí, Agnes

—exclamé.

—No es propia de ti porque una de tus características es la franqueza —señaló—; por ese motivo, yo escribiría a esas dos damas. Les explicaría con toda la sencillez y la claridad posibles lo sucedido, y les pediría permiso para visitar de vez en cuando su casa. Teniendo en cuenta que eres joven y estás luchando por abrirte camino en la vida, creo que convendría añadir que estás dispuesto a aceptar cualquier condición que deseen imponerte. Les rogaría, asimismo, que no rechazasen tu petición sin hablar antes con Dora, y que eligieran para ello el momento oportuno. No me mostraría demasiado apasionado —concluyó Agnes, cariñosamente—, ni les exigiría demasiado. Confiaría en mi fidelidad, en mi perseverancia... y en Dora.

—Pero, Agnes —exclamé—, ¿y si volvieran a asustar a Dora al mencionar mi nombre? ¿Y si Dora empezase a llorar y no dijera nada de mí?

—¿Te parece probable? —preguntó Agnes, tan comprensiva como siempre.

—¡Pobre! ¡Se asusta con la misma facilidad que un pajarillo! —afirmé—. ¡Podría ocurrir! ¿Y si las dos señoritas Spenlow (las damas de cierta edad son a veces bastante maniáticas) no fueran las personas indicadas para recibir una carta de esa naturaleza?

—No creo, Trotwood —contestó Agnes, mirándome con dulzura—. Pero yo me olvidaría de eso. Quizá lo único que deberías pensar es si es correcto o no actuar así; y en caso afirmativo, lanzarte.

Mis dudas al respecto se disiparon. Mucho más alegre, aunque dominado por el sentimiento de la importancia capital de mi tarea, decidí consagrar la tarde a redactar un borrador, ocupación para la que Agnes me cedió su escritorio. Pero antes bajé a ver al señor Wickfield y a Uriah Heep.

Encontré a Uriah instalado en un nuevo despacho, construido en el jardín, que aún olía a yeso; tenía un aspecto sumamente ruin, en medio de tantos libros y papeles. Me recibió con su servilismo habitual y fingió no haberse enterado de mi llegada por el señor Micawber, algo que me tomé la libertad de no creer. Me acompañó al despacho del señor Wickfield (que era una sombra de lo que había sido, pues le habían despojado de muchas de sus comodidades para alojar al nuevo socio) y se quedó junto al fuego, calentándose la espalda y frotándose la barbilla con su mano huesuda mientras el señor Wickfield y yo nos saludábamos.

—¿Vivirás con nosotros durante tu estancia en Canterbury, Trotwood? —

inquirió el señor Wickfield, buscando con la mirada la aprobación de Uriah.

—¿Hay sitio para mí? —quise saber.

—Desde luego, señorito Copperfield... debería decir señor, pero me resulta tan poco natural llamarle de ese modo —dijo Uriah—. Será un placer para mí dejarle su antigua habitación, si así lo desea.

—No, no —exclamó el señor Wickfield—. ¿Por qué habría de molestarse? Hay otra habitación. Hay otra habitación.

—¡Oh! ¡Pero yo se la dejaría encantado! —contestó Uriah, haciendo una mueca.

Para acabar de una vez con la discusión, les dije que sólo aceptaría dormir en el otro cuarto; y eso fue lo que acordamos. Después me despedí de los dos socios hasta la hora del almuerzo y volví a subir las escaleras.

Había esperado no tener más compañía que la de Agnes. Pero la señora Heep había pedido permiso para sentarse con sus labores junto al fuego, con el pretexto de que aquella estancia era mejor para su reumatismo que el salón o el comedor, debido al viento que soplabá. Aunque creo que yo la habría dejado a merced de ese viento en la aguja más elevada de la catedral, sin el menor remordimiento, hice de la necesidad virtud y la saludé amistosamente.

—Le doy humildemente las gracias, señor —dijo la señora Heep, en respuesta a mis preguntas sobre su salud—, pero estoy así así... No tengo demasiado de que presumir. Si pudiera ver a mi Uriah bien establecido, no me quedaría mucho por pedir. ¿Cómo ha encontrado a mi Ury, señor?

Pensé que lo había encontrado tan horrible como siempre, y contesté que no había advertido el menor cambio en él.

—¡Oh! ¿Lo ha encontrado igual? Le ruego humildemente que me permita estar en desacuerdo con usted. ¿No cree que está más delgado?

—No más que de costumbre —repliqué.

—¿De veras? —dijo la señora Heep—. ¡Pero usted no lo ve con los ojos de una madre!

Aquellos ojos de madre, por muy tiernos que fueran con él (y estoy convencido de que ella y su hijo se adoraban mutuamente), me parecieron muy malvados con el resto del mundo cuando nuestras miradas se cruzaron. Después de observarme a mí, se clavaron en Agnes.

—Y usted, señorita Wickfield, ¿no cree que ha perdido peso y está fatigado? —inquirió.

—No —respondió Agnes, continuando apaciblemente la tarea que tenía entre manos—. Se preocupa demasiado por él. Está muy bien.

La señora Heep, sorbiendo ruidosamente con la nariz, reanudó sus labores.

Y no volvió a abandonar sus agujas ni su vigilancia. Yo había llegado bastante temprano y todavía faltaban tres o cuatro horas para el almuerzo; pero siguió allí, moviendo las agujas con la misma monotonía con que habrían caído los granos en un reloj de arena. Ella estaba sentada a un lado de la chimenea; yo, delante del escritorio, frente al fuego; y Agnes, un poco más lejos, en el otro extremo. Cada vez que, en medio de mis meditaciones epistolares, levantaba los ojos y miraba el rostro pensativo de Agnes, veía cómo éste se alegraba y me infundía ánimos con su expresión angelical, al mismo tiempo que la perversa mirada se posaba en mí, pasaba después a Agnes, volvía de nuevo a mí y regresaba furtivamente a sus labores. No sé lo que estaría tejiendo, no soy ningún experto en ese arte; pero daba la impresión de ser una red. Y, mientras ella movía sus agujas como si fueran palillos chinos a la luz de las llamas, parecía una horrible hechicera preparándose para lanzar su red contra la radiante criatura que tenía enfrente y que, hasta entonces, la había mantenido a distancia.

Durante el almuerzo, siguió vigilándonos con aquellos ojos que nunca parpadeaban. Después, su hijo tomó el relevo. Cuando el señor Wickfield, él y yo nos quedamos solos, Uriah me miró de soslayo y empezó a contorsionarse hasta que creí que no podría soportarlo. En el salón, encontré a su madre tejiendo, ocupada en vigilarnos de nuevo. Mientras Agnes cantaba y tocaba el piano, la señora Heep no se movió de su lado. En una ocasión le pidió que entonara una balada que, según ella, volvía loco a su Uriah (que en esos momentos bostezaba en un sillón); y, de vez en cuando, se daba la vuelta para mirar a su hijo y le decía a Agnes que el joven se hallaba embelesado con la música. Pero rara vez abría la boca (dudo que lo hiciera una sola vez) si no era para mencionar a su hijo. Era evidente que aquélla era su misión.

Y las cosas siguieron así hasta que llegó la hora de acostarnos. El hecho de haber visto a la madre y al hijo rondar por la casa como dos enormes murciélagos, ensombreciéndolo todo con sus horribles figuras, me desasosegó de tal modo que hubiera preferido quedarme en la planta baja, con agujas de

tricotar y todo, antes que irme a dormir. Apenas logré conciliar el sueño. A la mañana siguiente, volvieron a la carga las labores y la vigilancia, y duraron todo el día.

No tuve ocasión de estar ni diez minutos a solas con Agnes. Apenas pude mostrarle mi carta. Le propuse que diera un paseo conmigo; pero, al repetir tantas veces la señora Heep que se encontraba peor, Agnes tuvo la generosidad de quedarse en casa para hacerle compañía. Al anochecer salí solo a la calle, y empecé a meditar lo que tenía que hacer y si no me equivocaba al ocultar por más tiempo a Agnes lo que Uriah Heep me había contado en Londres; lo cierto es que aquella escena me atormentaba de nuevo.

Aún no había salido de la ciudad, por la carretera de Ramsgate, andando por un sendero que discurría a su costado, cuando oí una voz que me llamaba a mis espaldas. A pesar de la oscuridad, la silueta desgarbada y el pequeño sobretodo eran inconfundibles. Me detuve y Uriah Heep se acercó.

—¿Y bien? —le pregunté.

—¡Qué deprisa anda! —exclamó—. Mis piernas son bastante largas, pero les ha costado darle alcance.

—¿Dónde va? —pregunté.

—Voy con usted, señorito Copperfield, si me concede el placer de pasear con un viejo conocido.

Y, con un movimiento brusco que podía ser tanto conciliatorio como irónico, empezó a andar a mi lado.

—¡Uriah! —dije con toda la cortesía que pude, después de unos momentos de silencio.

—¡Señorito Copperfield!

—Si he de decirle la verdad (y espero que no se ofenda), he salido para dar un paseo a solas; creo que ya he tenido suficiente compañía.

—¿Se refiere a mi madre? —inquirió, mirándome de soslayo con su sonrisa más espantosa.

—Naturalmente —repuse.

—¡Ah! Pero ya sabe usted que somos gente humilde —señaló—. Y, al ser conscientes de nuestra humildad, debemos tener mucho cuidado para no nos arrinconen aquellos que no son de nuestra condición. Todas las estratagemas

son buenas en el amor, señorito Copperfield.

Alzó sus dos enormes manos hasta tocarse la barbilla, y frotó suavemente una contra otra, soltando una risita; pensé que ningún ser humano podría parecerse más a un malvado babuino.

—Verá, señorito Copperfield —dijo, sin dejar de hacer aquel desagradable gesto con las manos y moviendo la cabeza al tiempo que me miraba—, debe entender que es usted un rival muy peligroso; siempre lo ha sido.

—¿Ordena que se vigile a la señorita Wickfield y convierte su hogar en un lugar inhabitable por mi culpa? —pregunté.

—¡Señorito Copperfield! ¡Qué palabras tan duras! —replicó.

—Puede interpretarlas como desee —exclamé—. Sabe tan bien como yo lo que quiero decir.

—¡Oh, no! Tiene que explicármelo —dijo—. La verdad es que yo no sabría.

—¿Acaso supone —inquirí, esforzándome por no perder la calma ni la moderación a causa de Agnes— que la señorita Wickfield es otra cosa para mí que una hermana muy querida?

—Comprenderá, señorito Copperfield —repuso—, que nada me obliga a contestar esa pregunta. Es posible que sus palabras sean ciertas. Pero quizá no sea así.

Jamás he visto nada comparable a su expresión astuta y rastrera, a aquellos ojos sin sombra, carentes de pestañas.

—¡Vamos, Uriah! —dije—. Por el bien de la señorita Wickfield...

—¡Mi Agnes! —exclamó él, contorsionándose de un modo brusco y enfermizo—. ¿Tendría la bondad de llamarla Agnes, señorito Copperfield?

—Por el bien de Agnes Wickfield... ¡y qué Dios la bendiga!

—¡Gracias por esas palabras, señorito Copperfield! —me interrumpió Uriah.

—Le diré lo que, en otras circunstancias, habría preferido decirle a... Jack Ketch.^[86]

—¿A quién, señor? —preguntó Uriah, estirando el cuello y llevándose la mano a la oreja.

—A un verdugo —respondí—. La última persona en el mundo en que se me ocurriría pensar —aunque era el rostro de Uriah el que me había sugerido aquel

nombre—. Estoy comprometido con otra joven. Espero que eso le deje satisfecho.

—¿Me da su palabra de honor? —dijo.

Estaba a punto de ratificar mis palabras, indignado, cuando me cogió la mano y la apretó.

—¡Oh, señorito Copperfield! —exclamó—. Si hubiera tenido la bondad de contarme su secreto cuando yo le abrí mi corazón, la noche en que tanto le molesté durmiendo junto a la chimenea de su sala, jamás habría dudado de usted. Dada la situación, me apresuraré a alejar a mi madre; no sabe cuánto me alegro. Sé que sabrá disculpar las precauciones del amor, ¿no es cierto? ¡Es una lástima, señorito Copperfield, que no se dignara hacerme esa confidencia! Estoy seguro de haberle dado la oportunidad. Pero nunca me trató con la condescendencia que yo habría deseado. Sé que nunca me ha querido como yo le he querido a usted.

Entretanto, seguía apretándome la mano con sus dedos húmedos y viscosos, mientras yo hacía verdaderos esfuerzos por retirarla de un modo educado. Pero mis intentos fueron en vano. Pasó mi mano por debajo de la manga de su sobretodo morado y continué mi paseo, casi a la fuerza, cogido de su brazo.

—¿Quiere que regresemos? —dijo Uriah, obligándome a dar la vuelta.

La luna acababa de salir y brillaba sobre la ciudad, tiñendo las ventanas de color plateado, en la lejanía.

—Antes de cambiar de tema, me gustaría que comprendiera —le dije, después de un largo silencio— que, en mi opinión, Agnes Wickfield está tan por encima de usted, tan lejos de todas sus aspiraciones, como esa luna.

—¡Qué serena está! ¿No cree? —exclamó Uriah—. ¡Verdaderamente serena! Confiese de una vez, señorito Copperfield, que jamás me ha querido como yo le he querido a usted. Siempre me ha considerado demasiado humilde, ¿no es así?

—No me gusta que la gente se jacte de su humildad —contesté—, ni de ninguna otra cosa.

—¡Estaba seguro! —gritó Uriah, cuyo rostro, a la luz de la luna, parecía flácido y de color plomizo—. Pero ¿qué puede saber usted, señorito Copperfield, de lo importante que es mostrarse humilde para una persona de

mi posición? Mi padre y yo nos educamos en una escuela de la beneficencia; mi madre, en otro centro público de caridad. Desde la mañana hasta la noche, nos inculcaban a todos una gran dosis de humildad... no recuerdo que nos enseñaran otra cosa. Debíamos ser humildes no sólo ante esta persona sino también ante aquella otra, quitarnos el sombrero, hacer reverencias, saber siempre el lugar que nos correspondía y rebajarnos ante nuestros superiores. ¡Y teníamos tantos superiores! Mi padre ganó la medalla de primer ayudante gracias a su humildad. Yo seguí su ejemplo. Mi padre se convirtió en sepulturero gracias a su humildad. Tenía fama, entre la buena sociedad, de ser un hombre tan correcto que decidieron ayudarlo a prosperar. «Sé humilde, Uriah –me decía–, y lograrás abrirte camino. Es lo que siempre nos inculcaron en la escuela; lo que da mejor resultado. ¡Sé humilde –insistía– y llegarás lejos!» Y lo cierto es que no me ha ido nada mal.

Por primera vez se me ocurrió pensar que aquel odioso lenguaje de la falsa humildad podía haber nacido fuera de la familia Heep. Había visto la cosecha, pero nunca había imaginado la semilla.

–Comprendí el poder de la humildad cuando era niño –prosiguió Uriah–, y me aficioné a ella. Comí con apetito el pan de la humildad. Abandoné los estudios para que el nivel de mi educación fuera humilde, y me dije: «¡Detente!». Cuando usted se ofreció a enseñarme latín, sabía cuál debía ser mi respuesta. «A la gente le gusta sentirse superior –decía mi padre–. Será mejor que te quedes siempre por debajo». He seguido siendo muy humilde hasta el día de hoy, señorito Copperfield, ¡pero tengo algo de poder!

Y me contó esto (lo supe al ver su rostro a la luz de la luna) para que comprendiera que estaba decidido a resarcirse de todo utilizando su poder. Jamás había dudado de su mezquindad, astucia y malevolencia; pero entonces vi con claridad, por primera vez, lo despiadada, ruin y vengativa que era el alma que había engendrado aquella larga y temprana represión.

El relato de su vida sirvió al menos para que Uriah me soltara el brazo, a fin de volver a frotarse las manos bajo la barbilla. Una vez lejos de él, tomé la decisión de continuar de ese modo; y regresamos el uno al lado del otro, sin hablar apenas en todo el camino.

No sé si Uriah estaba tan contento por lo que yo le había dicho o por haberse abandonado al recuerdo del pasado; pero estaba muy animado por algo. Estuvo más hablador que nunca durante la cena; preguntó a su madre (relevada de su guardia desde nuestra llegada) si no creía que se estaba

volviendo demasiado viejo para seguir soltero; y, en una ocasión, lanzó tal mirada a Agnes que yo habría dado cualquier cosa por poder derribarlo.

Cuando los tres hombres nos quedamos a solas después de la sobremesa, Uriah se volvió más atrevido. Apenas había bebido vino, si es que lo había probado; supongo que era la insolencia del triunfo lo que le embriagaba, aumentada quizá por la tentación de exhibirla en mi presencia.

Yo había observado la víspera que Uriah incitaba a beber al señor Wickfield. Consciente del significado de la mirada que Agnes me había dirigido al salir del comedor, me había limitado a beber una copa y luego había propuesto que nos reuniéramos con ella. Habría hecho lo mismo aquel día, pero Uriah fue más rápido que yo.

—Apenas vemos a nuestro visitante, señor —exclamó dirigiéndose al señor Wickfield, que ofrecía un fuerte contraste con él, sentado en el otro extremo de la mesa—. Le propongo que bebamos una o dos copas de vino en su honor, si no tiene inconveniente. Señor Copperfield, ¡por su salud y por su felicidad!

Me vi obligado a estrechar la mano que él me tendía; y después, dominado por una emoción muy diferente, cogí la mano del infortunado anciano que se había asociado con él.

—¡Vamos, mi querido socio! —dijo Uriah—. Si pudiera tomarme la libertad... ¿por qué no propone un brindis por algo relacionado con Copperfield?

Paso por alto los brindis del señor Wickfield a la salud de mi tía, del señor Dick, de los Doctors' Commons y de Uriah, por los que bebió dos veces; la conciencia que tenía de su debilidad y el esfuerzo inútil que hacía para dominarla; la lucha entre la vergüenza que le inspiraba la conducta de Uriah y el deseo de ganarse su simpatía; y el júbilo manifiesto con que Uriah se contorsionaba y se movía, mientras empujaba a su socio a hacer el ridículo en mi presencia. Fue una escena sumamente dolorosa para mí, y mi mano se resiste a escribirla.

—¡Vamos, mi querido socio! —exclamó finalmente Uriah—. Haré un último brindis, pero le suplico humildemente que nos llene la copa, pues quiero beber a la salud de la criatura más divina de su sexo.

El señor Wickfield tenía una copa vacía en la mano. Vi cómo la dejaba en la mesa, miraba el retrato que tanto se asemejaba a Agnes y, llevándose la mano a la frente, se dejaba caer nuevamente en el sillón.

—Soy demasiado humilde para beber a su salud —prosiguió Uriah—, pero yo la admiro... yo la adoro.

Ningún dolor físico que hubiera podido soportar la cabeza canosa de aquel padre habría resultado tan terrible para mí como el sufrimiento moral que en aquellos momentos trataba de contener con sus manos.

—Agnes —dijo Uriah, ya sea porque pretendía ignorar al señor Wickfield o porque no comprendía el alcance de su acción—, Agnes Wickfield, y puedo decirlo sin miedo, es la criatura más divina de su sexo. ¿Me permiten hablar con libertad, ahora que estoy entre amigos? Ser su padre es un verdadero privilegio, pero ser su marido...

¡Que el Cielo me guarde de volver a oír jamás un grito como el que profirió el señor Wickfield levantándose de la mesa!

—¿Qué ocurre? —preguntó Uriah, adquiriendo la lividez de un cadáver—. Espero que no se haya vuelto loco, señor Wickfield. Si digo que tengo la ambición de convertir a su Agnes en mi Agnes es porque tengo el mismo derecho que cualquier otro hombre. Es más, ¡tengo más derecho que nadie!

Abracé al señor Wickfield y le imploré, en nombre de todo lo que pasaba por mi imaginación y especialmente en nombre de su amor por Agnes, que se calmara un poco. Parecía haber perdido el juicio; se mesaba los cabellos, se golpeaba la cabeza, trataba de apartarme de él y de separarse de mí, no contestaba a mis preguntas, no miraba ni veía a nadie, buscaba ciegamente algo que ni él mismo sabía lo que era, con el rostro desencajado y la mirada extraviada... ¡Un horrible espectáculo!

Le rogué, de un modo incoherente aunque con la mayor vehemencia, que no se abandonara a la desesperación y que me escuchase. Le pedí que pensara en Agnes, y en Agnes y en mí; que no olvidara que habíamos crecido juntos, que yo la respetaba y la quería, que ella era su orgullo y su alegría. Intenté que la imagen de su hija le devolviera la cordura; e incluso le reproché que no tuviese la firmeza de evitarle una escena como aquélla. Es posible que mis palabras surtieran algún efecto, o que su cólera se apagara por sí misma; pero fue serenándose poco a poco, y empezó a mirarme, al principio de un modo extraño, después como si me reconociera.

—¡Lo sé, Trotwood! —exclamó finalmente—. Mi querida hija y tú..., lo sé. ¡Pero míralo a él!

Y señaló a Uriah, pálido y ceñudo en un rincón; era evidente que sus

cálculos habían fallado, algo que le había cogido por sorpresa.

—¡Mira a mi verdugo! —prosiguió—. Ante él he ido perdiendo, paso a paso, nombre y reputación, paz y sosiego, techo y hogar.

—He conservado para usted nombre y reputación, paz y sosiego, techo y hogar —respondió Uriah, malhumorado, intentando arreglar la situación—. No sea necio, señor Wickfield. Si he ido demasiado lejos, supongo que podré retroceder, ¿no le parece? Nadie ha salido perjudicado hasta ahora.

—Yo siempre buscaba los motivos que impulsaban a actuar a la gente —señaló el señor Wickfield—, y estaba convencido de que Uriah seguía unido a mí por interés. Pero mira qué clase de persona es, Trotwood... ¡Mira qué clase de persona es!

—Será mejor que le obligue a callarse, Copperfield, si es que puede —exclamó Uriah, señalándome con su largo dedo índice—. Acabará diciendo algo... ¡tenga cuidado!... de lo que más tarde se arrepentirá, y que usted lamentará haber oído.

—¡Lo contaré todo! —replicó el señor Wickfield, con aire de desesperación—. ¿Por qué no ponerme en manos del mundo entero si estoy en las tuyas?

—¡Le he dicho que tenga cuidado! —repitió Uriah, dirigiéndose a mí—. Si no consigue cerrarle la boca, no es su amigo. ¿Por qué razón no debe ponerse en manos del mundo entero, señor Wickfield? Porque tiene una hija. Usted y yo sabemos lo que sabemos, ¿no es así? Dejemos que los perros sigan dormidos, ¿quién desea despertarlos? Yo no. ¿Acaso no ve que soy lo más humilde posible? Siento haber ido demasiado lejos. ¿Qué más quiere, señor?

—¡Oh, Trotwood, Trotwood! —exclamó el señor Wickfield, retorciéndose las manos—. ¡He caído tan bajo desde la primera vez que viniste a esta casa! Ya había iniciado mi descenso, pero ¡qué espantoso camino he recorrido desde entonces! Abandonarme a mi debilidad ha sido la causa de mi perdición: abandonarme a mis recuerdos, abandonarme al olvido. Mi dolor natural por la muerte de la madre de mi hija se convirtió en enfermedad; mi amor natural por mi hija se convirtió en enfermedad. He contaminado todo lo que toco. He causado la desgracia de lo que más quiero. Lo sé yo... ¡y lo sabes tú! Creí que era posible amar a una sola criatura de este mundo, sin amar a los demás; creí que era posible llorar la pérdida de una sola criatura de este mundo, sin unirme al dolor por la muerte de los demás. ¡Y así fue como pervertí las enseñanzas de mi vida! He querido alimentarme de la morbosa

cobardía de mi propio corazón, y ésta me ha devorado. Innoble en mi pena, innoble en mi amor, innoble en mi miserable huida para escapar de las tinieblas de ambos, ¡mira en qué ruina me he convertido! ¡Ódiame! ¡Aléjate de mí!

Se dejó caer en una silla y sollozó débilmente. Su agitación era cada vez menor. Uriah salió de su rincón.

—Ni siquiera sé lo que he hecho en mi fatuidad —continuó el señor Wickfield, adelantando sus manos como si quisiera reprobar mi condena—. Él lo sabe mejor que yo —exclamó, refiriéndose a Uriah Heep—, pues siempre ha estado a mi lado para aconsejarme. Es una piedra de molino atada a mi cuello. Lo encontrarás en mi casa, lo encontrarás en mis negocios. Hace un momento has escuchado sus palabras. ¿Necesito decir algo más?

—Tampoco necesitaba decir todo lo que ha dicho, ni la mitad, ni nada de nada —señaló Uriah, con una mezcla de arrogancia y de servilismo—. No se habría enfadado de ese modo si no hubiera bebido tanto vino. Mañana lo pensará mejor. Si he hablado demasiado, o más de lo que yo quería, ¿qué importancia tiene? ¿Acaso he insistido?

La puerta se abrió y Agnes entró silenciosamente, pálida como un cadáver, y se abrazó a su padre.

—Papá, no te encuentras bien —le dijo con firmeza—. ¡Ven conmigo!

El señor Wickfield apoyó la cabeza en su hombro, como si la vergüenza le abrumara, y se marchó con ella. Los ojos de Agnes se cruzaron un instante con los míos, y comprendí que sabía todo lo ocurrido.

—Nunca pensé que pudiera tomárselo tan a pecho, señorito Copperfield —afirmó Uriah—. Pero no pasa nada. Mañana haré las paces con él. Es por su bien. Yo deseo humildemente su bien.

No le contesté, y subí a la pequeña y tranquila habitación donde Agnes se había sentado tantas veces a mi lado mientras yo estudiaba. Nadie entró hasta muy avanzada la noche. Cogí un libro e intenté leer. Oí que los relojes daban las doce y seguía leyendo, sin saber qué, cuando Agnes me tocó.

—Mañana te irás muy temprano, Trotwood. Será mejor que nos despidamos ahora.

Había llorado, ¡pero su rostro estaba ahora tan sereno y tan hermoso!

—¡Qué Dios te bendiga! —exclamó, dándome la mano.

—¡Queridísima Agnes! —repliqué—. Veo que no deseas hablar de lo que ha sucedido esta noche..., pero ¿no se puede hacer nada?

—¡Se puede confiar en Dios! —repuso.

—Pero ¿no puedo hacer algo yo... que siempre acudo a ti con mis pequeños problemas?

—Y que siempre has aliviado los míos —dijo ella—. ¡No, mi querido Trotwood!

—Agnes, mi querida Agnes! —exclamé—. Sé que resulta presuntuoso por mi parte dudar de tus palabras o aconsejarte, pues soy muy pobre en lo que tú eres muy rica: bondad, resolución, las más nobles cualidades. Pero ya sabes cuánto te quiero y cuánto te debo. Nunca te sacrificarás a un falso sentimiento del deber, ¿verdad, Agnes?

Durante unos instantes, pareció más agitada que nunca; retiró su mano de la mía y dio un paso atrás.

—¡Dime que no piensas hacerlo, mi querida Agnes! ¡Mucho más que una hermana mía! ¡Piensa en el inapreciable valor de un corazón como el tuyo, de un amor como el tuyo!

¡Ah! Mucho, mucho tiempo después, volví a ver su rostro ante mí, con aquella mirada donde no se leía extrañeza, ni reproche, ni pesar. Mucho, mucho tiempo después, volví a ver cómo aquella expresión se transformaba, al igual que ahora, en una encantadora sonrisa con la que me decía que ella no temía nada... y que yo tampoco debía temerlo... y se despedía de mí como una hermana, y luego se marchaba.

Aún era de noche cuando, al día siguiente, subí al imperial de la diligencia en la puerta de la posada. Empezaba a amanecer y nos disponíamos a partir cuando, sin poder quitarme a Agnes de la cabeza, vi aparecer, a la luz del crepúsculo, la cabeza de Uriah, quien trepaba con dificultad por un costado del carruaje.

—¡Copperfield! —pareció graznar, colgándose de la barra del techo—. Pensé que, antes de marcharse, le gustaría oír que nos hemos reconciliado. He estado ya en su habitación y todo se ha arreglado. Lo cierto es que, a pesar de mi humildad, le resulto muy útil, ¿sabe? Y, cuando no está bebido, entiende muy bien lo que le conviene. ¡Es un hombre tan agradable, después de todo, señorito Copperfield!

Le dije, haciendo un esfuerzo, que me alegraba de que le hubiera presentado sus excusas.

—¡Naturalmente! —contestó Uriah—. Cuando una persona es humilde, ¿qué puede importarle presentar sus excusas? ¡Es tan sencillo! Supongo, señorito Copperfield —prosiguió, dando un respingo—, que algunas veces habrá arrancado una pera antes de que estuviera madura, ¿no?

—Supongo que sí —repliqué.

—Pues eso fue lo que hice yo ayer por la noche —dijo Uriah—; pero ¡madurará! Sólo necesita algunos cuidados. Puedo esperar.

Deshaciéndose en adioses, se bajó de la diligencia en el momento en que el cochero subía al pescante. Por lo que recuerdo, estaba comiendo algo para protegerse del frío de la mañana; pero movía la boca como si la pera hubiera madurado y él se relamiese de gusto.

XL

El viajero errante

Aquella noche tuvimos, en Buckingham Street, una conversación muy seria sobre los incidentes domésticos que he detallado en el capítulo anterior. Mi tía se mostró sumamente interesada por lo ocurrido y, cuando terminamos, estuvo andando de un lado a otro de la sala, con los brazos cruzados, más de dos horas. Siempre que se sentía especialmente confundida, realizaba una de aquellas hazañas pedestres; y el alcance de su inquietud podía medirse por la duración de su paseo. En esta ocasión se hallaba tan alterada que juzgó necesario abrir la puerta del dormitorio y recorrer las dos habitaciones en toda su extensión; y, mientras el señor Dick y yo seguíamos sentados en silencio junto a la chimenea, ella iba y venía por aquella pista tan limitada, siempre a la misma velocidad, con la regularidad del péndulo de un reloj.

Cuando el señor Dick se retiró a dormir y mi tía y yo nos quedamos solos, me senté a escribir la carta que pensaba enviar a las dos ancianas señoritas Spenlow. Mi tía se cansó de pasear y tomó asiento junto al fuego, con el vestido remangado, como era su costumbre. Pero, en lugar de colocar el vaso sobre sus rodillas como hacía habitualmente, lo dejó abandonado sobre la repisa de la chimenea; y, apoyando el codo izquierdo en el brazo derecho, y la barbilla en la mano izquierda, me miró con aire pensativo. Cada vez que levantaba la vista, me tropezaba con sus ojos.

—Me hallo en la mejor de las disposiciones, querido —aseguró, moviendo la cabeza—, pero estoy muy nerviosa y afligida.

Estaba tan ensimismado en mi trabajo que, hasta después de su marcha, no me percaté de que había olvidado su «brebaje nocturno», como lo llamaba siempre, sobre la repisa de la chimenea. Cuando llamé a su puerta para decírselo, ella la abrió y me contestó en un tono aún más afectuoso: «No, Trot, esta noche no tengo ganas de tomarlo», y movió la cabeza antes de

entrar nuevamente en su dormitorio.

Al día siguiente, leyó la carta que yo había escrito a las dos ancianas y me dio su visto bueno. La envié por correo, y lo único que me quedó por hacer fue esperar pacientemente la respuesta. Cuando ya llevaba casi una semana en aquel estado de expectación, salí de casa del doctor una noche de nieve para dirigirme a pie a Buckingham Street.

Había hecho un día muy desapacible, y había soplado un viento cortante del nordeste. Éste había amainado al caer la noche, y había empezado a nevar. Recuerdo que la nieve caía sin cesar, en gruesos copos, y formaba ya una espesa capa. El ruido de los carruajes y de las pisadas de la gente se oía tan amortiguado como si las calles estuvieran cubiertas de un denso manto de plumas.

El camino más corto para regresar a casa (y, como es natural, tomé el camino más corto en una noche como aquélla) pasaba por Saint Martin's Lane. La iglesia que da nombre a esa travesía estaba entonces mucho más encajonada que en la actualidad; apenas tenía espacio libre delante de ella, y la pequeña callejuela descendía sinuosamente hasta el Strand. Al llegar a la altura de los escalones del pórtico, me tropecé en la esquina con un rostro de mujer, que me miró, cruzó la calle y desapareció. Yo la conocía. La había visto en algún lugar, aunque no pudiera recordar dónde. Me traía a la memoria algún recuerdo que me llegaba directamente al corazón; pero, cuando ella apareció, iba tan enfrascado en mis pensamientos que no pude evitar sentirme confuso.

En los peldaños de la iglesia, descubrí la silueta encorvada de un hombre que había depositado un fardo sobre la nieve para cerrarlo mejor. Lo vi al mismo tiempo que a la mujer. No creo que me hubiera detenido a pesar de mi sorpresa; pero lo cierto es que, mientras yo continuaba, él se incorporó y, dándose la vuelta, vino en mi dirección. ¡Y me encontré cara a cara con el señor Peggotty!

Entonces me acordé de la mujer. Era Martha, la joven a la que Emily había dado dinero aquella noche en la cocina. Martha Endell... a quien el señor Peggotty, según me había contado Ham, no habría querido ver en compañía de su adorada sobrina ni por todos los tesoros hundidos en el mar.

Nos estrechamos calurosamente las manos. Al principio, ninguno de los dos fuimos capaces de articular palabra.

—¡Señorito Davy! —exclamó, abrazándome muy fuerte—. ¡Qué alegría tan

grande verlo, señor! ¡Dichosos los ojos, dichosos los ojos!

—¡Sí, dichosos los ojos, viejo y querido amigo! —respondí.

—Tenía ganas de ir a preguntar por usted esta noche, señor —dijo—, pero, sabiendo que vive con su tía... pues he estado en el sur y pasé por Yarmouth..., temí que fuera demasiado tarde. Pensaba visitarle mañana a primera hora, señor, antes de abandonar Londres.

—¿Otra vez? —inquirí.

—Sí, señor —contestó, moviendo la cabeza con resignación—. Me marchó mañana.

—Y ahora, ¿dónde va?

—¡No sé! —repuso, sacudiéndose la nieve de sus largos cabellos—. Entraré en cualquier sitio...

En aquella época, había una entrada lateral al patio de caballerizas de La Cruz de Oro, la posada que tantos recuerdos me traía en relación con su desgracia; y ésta se hallaba casi enfrente de nosotros. Le señalé el portón, me agarré de su brazo y nos dirigimos a ella. Dos o tres salas públicas daban al patio; me asomé a una y, al encontrarla vacía y con un buen fuego en la chimenea, le conduje allí.

Cuando lo vi a la luz, no sólo advertí que sus cabellos eran largos y estaban enmarañados, sino también que su rostro se hallaba muy curtido por el sol. Había encanecido, las arrugas de su rostro y de su frente eran más profundas, y daba la impresión de haber vagado sin descanso soportando las peores inclemencias; pero parecía muy fuerte, como un hombre sostenido por una decisión inquebrantable y al que nada pudiera abatir. Se sacudió la nieve del sombrero y de la ropa, y se la quitó de la cara, mientras yo pensaba todo aquello. Cuando se sentó en la mesa frente a mí, de espaldas a la puerta por donde habíamos entrado, me tendió de nuevo su áspera mano y estrechó la mía con afecto.

—Voy a contarle, señorito Davy —dijo—, todos los sitios donde he estado y todas las cosas que he oído. He llegado lejos y me he enterado de muy poco; pero ¡se lo voy a contar!

Toqué la campanilla para pedir algo caliente de beber. El señor Peggotty no quiso nada más fuerte que una cerveza; y, mientras nos la traían y la calentaban en el fuego, se quedó pensativo. Su rostro reflejaba una hermosa y

solemne gravedad que no me aventuré a turbar.

—Cuando Emily era una niña —afirmó, levantando la cabeza después de que nos dejaran solos— me hablaba a todas horas de la mar; y de las costas donde las aguas son de un azul profundo, y se extienden brillantes, brillantes bajo el sol. Yo entonces pensaba que aquello le obsesionaba porque su padre se había ahogado. No sé si será cierto, pero tal vez ella creía... o deseaba... que la corriente lo hubiera empujado hacia esos lugares, donde siempre hay flores y los campos resplandecen a la luz del sol.

—Es posible que se tratara de una fantasía infantil —señalé.

—El día en que ella se... perdió —prosiguió el señor Peggotty—, mi instinto me dijo que él la llevaría a esos países. Estaba seguro de que él le había contado maravillas, y le había dicho que allí sería una dama, y había conseguido que ella lo escuchara con toda aquella palabrería. Cuando fuimos a ver a su madre, comprendí que no me había equivocado. Crucé el canal de la Mancha hasta Francia, y desembarqué allí como si hubiera caído del cielo.

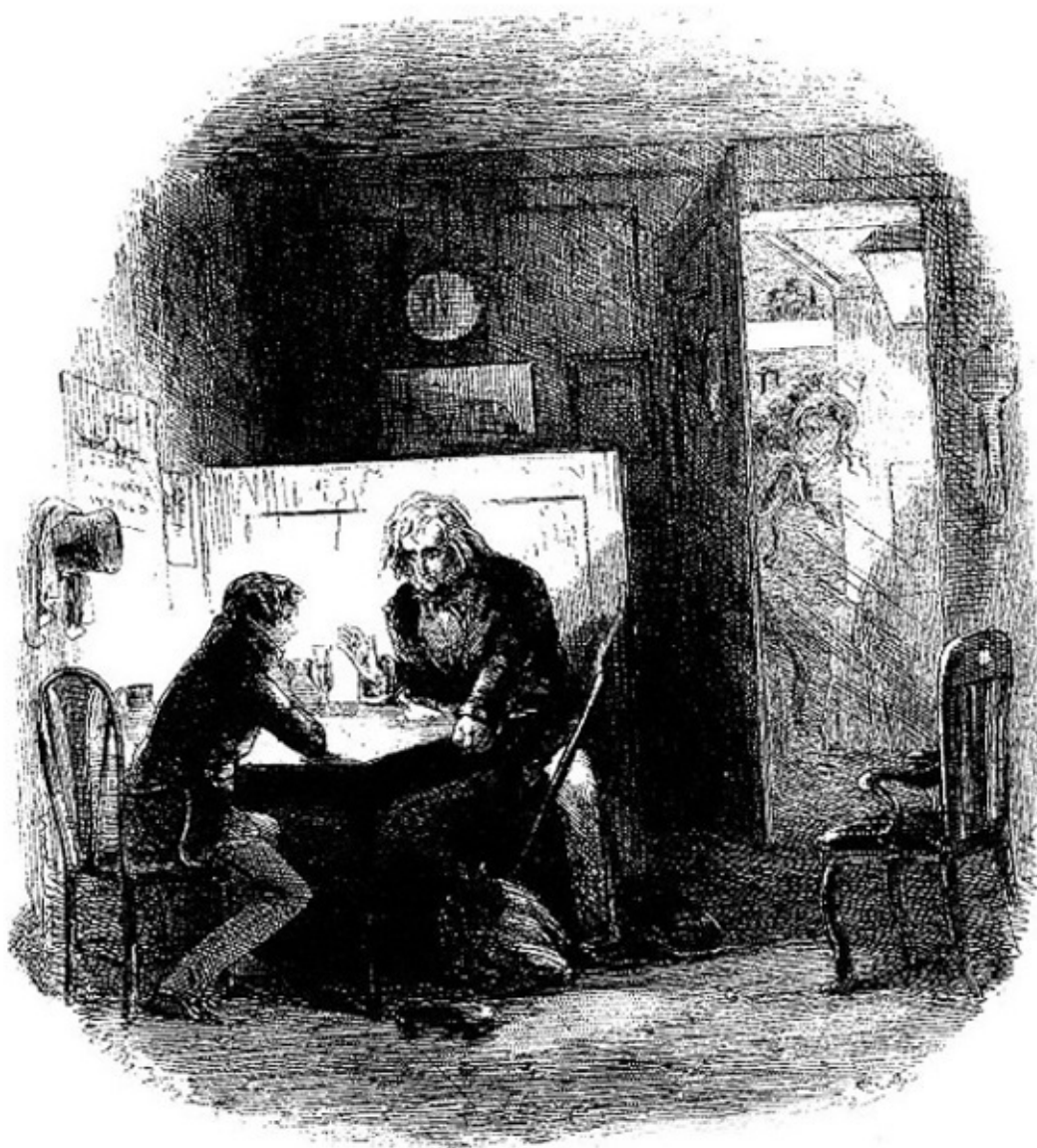
Vi que la puerta se movía y entraba la nieve. Vi que la puerta se movía un poco más y una mano se interponía suavemente para dejarla entreabierta.

—Conocí a un caballero inglés que era una autoridad —continuó el señor Peggotty— y le dije que estaba buscando a mi sobrina. Me consiguió los papeles que necesitaba para viajar (no recuerdo su nombre) e incluso quería darme dinero, pero eso era algo que, gracias a Dios, no me hacía falta. Le di las gracias de todo corazón por su ayuda, ¡de eso estoy seguro! «He escrito a los lugares adonde se dirige —afirmó— y hablaré con todos los que pasen por aquí; muchos le reconocerán cuando se encuentre muy lejos, viajando solo». Le expresé lo mejor que pude cuán grande era mi gratitud, y después me marché a recorrer Francia.

—¿Solo, y a pie?

—Casi siempre a pie —repuso—; a veces en carro, con gente que iba al mercado; a veces en carruajes vacíos. Anduve muchas millas cada día, a menudo con algún pobre soldado que iba a ver a sus amigos. No podía hablar con él, ni él conmigo; pero nos hacíamos compañía por aquellos polvorientos caminos.

La cordialidad de su voz lo explicaba todo.



El viajero errante

—Cuando llegaba a un pueblo —prosiguió—, buscaba la posada y me quedaba en el patio hasta que apareciera alguien que supiese inglés (lo que siempre ocurría). Entonces yo les contaba que estaba buscando a mi sobrina, y ellos me decían quién se alojaba en la casa, y yo esperaba para ver si entraba o salía alguien que se pareciera a ella. Cuando veía que no era Emily, seguía mi camino. Poco a poco, empecé a darme cuenta de que, cuando llegaba a una nueva población, la gente pobre había oído hablar de mí. Me ofrecían asiento en la entrada de sus casas, sacaban lo que podían para comer y para beber, y me indicaban dónde podía dormir; y muchas mujeres, señorito Davy, que tenían hijas de la edad de Emily, me esperaban junto a la Cruz de Nuestro Salvador, en las afueras del pueblo, para ofrecerme su ayuda.

Algunas tenían hijas que habían muerto. Y ¡sólo Dios sabe lo bondadosas que fueron conmigo esas madres!

Era Martha quien sujetaba la puerta. Vi con claridad su rostro atento y fatigado. Mi único temor era que él volviera la cabeza y también la divisara.

—A menudo sentaban en mis rodillas a sus hijos... especialmente si eran niñas muy pequeñas —continuó diciendo el señor Peggotty—; y habría podido verme muchas veces sentado en la puerta de sus casas, al anochecer, y era casi como si fueran las hijas de mi querida Emily. ¡Ay, mi querida Emily!

Embargado por el dolor, estalló en sollozos. Puse mi mano temblorosa sobre la suya, que él se había llevado al rostro.

—Gracias, señor —exclamó—. No se preocupe.

No tardó en retirar la mano de la cara para ponerla en su pecho, y continuó su relato:

—A menudo salían conmigo por la mañana y me acompañaban durante una o dos millas; y, cuando nos despedíamos y yo les decía en mi idioma: «¡Muchas gracias y que Dios les bendiga!», siempre parecían entenderme y me respondían con afecto. Al final, llegué a la costa. Como usted comprenderá, no fue muy difícil para un hombre de mar como yo llegar hasta Italia. Una vez allí, seguí viajando como hasta entonces. La gente se mostraba igual de bondadosa conmigo, y yo habría ido de ciudad en ciudad, a través de todo el país, si no me hubieran llegado noticias de que Emily estaba en las montañas de Suiza. Alguien que conocía a su criado me dijo que había visto a los tres allí; y me explicó cómo viajaban y dónde se encontraban. Eché a andar hacia esas montañas, señorito Davy, día y noche. Y cuanto más avanzaba, más parecía que se alejaban ellas. Pero las alcancé, y las crucé. Cuando estuve cerca del lugar dónde me habían dicho que la encontraría, empecé a pensar: «¿Qué haré cuando la vea?».

El atento rostro seguía en la puerta, insensible a las inclemencias de la noche, y, con sus manos, la joven parecía pedirme... suplicarme... que no la echase fuera.

—Nunca dudé de ella. ¡No! ¡Ni un instante! Sólo con que me viese la cara... sólo con que me oyera la voz... sólo con que, al verme ahí delante, le vinieran recuerdos de la casa de donde había huido, y de la niña que había sido... aunque se hubiera convertido en una princesa, ¡habría caído a mis pies! ¡Lo sabía muy bien! Cuántas veces la había oído gritar en mis sueños

«¡tío!» y la había visto caer como muerta delante de mí. Cuántas veces la había levantado y le había dicho al oído: «¡Emily, querida, he venido a traerte mi perdón y a llevarte a casa!».

Se detuvo, movió la cabeza y prosiguió con un suspiro:

—Él había dejado de existir para mí. Emily era lo único que me importaba. Le compré un vestido de campesina para ponérselo; y sabía que, cuando la encontrara, caminaría a mi lado por los senderos pedregosos, iría donde yo fuese, y nunca, nunca más me abandonaría. Yo sólo pensaba en ponerle ese vestido y tirar el que llevaba... en darle nuevamente el brazo y echar a andar de vuelta a casa... en detenernos a veces al borde del camino y curarle sus pies doloridos y su corazón, aún más dolorido. Creo que a él ni siquiera le habría mirado. Pero, señorito Davy, todo eso no pudo ser... ¡todavía no! Llegué demasiado tarde, y se habían ido. No pude saber a dónde. Unos decían que aquí, otros que allí. Viajé por aquí, y viajé por allí, pero no encontré a ninguna Emily, de modo que regresé a casa.

—¿Y hace mucho de eso? —inquirí.

—Hará unos cuatro días —repuso el señor Peggotty—. Vi a lo lejos la vieja gabarra después de oscurecer, y una luz brillaba en la ventana. Cuando estuve cerca y miré por el cristal, distinguí a la fiel señora Gummidge sentada junto al fuego, como habíamos acordado, completamente sola. Le grité: «¡No se asuste! ¡Soy Daniel!», y entré. ¡Nunca hubiese creído que la vieja barca tuviera un aspecto tan extraño!

Sacó con mucho cuidado de un bolsillo de su chaleco un pequeño fajo de papeles que contenía dos o tres cartas o algunos sobres, y lo dejó encima de la mesa.

—Ésta llegó la primera —dijo, eligiendo una—, a los pocos días de mi partida. Es un billete de cincuenta libras, envuelto en una hoja de papel donde habían escrito mi dirección, y que metieron por debajo de la puerta durante la noche. Ella intentó disimular la letra, pero ¡cómo iba a engañarme!

Volvió a doblar la carta con enorme cuidado y paciencia, exactamente igual que antes, y la colocó a un lado.

—Ésta le llegó a la señora Gummidge —señaló, abriendo otra— hace dos o tres meses.

Después de contemplarla durante unos instantes, me la dio, añadiendo en voz baja:

—Tenga la bondad de leerla, señor.

Leí lo siguiente:

¡Qué pensará usted cuando vea estas líneas y sepa que han sido escritas por mi mano culpable! Pero intente... no por mí, sino por la bondad de mi tío... intente mitigar su severidad conmigo, aunque sólo sea por un instante. Le ruego que se apiade de esta desdichada joven, y que me escriba en un pedazo de papel si mi tío está bien, y cuáles fueron sus palabras antes de dejar de pronunciar mi nombre para siempre. Dígame si por la noche, a la hora en que yo volvía a casa, parece acordarse alguna vez de aquella a la que quería tanto. ¡Oh, se me parte el alma cuando pienso en todo esto! Me arrodillo ante usted para suplicarle e implorarle que no me trate con la dureza que merezco... pues soy consciente de que la merezco... y que tenga la bondad y la generosidad de escribir algo sobre él y después enviármelo. No es necesario que me llame «mi pequeña», no es necesario que me llame por el nombre que he deshonrado; pero escuche mi grito de angustia y sea lo bastante misericordiosa para mandarme alguna noticia del tío, ¡al que mis ojos nunca, nunca volverán a contemplar en este mundo!

Mi querida señora, si no tiene compasión de mí... y está en su derecho, lo sé... si no tiene compasión de mí, pregunte su opinión al hombre a quien más he ofendido... al hombre que iba a convertirme en su esposa..., antes de negarse a cumplir mi humilde ruego. Si él fuera lo bastante caritativo para decirle a usted que me escribiera unas líneas... y estoy seguro de que lo haría ¡Oh, señora Gummidge!, estoy seguro de que lo haría, pues ha sido siempre tan valiente y generoso... me gustaría que entonces, sólo entonces, le dijera que, cuando oigo soplar el viento por las noches, tengo la impresión de que ruge furioso, después de haberles visto a él y a mi tío, y de que sube al cielo para poner a Dios en contra mía. Hágale saber que si yo muriera mañana (¡cuánto me agradecería dejar este mundo si mi alma estuviera preparada!) mis últimas palabras serían para bendecirles, a él y mi tío, y que, con mi último aliento, rezaría por la felicidad de su hogar.

También en esta carta había dinero. Un billete de cinco libras. Estaba intacto, igual que el anterior, y el señor Peggotty lo volvió a doblar con el mismo cuidado. Había instrucciones detalladas para que la señora Gummidge supiera dónde dirigir la respuesta; y, aunque delataban la existencia de varios intermediarios y hacían difícil llegar a una conclusión más o menos definitiva respecto al lugar donde Emily se ocultaba, no parecía imposible que hubiera escrito esa carta desde la población donde afirmaban haberla visto.

—¿Y qué contestación le dieron? —pregunté al señor Peggotty.

—Como la señora Gummidge no tiene muchos estudios, señor —replicó—, Ham tuvo la amabilidad de redactar un borrador, que ella copió. Le decían en él que yo había salido en su busca, y cuáles habían sido mis palabras antes de despedirme.

—Lo que tiene en la mano, ¿es otra carta? —inquirí.

—Es dinero, señor —repuso el señor Peggotty, desdoblado una esquina—. Diez libras, ¿ve usted? Y dentro pone: «De un amigo fiel», como en el primero. Pero el primero lo metieron por debajo de la puerta y éste llegó por correo anteayer. Voy a buscar a Emily en el lugar que indica el matasellos.

Me lo enseñó. Era un pueblo en el Alto Rin. Había encontrado, en Yarmouth, unos comerciantes extranjeros que conocían esa región y que le habían dibujado en un papel un burdo mapa que él era capaz de interpretar muy bien. Lo puso encima de la mesa, entre los dos; y, apoyando la barbilla en una mano, fue trazando con la otra la ruta que pensaba seguir.

Le pregunté cómo estaba Ham, y él movió la cabeza.

—Trabaja con el coraje de todo un hombre. Su nombre es querido y respetado por todos. No hay nadie que no esté dispuesto a echarle una mano, ¿sabe?; de igual modo que él está siempre dispuesto a ayudar a los demás. Jamás le hemos oído quejarse. Pero mi hermana cree (entre nosotros) que está muy herido en el alma.

—¡Pobre muchacho! ¡Seguro que es cierto!

—Parece despreciar la vida, señorito Davy —dijo el señor Peggotty en voz baja y con aire solemne—. Cuando hay que realizar algún trabajo duro en medio del mal tiempo, allí está él. Cuando hay que correr algún peligro, es el primero en dar un paso al frente. Y, sin embargo, es tan tierno como un niño. No hay un solo niño en Yarmouth que no lo conozca.

El señor Peggotty juntó las cartas pensativo, alisándolas con la mano; y volvió a formar con ellas un pequeño fajo, que guardó amorosamente en su pecho. El rostro había desaparecido de la puerta. Vi que seguía entrando la nieve, pero no había nadie.

—¡Bueno! —exclamó, mirando su fardo—. Como ya lo he visto esta noche, señorito Davy (¡y cuánto bien me ha hecho!), me iré mañana por la mañana, muy temprano. Ya sabe lo que llevo aquí —dijo, poniendo la mano sobre el bolsillo donde llevaba el pequeño paquete—; lo único que me preocupa es pensar que me puede ocurrir algo malo antes de que haya devuelto este dinero. Si yo muriera, y se perdiese o me lo robaran, o desapareciera de algún modo, y él no se enterase, e imaginara que lo he aceptado, no creo que pudieran retenerme en el otro mundo. ¡Estoy seguro de que volvería a éste!

Se levantó, y yo seguí su ejemplo; antes de salir, nos estrechamos la mano una vez más.

—Caminaría diez mil millas —afirmó—; andaría hasta caer muerto para devolverle este dinero. Si consigo hacerlo, y encuentro a mi Emily, me daré por satisfecho. Y si no la encuentro, tal vez algún día llegue a sus oídos que su tío, que tanto la amaba, no dejó de buscarla hasta que la muerte se lo llevó; y si la conozco bien, sé que esto bastará para que ella regrese finalmente a casa.

Cuando salimos a la gélida noche, vi cómo huía de nosotros la solitaria figura. Me apresuré a entretener al señor Peggotty con algún pretexto, y le di conversación hasta que ella se alejó.

Me habló de una posada en la carretera de Dover, donde encontraría una

habitación limpia y sencilla para pasar la noche. Le acompañé más allá del puente de Westminster, y nos despedimos a orillas del Surrey. En mi imaginación, todo pareció guardar silencio por respeto a él, cuando reemprendió su viaje solitario a través de la nieve.

Regresé al patio de caballerizas de La Cruz de Oro y, conmovido por el recuerdo de aquel rostro, lo busqué por todas partes. No estaba allí. La nieve había borrado las huellas recientes de nuestros pasos; sólo podían verse mis últimas pisadas, e incluso éstas parecían desaparecer (¡nevaba tanto!) cuando miraba hacia atrás, por encima de mi hombro.

XLI

Las tías de Nora

Por fin recibí una contestación de las dos ancianas. En ella presentaban sus respetos al señor Copperfield y le decían que habían leído su carta con el mayor detenimiento, «con miras a la felicidad de ambas partes». Esta expresión me pareció bastante inquietante, no sólo porque la hubieran empleado con ocasión de las diferencias familiares que he relatado antes, sino también porque había observado (como he seguido haciendo a lo largo de mi vida) que las frases convencionales son una especie de fuegos de artificio, fáciles de lanzar y susceptibles de adoptar infinidad de formas y de colores que no guardan el menor parecido con su forma original. Las señoritas Spenlow no deseaban dar su opinión «por correspondencia» sobre el asunto tratado por el señor Copperfield en su carta; pero, si el señor Copperfield les hacía el honor de visitarlas en la fecha que le indicaban (en compañía, si lo juzgaba oportuno, de un amigo de su confianza), sería un placer para ellas discutir el asunto con él.

El señor Copperfield respondió inmediatamente a su escrito, enviándoles respetuosos saludos y declarando que tendría el honor de visitar a las señoritas Spenlow en la fecha indicada, acompañado, gracias a su amable autorización, de su amigo el señor Thomas Traddles, estudiante de Derecho. Una vez enviada esta misiva, el señor Copperfield cayó en un estado de profunda agitación nerviosa, que le duró hasta el día de la entrevista.

Lo que aumentaba en gran medida mi desasosiego era no poder recurrir, en unos momentos tan decisivos, a los inestimables servicios de la señorita Mills. Pero el señor Mills, que siempre estaba haciendo algo para contrariarme (o al menos eso sentía yo, que viene a ser lo mismo), había llevado ese afán a su punto culminante, pues se le había metido en la cabeza marcharse a la India. ¿Por qué tenía que marcharse a la India si no era para

fastidiarme? A decir verdad, no se le había perdido nada en otras partes del mundo, y en ese país tenía muchos intereses. Vivía del comercio con la India, fuera cual fuera este comercio (yo veía chales dorados y colmillos de elefante en una especie de nebulosa); había estado en Calcuta en su juventud y había tomado la decisión de volver allí como socio residente. Pero eso no significaba nada para mí. Sin embargo, significaba tanto para él que ya tenía pasajes para embarcarse, en compañía de su hija; y Julia se había ido al campo para despedirse de su familia; y la casa estaba literalmente cubierta de carteles que anunciaban su venta o alquiler, y que el mobiliario (incluida la calandria) sería tasado por un experto. ¡Y ahí estaba yo, en medio de otro terremoto, antes de que me hubiese recobrado del anterior!

Estaba bastante indeciso sobre la ropa que vestiría en una fecha tan señalada. Me debatía entre el deseo de llevar lo que más me favoreciera, y mi temor a que cualquier detalle pudiese perjudicar mi reputación de hombre rigurosamente pragmático a los ojos de las señoritas Spenlow. Me esforcé por llegar a un justo medio entre aquellos dos extremos, y mi tía elogió el resultado; mientras Traddles y yo bajábamos por la escalera, el señor Dick arrojó uno de sus zapatos contra nosotros para darnos buena suerte.

Traddles era un excelente muchacho y yo sentía un profundo cariño por él, pero, en aquella ocasión tan delicada, no pude sino lamentar su costumbre de llevar el pelo de punta. Este peinado confería a su rostro una expresión de asombro (por no decir de escobilla de chimenea) que, si se confirmaban mis temores, podría ser funesta para nosotros.

Me tomé la libertad de mencionárselo mientras íbamos andando a Putney; y le sugerí que se lo aplastara un poco.

—Mi querido Copperfield —dijo él, quitándose el sombrero y frotando sus cabellos en todas direcciones—, nada me haría más feliz. Pero no hay manera.

—¿No hay manera de aplastarlos? —pregunté.

—No —repuso Traddles—. Es imposible. Aunque fuera hasta Putney con un peso de cincuenta libras en la cabeza, mis cabellos volverían a ponerse de punta en cuanto me lo quitara. No sabes lo testarudos que son, Copperfield. Soy un puercoespín con las púas siempre erizadas.

Debo confesar que me sentí un poco decepcionado, aunque me encantó su sentido del humor. Le dije cuánto apreciaba su buen carácter; y añadí que toda la testarudez debía de habersele concentrado en los cabellos, pues a él no le quedaba ni rastro.

—¡Oh! —contestó Traddles, riendo—. Te aseguro que la historia de mi infortunado pelo es muy antigua. La mujer de mi tío no podía soportarlo. Decía que le sacaba de quicio. Y también fue un verdadero fastidio cuando me enamoré de Sophy. ¡Un verdadero fastidio!

—¿Acaso no le gustaba a ella?

—A ella sí —respondió mi amigo—; pero, al parecer, su hermana mayor... la que es una belleza... no dejaba de burlarse de él. En realidad, todas sus hermanas se ríen de él.

—¡Muy bonito!

—Sí —repuso Traddles, con la mayor inocencia—; se ha convertido en un motivo de diversión para nosotros. Las hermanas afirman que Sophy tiene un mechón en su escritorio y que, para conservarlo aplastado, se ve obligada a guardarlo en un libro con cierre metálico. Es una broma entre nosotros.

—Por cierto, mi querido Traddles —dije—, tu experiencia podría serme muy útil. Cuando te comprometiste con la joven de que me hablas, ¿pediste formalmente su mano a la familia? ¿Pasaste por una situación semejante... a la de hoy, por ejemplo? —añadí con nerviosismo.

—En mi caso, Copperfield —replicó él, poniéndose serio—, la negociación fue bastante complicada. Sophy es tan necesaria dentro de su casa que nadie soportaba la idea de que pudiese contraer matrimonio. Lo cierto es que habían decidido que no se casara jamás, y siempre la llamaban la solterona. Por ese motivo, cuando, con la mayor cautela, hablé con la señora Crewler...

—¿Su madre? —pregunté.

—En efecto —dijo Traddles—. Su padre es el reverendo Horace Crewler. Cuando, con todo el cuidado del mundo, hablé con la señora Crewler, la noticia le causó tanta impresión que lanzó un grito y se desvaneció. Pasaron meses antes de que pudiera abordar nuevamente el asunto.

—¿Y por fin lo hiciste?

—En realidad fue el reverendo Horace —repuso mi amigo—. Es un hombre excelente y ejemplar en todos los sentidos; hizo comprender a su mujer que su deber cristiano era aceptar el sacrificio (especialmente por lo incierto que era) y no albergar en su pecho sentimientos poco caritativos hacia mi persona. En cuanto a mí, Copperfield, te aseguro que me sentía una verdadera ave de presa a punto de lanzarse sobre aquella familia.

—Las hermanas se pusieron de tu parte, ¿no es así?

—Pues no —respondió—. Cuando casi habíamos logrado convencer a la señora Crewler, tuvimos que darle la noticia a Sarah. ¿Recuerdas que te hablé de Sarah, la que tiene algún problema en la columna vertebral?

—Perfectamente.

—Pues Sarah apretó los puños —afirmó Traddles, mirándome consternado—; cerró los ojos; adquirió una palidez cenicienta; se quedó completamente rígida; y no quiso tomar nada durante dos días, si exceptuamos un poco de pan tostado con agua, a cucharaditas.

—¡Qué muchacha tan desagradable, Traddles! —exclamé.

—¡Te equivocas, Copperfield! —replicó—. Es una jovencita encantadora, aunque sumamente sensible. En realidad, todas las hermanas lo son. Sophy me dijo después que no había palabras para describir sus remordimientos mientras cuidaba a Sarah. Estoy convencido de que fueron terribles, Copperfield, a juzgar por cómo me sentía yo, un verdadero criminal. Cuando Sarah se restableció, tuvimos que dar la noticia a las ocho hermanas restantes; todas ellas padecieron algún efecto diferente, aunque igualmente patético. Las dos menores, las que educa Sophy, parecen haber dejado de odiarme hace muy poco.

—En cualquier caso, han terminado por aceptarlo, ¿no es así? —inquirí.

—S...sí, supongo que al menos se han resignado —contestó Traddles, muy poco convencido de sus palabras—. Lo cierto es que evitamos hablar del asunto; y la incertidumbre de mi porvenir, así como la mediocridad de mi situación, son un gran consuelo para ellas. Habrá una escena espantosa el día que nos casemos. Parecerá un funeral más que una boda. ¡Y todas me odiarán por llevármela lejos!

Cuando recuerdo la honestidad de su rostro, que me miraba moviendo la cabeza medio en serio, medio en broma, me siento mucho más conmovido que en aquellos momentos, pues mi agitación y mi atolondramiento eran tan extraordinarios que no podía centrar mi atención en nada. Al acercarnos a la casa donde vivían las señoritas Spenlow, estaba tan poco seguro de mi aspecto físico y de mi presencia de ánimo que Traddles me propuso tomar un pequeño estimulante en forma de vaso de cerveza. Una vez administrado éste en una taberna de la vecindad, me condujo con paso vacilante hasta la puerta de las señoritas Spenlow.

Tuve la vaga impresión de quedar expuesto a otras miradas cuando la criada nos abrió; y de cruzar tambaleante un vestíbulo en el que había un barómetro, antes de pasar a una tranquila salita en la planta baja, que se abría sobre un bonito y cuidado jardín; y de sentarme allí en un sofá, y ver el pelo de Traddles otra vez de punta, en cuanto se quitó el sombrero, como una de esas molestas figuritas con muelle que salen de repente de las falsas tabaqueras al levantar la tapa; y de oír el tictac de un viejo reloj sobre la chimenea, e intentar acompañar su ritmo al de los violentos latidos de mi corazón... sin conseguirlo; y de mirar a uno y otro lado por si encontraba alguna señal de la presencia de Dora, sin descubrir ninguna; y de pensar que Jip había ladrado a lo lejos, y alguien le había tapado el hocico. Al final, después de empujar a Traddles contra la chimenea, me encontré inclinándome, muy confuso, ante dos ancianas enjutas y menudas, vestidas de negro y asombrosamente parecidas a dos miniaturas en madera y cuero repujado del difunto señor Spenlow.

—Les ruego que se sienten —dijo una de las dos ancianas.

Cuando dejé de tropezar con Traddles y conseguí sentarme encima de algo que no fuera un gato (pues ése había sido mi primer asiento), recobré la lucidez suficiente para percatarme de que el señor Spenlow había sido el miembro más joven de la familia; de que había una diferencia de seis u ocho años entre las dos hermanas; y de que la más joven parecía llevar la voz cantante, pues era la que tenía mi carta (¡tan familiar y, al mismo tiempo, tan extraña!), que examinaba a través de un monóculo. Las dos vestían de un modo muy semejante, pero esta hermana tenía un aire más juvenil; y es posible que llevase algún bordado, encaje, broche, pulsera o pequeña fruslería que le diera un aspecto menos rancio. Las dos caminaban muy erguidas, y eran formales, precisas, dignas y tranquilas. La hermana mayor tenía los brazos cruzados sobre el pecho, el uno apoyado sobre el otro como un ídolo.

—El señor Copperfield, supongo —dijo la hermana que tenía la carta en la mano, dirigiéndose a Traddles.

Era un mal comienzo. Traddles tuvo que aclarar que yo era el señor Copperfield, yo tuve que confirmar sus palabras, y ellas tuvieron que renunciar a su opinión preconcebida de que Traddles era el señor Copperfield. ¡Una situación embarazosa para todos! Para colmo de males, Jip dio dos cortos ladridos, antes de alguien le tapara el hocico.

—¡Señor Copperfield! —exclamó la hermana de la carta.

Yo hice algo... imagino que saludarla con una inclinación... y era todo oídos cuando la otra anciana nos interrumpió.

—Mi hermana Lavinia —dijo—, que está muy familiarizada con esta clase de cuestiones, le dirá lo que nosotras consideramos más adecuado para promover la felicidad de ambas partes.

Más tarde descubrí que la señorita Lavinia era una autoridad en asuntos del corazón, debido a la existencia en el pasado de un tal señor Pidger, que jugaba al *whist* y que, según creían, había estado enamorado de ella. Mi opinión personal es que se trataba de una suposición gratuita y que el señor Pidger era inocente de semejante sentimiento, que aparentemente jamás exteriorizó en modo alguno. Pero tanto la señorita Lavinia como la señorita Clarissa creían que habría declarado su pasión si no hubiera muerto prematuramente (casi a los sesenta años) por abusar del alcohol, y por tratar de compensar esta debilidad bebiendo cantidades ingentes de agua de Bath. Tenían incluso la vaga sospecha de que aquel amor secreto lo había matado; aunque debo decir que había en la casa un retrato de él, con una nariz carmesí que no parecía especialmente proclive a ocultar nada.

—No hablaremos del pasado de este asunto —dijo la señorita Lavinia—. La muerte de nuestro pobre hermano Francis lo ha borrado.

—No nos tratábamos mucho con nuestro hermano Francis —señaló la señorita Clarissa—; pero no había diferencias irreconciliables ni desavenencias entre nosotros. Francis siguió su camino; nosotras, el nuestro. Consideramos que sería lo mejor con miras a la felicidad de todos. Y así fue.

Las dos hermanas se inclinaban un poco hacia delante para hablar, agitaban la cabeza después de hacerlo, y volvían a erguirse mientras guardaban silencio. La señorita Clarissa jamás movía los brazos. A veces marcaba con los dedos el compás de alguna melodía, un minué o una marcha, según parecía, pero jamás movía los brazos.



Traddles y yo, en conferencia con las señoritas Spenlow

—La situación de nuestra sobrina, o su supuesta situación, ha cambiado mucho desde la muerte de nuestro hermano Francis —aseguró la señorita Lavinia—; por ese motivo, suponemos que la opinión de nuestro hermano también habría cambiado al respecto. No tenemos ninguna razón, señor Copperfield, para dudar de sus buenas cualidades y de su honorabilidad, ni del afecto que siente (o cree sinceramente sentir) por nuestra sobrina.

Le contesté, como hacía siempre que se me presentaba la ocasión, que nadie había amado nunca como yo amaba a Dora. Traddles vino en mi ayuda con un murmullo de aprobación.

La señorita Lavinia se disponía a pronunciar una respuesta cuando la señorita Clarissa, que parecía tener la imperiosa necesidad de hablar siempre de su hermano, intervino de nuevo:

—Si la madre de Dora —exclamó— hubiera dicho, nada más casarse con nuestro hermano Francis, que no había sitio en la mesa de su casa para la familia, habría sido mucho mejor para la felicidad de todos.

—Mi querida Clarissa —dijo la señorita Lavinia—, quizá sería mejor olvidar eso ahora.

—Mi querida Lavinia —respondió su hermana—, si lo digo es porque viene a cuento. Hay una parte de este asunto que sólo tú estás preparada para tratar, y jamás se me ocurriría interrumpirte. Pero hay otra parte sobre la que tengo mis propias ideas, así como el derecho a expresarlas. Habría sido mucho mejor para la felicidad de todos, si la madre de Dora hubiera dicho claramente, nada más casarse con nuestro hermano Francis, cuáles eran sus intenciones. Habríamos sabido a qué atenernos. Le hubiéramos dicho: «Por favor, no nos invites nunca»; y así se habría evitado cualquier posible malentendido.

Cuando la señorita Clarissa hubo movido la cabeza, la señorita Lavinia prosiguió su alocución, echando una ojeada a mi carta a través del monóculo. Las dos ancianas, dicho sea de paso, tenían unos ojitos redondos y brillantes que se asemejaban a los de un pájaro. Y lo cierto es que tenían mucho de estos animales; la viveza y la brusquedad de sus ademanes, así como la pulcritud de sus atuendos, hacían pensar en dos canarios.

La señorita Lavinia, como acabo de señalar, prosiguió:

—Nos pide permiso a mi hermana Clarissa y a mí, señor Copperfield, para venir de visita a esta casa como novio formal de nuestra sobrina.

—Si nuestro hermano Francis —añadió la señorita Clarissa, interrumpiendo de nuevo a su hermana (si es que podía aplicarse ese verbo a una intervención tan apacible)— deseaba vivir en el ambiente de los Doctors' Commons, y en ningún otro, ¿qué derecho o deseo teníamos nosotras de oponernos? Ninguno, estoy segura. Siempre hemos estado muy lejos de querer imponer nuestro trato a alguien. Pero ¿por qué no decirlo con toda franqueza? ¡Que nuestro

hermano Francis y su mujer tengan sus amigos! ¡Y mi hermana Lavinia y yo, los nuestros! ¡No necesitamos la ayuda de nadie para encontrarlos!

Como parecía dirigirse a Traddles y a mí, los dos nos sentimos obligados a contestar algo. La respuesta de Traddles fue inaudible. Creo que yo comenté que aquello me parecía encomiable. No tengo la menor idea de lo que quise decir.

—Mi querida Lavinia —dijo la señorita Clarissa, una vez que consiguió desahogarse—, puedes continuar cuando desees.

La señorita Lavinia prosiguió:

—Señor Copperfield, mi hermana Clarissa y yo hemos leído su carta con el mayor detenimiento; y, después de mucho meditar, se la hemos enseñado a nuestra sobrina, con quien hemos discutido el asunto. Estamos convencidas de que usted cree quererla mucho.

—¿Que si lo creo? —exclamé con vehemencia—. ¡Oh!...

Pero la señorita Clarissa me pidió con su mirada (tan penetrante como la de un canario) que no interrumpiera al oráculo, y yo me disculpé.

—El cariño —dijo la señorita Lavinia, buscando con los ojos la aprobación de su hermana (que asentía con la cabeza cada vez que ella terminaba una frase)—, el verdadero cariño, el respeto, la lealtad, no se expresan fácilmente. Su voz apenas resulta audible. Son modestos y reservados; están al acecho, esperan y esperan. Así es la fruta madura. A veces transcurre una vida, mientras continúa madurando en la sombra.

Naturalmente, yo entonces no comprendía que aquello era una alusión a su supuesta experiencia con el pobre Pidger; pero, por la seriedad con que la señorita Clarissa asentía con la cabeza, me di cuenta de que las dos ancianas concedían una gran importancia a esas palabras.

—Las inclinaciones ligeras de las personas muy jóvenes... y las llamo ligeras, en comparación con unos sentimientos tan profundos —prosiguió la señorita Lavinia—, son como el polvo al lado de las rocas. Y es tan difícil saber si son susceptibles de durar o si tienen una base sólida que mi hermana Clarissa y yo hemos estado muy indecisas, señor Copperfield y señor...

—Traddles —exclamó mi amigo, al darse cuenta de que le miraban.

—Usted perdone. Estudiante de Derecho, ¿no es así? —dijo la señorita Lavinia, echando un vistazo a mi carta.

—En efecto —contestó Traddles, ruborizándose.

A pesar de que hasta entonces no había recibido la menor frase de aliento, creí percibir en las dos diminutas hermanas, y sobre todo en la señorita Lavinia, un interés cada vez mayor por aquel nuevo y fructífero asunto de interés doméstico; y vi brillar un rayo de esperanza, pues comprendí que se disponían a mimarlo y a sacar el mayor partido de él. Pensé que sería una enorme alegría para la señorita Lavinia vigilar a dos enamorados como Dora y yo; y que la señorita Clarissa se sentiría igualmente feliz de ver cómo su hermana nos controlaba, así como de intervenir en la conversación (para hablar de su tema predilecto) siempre que tuviera ganas de hacerlo. Eso me animó a declarar con la mayor vehemencia que amaba mucho más a Dora de lo que podía expresar con palabras o de lo que nadie podía creer; que todos mis amigos sabían cuán profundo era mi amor por ella; que mi tía, Agnes, Traddles y todos los que me conocían sabían cuánto la amaba y hasta qué punto me había hecho madurar su amor. Apelé a Traddles para que lo confirmara. Y mi amigo, con el mismo ardor con que se zambullía en un debate parlamentario, se expresó con enorme dignidad: la claridad y la sensatez con que confirmó mis palabras produjeron una impresión muy favorable.

—Les hablo, si me permiten decirlo, con la experiencia de un hombre que ha pasado por una situación semejante —exclamó Traddles—, pues estoy comprometido con una joven de Devonshire, que tiene nueve hermanas... y lo cierto es que, por el momento, la posibilidad de casarnos algún día es muy remota.

—Entonces estará de acuerdo con lo que acabo de decir, señor Traddles —señaló la señorita Lavinia, mirando a mi amigo con un nuevo interés—, sobre el cariño modesto y reservado, que espera y espera, ¿no es así?

—Completamente de acuerdo, señora —repuso él.

La señorita Clarissa miró a la señorita Lavinia y movió gravemente la cabeza. La señorita Lavinia miró con cara de circunstancias a la señorita Clarissa y se le escapó un pequeño suspiro.

—Mi querida Lavinia —dijo su hermana—, toma mi frasco de sales.

La señorita Lavinia se reanimó con la ayuda del vinagre aromático, mientras Traddles y yo la observábamos con gran solicitud; y luego prosiguió con voz apagada:

—Mi hermana y yo hemos dudado mucho, señor Traddles, sobre qué postura adoptar en relación con los sentimientos, o los sentimientos imaginarios, de dos criaturas tan jóvenes como su amigo el señor Copperfield y nuestra sobrina.

—La hija de nuestro hermano Francis —puntualizó la señorita Clarissa—. Si la mujer de nuestro hermano Francis hubiera juzgado oportuno mientras vivió (aunque estaba en su derecho de actuar como le viniera en gana) invitar a la familia a su mesa, nosotras ahora conoceríamos mejor a la hija de nuestro hermano Francis. Puedes continuar, mi querida Lavinia.

La señorita Lavinia dio la vuelta a mi carta, y consultó con la ayuda de su monóculo algunas anotaciones, sin duda minuciosas, que ella había añadido debajo de mi firma.

—Nos ha parecido prudente, señor Traddles —dijo—, someter esos sentimientos a nuestra observación. En la actualidad, no sabemos nada de ellos y no estamos en condiciones de juzgar su profundidad. Por ese motivo, estamos dispuestas a aceptar la propuesta del señor Copperfield y permitirle que nos visite.

—¡Jamás olvidaré su bondad, queridas señoras! —exclamé, sintiendo un gran alivio.

—Sin embargo, señor Traddles —prosiguió la señorita Lavinia—, por el momento preferiríamos pensar que viene a visitarnos a nosotras. Debemos evitar a toda costa hablar de un compromiso entre el señor Copperfield y nuestra sobrina, hasta que hayamos tenido la oportunidad de...

—Hasta que *tú* hayas tenido la oportunidad, mi querida Lavinia —señaló la señorita Clarissa.

—Está bien —asintió la señorita Lavinia, con un suspiro—, hasta que yo haya tenido la oportunidad de observarlos.

—Copperfield —dijo Traddles, volviéndose hacia mí—, estoy seguro de que nada podría parecerte más sensato y razonable.

—¡Nada en absoluto! —respondí—. Soy perfectamente consciente.

—Y una vez aclarado que sólo aceptaremos sus visitas con esa condición —prosiguió la señorita Lavinia, consultando de nuevo sus notas—, hemos de pedir al señor Copperfield que nos dé su palabra de honor de que no mantendrá ninguna clase de comunicación con nuestra sobrina a nuestras

espaldas. Y de que no forjará ningún proyecto en relación con nuestra sobrina, sin comentarlo antes con nosotros...

—Contigo, mi querida Lavinia —le interrumpió la señorita Clarissa.

—¡Está bien, Clarissa! —asintió la señorita Lavinia, con aire de resignación—. Sin comentarlo antes conmigo y recibir nuestra aprobación. Tenemos que insistir expresamente en este punto, que deberá ser siempre respetado. Hemos querido que el señor Copperfield viniera hoy acompañado de un amigo de su confianza —añadió, saludando a Traddles con una ligera inclinación de cabeza, que éste imitó—, con el fin de que no hubiera dudas ni malentendidos. Si el señor Copperfield o usted, señor Traddles, tienen el menor escrúpulo para hacer esa promesa, les ruego que se tomen algún tiempo para reflexionar.

Me apresuré a exclamar, llevado por el entusiasmo, que no necesitábamos ni un minuto para reflexionar. Me comprometí a respetar sus condiciones con la mayor vehemencia; pedí a Traddles que fuera mi testigo; y declaré que sería el peor de los hombres si alguna vez faltaba, aunque sólo fuera un poco, a mi promesa.

—¡Esperen! —dijo la señorita Lavinia, levantando una mano—. Antes de tener el placer de recibirlos, caballeros, ya habíamos decidido dejarles a solas un cuarto de hora para que reflexionaran sobre el asunto. Permítannos que nos retiremos.

Les repetí en vano que no necesitaba reflexionar nada. Ellas insistieron en retirarse durante el tiempo señalado. En consecuencia, aquellos dos pajarillos se marcharon dando saltitos, con gran dignidad; y yo me abandoné a las felicitaciones de Traddles y al sentimiento de haber sido transportado a la región de la más exquisita alegría. Al cabo de un cuarto de hora, exactamente, reaparecieron sin haber perdido un ápice de su dignidad. Habían salido haciendo frufrú, como si sus vestidos fueran de hojas secas; y regresaron acompañadas del mismo sonido.

Me comprometí una vez más a respetar las condiciones impuestas.

—Mi querida Clarissa —dijo la señorita Lavinia—, el resto es cosa tuya.

La señorita Clarissa, descruzando los brazos por primera vez, cogió las notas y les echó una ojeada.

—Estaremos encantadas de que el señor Copperfield venga a comer con nosotras todos los domingos, si le viene bien. Almorzamos a las tres.

Les hice una reverencia.

—Y en el transcurso de la semana, tendremos mucho gusto en invitar al señor Copperfield a tomar el té. Siempre lo tomamos a las seis y media.

Les hice otra reverencia.

—Dos veces por semana, como norma general —aclaró la señorita Clarissa—; no más a menudo.

Volví a hacerles otra reverencia.

—Tal vez la señorita Trotwood —exclamó la señorita Clarissa—, a la que el señor Copperfield menciona en su carta, desee visitarnos. Cuando las visitas contribuyen a la felicidad de todos, nosotros nos alegramos de recibirlas y de devolverlas. Cuando es mejor para la felicidad de todos que no se produzcan (como en el caso de nuestro hermano Francis y de su hogar), la cosa es diferente.

Les di a entender que mi tía estaría orgullosa y encantada de conocerlas; aunque he de reconocer que no estaba muy seguro de que fueran a llevarse bien. Como sus condiciones estaban muy claras, les di calurosamente las gracias; y, cogiendo primero la mano de la señorita Clarissa y después la de la señorita Lavinia, me las llevé a los labios.

La señorita Lavinia se puso entonces en pie y, rogando al señor Traddles que nos excusara un momento, me pidió que la siguiera. Obedecí, todo tembloroso, y ella me condujo a otra habitación. Allí encontré a mi querida Dora, tapándose los oídos detrás de la puerta, con su preciosa carita contra la pared; y a Jip encerrado en el calentaplatos con la cabeza envuelta en una toalla.

¡Qué hermosa estaba con su vestido negro, y cómo sollozaba y lloraba al principio, negándose a salir de detrás de la puerta! ¡Cuánto nos quisimos cuando por fin vino a mi encuentro! ¡Qué felicidad la mía cuando sacamos a Jip del calentaplatos y lo devolvimos a la luz del día, entre muchos estornudos, juntándonos los tres de nuevo!

—¡Mi querida Dora! ¡Por fin mía para siempre!

—¡Oh, no! —me suplicó—. ¡Te lo ruego!

—¿No quieres ser mía para siempre?

—¡Oh, sí, por supuesto que sí! —exclamó Dora—. ¡Pero estoy tan asustada!

—¿Asustada, amor mío?

—¡Oh, sí! No me gusta él —dijo—. ¿Por qué no se marcha?

—¿Quién, vida mía?

—Tu amigo —respondió Dora—. Todo esto no es asunto suyo. ¡Qué estúpido debe de ser!

—¡Amor mío! —no había nada tan seductor como sus modales infantiles—. ¡Es la mejor persona del mundo!

—¡Pero no necesitamos para nada a la mejor persona del mundo! —dijo ella haciendo un mohín.

—Querida —repuse—, pronto lo conocerás bien y le querrás muchísimo. Y no tardará en venir mi tía; y, cuando la trates, también la querrás muchísimo.

—¡No, no, por favor, no la traigas! —exclamó Dora, dándome un pequeño beso horrorizada y juntando las manos—. ¡No! ¡Estoy segura de que es una anciana pérfida y malvada! ¡No dejes que venga, Doady! —que era una deformación de David.

No hubiera servido de nada reprocharle su actitud, así que me reí, admiré su belleza y me sentí muy feliz y enamorado; y ella me enseñó el modo en que Jip se tenía en pie sobre las patas traseras, en un rincón de la sala, y volvía a caer en un santiamén. No sé el tiempo que habría pasado allí, sin acordarme de Traddles, si la señorita Lavinia no hubiera venido a buscarme. La señorita Lavinia quería mucho a Dora (me dijo que Dora era exactamente igual que ella a su edad, ¡cuánto debía de haber cambiado!) y la trataba como si fuese un juguete. Intenté convencer a Dora para que me acompañara a saludar a Traddles, pero, al proponérselo, echó a correr y se encerró con llave en su dormitorio; de modo que volví a reunirme con Traddles sin ella, y me marché de allí convencido de que iba andando por las nubes.

—Las cosas no han podido salir mejor —dijo mi amigo—, y estoy convencido de que son dos ancianas muy agradables. No me extrañaría que te casaras muchos años antes que yo, Copperfield.

—¿Tu Sophy toca algún instrumento, Traddles? —le pregunté, todo orgulloso.

—Sabe suficiente piano para darles clase a sus hermanas pequeñas —contestó.

—¿Y canta? —quise saber.

—Bueno, a veces canta baladas para animar a los demás cuando se sienten desgraciados —dijo Traddles—. Nada que requiera mucha técnica.

—¿Y no canta acompañándose de una guitarra? —inquirí.

—¡Oh, no! —replicó él.

—¿Y pinta?

—¡En absoluto! —exclamó Traddles.

Prometí a Traddles que oiría cantar a Dora y vería algunas de las flores que pintaba. Me respondió que le agradaría mucho, y volvimos a casa cogidos del brazo, derrochando alegría y buen humor. Le animé a que me hablara de Sophy durante el camino, y su tierna confianza en ella me conmovió. Yo la comparaba para mis adentros con Dora, y no podía evitar sentir una gran satisfacción; pero he de reconocer que parecía una excelente mujer para Traddles.

Como es natural, le conté inmediatamente a mi tía el resultado de nuestra entrevista, y todo lo que habíamos dicho y hecho en ella. Se alegró de verme tan feliz, y prometió visitar a las tías de Dora sin pérdida de tiempo. Pero aquella noche, mientras yo escribía a Agnes, estuvo paseando tanto tiempo de un lado a otro del apartamento que pensé que se proponía andar hasta la mañana siguiente.

Mi carta a Agnes estaba llena de entusiasmo y de agradecimiento; le explicaba lo bien que me había ido siguiendo sus consejos. Me contestó a vuelta de correo. Su respuesta fue optimista, sensata y alegre. Desde entonces se mostró siempre alegre.

Yo estaba ahora más ocupado que nunca. Si tenemos en cuenta mis viajes diarios a Highgate, Putney se hallaba realmente lejos; y, como es lógico, quería ver a Dora con la mayor frecuencia posible. Como no podía ir a tomar el té, conseguí que la señorita Lavinia me permitiera ir los sábados por la tarde, sin detrimento de mis privilegiados domingos. El fin de semana se convirtió, de ese modo, en algo maravilloso para mí; y pasaba el resto de los días esperando que llegara.

Sentí un alivio enorme al ver que mi tía y las tías de Dora se llevaban mucho mejor de lo que había imaginado. Mi tía hizo la visita prometida a los pocos días de nuestro encuentro; y la señorita Lavinia y la señorita Clarissa no tardaron en presentarse en Buckingham Street, con gran ceremonia. A partir de entonces, se produjo un intercambio de visitas mucho más amistoso,

normalmente cada tres o cuatro semanas. Sé que mi tía incomodaba a las tías de Dora, haciendo caso omiso de la dignidad de viajar en carruaje, y llegando a pie hasta Putney a las horas más intempestivas, justo después del desayuno o antes de tomar el té. Tampoco les agradaba su costumbre de llevar el sombrero del modo que le resultara más cómodo, sin respetar en absoluto las exigencias de la civilización. Pero las tías de Dora no tardaron en considerar a mi tía como una dama excéntrica y algo masculina, dotada de una gran inteligencia; y, aunque mi tía erizaba a veces las plumas de las tías de Dora con sus opiniones heréticas sobre ciertos convencionalismos, me quería demasiado para no sacrificar algunas de sus pequeñas singularidades en aras de la armonía general.

El único miembro de nuestra pequeña sociedad que se negó tajantemente a adaptarse a las circunstancias fue Jip. Era incapaz de ver a mi tía sin enseñarle todos los dientes, esconderse bajo una silla y gruñir sin cesar; y, de vez en cuando, dejaba escapar un lúgubre aullido como si su presencia le alterara los nervios. Intentamos de todo con él: mimos, reprimendas, cachetes, visitas a Buckingham Street (donde se lanzó en persecución de los dos gatos, ante el horror de los presentes); pero nada pudo inducirle a soportar la compañía de mi tía. A veces parecía superar su antipatía y se mostraba afable durante unos minutos; pero luego levantaba su chato hocico y aullaba tan fuerte que no había más remedio que vendarle los ojos y meterlo en el calientaplatos. Dora acabó por envolverlo en una toalla y encerrarlo allí, siempre que se anunciaba la llegada de mi tía.

Había algo que me inquietaba mucho mientras nuestra vida discurría por cauces tan apacibles. Era que todos parecían considerar a Dora como una muñeca o un bonito juguete. Mi tía, con la que se familiarizó poco a poco, la llamaba siempre su «Pequeña Flor»; y el mayor placer de la señorita Lavinia era ocuparse de ella, rizarle el pelo, llenarla de perifollos y tratarla como a una niña mimada. Y todo lo que hacía la señorita Lavinia era imitado por su hermana. Resultaba muy extraño, pero, salvando las distancias, todo el mundo parecía tratar a Dora como ésta trataba a Jip.

Decidí comentarlo con ella; y un día en que los dos salimos a pasear (pues la señorita Lavinia, transcurrido algún tiempo, nos permitió salir a pasear solos), le dije que me gustaría que convenciera a todos de que no la trataran así.

—Ya no eres ninguna niña, amor mío —protesté.

–¡Vaya! –exclamó Dora–. ¡Seguro que ahora te pones de mal humor!

–¿De mal humor, querida?

–Yo creo que son muy buenas conmigo –afirmó–, y me siento muy feliz.

–Está bien, amor mío –dije–, pero ¡podrías ser igual de feliz si te trataran de un modo más razonable!

Dora me dirigió una mirada de reproche (¡y qué mirada más hermosa!) y empezó a sollozar, preguntándome por qué había puesto tanto empeño en ser su novio si no la quería, y por qué no me marchaba si no podía soportarla.

¿Qué otra cosa podía hacer sino secar sus lágrimas con mis besos y decirle que la adoraba?

–Soy muy sensible y cariñosa –aseguró Dora–; no deberías ser tan cruel conmigo, Doady.

–¡Cruel yo, tesoro mío! ¡Como si yo pudiera ser cruel contigo!

–Entonces no me critiques –exclamó Dora, haciendo de sus labios un capullo de rosa–; y yo me portaré bien.

Me sentí encantado cuando me pidió, motu proprio, que le regalara el manual de cocina del que le había hablado en una ocasión y que le enseñara a llevar las cuentas, tal como le había prometido. En mi siguiente visita, le entregué el libro (que había hecho envolver en un bonito papel para que tuviera un aspecto menos árido y más atractivo); y, mientras paseábamos por el parque, le mostré un viejo libro de cuentas de mi tía y le di un cuaderno, un pequeño lápiz y una cajita de minas para que pudiera practicar.

Pero el manual de cocina le dio dolor de cabeza, y los números la hicieron llorar. Se negaban a que los sumara, decía. Así que los borraba y llenaba las páginas de su cuaderno de pequeños ramilletes de flores y de retratos de Jip y míos.

Entonces traté de enseñarle de un modo entretenido algunas cuestiones domésticas durante nuestros paseos del sábado por la tarde. Cuando pasábamos por delante de una carnicería, por ejemplo, yo le decía:

–Si estuviéramos casados, amor mío, y tuvieras que comprar una paletilla de cordero para el almuerzo, ¿sabrías elegirla?

El rostro de mi pequeña y hermosa Dora se ensombrecía y volvía a hacer de sus labios un capullo, como si prefiriera sellar los míos con un beso.

–¿Sabrías comprarla, querida? –repetía yo, si me sentía implacable.

Dora reflexionaba un poco y respondía con aire triunfal:

–Seguro que el carnicero sabría cómo venderla, ¿qué necesidad tengo de saberlo yo? ¡Qué tonto eres, Doady!

En una ocasión en que pregunté a Dora, recordando el manual de cocina, qué haría si estuviéramos casados y yo le pidiera para comer un delicioso guiso irlandés, ella me contestó que le diría a la criada que lo preparase; después batió palmas sin soltar mi brazo, y su risa era tan adorable que me pareció más encantadora que nunca.

En consecuencia, el manual de cocina fue abandonado en un rincón y sirvió principalmente para que Jip hiciera monerías sobre él. Pero Dora mostró tanto entusiasmo el día que consiguió que se quedara erguido sobre las patas traseras, sujetando el lápiz entre los dientes y sin cambiar de posición, que me alegré mucho de haberlo comprado.

Y volvimos a la guitarra, a la pintura y las flores, a las canciones que hablaban de la imposibilidad de dejar de bailar, ¡tralalá!, y las semanas transcurrían felices. Alguna vez estuve a punto de insinuar a la señorita Lavinia que trataba al amor de mi corazón como si fuera una muñeca; y en ocasiones me sorprendía ver que yo también había caído en el error general y la trataba de ese modo... aunque no con mucha frecuencia.

XLII

Una infamia

Aunque este manuscrito sea sólo para mí, tengo la impresión de que no debería ser yo quien contara cuán duramente trabajé para aprender estenografía y dominar sus terribles entresijos, movido por la conciencia de mi responsabilidad con Dora y sus tías. He hablado ya de mi perseverancia en ese período de mi vida, y de la paciente y continua energía que empezó entonces a madurar en mí, y que constituye sin duda la parte más fuerte de mi carácter (si es que hay alguna fuerza en él). Añadiré solamente que, cuando vuelvo la vista atrás, descubro en esas cualidades la fuente de mis éxitos. He sido muy afortunado en los asuntos materiales; muchos hombres han trabajado más duramente que yo sin conseguir ni la mitad de mis logros; pero yo habría sido incapaz de realizar lo que he realizado sin los hábitos de puntualidad, orden y diligencia, sin la determinación de concentrar en cada momento mis esfuerzos en un solo objeto, aunque hubiera otro a continuación pisándole los talones. Dios sabe que no lo escribo para vanagloriarme. El hombre que pasa revista a su propia vida, como lo hago yo aquí, página tras página, necesita haber sido un santo para no lamentar vivamente las muchas aptitudes ignoradas, oportunidades desperdiciadas, sentimientos imprevisibles y malvados, constantemente en pugna dentro de su pecho y siempre victoriosos. Me atrevo a afirmar que no tengo un solo don natural del que no haya abusado. Lo que quiero decir simplemente es que, siempre que he intentado hacer algo en mi vida, he puesto todo mi empeño en hacerlo bien; que, cuando me he consagrado a algo, lo he hecho en cuerpo y alma; que, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, he trabajado siempre con la mayor seriedad. Nunca he creído posible que una habilidad natural o adquirida pudiera desdeñar la compañía de otras virtudes más humildes como la laboriosidad y la perseverancia. En este mundo no hay nada comparable al deseo de llegar hasta el fondo de las cosas. Es posible que el talento y la

oportunidad constituyan los dos largueros de la escalera por la que algunos hombres suben, pero los peldaños deben ser sólidos y resistentes; y nada puede sustituir a una voluntad ardiente y sincera. Ahora me doy cuenta de que mis reglas de oro han sido no hacer nada a medias y no menospreciar ninguna de mis tareas, cualesquiera que fueran.

No repetiré aquí hasta qué punto debo a Agnes el haber puesto en práctica estos principios. Mi narración me lleva de nuevo a ella, con tierno agradecimiento.

Vino a pasar quince días a casa del doctor Strong. Éste era un viejo amigo del señor Wickfield y deseaba hablar con él para animarle. Se lo había comentado a Agnes en su última visita a Londres, y aquel viaje era el resultado de la conversación. Padre e hija llegaron juntos. No me sorprendió oír decir a Agnes que se había comprometido a encontrar un alojamiento en la vecindad para la señora Heep, cuyo reumatismo necesitaba un cambio de aires, y que estaría encantada de disfrutar de nuestra compañía. Tampoco me extrañó que Uriah llegara al día siguiente, como un buen hijo, acompañando a su madre al nuevo hospedaje.

—¿Ve usted, señorito Copperfield? —exclamó, imponiéndome su compañía mientras daba una vuelta por el jardín del doctor—. Cuando se ama, se está un poco celoso... o, como mínimo, se desea no perder de vista al ser amado.

—¿De quién tiene celos ahora? —quise saber.

—Gracias a usted, señorito Copperfield —respondió—, de nadie en particular... o, por lo menos, de ninguna persona del sexo masculino.

—¿Quiere eso decir que está celoso de alguna persona del sexo femenino?

Me miró de reojo con sus siniestros ojos rojizos y se echó a reír.

—La verdad, señorito Copperfield... Sé que debería llamarle señor Copperfield, pero espero que me perdone, es la costumbre... Es usted tan persuasivo que me sonsaca todo lo que quiere. Pues bien, no me importa reconocer —añadió, poniendo sobre mí su mano fría y húmeda— que no soy hombre que goce de popularidad entre las mujeres, y nunca he sido del agrado de la señora Strong.

Sus ojos se tornaron verdosos mientras me observaban con diabólica astucia.

—¿Qué quiere decir con esas palabras? —inquirí.

—A pesar de ser un hombre de leyes, señorito Copperfield —repuso con una desagradable sonrisa—, en esta ocasión no quiero decir sino lo que acaba de oír.

—¿Y qué significa su mirada? —pregunté sin inmutarme.

—¿Mi mirada? ¡Vaya por Dios, Copperfield! ¡Es usted terrible! ¿Que qué significa mi mirada?

—Sí, su mirada —contesté.

Parecía muy divertido y se rió con toda la animación de que era capaz. Después de rascarse un poco la barbilla, prosiguió, con los ojos bajos... sin dejar de rascarse, muy lentamente:

—Cuando no era más que un humilde empleado, la señora Strong me miraba siempre con desprecio. Agnes se pasaba la vida yendo y viniendo de su casa, y a usted lo quería mucho, señorito Copperfield; pero yo estaba muy por debajo de ella para que se fijara en mí.

—¿Y qué? —respondí—. ¡Así eran las cosas!

—Y muy por debajo de él, también —continuó Uriah, con voz muy clara y aire pensativo, mientras seguía rascándose la barbilla.

—¿Acaso no conoce lo suficiente al doctor —dije— para saber que es incapaz de recordar la existencia de nadie que no esté delante de sus ojos? —pregunté.

Me miró nuevamente de soslayo y alargó su rostro para rascarse con más comodidad.

—¡Oh, no! —respondió—. No me refiero al doctor. ¡Pobre hombre! Estoy hablando del señor Maldon.

Tuve la impresión de que mi corazón dejaba de latir. Comprendí que todos mis temores y mis dudas, toda la felicidad y la paz del doctor, todas las posibles combinaciones de inocencia y de compromiso que yo no había conseguido desentrañar se hallaban a merced de las contorsiones de aquel individuo.

—Era incapaz de entrar en el despacho sin darme órdenes y empujarme de un lado a otro —afirmó Uriah—. ¡Qué caballero tan distinguido! Yo era muy sumiso y humilde... al igual que ahora. Pero no me gustaba que me tratara así... ¡y sigue sin gustarme!

Dejó de rascarse el mentón y absorbió las mejillas hasta que parecieron tocarse en el interior de su boca, sin dejar de mirarme de reojo.

—Ella es una de sus hermosas mujeres —prosiguió, una vez que su rostro recuperó su forma habitual—, y sé que no está dispuesta a entablar amistad con un individuo de mi calaña. Es precisamente la clase de persona que desearía algo mejor para Agnes. No, no soy un hombre que goce de popularidad entre sus mujeres, señorito Copperfield; pero hace mucho tiempo que soy todo ojos. Nosotros, las personas humildes, tenemos los ojos bien abiertos, por lo general... y no se nos escapa el menor detalle.

Traté de fingir que no comprendía ni me inquietaban sus palabras, pero leí en su mirada que no le engañaba.

—Pues bien, Copperfield, no dejaré que me pisoteen —continuó diciendo, arqueando la parte de la cara donde habrían estado sus cejas pelirrojas si hubieran existido, con expresión de maléfico triunfo—, y haré cuanto esté mis manos para poner fin a esa amistad. No la apruebo. No me importa confesarle que soy poco generoso, y deseo tener a raya a los intrusos. De ser posible, no correré el riesgo de que conspiren contra mí.

—Es usted el que siempre está tramando algo —exclamé—; por eso imagina que todo el mundo hace lo mismo.

—Quizá, señorito Copperfield —replicó—; pero tengo un motivo, como siempre decía mi socio, y lo persigo con uñas y dientes. No conviene abusar de mí porque sea un hombre humilde. No dejaré que nadie se interponga en mi camino. ¡Todos tendrán que bajarse del carro, señorito Copperfield!

—No le entiendo —dije.

—¿De veras? —respondió, con una de sus contorsiones—. No sabe cuánto me sorprende, señorito Copperfield, ¡una persona tan inteligente como usted! Intentaré ser más claro la próxima vez. ¿No es el señor Maldon aquel jinete que toca la campanilla de la entrada?

—En efecto, parece él —repuse, con la mayor despreocupación posible.

Uriah se detuvo bruscamente, colocó las manos entre sus huesudas rodillas y se retorció de risa. Una risa totalmente silenciosa. No se le escapó el menor sonido. Su odiosa conducta y sobre todo aquella exhibición final me repugnaron de tal modo que me marché sin despedirme; y allí le dejé, en medio del jardín, como un espantapájaros que no tuviera donde sostenerse.

No fue aquella tarde, si mal no recuerdo, sino dos días después, un sábado, cuando llevé a Agnes a conocer a Dora. Había organizado la visita de antemano con la señorita Lavinia; y esperaban a Agnes a tomar el té.

Me sentía entre orgulloso y preocupado; orgulloso de mi pequeña y adorable prometida, y preocupado porque ésta fuese del agrado de Agnes. Durante todo el trayecto a Putney, Agnes dentro y yo fuera de la diligencia, imaginé a Dora exhibiendo sus encantos de todas las maneras posibles; y tan pronto pensaba que me gustaría encontrarla como la había visto en un momento determinado, como decidía que tal vez fuera mejor que apareciera como la había visto en otro. Llegué a obsesionarme de tal modo que acabé en un estado casi febril.

Yo sabía, y no tenía la menor duda al respecto, que Dora estaría muy hermosa; pero lo cierto es que jamás la había visto tan bella como aquella tarde. No estaba en la sala cuando presenté a Agnes a sus diminutas tías, pues era demasiado tímida para no esconderse. Pero yo sabía ahora dónde buscarla; y, en efecto, la encontré de nuevo tapándose los oídos detrás de la misma estúpida puerta.

Al principio, se negó a salir; después, me pidió cinco minutos de mi reloj. Cuando, finalmente, se cogió de mi brazo para que la condujera a la sala, su adorable carita estaba roja como la grana, y nunca me había parecido tan bonita. Sin embargo, cuando entramos en la estancia y palideció, se puso diez mil veces más bonita todavía.

Dora tenía miedo de Agnes. Me había dicho que estaba convencida de que Agnes era «demasiado inteligente». Pero cuando la vio tan animada y, al mismo tiempo, tan seria, tan atenta y tan buena, soltó, complacida, un pequeño grito de sorpresa, rodeó con sus cariñosos brazos el cuello de Agnes y apoyó su inocente mejilla en el rostro de ésta.

Jamás había sido tan feliz. Jamás me había sentido tan dichoso como cuando las vi sentarse, la una al lado de la otra; y mi querida Dora dirigió su mirada hacia los bondadosos ojos de Agnes, que la contempló con una hermosa expresión llena de ternura.

La señorita Lavinia y la señorita Clarissa participaron, a su manera, de mi alegría. Fue el té más encantador del mundo. La señorita Clarissa presidía la mesa. Yo cortaba y servía el bizcocho de semillas aromáticas..., pues las dos pequeñas ancianas sentían la misma afición que los pájaros por picotear los granos y el azúcar. La señorita Lavinia nos observaba con aire indulgente,

como si la felicidad de nuestro amor fuera obra suya; y Dora y yo nos sentíamos satisfechos de nosotros mismos, y el uno del otro.

La dulce alegría de Agnes conquistó todos los corazones. Su sereno interés por todo lo que interesaba a Dora; el modo en que entabló amistad con Jip (que en seguida simpatizó con ella); su amable comprensión cuando Dora dudó avergonzada si ocupar su asiento habitual a mi lado; su gracia sencilla y desenvuelta, que animó a la tímida Dora a darle pequeñas y numerosas muestras de su confianza; todos estos detalles parecieron completar nuestro círculo.

—¡Me alegro tanto de que me quiera! —le dijo Dora, después del té—. Tenía miedo de que no fuera así; y, ahora que Julia Mills se ha ido, necesito más cariño que nunca.

He olvidado decir, por cierto, que la señorita Mills se había embarcado. Dora y yo habíamos subido a bordo del buque que cubría la ruta de las Indias Orientales, en Gravesend, a fin de despedirnos de ella; habíamos almorzado jengibre en conserva, guayaba y otras exquisiteces por el estilo; y habíamos dejado a la señorita Mills llorando en una silla plegable de la toldilla de popa, con un nuevo y voluminoso diario bajo el brazo, donde pensaba anotar y guardar bajo llave las reflexiones que le inspirara la contemplación del océano.

Agnes dijo que temía que yo hubiera hecho de ella un retrato muy poco simpático, pero Dora se apresuró a contradecirla.

—¡Oh, no! —exclamó, sacudiendo sus rizos al tiempo que me miraba—. No ha tenido sino elogios para usted. Le importa tanto su opinión que yo estaba aterrorizada.

—Mi buena opinión no puede aumentar su cariño por ciertas personas —afirmó Agnes, con una sonrisa—; no la necesitan para nada.

—Pero yo quiero contar con ella —dijo Dora, mimosa—, de ser posible.

Bromeamos sobre el afán de Dora por gustar a los demás, y ella dijo que yo era un tonto y que no me quería; y la velada se fue volando, con vaporosas alas. Se acercaba el momento en que el carruaje vendría a recogernos. Yo estaba solo, de pie junto al fuego, cuando Dora entró sigilosamente en la estancia para darme su acostumbrado beso, pequeño y adorable, de despedida.

—¿No crees que si hubiera tenido una amiga así desde hace mucho tiempo, Doady —me preguntó con los ojos brillantes, mientras su pequeña mano

derecha jugaba distraídamente con uno de los botones de mi chaqueta—, hoy sería más inteligente de lo que soy?

—¡Mi amor! —respondí—. ¡Qué tontería!

—¿Te parece una tontería? —exclamó ella, sin mirarme—. ¿Estás seguro de que lo es?

—¡Por supuesto!

—He olvidado —dijo Dora, sin dejar de dar vueltas a mi botón— cuál es tu grado de parentesco con Agnes, querido y malvado muchacho.

—No somos parientes —contesté—, pero crecimos juntos, como dos hermanos.

—Me gustaría saber por qué te enamoraste de mí —añadió, cogiendo otro de mis botones.

—¡Tal vez porque no pude evitarlo, Dora!

—¿Y si no me hubieras visto nunca? —inquirió ella, pasando a otro botón.

—¿Y si no hubiéramos nacido ninguno de los dos? —exclamé, alegremente.

Yo me preguntaba en qué pensaría mientras, en silencio, admiraba la pequeña y delicada mano que recorría en línea ascendente los botones de mi chaqueta; y los mechones de pelo que descansaban en mi pecho; y las pestañas caídas que parecían elevarse mientras sus ojos seguían el movimiento distraído de los dedos. Finalmente, levantó su mirada hacia mí, y se puso de puntillas para darme, con mayor seriedad de la habitual, ese pequeño y adorable beso... una, dos, tres veces... antes de salir de la habitación.

Todo el mundo volvió cinco minutos después, y Dora había perdido aquella expresión de gravedad tan poco frecuente en ella. Decidió alborozada que Jip nos mostrase todas sus habilidades antes de que llegara la diligencia. Esto le llevó algún tiempo (no tanto por la variedad del repertorio como por la desgana del animal), y aún no había terminado su actuación cuando el carruaje se detuvo en la puerta. Agnes y Dora se dijeron adiós precipitadamente pero con mucho cariño; y acordaron que Dora escribiría a Agnes (la cual no debía tener en cuenta las tonterías que leyera en sus cartas) y que ésta le contestaría; y se despidieron una segunda vez en la portezuela de la diligencia, y una tercera cuando Dora, a pesar de las protestas de la señorita Lavinia, volvió a acercarse corriendo a la ventanilla para recordar a Agnes

que le escribiera y para mover graciosamente sus rizos mirando el lugar que yo ocupaba.

La diligencia tenía que dejarnos cerca de Covent Garden, donde tomaríamos otra que nos llevaría a Highgate. Yo esperaba con impaciencia el pequeño paseo que daríamos en el intervalo, deseando que Agnes elogiara a Dora. ¡Y lo cierto es que no escatimó alabanzas! ¡Con qué cariño y fervor encomendó a mis amorosos cuidados la bella criatura que yo había conquistado, poniendo de relieve su ingenuo encanto! ¡Con qué seriedad me recordó, con la mayor modestia, mi responsabilidad con aquella huérfana!

Nunca jamás había amado a Dora tan profunda y sinceramente como aquella noche. Cuando nos apeamos de la segunda diligencia y empezamos a andar, a la luz de las estrellas, por la silenciosa carretera que conducía a casa del doctor, le dije a Agnes que todo era obra suya.

—Sentada a su lado —dije—, parecías su ángel de la guarda, de igual modo que siempre eres el mío.

—Un pobre ángel —respondió—, aunque leal.

La nitidez de su voz me llegó directamente al corazón, y me empujó a decir con naturalidad:

—He observado hoy que has recobrado tu alegría, Agnes, ese algo tan especial que sólo he percibido en ti; confío en que eso signifique que eres más feliz en casa.

—Soy más feliz por dentro —contestó—, me siento muy dichosa y animada.

Contemplé el rostro sereno que miraba al cielo, y pensé que eran las estrellas las que le conferían tanta nobleza.

—No ha habido el menor cambio en casa —añadió poco después.

—¿Y se ha aludido nuevamente al... no quisiera molestarte, Agnes, pero he de preguntártelo... al asunto del que hablamos la última vez que nos vimos? —pregunté.

—No.

—He pensado tanto en ello.

—Pues no debes hacerlo. Recuerda que estoy convencida de que el amor y la verdad saldrán victoriosos. No te preocupes por mí, Trotwood —añadió, al cabo de unos instantes—; jamás daré ese paso que tanto temes.

A pesar de que en los momentos de serena reflexión nunca me había preocupado realmente, fue un alivio indecible para mí escuchar aquellas palabras de sus labios sinceros. Y así se lo dije, de todo corazón.

—Y cuando concluya esta visita —quise saber—, pues tal vez no tengamos otra oportunidad de hablar a solas, ¿tardarás mucho en volver a Londres, mi querida Agnes?

—Probablemente sí —replicó—; pienso que será mejor para papá que no nos movamos de Canterbury. No creo que tengamos ocasión de vernos a menudo durante mucho tiempo; pero escribiré a Dora con frecuencia, y así sabremos el uno del otro.

Habíamos llegado al pequeño patio de entrada de la casa del doctor. Se hacía tarde. La ventana del dormitorio de la señora Strong estaba iluminada, y Agnes la señaló y me dio las buenas noches.

—No dejes que te atormenten nuestras preocupaciones y nuestras desdichas —exclamó, dándome la mano—. Nada me hace más feliz que tu felicidad. Si algún día necesito tu ayuda, ten la seguridad de que te la pediré. ¡Qué Dios te bendiga siempre!

En su radiante sonrisa, y en las últimas palabras de su alegre voz, me pareció ver y oír de nuevo a mi pequeña Dora en su compañía. Me quedé un rato mirando las estrellas a través del pórtico, con el corazón rebosante de amor y gratitud, y luego decidí seguir mi camino. Había reservado una cama en una posada bastante agradable de la vecindad; cuando estaba saliendo por la puerta del jardín, volví casualmente la cabeza y vi luz en el despacho del doctor. Pensé con cierto remordimiento que habría estado trabajando en el diccionario sin mi ayuda. Con el fin de comprobar si esto era cierto y, en cualquier caso, de darle las buenas noches si seguía entre sus libros, me di la vuelta, crucé silenciosamente el vestíbulo y, abriendo la puerta con sumo cuidado, miré hacia el interior de la habitación.

La primera persona que vi, con gran sorpresa mía, a la tenue luz de la lámpara, fue Uriah. Estaba de pie junto a ella, con una de sus manos esqueléticas sobre la boca y la otra apoyada en la mesa del doctor. Éste se hallaba sentado en el sillón de su escritorio, con el rostro entre las manos. El señor Wickfield, dando muestras de gran agitación, se inclinaba hacia delante y tocaba tímidamente el brazo del doctor.

Durante unos instantes, supuse que el doctor estaba enfermo. Movidamente por esta impresión, me apresuré a dar un paso hacia delante; pero mis ojos se

tropezaron con los de Uriah, y comprendí lo que pasaba. Yo me habría retirado si el doctor no hubiera hecho un gesto para detenerme; y me quedé en el despacho.

—Al menos —dijo Uriah, retorciendo su figura desgarbada—, podríamos cerrar la puerta. No es necesario que se entere TODA la ciudad.

Y diciendo esto, se dirigió de puntillas a la puerta que yo había dejado abierta y la cerró cuidadosamente. Después volvió a ocupar su sitio de antes. Su voz y sus ademanes alardeaban de una compasión hipócrita y exagerada, mucho más intolerable, en mi opinión, que cualquier otra actitud que hubiera podido adoptar.

—He creído mi deber, señorito Copperfield —exclamó Uriah—, poner en conocimiento del doctor Strong el asunto del que usted y yo hablamos. Aunque usted no me comprendió demasiado bien...

Le respondí únicamente con una mirada; y, acercándome a mi anciano y bondadoso maestro, le dirigí unas palabras que quisieron ser de consuelo y de aliento. El doctor apoyó su mano en mi hombro, al igual que cuando yo era un niño, pero no levantó su cabeza gris.

—Como usted no me comprendió demasiado bien, señorito Copperfield —prosiguió Uriah, en el mismo tono oficioso—, puedo tomarme la libertad de mencionar humildemente, ya que estamos entre amigos, que he llamado la atención del doctor Strong sobre los tejemanejes de su esposa. Me resulta muy doloroso, se lo aseguro, Copperfield, inmiscuirme en un asunto tan desagradable; pero lo cierto es que todos nos vemos continuamente mezclados en historias que no deberían ocurrir. A eso me refería en nuestra conversación, señor, cuando usted no quiso comprenderme.

Al recordar su inicua mirada, me gustaría saber por qué no lo agarré del cuello e intenté estrangularle.

—Creo que no me expliqué con demasiada claridad —continuó—, pero tampoco lo hizo usted. Como es natural, los dos tratábamos de evitar un tema tan escabroso. Sin embargo, he tomado la decisión de hablar con claridad; y le he contado al doctor Strong que... ¿decía algo, señor?

Dirigió esta pregunta al doctor, que había dejado escapar un gemido. Cualquier corazón se habría conmovido al oírlo, pensé, pero el de Uriah ni se inmutó.

—... le he contado al doctor Strong —prosiguió— que cualquiera puede ver

que el señor Maldon y la hermosa y encantadora señora Strong se muestran demasiado tiernos el uno con el otro. Ha llegado el momento (puesto que nos vemos mezclados en algo que no debería ocurrir) de que el doctor Strong sepa que era algo tan claro como el agua para todos antes de que el señor Maldon se marchase a la India; que es lo único que le empujó a volver de allí; y lo único que le trae a todas horas por esta casa. Cuando ha entrado usted, señor, estaba pidiéndole a mi socio –añadió, volviéndose hacia el señor Wickfield– que le dijera al doctor Strong, bajo palabra de honor, si no pensaba lo mismo, y desde hace mucho tiempo. ¡Vamos, señor Wickfield! ¿Quiere tener la bondad de contestarnos? ¿Sí o no, señor? ¡Vamos, socio!

–¡Por amor de Dios, mi querido doctor! –exclamó el señor Wickfield, poniendo de nuevo su mano indecisa sobre el brazo del doctor–. No conceda demasiada importancia a las sospechas que yo haya podido abrigar.

–¡Lo ve! –gritó Uriah, moviendo la cabeza–. ¡Qué triste confirmación! ¡Y de él! ¡Un viejo amigo suyo! Cuando yo no era más que su empleado, Copperfield, le he visto, no una vez sino más de veinte... realmente enojado (algo natural en un padre, y no seré yo quien le culpe por eso), pensando que Agnes se veía mezclada en cosas que no deberían ocurrir.

–Mi querido Strong –repuso el señor Wickfield, con voz temblorosa–, amigo mío, no necesito explicarle que siempre he tenido el defecto de buscar un motivo dominante en las acciones humanas, que sólo he juzgado con un criterio muy estrecho. Es posible que este error haya sido la causa de mis dudas.

–Así que ha tenido dudas, Wickfield –dijo el doctor, sin levantar la cabeza–. Ha tenido dudas.

–Responda de una vez, mi querido socio –insistió Uriah.

–Es cierto que las tuve en un momento dado –afirmó el señor Wickfield–. Pero ¡que Dios me perdone!, creí que usted también las tenía.

–¡No, no, no! –contestó el doctor, y su voz reflejaba el más profundo dolor.

–Hubo un tiempo en que pensé –aseguró el señor Wickfield– que usted quería enviar a Maldon al extranjero con miras a una deseable separación.

–¡No, no, no! –replicó el doctor–. Sólo lo hice para darle a Annie la alegría de ver bien colocado a su viejo compañero de juegos. No por otra causa.

—Eso descubrí después —exclamó el señor Wickfield—. Y no se me ocurrió dudar de sus palabras cuando usted lo dijo. Pero imaginaba... le ruego que no olvide mi estrechez de miras, mi peor defecto... que en un caso en el que había una diferencia tan grande de edad...

—He ahí el modo correcto de presentar las cosas, señorito Copperfield —señaló Uriah, haciendo gala de una piedad ofensiva y servil.

—... una dama tan joven y atractiva, por muy sincero que fuera su respeto por usted, podía haber sido empujada al matrimonio por consideraciones de orden puramente material. No se me ocurrió tener en cuenta los innumerables sentimientos y circunstancias que podían haber jugado a favor de esa unión. ¡Recuerde eso, por amor de Dios!

—¡Qué modo tan caritativo de decirlo! —comentó Uriah, moviendo la cabeza.

—Siempre miré a la señora Strong desde un único punto de vista —prosiguió el señor Wickfield—; por todo lo que le es querido en este mundo, viejo amigo, le suplico que no olvide eso. Y, puesto que no tengo más remedio, le confesaré...

—¡Es cierto! ¡No hay salida posible, señor Wickfield! —exclamó Uriah—. Una vez que ha llegado a este punto.

—... que dudé de ella —continuó el señor Wickfield, mirando con expresión desvalida y confusa a su socio—, sí, dudé de ella y pensé que faltaba a sus deberes de esposa; y, puesto que he de contarlo todo, añadiré que algunas veces, viendo lo que yo veía, o lo que en mi enfermiza imaginación creía ver, me repugnaba la idea de que Agnes fuera su amiga. Nunca se lo confié a nadie. Nunca tuve el propósito de hacerlo. Y aunque le resulte terrible oír esto, doctor Strong —murmuró el señor Wickfield—, sentiría compasión de mí si supiera cuán terrible es para mí decirlo.

El doctor, con su bondad natural, le tendió la mano. El señor Wickfield la retuvo un momento entre las suyas, sin levantar la cabeza.

—Estoy seguro —exclamó Uriah, contorsionándose en medio del silencio como un congrio— de que es un asunto muy desagradable para todos. Pero ya que hemos llegado tan lejos, me tomaré la libertad de añadir que también Copperfield se había percatado.

Me volví hacia él y le pregunté cómo se atrevía a hablar por mí.

—¡Oh! Es muy amable por su parte, Copperfield —respondió Uriah, retorciéndose de la cabeza a los pies—, y todos conocemos la cordialidad de su carácter; pero sabe bien que, en cuanto empecé a hablar la otra noche, usted comprendió lo que yo quería decir. Sabe bien que comprendió lo que yo quería decir, Copperfield. ¡No lo niegue! Lo niega con las mejores intenciones; pero no tiene sentido, Copperfield.

Me di cuenta de que la dulce mirada del viejo y bondadoso doctor se posaba en mí durante unos instantes, y tuve la sensación de que mis temores y recuerdos de otros tiempos se leían con demasiada claridad en mis ojos. No servía de nada enfurecerse. El daño ya estaba hecho. Dijese lo que dijese, era imposible borrar aquellas palabras.

Volvimos a guardar silencio, hasta que el doctor se puso en pie y anduvo dos o tres veces de un lado a otro del despacho. No tardó en regresar junto a su sillón y, apoyándose en el respaldo y llevándose de vez en cuando el pañuelo a los ojos, con una sinceridad y una sencillez que, en mi opinión, le honraban más que cualquier afectación de indiferencia, nos dijo:

—Tengo mucho que reprocharme. Estoy convencido de que tengo mucho que reprocharme. He expuesto a la mujer que llevo en mi corazón a juicios y calumnias (y les doy ese nombre, aunque estuvieran escondidas en lo más profundo de algunos pensamientos), de los que jamás habría sido objeto, de no haber sido por mi culpa.

Uriah soltó una especie de resoplido. Supongo que para expresar su simpatía.

—De los que mi Annie jamás habría sido objeto, de no haber sido por mi culpa. Soy viejo, caballeros, como bien saben; esta noche tengo la sensación de que no me queda mucho por vivir. ¡Pero respondo con mi vida... sí, con mi vida... de la lealtad y del honor de la dama de la que estamos hablando!

No creo que el más noble de los caballeros, ni la encarnación del héroe más apuesto y romántico jamás imaginado por un pintor, hubiera podido pronunciar estas palabras con una dignidad más impresionante y conmovedora que el buen doctor.

—Pero no estoy dispuesto a negar —prosiguió—, y tal vez, sin saberlo, estaba ya en cierta medida dispuesto a admitirlo, que es muy posible que haya inducido a esa dama, de manera inconsciente, a contraer un matrimonio desgraciado. Soy un hombre muy poco acostumbrado a observar, por lo que debo inclinarme ante las observaciones de varias personas, de edades y

posiciones muy diferentes, que apuntan en una misma y natural dirección.

A menudo había admirado, como he dicho en otra ocasión, la bondad y el cariño con que trataba a su joven esposa; pero la respetuosa ternura con que se refirió a la señora Strong aquella noche, la especie de veneración con que alejó de él la más ligera duda de su integridad, lo elevaron a mis ojos más allá de cualquier descripción.

—Me casé con ella —explicó el doctor— cuando era sumamente joven y su carácter no estaba aún formado. Yo había contribuido a su educación. Conocía muy bien a su padre. Y también a ella. Le había enseñado lo que había podido, empujado por el amor a su belleza y a sus nobles cualidades. Si le he causado algún mal, tal como creo, abusando sin darme cuenta de su agradecimiento y de su afecto, le pido que me perdone desde el fondo de mi corazón.

Cruzó la habitación y regresó al mismo sitio; y se aferró al sillón con una mano que temblaba tanto como su voz, ahogada pero sincera.

—Yo me consideraba un refugio para ella en los peligros y vicisitudes de la vida. Llegué a convencerme de que, a pesar de nuestra diferencia de edad, ella viviría feliz y tranquila conmigo. Y no crean que no se me ocurrió pensar en el momento en que yo la dejaría libre, todavía joven y hermosa, pero con un juicio más maduro... ¡Les doy mi palabra, caballeros!

La lealtad y la generosidad parecían iluminar su sencilla figura. Cada palabra que pronunciaba tenía una fuerza que ninguna otra cualidad hubiera podido infundirle.

—Mi vida junto a la señora Strong ha sido muy feliz. Hasta esta noche, sólo he tenido ocasión de bendecir el día en que cometí la gran injusticia de casarme con ella.

Su voz, cada vez más entrecortada, se detuvo durante unos segundos; entonces prosiguió:

—Ahora que he despertado de mi sueño (toda mi vida he sido un pobre soñador, de un modo u otro), comprendo cuán natural es que Annie recordara con nostalgia a su viejo compañero de juegos, tan joven como ella. Que pensase en él con cierta inocente tristeza, evocando ingenuamente lo que habría podido ocurrir, de no haber aparecido yo, es, me temo, del todo cierto. Muchas cosas que yo había visto sin que llamaran mi atención han acudido a mi memoria, con un nuevo significado, en el transcurso de esta dolorosa

conversación. Pero, aparte de eso, caballeros, el nombre de esta adorable dama no debe asociarse jamás a una palabra, siquiera a un aliento, de duda.

Durante un instante, su mirada se encendió y su voz adquirió firmeza; después se quedó un momento en silencio, antes de continuar:

—Lo único que puedo hacer es sobrellevar con la mayor resignación el conocimiento de la desdicha que he ocasionado. Ella es quien tiene algo que reprocharme, no yo. Mi deber ahora es protegerla de los juicios erróneos, e incluso crueles, que ni siquiera mis amigos han sido capaces de evitar. Cuanto más retirados vivamos, más fácil será para mí. Y cuando llegue el día (¡quiera Dios que no tarde mucho!) en que mi muerte la deje libre de toda obligación, cerraré los ojos después de haber contemplado su virtuoso rostro, con una confianza y un amor sin límites; y la abandonaré, sin el menor pesar, a una vida más feliz y dichosa.

Apenas podía ver al doctor a través de las lágrimas que su fervor y su bondad (que no sólo enaltecían la sencillez de sus maneras, sino que también se veían enaltecidos por ésta) trajeron a mis ojos. Estaba ya muy cerca de la puerta cuando añadió:

—Caballeros, les he abierto mi corazón. Estoy seguro de que sabrán respetar mis confidencias. Lo que se ha dicho aquí esta noche, no deberá repetirse jamás. Wickfield, viejo amigo, deme su brazo para subir las escaleras.

El señor Wickfield se le acercó presuroso. Sin cambiar entre ellos una sola palabra, salieron lentamente juntos de la habitación; Uriah los siguió con la mirada.

—Bueno, señorito Copperfield —dijo Uriah, volviéndose hacia mí con aire sumiso—. Las cosas no han salido como yo esperaba, pues el viejo erudito... ¡qué hombre tan excelente!... está más ciego que un murciélago; pero creo que esta familia se ha bajado ya del carro.

El sonido de su voz bastó para que yo perdiera los estribos; jamás he estado tan furioso, ni antes ni después de aquel momento.

—¡Canalla! —exclamé—. ¿Qué pretende al mezclarme en sus intrigas? ¿Cómo se ha atrevido a pedir mi opinión, miserable traidor, como si hubiéramos discutido el asunto juntos?

Al verlo frente a mí, con aquel rostro incapaz de disimular su alegría, comprendí con claridad lo que ya sabía: que me había obligado a escuchar sus

confidencias sólo para hacerme sufrir, y que me había tendido deliberadamente una trampa en aquel asunto; era más de lo que podía soportar. Su huesuda mejilla parecía ofrecerse, tentadora, y yo le pegué una bofetada tan fuerte que sentí el mismo comezón en los dedos que si me los hubiera quemado.

Él cogió la mano que le había golpeado, y nos quedamos así, mirándonos el uno al otro, durante mucho tiempo; el suficiente para que yo pudiera ver cómo las marcas blancas de mis dedos desaparecían de sus mejillas color carmesí y las dejaban de un rojo más intenso todavía.

—Copperfield —dijo finalmente, con voz jadeante—, ¿ha perdido usted el juicio?

—No, lo que he perdido es el deseo de tenerlo ante mí —contesté, arrancando mi mano de la suya—. Perro, no quiero volver a saber nada de usted.

—¿De veras? —exclamó él; y el dolor le hizo llevarse la mano a la mejilla—. Tal vez no pueda evitarlo. ¿Y no le parece ingrato por su parte?

—Con frecuencia le he mostrado cuánto le desprecio —repuse—. Acabo de hacerlo con más claridad que nunca. ¿Por qué habría de temer que hiciera el mayor daño posible a los que le rodean? ¿Qué otra cosa ha hecho en su vida?

Comprendió perfectamente esta alusión a las consideraciones que hasta entonces me habían empujado a guardar las formas con él. Aunque no creo que yo hubiera dejado escapar aquel golpe o aquellas palabras sin la seguridad que me había dado Agnes esa noche. Pero poco importa.

Hubo otro largo silencio. Mientras me observaba, sus ojos parecieron adquirir todas las tonalidades capaces de envilecer una mirada.

—Copperfield —dijo, retirando la mano de su mejilla—, siempre ha estado en contra mía. Estoy seguro de que siempre habló mal de mí en casa del señor Wickfield.

—Puede pensar lo que quiera —respondí, todavía indignado—. Si no es verdad, mejor para usted.

—Y, sin embargo, yo siempre le he querido, Copperfield —afirmó.

No me digné contestarle; cogí el sombrero y, cuando me disponía a salir, él se colocó delante de la puerta.

—Copperfield —añadió—, dos no riñen si uno no quiere. No pienso ser uno

de ellos.

—¡Váyase al diablo! —exclamé.

—¡No diga eso! —replicó—. Sé que lo lamentará más tarde. ¿Cómo puede mostrarse tan inferior a mí con esa explosión de mal genio? Pero yo le perdono.

—¡Que usted me perdona! —repetí con desdén.

—En efecto, y es algo que no puede impedirme —repuso Uriah—. ¡Cuando pienso que me ha atacado... a mí, que he sido siempre amigo suyo! Pero dos no riñen si uno no quiere, y no pienso ser uno de ellos. Aunque no quiera, seré amigo suyo. De modo que ya sabe a qué atenerse.

La necesidad de proseguir este diálogo en voz baja (él hablaba muy despacio; yo, muy deprisa), a fin de no molestar a nadie a unas horas tan intempestivas, no me ayudó a mejorar de humor, aunque mi cólera se fuese apaciguando. Me limité a decirle que esperaba de él lo mismo que había esperado siempre, sin que jamás me hubiese defraudado; y, golpeándole al abrir la puerta, como si fuera una gran nuez que alguien hubiera puesto allí para ser cascada, me marché de la casa. Pero también él dormía fuera, donde se alojaba su madre; y no había andado ni cien yardas cuando me alcanzó.

—Sabe, Copperfield —me dijo al oído (ni siquiera volví la cabeza)—, está usted en una situación falsa.

Era cierto, y no pude evitar sentirme más irritado.

—No puede convertir esto en un acto de valentía, ni impedir que yo le perdone. No tengo intención de contárselo a mi madre ni a ningún ser viviente. Estoy decidido a perdonarle. Pero me gustaría saber cómo ha podido levantar su mano contra una persona tan humilde como yo.

Me sentí casi tan despreciable como él. Me conocía mejor que yo mismo. Si me hubiera respondido de malos modos, o hubiese tratado de exasperarme abiertamente, me habría sentido aliviado y justificado; pero había decidido asarme a fuego lento, y aquel tormento duró la mitad de la noche.

A la mañana siguiente, cuando salí a la calle, las campanas de la iglesia repicaban y Uriah paseaba arriba y abajo en compañía de su madre. Se dirigió a mí como si no hubiera ocurrido nada, y me vi obligado a contestarle. Supongo que le había pegado tan fuerte que le dolían los dientes. En cualquier caso, llevaba un pañuelo de seda negra atado a la cabeza, que, unido al

sombrero que se había puesto encima, estaba muy lejos de mejorar su aspecto. Según me dijeron, el lunes por la mañana fue a un dentista de Londres, y éste le sacó una muela. ¡Espero que fuera una doble!

El doctor anunció que no se encontraba bien; y, mientras duró la visita de los Wickfield, prefirió pasar a solas la mayor parte del día. Agnes y su padre llevaban más de una semana en Canterbury cuando reanudamos nuestro trabajo habitual. La víspera, el doctor me entregó personalmente una carta sin cerrar. Iba dirigida a mí; y en ella me pedía, afectuosamente, que jamás aludiera a la conversación de aquella noche. Yo se lo había confiado a mi tía, pero a nadie más. No era un asunto que pudiera discutir con Agnes, y estoy seguro de que ella no sospechaba lo ocurrido.

Tengo el convencimiento de que la señora Strong tampoco sospechaba nada en aquel entonces. Pasaron muchas semanas antes de que yo advirtiera en ella el menor cambio. Pero éste fue llegando lentamente, como una nube en un día sin viento. Al principio, pareció sorprenderle el aire dulcemente compasivo con que le hablaba el doctor, así como su deseo de que el Viejo Soldado fuera a vivir con ella para romper la gris monotonía de su vida. A menudo, cuando estábamos trabajando y ella se sentaba a nuestro lado, la veía detenerse y mirar a su marido con aquella expresión memorable. Y después se levantaba a veces con los ojos llenos de lágrimas y salía del despacho. Poco a poco, una sombra de infelicidad, cada día más profunda, fue envolviendo su belleza. La señora Markleham residía ya en la casa; pero hablaba y hablaba, y no veía nada.

A medida que este cambio fue adueñándose de Annie, hasta entonces un rayo de sol en la casa del doctor, éste pareció envejecer y volverse más serio; pero la dulzura de su carácter, la serena bondad de sus modales y la amable solicitud con su esposa aumentaron, si eso era posible. Una mañana temprano, el día del cumpleaños de Annie, cuando la joven vino a sentarse junto a la ventana mientras trabajábamos (algo que había hecho siempre, pero que ahora realizaba con una timidez e indecisión que a mí me conmovía), el doctor cogió la cabeza de su mujer con ambas manos, le dio un beso en la frente y salió presuroso del despacho, demasiado emocionado para seguir en él. Y ella se quedó inmóvil como una estatua; y luego inclinó la cabeza, juntó las manos y lloró con desconsuelo.

Algunas veces tenía la impresión, después de aquella escena, de que Annie deseaba hablarme cuando nos quedábamos a solas. Sin embargo, nunca dijo nada. El doctor siempre inventaba distracciones para alejarla de casa con

su madre; y la señora Markleham, a quien le encantaba divertirse y parecía detestar todo lo demás, tomaba parte en ellas con entusiasmo, deshaciéndose en elogios. Pero Annie, con expresión triste y abatida, se dejaba llevar a cualquier parte, sin interesarse por nada.

Yo no sabía qué pensar. Mi tía, tampoco; y estoy convencido de que su incertidumbre la hizo andar más de cien millas, en distintas ocasiones. Lo más extraño era que el único consuelo que parecía llegar al corazón de aquel infeliz matrimonio lo prodigaba la persona del señor Dick.

Soy incapaz de explicar cuáles eran sus ideas al respecto, o qué era lo que había observado, y no creo que él hubiera podido ayudarme en esa tarea. Pero, tal como hice constar en el relato de mis días escolares, su veneración por el doctor no tenía límites. Hay en el cariño sincero, incluso en el que siente un animal de clase inferior por el hombre, una sutileza de percepción que deja muy atrás el más elevado intelecto. Y fue esa inteligencia del corazón, si puedo llamarla así, lo que permitió que algún rayo de verdad llegara resplandeciente hasta el señor Dick.

Había reanudado con orgullo, en muchas de sus horas libres, el privilegio de ir y venir por el jardín con el doctor, tal como había hecho en Canterbury por «El Paseo del Doctor». Pero, cuando las cosas cambiaron, dedicó todo su tiempo libre a estos paseos, levantándose incluso más temprano para prolongarlos. Jamás se había sentido tan dichoso como cuando el doctor le leía aquella obra fascinante, el Diccionario; y ahora se sentía muy desgraciado si su amigo no sacaba el manuscrito del bolsillo y empezaba su lectura. Mientras el doctor y yo trabajábamos, cogió la costumbre de ir de un lado a otro con la señora Strong, y de ayudarla a cuidar sus flores preferidas, o a quitar las malas hierbas de los macizos. No creo que pronunciara ni una docena de palabras en el transcurso de una hora; pero su pacífico interés y su mirada melancólica encontraron un eco inmediato en los corazones del doctor y de su esposa; cada uno de ellos sabía que el otro le quería, y que él los adoraba a los dos; y el señor Dick se convirtió en un vínculo entre ambos, algo que ninguna otra persona podía ser.

Cuando lo recuerdo, con su rostro juicioso e impenetrable, paseando arriba y abajo con el doctor, dichoso de sentirse vapuleado por las duras palabras del diccionario; transportando enormes regaderas llenas de agua detrás de Annie; arrodillándose, con sus manazas enguantadas, para entregarse a un trabajo microscópico y paciente entre las pequeñas hojas; expresando en todo cuanto hacía, como ningún filósofo habría sido capaz de

expresar, un delicado anhelo de ser amigo de ella; derramando simpatía, lealtad y cariño por todos los agujeros de la regadera...; cuando lo recuerdo sin perder jamás aquel vestigio de razón que le permitía comprender la desgracia, sin dejar jamás que el infortunado rey Carlos se introdujera en el jardín, sin flaquear jamás en su agradecida obsequiosidad, sin olvidar jamás que allí ocurría algo malo y él deseaba arreglarlo... casi me siento avergonzado de haber creído que no se hallaba en su sano juicio, teniendo en cuenta el uso que yo he dado a mis facultades mentales.

—¡Soy la única en saber lo que vale ese hombre, Trotwood! —decía orgullosamente mi tía siempre que lo comentábamos—. ¡Algún día se hará famoso!

Antes de terminar este capítulo, debo abordar otro asunto. Mientras el doctor tuvo invitados en casa, me di cuenta de que el cartero traía todas las mañanas dos o tres cartas para Uriah Heep, que continuó en Highgate hasta que los demás regresaron a Canterbury, pues era época de vacaciones; me percaté, asimismo, de que su remitente era el señor Micawber, que, como es habitual en un jurista, tenía ahora la letra más redondeada. De tan insignificantes premisas, yo había deducido, jubiloso, que el señor Micawber estaba prosperando; por ese motivo, me extrañó mucho recibir, por aquella época, la siguiente carta de su encantadora esposa:

CANTERBURY, tarde del lunes

No hay duda de que le sorprenderá, mi querido señor Copperfield, recibir esta misiva. Y aún más cuando conozca su contenido. Y aún más cuando le exija la más estricta confidencialidad. Pero mis sentimientos de esposa y madre necesitan de consuelo; y, como no deseo consultar con mi familia (ya muy en contra del señor Micawber), no conozco a nadie que pueda aconsejarme mejor que mi amigo y antiguo inquilino.

Tal vez sepa usted, mi querido señor Copperfield, que entre yo y el señor Micawber (al que nunca abandonaré) ha existido siempre un espíritu de confianza mutua. Es posible que el señor Micawber haya firmado en alguna ocasión un pagaré sin consultarme, o me haya escondido la fecha exacta de su vencimiento. Y lo cierto es que esto ha ocurrido. Pero, por lo general, el señor Micawber no ha tenido secretos para la depositaria de su afecto (me refiero a su mujer) e invariablemente, cuando nos retirábamos a dormir, pasaba revista a los sucesos de la jornada.

No le costará imaginar, mi querido señor Copperfield, la intensidad de mi amargura cuando le haya dicho que el señor Micawber ha cambiado por completo. Se ha vuelto reservado. Se ha encerrado en sí mismo. Su vida es un misterio para la compañera de sus alegrías y de sus penas (me refiero nuevamente a su mujer), y si yo le asegurara que, aparte de tener la certeza de que ha estado desde la mañana hasta la noche en la oficina, sé menos de sus actividades que de las de aquel hombre del sur... sobre cuya boca los niños atolondrados repiten una necia historia relacionada con unas gachas frías de ciruela,^[87] no haría sino utilizar una fábula popular para expresar un hecho real.

Pero eso no es todo. El señor Micawber está siempre malhumorado. Se ha vuelto un hombre severo. Se ha distanciado de nuestro hijo primogénito y de nuestra hija; no siente el menor orgullo por sus gemelos; y contempla con frialdad al pequeño inocente, aún desconocido para usted, que acaba de incorporarse a nuestro círculo familiar. Sólo con grandes dificultades obtenemos de él los recursos pecuniarios para hacer frente a nuestros gastos, que hemos reducido a la mínima expresión, e incluso nos amenaza con asignarnos una cantidad fija (son sus palabras); y se niega rotundamente a justificar una conducta tan desagradable.

Esto resulta difícil de soportar. Es desgarrador. Si, conociendo mis escasas facultades, usted pudiera aconsejarme el mejor modo de emplearlas en un dilema tan insólito, añadiría una deuda de amistad a las muchas que ya he contraído con usted.

Con el cariño de mis hijos y una sonrisa del afortunadamente inconsciente desconocido, sigo siendo, mi

querido señor Copperfield,

Su atribulada
EMMA MICAWBER

No me sentí capacitado para dar a una mujer de la experiencia de la señora Micawber otra recomendación que la de que intentara recuperar al señor Micawber con paciencia y amabilidad (como estaba convencido de que haría, de cualquier modo); pero la carta me dio mucho en que pensar.

XLIII

Otra mirada retrospectiva

Debe permitírseme, una vez más, que me detenga en un período memorable de mi existencia. Debe permitírseme que me aparte a un lado para ver desfilar ante mí, en velada procesión, los fantasmas de aquellos días, acompañando mi propia sombra.

Transcurren semanas, meses, estaciones. Parecen poco más que un día de verano o una tarde de invierno. El parque por donde paseo con Dora está ahora en plena floración, es un campo dorado que resplandece; y, de pronto, pequeños montículos de brezos invisibles yacen bajo un manto de nieve. En unos instantes, el río que corre a lo largo de nuestro paseo dominical centellea bajo la luz del sol, se agita con el viento invernal, o se cubre de témpanos de hielo a la deriva. Más deprisa de lo que cualquier río fluye hacia el mar, brilla, se ensombrece, y sigue su curso hasta perderse en la lejanía.

No cambia nada en casa de las dos ancianas que tanto se asemejan a los pájaros. El reloj hace tictac sobre la chimenea, el barómetro está colgado en el vestíbulo. El reloj y el barómetro nunca son exactos; pero creemos en ambos, con devoción.

Me he convertido legalmente en un hombre.^[88] He alcanzado la dignidad de los veintiún años. Pero es una dignidad que uno no elige libremente. Veamos lo que he conseguido con ella.

He logrado dominar el salvaje misterio de la estenografía. Eso me proporciona unos ingresos respetables. Me he labrado una sólida reputación por mis conocimientos en todo lo relacionado con ese arte, y soy uno de los doce estenógrafos que escriben los debates parlamentarios para un periódico de la mañana.^[89] Noche tras noche, dejo constancia de predicciones que jamás se convierten en realidad, declaraciones que jamás se cumplen,

explicaciones que sólo pretenden desorientar. Me recreo en las palabras. Britania, esa hembra infortunada, aparece siempre ante mí como un ave espetada: ensartada en plumas y lápices, y atada de pies y manos con balduque.^[90] Paso suficiente tiempo entre bastidores para conocer el valor de la vida política. En lo que se refiere a ella, soy un infiel y nadie logrará convertirme.

Mi viejo amigo Traddles ha puesto a prueba sus habilidades como estenógrafo, pero no ha nacido para esa ocupación. Se ha tomado su fracaso con buen humor, y me recuerda que siempre ha sido muy lento. El mismo periódico le emplea de vez en cuando para recoger los datos de algunos áridos asuntos que inteligencias más fértiles desarrollarán y embellecerán. Se ha licenciado en derecho; y, a fuerza de trabajo y de privaciones, ha conseguido ahorrar otras cien libras para completar su aprendizaje en el bufete de un registrador de la propiedad. El día que se licenció, consumimos una buena cantidad de vino de oporto caliente y, a juzgar por el importe de la cuenta, supongo que el Colegio de Abogados debió de obtener bastantes beneficios.

He iniciado con éxito otro camino. He empezado, tembloroso y asustado, mi carrera literaria. Escribí en secreto algo sin importancia, lo envié a una revista y ésta lo publicó. Desde entonces, me he animado a escribir otras pequeñas cosas, que ahora me pagan con regularidad. Mi posición es, en conjunto, bastante acomodada; al contar mis ganancias con los dedos de mi mano izquierda, paso del tercero y llego hasta la mitad del cuarto.^[91]

Nos hemos trasladado de Buckingham Street a una encantadora casita de campo, muy cerca de la que yo había inspeccionado a fondo cuando mi entusiasmo empezó a aflorar. Sin embargo, mi tía (que ha vendido muy bien su propiedad de Dover), no se quedará a vivir en ella, pues tiene intención de mudarse a otra casita de campo, todavía más pequeña, situada a escasa distancia. ¿Qué quiere decir eso? ¡Mi matrimonio! ¡Sí!

¡Sí! ¡Voy a casarme con Dora! La señorita Lavinia y la señorita Clarissa han dado su consentimiento; y, si alguna vez hubo dos canarios revoloteando, son ellas. La señorita Lavinia, encargada de supervisar el ajuar de mi amada, se pasa el día cortando patrones de papel marrón y discutiendo con un joven muy respetable, que lleva un largo envoltorio y una vara de medir bajo el brazo. Una costurera, con una aguja enhebrada siempre clavada en el pecho, come y duerme en la casa; y tengo la impresión de que no se quita el dedal ni para comer, ni para beber, ni para dormir. Han convertido a mi adorada en un maniquí. Requieren continuamente su presencia para que se pruebe algo. Por

las tardes, no podemos disfrutar de cinco minutos juntos sin que alguna intrusa llame a la puerta y diga:

–Por favor, señorita Dora, ¿podría subir un momento?

La señorita Clarissa y mi tía recorren Londres en busca de nuestro mobiliario, y después nos llevan a Dora y a mí a dar el visto bueno. Sería mejor que lo compraran ellas mismas, olvidando la ceremonia de nuestra inspección; pues, cuando vamos a ver un guardafuegos para la cocina y una fresquera, Dora descubre una casita china para Jip, con campanillas en el techo, y prefiere gastar el dinero en ella. Y, una vez comprada, Jip tarda mucho tiempo en acostumbrarse a su nueva residencia; y, cada vez que entra o sale, suenan las campanillas y tiene muchísimo miedo.

Peggotty viene a ayudarnos, y se pone inmediatamente manos a la obra. Su especialidad parece ser limpiar todo una y otra vez. Frota todo lo que puede ser frotado hasta que brilla tanto como su honrada frente. Y es en aquella época cuando empiezo a ver a su hermano, paseando solitario por las oscuras calles, al anochecer, fijándose en las caras de los transeúntes. Nunca me dirijo a él a esas horas. Cuando su grave figura sigue su camino, sé demasiado bien lo que busca y lo que teme.

Me gustaría saber por qué Traddles se da tanta importancia una tarde en que viene a buscarme a los Commons, donde voy de vez en cuando, para cubrir las apariencias, si dispongo de un poco de tiempo. Mi sueño de juventud está a punto de cumplirse. Voy a sacar mi licencia de matrimonio.

Es un documento muy pequeño para tener tanto poder; y Traddles lo contempla encima de mi mesa, entre admirado y temeroso. Nuestros nombres aparecen unidos como en mis dulces sueños de antaño: David Copperfield y Dora Spenlow. Y allí, en una esquina, se ve la oficina de Registros (esa institución paternal que de un modo tan benevolente se interesa por las distintas transacciones de la vida humana), contemplando nuestra Unión; y el arzobispo de Canterbury imparte su bendición sobre nosotros en letra impresa, ¡de la forma más barata que cabría esperar!

Con todo, vivo en un sueño, un sueño confuso, feliz, vertiginoso. No puedo creer que sea verdad; y, sin embargo, tengo la sensación de que cuantos se cruzan conmigo en la calle perciben de un modo más o menos vago que voy a casarme pasado mañana. El delegado me reconoce cuando voy a prestar juramento; y me despacha en seguida, al igual que si existiera un acuerdo masónico entre nosotros. Traddles no es necesario, pero me acompaña como

si fuera mi lugarteniente.

–Espero, mi querido amigo –le digo–, que la próxima vez que vengas aquí sea para buscar tu licencia. Y confío en que no tardes mucho.

–Gracias por tus buenos deseos, mi querido Copperfield –responde–. Yo también confío en eso. Es una satisfacción saber que ella me esperará todo el tiempo que sea preciso, y que es la más adorable de las muchachas...

–¿A qué hora llega su diligencia? –pregunto.

–A las siete –contesta Traddles, mirando su viejo y sencillo reloj de plata (el mismo al que, en el internado, había quitado una de sus ruedas para fabricar un molino de agua)–. Casi a la misma hora que la de la señorita Wickfield, ¿no es así?

–Un poco antes. La de ella llega a las ocho y media.

–Te aseguro, querido amigo –afirma Traddles–, que estoy casi tan contento como si fuera a casarme yo, pensando en el feliz desenlace de vuestra historia. Y quiero darte las más calurosas gracias por la amistad y simpatía que me demuestras al asociar personalmente a Sophy con este feliz acontecimiento, invitándola a ser una de las damas de honor, junto con la señorita Wickfield. Estoy profundamente conmovido.

Yo escucho sus palabras y nos estrechamos la mano; y hablamos, nos paseamos, comemos, etc.; pero no me lo creo. Nada es real.

Sophy llega a casa de las tías de Dora, a la hora prevista. Tiene el rostro más agradable que uno pueda imaginar (aunque no es una belleza, resulta extraordinariamente atractiva), y es una de las criaturas más cariñosas, naturales, francas y encantadoras que he conocido. Traddles nos la presenta muy orgulloso; cuando lo llevo a un rincón para felicitarle por su elección, se frota las manos durante diez minutos, con todos y cada uno de los cabellos de su cabeza erizados.

He ido a buscar a Agnes a la diligencia de Canterbury y, por segunda vez, su rostro hermoso y sonriente está entre nosotros. Agnes siente una gran simpatía por Traddles, y es maravilloso ser testigo de su encuentro y ver la satisfacción de Traddles cuando le presenta a «la joven que más quiere en el mundo».

Todavía no me lo creo. Hemos pasado una velada deliciosa y somos enormemente felices; pero todavía no me lo creo. Soy incapaz de serenarme.

Soy incapaz de paladear mi felicidad. Me siento en una especie de nebulosa; como si me hubiera levantado muy temprano hace una o dos semanas y, desde entonces, no hubiese vuelto a acostarme. No consigo distinguir con claridad cuándo fue ayer. Es como si hubiera llevado mi licencia de matrimonio en el bolsillo durante muchos meses.

Al día siguiente, también, cuando vamos todos juntos a ver la casa... nuestra casa... la casa de Dora y mía... no puedo hacerme a la idea de que soy su propietario. Tengo la impresión de estar allí con permiso de otra persona y, en cierto modo, espero ver llegar de un momento a otro al verdadero dueño y oírle decir que se alegra de saludarme. ¡Es una casita tan hermosa! ¡Todo está tan nuevo y reluciente! Las flores de las alfombras parecen recién cortadas, y es como si las hojas del empapelado acabaran de brotar. Las cortinas son de delicada muselina y los muebles, de un color rosa encendido; el sombrero de paja de Dora, con sus cintas azules, cuelga ya en una pequeña percha (recuerdo bien el amor que me inspiró, la primera vez que la vi, con un sombrero muy parecido); el estuche de la guitarra está ya como en su casa, apoyado en un rincón; y todo el mundo tropieza con la pagoda de Jip, demasiado grande para esas dimensiones.

Otra velada feliz, tan irreal como todo lo demás, y yo me cuelo en la salita de siempre antes de marcharme. Dora no se encuentra allí. Supongo que no ha terminado aún de probarse. La señorita Lavinia asoma la cabeza y me dice con cierto misterio que no tardará en venir. Sin embargo, tarda bastante; aunque finalmente oigo un frufrú en el pasillo y alguien da unos golpecitos en la puerta.

—¡Adelante! —contesto, pero vuelven a llamar.

Me acerco a la puerta, preguntándome quién puede ser, y descubro unos ojos brillantes y un rostro sonrojado; son los ojos y el rostro de Dora, y la señorita Lavinia le ha puesto el traje de novia, con cofia y todo, para que yo lo vea. Estrecho a mi mujercita contra mi corazón; y la señorita Lavinia lanza un pequeño grito porque le descoloco el tocado, y Dora se ríe y llora al mismo tiempo, al verme tan contento; y todo me resulta más irreal que nunca.

—¿Te parece bonito, Doady? —dice Dora.

¡Bonito! ¡Ya lo creo!

—¿Y estás seguro de quererme mucho? —exclama.

El tocado corre tanto peligro con esa pregunta que la señorita Lavinia deja

escapar otro pequeño grito, y me pide que comprenda que sólo debo mirar a Dora, y no tocarla por nada del mundo. Así que Dora se queda inmóvil durante uno o dos minutos, en un adorable estado de confusión, para que yo la admire; y entonces se quita la cofia (¡qué natural está sin ella!) y sale corriendo con ella en la mano; después vuelve a bajar bailando con su ropa habitual, y le pregunta a Jip si tengo una hermosa mujercita y si le perdonará que se case, y luego se arrodilla para obligarle a hacer una pirueta sobre el manual de cocina, por última vez durante su vida de soltera.

Regreso más incrédulo que nunca a mi alojamiento, muy cerca de allí; y, a la mañana siguiente, me levanto muy temprano para ir a la carretera de Highgate y recoger a mi tía.

Jamás la he visto ataviada de ese modo. Lleva un traje de seda color lavanda, un sombrero blanco, y está deslumbrante. Janet la ha vestido, y me pasa revista a mí. Peggotty está preparada para ir a la iglesia, pues tiene intención de ver la ceremonia desde la galería. El señor Dick, que me entregará a mi amada frente al altar, se ha hecho rizar el pelo. Traddles, con quien me he citado en el puesto de peaje,^[92] luce una llamativa combinación de colores, crema y azul celeste; y tanto él como el señor Dick parecen ir enguantados de la cabeza a los pies.

No hay duda de que me percaté de todo esto, porque lo recuerdo; pero me siento perdido, y tengo la sensación de no ver nada. Y tampoco me lo creo. Sin embargo, mientras avanzamos en un carruaje descubierto, esa boda maravillosa es suficientemente real para llenarme de una especie de piedad, asombrosa, por todos aquellos desgraciados que no van a participar en ella, y que barren las puertas de las tiendas y se dirigen a sus ocupaciones diarias.

Mi tía lleva mi mano entre las suyas durante todo el trayecto. Cuando nos detenemos a escasa distancia de la iglesia para que se apeee Peggotty, a quien hemos traído en el pescante, mi tía me aprieta la mano y me da un beso.

—¡Que Dios te bendiga, Trot! No podría quererte más si fueras hijo mío. No puedo dejar de pensar en la pobre y querida niña esta mañana.

—Yo también. Y en todo lo que le debo, querida tía.

—¡Eso no, muchacho! —exclama ella.

Y, rebotando cordialidad, le da la mano a Traddles, que le da la suya al señor Dick, quien a su vez me la da a mí, antes de que yo se la dé a Traddles; y entonces llegamos a la entrada.

Lo cierto es que la iglesia está muy tranquila; pero, aunque se tratara de un telar de vapor en plena actividad, tendría el mismo efecto sedante sobre mí.

El resto es un sueño más o menos incoherente.

Y en ese sueño Dora entra con otras personas; la sacristana nos coloca, como un sargento instructor, delante de la barandilla del altar; y yo me pregunto, incluso en esos instantes, por qué tienen que elegir para este trabajo a unas mujeres tan antipáticas, y si no será el temor religioso a una infección catastrófica de buen humor lo que hace indispensable poner a esas vinagreras en el camino del Cielo.



Me caso

Y aparecen el pastor y su ayudante; entran algunos pescadores y otras gentes; un viejo marinero, a mis espaldas, llena la iglesia de un fuerte olor a ron; se inicia el servicio religioso, con voz profunda, y todos escuchamos muy atentos.

La señorita Lavinia, que desempeña el papel de dama de honor

semiauxiliar, es la primera que se echa a llorar, rindiendo homenaje con sus sollozos a la memoria de Pidger (al menos esa es mi impresión); la señorita Clarissa le acerca el frasco de sales; Agnes cuida de Dora; mi tía se esfuerza por parecer un modelo de entereza, mientras las lágrimas corren por sus mejillas; la pequeña Dora, toda temblorosa, murmura sus respuestas con voz ahogada.

Nos arrodillamos el uno junto al otro; Dora tiembla cada vez menos, pero sigue sin soltar la mano de Agnes; el servicio se termina, tranquila y gravemente; los dos nos miramos entre sonrisas y lágrimas, como un día de abril; mi joven esposa sufre un ataque de histeria en la sacristía, y se deshace en llanto recordando a su pobre papá, a su querido papá.

Pero no tarda en animarse y, uno tras otro, firmamos en el registro. Subo a la galería a buscar a Peggotty para que también estampe su firma, y ella me abraza en un rincón y me dice que también asistió a la boda de mi madre; y la ceremonia acaba y todos nos marchamos.

Me alejo del altar del brazo de mi dulce esposa, orgulloso y enamorado, en medio de una nebulosa de rostros, púlpitos, sepulcros, bancos, pilas bautismales, órganos y vidrieras, que se entremezclan con los vagos recuerdos que flotan en el aire de la iglesia de mi niñez, hace ya tanto tiempo.

La gente murmura a nuestro paso: «¡Qué pareja tan joven!» «¡Qué novia tan bonita!». Todos nos sentimos felices y parlanchines al regresar a casa en el carruaje. Sophy nos cuenta que cuando le pidieron a Traddles la licencia de matrimonio (que yo le había confiado), estuvo a punto de desmayarse, convencida de que la había perdido o se la habían robado. Agnes se ríe alegremente; y Dora está tan encariñada con Agnes que no quiere separarse de ella, y sigue de su mano.

Hay un ágape, con muchas cosas apetitosas y succulentas para comer y beber, que yo degusto (como lo haría en un sueño) sin ser capaz de percibir en ellas ningún sabor; lo único que puedo comer y beber, por decirlo de algún modo, es amor y matrimonio, y las viandas son para mí tan irreales como todo lo demás.

Pronuncio mi discurso como un sonámbulo, sin tener la menor idea de lo que quiero decir, más allá de lo que pueda comprenderse con la convicción plena de que no lo he dicho. Pasamos unos momentos muy felices (aunque siempre como en sueños); y Jip come del pastel de boda, y más tarde sufre una indigestión.

Llega el carruaje de alquiler, tirado por dos caballos; Dora se retira para cambiarse de ropa. Mi tía y la señorita Clarissa se quedan con nosotros; damos un paseo por el jardín; y mi tía, que ha pronunciado un emotivo discurso sobre las tías de Dora, aunque lo encuentra muy divertido, no puede evitar sentir cierto orgullo por sus palabras.

Dora está ya preparada, y la señorita Lavinia revolotea a su alrededor, resistiéndose a perder el encantador juguete con el que ha pasado tan buenos ratos. Dora descubre a cada instante, con sorpresa, que ha olvidado un sinfín de pequeñas cosas; y todos corren por doquier para traérselas.

Se forma un círculo alrededor de Dora cuando ella empieza a decir adiós; y es como si las damas de honor, con sus lazos y sus brillantes colores, fueran un macizo de flores. Mi amada sale de aquel jardín, medio asfixiada, riendo y llorando al mismo tiempo, y viene a arrojarse en mis celosos brazos.

Quiero coger a Jip (que nos acompaña en nuestro viaje), pero Dora dice que no, que tiene que llevarlo ella; si no, Jip podría pensar que ha dejado de quererlo tras su matrimonio... y eso le partiría el alma. Salimos del brazo, y Dora se detiene y exclama, dándose la vuelta: «¡Si alguna vez he sido antipática o desagradecida con alguno de ustedes, espero que lo olviden!», y rompe a llorar.

Dice adiós con su pequeña mano, y reanudamos nuestra marcha. Se detiene una vez más, vuelve la vista y corre hacia Agnes, pues quiere darle sus últimos besos y adioses sólo a ella.

Partimos juntos, y despierto de mi sueño. Por fin me lo creo. Tengo a mi lado a mi querida, querida mujercita ¡y estoy tan enamorado de ella!

—¿Eres feliz ahora, tontuelo? —me pregunta Dora—. ¿Seguro que no te arrepientes?

Me he apartado a un lado para ver desfilar ante mí los fantasmas de aquellos días. Ellos han desaparecido, y yo retomo el hilo de mi historia.

XLIV

El gobierno de nuestra casa

Me pareció realmente extraño, terminada la luna de miel y de vuelta en sus casas las damas de honor, encontrarme instalado en mi propia casita con Dora; tenía casi la sensación de haberme quedado sin trabajo, por decirlo de algún modo, al recordar mi delicioso empleo de enamorado.

¡Resultaba tan extraordinario tener a Dora siempre a mi lado! Era tan insólito no verme obligado a salir de casa para visitarla, no tener ningún motivo para atormentarme por su causa, no tener que escribirle, no tener que devanarme los sesos para encontrar el modo de hallarme a solas con ella. Algunas veces, al atardecer, cuando levantaba la vista de mi trabajo y la contemplaba sentada frente a mí, me recostaba en el respaldo del sillón y pensaba cuán extraño era que estuviéramos los dos allí, solos, como si fuera lo más natural... que nuestros asuntos no fueran de la incumbencia de nadie... que toda la romántica historia de nuestro noviazgo quedara abandonada en un estante... y que sólo tuviéramos que agradarnos el uno al otro... el uno al otro, durante el resto de nuestra vida.

Cuando había un debate parlamentario y yo me retrasaba, ¡era tan extraño pensar, mientras iba camino de casa, que Dora me esperaba! ¡Qué maravilloso me parecía, al principio, que bajara las escaleras sin hacer ruido para conversar conmigo mientras yo cenaba! ¡Qué estupendo saber con certeza que se rizaba el pelo! ¡Qué asombroso ver cómo se colocaba los papillotes!

Dudo que dos pajarillos pudieran ser más ignorantes que mi preciosa Dora y yo en cuestiones de organización doméstica. Naturalmente, teníamos una criada. Ella llevaba la casa. En el fondo sigo creyendo que debía de tratarse de la hija disfrazada de la señora Crupp ¡Mary Anne nos hizo pasar tan malos ratos!

Se apellidaba Paragon.^[93] Nos dieron a entender, cuando la contratamos, que su nombre no era sino un débil reflejo de su carácter. Nos enseñó una carta de recomendación tan larga como una proclama y, según ese documento, sabía hacer cualquier tarea doméstica de la que yo tuviera noticia, y muchísimas otras de las que no había oído hablar jamás. Era una mujer en la flor de la vida; de rostro severo, y propensa a una especie de perpetuo sarampión o violento sarpullido (sobre todo en los brazos). Tenía un primo en la Guardia de Corps, con unas piernas tan largas que parecían la sombra vespertina de otra persona. De igual modo que llevaba una casaca demasiado pequeña para su cuerpo, resultaba demasiado grande para nuestra casa. Ésta parecía reducirse porque él no guardaba la menor proporción con su tamaño. Por otra parte, las paredes no eran gruesas, y siempre que pasaba la velada en casa, sabíamos de su presencia por los gruñidos que se oían continuamente en la cocina.

La sobriedad en la bebida y la honradez de nuestra perla estaban garantizadas. Por ese motivo, estoy dispuesto a creer que había sufrido un ataque cuando la encontramos debajo de la caldera; y que si nos faltaban cucharillas era por culpa del basurero.

Pero era un verdadero suplicio para nosotros. Conscientes de nuestra inexperiencia, nos sentíamos incapaces de salir de aquella situación. Habríamos dependido de su clemencia, si hubiera tenido alguna; pero era una mujer despiadada, y carecía de ella. Fue la causa de nuestra primera discusión.

—Mi vida —dije un día a Dora—, ¿crees que Mary Anne tiene alguna noción de la hora que es?

—¿Por qué, Doady? —inquirió ella, levantando la vista de su dibujo, con aire inocente.

—Porque son las cinco, mi amor, y tendríamos que haber comido a las cuatro.

Dora miró el reloj de la sala con inquietud, y dijo que probablemente iba adelantado.

—Todo lo contrario, corazón —respondí, consultando el mío—, va unos minutos retrasado.

Mi mujercita vino a sentarse encima de mis rodillas para tranquilizarme con sus mimos, y trazó una raya con su lápiz en mitad de mi nariz; pero eso

no me quitó el apetito, aunque fue muy agradable.

—¿No piensas, querida —exclamé—, que deberías reconvenir a Mary Anne?

—¡Oh, no, por favor! ¡No podría, Doady! —contestó Dora.

—¿Por qué no, mi amor? —le pregunté, dulcemente.

—¡Porque tengo la cabeza llena de pájaros —afirmó—, y ella lo sabe!

Ese argumento me pareció tan incompatible con el establecimiento de algún sistema de control sobre Mary Anne que fruncí un poco el ceño.

—¡Qué arrugas tan feas le han salido en la frente a mi niño malo! —dijo Dora y, sentada aún en mis rodillas, las dibujó con su lápiz; llevando éste a sus sonrosados labios para que escribiera más negro, y trabajando en mi frente con una cómica expresión de seriedad y aplicación, que, mal que me pese, me pareció encantadora.

—¡Así me gusta! —añadió Dora—. ¡Estás mucho más guapo cuando te ríes!

—Pero, mi amor... —empecé a decir.

—¡No, no! ¡Por favor! —protestó, con un beso—. ¡No seas un malvado Barba Azul! ¡No te pongas serio!

—Tesoro mío —repuse—, algunas veces hay que ponerse serio. ¡Ven! ¡Siéntate en esta silla, a mi lado! ¡Dame el lápiz! ¡Así! Y, ahora, hablemos con sensatez. Sabes, mi amor (¡qué manita tan pequeña tenía! ¡Y qué minúsculo era su anillo de boda!), no es lo que se dice agradable tener que irme sin comer, ¿no te parece?

—¡N...n...o! —contestó ella, débilmente.

—¡Mi amor, estás temblando!

—Porque SÉ que vas a regañarme —exclamó Dora, en tono lastimero.

—Sólo pretendo razonar, cariño.

—¡Oh, pero los razonamientos son peores que las regañinas! —dijo Dora, desesperada—. No me he casado para que me hagas entrar en razón. ¡Si lo que querías era hacer entrar en razón a una pobre chiquilla como yo, tendrías que haberme avisado, malo!

Procuré calmar a Dora, pero ella volvió el rostro hacia otro lado, sacudió sus rizos y repitió tantas veces: «¡malo, malo!», que no supe qué hacer exactamente; de modo que paseé mi incertidumbre de un lado a otro de la

habitación, antes de regresar a su lado.

—¡Dora, amor mío!

—No, no soy tu amor. Porque estoy segura de que lamentas haberte casado conmigo, de otro modo no habrías pretendido razonar —respondió ella.

Me sentí tan ofendido por la incoherencia de aquella acusación que tuve el valor de ponerme serio.

—Dora, mi vida —dije—, eres pueril y estás diciendo tonterías. Estoy convencido de que recuerdas que ayer me vi obligado a marcharme a medio comer, y que anteayer me sentí bastante mal por haber tenido que comer a toda prisa la ternera casi cruda; hoy, no comeré nada en absoluto... y casi no me atrevo a hablar de lo que tardó esta mañana el desayuno... ¡y todo para que luego el agua no estuviera hirviendo! No te lo reprocho, querida, pero no es agradable.

—¡Oh, malo, malo! ¡Decir que soy una mujer desagradable!

—¡Vamos, mi querida Dora, sabes bien que nunca he dicho eso!

—¡Has dicho que yo no era agradable!

—¡He dicho que el gobierno de nuestra casa no era agradable!

—¡Es exactamente lo mismo! —exclamó Dora; y estaba convencida de sus palabras, pues lloraba a lágrima viva.

Di otro pequeño paseo por la habitación, lleno de amor por mi preciosa mujercita y loco de remordimientos, que me empujaban a darme de cabezadas contra la puerta. Volví a sentarme y dije:

—No te estoy culpando, Dora. Los dos tenemos mucho que aprender. Sólo intento explicarte, querida, que es necesario... verdaderamente necesario (estaba decidido a no ceder en aquel punto) que te acostumbres a vigilar a Mary Anne. Y que actúes un poco en tu nombre y en el mío.

—Me sorprende, de veras, que seas tan ingrato conmigo —sollozó Dora—, sabiendo que el otro día, cuando dijiste que te apetecía un poco de pescado, salí personalmente y recorrí muchas millas para conseguirlo y darte una sorpresa.

—Y fue muy amable por tu parte, tesoro mío —repuse—. Me conmovió tanto que habría sido incapaz de reprocharte que compraras un salmón entero... que era demasiado para los dos; o que costase una libra y seis chelines... que era

mucho más de lo que podemos permitirnos.

—¡Pues bien que lo disfrutaste! —dijo Dora, entre hipidos—. Y me llamaste ratita.

—Y lo haría de nuevo, mi amor —repliqué—. ¡Mil veces!

Pero yo había herido el tierno corazoncito de Dora, y nada podía consolarla. Lloraba y gemía de un modo tan patético que tuve la sensación de haberle dicho no sé qué con el propósito de lastimarla. Me vi obligado a marcharme corriendo. El trabajo me retuvo hasta muy tarde y, durante toda la noche, me remordió terriblemente la conciencia. Tenía la impresión de ser un asesino, y me perseguía el sentimiento vago de haber cometido algo monstruoso.

No volví a casa hasta las dos o las tres de la madrugada. Mi tía estaba en nuestra casa, esperándome.

—¿Ocurre algo, tía? —pregunté, alarmado.

—Nada, Trot —respondió—. Siéntate, siéntate. Nuestra Pequeña Flor estaba bastante triste y yo le he hecho compañía. Eso es todo.

Apoyé la cabeza en mi mano; y, mientras contemplaba el fuego, me sentí más afligido y desalentado de lo que jamás hubiera creído posible tan poco tiempo después de que se cumplieran mis más ardientes esperanzas. Mientras reflexionaba sobre esto, me tropecé con la mirada de mi tía, que estaba posada en mí. Advertí cierta inquietud en sus ojos, pero éstos pronto se serenaron.

—Le aseguro, tía —dije—, que me he sentido muy desgraciado durante toda la noche pensando en el desconsuelo de Dora. Pero mi única intención era hablarle tierna y amorosamente de nuestros asuntos domésticos.

—Debes tener paciencia, Trot —contestó.

—Por supuesto. ¡Sabe Dios que no pretendo ser poco razonable, tía!

—No, no —exclamó ella—. Pero nuestra pequeña es una flor muy delicada, y el viento debe soplar dulcemente sobre ella.

Le agradecí, de corazón, la ternura que mostraba con mi mujer; y tuve la certeza de que ella lo comprendía.

—¿No cree, tía —le pregunté, después de contemplar nuevamente el fuego—, que usted podría aconsejar un poco a Dora de vez en cuando, por nuestro bien?

–¡No, Trot! –repuso ella, no sin emoción–. ¡No me pidas eso!

Pronunció esas palabras con tanta seriedad que levanté los ojos sorprendido.

–Evoco mi vida pasada, querido muchacho –prosiguió mi tía–, y pienso en algunas personas que ahora yacen en sus tumbas y con las que habría podido tener mejores relaciones. Si juzgué con severidad los errores conyugales de otros, fue quizá porque yo misma tenía amargas razones para juzgar con severidad mi matrimonio. Pero eso carece de importancia. He sido una mujer gruñona, arisca e intratable durante muchos años. Lo soy todavía, y siempre lo seguiré siendo. Pero tú y yo nos hemos hecho mucho bien el uno al otro, Trot... al menos tú me lo has hecho a mí, tesoro mío; y no quiero que, a estas alturas, haya diferencias entre nosotros.

–¡Diferencias! ¡Entre *nosotros*! –protesté.

–¡Jovencito, jovencito! –exclamó mi tía, alisándose el vestido–. No hay que ser profeta para saber que no tardarían en surgir, y que mi Pequeña Flor sería muy desgraciada si yo me mezclara en vuestros asuntos. Deseo que nuestra querida niña me quiera, y sea tan feliz como una mariposa. Recuerda tu propio hogar, y aquel segundo matrimonio; y jamás nos hagas, a ella o a mí, el mal que acabas de insinuar.

Comprendí en seguida que mi tía tenía razón; y comprendí, asimismo, hasta dónde llegaba su generosidad con mi querida esposa.

–Éste es el comienzo, Trot –prosiguió–, y Roma no se construyó en un día, ni en un año. Has elegido libremente –tuve la impresión de que su rostro se ensombrecía durante un instante– a una criatura muy bonita y cariñosa. Será tu deber, al igual que tu felicidad (es algo que sé, no estoy pronunciando un sermón) quererla tal como la has escogido, por las cualidades que tiene y no por las que no tiene. Intenta desarrollar en ella estas últimas. Y si no puedes, muchacho –mi tía se frotó la nariz–, tendrás que acostumbrarte a vivir sin ellas. Pero recuerda, querido, que vuestro futuro depende de los dos. Nadie puede ayudaros; tenéis que labrarlo vosotros mismos. Eso es el matrimonio, Trot; y ¡que el Cielo os bendiga a los dos, pues sólo sois un par de niños perdidos en el bosque!

Mi tía dijo estas últimas palabras en tono alegre y me dio un beso para ratificar la bendición.

–Y ahora –añadió– enciende mi pequeña linterna y acompáñame a mi

sombrerera por el sendero del jardín (que unía las dos casas). Cuando vuelvas, dale a mi Pequeña Flor el cariño de Betsey Trotwood; y hagas lo que hagas, Trot, no se te ocurra jamás convertir a tu tía en un espantapájaros, pues la he visto en un espejo, y ¡te aseguro que resulta suficientemente horrible y flaca sin necesidad de eso!

Dicho esto, mi tía se anudó el pañuelo alrededor de la cabeza, de cualquier modo, tal como hacía en semejantes ocasiones; y yo la escolté hasta su casa. Cuando se quedó en su jardín, levantando la pequeña linterna para alumbrarme, pensé que me miraba nuevamente con inquietud; pero yo estaba demasiado ocupado dando vueltas a sus palabras, y demasiado impresionado (por primera vez, en realidad) por la idea de que Dora y yo teníamos que labrarnos nuestro propio porvenir y nadie podía ayudarnos, para darle importancia a ese detalle.

Dora bajó furtivamente a mi encuentro en zapatillas, ahora que estaba solo; y se echó a llorar en mi hombro, y me dijo que yo había sido cruel y ella muy mala; y supongo que le respondí algo parecido; e hicimos las paces, y decidimos que nuestra primera pequeña riña sería la última, y que nunca tendríamos otra aunque viviéramos cien años.

La siguiente adversidad doméstica que tuvimos que sobrellevar fue la del Tormento de las Criadas. El primo de Mary Anne desertó y se escondió en nuestra carbonera; un destacamento de sus compañeros de armas lo sacó de allí, ante nuestro asombro, y se lo llevó esposado en un desfile que cubrió de ignominia nuestro jardín delantero. Esto me dio valor para despedir a Mary Anne; se marchó tan dócilmente, después de haber recibido su paga, que me sentí muy sorprendido, hasta que descubrí lo de las cucharillas y lo de las pequeñas cantidades que había pedido prestadas a los tenderos en mi nombre y sin ninguna autorización. Después del paso temporal de la señora Kidgerbury (la vecina más anciana de Kentish Town, según creo), que se dedicaba a limpiar casas, pero no tenía fuerzas para poner en práctica sus conocimientos de ese arte, encontramos otra perla; era una mujer de lo más amable, pero no dejaba de caerse al subir o bajar las escaleras de la cocina con la bandeja, y casi siempre se zambullía en el salón con el servicio de té como si fuera una piscina. Los desastres cometidos por aquella desgraciada nos obligaron a prescindir de sus servicios; le sucedieron (con intervalos de la señora Kidgerbury) una larga lista de Incapaces, que terminó en una joven de aspecto distinguido, que se fue a la feria de Greenwich con el sombrero de Dora. Y luego sólo recuerdo una serie de fracasos bastante parecidos.

Toda la gente con la que teníamos que tratar parecía engañarnos. Nuestra aparición en una tienda era una señal para que expusieran inmediatamente los productos estropeados. Si comprábamos una langosta, estaba llena de agua. Toda la carne que nos vendían estaba correosa, y las hogazas de pan apenas tenían corteza. En busca de una norma para que un asado de carne ni se pasara ni se quedara crudo, consulté personalmente el manual de cocina y vi que aconsejaba un cuarto de hora por cada libra de peso, e incluso daba un margen de un cuarto de hora más. Pero, por alguna extraña fatalidad, siempre nos falló esa norma, y jamás pudimos encontrar el punto medio entre el rojo sanguinolento y el color carbón.

Tengo razones para creer que todos aquellos fracasos nos ocasionaban muchos más gastos que si hubieran sido éxitos. Cuando revisaba las cuentas de nuestros proveedores, tenía la impresión de que habríamos podido pavimentar el suelo del sótano con manteca, tan grande era el consumo que hacíamos de ese artículo. No sé si la recaudación de impuestos de aquel período reflejó algún aumento en el consumo de la pimienta; pero, si nuestras adquisiciones no afectaron el mercado, sin duda fue porque varias familias dejaron de emplearla. Y lo más asombroso de todo era que nunca teníamos nada en casa.

En cuanto a la lavandera, que empeñó nuestra ropa y luego vino a pedirnos perdón en estado de penitente embriaguez, supongo que es algo que podría haberle pasado varias veces a cualquiera. Al igual que lo del incendio de la chimenea, lo de la bomba de agua parroquial y lo del perjurio del sacristán. Pero me temo que fuimos personalmente desafortunados al contratar a una criada muy aficionada a las bebidas reconfortantes, que aumentó nuestra cuenta de cerveza en la taberna con algunos pedidos tan inexplicables como éstos: «Un cuarto de ron con hierbas (Señora C.)», «medio cuarto de ginebra con clavo (Señora C.)», «un vaso de ron con menta (Señora C.)». Los paréntesis se referían siempre a Dora, que supuestamente había ingerido todas esas bebidas.

Una de nuestras primeras hazañas domésticas fue invitar a cenar a Traddles. Me encontré con él en la ciudad y le pedí que volviera andando conmigo a casa aquella tarde. Aceptó encantado, y yo le envié una nota a Dora, comunicándole nuestra llegada juntos. Hacía muy buen tiempo, y durante el trayecto fuimos hablando de mi felicidad conyugal. Era un tema que a Traddles le emocionaba; decía que el día que supiera que Sophy le esperaba en una casa como la nuestra, su dicha sería completa.

Yo no habría podido desear una mujer más bonita en el otro extremo de la mesa, pero sí un poco más de espacio cuando nos sentamos. No entendía lo que pasaba; aunque sólo éramos dos, siempre estábamos apretados, a pesar de que había lugar suficiente para que todo se perdiera. Sospecho que la causa era que nada tenía un sitio fijo, si exceptuamos la pagoda de Jip, que siempre entorpecía el paso principal. En la presente ocasión, Traddles se hallaba tan encajonado entre la pagoda, el estuche de la guitarra, los utensilios de dibujar flores de Dora y mi mesa de trabajo, que tuve serias dudas de que pudiera utilizar el tenedor y el cuchillo; pero él nos asegura, con su habitual buen humor, que tenía: «¡La mar de espacio, Copperfield! ¡La mar de espacio!».

También me habría gustado otra cosa: que Jip no paseara por el mantel mientras comíamos. Empecé a pensar que, aunque no hubiese tenido la costumbre de meter la pata en la sal o en la manteca derretida, su presencia en la mesa era un disparate. Durante aquella cena, pareció creer que estaba expresamente allí para impedir que Traddles comiera; y no cesó de ladrar a mi viejo amigo y de corretear hasta su plato, con tanta obstinación que cualquiera podría haber pensado que estaba enfrascado en la conversación.

Sin embargo, como sabía lo sensible que era Dora y cuánto le dolería cualquier desaire a su mascota favorita, preferí no hacer ninguna objeción. Por idénticas razones, pasé por alto el batiburrillo de platos en el suelo; o el vergonzoso aspecto de las vinagreras, en completo abandono y desorden, como si estuvieran borrachas; o los apuros cada vez mayores de Traddles entre tantas jarras y fuentes de verduras. No pude evitar preguntarme, mientras contemplaba la pierna de cordero que tenía delante, antes de trincharla, por qué motivo nuestros asados tenían siempre formas tan extraordinarias... y si nuestro carnicero compraría todos los corderos deformes que venían al mundo; pero guardé mis pensamientos para mí.



El gobierno de nuestra casa

—Mi amor —dijo a Dora—, ¿qué tienes en esa fuente?

No comprendía por qué Dora había estado haciéndome graciosos mohines, como si quisiera besarme.

—Ostras, querido —respondió, tímidamente.

—¿Y se te ha ocurrido a ti? —pregunté, encantado.

—S...sí, Doady.

—¡Soy inmensamente feliz! —exclamé, dejando sobre la mesa el cuchillo y el tenedor de trinchar—. ¡No hay nada que le guste más a Traddles!

—S...sí, Doady —repuso Dora—, por eso compré una hermosa bandejita, y el vendedor me dijo que eran magníficas. Pero... me temo que les pasa algo. No parecen estar buenas.

Y movió tristemente la cabeza, mientras brillaban diamantes en sus ojos.

—Sólo están medio abiertas —expliqué—. Quítales la concha de encima, mi amor.

–Pero es imposible –contestó ella muy abatida, intentándolo con todas sus fuerzas.

–Sabes, Copperfield –dijo Traddles, examinando alegremente la fuente–, son unas ostras de primera, pero *creo* que nunca han sido abiertas.

Era cierto, nunca habían sido abiertas; y nosotros no teníamos un cuchillo especial para hacerlo... y, de haberlo tenido, tampoco habríamos sabido utilizarlo; así que miramos las ostras y nos comimos el cordero. Al menos el trozo que estaba hecho, y que aderezamos con alcaparras. Si le hubiera dejado, estoy seguro de que Traddles se habría convertido en un perfecto salvaje y se habría comido un plato de carne cruda para mostrar lo satisfecho que estaba con la cena; pero no quise ni oír hablar de semejante inmolación en aras de la amistad, y tomamos en su lugar un poco de tocino. Fue una suerte encontrar unas lonchas en la despensa.

Mi pobre mujercita estaba tan afligida pensando que yo estaría enfadado, y se alegró tanto cuando vio que no era así, que pronto se desvaneció mi turbación y pasamos una feliz velada; Dora se sentó con un brazo apoyado en mi silla, mientras Traddles y yo bebíamos un vaso de vino; ella aprovechaba cualquier oportunidad para decirme al oído que yo era muy bueno por no haberme mostrado antipático ni gruñón. Más tarde nos preparó el té; era un espectáculo tan hermoso verla atareada con aquellas tacitas que parecían de muñecas que no fui nada exigente con la calidad de la infusión. Luego Traddles y yo jugamos a las cartas, mientras Dora cantaba acompañándose de la guitarra; tuve la sensación de que nuestro noviazgo y nuestro matrimonio no habían sido más que un dulce sueño, y que aquélla era la noche en que oía su voz por primera vez.

Cuando Traddles se marchó y yo regresé al salón después de acompañarlo hasta la puerta, mi mujer acercó su silla y se sentó a mi lado.

–Lo siento mucho, Doady –dijo–. ¿Procurarás enseñarme, Doady?

–Primero debo aprender yo, Dora –respondí–. Soy tan ignorante como tú, mi amor.

–¡Ah! Pero tú puedes hacerlo –afirmó–. ¡Eres tan inteligente!

–¡Qué tontería, ratita!

–¡Ojalá hubiera podido ir a Canterbury y vivir un año entero con Agnes! –exclamó, después de un largo silencio.

Tenía las manos unidas sobre mi hombro, y apoyaba en ellas su barbilla, mientras me miraba dulcemente con sus ojos azules.

—¿Y por qué? —inquirí.

—Creo que hubiera sido bueno para mí, y que con ella habría aprendido muchas cosas —contestó.

—Todo a su debido tiempo, mi amor. No olvides que Agnes lleva muchos años cuidando de su padre. Incluso de niña era la Agnes que ahora conocemos.

—¿Me llamarás como quiero que me llames? —dijo Dora sin moverse.

—¿Y cómo es? —quise saber, sonriendo.

—Es un nombre estúpido —replicó, sacudiendo sus rizos durante un instante—: «Mujer-niña».

Pregunté riendo a mi mujer-niña por qué tenía ese capricho. Me respondió sin cambiar de postura, aunque yo la atraje hacia mí para tener más cerca sus ojos azules:

—No pretendo, necio muchacho, que emplees ese nombre en lugar de Dora. Sólo pretendo que pienses en mí de ese modo. Cuando estés a punto de enfadarte conmigo, piensa: «¡Sólo es mi mujer-niña!». Cuando te decepcione, di: «¡Sabía desde hace mucho tiempo que no llegaría a ser más que una mujer-niña!». Cuando eches de menos lo que me gustaría ser, y que creo que nunca seré, di: «¡Sin embargo, mi tonta mujer-niña me ama!». Pues te quiero con toda mi alma.

Yo no le había hablado con seriedad; pues, hasta ese momento, no se me había ocurrido que pudiera ser tan juiciosa. Pero su naturaleza afectuosa se sintió tan feliz con la respuesta que le di, con el corazón en la mano, que, antes de que sus brillantes ojos se secaran, ya tenía el rostro sonriente. Y no tardó en ser mi mujer-niña; se sentó en el suelo delante de la Casa China y tocó, una tras otra, todas las campanillas para castigar a Jip por su mala conducta; éste, mientras tanto, seguía pestañeando tumbado en el umbral y con la cabeza fuera, demasiado perezoso incluso para responder a sus provocaciones.

Aquella súplica de Dora me causó una profunda impresión. Rememoro el tiempo que describo; imploro a la inocente figura que amé con tanta ternura que salga de las brumas y las sombras del pasado, y que vuelva una vez más

su dulce rostro hacia mí; y puedo asegurar que su pequeño discurso jamás se borró de mi memoria. Tal vez yo no hiciera el mejor uso de él; era joven y sin experiencia; pero nunca hice oídos sordos a tan inocente ruego.

Dora me anunció, poco después, que iba a convertirse en una excelente ama de casa. De acuerdo con esto, borró las flores de las páginas de su cuaderno, sacó punta al lápiz, compró un enorme libro de cuentas, cosió las hojas del manual de cocina que Jip había arrancado y realizó un pequeño y desesperado esfuerzo por «ser buena», como ella decía. Pero ahí estaba la vieja y obstinada propensión de los números... a no dejar que ella los sumara. Cuando llevaba anotadas dos o tres largas cifras en el libro de cuentas, Jip se paseaba por la página, moviendo la cola, y lo emborronaba todo. El dedo corazón de la mano derecha de Dora se empapaba hasta el hueso de tinta; y creo que ése fue el único resultado claro que obtuvo.

Algunas veces, durante la velada, cuando estaba trabajando en casa (pues escribía mucho, y empezaba a ser algo conocido como escritor), dejaba la pluma y observaba a mi mujer-niña esforzándose por ser buena. En primer lugar, traía el enorme libro de cuentas y lo ponía sobre la mesa con un profundo suspiro. Después lo abría en la página que Jip había dejado ilegible la noche anterior, y lo llamaba para que viera su fechoría. Esto suponía una nueva diversión para Jip, al que castigaba, tal vez, pintándole la nariz. Más tarde le ordenaba que se tumbase inmediatamente en la mesa, «como un león», que era una de las gracias del perro, aunque el parecido dejara mucho que desear. Si Jip estaba de humor, obedecía. Luego Dora cogía una pluma, empezaba a escribir y descubría que tenía un pelo. Cogía otra pluma, empezaba a escribir y se daba cuenta de que salpicaba. Cogía otra pluma, empezaba a escribir y decía en voz baja: «¡Oh, ésta hace ruido y molestará a Doady!». Y entonces desistía y volvía a guardar el libro de cuentas, después de simular que quería aplastar al león con él.

En otras ocasiones, cuando su estado de ánimo era más serio y tranquilo, se sentaba con el cuaderno y un cestito lleno de facturas y otros documentos (que más bien parecían papeles para rizar el pelo) e intentaba sacar algo en claro de ellos. Después de compararlos entre sí con el ceño fruncido, de hacer anotaciones que luego tachaba y de contar una y otra vez con los dedos de la mano izquierda en ambas direcciones, parecía tan desanimada y tenía una expresión tan triste que, incapaz de soportar que su rostro se ensombreciera, ¡por mi culpa!, me acercaba a ella con dulzura y le decía:

—¿Qué ocurre, Dora?

Ella me miraba desolada.

—No me cuadran las cuentas —respondía—. ¡Y me dan dolor de cabeza! ¡Se niegan a salir como yo quiero!

—Vamos a probar juntos —exclamaba yo—. Deja que te enseñe, Dora.

Entonces iniciaba una demostración práctica, que mi mujer escuchaba con profunda atención, quizá durante cinco minutos; pero luego empezaba a sentirse terriblemente cansada y trataba de hacer menos pesada mi explicación rizándome el pelo o viendo cómo me sentaba llevar el cuello de la camisa hacia abajo. Si yo reprimía en silencio sus juegos y proseguía, se mostraba tan asustada y abatida, a medida que aumentaba su desconcierto, que yo no podía sino sentirme culpable al recordar su espontaneidad y alegría, el día en que yo me interpuse en su camino, y el hecho de que era mi mujer-niña; y dejaba el lápiz y le pedía que tocara la guitarra.

Tenía mucho trabajo e innumerables preocupaciones, pero las guardaba para mí por idénticos motivos. Estoy ahora muy lejos de creer que obrara bien, pero lo hice por amor a mi mujer-niña. Busco en mi corazón y confío todos sus secretos (si es que los conozco) a estas páginas, sin reserva alguna. Soy consciente de que en el fondo sentía que había perdido o me faltaba algo; pero eso no alteraba mi felicidad. Cuando hacía buen tiempo y yo paseaba solo, al recordar aquellos días de verano en que el aire parecía impregnado de mi pasión juvenil, tenía la impresión de que mis sueños no se habían realizado del todo; pero pensaba que no era más que una sombra del pasado, que nada habría sido capaz de proyectar sobre el presente. A veces, aunque por poco tiempo, me hubiera gustado que mi mujer fuese mi consejera; que tuviese un carácter más firme para apoyarme y convertirme en un hombre mejor; que pudiera llenar el vacío que había en algún lugar de mi ser; pero tenía la sensación de que esa felicidad era imposible de alcanzar en la tierra, y que ni había existido ni existiría jamás.

Me había casado demasiado joven. No había conocido la influencia moderadora de otras penas o experiencias que las señaladas en estas páginas. Si cometí algún error, como posiblemente ocurrió a menudo, se debió a mi amor equivocado y a mi falta de juicio. Escribo la verdad. No me serviría de nada falsearla a estas alturas.

Y, de ese modo, cargué con los trabajos y las preocupaciones de nuestra vida, sin compartirlos con nadie. Seguíamos viviendo como antes, en lo que se refiere al desbarajuste de nuestro hogar; pero me había acostumbrado, y me

alegraba ver que Dora rara vez se enfadaba. Había recobrado su vivacidad y su alegría infantil, me amaba tiernamente y se sentía dichosa con sus fruslerías.

Cuando los debates parlamentarios eran pesados (hablo de su duración, no de su contenido, pues éste casi siempre lo era), y volvía tarde a casa, Dora siempre me esperaba levantada y bajaba a mi encuentro en cuanto oía mis pasos. Las tardes en que no tenía que trabajar en la profesión que con tanto esfuerzo había dominado, y me quedaba escribiendo en casa, ella se sentaba tranquilamente a mi lado, aunque fuera muy tarde, y permanecía tan silenciosa que a menudo pensaba que se había dormido. Pero, por lo general, cuando levantaba la cabeza, encontraba sus ojos azules fijos en mí, con la serena atención que he mencionado antes.

—¡Qué muchachito tan cansado! —exclamó Dora una noche, cuando, al cerrar mi escritorio, nuestras miradas se cruzaron.

—¡Qué muchachita tan cansada, querrás decir! —respondí—. Otra noche, quiero que te acuestes, mi amor. Es demasiado tarde para ti.

—¡No, no me mandes a la cama! —suplicó, acercándose a mí—. ¡No lo hagas, por favor!

—¡Dora!

Con gran sorpresa mía, estaba llorando en mi hombro.

—¿Acaso no te encuentras bien, tesoro mío? ¿No eres feliz?

—¡Sí! ¡Me encuentro bien y soy muy feliz! —contestó—. Pero prométeme que me dejarás quedarme a tu lado y ver cómo escribes.

—¡Menudo espectáculo para unos ojos tan hermosos, y a medianoche!

—¿De veras son hermosos? —preguntó Dora, riendo—. Me alegro de que lo sean.

—¡Vanidosilla! —exclamé.

Mas no era vanidad; era tan sólo la alegría ingenua de sentirse admirada por mí. Yo lo sabía muy bien, antes de que me lo dijera.

—Si te parecen bonitos, prométeme que me dejarás quedarme a tu lado y ver cómo escribes —repitió—. ¿Te parecen bonitos?

—Muy bonitos.

—Entonces déjame quedarme siempre a tu lado y ver cómo escribes.

—Me temo que eso no los volverá más hermosos, Dora.

—¡Sí lo hará! De ese modo, sabelotodo, no podrás olvidarte de mí mientras estés lleno de silenciosas fantasías. ¿Te importa si digo una tontería muy, muy grande... incluso más de lo habitual? —preguntó, asomando su rostro por encima de mi hombro.

—¿Qué maravilla es ésa? —inquirí.

—Déjame darte las plumas a medida que las necesites —suplicó Dora—. Me gustaría hacer algo durante todas esas horas en que trabajas tanto. ¿Puedo ocuparme de las plumas?

El recuerdo de su gran alegría cuando le dije que sí hace que las lágrimas asomen a mis ojos. La siguiente vez que me senté a escribir, y a partir de entonces con toda regularidad, Dora se instaló en su sitio de siempre con varias plumas al lado. Su sensación de triunfo al vincularse de ese modo a mi trabajo, y su felicidad cada vez que yo solicitaba otra pluma, algo que fingía con frecuencia, hizo que se me ocurriera un nuevo modo de agradar a mi mujer-niña. De vez en cuando simulaba necesitar que me copiaran una o dos páginas de un manuscrito. Entonces Dora estaba en la gloria. Los preparativos que realizaba para esta importante tarea, los delantales que se ponía, los pecheros que cogía de la cocina para no mancharse de tinta, el tiempo que tardaba, las innumerables veces que se detenía para reírse con Jip, como si éste lo entendiera todo, su convicción de que si no firmaba a pie de página su trabajo estaba incompleto, y el modo en que me lo enseñaba, al igual que si se tratara de un deber escolar, y me echaba los brazos al cuello cuando yo lo elogiaba, son recuerdos muy conmovedores para mí, aunque para otros hombres no sean más que niñerías.

Poco después tomó posesión de las llaves, e iba y venía por la casa con el manojito tintineando en un cestito atado a su delgada cintura. Lo cierto es que yo rara vez encontraba cerradas las puertas a las que pertenecían esas llaves, que sólo parecían servir para que Jip jugara con ellas; pero Dora era feliz, y eso me llenaba de alegría. Estaba convencida de que con aquella ficción nuestro hogar había mejorado mucho; y se mostraba tan dichosa como si estuviéramos organizando una casa de muñecas.

Y así continuamos. Dora quería a mi tía casi tanto como a mí, y a menudo le hablaba de los tiempos en que temía que fuese «una vieja gruñona». Jamás vi a mi tía mostrarse sistemáticamente más afable con nadie. Hacía la corte a

Jip, aunque éste nunca se inmutaba; escuchaba la guitarra día tras día, aunque no fuera muy aficionada a la música; se abstenía de atacar a las Incapaces, aunque la tentación debía de ser grande para ella; andaba increíbles distancias a pie para comprar cualquier insignificancia que creyera que Dora necesitaba, a fin de darle una sorpresa; y cuando entraba por el jardín y mi mujercita no estaba en la sala, gritaba siempre, al pie de la escalera, con una voz que resonaba alegremente por toda la casa:

—¿Dónde está mi Pequeña Flor?

XLV

El señor Dick cumple las predicciones de mi tía

Hacía ya algún tiempo que no trabajaba con el doctor. Como vivía muy cerca, le veía a menudo; y todos nosotros fuimos a su casa en dos o tres ocasiones para almorzar o tomar el té. El Viejo Soldado residía permanentemente bajo su techo. Seguía siendo la misma de siempre, con aquellas mariposas inmortales flotando en el aire por encima de su sombrero.

Al igual que muchas otras madres que he conocido a lo largo de mi vida, la señora Markleham era mucho más aficionada a las diversiones que su hija. Necesitaba tener continuas distracciones, y, como un viejo y astuto soldado, al seguir sus inclinaciones, fingía sacrificarse por Annie. El deseo del doctor de que su mujer estuviera entretenida resultaba, así, especialmente grato para esta excelente madre, que aprobaba incondicionalmente su buen juicio.

Estoy seguro de que, sin saberlo, la señora Markleham ponía el dedo en la llaga del doctor. Al elogiarle tanto por querer aligerar el peso de la vida de Annie (y sin que hubiera en sus palabras más que cierto egoísmo y frivolidad, no siempre inseparables de la edad madura), no hacía sino confirmar sus temores de que él era un obstáculo para la joven, y de que sus caracteres no podían congeniar.

—Ya sabe, querido —le dijo un día en mi presencia—, que sería un poco agobiante para Annie estar siempre encerrada aquí.

El doctor asintió con su bondadosa cabeza.

—Cuando tenga la edad de su madre —prosiguió la señora Markleham, agitando el abanico—, las cosas serán muy diferentes. A mí podrían meterme en una celda, bien acompañada y con unos naipes, y me daría igual no volver

a salir. Pero no soy Annie, ¿sabe?; y Annie no es su madre.

—Ciertamente, ciertamente —respondió mi viejo maestro.

—Es usted el mejor de los hombres... ¡perdone que insista! —exclamó, al ver que el doctor rechazaba con un gesto sus palabras—. Debo decírselo a la cara, de igual modo que lo he dicho siempre a sus espaldas: es usted el mejor de los hombres; pero, como es natural, no puede tener... ¿verdad que no?... los mismos gustos y aficiones que Annie.

—No —contestó su yerno, en tono apesadumbrado.

—No, desde luego que no —replicó el Viejo Soldado—. Tomemos su diccionario como ejemplo. ¡Es un trabajo tan útil! ¡Es un trabajo tan necesario! ¡El significado de las palabras! Sin el doctor Johnson, y esa clase de hombres, es posible que en estos momentos estuviéramos llamando «hierro italiano» a un armazón de cama. Pero no podemos esperar que a Annie le interese un diccionario, ¿verdad? Especialmente cuando se está redactando...

El doctor movió la cabeza.

—Por ese motivo, celebro que se muestre tan considerado —continuó la señora Markleham, dándole golpecitos en el hombro con el abanico cerrado—. Es una prueba de que no espera encontrar, como muchas personas mayores, cabezas viejas sobre hombros jóvenes. Ha estudiado el carácter de Annie y lo comprende. ¡Y eso es lo que me parece encantador!

Tuve la impresión de que incluso el rostro sereno y paciente del doctor Strong reflejaba cierto sufrimiento por tener que escuchar aquellos cumplidos.

—Por consiguiente, mi querido doctor —dijo el Soldado, dándole de nuevo unos golpecitos cariñosos—, puede disponer de mí a cualquier hora y en todas las estaciones. Comprenda que estoy enteramente a su servicio. Estoy dispuesta a ir con Annie a óperas, conciertos, exposiciones y toda clase de lugares; y nunca me oírás quejarme de cansancio. El deber, mi querido doctor, ¡no hay nada más importante en este mundo!

Lo cierto es que cumplía su palabra. Era una de esas personas capaces de soportar una gran cantidad de diversiones y, en su perseverancia, jamás abandonaba una causa. Rara vez cogía el periódico (que leía todos los días, durante dos horas y con la ayuda de un monóculo, sentada cómodamente en la mejor butaca de la casa) sin descubrir algo que a Annie le encantaría ver. Resultaba en vano que ésta protestara diciendo que estaba cansada de tales cosas. Su madre siempre la reconvenía con estas palabras:

—Vamos, mi querida Annie, tienes que ser más razonable; debo decirte, mi amor, que ése no es modo de corresponder a la amabilidad de tu marido.

Lo decía normalmente en presencia del doctor, y parecía ser el principal argumento para que Annie retirara sus objeciones, cuando hacía alguna. Pero, por lo general, la joven se sometía a la voluntad de su madre, e iba allí donde el Viejo Soldado la llevaba.

Era muy raro que el señor Maldon las acompañara. A veces se lo pedían a mi tía y a Dora, y éstas aceptaban. En ocasiones, sólo invitaban a Dora. Hubo un tiempo en que me habría inquietado que fuera en su compañía; pero el recuerdo de lo ocurrido aquella noche en el despacho del doctor había disipado mis dudas. Estaba convencido de que mi viejo maestro tenía razón, y mis peores sospechas se habían desvanecido.

Algunas veces, cuando estábamos a solas, mi tía se frotaba la nariz y me decía que era incapaz de comprenderlo; deseaba que aquel matrimonio fuera más feliz; no creía que nuestra marcial amiga (así llamaba siempre al Viejo Soldado) contribuyera a mejorar las cosas. Opinaba, asimismo, que «si nuestra marcial amiga se cortara las mariposas del sombrero y se las regalase a algún deshollinador para la fiesta del uno de mayo», quizá empezase a dar muestras de sensatez.

Pero en quien mi tía confiaba plenamente era en el señor Dick. Era evidente que ese hombre tenía una idea en la cabeza, decía; y si por una sola vez lograra arrinconarla donde no pudiese escapar, que era su gran dificultad, llegaría a distinguirse de un modo extraordinario.

Ajeno a esas predicciones, el señor Dick siguió ocupando exactamente el mismo lugar en relación con el doctor Strong y con su esposa. No parecía avanzar ni retroceder. Era como si descansara sobre sus cimientos originales, al igual que un edificio; y he de confesar que mis esperanzas de que algún día se moviera de allí no eran mucho mayores que si se tratara de uno de ellos.

Pero una noche, cuando llevaba ya casado algunos meses, el señor Dick se asomó a la sala donde yo estaba escribiendo a solas (pues Dora había ido con mi tía a tomar el té en casa de los dos pajaritos) y me dijo con un carraspeo muy significativo:

—¿Te molestaría dedicarme unos minutos, Trotwood?

—De ningún modo, señor Dick —respondí—; ¡entre, por favor!

—Trotwood —exclamó, apoyando su dedo índice en un lado de la nariz,

después de estrecharme la mano—, antes de tomar asiento, deseo hacer una observación. ¿Conoces a tu tía?

—Un poco —repuse.

—¡Es la mujer más maravillosa del mundo!

Después de desprenderse de esa frase como si hubiese sido una gran carga para él, el señor Dick se sentó con mayor gravedad de la habitual y me miró.

—Y ahora, muchacho —prosiguió—, te preguntaré una cosa.

—Todas las que quiera, señor Dick.

—¿Qué piensas de mí? —inquirió, cruzando los brazos.

—Que es un viejo y querido amigo.

—Gracias, Trotwood —dijo riendo, mientras se acercaba con gran júbilo a darme un apretón de manos—. Pero lo que yo quiero saber, muchacho —continuó con seriedad—, es qué te parezco en este sentido —y se tocó la frente.

No sabía qué contestar, pero él me ayudó con una palabra:

—¿Débil?

—Bueno —dije indeciso—, más bien sí.

—¡Exactamente! —exclamó el señor Dick, que parecía encantado con mi respuesta—. Eso significa que, cuando sacaron algunas de las preocupaciones de la cabeza de ya sabe quién y las introdujeron ya sabe dónde, tuvieron... —el señor Dick hizo girar sus manos con gran rapidez, una sobre otra, infinidad de veces, y luego dio una palmada con fuerza y siguió moviéndolas de idéntico modo para expresar su confusión—. Tuvieron que hacerme algo, ¿no crees?

Hice un gesto de asentimiento, que él me devolvió.

—En pocas palabras, muchacho —prosiguió, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo—, que soy un simple.

Yo habría suavizado esa conclusión, pero él me detuvo.

—¡Sí, lo soy! Tu tía afirma que no es cierto. No quiere ni oír hablar de este asunto; pero lo soy. Sé que lo soy. Si no hubiera contado con su amistad, habría vivido tristemente encerrado durante todos estos años. ¡Pero no permitiré que le falte de nada! Jamás gasto el dinero de las copias. Lo escondo en una caja. He hecho testamento y se lo dejo todo a ella. ¡Será rica... y noble!

El señor Dick sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó los ojos. Después lo dobló con gran cuidado y, aplastándolo bien con las manos, volvió a guardarlo; mi tía pareció desaparecer con él.

—Eres un hombre instruido, Trotwood —continuo—, un hombre muy instruido. Sabes que el doctor es un verdadero erudito, además de una gran persona. Sabes cuánto me ha honrado siempre su amistad. La sabiduría no le ha vuelto orgulloso. Es humilde, humilde... incluso con el pobre Dick, que no es más que un simple y un ignorante. He enviado su nombre al cielo, en un pedazo de papel, en dirección a la cometa, a lo largo del cordel, mientras ésta volaba en lo alto, entre las alondras. La cometa se ha sentido muy dichosa de recibirlo, y el cielo se ha vuelto más luminoso con él.

Se alegró mucho de que le dijera con entusiasmo que el doctor merecía todo nuestro respeto y nuestra estima.

—Y su hermosa mujer es una estrella —exclamó—. Una estrella muy brillante. Yo la he visto resplandecer —añadió, acercando más su silla y poniéndome una mano en la rodilla—. Pero... hay nubes, señor..., hay nubes.

Contesté a la preocupación que se dibujaba en su rostro, repitiendo la misma expresión y moviendo la cabeza.

—¿Qué nubes? —quiso saber el señor Dick.

Me miró con tanta tristeza, y pareció tan deseoso de entenderlo, que puse especial cuidado en explicárselo, despacio y con claridad, como si se tratara de un niño.

—Existe entre ellos alguna desafortunada discrepancia —dije—. Alguna dolorosa causa de separación. Un secreto. Es posible que esté muy relacionado con la diferencia de edad que hay entre los dos. Es posible que haya surgido de algo sin importancia.

El señor Dick asentía pensativo a cada una de mis frases, y dejó de mover la cabeza cuando acabé de hablar; se quedó meditando, con la vista fija en mí y la mano sobre mi rodilla.

—¿El doctor no está enfadado con ella, Trotwood? —preguntó al cabo de un rato.

—No. La quiere con toda su alma.

—¡Entonces, ya lo tengo, muchacho! —exclamó.

La súbita alegría con que me dio una palmada en la rodilla y se recostó en

el respaldo de la butaca, enarcando las cejas cuanto pudo, me empujó a pensar que desvariaba más que nunca. De pronto recobró la seriedad e, inclinándose de nuevo hacia delante, me dijo (sacando antes respetuosamente su pañuelo de bolsillo, como si en verdad representara a mi tía):

—La mujer más maravillosa del mundo, Trotwood. ¿Por qué no ha hecho algo para arreglar las cosas?

—Es un asunto demasiado delicado y difícil para entrometerse en él —repliqué.

—Y el hombre instruido —añadió el señor Dick, tocándome con el dedo—, ¿por qué no ha hecho nada?

—Por el mismo motivo —respondí.

—¡Entonces ya lo tengo, muchacho! —repitió mi amigo.

Y se puso en pie delante de mí, más eufórico que antes, asintiendo con la cabeza y golpeándose repetidas veces en el pecho, hasta dar la sensación de que, a fuerza de cabezadas y de golpes, se había quedado sin aliento.

—Un pobre individuo algo trastornado —prosiguió el señor Dick—, un simple, un débil mental... estoy hablando de mí, ¿sabes? —afirmó, golpeándose de nuevo en el pecho—, es capaz de hacer lo que no pueden hacer las personas más maravillosas. Yo los reconciliaré, muchacho. Lo intentaré. A mí no me echarán la culpa. Ni me pondrán reparos. Si meto la pata, no les importará. Sólo soy el señor Dick. ¿Y quién se preocupa de Dick? ¡Dick no es nadie! ¡Bah!

Y resopló con desprecio, como si no sólo quisiera expulsar el aire sino también el resto de su ser.

Fue una suerte que hubiera descifrado hasta ese punto el misterio, pues en ese momento oímos cómo se detenía en la pequeña puerta del jardín el carruaje que traía a Dora y a mi tía.

—¡Ni una palabra de esto, muchacho! —continuó en voz baja—. Deja que el único culpable sea Dick... el simple de Dick... el loco de Dick. Sabía desde hace algún tiempo que estaba a punto de encontrar una solución, y ya la tengo. Después de lo que me has explicado, estoy seguro de que ya la tengo. ¡Bien!

El señor Dick no dijo ni una palabra más sobre el asunto; pero se convirtió en un verdadero telégrafo durante la siguiente media hora (con gran alarma de

mi tía), a fin de imponerme su inviolable secreto.

Para mi sorpresa, no volví a oír hablar del tema durante dos o tres semanas, a pesar de lo mucho que me interesaba el resultado de sus esfuerzos, advirtiendo un sorprendente destello de buen juicio –y no digo de buenos sentimientos, pues éstos siempre estaban presentes– en la conclusión a la que había llegado. Al final, empecé a pensar que, dado su desequilibrio y su inconstancia, había desistido u olvidado sus intenciones.

Un bonito atardecer en que Dora no tenía ganas de salir, mi tía y yo fuimos paseando a casa del doctor. Era otoño, una época en la que los debates parlamentarios no agitan el aire vespertino; y recuerdo que las hojas olían igual que en nuestro jardín de Blunderstone cuando las pisábamos, y que los gemidos del viento parecían traer la tristeza de antaño.

Estaba anocheciendo cuando llegamos a la casa. La señora Strong estaba a punto de abandonar el jardín, donde el señor Dick seguía muy ocupado con su navaja, ayudando al jardinero a afilar algunas estacas. El doctor tenía una visita en su despacho; pero la señora Strong aseguró que no tardaría en marcharse y nos rogó que esperáramos para saludar a su marido. La seguimos al salón, y nos sentamos junto a la ventana, cada vez más envuelta en la oscuridad. No había el menor protocolo en las visitas de unos viejos amigos y vecinos como nosotros.

Llevábamos sólo unos minutos sentados cuando la señora Markleham, que siempre se las arreglaba para armar un escándalo por algo, entró como una exhalación, con el periódico en la mano.

–¡Válgame Dios, Annie! –exclamó, casi sin aliento–. ¿Por qué no me has dicho que había alguien en el despacho?

–Querida mamá –respondió ella dulcemente–, ¿cómo iba a adivinar que quería saberlo?

–¡Que quería saberlo! –repitió la señora Markleham, desplomándose en el sofá–. ¡Jamás me había llevado un susto tan grande!

–Entonces, ¿ha entrado en el despacho, mamá? –preguntó Annie.

–¿Que si he entrado en el despacho? –contestó, recalcando sus palabras–. ¡Desde luego que sí! Justo en el momento en que ese bondadoso ser... imagínense mis sentimientos, señorita Trotwood y David... redactaba su testamento.

Su hija se apresuró a mirar a uno y otro lado, desde la ventana.

—Justo en el momento, mi querida Annie —repitió la señora Markleham, extendiendo el periódico sobre su regazo como si fuera un mantel y poniendo las manos encima—, en que redactaba sus últimas voluntades, su testamento. ¡Qué previsión y qué cariño el del querido doctor! Tengo que contarles lo ocurrido. Me veo obligada a hacerlo, aunque sólo sea para hacer justicia a ese hombre adorable... sí, eso es lo que es. Tal vez sepa, señorita Trotwood, que en esta casa jamás se enciende una vela hasta que a uno se le caen literalmente los ojos tratando de leer el periódico. Y que tampoco existe un solo sillón en el que uno pueda hojearlo cómodamente, si exceptuamos el que hay en el despacho. Por eso me dirigí allí, donde había visto luz, y abrí la puerta. El doctor se hallaba en compañía de dos caballeros, sin duda expertos en cuestiones legales, y los tres estaban en pie delante de la mesa. Nuestro querido doctor con una pluma en la mano. «¿Expresa esto con claridad —decía el doctor (Annie, mi amor, presta atención a sus palabras)—, expresa esto con claridad, caballeros, la confianza que tengo en la señora Strong, y que todo se lo dejo a ella, sin condiciones?» Uno de los hombres de leyes asintió: «Y que todo se lo deja a ella, sin condiciones». Al oír aquella frase, empujada por los sentimientos propios de una madre, exclamé: «¡Santo Cielo! ¡Perdonen!». Y luego tropecé con el peldaño de la puerta y me alejé por el pequeño pasillo de la parte de atrás, donde está la despensa.

La señora Strong abrió el ventanal y salió al porche, donde se apoyó en una columna.

—Y ¿no le parece, señorita Trotwood, no le parece, David —prosiguió la señora Markleham, siguiéndola instintivamente con la mirada—, reconfortante ver a un hombre de la edad del doctor Strong con la suficiente firmeza de carácter para hacer algo semejante? No es sino una prueba de que yo estaba en lo cierto. Cuando el doctor Strong me hizo aquella visita tan halagadora y me pidió la mano de mi hija, yo le dije a Annie: «Querida, no me cabe la menor duda de que el doctor Strong hará mucho más por ti, a la hora de asegurarte el porvenir, de lo que considere su obligación».

En aquel momento sonó la campanilla, y oímos los pasos de los visitantes que se alejaban.

—Todo ha terminado, sin duda —señaló el Viejo Soldado, después de quedarse un momento escuchando—; el bondadoso doctor ha firmado, lacrado y entregado el testamento, y ahora tiene la conciencia tranquila. ¡Y no le falta

razón! ¡Qué clarividencia! Annie, mi amor, me voy al despacho con el periódico, pues no soy nadie sin noticias. Señorita Trotwood, David, les ruego que me acompañen a saludar al doctor.

Cuando la seguimos, vi al señor Dick cerrando su navaja en un oscuro rincón; y a mi tía frotándose la nariz violentamente, como si ese gesto le sirviera para desahogar su furia contra nuestra marcial amiga. Sin embargo, he olvidado, si es que alguna vez lo supe, quién entró primero en el despacho, o el modo en que la señora Markleham se instaló rápidamente en su butaca, o por qué mi tía y yo nos quedamos cerca de la puerta (a no ser que sus ojos fueran más rápidos que los míos y ella me retuviera allí). Lo que sí recuerdo es que vimos al doctor antes de que él advirtiera nuestra presencia, sentado delante de su mesa, en medio de los enormes volúmenes que tanto amaba, con la cabeza apoyada tranquilamente en su mano. Que, en ese mismo instante, entró la señora Strong, pálida y temblorosa. Que se apoyaba en el brazo del señor Dick. Que éste puso su otra mano sobre el brazo del doctor, lo que le obligó a levantar la vista con aire distraído. Que, mientras el doctor movía la cabeza, Annie cayó de rodillas a sus pies y, juntando las manos implorante, clavó en él aquella mirada memorable que nunca he podido olvidar. Que ante aquel espectáculo, la señora Markleham soltó el periódico y los contempló como si fuera el mascarón de proa de un barco llamado *El Asombro* (no se me ocurre mejor comparación).

La dulzura de los ademanes del doctor y su sorpresa, la dignidad que se mezclaba con la actitud suplicante de su esposa, el amable interés del señor Dick, y la vehemencia con que mi tía exclamó para sí misma: «¡Y dicen que está loco!» (palabras con las que se vanagloriaba de haberle salvado de una vida llena de sufrimiento)... son cosas que me parece ver y oír, más que recordar, mientras dejo correr la pluma.



El señor Dick cumple las predicciones de mi tía

—¡Doctor! —dijo el señor Dick—. ¿Ocurre algo? ¡Mire!

—¡Annie! —exclamó el doctor—. ¡A mis pies no, querida!

—¡Sí! —respondió ella—. ¡Que no salga nadie de la habitación! ¡Se lo suplico! ¡Oh, esposo y padre mío, rompamos ya este largo silencio! ¡Sepamos de una vez qué se ha interpuesto entre nosotros!

La señora Markleham, que para entonces había recobrado el habla, pareció rebosar orgullo familiar e indignación maternal.

—Annie —gritó—, levántate inmediatamente y no avergüences a ninguno de los tuyos humillándote de ese modo, a menos que desees que me vuelva loca en este instante.

—¡Mamá! —contestó Annie—. No malgaste sus palabras conmigo, pues he apelado a mi marido, y ni siquiera usted tiene nada que decir.

—¡Nada! —exclamó la señora Markleham—. ¡Que no tengo nada que decir!

¡Esta niña ha perdido el juicio! ¡Que alguien me traiga un vaso de agua, por favor!

Yo estaba demasiado pendiente del doctor y de su mujer para hacer caso de su petición; y nadie pareció dar importancia a sus palabras; así que la señora Markleham se vio obligada a jadear, a mirarnos con sorpresa y a abanicarse.

—¡Annie! —dijo el doctor, cogiéndola dulcemente con sus manos—. ¡Amor mío! Si se ha producido un cambio inevitable en nuestra vida conyugal, no debes sentirte culpable. El error es mío y sólo mío. Mi cariño, mi admiración y mi respeto son los mismos de siempre. Sólo deseo hacerte feliz. Te amo y te venero con todo mi corazón. ¡Levántate, Annie, te lo ruego!

Pero ella no se levantó. Después de mirarle durante unos instantes, se inclinó más sobre él, apoyó el brazo en su rodilla y, recostando la cabeza en ella, exclamó:

—Si tengo aquí algún amigo que pueda hablar en mi favor o en el de mi marido en este asunto; si tengo aquí algún amigo capaz de expresar con palabras esa sospecha que en ocasiones mi corazón me ha susurrado; si tengo aquí algún amigo que admire al doctor o que alguna vez me haya querido... y ese amigo sabe algo, sea lo que fuere, que ayude a reconciliarnos, ¡le suplico que no se calle!

Hubo un profundo silencio, que rompí tras unos segundos de dolorosa indecisión.

—Señora Strong —dije—, sé algo que su marido me había pedido encarecidamente que ocultara, y que he guardado en secreto hasta esta noche. Pero creo que, en estos momentos, sería un acto equivocado de lealtad y de delicadeza seguir haciéndolo, y que su ruego me libera de esa obligación.

Annie volvió un instante su rostro hacia mí, y yo comprendí que no me equivocaba. No hubiera podido resistir su mirada suplicante, aunque hubiese sido menos elocuente.

—Tal vez esté en sus manos nuestra paz futura —exclamó—. Confío plenamente en que no omitirá nada. Sé de antemano que nada de lo que usted u otra persona pueda decirme mostrará el noble corazón de mi marido bajo una luz diferente. Por mucho que me hieran sus palabras, haga caso omiso de ello. Después hablaré en mi defensa, primero ante él y luego ante Dios.

Ante la vehemencia de su súplica, sin pedir permiso al doctor Strong y

alejándome únicamente de la verdad para dulcificar un poco la grosería de Uriah Heep, relaté con toda franqueza lo ocurrido aquella noche en ese mismo despacho. Resulta imposible describir el asombro de la señora Markleham durante toda la narración, y las estridentes exclamaciones con que de vez en cuando la interrumpía.

Cuando hube terminado, Annie se quedó durante unos momentos en silencio, con la cabeza inclinada, tal como he descrito antes. Entonces cogió la mano del doctor (que seguía sentado en la misma postura que cuando habíamos entrado), la estrechó contra su pecho y la besó. El señor Dick levantó a la joven con suavidad; y, una vez en pie, Annie empezó a hablar, apoyándose en él y sin apartar un solo instante los ojos de su marido:

—Voy a contarles todo lo que ha pasado por mi imaginación desde que me casé —dijo en voz baja, sumisa y tierna—; desnudaré mi alma ante ustedes. Sabiendo lo que ahora sé, no podría vivir callándome nada.

—No, Annie —exclamó el doctor con dulzura—, jamás he dudado de ti, hija mía. No es necesario que lo hagas; no es necesario, de veras.

—Es muy necesario —respondió ella, en el mismo tono—; debo abrir mi corazón ante el alma misma de la generosidad y de la verdad, a quien, año tras año y día tras día, he amado y venerado cada vez más ¡Dios es testigo de ello!

—Francamente —interrumpió la señora Markleham—, si hay algo de discreción en mí...

—Lo que no es sino una mentira, aguafiestas^[94] —masculló mi tía, indignada.

—... permítanme señalar que no me parece preciso entrar en esos detalles.

—Mi marido es el único que puede juzgar eso, mamá —afirmó Annie, sin apartar la mirada del doctor—, y él querrá escucharme. Perdóneme si digo algo doloroso para usted, mamá. Yo también he sufrido a menudo, durante mucho tiempo.

—¡Caramba! —exclamó la señora Markleham con voz entrecortada.

—Cuando yo era muy pequeña —prosiguió Annie—, tan sólo una niña, mis primeros conocimientos en todas las materias me los transmitió un amigo y maestro muy paciente... el amigo de mi difunto padre... alguien a quien siempre quise mucho. No recuerdo haber aprendido nada sin su ayuda. El doctor trajo a mi espíritu los primeros tesoros que almacené en él, y les

imprimió su carácter. Creo que jamás habrían sido tan buenos para mí, si los hubiera recibido de otras manos.

—¡Como si su madre fuera un cero a la izquierda! —protestó la señora Markleham.

—No es cierto, mamá —repuso Annie—; me limito a explicar lo que el doctor significó para mí. Debo hacerlo. A medida que fui creciendo, él continuó siendo el mismo para mí. Yo estaba orgullosa de su interés por mí; me sentía profundamente unida y agradecida a él. Lo miraba de un modo que me resulta difícil describir... como a un padre, como a un guía, como a un hombre cuyos elogios eran para mí distintos de todos los demás, y en quien habría podido confiar, aunque hubiese dudado de todo el mundo. Ya sabe, mamá, que era muy joven y carecía de experiencia cuando usted me lo presentó, súbitamente, como enamorado.

—¡Es algo que he comentado más de cincuenta veces delante de todos los presentes! —exclamó la señora Markleham.

(—¡Entonces cálese de una vez, por amor de Dios, y no vuelva a repetirlo! —murmuró de nuevo mi tía).

—Fue un cambio muy grande para mí. Al principio —dijo Annie, con la misma mirada e idéntico tono de voz—, tuve la impresión de haber perdido algo tan importante que no pude evitar sentirme inquieta y afligida. No era más que una niña; y cuando se produjo un cambio tan radical en la naturaleza de nuestras relaciones, supongo que me entristecí. Pero nada hubiera podido hacer que él volviese a ser el mismo de antes para mí; y me sentí orgullosa de que me creyera digna de él, y nos casamos.

—En la iglesia de Saint Alphage, en Canterbury —añadió la señora Markleham.

(—¡Maldita mujer! —dijo mi tía entre dientes—. ¡No hay forma de que se calle!)

—Jamás pensé —prosiguió Annie, ruborizándose— en los bienes materiales que mi marido me proporcionaría. No cabía nada tan mezquino en mi joven corazón. Mamá, perdóneme si digo que fue *usted* la primera que me hizo comprender que alguien podía cometer la injusticia, no sólo conmigo sino también con él, de abrigar esa sospecha cruel.

—¡Yo! —gritó la señora Markleham.

(–¡Ah! ¡Fue usted, naturalmente! –masculló mi tía–. ¡Es algo que no podrá negar por mucho que se abanique, mi marcial amiga!)

–Fue el primer disgusto de mi nueva vida –señaló Annie–, el punto de partida de todos los momentos infelices que he conocido después. Y últimamente han sido tantos que soy incapaz de contarlos; pero no por la razón que supones tú, mi generoso marido, pues en mi corazón no hay un pensamiento, un recuerdo o una esperanza que no estén inquebrantablemente unidos a ti.

La señora Strong levantó los ojos y juntó las manos, y a mí me pareció tan hermosa y sincera como un ángel. A partir de entonces, el doctor la miró con la misma intensidad con que ella le miraba a él.

–No puedo reprocharle a mamá –prosiguió– que te haya pedido algo para sí misma, y estoy convencida de que sus intenciones han sido siempre buenas... pero cuando vi las continuas y molestas peticiones que te hacían en mi nombre; el modo en que, por mi culpa, se aprovechaban de ti; lo generoso que eras, y cuánto irritaba aquella situación al señor Wickfield –que se preocupaba muchísimo por tu bienestar–, sentí por primera vez que existía la ruin sospecha de que yo había vendido mi amor... y precisamente a ti, el hombre que más quiero en el mundo... y aquella ignominia que no merecía, y en la que te obligaba a tomar parte, cayó sobre mí. No tengo palabras para explicarte cuánto me atormentó (mamá no se lo puede imaginar) llevar siempre ese temor y ese malestar en el corazón, aunque en el fondo de mi alma sabía que el día de mi boda había coronado el amor y el honor de mi vida.

–¡He aquí una muestra de agradecimiento por haber cuidado de toda la familia! –dijo la señora Markleham, llorando–. ¡Ojalá fuese turca!

(–¡Ojalá lo fuera... y no hubiese salido de su país natal! –murmuró mi tía).

–En aquella época mi madre se hallaba muy preocupada por mi primo Maldon. Yo le había querido mucho –explicó con dulzura, pero abiertamente y sin el menor titubeo–. En nuestra infancia, habíamos estado algo enamorados. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, quizá hubiese acabado por convencerme de que realmente le amaba, y quizá me hubiera casado con él y hubiera sido muy desgraciada. No existe mayor disparidad en un matrimonio que la causada por la incompatibilidad de ideas y caracteres.

A pesar de que seguí escuchando con atención a Annie, aquellas palabras

me dieron mucho en que pensar, como si encerraran un interés especial o tuvieran alguna extraña aplicación que yo fuera incapaz de adivinar. «No existe mayor disparidad en un matrimonio que la causada por la incompatibilidad de ideas y caracteres... No existe mayor disparidad en un matrimonio que la causada por la incompatibilidad de ideas y caracteres».

—El señor Maldon y yo no tenemos nada en común —prosiguió la joven—. Lo descubrí hace mucho tiempo. Si no tuviera nada más que agradecer a mi marido, al que debo tantísimas cosas, tendría que darle las gracias por haberme salvado del primer impulso erróneo de mi corazón indisciplinado.

Continuaba inmóvil delante del doctor, y hablaba con una seriedad que me conmovió. Sin embargo, su voz era tan dulce como antes.

—Mientras él esperaba convertirse en el objeto de esa generosidad que le prodigabas por amor a mí, yo sufría por la máscara de mercenaria que me obligaban a llevar y pensaba que habría sido mejor para él abrirse camino en la vida por sí mismo. Estaba convencida de que si yo hubiera estado en su lugar, lo habría intentado, a costa de casi cualquier sufrimiento. Pero no pensaba nada peor de él hasta el día en que partió para la India. Aquella noche comprendí que tenía un corazón traidor y desagradecido. Y también me di cuenta de la desconfianza con que el señor Wickfield me examinaba. Fue entonces cuando se despertó en mí, por primera vez, la oscura sospecha que ensombreció mi vida.

—¡Sospecha, Annie! —exclamó el doctor—. ¡No, no, no!

—¡Ya sé, esposo mío, que no la hubo en tu pensamiento! —respondió ella—. Y cuando aquella noche me acerqué a ti para librarme del peso de mi dolor y de mi vergüenza, y supe que tenía que contarte que, bajo nuestro mismo techo, uno de mis parientes, al que habías convertido en tu protegido por amor a mí, se había atrevido a decirme unas palabras que jamás hubiera debido pronunciar, aunque yo hubiera sido la mujer despreciable e interesada que él creía... sentí que todo mi ser se negaba a mancillar tus oídos con semejante confesión. Ésta murió en mis labios, y desde entonces hasta ahora jamás ha salido de ellos.

La señora Markleham se recostó en la butaca dejando escapar un breve gemido; y se retiró tras su abanico, como si pretendiera quedarse allí para siempre.

—No he vuelto a cruzar una palabra con él desde aquel día, excepto en tu presencia; y sólo cuando era necesario para evitar esta explicación. Han

pasado años desde que le comuniqué cuál era su situación en esta casa. Todos los favores que le has hecho en secreto para que prosperara en la vida, y que luego me anunciabas, con el fin de sorprenderme y alegrarme, no han hecho sino agravar el sufrimiento y el peso de mi secreto.

Se dejó caer dulcemente a los pies del doctor, aunque éste hizo cuanto pudo para impedirlo; y, mirándole con los ojos llenos de lágrimas, le dijo:

—¡No digas nada todavía! ¡Déjame explicarte algo más! Para bien o para mal, si todo volviese a empezar, creo que actuaría del mismo modo. No puedes imaginar lo que era quererte con devoción y recordar aquello; descubrir que alguien podía llegar a ser tan cruel que creyera que te había traicionado, y estar rodeada de apariencias que confirmaban esa idea. Era muy joven y no tenía nadie a quien pedir consejo. Entre mamá y yo, en todo cuanto se relacionaba contigo, mediaba un abismo. Si me encerré en mí misma, ocultando la ofensa que me habían infligido, fue por lo mucho que te respetaba y por lo mucho que deseaba que tú me respetaras a mí.

—¡Tu corazón es tan puro! —exclamó el doctor—. ¡Annie, amor mío!

—¡Tan sólo unas palabras más! Antes pensaba que habrías podido casarte con muchas mujeres que no te causaran tales disgustos y preocupaciones, y que hicieran más digno tu hogar. Tenía la dolorosa sensación de que habría sido mejor continuar siendo tu alumna, casi tu hija. Temía no ser la esposa que convenía a tus conocimientos y a tu sabiduría. Si todo esto me empujó a encerrarme en mí misma (como así ocurrió) cuando tenía tanto que contarte, fue también por lo mucho que te respetaba y porque deseaba que algún día pudieras respetarme a mí.

—Ese día empezó a brillar hace mucho tiempo, Annie —dijo el doctor—, y no dejaré de hacerlo hasta que llegue la noche más larga, querida mía.

—¡Unas palabras más! Entonces tomé la firme decisión de soportar todo el peso de la indignidad de un hombre con quien te habías mostrado tan bondadoso. ¡Y, ahora, una última palabra, mi mejor y más querido amigo! Esta noche he visto con claridad cuál era la causa del cambio que, con tanto dolor y pesadumbre, había observado en ti, y que unas veces achaqué a mis viejos temores y otras a vagas suposiciones más cercanas a la verdad. Y he sabido, asimismo, por casualidad hasta dónde llegaba tu fe en mí, aun estando equivocado. No creo que todo el amor y toda la lealtad que yo pueda ofrecerte consigan hacerme digna de tu inapreciable confianza; aunque, sabiendo lo que ahora sé, pueda levantar mis ojos hacia ese amado rostro —venerado como

padre, amado como esposo, sagrado en mi niñez como amigo— y declarar solemnemente que jamás te he ofendido, ni con el más leve pensamiento; y que el amor y la fidelidad que te debo jamás han flaqueado.

Annie tenía los brazos alrededor del cuello del doctor, que inclinó su cabeza sobre la de ella, mezclando sus cabellos grises con las trenzas color castaño oscuro de la joven.

—¡Estréchame contra tu corazón, esposo mío! ¡Y nunca me alejes de ti! No pienses ni hables de disparidades entre nosotros, pues lo único que nos separa son mis numerosas imperfecciones. A medida que han pasado los años, he ido comprendiéndolo y queriéndote cada vez más. ¡Oh, llévame junto a tu corazón, esposo mío, porque mi amor está edificado sobre una roca,^[95] y perdurará!

En medio del silencio que siguió, mi tía avanzó gravemente hasta el señor Dick, con mucha parsimonia, y le dio un abrazo y un sonoro beso. Y fue una suerte para la reputación de nuestro amigo; pues estoy seguro de que, para expresar convenientemente su satisfacción, estaba a punto de ponerse a la pata coja.

—¡Es usted un hombre extraordinario, señor Dick! —exclamó mi tía, en un tono muy firme de aprobación—. ¡Y no simule nunca lo contrario, porque le conozco bien!

Después de pronunciar estas palabras, mi tía le tiró de la manga y me hizo un gesto con la cabeza; los tres salimos sigilosamente del despacho y abandonamos la casa.

—Todo esto le bajará los humos a nuestra marcial amiga —señaló mi tía, en el camino de regreso—. Y eso bastaría para que yo durmiera mejor, aunque no tuviéramos nada más de que alegrarnos.

—Me temo que parecía muy abatida —dijo el señor Dick, con aire compasivo.

—¿Cómo? ¿Acaso has visto alguna vez un cocodrilo muy abatido? —preguntó mi tía.

—No creo haber visto nunca un cocodrilo —respondió apaciblemente el señor Dick.

—Nada habría pasado sin ese viejo animal —aseguró mi tía, recalcando mucho su observación—. Sería muy deseable que algunas madres dejaran solas

a sus hijas después de contraer matrimonio, y no se mostraran tan violentamente apegadas a ellas. Es como si pensarán que la única recompensa por haber traído al mundo a una infortunada joven (¡cómo si ésta hubiera pedido que la trajeran o hubiese querido venir!) fuera disponer de entera libertad para atormentarla hasta que lo abandonase. ¿En qué piensas, Trot?

Pensaba en todo lo que acababa de oír. Mi cerebro seguía dando vueltas a algunas de las expresiones pronunciadas. «No existe mayor disparidad en un matrimonio que la causada por la incompatibilidad de ideas y caracteres». «El primer impulso erróneo de mi corazón indisciplinado». «Mi amor está edificado sobre una roca». Pero habíamos llegado a casa; y las hojas secas yacían bajo mis pies, y soplaba el viento del otoño.

XLVI

Noticias

Debía de llevar casado alrededor de un año, si puedo confiar en mi imperfecta memoria para las fechas, cuando un atardecer en que regresaba de un paseo solitario, pensando en el libro que entonces escribía (pues, gracias a mi tesón, mi éxito había aumentado y estaba metido de lleno en mi primera obra de ficción), pasé por delante de la casa de la señora Steerforth. Lo había hecho a menudo, desde que vivía en la vecindad, aunque nunca si podía elegir otro camino. Pero había veces en que esto no era fácil sin dar un largo rodeo; y lo cierto es que pasaba con bastante frecuencia.

Me había limitado siempre a echar una ojeada a la casa y a acelerar el paso para perderla de vista en seguida. Su aspecto era melancólico y sombrío. Ninguna de las habitaciones principales daba a la calle; y las ventanas, estrechas, anticuadas y de pesados marcos, aunque en ninguna circunstancia habrían podido parecer alegres, resultaban de lo más lúgubres, siempre cerradas y con la persianas bajadas. Había un camino cubierto que cruzaba un pequeño patio y conducía hasta una entrada que no se empleaba nunca; y una ventana redonda en las escaleras, muy diferente de las demás, que, a pesar de ser la única que no tenía persianas, producía la misma sensación de tristeza y abandono. No recuerdo haber visto jamás una luz en toda la casa. Si hubiera sido un transeúnte cualquiera, probablemente habría creído que alguna persona solitaria yacía muerta en su interior. Si siempre la hubiera visto igual, y hubiese tenido la suerte de no saber nada de sus ocupantes, supongo que habría dejado que mi imaginación hiciera las más descabelladas conjeturas.

Al no darse esas circunstancias, procuraba fijarme en ella lo menos posible. Pero mi cabeza era incapaz de pasar de largo sin detenerse, tal como hacía mi cuerpo; y no podía evitar que me asaltara una larga sucesión de pensamientos. Aquella tarde de la que hablo, cuando apareció ante mí,

envuelta en mis recuerdos juveniles y en mis fantasías ulteriores, en los fantasmas de algunas esperanzas truncadas, en las sombras deshechas de desilusiones vagamente percibidas y entendidas, en la mezcla de cosas vividas e imaginadas... todo ello tan relacionado con la ocupación en la que había estado enfrascado..., fueron muchos los recuerdos que trajo a mi memoria. Estaba absorto en mis meditaciones cuando oí una voz a mi lado que me sobresaltó.

Era la voz de una mujer. Y no tardé en reconocer a la doncella de la señora Steerforth, la joven que en otro tiempo adornaba su cofia con cintas azules. Supongo que se las había quitado para adaptarse al nuevo carácter de la casa; y ahora sólo llevaba uno o dos tristes lazos de color marrón.

—Perdone, señor, ¿tendría la bondad de entrar en la casa y hablar con la señorita Dartle?

—¿La ha enviado ella a buscarme? —inquirí.

—Esta noche no, señor; pero es lo mismo. La señorita Dartle le vio pasar hace un par de días, y me ordenó sentarme con mis labores en la escalera, a fin de pedirle que fuese a hablar con ella en cuanto le viera.

Volví sobre mis pasos y, mientras la seguía, le pregunté cómo estaba la señora Steerforth. Me contestó que su salud era muy delicada y pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación.

Cuando llegamos a la casa, me dijo que encontraría a la señorita Dartle en el jardín, y dejó que yo mismo le anunciara mi presencia. Rosa estaba sentada al final de una especie de terraza, desde donde se divisaba Londres. Era un oscuro atardecer y sólo una luz cárdena iluminaba el cielo; y, mientras contemplaba la ciudad en la distancia, bajo un manto de sombrías nubes, y distinguía aquí y allá algunas siluetas que se elevaban hacia aquella luz plomiza, pensé que el panorama armonizaba con el recuerdo que tenía de esa irascible mujer.

Me vio acercarme a ella y se levantó un momento para saludarme. Me pareció aún más pálida y delgada que en mi última visita; el brillo de sus ojos más intenso, y la cicatriz más visible.

Nuestro encuentro no fue cordial. La última vez que nos habíamos visto nos habíamos separado airadamente; y había en su expresión un menosprecio que no se molestó en disimular.

—Me han dicho que desea hablar conmigo, señorita Dartle —le dije,

quedándome en pie a su lado, con la mano en el respaldo de la silla, y rehusando su invitación a tomar asiento.

—Si no tiene usted inconveniente —repuso—. ¿Le importaría decirme si han encontrado a la muchacha?

—No.

—Y, sin embargo, ¡ha huido!

Vi cómo sus finos labios se movían mientras me miraba, como si estuvieran impacientes por cubrir a Emily de reproches.

—¿Que ha huido? —repetí.

—¡Sí! Ha huido de él —respondió con una carcajada—. Si no la han encontrado ya, tal vez no lo hagan nunca. ¡Es posible que esté muerta!

La expresión de triunfo y de crueldad con que me miró, jamás la había contemplado en ningún otro rostro.

—Quizá desear su muerte —dije— sea el mejor destino que pueda imaginar para ella una persona de su sexo. No sabe cuánto me alegro de que el tiempo haya suavizado su carácter, señorita Dartle.

No se dignó contestarme, pero, volviéndose hacia mí con otra carcajada de desprecio, exclamó:

—Los amigos de esa excelente joven a la que tanto se ha ofendido son sus amigos. Usted es su paladín y hace valer sus derechos. ¿Quiere conocer lo que se sabe de ella?

—Sí —repliqué.

La señorita Dartle se levantó con una horrible sonrisa y dirigió sus pasos hacia un seto de acebo muy cercano, que separaba el césped de un huerto.

—¡Venga aquí! —gritó, como si estuviera llamando a una bestia inmund—. Supongo que en este lugar reprimirá su afán de justicia y de venganza, ¿no es así, señor Copperfield? —inquirió, mirándome por encima del hombro con la misma expresión.

Incliné la cabeza, sin comprender sus palabras, y entonces ella volvió a gritar: «¡Venga aquí!»; y regresó acompañada del respetable señor Littimer, quien, sin haber perdido un ápice de su respetabilidad, me hizo una reverencia y se colocó detrás de ella. El aire de malvada elegancia y de triunfo —en el que, por extraño que parezca, había algo femenino y seductor— con que Rosa

Dartle se recostó en la silla que había entre los dos y me observó, era digno de una cruel princesa de leyenda.

—Y ahora, Littimer —le dijo en tono imperioso, sin mirarle siquiera, palpándose la vieja cicatriz (que tal vez en aquella ocasión se estremeció de placer y no de dolor)—, cuénteles al señor Copperfield todo lo que sabe de la huida.

—El señor James y yo, señora...

—¡No ose dirigirse a mí! —le interrumpió, con el ceño fruncido.

—El señor James y yo, señor...

—A mí tampoco, se lo ruego —exclamé.

El señor Littimer, sin inmutarse lo más mínimo, nos dio a entender con una ligera reverencia que cuanto nos era grato a nosotros también le era grato a él; y empezó de nuevo:

—El señor James y yo hemos estado con la joven en el extranjero desde que ella abandonó Yarmouth bajo su protección. Hemos visitado toda clase de lugares y gran número de países. Hemos estado en Francia, Suiza, Italia... en realidad, casi en todas partes.

Tenía la vista fija en el respaldo del asiento, como si éste fuera el destinatario de sus palabras; y paseaba sus dedos suavemente por él, como si tocara las teclas de un piano mudo.

—El señor James parecía extraordinariamente encariñado con la joven; y, desde que estoy a su servicio, jamás le había visto tan tranquilo durante tanto tiempo. La joven había aprendido mucho, y hablaba los idiomas de los países donde nos establecíamos; nadie habría descubierto en ella a la campesina de antaño. Dondequiera que fuese, despertaba una gran admiración.

La señorita Dartle se llevó la mano al costado. Me di cuenta de que Littimer la miraba de soslayo y sonreía con disimulo.

—Sí, la joven despertaba una gran admiración. Entre sus vestidos, el aire y el sol, las atenciones de que era objeto... esto, lo otro y lo de más allá, lo cierto es que sus encantos atraían la atención general.

Se detuvo un instante. Los ojos de la señorita Dartle recorrieron inquietos el lejano horizonte, y se mordió el labio inferior para contener el temblor de su boca.

El señor Littimer retiró las manos del asiento y, colocando una sobre la otra, apoyó todo su cuerpo en una sola pierna.

—La joven continuó así durante algún tiempo —prosiguió, con los ojos bajos y su respetable cabeza echada hacia delante y un poco ladeada—, y de vez en cuando parecía muy abatida. Creo que el señor James empezó a cansarse de que ella se dejara vencer por la tristeza y el desánimo; y las cosas se torcieron. El señor James volvió a dar muestras de gran desasosiego. Cuanto más inquieto estaba él, más se apenaba ella; y he de decir que, entre los dos, me hicieron pasar muy malos ratos. No obstante, poniendo un remiendo aquí y otro allá, una y otra vez, la situación se prolongó mucho más tiempo de lo que habría cabido esperar.

La señorita Dartle desvió su mirada del horizonte y volvió a clavar sus ojos en mí, con la misma expresión de antes. El señor Littimer, llevándose la mano a la boca, aclaró su garganta con una tos breve y respetable, y cargó todo su peso sobre la otra pierna.

—Finalmente —continuó—, después de muchísimas peleas y reproches, el señor James se marchó una mañana de las cercanías de Nápoles, donde ocupábamos una villa (pues a la joven le gustaba el mar), y, con el pretexto de regresar uno o dos días después, la dejó a mi cargo para que le comunicara que, con miras a la felicidad de todos los interesados, había decidido —y el señor Littimer tosió de nuevo— marcharse. Pero he de añadir que el señor James se comportó de un modo sumamente caballeroso; pues propuso que la joven se casara con un hombre muy respetable, dispuesto a olvidar el pasado y tan bueno como cualquier otro al que ella hubiera podido aspirar en condiciones normales, ya que era de familia humilde.

Volvió a cambiar de pierna y se humedeció los labios. Yo tuve el convencimiento de que aquel canalla hablaba de sí mismo, y vi mi propia certeza reflejada en el rostro de la señorita Dartle.

—Me había encargado, asimismo, que le transmitiera esto. Yo estaba dispuesto a hacer lo que fuera para sacar del aprieto al señor James y para restablecer la armonía entre él y su cariñosa madre, que tanto había sufrido por su causa. Por ese motivo, acepté su encargo. La violencia de la joven cuando volvió en sí, después de comunicarle su partida, superó con creces cualquier expectativa. Pareció enloquecer y, de no haberla dominado por la fuerza, se habría clavado un cuchillo, se habría tirado al mar o habría golpeado su cabeza contra el suelo de mármol.

La señorita Dartle, echándose hacia atrás en la silla con el rostro exultante de júbilo, daba la impresión de acariciar las palabras que aquel hombre había pronunciado.

—Pero cuando llegué al segundo punto —dijo el señor Littimer, frotándose las manos con cierto desasosiego—, que cualquiera hubiera considerado una muestra de buena voluntad, la joven reveló su verdadera naturaleza. Jamás he visto a nadie más enfurecido. Su conducta fue de lo más abyecta. No mostró más gratitud, sentimiento, paciencia o raciocinio que un tronco o una piedra. Si no hubiera tenido los ojos bien abiertos, estoy seguro de que me habría matado.

—¡Eso es algo que la honra! —exclamé indignado.

El señor Littimer inclinó la cabeza, como diciendo: «¿De veras, señor? ¡Es usted tan joven!». Y prosiguió su relato.

—En una palabra, durante algún tiempo me vi obligado a alejar de ella cualquier objeto con el que pudiera hacerse daño o herir a los demás, y a tenerla encerrada. A pesar de todo, una noche se escapó: rompió la celosía de la ventana que yo mismo había clavado, se descolgó por una parra que trepaba por el muro, y desde entonces, que yo sepa, nadie ha vuelto a oír hablar de ella.

—Tal vez esté muerta —dijo la señorita Dartle con una sonrisa, como si ya hubiera pisoteado el cadáver de aquella joven descarriada.

—Es posible que se haya ahogado, señorita —respondió el señor Littimer, valiéndose de ese pretexto para dirigirse a alguien—. Es muy posible. O que haya recibido ayuda de los pescadores, de sus mujeres y de sus hijos. Le gustaba mucho la compañía de la gente humilde, y tenía la costumbre, señorita Dartle, de hablar con ellos en la playa y de sentarse junto a sus barcas. La vi pasar allí días enteros, cuando el señor James se ausentaba. Al señor James no le resultó nada agradable descubrir que, en una ocasión, había contado a los niños que era la hija de un pescador y que, mucho tiempo atrás, en su país, había correteado por la playa como ellos.

¡Oh, Emily! ¡Tan triste y tan bella! Su imagen apareció ante mí sentada en una playa lejana, entre esos niños que le recordaban sus días de inocencia, escuchando unas vocecitas que hubieran podido llamarla «madre» si hubiese sido la esposa de un hombre humilde; y el rugido del mar, con su eterno «¡Nunca más!».

—Cuando fue evidente que no había nada que hacer, señorita Dartle...

—¿Acaso no le he dicho que no se dirija a mí? —exclamó ella con auténtico desdén.

—Como usted se ha dirigido a mí, señorita —replicó el señor Littimer—. Le ruego que me disculpe; mi obligación es obedecer.

—Entonces no eluda su obligación —dijo—. ¡Termine su relato y márchese!

—Cuando fue evidente que no había manera de encontrarla —prosiguió el señor Littimer, con aire de infinita respetabilidad y una sumisa reverencia—, fui a buscar al señor James al lugar donde debía escribirle, y le comuniqué lo sucedido. Cruzamos algunas palabras airadas, y abandoné su servicio por una cuestión de dignidad. Yo podía soportar, y de hecho había soportado, muchas cosas del señor James; pero aquella vez llevó demasiado lejos sus insultos. Me hirió. Consciente de las diferencias que existían, desgraciadamente, entre él y su madre, me tomé la libertad de regresar a Inglaterra para informarle de...

—A cambio de una suma de dinero que yo le entregué —aclaró la señorita Dartle.

—Exactamente, señorita..., para informarle de lo que sabía. No creo tener nada más que añadir —dijo el señor Littimer, después de reflexionar unos instantes—. En la actualidad estoy sin empleo y me gustaría encontrar un puesto respetable.

La señorita Dartle me miró, como si quisiera preguntarme si deseaba saber algo más. Como una idea me daba vueltas en la cabeza, agregué:

—Quisiera que este... individuo —fui incapaz de pronunciar un término más conciliador— me dijese si se interceptó una carta dirigida a la joven por su familia, o si cree que ella la recibió.

El señor Littimer continuó inmóvil y en silencio, con la mirada pegada al suelo y las yemas de los dedos de la mano derecha delicadamente apoyadas en las yemas de los dedos de la mano izquierda.

La señorita Dartle volvió desdeñosamente su cabeza hacia él.

—Le ruego que me disculpe, señorita —exclamó, saliendo de su ensimismamiento—, pero, por muy sumiso que pueda parecerle, tengo mis principios, aunque sólo sea un criado. El señor Copperfield y usted son dos personas diferentes. Si el señor Copperfield desea preguntarme algo, será

mejor que lo haga directamente. Tengo que mantener mi dignidad.

Después de una breve lucha interior, le miré y le dije:

–Ya ha oído mis palabras. Considere que se las he dirigido a usted, si así lo prefiere. ¿Cuál es su respuesta?

–Señor –contestó, uniendo y separando de vez en cuando sus delicadas yemas–, mi respuesta no puede ser categórica. Una cosa es traicionar la confianza del señor James para contarle algo a su madre, y otra muy distinta traicionarla para contárselo a usted. No considero probable que el señor James alentara una correspondencia que pudiese aumentar el abatimiento y las desavenencias; pero no quisiera extenderme más en ese asunto, señor.

–¿Es eso todo, señor Copperfield? –me preguntó la señorita Dartle.

Le respondí que no tenía nada más que añadir, salvo que comprendía el papel que había desempeñado aquel individuo en la cruel historia, y que así se lo comunicaría al hombre que había servido de padre a la joven desde su más tierna infancia; le aconsejé que, por ese motivo, se abstuviera de aparecer demasiado en público.

Littimer se había detenido en el momento en que empecé a hablar, y me había escuchado con su flema acostumbrada.

–Gracias, señor. Pero permítame que le recuerde que en este país no hay esclavos ni negreros, y que la gente no puede tomarse la justicia por su mano. Si alguien lo hace, se llevará la peor parte. En consecuencia, iré sin miedo allí donde me plazca, señor.

Entonces se inclinó cortésmente ante mí y, después de despedirse de la señorita Dartle con otra reverencia, se marchó por donde había venido: el arco que había en el seto de acebo. La señorita Dartle y yo nos contemplamos en silencio durante unos instantes; su expresión seguía siendo la misma que cuando había llamado a aquel hombre.

–Littimer dice, asimismo –señaló, frunciendo lentamente el labio–, que ha oído que su amo está navegando por las costas de España; y que continuará embarcado hasta que se canse de la vida marinera. Pero eso carece de interés para usted. El abismo que separa a estas dos personas tan orgullosas, la madre y el hijo, es mayor que nunca, y existen muy pocas esperanzas de reconciliación; se parecen demasiado y el paso del tiempo les vuelve cada vez más obstinados y altivos. Sé que nada de esto le interesa; pero sirve de preámbulo para lo que quiero decirle. Ese demonio que usted convierte en

ángel, me refiero a esa muchacha despreciable que él sacó del lodo –prosiguió con sus ojos negros clavados en mí y el dedo, trémulo de cólera, levantado–, tal vez viva todavía... tengo entendido que todo lo vulgar dura más. De ser así, supongo que deseará usted encontrar una perla semejante y ocuparse de ella. Nosotros también lo deseamos, a fin de evitar que él caiga de nuevo en sus garras. Hasta aquí, nuestros intereses son los mismos; y ése es el motivo de que yo, que no dudaría en hacerle todo el daño que una criatura tan ordinaria como ella fuese capaz de recibir, le haya hecho venir para escuchar lo que ha escuchado.

Comprendí, por el cambio que experimentó su rostro, que alguien se acercaba por detrás. Era la señora Steerforth, que me tendió la mano con mayor frialdad que en el pasado, exagerando su antigua majestuosidad; percibí, sin embargo, con emoción, que el recuerdo de mi viejo cariño por su hijo seguía indeleble en ella. Había cambiado mucho. Su esbelta figura caminaba menos erguida, su hermoso rostro se había llenado de arrugas y su pelo se había vuelto casi blanco. Pero cuando tomó asiento, me pareció todavía muy bella; y reconocí los ojos brillantes de mirada altanera que habían iluminado mis sueños escolares.

–¿Está el señor Copperfield al corriente de todo, Rosa?

–Sí.

–¿Y lo ha oído de labios de Littimer?

–Sí; le he explicado por qué lo deseaba usted.

–Eres una buena chica. He mantenido una breve correspondencia con su amigo de antaño, señor Copperfield –exclamó, dirigiéndose a mí–, que no le ha ayudado a recuperar el sentido del deber y de las obligaciones filiales. Por consiguiente, mi único propósito es el que Rosa ha mencionado. Si, al mitigar el sufrimiento del buen hombre que usted trajo aquí (y por el que siento una gran lástima... es todo cuanto puedo decir), mi hijo puede ser salvado de caer nuevamente en las redes de un enemigo intrigante, ¡valdrá la pena!

La señora Steerforth se irguió en su asiento, y su mirada se perdió en la lejanía.

–La comprendo, señora –contesté respetuosamente–. Le aseguro que no existe el menor peligro de que yo malinterprete sus motivos. Pero, conociendo desde la infancia a la familia agraviada, hay algo que debo decirle, incluso a usted: si cree que la joven que con tanta dureza se ha visto juzgada no ha sido

cruelmente engañada, y no preferiría morir cien veces antes que aceptar un vaso de agua de manos de su hijo, está usted en un terrible error.

—¡Calla, Rosa, calla! —exclamó la señora Steerforth, cuando ésta se disponía a interrumpirnos—. No tiene importancia. He oído decir que ha contraído matrimonio, señor...

Le respondí que llevaba algún tiempo casado.

—¿Y le va bien? Apenas tengo noticias del mundo exterior, pero he sabido que empieza a ser usted muy conocido.

—He tenido mucha suerte —repliqué—, y mi nombre ha cosechado algunos elogios.

—No tiene usted madre, ¿verdad? —preguntó con voz más dulce.

—No.

—Es una lástima —añadió—. Se hubiera sentido orgullosa de usted. ¡Buenas noches!

Estreché la mano que me tendió con aire frío y majestuoso, y lo cierto es que me transmitió la misma serenidad que si su corazón estuviera en calma. Tenía un orgullo capaz de detener hasta los latidos de su corazón, y de cubrir su rostro con un velo de sosiego a través del cual miraba en la distancia.

Al alejarme por la terraza, no pude evitar observar con qué firmeza contemplaban las dos el paisaje, que parecía espesarse y cerrarse en torno a ellas. Aquí y allá, centelleaban las primeras luces en la lejana ciudad; y una claridad cárdena seguía iluminando el oeste. Pero, en la mayor parte del ancho valle, se iba extendiendo un manto de niebla parecido al mar, que, confundiéndose con la oscuridad, daba la impresión de querer sumergir a las dos mujeres en sus aguas. Tengo motivos para recordar esto y para pensar en ello con temor, pues, antes de mirarlas de nuevo, un mar tormentoso se había alzado a sus pies.

Después de reflexionar sobre lo que acababa de oír, consideré mi deber comunicárselo al señor Peggotty. Al día siguiente, al anochecer, me dirigí a Londres en su busca. Él vagaba siempre de un lado a otro, obsesionado con la idea de encontrar a su sobrina; pero pasaba más tiempo en Londres que en cualquier otro lugar. Yo lo había visto con frecuencia, cuando era noche cerrada, recorriendo las calles, buscando lo que tanto temía encontrar entre los escasos transeúntes que deambulaban por la ciudad a unas horas tan

intempestivas.

Tenía alquilada una habitación encima de la pequeña tienda de ultramarinos del mercado de Hungerford, que he mencionado en más de una ocasión, desde la que había emprendido la búsqueda de su sobrina. Hacia ella dirigí mis pasos. Cuando pregunté por él, me dijeron que todavía no había salido y que lo encontraría en el piso superior.

El señor Peggotty estaba leyendo junto a la ventana, en la que tenía algunas plantas. El cuarto estaba sumamente limpio y ordenado. Me di cuenta en seguida de que lo tenía siempre preparado para recibir a su sobrina, y que jamás salía de él sin pensar que tal vez volvería con ella. No me había oído llamar a la puerta; y sólo levantó los ojos cuando puse mi mano en su hombro.

—¡Señorito Davy! ¡Gracias por venir, señor! ¡Le agradezco de todo corazón su visita! Siéntese. ¡Bienvenido sea!

—Señor Peggotty —le dije, cogiendo la silla que él me ofrecía—. ¡No espere demasiado! He tenido noticias...

—¿De Emily?

Se llevó nerviosamente la mano a la boca y palideció, al tiempo que clavaba sus ojos en los míos.

—No tenemos ningún indicio de dónde se encuentra, pero ya no está con él.

Tomó asiento, sin dejar de mirarme, y escuchó en el más profundo silencio cuanto tenía que contarle. Recuerdo bien la dignidad, e incluso la belleza, de aquel rostro grave y paciente cuando, tras apartar sus ojos de los míos, dirigió la vista al suelo, con la mano apoyada en la frente. No me interrumpió ni una sola vez, y escuchó toda la historia en el más absoluto silencio. Parecía seguir la silueta de Emily a través de mi relato; y los demás no eran más que vulgares sombras que pasaban a su lado.

Cuando terminé de hablar, se cubrió la cara con las manos y continuó callado. Estuve un rato mirando por la ventana y admirando las plantas.

—¿Qué piensa de todo esto, señorito Davy? —preguntó por fin.

—Creo que está viva —repliqué.

—No sé. Quizá el primer golpe fue demasiado duro para ella, y en su desesperación... ¡Ese mar azul del que tanto hablaba! ¿Habría pensado en él

durante tantos años porque iba a ser su tumba?

Pronunció estas palabras con voz baja y asustada, muy pensativo, mientras andaba de un lado a otro de la habitación.

—Y, sin embargo, señorito Davy —añadió—, he estado siempre tan seguro de que ella vivía... he tenido tal certeza, despierto o dormido, de que la encontraría... y esa idea me ha dado tanta confianza y tanta fuerza... que no puedo haberme equivocado. ¡No! ¡Emily está viva!

Apoyó con firmeza la mano en la mesa, y su rostro curtido por el sol y la intemperie adoptó una expresión decidida.

—¡Mi sobrina Emily está viva, señor! —aseguró—. ¡No sé de dónde surge ni por qué, pero una voz me dice que está viva!

Fue como si hubiera hablado en él la inspiración divina. Esperé unos instantes, hasta que estuvo en condiciones de dedicarme toda su atención; entonces le sugerí algo que se me había ocurrido la noche anterior.

—Y ahora, querido amigo... —empecé.

—Gracias, muchas gracias por su bondad, señor —exclamó, cogiendo mi mano entre las suyas.

—Si ella viniera a Londres, lo cual es bastante probable... pues ¿dónde podría perderse con más facilidad que en esta enorme ciudad? Y, si no vuelve a casa, ¿qué otra cosa podría querer sino perderse y esconderse?

—Pero ella no volverá a casa —me interrumpió, moviendo tristemente la cabeza—. Si se hubiera marchado voluntariamente, quizá lo habría hecho; pero así, no.

—Si viniera aquí —proseguí—, creo que hay una persona, en esta ciudad, que tendría más probabilidades que nadie de descubrir su paradero. ¿Se acuerda de... ¡tenga valor! ¡Piense en su gran objetivo!... se acuerda de Martha?

—¿La de Yarmouth?

Leí con claridad la respuesta en su rostro.

—¿Sabe que está en Londres?

—La he visto por las calles —replicó, estremeciéndose.

—Pero lo que no sabe —añadí— es que Emily se mostró muy caritativa con ella, con el consentimiento de Ham, una noche en casa de su hermana, poco

antes de huir. Ni que cierta noche en que usted y yo nos encontramos, y estuvimos conversando en una posada, al otro lado de la calle, ella se quedó escuchándonos detrás de la puerta.

—¡Señorito Davy! —exclamó, asombrado—. ¿Aquella noche en que nevaba tanto?

—En efecto. No he vuelto a verla desde entonces. Volví a buscarla tras despedirme de usted, pero había desaparecido. No quise hablarle de esa joven en aquella ocasión y, si lo hago hoy, es a regañadientes; pero es a ella a quien me refiero, y creo que es a ella a quien tendríamos que dirigirnos. ¿Me comprende?

—Demasiado bien, señor —contestó.

Habíamos bajado la voz hasta convertirla casi en un susurro, y seguimos hablando en ese tono.

—Usted dice que la ha visto. ¿Cree que podría encontrarla? Si yo diera con ella, sería por casualidad.

—Creo, señorito Davy, que sé dónde buscarla.

—Es de noche. Puesto que estamos juntos, ¿por qué no salimos ahora y tratamos de encontrarla?

El señor Peggotty asintió y se preparó para acompañarme. Sin que pareciera que le observaba, vi el cuidado con que arreglaba la pequeña habitación, dejaba a mano una vela con todo lo necesario para encenderla, estiraba la cama y, por último, sacaba del cajón un vestido de Emily (que yo recordaba haberle visto puesto), cuidadosamente doblado entre otras prendas, que colocó encima de una silla con un sombrero. No hizo la menor alusión a esas ropas, ni yo tampoco. ¡Seguro que la habían esperado allí muchísimas noches!

—Hubo un tiempo, señorito Davy —me dijo, mientras bajábamos la escalera—, en que esa joven, Martha, era para mí casi tan despreciable como el fango que pisaba Emily. ¡Que Dios me perdone! ¡Las cosas han cambiado tanto desde entonces!

Mientras íbamos andando, no sólo para entretenerlo sino también para satisfacer mi curiosidad, le pregunté por Ham. Me respondió, casi con las mismas palabras que la otra vez, que Ham seguía igual, y que parecía despreciar la vida; aunque jamás se quejaba, y todo el mundo le quería.

Le pregunté si conocía el estado de ánimo de Ham en relación con el causante de todos sus infortunios. ¿No podría resultar peligroso? ¿Qué haría, por ejemplo, Ham, si alguna vez él y Steerforth se encontraban?

—No lo sé, señor —contestó—. A menudo lo he pensado, pero soy incapaz de adivinarlo.

Le recordé la mañana en que los tres paseamos por la playa, al día siguiente de la partida de Emily.

—¿Se acuerda de la extraña determinación con que miraba el mar —le dije— y el modo en que hablaba del «fin»?

—¡Por supuesto que sí!

—¿Qué cree usted que quería decir?

—Señorito Davy —repuso—, es algo que me he planteado muchas veces, y que jamás he sabido responder. Y lo curioso es que, a pesar de su afabilidad, no me atrevería a preguntárselo. Siempre se ha dirigido a mí con el mayor respeto, y no creo que ahora empezase a hablarme de otro modo; pero sus pensamientos no duermen en aguas tranquilas... lo hacen a gran profundidad, y soy incapaz de ver el fondo.

—Tiene razón —exclamé—, y eso es lo que algunas veces me ha inquietado.

—A mí también, señorito Davy —replicó—. Incluso más que sus temeridades, se lo aseguro, aunque su origen sea el mismo. No creo que Ham fuese capaz de hacerle daño a nadie, pero ¡espero que esos dos hombres no vuelvan a encontrarse!

Acabábamos de entrar en la City por Temple Bar.^[96] El señor Peggotty dejó de conversar y, caminando a mi lado, se entregó por completo a la única finalidad de su abnegada vida; y siguió hacia delante con aquella concentración silenciosa por la que habría seguido siendo, en medio de una multitud, una figura solitaria. No estábamos lejos del puente de Blackfriars cuando volvió la cabeza y señaló la silueta de una mujer que pasaba con prisa al otro lado de la calle. Comprendí que era la joven que buscábamos.

Nos apresuramos a cruzar, e íbamos a alcanzarla cuando se me ocurrió que tal vez Martha se interesara más por la muchacha descarriada si le hablábamos en un sitio más tranquilo, lejos de la muchedumbre, donde pasáramos desapercibidos. Por ese motivo, aconsejé a mi compañero que la siguiera en silencio; obedeciendo, asimismo, a mi deseo instintivo de saber a

dónde se dirigía.

El señor Peggotty se mostró de acuerdo y la seguimos, a cierta distancia; jamás la perdimos de vista, aunque tampoco nos acercamos demasiado, pues miraba con frecuencia a uno y otro lado. En una ocasión se detuvo a escuchar una banda de música; y nosotros la imitamos.

La joven siguió andando mucho tiempo. Nosotros también. Era evidente, por su forma de avanzar, que iba a un lugar determinado; este detalle, unido al hecho de que no abandonara aquellas calles tan concurridas, así como la extraña fascinación que ejercía sobre mí aquella misteriosa persecución, me hicieron perseverar en mi propósito. Finalmente, se adentró en una calle oscura y solitaria, donde no llegaban ni el ruido ni la multitud.

—Hablémosle ahora —dije al señor Peggotty; y los dos apretamos el paso para alcanzarla.

XLVII

Martha

Estábamos en Westminster. Habíamos tenido que volver sobre nuestros pasos para seguir a Martha, cuando nos dimos cuenta de que venía hacia nosotros; y, a la altura de la abadía de Westminster, la joven se alejó de las luces y del bullicio de las calles principales. Empezó a andar tan deprisa cuando se vio libre del doble flujo de transeúntes que iban y venían del puente, y nos había sacado ya tanta ventaja, que no logramos alcanzarla hasta llegar a una estrecha callejuela que seguía el curso del río en Millbank.^[97] En ese momento, como si quisiera huir de las pisadas que oía cada vez más cercanas, la joven cambió de acera y, sin mirar atrás, aceleró aún más la marcha.

La vista momentánea del río, a través de un sombrío soportal donde guardaban los carros durante la noche, pareció detener mis pasos. Toqué en silencio el brazo de mi compañero, y los dos desistimos de cruzar y la seguimos desde el otro lado de la calzada; con el mayor sigilo posible y entre las sombras de las casas, pero sin alejarnos de ella.

Existía entonces, y todavía existe hoy, al final de esa mísera calle, un pequeño cobertizo en ruinas, probablemente un viejo embarcadero. Se encontraba justo donde la calle termina y un camino sigue entre una hilera de casas y el río. Cuando la joven llegó allí y divisó el agua, se paró como si hubiera llegado a su destino; luego continuó andando por la orilla, muy despacio y sin dejar de mirar el río.

Durante todo el trayecto, había pensado que Martha se dirigía a alguna casa; e incluso había albergado la vaga esperanza de que el lugar pudiera tener alguna relación con la joven que buscábamos. Pero el oscuro reflejo del agua a través del soportal me hizo presentir que no iría más lejos.

Era un barrio de lo más lúgubre a aquellas horas; no existía ningún otro en

Londres tan siniestro, triste y solitario por las noches. No había ni muelles ni casas en el camino, siempre desierto, que pasaba a escasa distancia de la enorme y oscura cárcel.^[98] Una acequia de aguas estancadas depositaba su fango junto a los muros de la prisión. Los terrenos pantanosos de los alrededores estaban cubiertos de hierbajos y de abundante maleza. En un lado, se pudrían los esqueletos de algunas casas que se empezaron a construir en circunstancias adversas y nunca se terminaron. En el otro, se veían por todas partes, al igual que monstruos de hierro oxidado, calderas de vapor, ruedas, manivelas, tubos, hornos, paletas, anclas, campanas de buzo, aspas de molino, y no sé cuántos objetos extraños más, amontonados allí por algún especulador; medio sepultados bajo el polvo, después de haberse hundido por su propio peso en los días de lluvia, daban la impresión de querer esconderse en vano. El estruendo y el resplandor rojizo de varias fundiciones situadas en la orilla se alzaban en mitad de la noche para perturbarlo todo, excepto la espesa y continua columna de humo que salía de sus chimeneas. Algunos senderos cenagosos llevaban hasta el río, a través del fango y del lodo de la marea baja; corrían sinuosos entre viejas estacas de madera, de las que colgaba una sustancia nauseabunda, muy parecida a una cabellera verdosa, y algunos restos de carteles del año anterior, donde se ofrecía una recompensa por recuperar a los ahogados, y que se balanceaban por encima de las marcas que señalaban el nivel más alto de las aguas. Decían que por allí estaba uno de los pozos cavados durante la Gran Peste para enterrar a los muertos; y era como si su fatídica influencia se hubiera extendido por todo el lugar, o como si el paisaje hubiera adquirido aquel aire de pesadilla por las crecidas de aquella corriente putrefacta.

Como si formara parte de los desechos arrojados por el río y abandonados a la podredumbre, la muchacha que habíamos seguido se acercó a la orilla y, en medio de aquella escena nocturna, se quedó mirando el agua, sola y en silencio.

Había algunos botes y barcazas varados en el fango, que nos permitieron llegar muy cerca de la joven sin que ésta nos viera. Entonces hice una seña al señor Peggotty para que no se moviese y salí de la oscuridad para hablar con ella. Me acerqué temblando a su figura solitaria; pues el tenebroso final de su decidido paseo y el modo en que contemplaba, casi bajo la sombra cavernosa del puente de hierro, el reflejo deformado de las luces en la fuerte corriente, había despertado en mí un temor.

Creo que hablaba consigo misma. Recuerdo que, a pesar de la atención

con que miraba el río, se había quitado el chal de los hombros y envolvía nerviosamente sus manos en él, más como una sonámbula que como una persona despierta. Sé, y es algo que jamás olvidaré, que sus extraños ademanes me hicieron pensar que se tiraría al agua ante mis ojos,^[99] hasta que la cogí del brazo.

En ese instante dije:

—¡Martha!

Ella lanzó un grito de terror y forcejeó conmigo con tanta violencia que no creo que hubiese sido capaz de sujetarla solo. Pero una mano más poderosa que la mía la agarró; y cuando la joven alzó su mirada temerosa y vio quién era su dueño, se dejó caer entre los dos después de un último esfuerzo. La llevamos lejos de la orilla, hasta un lugar donde había algunas piedras secas, y la depositamos allí llorando y gimiendo. No tardó en sentarse, con su desdichada cabeza entre las manos.

—¡El río! —exclamó con desesperación—. ¡El río!

—¡Chist! ¡Chist! —le dije—. Tranquilícese.

Pero ella seguía repitiendo una y otra vez: «¡El río, el río!».

—¡Se parece a mí! —prosiguió—. Sé que le pertenezco. ¡Sé que es la única compañía posible para una mujer como yo! Viene del campo, donde sus aguas eran puras... y ahora discurre sucio y despreciable, a través de unas calles sombrías... y se va, al igual que mi vida, hacia un inmenso mar, siempre agitado. ¡Siento que debo ir con él!



El río

Yo no había sabido lo que era la desesperación antes de escuchar estas palabras.

—No puedo alejarme de él. Soy incapaz de olvidarlo. Me atormenta día y noche. Es la única cosa en el mundo de la que soy digna, o que es digna de mí. ¡Este espantoso río!

Pensé que habría podido leer la historia de su sobrina, si no la hubiera conocido ya, en el rostro de mi compañero, que observaba a Martha, inmóvil y en silencio. Ni la pintura ni la vida me habían mostrado jamás el horror y la compasión unidos de un modo tan conmovedor. El señor Peggotty temblaba como si estuviera a punto de caer; y su mano (que toqué con la mía, pues su aspecto me alarmó) estaba terriblemente fría.

—Martha delira —le dije en voz baja—. Dentro de un rato no hablará de ese modo.

No sé lo que respondió. Sus labios se movieron, y el señor Peggotty pareció creer que había dicho algo; pero se había limitado a señalar a la joven con la mano extendida.

Ésta prorrumpió nuevamente en llanto; y volvió a esconder el rostro entre las piedras, y se postró ante nosotros, la viva imagen de la humillación y del desamparo. Consciente de que debía salir de aquel estado, si cobijaba alguna

esperanza de poder hablar con ella, impedí al señor Peggotty que la levantara y esperamos en silencio a que se calmara un poco.

—Martha —le dije entonces, inclinándome para ayudarla a ponerse en pie (parecía querer marcharse, pero estaba demasiado débil y se apoyó en uno de los botes)—. ¿Ha reconocido usted al hombre que me acompaña?

—Sí —musitó.

—¿Sabe que llevamos mucho tiempo siguiéndola esta noche?

Ella movió la cabeza. No nos miró a ninguno de los dos, y continuó en actitud humilde con el sombrero y el chal en una mano, como si no se diera cuenta de que los llevaba, y apretando la otra, cerrada, contra la frente.

—¿Está usted lo bastante serena —le pregunté— para hablar del asunto que tanto le interesaba (¡y espero que el Cielo lo recuerde!) la noche en que cayó aquella fuerte nevada?

Estalló de nuevo en sollozos, y me dirigió entre murmullos algunas palabras ininteligibles de agradecimiento por no haberla obligado en aquella ocasión a salir de la puerta.

—No quiero decir nada en mi defensa —exclamó, al cabo de unos instantes—. Soy mala; soy una perdida. Para mí no hay esperanza. Pero dígale a él, señor —la joven se había apartado del señor Peggotty—, si no me desprecia demasiado, que no tuve nada que ver con su desgracia.

—Jamás se le ha culpado a usted —repuse con la misma gravedad con que ella había planteado su pregunta.

—¡Fue usted, si no me equivoco —prosiguió con voz entrecortada—, quien entró en la cocina la noche en que ella se apiadó de mí; y me trató con generosidad y cariño; y no se apartó de mí como los demás! ¿No es cierto, señor?

—En efecto —contesté.

—Hace mucho tiempo que estaría en el río —añadió, contemplando el agua con una horrible expresión—, si tuviera ese peso sobre mi conciencia. ¡Habría sido incapaz de pasar una sola noche de invierno sin arrojarme a él, si no hubiera estado libre de esa culpa!

—Conocemos bien el motivo de la huida de Emily —respondí—. Estamos convencidos de que usted es inocente... Lo sabemos.

—¡Oh, yo habría podido ser mucho mejor gracias a ella, si hubiera tenido un corazón más puro! —exclamó la muchacha, en un tono de amargo arrepentimiento—. ¡Fue siempre tan bondadosa conmigo! Jamás me dijo una palabra que no fuera amable y justa. ¿Cómo iba a querer convertirla en lo que soy, conociéndome tan bien como me conozco? Cuando perdí todo lo que resulta valioso en esta vida, lo más duro para mí fue pensar que no volvería a verla nunca.

El señor Peggotty, con una mano en la borda de un bote y los ojos bajos, se tapó la cara con la otra mano.

—Y cuando, antes de aquella noche de nieve, alguien de Yarmouth me contó lo sucedido —sollozó Martha—, lo que más me atormentó fue pensar que la gente recordaría nuestra amistad ¡y diría que era yo quien la había corrompido! ¡Dios sabe, sin embargo, que hubiera dado la vida para que ella recuperase su buen nombre!

La joven había perdido hacía mucho tiempo el dominio de sí misma, y era terrible ver la intensidad de sus remordimientos y de su dolor.

—Dar la vida no habría sido mucho... ¿qué puedo decir?... ¡yo habría seguido viviendo! —exclamó—. Habría seguido viviendo para esperar la vejez en estas calles miserables... para vagar, despreciada por todos, en medio de la oscuridad... para ver despuntar el día sobre esas horribles hileras de casas, y recordar cómo ese mismo sol entraba en otros tiempos en mi dormitorio, y me despertaba... ¡Habría sido capaz incluso de eso para salvarla!

Hundiéndose entre las piedras, Martha cogió algunas en sus manos y las apretó con fuerza, como si quisiera deshacerlas. Cambiaba continuamente de postura: estiraba los brazos, los cruzaba delante de los ojos como si quisiera protegerse de la escasa luz, e inclinaba la cabeza como si el peso de los recuerdos le resultara insoportable.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó, luchando con su desesperación—. ¿Cómo puedo seguir viviendo de este modo? ¡No soy más que una maldición para mí misma y una deshonor para todos cuantos se acercan a mí! —de pronto se volvió hacia mi compañero—. ¡Pisotéeme! ¡Máteme! —prosiguió—. Cuando estaba tan orgulloso de ella, usted hubiera pensado que la insultaba con sólo rozarla en la calle. No puede creer... ¿por qué iba a hacerlo?... nada que salga de mis labios. Incluso ahora, enrojecería de vergüenza si me viera cruzar una palabra con su sobrina. No me quejo. No digo que seamos iguales... sé que existe una distancia muy grande entre nosotras. Sólo digo que, a pesar de mis

pecados y de mi sufrimiento, le estoy agradecida con toda mi alma y la quiero. ¡No crea que se ha agotado en mí toda la capacidad de amar! ¡Apártese de mí, como hacen los demás! ¡Máteme por ser lo que soy, y por haberla conocido en otro tiempo! ¡Pero no piense eso de mí!

El señor Peggotty la había observado profundamente abstraído mientras ella le hacía esta súplica; pero cuando la joven dejó de hablar, la ayudó a levantarse con dulzura.

—Martha —exclamó— ¡Dios me libre de juzgarla! ¡No permita que yo, menos que nadie, haga eso, hija mía! No puede imaginar cuánto he cambiado en estos últimos tiempos. ¡En fin! —y guardó silencio unos instantes, antes de proseguir—. No sabe aún por qué este caballero y yo deseábamos hablar con usted. No sabe lo que queremos decirle. ¡Escúchenos ahora!

Su influjo sobre ella fue instantáneo. Martha, medio agachada, parecía tener miedo de mirarle a los ojos; pero la violencia de su dolor se había apaciguado completamente.

—Si usted oyó —dijo el señor Peggotty— lo que el señorito Davy y yo hablamos la noche en que cayó aquella fuerte nevada, sabe que he viajado... por todas partes en busca de mi querida sobrina. Mi querida sobrina —repitió con firmeza—, pues es mucho más querida para mí ahora, Martha, de lo que lo era antes.

La joven se cubrió el rostro con las manos, pero continuó en silencio.

—Ella me contó —prosiguió mi compañero— que usted se había quedado huérfana muy pequeña, sin ningún amigo que pudiera reemplazar a sus padres, como suele ocurrir en la brutal vida de la gente de mar. Si lo hubiera tenido, tal vez habría aprendido a quererlo con el tiempo, y ahora comprendería por qué mi sobrina era como una hija para mí.

Como Martha seguía temblando y sin decir nada, el señor Peggotty recogió el chal del suelo y la envolvió cuidadosamente en él.

—Por ese motivo —continuó—, no sólo sé que ella me seguiría al fin del mundo si me viera de nuevo, sino que también huiría al fin del mundo para evitar encontrarse conmigo. Pues, aunque no tiene ninguna razón para dudar de mi amor, y no lo hace... no lo hace —repitió con la tranquila seguridad de que sus palabras eran ciertas—, la vergüenza se ha interpuesto entre nosotros y nos separa.

Comprendí una vez más, por la sencillez y la emoción con que se

expresaba, que había meditado sobre su única preocupación, en cada uno de sus aspectos.

—Según nuestros cálculos —prosiguió—, del señorito Davy y míos, no sería extraño que algún día regresara sola a Londres. Estamos convencidos (el señorito Davy, yo y todos los demás) de que usted es tan inocente de su desgracia como un recién nacido. Nos ha dicho que ella se mostró amable, dulce y cariñosa con usted. ¡Que Dios la bendiga! ¡Ya lo sabía! Siempre lo era, con todos. Usted le está agradecida y la quiere. ¡Ayúdenos a encontrarla y que el Cielo la recompense!

Martha le dirigió una rápida mirada, y por primera vez, como si dudara de sus palabras.

—¿Y confiará en mí? —inquirió la joven, con la voz ahogada por la sorpresa.

—¡Plenamente! —contestó el señor Peggotty.

—¿Para que hable con ella, si alguna vez la encuentro; y le ofrezca asilo, si tengo alguno que compartir; y vaya a buscarle, sin que ella se entere, para llevarle a su lado? —se apresuró a preguntar.

—¡Sí! —respondimos los dos.

La joven alzó los ojos y declaró solemnemente que se consagraría con fervor y lealtad a esa tarea. Que su ánimo jamás flaquearía, y que jamás abandonaría la búsqueda ni se apartaría de ella mientras quedara la menor esperanza. Y si faltaba a su promesa, ¡que la meta que ahora tenía en la vida y que la comprometía con algo en lo que no había maldad, la dejara, al alejarse de ella, más triste y desesperada, si esto fuese posible, de lo que había estado aquella noche en la orilla del río! ¡Y que cualquier ayuda, divina o humana, le fuera denegada para siempre!

Martha no alzó la voz, ni pareció dirigirse a nosotros, sino al oscuro cielo nocturno; luego guardó silencio, contemplando las aguas tenebrosas.

Juzgamos oportuno entonces contarle cuanto sabíamos, lo que hice con todo detalle. Me escuchó con la mayor atención; la expresión de su rostro a menudo cambiaba, pero siempre reflejaba la misma resolución. De vez en cuando sus ojos se llenaban de lágrimas, pero ella las reprimía. Era como si su espíritu hubiera sufrido una gran transformación, y su serenidad fuese ahora completa.

Cuando terminé, me preguntó dónde podría encontrarnos si se presentaba la ocasión. A la luz de una triste farola, le escribí nuestras dos direcciones en una hoja de mi cuaderno de notas, que luego arranqué para entregársela y que ella guardó en su pecho. Quise saber dónde vivía. Me respondió, tras unos instantes de silencio, que nunca pasaba mucho tiempo en el mismo lugar. Mejor que no estuviéramos al corriente.

El señor Peggotty me dijo en voz baja algo que ya se me había ocurrido, y saqué el portamonedas; pero no conseguí que la joven aceptara dinero, ni que me prometiera hacerlo en otra ocasión. Le expliqué que, para un hombre de su condición, el señor Peggotty no era pobre; y que nos horrorizaba la idea de que ella emprendiese aquella tarea sin más recursos que los suyos. Pero no dio su brazo a torcer. En ese asunto, la influencia de mi compañero fue tan poco poderosa como la mía. Martha le dio efusivamente las gracias, pero se mostró inflexible.

–Tal vez encuentre trabajo –exclamó–. Lo intentaré.

–Acepte al menos una pequeña ayuda –repuse–, mientras tanto.

–Sería incapaz de hacer lo que he prometido por dinero. No podría aceptarlo, aunque me estuviera muriendo de hambre. Darme dinero sería igual que retirarme la confianza, y despojarme de la finalidad que han dado a mi vida, lo único que impide que me arroje al río.

–¡En nombre del Juez Supremo, ante el que usted y todos los demás hemos de comparecer en la hora temible, aparte esos terribles pensamientos! –exclamé–. Todos podemos hacer algún bien, si queremos.

Ella se estremeció, sus labios temblaron y su rostro palideció, cuando respondió:

–Es posible que sus corazones deseen salvar a una criatura despreciable empujándola al arrepentimiento. No me atrevo siquiera a pensarlo; es una temeridad por mi parte. Si pudiese hacer algún bien, tal vez recobraría la esperanza; pues hasta ahora no he sembrado sino el mal. Por primera vez desde hace mucho tiempo, no querré poner fin a mi vida miserable, gracias a la misión que me han encomendado. Es lo único que sé, y cuanto puedo decir.

Reprimió nuevamente las lágrimas que asomaban a sus ojos; y, alargando su mano temblorosa, tocó con ella al señor Peggotty, como si éste tuviera algún poder curativo, y se alejó por la carretera solitaria. Debía de llevar mucho tiempo enferma. Al tener ocasión de observarla más de cerca, vi su

rostro demacrado y macilento, y sus ojos hundidos, que reflejaban toda clase de privaciones y sufrimientos.

La seguimos a escasa distancia, pues íbamos en la misma dirección, hasta que llegamos de nuevo a las calles populosas e iluminadas. Confiaba hasta tal punto en las palabras de Martha que pregunté al señor Peggotty si no parecería que dudábamos de ella, desde el principio, si la seguíamos por más tiempo. Como él era de la misma opinión, y también creía en ella, dejamos que continuara su camino, mientras nosotros nos dirigíamos a Highgate. El señor Peggotty me acompañó durante gran parte del trayecto; y, cuando nos despedimos, rogando al Señor que nuestro último esfuerzo se viera recompensado, leí en su rostro una compasión profunda y nueva que me resultó fácil comprender.

Era medianoche cuando llegué a casa. Me encontraba delante de la entrada, escuchando las graves campanadas de la catedral de Saint Paul, cuyo son me había parecido reconocer entre la multitud de relojes que daban la hora, cuando me extrañó ver que la puerta de la casa de mi tía estaba abierta, y la débil luz del vestíbulo iluminaba la carretera.

Pensando que tal vez volvía a ser víctima de alguno de sus antiguos temores, y que podía estar contemplando en la distancia la evolución de un incendio imaginario, decidí ir a hablar con ella. Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi a un hombre en su jardín.

Tenía en las manos una botella y un vaso, del que estaba bebiendo. Me detuve en seco, escondido entre la espesa hojarasca del exterior, pues, aunque un poco velada por las nubes, la luna brillaba en lo alto; y reconocí al hombre que durante una época había considerado una fantasía del señor Dick, y que en una ocasión había encontrado con mi tía en las calles de la ciudad.

No sólo estaba bebiendo, sino que también comía como si estuviera hambriento. Parecía mirar la casa con curiosidad, como si no la hubiera visto antes. Después de agacharse para dejar la botella en el suelo, miró a las ventanas, y a uno y otro lado; aunque con aire misterioso e impaciente, como si tuviera prisa por marcharse.

La luz del pasillo se oscureció durante un instante, y mi tía salió al jardín. Parecía muy agitada, y puso algunas monedas en la mano del hombre. Las oí tintinear.

—¿Qué quieres que haga con esto? —inquirió el desconocido.

–No puedo darte más –repuso mi tía.

–Entonces no me marcharé –dijo él–. ¡Toma! ¡Vuelve a cogerlo!

–Eres un hombre malvado –exclamó mi tía, muy alterada–; ¿cómo puedes tratarme así? Pero ¿por qué te lo pregunto? ¿Conoces mi debilidad! ¿Acaso no podría librarme de ti para siempre si te abandonara a tu suerte?

–¿Y por qué no lo haces?

–¿Tú me lo preguntas? ¡Dudo mucho que tengas corazón!

El hombre no se movió, hizo tintinear las monedas y sacudió la cabeza, malhumorado.

–¿Es lo único que quieres darme?

–Es lo único que *puedo* darte –contestó mi tía–. Sabes que he sufrido pérdidas, y que soy más pobre que antes. Ya te lo he explicado. Ahora que has conseguido el dinero, ¿por qué no me evitas el dolor de tener que mirarte por más tiempo y ver en qué te has convertido?

–Me he convertido en un andrajo, si te refieres a eso –dijo él–. Vivo de noche, como las lechuzas.

–Me has despojado de casi todo lo que tenía –exclamó mi tía–. Cerraste mi corazón al mundo entero, durante años y años. Me traicionaste, y fuiste cruel y desagradecido conmigo. ¡Ve y arrepíentete! ¡No añadas nuevos agravios a la larguísima lista de los que ya me has infligido!

–¡Sí! –respondió el desconocido–. ¡Muy bonito! Bueno, supongo que tendré que contentarme con esto, por el momento.

A pesar de sí mismo, pareció sentirse humillado por las lágrimas de indignación de mi tía, y se marchó arrastrando los pies. Di entonces tres o cuatro pasos rápidos, como si acabara de llegar, y me crucé con él en la entrada del jardín, en el momento en que salía. Nos dirigimos una mirada penetrante, muy poco amistosa.

–Tía –me apresuré a decir–. ¡Ese hombre la está asustando de nuevo! Déjeme hablar con él. ¿Quién es?

–Hijo mío –contestó ella, agarrándome del brazo–, entra conmigo y no digas nada durante diez minutos.

Nos sentamos en el pequeño salón. Mi tía se ocultó tras la enorme pantalla o abanico verde de siempre, atornillada ahora al respaldo de una silla, y se

quedó allí casi un cuarto de hora, enjugándose los ojos de vez en cuando. Después se levantó y vino a sentarse a mi lado.

—Trot —me dijo, muy serena—, es mi marido.

—¿Su marido, tía? ¡Pensé que estaba muerto!

—Muerto para mí —repuso ella—, pero sigue viviendo.

Me había quedado mudo de asombro.

—Betsey Trotwood no parece una mujer capaz de dejarse arrastrar por una tierna pasión —prosiguió con calma—, pero hubo un tiempo, Trot, en que creyó ciegamente en ese hombre; en que lo amó con toda su alma; en que no habría retrocedido ante ninguna prueba de amor o de lealtad. Él se lo pagó dilapidando su fortuna y rompiéndole casi el corazón. Así que tu tía cavó una tumba para enterrar esa clase de sentimientos, de una vez para siempre, y la cubrió de tierra que ella misma allanó.

—¡Mi querida y bondadosa tía!

—Cuando le abandoné, fui muy generosa con él —continuó, poniendo sus manos sobre las mías, como era su costumbre—. Puedo decir después de tantos años, Trot, que, cuando le abandoné, fui muy generosa con él. Había sido tan cruel conmigo que yo habría podido obtener una separación muy provechosa para mí; pero no quise. No tardó en malgastar cuanto le di, y empezó a caer cada vez más bajo; se casó con otra mujer, según creo, y se convirtió en un aventurero, un jugador y un tramposo. Ya ves cómo ha terminado. Pero era un hombre muy guapo cuando me casé con él —añadió, con un rastro en la voz de su viejo orgullo y admiración—; y yo creía... ¡necia de mí!... que era la encarnación del honor.

Apretó mi mano y movió la cabeza.

—Ahora no significa nada para mí, Trot; menos que nada. Pero, para no verlo castigado por sus delitos (lo que sin duda ocurriría si siguiera vagando por este país), le doy más dinero del que puedo permitirme cuando reaparece, a fin de que se aleje. Fui una estúpida al casarme con él; y no parezco tener remedio, pues, por lo que en otro tiempo creí que era, no me gustaría que esa sombra de mis absurdas fantasías fuera tratada con dureza. Porque, si alguna mujer quiso con locura, Trot, fui yo.

Mi tía dio por terminado el asunto con un profundo suspiro, y se alisó el vestido.

—¡Está bien, querido! —exclamó—. Ahora ya conoces toda la historia, desde el principio hasta el fin. No volveremos a hablar de ella; y, naturalmente, jamás se la contarás a nadie. Es la vida de tu gruñona y anticuada tía y ¡la guardaremos en secreto, Trot!

XLVIII

Vida doméstica

Trabajé de firme en mi libro, sin dejar que interfiriera en el puntual cumplimiento de mis deberes de estenógrafo; y se publicó y obtuvo un gran éxito. No dejé que me aturdiesen los elogios que resonaban en mis oídos, aunque fui muy consciente de ellos, y estoy convencido de que nadie tenía mejor opinión de mi obra que yo. He observado siempre en la naturaleza humana que el hombre que tiene buenas razones para creer en sí mismo jamás presume delante de los demás para que también crean en él. Por ese motivo, conservé la modestia por simple dignidad; y cuanto más me elogiaban, más esfuerzo hacía por merecer los elogios.

No tengo intención de contar en este relato, aunque en todos los demás aspectos esenciales sea mi memoria escrita, la historia de mis obras de ficción. Ellas hablan por sí solas, y las dejo en libertad para hacerlo. Si las menciono, ocasionalmente, es sólo porque forman parte de mi evolución.

Como para entonces tenía algunas razones para creer que la naturaleza y las circunstancias habían hecho de mí un escritor, seguí mi vocación con confianza. De no haber tenido esa seguridad, estoy convencido de que la hubiera abandonado; y habría puesto todas mis energías en alguna otra ocupación. Habría tratado de descubrir lo que la naturaleza y las circunstancias habían hecho de mí, para ser eso, y nada más que eso.

Mis artículos en los periódicos y demás publicaciones habían tenido tanto éxito que, tras mi nuevo triunfo, consideré llegado el momento de librarme de los aburridos debates. Una alegre noche anoté, así, por última vez la música de las gaitas parlamentarias,^[100] y desde entonces no he vuelto a escucharla jamás; aunque todavía reconozco su viejo zumbido en los periódicos, sin que haya variado de forma sustancial (excepto, tal vez, que su duración es mayor) en toda la santa sesión.

Hacía más o menos un año y medio que me había casado. Después de varios experimentos, habíamos renunciado a la organización de nuestra casa; era un mal negocio. Ésta marchaba por sí sola, y habíamos contratado a un joven criado. Su ocupación principal era la de pelearse con la cocinera; en ese sentido, era un Whittington perfecto, aunque sin su gato y sin la más remota posibilidad de convertirse en alcalde.^[101]

Tengo la impresión de que aquel muchacho vivía en medio de una lluvia de tapas de cacerola. Su existencia era una refriega perpetua. Gritaba pidiendo ayuda en los momentos más inoportunos –por ejemplo, cuando dábamos una pequeña cena o teníamos amigos pasando la velada en casa–, y salía de la cocina dando tumbos, seguido de una avalancha de proyectiles. Nos habría gustado despedirlo, pero se había encariñado mucho con nosotros y no quería marcharse. Era un joven muy llorón y, cada vez que le insinuábamos el cese de nuestras relaciones, prorrumpía en tan terribles lamentos que nos veíamos obligados a quedarnos con él. No tenía madre, ni ningún otro pariente cuya existencia yo pudiera descubrir, si exceptuamos una hermana que se había marchado a América en cuanto se lo quitamos de las manos; y fue a parar a nuestra casa como si fuera un horrible niño que hubiésemos cambiado por otro. Tenía una conciencia muy clara de su infortunio, y estaba siempre frotándose los ojos con la manga de la chaqueta, o agachándose para sonar su nariz con la punta de un pequeño pañuelo, que nunca sacaba por completo del bolsillo, por razones de discreción y economía.

Aquel infortunado muchacho, en mala hora contratado por seis libras y diez chelines al año, era para mí una fuente de constantes preocupaciones. Le observaba crecer –y lo hacía como las alubias rojas–, temiendo que llegase el día en que empezara a afeitarse; o incluso en que se quedara calvo, o peinase canas. No veía la menor posibilidad de deshacerme jamás de él; e, imaginando el futuro, pensaba cuánto nos estorbaría cuando fuera viejo.

No esperaba en absoluto el medio del que se valió el infeliz para sacarme del atolladero. Robó el reloj de Dora, que, como el resto de nuestras pertenencias, no tenía sitio fijo; y, después de convertirlo en dinero, se lo gastó (nunca brilló por su inteligencia) en viajar una y otra vez en la imperial de la diligencia que cubría el trayecto entre Londres y Uxbridge. Le condujeron a Bow Street,^[102] si mal no recuerdo, al finalizar el decimoquinto viaje. Llevaba encima cuatro chelines y seis peniques, además de un pífano de segunda mano que no sabía tocar.

La sorpresa y sus consecuencias habrían sido mucho menos desagradables

para mí si el muchacho no se hubiera arrepentido. Pero sí lo hizo, y su contrición, verdaderamente notable, se manifestó de un modo bastante extraño... no de golpe, sino por etapas. Por ejemplo, al día siguiente de que yo presentara mi denuncia contra él, hizo determinadas declaraciones relacionadas con un cesto que había en el sótano, y que nosotros creíamos lleno de vino, pero que sólo contenía botellas vacías y corchos. Supusimos que había tranquilizado su conciencia, después de contar lo peor que sabía de la cocinera; pero un día o dos más tarde, sus escrúpulos le obligaron a revelar que la cocinera tenía una hija pequeña que venía todas las mañanas temprano y se llevaba nuestro pan; y que él mismo se había dejado sobornar por el lechero para abastecerlo de carbón. Transcurridos dos o tres días, las autoridades me informaron de que las declaraciones del muchacho les habían llevado a descubrir solomillos de vaca entre los cacharros de la cocina, y sábanas dentro de la bolsa de los retales. Poco después, se lanzó en una dirección completamente nueva, y confesó saber que se preparaba un robo en nuestra casa, y que su autor sería el mozo de la taberna, quien fue inmediatamente arrestado. Acabé sintiéndome tan avergonzado de mi papel de víctima que habría sido capaz de darle el dinero que fuera para que se callase, o de sobornar a la policía para que le permitiera fugarse. Para colmo de males, el muchacho no tenía la menor sospecha de esto, y creía resarcirme del daño que me había ocasionado con cada nueva revelación; es más, estaba convencido de que yo terminaría en deuda con él.

Al final, yo salía huyendo cada vez que veía acercarse a un emisario de la policía con nuevas noticias; y llevé una vida clandestina hasta que lo juzgaron y condenaron a la deportación. Pero ni siquiera entonces logró calmarse, y constantemente nos escribía cartas; deseaba tanto ver a Dora antes de su partida que ella le visitó, y se desmayó al verse entre rejas. En una palabra, no conocí la tranquilidad hasta que fue expatriado y se convirtió (según me enteré después) en pastor en un lugar al norte de algún país; no tengo la menor noción geográfica de dónde.

Todo esto me empujó a reflexionar muy seriamente, y me hizo ver nuestros errores bajo una luz nueva; no pude evitar hablar con Dora una noche, a pesar de mi ternura por ella.

—Mi amor —le dije—, me resulta muy doloroso pensar que nuestra falta de organización no sólo nos afecta a nosotros (que ya nos hemos acostumbrado) sino también a otras personas.

—Llevabas mucho tiempo sin hablar de eso, ¿vas a enfadarte conmigo

ahora? –preguntó.

–¡De ningún modo, querida! Déjame explicarte lo que quiero decir.

–Prefiero no saberlo –respondió.

–Pero quiero que lo sepas, mi amor. Deja a Jip en el suelo.

Dora acercó el hocico de Jip a mi nariz y exclamó: «¡Buh!» en un intento de hacerme reír; pero, al ver que no lo conseguía, ordenó a su mascota que entrara en la pagoda y se quedó mirándome, con las manos entrelazadas y una expresión resignada en el rostro.

–El hecho es, querida mía –empecé a decir–, que estamos infectados. Contagiamos a cuantos nos rodean.

Habría seguido expresándome en sentido figurado si no hubiera leído en el rostro de mi mujer que esperaba, maravillada, que yo le proporcionara una nueva vacuna o algún otro medicamento para curar aquella enfermedad infecciosa que padecíamos. Por ese motivo, me detuve y se lo expliqué con más claridad.

–No se trata sólo, corazón –proseguí–, de que perdamos dinero y comodidades, y a veces incluso el buen humor, por no aprender a ser más cuidadosos; se trata de que incurrimos, asimismo, en la grave responsabilidad de echar a perder a todos los que entran a nuestro servicio, o tienen algún trato con nosotros. Empiezo a pensar que la culpa no es siempre de los de un lado, y que, si todos esos individuos obran mal, es porque nosotros no obramos precisamente bien.

–¡Oh! ¡Qué acusación! –exclamó Dora, abriendo mucho los ojos–. ¿Acaso me has visto robar alguna vez relojes de oro? ¡Oh!

–Querida –protesté–, ¡no digas tonterías! ¿Quién ha hecho aquí la menor alusión a unos relojes de oro?

–Tú –contestó ella–. Sabes que tengo razón. Has dicho que yo no he obrado bien, y me has comparado con él.

–¿Con quién? –inquirí.

–Con nuestro criado –sollozó Dora–. ¡Qué malo eres! ¡Comparar a tu cariñosa mujer con un criado deportado! ¿Por qué no me diste tu opinión antes de casarnos? ¿Por qué no dijiste, despiadado, que creías que yo era peor que un criado deportado? ¡Oh! ¡Qué opinión tan terrible tienes de mí! ¡Oh, Dios mío!

—Vamos, Dora, querida —le respondí, tratando de quitarle dulcemente el pañuelo que se había llevado a los ojos—, tus palabras no sólo son ridículas, sino también injustas. En primer lugar, no es verdad.

—Siempre asegurabas que él era un mentiroso —se lamentó—. ¡Y ahora dices lo mismo de mí! ¡Oh! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

—¡Tesoro mío! —repliqué—. Debo suplicarte que seas razonable y escuches lo que he dicho antes y lo que digo ahora. Mi querida Dora, si no aprendemos a cumplir con los deberes que hemos contraído respecto a nuestros criados, ellos no aprenderán jamás a cumplir con sus deberes respecto a nosotros. Me temo que les damos la oportunidad de obrar mal, y es algo que deberíamos evitar. Aunque eligiéramos libremente ser tan poco exigentes (que no es el caso), o nos resultara agradable serlo (que tampoco es cierto), estoy convencido de que no tenemos derecho a continuar así. No hay duda de que estamos corrompiendo a la gente. Es preciso que meditemos sobre eso. No puedo evitar pensarlo, Dora. Es algo que no logro apartar de mi imaginación, y que a veces me atormenta. Y ya está, querida, ya he terminado. ¡Vamos! ¡No seas tonta!

Pero Dora no consintió que le quitara el pañuelo en mucho tiempo. Siguió sollozando y murmurando tras él que, si tan mal me sentía, ¿por qué me había casado? ¿Por qué no le había dicho, incluso la víspera de ir a la iglesia, que sabía que iba a ser desgraciado y prefería no contraer matrimonio? Si no podía soportarla, ¿por qué no la había enviado a Putney con sus tías, o a la India con Julia Mills? Julia se alegraría de verla, y no la trataría como a una criada deportada; Julia nunca la había tratado así. En una palabra, Dora estaba tan afligida, y yo me afligí tanto al ver su estado, que comprendí que no tenía sentido repetir esos esfuerzos, a pesar de todos mis miramientos, y que debía actuar de otro modo.

Y ¿de qué otro modo podía actuar? ¿«Moldeando su espíritu»? Era una frase de uso frecuente que sonaba sensata y muy prometedora, así que decidí «moldear el espíritu de Dora».

Empecé inmediatamente. Cuando Dora se mostraba muy infantil, y yo habría dado cualquier cosa por prestarme a sus caprichos, procuraba adoptar un aire severo... y ella se quedaba desconcertada, y yo también. Le hablaba de los asuntos que ocupaban mis pensamientos; y le leía a Shakespeare... hasta agotarla. Me acostumbré a darle, de manera fortuita, pequeños datos que podrían serle útiles, y ciertas opiniones razonables... que ella recibía con el

mismo sobresalto que si hubieran sido petardos. Por muy incidental o naturalmente que yo tratara de moldear el espíritu de mi mujercita, no podía evitar darme cuenta de que ella comprendía de forma instintiva mis intenciones, y era presa de los más vivos temores. Percibí con claridad que Shakespeare le parecía un individuo especialmente terrible. La formación de Dora prosiguió muy lentamente.

Sin que él fuera consciente, enrolé a Traddles en aquella empresa; y, siempre que venía a vernos, hacía saltar mis minas bajo sus pies para la indirecta edificación de Dora. La suma de conocimientos prácticos que ofrecí a Traddles de ese modo fue ingente, y de la mejor calidad; pero el único efecto que causaban en Dora era el de entristecerla y ponerla nerviosa, temiendo que después llegase su turno. Yo tenía la impresión de ser un maestro de escuela, una trampa, un cepo; de querer atrapar a Dora, como si fuera una mosca, en mi telaraña, siempre dispuesto a lanzarme sobre ella para su gran desazón.

Con todo, esperando ilusionado el día en que, superada aquella etapa intermedia, yo consiguiese «moldear su espíritu» a mi entera satisfacción y la armonía fuera perfecta entre los dos, perseveré en mi empeño durante varios meses. Al percatarme finalmente, sin embargo, de que, a pesar de haberme comportado como un verdadero erizo o puerco espín, con las púas de mi determinación siempre erizadas, no había conseguido nada, empecé a pensar que tal vez el espíritu de Dora estuviera ya moldeado.

Después de reflexionar más a fondo sobre el asunto, aquella idea me pareció tan probable que abandoné mi plan, mucho más prometedor en la teoría que en la práctica. Decidí contentarme en lo sucesivo con mi mujer-niña, y no emplear ningún otro procedimiento para intentar transformarla en lo que no era. Estaba verdaderamente agotado de mi sagacidad y de mi prudencia, así como de ver a mi adorable mujercita tan cohibida; de modo que compré unos bonitos pendientes para ella y un collar para Jip, y un día regresé a casa decidido a ser agradable.

Dora se mostró encantada con los regalos, y me besó alegremente; pero quedaba una sombra entre nosotros, aunque muy pequeña, y yo me había propuesto hacerla desaparecer. Si en el futuro tenía que estar en algún lugar, la guardaría dentro de mi pecho.

Me senté en el sofá al lado de mi mujer y le puse los pendientes; luego le dije que, en los últimos tiempos, habíamos estado menos unidos de lo habitual

y que toda la culpa era mía. Algo que creía sinceramente, y que sin duda era cierto.

—Dora, querida —exclamé—, la verdad es que he intentado ser razonable.

—Y que yo también lo fuera —añadió ella, tímidamente—, ¿no es cierto, Doady?

Respondí con un gesto de asentimiento a la pregunta de sus hermosas cejas arqueadas, y besé sus labios entreabiertos.

—No sirve para nada —dijo, moviendo la cabeza hasta que los pendientes tintinearón—. Ya sabes lo infantil que soy, y cómo quería que me llamaras desde el principio. Si no puedes hacerlo, temo que no llegarás a quererme jamás. ¿Estás seguro de que a veces no piensas que habría sido mejor...?

—¿Qué, tesoro? —inquirí, pues había dejado la frase a medias.

—¡Nada! —respondió ella.

—¿Nada? —repetí.

Dora me abrazó, se echó a reír y dijo que tenía la cabeza llena de pájaros, una de sus frases favoritas; después ocultó su cara en mi hombro en medio de una profusión tal de rizos que no me resultó fácil apartarlos para verle nuevamente el rostro.

—¿Que si no pienso que habría sido mejor no haber hecho nada en vez de intentar moldear el espíritu de mi mujercita? —exclamé, riéndome de mí mismo—. ¿Era ésa tu pregunta? Sí, claro que lo pienso.

—¿Era eso lo que tratabas de hacer? —dijo, Dora—. ¡Oh! ¡Eres horrible!

—Pero no volveré a intentarlo —afirmé—. Pues la quiero con toda el alma tal como es.

—¿Seguro que no es un cuento? —quiso saber Dora, apretándose más contra mí.

—¿Por qué pretender cambiar lo que durante tanto tiempo ha sido tan precioso para mí? Nada te sienta mejor que ser tú misma, mi dulce Dora; nos dejaremos de estúpidos experimentos, recuperaremos nuestras viejas costumbres y seremos felices.

—¡Y seremos felices! —repitió—. ¡Sí! ¡Todo el día! Y no te importará que a veces haya un poco de desorden, ¿verdad?

—No, no —contesté—. Trataremos de hacerlo lo mejor posible.

—Y no me dirás nunca más que empujamos a los demás a obrar mal — exclamó en tono mimoso—; ¡es tan espantoso!

—No, no —repliqué.

—Es mejor que sea estúpida que desagradable, ¿no crees? —dijo Dora.

—Es mejor que seas sencillamente Dora que cualquier otra persona en el mundo.

—¿En el mundo? ¡Oh, Doady, el mundo es muy grande!

Movió la cabeza, volvió sus radiantes ojos hacia mí, me besó, estalló en alegres carcajadas y corrió a ponerle a Jip su nuevo collar.

Y así terminó mi última tentativa de cambiar a Dora. Había sido muy desgraciado al intentarlo; no podía soportar mi sabiduría solitaria; era incapaz de reconciliarla con su deseo de seguir siendo mi mujer-niña. Decidí hacer, con discreción, cuanto estuviera en mis manos para mejorar nuestro modo de proceder; pero presentía que mis esfuerzos no servirían de mucho, o que volvería a convertirme en aquella araña siempre al acecho.

Y esa sombra que he mencionado antes, que no debía volver a interponerse entre nosotros sino quedarse en el fondo de mi corazón, ¿cómo se adentró en él?

La vieja sensación de que me faltaba algo impregnaba mi vida. Se había hecho más profunda, si había cambiado en algo; pero seguía siendo tan indefinible como siempre, y llegaba hasta mí como una triste melodía que escuchara a lo lejos en mitad de la noche. Yo amaba tiernamente a mi mujer y era dichoso; pero la felicidad con que había soñado en otro tiempo no era la felicidad que disfrutaba, y siempre parecía echar de menos algo.

Para ser fiel a la promesa que me he hecho a mí mismo de reflejar en este escrito mi alma, vuelvo a examinarla cuidadosamente y saco a la luz sus secretos. Lo que echaba en falta era algo que yo seguía considerando —y siempre consideraré— un sueño de mi fantasía juvenil; un sueño que, no sin dolor, ahora descubría irrealizable, como les sucede al resto de los hombres. Pero era consciente de que habría sido mejor para mí que mi mujer me hubiera ayudado un poco más, y hubiese compartido conmigo los innumerables pensamientos que guardaba en mi interior; y esto habría podido ser así, lo sabía.

Yo me balanceaba, curiosamente, entre estas dos conclusiones irreconciliables: que lo que sentía era general e inevitable, pero que existía algo que sólo me incumbía a mí y que habría podido ser diferente; y era incapaz de percibir con claridad que ambas se contradecían. Cuando pensaba en los etéreos sueños de mi juventud, que ahora sabía irrealizables, recordaba los años felices de la adolescencia que, desgraciadamente, había dejado atrás; y los maravillosos días pasados con Agnes en la vieja y querida casa surgían ante mí al igual que fantasmas, que tal vez podrían renacer en otro mundo, pero que nunca revivirían en éste.

Algunas veces, intentaba figurarme lo que habría podido ocurrir o lo que habría ocurrido si Dora y yo no nos hubiéramos conocido. Pero ella estaba tan unida a mi existencia que semejante suposición resultaba insostenible, y se alejaba fuera de mi alcance y de mi vista, como hilos de telaraña flotando en el aire.

Siempre la amé. Lo que ahora describo dormitaba en el fondo de mi corazón, y a veces se medio despertaba y volvía a quedarse dormido. Yo no era consciente de ello; y no creo que tuviera la menor influencia en mis palabras o en mis acciones. Yo llevaba el peso de nuestras pequeñas preocupaciones y de mis proyectos; Dora se ocupaba de las plumas; y los dos sentíamos que nuestra carga era proporcional a nuestras fuerzas. Ella me quería de veras, y estaba muy orgullosa de mí; y cuando Agnes le hablaba emocionada en sus cartas del orgullo e interés con que mis viejos amigos se enteraban de mi fama creciente, o leían mi libro creyendo escuchar mi voz, Dora me lo contaba con lágrimas de alegría en sus brillantes ojos, y decía que yo era su viejo, querido, inteligente y famoso muchacho.

«El primer impulso erróneo de un corazón indisciplinado». Esas palabras de la señora Strong acudían por aquel entonces constantemente a mi pensamiento; y casi siempre estaba dándoles vueltas en mi cabeza. Me despertaba a menudo en mitad de la noche escuchándolas; y recuerdo que incluso llegué a leerlas, en sueños, escritas en las paredes de las casas. Pues ahora sabía que mi corazón había sido indisciplinado cuando conoció a Dora; y que, si hubiera sido disciplinado, jamás habría sentido, una vez casados, lo que secretamente sentía.

«No existe mayor disparidad en un matrimonio que la causada por incompatibilidad de ideas y caracteres». Tampoco había olvidado esas palabras. Había tratado de que Dora se adaptara a mí, pero mis esfuerzos habían fracasado. No me quedaba otro remedio que adaptarme yo a Dora;

compartir con ella lo que pudiera, y ser feliz; llevar sobre mis hombros el peso que debía soportar, y ser feliz a pesar de todo. Ésa fue la disciplina que intenté imponerme cuando empecé a reflexionar. Y, gracias a ella, mi segundo año de matrimonio fue mucho más feliz que el primero; y lo que era aún mejor, la vida de Dora se volvió mucho más luminosa.

Pero, a medida que fue pasando ese año, la salud de Dora se debilitó. Yo había esperado que unas manos más delicadas que las mías me ayudarían a moldear su carácter, y que la sonrisa de un bebé en su pecho convertiría a mi mujer-niña en una mujer. Pero no pudo ser. El pequeño espíritu aleteó durante un instante en el umbral de su prisión y, antes de conocer su cautiverio, alzó el vuelo.

—Cuando pueda volver a correr como antes, tía —dijo Dora—, obligaré a Jip a hacer ejercicio. Se está volviendo muy lento y perezoso.

—Sospecho, querida mía —respondió mi tía, que trabajaba tranquilamente a su lado—, que le ocurre algo peor. Son los años, Dora.

—¿Cree usted que es viejo? —preguntó Dora, con asombro—. ¡Oh! ¡Qué extraño me parece que Jip sea viejo!

—Es un mal del que nadie se libra, pequeña, con el paso del tiempo —exclamó alegremente mi tía—. Me resiento de él mucho más que antes, te lo aseguro.

—Pero Jip —dijo Dora, mirándolo compasiva—, ¡incluso el pequeño Jip! ¡Pobrecillo!

—Estoy convencida de que aún vivirá mucho tiempo, Pequeña Flor —aseguró mi tía, acariciando su mejilla.

Dora se había inclinado sobre el borde del sofá para mirar a Jip, que se irguió sobre sus patas traseras y fracasó en sus intentos asmáticos de trepar junto a ella.

—Le pondremos un trozo de franela en su casa este invierno —prosiguió mi tía—, y no me extrañaría verle salir otra vez fresco y lozano como las flores en primavera. ¡Caramba con el perrito! —exclamó—. Si tuviera tantas vidas como un gato, y estuviera a punto de perderlas todas, ¡creo que su último aliento le serviría para ladrarme!

Dora había ayudado a Jip a subir al sofá, desde el que desafiaba a mi tía con tanta furia que, incapaz de mantener el equilibrio, seguía ladrando de

costado. Cuanto más le miraba mi tía, más se enfadaba él; pues últimamente llevaba gafas y, por alguna razón inexplicable, Jip las consideraba un insulto personal.

Dora consiguió, no sin esfuerzo, que se tumbara a su lado; y, cuando se calmó, acarició una de sus largas orejas con la mano y repitió con aire pensativo:

—¡Incluso el pequeño Jip! ¡Pobrecillo!

—Sus pulmones están perfectamente —dijo mi tía, alborozada—, y sus antipatías no se han debilitado nada. Le quedan muchos años por delante, sin duda. Pero si quieres un perro para hacer carreras con él, Pequeña Flor, Jip ha vivido demasiado bien para eso. Ya te regalaré yo uno.

—Gracias, tía —repuso Dora, débilmente—. Pero no lo haga, se lo ruego.

—¿No? —exclamó mi tía, quitándose las gafas.

—No podría tener otro perro. ¡Sería demasiado cruel para Jip! Además, sería incapaz de quererle tanto como a él; porque no me habría conocido antes de casarme, ni habría ladrado a Doady la primera vez que vino a nuestra casa. Me temo, tía, que no me gustaría tener otro perro que no fuera Jip.

—¡Por supuesto! —dijo mi tía, acariciándole nuevamente la mejilla—. Tienes toda la razón.

—No se ha ofendido, ¿verdad? —quiso saber Dora.

—Pero ¡qué muñeca tan sensible! —exclamó mi tía, inclinándose sobre ella afectuosamente—. ¡Pensar que yo podría ofenderme!

—No, la verdad es que no lo pensaba —contestó Dora—; pero estoy un poco cansada, y por eso he dicho tantas tonterías. Siempre soy un poco tonta, ya lo sabe, pero en esta ocasión lo he sido más al hablar de Jip. Él sabe todo lo que me ha pasado, ¿no es cierto, Jip? Y no podría soportar menospreciarlo porque haya cambiado un poco, ¿a que no podría, Jip?

Jip se arrimó aún más a su dueña, y le lamió perezosamente la mano.

—No eres tan viejo para querer abandonarme, ¿verdad, Jip? —dijo ella—. ¡Nos haremos compañía el uno al otro un poco más de tiempo!

¡Mi hermosa Dora! Cuando el domingo siguiente bajó a comer, y se alegró tanto de ver al viejo Traddles (que comía con nosotros todos los domingos), pensamos que en pocos días «estaría correteando como antes».

Pero nos dijeron: «Esperen unos días más»; y después nos repitieron: «Esperen unos días más»; y ella ni corría ni caminaba. Estaba muy bonita y parecía muy feliz; pero los pequeños pies que antes bailaban ágilmente alrededor de Jip estaban torpes e inertes.

Empecé a bajarla en brazos al salón por las mañanas y a subirla al dormitorio por las noches. Ella se agarraba a mi cuello y se reía, entretanto, como si yo lo hiciera para ganar una apuesta. Jip ladraba y brincaba a nuestro alrededor, y nos adelantaba corriendo, y se daba media vuelta, jadeando, para ver si le seguíamos. Mi tía, la mejor y más animosa de las enfermeras, avanzaba con dificultad tras nosotros, con un verdadero cargamento de chales y de almohadas. El señor Dick no habría cedido a nadie el derecho de abrir la marcha con una vela en la mano. Traddles se quedaba a menudo al pie de la escalera, contemplándonos, y se encargaba de escuchar los cómicos mensajes que Dora enviaba «a la muchacha más encantadora del mundo». Formábamos un alegre cortejo, y mi mujer-niña era la más dichosa de todos.

Sin embargo, algunas veces, cuando la llevaba al piso superior y sentía su peso cada vez más ligero, una extraña sensación de frío se apoderaba de mí, como si me acercara a una región helada, aún invisible, que entumeciese mi vida. Evité dar un nombre a este sentimiento, o analizarlo en mi interior; hasta que una noche en que lo había experimentado con más intensidad que nunca, cuando mi tía se despidió con su grito de: «¡Buenas noches, Pequeña Flor!», me senté solo ante mi mesa de trabajo y rompí a llorar pensando en aquel nombre tan funesto, y en ¡cómo la hermosa flor había perdido su lozanía!

XLIX

Me veo envuelto en un misterio

Una mañana recibí por correo la siguiente carta, fechada en Canterbury y dirigida a los Doctors' Commons. La leí con cierta sorpresa:

Mi querido señor:

Determinadas circunstancias ajenas a mi voluntad han interrumpido durante un lapso de tiempo considerable aquella intimidad que, en los escasos momentos libres que me deja el cumplimiento de mis deberes profesionales para contemplar las escenas y los acontecimientos del pasado, teñidos por las tonalidades irisadas del recuerdo, siempre me ha proporcionado, y seguirá proporcionándome, unas emociones muy gratas que me resulta difícil describir. Este hecho, mi querido señor, unido a la distinguida posición a la que le ha elevado su talento, me impiden atreverme a aspirar al honor de dirigirme al compañero de mi juventud con el apelativo familiar de Copperfield. Bastará decir que el apellido al que tengo el honor de referirme será guardado como un tesoro entre los archivos de nuestra casa (hablo de los documentos que conserva la señora Micawber sobre nuestros antiguos inquilinos), con unos sentimientos de estima personal que llegan hasta el más profundo cariño.

No le corresponde a un hombre cuya posición, debido a sus antiguos errores y a una fortuita combinación de circunstancias adversas, es la de un barco que se ha ido a pique (si se me permite una comparación tan marinera), y que en estos momentos toma la pluma para escribirle... no le corresponde a alguien en su situación, repito, adoptar el lenguaje de los cumplidos o de la felicitación. Eso lo deja en manos más capaces y más puras.

Si sus importantes ocupaciones le permiten algún día seguir hasta aquí estos trazos imperfectos –lo que ocurrirá o no, según las circunstancias–, deseará saber, como es natural, el motivo que me ha impulsado a redactar la presente misiva. Permítame decirle que encuentro muy razonable su pregunta, y que me propongo contestarla, después de dejar bien claro que *no* se trata de una cuestión de orden pecuniario.

Sin aludir más directamente al talento oculto que yo pueda tener para desencadenar el trueno, o dirigir el rayo devorador y vengador hacia cualquier lugar, permítaseme decir de pasada que mis sueños más brillantes han desaparecido para siempre... que mi paz ha sido socavada y mi capacidad de disfrutar, destruida... que mi corazón ha dejado de estar en su lugar... y que no puedo seguir andando con la cabeza alta delante de mis semejantes. El mal está en la flor. La copa desborda amargura. El gusano trabaja y no tardará en dar cuenta de su víctima. Cuanto antes, mejor. Pero basta de digresiones.

Colocado en una situación especialmente dolorosa, fuera del alcance de la influencia bienhechora que ejerce la señora Micawber en su calidad de mujer, esposa y madre, tengo intención de escapar de mí mismo durante un breve período de tiempo y concederme un respiro de cuarenta y ocho horas para visitar de nuevo algunos escenarios metropolitanos de mi pasada felicidad. Entre otros puertos de paz doméstica y tranquilidad de espíritu, mis pies se dirigirán, como es natural, hacia la prisión de King's Bench. Al declarar que estaré (D.V.)^[103] delante del muro sur de ese lugar de encarcelamiento por procesos civiles, pasado mañana, a las siete de la tarde, exactamente, habré cumplido la finalidad de este mensaje epistolar.

No me siento con derecho a solicitar a mi antiguo amigo el señor Copperfield, ni a mi antiguo amigo el señor Thomas Traddles, del Colegio de Abogados, si ese caballero vive todavía y está localizable, que se dignen venir a verme y renovar (en la medida de lo posible) nuestras relaciones de los viejos tiempos. Me limito a señalar que, a la hora y en el lugar indicados, podrán verse los últimos vestigios todavía en pie de una torre en ruinas,

WILKINS MICAWBER

P.D. Tal vez sea prudente añadir a todo lo anterior que la señora Micawber no está al corriente de mis intenciones.

Releí la carta varias veces. A pesar de que recordaba el estilo ampuloso del señor Micawber, y el inconmensurable placer con que se sentaba a escribir largas epístolas aprovechando cualquier oportunidad, viniera o no a cuento, tuve la impresión de que algo importante se escondía tras aquel mensaje lleno de circunloquios. Dejé la carta para reflexionar un poco, la cogí de nuevo para releerla, y volví a dejarla para seguir pensando; después de varias lecturas y meditaciones, Traddles me encontró en el punto culminante de mi perplejidad.

—Mi querido amigo —le dije—, jamás me había alegrado tanto de verte. Llegas en el mejor momento para ayudarme con tu buen juicio. He recibido una carta muy extraña del señor Micawber.

—¿De veras? —exclamó Traddles—. ¡No puede ser! ¡Yo he recibido otra de la señora Micawber!

Con estas palabras, Traddles, que estaba todo sofocado por la caminata y cuyos cabellos, debido a la acción combinada del ejercicio y de la excitación, se habían erizado como si acabara de ver un alegre fantasma, sacó su carta y me la dio a cambio de la mía. Observé cómo se adentraba en el corazón de la misiva del señor Micawber, y enarqué mis cejas siguiendo su ejemplo mientras él repetía: «¡Desencadenar el trueno o dirigir el rayo devorador y vengador! ¡Dios mío, Copperfield!». Después inicié la lectura de la epístola de la señora Micawber.

Decía lo siguiente:

Mis más respetuosos saludos al señor Thomas Traddles, y, si guarda algún recuerdo de quien tuvo la dicha de ser buena amiga suya, ¿le importaría concederme unos minutos de su tiempo libre? Puedo asegurar al señor T.T. que no abusaría de su bondad si no estuviera a punto de volverme loca.

Por muy doloroso que resulte para mí hablar de este asunto, el distanciamiento del señor Micawber (antaño tan hogareño) de su mujer y de sus hijos es la causa de que yo dirija este desesperado llamamiento al señor Traddles y le solicite toda su indulgencia. El señor T. no puede siquiera imaginar el cambio que se ha operado en la conducta del señor Micawber, su insensatez, su violencia. Dicho estado ha ido empeorando gradualmente, hasta convertirse en lo que parece una aberración del intelecto. Es raro el día, se lo aseguro señor Traddles, en que no sucumbe a algún paroxismo. El señor T. comprenderá mis sentimientos cuando sepa que me he acostumbrado a oír decir al señor Micawber que se ha vendido al D. Desde hace mucho tiempo, la reserva y el misterio se han convertido en los rasgos principales de su carácter, y han reemplazado a la confianza ilimitada que tenía en mí. A la menor provocación (tan sólo preguntarle qué desea para cenar, por ejemplo), expresa su deseo de separarse. Ayer por la noche, cuando los gemelos le pidieron dos peniques para comprar «delicias de limón», un dulce de la zona, ¡les amenazó con un cuchillo de ostras!

Suplico al señor Traddles que tenga paciencia conmigo por entrar en estos detalles. Sin ellos, sería muy difícil para el señor T. formarse la más ligera idea de mi angustiada situación.

¿Puedo tomarme la libertad de confiar ahora al señor T. el propósito de mi carta? ¿Me permitirá apelar a su solícita amistad? ¡Sí lo hará! ¡Conozco muy bien su corazón!

No es fácil cegar la mirada inquisitiva del cariño en el sexo femenino. El señor Micawber viajará a Londres. A pesar de que esta mañana, antes de desayunar, ocultó cuidadosamente su mano mientras escribía la dirección en la etiqueta de la pequeña maleta marrón que ha conocido mejores tiempos, la vista de águila de mi inquietud conyugal descubrió las letras d, r, e, s claramente trazadas. El destino de la diligencia en el West End es La Cruz de Oro. ¿Osaré implorar fervorosamente al señor T. que hable con mi marido descarriado y le haga entrar en razón? ¿Osaré pedir al señor T. que intente mediar entre el señor Micawber y su angustiada familia? ¡Oh, no! ¡Sería demasiado!

Si el señor Copperfield todavía recordara a alguien tan insignificante, ¿podría encargarse el señor T. de

transmitirle mi estima inalterable y la misma súplica? En cualquier caso, espero que tenga la benevolencia de *considerar esta carta estrictamente confidencial, y que no aluda a ella, ni siquiera remotamente, en presencia del señor Micawber*. Si el señor T. quisiera contestarme (lo que me parece sumamente improbable), sus consecuencias serían mucho menos dolorosas si dirigiera su escrito a M.E., Oficina de Correos, Canterbury, en lugar de enviarlo directamente a quien abajo firma, presa de la desesperación.

La amiga respetuosa e implorante del señor Thomas Traddles,

EMMA MICAWBER

—¿Qué opinas de esa carta? —quiso saber Traddles, cuando la hube leído dos veces.

—¿Y tú de la otra? —le pregunté; pues él seguía mirándola con el ceño fruncido.

—Creo que las dos, Copperfield —respondió mi amigo—, dicen mucho más de lo que suele decir la correspondencia del señor y de la señora Micawber... pero ¿qué puede ser? Estoy seguro de que ambos las han escrito de buena fe, sin estar en connivencia. ¡Pobre mujer! —exclamó mientras comparábamos, el uno junto al otro, la carta de la señora Micawber con la de su marido—. En cualquier caso, será una obra de caridad contestarle que hablaremos con el señor Micawber.

Accedí en seguida, pues no podía evitar reprocharme el poco caso que había hecho a su carta anterior. Ya he contado en su momento que aquella misiva me dio mucho en que pensar; pero mis propias preocupaciones, mi experiencia de la familia Micawber, y el hecho de que no hubiera vuelto a tener noticias suyas, habían alejado gradualmente ese asunto de mi imaginación. Había pensado a menudo en los Micawber, pero sobre todo para preguntarme qué «deudas pecuniarias» estarían contrayendo en Canterbury, y para recordar la timidez del señor Micawber conmigo desde que era empleado de Uriah Heep.

Con todo, escribí una carta confortadora a la señora Micawber, en nombre de los dos, y ambos la firmamos. Mientras íbamos a la ciudad para enviarla por correo, Traddles y yo tuvimos una larga conversación y barajamos toda clase de conjeturas, que no es necesario repetir aquí. Por la tarde, pedimos consejo a mi tía; pero la única conclusión a la que llegamos fue que acudiríamos muy puntuales a nuestra cita con el señor Micawber.

A pesar de que llegamos quince minutos antes de la hora fijada, el señor Micawber ya nos esperaba. Estaba frente al muro de la prisión, con los brazos cruzados, contemplando los pinchos metálicos de la parte superior con expresión sentimental, como si fueran las ramas entrelazadas de los árboles que le habían dado sombra en su juventud.

Cuando nos acercamos a él, sus ademanes nos parecieron un poco menos desenvueltos y distinguidos que en el pasado. Para aquella expedición, había cambiado el traje negro de hombre de leyes por su viejo sobretodo y sus viejos pantalones ajustados, pero no tenía el aire imponente de antaño. Fue recuperándolo poco a poco, a medida que conversábamos; pero su monóculo no parecía colgar con la misma elegancia de antes, y el cuello de su camisa, a pesar de conservar su espectacular tamaño, no estaba tan bien almidonado.

—¡Caballeros! —dijo el señor Micawber, después de los primeros saludos—. Son ustedes amigos en la adversidad, es decir verdaderos amigos. Permítanme que me interese por la salud de la señora Copperfield *in esse*, y de la señora Traddles *in posse*,... suponiendo, por supuesto, que mi amigo el señor Traddles no se haya unido todavía a la destinataria de su afecto, tanto para lo malo como para lo bueno.

Agradecemos su amabilidad y le dimos las respuestas pertinentes. Entonces llamó nuestra atención sobre el muro de la cárcel, y empezó a decir:

—Les aseguro, caballeros...

Pero yo le interrumpí para protestar contra aquel modo tan ceremonioso de dirigirse a nosotros, y para pedirle que nos hablase como en los viejos tiempos.

—Mi querido Copperfield —respondió, dándome un apretón de manos—, me siento abrumado por su cordialidad. El recibimiento que dispensa a las ruinas destrozadas de este Templo, en otro tiempo digno de ser llamado Hombre (si puedo darme ese calificativo) refleja un corazón que honra nuestra común naturaleza. Estaba a punto de decir que me hallaba contemplando de nuevo el sereno lugar donde transcurrieron algunas de las horas más felices de mi existencia.

—Gracias a la presencia de la señora Micawber, estoy seguro —exclamé—. Espero que se encuentre bien, ¿no es así?

—Le agradezco sus palabras —contestó el señor Micawber, mientras su rostro se ensombrecía—, se encuentra así así... ¡Pero he aquí King's Bench! El rincón donde, por primera vez en muchos agitados años, ninguna de aquellas voces molestas que se negaban a abandonar el descansillo de mi casa me recordaban día tras día el peso abrumador de mis dificultades pecuniarias; donde no había aldabas en la puerta que pudiesen tocar los acreedores; donde sobraba el asesoramiento legal y las órdenes de detención se quedaban en la entrada. Caballeros —prosiguió—, cuando la sombra de los ornamentos de

hierro que coronan la cima de la estructura de ladrillo se proyectaba sobre la grava del Paseo, yo veía a mis hijos recorrer los laberintos del intrincado dibujo, evitando pisar las líneas oscuras. Llegué a estar familiarizado con todas las piedras del camino. Si me traiciona la emoción, espero que sepan disculparme.

—Todos hemos prosperado en la vida desde entonces, señor Micawber —afirmé.

—Señor Copperfield —me contestó con amargura—, cuando yo habitaba en este lugar de retiro, podía mirar de frente a mis semejantes y darles un puñetazo si me ofendían. ¡Pero mis relaciones con los demás han dejado de ser tan gloriosas!

Alejándose de la prisión con aire abatido, el señor Micawber aceptó mi brazo por un lado, y el de Traddles por otro, y siguió andando entre los dos.

—Existen ciertos jalones en el camino que lleva a la tumba —señaló, mirando con cariño hacia atrás por encima del hombro— que, de no ser una aspiración impía, nadie desearía haber pasado. King's Bench es uno de esos hitos en mi accidentada carrera.

—Está usted muy abatido, señor Micawber —dijo Traddles.

—Es cierto, señor —exclamó él.

—Espero que no haya cogido usted aversión al derecho... ¡ya sabe que yo también soy del gremio!

El señor Micawber no respondió nada.

—¿Cómo está nuestro amigo el señor Heep, señor Micawber? —inquirí, tras unos momentos de silencio.

—Mi querido Copperfield —replicó, cayendo en un estado de enorme agitación y palideciendo—, si considera *su* amigo al hombre que me emplea, lo lamento mucho; si lo considera *mi* amigo, no puedo sino sonreír con sarcasmo. En cualquier caso, y sin ánimo de ofenderle, me limitaré a contestar lo siguiente: sea cual sea su estado de salud, siempre tiene el aspecto de un zorro, por no decir de un demonio. Me permitirá que, como individuo, decline seguir hablando de un asunto que me ha llevado al borde de la desesperación en el ejercicio de mi profesión.

Expresé mi pesar por haber abordado involuntariamente un tema que le contrariaba tanto.

—¿Puedo preguntarle —dije—, sin caer en el mismo error, qué tal se encuentran mis viejos amigos el señor y la señorita Wickfield?

—La señorita Wickfield —contestó, enrojeciendo— es, como siempre, un modelo a seguir, un ejemplo luminoso. Mi querido Copperfield, es la única estrella en mi sombría existencia. Mi respeto por esa joven dama, la admiración que me inspira su carácter... ¡Hay en ella tanto amor, pureza y bondad! Pero ¡llévenme a alguna bocacalle, pues no soy dueño de mí!

Nos metimos en una callejuela, donde sacó el pañuelo y se apoyó en un muro. Si la expresión con que yo le miraba era tan seria como la de Traddles, no creo que nuestra compañía le resultase nada alentadora.

—Es mi destino —exclamó el señor Micawber, llorando a lágrima viva (e incluso sollozando conservaba una sombra de su antigua distinción)—; es mi destino, caballeros, que los sentimientos más nobles de nuestra naturaleza se hayan convertido en reproches para mí. El homenaje que yo rindo a la señorita Wickfield es como un haz de flechas clavadas en mi pecho. Sería mejor que me dejaran recorrer la tierra como un vagabundo. Los gusanos solucionarían *mis* asuntos en la mitad de tiempo.

Haciendo caso omiso de esa súplica, nos quedamos a su lado hasta que guardó el pañuelo, se alzó el cuello de la camisa y, para disimular ante cualquier persona de la vecindad que hubiera podido observarlo, empezó a tararear una melodía con el sombrero muy ladeado. Entonces le dije (no sabiendo qué podría perderse, si nosotros le perdíamos de vista) que me gustaría mucho presentarle a mi tía, si quería acompañarnos hasta Highgate, donde tenía una cama a su disposición.

—Nos preparará un vaso de su ponche, señor Micawber —exclamé—, y los recuerdos más agradables del pasado le ayudarán a olvidar sus preocupaciones.

—También podrá confiar a sus amigos lo que tanto le atormenta, si eso supone un alivio para usted —señaló Traddles, prudentemente.

—Caballeros —replicó el señor Micawber—, ¡hagan conmigo lo que deseen! No soy más que una brizna de paja sobre la superficie del océano, empujada en todas direcciones por los elefantes... perdonen, quería decir los elementos.

Reanudamos nuestra marcha cogidos del brazo, subimos a la diligencia cuando estaba a punto de partir, y llegamos a Highgate sin más contratiempos. Yo estaba muy confuso y no sabía qué convenía decir o hacer; era evidente

que a Traddles le ocurría lo mismo. Durante casi todo el trayecto, el señor Micawber siguió sumido en un profundo abatimiento. De vez en cuando, trataba de sobreponerse y tarareaba el final de una melodía; pero la mordaz ironía de un sombrero demasiado ladeado y de un cuello de camisa subido hasta los ojos volvía más patética su tristeza en cada nueva recaída.

Nos dirigimos a casa de mi tía, en lugar de a la mía, porque Dora no se encontraba bien. Mi tía apareció en seguida y recibió al señor Micawber con gran cordialidad. Él le besó la mano, se retiró junto a la ventana y, sacando el pañuelo del bolsillo, pareció librar una lucha interior.

El señor Dick estaba en casa. Sentía tanta compasión por las personas que sufrían, y las descubría con tal rapidez, que estrechó la mano del señor Micawber al menos media docena de veces en sólo cinco minutos. Aquellas muestras de simpatía de un desconocido conmovieron tanto al señor Micawber, en medio de su dolor, que lo único que podía decir con cada nuevo apretón de manos era: «¡Me abruma usted, mi querido señor!». Eso complacía tanto al señor Dick que volvía a la carga con más entusiasmo que antes.

—Si me permite, señora —dijo el señor Micawber—, emplear una metáfora extraída del vocabulario de uno de nuestros más rudos deportes nacionales, la amabilidad de este caballero me deja noqueado. Le aseguro que, para un hombre que lucha contra el difícil peso de la perplejidad y de la inquietud, un recibimiento así es conmovedor.

—Mi amigo el señor Dick —respondió mi tía, con orgullo— no es un hombre cualquiera.

—Estoy convencido —afirmó el señor Micawber—. ¡Mi querido señor! —exclamó, al ver que el señor Dick volvía a estrecharle la mano—. ¡No sabe cuánto agradezco su cordialidad!

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó el señor Dick, con aire angustiado.

—Regular, mi querido señor —contestó el señor Micawber, suspirando.

—Tiene que animarse —dijo el señor Dick—, y estar lo más a gusto posible.

Aquellas amistosas palabras y el nuevo apretón de manos que las acompañaba fueron demasiado para el señor Micawber.

—He tenido la suerte de encontrar algún que otro oasis en medio de las vicisitudes de la existencia —declaró—, pero ¡jamás ninguno tan verde y tan exuberante como éste!

En otro momento, aquello me habría hecho sonreír; pero tenía la sensación de que todos estábamos incómodos y preocupados, y me causaba tanta desazón ver cómo el señor Micawber se debatía entre su deseo manifiesto de revelar algo y su propósito de no revelar nada, que mi estado era febril. Traddles, sentado en el borde de la silla, con los ojos abiertos de par en par y el pelo más erizado que nunca, miraba alternativamente al suelo y al señor Micawber, sin intentar siquiera pronunciar una palabra. Mi tía, que observaba con perspicacia a su nuevo huésped, era la única que conservaba su presencia de ánimo; pues seguía dándole conversación, lo que le obligaba a hablar, aunque no quisiera.

—Es usted un viejo amigo de mi sobrino, señor Micawber —exclamó mi tía—. Lamento no haber tenido el placer de conocerlo antes.

—Señora —contestó—, lamento no haber tenido el honor de conocerla en otros tiempos. No siempre he sido la ruina que ahora contempla.

—Espero que la señora Micawber y su familia estén bien, señor —dijo mi tía.

El señor Micawber inclinó la cabeza.

—Todo lo bien que pueden estar los Desheredados y los Proscritos —respondió con desesperación, tras unos instantes de silencio.

—¡Dios mío! Pero ¿de qué habla usted, caballero? —exclamó mi tía, con su brusquedad habitual.

—De la subsistencia de mi familia, señora —repuso el señor Micawber—, que se tambalea en la balanza. El hombre que me emplea...

Para nuestra irritación, el señor Micawber se detuvo y empezó a pelar los limones que le habían colocado delante, siguiendo mis indicaciones, con todos los ingredientes necesarios para preparar su ponche.

—El hombre que le emplea, decía usted... —le recordó el señor Dick, dándole suavemente con el codo.

—Mi querido señor, le agradezco que refresque mi memoria —contestó el señor Micawber, mientras los dos se estrechaban nuevamente la mano—. El hombre que me emplea, señora, ... el señor Heep..., tuvo la bondad de decirme un día que, sin los emolumentos estipendiarios que recibía por estar a su servicio, probablemente sería un saltimbanqui que recorrería el país tragando sables y devorando fuego. Todo parece indicar que es muy posible

que mis hijos se vean obligados a buscarse el sustento haciendo de contorsionistas, mientras la señora Micawber secunda sus hazañas contranatura tocando el organillo.

El señor Micawber, con un movimiento distraído pero sin duda elocuente de su cuchillo, nos dio a entender que esas actuaciones tendrían lugar cuando él no se encontrara ya en este mundo; luego siguió pelando los limones con aire de desesperación.

Mi tía apoyó el codo en la mesita redonda que normalmente tenía junto a ella, y le miró atentamente. A pesar de la aversión que me inspiraba la idea de arrancarle una confesión que no quería hacer de forma voluntaria, creo que habría intervenido en ese momento si no le hubiera visto enfrascado en los preparativos más extraños; echar la cáscara de limón en la cacerola, el azúcar en la bandeja de las despabiladeras y el licor en la jarra vacía, e intentar verter agua hirviendo de un candelero, fueron algunos de los más singulares. Comprendí que la crisis era inminente, y ésta sobrevino. Dejando con estrépito utensilios e ingredientes, se levantó de la silla, sacó el pañuelo y rompió a llorar.

—Mi querido Copperfield —exclamó el señor Micawber, desde detrás de su pañuelo—, esta tarea requiere, más que cualquier otra, un espíritu sereno y amor propio. No puedo realizarla. Es de todo punto imposible.

—¿Qué ocurre, señor Micawber? —inquirí—. Le suplico que nos lo cuente. Está usted entre amigos.

—¡Entre amigos, señor! —repitió él, y todo lo que había querido ocultarnos empezó a salir a borbotones—. ¡Santo Cielo! ¡Si es precisamente por verme rodeado de amigos por lo que me encuentro en este estado! ¿Que qué ocurre, caballeros? Sería mejor preguntarme qué es lo que *no* ocurre. Ocurre que hay maldad, bajeza moral, engaño, fraude, conspiración; y el responsable de todas esas atrocidades es... ¡HEEP!

Mi tía juntó las manos y los demás nos levantamos de un salto, como si estuviéramos poseídos.

—¡La lucha ha terminado! —exclamó el señor Micawber, gesticulando violentamente con el pañuelo, y dando enérgicas brazadas de vez en cuando, como si estuviera nadando con un esfuerzo sobrehumano—. No llevaré por más tiempo esta clase de vida. Soy un ser despreciable, alejado de cuanto hace la existencia llevadera. He vivido bajo un Tabú mientras he estado al servicio de ese maldito canalla. ¡Que me devuelvan a mi mujer! ¡Que me

devuelvan a mis hijos! ¡Que Micawber reemplace al pequeño rufián que ahora se pasea con las botas que llevo puestas! Y si tengo que tragarme un sable mañana, ¡lo haré con apetito!

Jamás he visto un hombre tan acalorado en toda mi vida. Traté de calmarlo, a fin de devolver la cordura a sus palabras; pero parecía cada vez más excitado, y se negaba a escucharnos.

—No estrecharé la mano de nadie —prosiguió, jadeando, resoplando y sollozando de tal modo que daba la impresión de ser un hombre peleando contra un chorro de agua fría—, hasta que haya... hecho añicos... a... esa... odiosa... serpiente de... ¡HEEP! No aceptaré la hospitalidad de nadie, hasta que haya... provocado... una erupción... del Vesubio... sobre... ese... vicioso canalla de... ¡HEEP! Sólo podría... beber... bajo este techo... sin atragantarme... especialmente ponche... si antes... le hubiera arrancado... los ojos... a... ese... eterno tramposo... y embustero de... ¡HEEP! No veré a nadie... ni diré nada... ni viviré en ningún lugar... hasta que haya reducido... a partículas invisibles... a... ese destacado e inmortal hipócrita y perjuro de... ¡HEEP!

Sentí verdadero miedo de que el señor Micawber cayera muerto allí mismo. Era terrible ver cómo luchaba por articular aquellas frases y por seguir adelante, cada vez que se acercaba al nombre de Heep, hasta lanzarse sobre él, desfallecido, y pronunciarlo con una vehemencia casi prodigiosa. Cuando más tarde se desplomó en una silla, todo sudoroso, y nos miró con el rostro teñido de todos los colores imaginables que nada tenían que hacer allí, mientras una sucesión interminable de protuberancias le subían por la garganta a un ritmo infernal, como si quisieran alcanzar su frente... tuve la impresión de que estaba en las últimas. Habría acudido en su ayuda, pero me lo impidió con un gesto, negándose a escuchar una sola palabra.

—No, Copperfield... no hablaré con nadie... hasta... que... la señorita Wickfield... vea reparados los agravios que le ha infligido ese sinvergüenza redomado de... ¡HEEP! —estoy convencido de que habría sido incapaz de pronunciar tres palabras seguidas sin la increíble energía que le infundía este nombre cuando lo sentía llegar—. Un secreto inviolable... para todo el mundo... sin excepción... dentro de una semana... a la hora del desayuno... todos los presentes... incluida la tía... y... el caballero extraordinariamente cordial... en el hotel de Canterbury... donde... la señora Micawber y yo... entonamos el *Auld Lang Syne*... y... yo desenmascararé a ese intolerable rufián de... ¡HEEP! No diré nada más... ni escucharé la opinión de nadie...

Me marcharé ahora mismo... no soporto... la compañía de mis semejantes... Seguiré el rastro... de ese condenado traidor de... ¡HEEP!

Después de repetir, por última vez y con más ímpetu que nunca, la palabra mágica que le había dado fuerzas para seguir adelante, el señor Micawber se apresuró a salir de la casa, dejándonos en un estado de excitación, esperanza y asombro casi tan grande como el suyo. Pero, incluso en un momento así, fue incapaz de resistirse a su pasión por escribir cartas; pues seguíamos en el cenit de nuestra excitación, esperanza y asombro cuando me trajeron desde una taberna cercana la siguiente misiva bucólica que acababa de redactar:

Estrictamente secreto y confidencial

Mi querido señor,

Le ruego que pida disculpas a su excelente tía por mi agitación de antes. Una lucha interior más fácil de imaginar que de describir ha desencadenado la erupción de un volcán que llevaba mucho tiempo dormido.

Espero haberles hecho comprender con suficiente claridad que tienen una cita conmigo dentro de una semana, por la mañana, en el hotel de Canterbury donde en una ocasión la señora Micawber y yo tuvimos el honor de unir nuestras voces a la suya para entonar la conocida melodía del Inmortal recaudador de impuestos^[104] criado en la otra orilla del Tweed.

Una vez cumplido mi deber y realizado este acto de reparación, lo único que puede permitirme mirar de frente a mis semejantes, no tendrán más noticias mías. Sólo pediré que me depositen en el lugar de descanso universal donde

Cada uno en su angosta celda,

reposan para siempre los rudos antepasados de la aldea.^[105]

Con esta simple inscripción,

WILKINS MICAWBER

L

Se cumple el sueño del señor Peggotty

Habían transcurrido algunos meses desde nuestra entrevista con Martha a orillas del río. Yo no la había vuelto a ver, pero ella se había comunicado con el señor Peggotty en varias ocasiones. Su abnegada intervención no había servido de nada; y tampoco podía deducir, por las palabras de mi amigo, que existiera alguna pista sobre la suerte de Emily. Confieso que empezaba a perder la esperanza de hallarla, y que cada vez estaba más convencido de que había muerto.

La confianza del señor Peggotty seguía inalterable. Por lo que yo sé —y creo que su honrado corazón no tenía secretos para mí—, jamás volvió a abrigar la menor duda de que la encontraría. Su paciencia era inagotable. Y, aunque yo temblaba al pensar lo terrible que sería su sufrimiento si algún día esa fuerte convicción le fuera arrebatada de golpe, había algo tan religioso en ella, y resultaba tan conmovedor sentir que estaba anclada en las profundidades más puras de su noble corazón, que el respeto y la veneración que él me inspiraba aumentaban de día en día.

La suya no era una confianza perezosa que se limitase a esperar, y a nada más. Había sido un hombre de acción toda su vida, y sabía que, siempre que necesitaba ayuda, debía realizar su parte sin escatimar esfuerzos, y empezar por ayudarse a sí mismo. Era capaz de salir en mitad de la noche, por temor a que, por algún descuido, la luz no estuviera encendida en la ventana de la vieja gabarra, e irse andando hasta Yarmouth. Era capaz de coger su bastón y emprender un viaje de sesenta u ochenta millas, después de leer algo en un periódico que pudiera referirse a Emily. Se dirigió por mar a Nápoles, y regresó, después de oír de mis labios el relato de la señorita Dartle. Viajaba siempre en condiciones muy duras, firmemente decidido a ahorrar dinero para el día en que encontrase a Emily. En toda su larga búsqueda, jamás le oí

quejarse, ni decir que estaba exhausto o desanimado.

Dora le había visto a menudo desde nuestra boda, y le tenía mucho cariño. Todavía puedo verlo, en pie junto al sofá, con la gorra de basto paño en la mano, mientras mi mujer-niña dirigía sus ojos azules hacia él con tímido asombro. Algunas tardes, cuando venía a hablar conmigo al oscurecer, yo le convencía para que fumara su pipa en el jardín mientras paseábamos lentamente; y entonces el recuerdo de su hogar vacío, tan acogedor para mis ojos infantiles cuando por las noches ardía el fuego en la chimenea, y el viento ululaba por todas partes, acudía con enorme viveza a mi pensamiento.

Un atardecer me dijo que la noche anterior había encontrado a Martha esperándole a la salida de su alojamiento, y que le había pedido que no se marchara de Londres, bajo ningún pretexto, antes de volver a verla.

—¿Le explicó por qué motivo? —inquirí.

—Se lo pregunté, señorito Davy —repuso—, pero ya sabe lo poco habladora que es; en cuanto le prometí lo que quería, se despidió.

—¿Le dijo cuándo podía esperar verla de nuevo?

—No, señorito Davy —contestó, pasándose la mano por la cara, pensativo—. También se lo pregunté; pero ni ella misma lo sabía (ésas fueron sus palabras).

Como yo llevaba mucho tiempo tratando de no avivar en él esperanzas que sólo pendían de un hilo, me limité a decir que seguramente la vería muy pronto. Guardé para mí mis pensamientos al respecto, que no eran demasiado optimistas.

Habrían transcurrido dos semanas y yo estaba paseando solo por el jardín. Recuerdo bien aquella tarde. Sólo habían pasado dos días desde que el señor Micawber nos dejara en la más absoluta incertidumbre. Había llovido todo el día y el aire estaba cargado de humedad. El espeso follaje, empapado de agua, parecía pesar en los árboles; pero, aunque el cielo continuaba sombrío, la lluvia había cesado y los pájaros, ilusionados, cantaban alegremente. Mientras andaba de un lado a otro del jardín, empezó a oscurecer y terminaron sus pequeños gorjeos; y reinó ese silencio tan especial que acompaña las noches campestres cuando los árboles se quedan inmóviles y sólo se oye el goteo ocasional de sus ramas.

A un lado de la casa, había un pequeño enrejado cubierto de hiedra, a través del que podía ver la calle desde el lugar donde me encontraba. Sumido

en mis pensamientos, miré casualmente en esa dirección, y divisé una figura envuelta en una sencilla capa, que se inclinaba nerviosamente hacia mí y parecía hacerme señas.

—¡Martha! —exclamé, acercándome a ella.

—¿Puede usted venir conmigo? —susurró, llena de nerviosismo—. He ido a buscar al señor Peggotty, y no está en casa. Le he escrito en un papel dónde podrá encontrarnos, y lo he dejado encima de su mesa. Me han dicho que no tardaría en regresar. Tengo noticias para él. ¿Puede usted venir en seguida?

Mi única respuesta fue abrir inmediatamente la verja y salir fuera. Ella se apresuró a hacer un gesto con la mano, como si quisiera invitarme a la calma y al silencio, y empezó a andar hacia Londres, desde donde, a juzgar por el estado de su ropa, había venido a pie y a toda prisa.

Quise saber si era aquél nuestro destino y, cuando respondió afirmativamente, con el mismo ademán presuroso de antes, detuve un carruaje vacío que pasaba y los dos nos subimos en él. Entonces le pregunté dónde tenía que dirigirse el cochero.

—¡A cualquier lugar cerca de Golden Square!^[106] ¡Y rápido! —repuso ella.

Después se encogió en un rincón y se cubrió el rostro con una mano temblorosa, mientras repetía con la otra el gesto anterior, como si no pudiera soportar el sonido de una voz.

Sumamente inquieto, y deslumbrado por los rayos contradictorios de la esperanza y del temor, la miré en busca de una explicación. Pero, comprendiendo su fuerte deseo de seguir callada, y no sintiendo tampoco el menor deseo de hablar, en un momento así, no hice nada por romper el silencio. Continuamos nuestro camino sin pronunciar una sola palabra. A veces ella miraba por la ventanilla, como si nuestra marcha le resultase muy lenta, aunque lo cierto es que íbamos a gran velocidad; aparte de eso, seguía exactamente en la misma postura que antes.

Nos apeamos en una de las entradas de la plaza que la joven había indicado y le pedí al cochero que esperara, por si teníamos necesidad de él. Martha apoyó su mano en mi brazo y me condujo rápidamente a una de esas calles oscuras, tan numerosas en la zona, donde las casas, antaño elegantes residencias familiares, llevaban ya mucho tiempo convertidas en humildes viviendas que se alquilaban por habitaciones. Después de entrar por la puerta abierta de una de ellas, me soltó el brazo, indicándome que la siguiera por la

escalera común, que parecía el cauce de un afluente que saliera a la calle.

La casa tenía un enjambre de inquilinos. A medida que subíamos, las puertas de las habitaciones se abrían y aparecían los rostros de sus moradores; y nos cruzábamos con otras personas que bajaban. Al mirar hacia arriba, antes de entrar, había visto cómo las mujeres y los niños se asomaban a las ventanas por encima de las macetas de flores; parecíamos haber excitado su curiosidad, pues eran sobre todo ellos los que nos miraban desde sus puertas. La escalera, ancha y con paneles, tenía una enorme balaustrada de madera oscura; se veían hermosas molduras, con frutas y flores talladas, sobre las puertas; y había amplios asientos junto a las ventanas. Pero todas aquellas muestras del pasado esplendor se hallaban terriblemente sucias y deterioradas; la podredumbre, la humedad y los años habían atacado el entablado del suelo, que en muchos lugares era poco sólido e incluso peligroso. Me di cuenta de que habían intentado inyectar un poco de sangre nueva en aquel viejo armazón, reparando aquí y allá los costosos revestimientos con vulgar madera de pino; pero era como el matrimonio de un anciano noble venido a menos con una pobre plebeya, en el que cada uno de los cónyuges de tan desigual unión parece querer apartarse del otro. Algunas ventanas de la escalera, que daban a la parte de atrás, habían sido tapiadas, total o parcialmente. Las que quedaban, apenas tenían cristales; y, a través de los marcos podridos, por los que el aire viciado parecía entrar en la casa para no volver a salir, pude ver, a través de más ventanas sin cristales, el interior de otras casas que se hallaban en el mismo estado, y contemplar con sensación de mareo el pobre patio donde iban a parar todas las basuras de la mansión.

Subimos hasta el último piso. Dos o tres veces, durante el camino, creí distinguir en la penumbra las faldas de una figura femenina que nos precedía. Cuando llegamos al último tramo de escalera, vimos con claridad cómo la desconocida se detenía unos instantes delante de una puerta. Luego giró el picaporte y entró.

—¡Qué extraño! —susurró Martha—. Se ha metido en mi cuarto. ¡Y no sé quién es!

Yo sí que lo sabía. Con enorme sorpresa, había reconocido a la señorita Dartle.

Explicué a mi guía, brevemente, que se trataba de alguien que yo conocía; y, nada más decir esto, oímos su voz dentro del cuarto, aunque estábamos demasiado lejos para distinguir sus palabras. Martha repitió su gesto anterior,

con expresión de asombro, y me condujo escaleras arriba sin hacer ruido; después entró por una pequeña puerta que no parecía tener cerradura y que abrió con un ligero empujón, y llegamos a una buhardilla diminuta, vacía y de techo inclinado, apenas mayor que un armario. Esta habitación y la que Martha había llamado suya se comunicaban por una pequeña puerta, que estaba entreabierta. Nos detuvimos junto a ella, casi sin aliento después de la subida, y Martha puso cuidadosamente su mano sobre mis labios. Lo único que veía del otro cuarto era que parecía bastante grande, y que tenía una cama y algunos toscos grabados de barcos en las paredes. Pero no veía a la señorita Dartle ni a la persona a quien ésta se dirigía. Tampoco podía hacerlo mi acompañante, pues su posición era peor que la mía.

Durante unos instantes, reinó un silencio sepulcral. Martha continuó con una mano sobre mis labios y levantó la otra, en actitud de escucha.

—Poco importa si está o no en casa —decía Rosa Dartle, con arrogancia—. No la conozco. A quien he venido a ver es a usted.

—¿A mí? —repuso una voz muy dulce.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. ¡Era Emily!

—Sí —exclamó la señorita Dartle—; he venido para verla. ¿Cómo? ¿Acaso no se avergüenza de ese rostro que tanto ha hecho?

El odio intenso e implacable que vibraba en su voz, su fría y despiadada severidad, su rabia contenida, me permitieron verla con la misma claridad que si la tuviera delante. Veía la expresión febril de sus ojos negros, y su cuerpo consumido por la pasión; y veía la cicatriz, con su raya cenicienta atravesándole los labios, temblando y palpitando a medida que hablaba.

—He venido a contemplar el capricho de James Steerforth —dijo—; la joven que se fugó con él y se convirtió en la comidilla de la gente más vulgar de su ciudad natal; la desvergonzada, presuntuosa y avezada compañera de personas como James Steerforth. Quiero saber qué pinta tiene una criatura así.

Se oyó un frufrú, como si la desdichada joven sobre la que caían aquellos insultos corriera hacia la puerta y Rosa Dartle se interpusiera en su camino. Siguiéron unos momentos de silencio.

Cuando la señorita Dartle habló de nuevo, fue con los dientes muy apretados y dando una patada en el suelo.

—¡No se mueva! —exclamó—. O todos los habitantes de la casa y de la calle

se enterarán de quién es. Si intenta huir de *mí*, la detendré, ¡aunque tenga que agarrarle del pelo o tirarle piedras!

Un murmullo de espanto fue la única respuesta que llegó a mis oídos. Siguió otro silencio. Yo no sabía qué hacer. Por grande que fuera mi deseo de poner fin a aquella entrevista, sentía que no tenía derecho a intervenir; y que el señor Peggotty era el único que debía ver a la joven y llevársela con él. ¿Es que no iba a llegar nunca?, pensaba con impaciencia.

—¡Así que por fin la conozco! —prosiguió Rosa Dartle, con una carcajada de desprecio—. ¡Cómo pudo ser tan ingenuo para dejarse conquistar por esa delicada falsa modestia y esa inclinación de cabeza!

—¡Por el amor de Dios! ¡Tenga compasión de mí! —exclamó Emily—. Sea quien sea, usted conoce mi triste historia. ¡Por el amor de Dios! ¡Apiádese de mí, si quiere que algún día se apiaden de usted!

—¿Si quiero que algún día se apiaden de mí? —repitió furiosa—. ¿Acaso cree que usted y yo tenemos algo en común?

—Únicamente nuestro sexo —contestó Emily, deshecha en lágrimas.

—Y esa afirmación —dijo Rosa Dartle—, lanzada por una criatura tan infame, es tan poderosa que, si anidara en mi pecho algún sentimiento que no fuera el desprecio y el aborrecimiento, sus palabras lo congelarían. ¡Nuestro sexo! ¡Es usted un honor para nuestro sexo!

—Merezco que me traten así —sollozó Emily—, pero ¡es terrible! Mi querida señora, ¡piense en lo grande que ha sido mi sufrimiento y en lo bajo que he caído! ¡Oh, Martha! ¡Regresa ya! ¡Mi hogar! ¡Oh, mi hogar!

La señorita Dartle se sentó en una silla frente a la puerta y dirigió su mirada hacia abajo, como si Emily se hubiera agachado delante de ella. Al encontrarse entre la luz y yo, pude ver el gesto despreciativo de sus labios y su mirada cruel, clavada en un solo punto con triunfante avidez.

—Escuche lo que voy a decirle —exclamó—; y reserve esas artimañas para sus víctimas. ¿No esperará conmoverme con sus lágrimas? Tampoco podría conquistarme con sus sonrisas, esclava comprada con dinero.

—¡Apiádese de mí! —gimió Emily—. ¡Un poco de compasión o me volveré loca!

—¡No sería una gran penitencia por sus crímenes! ¿Acaso es consciente de lo que ha hecho? ¿Ha pensado alguna vez en el hogar que ha destrozado?

—¡Oh! No he dejado de pensar en él ni una sola noche, ni un solo día —respondió la joven.

Y entonces pude ver a Emily arrodillada, con la cabeza hacia atrás, el pálido rostro levantado al cielo, las manos juntas en actitud implorante, y la cabellera suelta.

—No ha pasado un solo minuto —prosiguió—, dormida o despierta, sin que lo haya visto ante mí, tal como era aquellos días que no volverán nunca, y en que lo abandoné para siempre. ¡Oh, mi hogar! ¡Oh, mi querido tío! ¡Si él hubiera podido imaginar cuánto me torturaría su amor el día que me aparté del buen camino, no habría sido siempre tan cariñoso conmigo! ¡Si al menos se hubiera enfadado con su Emily una sola vez, eso me habría servido de consuelo! Mas no hay el menor consuelo para mí en este mundo, ¡todos fueron demasiado bondadosos conmigo!

Emily se postró ante la imperiosa criatura sentada en la silla, y, con gesto suplicante, agarró la falda de su vestido.

Rosa Dartle siguió mirándola desde arriba, tan estática como una estatua de bronce. Tenía los labios fuertemente apretados, como si supiera que no debía perder los estribos (me limito a escribir lo que sinceramente creo), pues de otro modo sucumbiría a la tentación de dar una patada a la hermosa figura. Vi su semblante con claridad, y toda la energía de su rostro y de su carácter parecía concentrada en aquel gesto. ¿Es que el señor Peggotty no iba a llegar nunca?

—¡Cuán despreciable es la vanidad de estos gusanos de la tierra! —exclamó, cuando logró controlar los furiosos latidos de su corazón lo suficiente para atreverse a hablar—. ¡Su hogar! ¿Acaso imagina que yo le he dedicado un solo pensamiento? ¿Cree haber causado en ese humilde lugar algún daño que no pueda repararse, generosamente, con dinero? ¡Su hogar! Usted no era más que una mercancía para su familia, y fue vendida y comprada como cualquier otro objeto con que ésta negociaba.

—¡Oh, no! ¡Eso no! —protestó Emily—. Diga lo que quiera de mí, pero ¡no haga caer mi deshonor y mi vergüenza, más de lo que he hecho yo, sobre unas personas que son tan intachables como usted! Puesto que es una dama, muestre algún respeto por ellos, aunque no tenga compasión de mí.

—Hablo —prosiguió la señorita Dartle, haciendo caso omiso de aquella súplica y alejando su falda del contacto impuro de la mano de Emily—, hablo del hogar de *él*... el hogar donde yo vivo. He aquí —exclamó, señalando a la

joven postrada a sus pies con una carcajada de desprecio— una noble causa de separación entre una madre y un hijo de buena familia; una noble causa de dolor en una casa donde no la habrían querido ni para fregar los platos; una noble causa de ira, aflicción y reproche. ¡Esta criatura depravada, sacada del arroyo para servir de diversión durante una hora, antes de ser arrojada nuevamente al fango!

—¡No, no! —sollozó Emily, juntando las manos—. Cuando él se cruzó por primera vez en mi camino (¡ojalá ese día no hubiera amanecido para mí, y él me hubiera conocido el día que me llevaran a la tumba!), mi educación era tan virtuosa como la suya o la de cualquier otra dama, y me disponía a casarme con el mejor de los hombres. Usted, que ha vivido con él en su casa y lo conoce, podrá imaginar la influencia que es capaz de ejercer sobre una muchacha débil y vanidosa. No pretendo defenderme, pero sé muy bien, y él también lo sabe, o lo sabrá en su lecho de muerte, cuando le remuerda la conciencia, que hizo cuanto estuvo en su poder para engañarme, ¡y que yo le creí, confié en él y le entregué mi amor!

Rosa Dartle saltó de su asiento, retrocedió y, al hacerlo, intentó pegar a la joven; su rostro desfigurado reflejaba tanta maldad y tanta rabia que estuve a punto de interponerme. Pero el golpe, sin dirección fija, se perdió en el aire. Y cuando, jadeante, contempló a Emily con todo el odio que era capaz de expresar, temblando de la cabeza a los pies de rabia y de desprecio, pensé que jamás había visto, ni volvería a ver jamás, un espectáculo semejante.

—¿Que *usted* le entregó su amor? ¿*Usted*? —exclamó, agitando nerviosamente el puño, como si sólo le faltara un arma para apuñalar al objeto de su ira.

Al echarse hacia atrás, Emily había desaparecido de mi vista. No se oyó respuesta.

—¿Y se atreve a decirme esas palabras —añadió Rosa Dartle— con sus desvergonzados labios? ¿Por qué no azotarán a estas criaturas? Si estuviera en mi mano, ordenaría que azotaran a esta muchacha hasta matarla.

Y lo habría hecho, no me cabe la menor duda. Yo no le hubiese confiado un látigo con aquella mirada cargada de odio.

Lenta, muy lentamente, rompió a reír y señaló a Emily con la mano, como si fuera un espectáculo vergonzoso para dioses y hombres.

—¡Entregarle su amor! —dijo—. ¡Esa inmundicia! ¿Me dirá ahora que él se

interesó por usted? ¡Ja, ja! ¡Qué embusteras son estas negociantas!

Sus burlas eran peores que su rabia. De las dos cosas, yo hubiera preferido con creces verme expuesto a esta última. Mas cuando su ira se desataba era sólo durante unos segundos. En seguida la reprimía; por mucho que se le desgarrara el alma, lograba dominarla.

—He venido aquí, fuente inmaculada de amor —prosiguió—, con el fin de ver, como había empezado a explicarle antes, qué pinta tenían las criaturas como usted. Sentía curiosidad. La he satisfecho. También quería decirle que lo mejor que puede hacer es volver corriendo a casa, y refugiarse entre esas excelentes personas que la esperan, y a las que con su dinero consolará. ¡Cuando lo haya gastado todo, podrá creer de nuevo en alguien, confiar en él y entregarle su amor! Yo creía que iba a encontrar un juguete roto que ya no sirviera para nada; una lentejuela sin valor, sin brillo y ya desechada. Sin embargo, compruebo que es usted oro puro, una verdadera dama, una joven inocente a la que se ha maltratado, con un corazón rebosante de amor y de confianza (¡pues ésa es la impresión que causa, lo que es consecuente con su relato!), y por eso tengo que añadir algo más. Escúcheme bien, pues cumpliré lo que digo. ¿Me oye, espíritu hechicero? ¡Cumpliré lo que digo!

La rabia la atenazó de nuevo, durante un instante; pero cruzó por su rostro como un espasmo, y la dejó con la sonrisa en los labios.

—Ocúltese —prosiguió—, si no quiere hacerlo en su casa, en cualquier otra parte. Que sea en un lugar muy apartado, con una vida oscura... o, mejor aún, con una muerte oscura. Me sorprendería, si su tierno corazón no se rompiera, que no hubiera descubierto usted el modo de ayudarlo a detenerse. He oído decir que existen algunos remedios para eso. Y creo que son fáciles de encontrar.

El llanto ahogado de Emily interrumpió sus palabras. La señorita Dartle guardó silencio y parecía escucharlo como si fuera música.

—Es posible que mi naturaleza sea extraña —dijo—, pero lo cierto es que no puedo respirar con entera libertad el mismo aire que respira usted. Lo encuentro demasiado viciado. Por ese motivo, tengo que purificarlo de su presencia. Si mañana continúa en esta habitación, me encargaré de que su historia y su carácter sean conocidos en toda la escalera. Dicen que en esta casa viven mujeres decentes; es una lástima que una insignificancia como usted se esconda entre ellas. Si, al marcharse de aquí, busca refugio en esta ciudad sin dar a conocer su verdadero carácter (algo que es usted muy dueña

de hacer, yo jamás la importunaría), actuaré del mismo modo en cuanto conozca su escondrijo. Con la ayuda de un caballero que aspiraba hacer muy poco al honor de conseguir su mano, estoy segura de que lo conseguiré.

¿Es que el señor Peggotty no iba a llegar nunca? ¿Cuánto tiempo tendría que soportar aquello? ¿Cuánto tiempo sería capaz de aguantarlo?

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! —exclamó la pobre Emily, en un tono que habría creído capaz de conmover al corazón más duro; pero la sonrisa de Rosa Dartle siguió inmutable—. ¿Qué voy a hacer?

—¿Que qué va a hacer? —respondió su interlocutora—. ¡Vivir feliz con sus pensamientos! Consagrar su existencia al recuerdo del cariño de James Steerforth... que quiso convertirla en la mujer de su criado, ¿no es cierto?... o sentirse agradecida al individuo recto y virtuoso que la hubiera aceptado como un regalo de su amo. O, si esos gloriosos recuerdos, y la conciencia de sus propias virtudes, y la posición honorable a la que éstas la han encumbrado a los ojos de todo cuanto revista forma humana, no la sostienen lo suficiente, cásese con ese buen hombre y disfrute de su condescendencia. Y si tampoco se conforma con eso, ¡ponga fin a su vida! Hay muchos portales y estercoleros donde morir así, donde desesperarse así... ¡Encuentre uno y diríjase volando al cielo!

Oí unos pasos lejanos en la escalera. Supe con seguridad de quién eran. ¡Gracias a Dios, era él!

Después de decir esas palabras, Rosa Dartle se alejó lentamente de la puerta y desapareció de mi vista.

—Pero ¡preste atención! —agregó despacio y con dureza, abriendo la otra puerta para marcharse—. Estoy decidida, por razones que tengo e inquinas que albergo en mi pecho, a acabar con usted si no se aleja de mí inmediatamente, o se arranca su bonita máscara. Es cuanto tengo que decir; ¡y pienso cumplirlo!

Las pisadas de la escalera iban acercándose cada vez más... Se cruzaron con la señorita Dartle mientras bajaba... ¡y llegaron a la habitación!

—¡Tío!

Un grito terrible siguió a esta exclamación. Me quedé paralizado por un instante y, al asomarme, vi al señor Peggotty sosteniendo el cuerpo inconsciente de Emily. Contempló a su sobrina unos segundos, se inclinó para besarla (¡con tanta ternura!) y le cubrió el rostro con un pañuelo.

—Señorito Davy —me dijo con voz baja y temblorosa, cuando la hubo tapado—, ¡doy gracias al Padre Celestial por convertir mis sueños en realidad! ¡Le agradezco con el corazón que me haya guiado, a su manera, hasta mi querida pequeña!



Se cumple el sueño del señor Peggotty

Con estas palabras, la cogió en sus brazos; y, con el rostro de Emily apoyado en su pecho y vuelto hacia él, se la llevó, inmóvil y sin sentido, escaleras abajo.

LI

El comienzo de un viaje más largo

Era todavía muy temprano, al día siguiente, cuando, mientras paseaba por el jardín con mi tía (que apenas hacía otro ejercicio, pues estaba siempre cuidando a mi querida Dora), me anunciaron que el señor Peggotty quería hablar conmigo. Vino a mi encuentro en el jardín, al ver que yo me dirigía a la entrada; y se quitó el sombrero, tal como era su costumbre siempre que advertía la presencia de mi tía, por la que sentía un gran respeto. Yo acababa de contarle a ella lo ocurrido la noche anterior. Sin pronunciar una sola palabra, se acercó a mi amigo con gesto cordial, estrechó su mano y le dio unas palmaditas cariñosas en el brazo. Todos sus ademanes fueron tan expresivos que no tuvo necesidad de decir una palabra. El señor Peggotty la comprendió tan bien como si hubiera pronunciado un millar.

—Ahora entraré en casa, Trot —dijo mi tía—, y me ocuparé de nuestra Pequeña Flor, que no tardará en levantarse.

—Espero que no se vaya por mi culpa, señora —exclamó el señor Peggotty—. Si estoy en mis cabales esta mañana, creo que se marcha porque he llegado yo.

—Seguro que tiene algo que contarle a mi sobrino, querido amigo —respondió ella—, y lo hará mejor sin mí.

—Con su permiso, señora —contestó el señor Peggotty—, me gustaría mucho que se quedara con nosotros, si no le molesta mi parloteo...

—¿De veras? —preguntó mi tía, en tono afable—. ¡Entonces me quedaré!

Y dio su brazo al señor Peggotty, y se encaminó con él hacia un pequeño y frondoso cenador que había al fondo del jardín, donde se sentó en un banco, y yo me senté a su lado. También había sitio para el señor Peggotty, pero él prefirió seguir en pie, apoyando su mano en una pequeña mesa rústica.

Viéndole mirar la gorra antes de empezar a hablar, no pude dejar de percibir la energía y la fortaleza de carácter que revelaba su mano nervuda, y lo bien que armonizaba con su honrada frente y su cabello gris plomizo.

—Ayer por la noche —empezó a decir el señor Peggotty, levantando su mirada hacia nosotros— llevé a mi querida pequeña a mi alojamiento, donde, después de haberla esperado durante tanto tiempo, tenía todo preparado para recibirla. Tuvieron que pasar varias horas para que fuese capaz de reconocerme; pero, cuando lo hizo, se arrodilló a mis pies y me contó, igual que si estuviera rezando sus oraciones, cómo había sucedido todo. Créanme ustedes, cuando oí su voz, la misma que sonaba tan alegre en casa... y la vi tan humillada, como en el polvo donde nuestro Salvador escribió con su bendita mano...^[107] mi corazón pareció desgarrarse, a pesar de toda la gratitud que sentía —se pasó la manga por la cara, sin pretender ocultar el motivo; y luego se aclaró la voz—. Pero ese sentimiento no me duró mucho, pues la había encontrado. Sólo tuve que pensar que la había encontrado, y se me pasó. No sé por qué lo digo ahora, sinceramente. Hace unos instantes, no tenía intención de hablar de mí; pero las palabras han surgido de un modo tan natural que las he pronunciado sin darme cuenta.

—Es usted un alma abnegada —exclamó mi tía—, y algún día tendrá su recompensa.

El señor Peggotty, con las sombras de las hojas jugueteando en su rostro, se inclinó con aire sorprendido ante mi tía, como si quisiera agradecerle su buena opinión; después retomó el hilo de su historia.

—Cuando mi Emily se escapó —dijo, abandonándose a una cólera pasajera— de la casa donde la tenía encerrada esa serpiente de cascabel que vio el señorito Davy (su historia era cierta, ¡maldito sea!), huyó en medio de la noche. Era una noche oscura y estrellada. Enloquecida, corrió por la playa, creyendo que encontraría allí la vieja gabarra; y nos gritaba que nos asomáramos, pues era ella quien llegaba. Se oía llorar a sí misma, como si fuera otra persona; y se cortó con las afiladas piedras y con las rocas, sin sentir más dolor que si ella misma hubiera sido otra roca. Siguió corriendo; y era como si tuviese fuego delante de los ojos y oyera un estruendo a su alrededor. De pronto amaneció (o al menos ésa fue su impresión, háganse ustedes cargo), un día húmedo y ventoso, y se encontró tendida junto a unas rocas, en la playa, mientras una mujer le preguntaba, en la lengua del país, qué le había ocurrido.

El señor Peggotty veía todo lo que nos contaba. Las escenas desfilaban tan vívidamente ante sus ojos que, arrastrado por su fervor, nos describía lo acontecido con una claridad que soy incapaz de expresar. Cuando escribo estas palabras, después de tanto tiempo, me cuesta creer que yo no presenciara aquellos hechos; tan asombroso es el aire de fidelidad con que están grabados en mi memoria.

—Cuando los ojos de Emily, que estaban agotados, vieron mejor a la joven —prosiguió el señor Peggotty—, se dio cuenta de que era una de las mujeres con las que charlaba a menudo en la playa. Pues, aunque había corrido mucho durante la noche (como he dicho antes), en otras ocasiones había llegado muy lejos en sus excursiones, unas veces a pie, otras en barco o en carruaje, y conocía bien millas y millas de costa de aquella región. La mujer no tenía hijos; llevaba poco tiempo casada, pero esperaba uno para pronto. ¡Que el Cielo escuche mis plegarias para que ese niño sea durante toda su vida una alegría, un consuelo y un orgullo! ¡Que la ame y la respete cuando sea anciana! ¡Que la socorra hasta el último instante! ¡Que sea un ángel para ella aquí como en el otro mundo!

—¡Amén! —exclamó mi tía.

—La joven se había mostrado al principio tímida y asustadiza —dijo el señor Peggotty—, y se quedaba a cierta distancia con su máquina de hilar, o de lo que fuera, mientras Emily hablaba con los niños. Pero mi sobrina había advertido su presencia, y se había acercado a conversar con ella; como la recién casada quería mucho a los niños, no habían tardado en congeniar. Hasta tal punto que siempre que Emily pasaba por allí, la mujer le regalaba flores. Y era ella precisamente quien ahora le preguntaba qué le había ocurrido. Emily se lo contó y la joven... se la llevó a su casa. Sí, eso fue lo que hizo. Se la llevó a su casa —añadió el señor Peggotty, cubriéndose el rostro.

Desde la noche en que Emily se marchó, nada parecía haberle conmovido tanto como aquel acto de bondad. Ni mi tía ni yo quisimos interrumpirle.

—Era una pequeña cabaña, como pueden suponer —exclamó, tras unos instantes de silencio—, pero encontró un rincón donde esconder a Emily (su marido estaba en la mar), y consiguió que sus vecinos (que no eran muchos) también guardaran el secreto. Emily cayó enferma, con mucha fiebre, y lo que me parece muy extraño (aunque quizá la gente instruida sepa encontrar una explicación) es que olvidó el idioma de aquel país y sólo sabía hablar el suyo

propio, que nadie comprendía. Recuerda, como si fuera un sueño, que estaba acostada, hablando sin cesar su propia lengua, convencida de que la vieja gabarra se encontraba tras el siguiente cabo, en la bahía; rogaba y suplicaba que enviaran a alguien a avisarnos de que se moría, y que volviera al menos con una palabra de perdón. La mayor parte del tiempo imaginaba que el hombre que he mencionado antes estaba al acecho tras la ventana; o que el culpable de su situación se encontraba en el cuarto... y entonces gritaba a la bondadosa joven que no la abandonara, aunque sabía que ésta no podía entenderla, y temía que se la llevaran por la fuerza. Seguía viendo fuego delante de los ojos y oyendo un estruendo a su alrededor; y no existía el hoy, ni el ayer, ni el mañana. Pero todo lo que había ocurrido o habría podido ocurrir en su vida, y todo lo que no había ocurrido ni podría ocurrir jamás, se agolpaba en su cabeza... y ella se sentía confusa y contrariada, ¡y, sin embargo, cantaba y se reía de todo! No sé cuánto duró aquello; pero luego cayó en un profundo sueño, más fuerte que su propio ser; y en ese sueño se sumió en la debilidad de la más desvalida criatura.

Al llegar aquí se detuvo, como si necesitara recuperarse de los horrores de su propia descripción. Después de guardar silencio unos instantes, continuó su relato.

—Emily se despertó una hermosa tarde; tan apacible que no se oía otra cosa que el murmullo de aquel mar azul sin mareas. Al principio creyó que estaba en casa, un domingo por la mañana; pero las hojas del emparrado que vio por la ventana, y a lo lejos colinas, no eran las de su tierra, y se sintió confundida. Más tarde entró su amiga y se sentó al lado de la cama; y entonces supo que la vieja gabarra no estaba tras el siguiente cabo, en la bahía, sino muy lejos; y recordó dónde se encontraba y por qué; y estalló en sollozos sobre el pecho de la bondadosa joven, donde ahora espero que repose su pequeño hijito, ¡alegrándola con sus lindos ojos!

El señor Peggotty no podía mencionar a aquella buena amiga de Emily sin que los ojos se le llenaran de lágrimas. Cualquier intento resultaba inútil; y rompió a llorar de nuevo, ¡esforzándose por bendecirla!

—Aquello fue un consuelo para Emily —prosiguió, después de una emoción que no pude contemplar sin conmoverme; en cuanto a mi tía, no dejaba de llorar—; aquello fue un consuelo para ella y empezó a mejorar. Pero había olvidado por completo el idioma del país y se veía obligada a hablar por señas. Siguió mejorando día a día, lentamente, e intentó aprender los nombres de las cosas más comunes, nombres que parecía no haber oído nunca, hasta un

atardecer en que vio desde su ventana a una niña que jugaba en la playa. De pronto la pequeña le tendió la mano y pronunció unas palabras que en inglés significaban: «¡Hija de pescador, mira qué concha tan bonita!». Pues han de saber que todos la llamaban al principio «Hermosa señora», como es habitual en aquellas tierras, pero ella les había enseñado a llamarla «Hija de pescador». La niña dijo de pronto: «Hija de pescador, mira qué concha tan bonita»; y entonces Emily la entendió; y le contestó, llorando de alegría; ¡y se acordó de todo!

»Cuando recobró sus fuerzas –añadió el señor Peggotty, después de otro breve silencio–, buscó el modo de dejar a la bondadosa joven y volver a su país. Para entonces, el marido había regresado a casa; y los dos la ayudaron a embarcar en un pequeño carguero que salía rumbo a Livorno, y después se dirigía a Francia. Tenía un poco de dinero, pero ellos se negaron a aceptarlo. ¡Supongo que me alegro, a pesar de lo pobres que eran! Lo que hicieron por ella está guardado donde ni las polillas ni el moho corrompen, y donde los ladrones ni socavan ni roban.^[108] Señorito Davy, ningún tesoro del mundo durará más que su buena acción.

»Emily llegó a Francia y empezó a trabajar de doncella en una posada del puerto. Pero un día apareció allí esa serpiente... ¡Espero que no se me acerque jamás! ¡No sé qué daño sería capaz de hacerle! Y, tan pronto como Emily lo vio, antes de que él advirtiera su presencia, el miedo y la locura volvieron a apoderarse de ella, y salió huyendo hasta del aire que él respiraba. Regresó a Inglaterra y desembarcó en Dover.

»No sé con certeza cuándo empezó a faltarle valor –exclamó el señor Peggotty–; pero, durante toda la travesía, había pensado en volver a su querido hogar. En cuanto pisó Inglaterra, se encaminó hacia Yarmouth. Pero el temor de que no la perdonaran, el temor de que la señalasen con el dedo, el temor de que alguno de nosotros hubiera muerto por su culpa, el temor de muchas cosas, la empujó a cambiar de idea, casi por la fuerza. «Tío, tío –me ha explicado–, ¡lo que más me aterrorizaba era no ser digna de hacer lo que mi corazón destrozado tanto anhelaba! Me alejé de casa, aunque en todas mis plegarias pedía a Dios que una noche me dejase llegar a rastras hasta el viejo escalón de entrada; y después de besarlo, y de apoyar en él mi malvado rostro, que me encontraran allí muerta por la mañana».

»Vino a Londres –dijo el señor Peggotty, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo temeroso–. Ella... que nunca había pisado esta ciudad... sola... sin un penique... tan joven... tan bonita... vino a Londres. Nada más

llegar, sumida en la desesperación, conoció a alguien a quien creyó una amiga; una amable mujer que le sugirió que trabajara de costurera, lo que Emily mejor sabía hacer, y que prometió conseguirle muchos encargos, proporcionarle un lugar donde pasar la noche, y buscar confidencialmente noticias de su familia al día siguiente. Cuando mi pequeña –exclamó, alzando una voz llena de gratitud que le hizo estremecerse de la cabeza a los pies– estaba al borde de un abismo que no me atrevo siquiera a imaginar... ¡Martha, fiel a su promesa, la salvó!

No pude reprimir un grito de alegría.

–Señorito Davy –prosiguió, agarrando mi mano con fuerza–, fue usted el primero que me habló de esa joven. ¡Gracias, señor! Ella fue sincera con nosotros. Sabía, por su amarga experiencia, dónde vigilar y cómo proceder. Y lo hizo. ¡Y Dios la guió! Llegó, pálida y agitada, hasta donde Emily dormía. «Levántate –le dijo– ¡huye de algo peor que la muerte y ven conmigo!» Las personas que había en la casa quisieron detenerla, pero menos habrían podido detener el mar. «Aléjense de mí –exclamó Martha–, soy un fantasma que viene a sacarla de su tumba». Le contó a Emily que me había visto, y que sabía que yo la quería y la había perdonado. La vistió rápidamente y se la llevó, desfallecida y temblorosa, del brazo. Prestó la misma atención a cuanto le decían que si estuviera sorda. Avanzó entre aquella gente con mi pequeña, como si no existiera nadie más; ¡y la sacó sana y salva, en medio de la noche, de aquel antro de perdición!

»Cuidó de Emily –continuó el señor Peggotty, que había soltado mi mano, y había puesto la suya en su agitado pecho–; cuidó de Emily, que estaba postrada en la cama, exhausta, y a veces deliraba, hasta muy avanzada la mañana. Entonces fue a buscarme a mí, y después a usted, señorito Davy. No le contó a Emily dónde iba, por temor a que le faltara valor y decidiera huir. Me gustaría saber cómo se enteró de su paradero esa dama tan cruel. Si el individuo del que hemos hablado la vio entrar en la casa, o (lo que es más probable, en mi opinión) la mujer que engañó a Emily le dio la información, ¡qué importa! ¡Hemos encontrado a mi sobrina!

»Emily y yo hemos pasado toda la noche juntos –dijo el señor Peggotty–. En ese tiempo, es poco lo que me ha contado con palabras, en medio de sus lágrimas de dolor; y es menos lo que he visto de su querido rostro, que creció junto al fuego de mi hogar. Pero, durante toda la noche, sus brazos han rodeado mi cuello, y su cabeza ha reposado aquí; y los dos sabemos muy bien que siempre podremos confiar el uno en el otro.

El señor Peggotty dejó de hablar; y la mano que tenía apoyada en la mesa, completamente inmóvil, mostraba una determinación capaz de vencer a un león.

—Para mí fue como un rayo de luz, Trot —dijo mi tía, enjugándose los ojos—, tomar la decisión de ser la madrina de tu hermana Betsey Trotwood, que tanto me defraudó; después de eso, nada me complacería más que convertirme en la madrina del hijito de esa bondadosa joven.

El señor Peggotty asintió con la cabeza, dando a entender que comprendía los sentimientos de mi tía, pero prefirió no hacer ninguna referencia verbal al asunto tratado por ella. Todos nos quedamos en silencio, sumidos en nuestras propias reflexiones (mi tía se enjugaba las lágrimas, unas veces llorando con movimientos convulsivos y otras riendo y llamándose tonta), hasta que yo dije:

—Supongo que es innecesario preguntárselo, pero ¿ha hecho planes para el futuro, querido amigo?

—Por supuesto, señorito Davy —me respondió—; y le he contado a Emily que hay países inmensos lejos de aquí. Nuestra vida futura transcurrirá al otro lado del mar.

—Van a emigrar juntos, tía —señalé.

—¡En efecto! —exclamó el señor Peggotty, con una sonrisa esperanzada—. Nadie podrá hacerle el menor reproche a mi pequeña en Australia. ¡Allí empezaremos una nueva vida!

Quise saber si había fijado la fecha de su partida.

—He ido a los muelles esta mañana temprano, señor —contestó—, para enterarme de cuándo salen los barcos. Dentro de seis semanas o dos meses, zarpará uno; lo he visto esta mañana... he subido a bordo... y haremos la travesía en él.

—¿Los dos solos? —inquirí.

—¡Sí, señorito Davy! —repuso—. Mi hermana está tan encariñada con usted y con los suyos, y tan acostumbrada a no pensar más que en su propio país, que no sería justo dejarla venir con nosotros. Además, tiene que cuidar de alguien, señorito Davy; no podemos olvidarlo.

—¡Pobre Ham! —exclamé.

—Mi bondadosa hermana se ocupa de su casa, señora, y él la quiere mucho

—explicó el señor Peggotty a mi tía—. Se sienta a su lado y conversa con ella, con ánimo sereno, cuando es incapaz de despegar los labios delante de otra persona. ¡Pobre muchacho! —agregó, moviendo la cabeza—. ¡No puede perder lo poco que le queda!

—¿Y la señora Gummidge? —pregunté.

—Es un asunto al que he dado muchas vueltas, se lo aseguro —replicó el señor Peggotty, con una mirada perpleja que fue aclarándose a medida que hablaba—. Verá, cuando la señora Gummidge se acuerda de su viejo no puede decirse que sea una compañía agradable. Entre usted y yo, señorito Davy (y usted también, señora), cuando a la señora Gummidge le da por lloriquear, los que no conocieron a su marido, la encuentran bastante irritable. Yo la comprendo porque sí le conocí —añadió—, y sé lo que valía; pero, como es natural, a los demás no les ocurre lo mismo.

Mi tía y yo asentimos.

—Es posible que mi hermana —prosiguió el señor Peggotty—, y digo que es posible, no que sea cierto, encontrara de vez en cuando a la señora Gummidge un poco molesta. Por ese motivo, no es mi intención dejarla con ella y con Ham, sino buscarle un hogar donde no le falte de nada. De modo que le asignaré una pensión, antes de marcharme, para que viva con desahogo. No hay ninguna mujer tan leal como ella. No podemos pedirle que, a su edad, sola y desamparada, la pobre anciana tenga que surcar los mares y atravesar bosques y desiertos de un país nuevo y muy lejano. Así, pues, eso es lo que haré con ella.

No se olvidaba de nadie. Pensaba en las necesidades y en el bienestar de todos, excepto en los suyos.

—Emily —continuó— se quedará conmigo (¡pobrecilla, necesita tanta paz y sosiego!) hasta el momento de embarcarnos. Se encargará de confeccionar la ropa que necesitemos; y espero que sus penas empiecen a parecerle más remotas hallándose de nuevo al lado de su tosco pero cariñoso tío.

Mi tía asintió con la cabeza, y el señor Peggotty se sintió sumamente satisfecho con aquella confirmación de sus esperanzas.

—Una cosa más, señorito Davy —exclamó, metiendo la mano en el bolsillo del chaleco y sacando con gesto grave el pequeño fajo de papeles que yo había visto con anterioridad, y que desdobló encima de la mesa—. Aquí están los billetes de cincuenta y de diez libras. Deseo añadir a esta cantidad el

dinero que tenía Emily cuando se escapó de su encierro. Le he preguntado cuánto era (sin decirle por qué) y lo he sumado. No soy un hombre instruido. ¿Tendría la amabilidad de comprobar si está bien?

Me entregó una hoja de papel, excusándose por su ignorancia, y me observó mientras yo revisaba sus cálculos. Eran correctos.

—Gracias, señor —dijo, cogiéndola de nuevo—. Si no le parece mal, señorito Davy, pondré este dinero dentro de un sobre dirigido a él, poco antes de mi partida; y lo meteré dentro de otro sobre, dirigido a su madre. Le diré, en pocas palabras, cuál es su procedencia; y que me he marchado y no podrá devolvérmelo.

Le contesté que me parecía bien... que estaba plenamente convencido de que era bueno hacerlo, puesto que él consideraba que era lo más justo.

—He dicho antes que me faltaba una cosa —prosiguió con una sonrisa de preocupación, después de doblar el pequeño fajo y guardarlo en el bolsillo—, pero en realidad eran dos. Cuando salía de casa esta mañana, no estaba muy seguro de poder anunciar a Ham en persona lo que, gracias a Dios, había ocurrido. De modo que, una vez en la calle, le escribí una carta para comunicárselo y la envié por correo. Le he dicho que iría mañana a casa para solucionar mis pequeños asuntos y, probablemente, para despedirme de Yarmouth.

—¿Quiere que vaya con usted? —le pregunté, comprendiendo que dejaba algo sin decir.

—Si pudiera hacerme ese gran favor, señorito Davy —replicó—. Sé que su presencia les reconfortará un poco.

Mi pequeña Dora se sentía muy animada y tenía ganas de que yo fuera (eso me dijo cuando se lo comenté), de modo que en seguida prometí acompañar al señor Peggotty, tal como él quería. A la mañana siguiente, en consecuencia, estábamos en la diligencia de Yarmouth, haciendo de nuevo el viejo recorrido.

Al pasar esa noche por una calle tan familiar (el señor Peggotty cargado con mi maleta, a pesar de todas mis protestas), eché una ojeada a la tienda de Omer y Joram, y vi allí a mi viejo amigo el señor Omer, fumando su pipa. Yo me resistía a estar presente cuando el señor Peggotty se reuniera con su hermana y con Ham; el señor Omer me sirvió de disculpa para quedarme atrás.

—¿Cómo se encuentra el señor Omer después de tanto tiempo? —pregunté, entrando en su tienda.

Dispersó el humo de su pipa, a fin de poder verme mejor, y no tardó en reconocermme con gran alegría.

—Debería levantarme, señor, para agradecer el honor de esta visita —exclamó—, pero mis piernas no están del todo bien, y me llevan de un lado para otro con la ayuda de unas ruedas. No obstante, si exceptuamos mis piernas y mi respiración, me alegro de poder decir que me encuentro tan sano como el que más.

Le felicité por su buen aspecto y su buen humor, y constaté que su sillón tenía ruedas.

—Es un sistema ingenioso, ¿verdad? —dijo, siguiendo mi mirada y sacando brillo al brazo de su asiento—. Se mueve con la ligereza de una pluma y avanza con la seguridad de una diligencia. La pequeña Minnie, mi nieta, ya sabe, la hija de Minnie, coge impulso, le da un empujón y ¡allá vamos los dos, felices y contentos! Y le diré algo más: no hay un sillón mejor donde fumar en pipa.

Jamás he conocido a nadie que supiera sacar más partido de las cosas que el señor Omer; siempre encontraba su lado gracioso. Se mostraba tan radiante como si el sillón, el asma y la parálisis de sus piernas fueran las distintas piezas de un gran invento destinado a aumentar el placer de fumar una pipa.

—Le aseguro que me entero de muchas más cosas desde este sillón —afirmó—. Le sorprendería ver la cantidad de gente que entra a charlar conmigo a lo largo del día. ¡Ya lo creo que le sorprendería! Y los periódicos parecen llevar el doble de noticias desde que me he aficionado a este sillón. En cuanto a la lectura en general, ¡válgame Dios, de cuántas cosas me entero! Por eso me siento tan pletórico, ¿sabe? Si hubieran sido mis ojos, ¿qué habría hecho? Si hubieran sido mis oídos, ¿qué habría hecho? Pero, tratándose de mis piernas, ¡qué más da! No me servían sino para hacerme jadear más. Y ahora, si quiero salir a la calle o bajar a la playa, no tengo más que llamar a Dick, el aprendiz más joven de Joram, y allá me voy en mi propio carruaje, ¡como si fuera el alcalde de Londres!

Al decir esto, estuvo a punto de ahogarse de risa.

—¡Que Dios le bendiga! —exclamó el señor Omer, cogiendo de nuevo su pipa—. A mal tiempo buena cara; es algo que todos los hombres han de

comprender en esta vida. A Joram le va muy bien el negocio. ¡Es un negocio excelente!

—Me alegro de oírlo.

—Estaba seguro —dijo el señor Omer—. Y Joram y Minnie siguen tan enamorados como siempre. ¿Qué más puede pedir un hombre? ¿Qué valen sus piernas al lado de eso?

El desprecio supremo que mostraba por sus piernas, mientras fumaba en su sillón, es una de las excentricidades más divertidas con que me he tropezado en la vida.

—Y desde que me he puesto a leer, usted se ha puesto a escribir, ¿no es cierto, señor? —exclamó el señor Omer, mirándome con admiración—. ¡Qué hermoso libro el suyo! ¡Qué frases! Lo leí de cabo a rabo... de cabo a rabo. ¡Y sin que me entrase nada de sueño!

Expresé riendo mi satisfacción, pero he de confesar que esta asociación de ideas me pareció significativa.

—Le doy mi palabra de honor, señor —prosiguió—, de que, cuando ponga esa obra encima de la mesa y contemplo sus tres volúmenes,^[109] separados e independientes... uno, dos, tres... me siento tan orgulloso como Polichinela de pensar que he tenido el honor de relacionarme con su familia. Hace mucho tiempo de eso, ¿verdad? Allí en Blunderstone... donde colocamos a un chiquitín al lado de su madre. Y era usted tan pequeño entonces... ¡Válgame Dios!

Cambié de tema mencionando a Emily. Después de asegurarle que no había olvidado su interés por la joven, ni el cariño con que siempre la había tratado, le conté, sin entrar en detalles, el modo en que su tío la había encontrado, gracias a la ayuda de Martha; sabía que el anciano se alegraría. Escuchó mis palabras con la mayor atención y, cuando hube terminado, dijo conmovido:

—¡Me siento tan complacido, señor! Es la mejor noticia que he recibido en mucho tiempo. ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! ¿Y qué van a hacer ahora por la infortunada Martha?

—Toca usted un asunto en el que llevo pensando desde ayer —respondí—, pero sobre el que todavía no puedo darle información, señor Omer. Es un asunto delicado, y el señor Peggotty no ha hecho la menor alusión a él. Pero estoy seguro de que no lo ha olvidado. Jamás olvida nada que sea bueno y

desinteresado.

—Porque, sabe usted —prosiguió el señor Omer—, decidan lo que decidan, me gustaría colaborar. Inscríbame con la cantidad que le parezca correcta y avíseme. Nunca creí que esa muchacha fuera mala, y me satisface ver que no me equivocaba. Mi hija Minnie también se alegrará. Las jóvenes son a veces criaturas contradictorias —su madre era igual que ella—, pero tienen buen corazón. En realidad, lo de Minnie con Martha no es más que una pose. No intentaré explicarle por qué adopta esa actitud. Pero es sólo fachada. En privado, haría cualquier cosa por Martha. Así que inscríbame con la cantidad que le parezca correcta, ¿me hará ese favor? Y envíeme unas líneas diciéndome dónde enviarla. ¡Válgame Dios! —exclamó el señor Omer—. Cuando un hombre se acerca al momento en que los dos extremos de la vida se tocan; cuando, por muy animoso que sea, se ve llevado de aquí para allá por segunda vez en una especie de cochecito infantil, debería sentirse muy feliz de realizar una buena obra si está en su mano. Lo que desea es realizar muchas. Y no hablo exclusivamente de mí —añadió el anciano—; a mi modo de ver, todos nos dirigimos hacia el pie de la colina, cualquiera que sea nuestra edad, ya que el tiempo no se detiene un solo instante. ¡Así que hagamos buenas obras, y que eso nos llene de alegría!

Sacudió la ceniza de su pipa, y colocó ésta en un pequeño anaquel en la parte posterior del sillón, construido expresamente para ese fin.

—Y el primo de Emily, con el que se tenía que haber casado —dijo el señor Omer, frotándose suavemente las manos—, ¡uno de los mejores jóvenes de Yarmouth! A veces viene por las tardes a charlar conmigo, o a leerme algo durante una hora. ¡A eso le llamo yo ser bondadoso! Toda su vida es pura bondad.

—Ahora voy a verle.

—¿De veras? Pues dígame que me encuentro bien y que le envío mis respetos. Minnie y Joram han ido a un baile. Si hubieran estado en casa, se habrían sentido tan orgullosos como yo de verlo. Minnie no quiere salir casi nunca, «a causa de papá», como ella dice. De modo que esta noche le he jurado que, si no iba, me acostaría a las seis. El resultado es que ahora está bailando con Joram —exclamó, riéndose tanto del éxito de su estratagema que hasta su sillón pareció temblar.

Estreché su mano y le di las buenas noches.

—Un momento, señor —dijo el anciano—. Si se marchara sin ver a mi

elefantita, se perdería lo mejor. ¡Jamás ha visto nada igual! ¡Minnie!

Una vocecita musical contestó desde algún lugar del piso superior: «¡En seguida voy, abuelo!» y una preciosa niña de largos cabellos rubios y rizados entró corriendo en la tienda.

—Ésta es mi elefantita, señor —explicó el señor Omer, acariciando a la pequeña—. De raza siamesa. ¡Vamos, elefantita!

La elefantita dejó abierta la puerta de la sala, lo que me permitió ver que ésta se había convertido, recientemente, en el dormitorio del señor Omer, al que debía de ser muy difícil llevar arriba; y luego la niña apoyó su lindo rostro, oculto tras sus largos cabellos, contra el respaldo del sillón de su abuelo.

—Ya sabe, señor —dijo el anciano, guiñando un ojo—, que el elefante embiste contra cualquier cosa. ¡Elefantita! A la una, a las dos... ¡a las tres!

A esta señal, la elefantita, con una destreza asombrosa en un animal tan pequeño, dio la vuelta al sillón con el señor Omer en él y lo metió atropelladamente en la sala sin rozar el marco de la puerta; el señor Omer, mientras tanto, disfrutaba como un loco de su hazaña y se volvía hacia mí como si aquél fuera el premio de una vida de esfuerzo.

Después de dar un paseo por la ciudad, me dirigí a casa de Ham. Peggotty se había trasladado definitivamente a ella; y había alquilado su casa al sucesor del señor Barkis en el negocio de los transportes, el cual le había pagado un buen precio por la clientela, el carro y el caballo. Creo que se trataba del mismo cuadrúpedo perezoso que conducía el señor Barkis.

Los encontré en la cocina, limpia y reluciente, acompañados de la señora Gummidge, a la que el señor Peggotty había ido a buscar a la vieja gabarra. No creo que ninguna otra persona hubiera logrado que abandonase su puesto. Era evidente que el señor Peggotty se lo había contado todo. Tanto Peggotty como la señora Gummidge se enjugaban las lágrimas con el delantal, y Ham acababa de salir a «dar una vuelta por la playa». No tardó en regresar a casa, y se alegró mucho de verme; espero que mi presencia les ayudara a sentirse mejor. Hablamos, casi con animación, de la fortuna que ganaría el señor Peggotty en el nuevo país, y de las maravillas que nos describiría en sus cartas. No pronunciamos jamás el nombre de Emily, pero nos referimos a ella en más de una ocasión. Ham parecía el más sereno de todos.

Pero Peggotty me contó, cuando me acompañó con una vela hasta el

pequeño dormitorio donde el libro de los cocodrilos me esperaba encima de una mesa, que siempre se comportaba así. Estaba convencida (me dijo, llorando) de que tenía el corazón destrozado; aunque se mostrara alegre y cariñoso y trabajase más y mejor que cualquier carpintero de ribera de la zona. A veces, por las noches, recordaba su antigua vida en la gabarra; y entonces hablaba de Emily cuando era niña, como si jamás hubiera crecido.

Creí leer en el rostro de Ham que deseaba hablar conmigo a solas. Por ese motivo, decidí salirle al encuentro al día siguiente por la tarde, cuando volviera de su trabajo. Después de tomar esta decisión, me quedé dormido. Aquella noche, por primera vez desde hacía mucho tiempo, no hubo ninguna vela encendida en la ventana, y el señor Peggotty se balanceó en su vieja hamaca y escuchó el silbido del viento alrededor de su cabeza, como antaño.

Al día siguiente, estuvo muy ocupado: vendió su bote y sus aparejos de pesca, y empaquetó y envió a Londres, en un carro, cuantos pequeños utensilios domésticos consideró necesarios, deshaciéndose de los demás o regalándoselos a la señora Gummidge. Ésta pasó toda la jornada con él. Como yo sentía el doloroso deseo de ver la vieja gabarra una vez más, antes de que la cerraran para siempre, acordé verme allí con ellos al atardecer. Pero organicé las cosas para poder encontrarme antes con Ham.

No me fue difícil salirle al camino, ya que sabía dónde trabajaba. Me encontré con él en una zona solitaria de la playa, que él debía atravesar, y di media vuelta para andar a su lado, a fin de que tuviera tiempo de hablar conmigo si así lo deseaba. La expresión de su rostro no me había engañado. Apenas habíamos empezado a andar cuando me dijo, sin mirarme:

—Señorito Davy, ¿la ha visto usted?

—Sólo durante unos instantes, cuando se había desvanecido —respondí dulcemente.

Caminamos un poco más, y él añadió:

—Señorito Davy, ¿cree que volverá a verla?

—Quizá sea demasiado doloroso para ella —respondí.

—Sí... eso había pensado —exclamó—. Seguro que lo es, señor, seguro que lo es.

—Sin embargo, Ham —le dije con delicadeza—, si hay algo que pueda escribirle de tu parte, en caso de que me sea imposible hablar con ella; si hay

algo que quieres que le comunique en tu nombre, lo consideraría un deber sagrado.

—No me cabe la menor duda. Se lo agradezco, señor; es usted muy amable. Creo que hay algo que me gustaría decirle o escribirle.

—¿Y qué es, Ham?

Continuamos andando en silencio, y en seguida dijo:

—No se trata de que sepa que la perdono. No, no es eso. Lo que deseo es pedirle que me perdone por haberle impuesto mi amor. A veces pienso que, si no le hubiera hecho prometerme que se casaría conmigo, señor, tal vez hubiese confiado en mí como un amigo; y me habría contado la lucha que libraba en su interior, y me habría pedido consejo y yo habría podido salvarla.

—¿Es eso todo, Ham? —inquirí, apretando su mano.

—Aún hay algo más —contestó—, si soy capaz de decirlo, señorito Davy.

Seguimos caminando, más de lo que habíamos caminado hasta entonces, sin que él volviera a hablar. Ham no lloraba en las pausas que expresaré con puntos suspensivos. Sólo trataba de elegir bien sus palabras para hacerse comprender mejor.

—Yo la amaba... y todavía amo su recuerdo... demasiado profundamente... para hacerle creer que soy un hombre feliz. Sólo podría serlo... si la olvidara... y me temo que no podría soportar que le dijeran eso. Pero si usted, que es un caballero instruido, señorito Davy, encontrase el modo de hacerle creer que no he sufrido tanto... aunque todavía la amo y lloro por ella... cualquier cosa que la convenciera de que no estoy cansado de la vida... aunque espero verla, libre de toda culpa, allí donde acaba la agitación de los malvados y reposa la gente ya sin fuerzas...^[110] cualquier cosa que aliviara su remordimiento... aunque sepa que no me casaré jamás y que nadie podrá reemplazarla... yo le pediría que se lo dijera... y también que rezo por ella... a la que tanto amé.

Apreté de nuevo su fuerte mano, y prometí decirle todo aquello a Emily lo mejor que supiera.

—Se lo agradezco, señor —repuso—. Ha sido muy amable al venir a mi encuentro. Y al acompañar al señor Peggotty hasta aquí. Señorito Davy, mi tía irá a Londres antes de que embarquen, y todos se reunirán una vez más, pero no es probable que yo vuelva a verla. Lo sé con certeza. No hablamos de eso,

pero los dos lo sabemos... y quizá sea lo mejor. Cuando se despidiera de él... en el último instante... ¿querrá transmitirle todo el afecto y el agradecimiento del huérfano para quien fue más que un padre?

También le prometí cumplir eso, fielmente.

—Gracias de nuevo, señor —dijo, estrechándome la mano con cordialidad—. Sé a dónde se dirige... ¡Adiós!

Hizo un leve gesto con la mano, como si quisiera darme a entender que no podía entrar en la vieja gabarra, y se alejó. Y, mientras yo contemplaba su figura, cruzando el vasto arenal a la luz de la luna, Ham volvió el rostro hacia una franja de luz plateada que brillaba en el mar, y siguió su camino, con los ojos fijos en ella, hasta que su sombra desapareció en la distancia.

Cuando me acerqué a la embarcación, encontré la puerta abierta; al entrar, vi que se habían llevado todos sus muebles, excepto uno de los viejos baúles, sobre el que estaba sentada la señora Gummidge, con una cesta en las rodillas y mirando al señor Peggotty. Éste, con el codo apoyado en la tosca repisa de la chimenea, contemplaba algunas brasas mortecinas en el fondo del hogar; pero levantó la cabeza con optimismo al verme entrar, y empezó a hablar muy animado.

—Tal como nos prometió, ha venido a despedirse de la vieja gabarra, ¿no es así, señorito Copperfield? —exclamó, cogiendo la vela—. No puede estar más vacía, ¿verdad?

—¡Qué bien han aprovechado el tiempo! —señalé.

—No puede decirse que hayamos holgazaneado, señor. La señora Gummidge ha trabajado como... no sé cómo ha trabajado la señora Gummidge —dijo el señor Peggotty mirándola, incapaz de encontrar una comparación suficientemente satisfactoria.

La señora Gummidge, apoyada en su cesta, no hizo la menor observación.

—¡Ahí está el pequeño baúl donde se sentaba con Emily! —me cuchicheó el señor Peggotty—. Me lo llevaré conmigo; lo cogeré en el último momento. Y ¡mire su viejo y pequeño dormitorio, señorito Davy! ¡Menos hospitalario, imposible!

Lo cierto es que el viento, aunque no soplaba con fuerza, llenaba la casa abandonada de lúgubres gemidos. No quedaba nada en mi viejo dormitorio, ni siquiera el espejito con el marco de conchas. Y pensé en las noches que había

pasado allí, cuando en mi hogar se produjo el primer gran cambio. Pensé en el niño de ojos azules que me había hechizado. Pensé en Steerforth, y me asaltó la idea absurda y terrible de que estuviera cerca, y de que yo pudiera encontrarme en cualquier momento con él.

—Creo que pasará mucho tiempo —dijo el señor Peggotty en voz baja— antes de que la gabarra encuentre nuevos inquilinos. ¡Es como si hubiera caído sobre ella una maldición!

—¿Es de alguien de la zona? —pregunté.

—De un constructor de mástiles de la ciudad —respondió el señor Peggotty—. Le daré las llaves esta noche.

Nos asomamos al otro cuartito y volvimos con la señora Gummidge, que seguía sentada en el pequeño baúl. El señor Peggotty, dejando la vela sobre la repisa de la chimenea, le pidió que se levantara para poder sacarlo al exterior antes de que se apagase la mecha.

—Daniel —dijo la señora Gummidge, abandonando de pronto su cesta y cogiéndole del brazo—, mi querido Daniel, las últimas palabras que quiero pronunciar en esta casa son que no me deje aquí. ¡No se vaya sin mí, Daniel! ¡No lo haga!

El señor Peggotty, desconcertado, miró a la señora Gummidge, me miró a mí y volvió a mirar a la señora Gummidge, como si le hubieran despertado de un sueño.

—¡No lo haga, mi querido Daniel, no lo haga! —gritó la señora Gummidge, con fervor—. ¡Lléveme con usted, Daniel! ¡Lléveme con usted y con Emily! Seré su criada, fiel y constante. Si hay esclavos en esas tierras a las que se dirige, me convertiré en su esclava y seré feliz; pero ¡no me deje aquí, Daniel, querido amigo!

—Alma bondadosa —exclamó el señor Peggotty, moviendo la cabeza—, ¡no sabe cuán largo es el camino y las penalidades que nos esperan!

—¡Sí, Daniel! ¡Puedo adivinarlo! —contestó la señora Gummidge—. Pero lo último que diré bajo este techo es que, si no me lleva, iré a morir al asilo. Puedo cavar la tierra, Daniel. Puedo trabajar. Puedo soportar una vida llena de privaciones. Puedo ser cariñosa y paciente... más de lo que cree, Daniel. ¡Si quisiera usted ponerme a prueba! No tocaría su asignación aunque me estuviera muriendo, Daniel Peggotty; pero, si me deja, ¡iré con usted y con Emily hasta el fin del mundo! Sé que piensa que me siento sola y

desamparada, pero ¡ha dejado de ser verdad, querido amigo! Llevo aquí sentada demasiado tiempo, vigilando y pensando en sus desgracias, y he aprendido la lección. ¡Señorito Davy, háblele en mi nombre! Conozco sus costumbres y las de Emily, conozco sus penas, y podré servirles de consuelo de vez en cuando, y trabajar siempre para ellos. ¡Daniel, mi querido Daniel, déjeme ir con ustedes!

Y la señora Gummidge, con gran sencillez, le cogió la mano y se la besó, con emoción y cariño, en un impulso de devoción y de gratitud que él merecía.

Sacamos el pequeño baúl, apagamos la luz y echamos la llave, dejando la vieja gabarra cerrada a cal y canto, como una pequeña mota negra en medio de la noche tormentosa. Al día siguiente, cuando regresábamos a Londres en la parte exterior de la diligencia, la señora Gummidge y su cesta ocupaban el asiento trasero, y la señora Gummidge parecía radiante.

LII

Soy testigo de una erupción

Veinticuatro horas antes de la cita misteriosa del señor Micawber, mi tía y yo deliberamos sobre el mejor modo de actuar; pues ella se mostraba reacia a separarse de Dora. ¡Ay, con qué facilidad la subía y la bajaba ahora por las escaleras!

A pesar de que el señor Micawber había estipulado que mi tía estuviera presente, consideramos preferible que ella se quedara en casa y que el señor Dick y yo la representáramos. En pocas palabras, habíamos tomado esa decisión cuando Dora desbarató nuestros planes declarando que jamás se perdonaría a sí misma, y jamás perdonaría a su malvado muchacho, si mi tía se quedaba con ella, con el pretexto que fuese.

—No pienso dirigirle la palabra —dijo Dora a mi tía, sacudiendo sus rizos—. ¡Seré muy desagradable! Haré que Jip le ladre durante todo el día. Si no va con ellos, sabré con seguridad que es una «vieja gruñona».

—¡Calla, Pequeña Flor! —se rió mi tía—. ¡Ya sabes que no puedes vivir sin mí!

—Claro que puedo —repuso Dora—. No la necesito para nada. No se pasa el día subiendo y bajando las escaleras por mí. Nunca se sienta y me cuenta historias de Doady, cuando llegó cubierto de polvo y con los zapatos destrozados, ¡pobrecito mío! Nunca hace nada para agradarme, ¿verdad, querida?

Dora se apresuró a besar a mi tía y, temiendo que se tomara en serio sus palabras, exclamó:

—¡Sí, sí que lo hace! ¡Estaba bromeando! Pero, tía —prosiguió, con aire mimoso—, escúcheme bien; tiene que ir. No la dejaré tranquila hasta que me haga caso. Haré la vida de mi malvado muchacho insoportable si no la obliga

a ir. Seré tan antipática... y ¡Jip también! Se arrepentirá durante mucho tiempo de no haberlo acompañado. Además –añadió Dora, echándose el cabello hacia atrás y mirándonos sorprendida a mi tía y a mí–, ¿por qué no habrían de ir? No estoy gravemente enferma, ¿verdad?

–¡Vaya una pregunta! –protestó mi tía.

–¡Menuda idea! –dije yo.

–¡Sí, ya sé que soy un poco boba! –exclamó Dora, mirándonos lentamente, primero a uno y después a otro, y ofreciéndonos sus lindos labios para darnos un beso, al tiempo que se recostaba en el sofá–. De modo que irán los dos, o no les creeré y me echaré a llorar.

Vi en la expresión de mi tía que empezaba a ceder; y Dora también se dio cuenta, pues su rostro se iluminó.

–Tendrán tantas cosas que contarme a la vuelta que necesitaré al menos una semana para comprenderlas –dijo Dora–. Porque sé que me costará mucho tiempo comprenderlas si hay negocios de por medio. ¡Y seguro que hay negocios de por medio! Además, si hay que hacer alguna suma, tardaré mucho en hallar el resultado; y mi malvado muchacho se sentirá muy desgraciado mientras tanto. Así que irán los dos, ¿no es cierto? Sólo estarán fuera una noche y Jip me cuidará durante su ausencia. Doady me llevará arriba antes de marcharse, y no volveré a bajar hasta que regresen; y llevarán a Agnes una carta llena de reproches, ya que ¡jamás ha venido a visitarnos!

Decidimos, sin más discusión, que iríamos los dos, y que Dora era una pequeña farsante, que fingía sentirse un poco enferma para que la mimaran. Ella se mostró feliz y complacida; y nosotros cuatro, es decir, mi tía, el señor Dick, Traddles y yo nos dirigimos aquella noche a Canterbury en la diligencia de Dover.

En el hotel donde el señor Micawber nos había pedido que le esperásemos y en el que conseguimos entrar, no sin dificultad, en mitad de la noche, encontré una carta en la que nos anunciaba su puntual llegada al día siguiente, a las nueve y media de la mañana. Después de leerla, nos fuimos temblando de frío –a esas horas tan intempestivas– a nuestras respectivas camas, atravesando varios pasillos mal ventilados, que, por su olor, parecían llevar siglos sumergidos en una mezcla de sopa y de caballerizas.

Salí por la mañana temprano a recorrer de nuevo mis viejas, queridas y tranquilas calles, a la sombra de sus venerables pórticos e iglesias. Los grajos

volaban alrededor de las torres de la catedral; y éstas, dominando siempre la misma extensión de fértiles campos y alegres riachuelos, cortaban el aire luminoso de la mañana como si en este mundo nada pudiese cambiar. Pero las campanas empezaron a sonar, y me recordaron con tristeza que nada perduraba; me recordaron, asimismo, su antigüedad, y la juventud de mi hermosa Dora; y a todos aquellos que, sin haber conocido la vejez, habían vivido, amado y muerto, mientras el son de las campanas retumbaba en la armadura enmohecida del Príncipe Negro,^[111] suspendida en el interior de la catedral; y, motas de polvo en el abismo del Tiempo, sus vibraciones se perdían en el aire como los círculos en el agua.

Contemplé la vieja casa desde la esquina de la calle, pero no me acerqué a ella por temor a que me vieran y, sin pretenderlo, estropear el plan en el que había ido a colaborar. El sol de la mañana caía de costado sobre sus gabletes y sus celosías, tiñéndolos de color dorado; y algunos rayos de su vieja paz parecieron alcanzar mi corazón.

Paseé por las afueras alrededor de una hora, y luego regresé a la calle principal que, en el intervalo, había ahuyentado el sueño nocturno. Entre las gentes que se afanaban en los comercios, reconocí a mi viejo enemigo, el carnicero, que había progresado en la vida, pues tenía botas altas, un bebé y negocio propio. Estaba cuidando de su pequeño y daba la impresión de ser un excelente miembro de la sociedad.

Todos nos sentamos a desayunar muy nerviosos e impacientes. Nuestro desasosiego fue aumentando a medida que se acercaban las nueve y media. Al final, dejamos de fingir interés por la comida, que desde el principio sólo había sido para nosotros, a excepción del señor Dick, pura formalidad. Mi tía empezó a pasear de un lado a otro de la habitación, Traddles se sentó en el sofá para leer el periódico con la vista en el techo, y yo me puse a mirar por la ventana para avisar a todos de la llegada del señor Micawber. No tuve que esperar mucho tiempo, pues, a la primera campanada de la media hora, apareció en la calle.

—Ahí viene —señalé—, ¡y no lleva su traje de hombre de leyes!

Mi tía se ató las cintas del sombrero (había bajado a desayunar con él puesto) y se envolvió en su chal, como si estuviera dispuesta a todo. Traddles se abotonó el abrigo con aire resuelto. El señor Dick, inquieto por tan extraordinarios preparativos, pero juzgando necesario imitarlos, se caló el sombrero hasta las orejas con ambas manos; aunque al instante se lo volvió a

quitar para dar la bienvenida al señor Micawber.

–Caballeros, señora –exclamó éste al entrar–, ¡muy buenos días! Mi querido señor –dijo al señor Dick, que le estrechaba con frenesí la mano–, es usted sumamente bondadoso.

–¿Ha desayunado ya? –quiso saber el señor Dick–. ¡Coma una chuleta!

–No podría por nada del mundo, mi buen amigo –respondió el señor Micawber, impidiendo que tocara la campanilla–; el apetito y yo, señor Dixon, hace mucho tiempo que estamos reñidos.

El señor Dixon se mostró encantado con su nuevo nombre y, sintiéndose en deuda con el señor Micawber por habérselo puesto, volvió a estrechar su mano y rompió a reír de un modo bastante infantil.

–Dick –exclamó mi tía–, ¡cuidado!

El señor Dick logró dominarse, al tiempo que se sonrojaba.

–Y ahora, caballero –dijo mi tía al señor Micawber, poniéndose los guantes–, estamos preparados para el Vesubio, o lo que sea; cuando *usted* quiera...

–Señora –contestó él–, creo que muy pronto serán testigos de una erupción. Señor Traddles, supongo que cuento con su autorización para mencionar aquí que usted y yo hemos estado en contacto, ¿no es así?

–Es totalmente cierto, Copperfield –señaló Traddles, al ver mi expresión de sorpresa–. El señor Micawber me ha consultado sobre sus intenciones, y le he aconsejado lo mejor que he podido.

–Si no me equivoco, señor Traddles –prosiguió el señor Micawber–, lo que voy a hacer es una revelación muy importante.

–Importantísima –puntualizó Traddles.

–Tal vez en esas circunstancias, señora, caballeros –dijo el señor Micawber–, hagan ustedes el favor de someterse, por el momento, a las directrices de alguien que, aunque indigno de ser considerado otra cosa que un desecho arrojado a las orillas del género humano, continúa siendo su semejante; aunque no quede nada de su forma original, debido a sus errores individuales y a la fuerza acumulativa de una combinación de circunstancias.

–Confiamos plenamente en usted, señor Micawber –exclamé–, y haremos lo que desee.

—Señor Copperfield —repuso él—, su confianza, en la presente coyuntura, no está mal depositada. Les ruego que me den cinco minutos de ventaja; y después se presenten en las oficinas de Wickfield y Heep, de quienes soy estipendiario, y pregunten por la señorita Wickfield.

Mi tía y yo miramos a Traddles, que hizo un gesto de asentimiento.

—No tengo nada más que añadir por el momento —señaló el señor Micawber.

Dicho lo cual, ante mi infinita sorpresa, se despidió de todos con una reverencia y desapareció; su actitud no podía ser más distante y la palidez de su rostro era extrema.

Traddles se limitó a sonreír y a mover la cabeza (con los cabellos de punta) cuando le miré buscando una explicación; así que saqué mi reloj y, como último recurso, me puse a contar los cinco minutos. Mi tía, reloj en mano, siguió mi ejemplo. Cuando transcurrió el plazo fijado, Traddles le dio su brazo y nos dirigimos juntos a la vieja casa, sin decir una sola palabra por el camino.

Encontramos al señor Micawber delante de su mesa de trabajo, en el despacho circular de la planta baja, escribiendo, o fingiendo que escribía, con ahínco. Llevaba metida en el chaleco la enorme regla de la oficina, que sobresalía de su pecho más de un pie, como un nuevo tipo de chorrera.

Como me pareció que todos esperaban que yo empezara a hablar, exclamé en voz alta:

—¿Cómo está, señor Micawber?

—Señor Copperfield —respondió él gravemente—, espero que se encuentre bien.

—¿Está la señorita Wickfield en casa? —pregunté.

—El señor Wickfield se ha visto obligado a guardar cama, señor, por culpa de unas fiebres reumáticas —contestó—; pero estoy seguro de que la señorita Wickfield se alegrará de ver a sus viejos amigos. ¿Quieren seguirme, señor?

Nos condujo hasta el comedor —la primera estancia en la que yo había entrado al llegar a aquella casa— y, abriendo de par en par la puerta del antiguo despacho del señor Wickfield, anunció con voz sonora:

—¡Señorita Trotwood, señor David Copperfield, señor Thomas Traddles y señor Dixon!

Yo no había vuelto a ver a Uriah desde la noche de la bofetada. Evidentemente, nuestra visita le sorprendió; imagino que tanto como nos sorprendía a nosotros. No frunció las cejas, pues parecía carecer de ellas; pero arrugó el entrecejo hasta que sus diminutos ojos casi desaparecieron, mientras la cartilaginosa mano que llevó apresuradamente a su barbilla delataba cierta inquietud o asombro. Pero esto sólo fue así mientras entrábamos en la habitación y yo le miré por encima del hombro de mi tía. Un instante después se mostraba tan humilde y obsequioso como siempre.

—¡Qué inesperado placer! —exclamó—. ¡Recibir la visita de todos mis amigos de Saint-Paul al mismo tiempo! Señor Copperfield, espero que se encuentre usted bien y (si me permite expresar un humilde deseo) que su cariño por los que siempre serán sus amigos, lo quiera usted o no, continúe siendo el mismo. Espero que la señora Copperfield haya mejorado. Las malas noticias que hemos recibido últimamente sobre su estado de salud nos han tenido muy preocupados, se lo aseguro.

Me sentí avergonzado de permitirle que me cogiera la mano, pero ¿cómo iba a impedírselo?

—Las cosas han cambiado en este despacho, señorita Trotwood, desde los tiempos en que yo era un humilde empleado y sujetaba su poni, ¿no es cierto? —dijo Uriah, con una sonrisa sumamente forzada—. Pero yo no he cambiado, señorita Trotwood.

—En efecto, señor —respondió mi tía—, a decir verdad, creo que ha sabido ser fiel a lo que prometía de joven; tal vez le resulte grato oírlo.

—¡Gracias por su buena opinión, señorita Trotwood! —exclamó Uriah, con una de sus desgarbadas contorsiones—. Micawber, diga que avisen a la señorita Agnes... y a mi madre. ¡Mi madre se alegrará tanto de verlos! —añadió, colocando las sillas.

—¿No estaba usted ocupado, señor Heep? —preguntó Traddles, cuya mirada se había tropezado casualmente con aquellos ojos astutos y rojizos que, al mismo tiempo, nos escudriñaban y nos eludían.

—No, señor Traddles —repuso Uriah, volviendo a ocupar su sillón y apretando sus huesudas manos, con las palmas unidas, entre sus huesudas rodillas—. No tanto como quisiera. Pero ya sabe que no es fácil contentar a abogados, tiburones y sanguijuelas. Y no es que a mí y a Micawber nos falte trabajo por lo general, ya que apenas podemos contar con la ayuda del señor Wickfield. Pero le aseguro que es un placer, además de una obligación,

trabajar para *él*. Usted no conoce mucho al señor Wickfield, ¿no es así, señor Traddles? Creo que yo sólo he tenido el honor de coincidir con usted en una ocasión.

—No, no conozco mucho al señor Wickfield —replicó Traddles—; de lo contrario, tal vez hubiera venido a presentarle mis respetos hace mucho tiempo, señor Heep.

Había algo en el tono de esa contestación que empujó a Uriah a mirar de nuevo a su interlocutor con una expresión siniestra y desconfiada. Ésta desapareció, sin embargo, cuando vio el rostro bonachón, los modales sencillos y el pelo de punta de Traddles; y entonces exclamó con un movimiento convulso de todo su cuerpo, pero especialmente de su garganta:

—Lo lamento mucho, señor Traddles. Le habría admirado tanto como nosotros. Sus pequeños defectos sólo habrían servido para que se encariñara más con él. No obstante, si desea oír hablar con elocuencia de mi socio, será mejor que pregunte a Copperfield. Por si no lo sabe, la familia Wickfield es un tema que domina.

No pude rechazar su cumplido (suponiendo que lo hubiera hecho), pues Agnes entró en aquel momento acompañada del señor Micawber. No parecía tan segura de sí misma como de costumbre; era ostensible que había pasado inquietudes y fatigas. Pero su sincera cordialidad y su serena belleza brillaban con más dulzura.

Vi cómo la observaba Uriah mientras ella nos saludaba; y me recordó a un genio feo y maligno acechando a un espíritu bueno. Entretanto, el señor Micawber y Traddles intercambiaron una discreta seña; y, sin que nadie lo advirtiera excepto yo, Traddles salió de la estancia.

—Puede retirarse, Micawber —dijo Uriah.

El señor Micawber, con la mano en la regla que llevaba en el pecho, continuó erguido delante de la puerta, contemplando inequívocamente a uno de sus semejantes; y ese hombre era su jefe.

—¿A qué espera? —preguntó Uriah—. ¡Micawber! ¿No me ha oído decirle que puede retirarse?

—¡Sí! —contestó sin moverse el señor Micawber.

—Entonces, ¿por qué se queda? —insistió Uriah.

—Porque... en una palabra, me da la gana —estalló el señor Micawber.

Las mejillas de Uriah perdieron su color y adquirieron una palidez malsana, levemente teñidas aún del color rojizo que le caracterizaba. Miró atentamente al señor Micawber, y todas sus facciones pusieron de manifiesto su respiración breve y agitada.

—Como todo el mundo sabe, es usted un hombre disoluto —exclamó, esforzándose por sonreír—, y temo que va a obligarme a despedirlo. ¡Salga de aquí! Más tarde hablaré con usted.

—Si hay un canalla en este mundo —gritó el señor Micawber, con la mayor vehemencia— con el que ya he hablado demasiado, ese canalla se llama... ¡HEEP!

Uriah se echó hacia atrás, como si hubiera recibido un golpe o un picotazo. Mirándonos lentamente a todos, con la expresión más siniestra y malvada que era capaz de adoptar, dijo bajando la voz:

—¡Oh! ¡Es una conspiración! ¡Se han citado ustedes aquí! Se ha confabulado con mi escribiente, ¿no es así, Copperfield? Pues, tenga cuidado. No sacaré nada de esto. Usted y yo nos conocemos. Nunca hemos simpatizado. Siempre fue usted una criatura orgullosa, desde que llegó a esta casa; y envidia mi éxito, ¿verdad? Será mejor que olvide sus maquinaciones; ¡sabré defenderme! Micawber, salga de aquí. Luego hablaré con usted.

—Señor Micawber —dije—, este individuo ha cambiado súbitamente en varios aspectos; y no me refiero sólo al hecho extraordinario de que haya confesado la verdad sobre un pequeño detalle. Creo que se encuentra acorralado. ¡Trátelo como se merece!

—¡Menuda pandilla! —exclamó Uriah sin alzar la voz, enjugándose el sudor viscoso de la frente con su mano larga y huesuda—. ¡Sobornar a mi empleado, que es la escoria de la sociedad... al igual que lo era usted, Copperfield, antes de que alguien le ofreciera su caridad... para difamarme con sus mentiras! Señorita Trotwood, más vale que detenga todo esto; o seré yo quien detendrá a su marido antes de lo que usted quisiera. ¡No en vano conozco su historia profesionalmente, mi buena señora! Señorita Wickfield, si siente algún amor por su padre, será mejor que no se una a esta cuadrilla. Le arruinaré si lo hace. ¡Y ahora, vamos! Algunos de ustedes están en mis garras. Piénsenlo dos veces, antes de que sea demasiado tarde. Piénselo dos veces, Micawber, si no quiere que le aplaste. ¡Imbécil! Mientras tenga la oportunidad, le aconsejo que salga y que espere a que le hable. ¿Dónde está mi madre? —preguntó alarmado, percatándose de pronto de la ausencia de Traddles y tirando del

cordón de la campanilla—. ¡Bonita manera de comportarse en mi propia casa!

—La señora Heep está aquí, señor —contestó Traddles, regresando con la respetable madre de aquel respetable hijo—. Me he tomado la libertad de presentarme yo mismo.

—¿Y quién es usted para presentarse? —dijo secamente Uriah—. ¿Y qué se le ha perdido en este lugar?

—Soy el apoderado y amigo del señor Wickfield —repuso Traddles, en un tono reposado de hombre de negocios—. Y tengo en mi bolsillo un poder suyo para representarle en cualquier asunto.

—Seguro que el viejo asno ha bebido hasta quedarse alorado —exclamó Uriah, más feo que nunca—, y le han arrancado ese documento de forma fraudulenta.

—En efecto, le han arrancado algunas cosas de forma fraudulenta —afirmó Traddles, sin perder la calma—; y usted lo sabe bien, señor Heep. Con su permiso, se lo preguntaremos al señor Micawber.

—¡Ury...! —empezó a decir la señora Heep con inquietud.

—Cállese, madre —replicó—; quien mucho habla, mucho yerra.

—Pero mi Ury...

—¿Quiere callarse, madre, y dejar el asunto en mis manos?

Aunque hacía mucho tiempo que yo sabía que su servilismo era fingido y todas sus pretensiones, viles y falsas, jamás había imaginado el alcance de su hipocresía hasta que lo vi despojado de su máscara. La rapidez con que se la quitó, al comprender que no le servía de nada; la malicia, la insolencia y el odio que puso al descubierto; el modo en que se regocijó, incluso en aquel momento, de todo el mal que había causado —a pesar de estar desesperado y no saber qué tretas emplear para dominarnos—, aunque encajaba muy bien con lo que yo sabía de él, fue una sorpresa para mí, que le conocía desde hacía tanto tiempo y que le detestaba tan profundamente.

No hablaré de la mirada que me dirigió mientras nos contemplaba, uno a uno; pues siempre había comprendido que me odiaba y recordaba las marcas de mi mano en su mejilla. Pero cuando sus ojos se clavaron en Agnes, y vi su rabia porque el poder que ejercía sobre ella se le escapaba de las manos, así como la exhibición, ante su fracaso, de las odiosas pasiones que le habían empujado a aspirar a una mujer cuyas virtudes jamás habría sido capaz de

apreciar, me sublevó el pensamiento de que ella hubiera vivido, aunque fuese una hora, en compañía de ese hombre.

Después de rascarse la parte inferior de la cara y de mirarnos con aquellos malvados ojos, por encima de sus horripilantes dedos, se dirigió una vez más a mí, en un tono medio quejumbroso, medio insultante:

—¿Acaso le parece justificado, Copperfield, usted que tanto se enorgullece de su honor y esa clase de cosas, meter la nariz en mis asuntos y espiarme con la ayuda de mi empleado? Si hubiera sido *yo*, no tendría nada de extraño, pues no presumo de caballero (aunque jamás he vagabundeado por las calles, como hacía usted, según Micawber), ¡pero tratándose de *usted*! ¿Y no le da miedo actuar así? ¿No se le ha ocurrido pensar en lo que yo haría a cambio, ni en el lío en que se metería si le acusara de conspiración, etc.? Muy bien. ¡Ya veremos! Señor Cómo-se-llame, iba usted a preguntarle algo a Micawber. Ahí tiene a su árbitro. ¿Por qué no le pide que hable? Ha aprendido bien su lección, por lo visto.

Al ver que sus palabras no producían el menor efecto en mí, ni en ninguno de nosotros, Uriah se sentó en el borde de la mesa, con las manos en los bolsillos y uno de sus pies planos enroscado en la otra pierna, esperando malhumorado lo que pudiera pasar.

El señor Micawber, cuya impetuosidad yo había refrenado hasta entonces con gran dificultad, y que nos había interrumpido varias veces con la primera sílaba de la palabra ¡CA-na-lla!, sin llegar a pronunciar nunca las otras dos, se adelantó bruscamente, cogió la regla de su pecho (al parecer, a modo de arma defensiva) y sacó del bolsillo un documento de gran tamaño, doblado como si fuera una carta. Después de abrirlo, con la elegancia de antaño, y de mirar su contenido como si profesara una admiración artística por el estilo de su redacción, empezó a leer lo siguiente:

—«Querida señorita Trotwood, señores...»

—¡Bendito sea! —exclamó mi tía en voz baja—. ¡Este hombre escribiría pliegos y pliegos, aunque fuese pecado mortal!

El señor Micawber, sin oírla, prosiguió:

—«Al comparecer ante ustedes para denunciar al mayor villano que probablemente haya existido jamás —el señor Micawber, sin levantar la vista de la carta, apuntó con la regla, cual fantasmagórica porra, a Uriah Heep—, no pretendo que me traten con consideración. Víctima, desde la cuna, de

dificultades pecuniarias a las que no he podido hacer frente, he sido siempre el juguete de unas circunstancias degradantes. La Ignominia, la Necesidad, la Desesperación y la Locura me han acompañado, colectiva o separadamente, en mi carrera».

El entusiasmo con que el señor Micawber se describía a sí mismo como una presa de tan terribles calamidades sólo era equiparable al énfasis con que leía su carta; y a la especie de homenaje que brindaba a ésta moviendo la cabeza siempre que encontraba una frase verdaderamente enrevesada.

—«En una acumulación de Ignominia, Necesidad, Desesperación y Locura, entré en el despacho... o, como dirían nuestros alegres vecinos los galos, en el *Bureau*... de la sociedad nominalmente conocida como Wickfield y... HEEP, pero manejada en realidad por... HEEP únicamente. HEEP, y sólo HEEP, es el resorte de esa máquina. HEEP, y sólo HEEP, es el Falsificador y el Estafador».

Uriah, cuya palidez adquirió un tono azulado al escuchar esas palabras, se abalanzó sobre la carta como para hacerla pedazos. El señor Micawber, en un perfecto milagro de habilidad o de suerte, golpeó con la regla los nudillos que avanzaban hacia él e inutilizó su mano derecha. Ésta se dobló por la muñeca, como si estuviera rota. El ruido fue tan seco como si hubiera pegado a un trozo de madera.

—¡Váyase al diablo! —exclamó Uriah, retorciéndose de dolor, lo que era algo nuevo—. ¡Ya me las pagará!

—Acérquese de nuevo a mí, usted... usted... infame HEEP —dijo con voz entrecortada el señor Micawber—, y, si su cabeza es humana, la romperé. ¡Vamos, acérquese!

Creo que nunca he visto un espectáculo más cómico (y fui consciente de eso incluso en aquel instante) que el señor Micawber poniéndose en guardia con la regla, como si fuera un sable, y gritando: «¡Acérquese!», mientras Traddles y yo le empujábamos hacia un rincón, del que se empeñaba en volver a salir.

Su enemigo, hablando entre dientes, después de retorcer durante unos instantes la mano herida, sacó lentamente el pañuelo para vendársela; luego la sujetó con la otra mano y, sentándose en su mesa, bajó la cabeza con expresión malhumorada.

Cuando el señor Micawber logró serenarse lo suficiente, prosiguió la

lectura:

—«Los emolumentos estipendiarios que me empujaron a entrar al servicio de... HEEP —siempre se detenía antes de llegar a ese apellido, y lo pronunciaba con una energía asombrosa— no habían sido estipulados, si exceptuamos la miseria de veintidós chelines y seis peniques semanales. El resto dependía del valor de mis servicios profesionales; para decirlo de un modo más expresivo, de la ruindad de mi carácter, de la codicia de mis móviles, de la pobreza de mi familia, del parecido moral (o más bien inmoral) entre... HEEP y yo. ¿Será preciso decir que no tardé en verme obligado a solicitar de... HEEP anticipos pecuniarios para atender las necesidades de la señora Micawber y nuestra infortunada, pero cada vez más numerosa, familia? ¿Será preciso decir que esas necesidades habían sido previstas por... HEEP? ¿Que esos anticipos me fueron entregados a cambio de unos reconocimientos de deuda y otros documentos similares, autorizados por las instituciones jurídicas de este país? ¿Que así fue como caí en la red que él había tendido para capturarme?»

La satisfacción que procuraban al señor Micawber sus dotes epistolares, al describir aquella triste situación, parecía compensar con creces cualquier dolor o inquietud que la realidad le hubiera causado. Continuó leyendo:

—«Fue entonces cuando... HEEP comenzó a depositar su confianza en mí, algo necesario para la ejecución de sus prácticas infernales. Fue entonces cuando empecé a quedarme, para expresarlo de un modo shakespeariano, consumido, flaco y débil.^[112] Me di cuenta de que mis servicios eran constantemente requeridos para falsificar documentos y confundir a un individuo al que llamaré señor W. Se abusaba de ese señor W., que era tenido en la ignorancia y engañado de todas las maneras posibles; mientras tanto, sin embargo, el rufián de... HEEP mostraba una gratitud y una amistad sin límites por ese caballero al que tanto maltrataba. Esto era ya bastante malo; pero, como dice el príncipe y filósofo danés, con esa aplicabilidad universal que constituye el glorioso ornamento de la era isabelina, aún queda lo peor».^[113]

El señor Micawber estaba tan orgulloso de haber redondeado felizmente el párrafo con una cita que, con la excusa de haberse perdido, se dio el placer (y nos lo dio a nosotros) de leer la frase por segunda vez.

—«No es mi intención —prosiguió— enumerar con todo detalle, dentro de los límites de la presente epístola (si bien lo he hecho constar en otro escrito), las ilegalidades de importancia secundaria realizadas en perjuicio del

individuo al que he llamado señor W., y en las que he sido consentidor tácito. Mi propósito, cuando cesó la lucha que se libraba en mi interior entre cobrar o no cobrar, comer o no comer, vivir o no vivir, fue aprovechar todas las oportunidades que se me presentaran para descubrir y desenmascarar las importantes ilegalidades cometidas en terrible detrimento de ese caballero por... HEEP. Empujado por la voz de mi conciencia, y por la voz no menos suplicante y conmovedora de... una persona a la que denominaré brevemente señorita W., me consagré a la ardua tarea de investigador clandestino, que se ha prolongado, a mi leal saber y entender, durante más de doce meses».

Leyó este párrafo como si se tratara de una ley parlamentaria; y pareció cobrar nuevos y majestuosos bríos con el sonido de las palabras.

—«Mis acusaciones contra... HEEP —siguió leyendo, al tiempo que lo miraba y colocaba la regla debajo del brazo izquierdo, a fin de tenerla preparada en caso de necesidad— son las siguientes...»

Creo que todos contuvimos la respiración. Estoy convencido de que también Uriah.

—«En primer lugar —dijo el señor Micawber—, cuando las facultades y la memoria del señor W., por razones que no es necesario ni oportuno exponer, empezaron a decaer para los negocios... HEEP complicó y embarulló a propósito todas las transacciones oficiales. Cuando el señor W. se hallaba menos capacitado para ocuparse de un asunto... HEEP siempre se encontraba a su lado para obligarle a resolverlo. En esas circunstancias, obtenía la firma del señor W. para documentos de importancia, simulando que eran irrelevantes. Logró, así, que el señor W. le autorizase a retirar una suma de dinero en depósito que ascendía a doce mil seiscientos catorce libras, dos chelines y nueve peniques, que empleó para hacer frente a supuestos gastos o déficits que estaban ya cubiertos o nunca habían existido. Organizó las cosas para que pareciera que tanto las intenciones como la conducta del señor W. habían sido deshonestas; y se ha servido de esto, desde entonces, para atormentarlo y hacerle chantaje».

—¡Tendrá que probar esto, Copperfield! —exclamó Uriah, moviendo la cabeza con aire amenazador—. ¡Todo a su debido tiempo!

—Señor Traddles, ¿le importaría preguntar a... HEEP quién fue a vivir a su casa después de él? —dijo el señor Micawber, interrumpiendo la lectura.

—El mismo necio... que sigue viviendo en ella todavía —respondió Uriah, desdeñosamente.

—¿Le importaría preguntar a... HEEP si guardaba allí una libreta? — exclamó el señor Micawber.

Vi cómo la huesuda mano de Uriah dejaba, involuntariamente, de rascarse la barbilla.

—O pregúntele —insistió el señor Micawber— si quemó alguna. Si contesta afirmativamente, y quiere saber dónde están las cenizas, dígle que hable con Wilkins Micawber, ¡y oirá algo que no le beneficiará demasiado!

La expresión de triunfo con que el señor Micawber pronunció estas palabras inquietó sobremanera a la madre, que exclamó muy agitada:

—¡Ury, Ury! ¡Muéstrate humilde y llega a un acuerdo, querido!

—¡Madre! —repuso él—. ¿Quiere callarse? Está asustada y no sabe lo que dice. ¡Humilde! —repitió, mirándome con una especie de gruñido—. ¡A pesar de mi humildad, he humillado a algunos durante bastante tiempo!

El señor Micawber, metiendo con elegancia la barbilla en la corbata, continuó leyendo su carta.

—«En segundo lugar, HEEP, en algunas ocasiones, a mi leal saber y entender...»

—Eso no será suficiente —murmuró Uriah, aliviado—. Madre, no diga nada.

—Trataremos de encontrar algo que lo sea, y que acabe con usted muy pronto, señor —replicó el señor Micawber.

»En segundo lugar, HEEP, en algunas ocasiones, a mi leal saber y entender, ha falsificado de forma sistemática la firma del señor W. en registros, libros y documentos; y lo ha hecho claramente en un caso que yo puedo probar. A saber, del siguiente modo, es decir...

El señor Micawber saboreó de nuevo aquel solemne amontonamiento de palabras que, por muy cómico que resultara en su caso, no era privativo de él. A lo largo de mi vida, he observado esa costumbre en muchos hombres. Tengo la impresión de que es una regla general. Al prestar juramento ante la ley, por ejemplo, los declarantes parecen disfrutar enormemente cuando llegan a una ristra de palabras altisonantes que expresan la misma idea; como cuando afirman detestar, abominar, abjurar, etc... Y los viejos anatemas se basaron en el mismo principio. Hablamos de la tiranía de las palabras, pero también nos agrada tiranizarlas a ellas; nos gusta tener un ejército de términos superfluos a nuestras órdenes para las grandes ocasiones; pensamos que

causan una excelente impresión y suenan bien. Al igual que en los momentos ceremoniosos somos poco exigentes con el significado de las libreas, si son lo bastante elegantes y numerosas, el sentido o la necesidad de nuestras palabras nos parece secundario si podemos organizar un bonito desfile con ellas. Y al igual que algunas personas se ven en un aprieto por lucir libreas demasiado ostentosas, o que los esclavos se sublevaran contra sus amos cuando son demasiado numerosos, creo conocer una nación que con frecuencia ha conocido grandes dificultades, y volverá a conocer otras aún mayores, por empeñarse en mantener un séquito demasiado grande de vocablos.

El señor Micawber siguió leyendo, casi relamiéndose de gusto:

—«A saber, del siguiente modo, es decir: hallándose el señor W. enfermo, y estando dentro de los límites de lo probable que su fallecimiento pudiera conducir a ciertos descubrimientos y a la pérdida del poder que... HEEP ejerce sobre la familia W. (tal como yo, Wilkins Micawber, el abajo firmante, imagino), si no lograba influir secretamente en el amor filial de la señorita W. para que impidiera una investigación en los asuntos de la sociedad, el mencionado... HEEP juzgó oportuno tener un documento extendido por él, como si fuera del señor W., en el que constase que la mencionada suma de doce mil seiscientos catorce libras, dos chelines y nueve peniques, con sus intereses, había sido adelantada por... HEEP al señor W., para salvar a este último de la deshonra; aunque era falso que él hubiera adelantado esa suma, que hacía mucho tiempo que se había repuesto. Las firmas de ese escrito, supuestamente redactado por el señor W. y atestiguado por Wilkins Micawber, han sido falsificadas por... HEEP. Obran en mi poder, de su puño y letra, muchas otras imitaciones de la firma del señor W. en su libreta; y, aunque estropeadas por el fuego, son perfectamente legibles. Jamás he atestiguado ese documento. Y está en mi poder».

Uriah Heep, sobresaltado, sacó de su bolsillo un manojo de llaves y abrió un cajón; pero, dándose cuenta súbitamente de lo que iba a hacer, se volvió hacia nosotros sin mirar en su interior.

—Y está en mi poder —repitió el señor Micawber, mirándonos como si fuera la primera frase de un sermón—, o para ser más exactos, estaba en mi poder esta mañana temprano cuando escribí esto; pero después se lo entregué al señor Traddles.

—Es cierto —asintió Traddles.

—¡Ury, Ury! —gritó su madre—. ¡Muéstrate humilde y llega a un acuerdo!

Sé que mi hijo se mostrará humilde, caballeros, si le dejan recapacitar un poco. Señor Copperfield, estoy segura de que usted sabe que él ha sido siempre muy humilde.

Era extraño ver cómo la madre se aferraba a la vieja artimaña, cuando el hijo la había abandonado por inútil.

—Madre —exclamó éste, mordiendo con impaciencia el pañuelo que envolvía su mano—, más valdría que cogiera un fusil y me pegara un tiro.

—Pero yo te quiero, Ury —sollozó la señora Heep (no me cabe la menor duda de que era verdad y de que, por extraño que pueda parecer, también él la quería a ella: eran tal para cual)—. Y no puedo soportar que irrites a estos caballeros, y que te pongas más en peligro. Aseguré a ese caballero, cuando vino a decirme que se había descubierto todo, que yo respondería de tu humildad y lograría que reparases el daño que has causado. ¡Miren lo humilde que soy, señores, y olvídense de él!

—¡Vamos, madre! ¡Ahí tiene a Copperfield! —exclamó airado, señalándome con su dedo esquelético, pues concentraba toda su animosidad en mí, como si fuera el principal promotor del descubrimiento (no quise sacarle de su error)—. ¡Le habría dado a usted cien libras por decir bastante menos de lo que ha dicho!

—No puedo remediarlo, Ury —sollozó su madre—. No soporto que corras peligro por querer llevar la cabeza tan alta. Es mejor que seas humilde, como lo fuiste siempre.

Uriah estuvo unos instantes mordiendo el pañuelo y luego me dijo, con el ceño fruncido:

—¿Tiene algo más que añadir? Si es así, ¡adelante! ¿Por qué me mira de ese modo?

El señor Micawber se apresuró a reanudar la lectura de su carta, dichoso de representar un papel que tanto le satisfacía.

—«En tercer lugar, y por último, estoy en condiciones de demostrar, con los libros falsos de... HEEP y los memorandos auténticos de... HEEP, empezando por la libreta medio quemada (que no fui capaz de descifrar cuando, al tomar posesión de nuestra actual residencia, la señora Micawber la descubrió por casualidad en el cubo o cajón destinado a recibir las cenizas calcinadas de la chimenea de nuestro hogar), que las debilidades, los errores, las virtudes mismas, el amor paternal y el sentido del honor del infortunado

señor W. se han visto manipulados durante años, a fin de servir a los viles propósitos de... HEEP. Que el señor W. ha sido saqueado y engañado de todas las maneras imaginables durante años, para el enriquecimiento pecuniario del avaro, pérfido y codicioso... HEEP. Que el objetivo principal de... HEEP, después de su afán de lucro, era someter por completo a su voluntad al señor y a la señorita W. (y no diré nada de sus intenciones en relación con esta última). Que su fechoría más reciente, hace escasos meses, fue inducir al señor W. a renunciar a su parte de la sociedad, e incluso a firmar un acta de venta del mobiliario de la casa, a cambio de cierta anualidad que... HEEP se comprometía a pagar el primer día de cada uno de los cuatro trimestres del año. Que esas maquinaciones, que empezaban por sus informes falsos y alarmantes sobre el estado financiero del señor W., en un período en que se había lanzado a especulaciones imprudentes y temerarias, y posiblemente no disponía de las sumas de las que era moral y legalmente responsable; que continuaban con supuestos préstamos de dinero, con unos intereses enormes, que en realidad procedían de... HEEP y eran realizados por... HEEP, que obtenía o retiraba esas cantidades de forma fraudulenta del propio señor W., con el pretexto de las mencionadas especulaciones; y que se perpetuaban en un variadísimo catálogo de subterfugios carentes de escrúpulos... que fueron creciendo hasta que el infortunado señor W. no vio la menor salida. Convencido de haber perdido su fortuna, sus esperanzas y su honor, no vio más salvación que confiar en aquel monstruo de rostro humano —el señor Micawber puso especial énfasis en aquella nueva expresión— que, haciéndose el indispensable, le había conducido a la ruina. Puedo demostrar todo esto. ¡Y probablemente muchas cosas más!»

Susurré algunas palabras a Agnes, que lloraba de alegría y de dolor a mi lado; y hubo un revuelo general, como si el señor Micawber hubiera terminado. Pero éste nos dijo con gran solemnidad: «¡Les ruego que me disculpen!» y, con una mezcla de enorme tristeza e intensa alegría, llegó a la peroración de su carta:

—«He concluido ya. Sólo me queda probar estas acusaciones, y luego desaparecer con mi desventurada familia de este lugar en el que parecemos ser un estorbo. Eso ocurrirá en seguida. Puede deducirse razonablemente que nuestro bebé será el primero en morir de inanición, al ser el miembro más frágil de nuestro círculo; y nuestros mellizos le seguirán. ¡Que así sea! En cuanto a mí, la peregrinación a Canterbury ha terminado casi conmigo; la prisión y la necesidad no tardarán en hacer el resto. Confío en que las dificultades y los riesgos de una investigación... cuyos detalles más

insignificantes he ido reconstruyendo lentamente, a pesar de la presión de un trabajo lleno de dificultades y de los agobiantes trastornos pecuniarios, al despuntar el día, en medio del rocío nocturno, entre las sombras de la noche, siempre bajo la mirada acechadora de un individuo al que estaría de más llamar Demonio... sumados a la lucha de un padre de familia sin dinero por salir adelante, serán unas gotas de agua dulce sobre mi pira funeraria, cuando todo termine como es debido. No pido nada más. Que pueda únicamente decirse en justicia de mí, lo mismo que de un héroe naval eminente y valeroso, con el que no pretendo compararme, que cuanto he hecho ha estado desprovisto de intereses egoístas y mercenarios.

»Por Inglaterra, el hogar y la belleza,

»Suyo afectísimo etc., etc., Wilkins Micawber».

Muy conmovido, pero disfrutando enormemente, el señor Micawber dobló la carta y se la entregó a mi tía con una reverencia, como si fuese algo que quizá a ella le agradara conservar.

Había una caja fuerte de hierro en la habitación, tal como me había percatado muchos años antes, al entrar por primera vez. La llave estaba en la cerradura. Una súbita sospecha pareció asaltar a Uriah; y, lanzando una mirada al señor Micawber, se dirigió hacia ella y abrió sus puertas con estrépito. Estaba vacía.

—¿Dónde están los libros? —gritó, con una expresión horrible en el rostro—. ¡Un ladrón ha robado los libros!

El señor Micawber se golpeó suavemente el pecho con la regla.

—He sido yo; esta mañana me dio usted la llave, un poco más temprano que de costumbre, y yo la abrí.

—No se preocupe, señor Heep —dijo Traddles—. Están en mis manos. Yo cuidaré de ellos, en virtud del poder que he mencionado antes.

—¿Admite usted documentos robados? —preguntó Uriah.

—En circunstancias como éstas, sí —respondió Traddles.

Cuál no sería mi asombro cuando vi a mi tía, que había estado profundamente callada y atenta, abalanzarse sobre Uriah Heep y agarrarle del cuello de la camisa con ambas manos.

—¿Sabe lo que quiero? —dijo.

—Una camisa de fuerza —contestó él.

—No. ¡Mi dinero! —exclamó mi tía—. Agnes, querida, mientras pensé que era tu padre quien lo había dilapidado, no dije una palabra a nadie... ni siquiera a Trot, como bien sabe... de que lo había depositado aquí como inversión. Pero ahora que sé que este individuo es el responsable, ¡quiero que me lo devuelva! Trot, ¡acércate y quítaselo!

No sé si mi tía imaginaba en aquel momento que Heep guardaba su fortuna en el pañuelo que llevaba atado al cuello; pero lo cierto es que tiraba de él como si lo creyera. Me apresuré a separarlos, y le aseguré a mi tía que nos encargaríamos de que le restituyera hasta el último penique robado. Estas palabras, y unos momentos de reflexión, la apaciguaron; pero no pareció desconcertarle en absoluto lo que acababa de hacer (aunque no puedo decir lo mismo de su sombrero) y volvió a su asiento con toda tranquilidad.

La señora Heep llevaba unos minutos pidiendo a voces a su hijo que fuera «humilde»; y se había arrodillado sucesivamente ante todos nosotros, con las promesas más disparatadas. Uriah la obligó a sentarse en la silla, malhumorado; y, quedándose en pie a su lado, con la mano apoyada en el brazo de ella, exclamó con mirada feroz:

—¿Qué piensan hacer?

—Le diré lo que se debe hacer —repuso Traddles.

—¿Acaso Copperfield no tiene lengua? —murmuró Uriah—. Haría cualquier cosa por usted si pudiera decirme, sin mentir, que alguien se la había cortado.

—Mi Uriah intenta ser humilde —sollozó su madre—. ¡No hagan caso de sus palabras, bondadosos caballeros!

—Lo que se debe hacer es lo siguiente —dijo Traddles—: En primer lugar, entregarme aquí y ahora el acta de renuncia que el señor Micawber ha mencionado.

—¿Y si no la tuviese? —interrumpió.

—Pero sí la tiene —exclamó Traddles—; así que olvidemos esa suposición.

He de reconocer que fue ésta la primera vez que hice justicia a la viva inteligencia y al buen criterio, sencillo, paciente y práctico de mi viejo compañero de internado.

—Después —prosiguió Traddles— tiene que prepararse para devolver todo aquello de lo que su rapacidad se ha apropiado y restituir hasta el último

penique. Los libros y documentos de la sociedad deben quedar en nuestro poder; al igual que sus libros y documentos personales; y la contabilidad y los valores, tanto de la sociedad como suyos. En una palabra, todo lo que tengan.

—¿De veras? No sé... —dijo Uriah—. Necesito algún tiempo para pensarlo.

—Por supuesto —replicó Traddles—; pero, entretanto, y hasta que todo se arregle a nuestro gusto, nos quedaremos con todo esto; y le ruego... en una palabra, le exijo... que se retire a su cuarto y no se comuniqué con nadie.

—¡Me niego! —exclamó Uriah con un juramento.

—La cárcel de Maidstone es un lugar más seguro de detención —señaló Traddles—; y, aunque los tribunales tarden más tiempo en hacer justicia y no arreglen las cosas tan bien como podría hacerlo usted, no hay duda de que recibirá su castigo. ¡Lo sabe tan bien como yo! Copperfield, ¿le importaría acercarse al ayuntamiento y traer con usted a un par de agentes de policía?

Al oír estas palabras, la señora Heep rompió nuevamente a llorar y se arrodilló ante Agnes para suplicarle que intercediera por ellos, exclamando que Uriah era muy humilde, y que todo era cierto, y que si él se negaba a hacer lo que nosotros queríamos, ella se comprometía a eso y a mucho más; pues estaba medio loca de preocupación por su adorado hijo. Preguntar qué habría sido capaz de hacer Uriah si hubiera tenido algo de valor equivaldría a preguntar qué sería capaz de hacer un perro callejero si tuviera la audacia de un tigre. Era un cobarde, de la cabeza a los pies; y su expresión de resentimiento y de mortificación puso de manifiesto, más que en cualquier otro momento de su vil existencia, la ruindad de su naturaleza.

—¡Espere! —me gritó, enjugándose el sudor de su acalorado rostro—. ¡Cállese de una vez, madre! ¡Está bien! Les daremos el acta. ¡Vaya a buscarla!

—¿Le importaría ayudarla, señor Dick? —dijo Traddles.

Orgulloso de esta misión, y consciente de su importancia, el señor Dick la acompañó del mismo modo que un perro pastor acompañaría a una oveja. Pero la señora Heep apenas le causó molestias; pues no sólo regresó con el acta, sino también con la caja donde se hallaba guardada, y en la que encontramos una libreta de depósitos y algunos otros documentos que luego nos resultaron de utilidad.

—¡Bien! —exclamó Traddles, cuando estuvo todo en su poder—. Y ahora, señor Heep, puede retirarse a meditar; y recuerde especialmente, se lo ruego, que yo declaro, en nombre de todos los presentes, que lo único que puede

hacerse es lo que le he explicado, y que hay que hacerlo sin demora.

Uriah, sin levantar los ojos del suelo, cruzó el despacho arrastrando los pies, con la mano en la barbilla.

—Copperfield —dijo, deteniéndose al llegar a la puerta—, le he odiado siempre. Toda su vida ha sido un presuntuoso y ha estado en contra mía.



Restauración de la confianza mutua entre el señor y la señora Micawber

—Como creo haberle dicho en una ocasión —respondí—, es usted el que, con su codicia y su astucia, ha estado siempre en contra de todos. Tal vez le convenga meditar en el futuro que no ha habido codicia y astucia en este mundo que no fuesen más lejos de lo debido, y se salieran de su cauce. Es tan cierto como que hemos de morir.

—O tan cierto como lo que nos enseñaban en la escuela (la misma escuela donde adquirí tanta humildad). Desde las nueve hasta las once nos decían que el trabajo era una maldición; y, desde las once hasta la una, que era una bendición, una alegría, un honor y no sé cuántas cosas más, ¿no es así? —exclamó con desdén—. Lo que ustedes predicán es igual de consecuente. ¿No les gusta la humildad? Pues sin ella no creo que hubiera engatusado a mi

distinguido socio. Micawber, viejo fanfarrón, ¡me las pagará!

El señor Micawber, manifestando un desprecio absoluto por él y por su dedo extendido, sacó pecho cuanto pudo hasta que Uriah salió de la habitación; luego se dirigió a mí y me brindó la satisfacción de ser testigo del restablecimiento de la confianza mutua entre él y la señora Micawber. Acto seguido, invitó a todos los presentes a contemplar un espectáculo conmovedor.

—El velo que durante tanto tiempo se ha interpuesto entre la señora Micawber y yo ha caído —dijo el señor Micawber—; y mis hijos y el autor de sus días pueden tratarse de nuevo en condiciones de igualdad.

Como todos le estábamos muy agradecidos y deseábamos mostrárselo, en la medida en que nuestra agitación y nuestro nerviosismo nos lo permitieran, creo que todos le habríamos acompañado si Agnes no hubiera tenido que volver con su padre, incapaz de soportar por el momento algo más que un pequeño rayo de esperanza, y si no hubiera sido necesario poner a Uriah a buen recaudo. Traddles se quedó con esta misión, y acordamos que el señor Dick no tardaría en reemplazarlo. Este último, mi tía y yo acompañamos al señor Micawber a su casa. Al despedirme apresuradamente de la adorable joven a la que tanto debía, pensando en el destino del que tal vez se acababa de librar, a pesar de su resolución, me sentí sumamente agradecido por las penurias de mis días infantiles que me habían permitido conocer al señor Micawber.

Su casa no estaba lejos; como la puerta de entrada daba directamente a la sala y el señor Micawber entró con su precipitación habitual, nos encontramos de pronto en el seno de la familia. El señor Micawber exclamó: «¡Emma, vida mía!» y se arrojó en los brazos de su mujer. La señora Micawber dio un chillido y abrazó a su marido. La señorita Micawber, que atendía al inconsciente desconocido del que me había hablado la señora Micawber en su última carta, estaba visiblemente emocionada. El desconocido dio unos saltitos. Los mellizos mostraron su alegría con una serie de manifestaciones molestas, pero inocentes. El señorito Micawber, cuyo carácter parecía haberse agriado por tempranas decepciones, y cuyo aire era de lo más taciturno, cedió a sus mejores sentimientos y empezó a lloriquear.

—¡Emma! —exclamó el señor Micawber—. Las nubes de mi pensamiento se han desvanecido. La confianza mutua que durante tanto tiempo reinó entre nosotros se ha restablecido y no volverá a interrumpirse jamás. Y ahora,

¡bienvenida sea la pobreza! –gritó el señor Micawber, llorando–. ¡Bienvenidos sean la miseria, la falta de techo, el hambre, los harapos, las tempestades y la mendicidad! ¡La confianza mutua nos sostendrá hasta el fin!

Con estas exclamaciones, el señor Micawber sentó a la señora Micawber en una silla y abrazó a sus hijos, dando la bienvenida a una serie de perspectivas desoladoras que, en mi opinión, a ellos no les parecieron nada agradables; y les propuso cantar a coro en las calles de Canterbury, como último recurso para sobrevivir.

Pero la señora Micawber, incapaz de resistir tantas emociones, se desmayó; y no hubo más remedio que hacerla volver en sí, incluso antes de constituir el coro. Mi tía y el señor Micawber se encargaron de eso; y luego le presentamos a mi tía y la señora Micawber me reconoció.

–Le ruego que me perdone, querido señor Copperfield –dijo la pobre dama, tendiéndome la mano–, pero no soy una mujer fuerte; ver deshecho el malentendido que existía entre el señor Micawber y yo ha sido demasiado.

–¿Son éstos todos sus hijos, señora? –inquirió mi tía.

–No tengo más, por el momento –contestó ella.

–¡Dios mío! No quería decir eso, señora –exclamó mi tía–. Lo que quería saber es si eran todos suyos.

–Señora –repuso el señor Micawber–, la acusación es fundada.

–Y el mayor de ellos, el joven caballero –dijo mi tía–, ¿para qué ha sido educado?

–Cuando vine aquí –respondió el señor Micawber–, abrigaba la esperanza de que Wilkins entrara en la Iglesia; o quizá sería más exacto decir en el Coro. Pero no había ninguna plaza vacante de tenor en el venerable edificio que constituye la gloria de esta ciudad; y... en una palabra, se ha acostumbrado a cantar en las tabernas, más que en los lugares sagrados.

–Pero sus intenciones son buenas –puntualizó la señora Micawber con ternura.

–No es que dude de sus buenas intenciones, mi amor –añadió su marido–; pero todavía no he visto que las ponga en práctica, en algún sentido.

El señorito Micawber recuperó su expresión huraña y preguntó, con cierto mal humor, qué debía hacer. ¿Había nacido carpintero, o pintor de carruajes, como podría haber nacido pájaro? ¿Podía abrir una farmacia en la calle

vecina? ¿Podía irrumpir en la siguiente sesión de los tribunales y declararse abogado? ¿Podía debutar por la fuerza en la ópera y triunfar empleando la violencia? ¿Podía dedicarse a algo sin tener ninguna preparación?

Mi tía reflexionó un momento y luego dijo:

–Señor Micawber, me sorprende que nunca haya pensado en emigrar.

–Señora –respondió él–, era el sueño de mi juventud, y la engañosa ambición de mi edad madura.

Estoy convencido, dicho sea de paso, de que jamás se le había pasado por la cabeza.

–¿De veras? –dijo mi tía, lanzándome una mirada–. ¿Y qué les parecería, señor y señora Micawber, emigrar ahora con su familia?

–El capital, señora, el capital –contestó el señor Micawber, con pesimismo.

–He ahí la principal, por no decir la única, dificultad, mi querido Copperfield –asintió su mujer.

–¿El capital? –exclamó mi tía–. Pero usted nos está prestando un gran servicio... mejor dicho, nos ha prestado ya un gran servicio; todos saldremos beneficiados de esto. ¿Acaso podríamos hacer algo mejor por ustedes que procurarles ese capital?

–Sería incapaz de aceptarlo como un regalo –afirmó el señor Micawber, todo acalorado y presa de la excitación–, pero si pudieran adelantarme una cantidad suficiente, digamos al cinco por ciento de interés anual, con mi garantía personal... es decir, con pagarés a doce, dieciocho y veinticuatro meses, respectivamente, para darme tiempo hasta que surja algo...

–¿Si pudiéramos? Claro que podemos y lo haremos, con las condiciones que usted estipule –replicó mi tía–, siempre que lo desee. Medítenlo bien los dos. David conoce a unas personas que pronto saldrán para Australia. Si deciden ir, ¿por qué no viajan en el mismo barco? De ese modo podrían ayudarse entre ustedes. Medítenlo bien, señor y señora Micawber. Tómense su tiempo y midan los pros y los contras.

–Mi querida señora, quisiera hacerle una pregunta –dijo la señora Micawber–. El clima es muy saludable, según tengo entendido, ¿no es así?

–¡El más sano del mundo! –replicó mi tía.

—Perfectamente —prosiguió la señora Micawber—. Entonces mi pregunta es la siguiente: ¿se dan en ese país unas condiciones apropiadas para que un hombre de la valía del señor Micawber pueda elevarse en la escala social? No pretendo, de momento, que aspire al cargo de gobernador, ni nada por el estilo; pero ¿encontrará oportunidades razonables... y suficientemente amplias para que sus facultades puedan desarrollarse y alcanzar toda su plenitud?

—No existen mejores oportunidades en ningún otro país —aseguró mi tía— para un hombre trabajador y de buena conducta.

—Para un hombre trabajador y de buena conducta —repitió la señora Micawber, con su mejor aire de mujer de negocios—. ¡Precisamente! Es obvio que Australia es el campo de acción legítimo para el señor Micawber.

—Tengo el convencimiento, mi querida señora —dijo el señor Micawber—, de que en las actuales circunstancias es el país, el único país, para mí y para mi familia; y que algo verdaderamente extraordinario nos surgirá en aquellas costas. La distancia no es grande, hablando en términos relativos; y, aunque debemos reflexionar sobre su generosa proposición, le aseguro que no será sino mero formulismo.

¡Jamás olvidaré cómo en un instante el señor Micawber se convirtió en el más optimista de los hombres, imaginándose dueño de una fortuna, ni cómo la señora Micawber empezó a disertar sobre las costumbres del canguro! ¡Jamás recordaré aquella calle de Canterbury en un día de mercado, sin verle a él caminando a nuestro lado, con los andares resueltos de alguien que sólo estuviera de paso en Inglaterra, contemplando a las reses que pasaban con el ojo de un granjero australiano!

LIII

Otra mirada retrospectiva

Debo detenerme una vez más. Oh, mi mujer-niña, hay entre la muchedumbre que veo desfilar ante mí, en medio de mis recuerdos, una figura serena y tranquila que me dice con su amor inocente y su belleza infantil: «¡Párate a pensar en mí! ¡Vuélvete a mirar a tu Pequeña Flor, mientras sus pétalos caen revoloteando al suelo!».

Y yo la obedezco. Todo lo demás parece borrarse y desaparece. Estoy de nuevo con Dora, en nuestra casa. No sé cuánto tiempo lleva enferma. Me he acostumbrado hasta tal punto a ese sufrimiento que soy incapaz de calcular los días. En realidad no han pasado muchas semanas ni muchos meses, pero, para mí, es como si hubieran transcurrido siglos.

Han dejado de decirme: «Espere unos días más». Temo, en lo más profundo de mi alma, que no vuelva a amanecer el día en que mi mujer-niña corra bajo el sol con su viejo amigo Jip.

Éste parece haberse convertido súbitamente en un anciano. Es posible que eche de menos en su ama algo que lo animaba y rejuvenecía; pero anda alicaído, ve mal y las patas le flaquean. Y mi tía lamenta que haya dejado de ladrarle, y que se arrastre hasta ella para lamerle mansamente la mano cuando está echado en la cama de Dora y ella se sienta en la cabecera.

Dora nos sonrío, y está muy hermosa, y jamás profiere una palabra de impaciencia o una queja. Dice que somos muy buenos con ella; y que sabe que su atento y querido muchacho trabaja demasiado, y que mi tía apenas duerme, y está siempre ahí, vigilante, activa y cariñosa. Algunas veces, las pequeñas damas que tanto se asemejan a dos pájaros vienen a verla; y entonces hablamos del día de nuestra boda y de aquellos felices tiempos.

¡Qué paz y qué quietud tan extrañas parecen reinar en mi vida –en toda mi

vida, tanto exterior como interior— cuando me siento en el tranquilo y ordenado dormitorio, sumido en la penumbra, con los ojos azules de mi mujer—niña vueltos hacia mí y sus deditos enroscados en mi mano! Paso horas y horas allí; pero, de todos esos momentos, tres han quedado grabados con más viveza en mi memoria.

Es por la mañana; Dora, recién acicalada por las manos de mi tía, me muestra cómo sus hermosos cabellos se rizan sin remedio sobre la almohada, y lo largos y brillantes que son, y cuánto le gusta llevarlos descuidadamente recogidos bajo la redecilla.

—No es que quiera presumir de ellos, no seas necio —exclama al verme sonreír—; pero siempre decías que te parecían preciosos y, cuando empecé a pensar en ti, me miraba con frecuencia en el espejo y me preguntaba si te gustaría mucho tener un mechón. ¡Y qué tonterías hiciste, Doady, cuando te lo di!

—Fue el día en que pintabas las flores que yo te había regalado, Dora, el día en que te declaré mi amor.

—¡Ah! Pero yo no quise contarte entonces —dice Dora— todo lo que había llorado contemplando aquel ramo, ¡pues había comprendido que me amabas de veras! Cuando pueda correr como antes, Doady, visitaremos de nuevo esos lugares donde formábamos una pareja tan tonta, ¿te parece bien? Y daremos alguno de nuestros viejos paseos; y no nos olvidaremos de papá.

—Así lo haremos, y pasaremos unos días muy felices. Por eso tienes que curarte en seguida, mi amor.

—¡Lo haré muy pronto! ¡Si supieras cuánto he mejorado!

Es por la tarde; estoy sentado en la misma silla, junto a la misma cama, con el mismo rostro vuelto hacia mí. Hemos estado en silencio y ella sonríe. He dejado de subir y de bajar las escaleras con mi ligera carga. Dora descansa todo el día en su lecho.

—¡Doady!

—¡Dora, querida!

—Espero que no te parezca poco razonable lo que voy a pedirte, después de lo que me contaste hace poco sobre la salud del señor Wickfield. Quiero ver a Agnes, Doady. Necesito verla.

—Se lo escribiré, amor mío.

—¿De veras?

—Ahora mismo.

—¡Qué bueno eres! Doady, cógeme en brazos. No pienses que es un capricho. ¡Necesito verla!

—Estoy seguro. No tengo más que decírselo y vendrá, no me cabe la menor duda.

—¿Te sientes muy solo en el piso de abajo? —me pregunta Dora al oído, con su brazo alrededor de mi cuello.

—¿De qué otro modo podría sentirme, mi amor, cuando veo tu silla vacía?

—¡Mi silla vacía! —Dora me abraza en silencio durante unos instantes—. ¿Y es cierto que me echas de menos, Doady? —exclama levantando los ojos, con una sonrisa radiante—. ¿Aunque sea tan insignificante, necia y atolondrada?

—¿Acaso existe alguna otra persona en el mundo a quien pudiera echar tanto de menos, corazón?

—¡Oh, esposo mío! ¡Me siento tan dichosa y, sin embargo, tan triste! —y se aprieta más contra mi pecho y me rodea con sus brazos.

Ella ríe y llora al mismo tiempo, y luego se tranquiliza y afirma ser completamente feliz.

—¡Completamente feliz! —repite—. Sólo quiero que le envíes a Agnes mi amor, y que le digas que necesito mucho, muchísimo verla; es lo único que me queda por desear.

—Si exceptuamos que te cures, Dora.

—¡Ay, Doady! A veces pienso... ya sabes lo atolondrada que he sido siempre... que eso no ocurrirá jamás.

—¡No hables así, Dora! ¡Ni siquiera lo pienses, mi amor!

—No lo haré, si puedo evitarlo, Doady. Pero me siento muy dichosa; ¡aunque mi querido muchacho se sienta tan solo frente a la silla vacía de su mujer-niña!

Es de noche, y aún sigo con ella. Agnes ha venido, y ha pasado con nosotros todo el día y parte de la velada. Ella, mi tía y yo hemos estado con Dora desde por la mañana, todos juntos. No hemos conversado mucho, pero Dora se ha mostrado sumamente alegre y complacida. Ahora estamos solos.

¿Acaso no sé ya que mi mujer-niña pronto me abandonará? Me lo han anunciado; y, al hacerlo, no me han dicho nada que no supiera. Pero estoy muy lejos de aceptar esa verdad. No puedo asimilarla. A lo largo del día, me he retirado muchas veces para llorar a solas. He recordado a Aquel que derramó lágrimas^[114] por una separación entre los vivos y los muertos. He meditado sobre esa historia repleta de compasión y de bondad. He tratado de resignarme y de hallar algún consuelo; y tal vez lo haya logrado, aunque sea de un modo imperfecto. Pero hay algo de lo que no consigo convencerme, y es de que irremisiblemente llegará el final. Tengo su mano en la mía; su corazón en mi corazón; veo su amor por mí, lleno de vida. No puedo sino albergar un pálido rayo de esperanza de que ella sea perdonada.

—Voy a hablar contigo, Doady. Te diré una cosa que, últimamente, he deseado decirte a menudo. No te importará, ¿verdad? —exclama con mirada cariñosa.

—¿Importarme, querida mía?

—Porque no sé lo que pensarás, ni lo que habrás pensado algunas veces. Tal vez hayas pensado a menudo lo mismo que yo. Doady, querido, me temo que yo era demasiado joven.

Apoyo mi rostro sobre la almohada, junto a ella, y Dora me mira a los ojos y me habla con gran dulzura. Poco a poco, al escucharla, me doy cuenta, sobrecogido, de que habla de sí misma en pasado.

—Me temo, querido, que yo era demasiado joven. Y no es que sólo me faltaran años, sino también experiencia, madurez y de todo. ¡Era una criatura tan necia! Habría sido mejor que nos hubiéramos querido como dos niños, y después nos hubiésemos olvidado. He empezado a pensar que no estaba preparada para el matrimonio.

Intento contener mis lágrimas y responderle:

—¡Dora, mi amor, estabas tan preparada como yo!

—No sé —contesta, agitando sus rizos como antaño—. ¡Es posible! Pero si hubiera estado más preparada para el matrimonio, podría haberte ayudado a que también tú lo estuvieras. Además, tú eres muy inteligente y yo jamás lo he sido.

—Hemos sido muy felices, mi dulce Dora.

—Yo he sido feliz, muy muy feliz. Pero, con el paso de los años, mi

querido muchacho se habría cansado de su mujer-niña. Ella habría sido una compañera cada vez menos apropiada para él. Él habría sido cada vez más consciente de todo lo que faltaba en su hogar. Ella no habría hecho el menor progreso. Es mejor que sea así.

—Dora, amor mío, amor mío, no hables de ese modo. ¡Cada una de tus palabras parece un reproche!

—¡Oh, no! —responde con un beso—. Querido mío, tú nunca has merecido el menor reproche y yo te amaba demasiado para echarte algo en cara, en serio... Ése ha sido mi único mérito, aparte de ser bonita... o que tú lo creyeras así. ¿Te sientes muy solo en el piso de abajo, Doady?

—¡Terriblemente!

—¡No llores! Mi silla, ¿sigue allí?

—En su lugar de siempre.

—¡Oh, cómo llora mi pobre muchacho! ¡Chist, chist! Y ahora tienes que hacerme una promesa. Necesito hablar con Agnes. Cuando bajes, se lo dices y la envías aquí; y no dejes que entre nadie, ni siquiera la tía, mientras esté con ella. Necesito hablar a solas con Agnes. No quiero que haya nadie delante.

Le prometo avisarla en seguida; pero no puedo separarme de ella, mi dolor me lo impide.

—He dicho que es mejor que sea así —susurra, estrechándose entre sus brazos—. ¡Oh, Doady, dentro de unos años no habrías podido amar a tu mujer-niña más que ahora; y, algunos años después, ella te hubiera defraudado tanto que no habrías podido amarla ni la mitad! Sé que yo era demasiado joven y estúpida. ¡Es mejor que sea así!

Cuando entro en la sala, Agnes está allí y le trasmito el mensaje. Ella desaparece, dejándome a solas con Jip.



El viejo compañero de mi mujer-niña

Su pagoda china está junto a la chimenea; y él, tumbado en el interior sobre su lecho de franela, trata de dormir con aire quejumbroso. La luna brilla, alta y clara. Cuando contemplo la noche, las lágrimas resbalan por mis mejillas y mi corazón indisciplinado es castigado duramente... duramente.

Me siento al lado del fuego, pensando con remordimiento en todos esos sentimientos secretos que he alimentado desde mi matrimonio. Pienso en todas las naderías entre Dora y yo, y comprendo que es verdad cuando dicen que la vida es una sucesión de pequeñeces. Surgiendo del mar de mis

recuerdos, está la imagen de la adorable criatura tal como yo la conocí, adornada –por mi amor juvenil y por el suyo– de todos los encantos en que es generoso un amor semejante. ¿Habría sido de veras mejor que nos hubiéramos querido como dos niños, y después nos hubiésemos olvidado? ¡Contesta, corazón indisciplinado!

El tiempo pasa, no sé cómo, hasta que me hace volver en mí el viejo compañero de mi mujer-niña. Cada vez más agitado, se arrastra fuera de su pequeña casa, me mira, se acerca a la puerta y gimotea para que le deje subir.

–¡Esta noche no, Jip! ¡Esta noche no!

Vuelve lentamente a mi lado, me lame la mano y levanta hacia mí sus ojos vidriosos.

–¡Oh, Jip! ¡Quizá no subas nunca más!

Se acuesta a mis pies, se extiende como si fuera a dormir y, con un grito lastimero, abandona este mundo.

–¡Oh, Agnes! ¡Mira, mira!

¡Aquel rostro lleno de piedad y de dolor, aquel torrente de lágrimas, aquel llamamiento mudo y terrible dirigido a mí, aquella mano solemne levantada hacia el Cielo!

–¿Agnes?

Todo ha terminado. No veo más que oscuridad; y, durante algún tiempo, todas las cosas se borran de mi memoria.

LIV

Las transacciones del señor Micawber

No es el momento de describir mi estado de ánimo bajo el peso de tanto sufrimiento. Llegué a pensar que el futuro se había cerrado ante mí, que mi energía y mi actividad se habían agotado para siempre, que sólo podría encontrar refugio en la tumba. Y digo que llegué a pensarlo, pero no que ocurriera inmediatamente después de recibir tan doloroso golpe. Es algo que fue apoderándose de mí poco a poco. Si los acontecimientos que ahora voy a relatar no se hubieran amontonado en torno a mí, en un principio para paliar y después para aumentar mi tristeza, es posible (aunque no me parezca probable) que hubiera caído en seguida en ese estado. Pero lo cierto es que transcurrió un intervalo de tiempo antes de que fuera plenamente consciente de mi desgracia; un intervalo durante el que incluso imaginé que lo peor había pasado, y en el que mi alma encontró consuelo rememorando toda la inocencia y la belleza de la tierna historia que había finalizado para siempre.

No recuerdo con claridad, ni siquiera ahora, cuándo me propusieron por primera vez que partiera al extranjero, ni cómo decidimos que debía viajar y cambiar de ambiente para recuperar el sosiego. En aquellos días de duelo, el espíritu de Agnes impregnaba de tal modo nuestros pensamientos, palabras y obras que supongo que puedo atribuir ese proyecto a su influencia. Pero ésta era tan discreta que no puedo afirmarlo con certeza.

Y fue entonces cuando empecé a pensar que mi vieja asociación entre Agnes y las vidrieras de una iglesia había sido una visión profética de lo que ella significaría para mí el día en que se abatiera sobre mí esa desgracia. En medio de aquel dolor, desde el momento inolvidable en que ella apareció ante mí alzando la mano, fue una presencia celestial en mi casa solitaria. Cuando llegó el Ángel de la Muerte, mi mujer-niña se quedó dormida (me lo contaron cuando tuve fuerzas para escucharlo) sobre el pecho de Agnes con una sonrisa

en los labios. Al volver en mí, recuerdo sus lágrimas compasivas, sus palabras de paz y de esperanza, y su dulce rostro –que parecía evocar un mundo más puro y más cercano al Cielo– inclinado sobre mi corazón indisciplinado, mitigando su pena.

Pero será mejor que prosiga mi relato.

Yo debía marcharme al extranjero. Al parecer, era algo que habíamos decidido desde el primer momento. Ahora que la tierra cubría los restos perecederos de mi difunta esposa, sólo esperaba a lo que el señor Micawber llamaba «la pulverización final de Heep» y a la partida de los emigrantes.

A petición de Traddles, el amigo más devoto y cariñoso en mi desventura, regresamos a Canterbury; me refiero a mi tía, Agnes y yo. Tal como nos habían indicado, fuimos directamente a casa del señor Micawber, donde Traddles llevaba trabajando (además de en casa del señor Wickfield) desde nuestra volcánica reunión. Cuando la pobre señora Micawber me vio entrar, vestido de negro, se emocionó vivamente. Su corazón rebosaba buenos sentimientos, que habían permanecido incólumes todos aquellos años.

–Y bien, señor y señora Micawber –fueron las primeras palabras de mi tía cuando nos sentamos–, se lo ruego, ¿han pensado ya en mi propuesta de emigrar?

–Mi querida señora –contestó el señor Micawber–, creo que la mejor manera de expresar la conclusión a la que la señora Micawber, su humilde servidor y, debo añadir, nuestros hijos hemos llegado, separada y conjuntamente, es tomar prestadas las palabras de un ilustre poeta y responderle que nuestra nave está en la orilla y nuestro barco en la mar.^[115]

–Me parece muy razonable –dijo mi tía–. Auguro toda clase de cosas buenas después de una decisión tan juiciosa.

–Señora, nos hace usted un gran honor –repuso el señor Micawber, y procedió a consultar un memorándum–. En relación con la ayuda pecuniaria que nos permitirá lanzar nuestra frágil canoa al océano de las grandes empresas, he reconsiderado tan importante asunto. Les ruego que acepten mis pagarés –extendidos en papel timbrado, como es natural, con arreglo a los valores impuestos por las diferentes actas parlamentarias relativas a esa clase de obligaciones– a dieciocho, veinticuatro y treinta meses. Mi propuesta inicial había sido a doce, dieciocho y veinticuatro meses, pero temo que semejante acuerdo no nos deje tiempo suficiente para que pueda... surgir algo. Es posible –prosiguió, mirando por toda la habitación (como si ésta

representara varios centenares de acres de tierra muy bien cultivada)– que, al vencimiento del primer pagaré, nuestra cosecha no haya sido buena, o todavía no la hayamos recogido. Creo que a veces es difícil conseguir mano de obra en ese rincón de nuestras posesiones coloniales donde será nuestro destino luchar con un suelo fecundo.

–Arréglole a su gusto, señor –exclamó mi tía.

–Señora –respondió él–, la señora Micawber y yo estamos profundamente agradecidos por la atenta amabilidad de nuestros protectores y amigos. Mi deseo es ser sumamente metódico y puntual. Al pasar página en la historia de nuestra vida, como estamos a punto de hacer, y echarnos hacia atrás, como estamos haciendo ahora, para tomar impulso y dar un salto de singular magnitud, es muy importante, no sólo para salvaguardar mi dignidad sino también para servir de ejemplo a mi hijo, que estos acuerdos se suscriban de hombre a hombre.

No sé si para el señor Micawber esta última frase tenía algún sentido, como tampoco sé si lo tiene para los demás; pero nuestro amigo pareció saborearla de un modo extraordinario, y la repitió acompañada de un profundo carraspeo, «de hombre a hombre».

–Les propongo pagarés (una comodidad para el mundo mercantil que, según creo, debemos agradecer a los judíos, quienes parecen haber abusado de ellos de un modo endiablado) porque son negociables –afirmó–. Pero si prefieren un bono, o cualquier otra clase de garantía, será un placer cumplir con esas formalidades. De hombre a hombre.

Mi tía señaló que, en un asunto en el que ambas partes estaban dispuestas a aceptar cualquier condición, daba por descontado que no habría ninguna dificultad en llegar a un acuerdo. El señor Micawber fue de su misma opinión.

–En relación con nuestros preparativos domésticos, señora –dijo el señor Micawber con cierto orgullo–, para hacer frente al destino al que debemos consagrarnos, quisiera dar cuenta de sus progresos. Mi hija mayor acude todas las mañanas a un establecimiento de la vecindad para aprender el proceso, si puede llamarse así, de ordeñar vacas. He conminado a mis hijos menores a que observen, todo lo cerca que les permitan las circunstancias, las costumbres de los cerdos y de las aves de corral en los barrios más pobres de la ciudad; ocupación por la que les han traído a casa, en dos ocasiones, después de estar en un tris de ser atropellados. En cuanto a mí, la semana pasada he dedicado cierta atención al arte de la panadería. Y mi hijo Wilkins

ha salido con un bastón a conducir el ganado, siempre que los rudos mercenarios que se ocupan de dicho menester se lo han permitido... lo que lamento decir, en honor de la naturaleza humana, no ha sido muy frecuente; ya que, por lo general, le advierten con insultos de que desista.

—Todo eso está muy bien —exclamó mi tía, en tono alentador—. Seguro que la señora Micawber también ha estado muy ocupada.

—Mi querida señora —respondió la señora Micawber, con su aire de mujer de negocios—, he de reconocer que no me he dedicado a ninguna actividad relacionada directamente con el cultivo de la tierra o con la ganadería, aunque soy consciente de que ambas actividades reclamarán mi atención en aquellas orillas extranjeras. Todos los momentos libres que he podido sustraer a mis quehaceres domésticos, los he consagrado a escribir largo y tendido a mi familia. Pues creo, mi querido señor Copperfield —añadió la señora Micawber, que siempre acababa volviéndose hacia mí (supongo que por costumbre), fuese quien fuese al principio su interlocutor—, que ha llegado el momento de enterrar el pasado en el olvido; de que mi familia tienda la mano al señor Micawber, y el señor Micawber tienda la mano a mi familia; de que el león se acueste con el cordero, y de que mi familia se reconcilie con el señor Micawber.

Le dije que estaba de acuerdo con ella.

—Ésa es, al menos, mi forma de ver las cosas —prosiguió la señora Micawber—. Cuando vivía en casa con papá y mamá, papá tenía la costumbre de preguntar, siempre que se discutía un asunto en nuestro pequeño círculo: «¿Qué piensa mi Emma de esta cuestión?». Sé bien que papá era demasiado parcial; sin embargo, no he tenido más remedio que formarme una opinión, aunque sea equivocada, de la frialdad glacial que se ha interpuesto siempre entre el señor Micawber y mi familia.

—No me cabe la menor duda. Es algo muy natural —señaló mi tía.

—En efecto, señora —asintió la señora Micawber—. Tal vez me equivoque en mis conclusiones, es muy posible que sea así; pero mi impresión personal es que el abismo entre mi familia y el señor Micawber puede atribuirse al temor de mis parientes a que el señor Micawber solicite su ayuda pecuniaria. No puedo dejar de pensar —prosiguió con expresión de profunda sagacidad— que hay miembros de mi familia que han tenido mucho miedo de que el señor Micawber les pidiera sus nombres... no para bautizar a nuestros hijos con éstos, sino para que figurasen en sus letras de cambio y le sirvieran para

negociar en el Mercado de Valores.

La mirada penetrante con que la señora Micawber nos comunicó su descubrimiento, como si a nadie se le hubiera ocurrido antes, pareció asombrar a mi tía, que respondió bruscamente:

–Bien, señora; grosso modo, no me extrañaría que estuviera en lo cierto.

–El señor Micawber, en vísperas de superar los obstáculos pecuniarios que durante tanto tiempo le han rodeado –continuó diciendo–, y de emprender una nueva carrera en un país donde existe campo suficiente para el desarrollo de sus facultades (lo que, en mi opinión, es extraordinariamente importante, ya que éstas necesitan mucho espacio), pienso que mi familia debería señalar esta ocasión dando un paso al frente. Me gustaría que el señor Micawber y los míos se reunieran en una pequeña fiesta, celebrada por mi familia, en la que alguno de sus miembros más destacados brindase por la salud y la prosperidad del señor Micawber y éste tuviera ocasión de exponer sus puntos de vista.

–Querida –interrumpió el señor Micawber, ligeramente acalorado–, tal vez sea mejor que me apresure a declarar sin ambages que, si expusiera mis puntos de vista ante esa concurrencia, es muy probable que los encontraran ofensivos; pues mi impresión es que tus parientes son, en su conjunto, unos esnobs impertinentes, y, por separado, unos canallas redomados.

–¡No, Micawber! –protestó la señora Micawber, moviendo la cabeza–. Tú nunca los has comprendido a ellos, y ellos nunca te han comprendido a ti.

El señor Micawber carraspeó.

–Ellos nunca te han comprendido, Micawber –repitió su mujer–. Es posible que sean incapaces. Si es así, ésa es su desgracia. No puedo sino compadecerlos.

–Lamento enormemente, mi querida Emma –dijo el señor Micawber, ablandándose–, haberme dejado arrastrar por la pasión y haber empleado unas expresiones que podrían parecer, siquiera remotamente, ofensivas. Quería simplemente decir que puedo marcharme al extranjero sin que tu familia dé un paso al frente para apoyarme... en una palabra, con un frío empujón de despedida; y que, en general, preferiría abandonar Inglaterra con el ímpetu que yo poseo, que tener que agradecerles algún tipo de aceleración. Al mismo tiempo, querida, si ellos se dignaran responder a tus escritos –algo que nuestra experiencia en común vuelve muy improbable–, ¡nada más lejos de mi ánimo

que convertirme en un obstáculo a tus deseos!

Arreglado, de ese modo, amigablemente el asunto, el señor Micawber ofreció su brazo a la señora Micawber y, echando una ojeada al montón de libros y documentos que Traddles tenía delante encima de la mesa, anunció que nos dejarían a solas, lo que hicieron con gran ceremonia.

—Mi querido Copperfield —dijo Traddles cuando se marcharon, apoyándose en el respaldo de la silla y mirándome con un cariño que empañó sus ojos y dio a su pelo toda clase de formas—, no pediré excusas por molestarte con estos asuntos, pues sé que estás profundamente interesado en ellos y que ayudarán a distraerte. Mi querido amigo, espero que no estés agotado...

—Estoy bien —contesté, después de unos instantes de silencio—. Lo más importante ahora es pensar en mi tía. Ya sabes todo lo que ha hecho ella.

—Por supuesto, por supuesto —repuso Traddles—. ¿Quién podría olvidarlo?

—Pero eso no es todo —señalé—. Desde hace quince días, tiene otros problemas; y ha ido a Londres todos los días. Varias veces se ha marchado por la mañana temprano y no ha vuelto hasta muy tarde. Ayer por la noche, Traddles, con este viaje en perspectiva, eran casi las doce cuando llegó a casa. Ya sabes cuánto se preocupa por los demás. Y no quiere contarme por qué está tan angustiada.

Mi tía, muy pálida y con profundas arrugas en el rostro, siguió inmóvil hasta que yo terminé; entonces algunas lágrimas corrieron por sus mejillas y ella puso su mano en la mía.

—No es nada, Trot; no es nada. Y ya se acabó. Más tarde te lo contaré todo. Y ahora, Agnes, querida, ocupémonos de estos asuntos.

—Debo hacer justicia al señor Micawber —empezó a decir Traddles— y señalar que, aunque no parece haber conseguido nada trabajando para sí mismo, es un hombre infatigable cuando trabaja para los demás. Jamás he conocido a nadie como él. Si siempre desarrolla esa actividad, debe de tener, virtualmente, casi doscientos años, en este momento. Es realmente extraordinario el entusiasmo que ha desplegado, el apasionamiento y la impetuosidad con que se ha sumergido, día y noche, entre documentos y libros; además del gran número de cartas que ha escrito entre esta casa y la del señor Wickfield, y a menudo al otro lado de la mesa, sentado frente a mí, cuando le habría sido mucho más fácil decirme las cosas verbalmente.

—¡Cartas! —exclamó mi tía—. ¡Estoy convencida de que sueña con cartas!

—Y el señor Dick —dijo Traddles— ¡también ha hecho maravillas! Tan pronto como fue relevado de su guardia de Uriah Heep, al que vigiló con un celo que jamás he visto superado, se dedicó en cuerpo y alma al señor Wickfield. Y lo cierto es que su deseo de ayudarnos en la investigación, así como los servicios que nos ha prestado sacando, copiando, trayendo y llevando documentos han sido muy alentadores para nosotros.

—Dick es un hombre notable —exclamó mi tía—; lo he dicho siempre. ¡Trot, tú lo sabes bien!

—Me alegra decirle, señorita Wickfield —prosiguió Traddles, con gran delicadeza a la par que seriedad—, que el señor Wickfield ha mejorado considerablemente durante su ausencia. Liberado de la pesadilla que le perseguía desde hace tanto tiempo y de los horribles temores que le atenazaban, no es la misma persona. Incluso hay momentos en los que parece haber recuperado la capacidad de concentrar su memoria y su atención en ciertos aspectos del asunto; y ha podido ayudarnos a aclarar ciertas cosas que, sin él, habría sido muy difícil o imposible dilucidar. Pero lo que debo hacer es exponer los resultados, cosa bastante breve; si empiezo a hablar de todas las circunstancias esperanzadoras que he observado, no acabaré nunca.

Su naturalidad y su amable sencillez dejaban ver con claridad que decía aquellas palabras para infundirnos ánimo y para que Agnes oyera pronunciar el nombre de su padre con más confianza; pero no resultaba menos agradable por eso.

—Y ahora, veamos —dijo Traddles, mirando los documentos que tenía en la mesa—. Después de haber calculado los fondos, y de haber puesto en orden, en primer lugar, gran número de equivocaciones involuntarias y, en segundo lugar, confusiones y falsificaciones intencionadas, estamos seguros de que el señor Wickfield podría cerrar en estos momentos su bufete y su gabinete de inversiones sin ningún déficit ni malversación.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Agnes con fervor.

—Pero —añadió Traddles— la cantidad que le quedaría para vivir (y al decir esto, imagino que la casa tendría que venderse) sería tan pequeña que, con toda probabilidad, no sobrepasaría algunos cientos de libras; por ese motivo, tal vez sería mejor, señorita Wickfield, que siguiera administrando los bienes que le confiaron en el pasado. Sus amigos podrían aconsejarle, sabe; ahora es un hombre libre. Usted misma, señorita Wickfield... o Copperfield... o yo.

—He reflexionado sobre eso, Trotwood —dijo Agnes, mirándome—, y me parece que es algo que no conviene ni puede hacerse; aunque nos lo aconseje un amigo al que estoy tan agradecida y debo tanto.

—No digo que lo aconseje —puntualizó Traddles—. Me parece justo sugerirlo. Nada más.

—Me alegro de oírle hablar así —respondió Agnes, muy seria—, pues eso me da la esperanza, y casi la seguridad, de que pensamos del mismo modo. Mi querido señor Traddles y mi querido Trotwood, ver a papá libre y con honor, ¿qué más puedo desear? Siempre ambicioné devolverle un poco del amor y de los cuidados que le debo, y consagrarle mi vida, si algún día conseguía liberarlo de las obligaciones que tanto le pesaban. Ésa ha sido durante años la mayor de mis esperanzas. Y, después de liberarle de todas sus responsabilidades y compromisos, mi mayor felicidad será hacerme cargo de nuestro porvenir.

—¿Has pensado cómo, Agnes?

—¡A menudo! No tengo miedo, Trotwood. Estoy segura de mi éxito. En esta ciudad hay tantas personas que me conocen y me quieren que no me cabe la menor duda. Confía en mí. Nuestras necesidades no son grandes. Si alquilo nuestra vieja y querida casa, y abro un colegio, me sentiré útil y muy feliz.

El sereno fervor de su alegre voz trajo a mi memoria con tanta viveza, primero la vieja y querida casa, y luego mi hogar solitario, que la emoción me impidió hablar. Durante unos momentos, Traddles fingió estar muy ocupado hojeando los documentos.

—Y ahora, señorita Trotwood —continuó Traddles—, hablemos de su capital.

—Muy bien, señor —suspiró mi tía—. Lo único que tengo que decir es que, si ha desaparecido, podré soportarlo; y, si ocurre lo contrario, me alegraré mucho de recuperarlo.

—Creo que al principio había ocho mil libras en bonos del Estado, ¿no es así? —inquirió Traddles.

—¡Exactamente! —replicó mi tía.

—No he logrado encontrar más de cinco —exclamó Traddles con aire perplejo.

—¿Cinco mil o cinco libras? ¿Qué quiere decir usted? —pregunto mi tía con un aplomo asombroso.

—Cinco mil libras —contestó Traddles.

—Es todo cuanto tenía —señaló mi tía—. El resto lo vendí yo. Pagué mil libras por tu contrato de aprendizaje, Trot, querido; las otras dos mil están en mi poder. Cuando perdí todo lo demás, juzgué prudente no decir nada sobre esta cantidad y guardarla en secreto por si llegaban malos tiempos. Quería ver cómo te enfrentabas a la adversidad, Trot; y lo hiciste noblemente... perseverante, abnegado, seguro de ti mismo. Al igual que Dick. Será mejor que nadie me hable, ¡tengo los nervios un poco alterados!

Nadie lo hubiera creído viéndola allí sentada, tan erguida y con los brazos cruzados; pero sin duda tenía un asombroso dominio de sí misma.

—Entonces es un placer para mí comunicarles —exclamó Traddles, radiante de alegría— ¡que hemos recuperado todo el dinero!

—¡Que nadie me dé la enhorabuena! —dijo mi tía—. ¿Y como lo han logrado, caballero?

—¿Acaso creía que el señor Wickfield había gastado indebidamente esa suma? —inquirió Traddles.

—Por supuesto que lo creía —repuso ella—, por eso preferí callarme. ¡Agnes, no digas nada!

—Lo cierto es que sus bonos fueron vendidos, en virtud del poder que usted le había dado; pero no es necesario aclarar quién realizó la operación y con qué firma. Más tarde ese rufián hizo creer al señor Wickfield, e incluso lo demostró con cifras, que él había utilizado ese dinero (siguiendo sus instrucciones, según afirmó) para impedir que salieran a la luz otros descubiertos y dificultades. El señor Wickfield, indefenso en sus manos, tuvo la debilidad de pagarle a usted, posteriormente, varias cantidades en concepto de intereses sobre un capital que él sabía inexistente, lo que le convirtió en cómplice de este fraude.

—Y acabó creyendo que era el único culpable —añadió mi tía—; y me escribió una carta desesperada, acusándose de malversaciones y de robos inauditos. Entonces fui a visitarlo una mañana temprano, le pedí una vela, quemé la carta y le dije que, si algún día podía reparar el daño que me había hecho (y no sólo a mí sino también a sí mismo), lo hiciera; y que, si no podía, guardase silencio por el bien de su hija... Si alguien me dice algo, ¡abandonaré la casa!

Todos nos quedamos callados; Agnes se cubrió el rostro con las manos.

–Bien, mi querido amigo –exclamó mi tía, al cabo de un rato–, ¿y ha conseguido con amenazas que le devuelva todo el dinero?

–Pues lo cierto es que el señor Micawber –respondió Traddles– lo ha acorralado de tal modo, y tenía tantos argumentos preparados por si alguno fallaba, que no pudo escaparse de nosotros. Una circunstancia verdaderamente notable es que no creo que se apoderara de esa suma para satisfacer su avaricia, que era desmedida, sino por el odio que le inspiraba Copperfield. Me lo dijo claramente. Habría sido capaz de gastar otro tanto para perjudicar y hacer daño a Copperfield.

–¡Ah! –exclamó mi tía, frunciendo el ceño pensativa y mirando a Agnes–. ¿Y qué ha sido de él?

–No lo sé –contestó Traddles–. Se marchó con su madre, que no dejaba de llorar, suplicar y hacer revelaciones. Se fueron de Londres en una de las diligencias nocturnas, y es lo único que sé de él; excepto que, al despedirse de mí, su odio fue virulento. Parecía considerarme tan responsable de su ruina como el señor Micawber, lo que para mí fue un cumplido (y así se lo dije).

–¿Crees que tiene algo de dinero, Traddles? –pregunté.

–Sí, yo diría que sí –replicó muy serio, moviendo la cabeza–. Supongo que debe de haberse embolsado una buena cantidad, de un modo u otro. Pero, si tuvieras la oportunidad de seguir su carrera, Copperfield, estoy seguro de que verías cómo el dinero no le impide hacer el mal. Es un hombre tan hipócrita que, sea cual sea la meta que persiga, elegirá el camino más tortuoso. Es su único consuelo por las limitaciones externas que él mismo se impone. Como siempre va arrastrándose por el suelo para conseguir alguna mezquina finalidad, magnifica cuanto encuentra en su camino; por ese motivo, odia y sospecha de todos aquellos que, de la manera más inocente, se interponen entre él y su objetivo. Sus caminos serán así cada vez más tortuosos, por la razón más insignificante, o sin razón alguna. Basta recordar su historia aquí –concluyó Traddles– para saberlo.

–¡Es un monstruo de maldad! –exclamó mi tía.

–La verdad es que no lo sé –repuso Traddles, pensativo–. Muchas personas pueden ser realmente malvadas si se lo proponen.

–En cuanto al señor Micawber... –señaló mi tía.

–Pues bien –dijo Traddles, alegremente–, me veo en la obligación de elogiarlo una vez más. Sin su paciencia y su perseverancia jamás habríamos

conseguido nada que valiese la pena. Y creo que debemos considerar que obró bien por amor a la justicia. ¡Piensen en las condiciones que podría haber impuesto a Uriah Heep a cambio de su silencio!

—En efecto —dije.

—En su opinión, ¿qué deberíamos darle? —inquirió mi tía.

—¡Oh! Antes de tratar esa cuestión —contestó Traddles, un poco desconcertado—, he de decir que hubo dos puntos que me pareció prudente omitir (porque no daba abasto) al preparar este acuerdo ilegal... pues es absolutamente ilegal, de principio a fin... de un asunto tan complejo. Hablo de esos pagarés, etcétera, que el señor Micawber entregó a Uriah por los adelantos que éste...

—¡Pues habrá que pagarlos! —exclamó mi tía.

—Sí, pero no sé cuándo vencerán, ni dónde pueden estar —repuso Traddles, abriendo los ojos—; y sospecho que, desde ahora hasta su marcha, el señor Micawber será constantemente detenido o embargado.

—En ese caso, nosotros le pondremos constantemente en libertad y haremos levantar los embargos —dijo mi tía—. ¿A cuánto asciende esa deuda en total?

—El señor Micawber ha registrado minuciosa y concienzudamente todas las transacciones... pues así las llama... en un libro —contestó Traddles, sonriendo—, y la suma total asciende a ciento tres libras y cinco chelines.

—Entonces, ¿qué deberíamos darle además de esa suma? —quiso saber mi tía—. Agnes, querida, ya hablaremos más tarde del mejor modo de repartirnos esa cantidad. ¿Cuánto convendría que fuera? ¿Quinientas libras?

Al oír esto, Traddles y yo empezamos a hablar al mismo tiempo. Los dos recomendamos que sólo entregaran al señor Micawber una pequeña suma de dinero y que, sin decirle nada, liquidasen los pagarés de Uriah a medida que fueran apareciendo. Propusimos que se diera a la familia los pasajes, la vestimenta y cien libras; y que se aceptasen las condiciones del señor Micawber para la devolución de dicho adelanto, ya que sería beneficioso para él creer que había asumido esa responsabilidad. Añadí que convendría explicar al señor Peggotty, en quien sabía que podíamos confiar, las peculiaridades y los antecedentes de nuestro amigo; y pedirle que, cuando lo considerara oportuno, le adelantase otro centenar de libras. Después sugerí interesar al señor Micawber por el señor Peggotty, confiándole aquella parte

de su historia que yo juzgase conveniente o creyera lícito relatar, esforzándome por unir a los dos hombres, en beneficio de ambos. Todos estuvimos de acuerdo en poner en práctica estas ideas; tal como hicieron los propios interesados poco después, con buena voluntad y perfecta armonía.

Al ver que Traddles volvía a mirar con inquietud a mi tía, le recordé el segundo y último punto al que había aludido.

—Espero que tu tía y tú me perdonéis, Copperfield, si toco un tema doloroso, como sé que voy a hacer —dijo Traddles, vacilando—; pero creo necesario mencionarlo. El día de la memorable denuncia del señor Micawber, Uriah Heep se refirió con amenazas al... marido de tu tía.

Mi tía asintió con la cabeza, tan erguida como antes y sin perder su aparente serenidad.

—Quizá no fuera más que una simple impertinencia —exclamó Traddles.

—No —replicó mi tía.

—Perdone que insista, ¿existía realmente esa persona y estaba a su merced? —inquirió Traddles.

—Sí, mi querido amigo —contestó mi tía.

A Traddles se le alargó visiblemente el rostro. Nos explicó que no había podido abordar ese asunto, que había corrido la misma suerte que las deudas del señor Micawber, al no haberse incluido en el acuerdo con Uriah; y que ya no teníamos el menor poder sobre éste, que sin duda aprovecharía cualquier oportunidad para causarnos daños y molestias.

Mi tía continuó inmóvil, hasta que algunas lágrimas volvieron a resbalar por sus mejillas.

—Tiene razón —afirmó—. Ha sido muy amable al mencionarlo.

—¿Hay algo que yo... o Copperfield... podamos hacer? —preguntó Traddles, cariñosamente.

—Nada —dijo mi tía—. Se lo agradezco muchísimo. Trot, querido, ¡no es más que una vana amenaza! Llamemos al señor y a la señora Micawber. ¡Y que nadie me dirija la palabra!

Después de esas palabras, se alisó el vestido y continuó sentada, muy erguida, con los ojos clavados en la puerta.

—¡Y bien, señor y señora Micawber! —exclamó mi tía cuando entraron—.

Hemos hablado de su emigración; sentimos haberles hecho esperar tanto. Les contaré lo que hemos decidido.

Procedió a explicárselo, para infinita satisfacción de toda la familia, pues los niños también se hallaban presentes; y sus palabras despertaron hasta tal punto los hábitos de puntualidad del señor Micawber en el estadio inicial de todas sus transacciones que nadie pudo impedir que saliera corriendo inmediatamente, lleno de optimismo, para comprar el papel timbrado de sus pagarés. Pero su alegría no tardó en recibir un duro golpe; pues no habían transcurrido ni cinco minutos cuando apareció custodiado por un oficial del alguacil para informarnos, llorando a lágrima viva, de que todo había terminado. Como estábamos preparados para semejante vicisitud, que naturalmente era obra de Uriah Heep, nos apresuramos a pagar el dinero; y cinco minutos después el señor Micawber estaba sentado delante de su mesa extendiendo los pagarés, con una expresión de felicidad suprema que sólo esa agradable ocupación, o la preparación de un ponche, eran capaces de dar en toda su plenitud a su radiante rostro. Era todo un espectáculo verlo enfrascado en la redacción de sus pagarés, con el placer de un artista, retocándolos como si fueran pinturas, mirándolos con el rabillo del ojo, anotando con enorme seriedad fechas y cantidades en su libreta, y contemplándolos al terminar, convencido de su inestimable valor.

—Lo mejor que puede hacer ahora, señor —dijo mi tía, después de observarle en silencio—, si me permite aconsejarle, es renunciar para siempre a esta ocupación.

—Señora —replicó el señor Micawber—, tengo la intención de registrar ese deseo en la página virgen del porvenir. La señora Micawber nos servirá de testigo. ¡Confío en que mi hijo Wilkins —exclamó solemnemente— no olvide nunca que es infinitamente mejor para él meter el puño en el fuego que emplearlo para manejar las serpientes que han envenenado la sangre de su infortunado padre!

Profundamente emocionado, y convertido en un instante en la viva imagen de la desesperación, el señor Micawber dirigió a las serpientes una mirada de triste horror (de la que no se había borrado por completo su vieja admiración); luego las dobló y las metió en su bolsillo.

Aquel gesto puso fin a las diligencias de la tarde. Estábamos transidos de dolor y de fatiga, y mi tía y yo debíamos volver a Londres por la mañana. Habíamos acordado encontrarnos con los Micawber después de que vendieran

sus pertenencias a un chamarilero, que los asuntos del señor Wickfield serían solventados cuanto antes bajo la dirección de Traddles, y que Agnes vendría también a Londres mientras se solucionaba todo. Pasamos la noche en la vieja casa, que, sin la presencia de los Heep, parecía curada de una larga enfermedad; y yo me acosté en mi antiguo dormitorio, como un náufrago que regresara a su hogar.

Al día siguiente volvimos a casa de mi tía, no a la mía; y cuando nos quedamos a solas antes de acostarnos, como en los viejos tiempos, me dijo:

—Trot, ¿de veras te gustaría saber lo que me ha atormentado estos últimos días?

—Por supuesto que sí, tía. Si ha habido algún momento en que yo haya deseado compartir sus penas e inquietudes, es ahora.

—Ya has sufrido bastante, muchacho —exclamó mi tía con dulzura—, sin que yo aumente tu aflicción con mis pequeños infortunios. Si te lo he ocultado, Trot, ha sido por ese motivo.

—Ya lo sé —dije—. Pero cuéntemelo ahora.

—¿Te gustaría acompañarme cerca de aquí mañana a primera hora? —me preguntó.

—Desde luego.

—A las nueve —señaló—. Entonces te lo contaré todo, querido.

Así, pues, a las nueve salimos en un pequeño carruaje hacia Londres. Recorrimos muchas calles antes de llegar a uno de los grandes hospitales. Muy cerca del edificio había un coche fúnebre, muy sencillo. El conductor reconoció a mi tía y, obedeciendo a un gesto que ella le hizo con la mano por la ventanilla, se puso lentamente en marcha; nosotros le seguimos.

—¿Lo comprendes ahora, Trot? —inquirió—. ¡Se ha ido para siempre!

—¿Ha muerto en el hospital?

—Sí.

Ella siguió inmóvil a mi lado; pero vi cómo las lágrimas corrían nuevamente por su rostro.

—No ha sido su primera estancia en él —añadió mi tía—. Llevaba mucho tiempo enfermo. Durante estos años no ha sido más que un hombre roto y destrozado. Cuando comprendió que se moría, pidió que me avisaran. Estaba

arrepentido. Muy arrepentido.

–Y usted acudió, tía.

–Sí. Y después pasé mucho tiempo a su lado.

–¿Murió la víspera de nuestro viaje a Canterbury? –quise saber.

Mi tía asintió.

–Ahora nadie puede hacerle daño –dijo–. No era más que una vana amenaza.

Salimos de la ciudad para dirigirnos al cementerio de Hornsey.

–Estará mejor aquí que en la calle –afirmó mi tía–. Nació en este lugar.

Bajamos del carruaje y seguimos el sencillo féretro hasta un rincón que recuerdo muy bien, donde se leyó el oficio fúnebre que devolvía su cuerpo al polvo.

–Hoy hace treinta y seis años que me casé, querido –exclamó mi tía, mientras regresábamos andando al coche–. ¡Que Dios nos perdone!

Ocupamos nuestros asientos en silencio; y ella retuvo mi mano en la suya durante mucho tiempo. Finalmente, rompió a llorar y dijo:

–Era un hombre muy guapo cuando me casé con él, Trot... ¡Cuánto había cambiado!

Pero su llanto no duró mucho. Las lágrimas aliviaron su dolor, y no tardó en recobrar la serenidad, e incluso la alegría. Sus nervios estaban un poco alterados, señaló; de otro modo jamás se habría dejado dominar por la pena. ¡Que Dios nos perdone!

Nos dirigimos, pues, de vuelta a su casita de Highgate, donde encontramos la siguiente misiva del señor Micawber, que había llegado por correo aquella misma mañana.

Canterbury, viernes

Mi querida señora y querido Copperfield:

¡La hermosa tierra de promisión que últimamente se vislumbraba en el horizonte se halla envuelta de nuevo en brumas impenetrables y ha desaparecido para siempre de la vista de este pobre diablo a la deriva, cuya Suerte está echada!

Una nueva orden de ejecución ha sido pronunciada (en el Tribunal Supremo de Su Majestad de King's Bench en Westminster) en otra causa de Heep contra Micawber, y el demandado ha caído en las garras del alguacil con jurisdicción legal en este distrito.

Llegó el día, llegó la hora,

mirad el frente de la batalla debilitarse,

mirad avanzar al orgulloso Eduardo,

¡cadenas y esclavitud!^[116]

Condenado a una muerte rápida (pues el tormento espiritual sólo puede soportarse hasta ciertos límites, que lamento haber alcanzado), he llegado al final de mi camino. ¡Que Dios les bendiga! ¡Que Dios les bendiga! Algún futuro viajero, que un día visite por curiosidad –no desprovista de compasión, espero– el lugar de reclusión destinado a los deudores de esta ciudad, tal vez reflexione, y yo confío en que lo haga, cuando vea grabadas en sus muros con un clavo roñoso

las oscuras iniciales de

W. M.

P.D. Abro la carta de nuevo para comunicarles que nuestro común amigo, el señor Thomas Traddles (que sigue con nosotros y parece gozar de excelente salud) ha pagado la deuda y las costas, en el noble nombre de la señorita Trotwood; y que yo y mi familia estamos en la cúspide de la felicidad terrena.

LV

Tempestad

Me acerco ahora a un episodio de mi vida, tan inolvidable y tan terrible, tan ligado por una infinita variedad de lazos a cuanto lo ha precedido en estas páginas, que, desde el principio de mi relato, lo he visto crecer y crecer en el horizonte, como una elevada torre en medio de una llanura, proyectando su anunciada sombra incluso sobre las vicisitudes de mis días infantiles.

Muchos años después de que ocurriera, seguía soñando con él. Me he despertado a menudo sobresaltado, recordándolo con tanta viveza como si oyera aún su furia desatada en mi tranquilo dormitorio, en medio del silencio de la noche. Y aún hoy sueño a veces con él, aunque con intervalos cada vez más inciertos y más largos. No hay en mi alma una asociación de ideas tan fuerte como la que vincula este episodio a un viento tempestuoso o a la simple mención de la orilla del mar. Intentaré describirlo aquí con la misma claridad con que ocurrió. No lo recuerdo, lo veo; pues es como si volviera a suceder ante mis ojos.

Como se acercaba rápidamente el día en que el barco de los emigrantes debía zarpar, mi buena y vieja Peggotty (con el corazón destrozado por mi causa) vino a Londres. Yo estaba siempre con ella, con su hermano y con los Micawber (que ahora pasaban mucho tiempo juntos); pero jamás vi a Emily.

Poco antes de su partida, una tarde en que me hallaba a solas con Peggotty y su hermano, nos pusimos a hablar de Ham. Peggotty nos explicó con cuánta ternura se había despedido de ella, y la serenidad y la hombría que había mostrado. Sobre todo en los últimos tiempos, que ella consideraba los más duros para él. Era un tema del que la buena mujer nunca se cansaba de hablar; y nuestro interés por escuchar las numerosas anécdotas que ella tenía que contarnos, después de vivir tanto tiempo con Ham, no era menor que su deseo de relatarlas.

Por aquel entonces, mi tía y yo estábamos desocupando las dos casitas de Highgate; yo tenía intención de viajar al extranjero, y mi tía pensaba regresar a su casa de Dover. Habíamos alquilado temporalmente unas habitaciones en Covent Garden. Mientras me dirigía a ellas, después de la conversación que acabo de relatar, reflexionando sobre mi último encuentro con Ham en Yarmouth, empezó a flaquear mi propósito original de dejar una carta para Emily cuando me despidiera de su tío en el barco, y decidí que sería mejor escribirle aquella misma noche. Pensé que tal vez ella deseara, después de recibir mi misiva, enviar algunas palabras de despedida a su infortunado pretendiente. Tenía que darle esa oportunidad.

Así pues, me senté en mi dormitorio antes de acostarme y escribí a la joven. Le conté que había estado con Ham y que él me había pedido que le transmitiera lo que en su momento relaté en estas páginas. Se lo repetí fielmente. No hubiera sido necesario extenderme sobre ello, aunque hubiese tenido derecho a hacerlo. Ni yo ni nadie podíamos encarecer la profunda fidelidad y bondad de Ham. Dejé la carta fuera, a fin de que la enviaran por la mañana; añadí unas líneas para el señor Peggotty, rogándole que se la entregara a Emily; y me fui a la cama con las primeras luces del día.

Estaba más débil de lo que creía; y, como no logré conciliar el sueño hasta después de salir el sol, seguí acostado, sin poder descansar, hasta bastante tarde. Me despertó la presencia silenciosa de mi tía junto a la cabecera. Sentí su proximidad en medio de mis sueños, como supongo que hacemos todos en esos momentos.

—Trot, querido —me dijo, cuando abrí los ojos—, no acababa de decidirme a molestarte. El señor Peggotty está aquí; ¿le digo que suba?

Le contesté que sí, y éste no tardó en aparecer.

—Señorito Davy —exclamó, después de darnos un apretón de manos—, he entregado su carta a Emily y ésta es su respuesta; me ha rogado que le pida a usted que la lea y que, si no ve nada malo en ella, tenga la bondad de hacérsela llegar a Ham.

—¿La ha leído usted? —quise saber.

Asintió tristemente con la cabeza. La abrí, y leí lo siguiente:

He recibido tu mensaje. ¡Oh, qué puedo escribir yo para agradecer tu bendita generosidad y tu bondad conmigo!

He guardado tus palabras junto a mi corazón. Las conservaré allí hasta mi muerte. Son espinas crueles, pero ¡me proporcionan tanto consuelo! He rezado al leerlas, ¡oh, he rezado tanto! Cuando veo cómo eres, y cómo es el tío, comprendo cómo debe de ser Dios, y me atrevo a llorar ante Él.

Y ahora, adiós para siempre. Adiós para siempre en este mundo, queridísimo amigo. Tal vez en el más allá, si soy perdonada, vuelva a despertar con la inocencia de un niño y pueda reunirme contigo. Con todo mi agradecimiento y mis bendiciones, ¡adiós para siempre jamás!

Y ésa era la carta, emborronada por las lágrimas.

—¿Puedo decirle que no ve nada malo en ella y que tendrá la bondad de hacérsela llegar a Ham, señorito Davy? —inquirió el señor Peggotty, cuando la hubo leído.

—Por supuesto que sí —repliqué—, pero estoy pensando...

—¿Sí, señorito Davy?

—Estoy pensando que será mejor que vaya de nuevo a Yarmouth. Tengo tiempo de sobra para ir y volver antes de que zarpe el barco. No hago más que acordarme de Ham y de su soledad. Poner en sus manos esta carta escrita por Emily, en un momento como éste, y que usted pueda decirle a ella, en el instante de partir, que él la ha recibido, será algo bueno para los dos. Acepté solemnemente el encargo de Ham, pobre y querido muchacho, y cuanto haga para cumplirlo me parecerá poco. El viaje no es ninguna molestia para mí. Estoy muy nervioso, me sentará bien un poco de movimiento. Saldré esta misma noche.

A pesar de que trató de disuadirme, me di cuenta de que era de mi misma opinión; y, si yo hubiera necesitado que me alentaran un poco, aquello habría bastado. El señor Peggotty, a petición mía, se dirigió a las oficinas de la diligencia y me reservó un asiento en el pescante de la silla de posta. Salí al anochecer, en ese carruaje, por la carretera que había recorrido en medio de tantas vicisitudes.

—¿No cree que tenemos un cielo verdaderamente extraordinario? —pregunté al cochero en nuestro primer tramo fuera de Londres—. No recuerdo haber visto nada parecido.

—Tampoco yo... No, nada parecido. Es el viento, señor. Parece que se avecinan grandes desgracias en la mar.

Se veía una tenebrosa confusión de nubes errantes —manchadas aquí y allá de un color que se asemejaba al humo de la madera verde—, formando impresionantes cúmulos que parecían más altos que la distancia entre ellos y los más profundos abismos de la tierra; y la insensata luna parecía zambullirse impetuosa en aquel caos, como si, en una terrible perturbación de las leyes de la naturaleza, se hubiera extraviado y tuviese miedo. El viento había soplado durante todo el día, y en aquellos momentos arreciaba con extraordinaria

violencia. Una hora después, su fuerza había aumentado, el cielo se había oscurecido y silbaba con furia.

A medida que avanzaba la noche, las nubes se cerraron y cubrieron todo el cielo, que se volvió completamente negro, y el viento siguió ululando cada vez más fuerte. Y alcanzó tal intensidad que nuestros caballos a duras penas podían avanzar. Muchas veces, en medio de las tinieblas (estábamos a finales de septiembre, cuando las noches no son cortas), los nobles brutos que iban en cabeza dieron media vuelta o se detuvieron en seco; y con frecuencia nos asaltó el temor de que el viento volcara el carruaje. Antes de que estallara la tormenta, llegaron fuertes ráfagas de lluvia, como chaparrones de acero; y, en esos momentos, cuando podíamos refugiarnos bajo un árbol o al socaire de algún muro, nos deteníamos de buen grado ante la imposibilidad de continuar la lucha.

La tormenta seguía arreciando cuando amaneció. Yo había estado en Yarmouth cuando los marineros decían que soplaba un viento endemoniado, pero jamás había visto nada igual, ni siquiera parecido. Llegamos a Ipswich (con mucho retraso, pues, desde que estuvimos a diez millas de Londres, habíamos tenido que disputar al viento cada pulgada de camino) y encontramos a sus gentes apiñadas en la plaza del mercado; habían abandonado sus camas en mitad de la noche, temiendo que se cayeran las chimeneas. Algunos se congregaron en el patio de la posada, mientras cambiábamos los caballos, y nos contaron que el viento había arrancado grandes planchas de plomo del campanario de la iglesia y las había arrojado en una callejuela ahora intransitable. Otros nos hablaron de los campesinos que, al venir de los pueblos cercanos, habían visto árboles gigantescos arrancados de cuajo y almiar enteros desparramados por campos y caminos. Pero la tormenta no amainaba, sino que cada vez rugía con más violencia.

Avanzamos con dificultad, cada vez más cerca del mar, desde donde aquel viento infernal soplaba en dirección a la costa, y su fuerza se hizo más y más aterradora. Mucho antes de divisar el agua, sentimos sus rociones en nuestros labios, y cayó sobre nosotros una lluvia salada. La marea estaba muy baja, y quedaban a la vista millas y millas de aquel vasto arenal pegado a Yarmouth; y el agua se agitaba con violencia en sus pozas y charcas, arrojando hacia nosotros sus pequeñas y furiosas olas. Cuando el mar apareció ante nuestros ojos, las olas, que veíamos a intervalos en el horizonte por encima del abismo ondulante, daban la impresión de ser otra costa con sus torres y edificios. Finalmente, llegamos a la ciudad; y los vecinos salían de sus casas, ladeados y

con los cabellos ondeando, asombrados de que la silla de posta hubiera podido abrirse camino en una noche como aquella.

Reservé una habitación en la vieja posada, y me dirigí a la playa para contemplar el mar; tambaleándome por la calle, que estaba cubierta de arena, de algas y de retazos volantes de espuma de mar; temeroso de las tejas y pizarras que caían; aferrándome a las personas con que me cruzaba, en las esquinas menos protegidas. Al acercarme a la playa, vi no sólo a los marineros sino a la mitad de los habitantes de Yarmouth, al socaire de los edificios; algunos desafiaban de vez en cuando la furia de la tormenta para mirar mar adentro, y el viento los desviaba de su camino cuando regresaban haciendo zigzag.

Me uní a aquellos grupos; y encontré mujeres que lloraban porque sus maridos habían salido a pescar arenques y ostras, y ellas pensaban, con razón, que sus botes se habrían ido a pique antes de conseguir ponerse a salvo. Había entre la gente viejos marinos de cabellos grises que movían la cabeza, mientras miraban el mar y el cielo y hacían comentarios entre sí; armadores, nerviosos y preocupados; niños que se apiñaban y escrutaban el rostro de sus mayores; e incluso rudos marineros, inquietos y angustiados, que, desde sus lugares de refugio, apuntaban con sus catalejos hacia el mar, como si estuvieran vigilando a un enemigo.

Aquel mar embravecido, cuando logré detenerme a mirar el oleaje, en medio del viento huracanado y de un torbellino de piedras y de arena, me dejó estupefacto. La más insignificante de las gigantescas murallas de agua que avanzaban hacia nosotros y, al llegar a su punto más alto, se desplomaban, convirtiéndose en espuma, parecía capaz de tragarse toda la ciudad. Cuando la ola se retiraba con un ronco rugido, parecía dejar profundas cavidades en la playa, como si quisiera socavar la tierra. Cuando algunas de aquellas montañas de cresta blanca bramaban y se hacían pedazos antes de llegar a tierra, cada uno de sus fragmentos parecía poseído por toda la fuerza de su ira y corría a fundirse con otro monstruo. Las colinas onduladas se transformaban en valles, los valles ondulados (por los que a veces pasaba volando a baja altura un solitario petrel) se alzaban hasta convertirse en colinas; masas de agua temblaban y sacudían violentamente la orilla con el sonido de un trueno, y todas aquellas formas avanzaban tumultuosamente, desplazándose y cambiando sin cesar su fisonomía; la costa imaginaria se elevaba y descendía en el horizonte con sus torres y edificios, y las espesas nubes se movían a gran velocidad. Tuve la impresión de asistir al desgarramiento y cataclismo de

toda la naturaleza.

Al no encontrar a Ham entre la gente que aquel temporal memorable (pues todavía lo recuerdan como el más violento que ha azotado esas costas) había congregado en la playa, decidí ir a su casa. Estaba cerrada; como nadie respondió a mi llamada, me dirigí por callejuelas y pequeños senderos hasta el astillero donde trabajaba. Allí me contaron que se había ido a Lowestoft, donde ciertas reparaciones urgentes precisaban de su habilidad; pero que volvería al día siguiente, muy temprano.

Regresé a la posada; y, después de haberme lavado y vestido, y de haber intentado dormir en vano, eran las cinco de la tarde. No llevaba ni cinco minutos sentado junto a la chimenea de la sala cuando el camarero vino a atizar el fuego, como una excusa para entablar conversación, y me dijo que dos carboneros se habían hundido con toda su tripulación a pocas millas de distancia; y que habían visto otros barcos en la rada, luchando desesperadamente por no acercarse a la costa.

—¡Que Dios se apiade de ellos y de todos los pobres marineros si tenemos otra noche como la de ayer! —exclamó.

Me sentía terriblemente solo y abatido, y la ausencia de Ham me inquietaba mucho más de lo que hubiera sido lógico esperar. Los acontecimientos de los últimos tiempos me habían afectado más de lo que yo creía; y haber estado tantas horas expuesto a la furia del viento me había dejado bastante aturdido. Mis recuerdos y mis pensamientos estaban tan enmarañados que había perdido toda noción del tiempo y del espacio. De modo que, si hubiera salido a la calle, no creo que me hubiese sorprendido encontrar a una persona que yo supiera con certeza que estaba en Londres. Para decirlo de otro modo, mi cerebro sentía una extraña indiferencia hacia esa clase de cosas; aunque se hallaba, al mismo tiempo, muy activo con todos los recuerdos que el lugar despertaba en mí, y que eran especialmente claros y vívidos.

En ese estado, me apresuré a asociar, de forma inconsciente, la triste noticia que acababa de darme el camarero sobre los barcos con mi preocupación por Ham. Lo cierto es que temía que volviera de Lowestoft por mar y naufragase. Y esa angustia empezó a atormentarme de tal modo que decidí volver al astillero antes de cenar y preguntar al dueño si creía posible que Ham regresara en barco. En caso de que existiera la menor posibilidad, iría a Lowestoft para impedirlo y lo traería conmigo.

Encargué rápidamente la cena y volví al astillero. Llegué justo a tiempo, ya que el dueño, con una linterna en la mano, estaba cerrando la puerta. Se echó a reír cuando oyó mi pregunta, y respondió que no me preocupara, que ningún hombre en su sano juicio, o que estuviera trastornado, se embarcaría con un temporal como aquél, y menos que nadie Ham Peggotty, que había nacido para ser marinero.

Lo sabía de antemano, y por eso me había avergonzado llevar a cabo algo que, sin embargo, me sentía obligado a hacer. Regresé a la posada. Si un viento como aquél podía arreciar, creo que estaba arreciando. Sus rugidos y bramidos, el traqueteo de puertas y ventanas, el ulular de las chimeneas, el movimiento de la casa que me servía de refugio, y el tumulto prodigioso de la mar eran todavía más aterradores que por la mañana. Además, ahora reinaba una profunda oscuridad, que añadía a la tormenta nuevos horrores, reales y ficticios.

No podía comer, no podía quedarme quieto, no podía concentrar mi atención en nada. Algo dentro de mí, respondiendo débilmente a la tormenta exterior, agitaba las profundidades de mi memoria, y la sumía en la confusión. Y, a pesar del torbellino de mis pensamientos, que corrían enloquecidos al compás del mar ensordecedor, la tormenta y mi inquietud por Ham se hallaban siempre en primer término.

Se llevaron mi comida sin que apenas la hubiera probado, e intenté animarme con un vaso o dos de vino. Fue inútil. Me adormecí junto al fuego, sin perder la conciencia del estruendo exterior ni del lugar donde me encontraba. Ambas sensaciones quedaron eclipsadas por un terror nuevo e indefinible; y, cuando me desperté... o mejor dicho, cuando conseguí librarme del letargo que parecía haberme atado a la silla, todo mi cuerpo, sin saber por qué, se estremeció de miedo.

Paseé de un lado a otro de la habitación, intenté leer un viejo manual de geografía, escuché el espantoso fragor; contemplé los rostros, escenas y siluetas que dibujaban las llamas. Finalmente, el tictac del impasible reloj de pared me atormentó de tal modo que decidí acostarme.

Resultaba tranquilizador saber, en una noche como aquélla, que algunos criados de la posada habían decidido hacer guardia hasta que rayara el alba. Me fui a la cama, completamente exhausto y con la cabeza embotada; pero, al acostarme, esas sensaciones desaparecieron como por arte de magia, y me encontré completamente despierto y con los sentidos aguzados.

Durante horas estuve allí, escuchando el viento y el agua; tan pronto imaginaba oír gritos en el mar, como los cañonazos de alarma o el derrumbamiento de algunas casas de la ciudad. Me levanté varias veces a mirar por la ventana; pero lo único que veía era el reflejo en los cristales de la pequeña vela que había dejado encendida y de mi semblante ojeroso, que me contemplaba desde el oscuro vacío.

Al final, mi agitación alcanzó tal paroxismo que me vestí presuroso y bajé corriendo las escaleras. En la enorme cocina, donde pude entrever ristras de cebollas y tocinos colgando de las vigas, los criados de guardia se habían agrupado, en las actitudes más variadas, alrededor de una mesa que, de modo expreso, habían alejado de la gran chimenea y habían acercado a la puerta. Una bonita joven, que tenía los oídos tapados con su delantal y los ojos clavados en la puerta, lanzó un grito cuando aparecí, creyendo que era un fantasma; pero sus compañeros mostraron mayor presencia de ánimo y se alegraron de que alguien más los acompañara. Un hombre, volviendo al asunto que habían estado discutiendo, me preguntó si pensaba que las almas de los tripulantes de los carboneros hundidos vagaban por la playa, en medio del temporal.

Debí de estar con ellos un par horas. En una ocasión, abrí el portón del patio y contemplé la calle desierta. La arena, las algas y los copos de espuma volaban por doquier; y tuve que pedir ayuda para cerrar de nuevo el portón, e impedir que el viento lo abriera.

Cuando regresé a mi cuarto solitario, reinaba en él una lúgubre oscuridad; pero para entonces estaba agotado y, al meterme de nuevo en la cama, caí (desde lo alto de una torre hasta el fondo de un precipicio) en un profundo sueño. Tengo la impresión de que durante mucho tiempo, a pesar de que soñaba estar en otro lugar y ver escenas muy diferentes, el viento seguía silbando en mi cabeza. Finalmente, perdí ese último contacto con la realidad y, en compañía de dos amigos muy queridos, que no sé quiénes eran, me encontré asediando una ciudad en medio de un intenso cañoneo.

El retumbar de los cañones era tan violento y continuo que no pude oír algo que me hubiera gustado mucho escuchar, hasta que, con gran esfuerzo, me desperté. Era de día... las ocho o las nueve de la mañana; la tempestad rugía, en el lugar de las baterías; y alguien me llamaba y golpeaba la puerta.

—¿Qué ocurre? —exclamé.

—¡Un naufragio! ¡Muy cerca!

Salté de mi cama y pregunté de qué barco se trataba.

—Una goleta, de España o Portugal, cargada de fruta y vino. ¡Dese prisa, señor, si quiera verla! En la playa dicen que está a punto de hacerse pedazos.

La voz excitada se alejó gritando por las escaleras; me vestí lo más rápidamente que pude y me precipité a la calle.

Muchos hombres y mujeres corrían delante de mí, todos en la misma dirección: la playa. Me sumé a su carrera y, adelantando a gran número de ellos, no tardé en verme frente al mar enfurecido.

Es posible que el viento hubiera amainado un poco para entonces, aunque no más que, si en mis sueños, hubiesen acallado media docena de cañones entre varios centenares. Pero el mar, después de la agitación que había sufrido durante toda la noche, resultaba infinitamente más aterrador que la víspera. Parecía como si todo se hubiera hinchado desde entonces; y la altura que alcanzaban las olas, y el modo en que se precipitaban unas tras otras y llegaban a la playa, en huestes interminables, era un espectáculo sobrecogedor.

Con la dificultad de no oír otra cosa que el viento y las olas, y con la muchedumbre, y la indescriptible confusión, y mis primeros esfuerzos por mantenerme en pie sin que me tiraran las fuertes ráfagas, me sentía tan confuso que, cuando busqué con la mirada el barco, lo único que distinguí fueron las crestas espumeantes de las gigantescas olas. Un marinero que estaba a mi lado, a medio vestir, señaló hacia la izquierda con su brazo desnudo (en el que una flecha tatuada apuntaba en la misma dirección). Y entonces, ¡oh, Dios mío!, vi la goleta, ¡justo delante de nosotros!

Uno de los mástiles se había partido, seis u ocho pies sobre cubierta, y caía hacia un lado, en una maraña de velas y de jarcia; y todos esos restos, cada vez que el barco cabeceaba y daba bandazos (lo que hacía sin cesar y con una violencia inconcebible), golpeaban el costado como si quisieran perforarlo. Incluso en aquellas condiciones seguían intentando cortar y desprenderse de ese trozo de palo; pues, cuando la goleta, que estaba de través, se volvió hacia nosotros en su balanceo, distinguí con claridad cómo los hombres de a bordo se afanaban con sus hachas, especialmente una silueta joven y vigorosa de largos cabellos rizados que destacaba sobre las demás. Pero un fuerte clamor, que llegó a oírse incluso por encima del viento y del agua, se elevó en aquel instante en la orilla; pues el mar, barriendo la cubierta del barco, arrastró hombres, arboladura, barriles, tablas, amuradas y montones

de objetos parecidos, al oleaje en ebullición.

El segundo mástil continuaba en pie, con los jirones de la vela rifada y un revoltijo de cabuyería rota batiendo de una banda a otra. El barco había tocado fondo una vez –me gritó con voz ronca al oído el mismo marinero–, y luego volvió a elevarse antes de tocar fondo de nuevo. Me pareció entenderle que estaba partiéndose por la mitad, y no me fue difícil creerlo, pues el cabeceo y el balanceo eran tan brutales que ninguna construcción humana podría resistir mucho tiempo. Mientras hablaba, se oyó otro grito de piedad en la playa. Cuatro hombres surgieron de las profundidades con el barco, aferrados a la jarcia del mástil que quedaba; en la parte más alta, la silueta vigorosa de cabellos rizados.

Había una campana a bordo; y, mientras el barco cabeceaba y daba bandazos, como una criatura desesperada que hubiera enloquecido, mostrándonos unas veces toda la cubierta cuando escoraba hacia la playa, y otras solamente la quilla, cuando dando un brusco bandazo escoraba hacia el mar abierto, la campana sonaba; y su tañido, el toque de difuntos de aquellos desdichados, llegaba hasta nosotros empujado por el viento. Una vez más perdimos de vista la goleta, y una vez más resurgió. Dos de los hombres habían desaparecido. En la playa creció la angustia. Los hombres gemían y juntaban las manos; las mujeres chillaban y volvían las cabezas hacia otro lado. Algunos corrían como locos de un lado a otro, pidiendo ayuda a gritos, aunque no se pudiera hacer nada. Yo estaba entre ellos, e imploraba frenéticamente a un grupo de marineros que conocía que no dejaran ahogarse ante nuestros ojos a aquellos dos desgraciados.

Me explicaron con gran agitación (no sé cómo, pues yo no estaba suficientemente sereno para comprender lo poco que era posible oír) que un bote salvavidas había intentado salvarlos valerosamente una hora antes, pero que sus esfuerzos habían resultado en vano; y que ningún hombre era tan temerario para lanzarse al mar con un cabo y servir de puente con los náufragos, que era lo único que podía hacerse. Entonces me di cuenta de que una sensación nueva conmocionaba a la muchedumbre reunida en la playa, y vi cómo la gente se apartaba y Ham se abría paso en dirección a la orilla.

Corrí hacia él... por lo que recuerdo, para repetir mi llamamiento de socorro. Pero, aunque estaba muy aturdido por aquel espectáculo tan terrible y tan nuevo para mí, su aire decidido y el modo en que miraba el mar –exactamente igual que al día siguiente de la fuga de Emily– me hicieron comprender el peligro que le amenazaba. Le sujeté con los dos brazos; y

supliqué a los hombres con los que había estado hablando que no le escucharan, que no cometiesen un asesinato, que no le dejaran moverse de la playa.

Otro grito se elevó en la orilla; y, al mirar los restos del barco, vimos cómo la vela cruel golpeaba una y otra vez al hombre que estaba más abajo hasta tirarlo al agua, y flotaba triunfante alrededor de la silueta vigorosa, que había quedado sola en el mástil.

Frente a semejante espectáculo, y frente a la determinación de aquel hombre, no sólo serenamente dispuesto a arriesgarlo todo sino también acostumbrado a dirigir a la mitad de los presentes, mis súplicas resultaron tan inútiles como si se las hubiera dirigido al viento.

—Señorito Davy —dijo alegremente, cogiéndome las manos—, si ha llegado mi hora, no hay nada que podamos hacer. Y si no ha llegado, seguiré esperándola. ¡Que Dios le bendiga y nos bendiga a todos! ¡Compañeros, preparadme! ¡Voy a meterme en el agua!

Fui apartado, aunque sin violencia, a cierta distancia, donde la gente que me rodeaba me detuvo, insistiendo, según oí confusamente, en que Ham estaba decidido a ir, con ayuda o sin ella, y que yo pondría en peligro las precauciones que estaban tomando para su seguridad si molestaba a los hombres que se encargaban de ello. No sé lo que les dije ni lo que me contestaron; pero vi mucho movimiento en la playa, y hombres que corrían con los cabos de un cabestrante que había cerca, y entraban en un corro de siluetas que me impidieron seguir viendo a Ham. Luego lo vi solo, con su jersey y su pantalón marinero; con un cabo en la mano, o atado a la muñeca, y otro alrededor del cuerpo; varios hombres, de los mejores, agarraban este último por un extremo, a escasa distancia, mientras él lo dejaba sin tensar en la arena.

Era evidente, incluso para un ojo tan poco experimentado como el mío, que la goleta se estaba rompiendo. Vi que se estaba partiendo por la mitad y que la vida del hombre solitario que había en el mástil pendía de un hilo. Pero seguía aferrado a él. Llevaba en la cabeza un extraño gorro rojo, diferente del de los marineros, de un color más claro; y, mientras las pocas tablas que quedaban entre él y la destrucción se tambaleaban y combaban, y sonaba con antelación el toque de difuntos, todos le vimos agitarlo. Y, al contemplar su gesto, creí enloquecer, pues el recuerdo de un amigo, antaño muy querido, acudió a mi memoria.

Ham observó el mar, solo, con el aliento en suspenso a sus espaldas y la tempestad ante él, hasta que una ola enorme se retiró; entonces, con una mirada a los que sujetaban el cabo amarrado a su cuerpo, se lanzó tras ella. En un instante, se encontró luchando con el agua, elevándose con las montañas, cayendo con los valles, perdido bajo la espuma, y arrastrado de nuevo hacia la orilla. Sus compañeros halaron rápidamente de él.

Se hallaba herido. Desde donde yo estaba, distinguí sangre en su rostro; pero él hizo caso omiso. Pareció dar apresuradamente algunas instrucciones para que los hombres le dejaran más libre –o eso creí comprender por el movimiento de su brazo– y volvió a lanzarse al agua.

Y se dirigió hacia la goleta, elevándose con las montañas, cayendo con los valles, perdido bajo la tumultuosa espuma, arrastrado hacia la orilla, arrastrado hacia el barco, luchando dura y valerosamente. La distancia era insignificante, pero la fuerza del mar y del viento lo convertían en una contienda mortal. Al final, se aproximó a la goleta. Estaba tan cerca que con una más de sus vigorosas brazadas hubiera podido aferrarse a ella... pero una gigantesca muralla de agua verde avanzó hacia la orilla, desde el otro lado del barco; Ham pareció subir de un poderoso salto hasta su cresta... ¡y el barco desapareció!

Al correr hacia el lugar desde donde tiraban del cabo, vi arremolinados algunos pequeños fragmentos, como si acabara de romperse un simple barril. Se leía la consternación en todos los rostros. Y lo arrastraron hasta mis pies... inconsciente... muerto. Lo llevaron hasta la casa más cercana y, ahora que nadie me lo impedía, me quedé a su lado, ayudando activamente mientras trataban por todos los medios de reanimarlo; pero la inmensa ola le había asestado un golpe mortal, y su generoso corazón había dejado de latir para siempre.

Al sentarme junto a la cama, cuando la esperanza se había perdido y todo había terminado, un pescador, que conocía desde que Emily y yo éramos niños, pronunció quedamente mi nombre en la puerta.

–Señor –exclamó, mientras las lágrimas corrían por su curtido rostro, que, al igual que sus labios temblorosos, había adquirido una palidez cenicienta–, ¿quiere acompañarme?

El viejo recuerdo que había acudido a mi memoria se reflejaba en su mirada. Le pregunté, aterrorizado, apoyándome en el brazo que él me ofrecía:

–¿Ha arrojado el mar algún cuerpo a la orilla?

—Sí.

—¿Lo conozco?

No respondió.

Pero me llevó a la orilla. Y en el lugar dónde Emily y yo habíamos buscado conchas, de niños... en el lugar en que unos pequeños fragmentos de la vieja goleta, destrozada por el temporal de la noche anterior, habían sido esparcidos por el viento... entre las ruinas del hogar que él había agraviado... lo vi tendido, con la cabeza apoyada en el brazo, como lo había visto dormir tantas veces en el internado.

LVI

La herida nueva, y la antigua

No había necesidad, ¡oh Steerforth!, de que me dijeras, la última vez que estuvimos juntos, en aquel momento que yo estaba tan lejos de imaginar que fuera el de nuestra despedida... no había necesidad de que me dijeras: «¡Recuerda lo mejor de mí!». Siempre lo había hecho; y ante aquella visión, ¿cómo podía cambiar ahora?

Trajeron unas parihuelas y lo colocaron encima, cubrieron su cuerpo con una bandera y lo llevaron hacia las casas. Todos los hombres que lo transportaban lo habían conocido; habían salido a la mar con él y lo habían visto alegre y animoso. Lo llevaron a través del fragor de la tempestad, un islote de silencio en medio de aquel estruendo; y lo condujeron hasta la cabaña donde ya se encontraba la Muerte.

Pero cuando dejaron las parihuelas en el suelo, al llegar al umbral, se miraron los unos a los otros, me miraron y cuchichearon entre sí. Yo sabía por qué. No les parecía correcto que descansara en la misma habitación silenciosa.

Nos dirigimos al pueblo, y depositamos nuestra carga en la posada. Cuando logré serenarme un poco, envié a buscar a Joram, y le pedí que me proporcionara un carruaje para llevarlo a Londres aquella misma noche. Sabía que era un deber que sólo me incumbía a mí, del mismo modo que preparar a su madre para tan dolorosa noticia; y lo cierto es que deseaba cumplir con mi obligación con la mayor lealtad posible.

Elegí viajar de noche, a fin de que nuestra salida de Yarmouth despertara menos curiosidad. Sin embargo, a pesar de que era casi medianoche cuando el carruaje abandonó el patio del mesón, había mucha gente esperándonos. De vez en cuando, al atravesar la ciudad, e incluso a cierta distancia por la carretera, descubrí otros grupos que nos observaban; pero no tardé en

encontrarme sin más compañía que la noche desolada, el campo abierto y las cenizas de mi amigo de la infancia.

Llegué a Highgate una suave mañana de otoño, a eso del mediodía, cuando algunas hojas muertas perfumaban el suelo, mientras otras más numerosas, de hermosas tonalidades amarillas, rojas y pardas, colgaban aún de los árboles, entre los que brillaba el sol. Recorrí a pie la última milla, reflexionando sobre lo que tenía que hacer; y dejé el carruaje que me había seguido toda la noche, esperando mis órdenes para reanudar la marcha.

La casa no había cambiado. Ni una sola persiana estaba levantada; no se advertía el menor signo de vida en el sombrío patio empedrado, el del camino cubierto que conducía hasta la entrada. El viento había caído y no se movía nada.

Al principio me faltó valor para tocar la campanilla de la verja y, cuando me decidí, tuve la sensación de que su son hablaba por mí. Salió la joven doncella con la llave en la mano y, mientras abría, me miró con inquietud.

—Perdone, señor —dijo—, ¿se encuentra usted enfermo?

—Estoy muy agitado, y también exhausto.

—¿Ocurre algo, señor? ¿El señorito James...?

—¡Chist! —respondí—. En efecto, ha ocurrido algo que tengo que comunicar a la señora Steerforth. ¿Está en casa?

La joven me contestó con aire preocupado que su señora rara vez salía ahora, ni siquiera en carruaje, que pasaba el tiempo en su habitación, y que no veía a nadie, aunque a mí me recibiría. Su señora estaba levantada —añadió—, y la señorita Dartle se encontraba con ella. ¿Qué mensaje tenía que darles?

Después de pedirle encarecidamente que no dejase que su rostro la traicionara, y que se limitara a entregarles mi tarjeta y a decirles que aguardaba, me senté en la sala (a la que habíamos llegado) a esperar su regreso. Ésta se había convertido en una estancia inhóspita, y las contraventanas estaban medio cerradas. El arpa no se había tocado en mucho tiempo. El retrato de Steerforth, niño, seguía colgado en la pared. El pequeño mueble donde su madre guardaba sus cartas continuaba allí; y me pregunté si alguna vez las leería ahora, ¡o si jamás volvería a hacerlo!

La casa estaba tan silenciosa que oí las ligeras pisadas de la doncella en el piso superior. Cuando regresó, traía el encargo de decirme que la señora

Steerforth se hallaba indispuesta y no podía bajar; pero que, si yo no tenía inconveniente, estaría encantada de recibirme en su habitación. Unos minutos más tarde, estaba frente a ella.

Se encontraba en el cuarto de Steerforth, no en el suyo. Comprendí que el recuerdo de su hijo la había empujado a instalarse allí; y que, por ese motivo, había conservado a su alrededor, tal como él los había dejado, los numerosos trofeos de su vida escolar y deportiva. Murmuró, sin embargo, al recibirme, que había abandonado su antigua habitación porque ésta no era cómoda para una enferma; y con su mirada altiva rechazó la más ligera sospecha de la verdad.

Rosa Dartle se hallaba, como siempre, a su lado. Desde que sus ojos negros se posaron en mí, supe que había adivinado que era portador de malas noticias. La cicatriz se volvió visible al instante. Retrocedió un paso para situarse detrás del sillón, a fin de que la señora Steerforth no pudiera ver su rostro; y me observó con una mirada penetrante que no flaqueó ni se desvió jamás.

—Lamento ver que está de luto, señor —dijo la señora Steerforth.

—He tenido la desgracia de perder a mi mujer —repliqué.

—Es usted muy joven para sufrir una pérdida tan grande —señaló—. Lo siento, lo siento muchísimo. Espero que el Tiempo le sirva de consuelo.

—Y yo espero que el Tiempo —agregué, mirándola— nos sirva de consuelo a todos. Querida señora Steerforth, es algo en lo que debemos confiar, incluso en nuestras peores desgracias.

La gravedad de mis palabras y las lágrimas que asomaban a mis ojos la alarmaron. El curso entero de sus pensamientos pareció detenerse y cambiar.

Intenté dominar mi voz al pronunciar dulcemente su nombre, pero ésta tembló. Ella se lo repitió a sí misma dos o tres veces, en voz baja. Después, dirigiéndose a mí, exclamó con calma forzada:

—Mi hijo está enfermo.

—Muy enfermo.

—¿Lo ha visto?

—Sí.



Soy portador de malas noticias

—¿Se han reconciliado?

No podía contestar sí ni contestar no. Se volvió ligeramente hacia el lugar que antes ocupaba la señorita Dartle, a su lado, y yo aproveché ese momento para decirle a Rosa moviendo los labios: «¡Muerto!».

Para evitar que la señora Steerforth se diera la vuelta y leyera claramente escrito en el semblante de Rosa lo que todavía no estaba preparada para conocer, me apresuré a sostener su mirada; pero había tenido tiempo de ver cómo la señorita Dartle alzaba las manos, presa de la desesperación y del horror, y se cubría con ellas el rostro.

La hermosa dama –tan parecida, ¡oh, tan parecida a él!– clavó sus ojos en mí y se llevó la mano a la frente. Le imploré que tuviera entereza, y que se preparase para soportar la noticia que debía darle; pero habría hecho mejor en suplicarle que llorase, pues siguió sentada como una estatua de piedra.

–La última vez que estuve aquí –titubeé–, la señorita Dartle me dijo que Steerforth se hallaba navegando. Anteayer por la noche se desató en el mar una terrible tormenta. Si estaba embarcado y cerca de una costa peligrosa, como afirman algunos; y si la goleta que se vio era realmente el barco en que...

–¡Rosa! –exclamó la señora Steerforth–. ¡Acércate a mí!

Ella obedeció, pero sin mostrar la menor compasión o ternura. Contempló a la madre con unos ojos que despedían fuego y soltó una horrible carcajada.

–Y ahora, mujer lunática –dijo–, ¿está satisfecho su orgullo? *Ahora* que él ha pagado el mal que le había hecho... ¡con su vida! ¿Me oye? ¡Con su vida!

La señora Steerforth, tan erguida como siempre, se recostó en el respaldo del sillón y, con un gemido, clavó en Rosa sus ojos desorbitados.

–¡Sí! –gritó la señorita Dartle, golpeándose violentamente en el pecho–. ¡Míreme! ¡Laméntese, gima, y míreme! ¡Mire esto! –exclamó, señalando la cicatriz–. ¡La obra de su hijo muerto!

Los gemidos que de vez en cuando profería la madre me llegaban al corazón. Eran siempre iguales: ahogados e inarticulados. E iban acompañados de un movimiento de impotencia de la cabeza, pero sin que su semblante experimentara el menor cambio. Salían de su boca cerrada y de sus dientes apretados, como si las mandíbulas se le hubieran paralizado y tuviese la cara petrificada por el dolor.

–¿Se acuerda del día en que me hizo esto? –prosiguió Rosa–. ¿Se acuerda del día en que, empujado por ese orgullo y esa violencia que había heredado de usted y que usted se encargó de cultivar, me desfiguró para toda la vida? ¡Míreme, marcada hasta la muerte por su ira! ¡Y gima y llore porque usted le convirtió en lo que era!

–Señorita Dartle –le supliqué–, por el amor de Dios...

–¡Quiero hablar! –dijo, volviéndose hacia mí con sus ojos febriles–. ¡Cállese usted! ¡Le repito que me mire, madre orgullosa de un hijo orgulloso e hipócrita! ¡Llore por el modo en que lo ha educado! ¡Llore porque lo ha

corrompido! ¡Llore porque usted lo ha perdido... y también lo he perdido yo!

Cerró la mano, y todo su cuerpo enjuto y consumido se estremeció, como si su cólera estuviera matándola poco a poco.

—¡USTED, ofendida por su terquedad! —exclamó—. ¡USTED, dolida por su arrogancia! ¡USTED, que sólo cuando sus cabellos habían encanecido se enfrentó a ambas con la misma terquedad y arrogancia que usted le había transmitido! ¡USTED, que desde la cuna le enseñó a ser lo que fue, y que impidió que llegara a ser lo que debiera haber sido! ¿Se siente recompensada *ahora* por todos sus desvelos?

—¡Oh, señorita Dartle! ¡Qué vergüenza! ¡Qué crueldad!

—Le he dicho ya —me respondió— que quiero hablar con ella. ¡Nada podrá impedírmelo mientras siga aquí! ¿Acaso no he guardado silencio todos estos años? ¿Por qué no he de hablar ahora? ¡Yo le amaba mucho más de lo que nunca le amó usted! —gritó, volviéndose con furia hacia la señora Steerforth—. Podría haberlo amado, sin pedirle nada a cambio. Si hubiera sido su esposa, me habría convertido en la esclava de sus caprichos por una palabra de amor, aunque fuera una vez al año. Y tendría que haberlo sido. ¿Quién puede saberlo mejor que yo? Usted era exigente, altanera, puntillosa, egoísta. Mi amor habría sido fiel... ¡y habría pisoteado sus mezquinos lloriqueos!

Con los ojos centelleantes, dio una patada en el suelo como si realmente los estuviera pisoteando.

—¡Mire! —exclamó, tocándose de nuevo la cicatriz con una mano despiadada—. ¡Cuando él comprendió lo que había hecho, se arrepintió! Yo sabía cantar para él, y hablarle, y mostrar mi entusiasmo por todo lo que hacía, y conseguí adquirir a fuerza de trabajo los conocimientos que más le interesaban; y yo le atraía. A la edad en que era más sincero y más puro, él me amó. ¡Sí, me amó! ¡Cuántas veces, después de desembarazarse de usted con una frase cualquiera, me estrechaba contra su corazón!

En medio de su frenesí (pues era como si hubiese enloquecido), pronunció estas palabras con un orgullo burlón, pero también con una vehemencia en la que, por unos instantes, los rescoldos dormidos de su antigua ternura parecieron encenderse de nuevo.

—Y me convertí, como tendría que haber adivinado, si no me hubiese fascinado con su galanteo juvenil, en una muñeca, en un juguete con el que entretenerse cuando no tenía nada que hacer, y que podía tirar y volver a

recoger, según su inconstante estado de ánimo. Cuando él se cansó, yo me cansé. Cuando dejó de estar encaprichado conmigo, yo no traté de fortalecer el poder que tenía sobre él, como tampoco hubiera consentido en convertirme en su mujer si le hubieran obligado a casarse conmigo. Nos alejamos sin decirnos una palabra. Tal vez usted se dio cuenta y no lo lamentó. Desde entonces, no he sido más que un simple mueble desfigurado entre ustedes dos; sin ojos, sin oídos, sin sentimientos, sin memoria. ¿Está llorando? Pues llore por lo que hizo de él, no por su amor. ¡Le repito que hubo un tiempo en que le amé más de lo que nunca le amó usted!

Rosa Dartle dirigió su mirada brillante y colérica hacia aquellos ojos desorbitados y aquel semblante inexpresivo; y, al oír un nuevo gemido, ni siquiera se ablandó, como si en vez de un rostro estuviera contemplando un retrato.

—Señorita Dartle —dije—, si su corazón es tan duro que no es capaz de compadecerse de esta afligida madre...

—¿Y quién se compadece de mí? —replicó con aspereza—. Ella sembró esto. ¡Que llore por la cosecha que hoy recoge!

—Y si los errores de su hijo... —empecé a decir.

—¿Errores? —gritó la señorita Dartle, deshaciéndose en lágrimas—. ¿Quién se atreve a calumniarlo? ¡Valía mil veces más que los amigos que se rebajaba a tratar!

—Nadie puede haberlo querido más, y nadie puede recordarlo con tanto cariño como yo —repliqué—. Lo que quería decir es que, si usted no siente compasión por su madre, o si sus errores... que usted ha criticado con dureza...

—¡Es falso! —exclamó, mesándose los cabellos negros—. ¡Yo lo amaba!

—... no pueden borrarse de su memoria, en un momento semejante, ¡mire a esta mujer como si la viera por primera vez y acuda en su ayuda!

La señora Steerforth continuaba en la misma postura, como si estuviera paralizada. Rígida, inmóvil, con la mirada perdida, profería de vez en cuando el mismo gemido sordo, acompañado del movimiento de impotencia de la cabeza; pero no daba otras señales de vida. La señorita Dartle se arrodilló de pronto ante ella y empezó a desabrocharle el vestido.

—¡Maldito sea! —dijo, volviéndose hacia mí con una expresión en la que se

mezclaban la ira y el dolor—. ¡En mala hora se le ocurrió venir a esta casa! ¡Maldito sea! ¡Márchese!

Después de abandonar la habitación, volví rápidamente sobre mis pasos para tocar la campanilla, a fin de avisar antes a los criados. Rosa Dartle había cogido en sus brazos a la figura impasible y, siempre de rodillas, derramaba lágrimas sobre ella, la besaba, pronunciaba su nombre, la acunaba en su pecho como a una niña, e intentaba despertar sus aletargados sentidos con toda clase de manifestaciones de ternura. Como ya no temía dejar a la señora Steerforth, salí de nuevo sin hacer ruido e informé a los criados.

Regresé más tarde ese mismo día, y depositamos a Steerforth en la habitación de su madre. Me dijeron que ésta seguía igual, y que la señorita Dartle no se apartaba de su lado. Varios médicos la atendían y habían probado numerosos fármacos; pero ella yacía como una estatua, salvo por el sordo gemido que profería de vez en cuando.

Recorrí la triste casa y cerré todas las ventanas. Dejé para el final la del cuarto donde él descansaba. Levanté su mano de plomo y la puse sobre mi corazón; y no hubo nada en el mundo que no fuera muerte y silencio, sólo turbados por los lamentos de su madre.

LVII

Los emigrantes

Antes de abandonarme a mis emociones, tenía que hacer una cosa más: ocultar lo sucedido a los que iban a partir, y dejar que zarpasen en una feliz ignorancia. Para eso, no había tiempo que perder.

Hablé a solas con el señor Micawber aquella misma noche, y le encomendé la tarea de impedir que la noticia de la reciente catástrofe llegara a oídos del señor Peggotty. Aceptó su misión con entusiasmo, y prometió interceptar todos los periódicos que, sin esas precauciones, podían llegar a sus manos.

—Si la noticia quiere llegar hasta él —dijo el señor Micawber, golpeándose el pecho—, ¡tendrá que atravesar antes mi cuerpo!

Debo decir que el señor Micawber, en su afán por adaptarse a una nueva clase de sociedad, había adquirido los ademanes desenfadados de un bucanero, no completamente al margen de la ley, pero enérgico y a la defensiva. Cualquiera lo habría tomado por un nativo de algún paraje desierto, acostumbrado a vivir largos años en los confines de la civilización, y a punto de regresar a sus tierras solitarias.

Se había provisto, entre otras cosas, de un traje completo de tela encerada y de un sombrero de paja, muy bajo de copa y cubierto de brea o de alquitrán. Cuando se paseaba con aquella ruda vestimenta y un catalejo bajo el brazo, levantando los ojos al cielo con aire de entendido, como si buscara signos de mal tiempo, resultaba mucho más náutico que el señor Peggotty. Toda la familia Micawber, por expresarlo de algún modo, estaba preparada para entrar en acción. La señora Micawber lucía el sombrero más rígido y ajustado que uno pueda imaginar, atado con firmeza por debajo de la barbilla, e iba envuelta en un chal como si fuera un fardo (al igual que yo el día en que mi tía me acogió por primera vez en su casa de Dover), fuertemente anudado por

detrás, a la altura del talle. La señorita Micawber también se había abrigado para hacer frente a las peores tempestades; y no había nada superfluo en su vestido. El señorito Micawber parecía haber desaparecido bajo su jersey de Guernsey y unos pantalones enormes del más basto tejido; y los pequeños iban metidos, como conservas, en recipientes impermeables. Tanto el señor Micawber como su hijo mayor llevaban las mangas dobladas sobre los puños, como si estuvieran dispuestos a echar una mano en cualquier parte, y a subir al palo o gritar: «¡Eoooh! ¡Izad las velas!», a la menor señal.

Y de ese modo los encontramos Traddles y yo, al anochecer, reunidos junto a los peldaños de madera que entonces se conocían como los Escalones de Hungerford^[117] para contemplar la salida de un trasbordador que llevaba algunas de sus propiedades a bordo. Yo le había contado a Traddles el terrible suceso, que le había causado una honda impresión; pero estábamos convencidos de que sería mejor para ellos que lo guardáramos en secreto, y Traddles había venido a ayudarme en ese último favor. Fue allí donde me llevé aparte al señor Micawber y él me hizo su promesa.

La familia Micawber se alojaba en una pequeña posada, sucia y destartalada, por aquel entonces muy cerca de los escalones, y cuyas habitaciones de madera estaban suspendidas sobre el río. Al tratarse de emigrantes, los Micawber despertaban cierta curiosidad en Hungerford, y atraían tantos mirones que nos alegramos de poder refugiarnos en su cuarto. Era una de las habitaciones de madera del piso superior, bajo las que fluía la corriente. Mi tía y Agnes se encontraban allí, muy atareadas, confeccionando algunas prendas de vestir adicionales para los niños. Peggotty las ayudaba apaciblemente, con el viejo costurero, la cinta para medir y el pedacito de cera que habían sobrevivido a tantas vicisitudes.

No resultó fácil responder a sus preguntas; y todavía menos decirle en voz baja al señor Peggotty, cuando vino acompañado del señor Micawber, que había entregado la carta a Ham y que todo estaba en orden. Pero hice ambas cosas, y los dos hermanos se quedaron satisfechos. Si mi rostro reflejaba algo de lo que sentía, mi propio dolor bastaba para explicarlo.

—¿Y cuándo zarpa el barco, señor Micawber? —preguntó mi tía.

El señor Micawber consideró necesario preparar poco a poco a mi tía o a su mujer para darles la noticia, y contestó que antes de lo que él había supuesto el día anterior.

—Imagino que el barco le habrá avisado, ¿no es así? —dijo mi tía.

–En efecto, señora –replicó él.

–Entonces, ¿se hará a la mar...? –quiso saber mi tía.

–Señora –repuso el señor Micawber–, me han informado de que debemos subir sin falta a bordo mañana por la mañana, antes de las siete.

–¡Caramba! –exclamó mi tía–. Eso es muy temprano. Supongo que será por cuestiones náuticas, ¿no es cierto, señor Peggotty?

–Así es, señora. El barco descenderá por el río con la marea. Si el señorito Davy y mi hermana suben a bordo en Gravesend, al día siguiente por la tarde, podrán vernos por última vez.

–Allí estaremos –respondí–, ¡cuenta con ello!

–Hasta ese momento, y hasta que nos encontremos en el mar –dijo el señor Micawber, dirigiéndome una mirada cómplice–, el señor Peggotty y yo vigilaremos juntos nuestros enseres y nuestros bienes. Emma, mi amor –exclamó, aclarándose la garganta con su habitual exageración–, mi amigo el señor Thomas Traddles ha tenido la amabilidad de solicitarme, al oído, permiso para encargar los ingredientes necesarios para la elaboración de una cantidad moderada de esa bebida especialmente asociada en nuestros recuerdos al rosbif de la vieja Inglaterra. Hablo... en una palabra, del ponche. En circunstancias normales, vacilaría antes de pedir su consentimiento a la señorita Trotwood y a la señorita Wickfield, pero...

–Lo único que puedo decir, señor Micawber –le interrumpió mi tía–, es que será un verdadero placer para mí beber por su felicidad y por su fortuna.

–¡Y también para mí! –exclamó Agnes, con una sonrisa.

El señor Micawber bajó inmediatamente al bar, donde parecía sentirse a sus anchas; y regresó, al cabo de un rato, con un jarro humeante. No pude evitar fijarme en que había pelado los limones con su propia navaja, que, como convenía a un colono experimentado, tenía al menos un pie de largo; y que ahora se la limpiaba, de un modo ostentoso, en la manga. Me di cuenta de que la señora Micawber y los dos hijos mayores también poseían aquellos instrumentos formidables, mientras que cada uno de los niños llevaba una cuchara de madera sujeta al cuerpo con un fuerte cordel. Y a fin de prepararse para la vida a bordo o en las tierras despobladas, el señor Micawber, en vez de servir el ponche a la señora Micawber y a sus dos hijos mayores en vasos de vino, lo que podría haber hecho sin dificultad, pues había un estante lleno en el cuarto, se lo sirvió en unos horribles cubiletes de hojalata; y jamás le había

visto disfrutar tanto como cuando bebió de su propio cubilete y volvió a guardarlo en el bolsillo al finalizar la velada.

—Abandonamos los lujos de nuestra antigua patria —exclamó el señor Micawber, como si aquella renuncia le causara una enorme satisfacción—. Los habitantes de los bosques no pueden aspirar a los refinamientos del país de los hombres libres.

En ese instante, un muchacho vino a decir al señor Micawber que le esperaban abajo.

—¡Tengo el presentimiento —exclamó la señora Micawber, dejando su cubilete en la mesa— de que es un miembro de mi familia!

—En ese caso, querida mía —dijo el señor Micawber, con la vehemencia que le caracterizaba siempre que abordaba ese asunto—, como ese miembro de tu familia... quienquiera que sea, hombre o mujer... nos ha hecho esperar tanto tiempo, quizá sea conveniente que espere ahora hasta que a mí me venga bien recibirlo.

—Micawber —respondió en voz baja su mujer—, en momentos como éstos...

—¡No es necesario que cada falta insignificante lleve su comentario!^[118] —exclamó el señor Micawber—. Emma, soy para ellos un réprobo.

—Es mi familia, y no tú, la que ha salido perdiendo —aseguró la señora Micawber—. Si los míos por fin se han dado cuenta de lo que les ha perjudicado su conducta en el pasado y desean ahora tenderte la mano de la amistad, no la rechaces.

—¡Que así sea, querida! —contestó él.

—Si no quieres hacerlo por ellos, ¡hazlo por mí, Micawber! —dijo su mujer.

—Emma —le replicó—, en un momento como éste, nadie podría resistirse a tu forma de plantear la cuestión. No puedo prometerte, ni siquiera ahora, que me arrojaré en brazos de los tuyos; pero no seré yo quien enfríe el caluroso entusiasmo del miembro de tu familia que me está esperando.

El señor Micawber salió de la habitación y estuvo ausente unos minutos, en los que la señora Micawber pareció temer que su marido se hubiera enzarzado en una discusión con aquel pariente. Finalmente, volvió a aparecer el mismo muchacho de antes, y le entregó una nota escrita a lápiz, cuyo encabezamiento, siguiendo la fórmula legal, rezaba: «Heep contra Micawber». Me enteré por este documento de que el señor Micawber acababa

de ser arrestado de nuevo y se hallaba en el paroxismo final de la desesperación; me suplicaba que le enviase con el muchacho su navaja y su cubilete de hojalata, que podrían serle útiles en la cárcel durante el poco tiempo que le quedaba de vida. Me pedía, asimismo, como última prueba de amistad, que acompañara a su familia al hospicio de la parroquia, y que olvidase que hubiera siquiera existido alguien como él.

Como es natural, mi respuesta a su misiva fue bajar con el muchacho para pagar la deuda; y encontré al señor Micawber sentado en una esquina, mirando con aire sombrío al oficial del alguacil que había efectuado la captura. Una vez liberado, me abrazó con el mayor fervor y anotó la transacción en su libreta; recuerdo que se mostró muy puntilloso con medio penique que omití, sin darme cuenta, al darle la cifra total.

Aquella trascendental libreta pareció recordarle otra transacción. Al volver a la habitación del piso superior (donde explicó que su ausencia se había debido a circunstancias ajenas a su voluntad), sacó una enorme hoja de papel cuidadosamente doblada y cubierta de interminables sumas realizadas con esmero. Me bastó echarles una ojeada para comprender que jamás había visto operaciones semejantes en ningún manual escolar de aritmética. Se trataba, al parecer, de unos cálculos de interés compuesto sobre lo que él denominaba «el capital principal de cuarenta y una libras, diez chelines y once peniques y medio», durante distintos períodos. Después de un examen detallado de éstos, y de una minuciosa estimación de sus recursos, el señor Micawber había llegado a la conclusión de elegir esa suma que representaba la cantidad calculada a interés compuesto equivalente a dos años, quince meses de calendario y catorce días, a partir de esa fecha. Y, con su mejor escritura, había extendido un pagaré que entregó allí mismo a Traddles, como liquidación total de su deuda (de hombre a hombre), mostrándole efusivamente su gratitud.

—Sigo teniendo el presentimiento —exclamó la señora Micawber, moviendo pensativa la cabeza— de que mi familia subirá a bordo antes de nuestra partida.

Era evidente que el señor Micawber tenía también sus presentimientos al respecto, pero los echó en su cubilete de hojalata y se los bebió con el ponche.

—Si tienen oportunidad de escribir a Inglaterra durante la travesía, señora Micawber —dijo mi tía—, no dejen de enviarnos noticias.

—Mi querida señorita Trotwood —repuso—, no sabe cuánto me alegraré

saber que alguien espera noticias nuestras. Les escribiré sin falta. Confío en que el señor Copperfield, como viejo amigo de la familia, no tenga inconveniente en recibir, de vez en cuando, noticias de alguien que lo conoció cuando los mellizos aún no tenían conciencia de nada.

Le contesté que esperaba que me escribiera siempre que tuviese ocasión.

—Si Dios quiere, no nos faltarán ocasiones —dijo el señor Micawber—. El océano, en nuestros días, está repleto de barcos; estoy seguro de que nos cruzaremos con muchos. No es más que una pequeña travesía —aseguró, jugando con su monóculo—, no es más que una pequeña travesía. La distancia es completamente imaginaria.

Se me ocurre pensar qué extraño era, y al mismo tiempo qué maravillosamente típico del señor Micawber, haberle oído hablar de un viaje de Londres a Canterbury como si se dirigiera al fin del mundo, mientras que la travesía entre Inglaterra y Australia le parecía una pequeña excursión a través del canal de la Mancha.

—Durante el viaje —prosiguió el señor Micawber—, me esforzaré por contar historias, y espero que las melodías de mi hijo Wilkins resulten gratas junto a los fogones de la cocina. Cuando la señora Micawber se haya convertido en una ruda marinera (y confío en que no haya nada impropio en la expresión), seguro que nos deleitará a todos con *La pequeña Tafflin*. Tengo entendido que veremos con frecuencia marsopas y delfines a nuestra proa; y que, tanto en las amuras de babor como de estribor, divisaremos siempre cosas singulares. En una palabra —dijo el señor Micawber, con su elegancia de antaño—, lo más probable es que todo nos parezca tan excitante, tanto en la arboladura como a ras de cubierta, que, cuando el vigía grite: «¡Tierra!» desde lo alto del palo mayor, todos nos quedaremos asombrados.

Y, después de estas palabras, vació graciosamente su cubilete de hojalata, como si ya hubiera realizado el viaje y hubiese superado una difícil prueba ante las más altas autoridades navales.

—Lo que más deseo, mi querido señor Copperfield —afirmó la señora Micawber—, es que alguna rama de nuestra familia pueda vivir de nuevo en nuestra vieja patria. ¡No frunzas el ceño, Micawber! No hablo de mi propia familia, sino de los hijos de nuestros hijos. Por muy vigoroso que sea el retoño —añadió la señora Micawber, moviendo la cabeza—, no puedo olvidar el árbol que le dio la vida; y, cuando nuestra estirpe consiga eminencia y fortuna, reconozco que me gustaría que sus riquezas fluyeran hacia los cofres

de Britania.

–Querida –exclamó el señor Micawber–, ¡que Britania se las arregle sola! He de decir que, como ella nunca ha hecho gran cosa por mí, no tengo ningún deseo especial al respecto.

–Micawber –respondió su mujer–, ¡te equivocas! Estás a punto de partir, Micawber, hacia un país lejano para fortalecer, no para debilitar, el vínculo que existe entre tú y Albión.

–Ese vínculo del que hablas, mi amor –dijo el señor Micawber–, no me ha colocado, repito, bajo el peso de ninguna obligación; y no veo por qué he de crear uno nuevo.

–Micawber –repuso la señora Micawber–, ¡te equivocas una vez más! Desconoces tus facultades, Micawber. Y son ellas las que fortalecerán, incluso en este paso que estás a punto de dar, el vínculo que te une a Albión.

El señor Micawber la escuchaba desde su sillón, con las cejas arqueadas, medio aprobando y medio rechazando las opiniones de su mujer a medida que ésta las exponía, aunque muy consciente de su clarividencia.

–Mi querido señor Copperfield –exclamó la señora Micawber–, me gustaría que el señor Micawber fuera consciente de su posición. Me parece sumamente importante que, desde el momento de embarcarse, el señor Micawber sea consciente de su posición. Después de tantos años de amistad, mi querido señor Copperfield, sabrá usted que mi naturaleza no es tan optimista como la de mi marido. Mi naturaleza es, si se me permite la expresión, eminentemente práctica. Sé que vamos a emprender un largo viaje, que irá acompañado de numerosas privaciones e incomodidades. No puedo cerrar los ojos a esas realidades. Pero también sé lo que vale el señor Micawber. Conozco las facultades latentes del señor Micawber. Y, por ese motivo, considero de vital importancia que el señor Micawber sea consciente de su posición.

–Mi amor –dijo él–, tal vez me permitas señalar que, en estos momentos, es bastante probable que sea consciente de mi posición.

–No creo, Micawber –respondió ella–. No por completo. Mi querido señor Copperfield, el caso del señor Micawber no es nada corriente. El señor Micawber se dispone a viajar a un lejano país con el único fin de ser comprendido y apreciado por primera vez en su vida. Desearía que el señor Micawber se situara en la proa del barco y gritase: «¡He venido a conquistar

este país! ¿Tiene honores? ¿Tiene riquezas? ¿Tiene puestos bien retribuidos? ¡Que me los den! ¡Son míos!».

El señor Micawber nos miró a todos, como si le pareciera una buena idea.

—Desearía que el señor Micawber, si es que consigo expresarlo con palabras —dijo la señora Micawber, con su lógica habitual—, fuera el César de su propia fortuna. Ésa es, mi querido señor Copperfield, la que considero su verdadera posición. Y, desde el momento en que iniciemos la travesía, desearía que el señor Micawber se situara en la proa del barco y gritara: «¡Basta de demoras! ¡Basta de desilusiones! ¡Basta de penurias económicas! ¡Eso fue en mi vieja patria y ésta es la nueva! ¡Ha llegado la hora de las reparaciones! ¡Que me las ofrezcan!».

El señor Micawber cruzó los brazos con aire decidido, como si ya estuviera sobre el mascarón de proa.

—Y si actúa así —prosiguió la señora Micawber—, y es consciente de su posición, ¿no tengo razón al decir que el señor Micawber fortalecerá, en lugar de debilitar, su vínculo con Albión? Si nace una importante personalidad en aquel hemisferio, ¿acaso su influencia no se sentirá en su país natal? ¿Puedo ser tan necia como para suponer que, cuando el señor Micawber empuñe el cetro del talento y del poder en Australia, no será nadie en Inglaterra? No soy más que una mujer; pero no sería digna de mí misma, ni de papá, si pudiera culpárseme de semejante despropósito.

El convencimiento de la señora Micawber de que sus argumentos eran incontestables dio a su tono una elevación moral que hasta entonces no había percibido en ella.

—Y por eso deseo con más ardor —afirmó la señora Micawber— que regresemos en el futuro a la tierra de nuestros antepasados. Es posible que el señor Micawber... no puedo ocultarme a mí misma que existe esa probabilidad, que el señor Micawber... sea una página de la historia; en ese caso, ¡tendrá que estar representado en el país que le dio la vida, pero que se negó a darle empleo!

—Amor mío —exclamó el señor Micawber—, no puedo evitar sentirme emocionado por tu cariño. Siempre estoy dispuesto a respetar tu buen juicio. Lo que tenga que ser... será. ¡No quiera el Cielo que yo escatime a mi país natal la riqueza que hayan acumulado mis descendientes!

—Todo eso está muy bien —dijo mi tía, haciendo una señal con la cabeza al

señor Peggotty—, y yo brindo por ustedes, ¡para que les acompañen toda clase de éxitos y de bendiciones!

El señor Peggotty dejó en el suelo a los dos niños que tenía en sus rodillas, a fin de unirse al señor y a la señora Micawber y brindar, a su vez, por todos nosotros; y, cuando él y los Micawber se estrecharon calurosamente la mano, y su rostro curtido se iluminó con una sonrisa, supe que se abriría camino, que se forjaría una buena reputación y que sería amado, dondequiera que fuese.

Incluso se permitió a los niños meter sus cucharas de madera en el cubilete del señor Micawber, y beber a nuestra salud su contenido. Después de esto, Agnes y mi tía se levantaron y dijeron adiós a los emigrantes. Fue una despedida muy triste. Todos lloraban; los niños se aferraron a Agnes hasta el último instante; y dejamos a la pobre señora Micawber en un estado lamentable, sollozando y llorando a la pálida luz de una vela, que, desde el río, debía de conferir a la habitación el aspecto de un faro miserable.

Volví a la mañana siguiente para ver si se habían marchado. Habían partido en un bote a las cinco de la mañana. Fue un asombroso ejemplo para mí del vacío que dejan esa clase de despedidas, pues, aunque mi asociación de los emigrantes con la destartada posada y los escalones de madera databa sólo de la noche anterior, ambos lugares me parecieron tristes y desiertos, ahora que ellos se habían ido.

Al día siguiente por la tarde, mi vieja niñera y yo fuimos a Gravesend. Encontramos el barco en medio del río, rodeado de una multitud de embarcaciones; el viento era favorable, y la señal de zarpar ondeaba en lo alto del palo. Me apresuré a alquilar un bote y nos dirigimos al buque; después de abrirnos paso entre aquel remolino de confusión del que él era el centro, subimos a bordo.

El señor Peggotty nos esperaba en la cubierta. Me dijo que el señor Micawber acababa de ser arrestado de nuevo (y por última vez) a instancias de Heep, y que él, siguiendo mis instrucciones, había pagado el dinero. Yo se lo devolví. Luego nos condujo al entrepuente; y los temores que yo había abrigado de que hubiera recibido alguna noticia de lo ocurrido se disiparon cuando vi que el señor Micawber salía de la oscuridad, le cogía amistosamente del brazo con aire protector, y me decía que apenas se habían separado un momento desde la antevíspera.

Era un lugar tan extraño para mí, tan cerrado y tan oscuro, que, al

principio, no pude distinguir nada; pero, poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, y tuve la impresión de formar parte de un cuadro de Ostade.^[119] Entre los enormes baos, mamparos y cáncamos del barco, las literas de los emigrantes, los baúles, fardos, barriles y montones del más variado equipaje –iluminados aquí y allá por farolas suspendidas, y en otras partes por la amarillenta luz del día que entraba a través de manguerotes o escotillas–, se amontonaban grupos de gente, que entablaban nuevas amistades, se despedían, hablaban, reían, lloraban, comían y bebían. Algunos se habían instalado ya en el escaso espacio que les correspondía, con sus enseres en orden y sus diminutos niños sentados en taburetes o en minúsculas sillitas; otros habían perdido la esperanza de encontrar donde asentarse y vagaban desconsolados de un lado a otro. Desde bebés que no tenían más que una semana o dos de vida, hasta hombres y mujeres, viejos y encorvados, a los que sólo parecía quedar por delante ese mismo espacio de tiempo; desde labradores que llevaban físicamente en sus botas la tierra de Inglaterra, hasta herreros que llevaban en la piel las muestras de su hollín y de su humo; era como si todas las edades y profesiones se apiñaran en el reducido espacio del entrepuente.



Los emigrantes

Al mirar a uno y otro lado, creí ver, sentada junto a un portillo abierto y en compañía de uno de los pequeños Micawber, la silueta de una joven que se

parecía a Emily. Lo primero que había llamado mi atención había sido otra figura femenina que se despedía de ella con un beso y que, alejándose silenciosamente entre todo aquel tumulto, ¡me recordó a Agnes! Pero en medio de tanto movimiento y confusión, y de la agitación de mis propios sentimientos, la perdí de vista. Comprendí entonces que había llegado el momento de que los visitantes abandonaran el buque. Mi niñera lloraba, sentada en un baúl a mi lado; y la señora Gummidge, con la ayuda de una joven de negro que estaba de espaldas, se afanaba en colocar los bienes del señor Peggotty.

—¿Queda alguna cosa por decir, señorito Davy? —dijo éste—. ¿Nos hemos olvidado de algo?

—¡Sí! —contesté yo—. ¡De Martha!

El señor Peggotty tocó el hombro de la joven que acabo de mencionar, y Martha se irguió ante mí.

—¡Que Dios le bendiga, buen hombre! —exclamé—. ¡La lleva con ustedes!

Ella respondió por él deshaciéndose en lágrimas. La emoción me impidió hablar, pero estreché con fuerza la mano del señor Peggotty; y, si alguna vez he querido y respetado a un hombre con toda el alma, ha sido a él.

El barco se vaciaba rápidamente de visitantes. Todavía me quedaba por cumplir mi deber más penoso. Le transmití el mensaje que aquel noble espíritu que nos había abandonado para siempre me había dado para el momento de su partida. Se sintió profundamente conmovido. Pero cuando me encargó que transmitiera su cariño y su dolor a aquellos oídos que ya no podían oír, mi emoción fue aún más intensa que la suya.

Había llegado la hora. Abracé al señor Peggotty, cogí del brazo a mi desconsolada niñera y me alejé rápidamente. En la cubierta, me despedí de la pobre señora Micawber. Incluso entonces, seguía buscando como una loca a su familia; y lo último que me dijo fue que ella nunca abandonaría al señor Micawber.

Saltamos a nuestro bote desde el costado, y nos quedamos a escasa distancia para ver cómo el barco se hacía a la vela. El sol estaba a punto de ocultarse, sereno y radiante. La nave se hallaba entre nosotros y la luz rojiza del crepúsculo; y cada uno de sus mástiles y de sus vergas se recortaba sobre aquel resplandor. Jamás he visto nada más hermoso, ni que inspirara más tristeza y esperanza al mismo tiempo, que aquel magnífico barco, inmóvil

sobre las aguas escarlatas, con todas las criaturas que llevaba a bordo agolpadas en la amurada, reunidas unos instantes en silencio y con la cabeza descubierta.

Pero el silencio duró muy poco. Cuando las velas empezaron a portar y el barco se movió, de las pequeñas embarcaciones se elevaron clamorosos vítores que repitieron los emigrantes, y que siguieron lanzándose unos a otros como un eco. Me dio un vuelco el corazón al oír aquellos gritos, y al contemplar el modo en que agitaban sombreros y pañuelos... ¡y entonces la vi a ella!

La vi temblorosa al lado de su tío, apoyada en su hombro. El señor Peggotty nos señaló con ímpetu; y ella nos divisó, y me dijo su último adiós con la mano. ¡Sí, Emily, lánguida y hermosa, aférrate a él con toda la confianza de tu corazón herido; pues él se ha aferrado a ti con todo el poder de su desbordante amor!

Envueltos en la luz rosada, y descollando los dos juntos y solos sobre la cubierta, ella agarrándose a él y él sosteniéndola, se alejaron solemnemente. La noche había caído sobre las colinas de Kent cuando nos llevaron remando a tierra... y lo cierto es que también había caído sobre mi corazón, lúgubre y oscura.

LVIII

Ausencia

Y fue una noche larga y tenebrosa la que se cernió sobre mí, poblada por los fantasmas de muchas esperanzas, de muchos recuerdos queridos, de muchos errores, de muchos pesares y remordimientos vanos.

Abandoné Inglaterra, sin ser consciente aún de la intensidad del golpe que tenía que sobrellevar. Dejé a todas las personas que quería y me marché, convencido de que había sabido soportarlo, y de que lo peor había pasado. Como un hombre que en el campo de batalla ha recibido una herida mortal y apenas ha sentido un arañazo, cuando me quedé a solas con mi corazón indisciplinado, no pude siquiera imaginar el tormento al que éste tendría que enfrentarse.

Pero acabé por comprenderlo, no de forma repentina, sino poco a poco, paso a paso. El sentimiento de desolación con que me marché al extranjero se hizo cada vez mayor y más profundo. Al principio fue un sentimiento opresivo de vacío y de tristeza, en el que apenas era capaz de distinguir nada más. Después, imperceptiblemente, empecé a ser consciente de cuanto había perdido: amor, amistad, ilusión; de cuanto se había hecho añicos: mis primeras esperanzas, mi primer amor, el castillo en el aire que había sido mi vida; de cuanto quedaba: el vacío y la devastación a mi alrededor, extendiéndose sin interrupción hasta el negro horizonte.

Si mi dolor era egoísta, no me daba cuenta. Lloraba la muerte de mi mujer-niña, arrancada tan joven de su mundo en flor. Lloraba la muerte de aquel que habría podido ganar el amor y la admiración de miles de personas, al igual que había ganado los míos mucho tiempo atrás. Lloraba la muerte de aquel corazón destrozado que había encontrado la paz en un mar tempestuoso. Y lloraba los restos desperdigados del sencillo hogar, donde había oído silbar el viento nocturno cuando era niño.

Perdí la esperanza de salir algún día de la tristeza que se había acumulado en mí. Vagaba de un sitio a otro, llevando mi fardo a todas partes. Sentía todo su peso; me doblegaba ante él, y mi corazón sabía que jamás se vería aligerado.

Cuando mi abatimiento no pudo ser mayor, creí que no sobreviviría. Unas veces pensaba que me gustaría morir en Inglaterra, e incluso emprendía el camino de vuelta para llegar en seguida. Otras, me alejaba aún más, de ciudad en ciudad, buscando e intentando dejar atrás algo que no sé lo que era.

No está en mi mano rememorar, una a una, todas las tristes etapas por las que atravesó mi espíritu atribulado. Algunos sueños pueden sólo describirse de forma confusa e imperfecta; y cuando me obligo a recordar aquel período de mi vida, tengo la impresión de revivir uno de esos sueños. Me veo pasar como un sonámbulo entre ciudades extranjeras, palacios, catedrales, templos, cuadros, castillos, monumentos funerarios, calles maravillosas... los antiguos e inmortales lugares de la Historia y de la Imaginación; y llevo en todo momento la carga dolorosa, y apenas me percato de las cosas que se desvanecen ante mí. La noche que cayó sobre mi indisciplinado corazón era indiferente a todo, excepto a mi desconsuelo. Debe permitírseme levantar la vista de ella (como hice finalmente, ¡gracias al Cielo!) y de su largo, triste y desdichado ensueño, y contemplar la aurora.

Viajé durante muchos meses con aquella nube cada vez más oscura en el alma. Me impedían volver a Inglaterra algunas razones inextricables –que luchaban inútilmente en mi interior por salir a la luz–, y yo continuaba mi peregrinaje. Unas veces iba de un sitio a otro, sin detenerme en ninguna parte; y otras, me quedaba mucho tiempo en el mismo lugar. No tenía nada por lo que luchar, y mi espíritu no hallaba consuelo en ninguna parte.

Estaba en Suiza. Había salido de Italia por uno de los grandes pasos de los Alpes y vagaba desde entonces con un guía por los senderos de las montañas. Si aquellas terribles soledades decían algo a mi alma, era incapaz de advertirlo. Había algo sublime y fascinante en aquellas pavorosas alturas y precipicios, en aquellos torrentes que rugían, en aquellas inmensidades de hielo y nieve; pero todavía no me habían enseñado nada.

Llegué una tarde, poco antes de la puesta de sol, a un valle donde debía pasar la noche. Mientras bajaba un sinuoso camino por la ladera de la montaña, me invadió una débil sensación de belleza y de serenidad que llevaba mucho tiempo olvidada, una especie de sosiego nacido de la calma de

aquel valle que yo veía brillar en la distancia. Recuerdo que me detuve una vez, con un sentimiento de tristeza que no era angustioso ni desesperado. Recuerdo que tuve casi la esperanza de que se obrara en mí algún cambio.

Entré en el valle en el momento en que el sol poniente resplandecía en las lejanas cumbres nevadas, que lo rodeaban como nubes eternas. Las faldas de las montañas que formaban la garganta donde se asentaba la pequeña aldea eran verdes y frondosas; y por encima de esa tierna vegetación crecían bosques de oscuros abetos, hendiéndose como cuñas en los fríos ventisqueros y deteniendo el alud. Más arriba, se elevaban riscos escarpados, rocas grises, hielos luminosos y suaves manchas de verdes pastizales, que iban fundiéndose poco a poco con la nieve que coronaba las cimas. Aquí y allá, en las laderas de las montañas, se veían unos puntos diminutos, cada uno de ellos un hogar, unas casitas solitarias de madera, tan empequeñecidas por las alturas que las rodeaban, que resultaban minúsculas hasta para servir de juguete. También daba esa impresión la aldea del valle, con sus casas apiñadas y su puente de madera, bajo el que pasaba el torrente, saltando de roca en roca hasta desaparecer con estruendo entre los árboles. En medio del aire tranquilo se elevaba un canto lejano: las voces de los pastores; pero, cuando una nube crepuscular avanzó flotando a media altura, casi tuve la impresión de que aquel sonido salía de ella y de que no era una música terrena. De pronto, en medio de tanta serenidad, me habló la gran voz de la naturaleza; y me invitó a descansar mi fatigada cabeza sobre la hierba, ¡y a llorar como no había llorado desde la muerte de Dora!

Había encontrado al llegar, unos minutos antes, un paquete de cartas que me esperaban y, mientras preparaban la cena, salí a pasear por los alrededores para leerlas. Otros envíos no habían dado conmigo, y hacía mucho tiempo que no recibía nada. Aparte de una línea o dos para decir que me encontraba bien y que había llegado a tal o cual lugar, no había tenido valor ni constancia para escribir una sola carta desde mi partida.

Tenía el paquete en la mano. Lo abrí, y vi la letra de Agnes.

Era feliz, se sentía útil y había conseguido prosperar, tal como esperaba. Era cuanto escribía de sí misma. El resto de la carta hablaba de mí.

No me daba consejos, ni me imponía deberes; sólo me decía con su fervor habitual cuánto confiaba en mí. Tenía el convencimiento de que una naturaleza como la mía sabría sacar algo positivo de tanta aflicción. Estaba segura de que las desgracias y las emociones exaltarían y fortalecerían mi

espíritu; y de que mi dolor haría más firmes y elevados mis sentimientos. Ella, que tan orgullosa estaba de mi fama y que tanto deseaba verla aumentada, sabía muy bien que yo seguiría trabajando. Sabía que el dolor no me debilitaría, sino que me daría nuevas fuerzas. Al igual que los infortunios de mi infancia habían ayudado a formar mi carácter, mi actual sufrimiento, mucho más profundo, me empujaría a perfeccionarme; y enseñaría a los demás cuanto yo hubiese aprendido. Agnes me encomendaba a Dios, que había llamado junto a Él a mi inocente esposa; y me enviaba su cariño fraternal, que siempre me acompañaría, orgullosa de lo que había hecho ya, pero infinitamente más orgullosa de lo que estaba destinado a hacer.

¡Apreté la carta contra mi pecho, y pensé en cómo me había sentido una hora antes! Cuando oí morir las voces de los pastores a lo lejos, y vi palidecer la serena nube del crepúsculo, y apagarse los colores del valle, y confundirse la nieve dorada de la cima de las montañas con el blanquecino cielo nocturno, supe que la noche se alejaba de mi corazón y que sus sombras se desvanecían; y que no había nombre para el amor que me inspiraba Agnes, pero que, en lo sucesivo, ésta me sería aún más querida de lo que lo había sido antes.

Releí muchas veces su carta. Le escribí antes de acostarme. Le conté que había tenido una acuciante necesidad de su ayuda; que sin ella no era, ni nunca había sido, lo que ella creía; pero que ella me animaba a serlo y que me esforzaría por conseguirlo.

Y lo cierto es que meforcé. Faltaban tres meses para que se cumpliera un año del inicio de mi duelo. Resolví no tomar ninguna decisión hasta que expirara ese plazo, pero hacer alguna tentativa. Viví todo ese tiempo en aquel valle y en sus alrededores.

Transcurridos los tres meses, decidí continuar lejos de Inglaterra algún tiempo más y establecerme en Suiza, país con el que me había encariñado después de aquel atardecer; y cogí de nuevo la pluma y empecé a trabajar.

Recurrí humildemente a Aquél a quien Agnes me había encomendado; busqué en la naturaleza, y jamás lo hice en vano; y volví a abrir mi corazón al resto de los hombres, de los que en los últimos tiempos me había apartado. No tardé en tener casi tantos amigos en el valle como en Yarmouth; y cuando me marché a Ginebra, antes de que llegara el invierno, y regresé en primavera, su cordial bienvenida me resultó muy familiar, a pesar de que hablaran otro idioma.

Trabajaba desde primeras horas de la mañana hasta muy tarde, paciente y

duramente. Escribí un libro, bastante inspirado en mi propia vida, y se lo envié a Traddles, que consiguió que lo publicaran en condiciones muy ventajosas; no tardaron en llegarme noticias de cómo crecía mi fama, gracias a los viajeros con los que casualmente me encontraba. Después de un tiempo de reposo y cambio, empecé a trabajar, con el mismo ardor que antaño, en una nueva idea que se había adueñado de mi imaginación. A medida que avanzaba en la ejecución de aquella tarea, más me apasionaba y más energías concentraba en ella. Era mi tercera obra de ficción. Estaba a medio escribir cuando, en un intervalo de descanso, se me ocurrió regresar a Inglaterra.

Durante mucho tiempo, a pesar de que estudiaba y trabajaba con perseverancia, me había acostumbrado a hacer un intenso ejercicio físico. Mi salud, bastante deteriorada cuando abandoné Inglaterra, se había restablecido por completo. Había visto muchas cosas. Había recorrido muchos países, y supongo que mi almacén de conocimientos se había acrecentado.

He contado ya todo lo que he juzgado necesario contar sobre aquel período de ausencia... con una salvedad. Y no he pretendido con ello ocultar ninguno de mis pensamientos; pues, como he dicho en otro lugar, esta narración es la historia de mi vida. He deseado dejar a un lado, hasta el final, la parte más secreta de mi alma. Ahora entraré en ella.

Soy incapaz de penetrar lo suficiente en los misterios de mi corazón para saber en qué momento empecé a pensar que podría depositar mis primeras y más ardientes esperanzas en Agnes. Soy incapaz de decir en qué etapa de mi dolor empecé a intuir que, en mi atolondrada juventud, había desdeñado el tesoro de su amor. Es posible que no fuera más que un susurro de aquel lejano pensamiento, la vieja sensación de que había perdido o me faltaba algo que jamás conseguiría. Pero ese pensamiento acudió a mi espíritu como un nuevo reproche, como un nuevo pesar, cuando me quedé triste y solo en el mundo.

Si en aquel período de mi vida hubiera estado mucho con ella, supongo que, en un momento de debilidad o de desesperación, habría traicionado mis sentimientos. Era ese vago temor el que me había alejado de Inglaterra. Me habría resultado insoportable perder la más pequeña migaja de su amor fraternal; y, al delatar mis sentimientos, habría aflorado una tensión entre nosotros hasta entonces desconocida.

No podía olvidar que era el único responsable de la clase de sentimiento que yo le inspiraba. Si en algún momento ella me había querido con otra clase de amor (como a veces pensaba que podía haber ocurrido), yo la había

rechazado. De niños, me había acostumbrado a considerarla muy por encima de mis insensatos caprichos. Había depositado mi amor apasionado en otra mujer. No había hecho lo que habría podido hacer; y si Agnes se había convertido en una hermana para mí, su noble corazón y yo éramos los que así lo habíamos querido.

Al iniciarse el cambio que gradualmente se operó en mí, cuando trataba de comprenderme a mí mismo y de ser un hombre mejor, vislumbraba, tras un período indefinido de prueba, una época en la que quizá pudiese reparar mi error del pasado y tener la felicidad de casarme con ella. Pero, a medida que pasaba el tiempo, esa velada perspectiva palidecía y se alejaba de mí. Si Agnes me había amado alguna vez, debía ser aún más sagrada para mí; después de las confidencias que yo le había hecho, de su conocimiento de mi inconstante corazón, del sacrificio que había tenido que realizar para ser mi amiga y hermana, y del triunfo que había conseguido sobre sí misma. Si jamás me había amado, ¿podía esperar que me quisiera ahora?

Siempre había sido consciente de mi debilidad, en comparación con su fortaleza y su constancia; y esa sensación era ahora más fuerte que nunca. Todo lo que hubiera podido ser para Agnes, o Agnes para mí, si hubiese sido más digno de ella mucho tiempo atrás, ni ella ni yo podíamos serlo ahora. Había dejado pasar ese momento, y había perdido a Agnes por mi culpa.

Lo cierto es que aquellas suposiciones me hicieron sufrir mucho, y me llenaron de tristeza y de remordimiento; pero estaba convencido de que el deber y el honor me obligaban a alejar de mí, como algo vergonzoso, la idea de volver mis esperanzas marchitas hacia aquella querida joven, después de haberme apartado frívolamente de ella cuando éstas eran frescas y brillantes. Y ese sentimiento se hallaba en el fondo de todas mis reflexiones. No intentaba ocultarme a mí mismo que la amaba, y que sentía veneración por ella; pero llegué a convencerme de que era demasiado tarde, y de que nuestras relaciones tenían que seguir siendo las mismas de antaño.

Había pensado mucho y con frecuencia en la imagen que había esbozado mi Dora de lo que habría podido ocurrir en los años que ya no nos pondrían a prueba; había meditado sobre cómo algunas cosas que jamás llegan a suceder son a menudo tan reales para nosotros, en sus consecuencias, como las que sí han sucedido. Esos años de los que ella había hablado se habían convertido en una realidad destinada a corregirme; y lo habrían hecho de todos modos, aunque quizá un poco más tarde, si Dora y yo nos hubiésemos separado en los primeros momentos de nuestra locura. Me esforcé por transformar lo que

hubiera podido existir entre Agnes y yo en un medio para ser más bondadoso, más resuelto y más consciente de mí mismo, de mis defectos y de mis errores. De ese modo, di tantas vueltas a lo que podría haber sido, que llegué a la convicción de que nunca podría ser.

Ésas fueron, con sus perplejidades y sus contradicciones, las arenas movedizas de mi alma desde el momento de mi partida hasta que regresé a casa, tres años más tarde. Un atardecer, tres años después de que zarpara el barco de los emigrantes, me encontré, a la misma hora del crepúsculo y en el mismo lugar, en la cubierta del paquebote que me traía de vuelta a Inglaterra, contemplando las aguas rosadas donde había visto reflejada la imagen de aquella otra nave.

Tres años. Parecía mucho tiempo, pero había pasado en seguida. Y volvía a casa, un lugar muy querido por mí, y también con Agnes... pero ella no era mía ni lo sería nunca. Habría podido serlo, pero ¡ya era demasiado tarde!

LIX

Regreso

Desembarqué en Londres un frío anochecer de otoño. Reinaba la oscuridad y llovía, y en unos momentos pude ver más niebla y más barro que en todo un año. Tuve que andar desde la Aduana^[120] hasta el Monumento para encontrar un carruaje; y, a pesar de que las fachadas de las casas que dominaban las cunetas encharcadas eran viejas amigas mías, hube de admitir que eran unas amigas muy deslucidas.

He observado a menudo (y supongo que a todo el mundo le habrá ocurrido lo mismo) que el hecho de alejarse de un entorno familiar parece ser la señal para que éste cambie. Cuando vi por la ventanilla del coche que un antiguo caserón de Fish Street Hill —en el que ni pintores, ni carpinteros, ni albañiles habían puesto sus manos durante un siglo— había sido demolido en mi ausencia, y que una calle cercana, cuya insalubridad e incomodidad eran proverbiales, era ensanchada mientras realizaban su alcantarillado, me pregunté si no encontraría más envejecida la catedral de Saint Paul.

Estaba preparado para algunos cambios en la vida de mis amigos. Mi tía llevaba mucho tiempo instalada en su casa de Dover, y Traddles había empezado a trabajar como abogado poco tiempo después de mi marcha. Se alojaba en Gray's Inn,^[121] y me había contado, en sus últimas cartas, que tenía esperanzas de unirse en breve a la muchacha más adorable del mundo.

Todos me esperaban antes de Navidad; pero no tenían la menor idea de que llegaría tan pronto. Les había engañado a propósito para darme el placer de sorprenderlos. Y, a pesar de eso, fui lo bastante inconsecuente para sufrir una pequeña decepción al ver que nadie había ido a recibirme, mientras avanzaba solo y en silencio, traqueteando, por las calles cubiertas de niebla.

Las tiendas conocidas, sin embargo, me reconfortaron con sus escaparates

alegremente iluminados; y, al bajar del carruaje en la puerta del café de Gray's Inn, había recobrado mi buen humor. Acudieron a mi memoria aquellos días tan diferentes en que me apeé en La Cruz de Oro, y recordé todos los cambios que se habían producido desde entonces; pero era algo natural.

—¿Sabe en qué parte del edificio vive el señor Traddles? —pregunté al camarero, mientras me calentaba junto a la chimenea.

—En Holborn Court, señor. En el número dos.

—Tengo entendido que el señor Traddles está convirtiéndose en un famoso abogado, ¿no es cierto? —exclamé.

—Es muy probable, señor —respondió el camarero—; pero la verdad es que no lo sé.

Este camarero, un hombre enjuto y de mediana edad, llamó en su ayuda a un colega de más autoridad, un anciano robusto y corpulento, con doble papada, vestido con medias altas y pantalones negros, que salió de un recinto muy parecido al banco de un sacristán en el fondo del café, donde se hallaba en compañía de una caja de dinero, un listado de direcciones, una relación de abogados y otros libros y papeles.

—El señor Traddles —repitió el camarero enjuto—. Del número dos de Holborn Court.

El camarero corpulento le indicó con un gesto que se retirara y se volvió a mí con gran seriedad.

—Le preguntaba —dije— si el señor Traddles, del número dos de Holborn Court, no está convirtiéndose en un famoso abogado.

—Jamás he oído hablar de él —me contestó, con voz grave y sonora.

Lo sentí mucho por Traddles.

—Seguro que se trata de un hombre joven, ¿no es así? —exclamó el camarero portentoso—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—No más de tres años —repuse.

El camarero, que supongo que llevaba cuarenta años viviendo en aquel diminuto habitáculo de sacristán, no podía seguir hablando de un asunto tan insignificante. Me preguntó qué deseaba cenar.

Comprendí que estaba de vuelta en Inglaterra, y me sentí muy desanimado

por el pobre Traddles. Al parecer, no había esperanza para él. Pedí sumisamente un poco de pescado y una chuleta, y me quedé junto al fuego, meditando sobre la oscuridad de mi amigo.

Mientras seguía con la vista al jefe de camareros, no pude dejar de pensar que el jardín donde había crecido poco a poco, hasta convertirse en la flor que yo veía, era un lugar muy ingrato donde prosperar. Había algo tan rutinario, rígido, tradicional, solemne y venerable en él. Recorrí con los ojos la sala, cuyo suelo sin duda se había enarenado exactamente igual que cuando el camarero era niño (si es que lo había sido alguna vez, cosa que parecía improbable); y contemplé las mesas relucientes, donde me vi reflejado en las lisas profundidades de la vieja caoba; y las lámparas, sin la menor tacha en su limpieza o en su cuidado; y las gruesas cortinas verdes, que, con sus varillas de latón, cerraban cómodamente los reservados; y las dos chimeneas en las que ardían grandes fogatas de carbón; y las filas de majestuosas licoreras, que parecían saber que en la bodega había barricas de carísimo vino de oporto; y pensé que tanto Inglaterra como el cuerpo de abogados debían de ser muy difíciles de tomar por asalto. Subí a mi dormitorio para quitarme la ropa húmeda; y la vasta extensión de aquel viejo cuarto recubierto con paneles de madera (que estaba sobre el arco de entrada, lo recuerdo bien), la serena inmensidad de la cama de cuatro columnas, y la indómita gravedad de la cómoda, parecían conjurarse contra el destino de Traddles o de otros jóvenes temerarios como él. Bajé de nuevo para cenar; e incluso la agradable lentitud del servicio y la silenciosa tranquilidad del lugar –vacío de clientes, pues aún no habían terminado las vacaciones estivales– hablaban con elocuencia de la audacia de mi amigo, y de sus pocas esperanzas de ganarse la vida antes de que transcurrieran veinte años.

No había visto nada parecido desde que me fui de Inglaterra, y todo mi optimismo respecto a Traddles se esfumó. El jefe de los camareros no quería saber nada más de mí. No volvió a acercarse a mi mesa; y se consagró al servicio de un anciano con largas polainas, al que salió a recibir una pinta de oporto especial que pareció subir motu proprio de la bodega, pues él no había pedido nada. El segundo camarero me explicó en voz baja que aquel caballero era un notario retirado que vivía en la plaza y tenía una inmensa fortuna, que todos esperaban que heredase la hija de su lavandera; también se rumoreaba que poseía una vajilla de plata, guardada en un escritorio y toda deslustrada por la falta de uso, aunque ningún ojo mortal había visto más que una cuchara y un tenedor en su casa. Para entonces, ya daba por perdido a Traddles; y decidí que no había esperanza para él.

Como estaba deseoso, sin embargo, de ver a mi querido amigo, acabé con presteza la cena, a sabiendas de que eso no mejoraría la opinión que el jefe de los camareros tenía de mí, y me apresuré a salir por la puerta trasera. No tardé en llegar al número dos de Holborn Court. Una inscripción en la puerta me informó de que el señor Traddles ocupaba unas habitaciones del último piso, e inicié el ascenso. Eran unas escaleras viejas y destartadas, débilmente iluminadas en cada descansillo por un pábilo de gruesa cabeza, que parecía agonizar en una pequeña prisión de sucio cristal.

Mientras subía tropezando las escaleras, tuve la impresión de oír alegres carcajadas; pero no eran las carcajadas de un procurador, ni de un abogado, ni de uno de sus empleados, sino de dos o tres risueñas jovencitas. Al detenerme a escuchar, sin embargo, tuve la mala suerte de meter el pie en un agujero que el Ilustre Colegio de Gray's Inn había olvidado tapar, y me caí con cierto estrépito; cuando me puse en pie, reinaba el silencio.

Seguí avanzando a tientas con más precaución hasta llegar arriba, y los latidos de mi corazón se aceleraron cuando vi abierta la puerta donde se leía el nombre de señor Traddles. Llamé. Se oyó bastante revuelo en el interior, pero eso fue todo. De modo que llamé por segunda vez.

Apareció un muchacho menudo y con aire despierto, mitad escribiente y mitad recadero, que estaba todo sofocado, pero que pareció desafiarme con su mirada a que lo probara legalmente.

—¿Se encuentra en casa el señor Traddles? —pregunté.

—Sí, señor, pero está ocupado.

—Deseo verlo.

Después de examinarme unos instantes, el muchacho con aire despierto decidió dejarme pasar; y, abriendo más la puerta con ese propósito, me admitió primero en un recibidor del tamaño de un armario y luego en una pequeña sala, donde me encontré en presencia de mi viejo amigo (también sin aliento), sentado delante de una mesa e inclinado sobre unos papeles.

—¡Dios mío! —exclamó Traddles, levantando la vista—. ¡Si es Copperfield! —y se precipitó a mis brazos, con los que le abracé con fuerza.

—¿Todo bien, mi querido Traddles?

—Todo bien, mi querido, queridísimo Copperfield, ¡no tengo más que buenas noticias!

Los dos llorábamos de alegría.

—¡Mi querido Copperfield! —dijo Traddles, despeinándose con la excitación, algo que era totalmente innecesario—. ¡Mi querido amigo, perdido hace tanto tiempo y ahora calurosamente bienvenido! ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Qué moreno estás! ¡Me siento tan dichoso! Nunca había sido tan feliz, mi querido Copperfield, te doy mi palabra. ¡Nunca!

Yo tampoco encontraba el modo de expresar mis emociones. Al principio, ni siquiera podía hablar.

—¡Mi querido muchacho! —exclamó Traddles—. ¡Toda una celebridad! ¡Mi famoso Copperfield! ¡Dios mío! ¿*Cuándo* has llegado? ¿De *dónde* has venido? ¿*Qué* has estado haciendo?

Sin detenerse un instante para que yo le respondiera, Traddles, que me había instalado en un sillón junto al fuego, seguía removiendo vigorosamente las brasas con una mano y tirando de mi corbatín con la otra, como si, en medio de su frenesí, creyera que era un sobretodo. Sin soltar el atizador, me abrazó de nuevo; y yo lo abracé a él; y, riéndonos y enjugándonos los ojos, nos sentamos a ambos lados de la chimenea y nos dimos otro apretón de manos.

—¡Pensar que estaba tan próximo tu regreso, viejo amigo, y que no has podido venir a la ceremonia! —dijo Traddles.

—¿Qué ceremonia, mi querido Traddles?

—¡Válgame Dios! —exclamó Traddles, abriendo los ojos como antaño—. ¿Acaso no recibiste mi última carta?

—Desde luego que no, si hablaba de alguna ceremonia.

—Pues bien, mi querido Copperfield —añadió Traddles, estirándose los cabellos con ambas manos, antes de colocar éstas sobre mis rodillas—. ¡Me he casado!

—¡Casado! —repetí con júbilo.

—¡Que Dios me guíe! ¡Sí! —dijo Traddles—. El reverendo Horace celebró mi matrimonio con... Sophy... allá en Devonshire. ¡Mira! ¡Está detrás de las cortinas!

Con gran asombro mío, la muchacha más adorable del mundo salió riéndose y enrojando de su escondite. Y, tal como dije allí mismo, no creo que el mundo haya visto jamás una novia más alegre, más amable, más leal,

más feliz y más radiante. La besé como un viejo amigo y les deseé de todo corazón la mayor de las dichas.

—¡Qué maravillosa reunión! —exclamó Traddles—. ¡Estás tan increíblemente moreno, mi querido Copperfield! ¡Dios mío! ¡Qué feliz me siento!

—Y yo también —afirmé.

—¡Y yo! —dijo Sophy, entre risas y sonrojos.

—¡Somos todo lo dichosos que se puede ser! —señaló Traddles—. Incluso las niñas son dichosas. ¡Válgame Dios! ¡Me he olvidado de ellas!

—¿Olvidado? —inquirí.

—Sí, de las niñas —dijo Traddles—. De las hermanas de Sophy. Están pasando unos días con nosotros. Han venido a dar una vuelta a Londres. El hecho es que... ¿has sido tú el que ha tropezado en las escaleras, Copperfield?

—En efecto —contesté, riendo.

—Pues bien, cuando te has caído, yo estaba corriendo con las niñas. En realidad, jugábamos a las cuatro esquinas. Pero como semejante espectáculo no era nada apropiado para Westminster Hall,^[122] y habría sido muy poco profesional que las viera un cliente, desaparecieron. Y estoy seguro de que ahora... nos están escuchando —concluyó Traddles, lanzando una mirada a la otra puerta.

—Lamento haber sido el causante de semejante desbandada —afirmé, echándome a reír de nuevo.

—Si las hubieras visto huir a toda velocidad, y volver otra vez, después de que tú llamaras, para coger las peinetas que se les habían caído del pelo, y volver a marcharse corriendo como locas, no dirías eso —repuso Traddles, encantado.

Sophy salió con paso ligero y oímos la cascada de risas con que era recibida en el cuarto contiguo.

—¡Qué sonido tan musical! ¿No crees, mi querido Copperfield? —dijo Traddles—. De lo más agradable para el oído. Parece alegrar estas viejas habitaciones. Para un pobre soltero que ha vivido toda su vida solo, resulta absolutamente delicioso. Es encantador. Pobres muchachas, han sufrido una gran pérdida con Sophy... la cual, te lo aseguro, Copperfield, es y ha sido siempre la joven más adorable del mundo. No tengo palabras para expresar mi

satisfacción al verlas tan contentas. La compañía de las muchachas es algo maravilloso, Copperfield. No puede decirse que sea muy profesional, pero sí maravilloso.

Al darme cuenta de que titubeaba un poco, y comprendiendo que su bondadoso corazón temía haberme causado algún dolor con sus palabras, asentí con un entusiasmo que le tranquilizó visiblemente y que le agradó sobremanera.

—A decir verdad, mi querido Copperfield —exclamó Traddles—, tampoco nuestra organización doméstica es muy profesional. Ni siquiera la presencia de Sophy es reglamentaria. Y no tenemos otro domicilio. Nos hemos embarcado en un batel, pero estamos dispuestos a vivir sin comodidades. ¡Y Sophy es una magnífica administradora! Te sorprendería ver cómo ha instalado a sus hermanas. No sé cómo ha podido hacerlo.

—Pero ¿cuántas han venido a visitaros? —pregunté.

—La mayor de todas, la que es una belleza —respondió Traddles en tono confidencial—, Caroline. Y también Sarah... la que tenía problemas en la columna vertebral, ¡que ahora está muchísimo mejor! Las dos pequeñas, las que educaba Sophy, se encuentran con nosotros. Y también Louisa.

—¿De veras? —exclamé.

—Sí —dijo Traddles—. El apartamento sólo tiene tres habitaciones, pero Sophy ha hecho maravillas y sus hermanas duermen lo más cómodamente posible. Tres en ese cuarto —agregó, señalando una puerta—, y dos en ese otro.

No pude evitar mirar a uno y otro lado, buscando el dormitorio del señor y de la señora Traddles. Traddles leyó mi pensamiento.

—Pues bien —afirmó—, como acabo de decirte, estamos dispuestos a vivir sin comodidades, y la semana pasada improvisamos una cama aquí mismo, en el suelo. Pero hay una pequeña buhardilla... encantadora, cuando uno está dentro... que Sophy ha empapelado ella misma para darme una sorpresa y que, en estos momentos, nos sirve de dormitorio. Es un lugar increíblemente bohemio, y tiene unas vistas preciosas.

—¡Y al fin estás felizmente casado, mi querido Traddles! ¡Cuánto me alegro!

—Gracias, mi querido Copperfield —repuso Traddles, mientras nos estrechábamos nuevamente la mano—. Sí, es imposible ser más feliz. Ahí está

tu vieja amiga, mira –añadió, señalando con aire triunfal la maceta de flores con el soporte–; ¡y allí la mesita con la encimera de mármol! El resto de nuestro mobiliario es sencillo y práctico, como puedes ver. En cuanto a vajillas y cuberterías de plata, ni siquiera tenemos una cucharilla de té.

–Habrá que ganarlo todo a pulso –exclamé alegremente.

–En efecto –replicó Traddles–, habrá que ganarlo todo a pulso. Naturalmente, tenemos unos utensilios en forma de cucharilla, porque nos gusta revolver nuestro té. Pero son de metal de Britania.

–La plata brillará más cuando haga su aparición –dije.

–¡Exactamente lo mismo que decimos nosotros! –gritó Traddles–. Verás, mi querido Copperfield –prosiguió, volviendo a su tono confidencial–, después de pronunciar mi alegato en la causa de Jipes contra Wigzell, que fue muy provechosa para mi carrera, me dirigí a Devonshire y tuve una seria conversación, en privado, con el reverendo Horace. Hice hincapié en el hecho de que Sophy... que es, te lo aseguro, Copperfield, la muchacha más adorable del mundo...

–¡Estoy convencido! –respondí.

–¡Por supuesto que lo es! –exclamó Traddles–. Pero me temo que estoy divagando. ¿Te he hablado del reverendo Horace?

–Decías que habías insistido en el hecho...

–¡Es cierto! En el hecho de que Sophy y yo llevábamos comprometidos mucho tiempo, y que Sophy, con el permiso de sus padres, estaría muy contenta de casarse conmigo... en pocas palabras –dijo Traddles, con su vieja y franca sonrisa–, en nuestra actual situación de metal de Britania. Muy bien. Entonces le planteé al reverendo Horace (que es un excelente pastor, Copperfield, y debería ser obispo; o al menos ganar lo suficiente para no pasar estrecheces) que, si conseguía ahorrar doscientas cincuenta libras en un año, y tenía la certeza de ganar esa cantidad o un poco más al año siguiente, y además lograba amueblar sencillamente un lugar como éste, en ese caso, Sophy y yo queríamos celebrar nuestra boda. Me tomé la libertad de recordarle que los dos habíamos esperado pacientemente muchos años; y que el hecho de que Sophy fuera tan útil en casa no debería empujar a sus queridos padres a oponerse a su casamiento. ¿No crees?

–Desde luego –contesté.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo, Copperfield —señaló Traddles—, porque, sin pretender acusar al reverendo Horace, pienso que los padres, hermanos y demás familiares a veces son muy egoístas cuando se dan casos similares. ¡En fin! También le señalé que mi deseo más ardiente era ser útil a la familia; y que, si lograba abrirme camino en la vida y a él le ocurría algo... es decir, si le ocurría algo al reverendo Horace...

—Comprendo —dije.

—... o a la señora Crewler..., mi mayor aspiración sería convertirme en un padre para las niñas. Me dio una respuesta admirable, sumamente halagüeña para mí, y se comprometió a obtener el consentimiento de la señora Crewler. Pero lo pasaron muy mal con ella. Le subió de las piernas al pecho, y luego a la cabeza.

—Pero ¿qué le subió? —inquirí.

—El disgusto —replicó muy serio Traddles—. Sus sentimientos en general. Como te dije en cierta ocasión, es una mujer excelente, pero se encuentra inválida. Cualquier contrariedad le afecta normalmente a las piernas; pero en esta ocasión se le subió al pecho, y luego a la cabeza, y no tardó en invadir todo su organismo de un modo realmente alarmante. Con todo, a fuerza de constantes y cariñosos cuidados, lograron que se repusiera; y ayer hizo seis semanas que nos casamos. No puedes figurarte, Copperfield, lo mal que me sentí, un verdadero monstruo, ¡cuando vi a toda la familia llorar y desmayarse en todas direcciones! La señora Crewler no quiso ni verme antes de nuestra marcha (no podía perdonarme entonces que la privara de su hija), pero es una buena persona y ya lo ha hecho. He recibido una carta encantadora de ella esta misma mañana.

—En pocas palabras, mi querido amigo —dije—, ¡que eres tan feliz como te mereces!

—¡Oh! ¡Veo que no eres muy objetivo! —se rió Traddles—. Pero lo cierto es que mi situación no puede ser más envidiable. Trabajo de firme y estudio derecho de forma exhaustiva. Me levanto a las cinco de la mañana, y no me supone ningún esfuerzo. Oculto a las niñas durante el día y me divierto con ellas por la noche. No sabes cuánto lamento que se vayan el martes, la víspera del inicio del trimestre de San Miguel.^[123] Pero —exclamó mi amigo, elevando la voz—, ¡aquí están las niñas! ¡Señor Copperfield, señorita Crewler... señorita Sarah... señorita Louisa... Margaret y Lucy!

Parecían un hermoso ramillete de rosas, tan frescas y tan lozanas. Todas

eran bonitas, y la señorita Caroline era una beldad; pero había una alegría, una dulzura y una franqueza en la mirada expresiva de Sophy que resultaban mucho más valiosas, y que me confirmaron que mi amigo no se había equivocado en su elección. Nos sentamos todos al amor de la lumbre; mientras el muchacho con aire despierto, que sin duda se había quedado sin aliento por la precipitación con que había sacado los papeles, volvía a guardarlos y traía el juego de té. Luego se retiró hasta el día siguiente, cerrando con estrépito la puerta. Después de preparar el té, la señora Traddles, con una mirada hogareña y serena que resplandecía de júbilo, empezó a tostar tranquilamente el pan, sentada en un rincón de la chimenea.

Había visto a Agnes, me contó mientras se dedicaba a dicha tarea. «Tom» la había llevado de viaje de novios a Kent, y habían visitado también a mi tía; tanto Agnes como mi tía se encontraban muy bien y de lo único que habían hablado había sido de mí. Estaba convencida de que «Tom» me había llevado en su pensamiento todo el tiempo que yo había estado fuera. «Tom» era una autoridad en todo. «Tom» era evidentemente el ídolo de su vida, y nada podría derribarlo de su pedestal; ella siempre creería en él y, sucediera lo que sucediera, le rendiría homenaje con toda la fe de su corazón.

Me gustó mucho la deferencia con la que tanto ella como Traddles trataban a la Beldad. No es que me pareciera muy razonable, pero sí encantador y característico de ambos. No me cabe la menor duda de que, si Traddles echaba en algún momento de menos las cucharillas de plata que aún tenía que ganar, era cuando pasaba el té a la Beldad. Si su adorable esposa hubiera sido capaz de presumir de algo, habría sido porque era hermana de la Beldad. Me di cuenta de que ciertos indicios de un temperamento mimado y caprichoso que advertí en la Beldad eran considerados por Traddles y su mujer como algo a lo que tenía derecho por nacimiento y como un don natural. Si ella hubiera nacido abeja reina y ellos abejas obreras, no habrían podido estar más convencidos de eso.

Pero la falta de egoísmo de la pareja me pareció deliciosa. El orgullo que les inspiraban aquellas jovencitas y el modo en que se sometían a todos sus caprichos, era el testimonio más encantador que podían darme de su propia valía. En el transcurso de la velada, cada una de sus cuñadas llamó a Traddles «querido» al menos una docena de veces por hora; y le suplicaban que trajera esto, llevase lo otro, cogiera tal cosa, la dejara, encontrara tal otra o fuera a buscarla. Y tampoco sabían hacer nada sin Sophy. Si a una se le soltaba el pelo, Sophy era la única que podía arreglarlo. Si otra olvidaba una melodía,

Sophy era la única capaz de tararearla sin equivocarse. Si otra quería recordar el nombre de un lugar de Devonshire, Sophy era la única que lo conocía. Si era preciso escribir a casa, Sophy era la única en quien se podía confiar para que lo hiciera al día siguiente, antes del desayuno. Si alguna tenía problemas con sus labores, Sophy era la única que sabía solucionarlo. Eran las señoras de la casa, y Sophy y Traddles estaban a sus órdenes. Me gustaría saber cuántos niños habría cuidado Sophy en su vida; pero, al parecer, era famosa porque conocía todas las canciones infantiles compuestas en lengua inglesa; y, cuando se lo pedían, cantaba docenas de ellas con la vocecita más cristalina del mundo, una detrás de otra (cada una de las hermanas reclamaba una canción diferente, y normalmente era la Beldad quien se salía con la suya). Lo cierto es que me quedé fascinado. Lo mejor de todo era que todas las hermanas, en medio de sus exigencias, sentían un profundo cariño y respeto tanto por Sophy como por su marido. Cuando me despedí, Traddles salió para acompañarme hasta el café; y creo que jamás he visto recibir semejante aluvión de besos a una cabeza con cabellos tan erizados, o de cualquier otra clase.

En resumidas cuentas, fue una escena que rememoré con placer mucho rato después de regresar a mi alojamiento y de desear las buenas noches a Traddles. Si hubiera contemplado un millar de fragantes rosas en aquel apartamento del piso superior, en el marchito Gray's Inn, éste no me habría parecido ni la mitad de alegre. La presencia de aquellas jovencitas de Devonshire entre los aburridos legajos y los despachos de procuradores y abogados; y el recuerdo del té, de las tostadas y de las canciones infantiles en aquella horrible atmósfera de grasilla y pergaminos, balduque, polvorientas, obleas, tinteros, informes y borradores, actas de procesos, escrituras, declaraciones y minutas... me parecían tan fantásticos como si hubiera soñado que la fabulosa familia del sultán era admitida en la lista de procuradores y abogados e introducía en Gray's Inn Hall el pájaro que habla, el árbol que canta y las aguas doradas. Por algún motivo, cuando me despedí de Traddles y regresé al café, me di cuenta de que el desaliento que antes sentía por mi amigo había sufrido un gran cambio. Empecé a pensar que progresaría, a pesar de todas las imposiciones de los camareros jefe de Inglaterra.

Acerqué mi silla a una de las chimeneas para pensar tranquilamente en mi amigo, y poco a poco, mientras contemplaba cómo las brasas se rompían y cambiaban, olvidé la felicidad de Traddles y empecé a evocar las principales vicisitudes y separaciones que habían marcado mi vida. No había visto un

fuego de carbón desde mi marcha de Inglaterra, tres años antes; si bien había visto muchas fogatas de leña, deshaciéndose y mezclándose con el montón de ingravidas cenizas grises, en las que, en medio de mi abatimiento, había visto reflejadas mis propias esperanzas muertas.

Ahora podía pensar en el pasado con gravedad, pero sin amargura; y era capaz de contemplar el futuro con valentía. El hogar, en el mejor de los sentidos, había dejado de existir para mí. Yo mismo había enseñado a ser mi hermana a aquella a la que habría podido inspirar un sentimiento más tierno. Ella se casaría, y otros reclamarían su cariño; y ella jamás sabría nada del amor que había inundado mi corazón. Era justo que yo pagara el precio de mi alocada pasión. Recogía lo que había sembrado.

Estaba preguntándome si habría logrado de veras disciplinar mi corazón, y si sería capaz de ocupar serenamente en el hogar de Agnes el lugar que ella había ocupado serenamente en el mío, cuando mis ojos se tropezaron con un rostro que habría podido salir del fuego, tan intensa era su asociación con mis primeros recuerdos.

El menudo doctor Chillip, con quien me hallaba en deuda por sus buenos oficios en el primer capítulo de este relato, leía un periódico en la penumbra, en el rincón opuesto de la chimenea. Se advertía en él el paso de los años; pero era un hombrecillo tan pacífico, dulce y sereno que apenas había envejecido, y tuve la sensación de que estaba igual que cuando esperaba en nuestro gabinete mi nacimiento.

El señor Chillip se había marchado de Blunderstone seis o siete años antes, y no había vuelto a verlo desde entonces. Leía plácidamente el periódico, con su pequeña cabeza ladeada y un vaso de jerez caliente^[124] al lado. Sus modales seguían siendo tan conciliadores que parecía pedir disculpas al periódico por tomarse la libertad de leerlo.

Me acerqué a él y le dije:

—¿Cómo está, señor Chillip?

Pareció intimidarle que un desconocido se dirigiera a él de un modo tan inesperado y respondió, con su lentitud habitual:

—Gracias, señor, es usted muy amable. Gracias. Espero que se encuentre bien.

—¿Acaso no me recuerda? —exclamé.

—Verá, señor —contestó el señor Chillip, sonriendo débilmente y moviendo la cabeza mientras me examinaba—, hay algo en su rostro que me resulta familiar; pero la verdad es que soy incapaz de recordar su nombre.

—Y, sin embargo, lo conoció mucho antes que yo mismo —dije.

—¿De veras, señor? —inquirió el señor Chillip—. ¿Es posible que tuviera el honor de asistir...?

—En efecto —le respondí.

—¡Caramba! —exclamó el señor Chillip—. Pero no hay duda de que ha cambiado usted mucho desde entonces.

—Probablemente, señor —repliqué.

—En ese caso —señaló el señor Chillip—, espero que sepa disculparme si le pregunto cómo se llama.

Cuando se lo dije, se sintió verdaderamente emocionado. Me dio un apretón de manos, algo demasiado violento para él, que tenía la costumbre de deslizar una tibia y pequeña pala de servir pescado, a una o dos pulgadas de su cadera, y de mostrar el mayor desconcierto cuando alguien la estrechaba. Incluso en aquella ocasión, metió su mano en el bolsillo de la chaqueta en cuanto se desasíó de la mía; y pareció aliviado al verla nuevamente en lugar seguro.

—¡Válgame Dios! —exclamó el señor Chillip, observándome con la cabeza ladeada—. ¡Así que es usted el señor Copperfield! Si me hubiera tomado la libertad de mirarlo con más atención, creo que lo habría reconocido. Se parece usted mucho a su difunto padre, señor.

—No tuve la dicha de conocerlo —respondí.

—Es cierto —dijo el señor Chillip, con suavidad—. Fue algo muy triste, al decir de todos. En el lugar donde resido, estamos al corriente de su fama, señor —agregó, moviendo nuevamente su pequeña cabeza—. Deben de bullirle las ideas aquí dentro —exclamó, dándose golpecitos en la frente con el dedo índice—. ¡Seguro que es una ocupación extenuante, señor!

—¿En qué parte del país vive ahora? —le pregunté, sentándome a su lado.

—A escasas millas de Bury St Edmunds, señor —replicó el señor Chillip—. Mi mujer heredó de su padre una pequeña propiedad en esa zona y yo me hice con un consultorio; le alegrará oír que las cosas me van bien. Mi hija se ha convertido en una jovencita muy alta —dijo, con un nuevo movimiento de

cabeza—. La semana pasada, su madre tuvo que sacar el dobladillo a todos sus vestidos. ¡Cómo pasa el tiempo, señor!

Al ver que se llevaba el vaso vacío a los labios mientras hacía esta reflexión, le propuse que tomara otro jerez caliente en mi compañía.

—No es algo que suela hacer, señor —respondió con su lentitud habitual—, pero no puedo privarme del placer de su conversación. Parece que fue ayer cuando tuve el honor de atender su sarampión. ¡Se portó usted admirablemente!

Agradecí su cumplido y pedí el vino, que nos sirvieron en seguida.

—¡Es realmente un exceso! —exclamó el señor Chillip, mientras lo removía—. Pero la ocasión es tan extraordinaria que no puedo oponerme. ¿Tiene usted hijos, señor?

Respondí que no con la cabeza.

—Me enteré hace algún tiempo de que había perdido a un ser querido —afirmó el señor Chillip—. Me lo dijo la hermana de su padrastro. Una mujer de mucho carácter, ¿no es cierto, señor?

—Ya lo creo —contesté—. ¿Dónde ha coincidido con ella, señor Chillip?

—¿Acaso no sabe, señor —me preguntó—, que su padrastro y yo somos nuevamente vecinos?

—No —repliqué.

—¡Pues así es! —exclamó el señor Chillip—. Se casó con una joven dama de la zona, con una considerable fortuna, la pobre. Y tanto trabajo intelectual, ¿no le fatiga, señor? —inquirió, contemplándome igual que un petirrojo rebosante de admiración.

Hice caso omiso de su pregunta y volví a los Murdstone.

—Sabía que él se había casado de nuevo. ¿Es usted el médico de la familia? —quise saber.

—Normalmente no. Me han consultado de vez en cuando —repuso el señor Chillip—. Creo que tanto en el señor Murdstone como en su hermana existe un fuerte desarrollo frenológico del órgano de la firmeza, señor.

Le respondí con una mirada tan expresiva que, entre ella y el jerez, el señor Chillip tuvo la valentía de sacudir varias veces la cabeza y de exclamar pensativo:

–¡Ay! ¡No hemos olvidado aquellos tiempos, señor Copperfield!

–Veo que los dos hermanos siguen como siempre, ¿no es cierto? –exclamé.

–Bueno, señor –replicó el señor Chillip–, un médico, por el hecho de pasar tanto tiempo con las familias, no debe tener ojos ni oídos para nada que no sea su profesión. Pero he de reconocer que los dos son demasiado severos, señor; tanto para las cosas de este mundo como para las del otro.

–Supongo que en el otro se las arreglarán sin su ayuda –afirmé–; pero en éste, ¿a qué se dedican?

El señor Chillip movió la cabeza, removió el jerez y dio un sorbito.

–¡Era una dama encantadora! –dijo en tono lastimero.

–¿La actual señora Murdstone?

–Sí, una dama realmente encantadora –repitió el señor Chillip–; el súmmum de la amabilidad. La señora Chillip opina que su espíritu empezó a quebrarse el día que contrajo matrimonio, y que ha enloquecido de tristeza. Y las mujeres, señor –añadió el señor Chillip–, son muy observadoras.

–Supongo que tenían que aplastarla y romperla hasta que encajara en su odioso molde, ¡que el Cielo la ayude! –exclamé–. Y lo han logrado.

–Al principio tuvieron virulentas disputas, se lo aseguro –dijo el señor Chillip–; pero ella no es ahora ni la sombra de lo que fue. Espero que no le parezca un atrevimiento si le cuento, confidencialmente, que, desde que la señorita Murdstone se instaló en su casa para ayudarla, los dos hermanos la han reducido casi a un estado de imbecilidad.

Le contesté que no me era difícil creerlo.

–Puedo afirmar, sin temor a equivocarme –afirmó el señor Chillip, cobrando ánimos con un nuevo sorbito de jerez–, entre usted y yo, que la madre de ella murió del disgusto, y que la tiranía, la tristeza y la inquietud han hecho perder el juicio a la señora Murdstone. Era una joven muy alegre antes de casarse, pero su pesimismo y su austeridad la destruyeron. Cuando salen con ella, no parecen su marido y su cuñada sino unos guardianes. Eso me comentó la señora Chillip la semana pasada. Y le aseguro, señor, que las mujeres son muy observadoras. ¡La señora Chillip es una *gran* observadora!

–El siniestro señor Murdstone, ¿sigue presumiendo de ser una persona (y me avergüenza emplear esta palabra en su caso) religiosa? –inquirí.

—Se ha adelantado usted, señor —exclamó con los párpados cada vez más enrojecidos, debido al inusitado estímulo que se estaba permitiendo tomar—, a una de las observaciones más impresionantes de la señora Chillip. No pude sino quedarme estupefacto —prosiguió, con la mayor lentitud y placidez— cuando ella me contó que el señor Murdstone llama a su propia imagen la Naturaleza Divina. Al oírsele decir, habría bastado rozarme con una pluma para tirarme al suelo. Las mujeres son muy observadoras, ¿no cree?

—E intuitivas —señalé, para su gran satisfacción.

—Me alegro mucho de que mi opinión cuente con un respaldo como el suyo —manifestó—. No es muy frecuente que yo me aventure a dar una opinión que no sea médica, se lo aseguro. El señor Murdstone pronuncia sermones en público de vez en cuando, y dicen... en una palabra, señor, dice la señora Chillip... que cuanto más sombrío y tirano se vuelve, más feroz es su doctrina.

—Pienso que la señora Chillip tiene toda la razón —exclamé.

—La señora Chillip llega a afirmar —continuó— que lo que esa clase de personas llaman su religión no es más que una salida para sus malos humores y su arrogancia. Y debo decirle, señor —agregó, ladeando suavemente la cabeza—, que no encuentro nada en el Nuevo Testamento que justifique el comportamiento del señor y de la señorita Murdstone.

—Tampoco yo lo he encontrado nunca —afirmé.

—Mientras tanto, señor —manifestó el señor Chillip—, la gente los detesta; y como los dos hermanos condenan sin el menor recato a la perdición a todo aquel que no simpatiza con ellos, ¡tenemos muchas almas perdidas en la región! Sin embargo, como dice la señora Chillip, señor, en su pecado llevan la penitencia; pues se pasan la vida reconcomiéndose, y eso no puede ser bueno. Y ahora, señor, volviendo a su cerebro, si no le importa, ¿no cree que lo expone a demasiada excitación?

No me costó nada, dada la excitación del cerebro del señor Chillip después de sus libaciones, desviar la conversación hacia sus propios asuntos, de los que habló durante la siguiente media hora con gran locuacidad; y me dio a entender, entre otras cosas, que se encontraba en el café de Gray's Inn para declarar como médico ante una comisión^[125] encargada de investigar el estado mental de un enfermo al que el exceso de alcohol había vuelto loco.

—Y le aseguro, señor —exclamó—, que me pongo muy nervioso en esa clase

de situaciones. No puedo soportar sentirme, como suelen decir, intimidado. Me descompone. ¿Sabe que tardé bastante en recuperarme de la conducta de aquella inquietante señora que apareció la noche de su nacimiento, señor Copperfield?

Le conté que iría a ver a mi tía, el dragón de aquella noche, al día siguiente muy de mañana; y que era una de las mujeres más cariñosas y buenas del mundo, como podría comprobar si la conociera mejor. La simple idea de semejante eventualidad pareció aterrorizarle. Me respondió con una pálida sonrisa: «¡Oh! ¿De veras, señor? ¿Es eso cierto?», y se apresuró a pedir una vela e irse a la cama, como si éste fuera el único lugar seguro donde refugiarse. No puedo decir que se tambaleara bajo los efectos del jerez; pero no me extrañaría que su tranquilo pulso tuviera dos o tres pulsaciones más por minuto que la famosa noche en que, en medio de su decepción, mi tía le golpeó con su sombrero.

Completamente exhausto, me acosté también al dar la medianoche; pasé el día siguiente en la diligencia de Dover; irrumpí sano y salvo en el salón de mi tía mientras ella tomaba el té (ahora llevaba gafas); y ella, el señor Dick y mi vieja y querida Peggotty, que era su ama de llaves, me recibieron con lágrimas en los ojos y con los brazos abiertos. Nos sentamos a hablar tranquilamente, y a mi tía le divirtió muchísimo el relato de mi encuentro con el señor Chillip, y el pavoroso recuerdo que tenía de su visita; y tanto ella como Peggotty tuvieron mucho que comentar sobre el segundo marido de mi infortunada madre y «la asesina^[126] de su hermana», a la que mi tía por nada del mundo habría llamado por su nombre o apellido, ni de ningún otro modo.

LX

Agnes

Cuando nos quedamos a solas, mi tía y yo seguimos conversando hasta muy avanzada la noche. Hablamos de las cartas de los emigrantes, que siempre eran alegres y esperanzadoras; del señor Micawber, que había enviado pequeñas sumas de dinero, a cuenta de aquellas «deudas pecuniarias» que con tanta seriedad había negociado «de hombre a hombre»; de Janet, que había vuelto a entrar al servicio de mi tía cuando ésta regresó a Dover, y que posteriormente había puesto punto final a su renuncia a los hombres, contrayendo matrimonio con un próspero tabernero; y de mi tía, que finalmente había condenado para siempre ese gran principio, apoyando y ayudando a la novia y coronando con su presencia la ceremonia; todos ellos eran asuntos con los que yo estaba más o menos familiarizado, gracias a sus cartas. Como era de esperar, no nos olvidamos del señor Dick. Mi tía me dijo que pasaba el tiempo copiando cuanto caía en sus manos, tarea ficticia que le permitía mantener al rey Carlos I a respetuosa distancia; y que una de las grandes alegrías y recompensas de su vida era ver al señor Dick dichoso y libre, en lugar de languideciendo en un aburrido encierro; y que ella era la única que sabía cuánto valía su amigo (como si ésta fuera una conclusión nueva).

—¿Y cuándo piensas ir a Canterbury, Trot? —me preguntó, dándome unos golpecitos en el dorso de la mano mientras charlábamos, como en los viejos tiempos, junto a la chimenea.

—Tengo intención de alquilar un caballo y acercarme mañana por la mañana, tía; a no ser que quiera usted venir conmigo.

—¡No! —contestó ella, con su brusquedad habitual—. Me quedaré donde estoy.

Le dije entonces que iría a caballo. Y que habría sido incapaz de pasar por

Canterbury sin detenerme si no hubiera estado tan impaciente por verla.

Me escuchó complacida, pero repuso:

—¡Vamos, Trot! ¡Mis viejos huesos habrían aguantado hasta mañana! —y volvió a acariciarme la mano mientras yo contemplaba pensativo el fuego.

Sí, pensativo; pues no podía estar allí de nuevo, tan cerca de Agnes, sin que renacieran en mí aquellos sentimientos que tanto tiempo me habían atormentado. Tal vez se hubieran suavizado, y me hubiesen enseñado lo que yo no había sabido aprender cuanto tenía aún toda la vida por delante, pero seguían siendo dolorosos. «¡Ay, Trot!—creí oírle decir otra vez a mi tía—. ¡Estás ciego, ciego, ciego!» Pero ahora comprendía sus palabras.

Guardamos silencio durante algunos minutos. Cuando levanté la mirada, vi que me observaba atentamente. Es posible que hubiera adivinado el hilo de mis pensamientos; pues yo tenía la impresión de que ahora eran muy fáciles de seguir, después de su obstinación de antaño.

—Encontrarás a su padre convertido en un anciano de pelo blanco —señaló mi tía—, pero está mucho mejor en todos los sentidos. Se ha recuperado por completo. Ya no lo verás medir con su pequeña y mísera regla todos los intereses, las alegrías y las penas humanas. Créeme, hijo mío, esas cosas hay que reducirlas mucho para poder medirlas de *ese* modo.

—Tiene razón, tía —respondí.

—En cuanto a ella —prosiguió mi tía—, la encontrarás tan bondadosa, bella, sensata y generosa como siempre. Y si conociera elogios mayores, Trot, no dudaría en dedicárselos.

No había elogios mayores para ella; ni reproches peores para mí. ¡Cómo podía haber perdido el norte de ese modo!

—Si enseña a sus alumnas a ser como ella —dijo mi tía, con tanto fervor que incluso se le llenaron los ojos de lágrimas—, ¡bien sabe Dios que habrá empleado bien su vida! Será útil y muy feliz, como nos dijo aquel día. ¿Y cómo iba a ser de otro modo?

—¿Tiene Agnes algún...? —era como, si en vez de hablar, pensara en voz alta.

—¿Y bien? ¿Algún qué? —preguntó mi tía, con brusquedad.

—Algún pretendiente —contesté.

—¡A montones! —exclamó ella, con una especie de orgullo indignado—. ¡Habría podido casarse veinte veces, querido, desde que te marchaste!

—Sin duda —respondí—. Sin duda. Pero ¿tiene algún pretendiente digno de ella? Agnes no podría amarlo si no fuera así.

Mi tía se quedó pensativa unos instantes, con la barbilla apoyada en la mano. Después, levantando muy despacio sus ojos hacia mí, dijo:

—Sospecho que está enamorada de alguien, Trot.

—¿Y éste le corresponde? —quise saber.

—No lo sé, Trot —replicó mi tía, gravemente—. No tengo ningún derecho a hablar de esto. Ella jamás me lo ha confesado, no es más que una sospecha mía.

Me contempló con tanta atención e inquietud (incluso la vi temblar) que tuve, más que nunca, la sensación de que había leído mis últimos pensamientos. Dirigí un llamamiento a todas las resoluciones que había tomado a lo largo de tantos días y de tantas noches, y con tanta zozobra en el corazón.

—Si fuera así... —empecé a decir—, y espero que lo sea...

—Yo no sé nada —me interrumpió mi tía—. No debes dejarte guiar por mis sospechas. Tienes que guardarlas en secreto. Tal vez sean infundadas. No tengo ningún derecho a hablar.

—Si fuera así —repetí—, Agnes me lo contará cuando crea llegado el momento. Una hermana a la que he confiado tantas cosas, tía, no dudará en confiar en mí.

Con la misma lentitud con que había levantado sus ojos hacia mí, mi tía apartó su mirada. Pensativa, se tapó el rostro con una mano. Luego puso la otra encima de mi hombro; y nos quedamos así, recordando el pasado, sin decir una palabra más, hasta que decidimos acostarnos.

Salí a caballo, a primera hora de la mañana, hacia el lugar donde habían transcurrido mis años escolares. No puedo decir que la esperanza de obtener una victoria sobre mí mismo me hiciera muy feliz; ni siquiera por la perspectiva de volver a ver tan pronto a Agnes.

No tardé en recorrer aquel trayecto tan familiar, y llegué a sus tranquilas calles, donde cada piedra me hablaba de mi infancia. Me dirigí andando a la vieja casa, y me alejé de nuevo, demasiado emocionado para poder entrar.

Regresé, y, al pasar por delante de la ventana salediza del cuarto circular donde acostumbraban a sentarse primero Uriah Heep y después el señor Micawber, vi que había una pequeña sala, en lugar de un despacho. Por lo demás, la vieja y apacible casa estaba tan limpia y ordenada como la primera vez que llegué. Pedí a la nueva doncella que dijera a la señorita Wickfield que deseaba presentarle sus respetos un caballero que venía de parte de un amigo actualmente en el extranjero; y me condujeron por la antigua y solemne escalera (advirtiéndome de que tuviera cuidado con aquellos peldaños que tan bien conocía) hasta la vieja sala donde nada había cambiado. Los libros que Agnes y yo habíamos leído juntos continuaban en sus estantes; y el pupitre donde había pasado tantas noches estudiando mis lecciones seguía en el mismo rincón. Los pequeños cambios que habían introducido de manera subrepticia los Heep habían desaparecido. Todo estaba como en los buenos viejos tiempos.

Me acerqué a una ventana y miré, al otro lado de la antigua calle, las casas que con tanta frecuencia había contemplado en las tardes lluviosas cuando me instalé allí; y recordé cómo me gustaba hacer conjeturas sobre las personas que se asomaban a sus ventanas, y cómo las seguía con la mirada mientras subían y bajaban las escaleras, e incluso en la calle, donde las mujeres andaban acompañadas del golpeteo de sus zuecos, y donde la lluvia caía sin cesar de través y salía en tromba del lejano canalón, inundando la calle. Y volvió a invadirme con toda su fuerza el sentimiento que experimentaba cuando veía a los vagabundos atravesar cojeando la ciudad, aquellos anocheceres de lluvia, con sus hatillos al hombro; y volví a oler, al igual que entonces, la tierra mojada, las hojas húmedas y las rosas silvestres, y a sentir sobre mí los mismos vientos que habían soplado en mi largo y fatigoso viaje.

El ruido de la pequeña puerta en la pared con paneles de madera me sobresaltó, y me di la vuelta. Sus hermosos y serenos ojos tropezaron con los míos. Ella se detuvo, y se llevó la mano al pecho; la cogí en mis brazos.

—¡Agnes! ¡Querida mía! He llegado demasiado de improviso.

—¡No, no! ¡Me siento tan dichosa de verte, Trotwood!

—Mi querida Agnes, ¡qué alegría tan grande verte de nuevo!

La estreché contra mi corazón y, durante unos instantes, permanecimos en silencio. Luego nos sentamos, el uno junto al otro; y su rostro angelical se volvió hacia mí con la expresión de bienvenida con la que había soñado, día y noche, todos aquellos años.

Era tan leal, tan hermosa, tan buena... y yo tenía tanto que agradecerle, y la quería tanto, que era incapaz de verbalizar lo que sentía. Intenté bendecirla, darle las gracias, decirle (como había hecho a menudo en mis cartas) cuán grande era la influencia que había ejercido sobre mí; pero todos mis esfuerzos resultaron vanos. Mi amor y mi alegría eran mudos.

Con su dulce serenidad, calmó mi agitación; me condujo hasta el momento de nuestra separación; me habló de Emily, a quien había visitado en secreto muchas veces; y mencionó con ternura la tumba de Dora. Con el instinto infalible de su noble corazón, hizo vibrar las cuerdas de mi memoria tan dulce y armoniosamente que ninguna de ellas se resintió; y pude escuchar su música lejana y triste sin retroceder ante nada de lo que ella evocaba. ¡Y cómo iba a hacerlo cuando, unida íntimamente a todo, se encontraba ella, tan querida para mí, el ángel bueno de mi vida!

—¿Y tú, Agnes? —dije al fin—. Háblame de ti. ¡Apenas me has contado nada de tu vida en todo este tiempo!

—¿Y qué iba a contarte? —contestó con su radiante sonrisa—. Papá está bien. Vivimos muy tranquilos, recuperamos nuestro viejo hogar, nuestras inquietudes se disiparon... y, sabiendo eso, querido Trotwood, ya lo sabes todo.

—¿Todo, Agnes? —inquirí.

Ella me miró, con una sombra de extrañeza en el rostro.

—¿No tienes nada más que contarme, hermana? —dije.

Sus mejillas, que habían palidecido, volvieron a encenderse para después palidecer de nuevo. Sonrió, aunque percibí en ella cierta tristeza, y movió negativamente la cabeza.

Yo había pretendido que ella me hablara del asunto al que mi tía había aludido; pues, por muy penoso que fuera para mí recibir esa confidencia, debía disciplinar mi corazón y cumplir mi deber hacia ella. Comprendí, sin embargo, que ella se sentía turbada y no insistí.

—¿Tienes mucho trabajo, Agnes?

—¿Con el colegio? —exclamó, mirándome otra vez con su calma luminosa.

—Sí. Es una tarea ardua, ¿verdad?

—Resulta tan amena —respondió— que llamarla así sería ingrato por mi parte.

—Nada bueno te parece difícil —dije.

Agnes enrojeció y palideció de nuevo; y, cuando bajó la cabeza, volví a advertir en ella su triste sonrisa.

—¿Te quedarás a ver a papá y pasarás el día con nosotros? —preguntó Agnes, alegremente—. Podrías dormir en tu antigua habitación. Siempre le damos ese nombre.

Me era imposible, pues había prometido regresar a casa de mi tía aquella misma noche; pero estaría encantado de pasar el día con ellos.

—Ahora estaré prisionera durante un rato —dijo Agnes—, pero aquí están los viejos libros, Trotwood, y la vieja música.

—Tampoco faltan las viejas flores —señalé, mirando a uno y otro lado—, o al menos unas iguales.

—En tu ausencia —respondió Agnes, sonriendo—, he querido conservarlo todo como cuando éramos niños. Creo que fueron unos años muy felices.

—¡Bien lo sabe Dios! —exclamé.

—Y todos los pequeños detalles que me han recordado a mi hermano —afirmó Agnes, mirándome alegremente con sus dulces ojos— han sido una grata compañía. Incluso éste —añadió, señalando el cestito repleto de llaves que seguía llevando en el costado— ¡parece tintinear una vieja melodía!

Sonrió de nuevo, y salió por la misma puerta por la que había entrado.

Yo debía guardar con celo religioso aquel cariño fraternal. Era lo único que me quedaba, y era un tesoro. Si algún día sacudía los cimientos sagrados de la confianza y del hábito sobre los que reposaba, lo perdería para siempre. Era algo que bajo ningún concepto podía olvidar. Cuanto más amara a Agnes, más debía recordar ese peligro.

Paseé por las calles; y, al ver de nuevo a mi viejo adversario el carnicero, que ahora era agente de policía y tenía su porra colgada en la tienda, me dirigí al lugar donde me había enfrentado con él; y empecé a pensar en la señorita Shepherd y en la mayor de las señoritas Larkins, y en todos los caprichos, simpatías y antipatías de aquellos tiempos. Agnes era lo único que parecía haber sobrevivido de ese pasado, y era una estrella cada vez más luminosa en mi firmamento.

Cuando regresé, el señor Wickfield había vuelto a casa. Tenía un huerto a dos millas de la ciudad, donde trabajaba casi todos los días. Lo encontré tal

como mi tía me había descrito. Nos sentamos a comer con media docena de niñas; y el señor Wickfield parecía la sombra de su hermoso retrato en la pared.

La tranquilidad y el sosiego que siempre había asociado con aquel apacible lugar lo impregnaron de nuevo. Cuando terminó el almuerzo, como el señor Wickfield no tomaba vino y yo no quise beber nada, nos dirigimos al piso de arriba, donde Agnes y sus pequeñas discípulas cantaron, tocaron el piano e hicieron sus tareas. Después del té, las niñas se marcharon; y los tres nos quedamos hablando de los viejos tiempos.

—El papel que yo representé en ellos —dijo el señor Wickfield, moviendo su blanca cabeza— no puede sino llenarme de tristeza... de profunda tristeza y arrepentimiento, Trotwood, como bien sabes. Pero, aunque estuviera en mi mano, no borraría ese pasado.

No me cabía la menor duda, viendo el rostro que tenía al lado.

—Pues desaparecería con él —prosiguió— tanta paciencia y devoción, tanta lealtad y tanto amor filial, que no debo olvidarlo jamás, ni siquiera para olvidarme de mí mismo.

—Le comprendo, señor —dije con dulzura—. Siempre he sentido veneración por esos años.

—Pero nadie sabe, ni siquiera tú —continuó diciendo—, todo lo que ella ha hecho, todo lo que ha sufrido, todo lo que ha tenido que luchar. ¡Queridísima Agnes!

Ella había puesto la mano en el brazo de su padre para suplicarle que se callara, y su palidez era extrema.

—¡Bueno, bueno! —exclamó él con un suspiro, dejando de referirse, como entonces comprendí, a cierta adversidad que Agnes había sobrellevado, o tenía aún que sobrellevar, y que estaba relacionada con lo que me había contado mi tía—. Jamás te he hablado de su madre, Trotwood. ¿Lo ha hecho alguna otra persona?

—Nunca, señor.

—No hay mucho que decir... aunque fue muy doloroso. Ella se casó conmigo en contra de la voluntad de su padre, y él renegó de ella. Antes de que Agnes naciera, ella le suplicó que la perdonara. Pero era un hombre despiadado, y su madre hacía mucho que había muerto. La rechazó, y rompió

su corazón.

Agnes se apoyó en el hombro de su padre y le rodeó el cuello con el brazo.

—Tenía un corazón dulce y cariñoso —señaló—, y él se lo rompió. Yo sabía muy bien cuán grande era su ternura. ¿Quién iba a saberlo mejor que yo? Me amaba, pero no era feliz. Se fue consumiendo de dolor, en silencio; y cuando su padre la rechazó por última vez, como había hecho no una sino muchas veces, languideció y abandonó este mundo. Me dejó a Agnes, que sólo tenía dos semanas; y el cabello entrecano con que me conociste.

Besó a Agnes en la mejilla.

—El amor que me inspiró mi hija era enfermizo, pero mi espíritu se hallaba muy alterado. Y ahora dejaré ese asunto, Trotwood. No quiero hablar de mí, sino de Agnes y de su madre. Si te doy alguna pista de lo que soy, o de lo que he sido, no tardarás en descubrirlo. No es necesario que te diga lo que es Agnes. En su carácter, he visto siempre reflejada la historia de su infortunada madre; y lo digo esta noche en que los tres volvemos a reunirnos después de tantas vicisitudes. Y eso es todo.

La cabeza inclinada del padre, y el rostro angelical y la devoción de la hija acentuaban el patetismo del relato. Si hubiera necesitado algo especial para recordar esa velada, lo habría encontrado en aquella escena.

Agnes no tardó en levantarse de la silla que ocupaba junto a su padre; se acercó suavemente al piano, y empezó a tocar las viejas melodías que tantas veces habíamos escuchado en aquella estancia.

—¿Tienes intención de volver a abandonar Inglaterra? —inquirió Agnes, cuando me vio a su lado.

—¿Qué opina mi hermana al respecto?

—Espero que no.

—Entonces no lo haré, Agnes.

—Ya que me lo preguntas, Trotwood, creo que no debes marcharte —añadió con dulzura—. Tu éxito y tu creciente fama te han proporcionado más medios para hacer el bien; y, aunque yo pudiese vivir sin mi hermano —exclamó con sus ojos fijos en mí—, es posible que nuestros tiempos no pudieran hacerlo.

—Lo que soy es obra tuya, Agnes. Deberías saberlo.

—¿Obra mía, Trotwood?

—¡Sí, mi querida Agnes! —exclamé, inclinándome sobre ella—. Esta mañana, intenté decirte algo que ha rondado mis pensamientos desde la muerte de Dora. ¿Te acuerdas de cuando entraste en la pequeña sala donde me encontraba... señalando el Cielo, Agnes?

—¡Oh, Trotwood! —respondió con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Tan amorosa, tan inocente y tan joven! ¡Jamás podré olvidarlo!

—He pensado a menudo desde entonces, hermana mía, que siempre has sido para mí lo que fuiste en aquellos momentos. Siempre me has señalado el Cielo, Agnes; siempre me has guiado hacia algo mejor; siempre me has empujado hacia cosas más elevadas.

Ella se limitó a negarlo con la cabeza; y, en medio de sus lágrimas, percibí la misma sonrisa triste y serena.

—Y te estoy tan agradecido, Agnes, y me siento tan unido a ti, que no encuentro ninguna palabra para expresar el cariño que me inspiras. Quiero que sepas, aunque no sé cómo decírtelo, que siempre te admiraré y me dejaré guiar por ti, de igual modo que lo hiciste en medio de las tinieblas que ya pertenecen al pasado. Suceda lo que suceda, a pesar de los nuevos lazos que puedas crear y de los cambios que se obren en nuestras vidas, siempre acudiré a ti, y te amaré, como lo hago ahora y lo he hecho siempre. ¡Y hasta el día de mi muerte, queridísima hermana, te veré ante mí, señalándome el Cielo!

Agnes puso su mano en la mía, y me dijo que se sentía orgullosa de mí y de mis palabras, aunque estaba muy lejos de merecer semejantes elogios. Luego siguió tocando el piano dulcemente, pero sin apartar sus ojos de mí.

—¿Sabes, Agnes? Es extraño, pero lo que ha contado esta noche tu padre —dije— parece armonizar con el sentimiento que me inspiraste la primera vez que te vi... y cuando, siendo un torpe colegial, me sentaba a tu lado.

—Sabías que no tenía madre —respondió con una sonrisa—, y me mirabas con buenos ojos.

—Había algo más, Agnes. Sabía, casi con la misma certeza que si hubiera conocido esa historia, que algo inexplicablemente dulce y amable te envolvía; algo que tal vez hubiera sido doloroso en otra persona (como ahora sé que había ocurrido), pero que en ti no lo era.

Siguió tocando el piano suavemente, sin dejar de mirarme.

—¿Vas a burlarte de mis fantasías, Agnes?

—¡No!

—¿Te reirás si te digo que, incluso entonces, estaba convencido de que sabrías ser leal y cariñosa contra todo desaliento, y de que seguirías siéndolo hasta tu muerte? ¿Te reirás de semejante sueño?

—¡Oh, no! ¡No!

Durante unos instantes, una sombra de pesar cruzó por su rostro; pero desapareció antes de que tuviera tiempo de sobresaltarme. Y Agnes continuó tocando, mientras me miraba con su serena sonrisa.

Cuando regresaba a caballo en la noche solitaria, acompañado por el silbido del viento cual inquieto recuerdo, pensé que ella no era feliz. Yo tampoco lo era; pero había logrado sellar el pasado, y, al evocarla señalando el Cielo, la imaginé señalando el mismo cielo que ahora tenía sobre mi cabeza, donde, en el misterio de la vida venidera, yo podría amarla con un amor desconocido en la tierra, y hablarle de la lucha que había librado en mi interior cuando la amaba en este mundo.

LXI

Me enseñan a dos interesantes penitentes

Mientras terminaba mi libro, en el que habría de trabajar aún varios meses, me instalé en casa de mi tía en Dover; y allí, delante de la ventana desde la que había contemplado la luna sobre el mar, la primera vez que encontré refugio bajo aquel techo, proseguí tranquilamente mi trabajo.

Fiel a mi propósito de hablar de mis obras de ficción sólo cuando se relacionen incidentalmente con el desarrollo de este relato, no detallaré las aspiraciones, alegrías, inquietudes y triunfos de mi arte. He dicho ya que le dedicaba todo mi entusiasmo y ponía en él toda la energía de mi alma. Si mis libros tienen algún valor, ellos dirán el resto. Y si no lo tienen, ese resto no interesará a nadie.

De vez en cuando iba a Londres para perderme entre su bullicio o consultar algún asunto con Traddles. En mi ausencia, había administrado mi fortuna con gran sensatez; y mi situación económica prosperaba. Como mi notoriedad vino acompañada de una enorme cantidad de cartas de personas que no conocía –misivas que, por lo general, no decían nada y resultaban muy difíciles de contestar–, acordé con Traddles poner mi nombre en su puerta. Era allí donde el servicial cartero de la zona entregaba el montón de cartas que me dirigían; y donde, de vez en cuando, yo bregaba con ellas, como un ministro del Interior sin sueldo.

Entre esa correspondencia, se deslizaban a veces generosas propuestas de alguno de los innumerables intrusos que merodeaban por los Commons, y que pretendían ejercer la profesión en mi nombre (si yo daba los últimos pasos necesarios para convertirme en procurador eclesiástico), a cambio de un porcentaje de los beneficios. Pero yo declinaba esas ofertas. Había demasiados impostores de ese tenor, y los Commons estaban ya suficientemente deteriorados, sin que yo hiciera nada para empeorarlos.

Las hermanas de Sophy se habían marchado a Devonshire cuando mi nombre apareció en la puerta de Traddles; y el muchacho con aire despierto simulaba no conocer la existencia de Sophy, que vivía encerrada en una habitación trasera, desde la que divisaba, al levantar la vista de su trabajo, una pequeña franja de jardín, negra de hollín, con una bomba. Pero siempre estaba allí, alegre y hacendosa; tarareando baladas de Devonshire cuando nadie subía las escaleras, y adormeciendo con aquellas melodías en su habitáculo oficial al muchacho con aire despierto.

Al principio me extrañaba encontrar casi siempre a Sophy escribiendo en un cuaderno, que se apresuraba a cerrar y a guardar en un cajón cuando yo aparecía. Pero el secreto no tardó en salir a la luz. Un día Traddles (que acababa de regresar del Tribunal bajo una llovizna de aguanieve) sacó un documento de su mesa de trabajo y me preguntó qué opinaba de la letra.

—¡Oh, no! ¡Tom! —protestó Sophy, que estaba calentando las zapatillas de su marido delante de la chimenea.

—¿Por qué no, querida? —exclamó Traddles, encantado—. ¿Qué te parece esta letra, Copperfield?

—Extraordinariamente legal y solemne —repuse—. Creo que jamás he visto una escritura tan enérgica.

—No resulta nada femenina, ¿verdad? —inquirió Traddles.

—¡Femenina! —repetí—. ¡Los ladrillos y el mortero son más femeninos!

Traddles estalló en alegres carcajadas, y me comunicó que la letra era de Sophy; que ésta le había dicho que pronto necesitaría un escribiente, y que ella realizaría ese trabajo; que había adquirido aquella firmeza a fuerza de copiar un modelo; y que era capaz de realizar con rapidez... no recuerdo cuántos folios por hora. Sophy estaba muy avergonzada de que me contara todo esto, y señaló que cuando «Tom» fuese nombrado juez no lo diría tan alto; algo que «Tom» se apresuró a negar, afirmando que siempre se sentiría orgulloso de aquello, en cualquier circunstancia.

—¡Qué mujer tan buena y tan encantadora tienes, mi querido Traddles! —exclamé riendo cuando ella se marchó.

—Mi querido Copperfield —respondió Traddles—, ella es, sin excepción alguna, ¡la muchacha más adorable del mundo! Si supieras lo bien que organiza esta casa. ¡Con cuánta puntualidad, sabiduría doméstica, economía y orden! ¡Y siempre de buen humor, Copperfield!

—¡Tienes razones de sobra para elogiarla! —afirmé—. Eres un hombre dichoso, Traddles. Creo que os hacéis inmensamente felices el uno al otro.

—No me cabe la menor duda —contestó mi amigo—. Es algo que admito sin discusión. ¡Bendito sea Dios! Cuando la veo levantarse a la luz de una vela en esas oscuras mañanas de invierno, y ocuparse de los preparativos de la jornada, dirigirse al mercado antes de que los empleados lleguen a Gray's Inn, hacer caso omiso del mal tiempo, idear los platos más exquisitos con los alimentos más sencillos, preparar budines y tartas, tener todo ordenado, estar siempre primorosamente arreglada, quedarse a mi lado por las noches aunque trabaje hasta muy tarde, mostrarse siempre tan dulce y animosa, y todo por mí, ¡te aseguro que a veces no puedo creerlo, Copperfield!

Traddles miraba con ternura hasta las zapatillas que ella le había calentado; se las puso y apoyó los pies en la pantalla de la chimenea.

—No, no puedo creerlo —repitió Traddles—. ¡Y luego están nuestros pequeños placeres! No puede decirse que sean caros, pero ¡para nosotros son maravillosos! Cuando llega la noche, y cerramos la puerta de la calle y corremos esas cortinas que confeccionó Sophy, ¿dónde íbamos a estar mejor? Cuando hace buen tiempo y salimos a dar un paseo a última hora, las calles están repletas de diversiones para nosotros. Miramos los relucientes escaparates de las joyerías; y yo enseño a Sophy la serpiente con diamantes en los ojos, enroscada sobre un fondo de raso blanco, que le regalaría si estuviera a mi alcance; y Sophy me muestra el reloj de oro con tapa engastada de piedras preciosas y mecanismo torneado a máquina, con escape de áncora de movimiento horizontal y toda clase de cosas, que me regalaría si estuviera a su alcance; y elegimos las cucharas y los tenedores, las palas para el pescado, los cuchillos para la mantequilla y las tenacillas para el azúcar que preferiríamos comprar si estuvieran a nuestro alcance; ¡y lo cierto es que nos marchamos tan contentos como si los hubiéramos comprado! Luego paseamos por las plazas y por las calles importantes, y vemos las casas que se alquilan; y a veces nos detenemos ante alguna y pensamos si nos convendría en caso de que yo fuera nombrado juez. Y empezamos a distribuirla: esa habitación para nosotros, esas otras para las niñas, etcétera; hasta que decidimos si nos quedaríamos con ella o no, según el caso. En ocasiones, conseguimos entradas muy económicas para el teatro, en platea, y, en mi opinión, las meras fragancias que allí se respiran valen más de lo que hemos pagado. Disfrutamos enormemente de la obra; y Sophy cree que es real todo lo que dicen en ella, y lo mismo me sucede a mí. Cuando volvemos andando a

casa, a veces compramos algo en una tienda de comestibles, o una pequeña langosta en la pescadería, y preparamos una magnífica cena en casa, mientras cambiamos impresiones de cuanto hemos visto. ¡Si fuera lord canciller, Copperfield, no podríamos hacer esto!

«Mi querido Traddles –pensé yo–, llegues donde llegues, siempre harás cosas divertidas y agradables».

–A propósito –dije en voz alta–, supongo que ya nunca dibujas esqueletos, ¿no?

–Para serte sincero –contestó Traddles, riéndose y enrojeciendo–, no puedo negarlo rotundamente, mi querido Copperfield. El otro día, mientras estaba en uno de los últimos bancos de King’s Bench, con una pluma en la mano, se me ocurrió comprobar si había conservado aquel talento. Y mucho me temo que hay un esqueleto, con peluca, en un estante del pupitre.

Después de reírnos a carcajadas, Traddles miró el fuego con una sonrisa y concluyó exclamando con su habitual indulgencia: «¡El viejo Creakle!».

–He recibido una carta de ese viejo... rufián –dije, pues jamás había sentido menos deseos de perdonar el modo en que éste había pegado a Traddles que cuando vi a mi amigo dispuesto a hacerlo.

–¿De Creakle? ¿El director del internado? –preguntó Traddles–. ¡No!

–Entre las personas que se sienten atraídas por mi creciente fama y fortuna –respondí, echando una ojeada a mis cartas–, y que descubren de pronto que siempre me quisieron mucho, está el mismísimo Creakle. Ya no dirige un colegio, Traddles. Se ha retirado. Ahora es magistrado en Middlesex.

Pensaba que Traddles se sorprendería, pero no se inmutó.

–¿Cómo habrá conseguido convertirse en un magistrado de Middlesex? –inquirí.

–¡Sabe Dios! –replicó–. Sería muy difícil responder a esa pregunta. Es posible que votara a alguien, o prestara dinero a alguien, o comprase algo a alguien, o hiciera algún favor a alguien, o trabajase de forma esporádica para alguien que, a su vez, conociera a alguien capaz de lograr que el gobernador de la región le nombrara para ese cargo.

–En cualquier caso, ahora es magistrado –exclamé–. Y ha escrito para decirme que le alegrará mostrarme, en funcionamiento, el único sistema

eficaz de disciplina carcelaria; el único método infalible para lograr conversiones y arrepentimientos sinceros y duraderos. Se refiere, como bien sabes, al confinamiento en solitario. ¿Qué opinas?

—¿Del sistema? —preguntó Traddles, muy serio.

—No. De aceptar su ofrecimiento y venir conmigo.

—No tengo inconveniente —contestó Traddles.

—Entonces le escribiré para comunicárselo. ¿Te acuerdas de que ese mismo Creakle (por no hablar del modo en que nos trataba) echó a su propio hijo de casa? ¿Te acuerdas de lo desgraciadas que hacía a su mujer y a su hija?

—Perfectamente —repuso Traddles.

—Y, sin embargo, si leyeras su carta, verías que es el más compasivo de los hombres con los presos condenados por toda clase de crímenes —dije—; aunque no veo que su compasión se extienda a las demás criaturas vivientes.

Traddles se encogió de hombros, sin mostrar el menor asombro. No es que hubiera esperado que se sorprendiera, pues tampoco yo lo había hecho; había visto demasiadas sátiras sociales por el estilo. Los dos fijamos el día y, en consecuencia, escribí al señor Creakle aquella noche.

La fecha de nuestra visita —creo que fue al día siguiente, pero carece de importancia—, Traddles y yo nos dirigimos a la prisión donde el señor Creakle era todopoderoso. Era un edificio inmenso, de sólido aspecto, que había costado una fortuna. No pude evitar pensar, mientras nos acercábamos a la verja de entrada, en el alboroto que se habría armado en el país si algún iluso hubiera propuesto que se gastara la mitad de ese dinero en edificar una escuela industrial para jóvenes o un asilo para ancianos, que tanto lo necesitaban.

Nos reunimos con nuestro antiguo director en un despacho que, por lo macizo de su construcción, habría podido estar en la planta baja de la Torre de Babel. Se hallaba en compañía de dos o tres magistrados, de los que parecen más diligentes, y de algunos visitantes que habían venido con ellos. El señor Creakle me recibió como si fuera el hombre que hubiese formado mi inteligencia en el pasado, y como si siempre hubiera sentido gran cariño por mí. Al presentarle a Traddles, añadió, aunque con menos vehemencia, que había sido siempre su guía, consejero y amigo. Nuestro venerable maestro había envejecido mucho, y su apariencia no había mejorado. La expresión de

su rostro era tan feroz como siempre; sus ojos tan pequeños como antaño y todavía más hundidos. Los escasos cabellos grises y grasientos que yo recordaba habían desaparecido casi por completo, y las gruesas venas de su cabeza calva resultaban aun más desagradables de ver.

Después de la conversación que sostuvieron aquellos caballeros, iniciamos nuestra visita. Cualquiera habría deducido, al escucharlos, que no existía nada más importante en el ancho mundo que el bienestar supremo de los presos, por muy costoso que fuera, ni nada que realizar fuera de las rejas de una prisión. Como era la hora del almuerzo, nos dirigimos en primer lugar a la enorme cocina, donde en aquellos momentos servían por separado la comida de los prisioneros (a fin de llevarla a sus celdas), con la regularidad y la precisión de un reloj. Comenté a Traddles en voz baja cuánto me extrañaba que nadie hubiera pensado en el sorprendente contraste entre aquellas raciones abundantes y cuidadas y las de, no diré de los pobres, pero sí de los soldados, marineros y campesinos, así como de la gran masa de hombres y mujeres que trabajaban honradamente; de los cuales sólo uno entre quinientos habría comido alguna vez la mitad de bien que aquellos presos. Pero me enteré de que «el sistema» requería una buena alimentación; y, para terminar con el famoso sistema de una vez por todas, diré que, tanto en este asunto como en los demás, «el sistema» ponía fin a todas las dudas y resolvía cualquier anomalía. Nadie parecía siquiera sospechar que pudiera tenerse en cuenta otro sistema que no fuera *el* sistema.

Mientras recorríamos los magníficos pasillos, pregunté al señor Creakle y a sus amigos cuáles eran las principales ventajas de aquel sistema omnipotente y universal. Supe que eran el aislamiento absoluto de los prisioneros, que no llegaban a saber nada de sus compañeros de cautiverio, y la reducción de los convictos a un estado espiritual muy saludable que conducía a la contrición y al arrepentimiento más sinceros.

Cuando empezamos a visitar a los individuos en sus celdas, y a atravesar los corredores donde éstas se encontraban, y a oír las explicaciones sobre el mejor modo de llevar a los presos a la capilla y otros detalles, pensé que era bastante probable que los prisioneros supieran muchas cosas de sus compañeros de cautiverio y hubieran ideado un complejo sistema para comunicarse entre sí. Al escribir esto, creo que mi afirmación ha sido probada; pero, como habría sido una auténtica blasfemia contra el sistema haberlo insinuado entonces, busqué con la mayor diligencia los famosos signos de arrepentimiento.

Y también sobre este punto me asaltaron las dudas. Descubrí que, en la cárcel, el arrepentimiento era una moda, tan tiránica como la que había dejado en el exterior con los trajes y chalecos que se veían en los escaparates de las sastrerías. Escuché una gran cantidad de confesiones, muy similares tanto en su fondo como en su forma (lo que me pareció sumamente sospechoso). Encontré muchísimos zorros que menospreciaban viñedos enteros de uvas inaccesibles; pero a casi ninguno de ellos les habría puesto un racimo al alcance de la mano. Y constaté, por encima de todo, que los presos que manifestaban su arrepentimiento de manera más ostensible eran los que despertaban mayor interés, y que su engreimiento, vanidad, falta de entusiasmo y amor por la mentira (que en muchos de ellos llegaban a extremos increíbles, tal como ponían de manifiesto las historias de sus vidas), les empujaban a aquellas declaraciones que a todos satisfacían.

Sin embargo, oí hablar tantas veces, en el curso de nuestras idas y venidas, de un cierto número Veintisiete, que era el favorito y parecía ser un prisionero verdaderamente modélico, que decidí suspender mi juicio hasta haberlo visto. Creí entender que el Veintiocho era también una estrella muy resplandeciente; pero, para su desgracia, el extraordinario brillo del Veintisiete reducía la intensidad de su gloria. Nos contaron tantas cosas del Veintisiete, de los bondadosos consejos que daba a cuantos le rodeaban, de las hermosas cartas que escribía constantemente a su madre (de la que no parecía tener muy buena opinión), que llegué a estar impaciente por conocerlo.

Sin embargo, tuve que reprimir mi impaciencia, pues habían reservado al Veintisiete para el final. Pero al fin llegamos a la puerta de su celda; y el señor Creakle, después de mirar por un pequeño agujero, nos anunció, con la mayor admiración, que se hallaba leyendo un libro de himnos religiosos.

Los visitantes se agolparon de tal modo para ver al número Veintisiete con su libro de himnos religiosos que el pequeño agujero quedó tapado por un grupo de seis o siete cabezas. Para solventar ese inconveniente y darnos la oportunidad de conversar con el Veintisiete en toda su pureza, el señor Creakle ordenó que abrieran la puerta de la celda e invitaran a su ocupante a salir al pasillo. Así se hizo; y ¡cuál no sería la sorpresa de Traddles y la mía al darnos cuenta de que el arrepentido número Veintisiete era Uriah Heep!

Nos reconoció en seguida; y, mientras salía contorsionándose como antaño, nos dijo:

—¿Cómo está, señor Copperfield? ¿Cómo está, señor Traddles?

El hecho de que nos reconociera despertó la admiración general. Tengo la impresión de que todos se maravillaron de que se dignara saludarnos.

—Y bien, Veintisiete —dijo el señor Creakle, contemplándolo con tristeza—. ¿Cómo se siente hoy?

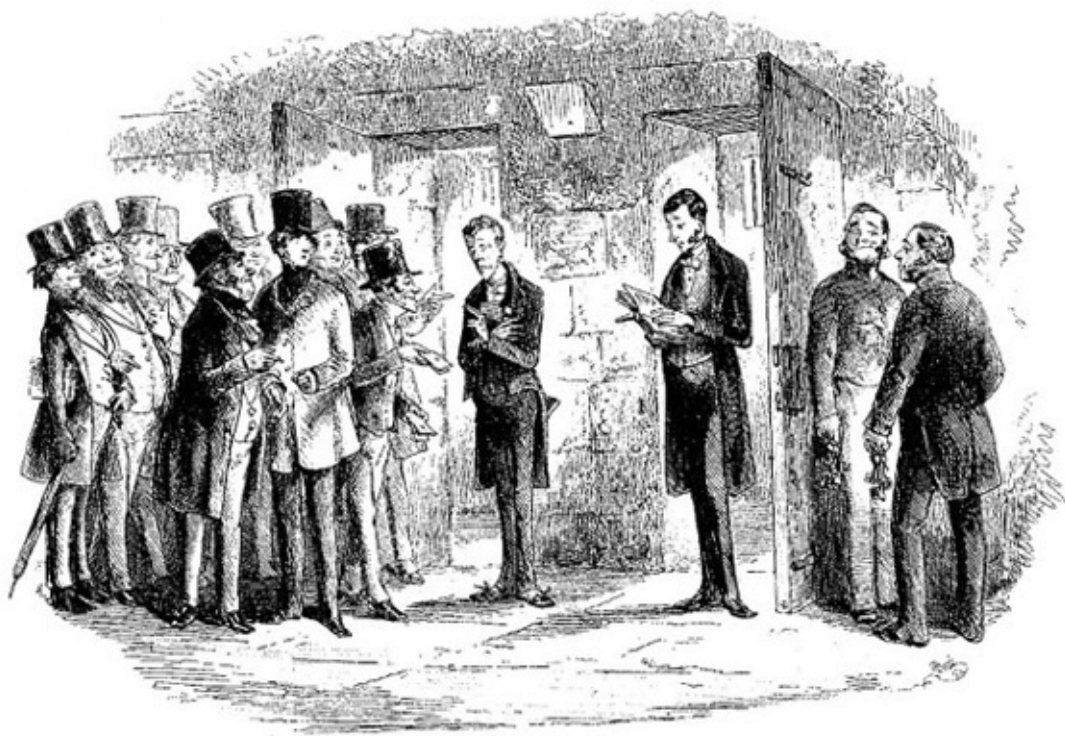
—Me siento muy humilde, señor —respondió Uriah Heep.

—Como siempre, número Veintisiete —exclamó el señor Creakle.

—¿Y se encuentra usted a gusto? —preguntó entonces otro caballero, con gran ansiedad.

—Sí, señor; muchas gracias —dijo Uriah Heep, mirando en su dirección—. Jamás había estado mejor. Ahora me doy cuenta de mis locuras, señor. Por eso me encuentro tan bien.

Algunos de los caballeros se emocionaron profundamente; uno de ellos se abrió paso hasta la primera fila y le preguntó muy conmovido:



Me enseñan a dos interesantes penitentes

—¿Qué le parece la carne de vaca?

—Gracias, señor —contestó Uriah, mirando ahora en la dirección de la voz—, ayer estaba más dura de lo que hubiera deseado; pero mi obligación es resignarme. He cometido locuras, señores —prosiguió, escudriñando cuanto le

rodeaba con una sonrisa de sumisión—, y ahora debo cargar con las consecuencias sin quejarme.

Cuando se apagó el murmullo general que había levantado no sólo la disposición angelical del Veintisiete, sino también la indignación contra el cocinero que había dado lugar a semejante queja (y al que el señor Creakle envió inmediatamente una nota), el número Veintisiete seguía en medio de nosotros, como si creyera ser el objeto más precioso de un importante museo. Con el fin de que nosotros, los neófitos, nos sintiéramos deslumbrados por el exceso de luz, se dio la orden de sacar de su celda al número Veintiocho.

Mi asombro era ya tan grande que sólo sentí una especie de sorpresa resignada ¡cuando apareció Littimer leyendo un libro de oraciones!

—Veintiocho —dijo un caballero con gafas, que aún no había hablado—, la semana pasada, amigo mío, se quejó usted del cacao. ¿Ha mejorado desde entonces?

—Le estoy muy agradecido, señor —respondió Littimer—. Ahora lo preparan con más esmero. Me tomaré la libertad de decir que no creo que la leche con que lo hacen sea natural; pero soy consciente, señor, de que en Londres se adultera mucho este producto y de que es difícil conseguirlo en estado puro.

Me pareció que el caballero de las gafas era partidario del Veintiocho frente al Veintisiete del señor Creakle, pues cada uno de ellos intentaba hacer valer a su protegido.

—¿Cómo se encuentra de ánimo, Veintiocho? —inquirió el caballero de las gafas.

—Gracias, señor —repuso Littimer—; ahora me percaté de mis errores. Me siento terriblemente agitado cuando pienso en los pecados de mis antiguos compañeros, señor; pero confío en que les serán perdonados.

—¿Es usted completamente feliz? —quiso saber el mismo caballero, animándole con la cabeza.

—Le agradezco su interés, señor —contestó el señor Littimer—. Sí, soy completamente feliz.

—¿Hay algo que le preocupe? —preguntó el caballero—. En ese caso, díganoslo.

—Señor —respondió Littimer, sin levantar la vista—, si no me equivoco, hay aquí un caballero que me conoció en el pasado. Quizá le resulte provechoso

saber que atribuyo mis desvaríos de antaño al hecho de haber llevado una vida disipada al servicio de jóvenes caballeros; y de haberme dejado arrastrar por ellos a unas debilidades que no tuve la fortaleza de resistir. Espero que ese caballero aprenda la lección, señor, y no se ofenda por la libertad que me he tomado. Lo digo por su bien. Soy consciente de mis errores pasados. Espero que él se arrepienta de todas las infamias y pecados en los que ha tomado parte.

Me di cuenta de que varios caballeros se llevaban la mano a los ojos, como si acabaran de entrar en la iglesia.

—Es algo que le honra, Veintiocho —exclamó el caballero de las gafas—. No esperaba menos de usted. ¿Quiere decir algo más?

—Señor —repuso Littimer, levantando ligeramente las cejas sin mover los ojos—, hubo una joven que cayó en una vida disoluta y que yo traté de salvar, aunque sin éxito. Ruego al caballero del que hablo que, si está en su mano, diga a esa joven que le perdono lo mal que se portó conmigo, y que la invito a arrepentirse... Si él tuviera la amabilidad de comunicárselo.

—No me cabe la menor duda, Veintiocho —respondió su interlocutor—, de que el caballero del que habla se siente muy conmovido (como debemos sentirnos todos) por sus bondadosas palabras. No queremos retenerle más.

—Gracias, señor —dijo Littimer—. Caballeros, les deseo muy buenos días; y espero que ustedes y sus familias comprendan también sus pecados y se enmienden.

Con estas palabras, el número Veintiocho se retiró después de intercambiar una mirada con Uriah; como si no fueran totalmente desconocidos el uno para el otro, gracias a algún medio de comunicación. Y, cuando la puerta de la celda se cerró tras él, todos los presentes murmuraron que era un hombre muy respetable y un caso magnífico.

—Y ahora, Veintisiete —dijo el señor Creakle, entrando en escena con su hombre, al ver que Littimer la había dejado libre—, ¿hay algo que podamos hacer por usted? De ser así, dígalo.

—Querría pedir humildemente permiso, señor —respondió Uriah, mientras su maligna cabeza daba un respingo—, para escribir de nuevo a mi madre.

—Le será concedido, por supuesto —exclamó el señor Creakle.

—¡Gracias, señor! Me preocupa mi madre. Creo que corre peligro.

Algún incauto preguntó peligro de qué; pero se oyó un escandalizado «¡Chitón!».

–Peligro de condenarse, señor –repuso Uriah, retorciéndose en dirección a la voz–. Me gustaría que mi madre alcanzara el mismo estado que yo. Pero yo no lo habría conseguido si no hubiera venido aquí. ¡Ojalá hubiesen traído también a mi madre! Sería una suerte para todo el mundo ser detenido y venir a este lugar.

Esta declaración fue recibida con infinita satisfacción; la más grande, en mi opinión, que los presentes habían experimentado hasta entonces.

–Antes de venir –dijo Uriah, mirándonos de soslayo (como si hubiera querido destruir el mundo exterior al que nosotros pertenecíamos)–, cometí toda clase de locuras; pero ahora soy consciente de ellas. Todos pecan en el exterior. Mi madre es una gran pecadora. El pecado está en todas partes... excepto aquí.

–¿Está usted completamente cambiado? –inquirió el señor Creakle.

–¡Oh, sí, señor! –respondió el esperanzado penitente.

–Si saliera de este establecimiento, ¿volvería a las andadas? –preguntó uno de los visitantes.

–¡Oh, Dios mío! ¡No, señor!

–¡Bien! –exclamó el señor Creakle–. Todo esto es muy satisfactorio. Antes se ha dirigido usted al señor Copperfield, Veintisiete. ¿Quiere decirle algo más?

–Usted me conoció mucho antes de que viniera a este lugar y me transformara, señor Copperfield –dijo Uriah, mirándome; y jamás he visto una expresión más ruin, ni siquiera en su rostro–. Usted me conoció cuando, a pesar de mis desvaríos, era humilde entre los orgullosos y manso entre los violentos... Usted mismo, señor Copperfield, fue violento conmigo. Recuerde que, en una ocasión, me dio una bofetada.

Conmiseración general. Algunas miradas de indignación contra mí.

–Pero yo le perdono, señor Copperfield –prosiguió Uriah, estableciendo con su misericordiosa actitud un paralelismo tan impío y terrible que no dejaré constancia de él–. Yo perdono a todo el mundo. No iría con mi carácter guardar rencor a nadie. Yo le perdono de todo corazón, y espero que en el futuro aprenda a reprimir sus arrebatos. Espero que el señor W. se arrepienta,

así como la señorita W. y todo aquel grupo de pecadores. Sé que la aflicción le ha visitado, y espero que haya sacado algún provecho de ella; pero habría sido mejor para usted venir a este lugar. Habría sido mejor para el señor W., y también para la señorita W., venir a este lugar. Lo mejor que puedo desearle, señor Copperfield, y a todos ustedes, caballeros, es que sean detenidos y encarcelados en este establecimiento. Cuando pienso en mis locuras de otros tiempos y en mi estado actual, estoy seguro de que sería lo mejor para ustedes. ¡Compadezco a todos aquellos que no son traídos aquí!

Volvió a meterse en su celda, en medio de un murmullo de aprobación; y tanto Traddles como yo experimentamos un gran alivio cuando cerraron la puerta.

Aquel arrepentimiento despertó en mí el deseo de saber qué delito habían cometido esos dos hombres para estar allí. Daba la impresión de ser el único asunto sobre el que nadie tenía nada que decir. Se lo pregunté a uno de los dos guardianes, que, por la expresión de su rostro, parecía conocer muy bien el verdadero valor de todo aquel revuelo.

—¿Sabe usted —exclamé, mientras íbamos andando por el corredor— qué fechoría fue la última «locura» del número Veintisiete?

Me respondió que había sido un delito bancario.

—¿Una estafa al Banco de Inglaterra? —inquirí.

—En efecto, caballero. Estafa, falsificación y complot. También detuvieron a otros. Él era el cerebro del golpe. Se hallaba en juego una importante suma de dinero. La sentencia, deportación de por vida. El Veintisiete era el más astuto de la banda, y estuvo a punto de escapar; pero el Banco de Inglaterra consiguió capturarlo... por los pelos.

—¿Y conoce usted el delito del Veintiocho?

—El Veintiocho —contestó mi informador mientras avanzábamos por el pasillo, hablando en voz muy baja y mirando sin cesar por encima del hombro, a fin de que Creakle y los demás no le oyeran decirme algo tan ilícito de aquellos dos seres inmaculados—, el Veintiocho (condenado, asimismo, a la deportación) entró al servicio de un joven caballero, al que robó doscientas cincuenta libras en dinero y objetos de valor una noche antes de salir juntos para el extranjero. Recuerdo especialmente su caso, pues le detuvo una enana.

—¿Una qué?

–Una mujer diminuta. He olvidado su nombre.

–No se llamaría Mowcher, ¿verdad?

–¡En efecto! Había logrado burlar la justicia y se disponía a embarcar para América con peluca y bigotes muy rubios, y el mejor disfraz que uno pueda imaginar, cuando la mujer diminuta se encontró con él en una calle de Southampton. Lo reconoció al instante, se metió entre sus piernas para hacerle perder el equilibrio y se agarró a él con todas sus fuerzas.

–¡Admirable señorita Mowcher!

–También habría dicho eso si la hubiera visto, como hice yo, de pie sobre el banco de los testigos durante el juicio –dijo mi amigo–. Él la hirió en la mejilla y la golpeó brutalmente cuando ella le detuvo; pero la señorita Mowcher no soltó su presa hasta verla entre rejas. Lo cierto es que estaba tan aferrada al Veintiocho que los guardias se vieron obligados a llevarse a los dos. Ella declaró con la mayor valentía, fue muy felicitada por el tribunal y regresó a su casa entre vítores y aclamaciones. Dijo en el juicio que lo habría detenido sin ayuda de nadie (por las cosas que sabía de él), aunque hubiera sido Sansón. ¡Y estoy seguro de que lo habría conseguido!

Yo era de su misma opinión, y por eso sentí un profundo respeto por la señorita Mowcher.

Habíamos visto ya todo lo que había que ver. Habría sido inútil tratar de explicar a un hombre como el honorable señor Creakle que el Veintisiete y el Veintiocho eran de lo más consecuentes e inalterables, que seguían siendo los mismos de siempre, que quienes hacían esa clase de confesiones en un lugar así eran precisamente los rufianes más hipócritas, que conocían muy bien cuánto se cotizaba su actitud y lo que les ayudaría en el momento de ser deportados; en una palabra, que todo aquel asunto estaba podrido, resultaba inútil y dejaba una impresión penosa. Y los abandonamos allí con su sistema y con ellos mismos, y regresamos a casa totalmente asombrados.

–Tal vez sea bueno, Traddles –dije–, galopar a lo loco en un caballito de madera defectuoso; así se rompe antes.

–Eso espero –replicó Traddles.

LXII

Una luz brilla en mi camino

Cuando llegó la Navidad, llevaba más de dos meses en casa. Había visto a Agnes a menudo. Por muchas alabanzas que me dedicara el público, y por grande que fuera el placer y la emoción que esto suscitaba en mí, el más pequeño elogio salido de su boca me parecía infinitamente más valioso.

Al menos una vez a la semana, y en ocasiones con mayor frecuencia, me dirigía a Canterbury para pasar la velada. Normalmente regresaba a casa por la noche, pues el viejo sentimiento de dolor se cernía siempre sobre mí (especialmente cuando me separaba de Agnes), y prefería estar al aire libre, en vez de dejar que el pasado me atormentara en mis largas vigiliass o en mis angustiados sueños. Por ese motivo, pasaba a caballo la mayor parte de aquellas numerosas y tristes noches de invierno; reviviendo, durante el trayecto, los pensamientos que tanto me habían obsesionado en mi larga ausencia.

Es posible que fuera más exacto decir que sólo escuchaba el eco de aquellos pensamientos. Ellos me hablaban desde la distancia. Yo los había alejado, y había aceptado mi situación como inevitable. Cuando leía a Agnes lo que había escrito, cuando contemplaba su atento rostro y veía asomar en él una lágrima o una sonrisa, cuando oía su dulce voz interesarse por los sucesos imaginarios del mundo ficticio en que yo vivía, pensaba en cuál habría podido ser mi destino; pero lo hacía del mismo modo que después de casarme con Dora, cuando soñaba con las cualidades que hubiera deseado para mi mujer.

Era algo que le debía a Agnes, que me amaba con un amor que yo perdería para siempre si mi egoísmo y mi mezquindad lo turbaban. Estaba profundamente convencido de que, después de haber labrado mi propio destino y de haber conquistado lo que mi impetuoso corazón había codiciado, debía resignarme y no tenía derecho a quejarme. Y eso era lo que sentía y lo

que había comprendido. Pero la amaba: y se había convertido en un consuelo para mí imaginar vagamente un día muy lejano en que pudiera confesarle mi amor sin remordimiento; en que todo aquel sufrimiento hubiera terminado; en que pudiera decirle: «Agnes, eso era lo que sentía cuando regresé a Inglaterra; ahora soy viejo y no he vuelto a querer a nadie desde entonces».

No advertí jamás el menor cambio en sus sentimientos. Seguía siendo conmigo exactamente la misma de siempre.

Desde la noche de mi llegada a Dover, mi tía y yo no habíamos vuelto a hablar del asunto. Y no creo que fuera por falta de confianza, ni porque quisiéramos evitarlo; era como si los dos supiéramos que pensábamos lo mismo, pero no quisiéramos expresarlo con palabras. Cuando, siguiendo nuestra vieja costumbre, nos sentábamos por las noches junto al fuego, era frecuente que nuestras meditaciones siguieran idéntico curso; y era algo tan natural, y lo percibíamos con tanta claridad como si lo hubiéramos comentado abiertamente. Pero guardábamos silencio. Creo que mi tía había leído, al menos en parte, mis pensamientos aquella noche; y comprendía muy bien por qué los ocultaba.

Llegó la Navidad y, como Agnes no me había hecho ninguna confidencia, me asaltó varias veces una duda que empezó a obsesionarme: ¿se habría dado cuenta de mis verdaderos sentimientos y callaría para no hacerme sufrir? De ser así, mi sacrificio resultaba inútil, no había cumplido ni el más elemental de mis deberes con ella, y estaba continuamente incurriendo en la actitud despreciable que había querido evitar. Decidí aclarar de una vez por todas el asunto; si se interponía una barrera entre nosotros, la derribaría con mano enérgica.

Era (¡y tengo buenas razones para recordarlo!) un día muy frío del crudo invierno. Había nevado unas horas antes; y el suelo estaba cubierto de un manto de nieve, no muy espeso pero a medio helar. Desde mi ventana, veía cómo mar adentro soplaban tempestuosos el viento del norte. Había estado imaginando su paso por las grandes extensiones de nieve de las montañas suizas, entonces inaccesibles al hombre; y me había preguntado qué soledad sería mayor, la de aquellas regiones solitarias o la del desierto oceánico.

—¿Vas a salir hoy, Trot? —quiso saber mi tía, asomando la cabeza por la puerta.

—Sí —contesté—. Quiero ir a Canterbury. Es un buen día para cabalgar.

—Espero que tu caballo piense lo mismo —dijo ella—; pero en estos

momentos está delante de la puerta, con la cabeza y las orejas gachas, como si prefiriera quedarse en el establo.

He de añadir que mi tía dejaba a mi caballo acceder al terreno prohibido, pero seguía igual de implacable con los burros.

—¡En seguida espabilará! —exclamé.

—De todos modos, el paseo le sentará bien a su amo —señaló mi tía, echando una mirada a los papeles que había en la mesa—. ¡Ay, hijo! ¡Pasas muchas horas aquí! Jamás pensé, cuando leía libros, que costara tanto escribirlos.

—A veces tampoco es fácil leerlos —repuse—. En cuanto a escribirlos, le aseguro que tiene sus encantos, tía.

—¡Sí! ¡Lo comprendo! —dijo ella—. La ambición, el amor al aplauso, la simpatía y muchas otras cosas, supongo. ¡Vamos, vete de una vez!

Me dio un golpecito cariñoso en el hombro y yo me levanté.

—¿Sabe algo más —pregunté con la mayor tranquilidad, mientras ella se sentaba en mi silla— de los amores de Agnes?

Me miró unos instantes antes de responder:

—Creo que sí, Trot.

—Su impresión, ¿se ha confirmado? —inquirí.

—En efecto, Trot.

Me miró tan fijamente, como si vacilara o sintiera pena, que hice acopio de todas mis energías para adoptar un semblante dichoso.

—Y lo que es más, Trot... —prosiguió ella.

—¿Sí, tía?

—Creo que Agnes va a contraer matrimonio.

—¡Que Dios la bendiga! —exclamé, alegremente.

—¡Que Dios la bendiga! —repitió mi tía—. ¡Y a su marido también!

Me hice eco de su deseo y, tras despedirme de ella, bajé con paso ligero las escaleras, subí al caballo y me alejé. Ahora tenía una razón de más para hacer lo que me había propuesto.

¡Qué bien recuerdo aquella cabalgada invernal! Los pedazos de hielo que

el viento arrancaba a las briznas de hierba y arrojaba contra mi rostro; el estrépito de los cascos del caballo sobre el suelo; las heladas tierras de labranza; la nieve que se arremolinaba en la cantera de creta empujada por la brisa; el tiro humeante de los carros de heno que se detenían a descansar en lo alto de la colina mientras agitaban armoniosamente sus cencerros; las laderas nevadas y los caminos serpenteantes de las colinas, que se recortaban sobre el cielo sombrío como una enorme pizarra.

Encontré sola a Agnes. Sus pequeñas alumnas estaban de vuelta en sus hogares y ella leía junto al fuego. Dejó el libro al verme entrar y, después de recibirme con su habitual afabilidad, cogió el cesto de las labores y se sentó en el vano de una de las viejas ventanas.

Tomé asiento a su lado y nos pusimos a hablar del libro que estaba escribiendo, de cuándo lo terminaría, y de cuánto había adelantado desde mi última visita. Agnes estaba muy alegre, y predijo entre risas que pronto sería demasiado famoso para que nadie osara hablarme de semejantes temas.

—Por eso aprovecho todo lo que puedo ahora —señaló— para preguntarte por ellos.

Mientras contemplaba su hermoso rostro, inclinado sobre la labor, ella levantó sus dulces ojos claros y se dio cuenta de que la miraba.

—¡Estás muy pensativo hoy, Trotwood!

—¿Quieres saber el motivo, Agnes? He venido a explicártelo.

Dejó a un lado su labor, como hacía siempre que discutíamos algún asunto importante; y me prestó toda su atención.

—Mi querida Agnes, ¿tienes alguna duda de mi lealtad hacia ti?

—¡No! —respondió sorprendida.

—¿Tienes alguna duda de que yo no sea lo que siempre fui para ti?

—¡No! —contestó de idéntico modo.

—¿Recuerdas, queridísima Agnes, lo que intenté decirte cuando regresé a Inglaterra, y mencioné la deuda de gratitud que tenía contigo y el ferviente cariño que me inspirabas?

—Lo recuerdo muy bien —dijo dulcemente.

—Sé que tienes un secreto, Agnes —exclamé—. Déjame compartirlo contigo.

Ella bajó los ojos, y empezó a temblar.

—No he podido evitar darme cuenta, aunque no me lo hayas contado tú, Agnes, lo que me parece extraño... sino otros labios que no son los tuyos, de que existe un hombre en el que has depositado el tesoro de tu amor. ¡No me dejes al margen de algo tan ligado a tu felicidad! Si puedes confiar en mí, como acabas de decir, y como sé que puedes hacer, ¡déjame ser tu amigo y tu hermano, sobre todo en este asunto!

Con una mirada de súplica, y casi de reproche, Agnes se alejó de la ventana; y, cruzando a toda prisa la sala, como si no supiera dónde iba, ocultó la cara entre las manos y estalló en un llanto que me partió el alma.

Pero sus lágrimas despertaron en mi corazón una promesa de felicidad. Sin comprender por qué, se asociaron en mi pensamiento con la sonrisa triste y serena que yo tenía tan grabada en la memoria, y me infundieron más esperanzas que dolor o miedo.

—¡Agnes! ¡Hermana! ¡Querida! ¿Qué es lo que he hecho?

—Déjame marchar, Trotwood. No me encuentro bien. No soy yo misma. Te lo contaré... en otra ocasión. Te escribiré. ¡Pero no me hables ahora! ¡No! ¡No!

Traté de recordar lo que ella me había dicho aquella otra noche: que su cariño no necesitaba ser correspondido. Sentí como si hubiera un mundo que tuviese que atravesar en un instante.

—Agnes, no puedo soportar verte en este estado, y pensar que soy el culpable. Mi querida Agnes, eres lo que más quiero en este mundo y, si eres desdichada, déjame serlo contigo. Si necesitas ayuda o consejo, deja que intente ayudarte. Si tienes un peso en el corazón, deja que trate de aligerarlo. ¡Para quién vivo yo ahora, Agnes, si no es para ti!

—¡Déjame, Trot! ¡No soy yo misma! ¡En otra ocasión! —fue cuanto pude entender.

¿Era un error egoísta lo que me empujaba? O, al ver un atisbo de esperanza, ¿se abría ante mí algo en lo que no me había atrevido a pensar?

—Espera, he de añadir algo. ¡No puedo consentir que te vayas así! Por amor de Dios, Agnes, ¡que no haya un malentendido entre nosotros después de todos estos años y de cuanto ha ocurrido en ellos! Hablaré con claridad. Si tienes algún temor de que pueda envidiar la felicidad que vas a procurar, de

que no sepa dejarte en manos de un protector más querido y de tu elección, de que sea incapaz de ser un feliz testigo de tu alegría, será mejor que destierres esos pensamientos, ¡pues no me hacen justicia! Mis sufrimientos no han sido en vano. No existe el menor egoísmo en el cariño que siento por ti.

Agnes se había tranquilizado. Volvió su pálido rostro hacia mí, y me susurró con una voz entrecortada por la emoción, pero muy clara:

—Tu amistad por mí... de la que no dudo... me obliga a decirte que estás equivocado. Es lo único que puedo hacer. Si alguna vez he necesitado ayuda o consejo en el transcurso de los años, me los han dado. Si alguna vez he sido desgraciada, mi tristeza se ha disipado. Si alguna vez he tenido un peso en el corazón, alguien lo ha aligerado. Si tengo un secreto... no es nuevo; y no se trata... de lo que tú crees. No puedo revelarlo, ni compartirlo. Es mío desde hace mucho tiempo, y ¡debe seguir siéndolo!

—¡Agnes! ¡Espera! ¡Un momento!

Ella se marchaba, pero yo la retuve. Rodeé su talle con mi brazo. «¡En el transcurso de los años!» «¡No es nuevo!» Mi cerebro era un torbellino de nuevos pensamientos y esperanzas, y todos los colores de mi vida estaban cambiando.

—¡Queridísima Agnes! A la que tanto respeto y admiro... ¡y a la que tanto amo! Cuando hoy llegué aquí, creí que nada en el mundo sería capaz de arrancarme esta confesión. Creí que podría esconderla en mi pecho hasta que fuéramos ancianos. Pero, Agnes, si pudiera abrigar alguna nueva esperanza de poder llamarte algún día algo más que hermana, ¡algo muy diferente!

Las lágrimas corrían por sus mejillas; pero eran muy distintas de las que había derramado antes, y vi brillar en ellas mi esperanza.

—¡Agnes! ¡Mi guía y mi mejor apoyo! Si te hubieras preocupado más por ti, y menos por mí, cuando crecíamos juntos en esta casa, mi corazón caprichoso nunca se habría alejado. Pero te hallabas tan por encima de mí, y me eras tan necesaria en mis penas y alegrías infantiles, que la confianza y la fe que te tenía se convirtieron en una segunda naturaleza, ¡suplantando por algún tiempo la primera y más profunda de amarte como lo hago ahora!

Ella seguía llorando, ¡pero sus lágrimas no eran de tristeza sino de alegría! Y yo la estrechaba entre mis brazos, como jamás lo había hecho, y ¡como jamás creí que pudiera hacerlo!

—Cuando yo amaba a Dora... tiernamente, como bien sabes, Agnes...

—¡Sí! —exclamó muy seria—. ¡Me alegro de que me lo digas!

—Cuando yo la amaba... incluso entonces, mi amor habría sido incompleto sin tu simpatía. Pero la tuve, y todo fue perfecto. Y cuando perdí a Dora, Agnes, ¿qué habría hecho sin tu ayuda?

La estreché con más fuerza entre mis brazos, más cerca de mi corazón; y su mano temblorosa se apoyaba en mi hombro, y sus dulces ojos, brillando a través de sus lágrimas, miraban los míos.

—Me fui amándote de Inglaterra, mi querida Agnes. Seguí amándote mientras estuve fuera. ¡Y regresé amándote a casa!

Entonces traté de contarle la lucha que se había desatado en mi interior, y la conclusión a la que había llegado. Traté de desnudar mi alma ante ella, sinceramente y sin reservas. Traté de explicarle cómo había creído alcanzar un mejor conocimiento de ella y de mí mismo, cómo me había resignado a lo que había creído comprender, y cómo había ido siempre a su casa, incluso aquel día, fiel a mi resolución. Si ella me amaba lo suficiente, le dije, para aceptarme por esposo, no sería por méritos míos sino gracias a la sinceridad de mi amor por ella, y al sufrimiento que lo había hecho madurar; y eso me había empujado a revelárselo. ¡Oh, Agnes! Y tuve la sensación de que el alma de mi mujer-niña me miraba a través de sus sinceros ojos y aprobaba mi acción, ¡despertando en mí los recuerdos más dulces de la Flor que se había marchitado nada más abrirse!

—Soy tan dichosa, Trotwood... la felicidad embarga mi corazón... pero tengo que decirte algo.

—¿Qué, mi amor?

Apoyó sus suaves manos en mis hombros y contempló serenamente mi rostro.

—¿Acaso no lo sabes todavía?

—Me da miedo hacer conjeturas. Dímelo tú, corazón.

—¡Te he querido toda mi vida!

¡Éramos felices, muy felices! No llorábamos por las adversidades que habíamos tenido que afrontar (sobre todo ella) hasta llegar a aquel momento, ¡sino por el júbilo de estar como estábamos y de no tener que volver a separarnos!

Aquel atardecer de invierno, paseamos juntos por el campo; e incluso el

aire glacial pareció participar de nuestra serena alegría. Las primeras estrellas empezaron a brillar y, alzando nuestros ojos hacia ellas, dimos gracias a Dios por habernos guiado hasta aquel sosiego.

Cuando anocheció, los dos nos acercamos a la vieja ventana, bajo el resplandor de la luna; Agnes levantó la vista hacia el Cielo, mientras yo seguía su mirada. Y apareció ante mí un largo camino, por el que avanzaba penosamente un exhausto y harapiento muchacho, solo y desamparado, que llegaría a llamar suyo a un corazón como el que ahora latía junto al mío.

Era casi la hora de cenar cuando, al día siguiente, llegamos a casa de mi tía. Peggotty nos dijo que se hallaba en mi estudio, pues era un orgullo para ella tenerlo siempre en orden y listo para recibirme. La encontramos con las gafas puestas, delante de la chimenea.

—¡Dios mío! —exclamó mi tía, tratando de ver algo en la oscuridad—. ¿Quién viene contigo?

—Agnes —contesté.

Como habíamos acordado no decir nada al principio, mi tía se quedó bastante desconcertada. Me había mirado llena de esperanza cuando me oyó responder «Agnes», pero, al verme tan tranquilo como siempre, se quitó las gafas con desesperación y se frotó la nariz con ellas.

Recibió a Agnes, sin embargo, con gran cordialidad; y no tardamos en bajar a cenar al bien iluminado comedor. Mi tía se puso dos o tres veces las gafas para mirarme, pero se las volvió a quitar desilusionada y se frotó la nariz con ellas (para gran consternación del señor Dick, que sabía que era un mal síntoma).

—A propósito, tía —exclamé, después de cenar—; he hablado con Agnes de lo que me dijiste.

—Entonces, Trot —replicó ella, roja como la grana—, has obrado muy mal y has faltado a tu promesa.

—No vas a enfadarte por eso, ¿verdad? Te alegrará saber que Agnes no tiene ningún amor desgraciado.

—¡Qué tonterías dices! —protestó.

Como parecía muy enojada, decidí cortar por lo sano. Cogí a Agnes por el talle para llevarla detrás del sillón de mi tía, y los dos nos inclinamos sobre ella. Mi tía, después de dar una palmada y de mirarnos a través de las gafas,

sufrió un ataque de histerismo, por primera y última vez en su vida.

Peggotty acudió al oír sus gritos. En cuanto mi tía se recuperó, se lanzó al cuello de Peggotty y, llamándola vieja y necia criatura, la estrechó entre sus brazos con todas sus fuerzas. Luego abrazó al señor Dick, que se sintió sumamente honrado, aunque muy sorprendido; y, finalmente, explicó a los dos el motivo. Entonces fuimos todos muy felices.

No logré adivinar si mi tía, en su última y breve conversación conmigo, me había dicho una mentira piadosa o había interpretado mal mis sentimientos. Era más que suficiente, me dijo, que me hubiera anunciado la boda de Agnes, algo que yo sabía ahora mejor que nadie que no era mentira.

Nos casamos quince días después. Traddles y Sophy, y el doctor y la señora Strong fueron los únicos invitados de nuestra tranquila ceremonia. Dejamos a todos radiantes y nos alejamos juntos. Tenía entre mis brazos la fuente de todas mis nobles aspiraciones; la esencia de mi alma, el círculo de mi vida, lo más mío, mi esposa; ¡y mi amor por ella era firme como una roca!

—Amado esposo —susurró Agnes—. Ahora que puedo darte ese nombre, tengo que decirte otra cosa.

—Dímela, amor mío.

—Se remonta a la noche en que murió Dora. Ella te pidió que fueras a buscarme.

—Lo recuerdo.

—Me dijo que me legaba algo. ¿Puedes adivinar qué?

Creí que podría hacerlo. Estreché más fuerte contra mi corazón a la mujer que durante tanto tiempo me había amado.

—Dora me hizo una última petición y un último encargo.

—Y era...

—Que sólo yo ocupara el lugar que ella dejaba vacío.

Y Agnes apoyó su cabeza en mi pecho y empezó a llorar; y yo lloré con ella, a pesar de lo felices que éramos.

LXIII

Un visitante

Ya casi he terminado lo que me había propuesto relatar; pero hay un incidente, conspicuo en mi memoria, que recuerdo a menudo con placer. Si lo omitiera, uno de los hilos de la trama que he tejido quedaría suelto.

Mi fama y mi fortuna habían aumentado, mi dicha familiar era perfecta, y llevaba casado diez felices años. Una noche de primavera en que Agnes y yo estábamos sentados junto al fuego, en nuestra casa de Londres, y tres de nuestros hijos jugaban en la habitación, me anunciaron que un desconocido quería verme.

Le habían preguntado si venía por algún asunto de negocios y él había respondido que no, que venía sólo por el placer de verme y que había recorrido un largo camino. Era un anciano, dijo mi criado, y parecía granjero.

Como todo aquello les sonó muy misterioso a los niños, y trajo a su memoria el comienzo de uno de sus cuentos favoritos (y que Agnes solía contarles), en el que llegaba, envuelta en un manto, un hada vieja y malvada que odiaba a todo el mundo, se produjo cierta conmoción. Uno de los chicos apoyó la cabeza en el regazo de su madre para ponerse a salvo, y la pequeña Agnes (nuestra hija mayor), dejando en representación suya una muñeca en una silla, asomó sus pequeños rizos dorados entre las cortinas de la ventana para no perderse nada.

—¡Dígale que pase! —exclamé.

No tardó en aparecer y en detenerse en el oscuro umbral un anciano corpulento y de pelo gris. La pequeña Agnes, atraída por su aire bondadoso, corrió hacia él para animarle a entrar; y yo no había visto aún con claridad su rostro cuando mi mujer, poniéndose en pie de un salto, gritó con voz alegre y agitada ¡que se trataba del señor Peggotty!

Era él, en efecto. Un anciano, pero todavía un hombre sano y vigoroso. Pasados los primeros momentos de emoción, se sentó junto al fuego con los niños sobre sus rodillas y el reflejo de las llamas en su rostro; y me pareció el anciano más fuerte y robusto, además de apuesto, que había visto jamás.



Un desconocido viene a visitarme

—Señorito Davy —dijo (¡y qué familiar me resultó aquel viejo nombre pronunciado de aquel modo!)—. Señorito Davy ¡Me siento tan dichoso de verlo una vez más con su querida y fiel esposa! ¡Qué día tan feliz!

—¡En efecto, viejo amigo! —exclamé.

—Y todos estos preciosos pequeños —prosiguió el señor Peggotty—. ¡Parecen pimpollos! ¡No era usted más alto que el más pequeño de ellos, señorito Davy, la primera vez que le vi! ¡Y Emily era de su misma estatura, y nuestro pobre muchacho no era más que un chiquillo!

—Los años me han cambiado más a mí de lo que le han cambiado a usted desde entonces —señalé—. Pero dejemos que estos pilluelos se vayan a dormir; y, como en Inglaterra no puede usted alojarse en otra casa que no sea ésta, dígame dónde hay que recoger su equipaje (me gustaría saber si está entre él el viejo fardo negro que tantos viajes emprendió) y luego, con un vaso de

ponche de Yarmouth en la mano, ¡nos contará cuanto ha sucedido estos diez últimos años!

—¿Ha venido solo? —preguntó Agnes.

—Sí, señora —contestó, besando su mano—, completamente solo.

Le invitamos a sentarse entre los dos, pues no sabíamos qué hacer para dispensarle un buen recibimiento; y, cuando empecé a escuchar aquella voz tan familiar, sentí como si aún no hubiera terminado el largo viaje en busca de su adorada sobrina.

—He navegado muchas millas —dijo el señor Peggotty— y sólo estaré en Inglaterra cuatro semanas. Pero el agua (sobre todo si es salada) es mi medio natural; y los amigos son algo muy querido, y por eso he venido... Lo que rima —exclamó sorprendido, al darse cuenta—, aunque sea por casualidad.

—¿Y volverá a recorrer toda esa distancia tan pronto? —preguntó Agnes.

—Sí, señora —replicó—. Se lo prometí a Emily antes de embarcar. Verán, uno no rejuvenece con el paso de los años y, si no hubiese venido ahora, lo más probable es que no lo hubiera hecho nunca. Y siempre quise volver a Inglaterra para ver al señorito Davy y a su dulce esposa, en su feliz hogar, antes de ser demasiado viejo.

Nos contemplaba como si jamás fuera a cansarse de hacerlo. Agnes apartó riendo algunos mechones grises de su frente para que pudiera vernos mejor.

—Y ahora cuéntenos cómo les ha ido —dije.

—No me llevará mucho tiempo, señorito Davy —respondió—. No somos ricos, pero hemos prosperado. Siempre nos ha ido bien. Hemos trabajado mucho y quizá nuestra vida fue un poco dura al principio, pero siempre nos las hemos arreglado. Entre las ovejas, el ganado, esto y lo otro y lo de más allá, nuestra situación es todo lo desahogada que cabe desear. Es como si hubiera caído sobre nosotros una bendición —exclamó el señor Peggotty, inclinando respetuosamente la cabeza—, y lo único que hemos hecho ha sido prosperar. A la larga, por supuesto. Si no era ayer, hoy; y si no era hoy, mañana.

—¿Y Emily? —preguntamos Agnes y yo al mismo tiempo.

—Cuando se despidió de ella, señora (y he de decir que, mientras vivimos lejos de la civilización, jamás le oí decir sus plegarias nocturnas, al otro lado de la cortina de lona, sin pronunciar su nombre) —repuso— y los dos perdimos

de vista al señorito Davy, aquel luminoso crepúsculo, Emily se hallaba tan apesadumbrada que, si hubiera sabido lo que el señorito Davy tuvo la bondad y el buen juicio de ocultarnos, estoy seguro de que no habría podido soportar el golpe. Pero había a bordo algunas pobres gentes enfermas, y ella las cuidó; y había algunos niños entre nosotros, y ella los cuidó; y estuvo siempre tan atareada que, al ayudar a los demás, se ayudó a sí misma.

—¿Y cuándo se enteró de la noticia? —inquirí.

—Estuve casi un año sin decirle nada —explicó el señor Peggotty—. En aquel entonces vivíamos en un lugar muy solitario, pero rodeados de los árboles más hermosos, y los rosales trepaban hasta nuestro tejado. Un día, mientras yo trabajaba en el campo, llegó un viajero inglés de Norfolk o Suffolk (no recuerdo bien de dónde) y, como es natural, le dimos la bienvenida y le invitamos a entrar en casa a comer y beber. Es algo que hace todo el mundo en aquella colonia. Llevaba con él un viejo periódico y algún otro relato impreso de la tormenta. Y así fue como se enteró Emily. Cuando regresé a casa por la noche, descubrí que ya lo sabía.

Bajó la voz mientras decía estas palabras, y volví a ver en su rostro la expresión grave que tan bien recordaba.

—¿Y la noticia le afectó mucho? —preguntamos.

—Sí, y durante mucho tiempo —respondió, moviendo la cabeza—; por no decir hasta hoy en día. Pero creo que la soledad le sentó bien. Además tenía que ocuparse de las aves de corral y de muchas cosas más; y el trabajo la ayudó a salir adelante. Si pudiera ver a mi Emily ahora, señorito Davy, ¡no creo que la reconociese!

—¿Tanto ha cambiado? —inquirí.

—No sé. Como la veo todos los días, no puedo decirlo; pero a veces lo pienso. Una mujer delgada —dijo el señor Peggotty, contemplando el fuego—, con aire cansado; de ojos azules, dulces y tristes; semblante delicado; hermosa cabeza, un poco gacha; voz suave y ademanes... casi tímidos. ¡Así es Emily!

Le observamos en silencio mientras él seguía contemplando las llamas.

—Unos creen que tuvo un amor desgraciado; otros, que la muerte rompió su matrimonio. Nadie sabe la verdad. Habría podido casarse infinidad de veces, «pero tío —me dice— eso terminó para siempre». Conmigo se muestra alegre; con los demás, reservada. Está dispuesta a recorrer la distancia que sea

para enseñar a un niño, cuidar a un enfermo o ayudar a una joven novia (y lo ha hecho a menudo, aunque jamás asiste a la ceremonia). Es tierna y afectuosa con su tío, y muy paciente; todos la adoran, jóvenes y viejos, y los que sufren buscan su compañía. ¡Así es Emily!

Se pasó la mano por el rostro y, con un suspiro medio ahogado, levantó la vista del fuego.

—¿Sigue Martha con ustedes? —pregunté.

—Martha se casó, señorito Davy —dijo—, a los dos años de nuestra llegada. Un joven que trabajaba en una granja y que acostumbraba a pasar por nuestra casa cuando se dirigía al mercado con los carros de su amo (un viaje de más de quinientas millas, ida y vuelta) la pidió en matrimonio (las mujeres escasean en aquellas tierras) para establecerse con ella en un lugar muy apartado. Martha me suplicó que hablara con él y le contase su verdadera historia. Lo hice. Se casaron y viven a cuatrocientas millas de otras voces que no sean las suyas y las de los pájaros.

—¿Y la señora Gummidge? —exclamé.

Había pulsado una tecla muy divertida, pues el señor Peggotty soltó de pronto una carcajada y empezó a restregarse los pantalones con las manos, como hacía siempre que estaba contento en la vieja gabarra que el mar había destrozado tanto tiempo atrás.

—No sé si me creerán —afirmó—. ¡Pero también ella recibió una oferta de matrimonio! ¡Que me aspen si el cocinero de un barco, que iba a convertirse en colono, no le hizo proposiciones! ¡Es justo que lo diga!

Jamás había visto a Agnes reírse tanto. Aquel súbito regocijo del señor Peggotty le pareció tan delicioso que no podía dejar de reírse; y cuanto más se reía, más me hacía reír a mí, y mayor era el alborozo del señor Peggotty que cada vez se restregaba más los pantalones.

—¿Y qué respondió la señora Gummidge? —quise saber, cuando logré serenarme un poco.

—Parece increíble —repuso el señor Peggotty—, pero la señora Gummidge, en lugar de darle las gracias y de decirle que no quería cambiar de estado civil a sus años, cogió un cubo que tenía al lado y lo arrojó en la cabeza del cocinero, que se vio obligado a pedir socorro. ¡Y no tuve más remedio que ir a rescatarlo!

El señor Peggotty estalló de nuevo en carcajadas, y Agnes y yo seguimos su ejemplo.

—Pero he de decir, en defensa de esa bondadosa criatura —prosiguió, enjugándose el rostro cuando nos cansamos de reír—, que ha sido para nosotros todo lo que prometió, e incluso más. Es la mujer más servicial, honrada y leal del mundo, señorito Davy. Jamás se ha quejado de estar sola y desamparada, ni siquiera cuando llegamos a la colonia y todo era nuevo para nosotros. ¡Y les aseguro que no ha vuelto a pensar en su viejo desde que abandonó Inglaterra!

—Por último, y no porque sea menos importante, tenemos al señor Micawber —exclamé—. Ha satisfecho todas las deudas que había contraído en Inglaterra, incluso el pagaré de Traddles, ¿te acuerdas, querida Agnes? Por ese motivo, suponemos que las cosas le van bien. ¿Cuáles son las últimas noticias que tiene de él?

El señor Peggotty, con una sonrisa, metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó un pequeño paquete muy bien doblado, del que extrajo con sumo cuidado un periódico de aspecto extraño.

—Tienen que saber, señorito Copperfield —dijo—, que ya no vivimos alejados de la civilización. Como ahora somos gente pudiente, nos hemos trasladado a Port Middlebay Harbor, que es lo que allí llamamos una ciudad. [\[127\]](#)

—Y el señor Micawber ¿estaba con ustedes en las tierras despobladas? —inquirí.

—¡Por supuesto! —exclamó el señor Peggotty—. Y empezó a trabajar con verdadero entusiasmo. ¡Jamás he conocido a nadie tan infatigable como él! He visto su cabeza calva sudar al sol de tal manera, señorito Davy, que parecía que se iba a derretir. Y ahora es un magistrado.

—¿Un magistrado? —repetí.

El señor Peggotty señaló cierto párrafo en el periódico, y yo leí la siguiente noticia del *Port Middlebay Times*:

El banquete ofrecido en honor de nuestro distinguido conciudadano y compañero de colonización el señor WILKINS MICAWBER, magistrado del distrito de Port Middlebay, se celebró ayer en el salón grande del hotel, donde no cabía un alfiler. Se calcula que al menos cuarenta y siete personas se sentaron a la mesa, además del gentío que llenaba pasillos y escaleras. La belleza, la moda y lo más selecto de Port Middlebay acudieron en tropel a rendir homenaje a un caballero tan justamente apreciado, y de tan reconocida popularidad y valía. El doctor Mell (del Colegio Colonial de Salem-House, en Port Middlebay) presidió la cena, y a su derecha se hallaba el ilustre invitado. Después de quitar los manteles y de cantar el *Non Nobis* (bellamente ejecutado, y en el que se distinguió con claridad la voz bien timbrada del talentoso aficionado WILKINS MICAWBER, HIJO), se pronunciaron los leales y patrióticos brindis de siempre que fueron recibidos con entusiasmo. El

doctor Mell, en un discurso desbordante de emoción, invitó a beber por «nuestro ilustre huésped, ornato de esta ciudad. Para que nunca nos deje, excepto si es para mejorar de situación; ¡y que su éxito sea tan clamoroso entre nosotros que dejarnos resulte imposible!». No hay palabras para describir las aclamaciones que siguieron a este brindis. Se sucedieron unas a otras como las olas del océano. Cuando por fin reinó el silencio, el señor WILKINS MICAWBER se puso en pie para mostrar su agradecimiento. Dada la relativa imperfección de los recursos actuales de nuestro personal, ¡nada más lejos de nuestra intención que seguir a nuestro distinguido conciudadano a través de los períodos armoniosos de su discurso elegante y florido! Será suficiente decir que fue una obra maestra de elocuencia; y que aquellos pasajes en los que evocó de manera especial los inicios de su brillante carrera, y en los que puso en guardia a la parte más joven del auditorio para que no cayera en el error de contraer deudas pecuniarias que no estuviera en condiciones de liquidar, hicieron aflorar las lágrimas en los ojos más varoniles. Los demás brindis estuvieron dedicados al doctor MELL, a la señora MICAWBER (que se inclinó graciosamente para dar las gracias desde la puerta lateral, donde una galaxia de bellezas se habían subido a las sillas para dar fe y servir de adorno de la encantadora escena); la señora RIDGER BEGS (antes señorita Micawber); la señora MELL, el señor WILKINS MICAWBER, HIJO (que causó la hilaridad de los presentes al señalar en tono festivo que se sentía incapaz de dar las gracias con un discurso, pero que, si le dejaban, lo haría con una canción); la familia de la señora MICAWBER (muy conocida, como todos saben, en la madre patria), etc., etc., etc. Una vez finalizado el acto, las mesas desaparecieron como por arte de magia para que pudiera empezar el baile. Entre los adoradores de TERPSÍCORE, que se divertieron hasta que el sol dio la señal de retirada, destacaron especialmente Wilkins Micawber, hijo, y la hermosa e inteligente señorita Helena, cuarta hija del doctor Mell.

Estaba leyendo de nuevo el nombre del doctor Mell, encantado de haber descubierto en aquellas circunstancias tan felices al señor Mell, antaño desdichado fámulo de mi magistrado de Middlesex, cuando el señor Peggotty me mostró otra página del mismo periódico, donde me tropecé con mi nombre y leí lo siguiente:

AL SEÑOR DAVID COPPERFIELD
EL FAMOSO AUTOR

Mi querido señor:

Han transcurrido muchos años desde que vi por última vez con mis propios ojos las facciones ahora familiares a la imaginación de la mayor parte del mundo civilizado.

Pero, mi querido señor, aunque privado (por la fuerza de unas circunstancias que escapan a mi voluntad) de la compañía del amigo y compañero de mi juventud, no piense que no he seguido su encumbrado vuelo. Y nada ha podido impedir

Aunque los mares hayan rugido entre nosotros tempestuosos^[128]

que yo participara en el festín intelectual que él nos ha brindado.

No puedo, por ese motivo, dejar partir de este lugar a un individuo que tanto usted como yo queremos y respetamos, mi querido señor, sin aprovechar la ocasión para agradecerle públicamente, en mi nombre, y creo poder añadir en el de todos los habitantes de Port Middlebay, los momentos de placer que usted nos proporciona.

¡Siga adelante, mi querido amigo! No es usted un desconocido aquí, muchos aprecian su talento. Aunque «lejanos», no somos «poco amistosos», ni «tristes», ni (quisiera agregar) «torpes». ¡Continúe, mi querido amigo, su vuelo de águila! ¡Los habitantes de Port Middlebay pueden aspirar al menos a seguirlo con la mirada, con alegría, con deleite, con provecho!

Entre los ojos que se elevarán hacia usted en esta parte del globo terráqueo se encontrará siempre, mientras goce de luz y de vida el ojo perteneciente a

WILKINS MICAWBER
Magistrado

Después de echar un vistazo al resto del periódico, descubrí que el señor Micawber era uno de los corresponsales más diligentes y apreciados de aquel diario. En ese mismo número, había otra carta suya a propósito de un puente, y se anunciaba la próxima reedición, en un bonito volumen, de una recopilación de cartas del mismo autor «considerablemente aumentada»; si no me equivoco, el artículo de fondo había salido, asimismo, de su pluma.

Hablamos largo y tendido del señor Micawber en muchas de las veladas que el señor Peggotty pasó con nosotros. Se alojó en nuestra casa durante toda su estancia (que creo que duró algo menos de un mes), y su hermana vino a Londres con mi tía para estar con él. Agnes y yo fuimos a despedirlo al barco antes de que éste zarpara; y jamás volveremos a decirle adiós en este mundo.

Pero, antes de su marcha, viajó conmigo a Yarmouth para ver una pequeña lápida que yo había hecho colocar en el cementerio en memoria de Ham. Mientras yo copiaba, a petición suya, la sencilla inscripción, le vi agacharse y coger un manojo de hierba de la tumba y un puñado de tierra.

—Es para Emily —dijo, guardándolo en su pecho—. Se lo prometí, señorito Davy.

LXIV

Una última mirada retrospectiva

Y llego al final de mi relato. Vuelvo la vista atrás, por última vez, antes de cerrar estas páginas.

Me veo a mí mismo, con Agnes a mi lado, andando por el camino de la vida. Nos rodean nuestros hijos y nuestros amigos; y, a medida que avanzo, oigo el estruendo de muchas voces que no me son indiferentes.

¿Qué rostros distingo con más claridad entre esa muchedumbre pasajera? Aquí están, vueltos hacia mí cuando se lo pregunto a mis pensamientos.

Veo a mi tía, con gafas más gruesas; una anciana de más de ochenta años, tan erguida como siempre y capaz de andar seis millas de un tirón en pleno invierno.

Siempre a su lado, veo a Peggotty, mi vieja y bondadosa niñera; también lleva gafas, y todas las noches saca sus labores a la luz de la vela, sin olvidar jamás el pedacito de cera, la cinta de medir en su pequeña cabaña y el costurero con la catedral de Saint Paul pintada en la tapa.

Las mejillas y los brazos de Peggotty, tan prietos y enrojecidos en mis días infantiles, cuando no podía dejar de sorprenderme que los pájaros no los picotearan más que a las manzanas, están llenos de arrugas; y sus ojos, tan negros que parecían oscurecer todo su rostro, son más pálidos (aunque aún conservan su brillo); pero su rugoso y encallecido dedo índice, que antaño asociaba con un pequeño rallador de nuez moscada, sigue igual; y, cuando veo a mi hijo menor agarrarse a él, mientras se dirige con paso vacilante desde mi tía hasta Peggotty, recuerdo el pequeño gabinete de nuestra casa, cuando yo apenas sabía andar. La vieja decepción de mi tía es cosa del pasado. Es la madrina de una verdadera Betsey Trotwood; y Dora (nuestra siguiente hija) asegura que la mima demasiado.

Hay algo muy voluminoso en el bolsillo de Peggotty. Se trata nada menos que del libro de los cocodrilos, bastante deteriorado, pues muchas de sus páginas han sido arrancadas y cosidas de nuevo; pero Peggotty se lo enseña a los niños como si fuera una preciosa reliquia. Me parece muy curioso ver mi propio rostro infantil, mirándome desde los cuentos de cocodrilos; y que él me recuerde mi vieja amistad con Brooks de Sheffield.

Al lado de mis hijos varones, durante estas vacaciones estivales, veo a un anciano que fabrica enormes cometas y contempla cómo se elevan en el aire con indecible felicidad. Me saluda con entusiasmo y me susurra, con toda clase de guiños y de cabeceos:

—Trotwood, te alegrará saber que terminaré el memorial cuando no tenga otra cosa que hacer, y que tu tía ¡es la mujer más extraordinaria del mundo!

¿Quién es esa dama encorvada, apoyada en un bastón, en cuyo rostro se advierten las huellas de un orgullo y de una belleza hoy desaparecidos y que luchan débilmente con los desvaríos quejumbrosos, lunáticos e impacientes de su cabeza? Está en un jardín; y cerca de ella, hay una mujer delgada, morena, marchita, con una cicatriz cenicienta en el labio. Oigamos lo que dicen:

—Rosa, he olvidado el nombre de este caballero.

Rosa se inclina hacia ella y le responde que soy el señor Copperfield.

—Me alegro de verlo, señor. Lamento que esté de luto. ¡Espero que el tiempo le sirva de consuelo!

Su fogosa acompañanta la reprende, le dice que no estoy de luto, le pide que me mire de nuevo, intenta que recobre algo de lucidez.

—¿Ha visto a mi hijo, caballero? —pregunta la anciana—. ¿Se han reconciliado ustedes?

Clavando sus ojos en mí, se lleva la mano a la frente y empieza a gemir. De pronto grita, con voz terrible:

—¡Rosa, ven a mi lado! ¡Él ha muerto!

Rosa se arrodilla a sus pies, y unas veces la acaricia y otras riñe con ella. Tan pronto le dice con vehemencia: «Yo le quería mucho más de lo que nunca le amó usted», como le habla con dulzura para que se duerma sobre su pecho, al igual que un niño enfermo. Así las dejo; así las encuentro siempre; y así pasan el tiempo, año tras año.

¿Qué barco es ése que llega de la India? ¿Y quién es esa dama inglesa, casada con un viejo y gruñón Creso^[129] escocés de enormes orejas? ¿Puede tratarse de Julia Mills?

En efecto, es Julia Mills, hermosa y displicente, con un criado negro que le presenta las tarjetas y las cartas en una bandeja de oro, y una doncella de piel cobriza, con un traje de lino y un pañuelo de brillantes colores, que le sirve el almuerzo en su gabinete. Pero Julia ya no escribe ningún diario, ni canta himnos fúnebres al amor; discute a todas horas con el viejo Creso escocés, que es una especie de oso amarillo de tez curtida. Julia nada en dinero, y no piensa en otra cosa ni tiene otro tema de conversación. Me gustaba más en el desierto del Sáhara.

¡O tal vez esto sea el desierto del Sáhara! Pues, aunque Julia posee una magnífica mansión, se codea con lo mejor de la sociedad y ofrece todos los días suntuosos banquetes, no veo nada que verdee a su alrededor; nada que pueda convertirse nunca en un fruto o en una flor. Veo lo que Julia denomina «la sociedad»; en ella está el señor Jack Maldon, de la agencia de patentes, burlándose de la mano que le ayudó a conseguirla, y hablándome del doctor como de un hombre «tan deliciosamente anticuado». Pero cuando «la sociedad», Julia, es el nombre que reciben unos caballeros y unas damas tan superficiales, y cuando su educación no es más que una declarada indiferencia a todo lo que significa progreso o retroceso del ser humano, creo que nos hemos perdido en el desierto del Sáhara, y lo mejor que podemos hacer es salir de él.

Y aquí está el doctor, nuestro leal y buen amigo, trabajando en su diccionario (en algún lugar de la letra D) y muy feliz en su hogar, con su mujer. Y también el Viejo Soldado, considerablemente disminuida y ¡muy lejos de tener la influencia de antaño!

Más tarde encuentro en su despacho del Temple a mi viejo y querido amigo Traddles, muy atareado; y sus cabellos (allí donde no se ha quedado calvo) parecen más rebeldes que nunca por el roce constante de su peluca de abogado. Su mesa está llena de montones de documentos, y yo le digo, mirando a uno y otro lado:

—Si Sophy fuera ahora tu escribiente, Traddles, ¡cuánto trabajo tendría!

—¡Tienes razón, mi querido Copperfield! Pero ¡qué felices fueron aquellos días de Holborn Court! ¿No crees?

—¿Cuando Sophy te decía que llegarías a ser juez? ¡Pero *entonces* no era la

comidilla de la ciudad!

—En cualquier caso —contesta Traddles—, si algún día lo soy...

—¡Sabes de sobra que lo serás!

—Está bien, mi querido Copperfield, *cuando* lo sea, contaré esa historia, tal como prometí entonces.

Nos alejamos del brazo. Voy a cenar a casa de Traddles. Es el cumpleaños de Sophy; y, por el camino, Traddles me comenta la suerte que ha tenido.

—He podido hacer verdaderamente, mi querido Copperfield, lo que más deseaba. El reverendo Horace fue ascendido y obtiene unos emolumentos de cuatrocientas cincuenta libras al año; nuestros dos hijos están recibiendo la mejor educación posible, y se distinguen por su seriedad en los estudios y por su simpatía; tres de las hermanas de Sophy hicieron una buena boda; otras tres viven con nosotros; y las otras tres cuidan de la casa del reverendo Horace desde la muerte de la señora Crewler; y todas son felices.

—Excepto... —insinúa.

—Excepto la Beldad —prosigue Traddles—. Sí. Fue una lástima que se casara con semejante aventurero. Pero hubo algo en él que la deslumbró. Con todo, ya está a salvo en casa, y nos hemos librado de él; tenemos que animarla entre todos.

La casa de Traddles es una de aquellas mansiones que él y Sophy acostumbraban a distribuir en sus paseos nocturnos. Es muy espaciosa; pero Traddles guarda los documentos en el vestidor, y las botas con los documentos; y él y Sophy viven apretados en la buhardilla para dejar las mejores habitaciones a la Beldad y a las otras hermanas. No queda ningún cuarto libre en la casa, pues, por un motivo o por otro, siempre hay más «muchachas» de las que yo acierto a contar. Cuando entramos, una infinidad de ellas corren a la puerta, y dan tantos besos a Traddles que lo dejan sin aliento. La pobre Beldad se ha instalado para siempre con ellos, pues es viuda y tiene una niña. Como es el cumpleaños de Sophy, han venido a cenar las tres hermanas casadas con sus maridos, y el hermano de uno de los maridos, y el primo de otro, y la hermana de otro, que tengo la impresión de que está comprometida con el primo. Traddles, tan sencillo y natural como siempre, se sienta, como un patriarca, en la cabecera de la enorme mesa; y Sophy lo mira radiante desde el otro extremo, por encima de una alegre superficie que, desde luego, no brilla con metal de Britania.

Y ahora que finalizo mi tarea, reprimiendo el deseo de extenderme, todos esos rostros desaparecen. Pero hay uno que resplandece como una luz celestial y que ilumina todos los demás objetos, por encima y fuera del alcance de ellos. Y que siempre está ahí.

Vuelvo la cabeza y lo veo cerca de mí, con su hermosa serenidad. Mi lámpara está a punto de apagarse y he escrito hasta muy avanzada la noche; pero la adorada presencia sin la que yo no sería nada me acompaña.

¡Oh, Agnes! ¡Alma mía! ¡Que tu rostro siga junto al mío cuando llegue mi última hora! ¡Que cuando la realidad se desvanezca, como las sombras que ahora alejo de mí, pueda encontrarte a mi lado con la mano levantada, señalando el Cielo!



CHARLES DICKENS nació en Portsmouth en 1812, segundo de los ocho hijos de un funcionario de la Marina. A los doce años, encarcelado el padre por deudas, tuvo que ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular; aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario de *The Morning Chronicle*. Sus artículos, luego recogidos en *Bosquejos de Boz* (1836-1837), tuvieron un gran éxito y, con la aparición en esos mismos años de los *Papeles póstumos del club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial. Novelas como *Oliver Twist* (1837), *Nicholas Nickleby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron una enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846). Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inicia su época de madurez novelística, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850), su primera novela en primera persona, y su favorita, en la que elaboró algunos episodios autobiográficos, *Casa desolada* (1852-1853), *La pequeña Dorrit* (1855-1857), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1860-1861). Dickens murió en Gadshill en 1870.

Notas

[¹] Existía la superstición popular de que dicha membrana salvaba a su dueño de morir ahogado. *[Esta nota, así como todas las siguientes, son de la traductora]* <<

[2] Juego de palabras entre *Baboon* (babuino), *Baboo* (bengalí que ha recibido una educación inglesa) y *Begum* (dama de noble cuna procedente del Indostán). <<

[3] Lugar donde habitan los grajos. <<

[4] Cocina. <<

[5] La Sociedad Nacional para la Educación de los Pobres en los Principios de la Iglesia Episcopal se constituyó en Inglaterra en 1811 y desempeñó un importante papel en la educación de las clases más desfavorecidas hasta que el Estado tomó cartas en el asunto. Destacan sus colegios religiosos o *National Schools*, aún existentes en nuestros días. <<

[6] Se trata de la adaptación del propio Dickens de *The History of Sandford and Merton* de Thomas Day, obra de intención moralizadora de la década de 1780, en la que sus jóvenes protagonistas perseguían cocodrilos e introducían maderos entre sus fauces. <<

[7] Peggotty, como era habitual entre las clases populares, no pronunciaba la *H* aspirada de Ham, por lo que convertía su nombre en la 1ª persona del singular del presente del verbo *to be*, es decir, *am*. <<

[8] Ave fabulosa, de extraordinario tamaño y mucha fuerza, perteneciente a la mitología árabe. <<

^[9] Ham (Cam) era el segundo hijo de Noé. Ver Génesis 9, 25. <<

[10] Personaje de *The Adventures of Peregrine Pickle*, novela de picaresca de Tobias Smollet (1721-1771). <<

[11] Personaje de *The Adventures of Roderick Random*, del mismo autor. <<

[12] Personaje de *The Adventures of Peregrine Pickle*. <<

[¹³] *Phosforus box*: antecedente de las primeras cerillas que se encendían con una simple fricción y que recibieron el nombre de *Lucifer matches* (1827). <<

[¹⁴] Área londinense situada al sur del Puente de Londres y que incluía Southwark y algunas zonas de Bermondsey, Lambeth y Rotherhithe. <<

[15] *Rule Britannia*, título de una canción compuesta en 1740 por Thomas Arne y James Thompson. *Away with Melancholy*, melodía inspirada en *La flauta mágica*. <<

[16] Juego de palabras entre *steer* (gobernar) y *rudder* (timón) que podría traducirse: «¿Acaso no se gobierna un barco con el timón?». <<

[17] Roscius fue un actor cómico de la Antigua Roma. El niño actor Master Betty (1791-1874) era conocido como «el joven Roscius» a los once años de edad. <<

[18] Publicado en 1563, es un polémico relato de la persecución sufrida por los protestantes desde el siglo XIV hasta el reinado de María Tudor, contemporánea del autor. <<

[19] Se refiere a la conspiración encabezada por el católico Guy Fawkes, que en 1605 intentó acabar con la vida de Jacobo I Estuardo y destruir el Parlamento. <<

[20] Situada en Southwark, en Borough Road, se había convertido –a finales del siglo XVIII– en una prisión única y exclusivamente para los condenados por deudas. <<

[21] Construido para conmemorar el incendio que destruyó Londres en 1666.

<<

[22] Referencia a la leyenda de Fausto. <<

[23] Una conocida melodía de baile de fines del XVIII. <<

[²⁴] Juego de palabras entre *Murderer* (asesino) y *Murdstone*. <<

[25] Nombre por el que era popularmente conocido el manicomio del Hospital de St Mary of Bethlehem en Londres. <<

[26] Se refiere a Benjamin Franklin (1706-1790), quien descubrió, mientras volaba una cometa, que los rayos y la electricidad tienen su origen en el mismo principio físico. <<

[27] Se refiere al conocido *Tidd's Practice: Practice of the Court of King's Bench* de William Tidd (1760-1847), toda una autoridad en cuestiones legales.

<<

[28] En el original, *Spanish Main*, nombre que recibían las aguas costeras entre el río Orinoco y Panamá. <<

[29] Palabras pronunciadas por Catón de Útica antes de suicidarse para no asistir a la «tiranía» del César y a la destrucción del Estado republicano en la tragedia *Cato* de Joseph Addison (1672-1719). <<

[30] Canción del poeta escocés Robert Burns (1759-1796). <<

[31] *Macbeth* de William Shakespeare, acto IV, escena I. <<

[32] Una gran sala circular con una vista pintada en las paredes, que el espectador observaba desde una plataforma situada en el centro. El panorama situado en Leicester Square fue abierto al público por Robert Barker en 1793.

<<

[33] En la sociedad victoriana, cada flor tenía su significado; así, por ejemplo, una rosa roja representaba el amor y una rosa amarilla, la amistad. La margarita –*daisy*– era el símbolo de la inocencia, de ahí que Steerforth decida llamar de ese modo a su joven amigo. <<

[34] Se refiere posiblemente al texto indescifrable que escribió una mano misteriosa en la pared durante el famoso festín de Baltasar, rey de Babilonia, poco antes de que la ciudad cayera en manos del ejército medo-persa, dirigido por Ciro «el Grande». Rembrandt recogió este episodio en su obra *El festín de Baltasar* (1635), que posteriormente serviría de inspiración a varios artistas.

<<

[35] *Macbeth* de William Shakespeare, acto III, escena IV. Steerforth habría creído ver en David a Banquo, el horrible espectro. <<

[36] Ixión, héroe tesalio, antepasado de la raza de los centauros. A raíz de su traición a Zeus, fue amarrado a una rueda de fuego que debía dar vueltas eternamente en los infiernos. <<

[37] Juego de palabras: *Hooky Walker* era una expresión de incredulidad. <<

[38] Personaje de una canción infantil. <<

[39] Macasar. <<

[40] Personaje de *Aladino*, uno de los cuentos más conocidos de *Las mil y una noches*. <<

[41] Ver *Ricardo III* de William Shakespeare, acto V, escena III. <<

[42] *Bonsoir.* <<

[43] En el original, *solicitors*. Los *solicitors* (que aquí traduciremos simplemente como «abogados») eran normalmente abogados no inscritos en el Colegio de Abogados (Bar) que no estaban autorizados para intervenir ante los tribunales de superior rango. Los *advocates* (que aquí traduciremos como «abogados defensores») eran los abogados defensores, específicamente contratados para asistir a las audiencias e informar verbalmente al tribunal. Los *proctors* (que aquí traduciremos como «procuradores eclesiásticos») eran representantes procesales de las partes, no estrictamente encargados de la defensa jurídica, que intervenían en los asuntos religiosos (matrimonios, testamentarías...) y náuticos (salvamentos, naufragios...). Los *solicitors* empleaban a los *proctors* para que representaran a su cliente ante el tribunal; y los *proctors* empleaban a los *advocates* para que éstos informaran verbalmente durante la audiencia. <<

[⁴⁴] Juego de palabras entre *Murder* (asesinar) y *Murdstone*. <<

[45] Iglesia demolida en 1831. Su reloj, fabricado en 1671, tenía dos figuras que daban la hora golpeando una campana con unos bastones cada quince minutos. <<

[46] Pequeño horno portátil que se colocaba delante de la chimenea. <<

[47] De *The Beggar's Opera*, de John Gay. <<

[48] *Otelo*, acto II, escena III. <<

[49] *Hamlet*, de William Shakespeare, acto III, escena I. <<

[50] *The Lass of Richmond Hill*, de James Hook (1746-1827); letra de L. Macnally (1752-1820). <<

[51] En Islington, al norte de la ciudad. <<

[52] «Rojo» en latín. Sobrenombre dado a algunos hombres pelirrojos o de tez rubicunda. <<

[53] Versión de Benjamin Thompson (1798) de la obra del dramaturgo alemán Kotzebue *Menschenhass und Reue* (1789), representada a menudo en el teatro de Drury Lane en la primera mitad del siglo XIX. Contaba la historia de un marido que buscaba a su esposa, después de ser abandonado por ésta. <<

[54] Organización destinada desde 1514 a vigilar la seguridad de los barcos, el buen estado de los faros, boyas, botes salvavidas, sistemas por radio, etc... <<

[55] Probablemente en Leicester Square, en el Soho. <<

[56] Hyde Park. <<

[57] Juego de palabras con *Copper*, «barreño de cobre para hervir la colada», y *full* «lleno». <<

[58] En el original, *Skittles* y *Traddles*. <<

[59] Versos de *Auld Lang Syne*, del poeta escocés Robert Burns (1759-1796), y que David Copperfield canta con el señor y la señora Micawber cuando cenan en Canterbury (capítulo XVII). <<

[60] Música de sir H.R. Bishop (1786-1855); letra del general Burgoyne (1723-1792). <<

[61] Mujer escocesa en la comedia de Prince Hoare, *The Three and the Deuce* (1795); música de Stephen Storace (1763-1796). <<

[62] *Macbeth* de William Shakespeare, acto I, escena VII. <<

[63] *Enrique V* de William Shakespeare, acto II, escena III. <<

[64] Mateo 25, 40. <<

[65] Se refiere a Charles Byrne (1761-1783), cuyo esqueleto medía ocho pies y cuatro pulgadas de altura (dos metros y medio). <<

[66] Castigo que no se aboliría hasta 1829. <<

[67] Juego de palabras entre *the Bar* –el cuerpo de abogados– y *the bar* –la barra. <<

[68] Posiblemente, la exposición de la señora Salmon cerca de Horn Tavern.

<<

[69] En Saville House, Leicester Square, desde 1800 hasta 1845. <<

[70] Insectos que habitan en las orillas del agua y apenas viven un día. <<

[71] *Macbeth* de William Shakespeare, acto I, escena V. <<

[72] Demolido en 1860 para construir la estación de Charing Cross. <<

[73] Casi ochocientos acres de parque natural a cuatro kilómetros del centro de Londres. <<

[74] El comentario de la señora Crupp es mucho más gracioso, pero imposible de traducir; ella dice: *British Judy* y no *British Jury* (jurado británico). Judy era la popular esposa de Polichinela, famoso títere de madera, jorobado, fanfarrón, vengativo y mentiroso, comúnmente en conflicto con la autoridad, y uno de los personajes de la *Commedia dell'arte* italiana (siglo XVII). <<

[75] Luigi Galvani describió por primera vez en 1792 el fenómeno del galvanismo: electricidad producida por una reacción química. <<

[76] Se refiere a la iglesia de St Michael, construida en 1832. <<

[77] Sir William Blackstone (1723-1780), *Commentaries on the Laws of England* (1765-1769). <<

[78] En el original, *solicitor*, que, tal como señalamos en el capítulo XXIII, era un abogado no inscrito en el Colegio de Abogados (*Bar*) y que no estaba autorizado para intervenir en los tribunales de superior rango. <<

[79] En el original, *barrister*, un abogado inscrito en el Colegio y que sí podía alegar en los tribunales superiores. <<

[80] *The Wood-Pecker Tapping*, música de Michael Kelly (1764-1826) y letra de Thomas Moore. <<

[81] W. Enfield, *The Speaker: Selections from the Best English Writers*, 1832.

<<

[82] Una de las baladas recogidas por Thomas Percy en sus *Reliques of Ancient English Poetry* (1765). Contaba la historia de un dragón que devoraba niños y ganado en el siglo XVII. <<

[83] *Evening Bells*, de Tom Moore (1818). <<

[84] La joven gacela aparece en otra canción de Tom Moore, titulada *The Fire Worshippers*. <<

[85] *Noche de Epifanía*, de William Shakespeare, acto II, escena IV. <<

[86] Célebre verdugo del siglo xvii. <<

[87] *The man in the moon / Came dawn toon soon / And asked his way to
Norwich / He went by the south / And burned his mouth / With supping cold
plum porridge* (El hombre de la luna / bajó demasiado temprano / y preguntó
el camino a Norwich. / Se dirigió al sur / Y se quemó la boca / sorbiendo
gachas frías de ciruela). <<

[88] *Noche de Epifanía*, de William Shakespeare, acto V, escena I. <<

[89] Dickens empezó a escribir los debates parlamentarios para el *Mirror of Parliament* a los veinte años; después trabajó para un periódico vespertino, el *True Sun*, y para el *Morning Chronicle* por cinco guineas a la semana (desde 1834 hasta noviembre de 1836). <<

[90] Cinta, generalmente roja, empleada en las oficinas para atar legajos o expedientes, y todo un símbolo en Inglaterra del papeleo burocrático. <<

[91] Entre las 70 libras que recibía del doctor Strong, su trabajo de estenógrafo y sus escritos, los ingresos de David Copperfield debían rondar las 350 libras anuales. La renta de la clase media oscilaba entre 100 y 300 libras anuales. <<

[92] El sistema de peaje fue introducido en el siglo XVII. El dinero así obtenido se utilizaba para el mantenimiento de los caminos, cuyo estado era normalmente penoso. <<

[93] *Paragon* significa en inglés «dechado de virtudes». <<

[94] En el original *Marplot*, nombre de un personaje de *The Busie-body* (1709), de Mrs Centlivre. <<

[95] Mateo 7, 24. <<

[96] Puerta de entrada a la City; dividía Fleet Street del Strand. <<

[97] Entre Westminster y Chelsea. <<

[98] La cárcel de Millbank fue construida entre 1813 y 1821 en el lugar que actualmente ocupa la Tate Gallery. <<

[99] En 1840, treinta prostitutas se suicidaron arrojándose al río Támesis desde el puente de Waterloo (un 15 por ciento de los suicidios registrados aquel año). Dickens colaboró con Angela Burdett-Coutts en la apertura de un hogar para prostitutas (Urania Cottage, Shepherds Bush), y se encargó de supervisarlos hasta 1858. <<

[100] Alusión a *The Stump Orator* (1850) de los *Latter-Day Pamphlets* de Carlyle. <<

[101] Se refiere a Dick Whittington, el protagonista de un popular cuento infantil. <<

[102] En aquella época, la comisaría de policía más importante de Londres. <<

[103] *Deo Volente* (Dios mediante). <<

[104] Se refiere al poeta escocés Robert Burns (1759-1796), autor de los versos del *Auld Lang Syne*, tal como he señalado con anterioridad. <<

[105] De *Elegy in a Country Churchyard*, de Thomas Gray (1716-1771). <<

[106] En el Soho. <<

[107] Juan 8, 1-11. Los escribas y fariseos llevan a Jesús una mujer sorprendida en adulterio y él se inclina y empieza a escribir con el dedo en la tierra. Como ellos insisten, se incorpora y les dice: «Aquel que esté sin pecado, que arroje la primera piedra». <<

[108] Mateo 6, 19. <<

[109] *Oliver Twist*, la segunda novela de Dickens, se publicó de ese modo, después de aparecer en 24 entregas mensuales. El resto de sus novelas se publicaron, por lo general, en un solo volumen. <<

[110] Libro de Job 3, 17. <<

[¹¹¹] La tumba de Eduardo, príncipe de Gales (1330-1376), conocido como el Príncipe Negro, se encuentra en el interior de la catedral de Canterbury. <<

[112] *Macbeth*, acto I, escena III. <<

[113] *Hamlet*, acto III, escena IV. <<

[114] Juan 11, 33. Se refiere a Jesús tras la muerte de Lázaro. <<

[115] Se refiere a lord Byron y a los versos que dedicó a su amigo Thomas Moore. <<

[116] Versos de *Scots Wha hae wi' Wallace Bled*, de Robert Burns. <<

[117] De allí salía un transbordador que unía las dos orillas del Támesis, hasta que en 1845 construyeron el puente de Hungerford. <<

[118] *Julio César* de William Shakespeare, acto IV, escena III. <<

[119] Probablemente el pintor holandés Isack van Ostade (1621-1649), aunque también podría tratarse de su hermano Adrian (1610-1685). <<

[120] Situada en Lower Thames Street. <<

[121] Uno de los cuatro colegios de abogados. <<

[122] Parte del palacio de Westminster, y sede hasta 1882 de importantes tribunales de justicia. <<

[123] 5 de noviembre, fecha en que comenzaban las vistas de otoño en los cuatro colegios de abogados: Gray's Inn, Lincoln's Inn, Inner Temple y Middle Temple. <<

[124] En el original, *warm sherry negus*: jerez caliente con zumo de limón, azúcar y distintas especias. <<

[125] Se trataba de la Comission of Lunacy, algo así como la Comisión de Perturbados Mentales, encargada de inspeccionar asilos y manicomios. A partir de 1845, funcionó como organismo permanente. <<

[126] Juego de palabras entre *murdering* («asesina») y *Murdstone*. <<

[127] Se refiere a Melbourne, fundada en 1835. <<

[128] Verso del *Auld Lang Syne* de Robert Burns. <<

[129] Rey de Lidia, hombre de proverbial riqueza. <<